




# UNAMUNO
# OBRAS COMPLETAS





MIGUEL DE UNAMUNO

# OBRAS COMPLETAS

Tomo VI

## LA RAZA Y LA LENGUA

COLECCION DE ESCRITOS NO RECOGIDOS EN SUS LIBROS






AFRODISIO AGUADO, S. A.
EDITORES-LIBREROS

Todos los textos incluídos en este volumen, titulado "La raza y la lengua", se publican en segunda edición y forman el tomo VI de la nueva Colección de "Obras Completas de don Miguel de Unamuno", dirigida por don Manuel García Blanco, catedrático de la Universidad de Salamanca. Tanto éste, como el editor y los herederos de Unamuno, garantizan la integridad de los que aquí se reproducen.

Prólogo, edición y notas de
Manuel García Blanco



Depósito legal: M. 298 — 1958.

*Impreso en España* *Printed in Spain*

edita

VERGARA, S. A., DE BARCELONA
por concesión especial de Afrodisio Aguado, S. A.

# P R O L O G O

"La sangre de mi espíritu es mi lengua
y mi patria es allí donde resuene
soberano su verbo..."
(Unamuno. *Rosario de sonetos líricos,* soneto XLVII.)

"El lenguaje, instrumento de la acción espiritual, es la sangre del espíritu, y son de nuestra raza espiritual humana los que piensan y por lo tanto sienten y obran en español. Y la acción sin lenguaje no es más que gesto."
(Unamuno, *La fiesta de la raza,* 1923.)

*Tomo misceláneo éste en cuanto a la fecha y procedencia de los materiales en él integrados. No tanto en cuanto a sus temas, aunque sí lo suficiente para poderlos ordenar en diversos apartados. Y, sin embargo, algo y aún algos de común hay en ellos: la reiterada y constante preocupación unamuniana por la lengua, y a par de ella, su interpretación del concepto de raza, tan amplia y generosamente concebida como creo pregonan los dos textos suyos que he puesto al frente de estas páginas.*

*Varios escritos unamunianos sobre tema lingüístico albergó él mismo en sus libros. Sus lectores recordarán, sin duda, y citamos por vía de ejemplo, estos ensayos suyos a los que tituló "Acerca de la reforma de la ortografía castellana", "La reforma del castellano", "Sobre la lengua española", "La cuestión del vascuen-*

*ce", o "Contra el purismo", incorporados a los siete volúmenes de* Ensayos, *en aquella primorosa edición de la Residencia de Estudiantes, hace poco más de cuarenta años. Los que ahora se reproducen en este tomo de sus Obras Completas estaban olvidados, nunca fueron recogidos en libro por su autor, y representan, creemos, una parcela importante de su obra. Páginas, pues, prácticamente inéditas.*

*Tan notoria fué la preocupación de don Miguel por el lenguaje que su bibliografía se ha acrecido en estos últimos años con varios trabajos encaminados a examinarla. Para sólo referirme a algunos de los publicados, y tengo noticias de otros más que no lo fueron aún, mencionaría el libro de Carlos Blanco Aguinaga,* Unamuno, teórico del lenguaje, *editado por El Colegio de México, 1954, y el de Fernando Huarte Morton,* El ideario lingüístico de Miguel de Unamuno, *publicado en Salamanca, el mismo año, ocupando todo el volumen V de los* Cuadernos *de la Cátedra de su nombre en esta Universidad. Nacidos ambos en una coyuntura semejante, la de una memoria o tesis para el grado de Doctor, en Méjico y en España, constituyen guías certeros y competentes en este menester. Póngase también en la hilera, y discúlpeseme la mención del propio quehacer, el discurso con el que fué inaugurado el curso académico de la Universidad de Salamanca en 1952, al que titulé* Don Miguel de Unamuno y la lengua española.

*Y sin más preámbulo entremos a analizar el contenido de este volumen.*

### La raza vasca y el vascuence.

*En torno a este primer epígrafe hemos agrupado una veintena larga de escritos unamunianos comprendidos entre 1884 y 1933, de muy diversa condición y la ma-*

*yoría de ellos publicados antes de 1900. Son escritos juveniles que pregonan el temprano interés de su autor por su país vasco nativo, a alguno de los cuales aludió él mismo en su ensayo "La cuestión del vascuence", que data de dos años después, o en las notas de su libro* De mi país, *aparecido un año más tarde. Y el más remoto, su propia tesis doctoral, leída en la Universidad de Madrid el día 20 de junio de 1884, que por primera vez se publica utilizando el manuscrito que don Miguel conservaba entre sus papeles, ya que la redacción definitiva debe considerarse como perdida, pues no figura en su expediente académico. Por esta razón creo que debemos detenernos en él. Relacionándolo, a la vez, con la propia coyuntura biográfica de quien lo compuso.*

*Y esos datos los extraemos del propio expediente académico que hace unos diez años tuve ocasión de examinar en la vieja Universidad matritense de la calle de San Bernardo. Hoy ha sido colocado por la Facultad de Filosofía y Letras, con todos los honores debidos a uno de sus alumnos más ilustres y junto al de otros de igual condición, en una vitrina del salón de profesores del edificio que ocupa en la Ciudad Universitaria. Pocas veces, que sepamos, se ha utilizado este arsenal de noticias personales que, con ropaje literario, deslizó el autor en sus escritos públicos. Tal vez lo más adecuado sea utilizarlo conjugando ambas fuentes de información: el frío y objetivo dato administrativo y el cálido y humano comento en el que palpita el recuerdo del propio vivir.*

*La primera carpeta de su expediente académico como alumno de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid nos descubre estos datos de la vida de Unamuno. Que el 21 de junio de 1880 realizó en el Instituto de Bilbao los ejercicios del Grado de Bachiller, en los que obtuvo la calificación de aprobado, y que el título le fué expedido por el Rectorado*

*de la Universidad de Valladolid, de cuyo distrito universitario, ayer como hoy, depende Bilbao, el 17 de agosto siguiente. Provisto de este documento el joven Unamuno, un día antes de cumplir los dieciséis años, el 28 de setiembre de 1880, solicita de su puño y letra ser admitido en la Facultad matritense que había elegido para cursar los estudios de Filosofía y Letras. En su instancia figura el primer domicilio que tuvo en la entonces villa y corte: la casa número 2 de la calle de Fuencarral.*

"Cada una de mis estancias —nunca largas— en Madrid —escribió él mismo en 1902—, restaura y como que alimenta mis reservas de tristezas y melancolía. Me evoca la impresión que me causó mi primera entrada en la corte, el año 80, teniendo yo dieciséis; una impresión deprimente y tristísima, bien lo recuerdo. Al subir, en las primeras horas de la mañana, por la cuesta de San Vicente, parecíame trascender todo a despojos y barreduras; fué la impresión penosa que produce un salón en que ha habido baile público, cuando por la mañana siguiente se abren las ventanas para que se oree, y se empieza a barrerlo. A primeras horas de la mañana apenas se topa en Madrid más que con rostros macilentos, espejos de miseria, ojos de cansancio, y esclavos de espórtula. Parece aquello un enorme buho que se prepara a dormir; aquellas auroras parecen crepúsculos vespertinos.

Fuí a parar —añade, tras esta digresión evocadora— a la casa de Astrarena, donde viví el primer curso, allá en sus alturas, y recuerdo el desánimo que me invadió al asomarme a uno de los menguados balconcillos, contiguos al tejado, que dan a la calle de Hortaleza y con-

templar desde allí arriba el hormigueo de los transeúntes por la Red de San Luis, calle de la Montera y de Hortaleza. Estas emociones reviven en mí cada vez que entro en Madrid." ("Ciudad y campo. De mis impresiones de Madrid", publicado en la revista *Nuestro Tiempo,* julio 1902, e incluído en *Ensayos,* Madrid, 1916, tomo III, págs. 165-166.)

*A este escenario madrileño vino a vivir el joven Unamuno en 1880, y de él salía para asistir a las clases del primer año de Licenciatura en las que se había matriculado: Literatura general, en la que en junio siguiente obtuvo la calificación de Bueno; Historia Universal, primer curso, en la que logró la de Notable; primer curso de Lengua Griega, aprobada con Sobresaliente; Metafísica, primero, con igual nota, ante los diferentes tribunales de examen establecidos por la Facultad, y actuando como secretario del de esta última asignatura don Marcelino Menéndez Pelayo.*

*En ese caserón de Astrarena, que levantaba sus fachadas a las calles de Fuencarral, Red de San Luis y Hortaleza, pasó su primera Navidad lejos de los suyos, impresión que no recató a sus lectores, años más tarde.*

"Y nunca olvidaré —escribe ahora— la tremenda impresión que me produjo la primera fiesta de Navidad que pasé aquí, en Madrid, a a mis dieciséis años. Venía habituado a unas navidades de hogar, recogidas, en familia, sin bullicio alguno, con aquel lejano pariente que vivía solo en Bilbao y venía en aquellos días a pasarlo con mi familia, trayéndonos a los niños el aguinaldo. Y llego a esta corte de España y me encuentro con unas navidades callejeras,

de estrépito y bullicio, y de borracheras, y de entrar y salir en los cafés, formando largas filas e hiriendo a los oídos con toques de panderos y hasta de almireces. Y hubo año en que yo mismo recorrí los cafés de la corte haciendo sonar mi almirez como para ahogar con su ruido mis nostalgias de adolescente. ¡El café lo era todo entonces en esta gran aldea!" ("La evolución del Ateneo de Madrid", en *La Nación*, de Buenos Aires, 24-I-1916.)

*¿Todo? En aquel barrio, y poco más abajo de su casa estaba también el Ateneo, instalado entonces en la calle de la Montera, frente a la iglesia, hoy desaparecida, de San Luis, y a él, nos dice, iba a estudiar, alternándolo con la Biblioteca Nacional, o a oír alguna conferencia o a recibir sus primeras lecciones de alemán.*

*De regreso a Bilbao para pasar junto a los suyos las vacaciones, de allí vuelve a Madrid en el otoño de 1881 para seguir sus estudios universitarios. El segundo año de Facultad lo integraban estas materias: sendos segundos cursos de Lengua Griega, Historia Universal y de Metafísica, más uno de Literatura latina y griega, los cuales aprobó en junio siguiente con la calificación unánime de Sobresaliente. Pero no firmo él la instancia en la que solicita su matrícula, y es un Nicolás Martínez de Olaguibel, que dice estar domiciliado en el número 2 de la calle de Fuencarral, quien lo hace en su nombre, pidiendo, además, que se le aplique la exención de derechos en la de Lengua Griega, por haber obtenido premio el curso anterior en esta materia.*

*En el de 1882-1883, se matricula en Literatura Española, Lengua Hebrea, Lengua Arabe e Historia de España mediante instancia que él mismo suscribe y en la que da como domicilio en Madrid, el número 8 de*

*la plaza de Bilbao, asignaturas que aprueba con Sobresaliente, aplicando a la inscripción de la última el premio que había obtenido en el segundo curso de Metafísica.*

*Tras de la aprobación de estos tres cursos, y de acuerdo con el plan de estudios entonces vigente, realiza el Grado de Licenciatura, el día 21 de junio de 1883, ante un tribunal presidido por el doctor Mariano Viscasillas, y del que formaban parte los doctores don Francisco Codera y don Luis de Montalvo, este último como secretario. En el ejercicio escrito desarrolló el tema 78, elegido entre los que le correspondieron en suerte, y cuyo enunciado era: "El Bien. Concepto del Bien, mostrado en la conciencia: Orden." Verificado el ejercicio oral el mismo día, fué calificado con la nota de Sobresaliente. Más adelante logró en él Premio Extraordinario.*

*Y en el curso académico de 1883-1884 se dispuso a realizar el Doctorado en Filosofía y Letras. A tal fin, el 22 de setiembre del primero de dichos años solicita ser matriculado en las asignaturas de Historia crítica de la Literatura Española, Sánscrito, Estética e Historia de la Filosofía, y da como domicilio en Madrid, y es el tercero que de él conocemos, el número 36 de la calle de Mesonero Romanos. Unos días antes, el 6 de setiembre, en nombre suyo había solicitado matrícula gratuita de las tres últimas asignaturas, por aplicación a ellas de los premios obtenidos en las de Lengua Hebrea, Lengua Arabe e Historia crítica de España, haciéndolo en nombre suyo Felipe de Zuazagoitia, domiciliado en la calle del Carmen, número 28. En este curso fué Unamuno discípulo de Menéndez Pelayo, que entonces era catedrático de Historia crítica de la Literatura Española, extremo que él mismo puntualizó en uno de los dos artículos volanderos que, con el título de "Mis santas campañas", publicó en el diario madrileño* Ahora, *el 27 de*

*abril de 1936. En la primera decena de junio de 1884 se examinó de las cuatro asignaturas del Doctorado, obteniendo en todas ellas la calificación de Matrícula de Honor, y el 20 de dicho mes verificó la lectura y defensa de su tesis doctoral ante el tribunal que presidido por el doctor don Francisco Fernández y González, formaron los doctores don Miguel Morayta, don Manuel María del Valle, don Antonio Sánchez Moguel, que era el ponente, y el doctor Gelabert, como secretario, que la calificaron con la nota de Sobresaliente. Su texto es el primero de los que reproducimos en este apartado, con el título de "Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca."*

*¿Qué recuerdos dejaron en el joven bilbaíno estos años de estudios universitarios en Madrid? Los más íntimos los afloró él mismo en uno de sus escritos públicos.*

> "En 1880, a mis dieciséis años —escribió cincuenta después—, llegué por primera vez a este Madrid de mis recuerdos de melancólico mozo provinciano. Llegué a soñar no recuerdo ya que ensueños, no de gloria, no, sino de ahincado estudio en mi nativo rincón, en mi Bilbao, al abrigo de un hogar propio, con propia mujer —la que fué después y sigue siendo, ya muerta mía—, hogar injertado en mi hogar materno. Era entonces mi ensueño. Mi madre y mi novia me alentaban desde lejos, desde Vizcaya, en mi carrera. Concurría a aquella Biblioteca Nacional, sobre todo cuando me puse a preparar mi tesis doctoral sobre la historia del origen de la raza eusquera o vascuence. ¡Qué horas de recogido trabajo en aquella biblioteca! Unos pobres tinteros de plomo y unas plumas de ave que se hincaban, después de

usadas, en unas tacitas de loza llenas de perdigones. Y tener que ir casi siempre al encargado del índice, pues los libros que yo pedía, como no eran de los de pedido corriente, no los conocían los bibliotecarios de servicio diario.

¡Años aquellos! No me han pasado, no, sino que me andan dentro. De ellos sigo viviendo. Más de una vez se me ha ocurrido cruzarme con algún joven estudioso, de dieciséis a veinte años, los que yo tenía —y sigo teniendo, mas algunos más— en mi mocedad madrileña. Y él acaso se me queda mirando, no sé si pensando en cuando él llegará a mi edad, a los setenta; pero yo sí que pienso, al cruzar con él la mirada, en cuando tuve su edad, y no digo sus años porque estos son suyos, como de mí los míos. Y no quiero ni puedo cambiarlos por otros. Y me voy soñando en él." ("Cruce de miradas", en *Ahora,* Madrid, 21-XII-1934.)

*Otro de sus escenarios madrileños de aquellos tiempos despertó en él estos recuerdos, igualmente públicos:*

"Otro café, más culto y desde luego con algunas ventanas a Europa, era el viejo Ateneo, el de la calle de la Montera, adonde acudía yo a las veces, con papeleta de favor, a oír a alguno de los que por entonces tenían fama de hombres cultos. El gran prestigio ateneístico de aquellos tiempos era don José Moreno Nieto, a quien hoy ya casi nadie recuerda. Y había el famoso padre Sánchez, un clérigo andaluz de mucho gracejo, que se batía con los paladines de la izquierda que dominaban en aquel viejo Ateneo. Recuerdo que como don Juan Manuel Ortí y Lara, mi profesor de Metafísica, catedrático que era de la Universidad Central y un

pobre espíritu fosilizado en el más vacuo escolasticismo tomista, hubiera llamado una vez al Ateneo "el blasfemadero de la calle de la Montera", el padre Sánchez replicó desde éste diciendo que no se decían en la Universidad menos blasfemias que en el Ateneo, sólo que en éste a fin de mes se le pasaba al socio el recibo y en la Universidad la nómina."

*Pero el Ateneo no sólo fué espectáculo sino lugar de recogido y arduo laborar. El mismo nos lo precisa en estos términos:*

"En aquel viejo Ateneo, el del caserón de la calle de la Montera, recibí mis primeras lecciones de alemán, de un sajón que declamaba aparatosamente los temas del libro de lectura. Todavía me parece oírle al bueno de Schütz pronunciar con todo su énfasis aquello de "ein reicher Ritter!" ¡Y con qué emoción iba yo a recibir aquellas primeras lecciones de alemán que se me antojaban habían de abrirme, como con llave mágica, un mundo nuevo! Y algo de esto ocurrió, sin duda. Empezaba a ponerse en moda el alemán en España entre la gente de estudio. Así como hoy hasta los más decididos germanófilos empiezan a dedicarse a aprender el inglés.

... Y si aquel viejo Ateneo tiene para mí recuerdos, recuerdos de mi melancólica y nostálgica mocedad de Madrid, de aquellos mis tristes cuatro años de estudiante en corte, no tiene menos recuerdos este Ateneo, donde he actuado más de una vez y al cual debo mucha parte de mi nombre en España." ("La evolución del Ateneo de Madrid", en *La Nación*, Buenos Aires, 24-I-1916.)

*Del Madrid de aquellos años y en el mismo escrito que acabamos de mencionar, escribió esto:*

"Esta villa y corte de Madrid, cuando yo llegué a ella por primera vez, hace treinta y cinco años, era una gran aldea que se divertía con la comidilla de sus chismes y murmuraciones interiores. Casi toda su vida espiritual era vida de cafés, de tertulias. Discutíase en ellas algunas de las tres parejas que tenían por entonces divididos a los españoles: en política, Cánovas y Sagasta; en teatro, Vico y Calvo; en toreo, Lagartijo y Frascuelo. Agregábase también a las veces como cantantes a Gayarre y Massini. Y era divertidísimo oír cómo trataba alguno de cohonestar sus respectivas aficiones en esos distintos ramos de la vida espiritual —¡política, teatro y toreo!— uniendo a Cánovas con Lagartijo y con Vico, por ejemplo, mientras otro se escandalizaba exclamando que no; que Cánovas era el Frascuelo o el Calvo de la política, o Frascuelo el Cánovas del toreo y el Calvo del teatro."

*¿Y de la Universidad en que estudió y de los maestros que en ella contribuyeron a formarle? De los varios textos que pueden espigarse en los que Unamuno vertió nostálgico sus recuerdos de entonces, elijo éstos:*

"Quiero hacer constar lo que yo debo —escribía en 1933— a los maestros de la cátedra que como no ejercieron otra actividad pública, como no fueron escritores ni publicistas, no han dejado nombre alguno, pero supieron despertar vocaciones. Un año me falta para jubilarme como catedrático universitario; hay por toda España desparramados alumnos míos que asis-

tieron a mis clases en aquellos tiempos de obra docente y discente cotidiana, regular, oscura y todo lo que deseo es que esa mocedad que educamos nosotros, los de aquel tiempo, guarde de nuestra labor el recuerdo que yo guardo de los maestros que hace cincuenta años me enseñaron a estudiar, me despertaron curiosidades y aficiones en la Universidad española de Madrid de entonces. No es lo que ellos me enseñaron, sino lo que yo aprendí, excitado por sus enseñanzas y no pocas veces en contra de ellas, por mí mismo. Me enseñaron a leer, en el más noble y alto sentido de la lectura. Y enseñándome a leer me enseñaron a escribir." ("La Universidad hace veinte años", en *Ahora*, Madrid, 17-VIII-1933.)

*En torno justamente a ese sentido de la lectura prendió en la memoria unamuniana uno de los recuerdos de Menéndez Pelayo, melancólicamente exhumado en su vejez.*

"¡Qué formidable lector era el gran maestro! Lector en voz alta quiero decir. Y mejor declamador. ¡Qué manera de declamar la suya! En uno de los cursos de don Marcelino a que asistí nos leyó (o declamó más bien) en clase —pues ello lo pedía— el prólogo de la *Historia del levantamiento y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV*, de Melo, y su discurso de Pau Clarís, y fué tal el efecto que aquella lectura —lectura es lección— nos produjo a los oyentes que salimos a leer o releer y a comprar algunos —en librerías de lance acaso— su maravilloso libro declamatorio. Y entonces comprendí algo que mi posterior experiencia docente me ha confirmado, y es que basta leer con sentido,

entono y cariño un texto clásico para que quien lo oiga se dé clara cuenta de todo su contenido artístico." ("Lectores de español", en el diario *Ahora,* Madrid, 15-I-1935.)

*Fueron varias las ocasiones en que don Miguel recordó al que llamó "mi venerado maestro", que en 1891 presidió el tribunal que le otorgó la cátedra de Lengua griega de la Universidad de Salamanca, y quien puso prólogo a la traducción española que Unamuno hizo de la* Historia de las Literaturas castellana y portuguesa, *de Wolff, que editó la editorial de* La España Moderna, *la revista fundada y dirigida por don José Lázaro.*

*Otro de los maestros recordados fué el primero que tuvo de Lengua griega, don Lázaro Bardón, recio maragato que también formó parte del tribunal de oposiciones a la cátedra que don Miguel ganó entonces. No fué mucho, según nos dice, el griego que de él aprendió, pero su acción personal sobre sus alumnos fué perdurable. Uno de ellos, el filipino José Rizal, dejó constancia de esta influencia en sus notas de estudiante en Madrid y algunos matices de ella pululan en sus escritos. Y de él escribió Unamuno:*

> "No eran las cosas que decía las que nos impresionaban, sino su modo de decirlas: el gesto, el tono de su voz, la autoridad, en fin, con que las pronunciaba. Las cosas más vulgares se transformaban en nobilísimas en sus labios." ("Sobre la carta de un maestro", en el libro *Contra esto y aquello,* Madrid, 1912, pág. 225.)

*Tampoco pareció deberle mucho a Ortí y Lara, su maestro de Metafísica, y numerosos y dispersos son los pasajes de los escritos unamunianos en que lo proclamó. De entre ellos extraigo esta brevísima men-*

*ción a un detalle físico de su docencia. "Y de la Universidad se me viene —escribió en 1936, meses antes de su muerte— Ortí y Lara dando con el índice en la mesa con ésa: ¡esta es la cosa!"*

*Y nos falta citar a Sánchez Moguel, que fué quien debió iniciarle en los estudios de lingüística española, que no figuraban en el plan de estudios que Unamuno cursó, ni figuraron hasta veinte años después. Esta suposición la confirma un pasaje del siguiente escrito suyo:*

> "Se cursaba latín, francés, griego, hebreo o árabe y sánscrito, y apenas se oía una palabra sobre el proceso de formación de la lengua en que se pensaba. Algunos suplían por sí la deficiencia oficial; en la Universidad Central ha venido dedicando el señor Sánchez Moguel gran parte de sus cursos de Historia de la Literatura Española al estudio de la historia de la lengua en que esa literatura está escrita, labor benemérita, perseguida con ahinco y premiada con frutos." ("La enseñanza del latín", fechado en 1894, e incorporado al volumen II de *Ensayos,* Madrid, 1916, págs. 24-25.)

*Esta confesión, y la circunstacia de haber sido Sánchez Moguel ponente de la tesis doctoral de Unamuno permite establecer la existencia de una amistad naciente entre maestro y discípulo, que, sin embargo, no debió acendrarse, a juzgar por lo que él mismo escribió a uno de sus alumnos de Salamanca, el ledesmino Casimiro González Trilla, con ocasión de enviarle una carta de presentación para su antiguo maestro, a la que pertenecen estos pasajes:*

> "Y quiera Dios que le sirva: porque no sé cómo estará al presente conmigo, pues es hom

bre que hoy le pone a uno en los cuernos de la luna y mañana a los pies de los caballos. Una de las cosas más graciosas será el que, a las pocas veces de hablarle a usted, y sabiendo que es usted mi recomendado, le dirá de mí cosas estupendas, mezclando elogios y vituperios. Así es el hombre y así hay que tomarlo."

*Lo que nos corrobora este pasaje de otra carta al mismo destinatario:*

"No se fíe usted mucho de promesas de Sánchez Moguel, que es algo fantástico y más que algo ligero. Apenas hay quien no acabe mal con él." (Cartas de 17-III-1904 y 12-X-1905, publicadas por Hernán Benítez en la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1950.)

*Prescindiendo del giro personal de estas menciones parece cierto que Unamuno pudo suplir, siquiera en parte, las deficiencias del plan oficial de estudios de 1880 en cuanto a la enseñanza de la lengua española con aquellas disquisiciones de Sánchez Moguel en sus clases de la Universidad matritense. Y a una decisión conjunta de maestro y discípulo, siendo además vasco éste, se debió, sin duda, la elección del tema para su tesis doctoral.*

*No vamos a examinarla en detalle encomendando al lector que lo haga por sí mismo, pero la bibliografía citada en sus páginas, francesa, inglesa y alemana, además de la española, acreditan una sólida preparación y un no escaso interés humano por sus antepasados los vascos. Parte de aquélla acredita también sus conocimientos de lenguas extranjeras, acerca de cuyo aprendizaje sólo tenemos noticias del que hizo de la alemana en estos años de estudiante en Madrid. Y aunque en otro escrito de los suyos nos descubre*

*que una de sus primeras lecturas en esta lengua fué la de Hegel, el acopio de textos citados de autores alemanes, y la minuciosidad y el primor con que se complace en trascribir pasajes de sus obras utilizando el viejo alfabeto germano, parecen denotar un entusiasta y reciente acercamiento a su estudio del alemán.*

*Con la obtención del grado de doctor termina, en junio de 1884, la estancia de Unamuno en Madrid. Dos instancias manuscritas, que se guardan en su expediente académico, firmadas en Bilbao el 5 y el 17 de febrero de 1886, contienen, respectivamente, la petición de ser eximido de la ceremonia de la investidura, y la expedición y envío de su título de doctor por conducto del Gobierno civil de la provincia de Vizcaya, título que llegó a sus manos el 20 de marzo siguiente, según acredita el recibo, también autógrafo, con el que termina el expediente académico que un día consultamos en la Biblioteca de la Universidad de Madrid.*

### Otros escritos sobre el vascuence.

*El tema elegido para su tesis doctoral pareció que iba a marcar la senda de Unamuno. Y en esta dirección publica en los años comprendidos entre 1886 y 1889 una serie de trabajos dedicados al vascuence. Los más importantes aparecen en la* Revista de Vizcaya; *otros ven la luz en los suplementos literarios de algunos periódicos de Bilbao, como* El Noticiero Bilbaíno, El Norte, Bilbao Ilustrado, *etc. Al primero de ellos aludió él mismo en el ensayo antes citado "La cuestión del vascuence", redactado en 1902. Me refiero al que lleva por título "Del elemento alienígena en el idioma vasco", cuyo texto íntegro creo que por primera vez sale del olvido en que yacía en aquella revista, aunque su aparición posterior en otra alemana le brindó una cierta difusión en los medios eru-*

*ditos europeos. Efectivamente, vió la luz en la* Zeitschrift für Romanische Philologie, *1893, XVII, páginas 137-147. El propósito, no sólo de esta nueva redacción, sino, en general, de los estudios unamunianos sobre el habla de su país vasco, lo expresó con toda claridad él mismo en estas palabras:*

> "El trabajo presente no es más que una refundición del que publiqué en 1885 (sic) en la *Revista de Vizcaya,* con el mismo título. Me proponía en aquél, como me he propuesto en otros trabajos, señalar una dirección que por desgracia no han tomado los estudios sobre el eusquera. Un espíritu de campanario *(chauvinismo)* mal entendido ha hecho que se haga de la labor austera y desinteresada de la ciencia un arma de combate para pretensiones y aspiraciones regionalistas.
>
> Nuestros euscaristas Larramendi, Erro, Astarloa, Moguel, etc., se proponían *a priori* demostrar las excelencias del vascuence, su remota antigüedad, su universalidad en España, en tiempos lejanos, la pureza inmaculada de su léxico, y sus trabajos llevan el carácter de todos los de tesis, en que se empieza por sentar una proposición *more scholástico* y se va luego en busca de pruebas con que apoyarla, en vez de recoger datos y ordenarlos para que ellos mismos obren unos sobre otros y nos dé como viva resultantes conclusiones. ...Por mi parte, siendo yo vasco, habiendo vivido siempre en el país vasco y hablando vascuence, no he hallado trazas de esa pretendida cultura, sino más bien que toda la nuestra es latina."

*Cuando el filólogo Gaston Paris reseñó en su revista* Romania, *el tomo de la alemana en que se había*

*publicado el trabajo de don Miguel, incluyó entre corchetes o paréntesis rectos el siguiente párrafo, debido al hispanista francés Morel-Fatio, que lo firma con sus iniciales:*

> "Observations intéressantes et qui dénotent un esprit sain sur les mots empruntés par le basque au castillan. Chemin faisant, l'auteur nous révéle certains procedés de *recreation* de mots basques dus aux champions de l'euskarisme; il ne parait pas priser beaucoup la civilisation euskarienne et se méfie des bascophiles. Cependant il est basque. Il va se faire lapider! A. M.-F."

*De estos años es también una frustrada actividad vascófila de Unamuno cuyos detalles no hemos conocido hasta hace aproximadamente un año. Nos referimos a su presentación al concurso para proveer la Cátedra de vascuence creada por la Diputación de Vizcaya. Se trataba de una proposición suscrita por el diputado don Aureliano de Galarza, y que la Corporación hizo suya, encaminada al establecimiento de una cátedra gratuita en el Instituto Vizcaíno. Anunciado el concurso en 15 de febrero de 1888, se presentaron a él los siguientes: don Resurrección María de Azcue, lequeitiano, ordenado de subdiácono por aquel entonces; don Sabino de Arana y Goiri, don Pedro de Alberdi, don Miguel de Unamuno y Jugo y don Eustaquio Medina. Oído el parecer de don Pantaleón de Arancibia, como vascófilo y secretario de la Diputación, contenido en un informe discriminatorio de los méritos de los concursantes, propuso a aquélla dos de los cinco nombres, uno de ellos el de Unamuno. La parte que a éste se refiere decía así:*

> "Entre éstos [—los concursantes—] el que, naturalmente, ocupa el primer lugar es el de

> don Miguel de Unamuno y Jugo, doctor en Filosofía y Letras, por ser ésta la única carrera de carácter oficial que supone conocimientos especiales en materia literaria y filológica, máxime cuando, como el señor Unamuno, han sido calificados con la nota de Sobresaliente los exámenes que sufrió en las asignaturas de Lengua Griega (primero y segundo cursos), Literatura Griega y Latina, Literatura Española, Lengua Hebrea, Lengua Arabe, Historia crítica de la Literatura Española y Sánscrito, habiendo obtenido la misma nota de sobresaliente en los ejercicios de la Licenciatura y el Doctorado de la Facultad expresada."

*En segundo lugar seleccionaba el informante a don Resurrección María de Azcue, bachiller en Sagrada Teología, "quien ha acreditado haber hecho sus estudios con notable aprovechamiento, si bien es cierto que éstos no tienen relación directa ni inmediata con la literatura y filología". Y descartaba a los otros tres concursantes por su carencia de títulos profesionales.*

*Sorprende que en esta rigurosa valoración, basada en un criterio administrativo no se hiciese mención de los trabajos que, ya desde su tesis doctoral, había dedicado don Miguel a la lengua y cultura de su país, pero ya serían citados en el salón de sesiones de la Corporación vizcaína, cuyos miembros se dividieron en torno a los dos nombres que habían quedado en la liza. Los patrocinadores de la candidatura unamuniana apoyaron ésta agregando al informe del secretario Arencibia estas consideraciones:*

> "...los trabajos que el señor Unamuno tiene publicados en la *Revista de Vizcaya* acerca del elemento latino en el idioma vascongado; el discurso leído por dicho señor en el acto del doctorado, en el que se hace un detenido estu-

dio sobre el idioma vascongado, teniendo así mismo entre manos actualmente un Diccionario Vasco-Castellano, tanto del lenguaje comúnmente hablado como del clásico y literario."

*A lo que añaden esto:*

"...diferentes composiciones de menor importancia, así en prosa como en verso, escritas en vascuence, y su intervención en las lecciones públicas organizadas por el Folk-Lore Vasco-Navarro en esta villa."

*De esta última actividad vascófila de don Miguel se ofrece una de las pocas muestras conservadas en este tomo. Nos referimos a su invocación del árbol de Guernica. Pero sigamos con los resultados de este concurso. Divididos los ánimos como estaban, los patrocinadores de la candidatura de Azcue le atribuyen "mayores condiciones de idoneidad, no sólo por su carácter sacerdotal, del que es tan propia la misión docente, sino por la competencia y suficiencia que ha demostrado tener en el conocimiento de la lengua vascongada, como lo acreditan los trabajos que tiene presentados".*

*Unamuno no los había presentado por no ser requisito de la convocatoria del concurso y por encontrarse, además, por estas fechas en Madrid, verificando los ejercicios de oposición a la cátedra de Lógica, Psicología y Etica del propio Instituto de Bilbao, primera, creo, de las cinco que confiesa haber hecho antes de triunfar en la cátedra salmantina en la que se afincó de por vida. El mismo lo refiere en 1905 en estos términos:*

"Cuando acabé mi carrera, doctorándome en Filosofía y Letras, se me presentó, desde luego,

como a todos nos ha sucedido, el problema de aprovechar mis estudios; y como mis aficiones eran por entonces, y siguen siendo, a todo, pero muy especial a la filosofía y a la poesía —hermanas gemelas—, me preparé a hacer oposiciones, y las hice primero a una cátedra de Psicología, Lógica y Etica, y luego a una de Metafísica. Pero dado mi criterio de entonces en la materia y dado, sobre todo, mi independencia de juicio que ya por aquella época era mi dote espiritual, fracasé, y no pude sino fracasar, en ambas oposiciones. Quiero decir que me quedé sin ninguna de ambas cátedras. Y entonces decidí, aprovechando mis aficiones a lenguas, opositar a latín y griego. Y después de dos infructuosas oposiciones a cátedras de Latín, logré al cabo ganar una cátedra de Lengua Griega ante un tribunal presidido por mi maestro don Marcelino Menéndez Pelayo, que es un elocuente poeta y lleva alma de tal a sus trabajos de reconstrucción erudita del espíritu de los tiempos pasados. En el mismo tribunal figuraba otro hombre de refinado gusto y de espíritu delicado: don Juan Valera." ("Sobre la erudición y la crítica", fechado en 1905, e incluído en *Ensayos,* Madrid, 1918, tomo VI, pág. 93.)

*Aducidos los méritos de cada concursante por sus respectivos patronos, la Diputación, en 11 de junio de 1888, propuso para la cátedra de Vascuence, recién creada, y por mayoría de votos, a don Resurrección María de Azcue.*

"Ya tenemos —ha escrito Manuel Llano Gorostiza en la serie de artículos titulada "Azcue, Unamuno, Arana Goiri y el vascuence", publicada en *El Correo Español-El Pueblo Vasco*

de Bilbao, los días 6, 8, 9 y 10 de enero de 1957, de la que proceden los datos referentes a este concurso—, ya tenemos, a don Resurrección entregado por entero a la filología. Con su trabajo se encargó de demostrarnos lo justo de la designación y la agudeza de quienes lo defendieron. Pero quedan en el aire un par de preguntas: ¿Qué ocurrió con Unamuno? ¿Cómo reaccionarían los eliminados?

De don Miguel diremos que le perdió su afán de originalidad. Los diputados provinciales no podían votar a quien ya en 1885 había proclamado la muerte del vascuence.

En un estudio del que más tarde fué rector de la Universidad de Salamanca, aparecido en la *Revista de Vizcaya*, año primero, tomo I, que recoge trabajos publicados entre noviembre de 1885 a abril de 1886, Unamuno, bajo el título "Del elemento alienígena en el idioma vasco", aunque comienza afirmando que no es su deseo desafinar en el casi general concierto para que se le oiga, sostiene afirmaciones como la de que el vascuence acabará muriendo en esa lucha por la existencia y la de que dicho idioma carece en absoluto de vocablos que expresen ideas suprasensibles, clasificando los elementos advenedizos de éste en seis grandes grupos. Esta y no otra es la razón por la que Unamuno no presentó trabajo alguno. Nada le hubiese costado encargar del trámite a sus familiares de Bilbao. Pero sabía perfectamente que con ello no podía ganarse ningún padrino a la hora de buscar un empleo. Ahora bien, ¿cómo se ha podido afirmar su manía al vascuence precisamente como consecuencia de este revolcón, si ya en 1885 cantó la muerte de dicho idioma?

*¿Fué un bien o un mal? De nuevo cedo el espacio a Manuel Llano:*

> "De los textos unamunianos, de aquella su obsesión por los que llamaba "mis yos ex-futuros", es decir, por lo que hubiese sido de su trayectoria humana de haber conseguido determinados propósitos juveniles, se deduce un agradecimiento eterno a los que en aquella ocasión le negaron la cátedra. Al cerrale las puertas de un aula para explicar vascuence le abrieron las inmensas posibilidades de su universal Salamanca."

*Exacto. Y recuérdese que nunca que yo sepa se ha referido don Miguel a este episodio juvenil. Además, nos gustaría apostillar, el plano estrictamente científico, meditado y riguroso en que situó el problema del origen y desarrollo del vascuence —el tiempo le ha venido a dar la razón— era el único desde el que esta cuestión podía ser considerada. El mismo rumbo que más tarde esta cuestión tomó, bajo la dirección de uno de los concursantes no admitidos entonces, Sabino Arana y Goiri, fué otro de los motivos que llevaron a don Miguel a no considerar excluyentes su doble condición de español y de vascongado. Y a este propósito me parece oportuno aducir un testimonio suyo que he hecho público en otra ocasión y que aquí tiene de nuevo lugar apropiado.*

*En 1918, desde Madrid, donde entonces vivía el escritor y diplomático mejicano Alfonso Reyes, escribe una carta a Unamuno pidiéndole "libros esenciales en que pueda estudiar los orígenes, y desarrollo hasta el día, del nacionalismo vasco". A lo que contestó don Miguel con una muy extensa, cuya lectura íntegra podrá hacer el lector acudiendo a la referencia que más adelante se le brinda.*

"No es fácil contestar a su pregunta —comienza diciéndole—. Apenas hay *libros esenciales* en que estudiar los orígenes y el desarrollo hasta el día del nacionalismo vasco... Todo lo anterior a Sabino de Arana y Goyri es hoy anticuado... Hay que empezar, pues, creo por las [obras] de Arana (Arana Goiritarr Sabin, que firmaba él), y, sobre todo, *Bizkaia por su independencia*... Pero lo más de la doctrina (?) nacionalista vasca está desparramado en folletos, hojas sueltas, semanarios, diarios, etc., o en obras de otra clase, literarias, v. gr....

De lo que sí podría darle copiosísima bibliografía es de lo anterior a Sabino de Arana —a quien conocí y traté bastante—, pero creo que entre esto y aquello hay un abismo. Ni debe olvidarse que Sabino, discípulo de los jesuítas, estudió lo más de su carrera de abogado en Barcelona, donde se catalanizó no poco.

Cuando yo vuelva por esa hablaremos, y de palabra podré darle muchos informes que no encontrará en escritos, ya que yo he estado implicado en ese movimiento, y, aunque antinacionalista —soy, como vasco, un ulsteriano o unionista—, he influído en el nacionalismo, en cuyas filas se me respeta y aún algo más. Lo más de su bagaje ideológico se lo di yo a Sabino, y mi conferencia sobre la agonía del vascuence fué capital." (M. García Blanco, "El escritor mejicano Alfonso Reyes, y Unamuno", en *Cuadernos Hispanoamericanos,* núm. 71, Madrid, noviembre, 1955, págs. 155-179, tirada aparte en folleto no venal del "Archivo de Alfonso Reyes", serie F (Documentos), núm. 1, México, 1956, 61 págs.)

*Creo que esta carta de 1918 ya ilustra no poco la*

*actitud de Unamuno en este problema, que ahora, a la luz de los escritos en este volumen reunidos, no hace más que precisar sus tonos y matices. Y de esa conferencia sobre la agonía del vascuence hablaremos en seguida. Antes debemos poner fin a estos años de su fecunda actividad en torno a aquel, con la noticia de otra muestra de ella.*

*Se trata de la traducción que hizo al español de la parte que dedicó a Cantabria Guillermo de Humboldt en su obra* Reiseskizzen aus Biscaya, *en la que relata el viaje que allí hizo en 1799, en compañía de Carolina, su esposa, sus tres hijos y otros acompañantes. Apareció dicha versión en la revista* Euskal-Erría, *en 1889, precedida de un prólogo que más adelante se reproduce. En él indicó su propósito de traducir también otra de las obras de Humboldt que él utilizó al redactar su tesis doctoral, el "Examen de las investigaciones acerca de los primitivos habitantes de España a través de la lengua vasca", que años más tarde llevó a cabo su primo Telesforo de Aranzadi.*

## LOS DOS DISCURSOS DE BILBAO.

*Aunque en otro de los volúmenes de estas Obras Completas unamunianas van a tener cabida los prólogos de don Miguel a libros ajenos, y numerosas conferencias y discursos prácticamente olvidados, no hemos vacilado en segregar de él tanto el que puso a su versión española de la obra de Humboldt, como estos dos discursos de Bilbao, por estimar que es en este apartado sobre la raza vasca y el vascuence donde tienen lugar apropiado.*

*El primero de ellos tuvo lugar en el local de la sociedad "El Sitio", de Bilbao, el 3 de enero de 1887, dentro, pues, del período que acabamos de considerar. El segundo, más famoso, y más denostado también, es*

*el que pronunció en los Juegos Florales de su ciudad natal el 26 de agosto de 1901. El tono de ambos difiere aunque una lectura atenta descubra ya en el del primero ciertas afirmaciones que hallan en el segundo un más amplio resonador. Recuérdese cómo el texto de aquél está colocado al amparo de una cita del libro de Pi y Margall tomada de su libro* Las Nacionalidades *y cómo al analizar las cualidades del pueblo vasco —el discurso o conferencia se tituló "El espíritu de la raza vasca"— lo hace objetiva y desapasionadamente, si, por un lado, es el vasco tenaz e inteligente, franco y leal, dotado de una moral rigurosa, le falta, por otro, imaginación —"es de escasa imaginación, de bien repartida inteligencia, de sentimientos viriles y primitivos, pero más que nada pueblo de acción e independencia"— y como tal, "no se pierde en sutiles cavilaciones sobre la libertad de pensar, quiere la libertad de obrar". Al referirse al vascuence incorpora pasajes enteros de su tesis doctoral inédita —es decir, que prolonga el plano científico en que lo había considerado— y al ocuparse de la raza dice que es para él "un espíritu fuerte..., sangre de nuestra sangre, jugo de nuestro jugo", pero*

> "Yo amo a la patria común —se lee más adelante— con el amor ideal de un espíritu que busca la armonía, con amor nacido al leer su historia, y amo a la patria de campanario con el amor real que busca la médula del alma, con amor que nació conmigo."

*Y en cuanto a las hablas peninsulares, esto:*

> "Es hermoso, grandilocuente y sonoro el idioma castellano, idioma que lo mismo requiebra que alienta a la pelea, pero es suavísimo el bable, vigoroso el catalán, el andaluz muelle y

gracioso, vivo nuestro eusquera y melancólico y dulce el gallego."

*Sí; decididamente este discurso debió agradar a sus paisanos, aunque los más avisados acertaran a desbrir ciertas disparidades de apreciación honradamente sentidas y brillantemente expuestas.*

*No fué ese el tono del discurso de los Juegos Florales de 1901. Y, sin embargo, la intención era igualmente sincera. Aunque ahora insista en la agonía del vascuence y una vez más recuerde lo que sobre su desaparición había preconizado en 1886. Para ofrecer un alto testimonio de un espectador, hemos reproducido el olvidado artículo que Ramiro de Maeztu redactó, aún caliente su impresión de un acto al que asistió. Pero ahora debemos traer a este lugar los del propio Unamuno siempre que se refirió, tanto a su discurso como a la severidad con que fué acogido por sus paisanos. Y aunque su actitud es la misma en todos ellos, parece que si ordenamos los textos cronológicamente, respetamos ese orden genético que a don Miguel le parecía el más lógico.*

"Ha habido un sujeto —escribía un año después de aquel acto— que ha tenido el graciosísimo rasgo de humorismo de decirme que los ensayos que bajo el título de "En torno al casticismo" publiqué en 1895 en *La España Moderna* se dan de cachetes con el discurso que leí el verano pasado en Bilbao. Es algo como decir que el hecho de que salga de una oruga una mariposa, se concilia mal con el de que el oxígeno y el hidrógeno se combinen en agua. Respecto a este mi discurso, cuyas consecuencias tanto me han enseñado, el corresponsal en Madrid de un diario español de Venezuela, corresponsal que a cada paso enseña la oreja del

más divertido anti-españolismo (no es madrileño ni castellano) afirmaba de mí, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, que he pasado mucha parte de mi vida en Madrid, cuando en junto no habrá llegado a cuarenta y ocho meses, contando en ellos los cuatro cursos de mi carrera. No se explicaba, sin duda, el pobre diablo que fuera uno a decir la verdad a su propio pueblo, a aquel en que ha nacido de padres del país mismo (y de abuelos y bisabuelos y... ascendientes en cuanto mi noticia alcanza) y en que se ha criado y ha vivido." ("Estrechez de espíritu", en *Las Noticias,* Barcelona, 16 de mayo de 1902.)

*Y refiriéndose a la trascendencia de aquel discurso, y no precisamente en lo más noble y decidido de su impulso, sino en el turbio y apasionado comentario que suscitó en algunos sectores, de fuera y de dentro, escribiría en 1905:*

"Años más tarde, en 1901, fuí a Bilbao, mi pueblo, y leí en unos Juegos Florales un discurso que alcanzó cierta resonancia. Fué lo que dicen los memos: un *acto;* pero como discurso habría mucho que hablar de él. Intenté poner en él alguna poesía; pero ésta fué ahogada, más aún que por las protestas, por los aplausos; casi nadie me ha hablado de ella, y sí tan sólo de lo que podría llamarse la política de aquel mi famoso discurso. Los que de él me hablan, no lo conocen. Y en los elogios que por aquel acto se me han prodigado, hay un fondo repugnante, hediondamente repugnante. No me alaban lo que se llama patriotismo; no el decir serena y tranquilamente la verdad, no: les regocijó el ver que se sintió herido en vitales sentimientos

un pueblo, mi pueblo vasco, al que aborrecen. Fui, sin quererlo, un instrumento de sus mezquinas pasiones. Dije lo que creía, y sigo creyendo, ser verdad, y lo dije por cariño a mis paisanos; pero me aplaudieron por malquerencia hacia ellos." ("¡Ramplonería!", publicado en la revista madrileña *Nuestro Tiempo,* en julio de 1905, e incorporado al tomo VI, de sus *Ensayos,* Madrid, 1918, págs. 24-25.)

*Y en diciembre de ese mismo año, al tiempo que reproducía algunos pasajes de este ya famoso discurso nos explicaría no sólo el sentido de sus palabras, sino que pondría ciertos escolios reveladores a aquellos. En estos términos:*

"Cada una de las castas que forman la nación española debe esforzarse porque predomine en ésta y le dé tono, carácter y dirección el espíritu específico que le anima, y sólo así, del esfuerzo de imposición mutua, puede brotar la conciencia colectiva nacional.

Tal fué el sentido de mi discurso de los Juegos Florales de Bilbao, en agosto de 1901, y entonces resultó que disgusté con él a aquellos mis más próximos hermanos, a quienes les dije: ¡imponéos!, y me fué aplaudido por aquellos otros cuya manera de sentir y hacer la vida nacional quisiera que despararecíese de España. Entonces dije a mis paisanos: "Si queremos hacer valer nuestra responsabilidad, derramémosla, estampando su sello en cuanto nos rodea. Hagamos como aquel a quien le sobra... Tengamos también los vascos nuestro imperialismo, un imperialismo sin emperador, difusivo y pacífico. Rebasemos de la patria chica, chica siempre, para agrandar la grande y empujarla a la máxima, a la única, a la gran Patria humana...

Las murallas chinescas, materiales o espirituales, totales o parciales, son de pueblos que han perdido la fe en sí mismos."

Era condenar el separatismo, total o parcial; pero era predicar la necesidad de imponernos. Y más adelante: "La historia española se ha desquiciado, o trasquiciado más bien; ha de cambiar de goznes. Ha sido durante siglos centrífuga, tiene que ser ahora centrípeta; al tipo motor ha de sustituir el sensible."

Hay que sacar, en efecto —añade—, la vida política española del gozne castellano, del espíritu que obra, pero rara vez siente, del que pasa y repasa por el escenario movido de resorte automático, y hay que darle otros.

Y luego añadi unos párrafos en que hablaba de lo maltrecho que quedó Don Quijote de su encontronazo con Robinsón y de la necesidad de curarle, encerrándole en el centro, apretando a éste con la periferia. Hoy me siento obligado a rectificar esto —lo cual es importante, añadimos—, pues una mayor familiaridad con Don Quijote me ha enseñado que su espíritu emigró de Castilla, de la España Central, y si en alguna parte está en la Península —fuera de ella alienta en buena parte de América—, es en mi país vasco. Así lo he visto al componer mi *Vida de Don Quijote y Sancho*, en la que se trasparenta cómo la meditación de la vida del Caballero de la Fe me ha dado conciencia de lo que ha de esperarse de mi raza vasca."

*Volviendo a la diversa acogida de su discurso puntualiza a continuación:*

"Lo que en aquel mi discurso sublevó a mis paisanos fué el proclamar lo que todos ellos sa-

ben y reconocen: que el vascuence se muere sin remedio. Se muere y se debe morir, porque su muerte y la adopción por mi pueblo de un idioma de cultura es el único medio para llevar a la cultura común nuestro espíritu y perpetuarlo en ella. Necesitamos hablar castellano, ante todo y sobre todo, para imponer nuestro sentido a los demás pueblos de lengua castellana primero, y a través de ellos, a la vida toda histórica de la Humanidad. Frente a todos los que en mi país se pronuncian contra la invasión de los *maquetos,* de los castellanos, decía: "¿Qué es eso de invasores? ¿No lo somos nosotros? Si no queréis ser invadidos, invadid; si no queréis que os absorban, absorbed; todo menos cerrar las válvulas y permanecer aislados..."

La cobardía del bizkaitarrismo, egoísta y defensivo, no oyó sino que se tocaba a un ídolo, y a un ídolo en que no se cree ya, y protestó ruidosa de quien les decía: "¡Id y conquistadlos!" Y al ver que ellos protestaban, los otros, los maquetos, aplaudieron, y no por patriotismo español, sino para desahogar su sorda inquina a Bilbao. Esta es la pura verdad." ("La crisis actual del patriotismo español", publicado en la revista *Nuestro Tiempo,* en diciembre de 1905, e incorporado al tomo VI de sus *Ensayos,* Madrid, 1918, págs. 143-146.)

*Poco más podrían añadir otros pasajes que aún anidan en los escritos públicos de Unamuno, en los que dolido y satisfecho a la vez, se acuerda de esta quijotesca incursión en su propia ínsula nativa. Quizá el que más recuerden sus lectores habituales, y él mismo se encargó de reiterarlo una y otra vez, es aquel en que imaginando las luchas de la cultura como una guerra moderna, aconseja a los vascos que susti-*

*tuyan la espingarda de su idioma por el máuser del español o del francés.*

*Todavía en 1911, en un escrito ocasional, por cierto de matiz humorístico, desliza esta afirmación refiriéndose a la acogida que a este discurso prestaron sus conterráneos:*

> "Ni quisieron, al pronto, al menos —escribe—, darse cuenta de que yo actuaba allí de ultrabizkaitarra, o, mejor dicho, de ultrabilbotarra, que yo iba a predicarles el que sacudiendo el espíritu receloso y meramente defensivo de aislamiento, se lanzaran a un cierto imperialismo, a tratar de ser en España el núcleo dirigente. Medía a todos mis paisanos por mis propios arrestos y aspiraciones. Pero visto cómo respondieron a mi voz, temí haberme equivocado." ("¡Bárrurrá, neure anájeak, bárrurá!", en el diario *La Noche,* Madrid, 10-XII-1911.)

*Pero es forzoso dejar ya este tema, sobre el que el lector puede adquirir una información completa en las páginas que siguen. Sin embargo, no quisiéramos abandonarlo sin traer a cuento un testimonio y el relato de una anécdota que no hemos visto en otra parte albergada. Nos ofrece ambos María de Maeztu, y el primero viene a ser un relato muy directo del acto, del escenario en que se desarrolló. Y ello tiene para nosotros interés. Recordemos que su hermano Ramiro, asistente al mismo, lo comentó al tiempo que los diarios bilbaínos reproducían el texto íntegro del discurso, al día siguiente de haber sido pronunciado. Dice así:*

> "Un día del mes de agosto de 1900 (sic) se celebra en Bilbao, en el teatro Arriaga, un espectáculo: los Juefos Florales. Unamuno ha sido nombrado mantenedor de la fiesta, y tiene que

pronunciar el discurso oficial, protocolario, que las circunstancias exigen. Bilbao, como toda ciudad industrial, se ha enriquecido en los años de la guerra, y el teatro presenta un aspecto espléndido, exponente de aquella riqueza. En el escenario, la Reina de la Fiesta, que va a entregar la flor —rosa romántica de los viejos trovadores de Provenza— al poeta premiado, aparece lujosamente vestida y rodeada de sus damas de honor."

*La prensa local nos informa que la reina fué doña Angela Oriol de Ibarra, y el poeta laureado, un gallego, orensano, don Manuel Núñez González, que no pudo concurrir al acto, cuyo poema "Las noches de estío", leyó por él don Julio Enciso.*

En los palcos y plateas —prosigue María de Maeztu—, la plutocracia bilbaína luce sus mejores galas. En los anfiteatros, tertulias y galerías, la juventud que acababa de sumarse al nuevo partido Bizkaitarra, fundado por Sabino de Arana, espera que don Miguel, sumo pontífice de aquella raza milenaria, justifique su actitud separatista ante España. Unamuno, que es un vasco cien por ciento, avanza lentamente hacia las candilejas. Alto, ancho, fuerte, vestido con traje de levita y chaleco forrado hasta el cuello, lleva en las manos las cuartillas de su discurso, que va a lanzar como una bomba de dinamita. El gesto y el traje son los de un pastor protestante. La oración empieza. Su voz es pausada y grave. Don Miguel es catedrático de griego en la Universidad de Salamanca, y, por tanto, su fuerte es la filología. Por ahí comienza. Los primeros proyectiles que lanza van contra el idioma, contra el idioma vasco, que el Biz-

kaitarrismo pretende convertir en lenguaje oficial. Los separatistas, que llenan el teatro protestan: da lo mismo. Don Miguel se lamenta de que Menéndez Pelayo, refiriéndose a Trueba, haya hablado de la poesía vasca calificándola de honrada. Una poesía que no es más que honrada no es poesía. Y ataca las costumbres tan ponderadas por ese poeta.

Al capitalista le habla de los bajos salarios. Al obrero, de lo imperfecto de su labor. Porque la finalidad del discurso es ésa: que todos queden descontentos. Por último, lanza su ataque final, definitivo. "El *maketo* —que es el castellano ridiculizado por los vascos, porque es pobre y viene del interior a ganarse la vida—, el maketo —les dice— es más inteligente que vosotros, y, como sabe hablar, se está infiltrando en vuestra vida, y un buen día vuestras mujeres, como las Sabinas, se dejerán robar por los romanos."

*Creo que la gentil cronista se excedió en su misión al redactar ésta, por lo demás, sugestiva reseña. No ya en el texto del discurso que apareció meses más tarde, como colaboración de su autor, en la* Revista Contemporánea, *de Madrid, ni en el manuscrito que de él hemos tenido delante para cotejarlo con el impreso, ni en el que los diarios bilbaínos ofrecieron a sus lectores al día siguiente del acto, se encontrará dicho pasaje entrecomillado por la reseñante. Los únicos que guardan cierta semejanza con él son éstos, uno de ellos en parte reproducido más atrás: "Porque ¿qué es eso de* invasores*? ¿No lo somos nosotros? Si no queréis ser invadidos, invadid; si no queréis que os absorban, absorbed; todo menos cerrar las válvulas y permanecer aislados. No guardéis una absurda virginidad de raza que nos prive de la maternidad, de*

*la paternidad más bien. Padres, sí; que en este inevitable y fecundo encuentro de pueblos seamos el varón, no la hembra. Antes que otros os penetren, penetradlos.*"

*Y la alusión al maquetismo se condensaba en este razonable y humano, también político, consejo o recomendación: "Suprimid, ante todo, ese odioso nombre de* maquetos, *nombre teñido de injusticia y de sinrazón. Tengamos lo que todo pueblo culto, para serlo de veras, debe tener:* simpatía, *en el rigor etimológico de este vocablo; capacidad de ponernos en el espíritu de otros y sentir como ellos sienten. No digáis nunca, ni Bilbao para los bilbaínos ni aun Vasconia para los vascos; que al decirlo, renegáis de nuestra raza; decid más bien: todo para todos." Lo cual entendemos que es bien distinto.*

*Con análoga precaución debe ser tomado lo que sigue, que, sin embargo, no soslayamos.*

> "Los Bizkaitarras —prosigue María de Maeztu— quieren matar a don Miguel, y, de un brinco, saltan al escenario. Los padres, esposos y hermanos de las damas de honor acuden prestos a salvarlas. El escenario queda vacío, pero don Miguel sólo, señero, imperturbable, continúa, en pie, su discurso. El teatro se ha despoblado y sólo quedan aquí y allá unos cuantos fieles. El espectáculo termina."

*La prensa local, reseñando el acto, escribió así:*

> Durante el curso de la peroración fué repetidas veces interrumpido el orador por bravos y aplausos, y al llegar a algunos párrafos referentes al vascuence, se escucharon en las localidades altas voces y silbidos, promoviéndose con este motivo un tumulto que interrumpió el

discurso durante diez minutos. El orador, sin inmutarse, aguardó a que se serenaran los ánimos, prosiguiendo después en el uso de la palabra y alcanzando al final una entusiasta y unánime ovación que se prolongó largo rato. Terminó esta parte del programa con el desfile de la Reina de la Fiesta y corte de amor, que se efectuó en la misma forma que anteriormente y repitiéndose la marcha triunfal y las ovaciones.

El discurso del señor Unamuno fué muy comentado en los pasillos del teatro, suscitándose acaloradas discusiones. Algunos lo aplaudían; otros consideraban que era poco oportuno en atención a que en el teatro se hallaban muchas señoritas y señoras, y pudiera haber originado un conflicto; otros lo censuraban con dureza. A la salida del teatro, en el "boulevard", se repitieron las discusiones. Algunos amigos del señor Unamuno iniciaron una suscripción para hacer una tirada popular del discurso y obsequiarle con un banquete." *(El Noticiero Bilbaíno,* 27 de agosto de 1901, pág. 2.)

*Y ahora la anécdota prometida.*

"Al día siguiente —termina María de Maeztu— la prensa de Madrid comenta con regocijo el suceso, y Valladolid, en el centro de Castilla la Vieja, y heredera de sus glorias, invita a Unamuno para que dé una conferencia en el teatro Principal. Don Miguel acepta, y con el mismo traje y el mismo ademán se presenta en el escenario del Calderón de la Barca. Un gentío inmenso ocupa las localidades. El discurso comienza con estas palabras de Machado: "Castilla miserable—ayer dominadora—, en-

vuelta en sus harapos — desprecia cuanto ignora." Se repite el escándalo de tamañas dimensiones a las de Bilbao. Es el mes de septiembre." ("Miguel de Unamuno, semblanza y comentario", en el libro *Antología. Siglo XX. Prosistas españoles.* Buenos Aires. Colección Austral, núm. 330, segunda edición, 1945, páginas 29-31.)

*Un momento. No estamos en condiciones de informar sobre cuándo y en qué circunstancias surgió la invitación de Valladolid para que allí diese una conferencia, que no sería en todo caso la única, pues en más de una ocasión fué la capital castellana escenario de sus disertaciones. Lo que, desde luego, en esta tan inmediata al acto de Bilbao, celebrado en agosto de 1901, no pudo comenzar con los versos de Machado que se ponen en su boca. Por la decisiva razón de que el poema "A orillas del Duero", al que aquellos pertenecen, no fué publicado hasta febrero de 1910, en la revista madrileña* La Lectura, *incorporándolos el poeta a su libro* Campos de Castilla, *que vió la luz en 1912.*

ULTIMOS ESCRITOS SOBRE EL VASCUENCE.

*En 1889, fecha que hemos establecido como final de la actividad unamuniana en torno a la raza y el idioma de su país vasco, iniciada en 1884, con su tesis doctoral, el joven e inquieto bilbaíno hace un viaje a Italia, del que trae un pequeño diario, sólo en parte conocido, una impresión deslumbradora de Florencia y un curioso escrito titulado "Pompeya", que hace años dimos a conocer en nuestra edición de* Paisajes del alma, *reflejo de la sensación que al humanista en ciernes le causó la visita a sus ruinas. Al regreso se detiene dos semanas en París, cuya Exposición Uni-*

versal visita, y en la que compra una pluma de cristal que esgrime para dar rienda suelta, como en Italia, a su nostalgia del país nativo, en el que ya le espera su novia, la futura esposa y madre de sus hijos. Estas tempranas impresiones de la capital francesa puede encontrarlas hoy el lector en el volumen de escritos suyos, que con el título En el destierro, acabo de reunir y prologar para la Editorial Pegaso, Madrid, 1957.

En 1891 obtiene don Miguel la cátedra de Lengua Griega de la Universidad de Salamanca, y desde aquí escribe sus restantes escritos de tema vasco, incluído, es claro, su discurso de los Juegos Florales de 1901. Todo este quehacer queda resumido, según creo, en el ensayo "La cuestión del vascuence", aparecido a fines de 1902, e incorporado al tomo III de sus Ensayos. Pero con anterioridad a esta fecha se había ocupado reiteradamente de este asunto y en las páginas que siguen encontrará quien lea sus colaboraciones en El Eco de Bilbao, 1893; las reseñas de cuatro libros de temas vascos en la Revista Crítica sobre todo, un importante trabajo que dormía su suede Historia y Literatura, de Madrid, 1896-98; en Los Lunes de El Imparcial, de Madrid también, 1901; y, ño de olvido bajo el embozo amarillento ya de las páginas de la Revista de Legislación y Jurisprudencia. Me refiero al trabajo titulado "Vizcaya", que don Miguel redactó a instancias y con destino a la gran encuesta nacional preparada por Joaquín Costa.

Después de 1902 sus escritos sobre el vascuence serían esporádicos y más espaciados, y encontraron albergue en diarios como La Nación, de Buenos Aires; en la revista bilbaína Hermes, o en semanarios madrileños como Nuevo Mundo. Su criterio no se ha modificado. Sigue considerando que el estudio del vascuence debe ser una empresa científica y objetiva, se desentiende y aun se burla de quienes han poblado

*de pasión política el escenario donde aún vive; y, por último, en 1933, cuando con la República surge uno de los llamados hechos diferenciales, problema en el que, como frente al catalán, adoptó una aptitud netamente española y nacional.*

LOS ESCRITOS EN TORNO A LA LENGUA ESPAÑOLA.

*Con más de cuarenta de los dedicados a este tema hemos formado la segunda parte de este volumen. Si en su examen y en alguna otra de las que siguen no nos detenemos tanto es por haber examinado anteriormente en nuestro mentado discurso académico, la actitud unamuniana, tan viva, humana y moderna, en cuanto a la lengua española. Pero estos escritos eran prácticamente desconocidos. Estaban por lo menos envueltos en el olvido de su propia dispersión. Los dos primeros remontan a sus años bilbaínos, y en el* Diario de Bilbao *aparecieron. A ellos se les unen las colaboraciones que, ya catedrático en Salamanca, envió a publicaciones periódicas de su ciudad, como* El Nervión *y el* Eco de Bilbao; *a otras madrileñas, como la inencontrable* Revista Española, Vida Nueva, La Vida Literaria, Revista Nueva, La Ilustración Española y Americana, Alrededor del Mundo; *o a diarios españoles como* La Correspondencia de España, Las Noticias, *de Barcelona, y* El Correo, *de Valencia.*

*Fué esta labor complementaria, y en ocasiones previa, de la que ya conocen sus lectores por haberla incluído el propio Unamuno en su colección de* Ensayos, *en la que dió cabida a sus colaboraciones en otras revistas de más entidad, como* La España Moderna *y* Nuestro Tiempo. *Este es el caso de los que siguen: El titulado "La enseñanza del latín en España", que*

*es de 1894, en que aboga por el establecimiento de las enseñanzas de Filología románica en la Universidad española; en tres de los cinco ensayos a que puso por título "En torno al casticismo", 1895, hay notables observaciones sobre el castellano y sus primeros monumentos literarios; y en el titulado "La selección de los Fulánez", aunque fechado en 1903, hay pasajes y elementos procedentes del que ahora damos a conocer, "La evolución de los apellidos", que remonta a 1892; como los dos escritos que dedicó a la reforma de la ortografía, en 1894, fueron incorporados, en parte, al que dos años más tarde redactó sobre el mismo tema. Y no deja de tener interés, eso, al menos, creemos, reconstruir el proceso genético de los ensayos que su propio autor seleccionó para la edición definitiva, la madrileña de la Residencia de Estudiantes.*

*A 1899, el mismo año de sus frustradas oposiciones a la cátedra de Filología románica de la Universidad de Madrid, corresponden otros escritos que vieron la luz en revistas madrileñas, como esos "Escarceos lingüísticos", en el primero de los cuales se refiere al uso de los pronombres personales átonos de dativo y acusativo, bajo este título tan de acuerdo con una de sus preocupaciones lingüísticas de entonces: "¿Le o la?, ¿herencia o adaptación?"; y el segundo tiene por tema "A propósito de los dobletes", es decir, los derivados cultos y populares de una misma palabra latina, muy a tono también con otra de las actitudes que mantuvo Unamuno consecuentemente en el uso de la lengua española. Ni que decir tiene que por estos años su decidida preferencia está del lado de las formas populares. Y en ello insistiría más adelante.*

*También son de 1899 dos escritos suyos titulados "Contra el purismo", que años después pasaron al ensayo de igual nombre, cuya redacción definitiva es de 1903; y a entonces remonta otro, cuyo sólo título*

*sacude ya la atención del lector: "Sobre la dureza del idioma castellano", breve ensayo en el que enumera los que él llama elementos histológicos, realmente fonéticos, que pueden explicar tal cualidad de nuestra lengua, para cuya acomodación a las posteriores adquisiciones de la fonética y de la fonología carecemos de espacio, limitándonos a señalar cómo las dotes observadoras de su autor iban por caminos que en su tiempo estaban apenas trillados.*

*Entre los escritos menores publicados poco después de esa fecha señalaríamos los que llevan por título "La individualidad de la palabra", que es de 1900, y "El siglo en España. La lingüística", del año siguiente. En el primero subraya cómo la lengua escrita vela el proceso de la lengua hablada llegando a modificarla, para el que se vale de las observaciones de Hermann Paul, uno de los filólogos extranjeros que más leyó en estos años, ilustrándolas con curiosos ejemplos de vocablos recogidos por el propio don Miguel en esta provincia de Salamanca. El segundo trabajo, surgido con ocasión del comienzo de un nuevo siglo, viene a ser, en su tono de divulgación, un resumen de la historia de la lingüística a lo largo del siglo* XIX, *en el que revela sus conocimientos en esta materia, iniciados en el campo románico con los trabajos de Federico Díaz y sus seguidores hasta llegar a los descubrimientos de la fonética experimental del abate Rousselot. En sus páginas se lamenta de la escasa atención que en España se ha dedicado al trato científico de nuestra lengua como parte de la comunidad de la Romanía lingüística. Por eso celebra que al fin se hayan establecido las enseñanzas de una flamante cátedra, la de Filología comparada del latín y el castellano, que por entonces le fué a él encomendada en la Universidad salmantina.*

*Y es sin duda esta nueva dedicación docente la que apadrina o la que nutre una serie de escritos de divul-*

*gación lingüística en los que sobrenadan ciertas agudas observaciones, que en 1901 ven la luz en la revista madrileña* Alrededor del Mundo. *Con ellos termina la que en una ocasión llamé la época de los "escarceos", y a la que sigue otra, representada en este volumen por los comprendidos entre 1907 y 1924, que podríamos llamar la de los "jugueteos etimológicos", que puebla a sus colaboraciones periódicas de una serie de temas en que la preocupación por la lengua española, su análisis de ciertos aspectos, principalmente léxicos de ella, es lo permanente. Prácticamente comienza con los cinco artículos que publicó en el semanario* Faro *que en 1908 fundó Ortega y Gasset, al regreso de su primer viaje a Alemania, a cuyas columnas invitó a colaborar a don Miguel. Y ya de regreso en España, a su vuelta del destierro en 1930, se abriría, al año siguiente, la etapa que pudiéramos llamar de los "intermedios lingüísticos". Son los años finales de su vida, los de su asidua y casi exclusiva colaboración en los diarios madrileños* El Sol *y* Ahora, *en los que la constante inquietud, el viejo quehacer filológico, renace a la luz otoñal de los recuerdos, sentido y visto en un humana perspectiva histórica.*

*Escritos hay de esta última etapa de su vida —y de ella como de las otras encontrará abundantes muestras el lector más adelante— bien expresivos de ese unamuniano y constante sentido de la lengua. Ya en 1931, en otro de los incorporados a otro volumen de estas Obras, había dicho lo que sigue:*

> "Así, junto a los rescoldos de los viejos recuerdos olvidados, se abriga uno con nombres, con nombres que son alma de las cosas. Y el comentador se refugia en esa lengua maravillosa en que por profesión se recrea, en esta lengua que remansó Cervantes y que batieron con sus arabescos Góngora y con sus grecas

Quevedo." ("La seguida de los siglos", en *El Sol,* Madrid, 27-XII-1931.)

*Que es como el comentario en prosa de aquella añeja actividad que poéticamente exaltó en uno de los romances que compuso en su destierro de Hendaya, fechado en 1928:*

"Niño viejo, a mi juguete,
el romance castellano,
me di a sacerle las tripas
por mejor matar los años."

*Y si este menester lo había cumplido en tantas cancioncillas de ese diario poético de sus últimos años que es el* Cancionero, *desde su regreso a España, al frente de nuevo, y ahora exclusivamente, es decir, liberado de profesar lengua y literatura griegas, de la cátedra de Historia de la Lengua Española de esta Universidad de Salamanca, tenía el asidero renovado y cotidiano de leer y desentrañar los viejos textos, cotejándolos, como antaño, como siempre, con el hecho vivo del habla de su pueblo.*

### LAS LENGUAS PENINSULARES Y OTRAS LENGUAS.

*En su brevedad es este apartado del libro el más diverso en cuanto a contenido. En los escritos allí ordenados se ocupa Unamuno del catalán y del portugués —hace alguna referencia al gallego—, y de las lenguas extrapeninsulares la que merece su mayor atención es la inglesa, menos la alemana, y sólo circunstancialmente se refiere a la situación lingüística de la península escandinava. Recuérdese su aprendizaje del danés para leer a Kierkegaard, lengua sobre la que ya le pedía información a Angel Ganivet en 1898; o la traducción de un trabajo de Carlos Lansen, re-*

*lacionado con el* Persiles *cervantino, que publicó en* La España Moderna, *en 1906. Y es en esta editorial del benemérito José Lázaro donde hay que ir a buscar la tarea que como traductor cumplió don Miguel en el tramonto del siglo pasado al actual.*

*A la ya citada traducción de la* Historia de las Literaturas castellana y portuguesa, *de F. Wolff, que prologó Menéndez Pelayo y apareció en esta editorial, hay que añadir la de estas otras obras alemanas: la* Estética, *de Carlos Lemcke, y la del tratado de Schopenhauer,* Sobre la voluntad en la Naturaleza, *Madrid, 1900. Pero son más numerosas aún las versiones españolas que Unamuno hizo del inglés. La más conocida es, tal vez, la de la* Historia de la Revolución francesa, *en tres volúmenes, de Carlyle, a lo que él mismo se refirió en varias ocasiones, subrayando cómo el estilo de éste había influído en la creación del suyo. Pero hay varias más, y de muy variado tema. Sólo de Spencer tradujo* El organismo social, De las leyes en general, Etica de las prisiones, La Beneficencia, Los datos de la sociología, Exceso de legislación *y* El progreso. Su ley y su causa. *Este cuadro se completa con estos dos títulos más: la* Historia de la Economía Política, *de Kells Ingram, y el* Sumario de Derecho Romano, *de Hunter. Lo que no nos reveló don Miguel es cuándo y en qué circunstancias hizo su aprendizaje del inglés. Desde luego debió ser coetáneo casi del alemán, ya que en la* Revista Contemporánea *madrileña, en el número de febrero de 1884, hay una reseña de su traducción de* La Beneficencia.

*Viene esto a cuento, si sus numerosas y variadas lecturas de lenguas extranjeras que pululan en su obra no lo proclamasen ya, de que el conocimiento unamuniano del inglés y del alemán principalmente —el caso del francés es más explicable y él mismo conservó un recuerdo infantil de sus cinco o seis años,*

*cuando oyó a su padre expresarse en esta lengua con un amigo— fué intenso y auténtico. Tal vez, salvo el francés, no llegó a hablarlos con absoluta corrección, de lo que no faltan testimonios, pero ni lo necesitó ni quiso hacerlo. Muy unamunescamente prefirió servirse de ellos para remar en la galera de las traducciones y para ampliar su cultura, a convertirse en repetidor mecánico de perfecciones ortológicas. Porque, como también gustaba decir, el saber no ocupa lugar, pero quita tiempo. Y él lo necesitaba para su propia obra. Y pocas como la suya acreditan una mejor utilización y un tan vasto panorama de lecturas.*

*Y si es asombrosa la formación inglesa de su pensamiento, y no digamos de su poesía, pues de ello ya dimos muestra en otro lugar, parece natural que sea esta lengua la que en estos escritos ocasionales atraiga más su atención. Viéndola, por cierto, desde el plano lingüístico hispánico. Porque Unamuno, muy partidario del neologismo y nada del castizo y hermético tradicionalismo, admiró siempre esa cualidad de lengua de presa que sin duda tiene el inglés.*

*Refiriéndonos a las otras dos lenguas peninsulares, él, tan buen conocedor de Portugal y de su literatura, de la que fué no sólo asiduo lector, sino propagandista de algunos de sus escritores clásicos y modernos —y entre estos los nombres de Eugenio de Castro, Oliveira Martins, Guerra Junqueiro, Teixeira de Pascoas se nos vienen a la memoria— no creyó nunca necesario que los libros portugueses fuesen traducidos al español ni los nuestros al portugués Otra cosa era el hablar o entender portugués. Como también revela su escaso entusiasmo por la conservadora ortografía portuguesa, aunque sus normas se hayan modificado después que él lo proclamara, en la que quiso ver un cierto prejuicio por subrayar lo diferencial.*

*El caso del catalán es distinto. Y su atención por él y por su literatura es bien temprana. No creo que en el viaje que de mozo hizo a Barcelona en 1889, camino de Italia, trabase ya amistades decisivas entre sus hombres de letras, pero el más antiguo de sus escritos en torno a él, titulado "Sobre el uso de la lengua catalana", remonta a 1896, y vió la luz en un diario catalán. Está dedicado a "Clarín", muy encomiásticamente, y lo motivó el discurso de Guimerá sobre aquélla. A él pertenecen este párrafo, en el que está ya su actitud de siempre:*

"Todo castellano, y llamo aquí castellano al que piensa en la lengua de Castilla, todo castellano de espíritu abierto e inteligencia sesuda y franca, debe desear que los catalanes escriban en catalán, porque, produciéndose más como ellos son, nos darán más, y obligándonos a esfuerzos para entenderlos, nos arrancarán a las solicitudes de la pereza mental y del exclusivismo."

*Y predicando con el ejemplo fué don Miguel uno de los buenos conocedores de las letras catalanas, doliéndose de lo poco que son conocidas fuera de Cataluña y traduciendo alguna de las poesías de su gran amigo el poeta Maragall y de Verdaguer, al que solía leernos además en sus clases de Historia de la Lengua.*

"Si el castellano se empeñase en penetrar en el espíritu catalán y el catalán en el espíritu castellano, sin mantenerse a cierta distancia de mutuos prejuicios por mutuo desconocimiento íntimo, no poco ganarían uno y otro. El conocimiento íntimo de lo ajeno es el mejor medio de llegar a conocer lo propio. Quien sólo sabe

su lengua —decía Goethe—, ni aun su lengua sabe."

*Así escribía Unamuno a Ganivet poco después de 1896. Pero claro está que el deseo expuesto en estas palabras requiere una anulación de los mutuos aislamientos, un olvido de los recíprocos desdenes. La correspondencia con sus amigos catalanes nos lo revelan. Ya en 1901 le escribía a Pedro Corominas:*

> "Insisto en que debe usted escribir en castellano, o mejor, en español, y en que lo hace usted bien. Piense en América. Allí no se cuidan de estrecheces casticistas, y quien diga algo puede cobrar público. Pero ha de decirlo en español... Escriba, pues en español. Déjese del catalán. Es el mejor modo de servir al alma catalana que en sí lleva. A los vascos nos salva el que sea el vascuence incapaz de cultivo literario: así vertemos mejor nuestra alma." (Carta de 6-V-1901.)

*Y en 1909 le insistía:*

> "Quiero decírselo con todas sus letras: el que ustedes, los catalanes, escriban en catalán podrá no ser en la mayoría de los casos pedantería, pero el que hagan ustedes que sean otros los que les traduzcan al castellano, esto sí que es pedantería. ...Sigan el ejemplo de nosotros, los vascos, que no nos importa el que nos digan que escribimos mejor o peor el castellano... De su libro quiero decir algo a mi público suramericano. Esperaré a que se publique en castellano. Las razones de esto son muchas, pero usted las adivina. Y, sobre todo, aquella gente a que me dirijo leen el castellano, afortunada-

mente; pero afortunadamente también (soy brutalmente leal con usted), no leen catalán. El castellano es lengua internacional." (Carta de 24-VII-1909.)

*El análisis de la actitud de Unamuno en el caso de la lengua catalana sería un estudio del mayor interés, para el que no disponemos de tiempo ni, ahora, de espacio. Parte de los materiales, pero sólo parte, están en estos escritos suyos que ahora se incorporan al libro. Por ejemplo aquel proyecto que trazó con Maragall para la publicación de una revista titulada* Iberia, *que estaría escrita en castellano, catalán y portugués, y que el poeta catalán propuso que fuese editada en Salamanca; o aquella reseña que con el título de "Diccionario diferencial catalán-castellano", dedicó en 1916 al de Rovira i Virgili. Esencial sería también recordar la visita que hizo Unamuno a Barcelona en 1906, precisamente en los mismos días en que se celebraba el I Congreso de la Lengua Catalana, aunque su menester era de conferenciante en otros medios. En esta ocasión conoce personalmente a Maragall, se pone en contacto con numerosos escritores catalanes, y públicamente pregona la satisfacción que ello le ha causado. Incluso su acervo poético, ya próximo a ordenarse en su primer libro, el titulado* Poesías, *se nutrió de temas catalanes. En el volumen V de estas Obras Completas, reuní hace algunos años otros escritos unamunianos sobre la literatura catalana correspondientes a las fechas comprendidas entre 1898 y 1934. Todo ello nos revelaría cómo, pese a su gran deseo de suavizar asperezas, de predicar la mutua comprensión, no cedió un ápice en su idea de la unidad lingüística de España, más efectiva cuanto mayor fuese el respeto hacia una lengua y una literatura copiosamente cultivadas y efectivamente hablada aquélla. Estas circunstancias no se daban en su*

*Vasconia nativa, por eso la situación no es, no podía ser la misma, y como ya señala Fernando Huarte Morton, en el libro citado al comienzo de este prólogo, "el problema catalán está envuelto en una más importante cuestión de política separatista, a la que Unamuno era del todo opuesto". Recuérdense sus vigorosas y a la vez poéticas y singulares intervenciones en las Cortes de la República, en 1931 y 1932, con ocasión de discutirse el proyecto de Constitución y los Estatutos regionales. En la primera hizo alarde de su amor y conocimiento de la lengua catalana recitando ante sus atónitos compañeros de Parlamento, versos en catalán, en valenciano, como lo había hecho de otros en gallego, aduciendo razones de otro calibre que las esgrimidas en aquel debate; y en la segunda mantuvo su consecuente actitud ante el problema de la lengua como atribución nacional.*

La lengua española en América.

*Casi una veintena de escritos publicados entre 1898 y 1935 integran este necesario apartado que completa las inquietudes unamunianas en torno a la lengua española. Porque éste del español de América fué uno de las temas lingüísticos que cultivó. Y muy tempranamente, por cierto. A uno de los más remotos, hecho público a raíz del desastre del 98, pertenece este pasaje:*

> "Y aquí estamos el pueblo que habla español. Recluídos de nuevo en nuestra Península. Y ahora nos acordamos de nuestra raza. Nuestra unidad es o será la lengua, el viejo romance castellano convertido en la gran lengua española." ("El pueblo que habla español", en *El Sol,* Buenos Aires, 16-XI-1899.)

*De entonces data el comienzo de su colaboración en la prensa americana, a la que le dió acceso Rubén Darío, y al que escribe en una carta del mismo año:*

> "Tienen, ante todo, en América que hacerse su propia lengua, y tenemos todos que trabajar para que sobre el núcleo del viejo castellano se forme el idioma español, que aún no está hecho, ni mucho menos."

*Pasajes ambos en los que aparece ya la concepción unamuniana de este problema a la que se mantuvo fiel en sus escritos, muy numerosos y de toda índole. Porque predicando de nuevo con el ejemplo, fué un afanoso lector de literatura hispanoamericana, tuvo numerosos amigos en aquel continente y mantuvo una copiosa correspondencia con los escritores más representativos de su tiempo. Una de las preocupaciones de Unamuno es la del porvenir de la lengua española en aquellas latitudes. Ya en una carta al escritor catalán Pedro Corominas se refiere a la cuestión que dos años más tarde llevará a uno de sus escritos públicos.*

> "Todo aquello del idioma argentino —le dice—, los infundios del doctor Abeille... es pura filfa y ganas de hablar. Lo que saldrá de la comunicación literaria entre las repúblicas americanas y España es el español, del que es base el castellano. No debe olvidarse que de Méjico a Chile hay más diferencia que de cualquiera de ellos a España." (Carta de 6-VI-1901.)

*Téngase en cuenta que el libro del francés Abeille,* El idioma nacional de los argentinos, *que tanta polvareda levantó en América, es de 1900, lo que nos probaría la vigilante atención de Unamuno en estas*

*cuestiones. Pero aún hay más. Una de las características de tal libro, la que Menéndez Pidal ha llamado "una captatoria adulación del criollismo", no escapa a la agudeza unamuniana, buen conocedor de la literatura gauchesca, desde 1894 en que dedicó un ensayo fundamental al* Martín Fierro, *creo que lo primero que sobre esta obra tan popular se hizo en España. Y por eso en 1903 hace publicar en una revista argentina la carta abierta que dirigió a Adolfo Casabal, en la que se hace eco de otro libro,* El problema del idioma nacional, *de Ernesto Quesada, que es una protesta contra la tesis de Abeille; del estudio del franco-argentino Paul Groussac sobre el criollismo en la literatura argentina, y de la rectificación pesimista del filólogo colombiano Rufino José Cuervo, que ese mismo año revelaba su desaliento ante el temor de una casi segura fragmentación del español de América, a semejanza de la operada con el latín vulgar al desaparecer el Imperio Romano.*

> "Con más espacio y calma —escribía Unamuno a Casabal— desarrollaré en qué me aparto del parecer del sabio gramático Rufino José Cuervo y los que como él piensan, y nada digo del doctor Abeille, porque la obra de éste me parece desprovista de todo serio valor científico. Le faltaba, entre otras cosas, conocer mejor el castellano que se habla en España, en el campo, y no sólo el de los periódicos y la clase media de las grandes ciudades." ("Sobre el criollismo", en *Estudios,* Buenos Aires, enero, 1903.)

*El achaque volvió a darse diez años más tarde en la obra del filólogo alemán Rudolf Lenz al estudiar el español de Chile, cuya teoría indigenista ha revisado hace pocos años el profesor español Amado*

*Alonso. Pero volvamos a Unamuno. Después de señalar cómo actualmente existe una relación más estrecha entre los pueblos de lengua y cultura comunes, pese a su lejanía geográfica, después de aludir a la mayor frecuencia y efectividad de las relaciones mercantiles y de las comunicaciones de todo género, y de cómo la imprenta asegurará una relación permanente entre los hablantes del español a ambos lados del océano, formula estos juicios:*

> "Lo afirmado basta para que se me entienda bien si afirmo que por mucho que se cumpla la diferenciación lingüística o dialectal, de hoy en adelante, la integración irá a la par. No están hoy los pueblos de lengua española tan apartados unos de otros, que quepa en alguno de ellos diferenciación lengüística que no refluya inmediatamente en los demás. Por fuerte que pueda llegar a ser la tendencia a la diferenciación, la tendencia a la integración será mayor. Siempre predominará el interés supremo: el de que nos entendamos todos." (*Ibíd.* 1903.)

*Y una vez asegurada la unidad de la lengua española en América, le aplica el mismo criterio que mantuvo para con los hablantes del vasco, del catalán y del gallego, porque ahí radica, según Unamuno, la raíz de la cuestión:*

> "La unidad hay que ponerla, a mi juicio —escribe—, en otro terreno, y es que los argentinos y todos los demás pueblos de alma española reivindiquen su derecho a influir en el progreso de la común lengua española tanto como los castellanos mismos; que no reconozcan en esto patronato alguno sobre la lengua común, como si se les debiera por fuero de

heredad; que afirmen su manera de entender y sentir el idioma de Cervantes. Aquí está la raíz de la cuestión." (*Ibíd.* 1903.)

*Cierto que todas estas ideas, que el autor nos ofrece como urdimbre de un estudio más detallado, no fueron ordenadas sistemáticamente, como era norma en él no infrecuente. Pero los que estén familiarizados con estos estudios habrán podido observar la comunidad de puntos de vista, y aun la semejanza de algunos argumentos, con los mantenidos por Menéndez Pidal en este problema de la pronosticada y temida desintegración del español en América. Y el mismo maestro indiscutible de la filología española, cuyo caudillaje siempre reconoció Unamuno, se dió cuenta de que las colaboraciones de éste en la prensa americana, de que en este volumen hay tantas muestras, eran trascendentales, y no en la órbita personal sino en la más dilatada del tema tratado en ellas. Por eso en una carta de 1908 le escribía a Salamanca en estos términos:*

"Me alegra, hablando de otra cosa, su tarea en *La Nación*, de Buenos Aires. Es bien necesario allá hacernos conocer y estimar, en lo que modesta o razonablemente debemos aspirar. Recibí una publicación de Chile que me muestra que allí prende ahora la semilla de Abeille. Me gustaría mucho conocer esos artículos de usted referentes a esta cuestión... Tengo muy arraigado el proyecto de una historia de nuestra lengua, y reúno cuánto puede ser interesante para ella, por si el proyecto llega a realizarse antes que la vejez, que ya asoma, se apodere de mí." (Carta de febrero de 1908.)

*La campaña en que por entonces se hallaba enfrascado Unamuno fué mantenida en escritos como los ti-*

*tulados "El idioma nacional" y "Más sobre el idioma nacional", en este volumen incluídos, y de ella le informaba privadamente a Menéndez Pidal con estas palabras:*

> "Ahora estoy metido con los chilenos y con sus ridículos alardes —de algunos— de tener un idioma nacional propio. ¡Qué cosas dicen! Mi tribuna es *La Nación*, de Buenos Aires, donde a mi modo españolizo y, sobre todo, procuro destruir ciertos aditamentos que allí iban anejos a lo español. Y eso me dolía como me duele el que casi todos los hispanistas extranjeros que conozco cojean del mismo pie, del izquierdo." (Carta de 28-I-1908.)

*Conocido es el entusiasmo que siempre proclamó Unamuno por un escritor americano como el argentino Sarmiento, para él uno de los más castizos escritores de lengua castellana del pasado siglo, y cómo saliendo al paso de los que le reprochaban sus ataques a España, a la que anunció al llegar a Madrid que se disponía a hacerle el proceso de su responsabilidad histórica, se fijó más en el hermoso castellano en que escribía sus catilinarias, en las que se expresaba como un español nacido a este borde del Atlántico. Lo que se complementa, ahora impersonalizado, con este pasaje de uno de sus escritos de 1911, expresivamente titulado "Lengua y patria":*

> "Por mi parte declaro que siento cada vez mayor fanatismo por la lengua en que hablo, escribo, pienso y siento. Soy español, locamente español; pero no me hiere ningún ataque dirigido a España cuando ha sido pensado y escrito en lengua española; sólo me duelen los dolosos ataques que en lengua extranjera se la

dirigen, y, sobre todo, los traducidos. Hablen mal de España mientras lo hagan en español. Y en español quiere decir en la lengua hispánica, hoy patrimonio de una veintena de naciones, y a cuya vida contribuyen todas sin monopolio de ninguna de ellas Es la lengua que compartirá un día con la inglesa el predominio mundial. Y quién sabe... Quién sabe..., digo. La simplicidad de su fonética, su misma pobreza de sonidos, le da una resistencia y una fijeza grandes. Es muy difícil deformarla hasta hacerla ininteligible por muy mal que se la pronuncie, lo que no ocurre con el inglés... Esas sus cualidades intrínsecas, privativas, son las que han de darle a nuestra lengua sus principales ventajas en la lucha. Pero a ellas ha de ayudar nuestra comprensión de que van ligados a la lengua común los sendos patriotismos de las naciones de lengua hispánica." ("Lengua y patria", en *Mercurio,* de Nueva Orleáns, setiembre de 1911.)

*Y porque así sintió el español, como un "sobrecastellano" —el término es creación suya— en constante evolución, gracias, justamente, a la colaboración de sus hablantes de todo origen y latitud, no vacila en reprochar a los americanos el que pregonen exclusividades léxicas que no lo son, olvidando, sin duda, que la tradicionalidad y arcaísmo de voces que creen exclusivas suyas podrán ser caudal envejecido del español peninsular culto o escrito, pero vivo, y bien vivo, en el habla diaria de sus campos; o censurarles el gusto por ciertas grafías pretendidamente diferenciales.*

*Unas cuantas ideas a las que Unamuno se mantuvo siempre fiel, informan y nutren su actitud en torno al español de América. Una de ellas, la de sentir la uni-*

*dad de lengua como superior al concepto étnico de la comunidad de raza. Y a ello le daba ocasión la festividad del 12 de octubre, así llamada, y hoy, por ventura, puesta bajo la advocación que siempre propugnó don Miguel: la de la Hispanidad. Los varios escritos en que este tema se aborda y que más adelante encontrará el lector, nos relevan de aducir pasajes comprobatorios. Pero sí debemos aportar otros en que se refiere a esa perduración de léxico español arcaico en tierras americanas, al que antes aludimos, y que sus nativos, incluso los profesionales de la lengua, consideraron peculiaridades suyas. En el escrito titulado "Cuervo y la Gramática", que remonta a 1919, y tras elogiar sus ya clásicas* Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano, *y sus dotes de sagacísimo escudriñador de idiotismos locales, cuyos antecedentes peninsulares precisó en no pocas ocasiones, exclama, terminante y decisivo: "¡Pues claro! ¿O es que se creía Cuervo que aquí, en Salamanca, es la Universidad la que enseña a hablar al pueblo?" Y al año siguiente, saliendo al paso de algo que Gómez Carrillo escribió sobre el modo de hablar de los argentinos, insiste así:*

> "En la Argentina se habla y escribe lo que allí llaman lengua nacional, que no es, ni más ni menos, que el español. Y saben perfectamente los argentinos doctos que casi todos los idiotismos y modismos allí populares son de origen español." ("Sobre el dialecto criollo-argentino y otras cosas", en *El Liberal,* Madrid, junio 1920.)

*Esta labor de vigilancia y difusión de lo que sea el español en América tuvo un magnífico complemento en ciertos estudios estilísticos que Unamuno dedicó a no pocos escritores americanos, como el argentino Soto y Calvo, el colombiano José Asunción Silva, el meji-*

*cano Amado Nervo, o el cubano José Martí, que en un volumen posterior de esta colección verá el lector.*

*Si nos propusiéramos reducir a un esquema expresivo una tan vasta actuación como la de Unamuno en este tema, elegiríamos este pasaje de uno de sus escritos:*

> "El que esto escribe —decía a sus lectores argentinos— tiene un patriotismo que se podría llamar lingüístico, mantenido y acendrado acaso por su función oficial de enseñar Historia de la Lengua Española...
>
> ¿Que hay en este escrito un tono...? Sí; el tono de un hombre que ya no es joven, que lleva cerca de treinta años luchando a su manera por la comprensión, que es la única unión verdadera, mutua, de los pueblos de lengua española; de un hombre que, como Renán para el francés, hace votos porque se llegue hablando español al valle de Josafat, y que empieza a cansarse." ("La Fiesta de la Raza", en *La Nación,* Buenos Aires, noviembre, 1919.)

### La "Vida del romance castellano", y otros escritos sobre lingüística.

*Otra de las piezas inéditas de este volumen la constituye este tratado, al que tantas veces se refirió su autor, y del que di amplia noticia en mi citado discurso de 1952. Y como ahora le tiene ya el lector a su disposición, no creemos ocioso recordar algo de lo que ya entonces anticipamos.*

*Los otros trabajos suyos de tipo lingüístico a los que nos hemos referido, denotan el interés afanoso con que Unamuno sentía e interpretaba unos temas poco considerados hasta entonces en España, desde un*

*punto de vista científico, porque la escuela española de Filología iba a nacer años más tarde en torno a la figura y la obra de Menéndez Pidal. Esto autoriza ese tono de divulgación, en el mejor sentido del vocablo, que el propio don Miguel puntualizó en no pocas ocasiones. Pero hay un trabajo suyo al que él concedía singular importancia, sin duda por el empeño con que lo abordó. Me refiero a su proyectada* Vida del romance castellano. Ensayo de biología lingüística, *biologismo, ya en su título, cuya raíz hay que buscar en Spencer, de quien fué traductor, como ya sabemos, y que deriva de la concepción lingüística de Schleicher, cuyos* Orígenes del lenguaje *conocía también; biologismo, al parecer moderado, acaso metafórico, como supuso Fernando Huarte, patente en otros ensayos suyos, como —por citar alguno— en los "Escarceos", y que no reaparece en su obra posterior, lo que creo confirma la tesis de Laín Entralgo sobre lo pasajero del acercamiento de Unamuno a lo spenceriano.*

*Lo numeroso de las alusiones de don Miguel a este quehacer impone su ordenación cronológica, que, además de puntualizarnos su fecha, puede y debe contribuir a perfilar su propósito. La primera de que tengo noticia data de 1895, y procede de una carta a "Clarín", y las más recientes y numerosas son de 1900. Corresponde, pues, esta tarea a los primeros años de su estancia en Salamanca, y es muy poco anterior a su designación para el desempeño de la cátedra, recién creada, de "Filología comparada del latín y el castellano".*

> "Si las fuerzas y la salud me acompañan —escribe al crítico asturiano— llevaré a cabo una *Vida del romance castellano*, de vulgarización científica, ensayo de biología lingüística del que tracé lineamientos en mi artículo acerca de la

enseñanza del latín en España." (Carta de 2 de octubre de 1895. El artículo citado en ella es de un año antes.)

*Dos años más tarde, le hace saber a su íntimo amigo y paisano, Juan de Arzadun, esto que sigue:*

"Por vía de descanso, he vuelto a tareas filológicas. Preparo mi *Vida del romance castellano: Ensayo de biología lingüística;* trabajo en recolectar voces, giros, fonetismos, dichos, etc., de esta región salmantina, tarea en que me ayudan algunos y que me proporciona gran distracción, y proyecto una *Patología del lenguaje.* Lo demás, lo íntimo, lo de más dentro, eso lo reservo por ahora." (Carta de 30-X-1897.)

*Contemporánea es otra carta del otoño de dicho año, dirigida a su también paisano Emiliano de Arriaga, al que en 1920 prologaría su libro* Revoladas de un chimbo:

"El estudio del castellano hablado, del vivo, está por hacer. Por mi parte preparo un trabajo acerca del habla popular en la región salmantina y tengo más de un millar de voces de uso corriente que no se encuentran en el Diccionario oficial. A este trabajo haré seguir una *Vida del romance castellano: Ensayo de biología lingüística,* y una *Patología del lenguaje,* y para más adelante *Estudios filológicos acerca del eusquera.* Tendrá usted estas obras así que las dé a luz."

*Esa* Patología, *dos veces mentada, ¿formaba parte del propósito indicado? Ya ofreceremos alguna hipótesis más adelante.*

*Un año después, en 1898, en una carta a su gran amigo el navarro Pedro Jiménez Ilundain, en la que le expone diversos proyectos, el último de ellos "para más adelante —le dice— la* Vida del romance castellano (Ensayo de biología lingüística)", *y aunque del siguiente no podemos ofrecer alusiones, en 1900 menudean y son más precisas. Nada añaden a la mención escueta de su título las contenidas en sendas cartas a Luis Ruiz Contreras y a Jiménez Ilundain. En cambio, otras dos dirigidas a "Clarín", en la primavera del mismo, merecen acotarse. La de 25 de marzo dice así:*

"Lo que tengo cada día más abandonado es el estudio de la lingüística. Duermen en mi cajón los riquísimos materiales acumulados en doce años para mi *Vida del romance castellano: Ensayo de biología lingüística.* Temo que pudiera valerme de parte de algunos el dictado de *sabio,* y aunque sé lo inapreciable de la sabiduría, no sé bien porqué, pero es el caso que, según pasan los años, cobro más aversión a eso que aquí se llama *sabios,* es decir, *savants* y no *sages.* Los nuestros son temibles."

"Pero todo eso es materia larguísima —le hace saber en la de 30 de abril—, no siendo cosa de que me extienda aquí indefinidamente sobre un asunto que creo me es familiar y que podría ilustrar con copiosísimos datos, sin más que ir a los cuadernos de mi *Vida del romance castellano.* Hay que barrer de las cuestiones de lengua la concepción del pacto social que en ellas aún domina. De aquí mi horror al gramaticismo, cuya utilidad es innegable. Pero lo aborrezco porque es la lógica abstracta oprimiendo al idioma, exigiéndole, v. gr., sintaxis *gramatical,* que es falsa casi siempre...

La diversidad de individuos es, pues, la causa íntima de la evolución del lenguaje; un hombre que viviese mil años es lo probable que acabaría hablando poco más o menos como empezó. Esta es una de las tesis que en mi obra, si llego a escribirla, desarrollaré."

*Dos cosas parecen claras en estos pasajes. Que la tarea había sido iniciada, doce años antes, lo que la sitúa en 1888, durante sus años bilbaínos, cuando preparaba sus oposiciones a materias bien diferentes por cierto, y que no excluye, sino que más bien confirma nuestra suposición anterior de haber sido redactada, utilizando esos cuadernos de que le habla a "Clarín", y que no hemos visto. La otra, que en 1900 ya no seguía poniendo pluma en papel para seguir adelante.*

*Esta última parece ser confirmada por lo que en otra carta —ahora del otoño de 1900, y omitimos otras alusiones menos sustanciales— le dice a Menéndez Pidal, al que había conocido personalmente el año anterior:*

"También he de necesitar su ayuda, concurso y consejo, cuando me ponga a dar forma a los materiales que tengo para una *Vida del romance castellano: Ensayo de biología lingüística*, obra de vulgarización, cuyo sentido y plan le explicaré. Por todo lo cual, cuando vaya a ésa será la de usted una de las compañías que de preferencia busque." (Carta de 20-XII-1900.)

*El proyecto interesó a su destinatario al que le descubre tres años después, que aún se hallaba en estado de tal.*

"También yo proyecto —le decía en esta otra carta— una historia de la lengua castellana, pero con ciertas tendencias: como mostración

del proceso general de un idioma, algo así como la obra de Huxley sobre el cangrejo, que es una introducción a la zoología general." (Carta de 3-X-1903.)

*"Después —añade don Ramón— no me volvió a hablar de este proyecto; quizá renunció totalmente a él, y de ello me lamento más que nadie, pues aunque, por mi parte, sigo tenaz en el propósito, tampoco llevo trazas de realizarlo, no teniendo aún sino largos fragmentos y muchos borradores. El hubiera dicho mucho bueno, a pesar de su espíritu imaginativo, rebelde a todo método riguroso. Algo de lo que sería esa historia unamuniana lo vemos en las* Notas marginales *que, como recuerdo de nuestra amistad, publicó en el tomo segundo del* Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal *el año 1925." Cuyo texto, añadimos, se incorpora también a este volumen.*

*Por estas fechas creo que debemos considerar desistido a nuestro autor de su viejo propósito. Así, al menos, puede ser interpretado este pasaje de uno de sus escritos del mismo año, varios meses anterior a su carta a Menéndez Pidal:*

"Revisando las notas y apuntes que guardo para una obra fundamental y seria, muy seria, acerca del origen y desarrollo de nuestro idioma castellano, me encuentro con un curioso *triplete,* no ya doblete, y es el de *hechizo, fetiche* y *facticio.*" "Escarceos lingüísticos. Los dobletes", en *Alrededor del Mundo,* Madrid, 20 de febrero de 1903.)

*Y ahora puede ver por sí mismo el lector este tratado que sale de su ineditez para incorporarse a un volumen de las Obras Completas, en el que todos sus textos se refieren a problemas de lengua, y que en mi*

Discurso *hube de describir más minuciosamente. Se contiene en un cuaderno de tamaño cuarto, con pastas negras, de doscientas páginas, de las cuales sólo están manuscritas o utilizadas las dos terceras partes. En la cubierta, un papel blanco a ella adherido, reproduce, de su mano, el doble título tan reiteradamente aludido en sus cartas, y en la portada interior, bajo dos versos del* Prometeo desencadenado *del poeta inglés Shelley, esto que sigue:* Historia de la Lengua Castellana. Ensayo de biología lingüística, *otra vez; seguido de* Introducción a la Filología. *Esta tercera parte es la única que aparece elaborada y con un tipo de letra uniforme. Ocupa setenta y siete páginas, y el resto, lo llenan hasta ciento treinta y cinco notas numeradas y correlativas, parte de las cuales sólo tienen remisión a ellas en el texto. Y eso me hace pensar si con las no utilizadas planearía su* Patología del lenguaje, *dado el preferente interés que le merecen, por ejemplo, los casos de analogía, metátesis y creación léxica.*

*El texto que brindamos al lector es el correspondiente a la parte elaborada y sus notas, debiendo advertir que no pocas de éstas están redactadas en ese estilo que el propio Unamuno calificó en otra ocasión de "enigmático, elíptico, telegráfico, en que uno se habla a sí mismo; en esa forma protoplasmática, anterior a la diferenciación de prosa y verso en que formamos nuestras notas para uso personal". Algo embrionario, en fin, meras teorías de ejemplos, en ocasiones Esta introducción, respondiendo a su carácter de tal, marca un propósito y señala unos fines: "tres en un solo fin —escribe—, es decir, tres fines compenetrados, es a saber: Primero: Un estudio del lenguaje en que está escrito el* Poema del Cid. *Segundo: Un estudio de los orígenes del romance castellano, tal como en el* Poema del Cid *se nos muestra. Tercero: El proceso de formación de un idioma". Para el es-*

*tudio del lenguaje cidiano declara haber utilizado la edición crítica de Vollmöller, publicada en Halle, en 1879, habiendo tenido a la vista también las de don Tomás Antonio Sánchez y la de don Florencio Janer en la Biblioteca de Autores Españoles. "Al autor le ha sido imposible consultar —añade— el códice original." Recuérdese que la de Menéndez Pidal no apareció hasta 1908.*

*Tal declaración de propósitos parece completarse con estas otras aseveraciones:*

> "Dejando de lado las disquisiciones a que se presta la exégesis crítica del texto del *Poema*. nos proponemos hacer en este libro una labor lingüística y no filológica. Si la Lingüística ha de tener un fin propio y sustantivo —[y aquí nos parece descubrir la justificación del título elegido]— y ser algo más que mero pasatiempo, tiene que ser un capítulo de la biología general, y si la etimología ha de ser algo útil y no vana distracción de eruditos o pueril curiosidad, tiene que ser un medio para explicar, por la evolución del lenguaje, la del pensamiento, sin olvidar por eso que siendo la lengua un instrumento, no puede olvidarse el fin práctico de mejor conocerla para mejor manejarla."

*Y en cuanto al método lo puntualiza así:*

> "Si nuestro trabajo versara sobre el proceso entero de un idioma, emplearíamos el método inductivo, reuniendo, clasificando y comparando los hechos para extraer sus leyes; pero como versa sobre un momento de nuestra lengua, tiene que ser deductivo, porque no son suficientes los datos para una segura inducción."

*El plan propuesto estaba concebido en tres partes: la Fonética, para la que confiesa haber aprovechado los resultados de la* Lautphysiologie *o fonética fisiológica, seguramente a través de las obras de E. Sievers, que cita en una de sus cartas a "Clarín", y de las más recientes aportaciones de la fonética experimental del abate Rousselot, al que también cita. La Morfología, casi seguramente teniendo a la vista las gramáticas románicas de Federico Díez y de Meyer-Lübke que acredita conocer. Y, por último, el Glosario, al que califica de "archivo de pruebas empíricas e históricas de nuestros asertos".*

*Lo que en este cuaderno se nos ha conservado es apenas una parte mínima de algo más vasto; y aunque carece de epígrafes no es difícil ordenar su contenido que, en líneas generales, va desde la romanización de la Península hasta el siglo XII en que el* Poema *se redacta. Hay también al final de estas páginas unas conclusiones en las que subraya su carácter didáctico, al puntualizar el "fin, método y condiciones científicas de este trabajo", a lo que sigue la súplica de que sea establecido oficialmente en España el estudio histórico-comparativo, es decir, rigurosamente científico, de nuestra lengua, ya que "un doctor en Letras llega a alcanzar su grado habiendo aprobado latín, francés, griego, árabe o hebreo y aun sánscrito, y sin más conocimiento casi siempre de la propia lengua, adquirido oficialmente, que la gramática preceptiva y empírica de la escuela de primeras letras". Esto nos llevó a suponer si tal introducción no sería redactada, utilizando unos materiales que no conocemos —los famosos cuadernos acaso, de que le escribe a "Clarín"— para ser utilizada en la preparación de las oposiciones a la cátedra de Filología Románica de la Universidad de Madrid, en 1899, y que no realizó. Un pasaje más puede prestar cierto apoyo a esta fecha, aunque no al empleo del texto, y*

*es éste: "Es vergonzoso que nuestra Facultad de Letras no tenga algún curso de Filología castellana, ya que no románica, y que este estudio esté reducido a la Escuela Diplomática". Precisamente el Real Decreto de 20 de julio de 1900, que reorganizó dicha Facultad, establecía el estudio de la Filología comparada del latín y el castellano, suprimió la Escuela Superior de Diplomática y refundía sus enseñanzas en las Facultades de Filosofía y Letras.*

*No pocas notas de las que carecen de correspondencia con el texto, como ya advertimos, se refieren a la analogía, antecedida la primera de ellas sobre el tema de una pormenorizada mención de Humboldt y de la que éste llamó* die innere sprachform, *o forma interior de lenguaje, tan valorizada hoy para la consideración de ciertos usos sintácticos españoles. Para Unamuno constituye un factor esencial de la evolución lingüística, y varias veces se refiere a su acción concibiéndola como un resultado de la ley de adaptación, o más comúnmente como la encargada de reparar las pérdidas causadas por la que llama "combustión fonética de la lengua".*

*Otro de los aspectos del lenguaje afrontado en estas notas es el de la metátesis, signo también de creación lingüística, para el que se atiene preferentemente a la doctrina de Hermann Paul, cuyos* Prinzipien der Sprachgeschichte *menciona y traduce o acota en ciertos pasajes. Y unas y otras, las que corresponden al texto o las que quedaron sueltas y al margen, nos descubren, mejor diríamos nos confirman, las inquisiciones directas del autor en el habla popular salmantina, a la que en algunos escritos literarios suyos confirió una altísima misión expresiva, bien por testimonios recogidos directamente en los pueblos o utilizando el de sus amigos, conocidos y aun colegas de estas tierras. Así, por ejemplo, en uno de ellas se refiere al verbo "regüetrar", al que sigue esta men-*

*ción: "en el pueblo de Esteban Jiménez", nombre de un catedrático de la Facultad de Derecho, coetáneo suyo, nacido en la localidad de El Tejado, en esta provincia. Otras veces el testimonio es literario, como cuando entregado al análisis de ciertas derivaciones neológicas en varios escritores, dice: "Doña Emilia "docilitar"; yo, "ennegrecer", "rozagancia", etc.*

*No es aventurado suponer que el haber fijado Unamuno su residencia en Salamanca fomentó su curiosidad por las actividades lingüísticas que diez años más tarde iba a profesar en su Universidad, y que venían a ilustrar como ejemplos vivos aquellos estudios iniciados en Bilbao. Estas notas acreditan cómo el habla de esta región fué uno de sus medios de información directa, si su propia tarea literaria, a la que incorporó no pocos dialectalismos salmantinos, no lo abonase también. Y así resultó que varios años antes de que don José de Lamano publicase su* Dialecto vulgar salmantino, *no pocas de las voces en él contenidas habían sorprendido el atento oído de don Miguel, que, acucioso, las anotaba para esa doble finalidad que hemos apuntado. Y si no quiso seguir el camino de la investigación lingüística, en el surco que él abriera profundizaron luego sus discípulos, como también fué generoso con los materiales que él reunió. El testimonio de Menéndez Pidal lo creo terminante:*

> "Trabajaba yo entonces en mi *Gramática histórica* y mi estudio de los dialectos sepañoles, especialmente los del antiguo reino de León, y Unamuno me ayudaba generosamente en la consulta de algún manuscrito salmantino, o comunicándome publicaciones regionales (entre otras, *Las querellas del ciego de Robliza,* de Luis Maldonado), y, sobre todo, poniendo a mi disposición sus abundantes observaciones sobre

el habla de allá. Me remitía una primera cosecha de estas observaciones, con carta de 14 de mayo de 1902: "Sólo una parte de las notas están trasladadas —y aun ello provisionalmente— a cuartillas (usadas); el resto, tal y como las cogía en mis viajes o paseos, o en la calle: en sobres, en papelitos, con lápiz no pocas veces. Deseo que le sirvan. Habrá muchas repeticiones, habrá vocablos castellanos corrientes; no he ordenado nada. Cuando nos veamos le daré las aclaraciones que pueda, sobre todo de índole geográfica..." El veía en el habla popular una fuente estilística viva, un estímulo de liberación frente a los modelos literarios, por él siempre respetados y para él admirables, pero nunca imitables." ("Recuerdos referentes a Unamuno", *Cuadernos de la cátedra M. de U.*, Salamanca, 1951, II, pág. 6.)

*Para la preparación de su estudio sobre el dialecto leonés, aparecido en 1906, se había dirigido Menéndez Pidal a Unamuno pidiéndole algún apunte sobre el habla salmantina, y el tema reaparece con frecuencia en la correspondencia por ambos mantenida en estos años.*

"Los papeles sobre el habla de ahi —le escribía en 1903— no sé cómo agradecérselos. Lo que he podido ver de un vistazo es interesantísimo; una carta que he visto con noticias muy aprovechables. No me falta ver sino la lista abundantísima de voces que tiene usted en cuartillas uniformes, pero son tantas que no he hallado tiempo desde mi vuelta del veraneo." (Carta de 14-1-1903.)

*Y en otra del mismo año:*

> "Al fin le devuelvo sus papeles. Ya era tiempo. La única disculpa que tengo es la riqueza de esos apuntes; esquilmar las cuartillas de 1.775 palabras que tiene usted aparte no es cosa de un momento. Cada vez se convence uno más que el Diccionario de la Academia no tiene ni un tercio de la *lengua hablada*." (Carta de 26-IV-1903.)

*Me he demorado en estos pormenores epistolares no sólo por la calidad de quien nos los brinda, sino porque revelan otra de las modalidades del quehacer filológico de Unamuno. Y aquí creo que debe ser aducido un olvidado juicio extranjero sobre la escuela española de Filología, que venturosamente rige aún la mano experta y segura de su creador. A ella pertenece Unamuno, y a las tareas de aquél aportó sus propias investigaciones.*

*Reseñando la versión inglesa de la* Introducción a la lingüística románica, *de la que es autor el filólogo rumano Iorgu Iordan, escribió hace años el profesor argentino Angel Rosemblat, destacado discípulo de Amado Alonso: "Esas condenadas controversias no se produjeron en España porque la filología española, presidida desde la época de los neogramáticos hasta hoy por la figura de Menéndez Pidal, mantuvo desde sus primeros días la conexión entre lengua y literatura, entre historia de la lengua e historia, y ha ido acogiendo, con un sentido progresivo y renovador, los intereses nuevos. Ni la geografía dialectal ni los estudios estilísticos han sido en España materic de heterodoxia Y hasta la tendencia idealista se manifestó en los marcos de la escuela de Menéndez Pidal... Y es interesante señalar, por su significación en la cultura española, que representó también esta tendencia*

*Miguel de Unamuno. En varios trabajos filológicos:* Contribuciones a la etimología castellana (1920), Notas marginales (1925), *destaca la creación individual y el juego de la imaginación en la historia de las palabras, con una concepción esteticista del lenguaje, pero sin descartar en ningún modo el juego de las leyes fonéticas. Por lo demás, en sus mocedades filológicas estuvo bajo la iinfluencia de Díez." (En* Revista de Filología Hispánica, *Buenos Aires, 1940, II, páginas 182-183.)*

*A estas mocedades recordadas por el profesor argentino pertenece esa frustrada* Vida del romance castellano, *que en el Apéndice de este volumen precede, y no sólo cronológicamente, a los otros trabajos unamunianos en esta cita mentados.*

*Y ésta fué la tarea unamuniana en torno a la raza y a la lengua, conceptos por él nunca indiscriminados, pues si la lengua es la sangre del espíritu, la raza sólo tiene razón de existir en el lenguaje, cuando por él se convierte en una superior y amplia entidad más alta y fundidora. Esa fué su empresa en la propia obra literaria de creación, como sus lectores todos tendrán bien presente. Pocos escritores de palabra más entrañable, en su sentido literal, que Unamuno. Y cómo él mismo escribió en 1935, insistiendo en algo a lo que siempre fué fiel: "En el principio fué el verbo, la palabra; y al fin quedará, si no el verbo, la palabra. Las cosas se van, quedan las palabras, sus almas. Y revolotean en torno de nuestro espíritu, ánimas en pena, buscando cosas, cuerpos en que volver a encarnar".*

MANUEL GARCÍA BLANCO.

Salamanca, febrero de 1958.

# B I B L I O G R A F I A

## I. Ediciones.

Miguel de Unamuno. *Obras Completas,* Tomo VI, "La raza y la lengua", Colección de escritos no recogidos en sus libros, Prólogo y Epílogo de Manuel García Blanco, Madrid, Afrodisio Aguado, S. A., 1958. 1.036 páginas. (Contiene: I. La raza vasca y el vascuence. II. En torno a la lengua española. III. Sobre las lenguas peninsulares y otras lenguas. IV. La lengua española en América. Apéndices.)

## II. Reseñas y Estudios.

Alonso Montero, Jesús: "Unamuno y la lengua gallega. ¿Una contradicción?", *La Noche,* Santiago de Compostela, 19-VI-1958.

Arana Goiri, Gabino: *Pliegos euskarófilos,* Barcelona, 1888. (Réplica al escrito "De Ortografía", de Unamuno, incluído en este volumen de sus *Obras Completas.)*

Araquistain, Luis: "Unamuno, América y los vascos", *Democracia,* Buenos Aires, 3-XII-1958; *El Diario de Nueva York,* 14-XII-1958, y en otros diarios americanos. (Con motivo de "La raza y la lengua", tomo VI, de *Obras Completas.*)

Ariztimuño, José de: "aitzoel": *Tríptico auskaroló-*

*gico. La muerte del euskera. Refutación de las opiniones antivascas emitidas por don Miguel de Unamuno,* San Sebastián, 1931.

Azaola, José Miguel: "Urquijo y Unamuno", *Diario Vasco,* San Sebastián, 11-VI-1948.

Blanco Aguinaga, Carlos: *Unamuno, teórico del lenguaje,* Méjico, *El Colegio de México,* 1954, 129 páginas.

(Reseñas: D. Devoto, en *Bulletin Hispanique,* Burdeos, 1956, LVIII, 383-384. M. Fernández Almagro, en *Clavileño,* núm. 37, Madrid, enero-febrero 1956, 77-78. Carlos de Juan, en *Cuadernos,* número 14, París, setiembre-octubre 1955, 106-107. Juan López-Morillas, en *Hispanic Review,* 1958, XXVI, 149-151. Ramón Xirau, en *Nueva Revista de Filología Hispánica,* 1956, X, 80-81.)

Campos, Agosthino de: "Unamuno y el castellano", *La Nación,* Buenos Aires, 27-I-1935.

Chicharro de León, J.: "Recreations grammaticales. La langue d'Unamuno", *Cahiers Linguistiques,* números 11 y 13, febrero y junio 1953, p. 13-15 y 15-19.

Idem íd.: "Particularités de la langue d'Unamuno" *Les Langues Modernes,* París, XLIX, núm. 2, marzo-abril 1955, p. 108-115; y L, julio-agosto 1956, número 4, p. 317-327.

Idem íd.: "La lengua y el estilo", *Le Bloc-notes.* Gap, (H. A.), núm. 18-19, abril-junio 1959, p. 12-14.

Deckers, Denise: *Miguel de Unamuno devant la litterature,* Memoire de Licence, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Gante (Bélgica), leída en julio de 1959, 231 folios a máquina. (Hay ejemplar en la Biblioteca de Unamuno ,en Salamanca.) Véase el cap. IV. "Le style et l'expression".

Dokhelar, B.: *Unamuno et le sentiment basque,* tesis para el diploma de Estudios Superiores, leída en

la Universidad de París en 1955. (Da noticia de ella Charles V. Aubrun, en *Bulletin Hispanique,* Burdeos, 1955, LVII, p. 224.)

Entrambasaguas, Joaquín de: :"Sobre el posesivo afectivo de don Miguel de Unamuno", *Miscelánea erudita,* 1.° serie, Madrid, 1949, p. 7-8.

Erkiagarre: "Euskararen hel-oihua: Unamuno zuzen othe zan?", *Gernika,* núm. 18, enero-marzo 1952, páginas 39-41.

Fagoaga, Isidoro de: "Unamuno fué vascófilo o vascófago?", *Gernika,* núm. 12, julio-setiembre 1950, páginas 9-16.

Gárate, Justo: "Unamuno omenandizalea", *Euzko Gogoa,* Guatemala, 1952, núm. 7-8.

Idem íd.: "Pasión y sofismas en Unamuno", *Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos,* Buenos Aires, núm. 33, abril-junio 1958, p. 56-58. (Continúa.)

García Blanco, Manuel: *Don Miguel de Unamuno y la Lengua española,* Salamanca, Universidad, 1952, 60 págs. (Discurso en la inauguración del curso académico 1952-1953.)

(Reseñas: J. Chicharro de León, en *Cahiers Linguistiques,* Gap (H. A.), febrero 1953, 20. Isidoro de Fagoaga, en *Gernika,* núm. 22, Buenos Aires, enero-marzo 1953, p. 55-56. Pompeo Falcone, en *Idea,* Roma, 8-III-1953, año V, núm. 10. Geoffrey Ribbans, en *Estudis Románics,* Barcelona, V, 1955-56, 169-170. Aparecido en 1959.)

Idem íd.: "Unamuno y el lenguaje salmantino", *El Español,* Madrid, 24-VI-1944.

Getino, Luis A. O. P.: "Neologismos y neologistas de nuestros días", *Escorial,* Madrid, 1942, VII, página 344 y ss.

Goti, Leo: "Unamuno y el vascuence", *Boletín del*

*Instituto Americano de Estudios Vascos,* Buenos Aires, 1952, p. 155-164.

Hoyos, Antonio: "Estilo literario de Unamuno", *Monteagudo,* Murcia, Publicación de la "Cátedra Saavedra Fajardo", núm. 13, 1956, p. 4-9. Incorporado luego al libro *Unamuno, escritor,* Murcia, Patronato de Cultura de la Diputación Provincial, 1959, 147 págs.

(Reseña de José Marra-López, en *Insula,* número 154, Madrid, setiembre 1959.)

Huarte Morton, Fernando: "Tres vocablos de Unamuno: "chibolete", "cocotología", "nivola", *Archivum,* Oviedo, 1952. I, p. 171-176.

Idem íd.: "La reforma de la ortografía: Unamuno", *Clavileño,* núm. 22, Madrid, julio-agosto 1953, página 51-55.

Idem íd.: "El ideario lingüístico de Unamuno", *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno,* Salamanca, 1954. V, p. 5-183.

(Reseña de Alfredo Carballo Picazo, en *Revista de Filología Española,* 1954, XXXVIII, p. 308-311.)

Iranzo, J. E.: "Unamuno y el vascuence", *Gernika,* Buenos Aires, núms. 18 y 20, enero-marzo y julio-setiembre 1952, p. 29-31 y 177-180.

Jaureguiberry, Dr.: "Unamuno jaunaren elre bati", *Gure-Herría,* 1931, XI, p. 512-513.

Jiménez Hernández, Adolfo: *El tema de la lengua en Unamuno,* tesis para el grado de Master of Arts del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, 1952. (202 folios a máquina. Existe una copia en la Biblioteca de Unamuno.)

Idem íd.: *Miguel de Unamuno: Etica y Estética del lenguaje,* tesis para el Diploma de Doctor en Filosofía y Letras, leída en la Universidad de Salamanca el 13-XI-1958, 476 hojas holandesas a máquina.

(Existe un ejemplar en la Biblioteca de Unamuno en Salamanca.)

Jordan, W. J.: *Miguel de Unamuno: A Study of Integration of a Basque with Castile,* tesis de Licenciatura leída en Southwestern University, 1934.

Kirby, Kenneth Newman: *Unamuno and Language,* tesis para el grado de Doctor, leída en la Universidad de Texas, en 1954.

Lafitte, A.: "dinguistica [unamuniana]", *Euskal-Erría,* San Sebastián, 1901, XLV, p. 505-506.

Llano Gorostiza, Manuel: "Azcue, Unamuno, Arana Goiri y el vascuence", *El Correo Español-El Pueblo Vasco,* Bilbao, 6, 8 y 9. I. 1957. (Historia de la provisión de la Cátedra de Vascuence creada por la Diputación de Vizcaya.)

Maldonado, Luis: "El dialecto charruno", *Homenaje a Menéndez Pidal,* Madrid, 1925, tomo I, p. 155 y siguientes.

Pastor, José Francisco: "La generación del "98": su concepto del estilo", *Die Nueren Sprachen,* 1930, XXXVIII, p. 410-415.

Polanco, Abraham: "Cómo escribe Unamuno", *El Norte de Castilla,* Suplemento Literario, Año II, número 67.

Predmore, Richard L.: "Flesh and Spirit in the Works of Unamuno", *Publications of Modern Languages Association of America,* Vol. LXX, número 4, setiembre 1955.

Rosenblat, Angel: "Sarmiento y Unamuno ante el problema de la lengua", *La Nación,* Buenos Aires, 2-IV-1944.

Ross Mujica, Luis: "La ley de jurisdicciones y los Juegos Florales de Bilbao", fechado en Salamanca el 25-III-1908, y publicado en *El Diario Ilustrado,* Santiago de Chile, 7-VI-1908. Incorporado al libro

*Más allá del Atlántico,* Valencia, Sempere, 1919, páginas 88-94.

Rueda, Salvador: "Dos palabras sobre la técnica literaria", *Revista Nueva,* Año I, núm. 16, Madrid, 15-VII-1899, p. 729-734. (Dedicado a Unamuno, se refiere a sus artículos sobre el lenguaje.)

Schoenemann, Juana María: "Para la hispanidad de la lengua: Unamuno-Sarmiento", *Columna,* III, núms. 28-29, Buenos Aires, 1939, p. 30-32.

Idem íd.: "Unamuno: La lengua y su proceso radical de espíritu", *ibid.,* V, núm. 45-50, 1941, p. 9-10.

Serrano Poncela, Segundo: "Formas de expresión y método de pensamiento de Miguel de Unamuno", *Orígenes,* La Habana, 1951, núm. 28, p. 43-56. (Incorporado al libro *El pensamiento de Unamuno,* Méjico, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, núm. 76, 1953, págs. 53-72.)

Soldevila, Carlos: "Las contradicciones de don Miguel", *Revista,* año III, núm. 106, Barcelona, abril 1954.

Urruzola, Julián: "¡Bizibedi! (Orr Miguel de Unamuno jaunari)", *Euskal-Erría,* San Sebastián, 1901, XLV, p. 264 y ss.

Valentín Gamazo-Fernández, Fernando, S. J.: *El estilo como filosofía del lenguaje en Unamuno,* tesis para el grado de Doctor en Filosofía y Letras, leída en la Universidad de Madrid en enero de 1960.

Wardropper, B. W.: "Unamuno's struggle with Words", *Hispanic Review,* Philadelphia, 1944, XII, página 183 y ss. (Señala los usos y valores semánticos de vocablos como "agonía", "realismo", "conocer", "nivola", "sentimiento" e "intimidad".)

# LA RAZA Y LA LENGUA



# I

# LA RAZA VASCA Y EL VASCUENCE

(1884-1933)

Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca.

Tesis del doctorado en la facultad de Filosofía y Letras. leída en Madrid, el día 20 de Junio de 1884

por

Miguel de Unamuno y Jugo

Nota. Obtuvo la calificación de sobresaliente, siendo el ponente D. Antonio Sánchez Moguel

Portada autógrafa de la tesis doctoral de don Miguel de Unamuno.

*Ilustrísimo señor:*

*Grande es la distancia que media entre mi inexperiencia y poquedad en conocimientos y la bien reconocida ilustración de quienes han dedicado su vida al estudio de los más arduos problemas. Y grande es en este momento mi confusión, suplicándoos me tendáis la mano, que yo con vuestra ayuda procuraré subir.*

*Si hubiera de presentar mi trabajo a un juez, lo retiraría; pero sé que lo presento a un maestro, y espero corrección, que no censura.*

*Y con tal ánimo presento a vuestro recto juicio este trabajo, que a quien lo mire parecerá débil bosquejo, que yo desde dentro veo en él el fruto de largas tareas.*

*Voy a exponer una de las más arduas cuestiones de la etnología y la filología.*

# CRITICA DEL PROBLEMA SOBRE EL ORIGEN Y PREHISTORIA DE LA RAZA VASCA

"Le basque a partagé avec le celtique le privilège de faire dire à son sujet d'incomparables extravagances."

Ampère. *Histoire littéraire de la France avant le douzième siècle*, cap. VII, pág. 2.

Soy vascongado y llego con recelo y cautela a terreno poco y mal espigado hasta hoy.

Dos motivos de deficiencia se aúnan en contra de mí, el uno propio y personal, e independiente de mi voluntad el otro. Es aquél el exagerado espíritu de localidad que vicia nuestras investigaciones, el deseo que turba a la razón, y es el segundo la materia de mis investigaciones, tan poco y tan mal estudiada, y en que el error, la precipitada ignorancia y los trabajos de segunda mano han mezclado con el trigo no poca cizaña.

Quien hoy pretenda estudiar los orígenes oscuros y a penas duras conjeturables del pueblo vasco y su relación con el problema de la primera población de España, ha de luchar primero para desembarazarse de tanto fárrago y broza como le detendrán en su camino; y si esto consigue, aún le queda el fatigoso trabajo de caminar entre oscuridades y nieblas. Feliz

yo si en tan espesa oscuridad consiguiera distinguir una sola chispa de luz, vislumbre de la aurora del día en que se ponga en claro tal problema, si tal día ha de llegar.

He ordenado mi trabajo no en un plan riguroso como pide la razón pero veda el tiempo y las circunstancias nada favorables en que he ordenado estas notas lijeras.

Mi trabajo pobre es crítico, y como bien lleva en sí este término, se ve que sólo pretendo examinar el valor de las pruebas aducidas para las diferentes soluciones dadas al problema. El trabajo exige le divida en parte analítica, en que examino dichas pruebas, y metodológica, en que determino la marcha que a mi juicio debe seguirse, o sea las condiciones del problema. Y paso a entrar de lleno en el objeto de mi trabajo.

Sobre ambas vertientes del Pirineo occidental, en la cara que mira a Francia así como en esta que mira a nuestra España, habita desde antiguo reclinado un pueblo, si no numeroso, vivo y fuerte, pequeño en número mas no en espíritu, y muda esfinge cerrada a las preguntas ansiosas de la ciencia moderna.

Escaso papel ha jugado en el drama vivo de la Historia hasta no muy lejanos días y de él se ha escrito que "si es cierto que los pueblos sin historia son felices, como alguien ha dicho, por tales ha de tenerse a los vascongados por siglos y siglos". Arraigado entre sus montañas, bailando y danzando en el Pirineo como escribía Voltaire, el pueblo vascongado ha corrido cuasi indiferente siglos de poderosa renovación para otros, y así es como ha conservado por tantos siglos su carácter específico y su idioma peregrino.

Pero hoy que el pueblo vasco empieza a entrar de lleno en el concierto general, hoy que las vías de comunicación han abierto al forastero deliciosos reti-

ros en aquel rincón de España, hoy todo cambia con curso rápido. Todos los vascongados vemos la pronta asimilación de las costumbres y maneras de nuestro pueblo a muchas antes extrañas a él, el idioma se va desvaneciendo en su roce con el oficial, que simboliza una mayor cultura, y todo va pasando como pasa el flujo del agua en el océano y queda siempre vivo el mar.

Es el pueblo vasco un pueblo que se va como con gráfica frase le señaló Reclus, pero que va, no a anonadarse, sino a asimilarse, a perderse como el arroyo en las grandes corrientes del anchuroso río.

Pero antes que se vaya el docto investigador que busca en los ignotos riachuelos las fuentes del gran río, interroga a ese pueblo por su misterio, y todos acudimos a recoger su último aliento.

¿Cuál es el origen étnico del pueblo vasco? ¿Es el pueblo ibero? ¿A qué grado de cultura podemos conjeturar alcanzaron en tan oscuras cuanto remotísimas edades? Cuestiones son éstas que vienen preocupando a nuestros etnólogos y humanistas, y es hoy el día en que un gran movimiento de atención hacia ese pueblo da un valor científico y excepcional a estas cuestiones.

La primera cuestión que se ofrece en el estudio de este problema es la de la materia u objeto del problema, y digo objeto porque éste no puede ser el pueblo, que en esta relación tan abstracta es sin valor para el problema. Es menester estudiar al pueblo en sus manifestaciones, y lo primero es recoger éstas y determinar el objeto del estudio. El alma oculta de un pueblo se manifiesta en varios órdenes de ideas, pero bien podemos asegurar que del pueblo vasco no nos queda más que su idioma, el euskera [1].

---

1 Euskera y no éuscaro, como han dado en decir. Y aparte esto, usaré las voces euskarista y euskarismo por parecerme más exactas que las de vascófilo y vascofilismo que usan algunos.

En el pueblo vascongado es inútil buscar una literatura propia y de abolengo, es más aún, ni tan siquiera posee tradiciones o leyendas que pudieran guiarnos en el dédalo oscuro de sus prehistóricas antigüedades.

No es tanta, sin embargo, la deficiencia que no se hayan aprovechado otras investigaciones que las referentes al idioma o eusquera.

Entre los estudios que acerca del origen étnico de la raza vasca se han hecho deben contarse los craneológicos, emprendidos por Andrés Retzius, que halló a los vascos braquicéfalos, colocándolos entre los pueblos turánicos: Mr. Paul Broca, que los declaró dolicocéfalos o de cabeza larga, como los celtas y germanos, pero no con dolicocefalia frontal, sino occipital; Mr. Argelliés, que los clasificó como sub-braquicéfalos, resultando de cabeza algo más ancha que los medidos por Broca; Virchow, que se acostó a la opinión de Broca, y, finalmente, el doctor Landa, de Pamplona, que en lo esencial coincide con Broca [1]. Tubino, en sus *Recherches d'anthropologie sociale,* clasifica a los vascos como dolicocéfalos y con los guanches en el segundo tipo de los tres que habitaban la Europa en el período cuartenario. Landa concluye que no son celtas, ni tan siquiera arios de origen.

Dadas las condiciones en que se hallan aún los conocimientos cronológicos, teniendo en cuenta lo que el medio ambiente influye y otras muchas consideraciones, se debe concluir que tales investigaciones

---

1 Broca estudió estos cráneos en el cementerio de Zarauz y 70 ejemplares; Argelliés midió 47 cráneos en vivos en San Juan de Luz, resultando 80,25 los de San Juan de Luz y 77,62 los de Zarauz. Los partidarios de la braquicefalia negaron la autenticidad de los cráneos de Zarauz, suponiéndolos de algunos emigrantes celtas cruzados con aborigenes. Virchow midió en Villaro siete cráneos. Para más detalles, véase en la *Revista euskara,* año 1, número 3, correspondiente a abril de 1878, el artículo del doctor Landa "Crania euskara".

no son de un rigor grande por hoy, y paso tan por o sobre ellas por razones fáciles de comprender.

Se han querido aprovechar para las inquisiciones acerca del origen de los vascos algunos escasos monumentos de valor excepcional (Ya el señor Amador de los Ríos, en sus *Estudios monumentales y arqueológicos sobre las Provincias Vascongadas*, afirmaba que no hay en el país vascongado construcciones anteriores al estilo románico y, por tanto, de la mitad del siglo X e igual período del XII.)

Aparte de las hachas y utensilios de piedra, que por ser de uso general ninguna luz arrojan a nuestro problema, tan sólo se han citado dos monumentos que se suponen prehistóricos: la ermita de San Miguel de Arrechinaga y el llamado ídolo de Miqueldi.

Acerca de la ermita de San Miguel, que alguien ha supuesto monumento céltico, sólo diré que puede bien ser un fenómeno natural y que nada autoriza a darle valor en apoyo de doctrina alguna.

Y el llamado ídolo de Miqueldi, cerca de Durango, sobre el cual se ha escrito tanto, es una masa de piedra en figura de un animal inclasificable por disforme, con una esfera entre las patas, en cuya esfera había en tiempo de don Gonzalo de Otálora y Guisasa [1] tallados "caracteres notables y no entendidos" y de los que ni rastro queda, por desgracia. El padre Flórez presentó en su obra *La Cantabria* un diseño de este monumento. El señor Fernández Guerra [2] supone el ídolo de Miqueldi piedra terminal, como a los toros de Guisando; don Joaquín Costa [3] indica que representa un toro, símbolo de alguna fuente ter-

---

1 *Micrologia geográfica de la merindad de Durango.*

2 *Discursos leídos en la recepción de don Eduardo Saavedra ante la Real Academia de la Historia.*

3 *La poesía popular española y mitología y literatura celtohispana.* Madrid, 1881. Véase asimismo el trabajo del señor E. de Mariátegui titulado *Los toros de Guisando* e inserto en *El Arte en España*, tomo IV, correspondiente a 1865 y página 44.

mal, y añade la circunstancia de hallarse junto a la ermita de San Vicente, pues ve en ésta de denominación la raíz celtibérica Viz, fuente, corriente. Si es mucho ver un toro en aquella masa, no es menos vez la raíz viz en el nombre de Vicente, pero esto consiste en el modo de mirar.

Don Gonzalo de Otálora en su obra citada nos habla de una gran piedra, de forma de rostro aguileño con caracteres notables en Urracha, y de piedras, ídolos y marcas con caracteres y señales no entendidas en Mañaza, Momoitio, Ajuria, Murguestio, San Miguel de Yurre y Cangotita. Hoy no se pueden verificar estas noticias.

Este rápido examen basta para comprender que ninguna claridad da la investigación de tales hechos a nuestro problema.

No nos queda más que el idioma, monumento vivo y patente que pasando por siglos y siglos ha llegado hasta nosotros, única herencia de un pueblo en perpetuo suceder.

El estudio científico o sea constructivo del idioma vasco es lo único que nos puede guiar a la resolución del problema sobre el origen de este pueblo.

Creo deber dispensarme de hablar sobre la importancia etnológica de los idiomas y sobre esta sorprendente ciencia filológica, una de las glorias de nuestro siglo.

Un idioma puramente hablado, no fijado en una literatura, como es el eusquera, presenta al estudio todas las desventajas de los fenómenos orgánicos y vitales, el continuo suceder, el cambio bajo la acción externa, lo fugitivo de sus estados cuando la escritura no sorprende y fija éstos.

Y para colmo de incertidumbre, y acaso para desesperación de muchos, de la semejanza entre dos idiomas no puede sin ulteriores indagaciones deducirse comunidad de origen entre los pueblos que los ha-

blan, y ésta es doctrina bien comprobada en lo empírico que no son idénticos los grupos filológicos a los étnicos, aunque éstos no han podido aún fijarse bien. Mas debe tenerse en cuenta que un pueblo no acepta el idioma de otro si éste no es superior a él en cultura, y mientras tal hecho no se pruebe, y nada nos autoriza a suponerle en el pueblo vasco, debe darse al idioma valor propio aunque provisional. ¿Qué cultura pudo existir inferior a la que la paleontología lingüística nos revela en el eusquera?

Voy a examinar las distintas soluciones dadas al problema étnico y filológico sobre el pueblo vasco, para fijar después los resultados de tal examen.

Es incalculable la abigarrada variedad de fantasmagorías, más que doctrinas, que han dividido a los euscaristas. Vista tal confusión y disparidad de opiniones, y después de haber recorrido cuanto acerca de los orígenes de este mi pueblo pude haber a las manos, confieso que me hallé tan a oscuras como antes de emprender tal estudio. Es indescriptible la confusión e inexactitud de las noticias, el somero y no científico sino vulgar conocimiento que del vascuence muestran tener muchos que de él han escrito, y pues son sagrados los fueros de la verdad, no vacilo en afirmar con serenidad entera que no basta el ser reputado y docto humanista en vasto campo para pasar por autoridad en materias de euscarismo, y por desgracia algo de esto pasa. Nada extraño que el señor Cánovas haya podido exclamar: "¿Y no basta y sobra con lo dicho para hacer incontestable la proposición al principio sentada de que lo único que se sabe aquí es que nada se sabe?" Y que siguiendo el mismo método que hasta nunca se sabía nada.

Voy a examinar el estado actual del problema y a entrar de lleno en la crítica de las soluciones hasta hoy dadas.

Es el idioma vascongado, vascuence o eusquera, el único medio de investigación que tenemos para remontarnos a los orígenes del pueblo vasco y para examinar el tan agitado problema de su lugar entre los aborígenes españoles.

A cualquiera ocurre preguntar: ¿y cómo es el idioma vasco? Al cómo procuraré contestar brevemente, y pues que el cómo expresa la forma voy a bosquejar los caracteres morfológicos del eusquera.

Todos los lingüistas colocan hoy al eusquera entre los idiomas aglutinantes, en esa segunda fase del desarrollo de todo organismo lingüístico, en esa segunda y la que cuenta con más numerosos ejemplos, que con tal precisión determinó Schleicher [1] por el carácter de la diferencia entre la significación y la relación, de acuerdo con la doctrina lógica de su maestro Hegel. Pero debo añadir que el idioma vasco guarda un lugar intermedio entre la aglutinación y la flexión, es un idioma aglutinante en el cual se desarrollan hoy mismo formas flexivas, como el paso de la antigua conjugación aglutinante a la conjugación analítica con el auxiliar.

Los euscaristas nos han dicho que en el vascuence no hay más que nombre y verbo. Es una inexactitud de terminología; lógicamente podrán distinguirse el nombre y el verbo, morfológicamente no, y yo sólo veo raíces libres y raíces ligadas, lo que Schleicher llamaba palabras de significación y palabras de relación. La raíz libre es siempre invariable en su estructura, no en su valor fónico, que cambia al pasar de un dialecto a otro. Y tan exacta es la división en raíces libres y raíces ligadas y de ninguna manera la tradicional de nombre, verbo y partícula, que el nombre se conjuga [2] y se declina el verbo, si se me permi-

---

1 *Die Sprachen Europas in systematischer Uebersicht*, von A. Schleicher. Bonn, 1850.

2 V. Inchauspe, *Le verbe basque*, Paris, 1858.

te la inexacta denominación de declinación. La llamada declinación vascongada, de la cual ha hecho un estudio del capitán Duvoisin [1], es otro abuso en el tecnicismo e inducente a error, pues sería más preciso el decir que hay posposiciones las cuales juegan análogo papel al de nuestras preposiciones, y cuyas posposiciones euscáricas, incluso el malisimamente llamado artículo, son restos de raíces libres, cuyas raíces podría determinar en cuasi todos los casos y guardo un trabajo todavía en bosquejo acerca de la filiación de las tales posposiciones.

El verbo vascongado no es otra cosa que una raíz libre que con ayuda de partículas afijas y postfijas, análogas algunas y aun idénticas a las posposiciones nominales, expresa todos los matices de tiempo, intensidad, modo, persona y hasta régimen que va embebido en el verbo.

A esto se reduce el esqueleto del idioma vascongado.

Una función orgánica, acaso la más importante en un idioma vivo, es la eufonía, poco estudiada aún la euscárica, y fuera del excelente aunque incompleto trabajo del señor Campión, no conozco trabajo especial sobre ello. Y es indecible el interés que para el lingüista ofrece el conocimiento de las leyes que sigue toda palabra alienígena en su asimilación al eusquera. Trabajo es éste de la fonética que basado sobre cimientos sólidos debe hacerse, y no tan sólo como arte, explicando el cómo, sino científicamente dando el porqué del cómo. Y tal empresa he acometido viendo que son preciosos los resultados.

El carácter especial de este mi presente trabajo me veda entrar en ulteriores aclaraciones.

Así como de paso el arzobispo don Rodrígo Jiménez de Rada, en cuyo pueblo natal se hablaba vas-

---

1 *Etude sur la declinaison dans la langue basque.*

cuence hasta no hace mucho, indica fuera el vascuence el primitivo idioma de España. Lucio Marineo Sículo [1] lo declaró también, añadiendo "según algunos dicen". Pero es menester llegar a 1561 para ver salir el eusquera a luz debido a los esfuerzos de Esteban de Garibay y Zamalloa [2], que fué el primero en sentar afirmaciones luego desarrolladas y el primero que pretendió probar el iberismo de los vascos, con razones repetidas más tarde. Garibay indignábase con Beuter, que había expuesto opiniones menos osadas y más seguras que él y hoy por todos comprobadas [3]. En 1587 apareció la obra de Poza [4], que dió más amplitud a las doctrinas de Garibay y cimentó el famoso método de comprobación que había de autorizar Humboldt. Bernardo de Aldrete [5] pasó por alto tal cuestión, dejando a los vascongados el consuelo de que creyeran era su lengua la primitiva de España. Son notables los discursos de Baltasar de Echave [6] en que se buscan ya analogías entre las dos Iberias, obra precedida de un donosísimo prólogo. Siguió las doctrinas de Garibay, Poza y Echave. Arnaldo de Oihenart u Oyenarte, uno de los primeros recopiladores

---

1 Obra compuesta por Lucio Marineo Sículo, coronista de sus Majestades, de las cosas memorables de España. Año 1539. V. folio XXIX.

2 *Los Quarenta libros del compendio historial de las Chronicas y universal historia de todos los Reynos de España. Compuestos por Estevan de Garibay y Zamalloa, de nación cántabro, vezino de Mondragón, en la Provincia de Guipúzcoa.* Cap. IV, lib. IV.

3 *Corónica general de toda España y especialmente del Reyno de Valencia. Compuesta por el doctor Pero Anton. Beuter, Maestro en sacra Theologia.* Valencia, 1604. Véase el cap. XXX de la primera parte.

4 *De la antigua lengua, poblaciones y comarcas de las Españas, en que de paso se tocan algunas cosas de Cantabria, por el Licenciado Andrés de Poza, natural de la ciudad de Orduña, y abogado del muy noble y real señorío de Vizcaya.* En Bilbao, en casa de Matías Marcs, primer impresor de Vizcaya.

5 *Del origen y principio de la lengua castellana y romance que oi se habla en España.*

6 *Discursos de la antigüedad de la lengua cántabra Bascongada, compuestos por Baltasar de Echave, natural de la villa de Çumaya en la Provincia de Guipúzcoa, y vezino de México.* México. 1607.

de refranes vascongados y poeta en lengua euscara, aunque nada notable. Es conocido por una obra [1] que acerca de la Vasconia escribió. Después de Oyenarte, el padre Henao ofreció nuevas variantes sobre el mismo tema [2]. Así iba la cuestión sin contradicción seria y aceptada por todos los doctos hasta que llegó el siglo pasado con su crítica tan lijera como minuciosa, el euscarismo no se salvó del naufragio general y el campo se dividió.

De un lado, el erudito Mayans [3] llevó su ligereza hasta afirmar cosas notoriamente falsas, y a refutarle se alzó el jesuita padre Manuel de Larramendi, aunque su verdadero apellido era Garagarri, que cambió por el materno al entrar en la Compañía. Larramendi, nacido en Andoain en 1690 y confesor de la reina viuda de Carlos II doña María Neubourg, es una de las figuras más sobresalientes del país vasco, y en torno suyo han condensado algunos toda una aureola de gloria. Su doctrina está expresada en un pequeño libro sobre la antigüedad y universalidad de España y en el prólogo a su *Diccionario trilingüe*. Las exageraciones de Larramendi son inauditas, y su afán por las etimologías vascongadas le lleva a ridículas explicaciones que nada deben extrañarnos en una época en que la fiilología no había nacido [4]. Ya tendré ocasión de volver a hablar de Larramendi.

---

1 *Notitia utriusque Vasconiae, tum ibericae, tum aquitanicae, qua, praeter situm regionis et alia scitu digna, Navarrae Regum Caeterarumque, in iis insignium vetustatxe et dignitate familiarum stemata ex probatis Authoribus et vetustis monumentis exhibentur. Accedunt Catalogi Pontificium Vasconiae Aquitanicae, hactemus editis pleniores. Authore Arnaldo Oihenarto, Mauleosolensis.* Parisiis, MDCXXXVII.,

2 *Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria.* Zaragoza, 1637.

3 (Falta esta nota.)

4 Se cree que Larramendi fué el primer gramático vascongado, y él mismo lo creía, como harto a las claras lo dice el titulo de su obra *El imposible vencido o Arte de la lengua bascongada.* Sin embargo, y aparte de que Oyenarte, en el capitulo XIV de su *Noticia utriusque Vasconiae*, bosquejó, bajo el título de *Singularia*

Siguieron a Larramendi cuasi sin originalidad don Francisco Javier Manuel de Huerta y Vega, el jesuíta padre José de Moret y Juan Francisco Masdeu. En tal estado la cuestión, apareció en 1802 la sección I, y creo que hasta hoy única, del *Diccionario geográfico-histórico de España*, relativa a Navarra y las provincias Vascongadas. El académico don Joaquín Traggia redactó el artículo "Navarra", en el cual volvió a sostener las afirmaciones de Mayans, aunque con menos ligereza que éste y con mayor conocimiento de causa. Así como Larramendi había refutado a Mayans, presentóse en la arena como contradictor de Traggia el célebre presbítero durangués don Pablo Pedro de Astarloa, el más original de nuestros euscaristas vascongados, espíritu que tenía algo de poeta y mucho de científico, en cuyas obras, no tan conocidas como debieran serlo, palpitan como intuiciones de verdades hoy establecidas por la ciencia. Astarloa, después de un arduo trabajo, que con ayuda de Hervás llevó a cabo acerca de lo que entonces se sabía de lingüística, ofreció su *Apología*. Más adelante vendrá ocasión de examinar al menudo las originalísimas doctrinas del más original de nuestros euscaristas.

Continuador de las doctrinas de Astarloa, exagerándolas e introduciendo en ellas algo que parece cabalismo, fué don Juan Bautista de Erro y Aspiroz, ministro del pretendiente Carlos V. Este es uno de los que Chao llamaba biblistas. Libre de las exageraciones y atrevidos vuelos de Astarloa y Erro se mantuvo don Antonio Moguel, cura párroco de Mar-

---

*quaedam linguae Vasconice, deque vocabulorum Vasconiorum declinandi et conjugandi ratione*, una gramática en 15 páginas (57 a 74). Lope de Izasti, que en 1625 publicó su *Compendio historial de la M. N. y M. L. provincia de Guipúzcoa*, dice en el libro I, capítulo XIII y párrafo 7.º, hablando del vascuence, que "se reduce a arte, como lo ha hecho alguno formando conjugaciones en vascuence".

quina, conocido por su *Peru Abarca,* diálogos en purísimo y correcto dialecto vizcaíno, obra que recuerda el *Diálogo de la Lengua*, de Juan Valdés. Pero sus doctrinas, nada ofrecen de original, y no hizo sino seguir los pasos de sus predecesores. El célebre autor del *Catálogo de las Lenguas,* el abate Lorenzo García Hervás de Panduro, uno de los primeros que echó las bases de la lingüística, dedicó el tomo V de su obra cuasi por iguales partes al celta y al vascuence, pero su obra es toda en esta parte de segunda mano.

Todos éstos eran como rapsodas cuyos trabajos había de recoger en lo que tenían de más científico y fundado el filólogo alemán Guillermo de Humboldt. Desde la publicación de la obra de Humboldt arranca una nueva edad en los estudios euscáricos. Humboldt llamó la atención del mundo sabio hacia este curioso monumento, con un apéndice que publicó al fin del *Mithridates* de Adelung, y con la publicación de una obra en que recogió y ordenó lo más selecto que habían producido los euscaristas vascongados y singularmente Astarloa. Como el mismo título de su obra lo indica, no era éste un trabajo dogmático, sino crítico, un examen o comprobación *(Prüfung)* de las investigaciones ya trabajadas [1].

Este fué el primer impulso de un movimiento general cuya historia no me toca explanar.

Voy a clasificar las opiniones emitidas para irlas examinando ordenadamente.

Son dos y no uno los problemas que aunque estrechamente relacionados debo examinar. El uno se refiere al iberismo de los vascos; el otro, a su origen independientemente de si son o no los antiguos iberos; la primera es una cuestión histórica tanto como

---

1 *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens vermittelst der Daskischen Sprache.* Berlín, 1821.

etnológica; la segunda, en las actuales condiciones del problema, es filológica.

Primera cuestión. ¿Son los actuales vascos los restos de los antiguos iberos? El problema más concreto y determinado se formula así: ¿Es el eusquera el idioma que hablaban los iberos? Como no hago un trabajo dogmático no me toca afirmar ni negar, sino examinar la validez de las pruebas presentadas en apoyo de la solución afirmativa, porque la negativa, como todo lo puramente negativo, no puede someterse a la crítica.

Este fué el problema que se propusieron todos los euscaristas anteriores a Humboldt, pero basta leer a Garibay, a Poza, a Echave o a Larramendi para concluir que aquellos argumentos carecen de validez. O son pruebas meramente negativas y, por lo tanto, nada seguras o son basadas en etimologías tales cuales se deben esperar de tales tiempos, etimologías que recuerdan aquella que por chacota presentaba creo que Voltaire diciendo que *cheval* viene de *equus,* cambiando la *e* en *che* y el *quus* en *val.* Y era tal la pasión con que procedían que Garibay se encaraba con Beuter tan sólo porque éste había afirmado la pureza relativa solamente del eusquera. Mayans y Traggia suponían primitiva la forma, la gramática, no la materia, el léxico, idea errada, pues una lengua es compuesto como todo ser de materia y forma, y si tiene valor lógico la distinción entre ambas no adquiere valor empírico. Larramendi, sostenedor acérrimo del iberismo con acres expresiones atacaba a los diaristas, que tan poca gracia le hacían, y Astarloa dedicó gran parte de su *Apología* a la exposición de pruebas puramente negativas.

Pero el argumento verdaderamente valioso a su juicio, el más cultivado y aquel del cual pretendían deducir toda prueba era la explicación de los antiguos nombres de lugares que nos dan los geógrafos anti-

guos explicados por raíces vascongadas, trabajo emprendido por Garibay y Poza y llevado a su perfección por Astarloa y Moguel. Don Juan Bautista de Erro, en su *Alfabeto de la lengua primitiva de España,* había querido con menguada suerte explicar por el eusquera las llamadas monedas de letras desconocidas, pero este ensayo no ha tenido consecuencias.

Todos estos trabajos vinieron a refundirse en el de Guillermo de Humboldt, que encierra cuanto pueden alegar en apoyo de su tesis los partidarios del iberismo de los vascos.

Humboldt observa bien que los antiguos nombres geográficos nos los legaron alterados los antiguos geógrafos. Tuvo el célebre filólogo buen cuidado de comparar los nombres de lugares ibéricos con los hoy usados para designar localidades o caseríos de las Provincias Vascongadas.

Hoy va tal hipótesis de capa caída. Mr. Abel Hovelacque en su obra *La Linguistique* no duda en afirmar, fundado en los testimonios de Vinson y Van Eys, que carecen de valor las etimologías que presenta Humboldt. Toda reacción lleva a excesos inevitables, y puedo asegurar que la crítica de Van Eys no es tan sólida como pudiera esperarse de tan reputado euscarista. ¿Qué le autoriza a negar el cambio de *asta* en *aitza* o *acha,* "peña", como enseñaba Humboldt? No uno ni dos, sino muchos ejemplos podría yo presentar a Mr. Van Eys de cambio de *sta* en *tza,* y hace mal en negarlo, como hace mal en negar a la lijera otros casos concretos, y la verdad es que si Astarloa y Moguel no habían estudiado la eufonía euscárica, no es fundándose en datos proporcionados por éste, como les rebate Mr. Van Eys.

¿Qué valor deben concederse a las etimologías de Astarloa y Moguel recogidas por Humboldt? Esta es la cuestión crítica. Tratábase de explicar nombres geográficos gravemente alterados al pasar a las

obras de geógrafos griegos y latinos, a los cuales parecen duras tan bárbaras locuciones. Fuera pues menester reducir tales denominaciones a su verdadero valor fónico y aun entonces, aunque bien planteado un término del problema, aún nos quedaría otra gravísima dificultad. Y, en efecto, ¿puede aplicarse el eusquera en su forma actual a tal linaje de investigaciones? Pues qué, ¿no habrán pasado los siglos sobre el organismo de este idioma, o habrá podido eludir la ley de las variaciones fonéticas? Resulta, pues, que ambos términos del problema estaban y siguen estando mal planteados y que, por consiguiente, las deducciones carecen de valor. Y harto a las claras se ve la verdad de lo sentado si se observa que con tanta propiedad como se quiso explicar los nombres geográficos de la Iberia por el eusquera, se extendió este examen a nombres locales de otras regiones, a la Aquitania, bien que los aquitanos eran iberos, según Estrabón [1], al resto de la Galia, a la Italia, y en lo cual trabajó mucho Moguel, en las tres grandes islas del Mediterráneo, y se citaba con este motivo un pasaje de Séneca en su epístola a Helvia [2], y Erro,

---

1 τοὺς Ακουιτανοὺς τελέως ἐξηλλαγμένους οὐ τῇ γλώττῃ μόνον, ἀλλά καί τοῖς σωμασιν, ἐμφερεῖς Ιβηρσι μᾶλλον ἤ Γαλατις (Στραβω, Γεωγραφικα) ιν (4)

Απλῶς γὰρ εἰπεῖν, οἱ Ακουιτανοι δεαφερουσι τοῦ Γαλατικὰ φυλου, κατὰ τε τὰς τῶν σωματων κατασκευὰς καὶ κα τὰ τγν γλωῖταν ἐοίκασι δέ μαλλον Ιβηρσιν.

σοφωτατοί δε ξ ετα ζονταί τῶν'' Ιβήρων οὗτοι, καί γραμματικῄ χρωνταί, και τῆς παλαιας μνημης ἔχουσι συγγράματα και ποιηματα και νομους εμμετρους ἐ ξαχισχιλιων ετιων, ὡς φασι και οι αλλοι δ'Ιβηρες χρωνται γραμματικῇ, ου ἰδεα, οὐδὲ γαρ γλωττη μισ (Στραβωνος γεοχραφικα. Lib. III, cap. I).

2 Transierunt deinde Ligures in eam (scilicet corsicam) transierunt et Hispani, quod ex similitudine ritus apparet eadem enim tegumenta capitum, idemque genus calceamenti; quod Cantabris est et verba quadam, nam totus fermo, conversatione grac-

sin salirse del lugar de las etimologías en mal hora invocado, halló nombres vascongados en las llanuras del Senaar y en la geografía bíblica. Y no se diga que era exageración del sistema, no; era el mismo procedimiento llevado con rigor lógico a sus consecuencias últimas. Y tan arraigada está esta mal fundada hipótesis, que el señor Fernández Guerra nos habla de los iberos o ribereños haciéndolos venir desde las faldas meridionales del Cáucaso, parte de los cuales "emigraron hacia el Norte pasando el Volga y subiendo hasta los estribos de los montes Urales, donde aún quedan, según parece, dice el señor Fernández Guerra, vestigios de su antiquísima lengua". Y otra porción vadeando el Don, Dnieper y Dniester los hace venir a España. Así el señor Rodríguez Ferrer [1] halla iberos hasta en el Norte de Africa, y de Mr. Cénac Moncaut [2] nada digo porque confunde lastimosamente vascos, cántabros, iberos, celtas y celtíberos.

En primer lugar, y entre los reparos que ocurren frente a esta doctrina, es el de que la denominación de iberos más es geográfica que etnológica, y hablar de raza ibera me parece es hablar de una cosa que no se conoce, porque nadie ha probado, que yo sepa, que tal raza existiera. Si los celtíberos eran, y es indudable, celtas mezclados con otra raza anterior a ellos en Europa y comprendida entre los llamados iberos, ¿cómo es que en cuanto conocemos del celtibérico no se advierten rastros de euscarismo? ¿Cómo ha de ponerse en parangón la elevada cultura de los turdetanos que poseían escritura, antiguos monumentos y poemas y leyes rimadas de más de seis mil años con la men-

---

corum. Ligurumque, a patrio des civit". L. A. Séneca. *De consolatione ad Helviam,* cap. 8.

[1] (Falta la nota.)

[2] (Falta la nota.)

guada cultura que la paleontología lingüística descubre en los primitivos euscaldunes?

Ultimamente se ha supuesto por muchos una invasión de pueblos turánicos que hoy representan los vascos, anterior a la de los iberos. Y aún no falta quien niega la existencia de la raza ibera, entendiendo por iberos los celtas ribereños al Ebro [1], y es notable que ya Lucio Marineo Sículo supusièra a los vascos restos de un pueblo anterior a los iberos en la Península.

Es más: hasta han podido abrigar algunos duda de que los actuales vascos o euscaldunes sean los antiguos vascones. Du Mège alude como prueba de la negativa que el nombre de euscaldunes no se oye hasta el siglo XVI. Cabe reducir las voces *vascon* y *euskaldun* a un común origen. Mr. D'Avezac [2] opina, siguiendo a Hervás, que *Vascón* es contracción de *Uaskaldon* por *Euskaldun,* pero nada autoriza a suponer el cambio de *Va* en *Eu.* No deja de ser notable, como ya el padre Moret lo observaba, la persistencia de los romanos en escribir Vascon y Vasconia con V. Mr. Duvoisin [3] niega todo acorde entre *eusc* y *vasc,* mientras Mr. Thierry [4] opina lo contrario. Que los romanos leían *uascón* y no *bascón* es indudable si nos fijamos en el modo como Strabón escribe este nombre οὐάσκωνες. Respecto a la etimología tan aceptada de que *vasco* es contracción de *baso-ko,* "montañés", debo notar que el sufijo *ko* no expresa lo patronímico y que en caso sería *basotarr* o *basatarr,* no *basoco.*

Algunos han supuesto al pueblo vasco resultado de

1 M. Lemière, entre otros, y un autor francés, cónsul que fué en Santander, de quien leí una obra destinada a probar esa tesis.
2 *Encyclopedie nouvelle,* article "Basque".
3 *Atigüedades ibéricas.* Cuestiones de numismática, de historia y de filología. En la *Revista Euskara,* núm. 27.
4 (Falta cita.)

la amalgama de otros dos, los vascos y los euscaldunes, y algo de esto parece vislumbrarse en Traggia.

El resultado de este somero análisis es que el iberismo de los vascos, sostenido por Humboldt e iniciada la reacción en contra por Zobel de Zangroniz, no reposa sobre sólidas bases, y que es tan aventurado afirmar como negar porque el problema no está aún planteado.

Voy a penetrar en el examen del segundo problema, el del origen étnico del pueblo vasco.

Aquí las opiniones se dividen y subdividen, la confusión reina y la novedad destrona a la solidez. Pretender clasificar opiniones que no obedecen a plan fijo y científico es pretender lo imposible, y sólo puedo ir recorriendo las distintas opiniones en un orden arbitrario.

Búscanse analogías entre el eusquera y otros idiomas, y de tales analogías se deduce sin ulterior examen el parentesco de los pueblos que hablan distintos idiomas.

En el eusquera como en todo organismo hay que distinguir materia y forma; lo uno es lo objetivo, lo sensible; lo otro, lo subjetivo; la materia representa el fenómeno; la forma es el noúmeno; pero en el idioma distinguimos materia informada en un primer grado, y en que la forma y la materia se han soldado estrechamente, léxico y forma, forma que el espíritu puede abstraer, es decir, gramática.

Toda comparación debe aprovechar materia y forma, a riesgo de quedar deficiente e inválida.

Cuando llegue a la parte metodológica indicaré algo acerca del valor que en esta investigación puede darse a la teoría evolucionista que explica las diferentes fases morfológicas en los idiomas como momentos de un desarrollo único, de un suceder constante, pero aunque de paso no dejaré de notar que toda hipóte-

sis que se levanta sobre los fenómenos y quiere hallar la condición del proceso, no tiene sino valor lógico, es tan sólo condición subjetiva para la mejor explicación de los hechos, y claudica desde el momento en que pasa del orden trascendental al empírico, y harto a las claras lo evidencian los esfuerzos titánicos de Schleicher, que, al querer hacer objetiva una ley lógica del conocer, cayó en las dificultades mayores, achaque común a la escuela hegeliana, que buscó fuera del sujeto y del objeto, fuera del ideante y el ideado, en la idea lo absoluto incondicionado. Pero como se trata de ciencia, que es subjetiva, deberá en el problema que me ocupa actualmente aprovechar la hipótesis evolucionista y, franqueando los límites que se quieren trazar entre unos idiomas y otros, compararlos en su desarollo. Pero tal trabajo exige como condición previa y necesaria reducir ambos términos de la comparación a condiciones análogas, y entonces nos hallamos con que compararíamos un idioma actual y empíricamente aglutinante como es el eusquera con una supuesta forma aglutinante de los idiomas aryos, por ejemplo, esto es, un término real con otro trascendental.

Este es el error de los que han pretendido hacer entrar el idioma vasco entre los aryos. Prescindiendo de Agustín Chaho (1), que pretendía ser el primero en haber señalado las relaciones supuestas entre el eusquera y el sánscrito, al cual llama unas veces euscara indostánico; otras, erdara; otras, celtibérico del Oriente, dialecto de los tártaros y mil otros despropósitos, y cuyas doctrinas merecen poca fe por proceder más de un poeta que de un hombre de ciencia, y prescin-

---

[1] *Histoire primitive des Euskariens-Basques, langus, poésie, moeurs, et caractères de ce peuple. Introduction à son histoire ancienne et moderne*, por Augustín Chaho, 1847. Y su *Lettre à Mr. Xavier Raymond sur les analogies qui existent entre la langue bosque et le sanscrit.* Paris, 1836.

diendo del sabio Humboldt, que en su carta a Wolf [1] decía descubrir cada día más analogías entre el vascuence y el griego, analogías que a pesar de mis esfuerzos no he logrado vislumbrar, esta opinión ha sido reciente y brillantemente sostenida por el docto y reverendo padre Fidel Fita y Colomé en su discurso de recepción en la Academia de la Historia, *El Gerundense y la España primitiva* [2], y opinión seguida, entre otros, por el señor Fernández Guerra, como puede verse en *El libro de Santoña.*

No puedo detenerme todo cuanto deseo y es de desear en el examen de las pruebas y hechos alegados por el padre Fita en apoyo de su tesis. Sin embargo, como la argumentación de éste se reduce a poco, a poco puede reducirse una crítica de ella. De pasada tan sólo establece el padre Fita algunas analogías entre voces sánscritas y en general aryas y voces euscáricas, muchas de ellas, como *zakurr, yelá, jario, gau, erdi,* de segunda formación y que tienen su origen en raíces vascongadas y cuya comparación carece, por tanto, de valor. Y no creo puedan satisfacer tales analogías a todo euscarista que las examine a la luz de la fonología.

Se ha pretendido ver idiomas aryos en todas partes; el etrusco que otros han querido hacer turánico, el licio; qué sé yo cuantos más, y la ilusión ha sido bien advertida, procede del exclusivismo que reina en nuestras escuelas y entre nuestros lingüistas, en la hegemonía aryana. Tantas voces como el padre Fita, docto conocedor de los idiomas aryos, ha hallado comunes al vascuence y al sánscrito, hallaría un sinólogo entre el mismo vascuence y el chino. "Si no conociéramos el vasco más que por algunas ins-

1 Datada el 12 de diciembre de 1801. Véase *Wilhelm von Humboldts gesammelten werken.* Berlín, 1841-46. T. V, pág. 240, carta LXII.

2 Leído el 6 de julio de 1879.

cripciones, estoy persuadido que nuestros sabios aryomaníacos relacionarían este idioma con la familia de nuestras lenguas." Esto escribía Sayce, haciéndolo seguir de un donoso epigrama.

Pero el nervio de la argumentación del padre Fita está en otra parte. Ya el abate Hervás, el padre Henao antes que él y otros habían llevado su atención a la Iberia oriental, y buscado allí reminiscencias euscáricas. Hervás excluyó toda analogía entre el georgiano y el eusquera "extraviado por autores o profesores de armenio que no debían haberle merecido entera confianza", dice Fita. Hervás había dicho que hay más distancia del vascuence a las lenguas georgianas que del latín al hebreo, y el padre Fita, después de llamar a esta opinión lunar en la obra del sabio jesuíta, emprende la comparación morfológica entre el vascuence y el georgiano. Nos habla del "artificio turánico fundamental" del eusquera, y no acabo de entender lo de turánico, que aquí se aplica a un idioma que se supone aryo. Cuantas analogías busca entre el georgiano y el vascuence sólo indican análogo grado en el desarrollo, y de seguir tal método tanto valdría formar un grupo *natural* con todos los idiomas aglutinantes. Y otra causa inducente a error es que lo que sólo indica influencia de los idiomas aryos sobre el eusquera se toma como prueba de parentesco [1].

Acerca de los nombres geográficos de la Iberia Oriental y de su relación con los de las Provincias Vascongadas ha disertado largamente don Aureliano Fernández Guerra en el *Bolětín de la Sociedad Geográfica de Madrid* (tomo IV, pág. 99), pero esto cuando más sólo probaría estancia de los euscaldunes en aquella región.

La misma ilusión de tomar lo parcial por lo total,

1 V. Apéndice I.

la forma por el compuesto, de concluir parentesco de lo que sólo expresa grado análogo en el desarrollo, ha producido hoy la opinión más autorizada y realmente la menos inverosímil del origen turánico o ugro tartárico del eusquera. Entre sus defensores figura el eximio lingüista príncipe Luis Luciano Bonaparte, en su obra *Langue basque et langues finoises;* Mr. Charencey en la suya titulada *La langue basque et les idiomes de l'Oural*, opinión que ha sido por muchos aceptaba bajo la bien ponderada autoridad de estos euscaristas. Ya antes que ellos la había indicado el doctísimo Mr. Antoine d'Abbadie [1] en 1836; parece inclinarse a ella Mr. W. J. Van Eys [2]; la siguen cuasi todos los lingüistas hoy [3].

Ahora bien, tan autorizada opinión reposa sobre una pura ilusión; tanto valdría hacer un grupo de los idiomas aglutinantes, lo cual no dejaría de ser análogo a si un naturalista pretendiera dar valor total a la clasificación sistemática que Linneo hizo en botánica.

Si bien se examinan las pruebas que alegan se reducen a analogías gramaticales en la formación del verbo y de las palabras compuestas y en la mal llamada declinación. Allí se nos habla de genitivo, de supino y de tantas cosas más que no alcanzo a entender y mucho menos comprender qué sentido tengan tratándose de idiomas aglutinantes. Y aparte esto, algún hecho aislado y sin valor. Bien advertía Humboldt la ilusión al indicar que lo que se ha querido hacer señal de parentesco entre los idiomas polisin-

---

1 *Etudes grammaticales sur la langue euskarienne,* de d'Abbadie y Chaho.

2 *Dictionnaire Basque-français.* Amsterdam, 1873.

3 M. A. H. Sayce. *Principes de Philologie comparée.* Traduction de Ernesto Jovy (París). Christian Téofilo Arndt. *Ueber den Ursprung und die verschiedenartiger Verwandschaft der Europäischen Sprochen.* Frankfurt am Main, 1818. Rask. *Ueber d. Alter und die Eisfeit der Zend Sprache.* Berlín, 1826.

téticos americanos y el eusquera sólo indica un grado de desarrollo análogo.

Y ahora pregunto: ¿qué se entiende por grupo turánico? La respuesta no es fácil, pues mientras para los unos designa los idiomas que no son aryos ni semíticos, para los otros es sinónimo de altaico en geografía, y para los más, de aglutinante en lingüística.

La hipótesis reposa sobre una ilusión, pero aun así y todo es la más fuerte y la que con mayores razones ha reunido mayor número de partidarios.

Es a la verdad notable la analogía en la formación del verbo, notable la analogía entre los pronombres personales, aunque ésta puede extenderse, y lo ha hecho el padre Fita, a los idiomas aryos. Hasta hoy la hipótesis del turanismo de los vascos carece de base sólida; en el fondo de las pruebas aducidas en su apoyo late el sofisma del paso del orden lógico al real. Acaso esta hipótesis se vaya fortificando y adquirieno más valor, a lo cual podría contribuir un estudio comparativo del vascuence y el acadiano, y no por el método exclusivista que aconseja Sayce, de compararse la gramática, y luego los numerales y los pronombres como lazo de unión entre la gramática y el léxico. Este último ha sido abandonado y nadie ha emprendido, que yo sepa, la comparación lexicológica, único modo de dar valor a la morfológica.

¿Y qué diré de los que quieren hacer semita al pueblo vasco? No quiero hablar de aquella desdichada intentona, iniciada por un carmelita descalzo y patrocinada por Mr. Lécluse en su *Grammaire basque*. de reducir el texto fenicio del *Poenulus*, de Plauto, a la lengua vascongada, pues no sé qué analogías buscan entre un idioma cuasi desconocido, el púnico, y el eusquera, aunque de tales analogías nos hable Mr. D. J. Garat[1], La Bastide[2] y d'Iharce de Bi-

1 *Origine des basques de France et d'Espagne.* París, 1869.
2 *Dissertation sur les basques.* Paris, 1876.

dassouet[1]; escritores poco fidedignos hablan de tal parentesco, y entre sus incoherencias y despropósitos nos habla Chaho de la opinión que él llama de los biblistas, que quiere ver huellas del vascuence en la Biblia, y en esto le siguieron Darrigol[2] y monsieur Francisque Michel[3]. Las pruebas que quieren hacer valer en apoyo de tal disparate son, en resumen, las mismas de Erro, en su fantástica obra *El mundo primitivo,* y ni merecen examen. Y si a analogías morfológicas, que últimamente se han querido alegarnos atuviéramos, resultaría el eusquera lengua ugrotartárica y semítica a la vez. El famoso misionero inglés en nuestra España y no menos famoso gitanista Borrow se entregó a infructuosas comparaciones entre el vascuence y las lenguas semíticas.

El inmortal Leibnitz, en carta a Mr. Mathurin Veyssière de la Croze, indicaba su deseo de hallar analogías entre el eusquera y los idiomas africanos[4], opinión que recuerdo haber leído confirmada matemáticamente por Young.

No he podido haber a las manos la obra en que Young prueba tal cosa matemáticamente y suspendo todo juicio. Es ésta opinión seguida por Eickhoff[5] y el señor Tubino[6], pero no ha adquirido arraigo

---

1 *Histoire des Cantabres ou de premiers colons de toute l'Europe,* etc. t. I y el único que ha aparecido.

2 *Dissertation critique et apologetique ser la langue basque, par un eclesiastique du diocèse de Bayonne.* Bayonne, s. a. Se llevó el premio Volney.

3 *Le pays basque, sa population, sa langue, ses moeurs, sa litterature et su musique,* por Francisque Michel, etc. Paris, 1857.

4 *Si il y avait beaucoup des mots basques dans le Cophthe, cela confirmeroit une conjecure que j'ai touché; que l'ancien Espagnol et Aquitanique, pouvait être venu d'Afrique. Vous m'obligeres, monsieur, en me marquant un nombre de ces mots cophtho-basques.* Gothofredi Ghihelmi Leibnitii. *Opera omnia,* etc., estudio Ludovici Duteno. Genevae, 1768, tomo 5.º, parte XXI, continens opera philologica.

5 (Falta.)

6 (Falta.)

Peregrina es la opinión de Du Mège[1] y de D. J. A. C., el cura de Montuenga, a quienes contestó Astarloa. Mr. Du Mège hace a los vascos restos supervivientes de alguna de las tribus bárbaras que invadieron el imperio romano, o bien de aquellas otras a las que en tiempo de Honorio se confió la guardia de la entrada de los Pirineos. Cuantos vocablos romances pretendieron traer de origen euscárico Larramendi, Oihenart o Astarloa, quiere Du Mège sean románicos en su origen y pasados al vascuence, en lo cual le ha seguido Mr. Bladé con manifiesta pasión. No fué grande la dificultad que Chaho tuvo que hallar en combatir tan infundadas y absurdas opiniones. Y es que hoy se acentúa mucho la tendencia de hacer del vascuence un terreno de acarreo formado con diversos y extraños elementos, principalmente latinos y provenzales, y por servir a este prejuicio se establecen etimologías tan absurdas como las que en contrario sentido fantasearon nuestros euscaristas.

Pero la opinión más infundada y caprichosa es la de los que han querido ver en los euscaldunes celtas. A franceses, con la lijereza que les caracteriza, se les ha ocurrido, viendo en su patria dos tan peregrinos idiomas como el bretón y el vasco, declarar sin más su parentesco. ¿Qué fe nos ha de merecer monsieur Pezron, tan exagerado por las cosas de los celtas como nuestro Larramendi por la de los vascos? A creer a Mr. Pezron, los vascos son una tribu céltica. Ni ¿quién tomará por lo serio aquella fábula que nos cuenta Mr. Bruzen de la Martinière en su *Grand dictionnaire geographique* y que tenía la desfachatez de asegurar haber oido entenderse a un galés y un vizcaíno hablando cada cual en su idioma, cuando ni los españoles y los portugueses nos enten-

---

1 (Falta.)

demos de palabra? Con cuánta razón escribía Chaho hablando de la enciclopedia que patrocinó tal absurdo: "Gracias a la Enciclopedia y a sus largos artículos, quedará poco que decir acerca del arte, sin duda útil, de bien herrar los caballos; pero la clasificación de los pueblos según sus idiomas, y sus verdaderos orígenes, era un trabajo reservado a la ciencia del siglo XIX." Tales fábulas corren parejas con aquella que nos cuenta Mayans de que *había oído decir* que el cardenal Salerno hacía que le hablaran vascuence y daba la significación de muchas palabras por el conocimiento que tenía de algunas lenguas orientales.

No es menester que Jaime Macpherson [1], que José de la Scala (Scalígero) [2] ni que Camuel Bochart [3] rechazaran tal doctrina, que tiene, sin embargo, sus partidarios, entre ellos Bullet [4], Lhuyd [5], el doctor Murray [6], que otra vez le llama dialecto tártaro [7].

El afán por lo nuevo y original ha llevado a monsieur W. Betarn hasta suponer identidad entre el eusquera y el etrusco en su obra *De l'identité de l'etrusque et du basque*. Todo el mundo sabe que el etrusco ha sido ocasión de extravagancias tan grandes como las que se han dicho sobre el celta y el eusquera, pero los últimos trabajos de Corssen parece abren el camino a nuevos derroteros.

De ningún favor goza la caprichosa opinión de Mr. Alfred Maury de hacer el vascuence un anillo

---

1 *Introducción a la historia de Inglaterra e Irlanda.*

2 *Due sunt in Regno Franciae quae nullam cognationem neque inter se neque cum romanensi habent, Armoricus, Britonismus, et Cantabrica dialectis, quam Basculorum linguam vocant. Diatriba de hodiernis francorum linguis.* En los *Opuscula*, Parisiis, MDCX, apud Hadrianum Beys, pág. 126.

3 Samuelis Bocharti. *Geographia sacra*, etc., edit. IV, Lugduni Batavorum, anno MDCCVII.

4 *Memoires sur la langue celtique*, t. I, pág. 19, 27.

5 *Archaelogia Britannica.*

6 *History of the European Languages*, vol. I, pág. 158. Citado por M. Fr. Michel.

7 *The Zinkalis*, London, t. I, pág. 360, nota.

entre los idiomas americanos y los ugro-tartáricos, y es fácil ver de dónde procede tal tesis.

Las locuras de La Bastide, d'Iharce de Bidassouet y Chaho no merecen detenernos. Este, poeta más que filósofo, enamorado de lo fantástico y nublado, segundo Macpherson, que atribuía a los supuestos bardos vascongados lo que aquél a Ossian, a vuelta de haber declarado que el "origen de las tribus euscáricas debe colocarse en los misterios de las creaciones genesíacas y en el seno de Dios", y de llamar al vascuence lengua de los sabios, le relaciona con todos los idiomas conocidos, y mucho extraña que no también con los desconocidos, y entre sus incoherencias recuerda la Atlántida de Platón, que debía entusiasmarle al buen Chaho. Y a todo esto encabeza el capítulo XIII de su obra *Del verdadero origen de los vascos,* para después no sacarnos de dudas.

He terminado esta rapidísima reseña crítica, y heme aquí al principio de mis investigaciones.

Los más prudentes, los que no han querido entrar en el campo inmenso de las conjeturas inacabables, se han limitado, como el señor García Ayuso [1], a considerar el vascuence irreductible hasta hoy, a "que no presenta afinidad real o conocida con familia alguna", como declara el doctísimo Schleicher, que la llama lengua única, sin hermanas, lo cual ya es adelantarse demasiado, así como es mucho aventurarse llegar hasta llamarla enigmática y decir que parece ser la sola lengua aborígene o primitivamente nacida en Europa, y como es demasiado llegar con Whitney a afirmar que sea *acaso* el último testigo de una civilización del Oeste de Europa, destruída por invasores de raza indoeuropea [2].

Después de tanto investigar, nos hallamos con que

---

1 *El estudio de la filología en su relación con el sánscrito.*
2 *La vie du language,* cap. XII, pág. 212 de la edición francesa.

nada o cuasi nada se sabe, volvemos a encontrarnos en el punto de partida, sin haber adelantado mucho.

La causa de la deficiencia es la falta de método, que bien decía Schleicher: "fuera del método, no hay salvación". Da desaliento leer obras tan vacías y atrasadas como la que en estilo geométrico nos ha ofrecido Mr. Baudrimont [1]; y eso sin contar con otras como la del difunto don Joaquín Irizar y Moya [2].

Una causa gravísima de error, fuente de contradicciones e inexactitudes, es la ligereza en pronunciar dictamen sin haber estudiado bien el asunto. Nada ha dañado más a los estudios euscáricos que la ingerencia en ellos de escritores que sólo conocen el eusquera de referencia, y la multitud de trabajos de segunda mano, verdadera plaga de todo estudio y rémora para todo progreso.

Pero el error fundamental, la causa de la invalidez y disparidad de opiniones estriba en la falta de método, y es lo urgente fijarle.

Entro en la segunda parte de este ligero estudio crítico, en la cuestión metodológica.

Proceder con método vale tanto como acercarse a la verdad. No es ésta ocasión de examinar el problema general filológico, que de buena gana lo haría, si las condiciones de este breve trabajo me lo permitieran.

¿Cómo debe plantearse el problema? Todo idioma es un organismo y un organismo que pasa en su desarrollo por tres momentos o fases, que los lingüistas llaman monosilabismo, aglutinación y flexión. Es cuestión insoluble si debe a esta doctrina del desenvolvi-

---

1 (Falta.)
2 (Falta.)

miento darse valor objetivo y real o puramente subjetivo y lógico. pero siempre será verdad que debe aprovecharse en la ciencia.

Para comparar los idiomas que se hablan en diferente grado de desarrollo, es evidente que es menester reducir ambos términos a condiciones análogas para que el estudio dé fruto.

La cuestión o problema de hacer entrar el eusquera en cualquiera de los grupos hoy incompletamente fijados por los filólogos me parece problema cuasi vano y de resultados poco seguros. Varía la cuestión si se trata no de hacerle ingresar en un grupo preestablecido, sino de asignarle lugar, de fijar su relación a los demás. Y, por otra parte, tal trabajo sólo dará fruto el día que se haga una clasificación natural y completa a la vez que científica, y daña no poco a la ciencia el deseo justificado, pero prematuro e imprudente, de dar unidad a todos los idiomas, pues buscando lo uno es como las ciencias olvidan lo múltiple, y corriendo tras la forma abandonan el estudio de la materia.

Es indudable que si todo estudio, emprendido con fines comparativos, del idioma vasco ha de adquirir valor precisa volver lógicamente a desandar lo que el eusquera ha andado orgánica y realmente; precisa nos remontemos a una forma, hipotética siempre, que represente este idioma antes de su total diferenciación. Si en una comparación de formas distintas se trata de buscar la unidad o la común procedencia de ambas, es errado método eliminar lógicamente las diferencias y fijarse sólo en las analogías. Si tal comparación ha de dar fruto, es de necesidad científica reducir las diferencias a la unidad, mostrar todo el proceso de diferenciación.

Esta clara consideración indica el camino que debe seguirse para plantear sobre inquebrantables bases el problema que me ocupa, y todos los a él semejantes.

Los antiguos euscaristas, artistas más que hombres de ciencia, se limitaban a tomar el idioma vascongado tal como le hallaban y comparar sus palabras a las veces de segunda o tercera formación con vocablos de otros idiomas, y todo sin más ley que la del sonsonete. Dada la época, nada hemos de extrañar procedieran así Larramendi, Astarloa, Moguel y demás de su manera; pero admira que tales sigan siendo las etimologías de algunos escritores que parece increíble vivan en el siglo de la Filología.

Larramendi hacía hablar a quien conociera la lengua con la cual quería comparar el vascuence, y así dió por seguro que nada tiene de común con los idiomas del Líbano, sin más prueba de una experiencia que hizo en Palencia con unos sacerdotes maronitas, y nada tampoco de común con el armenio, por otra que con un religioso de aquel país llevó a cabo en Loyola; experiencias que dice le confirmaron en su creencia de que el eusquera es lengua matriz.

Hoy necesitamos método, y método riguroso.

Por desgracia, no poseemos monumentos escritos en vascuence cuya autenticidad sea probada y cuya antigüedad suficiente para servir de base a este estudio. Es un idioma que en su desenvolvimiento orgánico no ha dejado huella alguna de su paso; nos es imposible sorprender ninguno de sus estados. Si hemos de remontarnos a su primitiva e hipotética forma, ha de ser sacando el pasado del presente, su suceder de su actual estado, y es éste trabajo erizado de dificultades, y de muy delicada labor.

Los idiomas se desenvuelven y cambian obedeciendo a leyes fonéticas, y van determinándose como varios dentro de su unidad por las diferencias dialectales. De aquí deriva como consecuencia lógica la necesidad de un estudio detenido y serio de la eufonía euscárica y de sus diferencias dialectales.

La eufonía euscárica puede decirse que está por

formarse, y muchos escritores que han especulado acerca de este idioma muestran completo desconocimiento de sus más elementales rudimentos. De conocer a fondo la eufonía euscárica, no hubiera el padre Fita buscado analogía entre el sánscrito *çala,* la rana, y el euscárico *yelá,* pues este último, pasando por la forma intermedia *ihelá,* es tan sólo variante eufónica de *igelá,* ni hubiera comparado *jario,* fluir, al sánscrito *jharī,* pues *jario* es vocablo de segunda formación, como contracción de *igarigo.*

Nunca insistiré bastante en la importancia del estudio fonético, y loa merece el señor Campión por haberlo emprendido. Es trabajo que si se le funda sobre bases seguras, puede conducirnos a precisos resultados. Yo tengo reunidos abundantes materiales, y aun determinadas importantes leyes fonéticas. Y no basta estudiar la eufonía puramente interna del eusquera, es decir, las leyes fonéticas que rigen sus variaciones dialectales, precisa estudiar también la que permítase llame eufonía interno-externa, o sea las condiciones fonéticas bajo las cuales pasa un vocablo de origen alienígena a enriquecer el léxico euscárico.

El estudio de las variaciones dialectales es de una importancia que salta a la vista y no necesito encarecerla. No hay acaso medio más seguro de llegar a la unidad primitiva y homogénea del organismo lingüístico que la reducción a sistema de las variaciones dialectales, aunque es trabajo que presenta grandes trabas. El mismo señor Campión, que tan científica dirección va dando a estos estudios, ha trabajado algo sobre este punto.

Después de estos dos e importantes trabajos, se nos ofrece el trabajo de purificación del material, de identificación del léxico, pues precisa separar lo incoherente, eliminar el elemento pegadizo y de acarreo y determinar el puro elemento euscárico. Este trabajo exige el conocimiento fonético. Sobre él hay un es-

tudio de Philips *(Ueber das lateinisch und romanisch Element in der baskischen Sprache),* y Mr. Bladé, en sus *Etudes sur l'origine des peuples basques,* y Mr. Cénac Moncaut han hecho sobre ello algún lijero ensayo; pero bien puede decirse que un trabajo completo está por hacer.

Torcida por la pasión y desatinada era la manía de nuestros Larramendi, Astarloa o Moguel de sacar tantísimas palabras castellanas del vascuence, pero no es menos censurable la no menos extraña de monsieur Bladé en sentido inverso, y en este caso sí que el adagio de que en el medio está la virtud halla valor empírico. ¿De dónde saca Mr. Bladé absurdos como el de descomponer el vocablo euscárico *alorr,* campo de siembra, en el artículo arábigog *al,* y *orr* representando el latín *hort, hortus, i?* ¿No es ridículo pretender emparentar el euscárico *izerdi,* sudor, con el latín *sordes?* A tal extremo llevan las exageraciones. Recuerdo que Moguel pretendía derivar el vocablo latino *aquileus,* el aguijón, del euscárico *akullu,* sin más razón que el resistirse a creer que los vascongados no conocieran de antiguo tal utensilio. Pues yo me resisto a creer no lo conocieran los romanos, y sáquese la consecuencia.

Es indudable y claro a todas luces que en el vascuence actual hay elemento latino y romance en número mucho mayor de lo que creen porque lo desean los vascongados, y en más de una cuarentena de voces, con perdón sea dicho de Mr. Cénac Moncaut, aunque también exagera Sayce al decir que más de la mitad del léxico euscárico es de origen alienígena. Ni tanto ni tan calvo, se puede decir aquí. ¿Y cómo no? ¿Es posible, acaso, guardara inmaculada su virginidad el eusquera entre tantos y tales embates, movimiento de pueblos, y flujo y reflujo de tan diversa suerte de gentes? ¿Y se ha visto alguna vez todavía que un pueblo deje de tomar vocablos de otro de

superior cultura con el cual se pone en contacto? Cuasi todas las palabras que en vascuence indican ideas religiosas o del culto divino, muchos abstractos y no pocas de técnica industrial son de origen latino. Aunque a muchos extrañe, y aun a riesgo de atraerme las censuras de los osados neologistas modernos vascongados, como la verdad puede más que la razón (ἡ ἀλεθηία ἰσχύει πλεῖον το λογον), no dejaré de señalar que en vascuence no tenemos palabra propia para expresar el castellano *cosa*, sino *gauza*, evidente derivado del latín *causa;* ni color, ni árbol, ni nada, en fin, que se levante sobre la especie y toque en la expresión del género.

No creo, sin embargo, en la supuesta influencia de los idiomas germánicos sobre el vascuence, ni mucho menos que haya en éste vocablos germánicos introducidos en la época de la dominación de los visigodos, como pretende Mr. Michel (pág. 15), entre otras razones, porque ni los visigodos es verosímil hablaran lenguaje gótico cuando arribaron a España, ni el idioma gótico ha influído en los romances de la Península, cuanto menos èn el vascuence, pues sabido es que apenas existieron relaciones entre vascongados y visigodos hasta los días de Wamba. Respecto a la influencia anterománica en el vascuence, ya sea púnica, ya sea céltica o ibérica, caso de que los vascos no sean restos de éstos, creo que poco se puede decir y que es cuestión, de puro oscura, tenebrosa.

Tengo bastante trabajado sobre esto de la influencia extraña, y se llega a curiosas consecuencias acerca de la cultura del pueblo vascongado, y de sus tan decantados aislamiento y pureza, que tanto entusiasman a nuestros escritores.

Aun llevados a cabo los trabajos preparatorios o propedéuticos del estudio fonético y el decante de extraños elementos, queda otro importantísimo y de gran importancia.

Antes de comparar este fondo resultante, es menester identificarlo, reducir el conocimiento vulgar que de él tenemos a conocimiento científico, y éste no es más que una síntesis de un análisis. Precisa, por lo tanto, analizar el eusquera en sus elementos, para luego sintetizarlos lógicamente, es decir, reducir a númena la unidad fenoménica. Antes de comparar el idioma vasco a otros, es menester compararle a sí mismo. Quiero decir que a la claridad de las leyes fonéticas debe procurarse reducirle a sus raíces primitivas, a poder ser, a su estado monosilábico; conocerlo, no simplemente anatómica y fisiológicamente en sus elementos y en sus funciones, sino también biológicamente, en su desarrollo. Tras este estudio se verán desaparecer como por encanto muchas supuestas etimologías. Son hechos de fonética euscárica la pérdida de la *g* entre dos vocales, pasando por la aspiración *(h)* y la reducción del diptongo *ei* al sonido simple *i,* y fundado en estos dos solos hechos voy por vía de ejemplo a hacer desaparecer la ilusión de una supuesta analogía. Al palo o bastón llamamos en eusquera *makille* o *makill,* y en hebreo עקל (maqqel) es báculo, hecho alegado por los partidarios del origen semítico del eusquera. Ahora bien, identificada la voz *makille,* resulta, según leyes fonéticas, que es contracción de *makehille* por *makegille,* compuesto en que se ve el derivativo euscárico *egille,* que indica el actor o agente, y la raíz *mak* o *maka,* verbo *makatu,* golpear, machucar, que vemos en el francés *macquer,* golpear el cáñamo; provenzal *macar, machar,* golpear, magullar; catalán *macar;* italiano *macare,* que proceden de una raíz *mac,* golpear, que recuerda el *mactare* latino, según Grandgegnege, y el griego μαχη, aunque Littré da esta raíz como de origen incierto. Y para que se juzgue lo incierto e hipotético de estas indagaciones, la misma voz *makille* se ha querido derivar del latín *baculum,* y la verdad es que el cambio de *b* en

*m* (del castellano *bocado, mokado)* es un hecho, y un hecho también el paso de *u* a *i*.

Laudable recuerdo merece el animoso Astarloa por haber sido el iniciador de estos trabajos, y si su extraña teoría de las letras significativas, aplicada ya antes por Davies al celta, y aceptada por Owen en su diccionario, y renovada por lo que al hebreo respecta en nuestros días por un conocido hebraizante español, tiene mucho de fantástica y arbitraria, no deja de presentar vislumbres de ingenio científico. Yo he admirado y admiraré siempre a Astarloa, que juzgo el más docto euscarista de entre los nuestros y el de más profundas cuanto elevadas miras; pero bien se vió en su discípulo Erro a dónde llevaban tales despropósitos, que gustan y encantan, es verdad, como encanta y gusta todo lo que tiene sabor poético y habla a la imaginación, pero que ni satisface a la inteligencia, ni comprendo cómo hay gentes que parece han saludado los estudios filológicos que repiten entusiasmadas las mismas fantasías que el antiguo Astarloa. Cuanto hay de arbitrario en teoría tan mecánica y caprichosa no debo encarecerlo, y no sé quién tome por lo serio eso de que la *i* indique cosa aguda, no sé si porque su figura en lo escrito lo es o por ser entre las vocales el sonido más agudo, y la *o* exprese la redondez, y demás salidas de tono.

Todos los filólogos convienen en que podemos comparar raíces, no derivados, y aún no hemos llegado a las raíces vascongadas. No creo, como Sayce enseña, que para llegar a la raíz primitiva hayamos menester del lenguaje escrito, y que las formas a que nos conduce la comparación de los dialectos vivos son relativamente modernas; y aun cuando así fuera tendríamos que contentarnos con formas relativamente modernas.

Como resultado de este examen metodológico, podemos presentar la causa fundamental de todo error

en este problema, y es que queremos comparar el eusquera, estudiarle por fuera, sin haberle estudiado aún bastante por dentro. Ni es que yo pretenda cerrar la puerta a toda comparación y que, encerrándonos en el eusquera, lo desarrollemos inmanentemente, y permítaseme la expresión, no. Por seguir tan errado método creo que erraron nuestros, por otra parte, sutiles euscaristas. Creo que el lingüista debe conocer, por lo menos morfológicamente cuantos más idiomas mejor, y que en este estudio debe aplicarse al eusquera a la luz que arrojan leyes descubiertas en otros idiomas, que se le deben comparar, pero de ninguna manera para buscar analogías o parentesco, sino para, a la luz de tal comparación, que a guisa de piedra de toque nos ayude, poner en claro muchos hechos que sin tal comprobante permanecerían en la oscuridad.

¡Lástima grande! Todo cuanto hasta hoy se ha investigado sobre el problema debe quedar reducido, por falta de método en su ordenación, a mero material para trabajos futuros que, apoyándose en sólidas bases, se alcen de nuevo a la resolución de tan curioso e interesante problema etnológico.

Debemos volver al punto de partida y comenzar de nuevo las investigaciones.

Ya que el problema étnico no ha podido, por falta de base científica y de seguro método, obtener solución, voy a investigar si sabemos algo más de la primitiva cultura del pueblo vasco, independientemente de los orígenes de ésta.

Cuando un pueblo carece de tradiciones y leyendas, no falta quien las invente, para luego atribuírselas al pueblo; y esto ha sucedido en el país vasco. ¿Quién, si no la imaginación fogosa de Agustín Chaho, y no la de los bardos euscarianos, como él decía, ha poblado el Pirineo de hadas, peris y demás seres fantásticos? Chaho fué el que inventó aquella fábula, a la

verdad bellísima, de la Maitagarri y Luzaide, que nos narra con tal riqueza de colorido; él fué el que inventó aquello de que los vascos, herederos de la civilización de los iberos, veían en el fuego central del globo el principio creador y el agente renovador de la tierra; él inventó la Soughe, fuego o serpiente, que decían llaman aún los vascos Loheren, primero-último, y esto solo para explicar el dios Leherenus de las antiguos novempopulanios; él inventó aquello de que los "adivinos euscarianos" habían descubierto la cifra de las imponentes renovaciones del globo en sus relaciones con la rotación diurna del sol; de la imaginación poética del autor de la leyenda Aitor salió aquello del Leheren-Soughe, que "dormía, envuelto en sí mismo, en el lago interior, el estanque de fuego; su respiración profunda hacía mugir los ecos del Infierno; el nuevo mundo que le servía de envoltura parecía pronto a romperse a los movimientos convulsivos que agitaban al monstruo durante su letargo"; él discurrió aquello de que la historia de los bárbaros, que no sé qué historia será, llama a los vascos los hijos del Sol y del cordero, y tantas otras cosas más de las que sólo una ha arraigado, y con tal suerte, que es hoy lugar común entre escritores vascongados. Me refiero a aquella su invención de que los vascos reconocen por su patriarca al sublime Aitor, el primer nacido de los videntes, y debe advertirse que hasta que nos la contó Chaho no se conocía tal novedad, que debió indudablemente sacarla de unas expresiones que se hallan en los *Proverbios* y en la *Notitia* de Oihenart y que de ninguna manera autorizan semejante, antes la excluyen. Oihenart cita las expresiones "aitoren semiá" y "aitoren alabá", traduciéndolas hidalgo e hidalga, y el buen Chaho tomando aitor como nombre propio echó a volar su hoy tan favorecida invención [1].

---

1 ... *hidalgo quarrs inter Hispanos vir nobilis designatur: nam quis non videt in nominis. Vasconicae vocis aitoren seme (quae*

Nada me causa más admiración que Chaho condenando a Astarloa y sus continuadores al desprecio con que la ciencia europea les ha condenado.

Es inacabable el número de invenciones particulares que corren a título de creencias populares del país vasco. No sé de dónde habrá sacado el señor Rodríguez Ferrer que los vascos adoraban a Sarnausi, o sea las fuerzas naturales. Ni sabía tal nueva, ni conozco tal vocablo.

De cuanto Mr. Cénac Moncaut dice de las creencias de los primitivos vascos, nada quiero decir, porque se ha dado tal maña en confundir iberos, celtas, cántabros, celtiberos y vascones, que es imposible entenderle.

Causa fundamental de largas consecuencias erróneas y de embrolladas opiniones ha sido el haberse confundido durante mucho tiempo a los vascos con los cántabros. Esta confusión ha sido frecuentísima entre escritores vascongados y ha dado ocasión a largas polémicas. Garibay se llamaba cántabro de nación, y han tenido por cántabros a los vascones, Marineo Sículo, Florián de Ocampo, Vaseo, Ambrosio de Morales, Núñez, Aldrete, nuestro Larramendi y todos los demás euscaristas vascongados. En contra de tal confusión lidió con su pasmosa erudición el inmortal padre Flórez (*La Cantabria. Disertación sobre el sitio y extensión que tuvo en tiempo de los romanos)*, Oihenart en su *Notitia*, don Juan Antonio Llorente y algún otro, y la defendieron el padre Henao y Ozaeta y Gallaiztegui. Pero después, debido al erudito trabajo del señor Fernández Guerra ("La Cantabria". En el *Boletín de la Sociedad Geográfica*, de Madrid, tomo IV), llega el más pleno convencimiento al ánimo y se ve claro en tan debatida cuestión.

---

*patris alicuius filium denotat, quasi diceres Ait'joren seme ususpaturque ibidem apud Vascone pro viro nobili) imitationem ese.* Oihenart. Not. pág. 54, cap. XIII.

Los cántabros, cuyo nombre interpreta el señor Fernández Guerra *canta-iber*, cercanos o ribereños al Ebro, eran tribus de origen celto-dragana, cuyo territorio determina claramente y con gran copia de pruebas el señor Guerra, "desde la ría de Villaviciosa, en Asturias, hasta la de Oriñón, provincia de Santander, al Occidente de Castro Urdiales; desde las cercanías de Infiesto y Pola de Laviana hasta el puerto de los Tornos y comienzo de los montes de Ordunte; desde Lillo a muy cerca de Medina de Pomar, y desde junto a Saldaña, en Pedrosa de la Vega hasta Pedrosa del Páramo, junto a Sasamón: Pedrosa del Río Urbel, Padrones de Bureba, Terminón y Oña". Los mismos límites vuelve a señalar con pocas variantes en su obra *El libro de Santoña.* Pero debe tenerse en cuenta que en tiempo de la monarquía visigótica el nombre de Cantabria se extendió, comprendiéndose en dicha región las actuales Provincias Vascongadas, y Sancho Abarca se alzó rey de Cantabria en 905, llamándose Cantabria parte de Asturias, Santander, Provincias Vascongadas, Navarra y algo de Aragón y hasta las orillas del Pisuerga, variación de límites y extensión en la denominación que ha sido sin duda causa de error.

El territorio que hoy ocupamos los vascongados aparece en la antigüedad ocupado por los caristios, várdulos y vascones.

El empeño en hacernos cántabros viene de que quieren muchos como un honor aplicarnos cuantos rasgos de inaudita barbarie cuentan los romanos de los cántabros, y todo cuanto se cuenta de la guerra cantábrica, exornándolo por los escritores vascongados con mil detalles que dicen son legendarios, como lo referente al monte Hernio, que confunden lastimosamente con el antiguo monte Vinio. Pero consta por testimonio de A. Floro que Augusto se dirigió contra los cántabros y astures, que incomodaban con fre-

cuentes incursiones a los Vacceos, Cargonios y Aurigones, es decir, que aquí para nada entran los euscaldunes si no es como protegidos de Roma. *(Sub occasu pacata fere omnis Hispania, nisi quam Pyrenei, desinentis inhaerentem citerior alluebat oceanus. Hic, duae validissimae gentes, Cantabri et Astures, immunes imperii agitabant. Cantabrorum es pejor et altior et magis pertinax in rebellando animus fuit, qui non contenti libertatem suam defendere, proximis etiam imperitare tentabant, Vacceosque et Curgonios et Aurigones crebris incursionibus fatigabant. In hos igitur, quia vehementius agere nuntiabatur, non mandata expeditio, sed sumpta fuit.* Florus, L, IV).

Distinguidos cuidadosamente los vascos de los cántabros, pierde su valor cuanto se ha fantaseado acerca de las primitivas creencias de los euscaldunes.

Es frecuente hallar en escritores vascongados la noticia de que los antiguos euscaldunes celebraban a Jaungoicoá en las noches de plenilunio cantando y bailando delante de sus caseríos, en apoyo de lo cual han citado un texto de Estrabón que dice a la letra y malamente traducido por mí: "Algunos dicen ser los galaicos ateístas y que los celtíberos y los septentrionales a sus confines celebran en las noches del plenilunio a un dios innominado bailando y pasando en vela la noche ante las puertas con toda su familia" [1]. Como se ve, el texto es bastante oscuro y poco concreto y sobre él no puede fundarse nada. Según Hübner, ese dios innominado era Yun o Yunovis el Jove de los romanos. Y mucho menos fundado es atribuir a los euscaldunes lo que San Agustín dice

---

1 ένιοι δὲ τους χαλλαΐχους αδέους φασί τους δὲ χελτιδηρας χαι τους προσδόρους τῶν ὁμόρων άυτοῖς ἀνωνομω τινί ρεῶ (ρυειν) τδῖς πανσεληνοις νόχτωρ πρὸ τῶν πυλῶν, πανοιχίους τε χορευενι χαί παννυχιζειν

Στραδωνος. γεωγραφ,χα (cap. IV, párrafo 16).

*(De Civitate Dei*, cap. IX, libro VIII). Dice de los iberos que conocían un solo Dios, autor de lo creado, a cuyo conocimiento se elevaron por las enseñanzas de sus filósofos. La costumbre de las fogatas nocturnas estaba en uso aún en el siglo VI, puesto que el Fuero Juzgo castiga a aquellos *qui nocturna sacrificia daemonibus celebrant* (Lib. VI, Tít. II, Ley 3.ª), y algunos hacen remontar a esta costumbre la actual de las hogueras en la noche de San Juan.

El autor de *El Escudo de Vizcaya* nos dice que los vascongados adoraban la cruz antes del nacimiento de Jesús, y tomando de aquí pie se ha fantaseado todo lo que se nos dice del Lauburu o cuatro cabezas, origen supuesto del Labarum llamado cantábrico por los romanos, aunque esto no está tan destituído de todo fundamento. Y en cuanto a lo del culto a la cruz, invención de Lupián de Zapata *(Pseudo-Chronicon de Hauberto)*, fúndase en el llamado svástico cántabro, análogo al svástico índico, acerca de cuso svástico cantábrico puede verse una carta del padre Fita al señor Guerra inserta en la nota 8.ª de la *Cantabria*.

Es indudable que, aparte de estos problemáticos supuestos, pueden presentarse textos y datos, como el tesimonio de Baudemando, de que San Amando, en el siglo VI, derribó algunos ídolos en tierra de vascones [1] y que los vascones del lado del Pirineo francés adoraban a los demonios, según el biógrafo de Santa Rictrudis [2]. En primer lugar puede bien suponerse que al decir vascones no ha de entenderse los euscaldunes, porque aquella denominación es más geográ-

1 *Audivitque ab eis gentem quandam quam Vacceiam appellavit antiquitas, quae nunc vulgo nuncupatur Vasconia, nimio errore deceptam, ita ut auguriis vel omni errore deceptam, idola etiam pro Dea coloret.* (Milo in Vita Sanci Amandi; apud. Surium, *De probatis sanctorum.* Vitis, feb. V.)

2 *Cujus incolae licet illo tempore pene omnes daemoniacis essent dediti cultibus.* (V. P. Risco. *La Vasconia.)*

fica que otra cosa, y por lo menos en tiempo de Eginhardo y del poeta Sajón parece había en Navarra dos pueblos distinos, como hoy los hay, y sospecha Pellicer, aunque su autoridad no trae mucho peso, que en tiempo de Wamba se establecieron entre los vascos algunos de los que con él fueron a sujetarlos. Y aparte esto, es extraño que no queden entre nosotros ni rastros ni levísimas huellas de tales ídolos, ni siquiera recuerdo de ellos, aunque suponga el padre Henao que eran los vascos idólatras antes del cristianismo (pág. 154, Lib. I y cap. XXX).

¿Y qué hemos de pensar de aquella ocurrencia de Mr. Garat de ver en las danzas vascongadas símbolos astronómicos, representando una de ellas (el aurrescu) la revolución de la tierra alrededor del sol, oscurecido por un eclipse de luna?

Pero descartados tales elementos problemáticos y nada seguros, sólo nos queda el estudio de las radicales del idioma vascongado, como medio de llegar al conocimiento de aquella cultura, es decir, el eusquera examinado a la luz de la paleontología lingüística, "historia de los pueblos antiquísimos que no tienen otra".

Ya lo he advertido antes: el eusquera es pobrísimo en voces significativas de objetos espirituales o suprasensibles y hasta carece de términos que expresen ideas abstractas en general. Arbol en general, planta, animal, color, son voces que en vano se buscarán en el léxico puro euscárico, cuanto menos alma, inteligencia u otra análoga. Cuantas palabras hoy se emplean para designar tales ideas, que desde el cristianismo han entrado en circulación en todos los pueblos, son vocablos o de origen románico o de formación muy reciente.

Entre estos segundos presumo y creo debe entrar el nombre con que el eusquera designa al Ser supremo, Jaungoiko, interpretado "Señor de lo alto", o "Se-

ñor elevado", y no "Señor luna", que no tiene más apoyo que la dudosa noticia de usarse en el valle del Roncal la voz *goiko*, en el sentido de luna. Perdónenme mis paisanos, tan encariñados con todo lo que a derecho o a tuerto redunda en engreimiento de nuestra raza, pero no por eso dejaré de decir que considero la voz Jaungoiko como de origen reciente y acaso formada por los misioneros o introductores del cristianismo en nuestro pueblo vascongado, para llenar un vacío del idioma.

¿Cómo es posible que si los euscaldunes, desde las más remotas edades, creyeron en la existencia de un Dios haya llegado a nosotros el nombre Jaungoiko tan completo, tan intacto, sin contracción ni señal alguna de antigüedad, cuando vocablos que expresan seres más ordinarios y comunes y cuya composición es tan significativa han llegado desfiguradísimos? A mí juicio, la voz Jaungoiko y hasta la idea que envuelve llevan un carácter tal de novedad, que siempre he dudado en la antigüedad de tal vocablo [1].

Parece imposible que Michel haya querido explicar la forma Jinco, contracción de Jaungoiko, como un futuro de *jin (joan)*, venir, esto es, el que ha de venir, el Mesías. Esta será una de las reminiscencias bíblicas, sin duda! Se ha hablado mucho de los adivinos euscaldunes, se ha citado un pasaje de Lampridio, el biógrafo de Alejandro Severo, en que atribuye a su biografiado más pericia en la adivinación por el vuelo de las aves que a los Vascones y Panonios. Nada extraño tendría que los euscaldunes se hubieran dedicado a tales artes, cosa rara en su carácter, pero yo, abandonando el testimonio más o menos seguro de tales escritores, acaso porque no estoy bien con ellos, me refugio en el campo de nuestra paleontología lingüística. Esta nos muestra la voz *azti*, usada en algu-

1 Véase apéndice II.

nas localidades en el sentido de adivino, y que es contracción de *adi-ti,* del verbo *adi,* entender, es decir, el que entiende o entendido, los que tienen el don de curar, "empíricos con mucho más crédito que los doctores patentizados", escribe Michel. "El rey de los adivinos del país vasco, prosigue éste, o por lo menos el que pasa por tal, pertenece a esta categoría: es un anciano de ochenta años que habita en Saint Jean de Vieux, cerca de Saint Jean-Pied-de Porte". Por todo esto debe entenderse del país vasco francés, más influído por creencias y supersticiones extrañas, y de ninguna manera del pueblo vascongado en general.

Respecto al mal de ojos, los saludadores y otras supersticiones, como son comunes a muchos pueblos, no puede atribuírseles valor especial para el país vasco, y yo creo son en éste pegadizas y recibidas, no comunicadas de él a los demás.

Voy a hacerme cargo de la creencia en las brujas, bastante arraigada en el país vascongado, y de larga fecha, como lo prueban los conocidos y ruidosos procesos de las brujas de Amboto y las famosísimas de Zugarramurdi. Vascongada es la palabra aquelarre, esto es, campo del macho cabrío, que se ha introducido en el léxico castellano, y vascongada es la voz *sorguiñá,* bruja o hechicera. Voy a hacer una brevísima advertencia, y es que descompuesta la voz *sorguiñ,* resulta *sor-guiñ* o *eguiñ.* Esta terminación *giñ* o *egiñ* es propia euscárica y análoga al *egille* indicando el agente. Y en *sor,* ¿quién no ve una voz de origen románico, latín *sors, tis;* francés *sort;* castellano, *suerte?* Es decir, que *sorguiñ,* voz análoga a las castellanas *sortera* y *sortilegio,* indica la que hace o es dueña de la suerte, y en ella se ve el elemento románico, prueba evidente de la novedad del vocablo.

En las *lamiñac* o *lamiac* no debemos ver más que el latín *lamia.* Bien dice Michel que este nombre "no

representa nada de vivo, nada de real al espíritu de los aldeanos vascos, que mencionan las *lamiñac* como nosotros mencionamos a Júpiter o Minerva".

¿Qué diré del Basa-Jaon? Chaho veía en él una reminiscencia del orangután. La idea es peregrina y atrevida, pues dudo que los vascos conocieran al simio antropoide, pero mucho se le parece aquel que con un palo recorre los bosques del Pirineo, que ruje cuando retumba el trueno y se pasea por las espesuras al compás de la tempestad. Pero debo advertir que tal creencia no es general en el pueblo vascongado, y nada nos autoriza a suponerla aborígene y propia en él.

Quien juzgue al vascongado supersticioso se engaña de medio a medio. Es carácter práctico y nada especulativo, ayuno de fantasía e imaginación creadora y, por ende, poco crédulo. Sólo Jaungoicoá y la religión cristiana, y ésta como recibida de sus padres, son sus creencias. *Zahar itzak, zahur itzak;* viejas palabras, palabras sabias, dice un refrán vasco-francés, y ésta es la única regla de conducta del vascongado, por carácter, por temperamento y por educación pegado a la tradición.

Y extraño mucho que Michel, después de haber reconocido que el pueblo vascongado es uno de los menos fanáticos y más racionalista que los racionalistas o, como hoy se dice, despreocupado, nos dice "que nadie en Francia es más supersticioso que el vasco, si no es el bretón": contradicción palmaria.

No quiero abandonar el terreno éste sin apuntar un hecho curiosísimo y hasta hoy inexplicado. En el Códice calixtino, existente en Santiago de Compostela, tratando de los vascongados y de su lengua, se lee: *Deum vocant Urzia.* El príncipe Bonaparte explica el tal Urzia por *ortzi*, el trueno. La noticia es curiosa, pero como aislada y tan poco definida, no creo,

en el estado actual de los conocimientos, sirva de mucho.

Y ahora pregunto y: ¿qué idea se ha de formar del pueblo vascongado quien lo estudie, verbigracia, en las bellísimas, pero poco reales creaciones del señor Navarro Villoslada, que en su *Amaya* nos presenta una sociedad de astrólogos vascongados enemigos del cristianismo, y todo lo referente a aquella hermosa figura de Amagoya, que, abigarradamente vestida, muere helada en una noche de plenilunio en lo alto de una roca? Tales ficciones, de las que fué padre Chaho, han arraigado, y hoy son el *Deux ex machina* de los escritores vascongados. Aitor, el sublime padre, las noches del plenilunio y el supuesto Yao, vestigios del cual buscaba Baudrimont en su desdichada obra [1] en el desierto habitado por los hebreos. ¡Así se forjan las leyendas!

Resulta de este bosquejo que si los euscaldunes tuvieron algún culto y alguna creencia religiosa, hasta hoy nada sabemos, acaso porque el cristianismo logró borrar por completo sus reliquias, aunque es más verosímil que no existiera. No sé por qué no ha de creer el señor Costa a Mr. Marrast, que dice que la religión de los iberos era puramente naturalista y carecía de templos y de cuerpos sacerdotales, cuando Mr. Marrast (traductor de Humboldt) alude al decir iberos evidentemente a los vascos, y si en algo ha andado lijero ha sido en suponer una religión naturalista, sin fundamento alguno válido.

Dudo que haya muchos pueblos menos aficionados al mito que el mío. Forma contraste con las poéticas y artísticas creencias de los españoles del Mediodía, cuyas viviendas aparecen adornadas con multitud de imágenes, con esa devoción a ésta o la otra imagen, la austera sequedad y cuasi puritanismo del vascon-

1 *Histoire des Basques Escualdunac.*

gado. La austeridad en las costumbres y prácticas tradicionales; su entusiasmo cuando se trata de la causa religiosa, bien o mal interpretada; su falta de aptitudes artísticas, enérgicas y creadoras; la ausencia de mitos y supersticiones propias o indígenas, me han recordado mucho mejor los pueblos semíticos que las supuestas reminiscencias bíblicas de Erro, Chaho o Michel.

De las supuestas tradiciones y poesía de los vascos cuasi nada diré. El pueblo vascongado no es poeta, pese a quien pese, y es inútil buscar en él una poesía popular y propia verdaderamente. De las *eresiac* de que Garibay nos habla nada sabemos; el canto de Lalo, sacado a luz por Juan Iñiguez de Ibargüen, que dicen lo halló en Simancas en 1590, tengo por apócrifo, y no es este lugar de probarlo. Lope de Isasti cita fragmentos que se suponen de mediados del siglo XV. Nada me extrañó más que encontrarme en una obra muy estimable con esta nota: "Antiquísimo debe ser también el ministerio de los *coblari* o *coblacari* eúskaros (será euscaldunes) cuyas narraciones orales constituyen la historia de este pueblo" (J. Costa). Ni tenemos tal historia tradicional, ni menos puede ser antiquísimo lo que el señor Costa llama "ministerio", por la sencilla razón de que la voz *coblari, coblacari* o *coplacari,* en vizcaíno *bersolari,* es el castellano *copla* con la terminación euscárica *-ari* o *-kari,* una de las que indican el agente. Por otra parte, los *coblacaris* vascongados cantan el vino o cosa parecida, pero no esa supuesta historia tradicional, y debe ser costumbre importada de los troveras o trovadores franceses.

Otro hecho que he notado es que en nuestro euskera faltan voces bélicas o referentes a objetos de guerra. Hasta esta última palabra la decimos *gerla* o *gerriá,* y si hay algún término bélico es de extraño

origen. Los primitivos euscaldunes debían ser un pueblo pacífico y verdaderamente naturalista, "y si es indudable que faltan reliquias de dioses olímpicos, de aras y templos romanos en el suelo vascongado, probabilísimo es asimismo que ni montones de huesos de guerreros extraños, ni viejas armas rotas, se encuentren jamás en sus frondosos montes. "Marte penetró todavía menos que Júpiter y los otros falsos dioses en aquella región de España, sin duda alguna; que no siempre brindó ella en vano con el amor y la paz" (Cánovas).

Respecto a las relaciones de familia, sospecho regía un régimen patriarcal, del que quedan huellas todavía, y aunque como muy problemático puedo indicar que el vocablo *aita,* padre, puede, sin torcerse las leyes eufónicas, explicarse por jefe, el que manda. Vocablos que expresen jefatura o preeminencia no los hallo en el eusquera.

Me falta apuntar un hecho curioso que hallé ha tiempo en mis investigaciones, y que mucho después de tenerlo archivado en mis notas lo he visto reproducido por Mr. de Charencey (Mr. H. Charencey, "Etymologies basquaises", en *Le Museón,* núm. 4).

Hace tiempo que había yo observado que en eusquera los vocablos *aitzurrá, achurrá,* la azada; *aitzkorrá, azkoná,* hacha, azcona, que ha pasado al castellano; *haizto,* navaja; *aizturrak,* las tijeras, etc., son claros derivados de la raíz *aitz* o *ach,* peña, roca, o sea sustancia pétrea, de donde se deduce claramente que nuestros antepasados euscaldunes usaban instrumentos de piedra en la época de la fijación de su idioma. E involuntariamente recordé los utensilios de piedra hallados junto a la granja del Retiro del señor Rodríguez Ferrer, en Alava, y a dos leguas de Vitoria, el señor don Ladislao Velasco [1]. Continué mis investi-

1 (Falta esta nota.)

gaciones y me hallé con que el nombre con que el eusquera designa al oro, *urre,* recuerda el latín *aurum,* y más aún el céltico *or, oir;* y prueba de que tal vocablo es de origen extraño es que en Vizcaya a la plata llaman *urre,* y al oro, *urregorri,* esto es, plata roja. Pero el nombre general de la plata es *zillarrá,* que recuerda el escocés *siller;* inglés *silver;* alemán *silber;* godo *silubra,* etc. El nombre del hierro es *burdin,* en los compuestos *burni* o *burrum,* que recuerda, según nota ya Van Eys, el latín *ferrum.* Todo lo cual hace suponer que el uso de los metales es reciente entre los euscaldunes, y aprendido de las otras razas que después que ellos arribaron a nuestra península.

Por igual procedimiento ha querido probar monsieur Charencey lo reciente entre los euscaldunes del conocimiento de los animales domésticos.

Bosquejado el método y aplicándolo a la agricultura, navegación, etc., los resultados que puede dar serán valiosos.

He trazado a grandes rasgos el cuadro de la sencillísima, incompleta y cuasi salvaje cultura de nuestros antepasados, que me recuerdan los trogloditas de Albuñol y Albánchez, "tribus cazadoras y pescadoras que se adornaban y vestían con los productos naturales", y que en opinión del señor don Manuel de Góngora y Martínez *(Antigüedades prehistóricas de Andalucía,* pág. 120) habitaban ya nuestra España cuando llegaron los iberos, y con cuyos dibujos groseros compara el señor Rodríguez Ferrer los de Ocariz, Eguílaz, Auda, Capelamendi y otros de Alava. Patente se presenta la distancia inmensa que separa este hipotético grado de cultura que la Paleontología lingüística puede asignar al pueblo vasco y aquella floreciente civilización acadiana, el pueblo más antiguo

y más típico representante de los turánicos, cultura que con exageración sin duda se ha dicho ser la cuna y fuente de la posterior humana, ya que de los pueblos turánicos, según las más verosímiles conjeturas, se quiere hacer arrancar al pueblo vasco.

Extraño que Mr. J. Q. Ampère (*Histoire litteraire de la France avant le douzième siècle*, chap. I, page 2) haya supuesto, sin más fundamento que un anfibológico vocablo, que el pueblo vasco iba a la cabeza de la civilización, y que Mr. Blanc de Saint-Hilaire *(Les Euskariens)* nos diga que los sacerdotes celtas, que "tenían la deplorable costumbre de corromper las fuentes de la historia con fábulas y de hacer descender a las razas humanas de un árbol, de una roca, etc., nombraban a los euscaldunes hijos del Sol". Esto deriva de una falsa etimología de euskaldun, que lo explica procedente del Sol. Y añade monsieur Saint-Hilaire, y esto es lo bueno, que las palabras *eguzkiá, ekhiá,* que designan el Sol, expresan también el día físico y figuradamente la luz de los Espíritus, la verdad, y que "es permitido ver en estos hijos del Sol los hijos de la civilización y de la verdad de la primera edad". Por de contado que lo que dice de *eguzkiá* y *ekhiá* está lejos de ser cierto.

Así se escribe la historia, suelen clamar. Y bien se puede añadir: y así se inventa la prehistoria. Lástima grande que Jerónimo Román de la Higuera no viva en estos tiempos, que ni pintado podría hallarse otro mejor para ir creando por este procedimiento la ciencia nueva que llaman prehistoria.

He concluído mi trabajo, y en resumen y como resultado general:

1.° Que cuanto se ha especulado hasta hoy acerca de los orígenes del pueblo vasco, y cuanto se ha di-

cho acerca del parentesco del eusquera con otros idiomas, carece de base científica.

2.° Que no hay razones *suficientes* para afirmar ni para negar que los actuales vascos sean restos de los antiguos iberos.

3.° Que toda esta incertidumbre procede de la falta de método y de no haber planteado bien los problemas.

4.° Que cuasi nada sabemos acerca de la cultura prehistórica del pueblo vasco.

Es decir, y en una palabra, confusión, y de cierto, nada. El resultado, como se ve, nada tiene de satisfactorio. Trabajo de destrucción el mío, y bien sabe Dios la violencia que he tenido que hacerme para esparcir tan desesperante pirronismo en el campo de investigaciones emprendidas con tanto ánimo. Cuando se llega a contradictorias consecuencias, cuando se anda a tientas y entre espesa oscuridad, cuando sólo se ven nieblas flotantes donde se creía ver cándida luz, no queda a todo hombre sensato más partido que tomar que el de desandar lo andado, volverse al punto de partida y, aleccionado por la experiencia propia y ajena, y escarmentado en su cabeza y en la de los demás, volver a empezar, si es tiempo, con calma, pero firme y seguro, y alumbrando el camino con la luz clara, tranquila y sosegada del entendimiento, y no la turbia, falsamente brillante y deslumbradora, de la imaginación.

## Apéndice I

Pero aun cuando nos probara la analogía y unidad de parentesco entre el vascuence y el georgiano para hacer entrar a aquél entre los idiomas aryos, sería preciso probar que éste lo es, cosa que no creo esté evidenciada. Sayce declara al georgiano idioma *sui géneris,* aunque esta clase de idiomas son demasiado del gusto de Sayce, y otros quieren hacerle el principal representante del grupo que llaman alarodiano.

## Apéndice II

¿No es una muestra del corto abolengo de tal vocablo el que se emplee una palabra compuesta para designar a Dios, si es que creyeron en él desde antiguo? Anterior a la voz *Jaungoiko* y muy anterior tuvo que ser la voz *jau* o *jabe,* que entra en su composición e indica el posesor, hoy Señor. No tuvo, pues, el pueblo vascongado idea del Ser supremo, según podemos conjeturar, y en caso de que *Jaungoiko* sea anterior al cristianismo, sino mucho después de haberse establecido de manera que fuera un hecho reconocido la propiedad. La voz *Jaungoiko* se traduce mal Señor de lo alto, pues en tal caso sería *Goikojaun,* y debe interpretarse por Señor alto o elevado, con-

siderando el *goiko* como adjetivo. Ahora bien, tales adjetivos en *ko,* partícula que expresa la pertenencia como nuestro *de*, son rarísimos y todos ellos tan recientes, que se puede fijar la época de su aparición. Y si del vocablo pasamos a su significación, ¿quién no ve que eso de llamar a Dios el Señor alto no tiene nada de espontáneo ni primitivo?

# DEL ELEMENTO ALIENIGENA EN EL IDIOMA VASCO

## I

Bien sé lo que me propongo y cómo ha de ser acogido por muchos este ensayo, porque no es más que un ensayo. Yo digo *amicus Plato, sed magis amica veritas.* Por fortuna, hay muchos a quienes la pasión no ciega y que ven lo que se debe ver. Debía haber evitado este exordio, y no quiero insistir más; ¿para qué decir lo que cualquiera adivina?

Declaro que no es mi deseo desafinar en el casi general concierto para que se me oiga; canto mi papel y nada más.

Fueron indudablemente Pitágoras, Arquímedes y tantos otros hombres de singular ingenio y muy por encima del saber de su época, pero sería ridículo exponer hoy como última palabra de la ciencia lo que ellos enseñaron. Esto mismo digo de Larramendi, Astarloa, Moguel, Hervás y tantos otros. ¿Qué más pudo hacer Larramendi que lo que hizo? Pero quien hoy aceptara por buenas sus infantiles y ridículas etimologías demostraría que vive en Babia. La brillante e ingeniosa teoría de las letras significativas que Davies y Owen aplicaron al celta, al hebreo García Blanco, y Astarloa al vascuence, no pasa de ser una sutileza destituída de todo fundamento. La moderna ciencia de las

etimologías está tan lejos de aquellos pueriles tanteos como la física de hoy de la del tiempo de Galileo.

El método lo vivifica y renueva todo. En época en que se pretendía ajustar los hechos a las ideas, y no éstas a aquéllos, y en que la ciencia ejercitaba más el ingenio sutil que el severo análisis, nació y creció como en rico terreno abonado la llamada gramática general, concepción estrecha e infecunda cuando no insoportable centón de vanos cabildeos que de todo tenían menos de generales. Hoy que la corriente experimentalista lleva la ciencia Dios sabrá a dónde, crece y arraiga la filología, hija y heredera de la vieja gramática general; se acumulan hechos, y de ellos se deja deducir la ley. Estoy firmemente convencido que nadie explicará un hecho mientras él no se deje explicar, que el papel de hombre de ciencia debe ser más pasivo que activo, refrenar la imaginación y aguzar el análisis. Precisa recoger y ordenar cuantos más hechos sean posibles, que de ellos irá saliendo poquito a poco la ley.

En lingüística, a aquellas etimologías de sonsonete, ridículas e infantiles, y a aquellos sueños cabalísticos, monótonos e infecundos, ha sucedido el minucioso observar de las más imperceptibles diferencias. Entonces se decía que tal cosa debía ser de otro modo que como era porque no ajustaba al tipo ideal, y lo cierto es que las cosas son como son, que la ciencia estudia lo que es y que el *debe ser* no tiene sentido más que en la práctica moral de la vida.

Me propongo estudiar rapidísimamente parte del influjo que el latín y los idiomas neolatinos principalmente han ejercido sobre el vascuence. Digo parte porque sólo examinaré su influencia sobre el léxico, y no el organismo gramatical, en el que creo es muy escasa.

El trabajo es difícil. Por una parte tenemos un idioma del que tan sólo conocemos su forma actual, pues

los más antiguos documentos auténticos en vascuence (poesías de Dechepare, proverbios de Oihenart, la traducción del Viejo Testamento de Lizárraga) son de fecha relativamente moderna, y por otra, tenemos unos idiomas cuya historia y desenvolvimiento son conocidísimos. No me refiero ni con mucho en este trabajo a la actual influencia del castellano en el vascuence, que es grandísima y acabará con éste en esta lucha por la existencia; me refiero a aquel elemento advenedizo que se ha incrustado a su índole peculiar y ha sufrido el necesario cambio para convertirse en sustancia propia.

Dejo al lector que supla mil cosas, huyo de las generalidades, pues sé por experiencia que los trabajos fastidian casi siempre por las sobras, casi nunca por las faltas. Evito la aparente profundidad, que se pasa de tal y llega a ser la profundidad de lo hueco, que de puro profunda no tiene fondo. A mi entender, lo oscuro y lo falso se dan la mano; sólo la verdad es clara.

La carne que comemos sufre preparación química antes de convertirse en propio jugo. Todo idioma es un gran organismo vivo, respira, se nutre, asimila y segrega. Todo vocablo, al pasar de un idioma a otro, sufre una alteración fónica, necesaria para adaptarse al nuevo organismo en que entra. Lo primero que debo hacer es una rápida exposición de la fonética euscárica, de la cual hay el excelente *Ensayo acerca de las leyes fonéticas de la lengua euskara* del señor Campión, obra que si deja mucho por hacer, satisface mucho más. A él remito a quienes sigan con alguna atención este trabajillo, pero no quiero dispensarme de exponer a grandes rasgos el sistema fonético del vascuence.

## II

Sistema fonético del eusquera.
Empezaré por una clasificación de los sonidos.

| | Guturales | Dentales | Palatales | Labiales |
|---|---|---|---|---|
| Explosivas sordas | k | t | t' | p |
| " sonoras | g | d | d' | b |
| " aspiradas | j | tz ts | ch | " |
| Aspiradas suaves | h | z | " | f |
| Silbantes | " | s | s' | " |
| Nasales... | n | n | ñ | m |
| Semivocales | " | y | y' | v |
| líquidas | " | r | l | " |
| " fuertes | " | rr | u | " |
| Vocales | a | e | i | u |

Campión, en su Gramática, clasifica según otro sistema hasta 53 sonidos, atendiendo a pequeñísimas diferencias.

Observaciones. Respecto a las palatales, debo hacer notar que la *t'* se oye en *at'a* por *aita,* sobre todo en boca de los niños; viene a ser la *t* cerebral del sánscrito. La *d'* roncalesa es la que Campión llama denti-lingual. La *s'* representa la *ch* francesa, *sh* inglesa o *sch* alemana. La *y'* es la *j* del vizcaíno en su *aundijá, aundiy'ac.*

A alguien chocará ver en el cuadro la *v,* pero yo la he oído, por ejemplo, en *gavá,* la noche, que he oído pronunciar *gauá* y *gabá.*

Primera cuestión, y entro en materia: ¿Son sonidos originariamente euscáricos todos éstos? La duda se refiere principalmente a la *f* y a la *j* gutural.

Empiezo por la *f.* Es un hecho que en boca de muchos vascongados la *f* del castellano se convierte en *p,* y dicen *pigura, pama,* por *figura, fama;* así tenemos *babá, piku, pago,* del latín *fabam, ficum, fagum.* (De

aquí en adelante citaré los vocablos latinos en el acusativo.) Pero es también un hecho que a veces sucede lo contrario, y tenemos: *froga,* del romance *proba, prueba; ferde, verde; fite,* del francés *vite; fraka,* de *braga.* Unos rechazan la *f* como sonido advenedizo y se encastillan en la *p,* tal Moguel, que lo hacía movido de su predilección al dialecto marquinés. El gascón marca asimismo repugnancia a la *f.* Monsieur Duvoisin cree el sonido *f* originariamente vasco y perdido por influencia románica, y el príncipe Bonaparte lo cree de muy antigua introducción en el vascuence. Si se atiende a la manera de pronunciar la *f* en algunas localidades, se nota que es un sonido que, sin ser la *pf* alemana, es intermedio entre la *p* y la *f,* y que más que a nuestra *f* fricativa, sorda labio-dental, se acerca al sonido explosivo sordo labial aspirado, o sea a la *ph* griega. La *f* latina, se deduce de Quintiliano, sonaba como nuestra *f,* y de Mario Victorino, que seguía con tal sonido en la segunda mitad del siglo IV de nuestra era. Es todo cuanto quiero decir de la *f.* Creo que antiguamente existiría en vascuence una explosiva sordo-labial aspirada que se ha perdido por influencia románica, ya en la *p,* ya en la *f,* ya en la *ph* de los dialectos vasco-franceses.

Acerca de la *j.* Se puede decir mucho menos. En gran parte de Vizcaya, entre los labortanos y bajonavarros, la pronuncian como *y;* en Guipúzcoa y parte de Vizcaya, como la *j* castellana, que no puede sostenerse sea abolengo arábigo ni gótico y que más bien será una alteración fonética espontánea de la antigua palatal *x* tal como hoy la pronuncian los portugueses, gallegos y asturianos. Campión rechaza la especie de que la *j* haya pasado del castellano al vascuence. Lo que sí creo yo es que, tanto la *j* como la *y,* no son originariamente en casi ningún vocablo euscárico.

Sólo me queda advertir que la *z* suena más suave

que la castellana y en muchas localidades llega a confundirse con la *s*.

Por otra parte se observa que al pasar un vocablo al vascuence de los idiomas romances es frecuente el cambio de *s* en *z*.

## III

Voy a repasar sumariamente las principales leyes fonéticas, sin perderme en largas comprobaciones. No sólo extracto aquí a Campión, sino que procuro reducir sus leyes a leyes más generales. Importan a mi objeto más aquellas que han obrado en los vocablos alienígenas para su adaptación al vascuence que aquellas otras internas a éste, como el choque del determinativo con la vocal última de la radical.

La movilidad de las vocales es grandísima, pero los cambios más frecuentes son *a* en *e*, *e* en *i*, *a* en *o*, *o* en *u* y *u* en *i*, es decir, debilitándose siempre. En los diptongos se halla, aunque no tan frecuente como en los romances, la reducción de *au* a *o*, *dot* por *d-au-t*, y de *ai* en *e*, pero más frecuente es *au* en *eu*, *ai* en *ei*, *eu* en *ei*, etc.

De las consonantes. Una ley importantísima es el cambio de la explosiva sorda en la sonora al pasar un vocablo de un romance al eusquera; así *caldera-galdari*, *calza-galza*, *castaña-gastaña*, *cotena* lat. *gatea;* *cousin* fr. *cousine-gusu*, *gusiña;* *torre-dorre;* *tempora*, lat. *-dembora*, etc. Sin embargo, la ley no es constante y se observa a las veces que el guipuzcoano usa las sordas donde el vizcaíno las sonoras; así guip. *kutizi*, vizc. *gutizi;* guip. *katea*, vizc., *gatea*.

El cambio de la *f* de los romances en *p* o *b* es frecuentísimo: lat. *fabam-baba*, lat. *ficum-piku*.

Entre las labiales se observa el cambio de *b* en *m*

al pasar un vocablo alienígena a ser propio; así lab. *maino*, del romance *baño, bain; mentura*, del castellano *ventura; magina*, del lat. *vaginam*, etc., y de *m* en *b*, aunque menos frecuente.

Además de éstos, son frecuentes los de la sonora *g* en la sonora *b, d* en *r* frecuentísimo, *r* en *s, d.* en *g, p* en *t*, etc.

Se nota mucho la influencia de la vocal palatal *i* sobre las dentales, cambiándolas en sus correspondientes palatales, con pérdida de la *i* o sin ella; así de *aita, at'a;* de *ditut, dit'ut*, y luego *dichut, aritz* en guip. y *arech* en vizc., guip. *aize*, vizc. *as'e, ezpain-ezpañ* y las terminaciones guipuzcoanas en *iyá*, en vizcaíno en *iy'a*.

La *o* y la *u* influyen sobre la *l* cambiándola en *r;* así del latín *colum-goru* y *kolu*, la rueca; de *coe-um-zeru;* de *solum, solo* y *soro*. Influyen también sobre la *g*, cambiándola en la *b*, su labial correspondiente.

Entre las elisiones, son casi constantes la pérdida de la *r* y la *d* entre dos vocales, así como también la *n, z* y *g*.

Es frecuente el cambio de *r* en *l* ante la *d*.

Respecto a la nasal, ocurre que las sílabas *an, on*, cuando son finales o se hallan ante una de las explosivas sordas *k* o *t*, se pierde la *n*, alargándose las vocales en los diptongos *ai, oi*, o la *k* y la *t* cambian en su sonora correspondiente; así: *emondu*, vizcaíno, *emoitu*, guip., por *emon-tu; saindu*, del romance *santo; aingeru*, del lat. *angelum; ainguria*, del lat. *ancoram; meloy*, del romance *melón; errazoy*, de *razón; kolchoy, colchón*, etc.

Otros casos también frecuentes se irán viendo en el curso de la exposición.

## IV

Entro en materia. Es tan grande relativamente el elemento alienígena en el idioma vasco y de tanta importancia, que es costosísimo trabajo sólo el clasificarlo.

Monsieur Cénac Moncaut se queda corto cuando afirma que en el vascuence no hay más que una cuarentena de voces alienígenas y Mr. Sayce se pasa de largo cuando asegura que más de la mitad del léxico euscárico es advenedizo.

Ni tanto, ni tan calvo.

No se ha visto todavía que un pueblo deje de tomar vocablos del idioma de otro de superior cultura con el cual se pone en contacto, y no es posible que el eusquera guardase intacta su pureza entre tantos y tales embates, movimiento de pueblos y flujo y reflujo de tan diversas gentes.

No se espere que mis datos corran parejas con aquellas descabaladas etimologías de Mr. Bladé, polo contrario de las no menos descabaladas de nuestros euscaristas. ¿Quién no se ríe de aquella etimología que saca Mr. Bladé de *alorr-* haciéndola venir del artículo arábigo *al* y del latín *hortus?*

No quiero perder el tiempo en digresiones, y reduciendo la exposición de los hechos a su más desnuda expresión, dejo para el fin consideraciones generales y resultandos de conjunto.

De las etimologías de sonsonete se debe desconfiar y rechazar aquellos alambicados esfuerzos para dar a un vocablo genealogía haciéndole entrar en ella a golpe y porrazo, sin atender a leyes fonéticas, de cuyo sistema se burlaba donosamente Voltaire cuando escribía que *cheval* viene de *equus*, cambiando la *e* en *che* y el *quus* en *val*. Es curiosísimo leer las eti-

mologías que antiguamente se daban por valederas, y de ellas abundan no pocas en el Diccionario trilingüe; véase, sobre todo, *abarca, alabanza* y *gusano.*

Aquí en Vizcaya llaman a San Lorenzo Salloante, y en Guipúzcoa, Sallabente. Nada a primera vista más distinto que Sallabente y San Lorenzo, así como San Sebastián y Don Ostian; sin embargo, de Sanctus Laurentius se hizo San Laurente, y por la asimilación de la *n* a la *l,* como el latín *illegallis* por *inlegallis,* pérdida de la *r* entre vocales y cambio de la *u* en *b* en un dialecto y conversión en el otro del diptongo *au* en *o,* tenemos las formas citadas. La alteración fónica es sorprendente y yo recuerdo haber oído llamar Izubiy'a a una localidad cuyo nombre oficial es Iruzubieta.

No basta afirmar un cambio, es menester probarlo. Como el elemento advenedizo es de consideración en el vascuence, se hace preciso clasificarlo, que es lo que voy a hacer. Esta clasificación no es buena ni mucho menos; es la que más pronto me ocurre. Lo clasificaré.

1.° De las ideas religiosas, suprasensibles y psicológicas.

2.° De las ideas universales.

3.° Utensilios domésticos que representan cierto grado de cultura sedentaria.

4.° Industria, agricultura, etc.

5.° Fauna y flora.

6.° Relaciones sociales.

## V

**1.° De las ideas religiosas, suprasensibles y psicológicas.**

Hay que ponerse en guardia frente a ciertos vocablos de moderna introducción, como muchos de los

terminados en *tasuná* y *keriá*, compuestos por los entusiastas mantenedores del resurgimiento euscárico que Dios proteja. No les echo en cara su proceder, aunque es verdad que sólo han conseguido crear un vascuence literario que nadie casi entiende sin previa preparación, y los hay que llevan tan lejos sus exageraciones que escriben *bi-giak* y no *begiak*, por seguir una ridícula etimología.

No se confunda lo que es con lo que pueda ser y de que pueda componerse un vocablo de raíces eucáricas para designar la codicia no se ha de deducir que el vocablo usado, *kutiziyá*, no se deba al romance, cast. *codicia*, antiguo *cobdicia*, gallego *cubicia*, del bajo-latín *cupiditia*, lat. clásico *cupiditas*. A mí me lo han pegado más de una vez; recuerdo que me causó sorpresa al encontrarme con la voz *megope*, traducida por espíritu, y vea el lector como muestra lo que hace un ingenio sutil. Alguien dijo *sustancia*, de *sub-sto*; significa lo que está debajo, lo que sustenta, *estar egon, bajo pe, egope, sustancia; me* significa delgado, sutil; *megope*, sustancia sutil, espíritu. Y este vocablo figura en diccionarios.

Esta declaración que hago es importantísima porque en la heroica lucha que el renacimiento del agonizante eusquera sostiene contra la interna fuerza invasora del romance se suele dar como genuino vascuence y de largo abolengo lo que es tan sólo moderna invención. Aunque *maitetasun* indique el amor, no deja de ser cierto que a éste se le llama *amorio, amodio*.

Afirmo y sostengo que el vascuence carece casi en absoluto de vocablos que expresen ideas suprasensibles.

Por lo que se refiere al elemento religioso, nadie lo duda. De los latinos recibimos la religión; de ellos, los vocablos que expresan ideas religiosas. *Infernu, inpernu,* del latín *infernum; zelu, zeru, zeri,* de *coe-*

*lum; fede* de *fidem; giristino* de cristiano; *gurutze,* de *crucen; eliza, eles'a, eleja,* del latín *ecclesia,* y formas muy semejantes a las gallegas *irexa, ilexa; abade, apaiz, apez,* del latín *abbas,* castellano *abad,* así como *apezpiku,* de *episcopum; paradizu, parabizu,* de *paradisum; deabru* y *demoniño,* de *diabolum* y *demonium* y otros vocablos análogos. Entre las supersticiones populares tenemos *sorgiñá,* la bruja, que puede ser *sort-giñá* la que hace o echa la suerte, análogo al francés *sorcière,* y *lamiá* o *lamiñá,* que es latín *lamiam,* y que, como dice Mr. Michel, este nombre "no representa nada de vivo y real al espíritu de los aldeanos vascos que mencionan las lamiñac como nosotros mencionamos a Júpiter o Minerva".

No quedan, ni en las costumbres ni en el idioma de los vascos, reliquias de un culto propio e indígena anterior a la introducción del cristianismo. Aparte del testimonio de Baudemando de que San Amando, en el siglo VI, derribó ídolos en tierra de vascones, y el del biógrafo de Santa Rictrudis, que los vascones del Pirineo francés adoraban a los demonios, datos sobre los que no puedo ahora detenerme, apenas tenemos testimonios que aclaren este punto.

Entre las escasas noticias que han llegado hasta nosotros que nos permiten suponer algo acerca de un culto entre los primitivos vascos se halla un muy citado texto de Estrabón, en el capítulo IV de su *Geografía* y dice así, traducido a la letra: "Algunos dicen ser los galaicos ateístas y que los celtíberos y los septentrionales a sus confines celebran en las noches del plenilunio a un Dios innominado bailando y pasando en vela la noche con sus familias ante las puertas". Como se ve, la indicación es bastante vaga, aunque es cierto que los autrigones, várdulos, caristios y vascones, antecesores de los actuales vascos, habitaban al septentrión relativamente a los celtíberos, de quienes acaso recibieron esta costumbre.

El único vocablo euscárico en que se fundan algunos para suponer un culto indígena es el nombre de Dios, Jaungoiko, Jainko, el Señor elevado o el Señor de lo alto. En torno de la radical Jao han lucido su imaginación algunos, y al bueno de Chaho le entusiasmaba sobremanera, como puede verse en la fantástica leyenda de Aitor, semillero de donosas y supuestas tradiciones. Chaho no paraba en barras, y de su fecunda imaginación brotó toda una mitología vasca.

Volviendo a Jaungoiko, debo decir que me extraña mucho que haya llegado hasta nosotros tan intacto, sin sufrir nada de las alteraciones fónicas cuando otros vocablos compuestos han llegado desfiguradísimos. La misma denominación de Señor de lo alto tiene muy poco o nada de primitiva y espontánea, pues sabido es cómo los pueblos han llegado a la noción de la divinidad, y que el nombre de Dios en los distintos idiomas donde se ha analizado es en su origen el nombre de un fenómeno natural o físico: el cielo, el sol, el aire, etc. El nombre Jaungoiko presupone como anterior a él su componente jaun, señor, amo, y por tanto un grado de cultura en que había noción de la propiedad. En una palabra, que yo encuentro tal vocablo poco espontáneo y me inclino a creer que fué formado para expresar una idea nueva relativamente.

De los vocablos religiosos se pasa por natural transición a los que indican ideas suprasensibles y psicológicas. Entre éstos tenemos *izpiritu,* el espíritu, y *arimá, arimia, animá,* del latín *animam.* No deja de chocar que el nombre con que el vascuence llama al cuerpo *gorputz* derive del latín *corpus,* pero esto se explica. Toda idea presupone su contraria; no puede tenerse idea de la finito como tal sin tenerla de lo infinito; la ley primordial del conocer es la ley de la oposición y la semejanza; así es que la idea de

cuerpo se concibe como opuesta a la de alma, y donde no existe ésta no existe aquélla, pues se llama al hombre sin distinguir cuerpo humano de hombre.

La distinción entre hombre y cuerpo humano presupone el conocimiento de idea de alma. Entre los vocablos que expresan ideas suprasensibles y psicológicas tenemos *bertute,* del latín *virtutem; parkatu,* de *pacere; bedeincatu, de benedicere; madarikatu,* de *maledicere; errazoy,* del castellano *razón; adimentu,* románico, por su terminación; *borontadé,* del latín *voluntatem; asmatu,* castellano *asmar, damutu,* de *damnum; errencura,* fr. *rancune,* castellano *rencor,* prov. *rancura; gaztigatu, imachina, pairatu* y *paraitu, zentzun,* del latín *sensum; urgulutsu, orgulloso; umilla, humilde,* etc.

## VI

2.° De las ideas universales.

La cultura de un pueblo se mide más que por el número de objetos que conoce, por el grado de abstracción a que llega en sus ideas; estímase el conocimiento no sólo en su extensión, si que también en comprensión. La ciencia es la generalización e integración creciente del conocimiento; el reducir las ideas a ideas más generales y explicar un hecho es referirlo a otros hechos, generalizarlo. Conocer es clasificar.

Es un hecho curioso la pobreza del vascuence para expresar con vocablos propios las ideas generales. Hay nombres para distintas especies de árboles y el nombre de árbol se designa con el vocablo *arbolá, arboliá,* de origen latino. Han querido sustituirlo con *zuraitz* o *zuatz*, pero esto sólo indica el árbol de madera para construcción y es un compuesto de *zur,*

madera, y *ait* o *aritz,* roble. Animal se expresa *animaliá;* color, *coloriá;* planta, *plantiá* o *landariá,* que es el *llantar* del Fuero Juzgo, por *plantare,* del latín *plantarium; belarr* expresa la hierba de pasto; flor se expresa con *lore,* del latín *florem,* o *lili,* de *lilium.*

La idea más universal a que llega el hombre, la que en sí abarca a todas las demás, es la que los escolásticos llamaban ente y en castellano corriente y vulgar llamamos cosa. Cosa es todo desde Dios, según el padre Astete, hasta lo más ínfimo, sea real o ideal. En vascuence, cosa se dice *gauza,* derivado, como el castellano cosa, del latín *causam,* con debilitamiento de la sorda en sonora y cambio de *s* en *z.*

Al tiempo en abstracto se le llama *demborá,* del latín *tempora,* y entre las expresiones de tiempo tenemos *orain,* ahora, y *sekulan,* jamás, de origen latino; *ora-in,* del latín *hora,* y *sekulan,* de *seculum.* Respecto a las relaciones de espacio, no conozco en vascuence vocablo que exprese el espacio en abstracto, no siendo la posposición *arte,* sacada de quicio por algún flamante neologista. *Leku,* del latín *locum,* y *toki* indican el lugar.

La numeración es un verdadero misterio en vascuence. Hasta llegar a diez solamente el dos, *bi,* y el seis, *sei,* representan alguna analogía con formas latinas, pero no creo que esto autorice a afirmar origen romance. El vascuence cuenta por veintenas; cuarenta es dos veintes, *berr-ogei;* ochenta, cuatro veintes, *laur-ogei,* cuyo sistema lo hallamos también en francés. *Millá,* mil, y *milloy,* millón, son evidentemente latinos, y creo también derivado del latín *centum* el euscárico *eun (centum* o *kentum, hentum, hendum, enum, ehun).*

3.° Utensilios domésticos que representan cierto grado de cultura sedentaria.

Por lo que se refiere a la habitación, *eche,* casa, es

un vocablo indígena que significa cerrado o cercado; *gorti* o *korti* y *korta* recuerdan voluntariamente al latín *cortem,* antiguo *cohort,* castellano antiguo *cortis,* moderno *cortijo,* etc.; *gambará,* la cámara; *borda,* el castellano borda; *tella,* teja; *kale,* la calle, etc.

Entre los objetos de uso doméstico tenemos *galdari,* la caldera, y Eys pretende emparentar con el latín *pertzá,* la caldera también; *collari,* fr. *cuillière; topin,* antfr. *tupin,* catalán *topi,* lemosín *toupi; picherr,* gascón *piché, pichero,* gallego *pichel* y *pichola,* etcétera; pero, por regla general, son propios y parecen revelar un pueblo de vida sedentaria.

Respecto a las prendas de vestir tenemos *chapel,* los romances *chapela, capelo, chapeau; kapusay,* capa, capucha; *gona,* ital. *gonna,* prov. *gona,* cast. *gonella,* cast. ant. *sobregonell; atorra,* idéntico al castellano. *Zapata,* el zapato, ha dado origen a muchas interpretaciones. Freytag cita el árabe *sabata,* calzar; Littré da como incierto su origen recordando el picardo *chavate,* ital. *ciavatta,* y Mahn, con muchos de nuestros euscaristas lo cree de origen euscárico. Sin embargo, existe el bajo latín *sabatum,* que no puede derivar de zapata; *insabattatos,* esto es, descalzos, llamaban a los valdenses.

Con esto se enlaza los vocablos que clasifico en la clase:

4.° Industria, agricultura, etc.

Los nombres que expresan división territorial, pesas y medidas son latinos; tenemos *solo, soro,* lat. *solum; landa,* cast. landa, en los idiomas góticos *land; anega,* la fanega; *muga,* el mojón, castellano muga, mogote. De los instrumentos de labranza el arado se llama *golde,* cuyo origen ignoro, y el rastro, *are,* del latín *aratum; koraña,* del castellano guadaña. *Achurr,* la azada, es vocablo curioso del que me ocuparé. En el epígrafe de fauna y flora se verá lo que hay acerca de las plantas de cultivo.

De los útiles del hilado y tejido tenemos *kolu, goru*, la rueca, del latín *colum; firu*, del latín *filum*, y *liñu*, el lino.

El nombre del pan es *ogi* y, según un antiguo escrito latino que dió a conocer el padre Fita, *orgi*, que recuerda el latín *ordeum*, fr. *orge;* el nombre de la levadura, *legami, lemani*, recuerda el prov. *lèvam*, y el de la harina, *irin*, el lat. *farina*. El molino se llama *errota*, que es el latín *rotam*, rueda de molino; *bolu*, que creo de origen romance, con cambio de *m* en *b*, e *igara, eyara*, molino de agua, cuyo origen desconozco.

Respecto al arte del hierro tenemos *inguda, ingura*, el yunque, que es el latín *incudem; mallu*, el martillo, castellano mallo, del latín *malleum*, etc.

Tenía archivado entre mis notas un hecho curioso cuando leí en un artículo tiulado *Etymologies basquaises* y publicado por Mr. Charencey en el número cuarto de la revista *Muséon*. Se observa que los vocablos *achurr, aitzurr*, la azada; *aizkore*, el hacha; *kaizto*, navaja; *aizturrak*, las tijeras, son derivados de la radical *aitz, ach*, peña, roca, sustancia pétrea, lo cual indica que estos vocablos arrancan de época en que los euscaldunes aún usaban instrumentos de piedra. Por otra parte, los nombres de los metales recuerdan más o menos raíces alienígenas; el oro, *ure* (en algunas localidades llaman *urre* a la plata y al oro *urregorri)*, recuerda el latín *aurum* y el celta *or, oir;* el nombre de la plata es *zillar;* godo, *silubra;* escocés, *siller;* inglés, *silver;* alemán, *silber*. El hierro se llama *burdin*, y en composición se hallan las formas *burni* y *burrun, burruntzi, burrunzale*, de donde Eys supone una forma *berrum*, del latín *ferrum*, aunque esta etimología me parece algo forzada, así como también la etimología que de *berun* presenta el padre Fita relacionándolo al sánscrito *madhu*, dulce, pastoso; latín, *medulla*.

El mismo Mr. Charencey se expresa así respecto a los nombres de los animales domésticos: "Poco tiempo antes de esta época (la de la piedra tallada) los vascos, que hasta entonces habían vivido de la caza y de la pesca, debieron recibir de los celtas el conocimiento de los animales domésticos, excepto el de una especie de perro. Ninguno de los nombres de estos animales parece indígena entre los montañeses pirenaicos.

Cuando no los han tomado del latín, como *ari*, cordero, latín *aries*, o de los dialectos romances, como *urde*, puerco, del viejo francés *ord*, sucio, o *marro*, moguete, del provenzal *marrou*, macho, acusan un origen galo o germánico, por ejemplo, *idi*, bueyo, en viejo ibérico *idu*, compárese al galés o cornisco *eidion; akher*, cabrón, al irlandés *agh*, cierva, escocés *aighe; zakhur* (*zalkurr*, el ladrador), perro de gran tamaño, al irlandés *sagh*, que Mr. Pichet relaciona con el persa *sag*, perro; *potso*, perro, al armoricano *püze*, perro de caza, acaso emparentado con el ruso *pesu*, perro, en polaco *pies*, en alemán *petze*, perra; *bargo*, puerco castrado, al anglosajón *bearg*, puerco ant. alemán *farkel*, puerquecillo".

Confieso que esto me parece exagerado, y la etimología del perro, *zakurr*, entre otras, puede hallarse en radicales del mismo idioma. El nombre del gato, *katu*, es indudablemente latino; el del asno, *asto*, tiene congéneres aunque problemáticos en el sánscrito *aswas* y otras formas análogas. Costa quiere referir el nombre de la vaca, *bey*, con el sánscrito *go*, zendo *gao*, griego *bous*, latín *bos*. *Akarr*, macho cabrío, supone un *aka*, cabra, como de *katu katarr*, gato macho, y *aka* se relaciona con el sánscrito *aga*. El nombre del caballo, *zal-di*, es un derivado que significa "el flexible".

Entre los vocablos de ganadería, *bazkatu*, pacer, es de origen latino, y *akullu*, el aguijón, es el latín *acu-*

*leus,* derivado de *acus,* aguja, aguijón. Moguel quería sacar el latín *aculeus* del vasco *akullu* porque se resistía a creer que un pueblo como los vascos no hubiera conocido la pértiga, y yo me resisto a creer que no la hubiera conocido un pueblo como los romanos, además de que en latín tiene radical y abolengo y en vascuence no.

Siendo como es el vasco un pueblo costanero, son rarísimos en el vascuence los vocablos indígenas expresivos de objetos de pesca y navegación. El nombre del anzuelo es *amu,* del latín *hamum; lema,* timón, latín *limonem; mariñel,* marinero, etc. En el siguiente epígrafe citaré los nombres de peces de origen latino.

Habla Cánovas en el prólogo que puso a la obra del señor Rodríguez Ferrer, habla y dice así: "Si es indudable que faltan reliquias de dioses olímpicos, de aras y templos romanos en el suelo vascongado, probabilísimo es asimismo que ni montones de huesos de guerreros extraños, ni viejas armas rotas se encuentran jamás en sus frondosos montes. Marte penetró todavía menos que Júpiter y los otros falsos dioses en aquella región de España, sin duda alguna; que no siempre brindó ella en vano con el amor y la paz". Apenas conozco en vascuence términos bélicos indígenas; el dardo, la lanza, la espada, el escudo y demás armas ofensivas y defensivas se expresan con vocablos alienígenas y, lo que es más curioso, los nombres de la guerra y la paz, *gerla, gerriá* y *pake, bake,* son latinos.

Este último vocablo debió de ser recibido del latín *pacem* cuando aún la *c* no había tomado el sonido suave ante *e* e *i,* es decir, antes del siglo VII, en el cual ya empezaba a adquirir tal sonido en la lengua popular y los dialectos provinciales. El pueblo vasco nunca ha sido conquistador y guerrero por tempera-

mento y mucho menos, según parece, antes que se dejara sentir extraña influencia.

Respecto a las relaciones de comercio tenemos el nombre del precio *balio, baliy'o, merke, merkatu, gastatu,* costar, de origen latino, así como *diru,* del latín *denarium* o del castellano dinero, y los nombres de las monedas, el nombre del mercado *azoke,* del castellano azoque, etc. Rico se dice *aberatzu,* de *abere,* ganado, es decir, rico en ganado, como el latín *pecuniam* de *pecu. Erosi,* comprar, parece un causativo de *eutsi (autsi),* tener.

Entre los nombres de los juegos y diversiones tenemos, empezando por el mismo *joko,* juego, del latín *jocum; dantza,* la danza; *damboliñ,* el tamboril; *chilibitu,* el silbato, etc.

## VII

5.° Fauna y flora.

Inútil me parece advertir que tienen nombres de extraño origen aquellos animales y vegetales exóticos, no nativos del país o que sólo se conocen por referencia, como el león, elefante, camello, etc. Así tenemos *gamelu,* el camello, *gambelu,* también el camello con el reforzamiento de la nasal, como *gambara,* de cámara, cuyo nombre *gambelu* se usa en el sentido de torpe, tonto, v. gr.: *Eh! gambelu ori...,* "ese majadero..."; *chimu* o *chimino,* que es el latín *simiá, simium.* Los nombres de la zorra, el lobo, varias aves y peces parecen indígenas. El del oso, *artz,* recuerda el celta *arth;* kurdo, *arch;* el del águila, *arrano,* el bretón *ern* (aniguo alemán *arn).*

Voy a presentar algunas muestras de nombres alienígenas que expresan fauna y flora.

Arboles:

*pago, fago,* el haya, del latín *fagum.*

*fiku, piku,* el higo, del latín *ficum.*
*piñu,* el pino, del latín o del castellano.
*gaztainá,* la castaña, del castellano.
*saats, sarats, sagats* deriva de *salats,* y en su forma más antigua se ve en algunos apellidos *salazar, salzamendi,* significa el sauce y es el latín *salicem,* ant. fr. *salz.*
*gereiz, kereis, kerezi,* la cereza, es el latín *cerasum.*
*saguka,* el sauco, también de origen romance.

Los nombres del fresno, *izarr, lesarr;* del roble, *aritz;* encina, *arte;* olmo, *zumarr,* y otros, parecen indígenas.

Entre los de plantas tenemos:
*baba,* el haba, del latín *fabam.*
*barbantzu,* el garbanzo, del castellano.
*ispresau,* el espliego, también del castellano.
*kipula, típula,* la cebolla, del latín *caepulam.*
*piperr,* el pimiento, del latín *piperem.*
*peresil,* el perejil, de origen romance.

Entre los nombres de aves tenemos:
*barkillari,* el martín pescador; *errechinoleta,* el ruiseñor, francés *rosignol; miru,* el milano; *tortoillá,* la tórtola; *kardeliñá,* el jilguero; *kabidoy,* el gavilán, etcétera, y aves domésticas, *ate,* el pato. Los nombres de las gallinas, gallo, etc., no se dejan analizar.

Entre los nombres de insectos tenemos: *chimicha,* el chinche; latín *cimicem; kirrillo,* el grillo; *machinsalto,* el saltamontes, y los compuestos de *machín,* etcétera.

Entre los nombres de peces, *atun,* el atún; *bakallau, makallau,* el bacalao; *berdellá,* el verdel; *chipirodi, chipiroy,* el jibión; *errosel,* el besugo, del fr. ant. *roussel,* rojo, y *bisigu,* de besugo; *salmoy,* el salmón; *chardiñá,* la sardina, etc.

Sería trabajo curioso hacer un vocabulario de aquellas voces de origen alienígena que en el vascuence expresan árboles, plantas, flores o animales. Después

de anotadas las anteriores todavía me ocurren *mihimen,* el mimbre, latín *vimimen; arij'u,* aceite, el latín *oleum, erradilla,* el rábano; *chicharra,* la cigarra o chicharra; *dragoichiki,* el escarapote; *errosario belarr,* la yerba rosario; *mizpiru,* el níspero; *meleketoy,* el melocotón; *mermillu,* el membrillo, que también se llama *irisagarr; kurrullo, kurloy,* el gorrión; *lis'a,* la lija, y otros.

El nombre del trigo es *gari.* Don Joaquín Costa, en su obra *Poesía popular española y mitología y literatura celto-hispana,* recuerda el celto-hispano *ceria,* cebada; georgiano, *kari;* sánscrito, *garitsa,* grano de trigo; armenio *kari;* griego, *krí;* irlandés, *gort, gart,* miés. Yo añado el sánscrito *gáritram,* arroz, de la radical *gar, gr,* deglutir; pero me parece que *gari,* de la radical *gar,* cabeza, eminencia, indicaba primitivamente la espiga.

Sabido es que el maíz fué importado de América, y Larramendi dice que lo introdujo en el país vasco Gonzalo Percaiztegui, de Hernani. El nombre del maíz, *arto,* indica la torta o borona, según Humboldt, de *arte,* encina, por hacerse primitivamente de bellota. Con motivo de *arto* me he recordado el griego *artos,* pan, que deriva de *aró,* preparar.

6.° Relaciones sociales.

Los nombres de parentesco son indígenas y sería curioso hacer un análisis de ellos, pues entre otros *aita,* el padre, parece indicar el jefe *(ai-ta, ai* por *ahi,* de *agín,* mandar) y señala el régimen patriarcal. Solamente *gusu, gusiña,* el primo, la prima *(lengusu, lengusiña),* francés *cousin, cousine, koñate,* el cuñado, son de origen romance. *Aita* tiene análogos en multitud de idiomas, así como *ama,* pero esto nada arguye y aquí sí que me conformo con aquello de Astarloa de las inocentes inflexiones del hombre niño.

El nombre del rey, *errege,* es un vocablo tomado

del latín *regem* anteriormente al siglo VII, en el cual empezaba la *g* a tomar el sonido suave.

Los nombres del maestro, *maisu*, y otras relaciones debidas a un elevado grado de cultura son latinos.

La ley, *lege, lage*, del latín *legem*, tomada antes del siglo VII; *gende, jente*, del castellano gente.

Hay otros muchos vocablos de origen alienígena no contenidos en la precedente clasificación y vocablos que expresan objetos naturales conocidos a todos los pueblos, tales son, entre otros, *anka*, la pierna; *masall, matrall, matell*, la mejilla (latín *mexillam*), etc., lo cual enseña que se debe desconfiar de ciertas conclusiones al ver estos hechos, pues es probable que en estos casos el vocablo latino haya matado al indígena.

Pensaba hacer seguir esta reseña de un vocabulario del elemento alienígena en el idioma vasco, vocabulario que tengo compuesto y con expresión de la etimología; pero esto alargaría demasiado un simple ensayo donde se apuntan y no se apuran los hechos.

## VIII

Descanso de la aridez de esta reseña y llego a las conclusiones y resultados generales, que serán rapidísimos.

Oí por primera vez a mi maestro Menéndez y Pelayo emitir una opinión en la que después me he ratificado, y es que el pueblo vasco es el resto de un pueblo aborígene anterior en la península a las primeras invasiones de los iberos y celtas. He estudiado el supuesto iberismo de los vascos y creo que no pueden identificarse los vascos con aquel pueblo, tal como nos le presentan los escritores latinos, pueblo de origen ario, hermanos de los ligures, siculos y

aquitanos. ¿Qué tienen que ver aquellos pueblos que acuñaban moneda con el vasco, atrasadísimo respecto a ellos? La cultura que el pueblo euscaldun debió tener anteriormente a su roce y choque con los pueblos extraños debió ser mínima, según hemos visto En cambio, entre los iberos, los turdetanos tenían, según Estrabón, leyes y poemas escritos y una mitología en que figuran Gargoris, Abidis, Endobélico, Neton, Magnon, Baudua y tantos otros.

Las investigaciones de Astarloa, Moguel, Hervás y Humboldt, si algo prueban, prueban tan sólo que el pueblo vasco es aborígene en España, no el ibero, y aun a mi entender es mucho conceder a sus resultados.

Hemos visto que en el vascuence, único monumento auténtico en el que se puede estudiar la prehistoria del pueblo vasco, hay un elemento alienígena grandísimo, y que este elemento representa aquellas ideas que acusan cierto grado de cultura. Tengo por indudable que el pueblo euscalduna era antes de su comercio con los iberos, celtas, latinos y españoles un pueblo de cultura atrasadísima, casi nómada, que debía vivir de la caza y la pesca, sin que podamos conjeturar tuviera una religión y un culto si no es la religión naturalista sin templos ni sacerdotes que dice Mr. Marrast, el traductor francés de Humboldt.

No sé cómo Mr. Ampère en su *Histoire litteraire de la France avant le douzième siècle,* supone, sin más que un vocablo anfibológico, que el pueblo vasco iba a la cabeza de la civilización; monsieur Blanc de Saint-Hilaire *(Les euskarienes),* que eran los hijos de la civilización y de la verdad de las primeras edades, y Whitney *(La vie du langage),* que los vascos son acaso los restos de una civilización del Oeste de Europa, destruída por los invasores indoeuropeos. Pues qué, ¿así como así se destruye toda una civilización? Un pueblo se destruye, una civi-

lización, jamás: en el choque, el más culto acaba por sobreponerse.

Toda, absolutamente toda la civilización que poseemos los vascos se la debemos al cristianismo y a los pueblos extraños: ellos nos han civilizado. Nosotros hemos aportado un fondo primitivo, duro y flexible como el acero, que se dobla y no se quiebra, pronto para adaptarse, tardo para identificarse. Somos los últimos que en España aceptamos la religión de Cristo, los que con más tenacidad y entusiasmo la abrazan.

¿A qué conduce enturbiar una historia sencilla y clara con invenciones extrañas? El pueblo vasco puede decirse que es un pueblo sin historia hasta el siglo VIII, y por eso lleva en su seno toda la fuerza virgen de una naturaleza no gastada. Nuestra historia ha sido emborronada con fantasmagorías, supuestas creencias religiosas, leyendas forjadas, y ha contribuído a ello un entusiasmo patrio falto de crítica. Debe cerrarse la época de los sueños cabalísticos, no volvamos a aquellos embrollos, y conviene barrer de una vez aquellas fantásticas elucubraciones de Erro, Chaho y no quiero citar otros.

Un idioma es un hecho natural, que tiene su lógica severa y sencilla, y no un arcano de misterios. El eusquera no es ni más ni menos perfecto que otros idiomas; todo es perfecto relativamente; cada idioma es el mejor para el pueblo que le habla, y tampoco llamemos más perfecto a lo más sencillo, que a ese paso el infusorio o la ostra lo serán más que el hombre. El castellano es un idioma más hecho, más integrado, más analítico, se presta más al grado de cultura que hemos alcanzado, y no se busque en la incuria de los hombres la razón de ciertos hechos: búsquese en la interna necesidad de los hechos mismos. Hablando del eusquera se dice: ¡esto se va! y ¿qué le hemos de hacer? Esfuerzos de eruditos nada pue-

den; si los años de la vida están contados, ¿qué conseguirá el médico? No me acusen de pesimista; digo lo que creo y lo digo claro.

El vascuence se va porque no puede resistir el choque, porque lucha desesperadamente por la existencia contra un idioma más fuerte; más fuerte por sus condiciones externas y más fuerte por su interna organización.

El día que el idioma se haya ido el pueblo agonizará; pero nada muere, todo se transforma, todo cobra nueva vida, y aunque el hombre maduro suspire a las veces por la niñez, la niñez no vuelve. Las cosas son como son y deben ser como son.

Los latinos nos sacaron de la barbarie, ellos nos han civilizado, ellos nos arrastran consigo a fundirnos en la gran familia latina, hija del pueblo más grande, más robusto y más fecundo.

Yo quiero mucho a mi pueblo vasco; pero hace mucho tiempo que dejé los entusiasmos románticos.

La verdad puede más que la razón, decía Sófocles.

He acabado y, como habrá visto el lector, he evitado largas y enojosas digresiones; el todo resultará árido, pero no importa. Podía también haber aparentado erudición; para eso no hay más que cogerse un libro atestado de citas y copiarlas.

Y nada más por hoy. Hasta otra.

(*Revista de Vizcaya*. Bilbao, año I, Tomo I, 1885-86, número 8, 15 de febrero de 1886, págs. 259-269, y número 9, 1.° de marzo de 1886, págs. 295-305.)

## ¿VASCO O BASCO?

Hasta no ha mucho escribíamos todos la palabra vasco con *v* y hoy la escriben muchos con *b*. De éstos, unos saben por qué lo hacen; los más, tan sólo porque lo ven hacer y movidos de la razón de autoridad. Yo también escribía en un tiempo basco, hoy ya no lo hago, y es porque en estas cosas me cuido poco de la autoridad y procuro investigar por mi cuenta. Yo, que padezco la manía de escudriñarlo todo, me dije: "¿por qué basco y no vasco?"

Me contestaron sobre poco más o menos esto:

La letra *v* es de origen latino y no euscárico, y siendo la palabra vasco con otras varias de origen euscárico deben escribirse con *b* y no con *v*.

Yo no me contenté y he pedido *hechos;* visto que no me los han dado los he ido a buscar, y así verá el lector curioso con poco trabajo lo que a mí me ha costado alguno recogerlo.

Primera afirmación. La *v* es letra de origen latino y no euscárico. La única prueba que pueden presentar de esta proposición sentada dogmáticamente es que hoy en el actual vascuence no existe el sonido *v* distinto del de la *b*. Pero concluir de este hecho que no haya existido en algún tiempo es lo mismo que concluir que tampoco en castellano ha existido porque hoy no existe. El sonido *v* pudo muy bien haberse asimilado al de la *b* en vascuence, por la

misma razón que dicha asimilación ha tenido lugar en castellano.

La *v* es una semi-vocal, endurecimiento de la *u* y transformación de ésta. De *dau* y *gau* nacen *daben* y *gabá,* y sostengo y sostendré que he oído pronunciar no *gavá,* sino *gawá.*

Hasta aquí, la crítica negativa; ahora, la positiva. Hechos y sólo hechos es lo único que opondré a los dogmas pseudofilológicos. Un hecho bien comprobado basta para echar por tierra toda una teoría.

*Vasco* deriva de *Vascón,* que es forma más llena. *Vascones* se llamaba a los actuales navarros y parte de los alaveses, como puede verse en el capítulo III de las *Investigaciones históricas de las antigüedades de Navarra,* del padre Moret. El mismo padre Moret hizo notar la persistencia de los romanos en escribir *Vascones* y *Vasconia* con v. Los romanos nada tenían de caprichosos ni maníacos y eran gente que lo que hacían lo hacían por algo.

El primer escritor donde he hallado pruebas en favor de mi tesis es Estrabón, que dice que habitaban los vascos junto a Pamplona, desde Tarragona al océano.

Estrabón escribe la palabra vascones así: ouascones. El diptongo *ou* se leía entre los griegos como entre los franceses hoy *u,* de donde resulta que en tiempo de Estrabón se decía uascones. Primer hecho, primera derrota.

Gregorio Turonense, Fredegario, Eginardo y Angilberto, cronistas franceses de la novena centuria, escribían vascones y aun wascones. Mr. Duvoisin hace observar que de Wasconia han procedido, gracias al acento franco, las modlificaciones que aparecen en la canción de Rolando, *Guascuigne, Guascuine, Guascoinz,* y de éstas, las actuales Gascuña y gascones. El cambio de *ba* en *gua* no entra en ninguna ley ni principio fonético de los idiomas ro-

mances, y en cambio *ua, wa,* cambia en *gua,* como tenemos en castellano en las palabras derivadas del árabe Guadalquivir, Guadiana ,Alguacil y algunas del gótico Gualterio *(Walter),* guardar. Segundo hecho, segunda derrota.

Escribe Mr. Duvoisin: "*Ua* indica claramente que en vasco la *v,* empleada por una parte de los copistas, representa una *u* que nada tiene de común con la *v* de forma oblicua, puesta en circulación por los gramáticos con objeto de distinguir la *v* consonante de la vocal *u.* Los tipógrafos no tuvieron en cuenta esta distinción y el antiguo nombre llegó a nosotros alterado".

¿Cuál es la etimología de la palabra vasco? Hoy prevalece la de hacer derivar este vocablo de *baso-ko,* montañés, pero ésta es ficticia, porque lo que se debe explicar no es la actual forma *vasco,* sino la primitiva *uascon.* Mr. d'Avezac opina en el artículo "Basque", de la *Encyclopédie nouvelle,* que *vascon* es contracción de *uascaldon* por *euscaldun.* Monsieur Duvoisin no cree haya acorde entre *basc* y *eusc,* pero el acorde debe buscarse entre *uasc y eusc.* Existe la forma *uscaldun* entre las demás afines. Monsieur A. Thierry, en su *Histoire des Gaulois,* compara las formas *ausk (auscii), osk* y *eusk* y cree en el parentesco de *vasc, uasc, Basc* y *gasc.* Tenemos una medalla en caracteres celtibéricos en que se lee *Vasesken.* (Mr. de Saulcy, *Revue numismatique,* año 1840.) La etimología queda oscura, pero queda claro que la forma primitiva era *uascon,* y de ésta, *vascon.*

¿Hay razones etimológicas para escribir vasco con *b?* No; una etimología ficticia y nada más. ¿Las hay paar escribir con *v?* Sí; hechos concluyentes. Y aunque no los hubiera, el uso basta y sobra.

En cuestión de ortografía no cabe discusión: o seguimos el uso, o la etimología, o la escritura foné-

ca. Esta última nos parece la mejor. Es indudable que los neologistas que escriben basco con *b* no pueden fundarse en el uso, porque aunque éste es variable y muchos vocablos varían de ortografía, como tenemos Bilbao, que se ve escrito en algunos documentos Vilbao, y el mismo nombre vasco que el uso ha hecho escriban franceses, ingleses y alemanes con *b*, sin embargo el actual uso español perpetúa *vasco*.

Si los neologistas se agarran a la ortografía etimológica, y así parecen hacerlo, son inconsecuentes, porque en este caso debían escribir como los portugueses *mysterio, theología,* etc., y escribir *avogado,* etcétera. La ortografía etimológica adoptada por completo, prueba verdadera manía; pero adoptada en parte contra todo uso y costumbre no sé lo que prueba. Es algo como escribir *cauchu,* sin *caouthchouc,* desatinada ocurrencia.

Si se apoyan en la ortografía fonética son también inconsecuentes; escriban *balor, berdad,* etc.

De modo que ni por el uso, ni por la etimología, ni por la fonética hay razón, sin incurrir en inconsecuencia, para escribir *basco* y no *vasco.* Atengámonos al uso, que sin grande riesgo no es posible contrariarle. En casos como *Vizcaya* podrá ser acertado escribir con *b;* en otros, como *vasco* y *Valmaseda,* no lo es. Escribamos como nuestros padres escribieron, que así se entendieron ellos y así nos entenderemos nosotros.

Una de las pruebas de buen sentido es el pensar sobre el vulgo y obrar con él, buscar la razón de lo que éste hace y comprender que no hay más que dos genios grandes, sublimes y profundos entre los genios humanos, grandes, sublimes y profundos; el vulgo y el sentiao común. Se habla y escribe para entenderse; los límites de la novedad en el lenguaje y el escrito deben ser los límites de la claridad. Ya sé que tan

claro es basco como vasco, pero tan claro es vasco como basco, y váyase lo uno por lo otro. No demos licencia a las gentes para que, según sus caprichos, razones o convencimiento, se dé cada cual a arreglar las cosas por su cuenta. Es un gran mal el que cada uno quiera reformar la sociedad, el lenguaje o lo que fuere según sus ideas. Demos nuestro parecer, pero dejemos que las cosas sigan su curso y, ante todo, nada de dogmatismo crítico; vale más convencer que imponer. Esta simple cuestión de la *b* o la *v* es más que un detalle ortográfico: es una de las muchas manifestaciones de eso que llaman patriotismo, y lo es mal entendido.

Aquí debía dar por terminada esta nota, pero me ocurren de paso otras cosillas.

¿Quiénes eran los vascones? Tengo a la vista un ejemplar del *Diccionario trilingüe* con notas marginales manuscritas, en una de las cuales se indica si vascos y euscaldunes serían dos pueblos distintos, más tarde relacionados. Don Joaquín Traggia, en el artículo "Navarra", del *Diccionario geográfico-histórico,* que en 1802 empezó a publicar la Academia de la Historia, sostuvo con razones mejores o peores que los vascones o navarros eran un pueblo advenedizo, y que ya desde el siglo VIII se encuentra en el país vasco un pueblo extraño conocido por el nombre de navarro. Es opinión infundada. Lo que sí es probable que los vascones no tenían que ver con los euskaldunes. El señor Fernández Guerra, en un eruditísimo trabajo sobre los límites de la Cantabria, inserto en el tomo IV *del Boletín de la Sociedad Geográfica,* de Madrid, distingue dos grandes familias, vascones y várdulos, que en la Edad Media trocaron estos nombres por los de navarros y vizcaínos. Pomponio Mela llamaba a los várdulos *una gens,* una sola tribu, dividiéndoles en caristios y várdulos propia-

mente dichos, esto es, vizcaínos y guipuzcoanos. A los vizcaínos correspondían los aurigones o autrigones.

Respecto a Cantabria poco he de decir, porque después de leído el trabajo del señor Guerra toda confusión es imposible.

En tiempo de los romanos, la Cantabria no abrazaba ni parte siquiera del actual territorio vasco, pues llegaba hasta la ría de Oriñón, provincia de Santander, al occidente de Castro Urdiales. En la Edad Media, Leovigildo llamó Autrigonia, en 579, el territorio que comprendía los vascones, várdulos, caristios, berones, autrigones, turmódigos y cántabros. En 905 alzóse rey Sancho Abarca, y desde entonces se llamó Cantabria a todo lo que se extiende desde la ría de Villaviciosa a Canfranc y de Nájera a las orillas del Pisuerga.

Ya que llega ocasión no quiero dejar de hablar de la guerra cantábrica. ¿Quién no ha oído hablar de la guerra cantábrica, de Lecobide y de otras cosas análogas? ¿Quién no ha oído citar el canto de Lelo? El de Altobiscar resultó apócrifo; no ha mucho que murió su autor, Mr. Duhalde; el de Lelo, excepto la primera estrofa, lo creo apócrifo. ¿Qué hay de la guerra cantábrica?

Escribe el historiador latino Floro en el libro IV de su *Epítome de Historia romana*: "Al occidente fué pacificada casi toda España, menos la que situada en la citerior, en los últimos Pirineos, es bañaad por el océano. Aquí dos tribus poderosísimas, los cántabros y los astures, se revolvían libres del imperio. La tribu de los cántabros es la peor y más fuerte, y fué la más pertinaz en rebelarse, pues no contentos con defender su libertad, procuraban dominar a los vecinos y fatigaban con frecuentes excursiones a los vacceos, curgonios y autrigones. Fué, pues, la expe-

dición recibida por éstos, que la pedían con empeño no mandada contra ellos"[1].

Quiere decir que la expedición fué enviada para defendernos a los vascos contra las invasiones de los cántabros, que habitaban la última parte del Pirineo. A esto queda reducida la tal guerra.

Si Dios me da salud y tiempo, quisiera barrer, con ayuda de todos aquellos que no tienen la venda de la pasión ante los ojos, la máquina formidable de quimeras y fantásticas invenciones con que han echado a perder una historia sencilla de un pueblo cuya gloria es el ser pacífico, morigerado, laborioso y libre. Aitor, Lelo, Lecobide y hasta Juan Zuria y la batalla de Arrigorria son, o hechos totalmente desprovistos de fundamento, o hechos muy problemáticos que no se pueden dar por rigurosamente históricos.

¿Cuándo entraremos en el período crítico? ¿Cuándo daremos de mano a los entusiasmos patrios faltos de medida y dejaremos para siempre el período infantil en que los pueblos buscan en sus orígenes y antigüedades misterios, grandezas y quimeras? Lo pasado es pasado; busquemos glorias para el porvenir. Ante todo y sobre todo más historia y menos leyenda, más crítica y menos poesía; cada cosa es de su lugar y tiempo; cuando a pensar, pensar; cuando a imaginar, imaginar.

(*Revista de Vizcaya*. Bilbao, 1886, año I número 11, 1.° de abril, págs. 399-404.)

---

1 *"Sub occasu pacata fere omnis Hispania, nisi quam Pyrenei desinentis inhaerentem citerior alluebat oceanus. Hic, duae validissimae gentes, cantabri et astures, inmunes imperii agitabant. Cantabrorum es peior et altior et magis pertinax in rebellando animos fuist, qui non contenti libertatem suam defendere, proximis etiam imperitare tentabant, vacceosque et curgonios et aurigones crebris incursionibus fatigabant. In hos igitur qui vehementius agere nuntiabatur, non mandata expeditio, sed sumpta fuit. (Florus,* libro IV.)

# MAS SOBRE EL VASCUENCE

El señor Escriche [1] ha hecho algunas atinadas observaciones a mi trabajo sobre el elemento alienígena en el idioma vasco, extrañando que guarden silencio personas competentes. Esto a mí no me extraña.

No creo que mis apreciaciones redunden en menoscabo del vascuence. Es menester someterlo a crítica, pues no basta entusiasmarse ante él, acaso irreflexivamente. La mayor prueba de cariño es estudiarlo y perfeccionarse en él. Conforme lo vayamos conociendo mejor, aparecerá menos excepcional y misterioso.

Que haya resistido el vascuence al choque y roce con otros pueblos, nada de muy extraño es, tratándose de un idioma de estructura enteramente distinta de aquellos idiomas con quienes ha estado en comercio y de un pueblo cerrado por mucho tiempo en sus montañas. Lo mismo ha resistido el bretón, el welsche y el gaélico. Además, la conservación es relativa, pues ya mostré el número grande de vocablos alienígenas que ha admitido en su seno.

Ciertísimo que las tradiciones y cantos populares pueden aprovecharse para fructuosas comparaciones. Me alegro infinito que se haya establecido el Folklore

1 Tomás Escriche y Mieg, "El vascuence", en la *Revista de Vizcaya.* Tomo I, núm. 11, de 1.° IV. 1886. P. 392-398.

Vasco-Navarro, al que deseo una prosperidad que temo no alcance. Así veremos qué es verdadero y qué es fingido y cuáles son las genuinas tradiciones del pueblo vasco. Mr. Michel y Wentworth Webster han hecho algo en este sentido. Muchas de esas supersticiones y consejas son las comunes a los pueblos latinos y aún puede decirse que europeos. Los folkloristas han recogido en Andalucía, Castilla, Galicia y Cataluña abundantes canciones populares, y yo, recorriendo este país, he sido testigo de un curioso hecho. Los domingos por la tarde se reúnen en las aldeas las muchachas a solazarse bailando mientras una compañera canta acompañada de la pandereta, y lo bueno es que cantan coplas castellanas, muchas veces sin entender lo que dicen.

Entro en el meollo de las observaciones del señor Escriche. Los puntos controvertidos son tres: 1.° Perfección relativa de los idiomas; 2.° Si el vascuence es mejor o peor que el castellano, y 3.° Causas de su decaimiento.

Perfección relativa de los idiomas. Distingo una perfección propia de cada género, y así todo ser es en su género perfecto y una perfección relativa. Esto lo di a comprender, aunque de paso, en mi trabajo. El pueblo hace el idioma y el idioma el pueblo; son como el órgano y la función; así es que ni el pez respira en el aire ni el cuadrúpedo en el agua. Lo mismo sucede con los idiomas; por esto afirmé, y me ratifico, que todo idioma es el mejor para el pueblo que lo habla. Como hay pueblos más cultos que otros, hay idiomas más perfectos y acabados. Creo que en esto nos entenderemos. Si yo me expliqué con alguna ambigüedad, por lo menos esto quise decir. El señor Escriche dice que el griego clásico y el latín son más grandiosos que los actuales idiomas europeos. Créame que no le entiendo bien y que tengo la debilidad de creer que los actuales idiomas neo-latinos son más

perfectos que el latín, y el griego moderno lo es más que el clásico, y no lo digo por la belleza que es cosa secundaria. Respecto al alemán, que yo conozco un poco, creo que excede a nuestro castellano en facultad de composición, pero no con exactitud, y acaso sea porque el alemán que yo conozco es el endiablado de Kant y Hegel. Esa misma facultad de composición da a los compuestos vaguedad.

Creo que sobre este punto estamos acordes.

Segundo punto. Si el vascuence es mejor que el castellano. Aquí no podemos entendernos, porque yo respondo categóricamente: no. En primer lugar, a mi juicio, un idioma aglutinante no puede nunca ser tan perfecto y claro como uno de flexión. La perfección de los idiomas consiste en simplificar los medios, en pasar de la expresión sintética a la analítica, como el castellano ha hecho sustituyendo a los casos latinos las preposiciones, y a su llamada voz pasiva, el uso del auxiliar. Yo creo que la perfección consiste en pasar de la aglutinación a la flexión, y de ésta, a la expresión analítica.

El que las personas que conocen el vascuence se expresan en él con preferencia al castellano, nada significa, a mi juicio; yo también lo uso algunas veces. Vaya el señor Escriche a nuestras villas-pueblos y oirá la mezcolanza lamentable que hacen de castellano y vascuence, cortando conversación en uno de éstos para intercalar frases del otro.

La facilidad (relativa) que hay en el vascuence para formar compuestos sólo ha servido para que los euscaristas entusiastas hayan creado un dialecto literario y bastardo que a duras penas entiende el vascongado que no se inició en él. Se da el caso de que poesías insertas en la revista *Euskalerría* tengan que llevar al pie un pequeño vocabulario. No ha mucho se publicó un diccionario, tan voluminoso como deficiente y malo, al cual, si sobran más de una mitad de vo-

cablos, fáltanle otros tantos que me comprometería a añadírselos.

Las perfecciones del vasco, según los euscaristas, son, entre otras, su riqueza de formas gramaticales, cualidad propia a todos los idiomas poco perfectos y en que aventajan al eusquera las lenguas polisintéticas de los indígenas americanos. En nuestro castellano, con menor número de formas, nos damos a entender, por lo menos, tan bien; ¿no es ésta la verdadera perfección, simplificar los medios? Hay vascófilos que en todo ven perfecciones; tiene el vascuence un *i, eu, tú;* un *zú,* tú más respetuoso (literalmente vos); un *berori,* como si dijéramos entre merced y señoría... ¡Perfección! Tiene un dialecto en el verbo tratamiento masculino y otro femenino... ¡Perfección! No tiene géneros... ¡Perfección! Y si no hubiera nada de esto, por no haberlo... ¡Perfección! Si sale con barbas, etc.

Respecto a la suavidad, flexibilidad y demás cualidades estéticas, su apreciación es puramente personal. Cuando uno domina un idioma, percibe sus bellezas (que todos las tienen más o menos); cuando no le entiende todo se le antoja duro e inarmónico. A los vascongados nos parece dulce y suave, a los que no lo poseen les parece un insoportable *chicheo.* "En vascuence, me decía un amigo de Madrid, todo se os vuelve *chipi chipichea*".

Dejo este punto sin haber hecho más que tocarlo ligeramente, porque espero volver a él en otra ocasión.

Llego al último punto, la decadencia del vascuence. "Sucumbe, dice el señor Escriche, acaso más al abandono de los suyos que al encarnizamiento de la lucha". Una cosa y otra son la misma: los suyos le abandonan vencidos en la lucha. El aldeano sencillo, libre de entusiasmos *románticos* y de imposiciones de toda clase, lo que desea es que le entiendan, aprende castellano y se cuida poco de no dejar olvidar el vas-

cuence. El abandono no viene de arriba; viene de abajo y de fuera. En los pueblos algo urbanizados se habla un vascuence que no es vascuence. Se quiere darle vida y se le da esa raquítica de una literatura falsa, fría, prosaica y estéril de nacimiento, en que brillan como gigantes entre pigmeos Vilinch e Iparraguire. Hay muchos, pero muchos, que quisieran saber vascuence; pocos, muy pocos, que quieran tomarse el trabajo de aprenderlo. Es claro, ¡dicen que es tan difícil!, ¡tiene tan poca aplicación!...; decididamente vale más aprender inglés para que los ingleses de Inglaterra no nos entiendan. El renacimiento euscárico tropieza en el positivismo práctico de la masa del pueblo vasco. Hay algunos que se eximen; pero con zortzicos, banderas, lamentaciones jeremíacas, quimeras pseudohistóricas, juegos florales y cultivo de estufa, nada se hará. Hay un dato muy curioso; por hoy me lo callo. Al vascuence le queda y quedará un grande interés científico: lo cultivarán los Bonaparte, Vinson, Van Eys, Ribary, etc.; pero ¿el pueblo? No lo espero. Como lengua oficial, no puede usarse: habría que inventar giros y frases que nadie entendería; verdad es que yo, sabiendo algo castellano, apenas entiendo la jerga oficial.

Termino dando las gracias al señor Escriche, porque yo aprecio en mucho el que critiquen mis opiniones y me hagan pensar en ellas. Individualmente cultivo el idioma vasco: no me empeño en propagarlo, porque tengo otras cosas que hacer y porque considero esta propaganda infructuosa e inútil. Me importa poco que hablemos vascuence, castellano o lapón; lo que deseo es que nos entendamos, cosa que por desgracia no sucede.

(*Revista de Vizcaya.* Bilbao, año I, número 12, 15 de abril de 1886, págs. 422-426. Reproducido en *Laurac-Bat.* La Habana, núm. 32, 10 de enero de 1887.)

# EL DIALECTO BILBAINO

## (R. I. P.)

Yo no alcancé más que a sus postrimerías; mejor me será decir al entierro de sus despojos.

Cuando llegué al mundo, ya el dialecto bilbaíno se estaba despidiendo de él. Pude, sin embargo, conocerle un tantico, y le guardo todo el respeto que se merece.

Ya para entonces era mísero esqueleto entre los mayores; pero los niños, menos expuestos al roce y vaivén de gentes extrañas, conservan por más tiempo los rasgos característicos del pueblo en que nacieron.

Hoy se habla en Bilbao como en cualquier otro pueblo de España, ni peor ni mejor, y es inútil que me lo nieguen, porque no les creeré; repito que como en cualquier otro rincón español. Aquí, nuestras cosas; allí, las suyas.

El castellano de gramática y diccionario, el habla pulida, culta, lamida y relamida, ni se usa aquí ni en parte alguna, que yo sepa. Habla cada cual a la pata la llana y como mejor se dé a entender; está nuestro idioma en crisis, y es seguro que de aquí a algún tiempo no lo ha de conocer ni la madre que lo parió.

Por eso no lloraré; me gusta más nuestro actual castellano de aluvión que el de nuestros clásicos.

Aquí, en Bilbao, aparecen ya pujitos flamencos, ¡por cuanto vos!, y tenemos hasta nuestro chulo de boina a un lado dejando lucir un alborotado mechón. Va desapareciendo el seseo, y más de una vez he oído, al pasar por junto a los que pasean en la plaza Nueva esperando les llegue la hora del trabajo (los días de lluvia), algún soberbio *nesecita.* Hasta las calles tenemos empedradas con *loza.*

El lenguaje es el alma del individuo y del pueblo, y no quiero remachar en tema ya tan cursi y resobado.

El bilbaíno es hablador, según mi cuenta. Que Dios nos conserve ese don, porque es preocupación vulgarísima tener a los grandes pensadores por gente callada y taciturna. Esos son los pensadores artificiales y de relumbrón, espíritus de alfeñique. Las grandes penas cierran la boca, porque en ellas el sentimiento vela la imaginación y la inteligencia. Me quedo con los habladores.

El bilbaíno es hablador, y san se acabó. Negociante siempre, aunque hable mucho, es para decir mucho, bueno o malo, redundancias y pleonasmos al quinto infierno. Este fué el principal carácter del dialecto bilbaíno, y éste sigue siendo el de nuestra *manera.* Si por ahí habláis de un libro, os contestarán: "Ya lo he leído". Aquí con un "ya he leído" despachamos. ¿Qué cosa más breve, lacónica y expresiva que aquel *¡Sinsorgo! ¿á chuchu de chirloras sospales también t'arrapas, eh?*

Junto a esta tendencia, existe la contraria, y esto es natural; lo pide la ley del equilibrio. Lo que por una parte quitamos, lo añadimos por otra; así somos los hombres.

De *pie* y *diez,* que son monosílabos, hacemos *píe* y *diez* disílabos; pero, en cambio, ni más que la plaga

nos harán decir *país* y no *páis*. Sobre todo, el recargo de los *yas* es perejil de todas las salsas: *ya ha venido, ya..., ya sabes, ya...,* etc. ¿Hay algo más redundante que un *allí t'estábamos reir que te reir?*

En trastrocar acentos, Dios nos perdone, y ayúdenme ustedes a sentir. No tienen más que repasar en la memoria aquellos deliciosísimos versos que empiezan: "¡Ay que risas te hisimos!" y verán aquel "tocando la marcha íbamos" y demás que me dejo en el tintero. La verdad es que todo esto es muy *sélebre.*

Lo primerito que a cualquiera ocurre a las mientes, por muy topo que sea, es que estando Bilbao, en país vasco y siendo el núcleo y fondo de esta villa vascongada, ha de haber en el tal dialecto influencia euscárica. Mucha, sí; no tanto como pudiera parecer.

Yo sostengo que el dialecto bilbaíno fué una espontánea y fresca eflorescencia de nuestro espíritu, que un renuevo castellano injerto en vascuence.

Influencia vasca había, y mucha, sin embargo. Esos *yas* de que hablaba no son más que el *ba, bayba* con que salpica su conversación todo genuino y neto euscalduna. En el vocabulario, lo más granadito era de cepa euscárica; nadie olvida el *barragarri, sensumbaco, chirlora, quiliquili, momorro, moscorra,* etc., etc. En giros teníamos el *haser risas,* literal traducción del vascuence *barreguin, haser mañas, haser chis* y todos los afines, parientes y comarcanos

Un amigo mío, ribeteado de filólogo, y de lo fino, atribuía a la influencia euscárica el desuso de la primera forma del que llaman imperfecto de subjuntivo (con perdón), pues aquí se dice: "si yo tendría... compraría"; "si habría...", y no si tuviera o supiera. Que se lo cuente a la Real Academia y le vaya con esos distingos, pues ella nos ha enseñado a enjaretar en una misma casilla el amara, amaría y amase. Fíate de la gramática y no corras.

Dirán todo lo que quieran los puristas, pero a mí

me gusta oír un redondo *¡oigáis pues!* en vez de "oíd". Ello está mal hablado, pero bien dicho, o viceversa.

No pienso hacer una monografía extensa y detallada, ni sacar a luz un semivocabulario que tengo reunido; Dios me libre de tal tentación.

El señor Balaguer proponía que enriquecieran al castellano con mil frases, vocablos y locuciones traídos de los idiomas, dialectos y subdialectos españoles, y tenía razón. El más rico puede en ocasiones necesitar el dinero del pobre, y algo y aun algos pudieran dar el catalán, valenciano, bable y gallego al castellano. Del vascuence digo otro tanto. Y hasta del bilbaíno.

Les apuesto a ustedes las orejas a que no me hallan en todo el Diccionario castellano (última edición, empeorada y disminuída) algo que ni de cerca ni de lejos equivalga al *chirene*. Los ingleses se ven negros para traducir el *shocking*, y yo sudaría tinta antes de verter al castellano nuestro *chirene*. Las *chirenadas* son de aquí y sólo de aquí, y tan nuestras como de otros las *juergas*.

¡Qué lástima de dialecto que se nos fué! Era conciso, lacónico, enérgico y vivo, y mucho más vivo y enérgico al salir con aquel chocar del silbante seseo. Tengo antipatía a la zeta, y no lo puedo remediar. Por algo la han echado a la cola del abecedario. Teníamos vocablos puramente euscáricos, de los que he citado; teníamos voces anticuadas del castellano, como *remanecer* por *aparecer*, *arlote* y otras; teníamos corruptelas fónicas, como aquel delicioso *en chanchitas*, o sea en chanza o chancitas. Todo lo hacíamos *en chanchitas*. Y teníamos, para fin de cuentas, vocablos que son verdaderos enigmas: *sinsergo*, el *sélebre chirene*, un *chau* de *mansana*, una *tal* de naranja, y mil otras que no recuerdo.

Eran en su mayoría voces expresivas y que se

deslizaban entre los dientes, como nos *resbalisábamos* nosotros en el *sirinsirin.* Aún parece que juegan al *chío* en mi mollera todos aquellos vocablos clásicos, tan clásicos como los antiguos *chíneles* de chistera. Ellos (los vocablos) acuden a mi mente, se juntan y rejuntan, se dan de *bulsiscones,* caen de *buses* para volverse a levantar, y pasan al fin como pasa todo. No hay más remedio; todo marcha, y el castellano, enflamencado, acabará por *apurruchar* del todo a nuestro dialecto.

¿Qué queda de todo *aquello?* Dos composiciones literarias que yo conozca, y arruinadas memorias. La una de dichas composiciones empieza: "Ené qué chimbo, mírale". La otra es la ya citada de "Ay que risas te hisimos".

Esta última es deliciosa, y tengo la manía de creerla de verdadero mérito literario en su género. Es sobria, no exagerada, típica a no poder más, y en ella lenguaje, ideas y pensamiento son del más puro y neto color local. Es una verdadera joya, a mi entender.

El dialecto bilbaíno era fiel y exacta forma del espíritu del pueblo que le hablaba; cuando éste se ha asimilado, se ha asimilado aquél a nueva vida.

Los españoles, en general, tenemos por un sandio al que escribe "amao" y no "amado", y por un cargante al que dice "amado" y no "amao". Esta es la tendencia que, mientras encadena el lenguaje escrito, esqueleto frío, al amaneramiento gramatical, busca en el lenguaje hablado, vivo y caliente, el movimiento rítmico e incesante de la vida.

Dios me libre de maldecir, a nombre del purismo, nuestro antiguo dialecto. Mientras que en cuantas naciones en Europa cultivan hoy más o menos la ciencia filológica se recogen los modismos, los giros populares,- las corruptelas provinciales y hasta los vicios de pronunciación, y se busca con inquieto afán

en ellos leyes del idioma que escaparon al análisis somero y puramente lógico de los antiguos gramáticos, aquí, con soberano desdén, cargamos el sambenito de su ignorancia al pobre pueblo. Los tiempos han cambiado, y los que hoy pretenden ajustarse a los antiguos gramáticos insignes no pasarán de dómines.

He oído llamar feo a nuestro antiguo dialecto y a nuestro actual modo de hablar. ¡Dios nos asista! ¿Qué entenderán por fealdad las tales gentes? Si fuera cierta la doctrina estética del eclecticismo francés de que hay en el espíritu humano una forma de belleza por comparación inconsciente, con la cual declaramos esto bello y aquello no, pase. Pero sin meterme ahora, porque no son del caso, en honduras y sutilezas de la estética, sólo diré que me basta a mí, como basta a cualquiera, bucear y escarbar en los más íntimos pliegues y repliegues de mi espíritu para dar en ellos con esa forma prístina e inmutable, arquetipo de cuanto de bello me encanta. Lo bello, lo realmente bello es lo vivo y enérgico, lo sano y espontáneo, y de ningún modo los afeites y amanerados artificios, añagazas mezquinas para cubrir la vanidad de lo interno. Y no es que yo niegue la eficacia del ornato externo, no; demasiado sé que el vestido realza la forma y las flores bordan la dicción. Pero no me nieguen que era hermosa aquella expresión viva, chispeante y rápida. No me digan que tal o cual forma es más bella que la otra, porque hay rosas, claveles y violetas bellas, hay ojos negros, azules, garzos y castaños, y el decidirse por unos u otros, por éstos o aquéllos, es cuestión de temperamento, gusto o lo que se quiera.

Gustan los hotentotes que sus mujeres se agujereen el labio con palillos y huesecitos, y nosotros, ¿con qué derecho les reprochamos su gusto artístico? Así en este caso, el que no es de aquí, nutrido y alimentado

con esta savia, hecho a romper botas en la enlosadura de la plaza Nueva, mal puede apreciar todo lo que de vigoroso y bello encerraba aquel dialecto.

Diránme que es pobre belleza la belleza que sólo es dado contemplar a algunos. Esto es aquello de "mírame y no me toques", y no dejó de ser una solemne majadería la de aquel (a quien no nombro) que dijo que lo bello estaba en el mundo para gozo y regocijo de todos. ¡Menguados andaríamos con tal doctrina!

Esto va siendo largo, y quiero concluir. Deseo con ardentísimas ansias que una mano piadosa y filial recoja los esparcidos restos de nuestro alegre dialecto, los exhume de memorias olvidadizas, los reúna y los coordine y erija un sencillo monumento que recuerde lo que fué. ¿Qué queda de pasados imperios más que unos míseros restos y algunos despojos del idioma?

Nada debe despreciarse, por pequeño que parezca; pasó el tiempo de los universales; hoy se busca con amor en lo pequeño, en lo concretísimo e inapreciable, una chispita de luz.

Chocará a algunos esta manera de escribir, tratándose ¿de qué?, de cosa tan baladí como un modo de hablar peculiar, que ya dirán intitulo pomposamente de dialecto. Déjenme, por Dios, sacar a luz, aunque sea ésta escasa, algo humilde, modesto y sencillo, pero que fué expresión y forma del espíritu de un pueblo grande y vigoroso.

¡Semejantes *sinsorgos!*

Bilbao, 6 de noviembre.

*(Revista de Vizcaya.* Bilbao, noviembre 1886. Reproducido en el *Laurac-Bat,* semanario de La Habana, domingo 19 de diciembre de 1886.)

## DE ORTOGRAFIA

Si alguna enfermedad hay dominante hoy, en una pieza endémica y epidémica, es a buen seguro la manía.

Monomanías varias con variadísimas variantes y en muy rica variedad de colores, olores, sabores, tamaños y entalladuras, para chicos y para grandes, al alcance de toda fortuna intelectual y al patrón, corte y talla de toda imaginativa.

La más singular de las singularísimas monomanías es la monomanía ortográfica, digo mal, heterográfica.

No perderé el tiempo en definirla, porque huyo de la monomanía de las definiciones. Voy a citar hechos, que basta y sobra a mi propósito.

Encierra la letra X, por obra y gracia de los matemáticos, algo de misterioso y envuelto en arcano. "Esa es la equis del problema", se dice; "he aquí la equis pavorosa", y X firman todos los firmantes que no quieren presentarse al público ni gastar tiempo en inventar pseudónimos. Sin duda alguna, por este caráter sibilítico y misterioso de la X, ha caído en gracia esa letra a muchas personas, que la sueltan y disparan a diestro y siniestro, la prodigan a troche y moche, la traen y llevan de la ceca a la meca, sin ton ni son y a la buena de Dios. Estoy harto de leer y releer en periódicos, papeles y libros "exparcir", "explendor", "expontáneo", "extrago", "excéptico",

"excoger" y hasta "expecífico". Sólo falta un "expíritu" extravagante que exponga la "filoxofía" de la equis.

Y lo extraño es que se descuelgan con tales deslices quienes, aunque no otra cosa, deletrean el latín y saben que las voces que en este idioma tienen *s* líquida o inicial, como *spargere* (de aquí esparcir), *splendor, spontaneus, strages* (de donde estrago), *scepticus,* etc., se escriben y deben escribirse en castellano con *ese* y no con *equis*, y quienes no lo sepan pueden consultar con fruto la última edición del Diccionario de la Academia, que para el caso, ya que no para otros, viene de perlas. ¡Pero cuánto más bonita no es una X, con sus dos palillos cruzados, tan cuca y tan eufónica!

Para muchos es la cosa evitar a todo trance una ortografía sencilla, natural y clara, para sustituirla con otra alambicada y artificiosa. Conocí uno que sentía en el alma que en castellano se lea como se escribe, pues de este modo pierden las personas instruídas un modo de lucirse; y otro de deslucirse, añado yo. Este tal escribía (y acaso siga escribiendo) "caoutchouc", que es la más ridícula ortografía que se ha visto y se verá. Escribía así porque así leyó en libros franceses, y no le llegaba a las mientes al muy... que si los franceses así escriben es para leerlo *cauchú,* que es como nosotros, los españoles, que no necesitamos de tales zarandajas, debemos escribirlo. Es el vocablo indígena del país donde se recoge tal producto, y allí le llaman *cauchú* ("caucho", dice la Academia), necesitando los franceses *aou* para leer *au, tch* para nuestra *ch,* y *ouc* para *u*. Los franceses tomaron el vocablo de su fuente, y nosotros de los franceses, que son nuestros intermediarios en muchas cosas.

De los franceses también hemos tomado el escribir

kilómetro y kilogramo con k, ortografía absurda y falta de lógica, como ya lo hicieron notar los señores Escriche y Fernández Iparraguirre en sus *Nociones de Gramática general,* donde con razón notaban que "toda la nomenclatura del sistema métrico está hecha con el más completo desconocimiento de las lenguas griega y latina".

Hay en griego una letra llamada *ji* o *chi,* que transcribieron los latinos por *ch,* y nosotros, en los buenos tiempos en que enriquecíamos nuestro idioma directamente de la fuente y no por medio de manantiales, por *c* o *g,* según los casos, como se ve en cristiano, cólera, cólico, cronología, escuela, quimo, quilo, químico, quimera, etc. La palabra griega de donde procede el primer componente de las voces kilogramo y kilómetro (debían ser quiliogramo, quiliómetro) se escribe en griego con dicha *ji;* ¿no es, pues, lógico y natural escribir quilómetro como química? Natural y lógico sí es, pero galicismo no. Cierto que aun en francés es ilógico escribir *kilomètre* cuando escriben *chimie, chiromance, chrétien* y demás voces de análogo origen. Pero, yo no sé por qué, muchos se las pelan por las kaes, pehaches, íes griegas y demás de la familia.

No quiero dejar la ka; vaya otra observación. El antiquísimo idioma vascongado no era hasta hace un tiempo, relativamente reciente, más que idioma hablado, y no escrito; por lo menos, que sepamos. Cuando empezó a escribirse en él, se hallaron con que no tenía ortografía alguna, como idioma que había sido puramente hablado, y los autores se dieron cada cual a fantasear lo que mejor les pareció.

Don Juan Antonio Moguel, autor del inimitable *Peru Abarca,* repugnaba la *h* y la *k,* de que los vascos franceses usaban y hasta abusaban, y sentaba que "la buena escritura debe conformarse con la pronunciación". En un estado anárquico se hallaba la orto-

grafía vascongada cuando el malogrado Manterola puso orden, proponiendo establecer una ortografía "convencional" (precisa fijarse), pero lógica y sencilla, como basada en el racionalísimo principio de dar a cada sonido una letra, a cada letra un sonido...

Para el sonido gutural fuerte excogitó la *ka,* porque la *ce* tiene la dificultad de que se nos resistiría leer *ce, ci* como *ke, ki,* y la *g* casa mal con la *a* y la *o* *(ga, go)* y tiene el inconveniente de la *u.* Esta es la sencillísima razón de verse tanta *k* en los escritos euscáricos, y no la puerilidad, como algunos suponen, de empedrarlos de caracteres raros y poco usados en castellano, que hagan parecer al vascuence extrañísimo y enrevesado idioma. Sirva esto de satisfacción a los que me han preguntado repetidas veces sobre dicha *k.*

Pero esa ortografía *vascongada,* natural y lógica, no creo autorice a escribir, cuando lo hacemos en castellano y con ortografía *castellana* por ende, euskara y euskalduna, y euscara y euscalduna (el vascongado eúscaro nada significa) y mucho menos la pedantería de "Gatika", "Mundaka", "Gernika", y otras puerilidades infundadas. Estos nombres locales se escriben y *se deben escribir* en *castellano* como hasta aquí, por la razón potentísima del uso, como escribimos Londres, Amberes Burdeos, y no London, Antwerpen ni Bordeaux.

Dicen que son nombres euscáricos y *se deben* escribir con k. Lo verdaderamente euscárico es el sonido, la palabra hablada, y el carácter gráfico *k* es tan poco euscárico como *c* o *g;* y si en vascuence se escribe con *k* es por someterse a una ortografía "nueva y convencional", que es sencilla y lógica. No necesitamos de tales ridículas pequeñeces para distinguirnos.

Aún podría decir más de ortografía, como es la fluctuación que se observa entre "subjeto" y "sujeto",

y hasta se hallan pedantes, iba a decir puristas, que escriben "subjecto", que es la ortografía etimológica.

El querer seguir la razón etimológica, rompiendo con el uso, conduce a las veces a errores, como sucede con los que escriben "lenguage" con *g*, creyendo que deriva de "linguam" "agere", y no lenguaje, con *j*, como se escriben cuantas voces llevan ese derivativo (que tiene su origen explicado), como son arbitraje, pillaje, ropaje, maridaje, pilotaje, embalaje, etc.

Hay dos ortografías teóricas y una ortografía práctica. Las teóricas son la etimológica, que en ciertos límites usan portugueses y franceses, quienes escriben "mythologia", "mythologie", "philosophia", "mysterio", "psychologie", y así el resto; y la ortografía práctica, la mejor y más sencilla, a la que nos acercamos los españoles, y que es la usada generalmente por los escritores en idioma euscaro.

La ortografía práctica es la del uso; de ésta nos servimos en castellano; tiene por norma y principio el uso de los buenos escritores, y debe ser clara y sin ridículos arreos. Ateniéndonos al uso, no nos equivocamos, y aunque nos equivocáramos, vale más, porque alcanza menos responsabilidad hacerlo colectiva que individualmente.

No ocurriéndome por hoy más a las mientes, doy esto por terminado y me despido.

Bilbao, 28 de noviembre [1886].

(Hoja literaria de *El Noticiero Bilbaíno*. Hoja 341. Bilbao, 13 diciembre 1886. Número 3, 783.)

# ESPIRITU DE LA RAZA VASCA

Conferencia dada por
MIGUEL DE UNAMUNO
en la Sociedad "El Sitio"
en el día 3 de enero de 1887

BILBAO

"Téngase en cuenta que los vascos son para España lo que para Francia los bretones. No siguen el movimiento político del resto de la nación; están por el antiguo régimen. En lo que va de siglo han sostenido dos guerras ya por don Carlos que representa el absolutismo y la unidad religiosa.

Duró la primera nada menos que siete años: del 33 al 40; ha durado la segunda cuatro: desde el 72 al año en que escribo. Vencidos, se trata actualmente, no de arrancarles sus fueros, pero sí de quitarles la exención del servicio militar y los tributos. ¿Serán porque se los quiten más españoles? ¿Participarán más de nuestras ideas y de nuestros sentimientos? ¿No será resultado natural de la diversidad de razas ese antagonismo que entre ellos y nosotros existe?

A poco que se combinen aquí los diversos criterios para la teoría de las nacionalidades, tengo para mí que se habría de estar por la independencia de los vascos. ¿Lo consentiría España?"

(Son palabras de don Francisco Pí y Margall, en el capítulo X del libro primero de *Las Nacionalidades.)*

Señores:

Esta no va a ser una nueva conferencia, sino continuación de la segunda que di aquí mismo el 9 de abril del año pasado, 1886, como fué mi anterior continuación de mi primera. Yo no exijo que os

conforméis con mis ideas; no me exijáis tampoco vosotros que me conforme con las vuestras. No es una falta pensar de otro modo que como piensan los demás; es vergonzosa cobardía callar por falsos respetos, mal entendidos.

"Hay, decía Víctor Hugo, un espectáculo más grande que la mar: el cielo; hay un espectáculo más grande que el cielo: el interior del alma; y yo, que no soy Víctor Hugo, añado: hay un espectáculo más grande que el interior del alma, y es el alma de un pueblo.

Todos sabéis la historia de la redención del hombre por el hombre, el drama del 93, la Revolución francesa. No eran allí los hombres más que brazos del monstruo de mil cabezas, que al despertar de su atonía larga, ruge, se revuelve y salta, siente el comezón del hambre, hambre de justicia, y sacudiendo su melena se arroja sobre el descuidado domador, le tritura y masculla a dos carrillos; la sangre, mezclada con los espumarajos de la baba, le corre por el pecho, y cuando se harta de pasto humano, se recuesta jadeante, siente el sueño del hartazgo y espera dormido a un nuevo domador. Lo que cada cual no haría, lo hacen todos. Este es el pueblo.

Francis Galton toma retratos en posición análoga de hombres de distintas razas, los proyecta con ayuda de linternas sobre un mismo cuadrante, las diferencias se borran y aparece el tipo específico del hombre. Por el mismo procedimiento se obtiene el tipo de la familia y de la raza.

En las grandes conmociones los arroyos se absorben en el mar; los individuos, en la masa; cada hombre es un número, y del choque y concurso de las almas brota el alma del pueblo, encarnadura de la nuestra, masa de nuestro espíritu. Los hombres piensan, sienten y obran juntos de muy distinto modo que aislados.

Y es porque el espíritu, como la tierra, está forma-

do de muy distintas capas, más uniformes en todas las primarias, más heterogéneas las últimas. En el último fondo de nuestra alma duerme el animal, que a veces se despierta y nos da las horas más dulces y las más borrascosas de la vida; sobre él, el hombre primitivo y salvaje que se nutrió a los pechos de una desabrida madrastra, la naturaleza; sobre éste, el espíritu de la raza; sobre la raza, la tribu; sobre la tribu, la familia, y sobre la familia, el tan cacareado yo, lo más superficial y vano, sombra de sombra levísima, que se cree árbitro y es juguete y resultado del animal, del salvaje, de la raza, de la tribu y la familia.

Los psicólogos de la antigua cepa no hicieron apenas más que perderse en inútiles y vanas controversias sobre el verbo impreso y el verbo expreso, las potencias y su objeto, la simplicidad y la espiritualidad, cuestiones que o son pugilato de palabras, o se salen de los límites del conocimiento humano. Mal que pese a quien pesare, yo creo poder declarar que la psicología como ciencia data de este siglo. Las ciencias naturales, absorbiéndola, la han hecho progresar. De hoy son la psicología del niño, la del loco, la del criminal y el idiota, la de los animales, la del salvaje y, finalmente, la de los pueblos.

Ese espíritu colectivo de que os hablaba es lo que llaman los psicólogos alemanes con vocablo expresivo e intraducible *Allgeist,* el espíritu total, que recuerda en cierto modo la razón impersonal, la misma en todos, del filósofo árabe-cordobés Averroes, renovada por Cousín y el panteísmo, y que no es otra cosa más que nuestro sentido común. Waitz, Stheintal y Lazarus inauguran en Alemania la psicología de los pueblos; en Inglaterra tenemos preciosos datos sobre la de los pueblos salvajes, debidos en su mayor parte a los trabajos eruditos y sagaces de sir John Lubbock y Tylor. En Francia siguen la corriente Gobineau, Clemencia Royer, Taine y otros.

Bueno me será citar antes que a ellos a un médico-filósofo de raza vasca, de mediados del siglo XVI, el doctor Juan de Huarte, natural de San Juan de Pie del Puerto, encarnación del buen sentido de nuestro pueblo, hombre apegado al suelo, que vislumbró a Gall y a toda la escuela de psicólogos fisiologistas, y uno de los filósofos españoles que más fortuna ha alcanzado fuera de España. Hacía depender el espíritu del temperamento y el temperamento del clima, y establecía paralelos entre las razas.

El hombre es hombre en todas partes, pero en todas diferente. Desde el germano solitario, hijo de los bosques y las brumas, cuyo espíritu saborea a solas el rasgo humorístico, amargo y agradable como a su paladar la cerveza, y que en su alma lleva toda su patria, media un abismo al latino expansivo, hijo de la campiña bordada por el mar y del cielo sereno, que celebra la fina sátira, dulce y picante a su espíritu, como a su paladar el vino generoso, y cuya alma está perdida en su patria. De Swift a Quevedo hay un mundo. El latino es más sereno y tranquilo, bajo su aparente volubilidad, que el germano, bajo cuya corteza de sangre flemática bullen todas las violencias de selvático bárbaro.

Ahí tenéis al chino y al japonés; son hermanos y, sin embargo, qué diferencia del chino, enervado y servil, pieza de ajedrez que se mueve por máquina en las sabias combinaciones de su paternal absolutismo, cuya única preocupación, según el padre Huc, es no comprometerse, al japonés, activo e inteligente, vigoroso y artista.

Hay hombres que representan una raza: la germánica, que construye mundos con ideas, Hegel y Goethe; el genio francés, metódico y positivo, Descartes y Condillac; el espíritu inglés, mezcla del germano y el latino, Shakespeare y Carlyle, Spencer y Stuart Mill. Y, finalmente, el genio vasco, pueblo juvenil

en una civilización adulta, que convierte las ideas en fuerza, el pensamiento en lucha, Sebastián Elcano e Iñigo de Loyola.

Un grande escritor ruso, Juan Tourguenef, ha caracterizado con dos creaciones al germano y al latino: aquél, Hamlet; éste, Don Quijote.

Si hay un espíritu fuerte, señores, es el espíritu de raza, sangre de nuestra sangre, jugo de nuestro jugo. Espíritu que se pudre si se le aisla, se irrita si se le comprime, y que dejándole a su albedrío, vendrá al fin a hacer que así como el hombre busca en la mujer y en el hombre la mujer lo que les falta, formando el verdadero individuo humano que decía Michelet, vendrán unas razas a completar a otras y completarse en ellas, y a formar en un abrazo íntimo la gran familia humana que ha de inaugurar el reinado del espíritu.

Nadie tiene que renunciar a lo propio para gozar de lo ajeno; la integración viene después de la diferenciación; la división del trabajo es anterior a la asociación cooperativa. Esos unitaristas que sueñan con la unidad impuesta de la fuerza, son los que quieren hacer crecer el árbol a tirones, e impiden con su torpeza lo mismo que van buscando. Queriendo precipitar, retardan. Son como el inexperto cirujano, que por encajar de prisa un hueso deja una articulación falseada; no queda a las veces más remedio que dislocarlo de nuevo para tornar a ajustarlo.

No hace mucho, señores, que en un importante centro científico un poeta quiso razonar contra el regionalismo, y sintió el espíritu regionalista. La capa superficial de que os hablaba pretendió guiar su mente contra sentimientos que dormían en su alma, y la capa íntima se revolvió en convulsión violenta; queriendo denigrar al regionalismo, hizo el más cumplido elogio de él. El poeta habló más alto que el pensador,

porque es un hecho que siempre fallan el filósofo, cuando poetiza, y el poeta, cuando filosofa.

Yo amo a la patria común con el amor ideal de un espíritu que busca la armonía, con amor nacido al leer su historia, y amo a la patria de campanario con el amor real que busca la médula del alma, con amor que nació conmigo.

Hablar de raza española es no saber lo que se dice. Iberos y vascos, celtas y fenicios, griegos, romanos, suevos, vándalos, alanos y selingos, godos, árabes, moros, sirios, judíos, hasta gitanos y mil otras razas han buscado el calor del sol de España y los frutos de su tierra. Tenéis aquí al vasco; en Galicia, al celta; al romano, en León; al griego, en Valencia; al árabe y morisco, en Aragón y Andalucía, y en todas partes, gotas de todas estas sangres, ideas de todas estas razas.

Es hermoso, grandilocuente y sonoro el idioma castellano, idioma que lo mismo requiebra que alienta a la pelea; pero es suavísimo el bable; vigoroso, el catalán; el andaluz, muelle y gracioso; vivo, nuestro euscara, y melancólico y dulce, el gallego, esa, como ha dicho uno de sus poetas:

*Lengua enxebre en qu'as anemas dos mortos*
*N'as negras noites de silencio y medo*
*Encomendan ôs vivos as abrigas*
*Que ¡mal pecados! sin cumplir morreron*
*Idioma en que garulan os paxaros*
*En que falan ôs anxeles a os nenos*
*En qu'as fontes marmullan o solouzan*
*Entr'os follosos álbores os ventos.*

Si por dialecto entendéis lengua nacida de otra, ni el gallego, ni el bable, ni el catalán, ni el vascuence son dialectos del castellano. Vivía larga vida el vascuence, entonaba endechas el gallego, animaba los puertos levantinos el vigoroso lemosín cuando todavía el castellano balbuceaba en los poemas del Cid y el de Alexandre.

El hombre piensa con palabras. Tesis es ésta que indicó en la Edad Media Roscelino, y en nuestros días ha desarrollado el psicólogo inglés Lewes. El lenguaje es la raza, pero ni la raza hace al lenguaje ni éste a aquélla; son como el órgano y su función: ni la función crea el órgano, ni el órgano crea la función: ambos son efectos del medio ambiente obrando sobre la interna plasticidad. Nada diferencia más al espíritu de una raza que su idioma, y no es que no podáis objetar algo a esto. Los celtas del país de Cornualles hablan inglés, y los judíos del Austria meridional consideran al castellano como su lengua sagrada; los lapones y los fineses en Europa, los melanesios y papúes en Oceanía, tienen la misma lengua y son esencialmente diferentes. El eslavón se extinguió en 1683 en Prusia, donde cinco siglos antes no se conocía el alemán; los galos fueron vencidos por el espíritu romano; los normandos, por el francés e inglés; los waregos, en Rusia, y los francos, en Galia. Todos estos hechos y otros que me dispenso de citar prueban que la raza lingüística no es idéntica a la fisiológica, pero nada prueban contra la proposición que he sentado, que el lenguaje es el espíritu de la raza. Esas son razas cuyo espíritu se ha enajenado, razas en el cuerpo, no razas en el alma.

El idioma vasco señala las diferencias de la raza que le habla para con las demás, por sus diferencias con los demás idiomas. Todos habréis oído hablar de la rara perfección del eusquera, de su riqueza de formas, de su exuberante vegetación. Es preciso que nos entendamos. Hay, a mi juicio, dos perfecciones en los idiomas, que en cierto modo están en razón inversa, en cuanto el lenguaje es órgano del conocimiento espontáneo y vulgar, y en cuanto lo es del reflejo y científico.

Los idiomas antiguos eran más perfectos para la expresión de lo real, del sentimiento que brota, del

instinto que salta, para la poesía épica, para lo concreto y sus matices. Los modernos lo son más para lo ideal y lógico, para la razón que inquiere, para la lírica que expresa el sentimiento alambicado y reflexivo, para lo abstracto y sus formas; los antiguos eran sintéticos como la realidad, que es una gran síntesis; los modernos, analíticos como la ciencia, que es un grande análisis.

El idioma vasco es rico en inflexiones que expresan imperceptibles matices de la realidad; pobre, pobrísimo en voces y giros que expresan los sutiles derroteros de lo ideal. Nuestro espíritu tiene ancla; si le levantan por un momento, luego cae de las nubes de la abstracción y viene al suelo. Por eso somos tardos en concebir y convencernos, prontos en ejecutar. Somos un pueblo antiguo en una vestidura moderna, con las ideas recibidas del adulto y el espíritu del joven.

Si algo influye en la raza es el medio ambiente. Somos un pueblo montañés y costero; las montañas que se elevan macizas al cielo sin despegarse de la tierra y el mar que bate incesante nuestras costas han formado nuestro espíritu.

Recuerdo cuando hice un viaje a Sevilla el efecto que me produjo a mí, hombre del norte y de la montaña, el campo de Andalucía. El cielo estaba sereno y limpio, pero desde aquí, visto al través de las nubes, si no se le ve, se le adivina, y es más hermoso lo que se adivina que lo que se ve. El suelo fertilísimo allí, olivos, tras los olivos aceitunos, tras los aceitunos olivos y de cuando en cuando pita e higos chumbos. Se perdía la vista en aquella floreciente llanura, pero yo echaba de menos estos montes que guardan como en una caja mi corazón. Allí el cielo aplasta al hombre, la naturaleza le ahoga, su alma se ensancha, esfuma y pierde en la inmensidad; aquí, subidos a las montañas, tenemos bajo los pies el mar

que sueña y la tierra que duerme, el alma entre las encañadas se recoge, concentra y espesa; allí, desde el campanario de un pueblo se ve el del otro; aquí los montes dividen a los pueblos. El montañés, hecho a subir y bajar, a trepar y deslizarse, teniendo murallas naturales y el terreno por defensa, es terco, con la santa terquedad de su independencia. La montaña nos ha hecho amantes de la primitiva libertad y prontos a turbar nuestro suelo con discordias. El mar, aventureros y expansivos, recios y flexibles. Si Bjorni con sus normandos descubrió ya en 987 la América, los balleneros vascos se corrían hasta los bancos de Terranova antes de arribar Colón. Hoy hay vascos en todas partes, y la médula de nuestro espíritu es levadura de pueblos a los pies de los Andes.

El cielo brumoso y la tierra ingrata han hecho al vasco tardo, pero seguro; poco imaginativo, pero de grande sentimiento; mediano poeta, pero inmenso corazón.

"Si los pueblos sin historia son felices, felicísimos han sido los vascos durante siglos y siglos", ha escrito Cánovas. La historia del pueblo vasco ha sido la historia de un pueblo individualista, unas veces luchando por su independencia, mil veces vencido, no domado; obedecía, pero no cumplía; y cuando no luchábamos con los de fuera, luchábamos con los de dentro; la historia de las guerras de bandería, las famosas machinadas y nuestras luchas civiles intestinas son hechos que se eslabonan y revelan un espíritu primitivo, belicoso y levantisco. Yo era uno de los que creían al pueblo vasco esencialmente pacífico, pero hoy rectifico mi juicio. Lo que hay es, que el espíritu belicoso, que late con fuerza en todo aquél, pegado todavía, como el nuestro, con fuerza a la rudeza primitiva, se va transformando en otra tendencia afín, en el espíritu arriesgado y osadísimo para las empresas mercantiles e industriales, porque

si lucha por la existencia es la guerra de las armas, lucha es también por la existencia la guerra de la industria. Si no hubiera sido por ese espíritu, no conservaríamos nuestra alma independiente, nuestro fiero individualismo; en la historia humana, los pueblos belicosos son los que sobreviven; el primer elemento civilizador ha sido la guerra: Roma devoró a Cartago.

Voy a hacer un rápido estudio del espíritu vasco, uno en su variedad y en lo que tiene de uno. Que hay diversidad, no cabe duda; del vizcaíno al guipuzcoano, cualquier ojo experto ve la diferencia; el vizcaíno es más sólido, más macizo, ancho de espaldas y no tan alto; el otro es más flexible, más ágil, más alto también; el vizcaíno, más serio y tardo para pensar, más tenaz una vez tomada una determinación; el otro, más alegre y lijero de cascos, más expansivo y variable; pero en el fondo somos lo mismo.

Desde Sulzer, Mendelssohn y Kastner, y otros que antes de Kant dividieron el espíritu en inteligencia, sentimiento y voluntad, esta división tripartita, aunque artificial como toda división, se ha hecho clásica. A ella recurro, pues, e indicaré mis reflexiones sobre la inteligencia, el sentimiento y la voluntad del espíritu vasco.

Empiezo por la inteligencia. Es un hecho, observado por muchos y que sería mal entendido espíritu patrio el negar, la escasez de grandes pensadores, de vigorosas inteligencias en el país vasco, como es otro hecho que no me negaréis la escasez de grandes propietarios, poseedores de vastas extensiones de terreno. A cada pueblo la fuerza de las cosas ha hecho que le toque una correspondiente cantidad de terreno y de inteligencia; en los unos está mal repartida, hay dos o tres grandes propietarios y muchos braceros que se mueren de inanición, tres o cuatro inteli-

gencias que marcan mojón en la jornada de la historia y un hormiguero de gentes rutinarias y vanas, de entendimientos mortecinos. Estos son los países del absolutismo y de la casta, de los explotadores y los explotados.

Hay otros pueblos en que la inteligencia se reparte como la propiedad, y como a todos toca, ninguno se lleva el premio gordo. Son los pueblos de la democracia y de la santa independencia, y de éstos es el nuestro. Aquí faltan grandes pensadores, vigorosos genios que encaucen la opinión, poco encauzable, pero el nivel intelectual medio es satisfactorio. Otros nos aventajan en el máximum y el mínimum; dudo que muchos nos aventajen en el medio.

Un médico español que estuvo en Berlín hace algún tiempo, y desde allí dirigía interesantes correspondencias a un diario de la corte, hacía notar la rara desproporción física que allí observaba: ahora un hombrachón robusto y mofletudo, luego un muñeco enteco y canijo; aquí un hércules, allí un contrahecho. Como lo físico es lo intelectual; junto a esos genios creadores y vigorosos que asombran con las inmensas construcciones de su fantasía, un pueblo pesado y torpe que, con estoica pasividad, se deja manejar por un hombre y lame la mano que le acaricia al mismo tiempo que le fustiga.

Aquí, el aldeano es sagaz y prudente, nos hemos sabido gobernar por mucho tiempo sin necesidad de asombrosos estadistas ni filósofos eminentes, pero no nos podrán gobernar con teorías francesas vestidas a la española. La raza vasca no es rutinaria; es, sí, pegada a lo antiguo, tarda en pensar, pronta en obrar lo bien pensado.

Esta repartición equitativa de las facultades intelectuales prueba la tesis que sostengo, que somos un pueblo primitivo recién salido de la tosquedad prís-

tina, que acabamos de dejar por los encantos de la civilización los pechos de la naturaleza.

Hay un hecho, señores, que distingue grandemente a los salvajes y los pueblos primitivos de los amasados en la cultura y que llevan la civilización en las venas. La diferencia de la capacidad relativa del cráneo de la mujer al del hombre es mayor en los pueblos civilizados que en los que no lo están; entre los salvajes, la mujer es tan inteligente como el hombre; entre los cultos, la diferenciación se ha operado, y mientras el hombre llega a la edad adulta, la mujer apenas pasa de la infancia.

No quiero fatigar vuestra atención con datos psicológicos, fisiológicos y étnicos que prueban este aserto. Voy a mi objeto. Cuantos visitan el país vasco están contestes en afirmar que aquí la mujer vale más que el hombre. Yo, que soy de esta raza, confieso que me gustan más mis paisanas que mis paisanos.

No creo que la mujer vasca sea más inteligente que el hombre, pero lo que sí creo es que, relativamente a lo que sucede en otras partes, está mucho más cerca de nosotros, que la civilización, reciente aquí, no ha podido aún obrar sobre ella y aislarla. ¡Ojalá no lo alcance y siga a nuestro lado, progresando conforme progresamos!

Aquí nada me ocurre mejor que citaros las palabras que el gran dramaturgo Tirso de Molina pone en boca de don Diego de Haro en su drama *La prudencia en la mujer:*

*Infantes, de mi Estado la aspereza*
*Conserva limpia la primera gloria*
*Que la dió en vez del Rey, naturaleza,*
*Sin que sus rayas pase la vitoria.*
*Un nieto de Noé la dió nobleza;*
*Que su hidalguía no es de ejecutoria*
*Ni mezcla con su sangre, lengua o traje*
*Mosaica infamia que la suya ultraje.*

*Cuatro bárbaras tenga por vasallos*
*A quien Roma jamás conquistar pudo,*
*Que sin armas, sin muros, sin caballos,*
*Libres conservan su valor desnudo.*
*Montes de hierro habitan, que a estimallos*
*Valiente en obras, y en palabras mudo*
*A sus miras guardárades decoro*
*Pues por su hierro, España goza su oro.*
*Si su aspereza tosca no cultiva*
*Aranzadas a Baco, aras a Ceres*
*Es porque Venus huya, que lasciva,*
*Hipoteca en sus frutas sus placeres.*
*La encina hercúlea, no la blanda oliva*
*Teje coronas para sus mujeres*
*Que aunque diversas en el sexo y nombres*
*En guerra y paz, se igualan a sus hombres.*

El célebre naturalista francés Mr. de Quatrefages atribuye a las mujeres vascas más distinción que a los hombres. "Su rostro, dice, a la vez regular y animado; sus grandes ojos llenos de expresión, su boca casi siempre entreabierta por una sonrisa un si es no es burlona, llaman la atención del observador menos atento. Casi todas, añade, tienen las espaldas y el cuello notables por la pureza de sus líneas, y este rasgo de belleza, de ordinario tan raro, da a la aldeana más humilde algo de gracioso y noble que envidiaría más de una duquesa." Esto se refiere a lo físico, que todos podéis observar todos los días, aunque bueno será advertiros que nuestra nariz, el color de nuestro pelo, nuestra estatura han dado origen a las diversas opiniones de Mr. Cènac Moncaut, Girault de Saint-Fargeau, Moreau de Jounes, Napier, Bladé, Broca y otros. Pero todos ellos, siguiendo a Voltaire, nos hacen saltarines y danzarines. *Il saute comme un basque*, es un proverbio francés.

Voy a citar otro hecho, porque a mi entender nada mejor que proceder por hechos. Todos sabéis que el país vasco tiene fama de dar gran contingente de enfermedades mentales. Un conocidísimo y benemérito escritor vascongado pretendió hace algún tiempo desvirtuar este hecho suponiendo que parece hay aquí

más locos porque se les cuida y fuera de aquí no. No hay que culpar al vecino para sincerarnos, y ser azote de una enfermedad no es un pecado. Yo creo el hecho cierto y aventuro una explicación.

Si un hombre, por robusto que sea, tiene que recorrer en brevísimo tiempo un largo espacio, sean ocho leguas en cuatro horas, mientras otro, aunque más débil, tiene ocho horas, es claro que el más fuerte se fatigará más.

Cuando la adaptación al medio es lenta, la adaptación se cumple con más exquisita perfección que si es rápida. Los cambios bruscos perjudican al organismo, la llegada de la primavera se anuncia con catarros y constipados. En el choque, unos resisten, otros padecen. Así sucede en el paso de los pueblos del estado primitivo semi-bárbaro al estado de cultura. Entre los negros salvajes y los esclavos la locura es caso raro, muy frecuente entre los libertos. Y es que su organismo, menos adaptado para la nueva vida, se resiente y sufre.

Somos, señores, un pueblo que hemos hecho en la mitad o la tercera parte del tiempo un recorrido que los demás en la unidad de él; somos un pueblo recién nacido del prístino estado de naturaleza, ayer sin historia, hoy en ella, pueblo joven en la civilización. Y en este salto vigoroso, aunque la nativa flexibilidad de espíritu y la aleación con extrañas razas ha amenguado el choque, el choque existe y el organismo se resiente en muchos. En todos veréis algo anormal, algo incoherente en las ideas, la tendencia a los extremos, la terquedad en la opinión y la locura colectiva que consiste en lanzarse al campo sin medir los riesgos, sin pesar las fuerzas. En este siglo hemos dado los vascos el mayor contingente a dos guerras que han sido dos actos de locura colectiva.

En la inteligencia hay que distinguir la inteligencia analítica, fría y prosaica, que, como he dicho, nos

ha cabido en buena suerte, de la inteligencia sintética, creadora y artística, la imaginación.

"Nunca llueve a gusto de todos." Siento desagradar a algunos; lo siento por ellos, no por mí. El vasco es pobre en imaginación artística, no en sentimiento; son cosas distintas. Siente, pero no sabe expresar; tiene la materia, la forma se le escapa. Así es que de las artes es más apto para aquella que exige más sentimiento, menos imaginación, la música; menos para la poesía.

De la música vasca no os quiero decir nada, porque no soy músico y sabéis de ella vosotros más que yo. Sólo os diré que es la música del montañés, ora viva, ora suave, ya se eleva, ya baja, cortada como el terreno, profunda como los valles.

El vasco es poco poeta. El malogrado don Angel Allende Salazar combatió este aserto, pero citó muchos versificadores, pocos poetas, y ellos, poetas vascongados influenciados por la cultura latina, no poetas de genuina inspiración de raza.

No hablo de los poetas vascongados que escriben en castellano; los unos beben su inspiración, aunque no lo sepan, de fuentes extrañas a la raza; los otros son vascongados de nacimiento, y acaso de abolengo, pero no de raza. Yo estudio ésta, no el país. Recorred toda la literatura vasca, desde Juan de Lizárraga hasta hoy; pasad por los nombres, aunque oscuros, ilustres, de Dechepare, Axular, Cardaberaz, Mendiburu, Iztueta y Moguel; descartad los libros místicos que componen la mayor parte, los históricos, y quedad con los puramente literarios. Son pocos y de mérito mediano. Falta la novela, escasean el género dramático y el épico; casi todo es del lírico, el más sentimental, el menos imaginativo. Hoy la literatura vasca abusa de las traducciones y casi todos los versos en vascuence que leo desde hace tiempo son prosa rimada, amanerada y fría, en dialecto no

entendido del pueblo, y sus asuntos, siempre los mismos: la montaña, la primavera, el corazón de Jesús, la asunción de María, San Ignacio, San Antonio y toda la corte celestial.

Para lo que más aptitud demostramos es para la sátira. Las luchas de los versolaris son luchas de oportunidad y agudeza en el chiste, en el género zumbón y lijero.

Para enterarnos de lo que es la literatura vasca, no tenéis mâs que recorrer las colecciones de Francisque Michel, Sallaberry y el Cancionero vasco de Manterola.

El canto de Altobiscar, el vigoroso y hermosísimo canto de Altobiscar, es traducción del francés. Monsieur Duhalde lo tradujo de Mr. Garat de Montglave. Descartad de nuestra inspiración este canto, que revela en sus estrofas el alma vigorosa de un pueblo virgen, pero sentida por un extraño, y ¿qué nos queda?

Decía un crítico español que en España tenemos dos poetas y medio, los poetas Núñez de Arce y Campoamor; el medio poeta, Manuel del Palacio. También nosotros podemos decir que tenemos dos poetas y medio: los poetas Iparraguirre y Vilinch; el medio poeta, uno que vive y por eso no le nombro.

En Iparraguirre hay más sentimiento que imaginación; su fama se debió, tanto como a su mérito intrínseco, a la oportunidad, a la época en que llegó; fué un poeta de ocasión, y más que poeta fué músico. ¿Quién no recuerda sus versos?

*Eman ta zabalzazu*
*Munduan frutuá*
*Adoratzen zaitugu*
*Arbola saintua.*

"Extiende y propaga tu fruto por el mundo; nosotros te adoramos, árbol santo." ¡Por el mundo, seño-

res, por el mundo quería se extendiera el fruto del árbol de libertad! ¡Luego dirán que somos exclusivistas!

Vilinch, el inolvidable Vilinch, fué algo para nosotros como Heine para Alemania; mucho menos grande que Heine y no cínico como éste; algo como Domínguez Becker para España, menos suave y menos soñador que Domínguez Becker. Feo de cuerpo, hermoso de alma, aquel hombre del pueblo supo sentir más que imaginar. ¿Quién que sepa vascuence no conoce aquella bellísima composición que empieza:

*Bein batian Loyolan*
*Erromeriya zan*
*Anchen ikusi nuben*
*Neskacha bat plazan, etc.,*

A veces encontraba rasgos expresivos, imágenes brillantes. Voy a leeros, en prueba de ello, un trozo de uno de sus escritos en prosa, cuyos pensamientos, dichos en elegante vascuence, nada dejan que desear, ni aun comparándolos con los de Becker.

Dice así:

*Zu zera neretzat guziyá mundu ontan. Zu zera nere osasuná, nere asnaseá, nere bizitza, nere elizá, nere zerubá, eta nere gloriyá.*

*Jaungoikoak, berak, bi eskubakin jaso ala naitasun jarrì zuben nere biotzian zuganako.*

*Eguzkia ispilluban bezela sentitzen eta ikusten zaitut nere animan, izarra urtan bezela nere pensamentuban, eta niniyá beguiyan bezela zauzkat biotzaren erdian:*

Lo traduciré en gracia a los que no conocen el vascuence:

Tú eres para mí todo en este mundo. Tú eres mi salud, mi aliento, mi vida, mi iglesia, mi cielo y mi gloria. Dios mismo puso en mi corazón tanto amor para ti como puede El levantar con sus dos manos.

Te siento y veo en mi alma como al sol en un espejo; en mi pensamiento como a una estrella en el agua, y te tengo en medio de mi corazón como a la niña en el ojo.

El que queda y vive nos dió una composición grandiosa, una robusta y hermosísima elegía, llena de sentimiento, llena de brío; después parece que le persigue la fatiga.

Fuera de éstos sólo encuentro versificadores más o menos felices y acertados; verdaderos poetas, no los conozco.

"Antiquísimo debe ser el ministerio de los coblaris", dice don Joaquín Costa, cuyas narraciones componen la tradición histórica del pueblo vasco. Ni el de los coblaris es ministerio, ni cosa parecida, ni sus narraciones son históricas. Merecía el señor Costa ser pagado por el Gobierno para estudiar oficialmente un país.

Ha hablado en nuestro suelo una especie de romanticismo, que Chaho inició, que aquí siguieron y aún siguen muchos. Pretendían ver en nuestro pueblo misteriosas y recónditas corrientes, envolvernos en brumas y nieblas, crearnos un siglo heroico análogo al de los caballeros de la Tabla Redonda o del rey Arturo, hacer pasar por tradiciones fantásticas leyendas forjadas a capricho. De aquí brotaron Aitor, Lecobide, la supuesta guerra con los romanos, y brotó una novela histórica, hermosa e interesante como novela, falsísima como historia.

El arte exige dos facultades: sentimiento que dé el fondo, imaginación para la forma. Esta nos falta, aquél es en nosotros rico como en todo pueblo primitivo. Y esto me lleva a hablar del sentimiento.

El sentimiento es el instinto en el hombre, la acción lenta y gradual del medio en que vivimos, que produce esos movimientos sin idea, impulsos inconscientes que impelen, arrastran y empujan las ideas que nosotros, por ilusión de la conciencia, creemos son nuestras directoras. Los que asistieron a mi anterior conferencia oyeron cómo expliqué, siguiendo a un in-

signe filósofo naturalista, la formación de los sentimientos, así es que me dispenso repetirlo.

En los sentimientos hay que distinguir los estéticos, los morales, los sociales y los religiosos.

De los sentimientos estéticos creo he dicho bastante al hablar de la imaginación artística. Son fuertes, pero menos fuertes en el vasco que los demás sentimientos.

En vascuence se llama a lo hermoso *ederrá,* que es derivado de una raíz que indica lo liso, brillante. Bonito lo expresamos con el vocablo *politá,* derivado del latín *politus, a, um.*

Sentimientos morales. En punto a moralidad, nuestro estado es satisfactorio; estamos colocados en buen lugar en la estadística.

El vasco posee las virtudes vigorosas y másculas del montañés primitivo, no las virtudes alambicadas y adquiridas de los pueblos cultos. Es franco, leal, jamás ataca por la espalda. En otra clase de moralidad debo decir poco. Sabido es que aquí la que se deslizaba tenía que salirse de su pueblo si no quería exponerse a la vergüenza pública; la ley y la costumbre las marcaba con una señal ignominiosa, y emigraban, de ordinario a la corte. Este hecho, y tal vez la sobrada inocencia que de puro inocente se quiebra si se la expone a nuevos aires y nueva vida, explicarán el hecho que he oído aseverar a gentes que me merecen entera fe de que en Madrid no son nuestras paisanas las que dan menor contingente a un comercio muy triste. Todos habéis visto alguna vuelta de romería, ¿a qué conduce querer sincerar lo no sincerable?

No tenemos la moralidad de la forma; si somos buenos no cuidamos de parecerlo. Somos bruscos y poco disimulados; la brusquedad es un vicio en los pueblos cultos; el disimulo, una virtud. Nuestra moralidad es de pueblos primitivos, las virtudes viriles

del hombre de la naturaleza, hijas de la lucha por la vida, no las virtudes adquiridas del hombre refinado, hijas del interés social.

Si de los sentimientos morales pasamos a los sociales, el primero que me ocurre es el sentimiento patrio. Para el euscalduna no adulterado por la influencia alienígena, la patria es la Euscalerría, el sentimiento patrio amor al terruño, patriotismo de campanario. ¡Santo patriotismo del que ha de brotar el patriotismo ideal de la patria histórica! La vida viene de abajo hacia arriba, de los extremos al centro; más grande es, sí, el universo que el mundo, el mundo mayor que Europa, ésta más que España y España más que nuestro rincón querido; pero mi fuerza soy yo, el hombre sale de sí y va por sí y para sí a asociarse al todo; si pretenden violentarle, lucha contra el mundo y contra todo el Universo si es preciso. Llaman desgarrar a un pueblo dejar que el individuo sea un individuo dentro de otro; llaman utopía a la ley de la vida y piden fuerza, mucha fuerza bruta, los hombres que se llaman de la idea.

Hemos ido los vascos a todas las guerras en que había que defender a España; fuimos, no nos llevaron. Fuimos a la conquista de Sevilla, fuimos a las Navas, fuimos a todas partes, fuimos como vascos y como españoles.

Entre el absolutismo de un hombre y el absolutismo de un pueblo no sé cuál elegiría. ¿Qué me importa que me tiranice un déspota o que me tiranice una idea?

La vida es la variedad en la unidad, la expansión de los extremos. ¿Qué sucedió en España cuando en 1808 Napoleón quiso atarnos al carro de sus triunfos? Oíd lo que dice un pensador español, el señor Pi:

... "Parecía la nación irremediablemente condenada a la servidumbre, sus mismos príncipes abdicaban

en Bonaparte. Sólo podía salvarla, y la salvó, la iniciativa de las provincias.

Levantóse la primera Asturias, que había sido también la primera contra los árabes. Sin contar con ninguna de sus vecinas, sin consultar con nadie, sin oír otra voz que la de sus propios sentimientos, se dió y se constituyó un gobierno, declaró a Napoleón la guerra, organizó tropas y no vaciló en despachar embajadores que fuesen a solicitar protección de la Gran Bretaña. Acertaba a estar entonces congregada en Oviedo la Junta general del Principado, "reliquia, dice el conde de Toreno, dichosamente preservada del casi universal naufragio de los antiguos "fueros": Asturias la invistió de la autoridad suprema, y en ella puso su esperanza y sus destinos.

Obsérvese cómo es siempre el mismo el espíritu de nuestros pueblos. Mil años antes, en 778, un emperador francés, Carlomagno, pasaba los Pirineos llamado por el walí de Zaragoza. Cuando regresaba, los vascos, llevados solamente de su odio al extranjero, coronaron por sí y ante sí las cumbres de Altabizar y de Ibañeta y, dejando rodar las peñas de los montes, sepultaron en Roncesvalles a los francos. Ha entrado ahora otro emperador, y en las vertientes de los mismos Pirineos otro pueblo le declara por sí y ante sí la guerra arrebatado por su amor a la independencia. Hacen otro tanto las demás provincias, obrando cada una separadamente, y casi todas a un tiempo, sin contar más que con sus fuerzas. Se da cada cual un gobierno, levanta y arma gente, arregla su administración y su defensa, impone tributos, dicta leyes. No consienten por de pronto que ninguna se constituya en centro. Lo intenta Sevilla nombrando una Junta Suprema de España e Indias, y todas protestan. No logra siquiera Sevilla que se le sometan las de Andalucía. Alza la de Granada pendón aparte,

y crea su Junta. Y todas, dentro de sus respectivos límites, se parapetan y disponen contra el enemigo.

Es curioso este singular movimiento. A la entrada de los franceses, los antes reinos eran provincias. Quieren todas ser autónomas, pero sin resistirse ninguna a obedecer al gobierno que en su capital se establece. Ninguna se fracciona ni divide como no lo exija la interposición de ejércitos extranjeros. Sus juntas de partido están subordinadas a las de las capitales. Parecerá que faltaba Granada a la regla separándose de Sevilla, pero no es cierto; Granada era entonces provincia, como antes reino."

Hasta aquí el señor Pi.

Todo español debe rechazar el nombre calumnioso de separatista. En España no hay separatistas, ni los habrá jamás, si no los hacen los ciegos adoradores de la centralización brutal. ¡Libertad! ¡Libertad! Libertad para el hombre de pensar, de asociarse, de cultos; muchas libertades son y, en cambio, regatean la libertad a los pueblos.

Del sentimiento patrio paso al religioso.

Somos, señores, el último pueblo de España que recibió la religión de Cristo. Poco sabemos de la primitiva religión de nuestra raza, y esto poco me permitiréis que os lea lo que acerca de ello decía yo en la tesis que para doctorarme en Letras presenté en Madrid en 1884. Decía yo entonces, entre otras cosas:

"... Distinguidos cuidadosamente los vascos de los cántabros pierde su valor cuanto se ha fantaseado acerca de las primitivas creencias de los euscaldunes.

Es frecuente hallar en escritores vascongados la noticia de que los antiguos euscaldunes celebraban a Jaungoicoá en las noches del plenilunio, cantando y bailando delante de sus caseríos, en apoyo de lo cual han citado un texto de Estrabón que dice a la letra y malamente traducido por mí: "Algunos dicen ser los galaicos ateístas, y que los celtíberos y los sep-

tentrionales a sus confines celebran en las noches del plenilunio a un dios innominado bailando y pasando en vela la noche ante las puertas con su familia". Como se ve, el texto es bastante oscuro y poco concreto y sobre él no puede fundarse nada. Según Hübner, ese dios innominado era Yun o Yunovis, el Jove de los romanos. Y mucho menos fundado es atribuir a los euscaldunes lo que San Agustín dice (*De Civitate Dei,* cap. IX, libro VIII) de que los iberos reconocían un solo Dios, autor de lo creado, a cuyo conocimiento se elevaron por las enseñanzas de sus filósofos. La costumbre de las fogatas nocturnas estaba en uso en el siglo VI, puesto que el Fuero Juzgo gastiga a aquellos *qui nocturna sacrificia daemonibus celebrant* (libro VI, título II, ley 3.ª) y algunos hacen remontar a esta costumbre la actual de las hogueras en la noche de San Juan.

El autor de *El Escudo de Vizcaya* nos dice que los vascos adoraban la cruz antes del nacimiento de Jesús, y tomando de aquí pie se ha fantaseado todo lo que se nos dice del Lauburu o cuatro cabezas, origen supuesto del *Labarum,* llamado cantábrico por los romanos, aunque esto no está tan destituído de todo fundamento. Y en cuanto a lo del culto a la cruz, invención de Lupián de Zapata en el *Pseudo-Chronicon de Auberto,* fúndase en el llamado svástico cantábrico, análogo al svástico índico ( 卐 ), acerca de cuyo svástico puede verse una carta del padre Fita al señor Fernández Guerra inserta en la nota 8.ª de la *Cantabria.*

Es indudable que, aparte de estos problemáticos supuestos, pueden presentarse textos y datos, como el testimonio de Baudemando de que San Amando, en el siglo VI, derribó algunos ídolos en tierra de vascones y que los vascones del lado del Pirineo francés adoraban a los demonios, según el biógrafo de Santa

Rictrudis. En primer lugar, puede suponerse que al decir vascones no debe entenderse los euscaldunes, porque aquella denominación es más geográfica que otra cosa, y por lo menos en tiempo de Eginhardo y del poeta Sajón parece había en Navarra dos pueblos distintos, como hoy los hay, y sospecha Pellicer, aunque su autoridad no trae mucho peso, que en tiempo de Wamba se establecieron entre los vascos algunos de los que con él fueron a sujetarlos. Y aparte esto, es extraño que no queden entre nosotros rastros ni levísimas huellas de tales ídolos, ni siquiera recuerdo de ellos, aunque suponga el padre Henao que eran los vascos idólatras antes del cristianismo (página 154, libro I, cap. XXX). ¿Y qué hemos de pensar de aquella ocurrencia de Mr. Garat, de ver en las danzas vascongadas símbolos astronómicos, representando una de ellas (el *aurrescu)* la revolución de la tierra alrededor del sol, oscurecido por un eclipse de luna?

Pero descartados tales elementos problemáticos y nada seguros, sólo nos queda el estudio de las radicales del idioma vasco, como medio para llegar al conocimiento de aquella cultura, es decir, el eusquera, examinado a la luz de la paleontología lingüística, "historia de los pueblos antiquísimos que no tienen otra".

Ya lo he advertido antes: el eusquera es pobrísimo en voces significativas de objetos espirituales o suprasensibles, y hasta carece de términos que expresen ideas abstractas. Arbol en general, planta, animal, color, son voces que en vano se buscarán en el léxico puro euscárico. cuanto menos alma, inteligencia u otra análoga. Cuantas voces hoy se emplean para designar tales ideas, que desde el Cristianismo han entrado en circulación en todos los pueblos, son vocablos o de origen románico, o de formación muy reciente. Entre estos segundos presumo y creo debe entrar

el nombre con que el eusquera designa al Ser supremo, Jaungoiko, interpretado "Señor de lo alto" o "Señor elevado", y no "Señor luna", que no tiene más apoyo que la dudosa noticia de usarse en el valle del Roncal la voz *goiko* en el sentido de luna. Perdónenme mis paisanos, tan encariñados con todo lo que a tuerto o a derecho redunda en engreimiento de nuestra raza, pero no dejaré de decir que considero la voz Jaungoiko como de origen reciente y acaso formada por los misioneros o introductores del cristianismo en nuestro pueblo vascongado, para llenar un vacío del idioma. ¿Cómo es posible que si los euscaldunes, desde las más remotas edades, creyeron en la existencia de un Dios haya llegado a nosotros el nombre Jaungoiko tan completo, tan intacto, sin contracción ni señal alguna de antigüedad, cuando vocablos que expresan seres más ordinarios y comunes y cuya composición es tan significativa, han llegado desfiguradísimos? A mi juicio, la voz Jaungoiko y hasta la idea que envuelve llevan un carácter tal de novedad que siempre he dudado de la antigüedad de tal vocablo. Parece imposible que Michel haya querido explicar la forma Jinko, contracción de Jaungoiko, como un futuro de *jin (joan),* venir, esto es, el que ha de venir, el Mesías. Esta será una de las reminiscencias bíblicas, ¡sin duda!

Se ha hablado mucho de los adivinos euscaldunes; se ha citado un pasaje de Lampiridio, el biógrafo de Alejandro Severo, en que atribuye a su biografiado más pericia en la adivinación por el vuelo de las aves que a los vascones y panonios.

Nada extraño tendría que los euscaldunes se hubiesen dedicado a tales artes, cosa rara en su carácter; pero yo, abandonando el testimonio más o menos seguro de tales escritores, acaso porque no estoy bien con ellos, me refugio en el campo de nuestra paleontología lingüística. Esta nos muestra la voz

*azti,* usada en algunas localidades en el sentido de adivino, y que es contracción de *aditi,* del verbo *adi,* entender, es decir, el que entiende o entendido, los que tienen el don de curar, "empíricos con mucho más crédito que los doctores patentizados", escribe Michel. "El rey de los adivinos del país vasco, prosigue éste, o por lo menos el que pasa por tal, pertenece a esta categoría; es un franciscano de ochenta años que habita en Saint Jean de Vieux, cerca de San Juan de Pie del Puerto". Pero todo esto debe entenderse del país vasco francés, más influído por creencias y supersticiones extrañas, y de ninguna manera del pueblo vasco en general.

Respecto al mal de ojo, los saludadores y otras supersticiones, como son comunes a muchos pueblos, no puede atribuírseles valor especial para el país vasco, y yo creo que son en éste pegadizas y recibidas, no comunicadas por él a los demás.

Voy a hacerme cargo de la creencia en brujas, bastante arraigada en el país vasco y de larga fecha, como lo prueban los conocidos y ruidosos procesos de las brujas de Amboto y las famosísimas de Zugarramurdi. Vascongada es la voz *aquelarre,* esto es, campo del macho cabrío, que se ha introducido en el léxico castellano, y vascongada la voz *sorguiña,* bruja o hechicera. Voy a hacer una brevísima advertencia, y es que descompuesta la voz *sorguiña,* resulta *sor-guiñ* o *eguiñ.* Esta terminación *guiñ* o *eguiñ* es propia euscárica y análoga al *eguille,* indicando el agente. Y en *sor,* ¿quién no ve una voz de origen románico, latín *sors, sortis;* francés, *sort;* castellano, *suerte?* Es decir, que *sorguiña,* voz análoga a las castellanas *sortera* y *sortilegio,* indica la que hace o es dueña de la suerte, y en ella se ve elemento románico, prueba evidente de la novedad de tal vocablo.

En las *lamiñak* o *lamiak* no debemos ver más que

el latín *lamia.* Bien dice Michel que este nombre "no representa nada vivo, nada de real al espíritu de los aldeanos vascos, que mencionan las *lamiñak* como nosotros mencionamos a Júpiter o Minerva". ¿Qué diré del Basa-Jaon? Chaho veía en él una reminiscencia del orangután. La idea es peregrina y atrevida, pues dudo que los vascos conocieran al simio antropoide, pero mucho se le parece aquel que con un palo recorre los bosques del Pirineo, que ruge cuando retumba el trueno y se pasea por las espesuras al compás de la tempestad. Pero debo advertir que tal creencia no es general en el pueblo vasco, y nada nos autoriza a suponerla aborígene y propia en él. Quien juzgue al vascongado supersticioso se equivoca de medio a medio. Es carácter práctico y nada especulativo, ayuno de fantasía e imaginación creadora y, por ende, poco crédulo. Sólo Jaungoicoá y la religión cristiana, y ésta como recibida de sus padres, son sus creencias. *Zahar itzak, Zuhur itzak;* viejas palabras, palabras sabias, dice un refrán vascofrancés, y ésta es la única regla de conducta del vascongado, por carácter, por temperamento y por educación pegado a lo tradicional. Extraño mucho que Michel, después de haber reconocido que el pueblo vascongado es uno de los menos fanáticos y más racionalista que los racionalistas o, como hoy se dice, despreocupado, nos diga que "nadie en Francia es más supersticioso que el vasco, si no es el bretón"; contradicción palmaria.

No quiero abandonar este terreno sin apuntar un hecho curiosísimo y hasta hoy inexplicado. En el Códice calixtino, existente en Santiago de Compostela, tratando de los vancongados y de su lengua, se dice: *Deum vocant Urzia,* llaman a Dios Urzia. El príncipe Bonaparte explica el tal Urzia por *ortzi,* el trueno. La noticia es curiosa, pero como aislada y

tan poco definida no creo sirva de mucho en el estado actual de estos conocimientos.

Y ahora pregunto yo: ¿qué idea se ha de formar del pueblo vascongado quien lo estudie, verbigracia, en las bellísimas, pero poco reales creaciones del señor Navarro Villoslada, que en su *Amaya* nos presenta una sociedad de astrólogos vascongados enemigos del cristianismo, y todo lo referente a aquella hermosa figura de Amagoya, que, abigarradamente vestida, muere helada en una noche de plenilunio en lo alto de una roca?

Tales ficciones, de las que fué padre Chaho, han arraigado, y hoy son el *Deus ex machina* de los escritores vascongados. Aitor, el sublime padre, las noches del plenilunio y el supuesto Yao, vestigios del cual buscaba Baudrimont en su desdichada obra en el desierto habitado por los hebreos. ¡Así se forjan las leyendas!

Resulta de este bosquejo que si los euscaldunes tuvieron algún culto y alguna creencia religiosa, hasta hoy nada sabemos, acaso porque el cristianismo logró borrar por completo sus reliquias, aunque es más verosímil que no existiera. No sé por qué no ha de creer el señor Costa a Mr. Marrast, que dice que la religión de los iberos era puramente naturalista y carecía de templos y cuerpos sacerdotales, cuando Mr. Marrast (el traductor de Humboldt) alude al decir iberos evidentemente a los vascos, y si en algo ha andado lijero ha sido en suponer una religión naturalista, sin fundamento alguno válido.

Dudo que haya un pueblo menos aficionado al mito que el mío. Forma contraste con las poéticas y artísticas creencias de los españoles del Mediodía, cuyas viviendas aparecen adornadas con multitud de imágenes, con esa devoción a esta o la otra imagen, la austera sequedad y casi puritanismo del vascongado. Su austeridad en las costumbres y prácticas tradicionales;

su entusiasmo cuando se trata de la causa religiosa, bien o mal interpretada; su falta de aptitudes artísticas enérgicas y creadoras; la ausencia de mitos y supersticiones propias o indígenas, me han recordado mucho mejor los pueblos semíticos que las supuestas reminiscencias bíblicas de Chaho o Michel."

Hasta aquí mi tesis del doctorado. Ahora prosigo.

La religión para el vasco es acción, lucha. El sentimiento místico, alambicada tendencia que brota en los pueblos muy trabajados por la vida del espíritu y sedientos de ideal infinito, en nosotros es poco fuerte. Un hombre simboliza el espíritu religioso de los vascos: Iñigo de Loyola, hombre de acción, soldado primero de la patria, luego de Cristo, general y fundador de una Orden de gladiadores, cuya vida es la acción lenta e incesante, cuya religión es la lucha terca y sostenida. Otro vasco nos revela el mismo espíritu: San Martín, el protomártir del Japón. Ultimamente han trasladado del Tonquín a su pueblo natal los restos de otro mártir vascongado.

Y esta tendencia a la acción, no a la contemplación religiosa, a la propaganda activa, no a la especulación mística, es evidentísima. ¡Lástima grande, señores, que este espíritu, en sus límites sano y civilizador, se haya falseado poniendo en una mano la cruz, signo de paz, y el trabuco, signo de guerra, en la otra!

La religión es en nosotros, más que idea, sentimiento; más que sentimiento, acción. Y es que en todos los pueblos primitivos, recién civilizados, la acción domina al sentimiento; éste, a la idea.

Y paso a la actividad. En el cerebro, señores, de los pueblos salvajes y los primitivos pueblos, los centros motores están mucho más desarrollados que los directores.

El pueblo vasco es un pueblo activo, fuerza, mu-

cha fuerza, aunque le faltan ideas, porque en nosotros las ideas se truecan en fuerza.

No tenéis sino ver nuestros juegos viriles, robustos y másculos. Se dice que al saber que se organizaba un partido de pelota en Baigorri, catorce soldados vascos desertaron del ejército del Rin, llegaron a su pueblo, triunfaron en el juego y volvieron a su Cuerpo, donde habían de recoger más tarde nuevos lauros en la batalla de Austerlitz. Desde los bordes del Danubio, asegura Mr. Ader, unos soldados vascos de Bassusari llegaron a su pueblo con igual motivo. ¿Quién de vosotros no ha presenciado un partido de pelota? Las apuestas revelan el amor al riesgo de todo pueblo primitivo. ¿Quién no ha visto aquellos cientos de ojos que devoran el frontón, hombres que saltan en su asiento cuando en la pared la pelota, que sufren y gozan? ¿Y qué les lleva? Les lleva el espíritu de raza, el amor a la lucha, el gusto por la energía. Si hay belleza, señores, bello es un hombre que despliega sus fuerzas, que adiestra su astucia, que salta y corre; hermosa es la energía del alma; también lo es la del cuerpo.

Os he hablado ya del espíritu guerrero del vasco.

Si hay un monstruo que arredre, temible y fiero, cuyos rugidos espantan, cuyas convulsiones destruyen, es el mar. El vasco ha domado al mar. Marinos intrépidos desafiaron los peligros del océano glacial; bogaron hacia el Artico animados por el éxito de la pesca de la ballena en el golfo de Gascuña; llegaron, después de diferentes tentativas, hasta las costas de Islandia y Groenlandia; equiparon flotas de 50 a 60 buques; y, ayudados por los islandeses, hallaron abundante pesca para premiar sus afanes.

Desde fines del siglo XVI (1598), bajo el reinado de Isabel, los ingleses enviaron buques balleneros a Groenlandia, obligados hasta aquella época a servirse de los vascos para la pesca, la extracción del

aceite y hasta para el arreglo de los toneles, según los escritores Pennant y Hackluits. En 1612 los holandeses, con la ayuda de los vascos que componían gran parte de sus tripulaciones, llegaron a las costas de Spitzberg, al estrecho de Davis, y rivalizaron con los ingleses. "Los vascos, dice el conde de Guiche, han osado en sus navegaciones cosas más sorprendentes que los norteamericanos; hay que considerarse perdido si se les lleva a un lugar del cual ellos no hayan hallado la ruta". Pedro de Medina, en sus *Grandezas de España,* y Antonio de Nebrija, en su *Crónica de los Reyes Católicos,* aseguran que los vascos son la mejor gente del mundo para el mar. Las armas de Bermeo representan, entre otras cosas, un barco persiguiendo a una ballena; lo mismo las de Lequeitio, con esta inscripción: *Reges debellavit horrendos cetos, subjecit; terra marique potens Lequeitio.* Lequeitio, poderosa por mar y tierra, venció reyes, sujetó horribles cetáceos.

¿Quién no recuerda los ilustres nombres de Churruca, Machín, Oquendo y sobre ellos la gran figura de Sebastián Elcano? *Primus tu me circumdedisti,* tú el primero me rodeaste, fué su divisa. Grande es el mar, señores; más grande es el hombre que le doma.

Y hoy hay vascos en todas partes; pueblo joven y como tal flexible, es español en España, francés en Francia, americano en América y vasco en todas partes.

Somos el pueblo de la acción y el movimiento; fuerza, las ideas; fuerza, los sentimientos; la religión, fuerza. Se ha dicho de San Francisco de Asís que si no fué poeta, toda su vida fué un soberano poema. Si por falta de dotes imaginativas no somos poetas, toda nuestra moderna historia es un poema, el santo poema de la lucha por la existencia, fuerza viril

para saltar en menos tiempo que otros de la barbarie a la cultura, fuerza para domar el mar y la tierra.

Ayer éramos bárbaros montañeses rodeados de pueblos cultos; hoy marchamos a su lado. Cuando el año pasado hablé de mi pueblo y senté la tesis de nuestra pasada barbarie, cayó sobre mi cabeza la maldición de muchos que no quisieron esperar.

No necesitamos glorias de ayer; tenemos las de hoy, tendremos las de mañana. ¡Qué importa nuestro abolengo, si nuestros hechos abonan!

Me falta lo último, el sentimiento más vivo, el alma del alma de nuestro pueblo, el individualismo, el espíritu de independencia.

El espíritu vivifica y la letra mata, dijo San Pablo Aquí todos somos fueristas por sentimiento, por raciocinio lo son pocos; todos hablan del fuero, y es caso frecuentísimo dar con quien no le ha leído.

El espíritu del fuero es el espíritu de todo pueblo no contaminado con enredos especulativos, es la inspiración de la naturaleza. Allí se muestra viril espíritu de individualismo: defender al individuo contra los abusos de toda autoridad civil o religiosa. Todo eso de la religiosidad del fuero, entendido como muchos lo entienden, es música celestial. Los hijos de Amándarro, en el siglo XIV, resistieron y dieron muerte al obispo de Calahorra porque, contraviniendo al fuero viejo, entró en el Señorío.

Allí la familia, los hijos protegidos contra los abusos de los padres; la mujer, contra los del marido, todo lo contrario del romano unitarista. El régimen patriarcal, régimen de los primitivos pueblos cuando llegan al estado sedentario del agricultor y el pastor, fué el nuestro. El mayorazgo os lo prueba. Más que por leyes nos regíamos aquí por costumbres y buenos usos. Siempre la costumbre ha precedido y determinado a la ley, menos hoy, que en vez de sacar las leyes del espíritu del pueblo, las sacan del espíritu de

los libros. Llaman utopía a convertir las leyes de la vida en leyes de la sociedad, y llaman sensato doblegar los pueblos a sistemas preconcebidos.

Hace ya tiempo que ahogaron el espíritu del pueblo. El primero de los austríacos que se sentó en el trono de España ahogó en los campos de Villalar, con sangre de los comuneros, las libertades de Castilla; su hijo hizo rodar con la cabeza de Lanuza las esperanzas de Aragón, a las que dió el golpe de gracia Felipe de Anjou, después de la victoria de Almansa, en cuya época, en virtud del atributo de la soberanía de imponer y derogar leyes, mató las libertades de Valencia; después viene, tras de la paz de Utrecht, la epopeya de Cataluña, a la que redujo el primer Borbón. "Allí, en aquel fuego, ardieron —escribe un publicista español—, no sólo las instituciones de Cataluña, sino la libertad de España. Se había alcanzado ya la unidad política, pero la unidad en el despotismo." Hermanos todos en desgracia, nos ha tocado la vez.

Hace ya tiempo que murieron nuestras leyes; hace ya tiempo que, a cambio de la libertad de gobernarnos, nos dan otras libertades, que para nada nos hacen falta; hace ya tiempo que la fuerza se impuso a la razón; la barbarie civilizada, a la independencia primitiva.

Hoy dos partidos diversos luchan por lo perdido; el uno quiere volvernos a la cuna, tornarnos a la barbarie de que salimos; el otro, llevarnos adelante, educarnos en la civilización; aquél trata en nuestra lucha con el espíritu moderno de volvernos al viejo; éste trata de acomodarnos a él; yo creo que debemos buscar el espíritu del porvenir.

Fué el espíritu antiguo despotismo del hombre; es el moderno despotismo de la idea; será el venidero reinado de la voluntad autónoma.

No os hagáis ilusiones; nuestro espíritu de raza

repugna ese despotismo viejo y carcomido a que quieren volvernos algunos, cuando nunca nos hemos dejado dominar por él; tan fatales fueron ayer los reyes para nosotros como las leyes hoy. Pero nuestro espíritu de raza repugna también este despotismo nuevo que algunos llaman liberal. No nos deben tiranizar ni prejuicios de monarcas, enamorados del Sacro-Imperio y de la uniformidad de la muerte, ni las teorías de gentes enamoradas también de la uniformidad absoluta, que se aprende en los libros de la filosofía del absoluto y en las inspiraciones del doctrinarismo.

Nosotros nos hemos gobernado, no nos pudo gobernar un tirano, no lo podrán una recua de tiranuelos.

Hoy renace la vida en los extremos, aurora de nueva primavera; la vida debe ensancharse, no concentrarse.

No hagáis caso al que os hable de daros libertad, hay que entenderle; la libertad no se da, se toma. Los códigos ni deben ni pueden dar libertad; la libertad la da la conciencia; la sociedad, la protege. Donde concluyo yo, empiezas tú; tu esfera es el límite de mi esfera; en mi casa soy rey; cada uno en su casa y Dios en la de todos.

No somos niños para que nos pongan chichonera y andadores; hemos sabido andar solos mucho tiempo. ¿De qué me servirá poder nombrar quien me gogierne fuera, si no puedo gobernarme dentro? Pedid lo que tuvimos, no sólo porque lo tuvimos, sino porque aunque nunca lo hubiéramos tenido, deberíamos tenerlo. Los tontos y los esclavos llaman privilegio a la ley de la vida, al derecho del individuo.

Resumen. El pueblo vasco es de escasa imaginación, de bien repartida inteligencia, de sentimientos viriles y primitivos, pero más que nada, pueblo de acción e independencia.

Como pueblo de acción no se pierde en sutiles cavilaciones sobre la libertad de pensar; quiere la libertad de obrar.

Es nuestro pueblo tan individualista e independiente como veréis por un hecho sobre el que ha llamado la atención el citado pensador español. Somos todos los vascos de una misma raza, hablamos la misma lengua, tenemos el mismo espíritu y, sin embargo, nunca, que se sepa, hemos formado una unidad política. La supuesta Confederación Vasca es un mito: desde los más remotos tiempos estábamos divididos en autrigones, várdulos, caristios y vascones. Guipúzcoa luchó con Navarra y se acogió a Castilla; vizcaínos, guizpuzcoanos y alaveses, hermanos por la sangre y el amor, hemos vivido aislados. ¿No os dice nada este hecho? Y aun dentro de nuestro Señorío, república era cada pueblo; aún veréis en el frontispicio de las Casas Consistoriales de las anteiglesias vecinas, república de Begoña, república de Abando. No era un pueblo más que el otro, nunca el pez grande pudo devorar al chico. Hechos hay en nuestra historia interna que no creo prudente recordároslos.

Hay que resistir dentro al espíritu reaccionario, al último fondo del alma que se rebela; hay que desengañar a los engañados; el paraíso no está en el pasado, está en el futuro. Hay que resistir también al espíritu absorbente; el mar y las montañas nos encierran y hemos hecho nuestra fuerza del mar y de las montañas; pedid el reino de la libertad, de la libertad individual, y todo lo demás se os dará por añadidura.

El que combatió contra el derecho divino, justo es combata contra lo que llaman soberanía nacional; ni el despotismo de un hombre, ni el despotismo de la masa.

No volváis la vista al pasado, sino como el gigante Anteo, para tomar nuevas fuerzas con el contacto de

la tierra; nuestra gloria deben ser nuestros hijos más que nuestros padres; nuestras lágrimas, cayendo gota a gota, no horadarán las cadenas; hay que romperlas, y no para crearnos nuevas.

Los pueblos como los hombres tienen conciencia; el hombre viril y digno pide la libertad de la suya porque ésta le basta para dirigirse; pueblo viril somos, pidamos también la libertad de nuestra conciencia.

He concluído.

# EL DICCIONARIO VASCONGADO DE NOVIA DE SALCEDO

Ya no puedo más. Durante largo tiempo he estado conteniéndome por razones que no es de este lugar exponerlas, pero al fin ha podido más en mí la voz de la razón y del verdadero patriotismo que otras consideraciones insignificantes al lado de éstas.

No voy a atacar al diccionario de Novia como por este principio podrá creerse, porque no merece que nadie se ocupe de él; voy a defender a mi país, puesto en ridículo con sacar a luz ese y otros adefesios por el estilo.

Hay muchas maneras de entender el patriotismo y hay gustos que merecen palos. Aquí priva demasiado el ocultar y callar lo que conviene saber, y mostrar a los cuatro vientos mil cosas que, en vez de elevarnos a los ojos del extraño, nos ponen en ridículo. Se recibe todo elogio sin pensar que hay elogios que parecen burlas, y se rechaza todo juicio severo sin calcular que las más útiles son las verdades amargas.

Nadie más interesado que yo en el actual renacimiento vascongado, en este cultivo de nuestro idioma, que, aunque sea triste el decirlo, parece algo así como los últimos cuidados que se prodigan al tísico para alargar su vida.

Una de dos: o se consigue reanimarle algo, y oja-

lá sea así, o cuando menos no morirá sin dejar algo que le recuerde a las generaciones venideras.

Aquí todo se alaba menos la crítica. Descuídese usted en decir "esto no me parece así", y no faltará algún desvergonzado ultraidealista que, sin dar razón alguna, le ponga a usted de chupa de dómine y abomine con tal ocasión del positivismo y mil otras cosas que no vienen a cuento. Todo ello en estilo ramplón e impertinente.

Pero vamos al caso. Se trata del *Diccionario* de Novia, obra que no debió haber salido de donde estaba en obsequio al país vascongado y en obsequio al mismo Novia, distinguido patricio. Yo no conozco su *Defensa histórica* por completo; nunca he tenido paciencia ni tiempo para leerla entera, pero me parece que en honra de su nombre no debía haberse publicado la última obra. Porque fuera grande jurisconsulto, ¿tenía obligación de ser filólogo?

Porque como lingüista es de lo peorcito que conozco.

Se está publicando su larguísimo *Diccionario Etimológico vascongado;* hoy mismo he recibido el cuaderno 20, que llega hasta la página 612, y todavía va en la efe. El diccionario es vascongado-castellano. Con decir que es peor que el de Aizquibel creo que está dicho todo, pero no basta.

Lo que me irrita es que personas que acaso lo alaben, en mil ocasiones me han confesado su deficiencia.

Dejo para el último la parte etimológica, y voy a lo demás. Este diccionario no es ni más ni menos que el hermoso diccionario de Larramendi, invertido y empeorado. Porque Larramendi hizo lo que podía, e hizo bien, y Novia habrá hecho lo que pudo, pero lo ha hecho muy mal.

En este diccionario sobran muchísimas palabras y faltan muchísimas más; es claro, desde un gabinete, como Novia y Aizquibel, no se escribe un diccio-

nario; es más, un buen diccionario vascongado hoy no puede ser obra individual, tiene que ser colectiva. Espero exponer algún día cómo a mi entender se debe hacer el diccionario vascongado.

El de Novia está plagado de palabras latinas, pero el autor, por rara casualidad confiesa que lo sean.

No es esto lo peor. En un idioma como el euscara, en que por medio de sufijos derivativos es la composición tan fácil, el número de derivados de una radical es un número determinable, no determinado.

Con indicar la radical y la forma de derivación basta y hay ahorro. Pues no, señor; aquí han de estar todos los derivados. Por ejemplo, la terminación *tasuná* sirve para formar nombres abstractos; así de *jakin,* "saber", *jakintasuná,* "sabiduría". Si tenemos diez radicales, añadiéndoles este derivativo tendremos 10 derivados, que hacen, con sus 10 radicales, 20 palabras, las cuales 20 incluye Novia cuando bastan 11, las diez radicales y el derivativo *tasuná,* indicando la modificación que en su significado importa a la radical. Pues supongamos las 10 radicales y 10 formas derivativas (suele haber más); tendremos que donde bastan 20 indicaciones él emplea 100. Pero al cabo esto es *pecata minuta* y cuestión de método; así se llena papel en balde. Calculen ustedes que con la partícula *des* antepuesta, partícula latina, como, por ejemplo, de *egin,* "hacer", *desegin,* "deshacer", encaja nada menos que unas 800 palabras. Bastaba una: la que lleva en la D el número 213.

A cambio de esta inútil exuberancia faltan infinidad de vocablos en uso que se recogen andando de pueblo en pueblo y no por tierras de Toledo. Yo me comprometo a añadirle al diccionario éste casi tantas palabras como las que le sobran, indicando dónde las he oído o leído.

Una simple variedad dialectal tiene más importan-

cia que un derivado, porque éste se presupone y aquélla no.

Así Aizquibel, que abunda en derivados y compuestos y los trae de *lizarrá,* "fresno", omite *lesharrá* y *leizarrá.* Muchas palabras que he oído en mis excursiones por esta provincia y Guipúzcoa y en mis conversaciones acerca del vascuence con vascongados no figuran en Aizquibel ni en Novia y, en cambio, están atestados de vocablos que sólo se ven usados en los libros.

Errores de significado los hay, verbigracia, en *eperdikara,* que traduce "aguzanieves", y es "la lavandera", pájaro. Esta es la primera que me ha ocurrido; si hicieran falta más, las daría.

Los dialectos no están indicados; andan mezcladas, sin observación, algunas palabras de todos ellos y muchas de ninguno.

Todos estos graves defectos y otros más pueden perdonarse, no hay obra humana perfecta; pero lo que de ningún modo puede pasar es la parte etimológica.

No culpo a Novia, que ninguna obligación tenía de ser filólogo; culpo a quien saca a luz tales majaderías.

Y, sobre todo, yo me hubiera guardado de criticar esta obra tan duramente, lo comprendo, si no hubiera visto que la alaban a destajo; me irrita, no la obra, sino las alabanzas. Aquí llaman en seguida patriótica a cualquier obra que trate de cosa del país y sólo contenga elogios, encomios o magnificencias, sin comprender que hay alabanzas que avergüenzan.

Hasta hay quien quiere hacer de todo esto algo como arma política o cosa parecida.

Vamos a las etimologías. Aquí lo mejor será transcribir algunas para solaz del lector, que necesita ya

algo ligerito y divertido. Prepárense ustedes a leer, y verán cómo el señor Novia le deja chiquito al mismísimo Erro. ¿Ustedes creerán que *anima* es voz latina? ¡Quiá!; es vascongada y equivale a "la sutil elevación de fortaleza o existencia". ¡Aprieta!

*Animal* significa "lodo de alma" ¿Qué clase de barro será éste? ¡Materialista! Pero más adelante resulta que *arima*, variante de *anima*, es "lo suave, lo delicado de andar", porque aquí una misma palabra significa varias cosas a la vez. Hasta que leí a Novia, creía yo que *arrazoyá* era la forma euscárica del castellano "razón"; pero resulta que es vocablo de puro abolengo vascongado y equivale a "lo de soler, lo de ser costumbre de la casta, de la raza".

El niño resulta ser "el mucho movimiento vacío o hueco de robustez"; el azafrán, "materia de forma de berza".

"Baba", que yo creía del latín *faba*, "haba", es "mucha extensión baja", que puede ser cualquier cosa menos un haba.

Oigan ustedes lo que es "oreja": "aflicción, congoja, cuita, apuro del ojo o de mirar". La "fama" es "extensión baja y sutil", un haba muy delgadita. *Apaiza*, clérigo, dice que significa "lo de mucho descanso"; él se lo sabrá.

La cabeza es "el hueco o extensión hueca de hierro", ¿qué idea tenía este señor de la cabeza?, ¿qué cabezas conocería? El cerdo es "muy piedra", y no será por lo duro de su carne. La hormiga, "escasa china". Y ¿la tienda?; es nada menos que "de lo que es, de lo que hay, de lo existente". ¡Caramba!

"Doncella" es "fuerte de santo". *Eman*, "dar", significa "allí de hembra". *Erregistroa*, "registro", castellano puro, significa "temple, sazón de cerradu-

ra de rey". "Regidor", "hallado del rey", y "rey" significa "ley del país"; esto ya es otra cosa.

En el último cuaderno, en la F, la palabra *fabore,* "favor", significa "ahí de este", y ¿por qué no "ahí de aquel"?; *fandangoa,* "ahí es cosa alta" (por los "ahí es" le dió); *fede,* "fe", es "extensión de lo bajo", algo como el haba. Fiesta dice que significa que "no es de lo bajo", que es todo lo contrario de la fe y del haba.

Pero ¿a qué seguir? Si quieren ustedes reírse un poco, cojan el libro éste y léanlo, u hojéenlo, que será mejor.

Dirá alguien que es indigno de toda persona decente burlarse así de la obra de un eminente patricio que amó a su patria como bueno. Lo indigno es burlarse así de un pueblo dándole como cosa de valor semejante obra. No me indigna que se haya escrito eso; cada cual es libre de escribir lo que quiera y nadie está obligado a ser inteligente en todo; respeto la buena memoria del señor Novia de Salcedo, pero es burlarse de todo un pueblo alabar a golpe de bombo semejantes mamarrachadas, hacer que las patrocine y ayude una corporación, y ponen en ridículo a nuestro gran compatricio los mismos que creen honrarle.

Si no hubieran ensalzado esa obra, era cosa de callarse; pero por falta de voces que hagan oír la razón y la templanza, están poniéndonos en ridículo, falseando nuestra lengua, nuestro carácter, nuestras costumbres y nuestra historia, limpias y sencillas sin tanto pingajo como quieren añadirlas.

Sobre esto del diccionario vascongado volveré aún, y con más calma explicaré mi idea, buena o mala.

Nos quejamos de que los de fuera no nos estudien y conozcan, y los de dentro estamos falseándonos para presentarnos a sus ojos muy otros de lo que somos.

Anhelamos la hora de la justicia y rechazamos la verdad.

Creo que siempre y en todas ocasiones conviene decirla, y que nunca, nunca jamás, ni en circunstancia alguna, es prudente, ni patriótico, ni nada, sino servil o tonto, ocultar lo desfavorable para mostrar sólo lo que orilla.

(En *El Norte*. Bilbao, 15 de octubre de 1887, núm. 1.739.)

# SOBRE LA ACENTUACION DE LOS APELLIDOS VASCONGADOS

I

Pronuncian algunos Azcárraga, Sarásola, Zumárraga, Unámuno, etc., como esdrújulos, y otros los pronuncian graves, Azcarraga, Sarasola, Zumarraga, Unamuno, y así los demás. No es de extrañar que así suceda, pero sí lo es que disputen unos y otros sobre la legitimidad de tal o cual pronunciación, sin exponer más razón que el capricho. En más de una ocasión ha venido algún amigo a preguntarme cómo debe decirse, si es, por ejemplo, Lizásolo o Lizasolo, y siempre he contestado que a mi juicio debe decirse como se diga, pues el uso decide y juzga en estas cosas sin recurso alguno de alzada. Así sucede que unos escriben Echevarría y otros Echebarria, siendo en realidad el mismo apellido, y que los franceses hagan Harosteguy de nuestro Aróstegui. Pero como nadie quiere contentarse con la razón del uso, y son pocos los que comprenden que la mayor autoridad es la masa, me exigían razones etimológicas, y vamos a ello.

Es indudable que si se quiere saber cómo ha de pronunciarse según etimología un apellido vascongado cualquiera, ha de acudirse a las reglas de acentuación del vascuence.

Mucho, y en lo mucho, de todo, malo, mediano y

bueno, se ha escrito sobre gramática y lexicografía vascongadas; pero yo no sé por qué se ha dejado casi siempre en abandono la prosodia, y por qué los mejores euscaristas se ocupan poco en ella. Larramendi la dedicó algunas observaciones, pero no me satisfacen.

En esto, como en otras cosas análogas, han sido estorbo el latín y el castellano, pues atentos a las leyes de estos idiomas han querido hallar en vascuence esdrújulos, graves y agudos.

Yo no conozco palabras agudas en vascuence. Todo el que haya oído con atención hablarlo, aunque no lo conozca, sabrá que nadie pronunciará *oná,* acá, *ará,* allá, como las correspondientes castellanas, ni tampoco *óna, ára,* como las castellanas *loma, ara.* De modo que esta palabras bisílabas no son ni agudas, ni graves; ni tienen el acento en la última sílaba ni en la primera, sino que tienen dos acentos, uno en cada sílaba. Esto es cuestión de oído.

Pues vamos a las palabras trisílabas. La conocidísima palabra vascongada "aurrera" no suena "aurrerá", como en castellano "lloverá", ni suena "aurrera" como "cantera", ni "áurrera" como lágrima", sino que suena "áurrerá", cargando la pronunciación sobre la primera y la última sílaba. Lo mismo digo de "árbolá", que no es "árbola" ni "árbóla" ni "arbolá". Así sucede en castellano con el vocablo "ojala", que suena casi "ójalá", lo cual hace que unos escriban "ójala" y otros "ojalá". Esto de que un mismo vocablo tenga más de un acento no es exclusivo del vascuence.

El tono especial que dan los vascongados que conocen mal el castellano a este idioma consiste en el recargo de acentos más que en otras cosas, así como nada hay más curioso que oír leer vascuence a uno que no lo sabe.

El acento en vascuence es muy vago e indetermi-

nado, lo cual hace que se preste tan bien al canto y la versificación. Sucede, por ejemplo, que la palabra "arbola" en el zortzico celebérrimo "Guernicaco arbola" recibe el acento sobre la *o* y resulta grave, cosa que no sucedería en la conversación, y esto sin que disuene al oído ni mucho menos. En cambio, hay coplas en castellano que para acomodarlas a una música que no les corresponde, hay que trastrocar el acento, y yo recuerdo haber oído cantar:

La vécina de enfrente ¡ay la vecína!, etc.
Cuandó la molinera víene muy blancá, etc.

y otras cosas por el estilo.

Vamos ahora a los apellidos. Un aldeano no dirá Zumárraga, como tampoco Zumarrága, ni mucho menos Zumarragá, como creen algunos fijándose en que pinta el acento a las palabras vascongadas, malamente, en la última sílaba. Dirá Zúmarragá, pronunciación que quedará mejor expresada escribiendo Zúmarragá; sube en la *ú,* luego baja hasta cargar en la última *á*. Lo mismo dirá Sárasolá, o mejor Sáasolá, comiéndose la erre suave.

Unos oyen como palabra grave, porque los dos acentos parecen contraponerse y anularse, y así dicen Zumarraga; en oídos de otros hiere con más fuerza el primer acento, y parece que la pronunciación rápida anula la última sílaba, y hacen el vocablo esdrújulo; y otros, en fin, se fijan en el último acento, y de aquí el que afirmen equivocadamente que en vascuence toda palabra es aguda.

Un acento es de la radical y del sufijo otro.

Por lo demás, es la acentuación vascongada tan especial, que unas veces hacen graves y otras no la misma palabra, y a veces distinguen dos significados por el acento, como sucede en el valle de Asúa, en cuyo dialecto, todavía sin estudiar que yo sepa, ***uzéna*** es la sanguijuela, y *úzená,* el nombre.

Como se ve, la acentuación vascongada de nuestros apellidos no puede aplicarse bien a la prosodia castellana. Así nosotros decimos Arístegui, esdrújulo, y los franceses, conformándose a su prosodia, leen Harizteguy, agudo. Como es cuestión de oído, y en castellano caben esdrújulos y graves, todo queda reducido al uso, norma y derecho del habla. El uso ha hecho que unos apellidos sean esdrújulos y otros no lo sean, como ha hecho que unos escriban Hormaechea y otros Ormaechea, siendo un mismo apellido.

Esto es lo que hay sobre la acentuación de los apellidos vascongados.

(En *El Noticiero Bilbaíno.* Hoja literaria número 385, del número 4.142. Bilbao, lunes 7 de noviembre, 1887.)

# EL DIMINUTIVO BILBAINO

La gramática castellana señala una porción de desinencias para el diminutivo, ito, illo, ico, uco, ullo, etcétera, pero nadie se ha fijado aún, que yo sepa, en el diminutivo del *dialecto* bilbaíno.

¿Dialecto? Sí, señor, dialecto; persisto en llamarle así, como le llamé en un artículo que acerca de él escribí ya hace bastante tiempo en una de las hojas literarias de *El Noticiero Bilbaíno.*

No es cosa de detenerme ahora a explicar por qué le llamo dialecto; andando el tiempo llegará ocasión de hacerlo. Y si me apuran mucho le llamo *idioma,* y que me tienten más y diré que fué el que hablaron Adán y Eva en el paraíso, como han dicho otros del hebreo, del bretón, del vascuence y hasta del holandés. ¿Por qué ha de ser menos el bilbaíno?

Al grano. Y empiezo por el principio. Comparando las formas bilbaínas *memelo, chocholo, cocolo, tontolo* (esta última poco usada) y otras análogas con los vocablos castellanos "memo", "chocho", "coco", "tonto", etc., no puede caber duda de que hay entre ellas parentesco, y el parentesco, a mi juicio, es que las tales formas representan diminutivos.

Y esta desinencia de diminutivo, puesto que no es vascongado, porque en vascuence no conozco más desinencias de diminutivo que la conocidísima *—chu;* la menos estudiada y discutible *—ska (puska, neska,* etcétera), puesto que no es vascongada, debe de ser

latina. El diminutivo en latín es en su primitiva desinencia *—lus,* que forma luego con la última consonante del tema las terminaciones *—ellus, —ulus,* etc. El *—lo* del *chocholo* bilbaíno es, pues, uno de los más genuinos representantes del latín, y forma hermana de las castellanas —illo, —uelo, del mismo origen.

Ya, pues, en el disparadero, y echándose a discurrir, sospecho que la voz *Matrolo* es también un diminutivo, pero ¿de qué? ¿Acaso de Bartolomé? El cambio de B en M no es raro.

Pero ahora viene lo singular y curioso: ¿cuál creen ustedes que es el femenino de *chocholo? Chochola,* dirán ustedes, seguramente, pero hay otro, otro más original, un femenino intensísimo, original a no poder más, lo más *chirene* que conozco en lingüística romance. Es el caso que a mí me quita de la cabeza que *chachala* es un femenino de *chocholo...,* como no sea un diminutivo de *chacha.*

Pero, ¡quiá!, no lo creo, ¡cómo ha de ser!, después que yo estaba tan conforme con mi descubrimiento.

Y ahora, ¿cómo se ha conservado este diminutivo, al parecer latino, aquí, en un pueblo donde es lo probable que se hablara vascuence hasta hace siglo y medio o dos siglos? ¿Cómo? No lo sé. Pero también se han conservado vocablos y giros genuinamente castellanos que se han perdido en la mismísima Castilla.

Aprovecho esta ocasión para decir que me parece una nueva forma de pedantería proscribir nuestros giros locales sin más ni más, de golpe y porrazo, porque no se usan fuera de aquí.

Tuve un altercado con un sujeto porque me criticó el que yo dijera que de *todas todas,* sucedía tal cosa.

Más vale eso que todo aquello de *otras que sería prolijo enumerar, a tiro de ballesta, en Dios y en mi ánima,* verdaderos gacetillismos.

Hay muchos que se empeñan en que, por ejemplo, *arlote, remanecer, en chanchitas* son bilbainadas, cuando las dos primeras palabras, y como ellas otras, son castellanas, y el giro que apunto se usa muy lejos de aquí.

Antes se hablaba aquí con color local, con brío, de una manera espontánea; ahora hemos sustituído nuestro vivo dialecto con un castellano pegadizo, incoloro, insípido y hasta inodoro. Antes se hablaba el bilbaíno inmejorablemente, y no por eso dejaban de entendernos los de fuera; ahora se habla un castellano mejorable.

La vida nueva, la industria, el aluvión de gentes que llegan (bien venidas sean), las necesidades de un comercio creciente, traen un nuevo modo de ser, la masa absorbe al individuo, las diferencias se borran y con placer de muchos nos vamos convirtiendo en un pueblo semi-inglés, con mucho humo, mucho dinero, muchos proyectos y muchas obras empezadas.

Al chacolí ha sucedido la cerveza; a los barbarines, merlucita frita u otra *golosina* tradicional, los *changüis,* especie de *sandwiches* a la española; esto es un desastre, un verdadero desastre.

En vez de aquello de "*¡Gangarra, gangarrona,* que te tiene que quitar las cascarrias el marido!", oímos "¡Anda, olé, miusté la tía!", y las pobres mujeres del pueblo ya no dicen "el nuestro", sino "mi esposo".

Cosa de echar a correr, de refugiarse *ande* Chinostra o *ande* Paloca, a pesar del humo y del aceite.

Ni por un ojo de la cara se ve desde la invasión de la navaja un chulo de Achuri con la boina de lado, gran mechón de pelo al lado izquierdo, en él un encendido clavel rojo, blusa llena de claveles, zapatito curro, en fin, cosa que daba gusto ver. Esto se va y viene lo otro.

¡Qué triste es no oír de cuando en cuando: "Fulano y Mengano han hecho a *morradas!*" Y digo que

es triste porque esto significa que oímos de vez en cuando: "Zutano ha dado una navajada a Perengano".

Cosa triste es un pueblo que deja de ser *uno,* distinto de los demás.

¿Y el habla? Tal énfasis se quiere dar a la *zeta,* la feísima zeta, sonido probablemente no muy antiguo en castellano, que parece se nos hincha la lengua o estamos mascando mazapán.

He empezado con el diminutivo bilbaíno, y el tal diminutivo ha ido creciendo tanto y tanto, que se ha convertido en una elegía impertinente y amenaza no concluir.

Por hoy basta y sobra. Todavía quedan en el dialecto bilbaíno muchas cosas por explorar. Sería curiosísima una colección de escritos en bilbaíno, hoy labor de taracea por lo poco espontánea que saldría, el inolvidable.

*Ené que risas te hisemos..., la canción del chimbo,* lo de *Veguichiqui y Cobardón,* si alguien lo recuerda, otras cosillas, y para remate y reliquia un vocabulario que proyecto. Para ello excito a mis amigos y conocidos me comuniquen palabras raras, fósiles. de esas que al oirlas se alegra el corazón y sueña en días más frescos y ligeros, que pasaron como espuma, sin lastre de cuidados, cuando era la villa un hogar y los bilbaínos una familia.

Y a todas esas religias levantarles luego un panteón en el sitio que ocupa el patio de contratación del antiguo Consulado, hoy casa de Ayuntamiento, allí donde se hinchó el globo y donde descansan silenciosos los espíritus de los hombres ignorados y grandes que hicieron sin esfuerzo unas Ordenanzas, admiración de todos.

Por tal favor les quedará agradecido.

*(Bilbao Ilustrado.* Semanario literario,
número 4. 6 agosto 1888.)

## ¡AGUR, ARBOLA BEDEINKATUBE!

Neguban igartuten de arbolie; orrijek jausten dire bere oñetara eta anche orbelak iñdarrik emoten deutsaz urtengo dirianak udabarrian orri barriai.

Gorputzarako irudije legez, bardiñ de izpirituarako berbakuntza. Arrapau euskubezan legezarrak, gure bizije ziriala, bañon gorde daigun gure euskaldun arimie eta onetati urtengo jakuz barriro foruak, bai, urtengo dira justiziaren eguzkije argituko danian, betiko udabarriaren egunian.

Euskaraz berbeiten eben gure aitonen aitonak, gizon ayek etorri ziran, eztakigu nundik, narruakaz jantzijeg, arrizko azkoriakaz armatubek, pakian lur gogor onetan laneiteko. Ayek baño gero etorri ziran iberotarrak, zeltak, erromarak eta arabiarrak, ekarri eben bakochak bere berbakuntza, bañon zapaldu zirian Euskalerriaren kontra. Euskarazko soñu gozoak entzun zirian Terranova-ko errijetan Colonen jayotza baño len.

¡Agur eiten zaitut, arbola zarra, anaijen odolez eta amen negarrez erregatube, bañon Jaungoikoaren eskubagaitik bedeinkatube, arech maitea, ondatuten dituzuzana zure sustraijak lur onetan, gizon pratuben biotzakaz oratube, gorde gaizuz danok zure kerizpian!

¡Agur eiten aitut, zuri pe bai, Gernika, erri ederrenena, euskaldun danentzako erri santube, zugan arbola santube jarririk dagolako: euskaldunen artian

maitatube baliñ bazara, ayek baño nik maitauten zaitut geijao, zergatik eugan zorionezko amesetiek baño eztitut ikusi geijao, eztije baño egun gozuague pasa dot, eta zergaitik emenche nere biotzaren biotzeko abijie dago!

¡Agur eiten zaitubet, zuei pe bai, neure anaija laztanak! ¡Denbora datorrena obie izango da; negu illunaren ondoren udabarri agertu oi dabe!

¡Oraiñ arte esan deutsube! ¡aurrera!; bañan gure arbolie buruba gure burnizko mendijek egin zituzan Jaungoikoaren zerua jasoten dabena erakusten deusku zerube esanda legez, gora, beti gora!

Euskalerria amen asi, Zeruan akabauko.

Miguel UNAMUNO-KOAK

Bilbo'n, 1888.

Este canto, dedicado al Arbol de Guernica, apareció en la revista *Euskal-Erría* (XIX, 1888, pág. 299-300), y ha sido reproducido recientemente en la titulada *Gernika (Cahiers de Culture Humaniste Basque),* que ahora se edita en Buenos Aires, núm. 11, abril-junio 1950, pág. 13, junto a otras poesías que celebran el famoso árbol, precedidas de un amplio comentario de Isidoro Fagoaga, del que reproducimos los pasajes referentes al texto unamuniano.

"Es un canto de amor cálido y tierno —escribe— en honor del Roble tutelar y de la Villa, cuyo martirio no alcanzó a conocer. La reproducimos fielmente en su texto original, en ese euskera vizcaíno que, para sonrojo y sorpresa de más de un pretendido vascófilo, tan bien conocía el que para muchos ha pasado por un vascófobo recalcitrante:

> Nos arrebataron las Viejas Leyes —dice con expresión vernácula tan difícil de traducir—, siendo como eran nuestra vida, pero si guardamos nuestra alma euskaldun, de aquí surgirán de nuevo los Fueros, surgirá el sol de la Justicia en una primavera perdurable.

Y a continuación:

> Te saludo con amor, viejo Arbol regado con el sudor de mis hermanos y las lágrimas de nuesras madres, bendecido por la mano del Altísimo. Roble querido de raíces bien afincadas en nuestra tierra, guárdanos, con el homenaje de los hombres de bien, a todos bajo tu sombra. Te saludo también a ti Gernika, pueblo el más hermoso, villa santa de los vascos, yo te amo más que nadie, porque en ti he realizado los sueños más felices, en ti he pasado las horas más dulces y porque en ti se halla el nido donde reposa lo más íntimo de mi corazón.

"Es una salutación, una plegaria de un corazón sano y ardiente, de un corazón que no contaba más que veinticuatro lozanas primaveras".

# PROLOGO A G. DE HUMBOLDT. "BOCETOS DE VIAJE A TRAVES DEL PAIS VASCO"

(1889)

Guillermo de Hunmboldt, conocidísimo en el mundo científico, sobre todo de filólogos, estadistas y literatos, lo es muy especialmente de cuantos nos dedicamos al estudio del vascuence. Sabido es que él fué quien hizo la solemne presentación de este idioma a los filólogos extranjeros en su obra *Comprobación de las investigaciones sobre los primitivos habitantes de España mediante el Vascuence* ("Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens vermittelst der baskischen Sprache"), desde donde arranca la importancia que se concede al euskera para resolver ciertos problemas. Humboldt depuró y universalizó las doctrinas de nuestros eruditos y diligentes Larramendi, Astarloa, Moguel, etc. Hay en francés una traducción de esta obra hecha por Mr. Marrast, traducción que no conozco, y en castellano corre una desdichadísima, no sacada del original ciertamente, sino de la versión francesa. El autor de la traducción castellana, a quien no debo mencionar, era completamente lego en la materia que traducía. Es lástima que obra de tanta importancia, aunque anticuada ya, no

esté en nuestras manos bien traducida y anotada, trabajo que, si Dios me da salud y tiempo disponible, espero hacer algún día.

Recorriendo hace poco la colección de las obras de Guillermo de Humboldt (Wilhelm von Humboldt's Gesammelte Werke. Berlín, G. Reimer, 1841-1856), que desde 1841 a 1852 publicó en Berlín su hermano Alejandro, el autor del *Cosmos,* y que se hallan en este Ateneo de Madrid, hallé en el tercero, de los siete tomos de que consta, un breve escrito (desde la pág. 213 a la 240), titulado *Reiseskizzen aus Biscaya,* que es el que traduzco bajo el título que encabeza estas líneas, título largo, pero el único que creo exprese lo que expresa el alemán. En cuanto leí el trabajo me pareció digno de darlo a conocer en la *Euskal-Erría,* que ha publicado varias veces escritos sobre el país vasco, juzgado por los extraños. Aunque sólo fuera por el autor, benemérito entre nosotros, merecía traducirse. Guillermo de Humboldt hizo el viaje que aquí describe en 1799. Iba de paso a Madrid por el antiguo camino de Francia, como se ve por el relato. El trabajo estaba inédito hasta que se publicó en la colección citada, y no conozco traducción ni en castellano ni en otra lengua. Humboldt dice *Viaje por Vizcaya,* pero es que él, siguiendo un descuido frecuente, llama Vizcaya a todo el país vasco y vizcaínos a los vascos, hasta tal punto que en el viaje ni siquiera pisó tierra propiamente vizcaína. En la traducción hago siempre la sustitución. Llama a los vascos *Nation,* dictado que conservo.

Con el transcurso del tiempo ha perdido ciertamente gran parte de su interés; por otra parte, hay digresiones, como la de San Juan de Luz, extrañas al objeto, pero aun así creo deber conservar el trabajo íntegro. Sea como fuere, todo es jugoso en los grandes hombres.

Hay notas de psicología comparada (el parangón

entre el vasco y el catalán, por ejemplo), curiosísimas y a que son tan inclinados los alemanes, fundadores de la que llaman *Völkerpsychologie,* psicología de los pueblos.

Es curiosa la disertación sobre la etimología de Oeaso, aunque sacada en gran parte del padre Risco.

Bien comprendo que toda comparación es odiosa y acaso lo serán para alguien las que Humboldt establece entre vascongados y castellanos, pero téngase en cuenta que fueron hechas por un extranjero, igualmente fuera de una como de otra raza.

Alguna que otra vez me he permitido intercalar entre las notas del autor notas mías, lo que creo me será perdonado.

Y déjome de prólogo para ceder el campo a Humboldt.

---

Este prólogo, seguido de la traducción, se publicó en *Euskal-Erria,* San Sebastián, 1889, XII, ps. 424 y ss.; ambos textos fueron incluidos en el libro *Guillermo de Humboldt y el País Vasco,* San Sebastián, Eusko Ikas-Kuntza, 1925, ps. 293-312; en el del Dr. Justo Gárate, *Guillermo de Humboldt. Estudio de sus trabajos sobre Vasconia,* Bilbao, Imprenta Provincial, 1933, XV + + 222 págs., y, por último, en el titulado *Cuatro ensayos sobre España y América,* Buenos Aires, Colección Austral, núm. 1.012, 1951, págs. 54-55, el prólogo arriba transcrito.

# SOBRE EL CULTIVO DEL VASCUENCE

## I

No me refiero a su cultivo práctico. En estos momentos dejo de lado la cuestión de si se debe o no fomentar la conservación del vascuence como lengua hablada, de si son convenientes y eficaces los esfuerzos encaminados a mantener dentro de la nación lenguas o dialectos regionales, si su conservación es un bien o un mal para los más elevados intereses intelectuales y morales. Me refiero tan sólo al cultivo científico o meramente especulativo del vascuence, al que toma a éste como un ejemplar del reino lingüístico, como monumento que sirve de materia para investigaciones históricas, etnográficas y aun de biología lingüísticas.

Bien se ve que a muchos parecerá extraño que venga a tratar de intereses meramente científicos en época en que parecen recrudecerse los sentimientos regionales, pero creo que los intereses meramente científicos y de orden especulativo tienen un gran valor, que su fomento abre los horizontes de un refugio de calma y serenidad entre las turbulencias provocadas por las pasiones prácticas, y que el *Eco de Bilbao* debe dar cabida en sus páginas a la expresión de cosas que no sean tan sólo las de la lucha diaria.

Acaso lo que distingue más al actual movimiento científico, tan rico y tan potente, es la poderosa y enorme labor de acarreo, la afanosa explotación de los fenómenos, el ejército de obreros que por todas partes asaltan a la naturaleza y al espíritu humanos para conocerlos primero y dominarlos con el conocimiento más tarde. La información reina como soberana y se inculca como el primer deber de un hombre de ciencia la abnegación ante los hechos, la renuncia de sí mismo y de sus fantasías, la virtud noble de plegarse a los fenómenos, de aceptarlos como se presentan y aceptarlos todos, absolutamente todos, sin desdeñar ninguno, ni el más humilde, ni el más insignificante, ni el más trivial.

En muchas ciencias aún no se ve al arquitecto, pero los canteros trabajan con ahinco y con fe, cada cual labra su piedra y la coloca, otro rectifica su obra, y no sería de extrañar que viéramos elevarse hermosos edificios sin dirección de arquitecto, sin plano previo. Son los hechos mismos los que pasando a nuestra mente se agrupan y ordenan según sus íntimas analogías y diferencias, son ellos los que recompensan con la ciencia al que lealmente se les acerca. Conforme se acrecienta el caudal de hechos conocidos, conforme nuestro conocimiento de ellos crece en intensidad y extensión, las teorías se ajan y caen secas, los sistemas se desvanecen. Un hombre que poseyera sentidos capaces de percibir los fenómenos hasta en sus menores elementos, tiempo para seguir su proceso y memoria para conservar todo lo que percibiera, poseería la ciencia suprema, vería la identificación del hecho y de la ley (pues la ley no es cosa distinta del hecho), vería en el *cómo* de las cosas su *porqué;* en su proceso, su razón de ser.

Una de las ciencias en que el trabajo es más persistente y hondo es la lingüística. Se revuelven los restos empolvados de las antiguas lenguas, se fijan

las formas de las que hoy se hablan sin desdeñar dialectos ni jerga alguna, se archivan sus formas y en todos los países cultos, aunque no en España, revistas dedicadas tan sólo a estudios científicos, van lentamente levantando una prodigiosa montaña de datos. Revistas dedicadas exclusivamente a recoger estudios acerca de la formación fonética de los sonidos, en que se publican pacienzudos trabajos acerca del proceso fisiológico para que un sonido se engendre, acerca de su valor acústico y musical. Revistas de dialectos y patuás en que se recogen giros, frases, modismos, cantares populares, documentos de toda clase. Y añádase a esto monografías numerosas en que se investigan las lenguas y dialectos más extraños, de tribus perdidas en las selvas americanas o en cualquier isluca de la Oceanía.

Recuerdo que a un amigo mío le parecía incomprensible que un sueco, todo un erudito sueco, se hubiera venido a Asturias sin más objeto que estudiar el habla o romance asturiano, y le reputaba por *chiflado*. Es lo que él decía: "Yo estoy oyendo hablar y hablo vascuence a cada momento, lo sé, me sobra tiempo y no tengo que hacer, y en mi vida se me ha ocurrido ponerme a estudiarlo, ¡y todo un sueco se viene a Asturias...!" [1].

Las comparaciones, las síntesis, los trabajos de conjunto se difieren para más tarde. Lo primero es conocer el fenómeno y conocerlo en toda su intensidad y extensión.

La cultura científica de un país puede medirse por el número de trabajos de sintetización, teorización y sistematización que se publiquen comparativamente a las labores de información. Cuantas más teorías y menos investigaciones, menor cultura científica.

---

1 Se refiere, sin duda, a la monografía de Ake W: son Munthe, *Anteckningor om Folkmalet i en trakt af vestra Asturien*, Upsala, 1887, primer estudio sobre el habla asturiana.

En nuestro país, en las provincias vascas, se habla una lengua que está aún por explorar científicamente en gran parte. Dividida y subdividida en infinidad de formas dialectales, úsanse éstas en escondidos valles o en montañas sin que nadie las recoja y archive. Publícanse, sí, ridículos trabajos en que, con supina ignorancia, se pretende sacar el latín del vascuence, o se fraguan disparatadas genealogías gramaticales, o se hacen comparaciones más que osadas. Apenas se explotan los hechos y ya hay quien pretende resolver lo que llama el *misterio del eusquera;* apenas se interroga a lo vivo, y ya quieren ponerle remiendos y corregirle la plana. Hace falta un buen diccionario, un vasto archivo de voces registradas con toda escrupulosidad, y hay quien se ha entretenido en publicar uno formado fuera del país vasco y repleto de terminachos de invención propia. Por todas partes surgen gentes bien intencionadas que pretenden suplir con su ingenio el abnegado espíritu científico, la noble virtud mental de aceptar las cosas como son.

¿Qué se ha hecho en lo que al cultivo científico del vascuence respecta? ¿Qué se debe hacer y por qué medios?

Estas dos cuestiones nos proponemos tratar.

Pensamos hacer observaciones acerca de los males que para la formación de la verdad científica engendra la intrusión en el campo de la especulación pura del espíritu práctico —todo lo noble que se quiera, por otra parte— movido por las pasiones de índole poco intelectual; pensamos denunciar los defectos de que adolecen los trabajos que acerca del vascuence se publican en el país vasco y hacer indicaciones para la que creemos su mejor dirección. Convencidos de que la labor, si ha de ser fecunda, tiene que ser colectiva, aspiramos a que se forme un núcleo de investigadores dotados de verdadero espíritu científico, sin aleación ni mezcolanza, y trabaje ese núcleo para

presentar al mundo sabio nuestro vascuence tal y cual es, y sea como fuere, tal y como se habla, sin deformaciones caprichosas; un núcleo que archive un fenómeno vivo, que lo fije, que lo analice, que lo conserve para uso de los estudiosos, dejando a otros, o ellos mismos para otros momentos, todo lo que toque a la conveniencia y eficacia de *purificarlo* y conservarlo como lengua viva.

## II

Hay en San Sebastián un Consistorio de Juegos Florales que en varias ocasiones ha propuesto premios para el que invente, sacándolos de raíces vascongadas, un cierto número de términos técnicos o científicos. El Consistorio promueve y fomenta el que se trabaje para *traducir* al vascuence o a cosa que se le parezca voces como fonógrafo, teléfono, telégrafo, fotografía, microscopio, etc., a las que podrían añadirse malacopterigio, sub-branquial, mastodonte, salicilato de sosa, bromuro de potasio y otras por el estilo. La diversión no puede ser más pueril y el trabajo más perdido, y si se mira hondamente, perjudicial. En cambio, no tenemos noticia de que ese Consistorio haya ofrecido ni una vez siquiera el más insignificante premio a quien presente un vocabulario de voces *auténticas,* usadas en una localidad cualquiera del país vasco y en ella corrientes, voces que no se hallen en los diccionarios hasta hoy publicados.

Este hecho típico sirve de ejemplo para mostrar la viciosa dirección, totalmente anticientífica, que han tomado no pocos de los trabajos que aquí se hacen para cultivar el vascuence. En vez de estudiar el vivo, no pocas veces se forja un miserable dialecto de estufa.

El mismo Consistorio tiene un órgano periódico, una revista, *La Euskalerría,* en que, junto a gran profusión de poesías, ñoñas en general, escritas en formas dialectales literarias, cuando no acompañadas del significado de ciertas voces que el profano no entendería sin tal ayuda, es muy raro encontrar escritos en lengua popular y viva, con las contracciones y el fonetismo de ésta, con sus modismos y giros, hasta con lo que se llama sus incorrecciones e impurezas. No puede culparse de esto a la revista, que es más bien literaria que científica y cuyo fin no es exclusivamente el cultivo especulativo del vascuence, pero es éste un hecho que denuncia la dirección general de nuestros euscaristas, porque si hubiera bastantes que se dedicaran a estudiar el eusquera *vivo,* no dejarían de reflejarse en sus trabajos en *La Euskalerría.*

Es cierto que algo se ha hecho en el sentido recto, como las publicaciones del príncipe Bonaparte y algunos trabajos hechos en Navarra sobre los subdialectos de aquella región, y hasta hubo en Pamplona una revista, *La Revista Euskara,* que, dirigida por Campión, ofreció a los estudiosos interesantes datos y noticias; pero esta publicación murió y esta dirección de estudio es poco seguida.

De aquí que el primer requisito para obtener éxito en una construcción científica, la riqueza de datos y materiales que ordenar y clasificar, es un requisito muy deficiente.

A cuatro pasos de Bilbao, en el valle de Asúa, se usan voces y se emplea un fonetismo que no he visto registrado en parte alguna, habiendo como hay en Bilbao personas que estudian el vascuence.

Resulta de este vicio que los eruditos extranjeros que se ponen a estudiar el vascuence con documentos escritos edifican no pocas veces sus teorías sobre datos incompletos cuando no falseados.

Hay quien ha tomado en serio y como si fueran vo-

cablos vivos y corrientes en boca del pueblo, es decir, como si fueran auténticos vocablos vascos, voces fraguadas por los que hallan más cómodo ejercitar la imaginación que la facultad investigadora. Recuerdo a este propósito que un extranjero, a quien había yo escrito que en vascuence no hay vocablo propio para designar el espíritu, me citó la voz *megope*, que por él da Larramendi, y le hizo mucha gracia el saber que era un término forjado por Larramendi y forjado con poco acierto sobre una voz latina. Y andan no pocos *megopes* por esos libros de Dios, aun sin necesidad de que el Consistorio fomente la forja de tales disparates.

Lo más lastimoso es que las corporaciones públicas de las provincias vascongadas subvencionan indirectamente, suscribiéndose a un número alzado de ejemplares, obras que deberían no ser fomentadas para que se ahorrara el tiempo, trabajo y dinero que el editarlas cuesta. Volveremos sobre esto y citaremos algunas de estas obras, así como volveremos sobre ese pernicioso sistema de subvencionar cualquier cosa fomentando la publicación de verdaderas inutilidades, lo cual es peor que malgastar la hacienda pública por un mal entendido patriotismo de región.

El segundo requisito en una labor científica seria y fructuosa es poseer espíritu científico, conocer el método propio de la ciencia. Desgraciadamente, muchos de los que en el país vasco se dedican al cultivo especulativo del vascuence carecen de disciplina científica y están en la disposición en que se hallara uno que viviendo en un país rico en minería se dedicara a la química sin más preparación que la lectura de este o aquel alquimista.

Puede servir de ejemplo un señor de Eibar que, firmando con el apellido de Guissasola, se ha ocupado en *La Euskalerría* durante algún tiempo, en ir sacando el latín del vascuence, y el cual ha demostrado una

absoluta y profunda ignorancia de la lingüística latina, no ya tal cual se ha ido asentando desde los minuciosos y admirables estudios de Corssen, sino que ni siquiera conoce los trabajos de Bopp acerca de las lenguas arianas, entre las que se cuenta el latín, y descompone de cualquier modo voces latinas cuya genealogía ariana está bien determinada. Es decir, que no sabe al parecer más latín que el que con diccionario y textos se puede aprender sobre la base de las lecciones de un instituto o de un seminario.

Otras veces se denuncia un desconocimiento total de la lingüística románica y de los orígenes y formación del castellano, y casi siempre que para tales teorizantes no existe más ciencia lingüística que la que pueden aprender en los autores indígenas y con el latín y el francés de nuestra enseñanza oficial.

Así resulta que los investigadores de fuera, aunque posean el método y espíritu de la ciencia, carecen de datos, como el ilustre Pott cuando escribió de los apellidos vascos, y los investigadores indígenas carecen en general de orientación científica y cultura general lingüística, aunque conozcan el vascuence que aprendieron en la cuna o más tarde.

La pobreza de datos pide ante todo un buen diccionario y un buen archivo de formas gramaticales, un rico repertorio de formas léxicas y de formas analógicas.

Las gramáticas del vascuence que tenemos son muy superiores a los diccionarios. Respecto a éstos, ¿qué valor tienen los publicados y cuáles son sus defectos? ¿Cómo se debe hacer un buen diccionario? Y dado que éste, como diremos, tiene que ser de labor colectiva, ¿bajo qué principios y reglas se ha de organizar la indagación, recolección y clasificación de los materiales?

## III

Al terminar nuestro anterior artículo nos preguntábamos qué valor tienen los diccionarios del vascuence publicados hasta hoy.

El más antiguo es el de Larramendi, y puede decirse que en ciertos respectos es el mejor. Al componer su Diccionario Trilingüe, castellano-vasco-latino, Larramendi se hallaba en posición ventajosa sobre los que después de él se han dedicado a componer diccionarios vascos, ventaja que resultaba precisamente de ser él el primero, pues no pudiendo echar mano de trabajos anteriores análogos, que estimulan y favorecen a la pereza, no tuvo otro remedio que acudir *en gran parte,* para hacer el suyo, a la fuente viva de la lengua hablada, e ir recogiendo voces de valle en valle, de monte en monte, de casería en casería.

Decimos *en gran parte,* y no en totalidad, porque no debe perderse de vista que el Diccionario Trilingüe era lo que hoy diríamos una obra de tendencias y de ninguna manera un archivo del mayor número posible de voces vascongadas para servir de base al estudio del eusquera. Basta leer su prólogo para convencerse de ello. El Diccionario Trilingüe no es más que una *comprobación* del trabajo anterior del autor acerca de la antigüedad y universalidad del vascuence en España, no es otra cosa que una colección de pruebas de la tesis de Larramendi de que el vascuence es tan rico por lo menos como el castellano. Esta es la razón de que el diccionario fuera castellano-vasco y no vasco-castellano, pues el autor se proponía demostrar que puede decirse en vascuence con raíces vascongadas todo lo que en castellano se dice,

y así es que no hizo más que copiar el diccionario castellano e ir poniendo significado a cada vocablo de éste.

Este mismo fin de su obra, tan poco genuinamente científico (tal como hoy entendemos esto de científico), vició su obra, pues en su empeño de dar correspondencia indígena vasca a toda voz española, se permitió inventar no pocas palabras que el vascuence corriente y hablado ni posee ni puede poseer, e inventarlas no pocas veces con falta de tino, como cuando por preocupación de escuela filosófica y resabios de latinismos, de *egon,* "estar", y *pe,* "bajo", compuso *egope,* "sustancia" sobre la base del latín *substantia,* de *sub,* "bajo", y *stare,* "estar". En este pecado científico de suponer que la inteligencia espontánea, primitiva e inconsciente de los pueblos se haya de conformar a la reflexiva, y no pocas veces adulterada por ejercicio de escuela, de los filósofos de sistema, caían por entonces casi todos los doctos, y aún hoy se siguen repitiendo, fundadas en esa base y en ignorancia de la filosofía, etimologías tan absurdas lingüísticamente como que *intelligere* derive de *intus-legere; universalia,* de *unus versus alia; lex,* de *ligare,* y otras por el estilo.

Otro de los defectos que fatalmente se derivaron a la obra de Larramendi del fin que éste la asignó es su empeño de derivar del vascuence voces castellanas a todas luces latinas (y que en latín hallan su explicación y arranque ariano), y derivarlas de cualquier modo, cuando puede asegurarse que en el castellano apenas llegan a media docena (si es que pasan de dos o tres) las voces de origen vasco. Que Larramendi cayera en este error tiene menos de extraño que el que no hubiera caído, pero es imperdonable que hoy recaigan en él muchos por un casi absoluto desconocimiento de los orígenes, del proceso y de la historia de las lenguas castellana y latina, porque

para hacer ciertas comparaciones precisa estudiar despacio los dos términos que se hayan de comparar, y no pocos se han metido a sacar voces del vascuence sin haber saludado ni siquiera los trabajos de Federico Díez, el filólogo alemán, patriarca de la filología románica, y mucho menos los vastos estudios que después de él se han hecho en el campo de los romances.

Es una lástima verdaderamente que personas que han estudiado el vascuence con ahinco y lo conocen empíricamente bien carezcan tan en absoluto de cultura filológica general o la tengan tan extraviada, que se sirvan de métodos e ideas de tiempos de Mari-Castaña, mandados hace tiempo recoger.

El diccionario de Larramendi, con todos sus defectos inevitables en la época en que se escribió, es una buena base, y fué sin duda obra meritoria y útil. Después de él, ¿qué se ha hecho?

Llegó a Europa el reinado intelectual de la ideología y del abstractismo, reinado que amparó tantas *gramáticas generales* de origen apriorístico, tantas construcciones caprichosas y precipitadas, aunque a las veces ingeniosísimas, y tanto fárrago. Entre las teorías más ingeniosas y más infundadas de aquella época, fué una la de dar valor ideológico a cada letra, esto es, la de suponer que en las palabras cada sílaba, y aun cada letra, significa algo, y figurarse a la inteligencia espontánea del hombre primitivo obrando como inteligencia de ideólogo, analista y hasta metafísico.

Era la época de Rousseau, en que el hombre primitivo era descrito como el más feliz, el más santo y el más sabio. Y si la teoría es insostenible en sí y está completamente rechazada (por lo menos en su forma antigua) de la ciencia, la aplicación que de ella se hacía era más absurda aún, porque se tomaban las voces tales y como la lengua corriente las daba,

suponiendo que siempre habían tenido la misma forma, es decir, que desde que los supuestos sutiles ideólogos inventores del vascuence forjaron en su telar metafísico los vocablos del eusquera, éstos se habían conservado intactos por no velar la primitiva ciencia semiinfusa.

Este modo de ver, general en Europa a fines del siglo pasado y principios del presente, se aplicó al *examen filosófico* de varias lenguas, y en nuestro propio país lo aplicó Astarloa al examen del vascuence.

No es ésta ocasión de criticar las teorías de Astarloa, crítica que desgraciadamente no supondría absoluta pérdida de tiempo. Queríamos, al hacer estas indicaciones, venir a parar a que el diccionario vasco de Novia de Salcedo obedece al estado intelectual del reseñado. En él se intenta aplicar *in extenso* el principio ideológico de Astarloa. Por tanto, ni su autor tuvo el propósito de dar una obra de información de datos, ni apenas añade al caudal de voces que Larramendi nos ofrece. Es una verdadera lástima que se haya protegido por nuestras corporaciones la pérdida de tiempo, material y trabajo que la impresión de este diccionario ha invertido.

Antes de que el diccionario de Novia de Salcedo tuviera la desgracia de ser publicado, trabajaba Aizquibel en el suyo, sintiendo la falta de un diccionario vasco-castellano, y lo que hizo fué no más que volver del revés la obra de Larramendi, sin añadirle cosa de valor. Porque en el voluminoso diccionario de Aizquibel sobra mucho, pero mucho, y falta por lo menos tanto como lo que sobra. El autor se entretiene en ir formando con los temas vascos y los prefijos y sufijos de esta lengua todos los derivados posibles, cuando, salvo en los casos en que de simple derivación no se podría deducir el significado de un derivado, debe bastar apuntar las voces simples en apariencia,

las no fácilmente reductibles, y los prefijos y los sufijos. Porque en lengua que, como el vascuence literario, puede con tanta facilidad formar derivados, el entretenerse en apuntar todos los posibles es labor poco útil.

En cambio, yo, con mis escasas fuerzas, le he podido añadir al diccionario de Aizquibel centenares de voces vascongadas de uso y corrientes en boca del pueblo, sea en un pueblo, sea en otro.

¡Es claro!, Aizquibel, aunque vascongado, escribió su diccionario en su mayor parte fuera del país vasco, que es como estudiar el avestruz en Estocolmo, pues así como el sabio sueco que esto hiciera tendría que servirse de ejemplares disecados o de estufa, así Aizquibel hizo un diccionario del vascuence literario y *libresco,* no del vivo.

De otros diccionarios y vocabularios de menos bulto y menos pretensiones no hay por qué hablar. Dejemos los de Fabre, Van Eys, Lécluse, Manterola, etcétera, útiles, sí, pero muy incompletos.

Nuestro objeto ha sido, ante todo, mostrar los escollos en que han tropezado los que se han dedicado a hacer diccionarios y el hecho de que aún no se haya publicado uno que responda a las exigencias de la ciencia moderna, esto es, *un archivo, lo más completo y minucioso que sea posible, del número mayor posible de voces auténticas, usuales y corrientes de los dialectos todos del eusquera, a la vez que los vocablos empleados por los que han escrito en esta lengua, con la más fiel transcripción fonética e indicación minuciosa de la región en que cada voz se use,* archivo o repertorio que sirva de base a los trabajos acerca del eusquera.

La obra es ingente, de enorme labor y, sobre todo, de labor abnegada, porque ha de ser colectiva, de labor modesta, de concienzuda información y poco más. Porque todo lo que sea teorizar y etimologizar, y dar

y quitar patentes de pureza o casticismo a los vocablos, debe quedar para la labor individual. Lo que más falta hace a los estudiosos es conocer lo que hay tal y como lo hay; y el vascuence que se habla, tal y como se habla; el *hecho,* en una palabra.

¿Cómo puede llevarse a cabo esta obra colectiva? ¿Con qué método y bajo qué principios? ¿Qué institución o sociedad debe tomar la iniciativa?

En otro artículo procuraremos contestar a estas cuestiones, valiéndonos de la ocasión para hacer consideraciones acerca de nuestra viciosa cultura española, de esta educación que nos enseña a ideologizar y desdeñar el estudio real y a muchos hechos por menudos, de esta educación que hace el que una persona que pasa en Bilbao por ilustrada y culta, y en ciertos respectos lo es, me dijera que le parecía una simpleza sin trascendencia y cosa que no iba a parte alguna eso del folklore que trató mi inolvidable Vicente Arana de implantar en tierra ingrata, en parte de este pueblo español en que aún se cree en la absoluta insignificancia de ciertos hechos y en que muchos que por lo visto ignoran que sobre las *simplezas* del folklore, recogidas en abrumadora masa en toda Europa, se han basado inductivamente fecundos conocimientos históricos, psicológicos y sociológicos, dan sin embargo importancia a dogmatismos más o menos jacobinos, edificados sobre el pobre caudal de datos de nuestra ordinaria vida y de nuestras mezquinas historias.

IV y último.

Un diccionario tal y como lo imaginamos, que sirva de punto de partida a las futuras investigaciones acerca del vascuence y ofrezca a los doctos un texto de información, no puede ser obra individual. Es ta-

rea superior a las fuerzas medias de un hombre el ir recorriendo pueblo por pueblo y valle por valle del país vasco, tanto español como francés, para recoger cuidadosamente el caudal de voces de que se sirven los que hablan vascuence. Nadie desconocerá que si la obra ha de ser lo más completa posible, tiene que ser colectiva la labor de acarreo e información.

Sería preciso buscar en cada pueblo o comarca de la Euscalerría (llamamos así al país en que aún se habla el vascuence) personas curiosas que tomaran a su cargo la recolección del caudal léxico del pueblo o pueblos que se les encomendara.

No sabemos si será una simpleza pretender tal cosa, dadas nuestras costumbres y preocupaciones. Más de una vez, fuera de España, se ha repartido entre ciertas personas cuestionarios en los que se les preguntaban cosas de mero interés científico, el modo como se representaban tal o cual concepto abstracto o datos acerca de la marcha de sucesos de su competencia, y se ha obtenido bastante buen éxito. Si en nuestra España se hiciera esto, es seguro que el cándido investigador que acudiera a ese medio, medio de que entre otros se han servido para sus estudios Darwin y Summer Maine, no recibiría respuesta más que de los patosos que se las echan de ocurrentes y chuscos, cuyo número es en nuestra patria infinito. Los demás se encogerían de hombros diciéndose: "y esto, ¿para qué sirve?", sumiéndose luego en nuestra típica haraganería y en nuestra absoluta indiferencia a lo que se levanta de los intereses cotidianos. Por otra parte, influídos todos, aun los que menos lo parecen, por la creencia implícita de que apenas nacemos se nos pone en posesión de la verdad absoluta y que fuera de ella no vale lo demás un comino, despreciamos los hechos menudos y estamos *convencidos* de que con ese acumular datos se pierde

tiempo. Nos gusta volar por el vacío y no arrastrarnos por la tierra firme.

No sabemos si será simpleza pretender tal labor colectiva como la que aconsejamos, pero una vez puestos a fantasear, acabemos de hacerlo.

Esa labor colectiva habría de reducirse a ciertos principios.

1.° Los coleccionadores de vocablos habrían de recogerlos todos, sin omitir ninguno y sin desfigurarlos; habrían de ser meros fotógrafos de la realidad, sin meterse a corregir la plana a ésta. Dificultad grande, sin duda, hacer comprender esto donde aún se cree que hay hechos insignificantes y que suceden cosas que no deberían suceder, donde aún se buscan los gigantes en los molinos y donde falta un sentido hondo y sereno de la realidad. Dificultad mucho mayor donde se falsifica lo real y se prostituye la ciencia, convirtiéndola en excusa de puerilidades, y donde, por ridículas derivaciones del sentimiento, se afirman errores a la vez que tonterías tan grandes como que somos misterio mayor que los demás pueblos. Dejemos esto, que es la herencia de aquella leyenda de la torre de Babel con todas las confusiones y líos que ha traído.

2.° Habría que adoptar un sistema de transcripción fonética uniforme para todos los colaboradores, un alfabeto en que a cada sonido de la lengua vasca se le diera su signo, partiendo como base de la ortografía castellana, por ser ésta la más usual y conocida, la que menos habría de chocar con los hábitos corrientes, y para evitar a la vez la introducción de caprichos.

3.° Los coleccionadores especificarían la localidad o localidades donde cada vocablo se usara.

Recogidos los datos, quedaría el trabajo de dar unidad a todo ello, de ordenarlo y publicarlo, y también la persona o personas que de esta labor se en-

cargaran necesitarían sereno espíritu y estar penetrados del carácter de su empeño.

Sería preciso que, ante todo y sobre todo, se limitara el diccionario a ser un archivo de voces del vascuence, un archivo lo más rico posible. Y aquí surge una primera cuestión. Es evidente que en el vascuence que hoy se habla se han introducido no pocas voces castellanas. Es frecuente oír en boca de aldeanos *caballué,* por ejemplo, en vez de *zaldije,* y nadie sostendrá que *caballué* sea vascuence. Pero en cambio no puede negarse que *arimie,* "el alma"; *izpiritue,* "el espíritu", o *borondatie,* "la voluntad", no sean vascuence, porque esta lengua, tal como se habla, no posee, que yo sepa, otras voces para expresar esos conceptos, conceptos que con la cultura romano-cristiana recibimos de nuestros civilizadores. Esta delimitación de cuáles habrían de considerarse voces vascas y cuáles no, admite, según creemos, un criterio. Nos parece que sólo deberían rechazarse aquellos vocablos castellanos que usan nuestros campesinos al hablar vascuence, sin alterar su fonetismo y disponiendo de sinónimo indígena conocido generalmente, porque si no se conoce este sinónimo o es poco usado, debería incluirse la voz de origen castellano, así como cuando ésta, por la alteración que haya sufrido, sea un dato para el estudio del modo como el vascuence trata a los vocablos extraños al admitirlos en su seno.

Otro de los requisitos, y el que más hay que recomendar, es que el diccionario con que soñamos no fuera etimológico. El estado en que se hallan los estudios sobre el eusquera no permite dar a las investigaciones etimológicas más que un valor muy relativo ni más autoridad que las que les preste su autor. La etimología brota casi espontáneamente a los ojos del estudioso cuando se han ordenado y clasificado varios vocablos y se han comparado entre sí las formas que uno mismo reviste en diferentes dialectos. La

etimología sólo se fundamenta en un enorme caudal de datos y una detenida confrontación de ellos. El papel del verdadero hombre de ciencia es provocar a los hechos para que se expliquen por sí mismos. La etimología es cosa sujeta a continuas rectificaciones, resultado de largas y detenidas rebuscas, y no cuestión de echarse a discurrir y hacer gala del ingenio y la agudeza. El estudio de la etimología en una lengua demanda el conocimiento de otras y una sólida cultura filológica. En el vascuence, el trabajo de etimología es casi nulo, y no porque no se haya escrito mucho sobre esto desde Larramendi acá, sino porque el primer cuidado habría de ser destruir lo hecho en este respecto.

Por vía de comparación, podemos decir que entre los mil y un disparates que han dado forma al último Diccionario de la Academia Española, los más disparatados son sus etimologías. Estas acusan a quien las *inventó,* o quienes las *inventaron,* una ignorancia profunda, crasa, casi invencible al parecer, respecto a la filología románica. Su autor, o autores, ni siquiera conoce los trabajos de Díez (que es lo más que se puede decir), y no tiene ni sentido científico, ni conocimiento de la fonética hispano-latina, ni le sobra sentido común. Pero no nos salgamos de nuestro propósito y demos fin a estos artículos para poder pasar a cosas de más miga y mayor trascendencia.

Pero antes de concluir nos resta lo más importante. ¿Qué persona o personas, qué sociedad o institución, formada o por formar, podrá tomar la iniciativa en la confección del gran diccionario vasco? Donde se ofrecen premios a los inventores de terminachos, ¿no se ofrecerán a los rebuscadores de la realidad?

Mas dejemos esto, porque tratándose como se trata de una utopía, de una proposición que nos ha servido de excusa para varias consideraciones. es perder el tiempo llevarla más lejos. Corren además muy malos

vientos para la mera especulación científica, para la contemplación serena de la realidad. Se toma al vascuence como bandera de guerra y no como un fenómeno histórico, un fenómeno como otro cualquiera. Por otra parte, hay no pocos que gozan en envolvernos en el misterio y sufrirían con que se hiciera luz en este punto. Lo que quieren es seguir repitiendo todo eso de que somos una excepción y una cosa aparte, figurándose, sin duda, que se sabe muy bien de dónde vienen y quiénes son los demás pueblos que nos rodean, y les basta con esa idea de raza, fuente de errores sin cuento, que corre por los manualetes. Porque lo que pasa es una cosa, y es que aquí donde tanto se habla de raza vasca y se toman como fuentes etnográficas las historias ordinarias, se empieza por ignorar lo que es *raza* y por no tener concepto claro de ella ni idea de cómo ha variado por completo la posición del problema que a ellas se refiere. En fin, allá se lo coman con su torre de Babel.

(*Eco de Bilbao,* 19 y 26 de noviembre, 10 y 24 de diciembre 1893. Números 5, 6, 8 y 10.)

# DERECHO CONSUETUDINARIO DE ESPAÑA

## I

### Vizcaya.

1. Organización económico-social de Vizcaya: estudios sobre la materia hechos hasta el presente.—2. Consideraciones generales previas.—3. El suelo y el pueblo vizcaino.—4. Algo de historia y de lingüística.—5. La vida rural en Vizcaya.—6. Aprovechamientos comunes.—7. Prestaciones mutuas de trabajo.—8. Lorra: concepto y aplicaciones de esta institución.—9. Hermandades de seguro mutuo para el ganado.—10. Aparceria pecuaria.—11. Beneficencia.—12. Relaciones entre amos y colonos.

1. *Estudios sobre la materia hechos hasta el presente.*—Con motivo de la Exposición Universal que había de celebrarse en París en 1867, y por decreto imperial de 9 de junio de 1866, aprobando otro de 7 del mismo mes, se instituyó en Francia un nuevo orden de recompensas para premiar a las personas, establecimientos y localidades que, fomentando la buena armonía entre todos los que cooperan a unos mismos trabajos, hubiesen asegurado a las clases trabajadoras el bienestar intelectual, moral y material.
El señor don Ignacio Fernández de Henestrosa, Conde de Moriana, Comisario regio de España y miembro del Jurado especial de aquella Exposición, dirigió desde París, con fecha 26 de julio de 1867,

una carta a los Diputados generales de Vizcaya rogándoles que "contribuyesen con sus conocimientos especiales a presentar los ejemplos que existen en España de armonía entre propietarios y colonos, entre fabricantes y obreros, e indicasen las fundaciones que, sin necesidad de nombres de aplicación moderna, han servido en España desde hace largos años para instruir, moralizar y ayudar a los menesterosos". Como entraban también en el consurso "las instituciones especiales a ciertos países que contribuyen a establecer y fomentar los sentimientos de orden, de bienestar, de prosperidad y de confianza entre los ciudadanos de un mismo pueblo", el señor Conde de Moriana propuso como cosa que satisfacía completamente las condiciones del programa en esa parte los fueros, buenos usos y costumbres de las Provincias Vascongadas, pidiendo a la Diputación general de Vizcaya que le proporcionase una descripción de ellos y le indicara, además, *cuantas asociaciones de socorros, de ahorros, de seguros, de protección en todos casos, para personas y ganados, hay establecidas en el país, y cuanto tenga relación con estos fines y la apetecida armonía y bienestar entre los habitantes de esas provincias.*

Los Diputados generales estimaron que el trabajo que se les pedía era sobremanera arduo, y muy corto además el plazo para evacuarlo; esto no obstante, encomendaron la redacción de una Memoria al popular poeta don Antonio de Trueba, cronista del Señorío. La Memoria, extractada y traducida al francés, se publicó en el boletín de la *Société Internationale des Etudes Pratiques d'Economie Sociale,* en la cual provocó una discusión amplísima sobre la libertad de testar y transmisión íntegra de bienes (sesiones de 12 de enero y 9 de febrero de 1868). Uno de los que tomaron parte en la discusión, el ilustre economista Mr. Le Play, que conocía personalmente el país vasco,

se interesó grandemente en el asunto, hizo varias preguntas y observaciones acerca de la constitución social de Vizcaya, se puso en relación con el señor Trueba y sometió a éste un cuestionario con objeto de incluir las noticias que obtuviese en la cuarta edición de su obra *La Reforme Sociale.* El señor Trueba encomendó la tarea de contestar el interrogatorio del popular economista francés a don Narciso Muñiz de Tejada, profundo conocedor de la sociedad vizcaína.

Las cartas que mediaron entre el Conde de Moriana y la Diputación general, la Memoria de Trueba, las observaciones acerca de ella del señor Fernández de Henestrosa y de Mr. Le Play, las contestaciones del cronista, con un extracto de las sesiones de la Sociedad Internacional de Estudios Prácticos de Economía Social, se publicaron por orden de la Junta general del Señorío, fecha 19 de julio de 1868, con el título: *Bosquejo de la organización social de Vizcaya.* Publícase en virtud de acuerdo de este M. N. y M. L. Señorío, congregado en Junta general so el árbol de Guernica. Bilbao, 1870.

Y es todo cuanto se ha escrito sobre tal materia hasta el presente día.

El interés que despertaba el país vasco se explica, porque ostentando rasgos etnográficos tan especiales, conservando una lengua antiquísima e instituciones políticas que en otras partes fenecieron ya hace muchos siglos, se creía que en su organización económico-social habría de ofrecer caracteres singularísimos. Mr. Le Play, uno de los campeones del sentido histórico en los estudios económicos, había comparado, en su obra acerca de la organización del trabajo, las provincias vascas con algunos cantones suizos en cuanto a la constitución de la familia. El Gobierno imperial, por su parte, nombró una comisión, presidida por Odillon-Barrot, para que estudiara las Provincias Vascongadas. Correspondiendo a tan general

y sostenido interés, nació el "Bosquejo" del señor Trueba, trabajo de carácter casi oficial.

Don Antonio de Trueba era un poeta popular y sentidísimo, ajeno por completo, sea dicho con el mayor respeto a su memoria, a los estudios sociológicos y lleno a la vez de un cariño a su país natal que se lo hacía ver todo de color de rosa. No es de maravillar, por esto, si la Memoria que redactó es un idilio, compuesto de generalidades, con muy pocos datos concretos, y en que a cada paso el sentido, muy moral pero nada científico del poeta, trastrueca las cosas y las tuerce. La parte jurídica de la Memoria, redactada por don José Antonio de Olascoaga, secretario del Gobierno del Señorío a la sazón, no pasa de una brevísima exposición ligeramente comentada de la ley escrita del Fuero. El afamado economista Mr. Wolowski, en las sesiones de la Sociedad ya citada, se lamentó de lo poco examinados que se presentaban los hechos en la Memoria, de su vaguedad y escasa consistencia científica, y aludió al carácter idílico del trabajo, que descubría una jauja en España, donde no estamos acostumbrados (decía) a buscar modelos de civilización y progreso.

La Memoria de Trueba contiene noticias abundantes sobre costumbres económicas de Vizcaya, pero revueltas con otras sobre materias distintas, y todo en líneas generales, sin pormenor alguno. Ciertamente no carece de valor su trabajo: al fin y al cabo, era hijo del país, y no podía menos de conocer mucho de él; y como poeta eminentemente popular, se había consustanciado el sentido del pueblo. Pero este género de investigaciones, tan positivo y prosaico, necesita una gran devoción y una gran perseverancia, y no es accesible a la iniciativa privada sin el acuerdo y solidaridad entre los investigadores: las corporaciones se descargan del compromiso, como se des-

cargó la Diputación general de Vizcaya, confiando la labor a un poeta [1].

Posteriormente al trabajo de Trueba, se publicó la "Memoria acerca de la condición social de los trabajadores vascongados, por Camilo de Villabaso; trabajo premiado en el certamen de las fiestas eúskaras de Durango: Bilbao, 1887". No añade cosa alguna a la obra del poeta, pues todo cuanto encierra de propio son noticias acerca de las fábricas e industrias, jornales que ganan los operarios y asociaciones de origen patronal.

En los presentes apuntes me propongo reunir algunas noticias, no muchas por desgracia, sobre costumbres económico-jurídicas en Vizcaya, recogidas unas directamente por mí, otras por mediación de personas fidedignas. Las publico sin aguardar a mayor cosecha, por la esperanza de que estimulen a otros a igual labor, y con ánimo de completarlas poco a poco. No puedo resistir a la tentación de acompañarlas alguna vez de aquellas reflexiones y comentarios que me sugieren, pero sin que oscurezcan ni empañen la exactitud de los hechos relatados, los cuales podrán ser apreciados por el lector de modo distinto. Aun así, resultará este breve ensayo con marco bastante holgado para la sustancia que contiene, siendo más bien un programa que un trabajo definido.

2. *Consideraciones generales previas.*—El proceso económico moderno obra con poderosa energía en Vizcaya por mediación, sobre todo, de su capital, Bilbao, villa dentro por entero del movimiento industrial que podemos llamar cosmopolita. Efecto de

1 Júzguese del modo como se las hubo la Diputación en el desempeño del encargo, por el siguiente dato: una de las cosas que interesaba el señor Conde de Moriana eran noticias sobre las asociaciones de seguros de protección para el ganado, y, no obstante haberlas en toda Vizcaya, no se le hizo ni una sola indicación acerca de ellas.

ella, desaparecen rápidamente de la provincia los últimos restos de sus privativas costumbres económico-jurídicas. Sucede con esto lo mismo que con la lengua vascuence; y si los estudiosos no se apresuran a recoger lo que queda de la una como de las otras, se habrá perdido muy pronto la fuente más caudalosa y más pura de datos para el conocimiento de nuestro país. Tal es la razón que me ha movido a reanudar con otro método y sobre bases distintas la labor que emprendió Trueba en 1867.

Haré caso omiso en estos apuntes, y de igual modo en los que les sigan, de cuanto pueda estudiarse en la *ley escrita* —en el Fuero—, ciñéndome a aquellas instituciones consuetudinarias no encadenadas a letra ninguna preceptiva. Como en todo otro país, la vida pública de Vizcaya tiene más de un regulador: de una parte, los fueros y códigos escritos, debidos en buena parte a la razón raciocinante de los juristas, y zurcidos en Vizcaya sobre una legislación extraña; de otro lado, la colección de acuerdos de las Juntas generales, de que no ha mucho publicó minucioso análisis don Fidel de Sagarminaga, colección en que toma cuerpo la vida jurídica colectiva de Vizcaya; y por debajo de una y de otra, la costumbre, razón no escrita del pueblo, manifestándose en los hechos de la vida fuera del molde de la ley escrita y frecuentemente contra ella. Sin tratar de discutir aquí el problema de la relación entre la ley y la costumbre, y de su acción y reacción mutuas, recordaré tan sólo que en Guipúzcoa y Alava, provincias hermanas de Vizcaya, pero más pobres que ésta, se prohibió alguna vez a los abogados intervenir en las Juntas para que no *enredaran* los asuntos, y que esta prohibición no ha regido, que yo sepa, en Vizcaya, donde el jurisperito alcanzó en todo tiempo mayor consideración e importancia. Efecto de su gran desarrollo, el comercio y la industria han estrechado y

comprimido la vida del derecho consuetudinario; añádase a esto que la extremada subdivisión de la propiedad engendra a menudo colisiones de derecho y un número considerable de pleitos. Y no es para olvidado que los vizcaínos, desde que servían, como dice Cervantes, de secretarios a los reyes, se han distinguido siempre por su espíritu ergotista, discutidor y leguleyo [1].

Así y todo, aún conserva la costumbre buena parte de su antigua preponderancia en las poblaciones rurales de Vizcaya; que no en vano simboliza las viejas libertades vizcaínas un árbol que hunde su raíz en las entrañas de la tierra.

3. *El suelo y el pueblo vizcaíno.*—El suelo de Vizcaya, cretáceo, con muy reducidos espacios de depósitos aluviales y algunos apuntamientos eruptivos, es en gran parte, como suelo de labor, obra del hombre. El vizcaíno ha tenido que resignarse a cultivar las rocas, subiendo a ellas la tierra carga a carga y escalonando las laderas en bancales o tablares planos. La naturaleza del suelo y su pobreza han impuesto el cultivo intensivo y el régimen *acasarado*: lo que los franceses llaman *domaine aggloméré á foyer central.* No se hace la labor profunda con arado y yunta, sino con laya y a brazo, no sólo de hombres, sino de mujeres, que los acompañan en todas las faenas agrícolas, aun las más duras. Así es que las tierras labrantías no se miden por yugadas, sino por peonadas [2]. Esto no obstante, el labrador goza de un bien-

1 Se ha notado antes de ahora que los estudios en que más se distinguieron los vizcaínos son las matemáticas y el casuismo, ya jurídico, ya teológico moral. El famoso Zamacola, especie de dictador en Vizcaya a principios de siglo, y una de las figuras más salientes y típicas de la historia vizcaína, era escribano.

2 Herodoto hacía observar que las medidas superficiales usadas en un país están en relación con la mayor o menor riqueza de su suelo y lo más o menos repartida que está en él la propiedad. Sería un trabajo utilísimo la comparación de las medidas agrarias que se han usado en las distintas regiones de España. En Vizcaya rigen, por punto general, las de Castilla, y sobre

estar regular, debido en gran parte a lo muy repartida que se halla la propiedad, cuya subdivisión es tal, que con frecuencia tiene un propietario rural su hacienda compuesta de multitud de parcelas muy pequeñas, separadas unas de otras a veces por largas distancias [1].

La raza que cultiva este suelo ingrato tiene fama de vigorosa y trabajadora. La familia, producto de las condiciones de su suelo, presenta una vigorosa cohesión. La propiedad es realmente familiar, como lo confirman las disposiciones forales referentes a troncalidad y el régimen legal de libertad de testar y transmisión íntegra de los bienes, modificado por la costumbre [2].

---

todo el estadal *(estatue* en vascuence), de siete pies burgaleses en cuadro (49 pies cuadrados). Como medida propia, poseen para las hazas cultivadas el *guizelan* o peonada (de *guizon,* bombre, y *lan,* trabajo) superficie que puede trabajar un hombre en un dia y que equivale a un celemín de grano. De la comparación de las medidas se sacaría también la potencia media para el trabajo en cada región.

1 El campesino goza de buena posición, en el concepto general, cuando posee una pareja de bueyes, dos vacas, mayor y menor, y un par de cerdos. Una vaca suele valer de 175 a 200 pesetas; con cria, de 250 a 300; por los alrededores de Bilbao, una vaca fina, nacida en el pais, llega a pagarse de 750 a 800 pesetas. El trigo da en Vizcaya de 12 a 14 fanegas por una de sembradura; el maíz, hasta 60.

2 Al presentarse a la Sociedad Internacional de Estudios prácticos de Economía Social la ya citada Memoria de Trueba, lo que más me llamó la atención, y fué objeto de un detenido debate, fué la libertad de testar, consignada en la ley 11, título 20 del Fuero, y modificada por la costumbre. La propiedad es familiar, como lo prueban la confusión de bienes de los cónyuges (ley 1.ª del tít. 20), y la máxima legal "el tronco vuelve al tronco y la raíz a la raiz" (en el mismo tít. 20). El padre puede dejar a uno solo de los hijos toda la hacienda, apartando para los otros un tanto, poco o mucho, que ba sido fijado por la costumbre en un árbol y una teja, o un palmo de tierra y una teja. El padre reparte como quiere, acostumbrando elegir heredero de la hacienda familiar, bien por donación *inter vivos* o *mortis causa,* al que juzga más apto para llevar la casería, imponiéndole la obligación de satisfacer a sus hermanos en metálico, como dotes compensadores, las cantidades que estiman necesarias para nivelar algo las fortunas. Al casarse el hijo nombrado heredero para llevar la heredad, continuar la jefatura de la casa y el cultivo y posesión de su hacienda, el padre del otro cón-

En Vizcaya es muy considerable el número de pequeños propietarios que labran tierras propias.

Lo que principalmente imprime carácter al pueblo rural vizcaíno es el sentimiento vivo de familia, el régimen llamado patriarcal y el respeto a la autoridad. En las romerías preside el alcalde, teniendo delante clavado el chuzo, símbolo de su autoridad; y más de una vez se da el caso de que se ausente, bastando la presencia del chuzo para representar la autoridad y mantener el orden. Ahondando un poco en el carácter del vasco, se encontraría que siente mejor la justicia; y que sale de él más fácilmente el hombre honrado y formal o el varón justo, que el propiamente santo [1].

---

yuge entrega a su consuegro, por vía de compensación, un tanto proporcionado al valor de dicha casa y hacienda del beredero, y luego el padre distribuye en vida o en muerte con la mayor equidad. En tiempo de Iturriza, 1787, llevaban de dote 1.000 y más ducados (de a once reales) los hijos de buena casería; los de posición más modesta, de 600 a 700 ducados. Hoy se lleva a una buena caseria 3.000 y hasta 6.000 ducados. En las familias desahogadas de fortuna suele ser el hijo mayor quien se queda en la casa, como heredero y labrador; otro abraza la carrera eclesiástica, y un tercero se dedica a un oficio, tal como el de confitero, tenido en gran estima, como de los más elevados. Los padres se reservan un entierro de tal o cual coste y la mitad del usufructo, en vascuence *echebazterra,* cuyo vocablo significa propiamente "orilla o borde de la casa", y es voz superviviente de una edad en que el padre se reserva un trozo de terreno en torno a la casería.

La boda es en tales casos uno de los más importantes negocios, ajustado no pocas veces por intervención de casamenteros de profesión, y después de largas y reñidas deliberaciones entre los padres de los prometidos. El día de la boda se lleva a la casería el ajuar de la novia *(echepastía)* en un carro, cuyas ruedas se frotan con resina para que rechinen mucho, y que va coronado de la rueca, *ardatza;* extiéndense luego ante los convidados las prendas y regalos, pregonándolos, así como su precio, y diciendo la pregonera, al concluir, que lleva además la novia, por su parte personal, con qué dar gusto al marido. En algunos lugares, el día de la boda empezaba la novia a tejer la mortaja.

1 Conviene insistir algo sobre este punto. Lo que llamamos sentimientos individualistas y sentimientos sociales (mejor aún, egoístas y altruistas), no son en último análisis sino las formas muy complejas, confundidas unas con otras y en continua acción y reacción mutua, de los dos primitivos instintos animales: el de conservación y el de expansión propia, el de conserrvación in-

Mas para ahondar con éxito en la psicología étnica del pueblo vasco es preciso hacerlo sobre datos concretos y positivos, no sobre conceptos sacados de la experiencia difusa, vaga, apriorística o menos reflesiva. A tal fin van encaminados en una parte estos apuntes.

4. *Algo de historia y de lingüística.*—Es de capital importancia para poder formarse idea clara del espíritu de un pueblo hacer luz en sus más remotos orígenes, pues sabido es que el génesis de las cosas lleva envuelta o latente la razón de éstas; así, para penetrar el aspecto económico-social del pueblo vascongado, debemos principiar por acercarnos cuanto sea posible a su cuna, valiéndonos principalmente de su lengua. El *eusquera* (y no *eúskaro,* como suele decirse) ha de revelarnos, si lo estudiamos a la luz de la moderna ciencia de la lingüística, no poco de la prehistoria vasca. Además de los caracteres gene-

---

dividual y el de conservación de la especie, el nutritivo y el genético, el hambre y el amor. Ya Littré intentó deducir de ellos la justicia y la caridad. Y aquí me ocurre hacer observar que el vasco domina más, *relativamente a otros pueblos,* el instinto primero que el segundo. La gula es en él más frecuente que la lujuria; hay que verlo en las comilonas, sobre todo en las de funeral, cuando a la salida de una misa de cinco o seis reales, van a casa del difunto para atracarse. En el famoso trío de los vicios —las mujeres, el vino y el juego— puede decirse que los vascos, cuando pecan, pecan más por los dos últimos que por el primero. No hay sino contemplar la vida de los estudiantes vascongados que cursan en nuestras universidades. Respecto al juego, sólo haré notar que el de envite más popular en España, el *mus,* juego de apuesta, procede, como la boina, del país vasco, según lo acreditan las voces *amarraco* (en vascuence "decena", si bien significa media decena, cinco tantos), y *órdago,* literalmente "ahí está" (*or dago*). Más recientemente se ha propagado también desde el país vasco el juego de pelota, cuya clave son las apuestas. La pasión por las apuestas (pruebas de ganado, peleas de carneros, etc.) es grandísima en las Provincias Vascongadas.

Dentro de la familia misma, los sentimientos de respeto predominan sobre los de cariño. El vasco es más honrado que afectuoso.

Podría ampliar estas indicaciones ilustrándolas con datos positivos. Me limito aquí, por conclusión, a recordar que el héroe típico de la raza euscalduna, es San Ignacio de Loyola.

rales del eusquera, tan sugestivos para la psicología del pueblo que lo habla, como son lo extremadamente cristalizado de sus voces, su polisintetismo y la escasez, ausencia casi, de todo elemento metafórico, es fácil sorprender y aislar un cierto número de nociones mediante las cuales cabe reconstruir, en más o menos, la primitiva economía de los vizcaínos. Vocablos brinda su léxico tan diáfanos y tan llenos de contenido histórico, que a través de ellos se contempla, mejor que en un cuadro pintado, tal o cual fase de la vida primitiva de esta gente, tales como *aberatza*, rico, derivado de *abere*, ganado, al modo del latín *pecunia* y *pecuniosus*, de *pecus*. No es menos significativo el hecho de que el nombre del suelo cultivado, del predio agrícola, sea *solo, soro*, que no es otro sino el latín *solum* [1]; el de que el término genérico para expresar el oficio de pastor, *arzay*, signifique guardián de ovejas; y el de que los términos de marinería y comercio sean casi todos alienígenas.

Hay en la historia económica de este pueblo un hecho de importancia capitalísima, cual es la existencia en el suelo vizcaíno de ricos yacimientos de hierro de numerosos torrentes para fuerza motriz y de ríos navegables. Junto con la masa rural han vivido en todo siglo los ferrones y los mercaderes, representando otro espíritu y tendencias diferentes. Así, en el fondo de todas nuestras contiendas civiles, de las guerras de bandería que asolaron el suelo vizcaíno en la Edad Media, como en las luchas sangrientas del carlismo en los últimos sesenta años, hay no poco de la lucha del industrial-mercader con el labrador,

1 En los números 8 y 9 de la *Revista de Vizcaya* (1885-1886), y corregido y aumentado más tarde en el *Zeitschrift für romanische Philologie* (XVIII, 137-147), tengo publicado un estudio acerca de "El elemento alienígena en el idioma vasco", en demostración de ser de origen latino, en el léxico eusquérico, casi todo lo que representa cierto grado de cultura y de abstracción mental.

del hombre de mar con el de montaña y de Bilbao con la población rural.

Uno de los efectos del desarrollo que tomaron en Vizcaya la industria siderúrgica y el comercio fué la abundancia de dinero relativamente a otras regiones de la Península; el que ya desde antiguo, gran parte de la riqueza haya consistido en Vizcaya en numerario; y sabido es cuán grande influencia ejerce el *dinero* en el proceso económico de las naciones. Por ella principian a caer en desuso y acaban por desaparecer del todo costumbres y restos de primitivo comunismo, que han persistido durante muchos siglos con la economía de la permuta de bienes y la prestación mutua de trabajo. Ejemplo curioso de esto es el hecho de que en Vizcaya casi todas las rentas se paguen en dinero, mientras en Guipúzcoa perdura en gran parte el pago de ellas en especie, efecto innegable del mayor adelanto industrial y mercantil en la primera que en la segunda. Asimismo ha influído en la vida económica de Vizcaya el que los labradores hayan podido obtener ingresos suplementarios de alguna consideración, dedicando sus ganados por temporadas al arrastre del hierro y beneficiando la fabricación de carbón para abstecimiento de las ferrerías.

Actualmente, ese gran centro metalúrgico y comercial, tan potente y tan enérgico, que se llama Bilbao, ejerce una acción deletérea sobre la economía tradicional de Vizcaya, disolviéndola, quebrando sus antiguos moldes. Cada día es menor el número de los que viven en el campo: el cultivo de la tierra se va abandonando a las mujeres, mientras los varones acuden a ganar un jornal en las minas o en otras labores [1]. Al construirse las primeras líneas férreas en Guipúzcoa, se acostumbraron muchos pueblos a los

---

1 En las minas los más de los obreros, simples braceros, peones, son castellanos. Los del país son, o listeros y capataces, o barrenadores, y con sus yuntas acarrean el mineral.

jornales relativamente elevados, y les vino luego muy cuesta arriba a los varones restituirse a las labores del campo, en detrimento de las mujeres. Esta fué una de las razones que movían algunas veces a los curas a tronar contra el ferrocarril.

Todavía, sin embargo, queda en Vizcaya mucha vida rural a la antigua usanza, y formando parte de ella, variedad de costumbres económico-jurídicas.

5. *La vida rural en Vizcaya.*—El labrador vizcaíno vive en una casería ("Caserío" la llaman en Vizcaya) aislada y rodeada de sus tierras [1]. Les es imprescindible la vaca, que le da crías, leche, abono y fuerza, y es el eje de toda su econmía y como su Providencia [2].

Como en todos los pueblos, lo económico va mezclado con lo religioso, estos dos factores fundamentales de la historia humana: las *hermandades* son a un tiempo cofradías religiosas y asociaciones de solidaridad económica [3].

Se ha comparado no pocas veces el pueblo vas-

---

1 Las más viejas sólo tienen piso bajo, con un granero encima, y están formadas por una armazón de madera. Carecen de chimenea. En algunas, la cuadra y la sala o cocina, que los caseros ocupan de ordinario. no están separadas más que por una especie de tabique que no llega al techo, en el cual hay unos agujeros para que el ganado pase la cabeza al pesebre, que se halla junto a la mesa de sus dueños. Actualmente ya las más de las caserías tienen un piso, al cual se sube por una escalera exterior (origen indudablemente del balcón, que es una escalera exterior atrofiada).

2 Como la cuadra, que forma parte de la casa y a las veces una sola pieza con la habitada por el dueño, es al propio tiempo estercolero, donde se acumulan y fermentan los excrementos del ganado mezclado con helechos y árgoma, resulta un verdadero foco de infección, que explica las muchas dolencias del ganado y no pocas de su dueño.

3 Contemplando en las iglesias de mi país a las mujeres que llevan sus *oladas* (pan de ofrenda) a la sepultura de la familia, he pensado muchas veces que la Iglesia misma es una gran asociación de sufragios mutuos para el *gran negocio* (así lo llaman piadosos creyentes) de nuestra salvación eterna. Y de aquí me he dado a pensar en el gran papel que desempeña en los pueblos latinos y católicos el Purgatorio.

congado al suizo, buscando en nuestras Juntas y en los antiguos *batzarres* o congregaciones de ancianos al aire libre, debajo de algún árbol, analogías con las asambleas populares de algunos cantones de Suiza. Todavía hoy en algunos pueblos retirados se celebran asambleas populares, a que concurren todos los vecinos [1].

Quedan también algunas costumbres y asociacione puramente formularias o ceremoniales, si cabe expresarlo así, que parecen ser restos o supervivencias de antiguas instituciones de carácter económico-religioso. Tal sucede, por ejemplo, con las cofradías de Arguineta, en Elorrio [2].

---

1 Sirva un caso de ejemplo. A corta distancia de Bermeo, aunque separadas de él por el cabo Machichaco, en su jurisdicción municipal y en la costa, en un valle cerrado por montañas y sólo abierto al mar, existen, junto a la anteiglesia de Básigo de Baquio y separados de ella por un arroyo, los barrios de San Pelayo y Zubiaur, con 170 vecinos. Su lejanía (más que por la distancia física, por lo arduo del camino, que es malísimo) respecto de su centro, Bermeo, hace que sus relaciones con éste sean muy escasas. Son barrios que no contribuyen a las cargas municipales, ni de culto y clero, ni de contingente provincial; Bermeo no establece en ellos impuesto alguno. Nombra allí un alcalde de barrio, atendiendo de ordinario a los deseos del vecindario. Administran por sí sus servicios públicos, creando sus impuestos, sacando a remate sus tabernas, echando derramas vecinales, para cubrir las atenciones del médico, de su iglesia y otras. Para ello se reúnen todos los vecinos en una campa, en la playa misma de Baquio, al aire libre, o en una taberna cuando llueve, y sin acta ni otra formalidad alguna escrita, sin más fe que la que da el pueblo, toman sus acuerdos y los ejecutan. Tienen un mal secretario para contestar las comunicaciones del alcalde de Bermeo. Tales reuniones las promueven algunas veces dos o tres vecinos, quienes solicitan verbalmente del alcalde de barrio que convoque al vecindario con tal o cual objeto. Sus caminos vecinales los arreglan por prestación personal. En Bermeo dicen que esas reuniones los hacen discutidores.

2 Las cofradías de Arguineta son dos: la de Gáceta y la de Cénita. Hoy se ballan reducidas a una comida anual, que celebran el primer sábado de agosto en dos arboledas situadas sobre dos colinas de las inmediaciones. En una de ellas existe un antiguo cementerio, enfrente de una ermita, con veintiún sepulcros de piedra, verdaderos ataúdes.

Los hay basta de 1421, según acreditan sus lápidas.

En la cofradía ingresa el que quiere; cada año, el día de la comida, renuevan su compromiso, bastando decir, cuando uno quiere darse de baja, que no le cuenten para el año siguiente,

Pero donde principalmente ha de buscarse la vida colectiva del pueblo rural es en la taberna y en la feria. La importancia de la taberna en la vida del pueblo se ha puesto de relieve más de una vez; en el mismo edificio que ella suelen tener su casa consistorial muchas poblaciones de Vizcaya; el tabernero suele ser el personaje más importante del lugar. Todo trato o ajuste se cierra con una comida en común. Nada caracteriza mejor las relaciones populares que el alboroque, en vuescuence *alboraca*. En la venta de una vaca paga alboroque, primero, el comprador al recibirla; luego, el vendedor al cobrar su precio, y por último, los dos al tercero que intervino como mediador para partir la diferencia al tiempo del ajuste.

En las ferias es donde más al vivo se delata una economía anterior a la automática, una economía en que tanto papel juegan los factores que algunos economistas llaman anti-económicos [1]. En ellas y en los remates es donde mejor pueden estudiarse las primeras formas de la competencia económica.

También se encuentran casos de verdaderos monopolios nacientes, todavía no organizados, pero en que

---

El último que se alista es siempre *el que cumple*, el encargado de buscar los terneros y preparar la comida. Se nombran anualmente dos diputados, que son los que sirven la mesa en la comida y los que reciben las quejas referentes al servicio del que cumple. Matan cada año dos terneros; la carne sobrante se distribuye entre los cofrades. Antiguamente se hacía el reparto en una mesa tosca de piedra que se alzaba delante de la ermita. La cofradía paga además velas en el funeral de los cofrades. Hay también en Elorrio otra cofradía de los mayores contribuyentes.

1 Es sabido que el campesino donde más *trabaja* es en la feria. La laboriosísima discusión del precio, el regateo, es, sin duda alguna, uno de los trabajos mentales que más han contribuido a formar su espíritu. Un labriego ofrece por una vaca 20 duros y está dispuesto a dar hasta 24; el dueño no quiere desprenderse de ella por menos de 22, y luchan obstinadamente por los dos duros de más o de menos. De esta forma, la más sencilla de trato, en que se acomoda una oferta a una demanda, pasan a la subasta o remate, segundo grado de relación económica entre ellos.

el interés individual *bien sentido* suprime la competencia entre los productores. Buen ejemplo de ello las costumbres de los cosecheros de *chacolí* de Begoña. El chacolí que se cosecha en las faldas de Archanda, en Begoña, lo consumen los aficionados bilbaínos, que se van por las tardes a merendar a aquellas pintorescas caserías. La cosecha es insuficiente para el consumo, excediendo el pedido a la oferta. Los caseros tienen establecido (o más bien lo tenían, porque se va quebrantando la costumbre) un turno entre ellos, de forma que no se abra un *chacolí* (así se llama a la casa en que lo sirven) sin que se haya cerrado otro. Abrese primero el de Matico, uno de los más cercanos a Bilbao, en el mes de octubre, en que el día es corto y el paseo de la villa al chacolí primero fácil; y el último, el de Zurbarán, que está más lejos. Hasta el día de San Martín, el 13 de noviembre, no se podía poner la rama anunciadora, y si se vendía antes en alguna casería, era de contrabando, porque *multaba el alcalde* al transgresor .El precio del chacolí, cuya cantidad no basta al consumo, varía de una época a otra del año por causa de las mermas, que obligan a establecer esa diferencia durante el turno. Como los aficionados toman alguna merienda para *mojar* el chacolí, y las caserías en que se cosecha y expende no son tabernas ni se dedican el resto del año a despacho alguno, los enseres, mesas, copas, jarras, platos, etc., son comunes y van pasando de casería en casería conforme al turno establecido. Es, como se ve, un caso de sindicato embrionario, bajo la salvaguardia del municipio.

6. *Aprovechamientos comunes.*—La desamortización ha causado en Vizcaya los mismos estragos que en todas partes, no obstante haber habido pueblos que, para evitarlo, se repartieron entre los vecinos los montes comunes: sirva de ejemplo el valle de Asúa.

Por otra parte, la despoblación de los montes es

grandísima [1]. Todavía, a pesar de ello, quedan restos de los *erribasoak* o *baserriak,* bosques o montes *(baso)* de los comunes *(erri),* en los cuales se beneficia el pasto, que es libre, y la hoja alta y baja, helecho, brezo y árgoma (las tres plantas que cubren los montes de Vizcaya), que sirve para cama del ganado y producción de estiércol.

En algunos pueblos, donde el monte común era muy extenso o se hallaba a corta distancia, tenían facultad los vecinos para entrar en él siempre que quisieran y tomar lo que necesitaran: tal, por ejemplo, en Cenarruza. Llamaban a esto *usick,* los usos. Donde la superficie de monte era menor, fijábase los días en que el vecindario había de ir al corte, y aun la cantidad que podía coger cada vecino. Los de Guerricáiz y Arbácegui, v. gr., se juntaban en un puente limítrofe el 16 de septiembre, y a toque de campana dirigíanse a los montes de Oiz. Los de Munditibar se reunían en la campa de Urquiamendi y el alcalde daba la orden de partir. En Abadiano salían por San Mateo, 21 de septiembre, acudiendo cada casa con un número determinado de brazos, y siéndoles lícito cortar y extraer hoja, durante ocho o diez días, desde la hora del alba hasta por la noche. De Yurre salían el 10 de septiembre, al rayar el día, y cada vecino estaba autorizado para sacar tres carretadas de hoja y cuanto helecho pudiera coger.

Como muestra de la organización de estas expediciones vecinales, referiré lo que sucede hoy aún en Guecho. Son aquí tres los montes comunales (la Galea, Baserri y Aiboa). Uno de ellos, el más extenso (la Galea), está dividido en cuatro lotes, de los cuales benefician sólo uno cada año, desde el 15 al 25 de octubre, con diez días más para el acarreo. Los otros dos montes se utilizan por entero todos los años, des-

1 El Pagazarri, montaña que domina a Bilbao y cuyo nombre significa "hayal espeso", está hoy enteramente desnudo.

de el 15 de octubre al 15 de noviembre. El corte de árgoma empieza los días señalados, a las seis y media de la mañana, y termina a las seis de la tarde. Cada casa no puede destinar más de una persona para el corte, ni sacar más de seis carretadas. Cuando la lluvia impide la operación en los diez días designados para el corte, se suspende éste hasta nuevo aviso del alcalde. Está prohibido extraer tierra y recoger excremento de las bestias, para no privar de algún abono al monte. Tampoco se permite acotar o hacer demarcaciones durante el corte, sino que cada cual debe seguir sin interrupción desde donde empezó; el alcalde hace el señalamiento de lotes y nombra persona que inspeccione la operación de cortar y reprima toda transgresión, castigándola con multa en papel del Ayuntamiento, desde una a quince pesetas. Está prohibido cortar en nombre y representación de otro.

El aprovechamiento de los montes comunes en esta forma va desapareciendo, dicen que por efecto de los abusos que se cometían. A la limitación de tiempo y cantidad siguió, como en Rigoitia, el sistema de sortear por lotes entre los vecinos el monte común; y hoy, lo corriente es que el Municipio los saque a subasta [1]. La razón de este cambio es uno de los ejemplos más interesantes de evolución económica, y bien merece que nos detengamos algún tanto en ella.

En Vizcaya no se conoce el recaudador de contribuciones, porque no son los individuos quienes contribuyen directamente al Estado; la Provincia satisface por todos una cantidad fija, en virtud del llamado "concierto económico". La Diputación provincial arbitra los recursos necesarios para pagar la cuota concertada con la Hacienda valiéndose de diversos me-

---

1 En Amoroto se arrienda el aprovechamiento de la castaña. La subasta se hace por el procedimiento de la cerilla o fósforo (en vascuence, *candela)*, en vez de la campana. Se espera a nueva postura el tiempo que tarda en consumirse un fósforo encendido.

dios [1], de los cuales el más importante es una derrama a los pueblos, quienes tienen que contribuir al contingente provincial con la cantidad que dicha corporación les señala. Resulta con esto que en Vizcaya no se entiende directamente el Estado con los contribuyentes para cobrarles la parte que a cada uno toca en el levantamiento de las cargas públicas: las contribuciones pasan de nacionales a provinciales, y de provinciales, a municipales. Los Municipios, recargados así en su presupuesto de gastos, se procuran los fondos necesarios arrendando la venta de artículos con exclusiva, del vino sobre todo, y a veces con derramas vecinales o con algún otro recurso extraordinario, tal como el de convertir los aprovechamientos comunales en bienes de propios, arrendándolos por lotes en pública subasta. Así se cubren las cargas generales de la provincia [2] y de la nación. De este modo han venido a convertirse importantes restos de antigua propiedad comunal en fuente de renta pública.

De la importancia que en lo antiguo tuvieron los montes comunes y las salidas del vecindario a hacer los cortes de aprovechamiento, quedan no pocos indicios. Juntábanse mozos y mozas, y allí anudaban sus relaciones, ordinariamente terminadas en boda. A estas fiestas del trabajo, que tales eran, puede aplicarse lo que dice Trueba en su *Bosquejo:* que "la mayor parte de los amores que consagra la religión... nacen en la heredad, donde los jóvenes de distinto sexo unen sus corazones para hacer fecunda la familia, al unir sus fuerzas para hacer fecunda la tierra"; pero puede aplicárselas en un sentido menos idílico que el de la cita. En tal respecto, las expediciones al monte común son proverbiales en todo Vizcaya. Las muchachas

1 Uno de ellos, los rendimientos del ferrocarril minero de Triano, propiedad de la provincia.

2 Sabido es que en las Provincias Vascongadas y Navarra, la provincia tiene a su cargo servicios públicos que en el resto de España corren de cuenta del Estado.

casaderas piden novio al padre San Antonio de Urquiola *(Aita San Antoniyo Urkiolakua...*, como empieza una canción famosa), que tiene su santuario en un elevado monte, rodeado de bosques de común aprovechamiento, donde hasta hace poco se reunían los vecinos, mozos y mozas, para el corte de hoja, y solían pasar la noche en verdadera romería [1]. Los más de los santuarios o ermitas en que se celebraban en Vizcaya romerías famosas se elevan en alturas que dominan algún monte de vegetación aprovechable o en algún bosque.

En los pueblos donde no existían montes comunes, sino que cada vecino poseía en pleno dominio una parte de él, solían reunirse todos los vecinos de un barrio para ir juntos a hacer el corte por turno en el monte de cada uno de ellos, conforme a la costumbre de las prestaciones mutuas de trabajo. En algunos lugares esa forma de trabajo cooperativo no ha caído todavía en desuso.

7. *Prestaciones mutuas de trabajo.*—El trabajo en común de tierras privadas es muy general en Vizcaya, y se comprende bien, dada la naturaleza pobre del suelo y la extremada subdivisión de la propiedad. En la región donde se habla castellano se llama trabajo *a trueque*. Usando para la siega la escarda de maíz, la siembra de nabos y, sobre todo, para la labor de la laya y para la trilla o desgrane de cereales. Ordinariamente no hacen uso de eras: se limitan a sujetar los haces de mies a brazo y golpear con una vara las espigas, para lo cual se reúnen los vecinos de la barriada. La labor de laya se verifica ponién-

1 Tal creo sea el origen de la romería de San Antonio de Urquiola, la más célebre y concurrida de Vizcaya, así como el monte es de los más extensos y poblados de vegetación, situado en el centro de la región más habitada. Y esto explica quizá la devoción a San Antonio de Urquiola como abogado de las mozas casaderas. Con frecuencia se oye hablar de los deslices que ocurrían en las expediciones vecinales de corte de hoja.

dose en fila los layadores para que el surco salga derecho; como es natural, siendo los layadores varios, el trabajo resulta más perfecto.

Toman parte en estas labores cooperativas todos los vecinos de la respectiva barriada (grupo de cinco a ocho o diez caserías). La prestación es proporcional, de modo que cada vecino paga a cada uno de los demás el servicio recibido de él y en la misma medida; el que pide ayuda a diez, queda obligado con diez; el que recibe de otro tres hombres durante dos días y no puede corresponderles luego más que con dos, debe prestárselos durante tres días; si la casa deudora carece de braceros propios, ha de pagar con jornaleros de cuenta suya. Aunque trabajando juntos, no comen en común; llegado el mediodía, se retiran todos con tal objeto a sus casas respectivas, que nunca caen lejos, pues ya queda dicho que los cooperadores son convecinos en una misma barriada.

Añádase la ayuda gratuita por causa de caridad. Es costumbre que el vecindario de cada barrio labre la tierra del campesino enfermo, utilizando a tal efecto las tardes de los domingos. La excitación suele partir del púlpito.

8. *Lorra: Concepto y aplicaciones de esta institución.*—Una de las más importantes manifestaciones de la solidaridad social en Vizcaya es la costumbre denominada allí *lorra*.

Este vocablo, del verbo *lorri* o *lortu*, arrastrar, significa propiamente "arrastre" [1]. *Lorra* es, pues, arrastre, y por extensión, "aportamiento". Pero, además, toma otro sentido, designando cierta costumbre que en otros lugares (v. gr., en Arrieta) se llama *totua*. Hay *zimaurr lorra* o "aportamiento de abono"; *bil-*

1 Llámase también *lorretia* al trabajo ejecutado por varios hombres puestos en fila para transportar algo, pasándoselo de mano en mano.

*dots lorra,* "aportamiento de ovejas", y *zur lorra,* "aportamiento de madera".

*Zimaurr lorra* = aportamiento de abono. Cuando un labrador se encuentra sin abono, al establecerse o trasladarse de casería, dejando la que llevaba y tomando otra que tiene sin estercolar sus tierras—y aun sin esto—, en cualquier ocasión en que de extraordinario carece de abono suficiente, recorre las casas de sus convecinos, pidiéndoles *lorra* de estiércol, y ninguno desaira su demanda, obligándose por una carretada. En tal caso suele llevar un palo *ad hoc,* en el cual hace con la navaja una cortadura por cada vecino que acepta el compromiso, hasta que llega a un número de rayas igual al de carros de abono que necesita. Cúmplenle éstos seguidamente su promesa, llevando sus respectivas carretas cargadas de estiércol, y él les corresponde con una merienda, llamada también *lorra* o *totuena* (la del *totoa*), en su misma casa o en la taberna. Llaman a esto "hacer lorra".

*Bildots lorra.* Cuando uno necesita formar rebaño, o bien reponerlo, porque haya sido víctima de alguna epidemia, pide a cada uno de sus convecinos una oveja; dánsela éstos, y él, en cambio, los obsequia con merienda, lo mismo que en el *zimaurr lorra.*

Otro tanto sucede cuando un vecino trata de reedificar su casa, destruída por accidente: que obtiene de cada convecino un madero o un árbol; y es lo que se dice *zur lorra.*

Algunas veces estas aportaciones son del todo gratuitas cuando el necesitado lo es tanto que no puede costear merienda. La petición suele partir del púlpito.

En todo caso, la merienda no pasa de ser pago de la *lorra* propiamente dicha, esto es, del trabajo de aportar al necesitado la cosa con que se le favorece; de modo que los carros de estiércol, v. gr., resultan enteramente gratuitos: la merienda a los conductores se da por el tiempo y el trabajo invertidos en aca-

rrearlo a la tierra. Por lo demás, no es la templanza la virtud que más reina en estos humildes banquetes populares; y así se explica que para decir de uno que se ha embriagado, se diga metafóricamente que "parece que viene de hacer *lorra*".

9. *Hermandades de seguro mutuo sobre el ganado.* Con el nombre de *hermandadiek,* hermandades, existen en casi todos los pueblos de Vizcaya una o más asociaciones de seguros mutuos para el ganado, en un todo iguales a las que el señor Costa ha descrito respecto de Galicia y del Alto Aragón [1].

Constitúyense estas sociedades por documento privado ante testigos, en el cual se insertan los estatutos, sin cuidarse las más de las veces de cumplir los requisitos de la ley de Asociaciones de 30 de junio de 1887. La buena fe en ellas es proverbial; los hermanos pagan religiosamente sus cuotas, y no se ha dado el caso de tener que intervenir nadie fuera de los mayordomos. El número de socios, el de reses aseguradas y el tiempo de la obligación suelen ser indefinidos, aunque no faltan hermandades que limitan el número de vacas que puede inscribir en las listas del seguro cada asociado. Puede ingresar en la hermandad todo vecino en cualquier época del año, sin más que solicitarlo de los mayordomos, manifestándoles el número de reses que desean interesar en la hermandad. Reconocidas éstas, y tasadas por dichos mayordomos, se toma razón de ellas en el cuaderno de la sociedad. Dicho se está que no participan del beneficio del seguro las reses no inscritas, aunque pertenezcan a uno de los asociados que haya asegurado reses distintas en la misma hermandad. Si, por cualquier circunstancia, los mayordomos niegan la admisión de

---

1 En la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia,* artículo "Costumbres jurídico-económicas del Alto Aragón". He dado una noticia sucinta de las hermandades de Vizcaya en el núm. 3.° de la *Revista Crítica de Historia y Literatura Españolas.* Madrid, 1895.

alguna res al seguro de la sociedad y el ganadero insiste en su pretensión, ha de convocarse junta general de socios para que revoque o confirme la resolución de aquéllos.

Ningún socio puede apartarse de la hermandad hasta el 30 de junio o el 31 de diciembre, en cuyos días, o en los domingos a ellos más próximos, suelen celebrarse las juntas generales ordinarias para rendir cuentas y renovar los cargos. En estas reuniones se dan de baja los que lo desean, si bien contribuyendo a las cargas o responsabilidades pecuniarias contraídas hasta entonces, y sin derecho a los fondos obrantes en caja. También se puede en estas juntas acordar por mayoría la expulsión de cualquier socio. El nombramiento de mayordomos se hace unas veces por sorteo para todo un año; otras veces se eligen semestralmente los dos mayordomos y un cajero. Son cargos enteramente gratuitos, aunque no faltan casos en que se les asigna una corta retribución: 50 reales el cajero y 25 los mayordomos. A éstos toca reconocer las reses y admitirlas a seguro, tasarlas, cobrar las cuotas y convocar a junta general extraordinaria, sea por propio acuerdo o a petición de cinco o más hermanos. Los acuerdos de tales juntas son obligatorios y ejecutivos para la hermandad, aunque no concurra mayoría de asociados.

Todo socio que venda, permute o enajene alguna cabeza de ganado asegurada en la hermandad, tiene que comunicarlo a los mayordomos; si omite esta diligencia, está obligado a seguir contribuyendo como si tal enajenación no se hubiese llevado a cabo. En cuanto enferma una res, ha de darse parte a los mayordomos y se llama en seguida a un veterinario. Los honorarios de éste son cuenta del dueño de la res enferma, lo mismo que el coste de los remedios llamados caseros, tales como el baño de vino; los medicamentos recetados por el facultativo y servidos por

la botica son cargo de la hermandad. Al propio tiempo los mayordomos tasan la res enferma en el estado en que se encontraba antes de enfermar, si bien se reservan la valoración hasta que ha muerto.

Los socios o hermanos, cuando compran reses de nuevo han de participarlo a los cabos o mayordomos, aunque no tengan intención de asegurarlas en la hermandad, a fin de que las reconozcan: si resulta que padecen alguna enfermedad contagiosa, las aislan. Otro tanto han de hacer cuando enferma alguna res no inscrita [1].

En caso de avería o desgracia de una vaca asegurada, ha de dar parte inmediatamente el dueño a los mayordomos, a fin de que pueda utilizarse la carne por los asociados. Repártese entre éstos en proporción al capital asegurado por cada uno de ellos, lo mismo que la cuota que ha de pagar el día señalado. para indemnizar al dueño de la res siniestrada o muerta. Si algún socio se constituye en mora y da lugar a gastos judiciales, está obligado a abonárselos a la hermandad.

Según los estatutos de algunas hermandades, los mayordomos tasan la res después de muerta, y entregan el importe de la tasación, con un descuento del 20 por 100, en el día señalado para la junta de la hermandad, que ha de celebrarse dentro de la primera quincena después del siniestro. El socio que no concurre a ella incurre en una multa, que suele ser de diez reales. También hay hermandades en que el plazo para el abono de la indemnización es bastante mayor, de uno, dos y hasta tres meses.

1 Uno de los aspectos más curiosos de las hermandades de seguros para el ganado es éste: cómo en la práctica vienen a ser verdaderas sociedades protectoras de los animales, en cuanto que el interés colectivo mutuo vela porque la brutalidad de un dueño no se ejerza, en daño propio, sobre su propiedad semoviente. De tal modo el interés común sirve de moderador y de guía al interés individual.

Otro sistema para la regulación del daño consiste en fijar de antemano una cantidad alzada por cada "valde" (10 libras), o bien por cada res. Esa cantidad suele ser de 24 reales el valde, tratándose de ganado de yugo, y 20 respecto del suelto. En tal caso, el cuero queda para el dueño.

Cuando una vaca asegurada se inutiliza para el trabajo y su dueño se la quiere entregar a la hermandad recíbenla los mayordomos, previo reconocimiento del veterinario, y en junta general se acuerda el destino que se le ha de dar. Si la avería o el accidente ha ocurrido estando la yunta trabajando de jornal, no para su dueño, se le hace a éste un descuento del 23 por 100 sobre la tasación hecha por los mayordomos.

En los abortos de vacas, una vez justificados con la exhibición del feto, abona la hermandad un 10 por 100 del valor de la madre. Otro tanto por las crías que mueren en los ocho primeros días. Muriendo de más edad, se indemniza por su valor en tasación, con un descuento de 20 por 100. En algunas hermandades la regla es distinta: no se abona cantidad alguna por los abortos; las crías que mueren dentro de las veinticuatro horas siguientes al nacimiento, se justiprecian en un tanto alzado, que suele ser 33 reales; pasadas las veinticuatro horas se está a la tasación.

Las tasaciones hechas por los mayordomos son definitivas e inapelables. En caso de enfermedad o ausencia de uno de ellos, le sustituye el tesorero, y, en su defecto, un socio designado por el otro mayordomo.

He aquí ahora, como síntesis, justificación y ejemplo práctico de cuanto dejo expuesto acerca de la materia de seguros, el "compromiso" de hermandad convenido y ajustado en el concejo de Ajanguiz (barrio de Rentería) en 1882:

"En el concejo de Ajanguiz, barrio de Rentería,

á 16 de Abril de 1882, se reunieron los presentes, que firmarán al final, vecinos todos del mismo concejo, anteiglesia de Arrazúa, é hicieron el compromiso de que cada uno levante su cuota correspondiente cuando se le averíe á cualquiera de los hermanos ganado vacuno, según las condiciones que abajo se expresan.

"Que para evitar, en cuanto sea posible, la pérdida que por lo general experimentan los labradores, á causa de desgracias que ocurren en el ganado vacuno, y ayudarse mutuamente entre sí, forman todos los relatantes una sociedad ó hermandad bajo las condiciones siguientes:

"1.ª Todo socio, tan pronto como compre algún ganado ó le nazca, deberá dar parte á los mayordomos dentro de las veinticuatro horas; y después que haya parido la vaca la cría, dicha vaca no podrá entrar en yugo hasta pasar quince días después que haya parido; y si antes de pasar dichos días entra en yugo dicha vaca, no le será abonado nada por los hermanos al dueño de la vaca.

"2.ª Todo ganado que se le desgracie á cualquiera de los hermanos, se le abonará y pagará á su dueño según la tasación de cabos ó mayordomos que hagan ó den al ganado desgraciado; y para hacer el pago al dueño, deberán los mayordomos tasar todo el ganado de la hermandad, y cada hermano deberá hacer el pago al tanto ó cuanto por ciento, según le corresponda, previa la tasación del ganado muerto por los mayordomos, y tendrá rebaja de diez por ciento el dueño del ganado desgraciado.

"3.ª Si por el mal gobierno ó falta de su dueño muriese ó se desgraciase algún ganado, reconocerán los mayordomos el peligro ó la falta que ha habido, y después de reconocerla los mayordomos, dispondrán entre sí ó reunirán la hermandad, en caso de duda, si se le abonará ó no; se hará, según la resolución de la mayoría.

"4.ª Si la mayoría tiene queja de alguno de los hermanos, por mal gobierno que le da á su ganado vacuno, tendrán los mayordomos derecho á reunir la hermandad y despedir de ella á dicho hermano que haya dado lugar á la queja.

"5.ª Cualquiera de los hermanos que quisiera salir de esta hermandad, tendrá que dar parte á los mayordomos dos meses antes de la salida, y para esto tendrá que abonar la cuota que le corresponda hasta el día de su salida, incluso los dos meses.

"6.ª Por cada cría que se desgracie en el vientre de la vaca, si da muestra, se le abonará al dueño, hasta los nueve meses que tenga la cría, cien reales, y si después de cumplidos los nueve meses, ciento treinta y dos reales; se le abonará dicha cantidad al dueño que haya tenido la desgracia, sin rebaja de diez por ciento.

"7.ª Todo socio ó hermano, tan pronto como se le enferme algún ganado vacuno, dará parte á uno de los mayordomos; y éste, acto continuo, se presentará á ver el ganado enfermo, y hará que los de casa llamen inmediatamente al albéitar de la Sociedad, para que éste le aplique los medicamentos que crea oportunos; y sólo las dietas del albéitar y medicamentos recetados por éste serán abonados por los hermanos.

"8.ª En el caso que el albéitar mande matar cualesquiera ganado vacuno de la hermandad, y partiendo, se verificará la partición por los mayordomos entre todos los socios á partes iguales, abonando cada socio el precio de la carne que lleve, un cuarto más barato por cada libra que en la carnecería, y tanto en la carne repartida como de los sebos y cuero, que venderán los mayordomos, dicha cantidad ingresará en caja, y al dueño del ganado se le pagará su importe en término de quince días de haberse sucedido dicha desgracia, y lo mismo cualquiera otra desgracia.

"9.ª Igualmente se pagará por los hermanos todo

ganado vacuno que muera de repente sin tiempo de dar parte al mayordomo de haberse enfermado; pero no será abonado por la hermandad el ganado que, después de estar enfermo y sin dar parte al mayordomo, muera.

"10. Se abonará á los mayordomos por cada seis meses 10 reales á cada uno.

"11. Si hay que marchar fuera del pueblo con algún ganado enfermo, irá el dueño del ganado acompañado con uno de los mayordomos, y el gasto de ellos será según disponga la hermandad.

"12. Esta conformidad ó compromiso se hace para seis años, contados desde la fecha.

"Bajo cuyo capítulo forman esta hermandad, obligándose á su puntual cumplimiento en sus bienes habidos y por haber; en cuyo testimonio así lo dijeron y otorgaron, siendo testigos los que abajo firman.—(Siguen las firmas.)

"Adición á las condiciones anteriores:

"1.ª Todos los hermanos que acostumbran tener pareja para el trabajo, aunque esté sin ganado cuando la tasación que hagan los cabos, deberán abonar á la Caja de los hermanos la cuota de mil quinientos reales, y además tendrá que abonar por los demás ganados menudos que tenga en su cuadra su cuota correspondiente. Esta advertencia es si por casualidad quedaría algún hermano que suele tener pareja para el trabajo, y cuando viniese alguna cuota por alguna desgracia y quedase sin pareja vendiendo ó desgraciándose la suya.

"Y los que tengan ganado menudo, es decir, novillos ó becerros engordando, sin pareja, ó un ganado de yugo, tengan ó no tengan cuando la cuota por la tasación de alguna desgracia, tendrán que abonar la cuota de 600 reales.

"2.ª Habiendo desecho el ganado ó desgachado el albéitar ó dicho por el albéitar para aprovechar el

ganado ya enfermo ó averiado, y opinan que pueden salvar ó curar, y dicen los hermanos para dar á dicho ganado vino ó cualquiera otra cosa, será á cuenta de la hermandad ese gasto, y para dar el vino ó el remedio que ordenen los hermanos, tendrán que ir á dar ese remedio al ganado los cabos, ó mandar ellos á otro hermano.

"Y para que tenga fuerza este compromiso, firman los interesados, es decir, los hermanos.—(Siguen las firmas.)

"Otra adición.

"Se conforman bajo las condiciones que están firmadas en las hojas anteriores, excepto la condición aumentada que dice que tendrá que pagar una azumbre de vino todo socio que faltase cuando suceda pago por cualquier avería.

"Y para esto se aumenta que todos los socios tendrán que acudir por obligación á todas las reuniones que participen los cabos, bajo ser multado el que no lo cumpliese ó no diese parte por su imposibilidad ó indisposición á cualquiera de los hermanos antes que la hora de la reunión; y la multa se le exigirá á cualquiera que falte, media azumbre de vino.

"Y para que sea válido este documento, firmamos, etcétera.—(Siguen las firmas.)

"Más adiciones y adhesiones.

"Los hermanos que seguidamente firman se conforman con las condiciones anteriores, excepto las que se reforman aumentando ó disminuyendo, según el parecer de los hermanos, que seguidamente se expresan:

"1.ª Se renueva la sexta condición que marca este compromiso y trata de las crías que se desgracien ó echan las vacas sin tiempo, y se renueva como sigue:

"Las crías que se averíen en el vientre de la madre

ó echen las vacas antes del tiempo la cría, se le abonará al dueño de la vaca el diez por ciento, sea de cualquier tiempo que sea hasta el cumplir los nueve meses, ó tiempo de parir, y se le abonará al dueño el diez por ciento, como queda dicho arriba, sin rebaja ninguna.

"2.ª Se agrega á las anteriores ésta: Si echan las vacas que se traen á trabajar, lo mismo los bueyes, es decir, cualquier ganado que se trae á trabajar en yugo, las astas ó cuernos, sea uno como dos, se le abonará al dueño de la vaca el diez por 100 del valor de la vaca averiada sin rebaja. Si por casualidad, por avería las astas ó cuernos, queda suficiente ó válido para trabajar el ganado averiado, tendrá abono de cinco por ciento dicho ganado averiado sin rebajar; y reconocerá la hermandad si es suficiente ó no para trabajar en yugo." (Siguen las firmas.)

Para concluir, haré notar que en ninguna de las demás aplicaciones del seguro se tocan tanto sus beneficiosos resultados como en estas modestas hermandades de labradores, reglamentadas directamente por el pueblo y administradas por sus socios del modo más rudimentario [1].

10. *Aparcería pecuaria.*—Esta manera de asociación, llamada en francés "cheptel", se conoce en vascuence con los nombres de *erdirikue,* "lo de a medias" *(erdi-ri-ko-a); kortaganadue,* "ganado de cuadra", o

1 Adviértase la gran diferencia que existe entre el seguro mutuo y el a prima fija por Compañías mercantiles que se dedican a esta especialidad. Recuerdo a tal propósito lo que sucede con una casa naviera de Bilbao. Su dueño tiene asegurados los buques, y lo que le interesa es que lleguen en el menor tiempo posible a su destino, sin mirar el riesgo que puedan correr. Estimula a los capitales, otorgando premios al que llegue antes de la fecha normal; no recibe capitanes casados, y halaga a los que, distinguiéndose por su temeridad e imprudente arrojo, ponen en peligro las vidas de los marineros. En este caso se ve claramente el seguro industrial causando inhumanos efectos al suprimir el riesgo económico.

*ameterishe*, que no parece otra cosa que la voz francesa "métairie" [1].

No se usa sino en concepto de especulación por los tratantes de ganado, que lo proporcionan en aparcería a los colonos faltos de recursos. Se tasa la res, y esta tasación sirve de tipo para el resarcimiento en caso de muerte. Se estipula un rédito (de 5 a 8 por 100), según la garantía que ofrezca el prestatario.

Hubo un tiempo en que los amos o arrendadores de las caserías facilitaban ganado a los inquilinos pobres, con un interés de 3 por 100, que es lo que dichas caserías vienen a producir.

Respecto a la compra de ganado, se observa la costumbre de tomarlo condicionalmente, a prueba, por nueve días. Cuando se trata de una vaca y el vendedor la da como preñada, se deshace la compraventa si resulta ser falso lo de la preñez.

11. *Beneficencia.*—En Vizcaya, el mayor número de los pueblos sostiene sus pobres de solemnidad, pasándoles un tanto diario; en algunos existen asilos, ora de fundación particular, ora públicos. Pero todavía subsiste en algunos (en Izurza, por ejemplo) la costumbre de que el pobre recorra por turno las caserías de sus convecinos, en cada una de las cuales pasa alternativamente un día, no en el ocio, sino ayudando en la medida de sus fuerzas a las faenas de los que le favorecen aquel día con su asistencia.

"Vizcaya es una tierra de promisión para los mendigos. Apenas hay casería donde no se les dé hospitalidad y se les siente a la mesa de la familia como individuos de ella. Lo primero que las madres enseñan a sus hijos es que Dios suele tomar la figura de pobre para recompensar o castigar al que los acoge bien o

---

1 La voz *métairie* deriva de *meitét, meité*, lat. *medietatem*, y el sufijo *arium*. La voz *ameterie* parece venir de *á metá*, a mitades, y el sufijo; es decir, *a metería* "a medianería", siendo, sin duda, de origen castellano.

mal. En nuestras caserías se les llama siempre *Jaungoikoskuak* (pobres de Dios) [1]; y cuando la madre de familia oye el clamor del pobre a la puerta, exclama: *Jaunkoikoaren deiyé* ("la voz de Dios"). Mi casa era la de uno de tantos pobres labradores, y el mejor cuarto de ella era el cuarto que llamábamos de los pobres, donde tenían éstos la mejor cama y los mejores muebles de la casa. El pobre se sentaba a la mesa de la familia; el primer plato que hacía mi madre era para él; y mi madre, que ocupaba el mejor asiento a la orilla del hogar, se lo cedía siempre al pobre."

Rebajando algo de esta pintura de Trueba (en el *Bosquejo),* recargada de color de rosa y no del todo ajustada a la realidad actual, es lo cierto que en cada aldea viven de limosna los hijos de ella no del todo mal.

12. *Relaciones entre amos e inquilinos.*—Ha desaparecido el antiguo tipo del labrador o ferrón caballero, que vivía en sus dominios [2]. Hoy el "amo" reside en una villa, adonde le llevan la renta, cuando no es otro casero o vecino labrador que trabaja por su parte en heredad propia, o tal vez en ajena, siendo colono a su vez.

Hay en vascuence la palabra *jaun* [3], cuyo significado es señor, patrón, y que debió aplicarse a una especie de señores feudales, patronos de los pueblos. *Jauregui* se llama a todo palacio antiguo, residencia un tiempo del *jaun* o patrón. Al dueño o amo de la heredad o casería le titula el colono, en unas localidades, *nagusi,* y en otras, *uzaba.* La palabra *nagusi* (más usada en Guipúzcoa) significa propiamente "mayor"; así *chakurr nagusi* es el "perro grande" o pieza de

1 Propiamente "los de Dios", análogo al castellano *pordioseros.*
2 De él ha hecho Trueba una pitura muy viva en su *Bosquejo.*
3 Su diminutivo, *jaunchu,* sirve en Vizcaya para denotar a los "caciques" de los pueblos.

diez céntimos (*chakurr chiki*, el "perro chico"), y *aide nagusiak* son los "parientes mayores" [1]. En cuanto a *uzaba*, contracción de *ugazaba*, también usada en el sentido de amo, descubre los distintos componentes: uno, *-aba* (que toma otras veces las formas *-eba*, *-ga*, *-pa*), muy usado en dicciones expresivas de parentesco [2], y otro, *ugatz*, que propiamente significa la leche que da la nodriza al niño. Así *ugatz aizpa*, *-arreba*, *-anaya*, *aneba*, son el hermano, la hermana de leche [3]; *ugatz-ama* es la "madre de leche" o nodriza, y *ugatz-aita*, que parece debía ser marido de la nodriza, es el padrastro. Es, pues, la voz *uzaba*, amo, análoga a patrón, e implica un sentido de protección y alimentación. De tal sentido queda aún algo más que la etimología del vocablo.

Los amos respetan aún a los antiguos colonos, y muchos no alteran nunca las rentas, fiados en lo cual los colonos casan a sus hijos calculando la dote que ha de aportar el otro cónyuge, con arreglo al valor de unas tierras que no son suyas, pero cuyo aprovechamiento indefinido consideran seguro. Trueba recuerda en su *Bosquejo* a cierto propietario vizcaíno que poseía cuatro caserías habitadas por los biznietos de los cuatro labradores que habían llevado a hombros a enterrar al bisabuelo del propietario. El casero viejo, al ceder la heredad que lleva en arriendo a su hijo, se reserva, como si fuera suyo, el *echebazterra* o parte del usufructo.

Ya he dicho que en Vizcaya las rentas, por lo común, se pagan en dinero, a diferencia de Guipúzcoa,

---

1 Compárese *nagusi* con *mayorazgo*, de *maioraticum*. Debe traer el mismo origen.

2 Así *arr-eba*, la hermana para el hermano; *an-eba*, el hermano para la hermana; *aiz-pa*, la hermana para la hermana; *osaba*, tío, etc.

3 En vascuence, el hermano llama a su hermana de distinto modo que ésta a otra hermana suya; y ella, a su vez, denomina al hermano de distinta manera que los hermanos entre sí. Hay, pues, cuatro denominaciones.

donde es más frecuente pagar en especie. Todavía subsiste en algunos lugares, hacia Lequeitio, Marquina y Elorrio (próximos a Guipúzcoa), la costumbre de pagar en especie una parte, que ordinariamente es el tercio (en Elorrio llega a pagarse tres cuartas partes en trigo) [1]. Empiezan a caer en desuso los regalos o presentes que acompañan a la renta, y que suelen consistir en un par de capones por Nochebuena; el pastor, un cordero; algunas veces, un par de pollos por agosto. Cuando los caseros llevan (hacia Santo Tomás) la renta con el regalo al amo, les da éste de comer, y además les pone en la alforja un bacalao o algo de jalea [2].

Réstame, por ahora, tratar de las cofradías de pesca de Vizcaya, asociaciones de índole colectivista del más alto interés.

(En la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia*. Madrid, 1896, LXXXVIII, págs. 42-71; incorporado más tarde al libro *Derecho consuetudinario y Economía popular de España*, de Joaquín Costa y otros. Barcelona, M. Soler. Biblioteca de Autores Españoles y Extranjeros, 2 vols. 1902, págs. 35-66.)

1 En Begoña ha desaparecido recientemente la costumbre de pagar, además de la renta, la mitad del chacolí cosechado.

2 La casería entera, que suele tener unos 4.000 estadales (cuatro *anegas* o fanegas), y valer unos 2.000 duros, renta por término medio cien ducados, que es decir un 2,75 por 100. En la parte de Munguía, cada peonada de tierra viene a rentar 2,75 pesetas. En Vizcaya no pasan de 50 ó 60 las caserías que rentan 500 pesetas.

# CUATRO RESEÑAS

## 1

*Historia General del Señorío de Bizcaya,* por el presbítero doctor Estanislao Jaime de Labayru y Goicoechea, correspondiente de la Real Academia de la Historia.—Tomo I.—Bilbao, 1895.—Un tomo en folio de X + 883 págs., con grabados.

La ingente masa de impreso de que ha de constar la obra completa, y el entusiasmo del autor, hacen conveniente que digamos algo de esta obra.

Se titula *Historia* con bastante impropiedad, porque, equivaliendo esta denominación a "narración" o "relato", no puede decirse que lo sea este museo de *curiosidades* menudas, ensartadas en un hilo tipográfico y a las veces cronológico, verdadero cronicón de penosísima lectura, en que el autor ha ido vertiendo todas su notas y apuntes, valgan lo que valieren. Es inútil buscar en este tomo un tratado histórico conforme a las exigencias científicas; el autor vive fuera de las grandes corrientes que dominan en la historiografía moderna. Su obra, más que otra cosa, es una serie de apuntaciones y noticias, datos de todas clases y, sobre todo, citas tomadas de aquí y de allí, y no pocas veces de autores de segunda, tercera o *enésima* mano. Es un montón, más bien que de hechos,

de indicaciones de hechos, pero inarticuladas, y de opiniones sobre todo. En su prurito por acumular éstas, las trae de manuales de texto, de epítomes como los *Elementos de Historia de España* del señor Sánchez y Casado, libro sin más pretensiones que las de un prontuario de segunda enseñanza, y en cambio se le escapan estudios tan fundamentales como el de Mr. D'Arbois de Jubainville acerca de los iberos, Hay todo un capítulo dedicado a "lo que opinó el señor don Ramón Ortiz de Zárate sobre la dominación romana en Euskaria", para decir que el trabajo de este señor es "lijerillo y de escaso valor histórico", y más de un capítulo sobre que no es cierta tal o cual cosa, sobre historia de lo que no fué. Hay discusiones al menudeo acerca de puntos como el de la patria de Vigilancio, y en un capítulo dedicado al árbol de Guernica invierte veintitrés páginas (en folio) en insertar poesías, las más de ellas malas, en vascuence y castellano, en que se celebra al roble simbólico. Y lo peor es que, fuera de estas menudencias, no hay rastro de grandes líneas generales, de hilo central vigoroso.

De cuatro libros consta este primer tomo. En el primero de ellos se trata del origen de los iberos y vascos, del período romano y visigótico y de los principios del cristianismo. Pasa el autor por alto el punto de si los iberos fueron una verdadera unidad étnica o un mero denominativo geográfico (como los franceses o rusos hoy), y asienta como *indudable* el que los vascos somos los "descendientes de los iberos de España y Francia". Tan complicadísimo problema no está dilucidado. El autor cita una porción de opiniones, entre ellas las más caprichosas y arbitrarias que se han dado, siguiendo la perniciosa costumbre, en vigor en España, de pasar revista sumaria y de inventario escribanesco a lo que dijeron Fulano, Mengano, Zutano y Perencejo. Junto a todo ese aparato de eru-

dición de segunda mano, es pobrísimo en referencias directas a los geógrafos e historiógrafos de la antigüedad y a fuentes verdaderamente tales. La obra de Mr. D'Arbois de Jubainville le habría ahorrado la mitad del trabajo.

Así como no duda un momento de la unidad étnica de los iberos, no se le ocurre preguntarse si los vascos somos o no el producto de la conjunción de más de una raza.

Al tratar de la antigua religión de los vascos, se hace eco de algunas de las patrañas de los señores Chaho y Cènac Moncaut, como lo de Aitor, y atribuye resueltamente a los vascos el pasaje en que Estrabón habla de las fiestas del *lauburu.*

El libro segundo está principalmente dedicado a probar que los vascos nos mantuvimos independientes de moros y asturianos en el período de la Reconquista y que no hubo dominación *formal* sobre Vizcaya, de la que en frecuentes incursiones sacaban cuanto podían sus invasores.

El libro tercero trata de la geología, flora, fauna, cultivo agrario, etc., en Vizcaya, es decir, del ámbito físico en que se ha desarrollado el pueblo vizcaíno. Parecía lo natural que la obra hubiese empezado por aquí, y que el estudio compacto del ambiente se hubiera enderezado a preparar el del pueblo que en él y de él se desarrolla; pero no se ha de buscar aquí un tratado de la *circunfusa* natural toda, del clima, terreno y suelo, sino una serie de listas de especies paleontológicas y actuales de animales y plantas y una colección de datos disgregados. Y menos mal si las tales listas estuvieran cuidadosamente trabajadas; pero no es así, pues tras de no indicarse en los términos eusquéricos el dialecto a que pertenecen, inserta no pocos de composición artificiosa (v. gr., *Basauntz,* literalmente "cabra montés", que pone en el corzo, animal que no conocen los euscaldunes), y hay espe-

cies cuyo nombre, siendo conocidísimo, no figura (v. gr., el del madroño *gurbishie, gurgushié,* que es el corriente).

En el libro cuarto trata el autor de la fisonomía del euscaldun, de la casa vasca, del vestuario, del idioma y de la literatura. Al tratar del idioma repite no pocas de las cosas del período pre-científico en lingüística: como lo de la formación *filosófica* de las voces vascas, lo cual delata un concepto nada adecuado y exacto del proceso evolutivo de un idioma como organismo natural. De la orientación lingüística y filológica del autor baste decir que cita no poco al señor Sánchez Calvo, autor de fantasías ingeniosas propias de la alquimia lingüística, y que le *parece* que puede servir "de base y punto de partida a otros sabios para la investigación amplia y detenida acerca de la lengua euskara", cuanto expuso el padre Fita en su discurso de recepción en la Academia de la Historia, al comparar el vascuence y el georgiano, a mi juicio, a sonsonete y capricho, prescindiendo del riguroso método científico y aun en olvido de los principios más radicales de la filología.

La parte que el autor dedica a la literatura vasca no ofrece un cuadro ni una caracterización total de ella: redúcese a un centón de poesías en vascuence, tomadas de acá y de allá, y que ocupan más de 60 páginas.

El entrar a examinar detalles en una obra que apenas contiene otra cosa sería cuento de nunca acabar. Nos permitiremos, sin embargo, fijarnos en uno de ellos, por ofrecer ejemplo típico de la cautela con que hay que proceder en las investigaciones lingüísticas acerca del vascuence. Discurriendo el autor del origen de la voz Vizcaya, se aparta de la de la opinión más natural y razonada, la que han asentado Oihenart, Iturriza, Moguel (don Juan Antonio) y otros, haciendo equivaler ese vocablo (escrito en un documento antiguo *Vizcadia)* a "región montañosa" *(biz-*

*karr,* espalda, loma, y un sufijo *di* con el artículo *a)* y se acuesta a la de Aizquibel, de que procede de las voces *Bizka,* confederación, y *dia,* multitud. Aparte de que se toma aquí por etnográfico un nombre topográfico, tal etimología nos ofrece típico ejemplo de mal proceder científico, porque *bizka,* "confederación", no es vocablo alguno vivo, real, positivo y legítimo, tomado de la realidad, sino de composición artificiosa de lexicógrafos forjadores de un vascuence *literario,* y *dia* no significa "multitud", porque no es más que un sufijo. Tanto valdría decir que *dad* significa en castellano "muchedumbre" por ser una *hermandad* una muchedumbre de hermanos.

Aprovecho la ocasión para hacer observar que en vascuence se llama *euscara* o *eusquera* a la lengua vasca; *euscaldun* (lit. "el que posee el *euscara*"), al que la habla, y *Euscal-erría,* "país del euscara", a la región en que es hablada. Llamar *euscaros eúscaros* (esdrújulo es un desatino mayor, y la *k* que le ponen, una pedantería ociosa) a los *euscaldunes* es como llamar *bables* a los asturianos o *sánscritos* a los antiguos indios, y un verdadero despropósito hablar de "lengua euskalduna" (pág. 642). Lo más sencillo y acertado es seguir hablando de *vascos* y *vascuence,* y si se quiere dar nombre al país vasco, llamarle, por comodidad, *Vasconia.*

Sentimos realmente no poder alabar la obra del señor Labayru, cuya laboriosidad es meritoria. Hubiera escrito una historia de Vizcaya, dejando el texto de la que así titula para notas y apéndices, y sería otra cosa. De todos modos, el tomo que ha dado a luz es un buen almacén de noticias, indicaciones y referencias, acumuladas a granel y sin relación alguna.

(*Revista Crítica de Historia y Literaturas Españolas, Portuguesas e Hispano-americanas.* Madrid, 1896, I, febrero, págs. 73-75.)

## 2

*Las Provincias Vascongadas a fines de la Edad Media.* Ensayo histórico, por don Carmelo de Echegaray.—Tomo primero.—San Sebastián, 1895.—En 4.º, 496 págs.

El señor don Carmelo de Echegaray, ventajosamente conocido ya en el país vasco por sus "investigaciones históricas referentes a Guipúzcoa" y por otras obras, ha publicado el citado primer tomo de su *ensayo,* en que incluye una *Introducción* y dos capítulos: uno sobre *Las guerras de bandos,* y sobre *La fundación de villas,* el otro.

Hállase el autor bien orientado en estudios históricos; su libro es riquísimo en documentación y ha tenido el buen instinto de poner a contribución, para describir los turbulentos días de las guerras de los banderizos vascos, el *Libro de las bienandanzas e fortunas* del famoso caballero vizcaíno Lope García de Salazar, que cuenta verdaderos horrores con la mayor sencillez del mundo.

En la introducción se distingue una juiciosa disertación respecto de la época en que se introdujera el cristianismo en el país vasco.

La obra, sólidamente trazada, se resiente, hay que confesarlo, de monotonía. El amor del señor Echegaray al documento coetáneo le ha llevado a excederse en repetir sucesos de las guerras de bandería que apenas presentan variedad alguna. El libro ganaría con alguna poda, sin perder colorido y exactitud. Al tratar de la fundación de villas, va revistándolas por orden cronológico, cuando tal vez hubiera sido mejor agruparlas por categorías y clases y hacer un cuadro general. Si de los fugaces *sucesos* quieren sa-

sarse los *hechos* permanentes, verdadero objeto *científico* de la historia, hay que reducir el orden cronológico del *suceder* al evolutivo del *hacerse*, y no caer en pragmatismo excesivo. Dotado el autor de poca imaginación plástica o pictórica y de muy sano juicio, entrelaza la aridez de los relatos con consideraciones sobrado generales y verbosas, lugares comunes de crítica y metodología históricas, y citas de publicistas, filósofos y aun poetas, traídas algo bruscamente a cuento no pocas. A pesar de todo lo cual, es de lo más serio y sólido que en el país vasco se ha hecho.

El autor enlaza la fundación de villas con la necesidad de defenderse los pueblos de los banderizos y *parientes mayores* que asolaban el país, pero creo que no concede la debida importancia al factor económico, hilo conductor acaso del proceso histórico. Los factores económico y religioso son los dos cardinales de la historia humana, sus goznes.

La crisis que describe es la del tránsito de la antigua economía rural y patriarcal, de escasísima diferenciación de trabajo, descentralizada y basada en gran parte en la permuta, a lo sumo, al régimen mercantil. En aquella economía vivían las familias campesinas, verdadera unidad última, bajo los *parientes mayores (aide naguisiak* en vascuence), jefes de las casas, que andaban a la greña a consecuencia de cuestiones económicas por lo general, de donde aquellas guerras de bandería con que los Butron, los Salazar, los Avendaño, los Múgica, los Zurbarán, los Leguizamón y tantos otros ensangrentaron el suelo vasco.

Sucedía esto en las postrimerías del viejo régimen, cuando por efecto del crecer de la población y el aumento de relaciones entre los pueblos fué diferenciándose el trabajo, complicándose el cambio y naciendo la clase de los mercaderes, los hombres francos, los que habían de fundar el individualismo burgués (esto

es, ciudadano) sobre el familiarismo rural. Y de aquí brotó, como es sabido, la lucha entre los labradores y sus señores de un lado, y los mercaderes apoyados en su señor, el rey, de otro. No pelearon los señores solos contra el pueblo y el rey: fué la tierra llana contra las villas. La industria naciente y el comercio, sobre todo, hicieron las agrupaciones de pueblos, y no éstas el comercio y la industria; no fué, como dice el señor Echegaray, que encontrara el comercio puntos de contratación allí donde se congregaron las gentes, sino que éstas se congregaron allí donde la naturaleza ofrecía puntos de contratación. Y las cartas pueblas mismas no eran más que la sanción jurídica de una nueva vida civil, el reconocimiento legal de las villas y el sancionamiento real del código que se daban, como lo indicó Thierry y el autor lo recuerda. Al entrar en una nueva vida social, tomaron las villas vascongadas legislación ya existente para análogos casos, el fuero de Logroño, muchas de ellas, acomodándolo a sus muchas peculiaridades. Así nació el verdadero Derecho civil, de importación por fuerza, pues la tierra llana o infanzona no puede decirse que en realidad lo tuviera, reduciéndose a tradicionales costumbres del régimen patriarcal. El Derecho civil, *civilis*, fué de ciudad; el propiamente foral es de formación bastante reciente y muy mezquino.

Los *buenos usos y costumbres*, no escritos, son los fueros radicales.

Y nació la guerra entre la clase mercantil, las villas y el rey, de un lado, y la clase rural, la tierra llana y los parientes mayores, de otro. Enrique IV fué en persona en 1457 a las provincias vascongadas e hizo allanar las casas fuertes. Un año antes habían lanzado los parientes mayores de Guipúzcoa cartel de desafío contra ocho villas. Ellos, los de la tierra, anteriores a las villas, no se avenían al progreso económico que del régimen rural y familiarista les arras-

traba al mercantil e individualista. "Antes Zarauz que Zarauz", decía en su empresa heráldica la casa de este nombre aludiendo a la villa; "antes Balda que Azpeitia", decía otra, y Ercilla, al describir a Bermeo, nos habla de

> Los anchos muros del solar de Ercilla,
> solar antes fundado que la villa

Al reunirse los sin tierra, los mercaderes, empezó a decaer la prepotencia de los señores. Para los arbitrios reales ofrecían las villas las ventajas de obtenerse mejor impuestos unificados, y el rey, al poblar una villa *en que morasen para nuestro servicio,* más que de garantías de paz se cuidaba de seguridad de percepción de impuestos. Y así vemos que si se eximía a sus moradores de pechos y gabelas y tributos especificados, era para reducirlos a tributo general y único en dinero, como la venta en especie se reduce a pago en numerario. Las villas habían de recoger la producción rural, convirtiéndola para la real hacienda en maravedises, y así se unían el interés del rey y el de los villanos para absorber a la tierra llana en la jurisdicción de las villas. Ya se obligaba a los caminantes a pasar por tal villa y a contratar en ella, y basta leer en la obra del señor Echegaray el interesante relato de las disensiones entre la villa de Rentería y el valle de Oyarzun sobre libertad del tráfico y las decisiones que en 1384 dió el alcalde mayor de Guipúzcoa en favor de la villa, sobre todo, para comprender que no era "cuestión de honor", como el autor apunta, sino cuestión de cuartos, y más en particular cuestión que podríamos llamar hoy de puertas o de matute, de fisco. Dentro de la distancia de media legua desde los muros de la villa de Elgoibar, no se podía vender pescado sin que fuese aforado en ella. Interesantes son, a este respecto, las discordias promovidas en esta misma villa de Elgoibar entre los ve-

cinos intramurales y los de los arrabales, lugares y tierra llana de jurisdicción, de que nos da noticia el señor Echegaray, presentando como signo de los tiempos aquellos las rivalidades entre lo que se llamaba entonces *cuerpo de la villa y tierra.*

Otro ejemplo es el de Vergara y la parroquia de Santa Marina de Oxirondo, que se le anexionó, vieja enemiga de que aun hoy en día persisten vivas huellas. Eran, pues, las villas el alambique en que se extraían de los productos de la tierra llana los impuestos para el rey.

En el país vasco se ofrece, en medio de un campo muy poblado de caserías, del sistema que llaman los franceses *domaine aglomerée à foyer central,* villas agrupadas, villas que en su época de esplendor absorbieron a la tierra llana (es decir, no murada), para que luego ésta reaccionara reduciendo a no pocas al mero casco. La enemiga entre villas y la tierra llana, el mercader y el labrador, es un hecho histórico central en la vida vasca. Esa enemiga estalló a principios de este siglo en Vizcaya, en la famosa Zamacolada; constituye uno de los factores de las últimas guerras civiles y se revela en su forma más elemental y rudimentaria en las quejas del aldeano que tiene que pagar arbitrios al entrar su mercancía en el mercado de la villa. La vieja casa de contratación de Bilbao, de donde salieron las famosas Ordenanzas, desaparecerá en breve por completo, y aún siguen dominando a la villa desde la altura de Begoña los muros de la casa-torre de los Zurbarán, los revoltosos banderizos, casa-torre convertida hoy en casería de labrador [1].

En la época que historia el señor Echegaray suce-

---

1 Dos años más tarde, en 1898, publicaría Unamuno en un semanario bilbaíno, *Ecos Literarios,* un relato titulado "La Casa-Torre de los Zurbarán", incorporado luego a su libro *De mi país,* Madrid, 1903, ps. 139-146.

dió al régimen patriarcal de la economía rural el civil, y a las guerras de bandería, los pleitos entre las villas, de que trae curiosos ejemplos en su obra. A la lucha de los terratenientes por el terruño sucedió la concurrencia de los mercaderes por el beneficio.

Me he detenido en esto del tránsito de un período económico a otro, cual se nos muestra en la vida vasca a fines de la Edad Media, y en la lucha de la tierra llana, más bien que de los parientes mayores solos con las villas, por ser la clave de la historia vascongada y no resultar puesto de relieve en la obra del señor Echegaray, de cuyos datos, documentos y noticias he sacado estas reflexiones, intentando inducir la doctrina sociológica que creo se desprende del relato sobrado pragmático del autor. Si a mí me ha sugerido tales conclusiones la lectura del libro de don Carmelo de Echegaray, a otro le sugerirá otras, y resultará en fin de cuenta una obra meritísima, pues tengo por cierto que el mayor mérito de un libro, y más de historia, es el que sea sugestivo.

(*Revista Crítica de Historia y Literaturas...* Madrid, 1896. I-Abril, p. 139-141.)

### 3

*Blancos y Negros (Guerra en la paz)*, por Arturo Campión, C. de la Real Academia de la Historia. Pamplona, 1898.—En 4.°, 382 págs. 3 ptas.

Vuelve a presentarse el señor Campión en el mundo literario español con una novela que no sabemos si correrá la misma injusta suerte que algunos de sus anteriores trabajos, no conocidos en general cuanto merecen serlo. Es el señor Campión, en efecto, una

de las víctimas de ese absurdo desvío que los más de los críticos profesionales sienten hacia cuanto de Madrid no sale, desvío que en vano se trata de negar. Así es que no ha llegado aún la hora de sentencia para el señor Campión. El comentar la última producción de la más lamentable decadencia de cualquiera de los *consagrados,* o la primera salida de tono de cualquiera de los que más bullen en los cotarros de la corte, impide a la cooperativa crítica fijarse en trabajos como aquel briosísimo y hermoso ensayo sobre Víctor Hugo que doce años ha publicó el señor Campión en Tolosa de Guipúzcoa (!!!). Sus dos volúmenes *Euskariana* han pasado también, salvo honrosas excepciones, poco notados, conteniendo como contienen jugosísima poesía, cuadros osianescos y de solemne relieve épico-dramático. Cierto es que corren en España malos tiempos para labores literarias al modo del señor Campión, ya que el teatro, que es lo que da dinero, es el verdadero teatro de las concupiscencias, rivalidades, luchas, envidias y *bombos* y *palos* mutuos de los escritores y críticos.

El señor Campión ve con fuerte visión en la historia sus elementos épico y dramático; aparécensele los pasados siglos con cierta solemne grandiosidad, depurados por el tiempo. Su visión histórica tiene no poco de la de Víctor Hugo, y a las veces aun de la de Carlyle. Respira su espíritu muy adentro de aquella tendencia romántica que se nutrió de viejas leyendas, de la que guió en Alemania Uhland y en Inglaterra Walter Scott.

Con su novela *Blancos y Negros (Guerra en la paz)* ha entrado el señor Campión en lo que se llama novela de costumbres, que no es en rigor sino novela de historia contemporánea, y cada día más, dado que el progreso artístico lleva consigo la aproximación gradual y mutua de la historia y la novela, que acaso un día se fundan en uno. Porque, en efecto, a medi-

da que la novela se hace, de un modo o de otro, más documentada, es decir, más histórica, la historia es más imaginada, es decir, más novelesca. Entre los escritores generalmente conocidos, Zola y Taine marcan muy bien este proceso.

Como sucede a cuantos, educados en la contemplación artística de un pasado histórico legendizado, pasan a lo que les rodea, así el señor Campión, al descender de la idealidad de la leyenda —que le dictó su *Don García Almorabid, crónica del siglo XIII*— a la realidad de la historia directa y personalmente vista, propende, creo que sin darse cuenta de ello, a exagerar los caracteres, caricaturizándolos al modo sano de un Dickens o un Pereda. El ojo acostumbrado a contemplar héroes difícilmente se hace a ver simples hombres.

En *Blancos y Negros* tienen no poco de caricatura Perico, el joven médico librepensador, comtiano, de charla hojarascosa y pedantesca; su padre, don Juan Manuel, progresista clerófobo que oye misa cotidiana y se alarma de las audacias de su hijo; la madre de éste, doña Gertrudis, americana melosa y palabrera; el mismo fray Ramón, el carlista intransigente, que de puro típico toca en lo caricaturesco, y exagerada nos parece la pintura del maestro don Bernardino, exageración en que entran por no poco antipatías del autor. Mas este mismo punto de caricatura, profundamente artística, ya que acusa lo diferencial de cada personaje, da relieve a los caracteres. No creo sea, por otra parte, el temperamento artístico del señor Campión de los más aptos para trazar la íntima y recogida poesía de los caracteres borrosos y de los personajes vulgares, pues, como tengo dicho, ha cultivado con felicísimo acierto lo heroico.

Forman el fondo de la novela, de vivísimo tono dramático, las luchas políticas en tiempo de paz. En Urgaín (¿será Urdiaín?) un pueblecito de la Barran-

ca, en Navarra, luchan carlistas y liberales, alterando la paz de los montañeses, y lucha a la vez el plebeyo enriquecido, don Juan Manuel Osambela, de los *Chaparros,* contra la altiva y antigua familia de los Ugartes, los del Palacio nuevo *(Jaureguiberri),* los tradicionales hidalgos que han amparado siempre al pueblo de aquellas montañas. El don Juan Manuel acaba por echar, mediante compra de una hipoteca, de su casa solariega a la señora de ésta, muerto trágicamente su hijo en las elecciones, y la echa paralítica y muda. Mas no es cosa de contar aquí el argumento de la obra, exornada de vivos episodios y accesorios de hermosísima y pura poesía.

Hay en esta novela pasajes de reconcentrada savia dramática, como el de la enfermedad de doña María; otros de sobrio tono tragi-cómico, como la muerte de don Ignacio; tiernamente elegíaco, como aquel conciso y sentidísimo relato de la muerte del jorobadito Martinico, que es un cuadro maravilloso por la profundidad del sentimiento y el dibujo firme; de sencilla ternura familiar, como la narración que doña Gertrudis hace de la muerte de su hijo Julianito; hay, sobre todo, a mi juicio, un delicadísimo idilio, de lo más delicado e íntimo que he leído en mucho tiempo en castellano, un idilio dictado por inspiración análoga a la del *Mireya,* de Mistral, o el *Hermann y Dorotea,* de Goethe: el de la declaración del taciturno José Martín a Josepantoñi (319-326), rematado por la entrega de ésta (373-380). ¡Qué adentro del alma vasca, a qué íntimas entrañas del mozo silencioso y tímido de nuestras montañas no ha penetrado el señor Campión para escribir este relato! El cuadro folklórico del capítulo VI, *Maizachuriketa,* es de lo más fresco y lozano que en la actual literatura castellana conozco.

Las descripciones del paisaje y campo son de una hermosa y sentida concisión. Mas no parece ser el autor, por lo demás, de los que se dejan absorber por

el campo con posesión en cierta manera panteística, sino de los que lo gozan sin enajenarse en él. Como en Pereda, es en él más viva la visión que el sentimiento del paisaje, y este sentimiento, más épico que lírico (me basta que me entiendan), nos muestra más lo que el campo es que el estado de ánimo que en nosotros produce. Como el autor de *Peñas Arriba,* da claras muestras de haber vivido en la montaña y frente a ella, pero sin mostrarnos el que la haya hecho propio estado de conciencia. Acaso influya no poco en esto esa misma su constitución espiritual, que le lleva a ver lo heroico de la historia.

Las tendencias y sentimiento del autor, su ardiente regionalismo (v. pág. 183), su odio al jacobismo centralizador y al unitarismo español, hijo, según dice, de la guerra de la Independencia; sus arraigados sentimientos católicos, hostiles a la lucha intestina entre carlistas, *mestizos* e integristas, son tendencias y sentimientos que se descubren a cada paso en la obra, sobre todo en la manera de tratar a los típicos personajes que tejen la trama del argumento. Descúbrenla el cariño con que dibuja la noble figura de don Mario, el último de los Ugartes, muerto alevosamente por un ribereño, por uno de los que no hablan como el pueblo vascuence, y por boca del cual don Mario parece hablar no pocas veces el autor mismo; descúbrenlas la sombra que proyecta sobre el intransigente exclaustrado fray Ramón, y la pintura, nada halagüeña, del maestro que desloma a palos a un pobre jorobadito por encontrarle el anillo, delator de haber sido el último que habló vascuence en la escuela. A modo de concesión, y para no aparecer sobrado parcial, da un fondo de ruda y franca nobleza al ribereño Aquilino Zazpe, cuyo hijo es el traidor asesino de don Mario, y su hija, la lengua víbora que teje la calumnia por el pueblo.

Me llevaría muy lejos, siendo además ajeno a mi

actual propósito, el detenerme en esa injustificada enemiga que en contra de los llamados *maquetos* se va desarrollando en el país vasco; pero algo he de decir de ella, puesto que respira en las páginas del libro que examino. Es lamentable que, por prejuicios e ideas no del todo exactas, arraiguen antipatías de casta, se calumnie al castellano, desfigurándole en general, y no se acierte a defender lo sano y justo del regionalismo y del culto a las tradiciones locales y de la conservación del carácter propio, sin culpar a quien ninguna culpa tiene de degeneraciones y daños —pasajeros no pocos y concomitantes de futuros bienes otros— que trae consigo el proceso económico-social. Por mi parte declaro no comprender el regionalismo si no es como un proceso de diferenciación necesario para la más perfecta integración final; creo que, a medida que ahonda el sentimiento de la patria *grande y chica,* ahonda el de la gran patria universal humana, que es un proceso de polarización a expensas de las patrias históricas, compulsivas y transitorias, y rémora, sobre todo, del concierto universal de los pueblos.

Este regionalismo, de fondo sanísimo sin duda, pero de manifestaciones turbias no pocas veces, es el que, por otra parte, lleva al autor de la obra que examino a dejar sin traducir una canción vascongada en un libro escrito en castellano y a emplear para ciertas voces eusquéricas una ortografía que puede inducir a error al lector castellano. Si la novela estuviese en vascuence, bien estaría escribir, verbigracia, *Arnegi* o *Jauregiberri,* ya que se ha adoptado por *convención* (y no más que por convención, aunque muy acertada) en vascuence la ortografía fonética; pero escribiéndola en castellano, creo se debe escribir *Arnegui* y *Jaureguiberri,* para que se lea como se pronuncia, o, por lo menos, advertirlo en nota. No sé por qué han de escribir *Bizkaya* y no *Vizcaya* los

que escriben Burdeos, Londres o Florencia, y no *Bordeaux, London* o *Firenze,* y ni aun el caso es el mismo.

El lenguaje es sobrio y vigoroso, si bien con algún que otro descuido (se repite, verbigracia, *riyó, riyendo,* por rió y riendo); el diálogo, por lo común, en lengua literaria, escrita u oratoria más bien que popular, hablada o de conversasión, excepto cuando hablan los de la familia de Zazpe, el ribereño, pues en este caso l autor ha reproducido con feliz precisión y acierto el lenguaje de la ribera del Ebro. Con algún que otro apóstrofo ganaría, sin embargo, en claridad.

Por último, como obra literaria, es *Blancos y Negros* de lo más nutrido, de lo más compacto, de lo más hermoso que en estos años se ha hecho en España. Podrá tener estos o aquellos defectos peculiares y como característicos de nuestra literatura contemporánea en España: la ramplonería, la hojarascosa vaciedad, la claridad de agua chirle, la insustancialidad declamatoria o la insoportable mancha de color sin dibujo o, lo que es peor, sin significación ni contenido ideal. No sé si es o no una obra castiza, ni me importa saberlo, pero bien a las claras se ve que el señor Campión es de los que poseen sólida cultura en literaturas extranjeras, y que, sin distraerse en el idolátrico culto al purismo y a la mera forma externa, se ha cuidado de adquirir ideas y sentimientos que expresar, y que es de los que buscan palabras para los conceptos y no conceptos para las palabras.

*(Revista Crítica de Historia y Literaturas Españolas, Portuguesas e Hispanoamericanas.* Madrid, año III, n.º 2, febrero 1898, págs. 59-63.)

4

*Poesía,* de Juan Arzadun, prólogo de Miguel de Unamuno.—*Biblioteca Bascongada de Fermín Herrán,* tomo XI.—Bilbao, 1897.—En 4.°, 164 págs.

El señor Herrán, prosiguiendo su tarea de recoger y coleccionar las producciones de los escritores vascongados, ha publicado, en el tomo onceno de su *Biblioteca Bascongada,* varios artículos en prosa y poesías de Juan Arzadun. Con decir que intervine en esta publicación, medié en la selección de los trabajos del señor Arzadun y puse prólogo a los publicados, creo ahorrarme los elogios estereotipados y como de rigor. No hubiese excitado una y otra vez a mi amigo Arzadun a que, venciendo su natural reserva, diera a luz sus trabajos, si no creyera en la bondad de éstos.

Forman la colección en prosa, cuentos y relatos, y poesías, superiores en geneial aquéllos a éstas. Tiene, en efecto, la versificación del señor Arzadun algo de rígida rudeza; le falta fluidez y facilidad. Su lengua, sobria, precisa, más gráfica que pintoresca, se acomoda mejor a la prosa. En riqueza de contenido, sin embargo, no es fácil encontrar poesías que superen a las de Arzadun, tituladas: *A la guerra, A Velarde, A la patria Euskara* y otras, así como están llenas de íntimo sentimiento las tituladas *El cementerio del pescador, El islote, Las campanas de la cofradía* (recuerdo de las tres de Bermeo, pueblo nativo del autor), *Plantando un roble, A mi madre* y otras.

Merece especial mención la oda *A la guerra,* llena de vigorosos conceptos, inspirada en la concepción

que de la guerra nos han dado las doctrinas llamadas darwinistas, oda bajo la cual respira un velado aliento de triste ironía. Es ésta oda en nuestra moderna poesía castellana de lo más brioso y preñado de ideas, no en abstracto, sino encarnadas en imágenes vivas. La tengo por un buen ejemplar, casi por modelo, de lo que debe ser lo que podríamos llamar poesía científica, si esta denominación no indujere a errores sin cuento.

En los artículos en prosa, junto a una precisión grandísima de dibujo y una notable sobriedad de líneas, se señala una intensa ternura sobre todo hacia los niños. Arzadun siente hacia la infancia la atracción del fuerte. En sus escritos se menciona con frecuencia la bondad del fuerte, el cariño con que el viejo héroe sienta en sus rodillas al pequeñuelo. Tal vez lo más íntimo del sentir y pensar de Arzadun sea esta su idea —que no sé si la habrá formulado así— de que la bondad es una expansión de la fortaleza. *La nochebuena del expósito* es un cuadro de la más pura y tierna poesía, lleno de realidad y dulzura. Aquel aldeano vasco que, lleno de insuperable timidez, daba vueltas entre sus manos de gigante a la boina y "sonreía con vaguedad, fuerte y bonachón, como un hércules adolescente", es de una hermosísima realidad. *Monin* y *Cabezota* son también dos relatos cuyos héroes son niños. *El Nervión y el Cadagua* es un cuadro lleno de vida y una exactísima alegoría del pasado y el presente en Vizcaya.

En conjunto, con sus defectos y todo, es el libro de Arzadun otro de los libros que se salen de la hojarascosidad e insustancialidad reinantes. Podrá pecar alguna vez, muy pocas, poquísimas veces, de conceptuoso más que de conceptista, pero de gongorismo nunca. Podrá tener descuidos de forma y desmayos de expresión, pero quedan más que compensados con no pocas frases felicísimas por lo enérgicas,

concisas y sobrias y, sobre todo, con lo nutrido que es en general su pensamiento.

Y para que no parezca que hago el artículo a mi amigo Arzadun y que a la vez trato de realzar tendencias y procedimientos a que propendemos los escritores vascongados, cierro esta nota.

*(Revista Crítica de Historia y Literaturas...* Madrid, 1898, III, núm. 3, marzo, páginas 114-116.*)*

# LA CIENCIA Y EL REGIONALISMO

No hace mucho tiempo recibí de un paisano mío una obra en que intenta reconstruir nuestro lenguaje natural y resolver el problema de la palabra con ayuda, sobre todo, del vascuence. Y con el libro recibí una carta excitándome a que le dijese con toda franqueza de vascongado mi opinión sobre ella.

Como tardase en contestarle, volvió a escribirme reiterándome su ruego. Y entonces le escribí leal y francamente mi opinión: que su libro carecía de valor científico; que en él la fantasía suplantaba al raciocinio; que me producía el efecto de una obra de alquimia o astrología, cuando la química y la astronomía extienden de día en día sus dominios; que pretender derivar en todo o en parte el latín del vascuence es un tarea sin base sólida alguna; que el método es lo esencial en la lingüística moderna..., y no recuerdo qué cosas más.

¡En mal hora lo hice! Replicóme a vuelta de correo, manifestándome su extrañeza y su pesar por verme prendido en los groseros errores del "indianismo" (así llama a la lingüística comparada) y tan mal vascongado.

Esta última acusación, la de mal hijo de mi país nativo, me la habían ya hecho, hace años, con ocasión de un trabajo que publiqué acerca del elemento

latino es el "eusquera" o vascuence. Y esa acusación se me ha repetido siempre que en mi país he salido al encuentro de las atrocidades científicas que se emiten para cohonestar movimientos que de tal cohonestación no necesitan.

Luche, enhorabuena, cada cual por realizar sus ideales y afirmar su personalidad y la del grupo étnico a que pertenece, pero que no metan, ¡por Dios!, en danza a la ciencia haciéndole decir disparates.

El empeño mayor en mi país es afirmar el mayor número de diferencias entre el vasco y el castellano, y, puestos en tal camino, no paran en barras. Hay que demostrar que el vasco se diferencia de todos los demás pueblos españoles, más que éstos entre sí; que el gallego, el catalán, el andaluz, el murciano y el castellano tienen un común denominador que en el vasco no entra. Y este empeño se ve también en otras partes que en mi país.

Una cosa bien pueril, la ortografía, apenas sirve para otra cosa. Si en mi país se escribe "Bizkaya" y otras así, es más que por otra razón por dar al vocablo un aire extranjero.

Y a este propósito he de recordar que los portugueses, tan celosos de su independencia y de que no se les confunda con los españoles, tienen adoptada la ortografía etimológica y escriben, v. gr., *mythología,* lo que *mitología* nosotros, para diferenciar el portugués del castellano mediante tal artificio, más de lo que naturalmente lo está. Si nosotros adoptáramos su ortografía, cambiarían la suya por la nuestra. Es lo que sucede en Noruega, donde hay muchos que tratan de introducir cierta ortografía para diferenciar el danés allí hablado del que en Dinamarca se habla, algo así como si los andaluces adoptaran una escritura fonética que reprodujese su pronunciación.

Todo esto es soberanamente ridículo, pero es más que ridículo cuando para apoyar tendencias que tie-

nen hondas raíces y profunda justificación se acude a falsear la ciencia en estudios lingüísticos y etnológicos.

Y como he observado más de una de esas falsificaciones en estudios sobre la lengua o la casta catalana, he de tomar nota de ellas. Lo primero en todo hombre sincero es respetar la libertad de la ciencia sin pretender hacerla servir a fines patrióticos o antipatrióticos, regionalistas o unitaristas.

Sirva, pues, este artículo como de introducción a los que hayan de escribir en denuncia de las falsificaciones de la verdad, sea en historia, en lingüística, en etnología o en sociología, hechas a nombre de cualquier tendencia política o social.

(*Las Noticias,* Barcelona, 23-IX-1898.)

# DISCURSO EN LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN BILBAO EL DIA 26 DE AGOSTO DE 1901

SALUDO.—*Vizcaya y Castilla.*—Al cabo de cinco años de ausencia de esta mi villa natal, me llamáis a que mantenga en ella sus primeros Juegos Florales.

Nada para mí más grato ni más hermoso. Al volver a orearme en las brisas de mi niñez, quiero ser con vosotros y con Bilbao ingenuo como un niño. Debo a Bilbao la raíz de mi espíritu; en él tendió mi mente su escala de Jacob al cielo de las ideas madres; con franqueza he de pagarle algo de lo que le debo.

Desde hace diez años que me llevó la fortuna a otras tierras, ¡qué de cambios en Bilbao!; y en mí mismo, ¡qué de cambios! Todo se ha transformado aquí; sólo permanecen los mismos heraldos de eternidad: el Pagasarri, Arnótegui, Arráiz, Archanda, entrañas de la la tierra, como en mí permanecen incólumes las rocas del alma.

La fortuna me llevó a Castilla; cinco de mis hijos allí han nacido, allí se han criado todos. Allí, contemplando el reposo de la austera llanura, llena de cielo, he infiltrado, luego de depurada, en mis senos espirituales, la visión de las montañas que abrazan a ésta, mi cuna; allí, bajo un cielo sereno y limpio, a

aquella luz que ciñe a los claros con sombras precisas, he concretado en cuajadas figuras los ensueños que las nubes de este cielo nativo depositaron en mi mente juvenil; ha sido aquella noble tierra castellana, donde ondea al sol el trigo y en que abre un follaje perenne la grave encina, inmóvil al viento, el suelo en que he madurado los gérmenes que de este mi vivero, siempre verde, allá llevé. En aquella ciudad de Salamanca, selva de talladas piedras, en que apenas se siente fluir el tiempo, he dejado granar lo que este Bilbao me dió.

De mi Vizcaya, de mi Bilbao, la simiente; de mi Castilla, de mi Salamanca, el fruto.

*Lo que se debe a esta tierra.*—Ni soy yo solo quien a aquella noble tierra debe tanto; débele también este mi pueblo; le debe nuestra tierra toda.

Allá a fines de la Edad Media, cuando apenas empezábamos a entrar en el concierto histórico de España, asolaban este suelo los banderizos, "omes mucho soberbios" enrencillados "sobre embidia o a cual valía más", como dice nuestro antiguo cronista Lope García de Salazar, impasible narrador de aquellos horrores. Nada atajaba la rabia de aquellos soberbios *parientes mayores,* en guerras todos contra cada uno. En tan revueltos tiempos se fundó esta villa, en barriada de Begoña, ría adentro, al abrigo de incursiones piráticas, al arrimo de Santiago y al amparo de la casa-torre de Zubialdea, con molinos, ferrería, pescadores y venaqueros. Concediéronsele privilegios confirmados y acrecentados sin cesar por los Reyes de Castilla, hasta la real facultad que se le dió en 1511 para que hiciese sus célebres ordenanzas, por las que en la historia del derecho mercantil vive.

Mas no dejan los banderizos en paz a la villa. Los de Leguizamón, los de Basurto y los de Zurbarán veníanse a las manos en sus mismas calles, ensangrentándolas. Aún se alzan allá, en las alturas de

Begoña, las ruinas de la casa-torre de Zurbarán, adonde se va hoy a beber *chacolí,* ruinas que son testigo mudo de aquellas contiendas, reliquia medieval que contempla a lo lejos las chimeneas de las fábricas.

De tan tormentoso estado no se salió hasta que, viniendo en 1457 Enrique IV de Castilla en persona, extrañó a los banderizos, allanó sus casas-torres y trajo a nuestros abuelos la paz, sustento de la riqueza y de la industria.

Y Bilbao fué creciendo, en incesante pleito con el Señorío que le disputaba sus privilegios y mercedes. Porque la historia toda de Vizcaya es una larga contienda entre la tierra llana y las villas; entre el labrador y el mercader; un penoso tránsito del régimen económico familiar al moderno.

Ni se crea que es nuestra riqueza de ayer, aunque ayer prodigiosamente acrecentada. Con leña en los bosques, saltos de agua en las quebradas, minas de hierro en las entrañas de la tierra, dió vida a los ferrones cuyas fraguas muestran aún a orillas del río sus ahumados esqueletos, fósiles de la industria, cubiertas de yedra. *Bilboes* se llamaba en Inglaterra a ciertas espadas y a una suerte de trabas de hierro para los pies de los presos en tiempo de Shakespeare, en los mismos en que, hablando de Vizcaya, decía Tirso de Molina que por su hierro España goza su oro.

*Comercio y riqueza.*—"Este solo sitio parece creado por la naturaleza para establecer el comercio del Norte, hacer feliz, abastecer las Castillas y atraer a los extranjeros. La aspereza de estas montañas y lo poco que deben a la naturaleza, no eran capaces de conservarlas pobladas, como conocieran sus señores, ni comercio ni riqueza hubo hasta que empezó el siglo XIV, en que conociendo su señor, don Diego López de Haro, la necesidad de ocurrir a tan inminente

mal y a la conservación de su Estado, fundó en el año 1300, con anuencia de los vizcaínos, esta villa con el fin único de que sirviese de fijo depósito para el comercio extranjero".

Tal decían en 1802 las tres Comunidades unidas: la villa de Bilbao, su Consulado y el Cuerpo de propietarios de ella, en el memorial que elevaron al Supremo Consejo de Castilla, en contra de acuerdos de la Junta de Guernica. Y, en efecto, una ría navegable en dos leguas y un paso a Castilla, el de Orduña, más accesible que el que las demás ciudades del litoral tienen, hicieron de esta villa la natural abastecedora de las Castillas. Ni pensaba el Consulado más que en "atraer al comercio extranjero a este puerto y hacerle famoso en todas las naciones". Un puerto fluvial es un tesoro; el primero de Europa en tráfico, hasta no ha mucho por lo menos: Rührort Duisburgo, fluvial es.

En 1805 comenzaron las discordias que debemos pasar por alto, las machinadas, la famosa Zamacolada, las guerras civiles más tarde. De creer y de esperar es que no vuelvan. Bilbao, con el apoyo de Castilla, de España toda, se ha impuesto. Empezó su prosperidad por el comercio; corrobórala con la industria, en "fijo depósito para el comercio extranjero" acabará cuando se corone la obra portentosa de su puerto exterior, con el mineral hecha, triunfo del hombre sobre la naturaleza, único poder contra quien es santa la guerra. Y así se cumplirá el fin que hace un siglo sus tres Comunidades le asignaron. Tal ha sido nuestra historia, sin que conduzca a nada útil el disertar de cómo habría sido de otra manera; hay que aceptar el pasado, si se quiere conquistar el porvenir. El esfuerzo de aquél por hacer a éste, constituye el presente. Así es, pues, como esta nuestra villa, apoyada en la Corona de Castilla y en la nación toda española, lleva no ya a Vizcaya sólo, sino al

pueblo vasco todo, a su más alto y noble destino, a la conciencia de su misión histórica.

*Los hijos de Bilbao.*—La riqueza mayor de Bilbao son sus hijos. Ni se diga que la suerte nos puso montañas de hierro al alcance de la mano. Provincias hay en España en que han entrado estos años más millones que en la nuestra, y no cabe compararlas en riqueza. ¿Qué han hecho de su dinero? La riqueza de Bilbao son sus hijos, hijos de la raza vasca.

Una raza fraguada por el mar y las montañas, cuya fuerza es agilidad; ante todo, poco imaginativa, de idioma rico en notaciones de lo cotidiano y práctico. pero pobre en matices de lo ideal y abstracto; corta en palabras, pero en obras larga, que dijo Tirso, cuyo pensamiento es acción; las mujeres hechas a manejar la laya; de hombre tímido a la par que osado, paciente y constante, trabajador sobre todo. Nuestro Axular, en su castiza obra *Gueroco guero,* insiste en que Dios puso a Adán en el Paraíso para que lo guardase y cultivara, aun antes de su caída. El pecado le condenó a la penosidad del trabajo, no al trabajo mismo, pensaba nuestro clásico. porque, ¿qué Paraíso sería ése en que no se trabajara? No un paraíso vasco, por lo menos. Comparad con esto aquella copla de la otra orilla:

*Cada vez que considero*
*que me tengo que morir,*
*tiendo la capa en el suelo*
*y no me harto de dormir.*

Raza, sobre todo, la nuestra, de expansión y compenetración; raza difusiva, en ósmosis y exósmosis perpetuas, vitalizadas. Nuestros hombres representativos son: Elcano, dando el primero la vuelta al mundo, no a Vasconia; Legazpi, ganando las islas Filipinas para la civilización; y, sobre todo, Ignacio de Loyola, fundando una Compañía universal, por encima de las patrias todas, una Compañía que, piense

cada cual de ella lo que pensare, es una escuela de cosmopolitismo. Y ved más cerca al bardo, a Iparraguirre, al *gran arlote,* que a los trece años salió de casa y recorrió, trovador y errante, Francia, Inglaterra, Suiza, Portugal, para ir a entonar sus cantos en las pampas argentinas, a que se cernieran en el follaje del ombú ecos del recuerdo del roble patrio.

*Los vascos en el mundo.—La Compañía del Hombre.*—Una raza sin historia apenas, de secular infancia, fresca aún en el concierto de los pueblos cultos, a la que no le pesa un pasado ingente para marchar escotera y ágil a la conquista del porvenir, que tiene su tradición en el progreso. Ved nuestro verdadero campo de acción: América, aquella América española, crisol de síntesis orgánica de pueblos, cuya principal metrópoli, Buenos Aires, fué por nuestro Garay fundada; aquella América de promisión a la que dió libertad Bolívar, que llevaba sangre y apellidos vascos. Tres presidentes de otras tantas de aquellas Repúblicas lo llevaban no ha mucho. "Por el mundo se abren los corazones a los vascos":

*Mundu guzian zabaltzen dira*
*Euskaldunentzat bistzak.*

cantaba Iparraguirre, nuestro bardo representativo.

A nadie menos que al vasco cuadra encerrarse en su casa-torre y, maldiciendo del vecino, cantar excelencias propias; en ninguna parte son más impías que aquí las murallas chinescas, de cualquier clase que ellas fueren.

Si queremos hacer valer nuestra personalidad, derramémosla estampando un sello en cuanto nos rodea. Hagamos como a quien le sobra. Gran poquedad de alma arguye tener que negar al prójimo para afirmarse. Oponen en Inglaterra al pobre sentido de la *little England* el vasto imperialismo del pueblo que habla inglés, *the english speaking Folk;* tengamos

también los vascos nuestro imperialismo, un imperialismo sin emperador, difusivo y pacífico, no agresivo y guerrero. Rebasemos de la patria chica, chica siempre, para agrandar la grande y empujarla a la má máxima, a la única, a la gran Patria humana. Y si un vasco fundó la Compañía de Jesús, contribuyamos nosotros, su casta, a fundar la Compañía del Hombre.

Espíritu de difusión es nuestro espíritu colectivo; como la materia en estado radiante, que cuanto más diluída tiene en cada una de sus moléculas más energía y eficacia, tanto mayor será la potencia de cada uno de nosotros cuanto más radiante y diluído nuestro pueblo. Este, el viejo solar de los abuelos, será siempre el núcleo, el foco de emisión.

Ni temáis perder la personalidad étnica; no fructifica la simiente sino reviviendo en tierra.

Un pueblo que en otro se vierte, se agranda; no muere, resucita. Dad vuestro oro sin importaros el cuño. A la gran aleación española primero, a la humana después, llevaremos nuestro metal. Se ha dicho del nuestro que es un pueblo que se va, y pregunto: ¿dónde? Porque tal es la pregunta para todos, pueblo u hombre, los que tenemos que irnos algún día.

*Lo que es nuestro pueblo.*—Mas ya os digo que no somos un pueblo que se va, sino un pueblo que se viene. Oyense lamentos, es verdad; es el llanto del recién nacido al recibir la bocanada de aire del mundo. Echan de menos muchos el calorcillo de la matriz; no queremos volver a la vida intra-uterina. Creamos en nosotros mismos, en nuestra casta, en su porvenir y misión histórica, y esa fe nos llevará a darla a los demás. Las murallas chinescas, materiales o espirituales, totales o parciales, son de pueblos que han perdido la fe en sí mismos.

Sobre las razas fisiológicas, basadas en la animalidad, se hacen en labor secular las razas históricas,

cuya sangre es el idioma. La unidad del linaje humano, que en sus orígenes soñamos, está puesta al final de él; es el coronamiento de la historia. Cierto es que los pueblos se diferencian y que sólo cultivando su personalidad privativa viven como pueblos; mas no olvidemos que en vía sólo de la suprema armonía tal personalidad se mantiene, que sólo para la integración suprema la diferenciación se cumple. Diferenciémonos, sí, pero en libre cambio espiritual y atentos a llevar a la integración futura lo que adquiramos.

Ni es la integración evolutiva y sana unificación impuesta a destiempo, desde afuera y a la fuerza. A tirones no se hace crecer la planta, sino abonando la tierra de que se nutre. Lo que no se logra con medidas de gobierno, el interés propio lo hace. El intento de unificar, prematura y violentamente, retarda y dificulta la integración fecunda y razonada. Triste es nuestra experiencia en ello. Diríase, al ver la obstinación de ciertas gentes en España, que aún hoy es luz de nuestros ciegos aquella cuarteta de *Las mocedades del Cid*:

*Procure siempre acertarla*
*el honrado y principal,*
*pero si la acierta mal*
*defenderla y no enmendarla.*

Nada parece enseñar la historia a nuestros pastores; dispónense a repetirlo.

*La Historia de España.*—La historia española se ha desquiciado o trasquiciado más bien; ha de cambiar de goznes.

Ha sido durante siglos centrífuga; tiene que ser ahora centrípeta; el tipo motor ha de sustituir el sensible, sin anular a aquél. Cuando tenía España vastos dominios allende los mares, predominó y debió predominar Castilla, el pueblo central, el más uni-

tario y más impositivo, sí, pero el menos egoísta. Salió Don Quijote a imponer su fe. Gran generosidad implica ir a salvar almas, aunque sea a tizonazos.

Pero quedó Don Quijote maltrecho en su encontronazo con Robinson, y, molido y triste, habla de convertirse en pastor Quijotiz, pastor de égloga, cambiando una locura por otra. Hay que curarle, y curarle encerrándole; la periferia aprieta al centro, le ciñe, le invade poco a poco, le sujeta. Y así es como se prepara una España nueva, grande, fuerte, culta y apta para fundirse en la gran República humana. Mas no sin ideal extrínseco, que de nada sirve la concentración, sino a la expansión enderezada y en vista de ella. ¿Para qué España? Tal es nuestro problema ahora.

Y a todo ello ha de irse por pasos contados, apresurándose con calma, sin tirones. Os repito que no sirve la violencia, y el ejemplo lo tenéis en el vascuence mismo. Ridículas fueron las discusiones bizantinas sobre si es dialecto o lengua; tan necio es preguntar, como hay quien lo hace, si tiene reglas y gramática, como sería preguntar si el ornitorrinco tiene anatomía y fisiología: de poco o nada sirvió la odiosa época del anillo: torpeza insigne fué cierta circular de un ministro sobre la predicación en vascuence. Mas ved, en cambio, el incoercible proceso vital.

*El vascuence y el castellano.*—El vascuence se extingue sin que haya fuerza humana que pueda impedir su extinción; muere por ley de vida. No nos apesadumbre que desaparezca su cuerpo, pues es para que mejor sobreviva su alma.

La mejor lengua es la propia, como es la mejor piel la que con uno se ha hecho; pero hay para muchos pueblos, como para otros organismos, épocas de muda. En ella estamos. En el milenario eusquera no cabe el pensamiento moderno; Bilbao, hablando vas-

cuence, es un contrasentido. Y esto nos da ventaja sobre otros, pues nos encierra menos en nuestra privativa personalidad, a riesgo de empobrecerla.

Tenemos que olvidarlo e irrumpir en el castellano, contribuyendo a hacer de él, como de núcleo germinal, el español o hispano-americano, sin admitir monopolios casticistas, que no es un idioma feudo de heredad. Le llevaremos nuestra peculiar manera de decir, algo elíptica, cortante, angulosa y seca; algo hemos de aportar al castizo decir castellano, de amplios pliegues de capa en que el caballero se emboza, dejándola flotar al viento.

Del viejo bajo latín, pronunciado y construído por tribus que para aprenderlo tuvieron que olvidar sus viejas lenguas, surgieron los hermosos romances.

Del castellano, pronunciado y construído por distintos pueblos que habitan en ambos mundos dilatados dominios, surgirán, no distintas lenguas, que no lo consiente la vida social de hoy y el rápido intercambio, sino el sobre-castellano, la lengua española o hispano-americana, una y varia, flexible y rica, dilatada como sus dominios.

Y en ella cabrá, me atrevo a esperarlo, la expresión de nuestros anhelos todos, de nuestra concepción de la vida y de la muerte, de nuestro sentimiento de la naturaleza y del arte. Será como una traducción gloriosa y depurada del para entonces muerto eusquera; el pensamiento que dormitaba cual crisálida en el vascuence de Axular, preso en el enmarañado capullo de la venerable lengua milenaria, lo romperá y saldrá a bañarse en luz, apenas secas al sol las recién abiertas alas, en el español de mañana.

Nuestra alma es más grande ya que su vestido secular; el vascuence nos viene ya estrecho; y como su material y tejido no se prestan a ensancharse, rompámosle. Hay, además, una ley de economía, y es que nos cuesta menos esfuerzo aprender el castellano que

transformar el vascuence, que es un instrumento sobrado complicado y muy lejos de la sencillez y sobriedad de medios de los idiomas analíticos.

Y no digáis que no será nuestro pensamiento, verdaderamente nuestro, si en lengua que no sea la nuestra lo expresamos. Apropiémonosle, y nuestro, a la vez que de ellos, será el castellano y más comunicable pensar. En el bárbaro y brioso latín de algunos germanos medievales estalla el pensamiento germánico, tan genuino y fuerte como en los rudos cantos de los Nibelungos, en lengua germánica vertidos; así se preparó la lengua de la *Chanson de Roland,* de que salió la de Voltaire; así la del *Romanz de myo Cid,* de que brotó la de Cervantes. ¿Es acaso Trueba menos vasco que Iparraguirre? Ni creemos que es el actual castellano definitivo; no hay Academias que detengan el proceso de la vida. Va desapareciendo, con nuestra leyenda áurea, aquello de que fuera Castilla el granero de España; pero aún hay quien cree que el castellano es la lengua más rica. Le falta mucho, muchísimo, para serlo. A enriquecerla, pues, a flexibilizarla, a hacerla nuestra, sin admitir monopolios casticistas.

¿Y el vascuence? ¡Hermoso monumento de estudio! ¡Venerable reliquia! ¡Noble ejecutoria!

Enterrémosle santamente, con dignos funerales, embalsamado en ciencia; leguemos a los estudios tan interesante reliquia. Y para lograrlo, estudiémosle con espíritu científico a la vez que con amor, sin prejuicio, no atentos a tal o cual tesis previa, sino a indagar lo que haya, y estudiémosle con los más rigurosos métodos que la moderna ciencia lingüística prescribe.

A un inglés es a quien más he oído reprocharnos el que olvidemos el vascuence; al tal le parecerá bien la desaparición de las lenguas célticas del Reino Unido.

No nos dejemos engañar por esas voces de eruditos que quieren que les criemos un conejito de Indias para sus experiencias lingüísticas: la vida está sobre

la ciencia, y no hemos de acomodarnos a ser objeto de curiosidad, ni caso de etnografía. Porque observo en algunos de mis paisanos la pueril vanidad de tenerse por parte de un caso que ha resistido hasta hoy a las clasificaciones. La vida ante todo, la vida concreta; y la vida nos trae la pérdida del vascuence.

*Los invasores.*—Esta pérdida habrá de ayudarnos en nuestra difusión, o invasión, si queréis.

Porque ¿qué es eso de *invasores?* ¿No lo somos nosotros? Si no queréis ser invadidos, invadid; si no queréis que se os absorba, absorbed; todo menos cerrar las valvas y permanecer aislados. No guardéis una absurda virginidad de raza que nos prive de la maternidad, de la paternidad más bien. Padres, sí; que en este inevitable y fecundo encuentro de pueblos, seamos el varón, no la hembra. Tened, además, en cuenta que hay que acabar y completar la obra de la reconquista española, desarraigando las taifas que aún nos quedan, extirpando el beduinismo.

Suprimid, ante todo, ese odioso nombre de *maquetos,* nombre teñido de injusticia y de sinrazón. Tengamos lo que todo pueblo culto, para serlo de veras, debe tener: *simpatía,* en el rigor etimológico de este vocablo; capacidad de ponernos en el espíritu de otros y sentir como ellos sienten. No digáis nunca ni Bilbao para los bilbaínos, ni Vasconia para los vascos, que al decirlo renegáis de nuestra raza; decid más bien: todo para todos.

Con nuestro actual impulso puede llegar lo que se ha llamado la conquista de las mesetas [1]; y, ¿quién sabe?, mineros de la tierra material hoy, del subsuelo espiritual de España, lo seamos acaso mañana.

*Deberes que cumplir.*—Tenemos un deber perenne que cumplir en el estadio actual de inquietud en que la

[1] "La conquista de las mesetas" es el título que Unamuno puso a dos escritos suyos de 1899, hoy incluídos en el volumen *España y los españoles.* Madrid, 1955, y en el IV de estas O. C. (N. del E.)

patria se halla. Y aunque estas fiestas sean remanso de reposo y de arte puro, en medio de la turbia crecida de la charca, no creo deber sustraerme a deciros algo de lo más vital hoy.

Algún tributo podemos aportar a esta pobre nación, tan calumniada, y que debemos creer está de muda. Algo podemos darle con nuestro sentido de gobierno, adquirido en el autonómico ejercicio de él; porque si es verdad, como decía no ha mucho un diario, que somos los vascongados excepción a la debilidad de talento administrativo en la cosa pública, que se supone defecto común a casi todas las razas de la Península, al ejercicio de la administración autonómica se lo debemos. Recordad lo que decía Iparraguirre en el canto perdurable:

*Eman tu zabalzazu*
*Munduan frutua*
*Adoratzen zaitugu*
*Arbola santua.*

Esto es: "da y extiende tu fruto por el mundo mientras te adoramos, ¡árbol santo!" *Munduan,* por el mundo, por el mundo todo decía el que cantó:

*Mundu zarrean nala berrian*
*Izangitezen prestuak;*
*Gizonarentzat egiten zituan*
*Ur eta lurrak Jainkoak.*
*Zabaldu bedi anaitasuna*
*Amoriazka kantuak,*
*Guzientzat du itzal ederra*
*Gure arbola santuak.*

Es decir: "Lo mismo en el mundo viejo como en el nuevo, seamos laboriosos; para el hombre hizo Dios el agua y la tierra. Extienda la fraternidad los cantos de amor; para todos tiene hermosa sombra nuestro árbol santo". Para todos tiene sombra el árbol de la libertad.

Algo también aportaremos al mismo espíritu religioso español, hoy si no muerto, dormido, cuando aca-

bemos por descubrir el nuestro propio, el que en nuestras íntimas entrañas espirituales late; algo llevaremos a él con nuestra seriedad austera, con el sentimiento que inspiró el primer libro impreso en vascuence: la traducción del Evangelio de Juan de Lizárraga.

Algo aportaremos acaso, dejadme que lo sueñe, al arte y a la ciencia mismos. No ha tomado aún aquí el arte carácter específico alguno, ni puede, en nada, exceptuando tal vez la música, hablarse de estilo vasco. Hay, sin embargo, quien cree adivinar la indicación de algo así como una escuela vasca dentro de la actual literatura en lengua castellana.

*El arte y la riqueza.*—Obsérvase aquí, en Bilbao, menester y saludable es que os lo diga, un lujo ostentoso, no del más exquisito gusto siempre; sabe la fruta aún demasiado al rico fiemo con que se abona la tierra que la da. No ha muchos días escribí una impresión deprimente al visitar cierto suntuoso monumento, escaparate de la más antiartística ostentación de opulencia.

La riqueza sin arte es bastarda, y el arte, el mejor digestivo de la riqueza. Y de ésta suele sacarse aquél.

Ha traído aquí el rápido enriquecerse su cortejo todo de inevitables dolencias. Padece Bilbao de crecederas, y con ellas el desagüe de todos los malos humores de desasimilación. ¡Es inevitable; dejad las jeremiadas, y pecho al progreso! Mas tened en cuenta con que no se os suban los millones a la cabeza, como empieza a suceder, ni queráis apurar la vida a tragos como quien con ella trata de embriagarse, sino paladeadla a lentos sorbos, como quien la gusta. Cierto *delirium tremens* del negocio, que a las veces apunta, puede llevaros a engendrar una generación de neurasténicos a dos dedos de la locura. Ved que vengo de un pueblo donde se vive con relativa calma, viendo

al olvido desfilar la historia, y si allí es la vida sueño, en pesadilla puede aquí convertirseos.

Vivid más al día, dejando que traiga cada uno su malicia. Es la riqueza para la vida, y no es ésta para aquélla, ni hay más riqueza que la vida misma, como enseñaba el noble Juan Ruskin. No seáis avaros, porque avaricia es tomar los medios por fin. Ni olvidéis tampoco que debe ser la riqueza más una carga que un beneficio, debiendo traer consigo, si os ha de aprovechar duraderamente, más deberes que derechos. Sed ambiciosos siempre; codiciosos, nunca; sirvaos el dinero para derramar el espíritu, más que el espíritu para recoger dinero. Ved a los millonarios yanquis creando bibliotecas y escuelas, ayudando a la difusión de la cultura, pagando así a un pueblo algo de todo lo que le deben.

*La riqueza y la cultura.*—De esperar es que convirtáis la riqueza en cultura. Si es la belleza, según el apotegma del pensador británico, ahorro de utilidad, ahorro de industria es el arte. Lo que hoy es bello, o fué en un tiempo útil o lo será algún día, es recuerdo o profecía de utilidad.

Religioso y utilitario fué en sus comienzos el arte, místico y didáctico a la vez; los poetas, los primeros maestros. Y siguen, el arte y la industria, en mutua reciprocidad de fecundación. De la opulencia material brotó en los Países Bajos aquella perdurable pintura flamenca; de la riqueza acumulada en la segunda mitad de la Edad Media, aquel humor del primer Renacimiento que estalla en Boccacio, en Chaucer y en nuestro arcipreste de Hita; en Rabelais más tarde. De sobremesa se entonan los cantos, aun los fúnebres y elegíacos. Y a la vez el arte, la ciencia y la más pura especulación perfeccionan la industria. Kant, Hegel, Schopenhauer, Goethe, Schiller, Beethoven, Schumann han hecho en más parte de lo que se cree la actual industria alemana. El alemán sentimental, romántico

o idealista nos ha resultado el más práctico vividor; 1848 preparó la era de Guillermo. Es que en el fondo es la misma cosa.

La intrepidez lógica de seguir una idea hasta sus últimas consecuencias dialécticas se convierte en intrepidez de seguir un negocio; la misma alma que les hizo construir grandes sistemas metafísicos, les hace construir vastas fábricas; hay en los banqueros un poeta. La cuestión es tener alma. Sólo la hormiga neutra, la que no hace más que trabajar, desprecia a la cigarra, no la hormiga sexuada, que tiene, como ella, alas. Advertid, además, que los hombres de más vida interior y de mayor recogimiento, los más místicos, los más poetas de verdad, han resultado siempre los más sagaces gobernantes, los más diestros diplomáticos, los mejores administradores: la historia nos lo dice.

El arte os guiará a la conquista del bienestar. Al son del martillo sobre el yunque y al golpe de los remos sobre las olas aprendieron a cantar nuestros abuelos en las herrerías y en el mar; sea el fragor de las fábricas la música profunda y potente de vuestra letra. Tirteo guiaba a los atenienses con sus cantos a la victoria; Tirteos habrá que guíen a los pueblos a la pacífica conquista del vellocino de oro, marchas del Comercio y de la Industria.

La vida desborda y, al desbordar, se hermosea, hermoseando cuanto toca.

No hay más arte sano, clásico, que el que arranca del bienestar económico, en la ciencia se apoya y enmienda a la naturaleza con las leyes mismas de ella. Así es como el hombre sobrenaturaliza a la naturaleza humanitaria. Es el trabajo hercúleo de la Humanidad hacer de la Tierra que nos ha hecho, morada digna del hombre.

Con los cantos cristalinos de Trueba se nos fué la

edad idílica; entremos con la heroica que pide cantos férreos. Preparémonos a ella.

Y así acabará de surgir de su larga prehistoria el vasco universal, el ultra-vasco si queréis, que aquí, sobre todo, se elabora. Porque Bilbao es hoy en España, a la vez que el foco del despertar económico, el de los más generosos ideales de redención social, el núcleo más sólido de las doctrinas más humanitarias y universalizadoras. Nosotros, sus hijos, os lo repito, somos su mayor riqueza. Pensad en la vida.

*La mujer vasca.*—Para recordárnosla, ante todo y sobre todo, preside este acto una mujer. Una mujer, perenne recordatorio del sosiego del hogar, del castillo en que se recobran bríos y restauran fuerzas para la lucha inacabable, símbolo del espíritu conservador que templa y regula el torbellino del progreso, tierra del hombre Anteo, verdadero principio de continuidad en los pueblos todos, vaso de su íntimo carácter, fuente constante de vida y de consuelo.

Y a la par que es la mujer el relicario de la raza, el último y más cerrado depósito de su pegujar, el arca de sus tradiciones, es también la que mejor enlaza a los diversos pueblos, siguiendo la suerte de su hombre, por muy extranjero que al tomarla lo fuese, pues vive ella en la base de nuestro linaje. Es la sabina que se deja robar por el romano. Levanta hogar, la única patria chica estable, sobre las patrias todas, y une la familia natural a la gran familia humana, sobrenatural, guiada por su sentido de la realidad concreta, libre de elucubraciones y de eso que llamamos *opiniones,* que son cosa de hombres. De sus ojos fluye hálito para el combate por la vida, y para las heridas que en ésta se cobran, hay en el reclinatorio de sus brazos bálsamo. Aquí marchó siempre en los caminos de la vida a la vera de su hombre, con su mano en el hombro de éste, apenas dejando adivinar, si apoyándose o empujándole con dulzura; aquí

haya al lado de su marido, y de ella dijo Tirso de Molina, cantando a nuestra Vizcaya, que

*Si su aspereza tosca no cultiva*
*aranzadas a Baco, haces a Ceres,*
*es porque Venus huya, que lasciva*
*hipoteca en sus frutos sus placeres;*
*la encina hercúlea, no la blanda oliva,*
*teje coronas para sus mujeres,*
*que aunque diversas en el sexo y nombres,*
*en guerra y paz se igualan con sus hombres*

*Final.*—Pensad, pues, en la vida, que todo lo allana.

Y ahora, al terminar este acto de los primeros Juegos Florales de Bilbao, saludemos a las castas y regiones todas que componen la común patria histórica, España, y a los pueblos todos que en ambos mundos, en robusto romance castellano, sus pensamientos encarnan; hagamos votos porque este nuestro pueblo vasco, vertido en la gran raza histórica de lengua española, raza en vías de formación, sea mañana en ella fermento que a la máxima familia humana, suprema y una, la levante, y pidamos que el arte guíe a la industria y al comercio a la conquista de la sociedad futura, en que, comulgando todos los hombres en un solo espíritu, sean común la tierra, el trabajo libre, la ley interna, la paz perpetua, la fe pura y la vida obra de amor, bajo un cielo ideal, de verdad, de bondad y de belleza.

He dicho.

(Texto publicado en la *Revista Contemporánea.* Madrid, 1901, XXVII, páginas 341-357, núm. de 15 de setiembre, y anteriormente en *El Noticiero Bilbaíno* y en *El Liberal,* de Bilbao, 27-VIII-1901.)

## UN COMENTARIO DE RAMIRO DE MAEZTU SOBRE EL DISCURSO DE UNAMUNO

*Largo tiempo durarán en Vizcaya los comentarios al discurso de Unamuno, y en España, las discusiones que provoquen los primeros Juegos Florales de Bilbao. El discurso, como la grave encina castellana, inmoble al viento, de que hablaba el autor, resistirá a cuantos embates le dirijan prejuicios fustigados y envidias mal ocultas. Los Juegos Florales habrán servido para atestiguar la capacidad en Bilbao de odiar y de querer, de sentir ideales y hasta de sacrificarse por ellos. Y esto es envidiable y respetable en país que perece de atonía.*

*Es respetable. De los mismos bizcaitarras que a todo trance pretendían impedir que acabase Unamuno de leer su discurso, podrá decirse que es estrecho su estómago intelectual, acostumbrado a recibir papilla, y que por eso rechazaron el discurso, alimento sobrado fuerte para sus facultades digestivas. Podrá uno insultarles, escarnecerles, venirse a las manos, como ya sucedió anoche en el teatro de Bilbao. Se nos crispan los nervios al oírles negar al hombre que más honra a Vizcaya; se nos congestionaba el cráneo cuando le gritaban: ¡a Salamanca, a Salamanca!*

*¡Como si la fama de Unamuno necesitara para nada de la Universidad, como si su nombre no hubiese tras-*

*pasado Pirineos y mares para hacerse glorioso en Buenos Aires, en Méjico, en Francia, en Italia, en Alemania, en Europa y en América! A esas gentes ya se les ensanchará el estómago: es latigazo de los que no se olvidan; el discurso se hará camino lentamente, llegará día en que lo entiendan todos, y entonces, los que anoche pretendieron abatir la encina, se postrarán bajo sus ramas. Tratémosles, entre tanto, como a chicos que hay que educar a latigazos; nadie se alarme; las naciones más adelantadas establecen en las escuelas los castigos corporales. Castiguémosles con dureza y con amor, como a chicos, ¡con amor!... ¿por qué no? Entre ellos y nosotros hay algo de común: la sinceridad, la buena fe y el entusiasmo. ¿No son éstas las rocas donde se asienta toda nobleza espiritual?... En el griterío de muchos bizcaitarras veíamos primera materia susceptible de transformarse. Los que ayer gritaban seguirán gritando dentro de unos años; gritarán: ¡viva Unamuno!... He ahí todo.*

*Lo que en el fondo indigna es oír a ciertos vascongados tachar de inoportuno el discurso. "¡Que hubiera escogido otra materia!" —dicen algunas gentes—. ¿Pero de qué iba a hablar Unamuno en los primeros Juegos Florales de Bilbao, sino de las cuestiones que más preocupan al alma vascongada?... ¿De las enaguas y puntillas de las damas?... Cuando un hombre se llama Unamuno, no tiene derecho a convertirse en revistero de salones. ¡Los oportunos! ¡Los discretos!... De esta gente sí que no pueden esperar cosa alguna los bizcaitarras —ni nosotros.*

*Y, sin embargo, los bizcaitarras son sus hijos, aunque parezca paradoja. Anoche, mientras el abogado burgalés señor Vega de la Iglesia, iniciador de los Juegos Florales, pronunciaba un discurso cantando las excelencias consabidas del noble solar, el árbol, las veneradas tradiciones, etc., etc., pensábamos en que hubo tiempo en que todos los diarios de Bilbao,*

El Noticiero, El Porvenir Vascongado, El Nervión, La República, El Diario de Bilbao, El Vasco y La Cantabria *eran dirigidos por periodistas de fuera del país. El artículo de fondo decía, cualesquiera que fuese la índole del periódico, las mismas cosas del señor Vega de la Iglesia; era una adulación incesante, un día y otro, años enteros, lo que leía la gente, repetido en las conversaciones particulares. Así se fué formando la bola de nieve. "Cuando lo reconocen los de fuera, ¡nuestro mérito debe ser extraordinario!" —pensaron los lectores de periódicos que nunca leyeron otra cosa—, y aquel día apareció el bizcaitarrismo, que sólo es en el fondo —no en el fondo, que no le tiene—, que es sólo una hinchazón de vanidad y de ignorancia.*

*De entre esta atmósfera de perfumes baratos resucitó anoche el verdadero espíritu vasco, el noble, el fuerte, el sincero, el que lleva las ideas hasta el fin, por boca de un vizcaíno que suele enorgullecerse de sus treinta y dos apellidos vascongados. Nada diré del discurso de Unamuno, que a estas horas habrá recorrido triunfalmente el perímetro de la prensa. Lo que no se conoce fuera de Bilbao es el tono en que fué leído. Habló Unamuno como él sólo puede hacerlo en Vizcaya, de arriba abajo, como maestro que explica y predicador que persuade. Era encalmada y grave su palabra, sin enfatismos ni fuegos de artificio, sobria, precisa, matemática. Cuando el griterío le impuso silencio, Unamuno se sentaba, con las piernas abiertas, las cuartillas en la mano y los ojos orgullosos fijos en las alturas, donde se libraba la batalla. Aplaudíamos entonces los amigos de su sinceridad, y Unamuno volvía a levantarse, sin neurosismos ni precipitaciones. Acallaban su voz los gritos, y nuevos aplausos le hacían levantarse. Así cinco veces, hasta que sus amigos, apoyados por las simpatías del auditorio, lograron apagar el vocerío, y prosiguió la lectura con palabra*

*inmutable, recalcando las sílabas, hasta el fin del discurso.*

*Y ahora, ahí queda eso. Largo tiempo se hablará en Bilbao de sus primeros Juegos Florales. Largo tiempo se hablará en España del vizcaíno que ha dado la nota española más valiente en estos tristes tiempos de fraccionamientos y desgracias. Yo tengo para mí que empieza en Unamuno la historia intelectual de Vizcaya, y bendigo a la suerte que me ha permitido asistir a los dos faustos acontecimientos con que nuestra patria ha forzado las puertas del siglo nuevo: el ensayo general de* Electra *y el discurso de don Miguel de Unamuno.*

Bilbao, 27 agosto 1901.

RAMIRO DE MAEZTU.

(*El Imparcial.* Madrid, 30-VIII-1901.)

# EL BIZKAITARRISMO Y EL VASCUENCE

## I

Los efectos de mi discurso en los Juegos Florales de Bilbao han probado cuán pertinente fué aquél y cómo es la verdad tanto más oportuna cuanto menos la creen tal los oportunistas. Porque las cosas deben decirse cuando produzcan más efecto y donde le produzcan mayor. Se me ha dicho que llevé la guerra a donde se estaba en paz, y nada hay más falso. No es la paz guerra latente. Era y es preciso agitar el bizkaitarrismo y ponerle en tensión, obligándole a vivir vida agitada e intensa, pues cuanto más tirante viva, antes se le acabará la cuerda; lo peor es dejarlo que se duerma y prolongue así una vida latente. Por eso, más que por desuso, ha de gastarse con contradicciones y no con complacencias ni fingidos desdenes.

Ni es cierto que no sea el bizkaitarrismo más que una manía de cuatro extraviados, sino antes bien, una planta de más extensas y más profundas raíces de lo que se cree. En el mero hecho de calificar sus doctrinas de "exageraciones", como ocurre en mi país, delátase ya que están de ellas tocados, en mayor o menor grado, los que así las califican. Torpeza grande es querer ocultar la realidad de las cosas negando los problemas que nos plantea, cobardía moral que nos tiene

atascados en la senda del progreso, con riesgo de que nos atropellen los que corren más de prisa que nosotros.

Quise en mi discurso enaltecer y dignificar a mi pueblo vasco, diciéndole cuál creo ser su más alto y más noble destino, y se empeñan en tomarlo al revés no pocos de mis paisanos. De los que aparecen protestando, estoy seguro de que los más ni lo han leído; los restantes no lo entienden en su mayoría o no quieren entenderlo. Les dejo gritar en coro, esperando ocasión de volver a hablar solo. Tócame, pues, ahora, haciendo caso omiso de inarticuladas protestas, remachar el clavo de mis afirmaciones de entonces.

No he de lamentar la falta de sentido ático, falta tan común en España, de aquel espíritu de siempre abierta curiosidad y de fecunda tolerancia que oye y escucha con calma las más opuestas doctrinas y las recibe y las medita.

El dogmatismo es uno de los vicios que más difícilmente desarraigamos de nuestro espíritu colectivo, y somos los vascongados, en este como en otros aspectos, archi-españoles, "el alcaloide del castellano", como decía en cierta ocasión un catalán. No he de lamentar esto, pero sí me apenan los entusiasmos y las energías malgastadas en perseguir fantasmas. Porque quien conoce la vitalidad, la sinceridad, la frescura que hay en la mayor parte de esta juventud vasca desorientada por los estériles campos del bizkaitarrismo y aledaños, no puede menos que lamentarse de la pérdida enorme que esto representa. Lo más de la fuerza material que nuestra España atesora está en saltos y desniveles de agua por encauzar y aprovechar, y lo mismo ocurre con su fuerza espiritual. En perniciosos razonamientos se consume sin provecho alguno. Siempre que pienso en nuestras desastrosas contiendas civiles no lamento ni las vidas ni los caudales que en ellas se perdieron, sino lo que hubiera

podido hacerse con aquellos impulsos y entusiasmos pacífica y razonablemente enderezados.

El bizkaitarrismo, como otros movimientos análogos, tiene una fe, basada en errores si se quiere, pero fe al fin y al cabo, y una fe sólo se cura con otra. Lo he dicho antes de ahora y lo repito: no mata el error, sino la mentira. Y hubiera sido en mí una mentira tácita el hablar en los primeros Juegos Florales de Bilbao, mi pueblo, y no decir nada del bizkaitarrismo, y no oponer a su fe otra fe, como hice, mi fe en el porvenir de mi propia casta vasca.

Es interesante el hecho de que la gritería, voz del sentimiento herido, estallara al exponer yo la suerte que le está inexorablemente y a corto plazo reservada al vascuence, y nuestro deber de no malgastar preciosas energías vitales en querer resistir al incoercible destino. No es menester, cuando menos, resignarnos al progreso, porque progreso es en este caso, para nosotros los vascos, el acabar de cambiar de lengua. Resignación al progreso, he aquí lo que hay que predicar a los más de los españoles, hasta que aprendan a amarlo y desearlo. Hora es ya de que dejemos de caminar de espaldas, cara al pasado. Nos es preciso razonar los sentimientos, si es que hemos de llegar a sentir las razones alguna vez.

Fué muy legítima la protesta del sentimiento herido en contra de lo que del vascuence dije; si no hubiera protestado, habríame formado triste idea del estado de mi pueblo.

Suponed un hombre criado por su madre, que adora en ella y en sus ojos se mira, y que al llegar a cierta edad viril se casa y tiene de su mujer hijos, y llegan a hacerse incompatibles madre y esposa, y tiene que dejar definitivamente a una de ellas. Ha de abandonar a su madre para vivir con su mujer, y se comprende el desgarrón del alma que esto ha de causarle. Tal es aquí el caso, porque el vascuence y el caste-

llano son incompatibles, dígase lo que se quiera, y si caben individuos no caben pueblos bilingües: es éste de la bilingualidad un estado transitorio. Legítima era la protesta de los que en vascuence aprendieron a rezar y a pedir pan; pero es el caso que los más de los que protestaban no lo hablan ni lo han hablado nunca, y en Bilbao ni se habla ni puede ya volverse a hablar vascuence. En Vizcaya son ya más los de lengua castellana; lo mismo ocurre en Navarra. En Alava, la inmensa mayoría no saben vascuence; ¿son por eso menos vascos? ¡Medrados estaríamos si estuviera ligado al idioma nuestro espíritu de raza!

Mas esto exige desarrollo más amplio, al que reservo otro artículo.

## II

"Sí, el vascuence se pierde, y se pierde sin remedio —me decía un amigo—, ya lo sabemos; pero lo dijiste de un modo..., como si te gozaras en su muerte próxima..., y sobre todo, aquello de que hay que enterrarlo..." "Pues qué, ¿lo vas a dejar insepulto?" le repliqué. Enterrar un idioma que se muere, y enterrarlo embalsamado en ciencia como dije, es recoger lo que de él queda, archivar sus formas, fijarlas por la escritura, estudiarlo. Y en vez de hacer esto, entreténense no pocos de mis paisanos, en absurdo empeño por resistir al incoercible proceso vital, en inventar una especie de valapük eusquérico que ellos solos lo entienden, o mejor dicho, tantos volapükes cuantos reformadores del vascuence salen. Así han creado una especie de lengua pseudo-literaria, engendro de gabinete, que no hay aldeano que la entienda. Algo parecido, aunque en mucho menor grado, me dicen que ocurre en Cataluña. Lo que sí veo es que

de la lengua de Verdaguer a la jerga, *parlá municipal,* o lo que sea de *La Veu de Catalunya,* que es un catalán que en tres semanas lo aprende un gaditano, va un mundo. Tal vez en la lengua de Verdaguer haría mala propaganda el catalanismo.

Muchas protestas se han publicado en contra de lo que del vascuence dije, y no he leído ninguna de ellas; pero en cambio guardo una carta de un insigne maestro, que no es vascongado por cierto, en que me pone reparos, preguntándose y preguntándome si ahora, en que en todas partes se robustecen los particularismos para resistir a la uniformización empobrecedora, convendrá sacrificar las lenguas regionales a un principio de unificación jacobina y abstracta. Acaso esas lenguas tengan todavía el oficio de corroborar y perfeccionar la personalidad de ciertos pueblos para que entren más ricos de contenido en el concierto universal y sea más compleja la integración futura. Puesta así la cuestión, es un interesante problema sociológico; pero el caso del vascuence es especialísimo.

Si me propusiera la cuestión general de la conveniencia o inconveniencia del mantenimiento de las lenguas regionales, no sé cómo la resolvería; probablemente la dejaría sin resolver después de examinar y analizar las caras todas del problema. Pero en el caso concreto del vascuence estoy profundamente convencido de que se pierde, y que se pierde de pronto y sin remedio, y por su índole misma, por ser un idioma inapto para la cultura moderna.

Dejo para otro lugar y ocasión el razonar con argumentos técnicos mi convicción de que el vascuence, por su índole misma, no puede acomodarse a la vida moderna, que Bilbao hablando vascuence es un contrasentido, que una obra de ciencia, de filosofía, de alta elucubración es imposible en vascuence. Es éste un idioma rural, sin tradición literaria, y el hacer

con sus materiales y valiéndose de su capacidad de formar derivados un idioma de cultura nos costaría muchísimo más esfuerzo que el adoptar el castellano nos ha costado. Además, esa labor puede hacerla mejor o peor un individuo o un grupo de ellos —sobre todo si son desocupados—, pero no un pueblo. El pueblo vasco ni conoce apenas los esfuerzos de esos eusquerizantes o vascófilos empeñados en resistir el proceso vital. Es más, ni aun puede apenas leer sus producciones, pues las escriben en una ortografía —o más bien en distintas ortografías— que no es aquella a que están acostumbrados los vascongados que saben leer. En esto tiene razón don Carmelo Echegaray al decir que lo práctico sería escribir el vascuence con la ortografía castellana, por ser aquella a que están acostumbrados los que, sabiendo vascuence, saben leer. Lo de escribir *Getso* por Guecho no deja de ser, además de un desatino fonético en lo de la *ts*, una puerilidad.

Podría sernos más o menos sensible la pérdida del vascuence, que se refugia en las montañas para morir más cerca del cielo, según decía muy poéticamente Campión, pero es que otra lengua se apodera de nuestra tierra. Es locura querer resistir con las viejas armas tradicionales, porque son propias y tradicionales, a los que con Mausers vienen; hay que adoptar su mismo armamento.

Muy acertado anduvo Cavia al comparar el vascuence con el arado de Triptolemo. ¿Vamos a querer competir con los demás pueblos en el mercado espiritual del mundo arando con nuestro viejo arado y ellos con los de vertedera? El vascuence es una curiosidad lingüística, pero llega a ser una inutilidad práctica; es un viejo pergamino nobiliario que no se cotiza ya. ¡Materialismo grosero! —gritará alguien—, a lo que no queda sino encogerse de hombros. Contesto repitiendo lo que dije en mi discurso: "no nos

apesadumbre que perezca su cuerpo, pues es para que mejor sobreviva su alma". Los materialistas son ellos.

Hay que tener además en cuenta que es el idioma vascuence un conjunto de dialectos que llegan a diferenciarse tanto, que para poder entenderse un vizcaíno y un navarro, verbigracia, les es más cómodo hablar en castellano. Una de las cosas que más apresurarán la difusión del castellano es el aumento de relaciones entre las distintas comarcas del país vascongado.

Mas ¿es que en esas protestas en contra de la verdad acerca del vascuence, verdad por todos allí sabida, no hay más que la queja del sentimiento herido? Por debajo de esos esfuerzos por la conservación de una lengua que se muere sin remedio, y hasta por oponer diques a la difusión del idioma oficial, ¿no hay algo más que amor a lo tradicional y propio, a lo que con nuestra alma misma se hizo? Vamos a verlo.

("Los Lunes de *El Imparcial*".
Madrid, 30-IX, 7-X-1901.)

# MAS SOBRE LA LENGUA VASCA

Estando aquí en el país vasco, ¿de qué mejor podía hablaros sino de lo que a él se refiere?

Este mi pueblo, ya lo sabéis, ha solicitado siempre la atención de los estudiosos de etnología y lingüística. Sus instituciones políticas de una parte, pero de otra y sobre todo su antiquísima lengua, han sido objeto de numerosas inquisiciones. La mayor parte, hay que confesarlo, fantásticas y sin base científica. Con razón dijo Ampère que el vascuence ha compartido con el celta el privilegio de hacer decir a su respecto toda clase de extravagancias. Y esto sigue; sobre todo aquí, en el país.

Hay en el respecto de la lengua vasca o eusquera dos aspectos, el uno práctico y el otro teórico o especulativo. En el aspecto práctico, cada día que pasa me confirmo más en lo que expuse, en medio de protestas de desaconsejados y prevenidos, hace ya cinco años en este mismo Bilbao, y es que el vascuence desaparece rápidamente y, además, que a nosotros los vascos nos conviene que desaparezca. Para la moderna lucha por la cultura necesitamos una lengua de cultura, y el eusquera no lo es. Es un instrumento complicado y embarazoso; su caudal léxico en uso corriente es, como no puede menos de ser, muy limitado. Cierto es que un idioma rico en sufijos y formas de designación, como es el vascuence, puede

creerse que es fácil formar un léxico adaptado a las necesidades de la cultura moderna; pero ello no pasaría de ser labor de gabinete, en que no se lograría sino una especie de esperanto o volapük a base de eusquera. Es mucho más fácil tomar una lengua de cultura ya hecha que hacer una con propios materiales, sobre todo para el pueblo. Es cuestión de economía, de esfuerzo y de tiempo.

En el aspecto teórico o especulativo, el estudio del eusquera es uno de los estudios más interesantes, y conviene, sin duda, recogerlo antes de que desaparezca del todo; y si ha de morir, como es claro, embalsamar su ciencia, su cadáver. Desgraciadamente. para cada trabajo serio y realmente científico que sobre el vascuence se publica, pululan las fantasías arbitrarias y disparatadas. Sobre todo, cuando son hijos del país los que las hacen.

Es muy difícil que un vasco haga un trabajo fundamentalmente científico sobre el vascuence. Al interés y hasta pasión suprema por la verdad sobrepónese en él el sentimiento patriótico y toda una serie de prejuicios y preconceptos que referentes al eusquera vienen rodando desde los primeros vascos qne se dedicaron a su estudio. Los trabajos de Larramendi, Astarloa, Erro, Moguel, etc., etc., tienen valor en cuanto aportan datos; mas así que se meten en lo que se llamaba en un tiempo filosofía del lenguaje, no puede hacérseles caso. Y aquí hay muchos que siguen esa turbia tradición. Lo cual equivale a investigar un punto de química siguiendo la tradición de los alquimistas y sin enterarse de cuanto en esa ciencia se ha hecho desde Lavoisier acá.

Quien teniendo conocimientos lingüísticos y habiéndose sometido con regularidad y método al estudio de la fonética estrictamente científica quiera pasar un rato divertido, no tiene sino echar la vista por las obras que sobre el vascuence escriben los vascos

—con muy raras excepciones— cuando en ellas se salen de recopilar y ordenar datos.

El pecado original de estos trabajos suele ser que van a tiro hecho, que son trabajos *ad probandum*, enderezados a demostrar una tesis previa y conducidos no con método científico, sino con método abogadesco o jesuítico. Porque los vascos solemos mostrar aptitudes bastante notables para la sofistería abogadesca, unidas a una rara terquedad.

Los más de mis paisanos que se dedican a la apología del eusquera ven excelencias de este idioma precisamente en donde una persona que conozca el proceso que han seguido las lenguas de cultura vería su deficiencia. Admiran la complejidad del verbo vascongado, y, sin embargo, el inglés, cuyo verbo es acaso el más sencillo, dice en su lengua todo lo que el vascongado en la suya, y lo dice con tanta fuerza y expresividad. En castellano, verbigracia, mediante pronombres —"me, te, se, lo, la, nos", etc.— que pueden combinarse entre sí, como en "me lo dijo, me los dió", etc., se expresa lo que en el vascuence requiere una forma para cada combinación. Así en castellano se dice "te he visto" y "te lo he visto", y en vascuence, *ikusi zaitut* e *ikusi dentsut,* embebiendo en la flexión verbal el régimen directo y el indirecto. Y es natural que el progreso consista en tener unos pocos elementos con cuyas combinaciones, que pueden ser binarias, ternarias, etc., se obtengan todas las formas de expresión.

Todo esto es sencillo y llano, pero en este mi país no cabe que un hijo de él, como yo, lo diga sin que al punto se le vengan encima tratándole de mal vasco, de hijo espúrio, de descastado y no sé de cuántas cosazas más que a mí me han dicho. Los pueblos quieren que los adulen y aborrecen la verdad cuando ésta no fomenta sus vanidades. Y una de las vanidades más infantiles y más baratas es la de poseer un idio-

ma extraño y en ciertos respectos misterioso. "Nuestra lengua —me decía un día un paisano mío— es la desesperación de los sabios"; y le contesté: no tanto; son muchísimas más las lenguas irreductibles hasta hoy a grupos más amplios; pero, en todo caso, no sé que deba envanecer a nadie el tener algo que por su rareza solicita la atención de los estudiosos, pues así podría un enfermo estar orgulloso de poseer un tumor sobre cuya naturaleza no acabaran de ponerse de acuerdo los patólogos.

El anfioxus es un pez muy estudiado por decirse que es una especie de tránsito entre los vertebrados y los invertebrados; si el pececillo lo supiera, ¡qué orondo e hinchado se pondría!

Por otra parte, los estudios lingüísticos, etnográficos e históricos están envenenados aquí por la intención apologética y abogadesca que más o menos los guía. Y esto suele agravarse a las veces cuando el hijo del país que los cultiva posee conocimientos científicos sólidos, si es que no pone ante todo, contra todo y sobre todo el amor a la verdad, y a la verdad entera, sin restricciones ni reticencias. La manera más terrible de faltar a la verdad es no dando sino verdades parciales. Desde el momento en que un investigador diga de algo que no debe decirse o profese el principio de que hay cosas que se deben callar, sus investigaciones están envenenadas todas. No es un hombre de ciencia, no es más que un abogado. Y en ciencia lo peor que se puede ser es abogado.

En la mayor parte de mis paisanos, sin embargo, esa indignación con que acogen la verdad serena y tranquila es muy natural y muy sincera.

Los vascos tenemos una grandísima propensión al ortodoxismo, sea de una, sea de otra doctrina; el sentido dogmático es en nosotros mucho más fuerte que el sentido crítico. Esto tiene indudablemente sus ventajas, porque vale más que un pueblo peque por

fe que no por duda; pero esto tiene gravísimos inconvenientes.

Aquí, en mi país, país tradicionalista, puede muy bien decirse lo que en Inglaterra, país tradicionalista también, decía Bagehot, y es que para condenar un inglés una doctrina la frase más contundente es ésta: ¡en mi vida he oído semejante cosa! Así pasa aquí; lo que se ha oído poco o no se ha oído nunca se estima absurdo. Y en punto a la lengua, a la historia y a las instituciones políticas, desde que abrimos los oídos a la comprensión de la palabra humana estamos oyendo las mismas cosas, insistentemente repetidas. Para muchos paisanos míos, negar que el vascuence sea una lengua riquísima, armoniosísima, filosófica —¿qué será esto de ser filosófica una lengua?— y madre de qué sé yo cuántos idiomas es negar que la tierra gira en torno del sol y no éste en torno de aquélla. Ni de una ni de otra cosa conocen prueba alguna; ambas afirmaciones las han recogido de autoridad, y a todo raciocinio oponen la autoridad. "Va este señor a saber más que Fulano y Merengano y Perengano"...; y aquí sueltan una retahila de nombres. Es el argumento genuinamente católico; es la lógica jesuítica, que cuenta y no pesa las autoridades.

Cuando hay que ver operar al abogado lingüístico del vascuence es cuando lo compara con otro idioma cualquiera. De ordinario no conoce el idioma con que la compara. Hay aquí un cura vascófilo, eusquerólogo o como se quiera llamarle, que dió en un tiempo en querer derivar el léxico latino del vascongado, y era sorprendente la ignorancia de la filología latina de que daba muestra. ¡Claro está!, como que apenas conocía sino el miserable latín que se enseña en los seminarios. Se encontraba con un vocablo vascongado que tenía analogía con otro latino, verbigracia, *akullu*, la pértiga o aguijón para los bueyes, y la voz latina *aculeus*, de que aquélla otra deriva, pues había

que sacar el latín del vascuence. Y demostraba una profundísima ignorancia del latín al desconocer la raíz latina —de que tenemos derivados como "agudo", etc.— de que *aculeus* proviene y el sufijo que en ella entra. Y así en todo. Es un principio de lógica la más elemental el de que debe buscarse el origen de un término geográfico, pongo por caso, en alguna de las lenguas que, por tradición histórica, se sepa haberse hablado en aquel país, y cuando así no se logre resultado, conviene dejar abierta la cuestión. Si queremos saber el origen de las voces Galia, Galicia, Galaico, etc., es natural que se acuda ante todo a la lengua céltica; derivarlos del vascuence no pasa de ser una ingeniosidad sin saber alguno científico. Tanto valdría querer sacar del vascuence los nombres de Calcuta, Benarés o Golconda, y hasta aquí son capaces de llegar. Y menos mal que no se les ocurre derivar del vascuence el quechua, el guaraní o el azteca.

Con todo lo cual no haríamos sino ponernos en ridículo si los hombres de formación estrictamente científica se dignaran en parar mientes en esas fantasmagorías.

Y si los hijos del país, de los vascos que sobre el vascuence discuten con pretensiones de filosofía lingüística, pasamos a los de fuera, ¿qué otras cosas no encontramos? Los de aquí suelen resentirse de ineducación científica, y los de fuera, de muy imperfecta información de hechos. Los unos no saben lingüística y los otros no saben vascuence. Y cuando lo saben y saben lo que se traen entre manos, suelen ser recibidos aquí sus trabajos con cierto recelo. Hay, en el fondo, una profunda desconfianza de la ciencia. Los espíritus dogmáticos, y los nuestros, los de los vascos, lo son, temen la ciencia, que es crítica. Publica ahora don Julio de Urquijo, un bilbaíno residente en San Juan de Luz, una *Revista Internacional de los Estu-*

*dios Vascos*, que es una de las pocas cosas serias y con propósito realmente científico que aquí se han hecho, y he oído a alguien —bizkaitarra, por supuesto— hablar de ella con cierta hostilidad. "Se ha metido ahi un alemán...", me decía, refiriéndose a Hugo Schuchardt, que es, sin duda, un hombre de sólida formación como filólogo.

Ya os lo he dicho en otra correspondencia desde este mi admirable país natal; que aquí hace falta un trabajo de intensa cultura crítica, una labor que temple y neutralice en cierta medida la disposición dogmática de este pueblo tradicionalista. A un pueblo de espíritu enérgico y lleno de fe, como es este mío, el mayor beneficio que le trae el quebrantarle la confianza en sus tradiciones es obligarle a crearse otras más en consecuencia con las necesidades de la época.

A medida que este pueblo vasco va perdiendo su lengua milenaria, va buscando el modo de verter en el castellano —o en el francés del lado de allá del Pirineo— la peculiaridad de su espíritu, y día llegará que se reconozca en los escritores vascos en lengua castellana una cierta comunidad de estilo y tono. A este respecto, pocas cosas más instructivas que el estudio del estilo que en lengua castellana, que era la lengua en que pensaba y que aprendió en la cuna, distinguía a Sabino Arana, el fundador del nacionalismo vasco. Alguna vez he dicho aquí que el poeta nacional de Escocia, el que simboliza mejor su alma, es Burns, que escribió sus cantos, no en la vieja y agonizante lengua céltica de los *highlanders*, sino en un dialecto escocés de tal lengua inglesa, en un modo especial de hablar el idioma de Makespense.

Y de la misma manera que con la lengua sucederá con la religión. El día en que a este pueblo profundamente religioso, como todos los pueblos que toman en serio la vida, se le quebrante su fe en la Iglesia

católica, modelará su cristianismo radical con vigorosa espontaneidad propia.

Los pueblos más tradicionalistas son los más capaces de seguro y duradero progreso, pues son los más capaces de hacer del progreso tradición. He aquí por qué he puesto siempre tantas esperanzas para el porvenir de España en la virtud y la energía de este mi pueblo vasco, al que debo por mi parte todo lo que soy.

Bilbao, setiembre 1907.

(*La Nación*. Buenos Aires, 26-X-1907.)

## MI RAZA

Durante siglos vivió en silencio histórico, en las profundidades de la subhistoria, hablando en lengua milenaria. Vivió en sus montañas de robles, hayas, olmos y nogales, tapizadas de helechos, árgoma y brezo, oyendo bramar al océano que contra ellas rompe y viendo sonreír al sol tras de la lluvia lenta y terca, entre los jirones de las nubes. Las montañas verdes y el encrespado mar Cantábrico son los que nos han hecho.

Entramos tarde en la cultura, y entramos en ella con todo el vigor de la juventud y con toda la cautela de una juventud tan lentamente laborada, con timidez, bajo la audacia misma. Porque el vasco, por arriesgado que sea, es en el fondo tímido ante los hombres. El más valeroso marino vasco que haya afrontado el peligro supremo con serena calma; el más fuerte luchador contra los elementos que salga de mi raza, la de Elcano, el primero que dió la vuelta al mundo, encuéntrase en sociedad cohibido. Juan Arzadun, un vasco típico, un bermeano que conoce a aquellos hijos del mar, nos habla en uno de sus admirables relatos del aldeano vasco, lleno de insuperable timidez y sonriendo siempre, fuerte y bonachón, como un hércules adolescente.

Reconcentrado y tímido, no pocas veces taciturno,

siempre serio, "corto en palabras, pero en obras largo", como dijo Tirso de Molina.

Hasta nuestras palabras suelen ser acción, y confío en Dios en que cuando se nos rompan por completo los labios y hagamos oír nuestra voz en la literatura española será nuestro pensamiento activo, corto en retórica, pero en enjundia largo.

*The English are a dumb people. They can do great acts, but not describe them.* Esto decía Carlyle de su raza; y esto puedo decir yo de la mía: el pueblo vasco es un país mudo; puede llevar a cabo grandes hechos, pero no narrarlos. Y así, como Carlyle añadía en su poema épico el de los ingleses está escrito en la superficie de la tierra, así añado que más modesta y difusamente, más en silencio, el de los vascos está en el trabajo paciente; ahí en América, más que en otra parte alguna.

Es, ante todo, mi raza una raza ágil más que maciza, de activa y silenciosa inteligencia. *Il saute come un basque,* salta como un vasco, se dice proverbialmente en Francia. Basta fijarse en nuestros juegos típicos, en la pelota.

He dicho que la inteligencia misma de mi raza es activa, práctica, enérgica, con la energía del taciturno. No ha dado hasta hoy, al menos, grandes pensadores, pero sí grandes obradores, y obrar es un modo, el más completo, de pensar. Apenas un escritor o un poeta de vuelos como no sea poeta en actos. Débese en gran parte a la dificultad de la lengua, pero débese más aún a la poca potencia imaginativa. Tiene el vasco sentimiento, y sentimiento hondo; pero de ese sentimiento difuso que no se deja encerrar en imágenes definitivas, savia que resiste la presión de la célula, sentimiendo, por decirlo así, protoplasmático. Estalla en la música, que es lo menos ligado a empobrecedoras concreciones. Coged las letras de Iparraguirre, hacedlas traducir y os resultará lo más

vulgar y pedestre. Y, sin embargo, oíd cantar "extiende y propaga tu fruto por el mundo, mientras te adoramos, árbol santo", y como en un mar se balanceará en sus notas robustas vuestro corazón, acomodando a ellas sus latidos. Y es que letra y música se concibieron en uno como formas de la misma realidad.

Puede decirse que eso que aquí se llama ingenio ha sido concedido con avara parquedad a mi raza. No somos ingeniosos.

Un carácter rudo y pacientemente impetuoso, no pocas veces autoritario. De las rudezas dan buenas muestras las atrocidades que de los turbulentos banderizos de fines de nuestra Edad Media nos cuenta el viejo Lope García de Salazar, en el *Libro de las buenas andanzas e fortunas,* aquellas sombrías luchas de los de Butrón contra los de Zamudio, los de Zamudio contra los de Zariaga y Martiartu, narradas con fúnebre monotonía por el viejo cronista mientras estaba preso por sus hijos en la su torre de Saint Martin de Muñatones.

Y autoritarios, sí, autoritarios, a la vez que de espíritu independiente. Para mandar, salvar o regir a frailes, para colonizadores o priores, ni hechos de encargo, pintiparados; allí donde hace falta una energía un poco ruda y procedimientos rectilíneos, pero torpes, para gobernar ya hechos, donde haya que concentrar voluntades y templar gaitas, donde se requiera flexibilidad ante todo.

Y por su parte, cuando le toca ser subordinado, el vasco obedece, pero no cumple —según la frase consagrada—; no dice que no, pero hace la suya.

Porque a tercos sí que no nos gana nadie. *Viscaino burro,* suele decirse, aludiendo a nuestra testarudez, que tal vez llegue a ser muchas veces en nosotros un vicio, pero que es, sin duda, de ordinario, nuestra virtud capital. Testarudos, sí, testarudos, es decir,

tenaces. Si no entra de otro modo el clavo, lo meteremos a cabezadas. Pero nos hemos de salir con la nuestra. Toda la afabilidad que se quiera, pero a hacer la suya, el vasco.

Una vez que hemos acariciado en silencio algún propósito, ni oímos ni atendemos mucho.

Yo mismo me he propuesto, ante todo, conseguir respeto a la individualidad, aquí tan raro, que no se empeñen en cogerme y contarme los artejos y examinarme las antenas, y ponerme la etiqueta y clavarme un alfiler por el coselete para colocarme en una casilla de su caja entomológica, ni aguantar mote ni *-ista* alguno, sino que reconozcan que yo, como todo hombre, constituyo especie espiritual única, y no quiero someterme a sus clasificaciones dicotómicas. Y por terquedad no ha de quedar. Dejo decir y sigo mi vereda.

"Los vizcaínos —suele decirme un amigo— no atienden ustedes a más razones que a las suyas propias; si se arruinan, serán solos, sin empacharse de consejos ajenos, pero sin culpar tampoco al prójimo por ello."

Por tercos, más que por otra cosa, hemos sostenido dos guerras en lo que va de siglo, porque nos parecía que marcha demasiado de prisa el progreso político, sin acomodarse al social, para ponerle a paso de buey, pero seguro.

Si hay algún hombre representativo de mi raza, como diría Emerson, es Iñigo de Loyola, el hidalgo guipuzcoano que fundó la Compañía de Jesús, el Caballero andante de Cristo, el hijo de la tenacidad paciente.

La Compañía, me decía no ha mucho un famoso ex jesuíta, no es castellana, como se ha dicho, ni española siquiera: es vascongada. Y vascongada es hasta en sus defectos. Es vascongada con su terquedad pacienzuda, en su espíritu, a la vez autoritario e in-

dependiente, en su horror a la ociosidad, en su pobreza de imaginación, en la fuerza para acomodarse a los más distintos ambientes, sin perder su individualidad propia. Y eso me lleva como de la mano a decir algo de lo que se ha llamado nuestro fanatismo.

Fué el pueblo vasco de los últimos en aceptar el cristianismo, pero lo abrazó con tal ahinco como retardo. Y hoy es un pueblo fanático, si se quiere, pero no supersticioso.

No es para nosotros la religión una especie de arte en que busquemos satisfacción a anhelos estéticos; es algo muy hondo y muy serio. No es extraño encontrar en nuestras montañas quienes vivan preocupados con el gran negocio de nuestra salvación, en un estado de espíritu genuinamente puritano, casi cuáquero.

Nuestro sentimiento religioso es hondamente individualista, no se satisface con pompas litúrgicas en que resuenen ecos paganos. Es por dentro un espíritu protestante, es el de un alma que se relaciona a solas y virilmente con su Dios, un Dios austero y viril. El calvinismo hugonote empezó a arraigar en el país vasco-francés; el primer libro impreso en vascuence fué la traducción del *Nuevo Testamento,* hecha en 1571 por Juan de Lizárraga, un hugonote vasco-francés, bajo los auspicios de Juana de Albret.

Mas, aparte de esto, en el fondo de la más rígida e incuestionable ortodoxia se descubre pronto en el espíritu religioso de mi raza un soplo antilatino. La misma Compañía de Jesús, que fundó nuestro paisano Loyola, para atajar la marcha del protestantismo, ¿no nació acaso, como todo movimiento que pretende oponerse a otro, en el seno mismo de éste, en relación de la unidad profunda, bajo su oposición superficial? Si luego se ha torcido, es otra cosa; es que el espíritu ignaciano ha muerto en la Compañía, que desfiguraba a su creador. Los ejercicios espirituales de

San Ignacio ¿no son acaso uno de los libros más gustados entre los protestantes?

Se habla de nuestro espíritu reaccionario, cuando debía llamársele retardatario. Queremos que se progrese, pero al paso de la naturaleza, con calma, acomodando lo político a lo social, no dando almendras al que no tiene muelas, ni sopas al niño de cinco días, como aquí se hace. En el fondo del carlismo hay un soplo socialista, vislumbre en que se ha ahogado la libertad social bajo la política. Pablo Iglesias me decía una vez que a nadie era más difícil de ganar al socialismo que al vascongado, pero una vez dentro de él, era de los convencidos y de los sólidos, sin impaciencias y precipitaciones, pero sin desmayos.

Sobre aquella base de austera y seria religiosidad, de activo recogimiento, se levanta la familia vasca bajo la autoridad del padre, el *eckeko jauna*, del amo de la casa.

Y junto a él, su mujer, que con él lava en la heredad, una mujer robusta, hecha a luchar. De soltera, con las tendidas trenzas sobre la espalda, lleva sobre su cabeza el cántaro o la herrada con anclada soltura, ágil y fuerte, con la gracia reposada del vigor, "asentándose en el suelo como un roble, aunque ágil además como una cabra; con la elegancia del fresno, la solidez de la encina y la plenitud del castaño..., amasada con leche de robusta vaca y luego de maíz soleado", como de ella he dicho en mi *Paz en la Guerra*. Y es ésta luego una mujer en quien la maternidad ahoga a la sexualidad.

Me han confirmado sacerdotes vascos, que por el confesonario lo saben, que los rarísimos casos de adulterio que en nuestras montañas ocurren se deben en gran parte al ansia de la mujer por tener un hijo, cuando el marido no se los da. Los desea y los nece-

sita; los hijos son su gloria y su sostén. Ya lo dijo Tirso de Molina:

*Si su esperanza tosca no cultiva*
*Aranzadas a Baco, hazas a Ceres,*
*Es porque Venus huya, que lasciva*
*Hipoteca en sus frutos sus placeres.*

Aquí, sin duda, observó bien dos hechos el buen mercedario, pero no acertó a relacionarlos. Mas, sin duda alguna, la tosca esperanza del suelo vascongado y el huraño encrespamiento del mar que lo bate son los que han moldeado el alma del pueblo que lo habita.

(En *Los Baskos en la nación argentina,* Buenos Aires, 1916, págs. 187-188. Reproducido en *Castillos y Leones*, Méjico, año I, número 5, 1.° de agosto de 1920.)

# EL PUEBLO VASCO EN LA HISTORIA

Si los pueblos sin historia son felices, felicísimos han sido los vascongados durante siglos y siglos. Esto, aunque no respondo de la literal exactitud de las palabras, pues cito de memoria, a falta de texto a la vista, esto escribió don Antonio Cánovas del Castillo en la "Introducción" que puso al libro *Los Vascongados; su país, su lengua y el príncipe L. L. Bonaparte* —el título es sobrado largo—, del ilustrísimo señor don Miguel Rodríguez-Ferrer.

Que el pueblo vascongado o vasco o euscalduna —todos menos ese grotesco disparate de Euzkadi, inventado recientemente por los forjadores de un desatinado esperanto a base de vascuence de gabinete— no ha tenido historia, y menos propia, durante siglos y siglos, y que en realidad ahora es cuando empieza a tenerla, parécenos evidente. Porque no es tener un pueblo historia el que un número de sus hijos —aquí Loyola, y Javier, y Garay, e Irala, y Legazpi, y Oquendo, y Zumalacárregui, y tantos y tantos más— contribuyan a la historia universal o a la de otros pueblos. Los grandes gestos de los grandes vascos se han desenvuelto en un palenque mucho más vasto y mucho más libre que el de su propia angosta y cerrada tierra. Los grandes vascos han tenido algo de napoleónico, ya que Napoleón no hizo historia en

Córcega. En Córcega se habría perdido para el mundo. Y para Córcega misma. No hay que fiar del Hampden de aldea, del "mudo e inglorioso Milton", del oscuro Cromwell, que pueden dormir, desconocidos de la Historia, en un humilde camposanto de aldea.

*Far from the madding crowd's ignoble strike,* lejos de la innoble lucha de la enloquecedora muchedumbre, y a lo que cantó en su inmortal Elegía *(Elegy written in a country church-yard)* Tomás Gray. Semejantes oscuros héroes locales sólo sirven para que se inmortalicen en la historia, haciéndola, elegías como la de Gray.

Que el pueblo vascongado apenas ha tenido historia propia, pese a lamentables leyendas, algunas de ellas fraguadas por falsificadores guiados de un falso patriotismo, parécenos evidente para todo vascongado que estudie con la pasión de la verdad a su propio pueblo. Pero que los pueblos sin historia sean felices no nos parece ya evidente. Esta es una doctrina jesuítica. El pueblo de las Reducciones del Paraguay, aquellos pobres guaraníes cuya vida pública era rito, no creemos que fuesen felices. Y hasta estaban corroídos por el tedio, que es la tisis del alma. La acedía de los conventos pasaba a la vida civil. Y es que sin guerra civil no puede vivir vida verdadera, histórica, pueblo alguno. Por mucho que se le ocupen las horas todas del día y los días todos del año con ejercicios lo más variados posibles —fiestas, certámenes, procesiones, etc., etc.—, no se libra del tedio, de la acedía, de la muerte civil y hasta de la despoblación. Los pueblos sin historia no son felices, como no es feliz una vaca que pasta en prado por rico y sustancioso que el pasto sea. La vaca está más acá de la dicha y de la desdicha, lo mismo que está más acá del bien y del mal. Como no han probado del heno prohibido, el de la ciencia del bien y del mal, no han entrado

en el progreso, y por tanto, tampoco en la historia. Y fuera de ésta no hay felicidad ni infelicidad.

Ni los pueblos, como los hombres, han venido a la vida a ser felices. El fin del hombre es, según la Iglesia Católica Apostólica Romana, servir a Dios en esta vida para después gozarle en la eterna. La felicidad queda, pues, relegada a ultratumba. Servir a Dios es luchar, y la lucha es felicidad. Es luchar con los demás y contra los demás, es luchar consigo mismo y contra sí mismos, es luchar con Dios y contra Dios. Sí, contra Dios, como luchó Jacob hasta que rayó el alba (Gen. XXXII, 24-32), con aquella lucha espiritual y amorosa entre el alma y Dios, para la conquista del reino de Este, de que nos habló largamente el belicoso místico franciscano fray Juan de los Angeles.

¡Desgraciado del hombre que no ha conocido la guerra intestina dentro de sí!, ¡que no ha conocido aquella lucha íntima de que habla el Apóstol! Y ¡desgraciado del pueblo que no conoce la guerra civil, la fecundísima guerra civil! Un pueblo no entra en la historia sino por la guerra civil.

Formóse en nuestra niñez y mocedad nuestro espíritu ahí, en esa bendita tierra vascongada, fecundada para su futura historia por dos guerras civiles, en plena guerra civil. Y así llegamos al alma de nuestro pueblo, así llegó el alma de nuestro pueblo a nosotros. ¡Benditos aquellos años del 72 al 76, que nos descubrieron lo mejor de nuestro pueblo, lo que le ha de hacer entrar de lleno en la historia!

Hoy, al observar que se quiere reducir a nuestros paisanos a una misión del antiguo Paraguay y adormecerlos con fiestas, y certámenes, y procesiones, y academias, y ritos, sentimos la añoranza de aquellas fecundas luchas. Y nos acordamos de Irlanda. Donde, si hay historia, no es por las reivindicaciones de los nacionalistas frente a Inglaterra y aun el Imperio

Británico, sino por la lucha fecundísima entre los nacionalistas y los unionistas, por el conflicto de la Irlanda católica, la misma que trata de galvanizar el viejo idioma céltico que agoniza, contra la ulsteriana.

Y aun dejando de lado cuál de los dos bandos lleva razón —aunque en este caso, ¿qué quiere decir *razón?*— o cuál de ellos representa la misión histórica de Irlanda —que más bien surge de su conflicto y de la síntesis de sus oposiciones—, lo cierto es que de ese conflicto brota su verdadera vida histórica. Sólo merced a una guerra civil, intestina, puede un pueblo conocer su misión y no merced a la victoria de uno o de otro de los dos bandos en lucha, sino merced a la lucha misma. La victoria en este caso es, como el dogma, la muerte de la historia para un pueblo. Todo dogma, toda ortodoxia no es más que estancamiento y muerte. Y el rito, la liturgia, no es sino una mortaja.

Lo que como vascongados más nos apena en el llamado nacionalismo vasco no es su doctrina íntima, no son sus dogmas, que en realidad apenas conocemos bien como algo concreto y claro, sino su afición a ritos y liturgias, banderas, fórmulas, etiquetas, leyendas falsas, jergas absurdas, todo, en fin, lo que aparta al espíritu de los eternos problemas de la historia. Dentro de Vasconia, si ésta llegara por increíble maravilla a constituir una nación independiente, presentaríanse los problemas todos, religiosos, civiles, culturales, económicos, que en toda la nación que quiera serlo, es decir, que quiera vivir en la historia, se presentan. Y esos problemas y no el meramente metódico o de procedimiento, de la descentralización o de la autonomía, o de la federación, o como quiera llamársele, son los que hay que suscitar.

El viejo eusquera agonizante empezó a balbucir literariamente, históricamente, en la traducción que de los Evangelios hizo el hugonote Juan de Lizárraga, y Vasconia se abrió luego, en el tránsito del siglo XVIII

al XIX, a cierta conciencia colectiva —siquiera en sus clases dirigentes— de un porvenir histórico merced al descubrimiento de la gran Revolución Francesa. ¿Acabará esta guerra sin que en esa nuestra querida tierra se vuelva a encender la lucha fecunda de los ideales del espíritu por encima de la embrutecedora obsesión del negocio? Lo del concierto económico, sea cual fuere su justicia, no es sino otro aspecto del negocio. Y no puede ser negocio ni esta vida ni la otra; no es negocio la historia.

No nos pronunciamos ahora y aquí —ahora y aquí, entiéndase bien— por ninguno de los dos bandos, pero sí afirmamos que sólo la herejía genérica, la que se rebela contra cualquier ortodoxia, puede salvar espiritualmente al pueblo vasco; sólo la herejía puede hacerle vivir en la historia, de ella y por ella. Vasconia no puede ser una misión del Paraguay, ni hay que esperar del vascuence galvanizado lo que del guaraní se esperaba en ellas.

*(Hermes.* Bilbao, 1918, II, núm. 26, páginas 153-155.)

# EL MEGATERIO REDIVIVO

Hablaba, una vez más, con un paisano mío de la cuestión del vascuence: surgió lo de la personalidad colectiva, y una vez más tuve que decirle que es precisamente para que se desarrolle y afirme la personalidad vasca, para que el pueblo vasco pueda desenvolver su carácter, para lo que es preciso que llegue a expresarse, es decir, a pensar en una lengua histórica y de cultura, que no lo ha sido ni lo es, ni menos puede llegar a serlo, el vascuence.

Pretender sujetar el alma de un pueblo que ha entrado en la Historia dentro de la armadura o dermatoesqueleto —como el de un cangrejo o una langosta—, algo así como en estado de larva perpetua, es como meterle a un niño de diez años en una rígida armadura de pies y cabeza y no quitársela ya. ¿Es posible que semejante niño llegase sano a la edad madura, si es que llegaba a ella?

Nótese, además, que el alma de un pueblo, como la de cada uno de los individuos que la componen, no es algo estático y fijo, no es una estatua de bronce, piedra o madera muerta, con su gesto, ademán y expresión fijados ya para siempre, sino algo que es vivo y cambiable. Y la tradición en ella es como el esqueleto u osamenta que debe estar dentro, bien cubierta por la carne, y no fuera, como en el cangrejo, oprimiendo esa carne. Y cuando deja de cambiar es que

el organismo ha llegado ya al colmo del desarrollo y empieza a declinar. La declinación, la decadencia de los seres vivos es un proceso de osificación, es decir, de tradicionalización. Y hasta hay pueblos, por culpa de su tradición, ¡ jorobados!

El alma vasca se ha revelado históricamente en castellano y en francés, lo mismo que el alma irlandesa en inglés, y no en el viejo idioma céltico, que agoniza en un rincón de Irlanda: el alma escocesa, también en inglés —en el de Burns y Walter Scott y tantos otros—, y el alma bretona, en francés —en el francés de Chateaubriand, de Lamennais, de Renan, de Brizeux, bretones más o menos puros los cuatro— y no en el viejo bretón céltico, que también agoniza. Y no le falta razón a Elie Faure cuando en su libro *La Sainte Face,* hablando de la *jandumidi —gent au midi,* gentes del mediodía (de Francia)— escribe: "Pagas el histrionismo de uno de tus poetas locales, al que dicen genial —lo que me guardo de contradecir porque no entiendo su patuá—, que intentó galvanizar a grandes golpes de diccionario una lengua en catalepsia y embalsamar a su provincia viva so pretexto de animarla. Pagas tu falta de memoria y tu falta de orgullo, porque Montaigne y Pascal, que habían mamado la lengua de oc, escribieron en francés, creo, en un tiempo en que la lengua de oc podía, sin embargo, ofrecer a su hambre otros huesos, otra leche, otros músculos que en los tiempos menos alejados de nosotros en que forjó patuá *(patoisa)* el bardo de chambergo, y entraron en la nueva ciudad con paso de conquistadores". Y dejemos lo del catalán, que es desgraciadamente otro problema.

Cuando yo le decía a mi amigo y paisano lo que del alma bretona se conoce, no por nadie que haya escrito en el viejo bretón bretonizante, sino por Brizeux y Renan y Lamennais y Chateaubriand y otros bre-

tones que en francés han escrito, me decía: "Pero no se sabe que son bretones". Sábese, sí, y muy bien. Por lo que a Brizeux hace, sus poemas en francés *María, Los Bretones, Historias poéticas*, de asunto bretón son, como son de asunto vascongado las más de las poesías y los cuentos de Trueba, y las novelas de Navarro Villoslada, y las de Arturo Campión, y muchas de Pío Baroja y de otros. Y en todo caso, si el temor es que no se sepa cuando escribimos los vascos que somos vascos los que escribimos, cabe un remedio, y es que al frente de todos nuestros escritos pongamos: "traducido del vascuence", y esto hasta cuando se olvide y pierda por completo, o que después de nuestras sendas firmas añadamos siempre: vasco. Con lo que se verá claro que no es el alma, sino el nombre, lo que tratamos de salvar.

Esto es lo trágico; que no es el alma colectiva, sino el nombre, nada más que el nombre, lo que se trata de salvar. Es una enorme y huera vanidad colectiva del pueblo que se cree noble en el sentido triste y pobre de los que tienen pergaminos de eso que se llama nobleza titular.

Ved si no esa inmensa ridiculez de escribir en español una novela o zarzuela con título en vascuence, o de clavetear de palabras eusquéricas un diálogo escrito en español, y que se supone traducido del vascuence. ¿Y qué diremos de esa grotesca y miserable ocurrencia de llamar *Euzkadi* a lo que en español se puede llamar Vasconia, en vascuence se llamó siempre Euscalerría y en ninguna lengua se llamó nunca Euzkadi? Terminacho espurio y disparatadísimo que, forjado con un sufijo —*adi*, que otras veces aparece *di* (Lizardi), *ti* (Aresti, Urresti), y otras *dia*—, que se encuentran en nombres de arboledas y cosas así, parece querer decir que los tales *euzkos* se tienen por árboles, no sabemos de qué clase. Es como si al pueblo

español le llamáramos la *españoleda*, al modo de *Pereda, robleda, manzaneda, sauceda, aliseda, fresneda*, etcétera. La cosa es salvar el nombre, y aunque para ello haya que matar el espíritu vasco, el de Legazpi y Urdaneta, el de Elcano, el de Garay e Irala, el de Pedro López de Ayala, el de Iñigo de Loyola y el del abate de Saint-Cyran, el de Francisco Javier, el de Zumalacárregui, el de Belsunce, el de Harispe, el de tantos otros, con esos despropósitos antihistóricos y ese empeño de dermatoesqueletizarnos en una coraza no ya medieval, sino troglodítica.

Y si eso fuera vivo... ¡Ah, si fuera vivo! ¡Qué renovación entonces! Porque lo más nuevo que se nos podría ofrecer hoy sería un mamut o un megaterio o un iguanodonte o un rinoceronte lanudo vivos, enteramente vivos, vivos y coleando. Junto a un megaterio vivo, ¿qué sería un tanque o un gotha? ¿Qué valdría un zepelín junto a un gigantesco saurio volante de los tiempos antediluvianos que se nos presentara en los aires? Indudablemente no habría novedad como un mamut vivo. El porvenir sería de él. ¡Y lo que se podía hacer con ello! ¡Lo que para la guerra podría servir una buena tropa de megaterios adiestrados!

Pues bien, resucitar un megaterio es más fácil que resucitar el vascuence como lengua histórica y de cultura. Lo que cabe es reconstruirlo como en un museo y embalsamarlo y conservarlo así. Como el sánscrito o el griego antiguo, o el zendo o el godo de Ulfilas.

¡El nombre! Ya no se defiende más que el nombre, aun a costa del alma. La preocupación mayor de los condenados del Infierno del Dante es lo que se dice de ellos en la tierra, y si se les recuerda, es el nombre.

Acaso en el mundo de ultratumba, en el cielo de la gloria eterna sobre el que vuelan enormes mons-

truos antediluvianos, y que es a modo de una Exposición Universal y Eterna, entre el pabellón de España y el de Francia, y no dentro de ninguno de ellos, habrá un pabelloncito que diga: *Euzkadi*. Y allí estará por siempre, con su ka y todo, ese pabelloncito en que los *euzkos* cantarán en vascuence eternas loas a Jaunkoikoa, que no a Dios, por los siglos de los siglos.

Y, en tanto, osifícase en tonterías tradicionalistas el antes siempre tan verde y flexible espíritu vasco.

(*Nuevo Mundo*. Madrid, 1-III-1918.)

# LA UNIFICACION DEL VASCUENCE

La lengua vasca, euscara e eusquera —no eúskara, esdrújulo y adjetivo—, llamada también vascuence —del adverbio latino *vasconice,* al modo vasco—, es un conjunto de dialectos y subdialectos. Y como a esta expresión de dialecto la quisquillosidad aldeana de ciertos pueblos se empeña en darle un tono despectivo, conviene advertir que por ella se indica un lenguaje meramente hablado, coloquial o conversacional, que no se usa ni en documentos públicos ni en literatura, un lenguaje que no es escrito, aunque no se conozca otro del cual derive. Asi, al decir que el vascuence de Marquina o de Azpeitia o de Huarte Araquil es un dialecto, no se quiere decir que derive de la lengua oficial de España, del español. Y dentro de éste, del español, hay dialectos.

Son dialectos las hablas que constituyen el eusquera o vascuence porque no han sido empleadas nunca, que se sepa, en la redacción de documentos públicos, ni casi privados, y puede decirse que carecen de literatura. En mi nativo país vasco, el que sabe leer y escribir es porque sabe español o francés, y no se dará un solo caso de individuo que no sabiendo nada más que vascuence lea y escriba en él.

nada tiene de popular. Es de origen muy moderno y, en general, de un carácter artificioso.

Fué la Reforma protestante la que dió el primer impulso a la literatura eusquérica. Juan de Lizárraga, el traductor del *Nuevo Testamento* al vascuence labortano, era un hugonote. Luego los jesuítas cultivaron la lengua vulgar del país, fieles a su sistema, el mismo que emplearon en las famosas Reducciones del Paraguay —que estaban las más en territorio de de la actual Argentina—. Los catecismos de doctrina cristiana se escribían en vascuence, pero no para que los niños los aprendiesen "leyéndolos", sino para que los curas se los enseñasen de viva voz. Porque no se debe perder de vista que el vascuence no ha sido letra escrita para el pueblo. También Borrow publicó en gitano español una traducción del Evangelio según Lucas, y, sin embargo, no sabemos de ningún legítimo y genuino gitano de España que lo haya leído.

La cultura vasca, lo que se llama cultura, se ha hecho o en español o en francés. En español escribió sus cartas y sus ejercicios Iñigo de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús, y en francés pensaba y escribía el abate de Saint-Cyran, fundador de Port-Royal, fortaleza del jansenismo. Y los dos, el caudillo del jesuitismo y el del jansenismo, que tanto se combatieron entre sí, eran vascos. ¿No tendremos acaso todos los vascos —y el que esto escribe lo es de pura casta y por los 64 costados— algo de jesuítas y algo de jansenistas en fecunda contradicción íntima?

La dialectalidad del vascuence, esto es, el hecho de no haber en él una forma literaria, de lengua escrita, única y valedera para todos los euscaldunes —los que hablan vascuence— ha hecho que los empeñados en resucitar a un moribundo piensen hoy en buscar esa lengua literaria. Y a ello obedece el *Informe de los señores académicos, A. Campión y*

*P. Broussain, a la Academia de la Lengua Vasca sobre unificación del Euskera,* folleto que nos proponemos comentar aquí brevemente. Dejando a un lado que ni Campión ni Broussain son apellidos vascos, vamos a fijarnos en un pequeño detalle, pero muy significativo. El folleto está escrito en español, no en vascuence, y sus autores son el uno español y el otro francés. Y en él se dice: "Recordemos los nombres de Hômeros, de Dante y de Luther..." En francés se escribe Luther, pero en español Lutero, y ni en francés ni en español ni en nada se escribe Hômeros, así, con una ô con acento circunflejo, que ni puede tenerlo, porque esa *o* en griego es breve, es omicrón y no omega. ¿Por qué, pues, eso? ¿Es pedantería? No; es peor que pedantería. Es grotesco y pueril empeño de no escribir en la norma española, en darle un aspecto exótico al vocablo. Ni se hace eso por amor al vascuence, sino por aversión, una aversión ridícula al español. ¡Y el señor Campión, que ha caído en esa ridícula puerilidad, es un excelentísimo escritor... en español! Como que es la lengua en que piensa y siente.

El informe, henchido de buena retórica sentimental, es una confirmación más de lo que hace años vengo diciendo a mis paisanos: que el vascuence se muere y se muere sin remedio. Los autores del folleto discuten si se ha de adoptar para lengua literaria vascongada uno de los ocho dialectos en que la dividen, o adoptar un noveno, "ajustando, adornando, pudiendo, perfeccionando, completando, acrecentando" los elementos formativos, dispersos en el habla literaria y rústica, puestos los ojos en el euskera (esta *k* es del *Informe,* no nuestra) ideal, pintado a las luces de la dialectología comparativa, como Dante los levantó al italiano de su imperial imaginación creadora.

Para éstos haría falta en nuestra tierra un Dante, pero un Dante vasco se habría formado pensando y

sintiendo en español o en francés. Ni un infierno, ni un purgatorio, ni un cielo modernos, civiles, europeos, se podría describir hoy en vascuence. Acaso un limbo... En vascuence no se puede pensar con universalidad. Y el pueblo vasco, cuando se eleva a la universalidad, lo hace en español o en francés. Hasta aquellos de nuestros paisanos que se dedican a relinchar contra España, a la que no conocen, tienen que hacerlo en español. Y algunos de ellos no conocen otra lengua. Lo que no quiere decir que la conozcan bien.

No hemos de entrar en la parte técnica del *Informe,* que resultaría vascuence para el lector. Sus autores comprenden toda la vanidad del esfuerzo de los euskeristas que manipulan el euskera cual si fuese un sujeto de laboratorio, *ánima vilis,* de bien intencionadas experiencias. Con lo que están forjando ese monstruoso esperanto aldeano que es la lengua (??) —¡lengua, no!, porque nadie la habla— "euzkadiana", un aborto archigrotesco. Y de lo de la buena intención de esas experiencias hay que dudar. Nunca es bien intencionado un esfuerzo que no guía el amor, sino el odio, o más bien la envidia y la vanidad aldeanas.

Los autores del *Informe* conocen y reconocen la pobreza del vascuence vivo para expresar los múltiples aspectos de la vida moderna; saben de sobra que no se podría explicar en vascuence ni química, ni física, ni psicología, ni... ciencia alguna. Saben de sobra que el vocabulario religioso o teológico y psicológico del vascuence es de origen latino. Y confiesan que la lengua unificada será una lengua artificial. Y nunca dejaría de serlo.

Y acaban: "La lengua vasca unificada y enriquecida es la lengua de lo porvenir, de no renegar los vascos vergonzosamente de sí mismos". ¡Pobres hombres! ¡Hombres de poca fe! El que esto escribe es vasco, vasco de origen por sus raíces todas, vasco de

nacimiento, vasco de educación; jamás ha renegado de su raza, lo tiene por la mayor acaso de sus ventajas y por eso lo expresa en español. Lo expresa en español, en la lengua en que escribió Iñigo de Loyola su carta a los padres y hermanos de la Compañía de Jesús, de Portugal, en la lengua con que Legazpi conquistó Filipinas; en la lengua con que Garay e Irala colonizaron la Argentina y el Paraguay; en la lengua en que Ercilla cantó *La Araucana;* la lengua en que han sido pensadas y escritas las leyes todas, antiguas y modernas, de las Provincias Vascongadas y Navarra, el Fuero del Señorío de Vizcaya, las Ordenanzas de Bilbao, célebres en la historia del derecho mercantil; la lengua en que... ¿a qué seguir? El mismo Sabino de Arana, el fundador del bizkaitarrismo, pensaba y sentía sus quimeras en español —de Albia—, que era su lengua natural, y que ha sido y es la lengua de la civilización vasca.

Y, entretanto, a los *sinnfeiners* de Irlanda no se les ocurre resucitar la vieja lengua céltica. Saben que si Irlanda se hace independiente será en inglés.

Salamanca, julio de 1920.

(*La Nación,* Buenos Aires, 16-IX-1920.)

# PUERILIDADES NACIONALISTAS

Un paisano mío, vasco como yo —aunque no sé si, como yo, ciento por ciento— me pide que le dé mi opinión acerca de la Acción Nacionalista Vasca para el órgano que ésta tiene en San Sebastián —que mi paisano la llama, como otros, Donostia—. Me dice que esa fracción del nacionalismo vasco es liberal y tolerante, que para ella no existe el maqueto —*maketo* escribe, como si esta palabra fuese de origen vasco—, que no sueña en necias superioridades raciales, sino que subordina su acción al hecho evidente de una nacionalidad lingüística y costumbrista (¡así!), además de histórica. Parece repugnar "el nacionalismo absolutista de la otra rama". Y como es éste un asunto de que pensaba yo tratar de nuevo hace tiempo, aprovecho la ocasión de la consulta y lo hago desde aquí para que llegue a más gente, y no sólo a la de mi país nativo.

Entre las buenas cualidades que revisten al espíritu colectivo de mi pueblo vasco es una de ellas, sin duda, la de cierta, no ya juventud, sino infancia. El vasco genuino tiene mucho de infantil. Pero con todo lo bueno y a la vez todo lo malo de esta cualidad. Que si es excelente para un pueblo primitivo, sin verdadera historia, ofrece no pocos riesgos cuando ese pueblo tiene que entrar en la vida de la civilización, en la vida política de un pueblo adulto.

Cuando he hablado más de una vez de la puerilidad que distingue al actual movimiento nacionalista vasco —de una o de otra rama—, alguien ha creído entender en ello un cierto dejo de desdén. Y no hay nada de esto. *Maxima debetur pueris reverentia:* "A los niños se les debe la mayor reverencia", o si se quiere, respeto —dice una sentencia latina—. Y yo a los niños —y sobre todo si son de mi propio pueblo, hermanos, los más prójimos míos— les rindo no ya respeto o reverencia, sino hondo cariño. Y hasta me hacen gracia sus travesuras. ¿Es que me voy a incomodar de que unos niños traviesos, para hombrear ante los veraneantes maquetos, vayan pregonando: "¡Semanario separatista!", con alborozo? Como me parece una inocentada que un gobernador haga multar un escrito en vascuence perfectamente inofensivo, por la sencilla razón de que no lo entienden ni los que lo leen —cuyo vascuence hablado no es un esperanto de laboratorio— ni acaso los que lo han escrito. Rindo, sí, respeto y hondo cariño a los niños de mi solar nativo; ¡ah!, cuando tratan de regir la vida adulta, entonces la cosa varía. Los menores de edad mental pueden hacer grandes cosas, pero no gobernar a un pueblo. Para la cual función, los menos aptos son los niños precoces. La minoridad de edad mental es desastrosa en esa función. Y no digamos nada del retraso mental. Sin contar con que los menores de edad mental suelen padecer ciertas pasiones. En todo nacionalismo comarcal su característica puerilidad suele llevar consigo, cuando degenera, el desarrollo de ciertas menudas y mezquinas pasioncillas que la educación trata de corregir en los niños.

Lo característico del actual movimiento nacionalista es que sea, sobre todo, litúrgico, folklórico, deportivo y heterográfico. A las veces, orfeónico o futbolístico. Aspectos muy amenos e interesantes, pero de

escaso valor en la honda vida de madurez civil. Bien está el costumbrismo, pero no para hacer costumbres de pueblo civil maduro. Quédese para en Carnaval o en festivales jocoso-florales vestirse con trajes de guardarropía regional.

He escrito "heterográfico" y voy a explicarlo. Lo que heterodoxia a ortodoxia es heterografía a ortografía. Cuando no hace cuatro siglos empezó a escribirse —sobre todo por protestantes— en vascuence se adoptó la ortografía latina —mejor, castellana—, mejor o peor adaptada. Recientemente se ideó una ortografía fonética vasca sin tradición. Hemos visto escribir Baskonia con *b,* como si al *v* fuera representativa en castellano de un sonido que no hay en vascuence. Pues ni lo ha habido en castellano, donde no existió la *v* catalana y francesa. Y si hoy vuelven mis paisanos a escribir vasco con *v* se debe —y yo se lo enseñé a Sabino Arana— a que se han enterado de que proviene de *wascon* (vascón), como se escribió en tiempos y de que deriva *gascón.* Y en cuanto a la *k,* ¿a qué esa puerilidad de firmarse Goikoetxea o Lekuona? ¿Para darse una diferenciación heterográfica? "¡Yo no soy Jiménez, sino Ximénez!" O la *x* de México de los mejicanos de hoy para escribirlo como lo escriben y pronuncian los yanquis, y no como lo pronunciamos mejicanos y españoles. Y otra puerilidad, la de evitar los nombres oficiales de lugares, ya que en castellano no decimos ni escribimos Firenze, Torino, Marseille, Bordeaux, London, ni Koeln.

Sí, es una fuente de frescor de vida la puerilidad de un pueblo, su feliz niñez, pero es cuando se queda en fuente, en manadero, al entrar el pueblo en el rudo y raudo caudal de la corriente que le lleva a desembocar en otro pueblo y en el mar, en fin. Un pueblo primitivo y pueril era el guaraní, sobre el que

se ejerció el dominio de las Misiones jesuiticas, preparándole a la tiranía de Rodríguez Francia. Y ya que nos salen los jesuitas, hay que decir cuán equivocado es creer que mi pueblo vasco se distinguió siempre por su rígida ortodoxia católica. Del pueblo de Iñigo de Loyola salió también el abate de Saint-Cyran, el jansenista, y de él salieron los hugonotes vasco-franceses, que fueron de los primeros en escribir en vascuece, al que tradujo el *Nuevo Testamento* el calvinista Lizárraga. Y remontándonos aún más, ¿qué fué aquella secta de los llamados herejes de Durango, iniciada por el franciscano fray Alonso de Mella? ¡Extraña herejia de ascetismo erótico! Y, por cierto, entre los que de ella procesó y entregó al brazo secular —a la quema— la Inquisición, antes de mediar el siglo xv, se contaba un Juan de Unamuno, cuchillero, "apóstata relaxado". ¡Pobre Unamuno durangués y apóstata relajado del siglo xv!

Por mi parte, aunque hereje y al final del primer tercio del siglo xx, no he apostatado del espíritu del pueblo al que debo, sin duda, lo mejor que tengo; no he apostatado de mi vasconidad, del alma de mi Euscalerria, que es como la llamábamos antes de que un menor de edad mental inventara ese pueril término de Euzkadi, que viene a ser algo así como si, a la manera de que a un bosque de pinos, de robles, de álamos, de perales..., le llamábamos en castellano pineda, robleda, alameda, pereda..., le llamásemos a la comunidad de los españoles españoleda, a pretexto de que España es término geográfico. No, no he apostatado de ese espíritu ni de su niñez. Menos aún: conservo con religioso culto la niñez vasca de mi espíritu, la niñez de mi espíritu vasco. Pero cuando tengo por hondo deber histórico, civil y religioso que actuar sobre el pueblo español (de que mi pueblo vasco forma parte) y sobre mi pueblo vasco, sé

mantenerme en la mayoridad civil mental de espíritu, en madurez de civilidad.

Y por ahora, adiós —a Dios—, que volveremos a ello. Y no digo *agur,* aunque sea palabra latina, porque es del saludo romano *bonu auguriu:* "buena suerte", y por tanto, pagana. Como son latinas casi todas las palabras eusquéricas que denotan actos o cualidades religiosas, espirituales y aun las de términos genéricos. Que fué el latín el que le dió mayoridad conceptual al vascuence; fué la civilización latina la que le sacó de la infancia sin historia a mi pueblo, llevándole a la madurez espiritual de la historia española.

(*Ahora,* Madrid, 9-X-1933.)

# II

# EN TORNO A LA LENGUA ESPAÑOLA

(1888-1936)

# CUESTION GRAMATICAL

Amigo director de *El Diario de Bilbao:* En el número 22 del corriente veo que se toman la molestia en el diario que usted dirige de contestar a los ataques que don Antonio Tejada, el de Guernica, dirige a nuestro amigo don Antonio Trueba.

No terciaré yo en esta cuestión tan enojosa, porque los dos señores citados son amigos míos y porque creo que el señor Trueba no necesita defenderse. Pero sea lo que fuere, de todo ello voy a hacerme cargo, por muy distinto motivo, de un reproche que *El Diario* hace al señor Tejada.

Le culpan ustedes como falta de gramática el haber escrito "se *le* dirigen insultos a nuestra hermosa literatura", y yo no veo aquí la falta.

Esta es la debatida cuestión de si debe usarse *le* o *la* como dativo del pronombre femenino de tercera persona. Seré breve y voy por partes.

1.° Si atendemos a razones etimológicas, vemos que del pronombre latino *ille, illa, illud* proviene el castellano "el, la, lo", antiguamente *ele, ela, ello.* Del dativo latino *illi* para los tres géneros, el castellano "le", antiguo *eli, ele,* para los tres géneros también, y del acusativo *illum, illam, illud,* "lo, la, lo". Como en la frase criticada *le* corresponde al dativo, está bien usado, aunque sea en el género femenino.

Esto en cuanto a la etimología, una de las razones de los principios gramaticales.

2.° Si atendemos al uso, hallamos que éste es vacilante; y así, junto a este pasaje de Cervantes: "Don Quijote se *le* ofreció (a Doña Cristina) con asaz de comedidas y discretas razones" (cap. XVIII, parte 2.ª), hallamos este otro del reputadísimo Jovellanos: "Después que aquella conquista *le* hubo dado más estabilidad".

El *le* en este sentido lo usan también Iriarte y don Leandro Moratín, pero es más usado el *le*, como podría probarlo acumulando ejemplos que en cualquier trabajo gramatical acerca del castellano pueden hallarse. (No en las detestables gramáticas empíricas que sirven de texto.)

3.° Ahora acudo a autoridades. La primera en cuestión de lenguaje castellano (sea ella más o menos discutible), la Academia, en la declinación del femenino de la tercera persona, señala al dativo las formas "a ella, o para ella, *le*", y en nota advierte que aunque no faltan autores que usan en acusativo la forma le, "es ejemplo que no debe imitarse".

Nuestros más grandes gramáticos, el señor Salvá y el admirable Bello, se acuestan a esta opinión, y el señor Fidel Suárez, en su notable introducción a las obras filológicas de Bello, hace notar que un uso vacilante de una parte, y desprovisto de razones y ventajas intrínsecas por otra, no debe prevalecer. Bello (edición 13.ª, pág. 83, cap. XXXIII) dice que *la* por *le* en el dativo debe limitarse a los casos en que convenga para la claridad de la sentencia, opinión que tomó de Salvá (V, cap. IV de la Sintaxis).

En el párrafo criticado hay la combinación del "se le", y acerca de éste diré que si el *se* es reflejo o corresponde al *on* francés, como aquí se le puede combinar con todos los dativos y decir "se le agregó un apéndice a la obra" (ejemplo de Bello) y "se le

dirigen ataques a nuestra literatura", pero no se puede decir como el padre Scío en su traducción del Evangelio de San Mateo "se les dió" (Cristo el cáliz a los apóstoles), sino "se lo dió", como corrige el mismo padre Scío en su traducción del Evangelio de San Marcos.

El *se* equivale al antiguo *ge* por *le;* "se lo repitió", por "le lo repitió"; pero en el caso presente, no.

Como hay quienes defienden el *la* éste (hoy ya muy pocos), el señor Salvá refuta victoriosamente sus razones en la nota H a su gramática, y allí puede verlas quien guste. Tal uso es, como obseva Salvá, un modismo de Castilla la Vieja y *especialmente de Madrid.*

Y he llegado al principal motivo que me ha impulsado a tomar la pluma y extractar esta nota.

Aborrezco con toda mi alma toda centralización, y así como la hay política y administrativa hay la centralización lingüística, queriéndonos hacer creer que es Madrid quien da tono y ley al castellano.

No hace mucho nos pusieron ahí una *carnecería* como las de aquí, y es muy frecuente en Bilbao criticar locuciones populares indígenas que nada tienen de incorrectas. Los modismos madrileños son aceptados; los de provincias, rechazados: se pretende que sólo en Castilla se habla bien el mal llamado castellano y se acude hasta al *chulo.*

El pueblo, lo que así se llama por antonomasia, habla mal en Bilbao; cierto, pero no habla mucho mejor aquí y tienen motivo para ello. En cuanto a las gentes ilustradas, tan bien hablan ahí como aquí, como no tenemos por pureza la verbosidad madrileña.

Antes no se hablaba mal el *castellano* en Bilbao; sencillamente no se hablaba *castellano* ni bien ni mal, sino *bilbaíno;* hoy se habla el español literario ni me-

jor ni mucho peor que en Madrid, por ejemplo, y sobre todo la experiencia me ha enseñado que ahí se escribe *en general* mejor que aquí, ortografía inclusive.

Sin más por hoy, se despide su afectísimo

MIGUEL DE UNAMUNO
Madrid, 23 de marzo de 1888.

(*El Diario de Bilbao*, 27-III-1888.)

*Nota.*—Este artículo apareció con la siguiente nota del periódico:

"Publicamos con mucha complacencia por nuestra parte esta erudita carta de nuestro particular amigo don Miguel de Unamuno; pero como quiera que en ella se opone en cierto modo a una indicación, no crítica, hecha por nosotros, nos proponemos publicar mañana otra, en que se pondrán en claro algunas de las cosas que no lo están enteramente en la del señor Unamuno."

# GRAMATICA Y OTRAS COSAS

Amigo Erquiza: He leído con interés su contestación a mi nota, y veo por ella que su crítica, o lo que fuese, iba por otro camino del que yo presumía. Veo que, como yo, está usted por lo genuino y universal, dejándose de *madrileñismos*.

De todos modos, los partidarios del *la* y del *lo* podrán siempre argüir con la analogía, que, aunque pase sobre razones de etimología y uso, es y ha sido uno de los más poderosos factores de la transformación y desarrollo de los idiomas. Todo lo que existe tiene razón de existir, conocido o no conocido, y más sensato que rechazar simplemente lo malo es buscar su razón. Ahí se repite mucho que hablamos mal en Bilbao, pero nadie, que yo sepa, ha estudiado todavía la *razón* de ese mal hablar, ni ha hecho resaltar la vivacidad y gracia de nuestros *barbarismos*. Solamente la forma bilbaína *digaléis* por *decidle* puede ocasionar un regular artículo.

La redundancia que usted critica en la frase de Tejada es realmente redundancia; pero no por eso es un giro antigramatical. Son usualísimas frases como: "le vi a tu hermano", "¿te contó a ti eso?", etcétera. Como no tengo a mano los libros necesarios, no cito pasajes de autoridades, pero estoy seguro que los hallaría pronto. Tales frases son como el "subí arriba", "yo mismo le vi a él con mis propios ojos",

etcétera, etc., frases redundantes, pero que no dañan a la claridad, condición primera, y a mi entender, la predominante en exigencias gramaticales.

Yo, como usted, profeso respeto a la gramática y creo en su excelencia *práctica*, pero creo no debe extremarse tal respeto. No sé en qué consiste que los gramáticos suelen ser pesadísimos y amazacotados estilistas, y que nada hay, por regla general, más soporífero que lo redactado por un maestro de gramática, así como nada más vivo, más suelto y más gracioso que el libre y vigoroso hablar del pueblo.

(Incompleto)

(En *El Diario de Bilbao*, núm. 30, jueves, 5 de abril 1888.)

# LA EVOLUCION DE LOS APELLIDOS

Hablando Goethe en el décimo libro de la segunda parte de *Poesía y Verdad* (primera parte de sus memorias), de sus relaciones con Herder, inserta un billete en verso en que éste, al pedirle las cartas de Bruto, hace juegos de palabras con el apellido Goethe. El cual añade: "No era muy delicado el permitirse burlas con mi apellido; pues el nombre de una persona no es algo como un manto, que cuelga simplemente de él y al que se pueda deshilachar y rasgar, sino que es vestido perfectamente ajustado, y aun como la misma piel que ha crecido con nosotros, a la que no se nos puede añadir ni desollar sin causarnos daño".

Ignoro si hay muchos que posean tan vivo sentimiento de su propio nombre, como parecía poseer Goethe, pero es evidente que muchas personas cambiarían el que llevan con menos aprensión que vendió Esaú su primogenitura.

Sería un estudio sociológico, ameno y curiosísimo, el de la evolución de los apellidos, y estudio útil, pues constituiría un rico arsenal de ejemplos de la incurable vanidad y la eterna tontería humanas.

Aquí sólo me propongo despertar con leves indicaciones la atención de los aficionados a estas investigaciones sociológicas.

Es tal el prurito de singularizarnos que aguijonea

a todos los que buscan distinguirse, si no por los hechos, por los nombres.

He oído hablar de un don Calasanz Xirach que era sencillamente un José Fernández, o mejor aún, un don José de Calasanz Fernández y Pérez de Xirach.

La guerra a los apellidos es crudelísima; los Fulánez y los Menganez, inaptos para resonar de un modo distintivo y grabarse profundamente en la memoria, agonizan en un ambiente crudo.

De un González y de una Urcullubengoa, pongo por caso, nace un González y Urcullubengoa que se firma acaso González de Urcullubengoa; su hijo se hace llamar G. Urcullubengoa, y el nieto suprime decididamente la G., que no es otra cosa que un pingo insignificativo, resto atrofiado de un órgano que perdió su uso.

Así resulta que el poeta Becker no se apellidaba Bécker, sino Domínguez, y el nombre con que se ha inmortalizado en España me parece fué el apellido materno de su padre.

En esto se verifica la ley general que rige la evolución de los organismos. Luchan los apellidos por la vida, pelean los Menganez y los Fulánez con los Xirach, los Ferratxes, los Rataflutis, los Cillorrotugaztañazagogescoa, los O'Ryan y otros muchos, y acaban por prevalecer los menos oídos, que son los más aptos para dominar personas en estos tiempos de democracia concupiscente.

Empiezan en la lucha por quedar los Pérez, López y Fernández reducidos a un papel secundario, a esclavos o soportes de otros más sonoros o más extraños. Nadie se fija en ellos, pierden en ese estado de servidumbre toda individualidad, y las gentes dicen de uno: "Es un Pérez, Fernández, López o González de Cabrerizos", y la mayor parte sólo le conocen por Cabrerizos. Como un organismo no desaparece de pronto, aún resisten a las inclemencias del medio so-

cial, y reducidos a P. F. L. o G. persisten los Pérez, Fernández, López o González, como de los cinco dedos del toro subsisten tres como recuerdo de lo que fueron, y al fin y al cabo estos órganos atrofiados desaparecen.

Consecuencia de la lucha por la vida es la selección. Vencen los individuos más aptos y así se verifica un tamizado en el que sobreviven los dotados de ventajas, que, trasmitidas por la herencia, tienden a fijarse y acrecentarse en los organismos.

En la lucha de los apellidos por la vida social, en su prurito por distinguirse e individualizarse, en ese impulso que los lleva a la heterogeneidad creciente, se fijan las más accidentales diferencias y se perpetúan y consagran por la herencia.

—¿Cómo se apellida usted? —preguntaba yo a un joven cuyo apellido tenía que consignar en un documento.

—Hormaechea, con hache —me contestó.

—¿Y por qué no sin hache?

—Los Ormaechea sin hache son otros Ormaecheas; nosotros tenemos hache —me dijo con el tono con que pudo decirme "nosotros somos hidalgos".

Aquella hache sería probablemente un capricho ortográfico de uno de sus antepasados, que acaso se habría figurado, y no sin razón, que Ormaechea tiene algo que ver con la *horma.* Pero es seguro que a poco que el Hormaechea se hubiera remontado por las ramas de su árbol genealógico, habría asistido al génesis de la hache diferencial.

Con el mismo cuidado procuran diferenciarse los Elexaldes de los Elejaldes, los Mendiris de los Mendirys y aun los Echevarrías de los Echebarrías.

Por ligeras diferencias, debidas a circunstancias fortuitas, petrificadas, se escinde un apellido primitivo en dos, tres o más, y así tenemos que al rodar del tiempo una forma homogénea, aunque vacilante, ha

dado origen a cinco variados: Sáenz, Sáinz, Sáez, Sáiz y Sanz.

Al cabo de pocas generaciones suele trasformarse de tal modo un apellido, que ya no le conoce ni la madre que lo parió. A las modificaciones supracitadas hay que añadir los híbridos productos de cruzamientos, los truncados, los deformados y otros que pueden servir de argumento a los que, como Hartmann, añaden a los principios de la evolución lenta, formulados por Darwin y sus discípulos, la fijación y perpetración por herencia de un mero caso teratológico de una monstruosidad cualquiera.

A las veces se funden dos apellidos en uno y tenemos un Garci-Pérez o un Fernán-Alonso; otras veces truncan a uno que parece largo y lo truncan por cualquier parte.

De un Astigarraga se hace un Asti; de un Echenagusia, un Echena, quedándose de sus dos componentes con componente y pico. O ya por un procedimiento análogo al que empleó Manolito Gázquez, cuando metiendo el brazo a un toro por la boca le volvió del revés como un calcetín, de un Mateu se hace un Uetam.

Mucho más frecuente suele ser nacionalizar apellidos extranjeros, procedimiento el más laudable de todos los de transformación de apellidos, y del que hay ejemplos en Bilbao.

Se ha dado también el caso de extranjerizar apellidos nacionales, costumbre muy extendida entre los humanistas del Renacimiento, cuando un Schwartzerde (Tierra negra) se llamaba traducido al griego Melanchton, o Calvinus en un Chauvin.

Los franceses con su D ante vocales han disfrazado muchos apellidos, hasta el punto de que muchos no caigan a primera vista en la cuenta de que Audet, que figura en casi todas las cuartas planas de los periódicos, es homónimo al Daudet o D'Audet que se

ostenta en casi todas las bibliotecas de los lectores de gusto, o que Duhalde o D'Uhalde es de la misma cepa que Ugalde y Uralde, y que el apellido del célebre Daguerre o D'Aguerre que dió nombre al más antiguo procedimiento fotográfico, es nuestro Aguirre, y Danton es propiamente Antón, así como, por otro procedimiento de disfraz, Marat es apellido español, pues el terrible jacobino era hijo de un español, don José María de Mara.

Tan sólo el estudio de la influencia de la preposición *de* y el artículo *la* en las modificaciones de los apellidos dará lugar a muy curiosas observaciones.

Pero deseo no ser pesado. Sólo me proponía consignar que la fuerza primordial de diferenciación que rige la vida de todo proceso evolutivo obra también empujada por la incurable vanidad humana desbordada en nuestras democracias concupiscentes sobre el proceso de transformación de los apellidos, y que este proceso se rige, como todo proceso evolutivo, según los principios de la lucha por la existencia, la selección natural y la herencia.

Esto del evolucionismo sirve para todo. En otra ocasión, en estas mismas columnas, apliqué las modernas doctrinas biológicas a la sombrerología, y hoy, tendiendo a ser, más que instructivo, sugestivo, he procurado indicar cómo pueden aplicarse al estudio de los apellidos.

Por mi parte, siento en algo como Goethe, y aunque sé que en el mismo Bilbao, por lo menos, hay otro que lleva el mismo nombre y el mismo apellido que yo, seguiremos teniendo como común rótulo el nombre y apellido de Miguel de Unamuno.

Salamanca, junio 1892.

(*El Nervión.* Bilbao, 27-VI-1892. Suplemento Literario núm. 472.)

## ACERCA DE LOS NOMBRES DE PILA

Nada más arraigado en el hombre que el anhelo de saber de dónde vienen las cosas, anhelo que engendra a la filosofía. El origen es la razón de ser de los seres, y su misterio parece que se rasga desde que asistimos a su génesis.

He observado en más de una ocasión el interés con que casi todos suelen acoger las disquisiciones versantes acerca del origen del nombre que recibieron en la pila y los apellidos que les legaron sus padres. Sobre la evolución de los apellidos publiqué no ha mucho, en las columnas de este mismo *Nervión*, unas cuantas notas ligeras, y hoy, para hacer pareja, hilvanaré otras cuantas acerca de los nombres de pila. Total, cuestión de distraer un rato al lector.

Un vocabulario etimológico de los nombres propios es de creer tuviera excelente acogida, y mucho más si iba acompañado en cada artículo de alguna indicación de los hombres célebres que lo hubieran llevado. ¿Qué Antonio, Diego, Tomás, Simón o Luis dejaría de consultar el origen de su nombre y la lista de los Antonios, Diegos, Tomases, Simones y Luises célebres?

Los más de los nombres de pila presentan una derivación muy fácil de desentrañar; muchos de ellos, como León, Cándido, Perfecto, etc., no necesitan explicación, pero hay no pocos que han sufrido tales

trasformaciones, que no los conocería la madre lengua que los parió. Hay algunos que se han escindido en dos o más formas, a las veces muy distintas, y otros que en diferentes lenguas han tomado formas muy desemejantes.

A este último propósito ocurre la frecuencia con que se deja sin traducir los nombres propios; así oímos decir Paul de Kock, o Arrigo Boito, por Pablo de Koch o Enrique Boito. Y en más de una ocasión, si lo tradujéramos, nos costaría darnos a entender. El famoso tío de Cánovas, don Serafín Estébanez Calderón, el Solitario, habla del célebre novelista Gualterio Escoto, y al leerlo más de uno se queda pensando quién sea ese célebre novelista, y no da a la primera en que el buen Solitario tradujo a Walter Scott en Gualterio Escoto.

Bueno es traducir los nombres propios, pero es preferible no hacerlo a hacerlo mal, como le ocurre a cierta dama española, muy erudita y muy fresca, pero muy amiga de meterse en todo lo que no entiende, que convirtió a Herbert Spencer en Herberto Spencer, y a Iván Turguenef en Ivano Turguenef, sin pararse a pensar que si en castellano ni Herberto ni Ivano quieren decir nada, tenemos los nombres Eriberto y Juan que corresponden a los mal traducidos por ella. Cosa análoga a la de aquellos que, ignorando el alemán, llaman a Wágner Uáñer, cuando leyéndolo a la española se acercarían más a la verdad.

Volvamos al tema de las hondas metamorfosis que sufre un nombre. Fácil es ver en Fadrique el actual Federico, o en nuestro Recaredo II un Ricardo II; pero ¿quién diría que Luis y Clodoveo son ramas de un mismo tronco? Y sin embargo, es así.

La larga serie de los Luises de Francia se acrecentaría si se le agregaran los Clodoveo y Clovis, que no son más que Luis.

*Klodowig* es la forma primitiva, que latinizada dió

Clodovicus, de donde salieron Ludovicus, padre de nuestro Luis, y Clodoveus.

O ¿quién reconocería en el nombre de la ciudad de Santander el de su santo patrono San Emeterio?

Juzgando a oído y de buenas a primeras, se cree que Santander es San Andrés; pero el oído engaña, y no muestra la evolución que desde Sant Ameterio, pasando por Sant Amterio y Sant Anderio, ha llegado a pasos contados y por la regular vereda de las leyes fonéticas a Santander.

Y ¿qué diremos de las vicisitudes por que ha pasado el nombre del viejo patriarca Jacob? El nombre hebraico latinizado *Iacobus* ha dado nuestro Jacobo, como ha dado el *Jácome* italiano que Jacome Trezo dejó a una calle de Madrid. Ese Jácome se acortó en un *Jacme,* de donde deriva nuestro *Jaime.*

Del mismo Iacob salió el *Yago,* el famoso Yago del inmortal drama de Shakespeare, y nuestro *Yagüe,* que corre por ahí como apellido.

El título de Santo, que jamás se separa del gran apóstol Jacob, formando con él indisoluble liga, como si le fuera consustancial la santidad, ha hecho de aquel Sant Iacob nuestro Sant-Iago.

Corrieron los años, olvidaron las gentes que la *t* era de la santidad y no del apóstol, y partieron el nombre así: San Tiago. Y este Tiago, debilitándose la *t* en *d* como la *c* se había debilitado en *g,* ley fonética hispano-latina, dió un Diago, de donde vino nuestro Diego.

He aquí cómo nuestros Jaimes, Jacobos, Santiagos y Diegos se enlazan entre sí, como se enlazan con otras curiosas formas de los demás idiomas latinos, bajo el amparo del viejo patriarca Jacob.

Y ¡qué riqueza más grande, qué variedad proporcionan los diminutivos y términos de cariño!

A Juan Moriconi, vecino de Asís, llamaban por mote Francisco, debido, sin duda, a sus frecuentes

viajes a Francia o a su conocimiento de la lengua francesa. Este mote glorioso del glorioso serafín humano, enseña de humildad, ha recibido sobre sí todas las formas que el cariño del pueblo inventa y prodiga.

En él, en el nombre del verdadero santo del pueblo, ha agotado éste la expresión del cariño. Francisco ha engendrado toda una tribu. De él salió Franco, el de Sena; de él los Franchos, los Frascos, con sus descendientes los Frasquitos, los Frascuelos y los Frasquicos. Estos Frasquicos dieron origen a los Quicos de Valencia. Otra rama son los Facorros (con diminutivo en -orro, como abejorro, ventorro, etc.), que se dividieron en los Farrocos o Farrucos de Galicia, y los Pacorros, que se convirtieron en Pacurros; éstos engendraron a los Curros de la tierra de María Santísima. Y aún hay que agregar los Fraiscus y los Paicus, y otros muchos de la misma prolífica cepa.

Sería el ir siguiendo las transformaciones de los nombres cuento de nunca acabar, y aquí me propongo distraer al lector y no emprenderla con el curioso vocabulario de que hablaba.

Vocabulario de no difícil confección, porque casi todos los nombres de pila son de origen hebraico, o griego, o latino, o germánico. Estos idiomas son los que han bautizado sus nombres personales.

No debo concluir, sin embargo, sin indicar que es muy verosímil que se conserven dos o tres nombres propios vascos, de los que aquí se usaban antes de nuestra cristianización, y que estos nombres, propios en un tiempo, apellidos hoy, son Ochoa y García, y acaso Bela, el tronco de los Vélez, Velascos y Velázquez.

Mucho figuran en la historia de las provincias vascas y de Navarra los don Ochoa, don García y don Vela, y parece ser que don Ochoa no era otra cosa que don Lobo *(otsoa),* como el nombre latino Lope

*(Lupo)*; don García, don Oso *(artza, artzia, hartzia)*, y don Vela, don Cuervo *(belia)*.

El dar a las personas nombres de animales es aun hoy muy frecuente entre muchas tribus; parece ser uno de los más antiguos procedimientos, y aunque no era el usual entre los griegos, romanos, hebreos y germanos, que en la época más remota en que nos aparecen en la historia tenían, sin duda, mucha más cultura que los vascos antes de su cristianización, aunque no era ése el procedimiento usual entre los pueblos que nos han dejado la mayor parte de los nombres de pila, aún vemos algunos de animales, sobre todo en apellidos.

*(El Nervión.* Bilbao, 18-IX-1892.
Suplemento Literario, núm. 552.)

## LA EQUIS INTRUSA

¿Qué encanto tiene la equis? ¿Cuál es la razón del cariño que le profesan tantos escritores?

Son preguntas éstas que me he hecho mil veces al observar que en tratándose del uso de la *x*, muchos doctos escritores y los periódicos de más circulación y fama caen a cada momento en descuidos ortográficos, descuidos que por su constancia denotan desconocimiento de la ortografía.

Hubo una temporada en que me entretuve en anotar las *x* intrusas que se colaban en las columnas de los periódicos y las páginas de los libros. Vi que hay palabras que casi nunca se ven bien escritas, como son *escéptico, espontáneo, espléndido, estrategia* y otras cuantas. Para una vez que se las lee escritas como deben serlo, lo menos veinte veces llevan la *x* intrusa. Y hasta he encontrado en periódicos, y más de una vez, *excándalo, excoger, exparcir, expectáculo, extrago,* y aun *¡exencia* y *expíritu!* Estas dos últimas, en un diario integrista que se caracterizaba por su desmedida afición a la *x* intrusa: ¡lo que hace el inmoderado amor a la tradición mal conocida!

Si se tiene en cuenta que muchas de las personas que escriben *excéptico, expléndido, expontáneo* o *extrategia* saben, si no latín, francés o inglés, y están hartos de leer y acaso de escribir *sceptique, splendide, spontane* y *strategie,* adquiere más valor esta

pregunta que vuelvo a formular: ¿cuál es la razón del atractivo que la equis ejerce?

Debemos tener presente que el descuido, o más bien la ignorancia de la ortografía, se ejercita mucho más en contra que en pro de la equis, y que si es frecuente escribir *expontáneo,* no lo es tanto escribir *estensión.* Hay, pues, alguna razón del descuido favorable a la equis.

Digo razón del descuido. Y, en efecto, el descuido, como el error, tiene su lógica, una lógica tan severa como la del cuidado.

Curiosísimo estudio es el de los descuidos ortográficos y su razón. Si el niño, con estricta lógica, dice *sabo* por *sé,* hay también una razón lógica que hace escribir más a menudo *excéptico* con equis que como debe escribirse.

La analogía es la razón de la mayor parte de los descuidos, como lo es de innumerables formas lingüísticas que la mera derivación no explica.

Es indudable que cuando uno escribe *alhagüeño* en vez de *halagüeño,* es porque fluctúan en su espíritu voces como *alhaja* y *alhóndiga;* cuando escribe *hechar,* es porque recuerda *hecho;* y que la voz *hubo* mueve a muchos a escribir *tubo,* y esta última forma, a escribir *huvo* por *hubo.*

Al advertir en cierta ocasión a un amigo que *escéptico* no lleva *x,* me dijo que se la ponía por creer que deriva de *exception.* La voz *excepto* es, sin duda, la que lleva a escribir *excéptico,* así como la multitud de formas que empiezan por *extra* hace caer en el descuido de escribir *extrategia* y *extrambótico,* donde no hay tal *extra.* Del mismo modo la muchedumbre de voces que se inician por la preposición latina *ex* ejerce fuerte acción sobre la mente del que escribe, moviéndole a meter la *x* intrusa en voces que no son de su dominio.

Y como si fuera poco, ahora dan en escribir *Méxi-*

*co* y *¡Xerez!* No sé por qué no se ha de escribir *Guadalaxara* y *Náxera.*

La *x* de *México* representa un sonido análogo a la *ch* francesa que ha desaparecido del castellano al transformarse en nuestra *j,* y de ningún modo el sonido actual de nuestra *x,* y puesto que se dice Méjico, y la *x* de *México* no se lee ya como se leía en un tiempo, y jamás ha sonado en esa palabra como la actual *x,* el escribir *México* por Méjico es una americanada y un disparate ortográfico a la vez.

Las razones expuestas explican en parte el porqué de la intrusión de la *x* en voces como *excéptico, expontáneo* o *extrategia,* pero no son suficientes. Queda otra razón, una razón suprema, una razón psicológica o filosófica si se quiere, una razón que nos hace ver en un caso tan baladí como éste uno de los más profundos móviles de los errores humanos.

La tendencia natural es a suprimir las *x* delante de consonante; la evolución fonética lo pide así; la facilidad en la rapidez de la pronunciación lo exige; es, en una palabra, ley fonológica, expresión de una ley orgánica; es un verdadero instinto lingüístico.

La lengua literaria abunda en voces en que una *x* latina ante consonante se ha reducido a *s,* y todos, cuando hablamos en conversación corriente y ordinaria, decimos *estensión, estraño* y *estraordinario,* por ser pronunciación que exige menor esfuerzo y no desfigura el vocablo hasta hacerlo ininteligible o difícil de ser estudiado. Porque es la ley suprema de la evolución fonética: los sonidos se dulcifican, se debilitan, se combinan y desaparecen cuando conservando su identidad se facilita su pronunciación.

Que la *x* tiende a desaparecer es un hecho fonológico, como lo es el que la *x* ante consonante no suena ya en el castellano *hablado.*

Las personas que se pican de alguna cultura sienten que no pronuncian la *x* ante consonante, y experi-

mentan la acción de la necesaria ley fonética, sienten que su pronunciación es arrastrada por la evolución natural. Sólo un pedante llega a escucharse mientras habla, y es preciso hablar escuchándose para resistir a la ley fonética; hablar escuchándose, por lo menos, durante un periodo de aprendizaje.

Las personas que se pican de alguna cultura saben perfectamente, aunque no se lo formulen expresamente, que la sobredicha *x* muere en su paladar, y como desean reparar lo que estiman descuido y distíngueles de los indoctos, que sin atención a la gramática y al lenguaje literario hablan y escriben como Dios les da a entender, ponen en no olvidar la *x* al escribir todo el cuidado que se les escapa en pronunciarla según gramática y contra ley fonética.

Este cuidado llega a ser excesivo, tan excesivo que ya que pecan (a su parecer) inconscientemente por defecto en el habla, han de pecar conscientemente por exceso en la escritura.

Aquí vemos a la razón contra el instinto, al espíritu erudito contra el popular, al pasado contra el presente, al preceptor de academia contra la ley de vida. Y aquí vemos que la razón, queriendo corregir al instinto, se equivoca más que éste, que intentando conservar fórmulas inútiles que éste ahoga en su corriente de vida, da el ser a excrecencias monstruosas que, no teniendo razón de ser en el presente, tampoco la tienen en el pasado. Porque formas como *excéptico* están contra razón fonética y contra razón etimológica.

Inagotable tema es éste, e inacabable tarea la de demostrar cómo en la lengua casi siempre tiene razón el pueblo contra los doctos, el vulgo contra los eruditos, la lengua de las calles contra la de los libros; en una palabra, la boca fresca y viva contra el papel seco y muerto.

Los llamados disparates del vulgo tienen todos su

razón honda; los descuidos del pueblo en el hablar son descuidos hijos de ley natural, y en cambio los giros que desentierra del polvo de los pergaminos o saca de su mollera un escritor obedecen a ley, sí, como obedece todo, pero esta ley individual merece el nombre de capricho. Los giros sintácticos del pueblo, que la gramática oficial rechaza, tienen más razón de ser que los giros sintácticos que inventan a cada momento este o el otro escritor, el señor Castelar, por ejemplo, que es a la par que una gran inteligencia y nuestro primer orador, un eximio estropeador de la sintaxis castellana.

Inagotable es este tema. Aún sobre él espero insistir, desarrollándolo más ampliamente, en un próximo artículo acerca de *La evolución de la ortografía.* En él veremos los desaguisados que comete y las inconsecuencias en que cae una Academia de doctos cuando pretende oponerse a la marcha natural de las cosas y volver la corriente de los ríos hacia sus fuentes, no ya detenerla en su curso.

Salamanca, 26 octubre 1892.

(*El Nervión.* Bilbao, 7-XI-1892, núm. 600.)

# EL IDIOMA PRIMITIVO

## (Fantasía)

¡Lástima de ingenio y de esfuerzo el que se ha consumido al inquirir cuál pudiera ser la lengua primitiva!

El problema que se refiere al origen del lenguaje es muy diferente de las fantasías acerca de la lengua primitiva, como que aquél es problema de fisiología por una parte y de psicología por otra, y éstas son distracción de ocios e ingeniosidades entretenidas.

Muchos han sido los idiomas conocidos que han hallado abogados de su universal prioridad respecto a todos los demás. El hebreo ha sido el más favorecido, por prejuicios y preocupaciones que fácilmente comprenderá el lector. En Erro halló el vascuence paladín que lo sostuviera como la lengua paradisíaca, y de todas estas disquisiciones se burló Goropio sosteniendo ser el holandés la lengua primitiva.

Hoy, tales pasatiempos están tan fuera de uso como los de aquella gramática general, ideología huera, y una sociedad filológica de París estableció no ha mucho en su primer artículo que no admitiría trabajos acerca de la lengua primitiva ni del origen del lenguaje, porque así como la geometría, la química o la física suponen el espacio, la materia y el movimiento sin inquirir su esencia íntima, así la lingüística su-

pone lenguaje articulado y empieza su labor en los idiomas históricamente conocidos.

Pero aunque la rebusca del lenguaje primitivo del hombre sea hoy considerada como mera distracción sin carácter científico, bueno es de cuando en cuando echar la fantasía a volar por el encantado mundo de los misterios.

Antes de llegar al hombre, detengámonos un poco en el perro; en el perro, a quien en su largo trato con aquél se le han pegado no pocas cosas humanas, entre ellas nefandos vicios que en el can alimenta su dueño con una selección artificial.

Dicen del perro que su medio de expresión natural es el aullido, que el perro salvaje debió tan sólo de aullar, que vuelto al estado de naturaleza aúlla y no ladra, que el ladrido, en fin, es un medio de expresión canino, adquirido en el estado de domesticidad del perro. Añaden que si a un gozquecillo se le aislara al nacer de modo que nunca oyera ladrar, no ladraría nunca. Y aún hay quienes van más allá, diciendo que el ladrido es un esfuerzo que hace el perro para imitar el lenguaje articulado de su amo, razón que, de ser cierta, tenga acaso nexo con aquella otra, supuesta por alguien, de que la idea que el can tiene de su amo es análoga a la que el hombre primitivo tiene de Dios.

El perro ha aprendido a ladrar, y al hacerse dueño de ese medio de expresión más culto que debe a la civilización doméstica, ¿qué ha hecho del aullido? Todo el mundo sabe que cuando hoy el perro aúlla es porque le duele algo. He aquí, pues, que para expresar el dolor vuelve el perro a la prístina originaria expresión de su especie; he aquí cómo en el dolor se nos muestra el primitivo fondo salvaje del can.

Y ahora vamos con el hombre. Si el desarrollo individual de éste es, como sostienen muchos, un reflejo

del desarrollo total del género humano, al preguntarnos cuál sería la lengua primitiva de éste, ocurre reducir la pregunta a esta otra: ¿cuál es la lengua primitiva del individuo humano?

Todo el mundo sabe que el llanto es el idioma primero y no aprendido que hablamos todos. Todos sabemos que el hombre nace llorando.

Conviene no olvidar que el llanto es más que expresión de dolor lenguaje en el niño. No siempre que llora expresa su dolor, sino que una vez pide leche, otra aire libre, ya que le cambien de postura, ya que le limpien.

Conforme crece, va aprendiendo poco a poco la lengua que la tradición de su patria le lega. Y aunque sea digresión ajena al discurso de esta fantasía, haré notar que se equivocan Astarloa y los que con él, antes y después de él, han supuesto que la *a* es la primera inflexión del niño, pues, como hacen notar los que mejor han estudiado la fisiología de la voz, es tal inflexión el sonido articulado que se produce en la posición natural de la boca, una vocal que oscila entre la *æ* alemana y la *eu* francesa.

¿Quién sabe si del llanto se originó el lenguaje articulado, ya que no conozcamos al hombre un amo cuyo lenguaje pudiera imitar? Llora el niño unas veces en *a*, otras en *i*, ya se acerca a *¡¡aha, aha, aha, ae, ae, ae!!*, ya a *¡¡ji, ji; ji!!*, ya a *ao, ao*. Desarrollándose estas diferencias, podrían haber ido originándose en larga sucesión de siglos lenguajes articulados.

Hoy vemos que lo mismo que el perro aúlla, el hombre plañe de dolor, que su idioma primitivo le sirve para desahogar el sentimiento que yace en el fondo de su alma como la madre del vino en el fondo de la cuba.

Y si los vocablos más antiguos designan las más antiguas ideas, hemos de concluir que el sentimiento

primordial del hombre es el dolor, la molestia, la sensación de obstáculo y estorbo que experimenta su voluntad al chocar con el mundo.

Observemos también la diferencia establecida entre *hablar* y *decir*, y el profundo sentido de la máxima que dice: de toda palabra ociosa darás cuenta rigurosa.

Hablar por hablar, charlar en vano, perderse en ociosas conversaciones es hablar para todo aquello que no tenga por fin mediato o inmediato la satisfacción de un deseo, la liberación de una necesidad, el llenar un vacío, el satisfacer, en fin, un dolor mayor o menor, porque dolor es todo deseo.

Palabra ociosa es toda aquella que no se endereza al *negocio,* al *negocio* en su doble aspecto terreno y celestial, al *negocio* de tejas abajo o al gran *negocio* de nuestra salvación. Esto del doble negocio se siente y comprende muy bien en todos aquellos pueblos que, como el mío, tienen no poco de sacristía convertida en oficina de comercio, en que al olor de la cera y el incienso se mezclan el de la avena y el bacalao.

Y no se nos diga como objeción que la poesía y la música, aun siendo expresión del dolor, son charla vana y palabra ociosa, porque en realidad ni la poesía ni la música expresan el dolor propiamente, sino el placer del dolor; no son manifestación de lo material del dolor, de la necesidad, del negocio, sino más bien de lo que tiene el dolor de vida, de la voluntad de vivir que palpita bajo él. La poesía y la música, al dar encarnadura a la forma pura del dolor, nos libertan de él, como el gran Goethe se libertaba del torcedor de sus pasiones poetizándolas, como cuando se libró del influjo de un episodio de su vida escribiendo el *Werther.*

Como, por otra parte, la poesía, por mucho que se eleve, tiene que servirse de la lengua de los negocios,

lleva en ella, tejida en las mallas purísimas de sus concepciones, no poco de lastre terrenal y financiero.

Conviene que nos acostumbremos a considerar que un aria de gemidos de un niño que pide teta es en el fondo idéntica al discurso que pronuncia un tenedor de obligaciones de una empresa cualquiera en una reunión para arbitrar un convenio o arreglar un fracaso, y que si la lengua de los negocios parece a muchos la más expresiva es por su identidad de origen con los chillidos de un niño a quien le duele el vientre.

Salamanca, diciembre 1892.

(*El Nervión.* Bilbao, 25-XII-1892, núm. 648.)

## UNA RECTIFICACION

La cosa es de muy poca monta, pero cada hijo de vecino tiene en su espíritu un rinconcillo quisquilloso, y el mío es lo que se puede llamar *conciencia gramatical.*

En diversas ocasiones he escrito acerca de ortografía, y espero, si Dios me ayuda, publicar algún día un trabajo acerca de su evolución, estudio que da pie a mil curiosas observaciones, porque no hay nada, por humilde que parezca, que no sea espejo en que se reflejen, de un modo o de otro, multitud de fenómenos y de leyes.

En el segundo de los artículos que, bajo el título de "La juventud y los cargos públicos", he publicado en *Eco de Bilbao,* apareció un pasaje que decía que nunca faltan intrigantes que se aprovechan de los señoritos mal educados "como instrumentos *conscientes* o *inconscientes*, etc."

Estoy seguro que escribí *concientes* o *inconcientes,* y que las eses fueron añadidas al pasar el manuscrito a impreso para conformar la ortografía de esos vocablos a la hoy vulgar, corriente y oficial por añadidura.

Pero a pesar de ser lo corriente y oficial escribir *consciente* y no *consciencia,* siempre he de escribir *conciente* lo mismo que escribo *conciencia,* pues siendo palabras del mismo origen y estrechamente em-

parentadas, no sé por qué la una ha de llevar *s* y la otra no.

Esta falta de criterio fijo es el peor principio de que adolece nuestra Academia; la cual hace escribir (a los que la acaten) *septiembre* y *subscriptor* y nos deja con *siete* y *escritor,* cuando la misma razón habría para escribir *siepte* y *escriptor.*

Mas dejemos una razonada reflexión acerca de la ortografía fonética, la etimológica y la usual para un trabajo sistemático acerca de la evolución de la ortografía, y hagamos votos porque en España se implanten y obtengan resultados como los van obteniendo en Francia sociedades para promover la reforma ortográfica y ahorrar a nuestros hijos o nietos el tiempo y fatiga que nosotros gastamos en aprender que tal vocablo se escribe con *h* y tal con *v* y no con *b.*

Entre tanto, sería conveniente el que cada cual tendiera, en casos de duda, a adoptar la ortografía más sencilla.

Es cierto que en latín es *conscientem,* pero la palabra, al tomarla en castellano, debe adaptarse al fonetismo español y asimilarse a *conciencia.*

Por olvido de los tradicionales principios de transcripción ortográfica, algún francés, que de todo tendría menos de lingüista, y conocedor del griego y del modo como las voces griegas pasaron al latín, y de éste al francés, sacó el vocablo *kilomètre* en vez de *chiliomètre,* y nosotros lo tomamos, *kilómetro* en lugar de *quiliómetro,* que es como debiera escribirse y leerse.

La *k* es una letra antipática y absolutamente impropia en la mayoría de los casos. No hay letra alguna griega que se haya transcrito jamás al castellano, en los buenos tiempos del humanismo en España, por la *k.* La letra griega que entra en la voz de que tratamos es la misma que los latinos nos transcribían por

*ch,* por *ch* los franceses y por *c* o *qu* nosotros, como en el latín *chimaera, character,* el francés *chimère, character* y el castellano *quimera, carácter,* a los que podríamos agregar otros vocablos.

Si un estudiante de griego quiere, por medio de un diccionario, averiguar la composición de la voz *kilómetro,* se encontrará con que puede interpretarse por "medida de burro", pero nunca por "mil metros", que es lo que quiso expresar el inventor del término y de su desdichada ortografía.

Y menos mal, casos como el de la *k* de kilómetro, en que ésta procede de ignorancia del proceso histórico de la ortografía, tanto francesa como española, en lo que a las voces de origen griego respecta; y digo menos mal porque todos los días vemos, sobre todo aquí, otras *kas* y otras innovaciones mucho más ridículas e irracionales que arrancan no sólo de ignorancia, sino de una especie de pedantería, que es la más perniciosa de todas. Cuando se escribe en castellano, debe escribirse con la ortografía castellana, y ya que escribimos y decimos Londres, Burdeos, Amberes o Florencia, y no London, Bordeaux, Antwerpen o Firenze, no hay razón para alterar otros nombres por caprichos simples o por motivos de la clase más pueril e insípida.

(*Eco de Bilbao.* Bilbao, 12 noviembre 1893, núm. 5.)

# LA REFORMA DE LA ORTOGRAFIA EN LA SOCIEDAD BURGUESA

Estoy seguro de que no me faltarán lectores que al leer el preinserto título sonreirán esperando encontrarse con alguna extravagancia o artículo humorístico, porque es fácil que no vean la relación entre sus dos miembros por más vueltas que le den a la cosa. Espero, sin embargo, sugerirles que existe tal relación, así como han de ver que lo que voy a escribir es muy serio.

Hace ya algunos años que pedagogos y personas amantes de la buena educación popular se agitan para conseguir reformar la ortografía en sentido fonético, es decir, de modo que cada sonido esté representado siempre por un mismo sonido y sólo por él, desapareciendo casos como los de nuestras *c* y *g*, que suenan de un modo ante *a, o, u* y de otro ante *e, i,* y letras fonéticamente inútiles como nuestra *h*. El objeto capital de la reforma es simplificar la escritura y ahorrar a los pobres niños el tiempo y esfuerzo intelectual que exige aprender esas reglillas, tiempo y esfuerzo que no calculamos bien lo que nos costaron cuando los gastamos. Este movimiento reformista es más vivo en Francia que en España, porque allí, como la lengua escrita se desvia de la hablada mucho más que aquí, es mayor, enormemente mayor, el tiempo y esfuerzo que de los niños franceses exige la aprensión de la ortografía.

No es mi objeto extenderme en la reforma de la ortografía ni referir los trabajos que en tal sentido van haciéndose con relativo buen éxito, sino exponer cómo el principal obstáculo a tal reforma se ha de buscar en los tradicionales sentimientos de lujo, fruto de la constitución de nuestra sociedad, y partir de aquí para lanzarme al campo de las reflexiones. Entremos de lleno en el asunto.

"Si se adoptara una ortografía fonética y sencilla, que, aprendida por todos pronto y bien, hiciera imposibles las faltas ortográficas, ¿no desaparecería uno de los modos de que nos distingamos las personas de *buena educación* de aquellas que no han podido recibirla tan *esmerada?* Si la instrucción no nos sirve a los ricos para diferenciarnos de los pobres, ¿para qué nos sirve?" Estas reflexiones, conciente o inconcientemente, expresas o tácitas bajo pretextos especiosos, dense o no se den cuenta de ellas, se las hacen seguramente cuantos viven influídos por los sentimientos de holganza y lujo que provoca nuestro estado social de privilegio y de rapiña.

Entre los chinos es de una exquisita elegancia no cortarse jamás las uñas, dejándolas crecer y cuidándolas con cariño y paciencia, y la razón es que el llevarlas largas es señal de que no se trabaja con las manos; de que el elegante ungulado no necesita dedicarse al trabajo *servil,* único de que la religión nos manda descanso, y de que puede dedicarse a hombre de rapiña. Esta moda chinesca, símbolo, aunque al parecer insignificante, muy significativo de un sentimiento de barbarie, propio de un amo de esclavos, ha arraigado entre nosotros.

No otra cosa significan ni son más que largas uñas chinescas la mayor parte de las modas, maneras y usos de la *buena sociedad.* Son medios que, para distinguirse del pueblo *inculto y grosero,* mediante gestos, muecas, visajes, pendejos, pellejos, cintajos, colga-

jos, plumajes, pelajes y exterioridades, emplean los que en nada se distinguen por la interioridad, los que les son inferiores en muchos respectos y sobre todo en el principal de ellos, en aptitud para el trabajo socialmente útil.

Si anduviéramos desnudos, ¿quién sería más elegante, un gañán robusto y sano o tanto implume hombre-macaco como hoy pasa por tal? Pues lo mismo sucedería si nos desnudaran el alma.

¡Cuánto tiempo perdido en aprender futilidades y hasta desatinos que no tienen otro objeto que hacer al hombre *presentable en sociedad!* ¡Qué años tan hermosos y qué energías tan frescas malgastadas en dar a los sentimientos y las ideas un barniz de *finura* para que no nos confundan con los pobres que gastan callos en las manos! ¡Qué martirio aquel a que se somete a los pobres niños para que no sean *ordinarios,* sin conseguir que lo sean extra-! ¡Qué feroz insistencia la de los padres y los maestros en torcer lo derecho y corroborar lo torcido de sus naturales instintos! Desde que, aún mamoncillo, se le está importunando para que no se sirva de la mano izquierda hasta que se ve obligado, a las veces contra su gusto, a aprender a bailar el rigodón o a jugar al tresillo, ¡qué vía-crucis de estupideces! Y es lo peor que una vez que ha aprendido una cosa, quiere soltarla venga o no a pelo, quiere hacer uso de sus pendejos podridos, quiere embozarse en andrajos deshilachados y que le abriguen. Tanto como se nos enseña, nadie lo hace a que olvidemos, porque pocos meditan en que, como el sonido sobre el silencio augusto, la ciencia se basa sobre la ignorancia viva. Los que saben nuestra tradicional ortografía, ¿van a desaprovechar el esfuerzo que emplearon en aprenderla?

Raspad el barniz al hombre *culto,* quitadle del cuerpo desde la levita hasta la fina almilla de hilo crudo del alma, desde las haches ortográficas hasta los pre-

ceptos pomposos de la moral convencional, y os encontraréis con el salvaje al desnudo, con el bárbaro que sólo respira los instintos más brutales de la primitiva y desenfrenada lucha por la vida. Ese padre que quiere dar a su hijo una *esmerada* educación y hacerle perder horas hermosas en el cuidado de sus uñas chinescas es porque aspira a que su hijo sea un vago que viva del trabajo ajeno y prevé que las uñas largas le han de ser al efecto de utilidad suma.

Dicen los pregonadores de la reforma de la ortografía que el aprender ésta supone una gran pérdida de tiempo. Tanto mejor. Eso prueba que se ha podido perderlo, que la madre no ha necesitado al niño en casa, que el feliz mortal que no se equivoca al escribir *alhaja* no se ha visto obligado a ir de pequeñuelo a la fábrica a que le estrujen el alma para alimentar con su jugo al que se sabe la lista de los reyes visigóticos. Lleva un título de alcurnia.

Hasta hoy los reformistas sólo la han emprendido con la ortografía tradicional, con el latín y con unas pocas cosas más; pero ¡cuánto reformable! ¡Qué inmensa mole de conocimientos inútiles *para la generalidad* y más inútiles aún como se enseñan!, ¡qué frecuente oír: "debes hacerte bachiller; adorna mucho y da cultura al espíritu"! ¡Cultura al espíritu el aluvión de fórmulas muertas e ideas petrificadas! ¡Cultura al espíritu las letras impresas en vez de hechos que respiren y chorreen vida! ¡Cultura al espíritu el gerundio y las oraciones de infinitivo, y las de *sum,* y el polipote y la metonimia, y *bárbara, darii, ferio, baralipton* y la lista de las dinastías egipcias, y los motes de cuatro bicharracos y la descripción de la máquina de Atwood! ¡Pobre cultura de las generaciones en cultivo!

El hombre *culto y bien educado* bachillerescamente no sólo es incapaz de manejar un martillo o un hacha, si alguna vez le hace falta, sino que desprecia al que

los maneja, le desprecia de corazón porque escribe *ombre* sin hache y, lo que es peor, maldito si tiene cultivado el tuétano del alma. No lo tiene porque, educado para parásito de la sociedad, desconoce el alma de ésta y a dónde se encamina; no lo tiene porque no han cuidado de sofocar en él el légamo repugnante de nuestras tradiciones de rapiña legalizada, porque no le han enseñado a sentir náuseas cuando se le presenta al espíritu el principio económico de nuestra sociedad, su rueda catalina: ganar lo que pierde el otro.

Y el tal hombre *culto* y *bien educado* bachillerescamente tampoco tiene cultivado su entendimiento porque desconoce el alma de la ciencia e ignora sus más puros derroteros, porque no se orienta en ella ni sabe que el trabajo de las manos callosas es como el de las madréporas y corales que en el fondo oscuro del mar labran el cimiento de islas que sirven de habitación al hombre en el océano, mientras que las olas empenachadas de espuma las destruyen con mucho ruido; con las manos callosas, por debajo de la historia, en que se oye a los pocos que meten bulla y no a los muchos que callan y sudan, levantan el verdadero asiento de nuestra civilización, mientras sus parásitos sólo sirven de estorbo cuando vivos, de tierra para hormigón cuando muertos.

Dios me libre de poner el trabajo manual ni por encima ni por debajo del mental; es más, sé que todo trabajo es corporal y espiritual a la vez, que discurre la mente con los músculos y manipulan las manos con la mente; pero conviene no olvidar que los que cultivan todos esos conocimientos que sirven de mero adorno y nos hacen *presentables* en *buena sociedad* podrán no tener callos en las manos, pero, en cambio, tampoco los tienen en la inteligencia, y si son incapaces de servirse de un martillo o de un hacha, no son menos incapaces de usar su razón para compren-

der el hacha o el martillo, el *hecho* más insignificante, el verdadero y santo hecho, el palpitante hecho de carne de la naturaleza y no el miserable engendro que como tal se les da en letras de molde. Porque habrán estudiado historia y sabrán la lista de los reyes visigóticos y las batallas que ganó el Gran Capitán, pero no saben, con ciencia viva, que la historia la tenemos en torno nuestro, en nuestra aldea, en el hoy de que somos actores, y que toda ella es un largo aprendizaje y un martirio largo, una lucha secular entre el rico y el pobre, y mucho menos saben elevarse del espectáculo, tan vigorizador como doloroso, al alto ideal de justicia, a la visión radiante de una sociedad en que no insulte el *caballero* al *hombre* dejándose crecer las uñas.

¡Cuánto más podría decirse acerca de todo esto! ¡Cuánto acerca de ese constante empeño que el *señor* o *caballero* tiene de distinguirse del *hombre* por el traje, el gesto, por el lenguaje, por la ortografía.

Adoptar una ortografía sencilla y fácil, que haga imposibles las faltas ortográficas, les parece a muchos, dense o no se den cuenta de ello, como adoptar un traje uniforme para todos. Si no nos distinguimos en el traje, ¿qué será de nosotros? Si al que lleva levita se la quitan y le ponen blusa, ¿dónde está el caballero?

Sigan haciendo de la instrucción librea para presentarse en sociedad elegante sigan dejándose crecer las uñas, sigan produciéndose cual *cumplidos caballeros* en los clubs y demás tabernas de tono, sigan así y confíe el *hombre* en que algún día será esa librea, librea de loco o de bandido, que les estorbarán las uñas largas (las de las manos y las de la mente) para arañar el pan nuestro de cada día y aparecerán los *caballeros* como lo que son, como gentes que deben su título al caballo.

(*Eco de Bilbao.* 7-I-1894, núm. 12.)

# OBSERVACIONES SOBRE LA REFORMA DE LA ORTOGRAFIA

> VALDÉS.—... de manera que pues la pronunciación es con *h*, yo no sé por qué ha de ser la escritura con *f*, siendo *fuera de propósito que en una lengua vulgar se pronuncie de una manera y se escriba de otra.* Yo siempre he visto que usan de la *h* los que se precian de escrivir pura y castellanamente. Los que ponen la *f* son *los que no siendo muy latinos van trabajando de parecerlo.*
>
> ..........................................................
>
> TORRES.—No sé yo si osariades dezir esso de la Chancillería de Valladolid...
>
> VALDÉS.—¿Por qué no?
>
> TORRES.—Porque os apedrearían aquellos notarios y escrivanos *que piensan levantarse diez varas de medir sobre el vulgo, porque con saber tres maravedís de latín, hazen lo que vos reprehendéis.*
>
> (VALDÉS: *Diálogo de las lenguas.)*

Este pasaje del curioso *Diálogo de las lenguas,* del humanista español del siglo XVI, viene como anillo al dedo a los que han plantado una *h* a armonía, una *p* a septiembre y otras zarandajas por el estilo, para cuya invención no hace falta más de tres maravedis de lenguas clásicas.

Ahora que, coincidiendo en parte con otras campañas análogas, como la emprendida en contra del latín, se sostiene, sobre todo fuera de España, una en pro de la reforma ortográfica en dirección al fone-

tismo, y la Academia francesa entra por el aro, a la vez que la nuestra, debiendo ser conservadora, se hace reaccionaria; hoy que se constituyen sociedades para trabajar en el asunto de esta reforma, creemos no inoportuna la publicación de las observaciones siguientes:

## I

Los dos polos entre que se mueve el proceso de las variaciones y cambios ortográficos; los dos sistemas radicales de ortografía son: el fonético, en que cada sonido se representa por un solo signo, no valiendo, por tanto, cada signo más que por un sonido, y el etimológico, que mantiene y perpetúa signos de sonidos muertos, como la naturaleza deja a un animal como pendejo de estorbo un órgano muerto cuando su función ha cesado. Conserva signos que, o no suenan, o suenan de diferente manera en casos diferentes. *Mitolojía,* que es como escribía este vocablo el doctísimo don Andrés Bello, es un ejemplo de escritura fonética, y de etimológica *mythología,* como escriben los portugueses, conservando la *y* y la *th* que adoptaron los latinos para reproducir sonidos griegos, a los que, por carecer de ellos, no hallaban signo correspondiente en su propio alfabeto.

A estos dos sistemas polares de ortografía corresponden dos tendencias, la fonetística y la etimológica, que han luchado en la escritura sobreponiéndose, ya la una, ya la otra, según la mayor o menor pedantería y la incuria más o menos grande de los escritores. Y con estas dos tendencias ha cooperado otra tercera, la analogía, que ha llevado a ciertos vocablos un signo que no les compete, por la seme-

janza de aquéllos con otros en que es el tal signo pertinente [1].

La escritura alfabética, en su principio, debió de ser fonética, pues no se comprende a qué designio gentes sin conocimiento de la genealogía de su lengua que por la escritura se conserva habrían de armar embrollos de letras que, o no suenan, o ya suenan de un modo, ya de otro. La palabra hablada es más alada y libre que la escritura; es aire que el viento lleva, mientras lo escrito permanece. Y así como el vapor toma mil formas caprichosas, según el viento que corre, y el hielo conserva la que le dió el recipiente en que se formara hasta que se le arranca a viva fuerza o a lento deshielo, así el *flatus vocis* es más variable y rápido en su evolución que el jeroglífico. Vive el sonido y cambia, según número y medida, al rodar por las bocas y oídos de las generaciones, mientras el signo, atado a la piedra o pergamino, se petrifica o apergamina y queda.

Y tanto corre a las veces el verbo y tan pesado en seguirle es el escrito, que, habiendo arrancado juntos, acaban por perderse de vista, o poco menos, como se ve comparando el idioma inglés hablado con el inglés escrito. Porque el inglés escrito representa un período antiquísimo de la lengua hablada, desde el cual se ha desarrollado ésta enormemente.

En todas las épocas parece que el impulso natural habría de llevar al que escribe a acomodar la palabra escrita a la hablada; pero en todas, desde que se inventó la escritura, ha habido espíritus adulterados por la educación o retenidos por la rutina. En los albores de nuestra literatura patria tenemos al buen clérigo Berceo, *preste sabidor de la fabla de Tu-*

---

1 En virtud de la analogía se cometen no pocas faltas, como los que escriben *extrategia* por estrategia, engañados del principio de vocablo que creen sea la preposición latina *extra*, con la que nada tiene que ver, o *excéptico* por escéptico, figurándose erróneamente que hay en ello algo de *excepto* o *excepción*.

*lio e Marón*, de quien el benemérito don Tomás Antonio Sánchez decía no hallar camino para disculparle por la falta de consonante que notaba en algunas de sus coplas, citando al propósito que hacía rimas *benedicto* y *victo* con *fito* y *zatico* o *quantos* con *sanctos*, sin echar de ver que rimaba a oído y no a vista. El autor del *Diálogo de las lenguas* decía más tarde que él no escribía como muchos *sancto* y *significar*, porque esas *c* y *g* no sonaban. ¿Cuánto va a que dicen, como la boca y el oído mandan, *Setiembre*, *suscritor* y *oscuro* los más de los señores que han preceptuado se escriba *septiembre*, *subscritor* y *obscuro*, en toda España y sus Indias?

Una vez indicada a grandes rasgos la evolución de la ortografía, pasemos a otra cosa.

## II

Son tantos los inconvenientes, si cada uno de ellos insignificante por sí, sumados todos ellos, uno bien grande, que se originan de la escisión entre la lengua hablada y la escrita; da, sobre todo, tanta lástima el tiempo que se pierde en enseñar ortografía a los niños y el malgaste de memoria y atención que de ellos se exige al caso, que en todos tiempos ha habido almas generosas que, anhelantes de libertarnos de ese engorro, han propuesto reformas ortográficas más o menos ingeniosas y practicables. En Francia es lógico que haya sido este movimiento mucho más vivo que aquí, por diferenciarse muchísimo más en el francés que en el castellano la lengua hablada de la escritura. Basta recordar las disputas que a mediados del siglo XVI sostuvieron meigretistas y antimeigretistas, y la serie de autores que han tratado esta cuestión desde Meigret (1545), pasando

por el célebre Pedro Ramus (en su *Gramère,* 1562), hasta nuestros días, en que la Academia francesa ha recibido una petición con más de 10.000 firmas de profesores de enseñanza primaria, bachilleresca y facultativa, en demanda de la apetecida reforma.

En esto, como en todo, hay los que quieren nadar a favor de la corriente adelantándosela, los que se empeñan en nadar llevándole la contraria y los que se dejan llevar por ella blandamente sin más trabajo que el de mantenerse a flote, es decir, que hay revolucionarios, sean progresistas o retrógrados, y posibilistas o conservadores.

Los unos quieren entrar a tajo y mandoble en la ortografía y no dejar *h* y *v* con hueso sano, y revolver todas las ces, qus y ges y jotas haciendo tabla rasa de aquellas reglitas, llenas de encanto tradicional, acerca de las palabras que se escriben con *b* y con *v,* aquellas reglitas impregnadas de dulces recuerdos infantiles. Sería una medida crudelísima que ocasionaría grandes sinsabores a los hombres hechos y acostumbrados a la ortografía hoy usual, proporcionándoles larga serie de tropiezos y dificultades la ruptura de la asociación mental establecida por hábito entre la palabra escrita y la hablada, pues un escrito falto de ortografía es costosísimo de leer. Nada de entrar a tala, a roso y velloso, hay que respetar derechos adquiridos y honrar a la tradición.

Tampoco faltan los retrógrados absolutistas que quieren volvernos hacia atrás y resucitarnos signos de sonidos muertos, meras cáscaras sin almendras, para colgárselos como flamantes arreos a nuestras actuales voces, que ya sea imposible hacérnoslas pronunciar a la antigua, vístanse a ella por lo menos. Entre estos ortografistas, o mejor dicho, heterografistas retrógrados, pondré como ejemplo al helenista don Fernando Segundo Brieva Salvatierra, *cathedrático* de historia crítica de España en la Uni-

versidad de Granada, el cual, en su obra *Las siete tragedias (tragoedias* debía decir) *de Eschylo* (¿y por qué no *Aischylo?*) *puestas del griego en lengua castellana,* escribe *Prometheo, Thebas, hypogripho* y otras lindezas por el estilo, como si fuera menester de ello para que se sepa que sabe mucho más que tres maravedís de griego. Lo justifica diciendo en las "Cuatro palabras al que leyere":

"En la orthographia me he aventurado a introducir una novedad; si merece tal nombre volver al modo de escribir de nuestros abuelos del siglo XVII. En la poca fijeza de la orthographia castellana parécenos que lleva gran ventaja la antigua, que escribía conforme al origen etymológico de las palabras, con que gana la claridad del significado. Si a esto se atendiera, ¿cuántas dificultades y dudas que hoy se ofrecen para escribir bien no desaparecerían?"

Alto aquí, porque en este breve, pero sustancioso, parrafito, se exponen en resumen todas las razones de los heterografistas retrógrados, todas, que no son más que una.

Que con escribir conforme al origen etimológico gana la claridad del significado... Vamos por partes.

En primer lugar, aun cuando ganara, es mayor el perjuicio que se sigue, máxime cuando la claridad del significado no depende de la etimología, pues da aquél muchas vueltas. ¡Aviado saldría quien de la etimología quisiera sacar lo que es pontífice o presbítero o persona!

En segundo lugar, para el que sabe lenguas clásicas, tales ringorrangos están de más; él sabrá hallar la etimología de los vocablos escritos como hoy los ponemos, y para el ignorante en aquellas lenguas son un estorpo esas *th, ph, y* griegas y otros enredos.

En tercer lugar, y esto es lo más importante acaso, la ortografía etimológica es la menos científica por ser la más pedantescamente artificiosa, porque no repro-

duce el *hecho vivo* tal y como es, con la mayor exactitud posible. ¡Aviado quedaria el extranjero que leyendo nuestra prensa creyera que en español se dice septiembre! ¿Y qué diríamos si algún futuro sabio elefante tudesco endilgara una disertación acerca del fenómeno sorprendente de que habiéndose reducido la *pt* latina a *t* castellana, según *ley natural,* volvió a resucitar la *p* en el último cuarto del siglo XIX?

Entre estas dos tendencias extremas, los revolucionarios fonetistas y los etimologistas, marchan paso a paso los conservadores o posibilistas, los que sin violentar la marcha natural de las cosas procuran acelerarla, o más bien quitarle estorbos del camino. No ha de confundirse con el de éstos cierto evolucionismo que fija hitos para la total reforma y la señala a plazos, como la graciosísima proposición que en 1859 hizo en Francia Casimiro Henricy de reformar en diez años la otrografía francesa, dividiendo las reformas en cinco grados escalonados de dos en dos años. Esto sí que se puede llamar jacobinizar la evolución.

Procediendo por ejemplos para mostrar lo que es el sano *posibilismo* en reformas ortográficas, mencionaremos al meritísimo don Andrés Bello, espíritu circunspecto, aplomado y poco amigo de brusquedades, que escribía *i* latina siempre que ésta fuera vocal (i, hai, voi) y jota en todo sonido de *ge* fuerte (lójica, jeolojía), relegando la *g* para las sílabas ga, gue, gui, go, gu. Nótese que esta modesta reforma, sin romper asociación ninguna y manteniendo el sonido actual de la jota *y* de la *ge,* introduce un orden en aquella anarquía de escribir *mujer* o *muger, extranjero* o *extrangero,* y reduciendo la *ge* a no más uso que el de su sonido suave, prepara el olvido de que sonara como la jota, y la caída consiguiente de la *u* de gue, gui, naturalísima cuando ya no se emplee *ge* con sonido de jota. En esta pequeñez de escribir Bello *jeolojía,* ¡qué curso de verdadero *posibilismo!*

Tenemos otros, a las veces progresistas y otras retrógrados, que no van ni al vado ni a la puente, no se están parados, ni suben, ni bajan, ni se están quedos, arbitrarios casi siempre, que no quieren romper con la tradición erudito-pedantesca y nos vuelven a ella a medias, conservadores, en fin, a la española, que todo lo embrollan y nada conservan.

Entre estos últimos está nuestra desdichadísima Real Academia de la Lengua. Vamos con ella, quiero decir, contra ella.

## III

Nuestra Real Academia de la Lengua ha preceptuado para limpiar y fijar nuestro idioma que se escriba *Septiembre, subscriptor, obscuro,* etc., etc., lo que todos, incluso también los académicos, decimos y *debemos decir* Setiembre, suscritor y oscuro, y la prensa, que pone a esa Academia como no digan dueñas cuando no da una de sus poltronas de ocioso a cualquier favorito de la *opinión* más o menos periodística que tenga de lingüista lo que la prensa de independiente de todo prejuicio [1], esta misma prensa adopta y emplea servilmente la pedantería preceptuada.

Es tal el desbarajuste que con esos preceptos simples ha introducido la Academia, que lo mismo que aquel hablista de marras sabía decir de tres maneras

---

1 Algún día nos ocuparemos en lo absurdo que resulta que esa misma prensa, que parece querer se convierta a la Academia en un refugio adonde vayan a cobrar dietas por ser escritores eminentes los que no sirvan para las labores académicas, se eche encima del *Diccionario* y lo ponga de chupa de dómine. O la Academia es un panteón de eminencias vivas, o es una corporación de labor y trabajo. De todos modos, resulta estupendo llevar a una Academia de la *Lengua* a escritores de grandísimo talento, de estilo brillante, de alto valor literario, pero que destrozan despiadadamente la lengua castellana.

*porcurador, percurador* y *precurador,* así hay hoy quien sabe escribir de tres maneras una misma palabra: *subscritor, suscriptor* y *subscriptor.*

Santo y bueno que la Real Academia no nos haga escribir *qerer* o *kerer, bizioso, gerra,* sistema muy bueno si todos fuéramos ángeles, pero para el cual no está aún madura España; y sistema que acarrearía la baja de los fondos gramaticales. No, Cánovas, y Dios nos libre de que la Academia se lance al campo revolucionario progresista. Pero la verdad es que eso de quedarse a medio camino no nos parece bien, pues una vez en él, ¿por qué no nos manda escribir *siepte, aptar, escriptor, ebsconderse* con tanta razón como *Septiembre, subscriptor* y *obscuro,* y por qué se queda con *subjeto* y no llega a *subjecto?* ¡Vaya un modo de *limpiar* la lengua llenándola de barreduras y espolvoreando sobre ella toda la caspa que soltó hace tiempo!

Los académicos reformadores saben los tres maravedís de latín que son menester para conocer que setiembre deriva de *september,* pero por lo visto ignoran la ley de la vida del castellano, que es cosa distinta de los textos muertos; la ley del legítimo fonetismo castellano que hizo de *septem* siete, de *aptare* atar y de *septembrem* setiembre. O ¿es que pretenden al hacernos escribir una *p* muerta que la pronunciemos *en contra de las leyes fonéticas de nuestra lengua,* de lo que el oído y la boca no pervertidos por la masturbación pseudo-clásica nos mandan?

Verdad es que nada debe extrañarse en este punto de los que han sancionado el enorme cúmulo de desatinos que encierra la parte etimológica del *Diccionario Oficial,* parte que revela la más crasa y más vergonzosa ignorancia de la lingüística románica.

Puestos a oponerse a la ley de vida que brota del pueblo, maestro supremo de la lengua; puestos a resistir la corriente natural de las cosas, podían haber

seguido al señor Brieva y mandar que escribamos *phthisis* y *diphtheria*. Serían lógicos siquiera.

Estos disparates académicos son atrozmente más disparatados que los del pueblo, porque los de éste provienen casi siempre de que sigue fiel a las leyes de vida que presidieron a la formación del castellano, leyes cuya acción ha detenido la lengua literaria escrita, y así al decir *presona* no hace sino lo que sus abuelos al hacer del latino *percontari* nuestro corriente y a la vez literario *preguntar*.

Más *razón* hay en el vulga al decir *güerta*, *caráuter* o *doldrá* y otras cosas que se creen hijas de desidia, que en el erudito calafateado y embreado contra el aire fresco de la lengua viva, que busca el idioma en librotes empolvados y no en medio de la calle, que dice telegrama o intervalo (llanos) y escribe *obscuro*. Por disparate pasa *doldrá* y no *valdrá*, *sicologia* y no *salmo*, y por disparate pasa hoy *oscuro*, que es como la escribían nuestros clásicos. No es cosa de defender en todo y por todo al pueblo, ni se puede negar que la lengua viva tiene sus enfermedades y su aspecto patológico, pero éste se agrava criándolo en estufa y, sobre todo, enseña tanto a hablar y escribir correctamente y con propiedad la Gramática académica como la fisiológica a digerir. Pero Grullo, sin haber estudiado ni fisiología, ni lógica, ni gramática, digiere, discurre y habla mejor que la generalidad de los académicos.

No necesita el castellano para conservar su pureza y el sello de su abolengo noble que le planten esos caireles y flecos y borlas llenos de jeroglíficos, que no por vestir a la antigua usanza a un *quidam* cualquiera resultará con aire de nobleza. Sin toga vieja y remendada es el castellano latín hasta los tuétanos.

Escribir *harmonía* puede probar que se han comprado tres maravedís de griego, y ni esto, porque en fran-

cés e inglés así escriben, pero es una pedanteria inútil que no limpia, sino que ensucia la lengua.

Habíamos creído siempre que el castellano sirve al uso diario de toda clase de españoles y que su mayor utilidad es hacer que nos entendamos; pero, según parece, su fin esencial es prepararnos al estudio del latin.

## IV

Si tal prurito reformista cosquillea a la Academia, ahí tiene el ingente desbarajuste de nuestra ortografía usual y corriente, que unas veces se ajusta a la etimologia y otras no. Mejor es meter mano en los desaguisados que a diario hace cometer la comezón pedantesca.

¿Por qué se ha de escribir *inconsciente* e *incognoscible* en vez de *inconciente* e *inconocible* cuando todos escribimos y decimos *conciencia* y *conocer* y no *consciencia* ni *cognoscer?*

Sirva de otra muestra el abuso que se hace de esa desdichada *x*. Por lo mismo que el sonido de *x* ante consonante es tan poco popular y natural en el castellano que de ordinario no se oye en la lengua hablada, pone mucha gente sumo cuidado en que no se les escapen al escribir las *x*, y, en caso de duda, en vez de irse con lo que la lengua les pide y el pueblo usa, plantan una *x* más grande que una casa donde no es menester ni lo pide la etimología, sino que la rechaza, como en *excéptico, explendor, expontáneo, expoliación, excisión,* y otros casos que a diario se leen en nuestros periódicos de mayor circulación.

Y esto lo hacen gentes que, si no saben latín, saben francés y están hartas de leer *sceptique, splendeur, spontanée, spoliatión, scision,* gentes que por nada del mundo escribirán *estensión* y *estraño,* que

es como pronuncian la inmensa mayoría de los españoles.

¿Qué más? ¿No hemos leído mil veces escrito *caoutchouc,* que es como tienen que escribirlo los franceses para leer *cauchú,* y que en castellano es un puro disparate? [1].

¿No escribimos todos *kilómetro,* lo que etimológicamente debiera ser *quilómetro,* con una k antipática y anti-española? Porque kilómetro no puede querer decir sino "medida de burro", pero no "mil medidas".

Esa Academia que nos hace añadir más haches a las ya muchas, y todas inútiles, que hay, ¿por qué no manda que las quitemos donde etimológicamente sobran, ya que parece toma por norma de sus reformas la etimología?

Todo esto podrá parecer chinchorrerías y pequeñeces, pero mirando hondo, no lo son tanto, pues en ellas se revela un aspecto de nuestra sociedad, uno de los síntomas de los efectos producidos por la escisión de clases sociales que llevó consigo la de formas de lenguaje. Todos esos pruritos pedantescos tienen una raíz muy honda, y no hay que despreciar por insignificante el fenómeno de que haya gentes que larguen *x* a porrillo porque no se diga que escriben como habla el vulgo.

¿Cuál es, en efecto, el principal y hondo obstáculo a la reforma de la ortografía?

---

1 A este propósito me acuerdo de uno de nuestros más celebrados y leídos escritores festivos, desgraciadamente para su gracia muy pedante, que cita frasecitas en diversas lenguas y larga una diéresis sobre Schopenhaüer, que es lo que hacen los franceses para leer *au* y no *o*, pero que en alemán no existe. Y como ésta tiene otras caídas que demuestran que el alemán que conoce es alemán traducido del francés.

Al mismo género pertenece otro escritor que, en su empeño por españolizar los nombres propios, le llamó Ivano a Juan Turgenef, y Herberto a Eriberto Spencer.

Las cosas, o no hacerlas, o hacerlas bien.

## V

"Si se adoptara una ortografía fonética y sencilla, que, aprendida por todos pronto y bien, hiciera imposibles las faltas ortográficas, ¿no desaparecería uno de los modos de que nos distingamos las personas de *buena educación* de aquellas que no han podido recibirla tan *esmerada?* Si la instrucción no nos sirve a los ricos para que nos diferenciemos de los pobres, ¿para qué nos sirve?"

Estas reflexiones, conscientes o inconscientes, expresas o tácitas, bajo pretextos especiosos, dense o no se den cuenta de ellas, se las hacen seguramente cuantos viven influídos por los sentimientos de holganza y lujo que provoca nuestro estado social de rapiña y de privilegio.

Entre los chinos es de una exquisita elegancia no cortarse jamás las uñas, dejándolas crecer y cuidándolas con cariño y paciencia; y la razón de esto es que el llevarlas largas es señal de que no se trabaja con las manos y de que el elegante ungulado no necesita dedicarse al trabajo *servil,* único de que la religión nos manda descanso, y de que puede dedicarse a hombre de rapiña. Esta moda chinesca, símbolo, aunque al parecer insignificante, muy significativo, de un sentimiento de barbarie impropio de un amo de esclavos, ha arraigado entre nosotros.

No otra cosa significan, ni son más que largas uñas de elegancia chinesca la mayor parte de las modas, maneras y usos de *buena sociedad,* el gastar ortografía inclusive. Son medios que para distinguirse del pueblo *inculto y grosero,* mediante gestos, muecas, visajes, pendejos, cintajos, colgajos, plumajes y exterioridades, emplean los que en nada se distinguen de él por la interioridad, los que le son inferiores en

muchos respectos y, sobre todo, en el principal de ellos, en la aptitud para el trabajo socialmente útil. ¡Cuánto tiempo perdido en aprender futilidades y hasta desatinos que no tienen otro objeto que hacer al hombre *presentable en sociedad!* ¡Qué años tan hermosos y qué energías tan frescas malgastadas en dar a los sentimientos y las ideas un barniz de *finura* para que no nos confundan con los pobres que gastan callos en las manos! ¡Qué martirio aquel a que se somete a los pobres niños para que no sean *ordinarios!* ¡Qué feroz insistencia la de los padres y los maestros en torcer lo derecho y corroborar lo torcido de sus naturales instintos! Desde que, aún mamoncillo, se le está importunando para que no se sirva de la mano izquierda, hasta que se ve obligado, a las veces contra su gusto, a aprender a bailar el rigodón o a jugar al tresillo, ¡qué vía-rucis de estupideces! Y es lo peor que una vez que se ha aprendido una cosa, quiere soltarla, venga o no a pelo, quiere hacer uso de sus pendejos podridos, quiere embozarse en andrajos deshilachados aunque no le abriguen. Tanto como se nos enseña, nadie lo hace a que sepamos olvidar, porque pocos meditan que, con el sonido sobre el silencio augusto, la ciencia se basa sobre la ignorancia viva, sobre el saber ignorar y olvidar. Los que han aprendido nuestra tradicional ortografía, ¿van a desaprovechar el resultado del esfuerzo que emplearon en aprenderla?

Dicen los pregoneros de la reforma de la ortografía que el aprender ésta supone una gran pérdida de tiempo. Tanto mejor. El saber ortografía probará así que se ha podido perder tiempo en aprenderla, que la madre no ha necesitado al niño en casa, que el feliz que no se equivoca al escribir *alhaja* no se ha visto obligado a ir de pequeñuelo a la fábrica a que le estrujen el alma para alimentar con su jugo al po-

brecillo que tiene que aprenderse la lista de los reyes visigóticos, que puede gastar uñas chinescas, en fin.

Hasta hoy los reformistas sólo la han emprendido con la ortografía tradicional, con el latín y con otras cuantas cosas, pero, ¡cuánto reformable!, ¡qué inmensa balumba de conocimientos inútiles *para la generalidad* y más inútiles aún como se enseñan! ¡Qué frecuente es oír: "Debe usted hacerle bachiller; adorna mucho y da cultura al espíritu!". ¡Cultura al espíritu las letras impresas en vez de hechos que alienten vida! ¡Cultura al espíritu el gerundio y las oraciones de infinitivo y de *sum*, y la lista de las dinastías egipcias y los motes de cuatro bicharracos y la descripción de la máquina de Atwood! ¡Pobre cultura la de las generaciones en cultivo!

El hombre *culto* y *bien educado* bachillerescamente no sólo es incapaz de manejar un martillo o un hacha, si alguna vez le es preciso, sino que desprecia al que los maneja, y les desprecia de corazón porque está tan mal educado que escribe *ombre* sin hache.

Y el *culto* no sólo no sabe servirse de un martillo o de un hacha, sino que tampoco de su entendimiento para comprenderlos. No comprende el *hecho* más insignificante, el verdadero hecho, el palpitante hecho de carne de la naturaleza y no el miserable engendro que como tal le dan en letras de molde. Ignora que la materia de la ciencia la tiene en derredor, que se codea con ella todos los días, y en el asunto que más principalmente venimos tratando ignora que el pueblo es el maestro de la lengua, que el disparate del docto es más disparate que el de Pero Grullo, que no hay Academias ni gramáticas, ni escuelas que valgan junto a la ley de la vida.

¡Cuánto podría decirse acerca de todo esto! ¡Cuánto acerca de ese constante empeño que el *señor* o *caballero,* el que tiene importancia gracias al caballo, tiene de distinguirse del *hombre,* título el más

noble, título del que por sí tiene importancia, del simple hombre, y distinguir de él por el traje, por el gesto, por el lenguaje, por la ortografía!

Adoptar una ortografía sencilla y fácil, que haga imposibles las faltas ortográficas, es algo como adoptar un uniforme. Si no nos distinguimos por el traje, ¿qué será de nosotros? Si al que lleva levita se la quitan, y con ella la ortografía y el bachillerismo, y le cortan las uñas chinescas, ¿dónde está el *caballero?*

La verdad es que si los tres maravedís de latín que nos dan y las reglitas para saber cuándo hay que poner *b* y cuando *v*, y si esto no es una especie de uñas chinescas, no vemos bien para qué sirve ni qué alimento da a la enjundia del espíritu.

(Este escrito, al que, como habrá observado el lector, pasaron varios pasajes del anterior, fué objeto aún de una nueva reelaboración. En efecto, en diciembre de 1896 firmaba en Salamanca el titulado "Acerca de la reforma de la Ortografía castellana", que ese mismo mes vió la luz en la revista *La España Moderna,* Madrid, tomo VIII, núm. 96, págs. 109-127, más tarde incorporado en esta definitiva redacción a sus *Ensayos,* Madrid, Residencia de Estudiantes, 1916, tomo II, págs. 131-162, acogidos hoy en esta edición de *Obras Completas,* tomo III, págs. 181-198.)

En Salamanca y marzo de 1894.

(*Revista Española.* Madrid, año I, número 2, 20 marzo 1894.)

# YANQUESES

Al subir hace unos días al tren en un pueblo de la provincia de Salamanca varios reclutas, oí que les decía una mujer del pueblo:

—¡Luego, cuidao con los yanqueses!

Esta mujer cumplió con el nombre *yanqui* un oficio de adaptación orgánica a la índole del idioma castellano, dándole la forma más castiza.

Es natural que donde se dice francés, portugués, inglés, holandés, danés, etc., se diga *yanqués*.

En la versión que la mujer supradicha dió del vocablo, aquí en España libresco y exótico de *yanqui*, obró con entera espontaneidad la ley de la analogía, que representa en la evolución de las lenguas el elemento espiritual, así como la ley de variación fonética representa el elemento material.

Sobre el hereditario caudal que constituye el fondo de un idioma obran, lo mismo que sobre todo otro fondo orgánico heredado, la fuerza selectiva y la adaptación, encargada esta última de reparar en gran parte las pérdidas que el desgaste fonético ocasiona. El principio adaptativo, al que cada día se concede mayor importancia en lingüística, se manifiesta en la vida de las lenguas por la analogía, o sea la tendencia a asimilar los vocablos y las inflexiones a las formas dominantes en cada lengua, asumiendo la más en consonancia con el carácter total del idioma.

No hay manera de derivar de las formas latinas correspondientes nuestros *dió, vió, corrió,* etc., formados analógicamente sobre *amó, llegó,* etc., de verbos de la llamada primera conjugación, donde tales flexiones se explican etimológicamente.

Pero donde la analogía cobra su mayor eficacia es en la formación y adopción de nuevos vocablos.

Voces como *nitramita* y *ciclalgata* son etimológicamente absurdas, pero formadas por analogía sobre *dinamita* y *cabalgata,* no tienen menos legitimidad que tantos otros vocablos de igual prosapia, corrientes y molientes hoy a todo ruedo.

Mas hay que llegar a la lengua popular y estudiar los llamados barbarismos del pueblo, mucho menos bárbaros que las pedanterías de los doctos, para ver en todo su juego la analogía.

Es una verdad de Pero Grullo la de que ni la fisiología enseña a digerir, ni la lógica a discurrir, ni la gramática a hablar, pero hay que ir más lejos y añadir que hay más dispépsicos entre los fisiólogos que entre los que ignoran que tengan páncreas, y en cuanto a la lengua es la del pueblo, libre de gramatiquerías y de librescas influencias, la más íntimamente castiza, con casticidad que salta por encima de purismos.

La gramática aparta de la lengua popular, la filología vuelve a ella.

Vuelvo a la analogía. Hay aquí, en Salamanca, una preciosa torre del Clavero o llavero de la ciudad en un tiempo, y como Clavero no significa hoy nada para el pueblo, le dan el nombre de torre del Clavel, lo mismo que en Roma de *Capidoglio,* derivación italiana normal del latín Capitolio, han hecho *Campidoglio,* campos de aceite, aunque nadie sepa que haya habido jamás olivos en el Capitolio. Más de un *Castroverde* de España, ni tiene, ni ha tenido nada de verde, sino de *Castro Viejo,* siendo *vedre* una for-

ma análoga a las que vemos en Pontevedra, Murviedro, Saavedra, etc. Como *Castrovedre* no les decía nada, lo hicieron verde.

Al seminario he oído llamarle *desaminario* y a alguno que se las echaba de más leído *examinario,* como lugar en que se *desamina* o examina, aunque nada tenga que ver con esto la palabra seminario, *sembrero* o semillero. Hay aquí quien llama a la cloaca, *colaca,* lugar por donde se cuelan las aguas. La frecuencia, en fin, con que se lee *vagamundo* por vagabundo —voz análoga a errabundo, nauseabundo, meditabundo, etc.—, proceden de la errónea suposición de que deriva de "vagar por el mundo".

Sería cuento de nunca acabar el ir mostrando la extensión del principio de la analogía, ya en las desviaciones patológicas de la lengua, ya en su desarrollo fisiológico normal, donde es tan grande.

Se empezó escribiendo *yankee,* sin hacer sufrir adaptación alguna al vocablo; adoptóse luego *yanki* reduciéndolo a su pronunciación inglesa; muchos, suprimiendo la antipática y exótica *k,* le han dado aire más castellano, *yanqui;* pero aún queda por dar el paso que el pueblo ha dado ya en más de un sitio, y llamarles *yanqueses.* Si el vocablo hubiese podido venir a España en el tiempo en que era aún el castellano una lengua de veras viva y hondamente popular, en aquel tiempo en que se castellanizaron los nombres geográficos de Flandes y de los países todos por donde anduvieron a tajo y mandoble nuestros abuelos, es seguro que correría hoy el vocablo *yanqués* tan naturalmente como corren sus análogos.

(*La Correspondencia de España.* Madrid, 24-V-1898.)

# LA ACADEMIA DE LA LENGUA

Cada vez que se trata de proveer una vacante en la Real Academia Española de la Lengua discute la prensa a los candidatos, censurando con frecuencia el nombramiento que se lleva a cabo. Importa muy poco la cuestión en sí, como no sea al agraciado, pero importa algo más lo que debajo de ella se cela y oculta. La manera como se trata por lo general lo que a tales nombramientos respecta es algo profundamente sintomático del modo de pensar español y de vicios radicales de nuestra menguada cultura.

Considérase por lo común a la Real Academia de la Lengua como un panteón de consagrados, como un instituto en que se reúnen nuestras eminencias *literarias,* algo así como una Legión de honor para nuestros escritores. Cada uno de sus sillones equivale a una condecoración. Si alguna vez la Corporación prefiere un modesto especialista en filología a un escritor popular y justamente aplaudido, la mayor parte del público que de estas cosas se preocupa protesta.

Pero es el caso que la Real Academia no se limita a ser panteón en que unas cuantas celebridades nacionales cobren dietas por cambiar impresiones, hacer papeletas y contarse chascarrillos, sino que se mete en labores científicas de arduo cometido; ya en juzgar trabajos técnicos de investigación lingüística, ya en componer gramáticas y diccionarios.

Todo el mundo recuerda el último famosísimo Diccionario de la Real Academia, ese curioso archivo de infinitos disparates. Los de más bulto e importancia práctica han sido puestos muy de relieve, con virulencia nada recomendable. Pero hay otros que si bien han pasado aquí desapercibidos —(ya sé que lo castizo es *inadvertido,* pero me quedo con lo corriente de hoy, castizo de mañana)— han dado ocasión a que se corrobore entre los doctos extranjeros la pobrísima idea que de nuestra cultura tienen. Al dedicarse la Academia a publicar un nuevo diccionario abrigó la mała ocurrencia de que fuese etimológico, y como entre los eminentes *literatos* que la formaban no había, por lo visto, quien se sintiese capaz de tamaña empresa, solicitaron y obtuvieron la ayuda de un padre jesuíta, que pasa por sabihondo filólogo entre los que han oído hablar de que existe una ciencia filológica, erudito desempolva-mamotretos este padre que ha escrito acerca del vascuence y del celta los más donosos desatinos. ¡Y allí fué ella! Nuestro hombre, sin conocimiento del bajo latín, sin consultar ni a Ducange, ni a Díez, ni a Littré siquiera, sin la menor idea de lo que sean y signifiquen la fonética y la morfología científicas, se echó a buscar etimologías al buen tun tun, salga como saliere, aunque fuese acudiendo al turco, al chino, al anamita o al mismísimo hotentote. La parte etimológica del Diccionario es una vergüenza, una vergüenza imperdonable en la Corporación que la sancionó, un estigma de la más desahogada incipiencia. La tal parte tiene el valor que tendría una química escrita conforme a los principios reinantes en el siglo pasado. Su autor o autores son extraños a los métodos y procederes de la lingüística científica; son eruditos y nada más que eruditos, que es lo menos que se puede ser.

¿Y por qué ocurrió esto? Por componerse la Acamia en su totalidad entonces de literatos, eruditos.

humanistas, hablistas si se quiere, pero no de especialistas en lingüística. Parece que la Corporación, advertida de su flaqueza, quiso posteriormente rectificarla y escogió para reforzarse a lingüistas, prefiriéndolos a eminentes escritores. Y muchas de aquellas mismas personas que se ensañaron con ella por los despropósitos del Diccionario, la censuraron su cuerdo proceder en este caso.

La primera enseñanza que de todo esto se desprende es la de que es general la ignorancia de lo que una lengua es y significa y del modo de estudiarla, trabajarla y conservarla. Suponer que un eminente hablista sea el más apto para juzgar o llevar a feliz término trabajos acerca de la lengua, es como creer que el hombre más sano sea el mejor fisiólogo y que nadie mejor que un gimnasta nos pueda dar lecciones acerca del funcionamiento orgánico de los músculos. Era incapaz el ilustre Corssen de hablar el latín como Cicerón, y, sin embargo, ha poseído aquél lo que éste no pudo poseer, la *ciencia* del latín, el conocimiento de su filología. Muchos académicos habrá que no tengan respecto al proceso y vida de la lengua que hablan y escriben, con todo el casticismo que se quiera, concepto tan claro y exacto como algunos extranjeros que, puestos a hablarla, la chapurrearán de seguro.

¿Qué papel se quiere que juzgasen en obra tan delicada como la confección de un diccionario, si ha de responder éste a la vez que a exigencias prácticas a las científicas, poetas, novelistas, oradores y literatos que manejan la lengua por instinto nada más? Y no son éstos los peores. Los peores son los literatos o eruditos *aficionados* a la lingüística, los que de esta ciencia poseen el barniz necesario para darse tono, los que toman la filología como una rama de las humanidades y no como una de las llamadas ciencias naturales, que es lo que es.

La transformación de las consonantes explosivas fuertes en las medias, los fenómenos de paladialización a que la influencia de la *i* da lugar, las complicaciones de la metátesis, el amplio juego de la ley de la analogía, son elementos cuya profundización exige un estudio muy distinto que para disertar acerca de Nebrija, Hervás y Panduro o la sonoridad de Fray Luis de Granada. El conocimiento claro de la ley de Winteler importa más a este respecto que toda esa erudición histórica, muy útil en todo caso.

No quiero decir con esto que haya de excluirse a los hablistas instintivos, a los lingüistas inconscientes, no. Una Academia de técnicos en lingüística sería temible. Es fácil que se empeñasen en que la fisiología enseña a digerir. Hay que tenerle tanto miedo a la ciencia, o a lo que así se llama, cuando actúa sola, como a la literatura que campea sin freno. El sano instinto de un hablista, de un escritor u orador a quien le brote el casticismo de las entrañas, es algo de mucho valor, de imprescindible necesidad. Pero si en la Real Academia hubiese habido algún *técnico* de verdad, no habría dejado pasar, pongo por caso, en la introducción que un académico, diletante de filología, escribió en cierta obra que la Corporación ha editado a todo lujo, el descubrimiento estupendo de dos verbos en el antiguo gallego, *iouuer* y *prouuer*, que es como descubrir en castellano viejo *yoguir* y *ploguir* del *yoguiera* y *pluguiera* de los verbos *yacer* y *placer* (placuisti, plaukisti, ploguiste), y como éstos otros gazapos de igual calibre.

Si la Real Academia ha de ser un panteón de celebridades literarias y hasta políticas, no se le censure cuando disparata en un Diccionario y deja etimologuizar *more alchymistico,* sino más bien el que se dedique en absoluto a hacer algo que no sea cobrar dietas, y si se quiere que sus obras sirvan de norma y sus juicios técnicos alcancen valor, no se alce el grito

al cielo cuando prefiere un especialista, como tal casi desconocido del gran público que no se ocupa de esas cosas, a un escritor popular y prestigioso, que puede muy bien estar ayuno de ciencia del lenguaje y de conocimientos en romanismo.

Otra enseñanza de segundo grado, aún más fructuosa que la primera, se desprende de todo esto, y es la de que tenemos una marcada propensión a *literatizarlo* todo, ciencia inclusive. Es difícil que un hombre de ciencia llegue a adquirir aquí prestigio hondo y es muy curioso el análisis de cómo lo logra, cuando lo logra; pero si tiene algo de literato puede cubrir con la gallardía de la forma las mayores vulgaridades científicas, y a las veces hasta despropósitos. Tendemos a convertir la ciencia misma en literatura o en humanidades, en erudición más o menos diletantesca. Sería capaz la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de rechazar una monografía química en que se presentaran verdaderas novedades y descubrimientos positivos, porque estaba plagada de faltas de ortografía o redactada en un estilo lleno de barbarismos y solecismos. Lo que debía proscribirse son todos esos libros que se llaman de ciencia y no pasan de excusa para ejecutar galiborleos estilísticos y hacer alarde de lozanía de lenguaje. Lo meramente científico suele calificarse de *lata,* y lo *latoso* en España es la literatura actual que no es literatura. Cada día me parecen menos amenas las amenidades.

Yo no sé cuándo lograremos la fusión del arte y de la ciencia, cuándo nuestros artistas fecundarán su instinto con estudio reflejo y se esforzarán nuestros hombres de ciencia por dar vida palpitante a las verdades que descubren, cuándo fundiremos el plano topográfico, tomado con las cuidadosas triangulaciones con el paisaje arrancado de la impresión estética. Mas entre tanto bueno será que no se confundan las cosas y que no se nos dé gato por liebre. Y mejor será

todavía que nos convenzamos de que un gran tribuno, no por serlo, ha de conocer relojería mejor que un modesto relojero, y que el análisis de los grandilocuentes párrafos de aquél es labor de relojero de la lengua, mientras que el gran tribuno cuando se mete a relojero lo hace rematadamente mal, inventando neologismos que riñen con el organismo de la lengua de que tan egregio artista puede ser.

Malo es que la provisión de las plazas de académicos corra a cargo de ellos mismos, ya que suele darse el caso de que algún académico político apoye a un correligionario para limpiar, fijar y dar esplendor al castellano en cuanto... hacendista; malo es esto, pero peor sería que se proveyesen por sufragio de cuantos leen literatura y emborronan cuartillas, porque éstos suelen creer que un buen gimnasta es el mejor profesor de fisiología de los músculos. Todos éstos son los que transigen con esas desatinadas reformas ortográficas de la Academia, reñidas con la ciencia y con el sentido común. Y no contentos con ello nos las imponen a los demás. Más de una vez han aparecido en mis escritos erratas como *inconsciente, septiembre, obscuro* y otros disparates que no he escrito. En mi vida se me ha ocurrido incurrir en este seudo-tradicionalismo académico ridículo y absurdo, pedantesco y dañino, sino que me mantengo en el viejo tradicionalismo de Juan de Valdés y del maestro Nebrija, que tendían, con muy buen acuerdo, a la ortografía fonética, la más científica y la más práctica por ser la que más fielmente reproduce el lenguaje hablado *hoy* No necesito escribir *harmonía* para que sepan que yo, catedrático de griego por oposición desde hace siete años, sé el suficiente griego para saber por qué le plantan a ese término esa hache que está de más en él. Tampoco seré el primero que se las quite a las demás palabras, pero si alguien lo hace y logra generalizarlo, bien estará. Me disgusta

el papel de revolucionario lo mismo hacia adelante que hacia atrás, pero puesto a elegir prefiero escribir *ojetivo* a escribir *subjetivo,* y lo que es *incognoscible,* ni aunque me aspen! Protesto, pues, de esas erratas en que me hacen caer, y declaro que de mi puño y letra jamás escribo *obscuro,* aunque pueda hacerlo oscuro.

Lo mejor de todo sería que se suprimiese la Real Academia de la Lengua dejándole a ésta entregada a sus fuerzas y a su propio juego, sin tutores ni curadores. Mas para esto es menester que aprendamos bien todo lo que se dice al decir que el lenguaje es un organismo vivo, y que perdamos el culto supersticioso al purismo y a la erudición. Tenemos que volver a aquello de: *concepto de la ciencia.*

(*Vida Nueva.* Madrid, 19-XII-1898.)

# ESCARCEOS LINGÜISTICOS

## ¿LE O LA?, O SEA ¿HERENCIA O ADAPTACIÓN?

Varias veces se ha promovido en periódicos y revistas la cuestión de si debe predominar el *le* o el *la* como forma de dativo femenino, y casi siempre que se debate este punto suele todo ello reducirse a puro casuismo gramaticalesco, a lo que Juan de Valdés llamaba gramatiquerías... y armas al hombro, añado yo. Todo lo más que puede ocurrírsele al *leísta* o al *laísta* es enristrar una serie de ejemplos tomados de estos o aquellos autores más o menos clásicos. Su adversario le presenta otra retahila de textos en contrario, y es el cuento de nunca acabar. Y luego no falta quien diga: ¡no hay otro modo de tratar estas cuestiones!

Para debatir con algún fruto por este método cuestiones análogas, sería menester que algún pacienzudo masoreta tudesco se diera una buena sentada contando las veces que nuestros clásicos usaron *le* y *les* y las que usaron *la* y *las* como dativos de femenino, de la misma manera que los masoretas hebreos contaron las veces que cada letra del alfabeto hebraico ocurre en las Sagradas Letras y cuántas después de cada una de las demás.

Si se hiciese en esta cuestión concreta una estadistica histórica, es decir, del uso proporcional de unas u otras formas, según la época, estoy casi segu-

ro que a medida que nos alejáramos hacia el pasado hallaríamos que predominaba el *le, les,* ganándole terreno el *la, las,* según nos acercáramos a nuestra época. La razón de esto la indicaré pronto.

Como supremo criterio para decidir en cuestiones análogas se aduce el uso. ¡El uso! He aquí una consistidura para salir del paso. Las cosas consisten en la consistidura, y la razón de ser de una forma de lenguaje es el uso. Esto es como decir que una cosa sucede porque Dios quiere, pues mientras no sepamos por qué quiere Dios que suceda, maldito si hemos adelantado un jeme en nuestro conocimiento. Mientras no demos razón del uso, no pasará éste de ser un horror al vacío si bien es cierto que allá en última instancia, la *última ratio* de las cosas se reduce para nosotros a una consistidura cualquiera, es decir, a nuestra propia ignorancia.

¿Puede descubrirse aquí la razón del uso vacilante entre *le, les* y *la, las?* Sí.

Hay en la vida de las lenguas dos fuerzas motoras, la una más fisiológica, más psicológica la otra; la una, la fuerza etimológica, se reduce a la ley general de la herencia; la otra, la fuerza analógica, a la ley general de la adaptación. Se dice en castellano *somos* por herencia del latín *sumus,* y se dice *sois* por analogía con *somos,* porque el latín *estis* no puede dar etimológicamente nuestra forma *sois.* Esto de la analogía se reduce en la lengua a la aplicación espontánea y casi inconsciente de una proporción:

Tener : tenido :: querer : querido.

Y así, en virtud de esta proporción, fórmula de la fuerza adaptativa, la forma analógica *querido* ha expulsado a la etimológica *quisto,* del latín *quaesitum,* participio de *quaerere* (de donde deriva *querer),* dejándola reducida a las expresiones *bienquisto* y *malquisto* y sus derivados. La etimología representa la

tradición, es decir, la herencia; la analogía representa el progreso, es decir, la adaptación.

En los participios es donde mejor se ve el conflicto de estas dos fuerzas en la vida del lenguaje castellano. Unas veces la forma etimológica o hereditaria persiste, resistiendo a la acción niveladora de la analogía, como sucede en *hecho (factum)* o dicho *(dictum)*, sin que las formas analógicas *hacido* y *decido* hayan entrado en juego; otras veces compiten unas formas con otras, y así tenemos *prendido, suspendido* y aun *rompido* junto a los etimológicos *preso, suspenso* y *roto;* otras veces, por fin, la forma analógica ha suplantado a la etimológica, ya por completo, ya dejándola reducida a estrechísimos términos como en el citado *querido* junto a *quisto* o en *metido* y *fingido* en vez de los participios etimológicos *miso* y *ficho (missus, fictus)*.

Muchos de los llamados disparates del vulgo no son más que casos de analogía, alteraciones verdaderamente progresivas del lenguaje literario, opuestas a las alteraciones regresivas de ciertos remilgados ultrapuristas que quisieran resucitar formas muertas.

En la cuestión del *le* o *la* no se ventila otra cosa que un caso de lucha entre la adaptación y la herencia. El *le* femenino (le dijo a ella) es la forma etimológica, tradicional o hereditaria; el *la* (la dijo) es la forma analógica progresiva o de adaptación. En efecto, el artículo castellano deriva, como es sabido, del pronombre latino *ille, illa, illud;* que pasando por *ele, ela, elo,* dió nuestro *el, la, lo.* El dativo del pronombre latino es *illi* para los tres géneros, *y* de *illi, ele* y luego *le* en castellano para el masculino y femenino indistintamente. Etimológicamente, pues, *le, les* es el dativo del pronombre para los dos géneros. Más aquí entra en juego la tendencia analógica que, asimilando el dativo al acusativo, se dice que si tratándose de un hombre se dice *le dijo*, tratándose de una

mujer habrá que decirle *la dijo,* como se dice *le vió* y *la vió.* Y según ejerciera sobre un escritor más influjo una u otra tendencia, así usaría de unas o de otras formas.

Después de todo esto, ¿debemos usar el *le* o el *la?* Aquí el debe no tiene sentido claro, porque el lenguaje no es un *caput mortuum* que obedezca a leyes impuestas, promulgadas en tablas y sancionadas por autoridad legalmente constituída. Quédese tal concepción para los cazadores de gazapos gramaticales, caza para cuyo ejercicio se requiere, por lo visto, carencia de sentido científico, en lo que al lenguaje se refiere, y hartazgo de casuísmo y de gramática empírica.

Es una desgracia lo que sucede con nuestros críticos de lenguaje. No han pasado de oír que existe una *ciencia* de la lingüística. Por si han de poner reparos a la verosimilitud de un carácter o de un acto de un personaje de ficción, se creen obligados a no quedarse en todo aquello de las potencias y facultades y las especies impresas y expresas, sino a enterarse un poco de psicología fisiológica, dándose un paseo por Ribot, Wundt, Richet, etc.; pero estos mismos, así que se trata de juzgar del lenguaje de un escritor, le aplican toda la monserga de los pluscuamperfectos, casos directos e indirectos, regímenes y demás especies impresas y expresas de la gramática. Lo cual no quiere decir que desdeñe todo esto. Muy al contrario, lo creo utilísimo, y me parece que es tan peligroso meterse en lingüística y filología científicas sin haber pasado por todas esas categorías de la gramática tradicional, como meterse en la psicología novísima sin haber pasado por las tradicionales potencias y facultades. Pero... pero esto es muy largo de contar y me llevaría muy lejos. Más vale dejarlo para mejor ocasión.

(*La Vida Literaria.* Madrid, 20-IV-1899.)

# ESCARCEOS LINGÜISTICOS

## A propósito de los dobletes.

### I

A las diversas cualidades que un hijo hereda de sus padres por herencia fisiológica, viene a añadirse la influencia educativa que los mismos padres ejercen sobre él, siendo esto así de tal modo que resulta costosísimo en no pocos casos el determinar en tal cual rasgo qué parte se deba a la herencia fisiológica y qué otra parte a la herencia educativa. Gestos hay en hijos que, siendo análogos a los de sus padres, tanto pueden ser hereditarios con la constitución fisiológica como adquiridos por imitación en los primeros años, aquellos en que el hombre es más flexible y más hábitos contrae, o bien lo primero corroborado por lo segundo.

Esto mismo sucede con el castellano y los romances todos en general respecto al latín, su padre. Hay un doble elemento latino en el castellano, el heredado por así decirlo fisiológicamente, al que se llama popular, por un lado, y de otro, el heredado educativamente, el que se llama erudito o mejor literario.

Llegó el latín a ser en casi toda España lengua hablada por el pueblo, y rodando de boca en oido y

de oído en boca llegó, por la natural transformación fonética y por la acción dialectal, fenómenos sujetos a leyes, a dar el castellano. Mas a la vez transmitíase entre los doctos de entonces el estudio libresco del latín, y aquellos *calonges e prestes sabidores de la fabla de Tulio e Marón* introducían con sus escritos y enseñanzas en el castellano usual, en el *roman paladino en qual suele el pueblo fablar a su vecino,* vocablos latinos, tomados no ya a oído, no de latín hablado, que no existía como tal ya, sino a vista, del viejo latín escrito. Así fueron enriqueciendo el primitivo fondo popular o de lengua hablada, con elemento literario o de lengua escrita, elemento éste que popularizándose se hizo hablado, y por ende popular, a su vez.

De aquí el que una enorme cantidad de vocablos latinos tengan en castellano doble representación, la popular, que ha sufrido las normales alteraciones fónicas que la fonética hispano-latina regía, y la literaria, que no significa más que la voz latina escrita, pronunciada a la española. Así es que, verbigracia, las voces *operario* y *obrero, lúbrico* y *lóbrego, pensar* y *pesar, masticar* y *mascar, superar* y *sobrar, recuperar* y *recobrar, computar* y *contar* (fr. *compter), célula* y *celda, duplicar* y *doblegar, plegar* y *llegar, factura* y *hechura, capital* y *caudal, directo* y *derecho, fervor* y *hervor, pólipo* y *pulpo, solitario* y *soltero, delicado* y *delgado, fastidio* y *hastío, foco* y *fuego, acueducto* y *aguaducho,* y otras muchas más cuya mención ocuparía columnas enteras, son la misma voz latina originaria modificada de uno o de otro modo.

A esto es a lo que los franceses llaman *doublets,* y nosotros, por adaptación de tal término técnico, dobletes. Y téngase bien en cuenta que al denominar popular al elemento que vino del latín hablado, y literario al proveniente del escrito, no se excluye el hecho de que hoy, en el castellano actual, así como casi todo el elemento en su origen literario, se ha popularizado,

entrando en el curso de la conversación diaria, así hay elemento primitivamente popular que se ha recluído casi a la lengua literaria. Tal sucede con la voz *raudo*, que siendo la formación popular u orgánica del primitivamente literario *rápido*, es voz que apenas se usa más que en estilo algo elevado. Popular y literario tienen aquí un sentido específico, designando más que el uso actual de los vocablos su origen en nuestra lengua.

Y ¡qué de cosas no pueden deducirse de un atento estudio de la diferencia semiótica, es decir, de significado, entre los ejemplares de uno y de otro elemento! Así se vería qué caudal de conceptos es primitivamente popular y cuál pedagógicamente adquirido. ¿No es acaso sugestivo el que el latín *litigare* diera el popular *lidiar*, anterior al literario y ya popularizado *litigar*? Un litigio, ¿es, después de todo, algo más que una lidia? La lidia es el primitivo litigio.

A la diferenciación morfológica sigue la semiótica, o dicho llanamente, una vez que la lengua obtiene de una misma matriz dos vocablos, acaba por atribuirles significación diversa, cuya diversidad puede llegar a ser grande. El estudio de esta diferenciación de significado es de lo más fructuoso y sugestivo que la lingüística nos ofrece.

A las veces, en efecto, ¡qué enorme diferencia entre la significación de uno y de otro elemento! Si la relación de sentido entre el popular *avieso* y el literario *adverso* (¿por qué no *averso*, como *aversión*?) se ve desde luego, no así la que media entre *divieso* y *diverso*. Y aquí cabe hacer observar, de paso, que tenemos por otra parte, junto a *inverso*, *anverso* y *reverso*, *envés* y *revés*, y no *avés*, ni *divés*, teniendo *travieso* y *través* y no *traverso*.

Casos hay, como el de *envidar*, correspondiente al literario *invitar*, en que la voz popular restriñe su significado a un orden concreto, aquí el del juego de

naipes, orden por cierto popularísimo. Y ¿qué diremos de que *funda* y *fibra,* verbigracia, no sean más que *honda* y *hebra* literatizados? O si dijéramos "un famélico jamelgo" no haríamos más que emplear la misma forma originaria en sus dos ramas, reforzando el término popular con su hermano el literario y poniéndolo así de relieve.

Ocurre también alguna vez que nos encontramos, no ya con dobletes, sino hasta con tripletes. El latín *facticium* (en ac.), que antes que el archiliterario *facticio* dió al castellano el popular *hechizo* y al portugués *feitiço,* es voz que, aplicada por los portugueses a los hechizos o idolillos de los negros del Congo, pasó al francés en la forma de *fetiche,* y del francés al castellano: *fetiche.* Y aun he encontrado cierto cuadruplete, y es que del latín *fabricata* tenemos por derivación más o menos mediata *fabricada, fraguada, fragata* y *forjada.*

Sucede también que una forma popular se populariza aún más, se archipopulariza, formándose así una tercera capa, dado que las leyes fonéticas que obraron sobre el latín para producir el castellano hoy literario, siguen obrando en el pueblo sobre éste y produciendo lengua vulgar.

Si el latín *peculiare,* nuestro lierario *peculiar,* dió el popular *pegujar,* el pueblo pronuncia éste en muchas regiones así: *piojar.*

Y ¿quién sabe si andando el tiempo se literatizará esta forma? De la voz *caldo,* cuyo doblete literario es *cálido,* hace gran parte del pueblo andaluz *cardo,* y ¿es que entre el andaluz *cardo* y *cálido* media otra relación que entre nuestra voz *pardo* (por *paldo)* y su doblete literario *pálido?*

¿No podemos establecer esta proporción:

*cardo* : *cálido* :: *pardo* : *pálido*

y con tal proporción justificar la forma andaluza?

Es que la lengua escrita detiene el proceso vivo de transformación, mientras que la hablada lo sigue, sobre todo donde aquélla no la enfrena, y de *persona* hace *presona*, o de *carácter caráuter* por el mismo principio, por el que nuestros antepasados de *percontari* y de *acto* hicieron *preguntar* y *auto*, deja caer la *d* entre dos vocales diciendo *amao, naa*, o *perdío*, como de *possidere, cadere, fidelem*, etc., se hizo *poseer, caer, fiel*, etc., o por *fábrica* dice *frábica*, forma obligada para dar paso por *frábiga-frabga-fragua*, nuestro actual *fragua*. Es que las supuestas corrupciones del vulgo son la protesta fisiológica del organismo lingüístico popular y vivo contra el artificial empedernecimiento —o si se quiere petrificación— que la sistematización literaria y escrita trata de imponerle.

## II

Si los maestros de primeras letras se impusiesen en los principios de la ciencia lingüística, libertaríanse con ello de los prejuicios del casuismo gramaticalesco, y en vez de abandonar, cuando no despreciar, la lengua popular hablada, estudiaran con amor esos supuestos disparates, discernirían lo propiamente fisiológico de lo patológico (interesante también esto) y adquiriríamos por ellos, los mejor situados para tal labor, no poco caudal de datos con que trazar la biografía del romance castellano. Mas volvamos a los dobletes.

Hay los también aparentes, como, verbigracia, *secundario* y *segundero*, dado que esta última voz no deriva del latín *secundarium*, sino que es una formación dentro del castellano mismo mediante el sufijo *-ero*, correspondiente al latino *-ario*, de la voz *segundo-secundum*. Y aquí conviene indicar que hay junto

a la derivación etimológica o de herencia, la analógica o de adaptación, la que se verifica dentro del romance mismo con sus elementos componentes propios. *Roto, tuerto, dicho, hecho* son participios etimológicos, derivados de los correspondientes latinos *ruptum, torctum, dictum, factum* (en ac.), participios cuyos analógicos resultan *rompido* y *torcido,* en uso, y *decido* y *hacido,* sin él. *Querido* es un participio analógico de *querer,* cuyo etimológico es el *quisto* de *bienquisto* y *malquisto,* derivado del latín *quaesitum,* participio de *quaerere, quaesivi,* de donde nuestro *querer, quise.* Así tenemos también *ficha* y *rector,* verbigracia, formas etimológicas a que corresponden las analógicas *fingida* y *regidor.*

Hay, pues, elementos popular y literario, de un lado, y etimológico y analógico de otro, combinándose éstos con aquéllos. El vocablo factor es la forma literaria de su homónima latina, cuya forma popular etimológica es *hechor,* de *bienhechor* y *malhechor,* y la popular analógica correspondiente *hacedor.*

Otras veces la forma popular no se ha desarrollado más que en algún derivado, como *nodriza* y *escudriñar* (bajo latín *scrutinare),* que suponen el anticuado *nodrir* y *escudrar,* junto a los literarios *nutrir* y *escrutar.* Y ¿por qué no le habíamos de llamar al *escrutinio,* si es que no *escudriño,* por lo menos *escudriñamiento?* Bien es verdad que por este camino llegaríamos a decir líneas *segante* y *tañente* o *segadora* y *tañedora* a las secante y tangente, en vista de que los verbos latinos *secare* (cortar) y *tangere* (tocar) están en castellano representados popularmente por *segar* y *tañer,* o iríamos a dar a la manía de cierto sujeto, perito en estas materias, que sobre la base de que *santificar, pacificar, mortificar, verificar,* etc., se aparejan con *santiguar, apaciguar, amortiguar, averiguar,* etc., se empeñaba en escribir *aseñiguar* en vez de *significar,* haciendo él por sí y ante sí lo que no le

dió al pueblo la gana de hacer, y cayendo así en pedantería no menos pedantesca que la de quien inventase un *minificar* por *amenguar*, o la que usan nuestros académicos cultilatiniparlantes. Sin embargo de lo cual, no desconfío de que el mejor día remanezca por ahí el tal voquible *aseñiguar*, trasconejado en cualquier carcomido documento del tiempo de Maricastaña, que otras más gordas se han visto, ni sería la primera vez que se ha determinado de antemano —vamos a decir: *a priori*— la forma que tal radical de una familia lingüística ha de revertir en una lengua de tal familia, si es que llegó a ella, corroborándose luego la tal determinación previa, como Le Verrier determinó a cálculo la posición de Urano antes que el telescopio lo descubriese, o en química a partir de las hipótesis, teorías y experimentaciones de Avogadro Dulong y Petit, Dalton y otros, y mediante relaciones entre el peso y el calor atómicos, se ha llegado por la tabla llamada de Mendelejef a predeterminar en líneas generales la existencia y los caracteres de tal cuerpo simple antes de descubrirlo de hecho.

Y volviendo a mi tema, no predico ya tanto como la manía del citado sujeto, pero sí convendría que aquellos de nuestros escritores que, a la caza de inofensivos gazapos, ya domésticos, ya montesinos, entregados al género chico de la crítica gramatical, chapotean en las chinchorrerías del casuismo gramaticalesco y en toda clase de lo que Juan de Valdés llamaba gramatiquerías, convendría, digo, que estudiasen tales escritores un adarme siquiera de estas materias. Así se enriquecería nuestro tan mal parado romance, se le daría cierto aire de mayor y más enjundiosa casticidad, popularizando de veras formas literarias, escribiendo, verbigracia, *soñolencia* e *inmudable* en vez del erudito *somnolencia* e *inmutable*, se barrerían poco a poco todas las pedanterías académicas *(subscriptor, obscuro,* etc.) y volveríamos,

sobre todo, tal vez, a aquella vigorosa y lozana libertad lingüística en que campaban por sus respetos los primeros cultivadores literarios del romance castellano, cuando a su albedrío —forma popular del literario *arbitrio*— fraguaban vocablos según la necesidad apretase, cuando el bueno de Berceo escribía *dessabor, repintencia, razonidad, oianza* (odio), *erranza, derechero, pobredad, porfidioso, empezamiento, suciedumbre* y otras palabras de este jaez. Hoy mismo la prensa, con ser en esto sobrado circunspecta, ha entrometido en curso voces como *dictaminar, solucionar, fusionar, influenciar, reconocementero* y otras que se atragantan a los tan ahítos acaso de gramática como sin duda ayunos de conocimientos de lingüística científica.

¡Ande el movimiento! Tal debe ser nuestra empresa y divisa en cuestión de lenguaje, que no es algo muerto, sino vivo y muy vivo, y vivo sobre todo merced a la lengua hablada del pueblo que hace estrumpir el cincho del idioma escrito literario cuando éste intenta convertirlo en zuncho, en inflexible potro, para hacer de aquella lengua una encorsetada señoritanga, que disfrace con drogas y afeites el urbano color de opilación, en vez del atezado tono rústico con que, al aire libre, el agua y el sol de los campos la engalanan. Lo cual no quita que haya también lugar para un enriquecimiento urbano, el de los cafés, las calles, las plazas, del mismo arroyo, y aun el de todos los que buscan palabras para sus ideas; mas no el de los que buscan ideas para sus palabras y comulgan en supersticioso culto idolátrico al lenguaje clásico.

(*La Vida Literaria*. Madrid, 6 y 11-V-1899.)

# LA PRENSA Y EL LENGUAJE

Lo he escrito ya muchas veces, pero aún he de escribirlo muchas más; una de las cosas que tenemos que hacernos en España para poder entrar de lleno en la cultura de los pueblos nuevos es el lenguaje. Hay que movilizar la hierática rigidez del viejo romance castellano; hay que darle flexibilidad y mayor riqueza; hay que aprovechar sus energías potenciales haciéndolas actuales; hay que poner en juego su poder de derivación y asimilación, por ridículas preocupaciones contenido.

A medida que nuestra vida se complejiza, tiene también que complejizarse el idioma en que la reflejamos. Nuevas instituciones, nuevos inventos y utensilios, nuevas ideas exigen palabras nuevas, así como un nuevo modo de concebir la vida exige nuevo tono y orientación nueva en el lenguaje.

No creo que haya institución más a propósito que la de la prensa para recoger el idioma vivo, el que en las calles y plazuelas, y en los cafés, y en los casinos, y en los campos se está formando día tras día, en labor incesante, junto al lenguaje hecho ya y consagrado, cultivado por arqueólogos, que no otra cosa son los puristas, y archivado en gramáticas y diccionarios.

Hubo en Grecia, junto a los dialectos del griego, lo que se llamó "lengua común", formada, ante todo,

sobre la base del ático. Esta "lengua común" es lo que entre nosotros representa el castellano medio, el que se forma en el seno del público de los cafés y tertulias, el lenguaje vivo. Reflejarlo es y debe ser el empeño de la prensa.

En ninguna parte me gustan menos que en la prensa diaria los alardes casticistas y los purismos de similor. El periódico debe parecer escrito en la calle, entre el estrépito de los carruajes, las voces de los vendedores ambulantes y el ir y venir de los transeúntes, en el lenguaje suelto y hasta descuidado de que éstos se sirven. ¡Fecundo descuido el del tal lenguaje!

Sería larguísima la lista de los neologismos que a la prensa debemos o que ella, antes que nadie, ha recogido de la calle, prohijándolos. Con ellos se podría muy bien sustituir el hueco que en el mamotreto que nuestra Real Academia llama Diccionario dejasen las palabrotas fósiles y los terminachos muertos de que está plagado. En la prensa diaria es donde primero he leído frases como "*tangentear* una dificultad", "*solucionar* un problema" o "*influenciar* en un asunto", y de la prensa salió esa bonita palabra de *reconocementero.*

El que, atado al duro potro de una redacción, tiene que tener al público, a diario, hablándole hoy de arte, mañana de hacienda y de guerra pasado mañana, no dispone, afortunadamente, de tiempo para pulir sus escritos, limpiándolos de galicismos y otras bagatelas. Escribe como buenamente se le ocurren las cosas; el lenguaje de sus trabajos es el lenguaje interior de su pensamiento mismo. Y este lenguaje no es otro que el que ha recogido rodando por las calles y por los campos, por los cafés y por los casinos.

Es el único modo de que aquí se hagan escritores, gentes que escriban en la lengua de la conversación y no en la de la oratoria. Porque tienen muchísima

razón los que aseguran que es dificilísimo encontrar un verdadero escritor en la literatura castellana, pues los más que por tales se tienen suelen ser oradores retóricos, en cuyos escritos la palabra "circunfluye" a la idea, como diría un griego. No se ciñe a ella y la dibuja, sino que flota en su alrededor, ocultándola bajo perifollos.

A mi juicio y para mi gusto al menos, nuestros mejores escritores, casi diría nuestros únicos, se han formado en la prensa y en ella se ejercitan. Y siempre que algún extranjero me ha consultado sobre los mejores textos para aprender castellano, si no era un erudito que quería aprenderlo para registrar a nuestros clásicos, sino para la vida o para estudio filológico, le he recomendado que lea fondos y sueltos de periódicos.

Y aún voy más lejos y sostendría con extensión de datos y argumentos que creo de peso que la lengua en que están escritos nuestros periódicos, esa lengua tan denigrada por muchos mentecatos, es en el fondo, superior a la de nuestros clásicos. Sí, el lenguaje de los fondos de nuestros diarios políticos es, dígase lo que se quiera, superior al del padre Rivadeneira, el padre Gracián, Cervantes, Solís y todos nuestros castizos autores. No está en la lengua la superioridad de éstos, como no está en ella la inferioridad de aquellos de nuestros periodistas que sean infelices.

Hay que repetir una y mil veces el viejo precepto horaciano: *scribendi recte sapere est principium et fons,* el principio y fuente del bien escribir es saber, saber lo que se escribe. Lo que es menester es tener ideas, que ellas brotarán. Sojuzgarlas a la palabra es ahogarlas en germen, obra de verdadera reacción.

Y es en verdad tan reaccionario el purismo, que, contra una opinión muy extendida, creo firmemente que las peor escritas de nuestras publicaciones perió-

dicas son las de matiz reaccionario, o llamémosle neo. Transpiran una insoportable pedantería, una infecunda afectación de pureza, un necio cuidado en la elección de vocablos. Son las que más aborrecen del galicismo, las que más descienden a cuestioncillas de propiedad de lenguaje, a gramatiquerías y tiquis miquis lingüísticos; son las que más "circunfluyen" a la idea con la palabra, las más pródigas en frases hechas y en giros de estribillo, las de lenguaje más muerto, trasunto fiel de la muerte de sus conceptos.

Y si alguna vez te encontrases, lector mío, con alguien que preciándose de purista y no soportando "corruptelas" de lenguaje se te mostrara como un progresista de tomo y lomo, capaz de engullirse a siete frailes crudos, no le hagas caso; por debajo es el más redomado reaccionario. Ráspale un poco y lo verás.

(*Las Noticias*. Barcelona, 10-V-1899.)

# SOBRE LA DUREZA DEL IDIOMA CASTELLANO

En el número octavo de esta misma revista [1] publiqué un ensayo "Contra el purismo", que es más bien un programa razonado de cuestiones referentes al porvenir de nuestra lengua, que un trabajo redondo. Hoy quiero ahilar algunas reflexiones acerca de la dureza del idioma castellano.

Muchas veces se ha dicho que la lengua castellana es una lengua rígida y ósea, sin matices ni cambiantes, poco flexible; una lengua que por su estructura misma propende a los vastos períodos oratorios, campanudos y resonantes, o a cierta concisión angulosa y seca; pero que resiste las caricias ondulantes, las veladuras penumbrosas, la sutil ironía. Carece de las elegancias del francés, de las flexibilidades del italiano y de los sugestivos cuchicheos del inglés. No caben en el castellano ni los refinamientos de la lírica sensual francesa, ni los giros sutilísimos de los profundos *musings* de la lírica inglesa. Todo lo que el castellano toca se cristaliza al punto; todo lo que él dice se hace dogma. Como en los vastos páramos castellanos o como en los cuadros de Ribera, no hay en él medias tintas; todo es claroscuro, todo adquiere ese relieve duro que da el sol al separar, con las som-

---

1 *Revista Nueva*, Madrid.

bras que les hace proyectar, a los objetos. Cada uno de éstos adquiere una individualidad decisiva y firme; no hay envolvente nimbo que los una y armonice en superior conjunto.

Y así es la concepción castellana, todo *en discreto*, todo en orden social. Léanse nuestros romances y se verá como desfilan los sucesos que narran perfectamente definidos y distintos, destacándose cada uno de ellos del precedente y del subsiguiente.

Es como la música de nuestro popular género chico, música de notas martilleantes, sin continuidad real, música en que el ritmo se sacrifica a la cadencia. Y así es el verso entre nosotros, tamborilesco, machacón, intermitente.

De este modo de ser de nuestro idioma nacen como de común raíz el gongorismo y el conceptismo, vicios que lleva en potencia la lengua castellana en sus entrañas mismas.

Escritores hay, y hoy más aún en la América española que en España misma, que se proponen luchar contra estas condiciones del material mismo en que trabajan, como un escultor que se propusiese hacer en granito los floreos que consiente el mármol. Y por lo general se estrellan en su empeño por falta de conocimiento técnico, o si se quiere científico, del material que usan.

Con inundar la lengua castellana de vocablos imitados de otras lenguas o sacados de sus entrañas mismas, poco se consigue, porque todo nuevo vocablo se acomodará por fuerza a la índole del lenguaje en que ingresa. La raíz de esa dureza está más honda, en los elementos histológicos del lenguaje, así como la dureza del granito arranca de la estructura de sus moléculas mismas.

En la histología de nuestro idioma, en su sistema fonético, hay que buscar el fundamento de esas cualidades que le distinguen.

La lengua castellana es, entre las latinas, la más pobre en sonidos. No tiene más que las cinco vocales fundamentales, sin distinción de abiertas o cerradas, y en su sistema de consonantes le faltan entre las dentales y las guturales unos cuantos términos comunes en los demás idiomas.

Su acentuación es absorbente; el acento tónico principal ahoga a los secundarios, dando a cada vocablo una individualidad muy marcada dentro de la frase. Y así sucede que no tiene la frase castellana la ondulante continuidad de la francesa, donde el acento secundario juega un gran papel y donde las palabras se ligan y enlazan. Y tanto nos cuesta comprender el fonetismo francés, que es frecuente oír en España que en francés todas las palabras son agudas, lo cual, tomado lo de agudo a nuestro modo, es inexacto. Aparte de la articulación de los sonidos, por lo que hace al acento, son muy diferentes la palabra francesa *extensión* y la nuestra extensión, al pronunciar la cual parece tenemos prisa por llegar a la sílaba última para cargar allí con toda nuestra fuerza.

Me acuerdo, a este propósito, cuánto me costó hacer comprender a un castellano neto, hablándole del vascuence, que en este idioma puede decirse que cada vocablo tiene dos acentos. Preguntábame si era Unámuno o Unamuno mi apellido, esdrújulo o llano, y hube de decirle que aunque yo lo pronuncio llano, en general, en vascuence, no son ni lo uno ni lo otro; ni se dice *Zumárraga* ni *Zumarrága,* sino algo que se acerca a *Zúmarragá,* y que es menester oírlo.

Así es que, en la frase castellana, desfilan bien individualizadas las palabras de una frase unitaria. La nuestra es más sistemática; más orgánica la francesa.

En otra cosa se ve la rigidez de nuestro idioma, y es en que no tiene, como el italiano o el dialecto catalán, formas contractas junto a las distractas, lo

cual constituye un enorme tropiezo en la versificación. Quien conozca el italiano sabrá qué libertad concede a sus poetas el poder servirse de unas u otras formas. Entre nosotros nadie se atrevería, no siendo en composición jocosa, a emplear *pa* o *naa* en vez de *para* o *nada,* y mucho menos a escribir *paece* por *parece.* Yo estuve tentado una vez, escribiendo unos versos octosílabos, a decir:

*Y en la eternidá asentarte,*

formando sinalefa con la *a* final de *eternidá* —que es como de ordinario se dice— y la inicial de la palabra siguiente, pero no me atreví a hacerlo. Mal hecho. Todas nuestras licencias en este punto se reducen a *do* por *donde, siquier* por *siquiera, entonce* por *entonces* y cuatro o cinco cosas más, empleando formas, llamadas poéticas, que nadie usa fuera del verso, y rechazando otras de común empleo.

Resulta de todo lo susodicho y de mucho más que podría añadirse que la rígida dureza de nuestro idioma es algo que tiene en él fundamentos íntimos y profundos, histológicos, y que como tales no se corrigen con la intrusión de nuevos vocablos, sino más bien con la influencia dialectal y de las hablas populares, cuyo fonetismo se aparta algo del que priva en la lengua literaria y oficial. Léanse poesías en cualquier habla regional, los *Aires murcianos,* de Medina, por ejemplo, y se verá cuántos elementos de flexibilización guardan.

Pero esto merece capítulo aparte.

(En *Revista Nueva.* Madrid, 5 julio 1899, págs. 681-685.)

# LA INDIVIDUALIDAD DE LA PALABRA

Es incalculable hasta qué punto la lengua escrita vela el proceso de la hablada y lo modifica. La mayor parte de las dificultades que en los estudios lingüísticos surgen arrancan de que *vemos* tanto como *oímos* la palabra, pues desde muy jóvenes escribimos y leemos nuestra lengua, a la vez que la hablamos y oímos. El signo escrito acaba por oscurecernos la recta inteligencia del sonido, haciéndonos creer que la palabra, que es, en realidad, una fluxión continua, una verdadera línea, se nos presenta cual algo discontinuo, como una serie de puntos, que son las letras. Porque el cajista coge cada letra de su cajetín y las compone formando un vocablo escrito, pero el que manuscribe suele hacerlo no pocas veces una palabra de una sola línea, sin levantar la pluma, y al hablar, las articulaciones se suceden sin solución de continuidad. Hermann Paul ha desarrollado con felicidad este principio, fecundísimo en consecuencias.

Otra de las que el efecto del lenguaje escrito lleva consigo es la de que creemos que cada signo representa un solo sonido. Ningún español ignora que la *c* y la *g* tiene en nuestro idioma dos sonidos; pero los más de ellos se sorprenderán si se les dice que la *n* de *angustia* y la de *anda*r son tan distantes en articulación como esta última, la de *andar,* lo es de la *m.*

Me acuerdo del efecto que produjo a un amigo mío el descubrir, por indicación mía, que nadie pronuncia al *s* antes de *r* fuerte; que no decimos, hablando corrientemente, *las rosas,* sino *la rosas.*

Uno de los efectos de la lengua escrita, al encadenar el *flatus vocis* al jeroglífico, atando a lo que queda lo que el aire se lleva, es precisar, definir e individualizar cada vocablo. La palabra hablada, sólo en el tiempo tiene existencia; la escrita la tiene no más que en el espacio, y el espacio es el presupuesto de toda individuación. Sólo lo que en espacio se concreciona y manifiesta adquiere individualidad, que se refleja luego en la lengua hablada.

Cuando arriban a un país que no conoce la escritura exploradores o misioneros, y se ponen a estudiar el idioma del pueblo que lo habita, suele observarse las divergencias que hay entre los datos que distintos observadores nos suministran; una misma palabra nos la representan por escrito cada uno de diferente modo. Y no depende esto siempre de la diferencia de oído entre ellos, ni del diferente sistema fonético que adopten para representar sonidos extraños, sino de que en realidad la ha oído cada uno de ellos de muy diferente modo. Porque es lo común que no tengan los vocablos contornos definidos, que dos o tres distintos sujetos los pronuncien de distinto modo, y aun uno mismo en distintas ocasiones. Tienen, aun los vocablos meramente hablados, algo de proteico e indeterminado.

No hay que ir para demostrarlo a buscar lenguas de pueblos incultos, desconocedores de la escritura; basta observar el lenguaje hablado en nuestros campos. Para cualquier español que sepa leer y escribir, la palabra *murciélago* no tiene más que una forma, y, sin embargo, sin salir de esta provincia de Salamanca, le he oído llamar en distintos pueblos, y a las veces en uno mismo y hasta *a una misma persona,*

de todos estos modos: *muerciégano, morciénago, moriciégano, morraciégano, borraciégano* y *burriciégano,* sin contar *zarramiágalo,* que es forma ya distinta. En esas diferentes formaciones se mantiene unas veces la radical *mur,* ratón *(murciégano,* ratón ciego), y otras interviene *burri,* de *burro,* por analogía con *burriciego.* En un mismo pueblo he oído llamar a la cogujada: *cogujáa, corujáa, curujáa* y *cugujáa,* oscilando la *o* entre *o* y *u,* y la *g,* entre *g* y *r.* Pero el caso más curioso es el que observé en la región de la ribera del Duero en esta provincia. En una excursión que a ella hice tomé en mis apuntes hasta nueve variantes del nombre del enebro, recogidas en espacio de pocas leguas (Vilvestre, Aldeadávila, Corporario y Masueco), y oídas algunas en un mismo pueblo. Las variantes son: *enjumbre, enjambre, enjembre, enjimbre* (sólo falta *enjombre,* que no oí, para que se recorran nuestras cinco vocales), *joimbre, juimbre, jumbre, jimbre* y *jumbrio,* derivadas todas, como nuestro tan distinto *enebro,* del nombre latino *juniperus.* La forma cardinal parece ser *juimbre;* la portuguesa es *zimbro.*

Quienquiera que estudie el habla popular de la región en que habite, podrá recoger casos análogos que le ayuden a convencerse de que la marcada individualidad de cada vocablo es un efecto de la lengua escrita, que reduce a espacio la existencia puramente temporal de la palabra hablada.

Es de creer, por tanto, que la variedad de lecciones que se observa en no pocos documentos escritos —tan notable en los varios códices del Fuero Juzgo— no se debe a errores de copistas, sino que responde a una realidad cuyo alcance no medimos bien hoy, en que la escritura ha cristalizado en nuestro idioma.

Esas distintas formas entran en concurrencia y como en lucha, y por fin predomina una forma seleccionada, excluyendo a las demás. Del latín *absin-*

*thium* tenemos las formas *asensio. asenjo* y *ajenjo:* las dos primeras persisten en apellidos, y la tercera se ha hecho la corriente. Los galiparlantes han añadido otra: *absinte.* Casos como éste hay muchos.

Otras veces no ha dejado rastro la forma vencida. Del latín *natica* (de *nates,* pasando por *nádega,* forma portuguesa) debió de derivar en castellano *nazga,* como *mayorazgo, juzgo* y otros vocablos análogos, forma que entró en concurrencia con la leonesa *nalga* (como *julgar* por *juzgar).* persistiendo la forma leonesa *nalga,* y no la castellana *nazga.*

Aún hay casos más curiosos, como sería el de la voz *cosecha,* si, como supone alguien, fuera la fusión de un vocablo derivado del latino *collecta* (del verbo *colligo,* recoger) y otro de *cosecta* (de *conseco,* cortar). En tal caso tendríamos un vocablo mestizo.

Podría multiplicar los ejemplos, evidentes los unos y problemáticos los otros; pero creo haber mostrado que la palabra hablada, que es un flujo oral que no existe más que en el tiempo, carece en sí de la individualidad que más tarde le presta la palabra escrita, cristalización gráfica que sólo en el espacio tiene existencia.

Y aun hoy se rebela la palabra hablada contra la escrita, lucha el verbo por romper la costra del jeroglífico, y, a pesar de todas las cinchas, se esfuerza por evolucionar. La lengua escrita ha traído un enorme peso de latín *visto* sobre el romance *hablado,* y al ganar en individualidad han perdido en movilidad y hasta en personalidad, por así decirlo, nuestros vocablos. Lo que decían los latinos *peculiare* se dijo entre nosotros *pegujar,* cambiando de sentido, y el pueblo dice *piojar.* Si adoptáramos este vocablo, ¿no acabaría por diferenciarse el significado del corriente? Cuando se adoptan dos variantes de un mismo vocablo acaban por diferenciarse en significado, marcando dos matices. Nada más distinto que una *huelga*

y una *juerga*, y ésta no es más que la pronunciación andaluza de aquel vocablo, que le ha llevado el matiz andaluz. Una juerga es una huelga a la andaluza. *Escrudiñar*, del latino *scrutinare*, decimos todos, y, sin embargo, al recuento de votos se le llama *escrutinio*, con voz culta, y no *escudriño*, con voz de origen popular. Si la adoptáramos, ¿no llegarían a diferenciarse?

Pero esto es ya salirme del tema que en este artículo me había propuesto, para entrar en un campo vastísimo y que exige aún gran laboreo. Porque todo lo que con nuestra lengua y su vida íntima se refiere tiene excepcional importancia. Sólo estudiándola así podremos vigorizarla y sacudirnos de lo que Juan de Valdés, el famoso autor del "Diálogo de las lenguas", llamaba ya en el siglo XVI gramatiquerías. La filología rectificará los excesos del gramaticismo.

(*La Ilustración Española y Americana*. Madrid, 28-II-1900.)

## DE TRANSCRIPCION

No es la cosa en el fondo de gran alcance, pero sí muy sintomática, y no indigna de que sobre ella se llame la atención de nuestros periodistas y escritores. Voy a escribir algo sobre la *transcripción* (de mejor gana escribiría *transcrición*) de los nombres extranjeros.

"Aquí todos los intelectuales saben francés, aunque apenas sepan otra lengua extranjera". Ved una proposición, o más bien un postulado, que pasa cual axiomático en España, aunque diste mucho de serlo. Porque eso de que todo intelectual —lo que hemos dado en llamar así— sepa aquí francés, lo que se llama saberlo, eso... Mas transijamos con el postulado y adelante.

La mayor parte de las grandes obras científicas y literarias europeas conócense en España, cuando se conocen, por versiones francesas, no muy escrupulosas de ordinario, la verdad sea dicha. Porque el francés, que es acaso en Europa el menos apto para comprender lo no suyo, lo que no se le parece —a pesar de su actual cosmopolitismo de moda y pega— cuando topa con una dificultad no se para en resolverla, sino que salta por encima de ella, o la suprime, que más de una vez lo hacen. Son preferibles por lo común las traducciones italianas.

El caso es que recibimos lo más de la cultura ex-

tranjera por intermedio del francés, aunque justo es añadir que de algún tiempo a esta parte se ha difundido bastante entre nosotros el conocimiento del italiano, inglés y alemán. Veremos de qué sirven a tal respecto los recientes pujos de regeneración pedagógica.

Tomamos lo más de la cultura europea, repito, por mediación de versiones francesas, y es natural, los nombres extranjeros nos llegan transcritos al francés. Y rara vez nos tomamos la molestia de deshacer la transcripción, por la sencilla causa de que no sospechamos siquiera que el nombre nos llega alterado. Ejemplos al canto:

Mauser, así escrito, se llama al inventor del fusil de su nombre. Al tomar los franceses con el artefacto que lo lleva el tal nombre, para no leerlo a la francesa, *Moser,* haciendo del diptongo *au* > *o,* sino a la alemana, en que se lee *au,* como está escrito y como en castellano lo leemos: *au,* pusiéronle a la *u* del diptongo una diéresis, escribiendo *Maüser.*

Y no es raro encontrarlo escrito así en periódicos castellanos, como si necesitásemos nosotros de semejante diéresis para leerlo como los alemanes lo leen. Y ha ocurrido que más de una persona que sabe algo de alemán, pero que no ha visto el nombre del fusil en publicaciones alemanas, se ha figurado que esos dos puntos de la diéresis pertenecen a la *a,* representándola suavizada, y que se trata del diptongo alemán *äu,* que suena tanto como *oi,* y así lo pronuncian en consecuencia.

Una cosa parecida ocurre con Tolstoi, que algunos se empeñan en escribirlo Tolstoï, con diéresis sobre la *i,* que los franceses se la ponen para no leer *Tolstuá.* A mí mismo me han metido en un escrito un *Tolstoï* con su diéresis; verdad es que no puedo conseguir el que me hagan escribir *obscuro.*

También al pobre Schopenhauer le plantan algunos su diéresis.

Otra cosa hay menos sabida aún, y es que cuando los franceses quieren representar el sonido de nuestra *ch*, de que ellos carecen, se sirven del grupo *tch*. (*Ramuntcho* llamó Loti a una de sus novelas). A cada momento traen ahora los periódicos nombres de personajes y localidades chinas en que la *tch* abunda, y sería mejor que redujeran esa *tch* a simple *ch*, e hicieran de la *ch* de tales nombres *(ch* francesa) una *sch* o *sh*, o aunque fuera simple *s*.

A este propósito, recuerdo que cuando hace meses ocurrían a cada paso disturbios en Bohemia y en el Parlamento austríaco por motivo de la rivalidad entre checos y alemanes hablábannos a cada paso los telegramas de los *tcheques*. Y entonces escribí una carta a los redactores de "El Imparcial", que por cultos que sean (y lo son) no pueden estar en todo, explicándoles que los tales *tcheques* deben ser para nosotros checos, pues ni necesitamos de la *t* inicial para representar el sonido de nuestra *ch* (*c* en checo) ni hay razón para que traduzcamos el francés *tcheques* por *cheques*, ya que no decimos *ruses, turques, bulgares* o *eslaves*. (En esto Castelar fué más lejos llamando *boeros* a los boerres o boers). Y tuve la satisfacción —¿por qué no ha de satisfacerme esto?— de que en un telegrama posterior a esa mi explicación escribiese "El Imparcial" checos y no *tcheques*. Los cheques son otros.

Diarios hay ya en España que llaman zar al emperador de Rusia, pero otros insisten todavía en llamarle czar, no sé bien por qué, como en antiguo polaco. En esta forma se descubre mejor la traza de su origen: *caesar*, es cierto. Mejor sería escribirlo como los franceses, *tzar* o *tsar*.

Estamos muy lejos de la época en que corriendo los castellanos tierras y andando a tajo y mandoble

por esos mundos castellanizaban los nombres extranjeros al recibirlos, acomodándolos a la índole del propio idioma. Olvidado de ello hay aún quien llama *Mayence* a Maguncia, y cosas por el estilo. Estébanez Calderón, *el Solitario,* que llamaba Gualterio Escoto a Walter Scott, fué acaso el último representante del castizo transcripcionismo.

Ahora, en cambio, ni los nombres de pila queremos traducir y escriben muchos Paul de Kock, Herbert Spencer, Karl Marx, Paul Bourget, Max Nordau, y hasta... ¡Emile Zola!

Repito que la cosa es en el fondo de poco alcance, pero muy sintomática no pocas veces. Porque no es sólo la ignorancia o el descuido lo que nos hace escribir de una manera incorrecta ciertos vocablos, sino a las veces cierto puntillo de pedantería, o una ridícula tendencia a dar aire exótico a lo que no lo necesita. Así es como no pocos de mis paisanos se empeñan en escribir *Bizcaya* para dar que pensar al *maqueto,* y los mejicanos no sueltan a tres tirones su *x,* no más justificada que lo estaría en los más de nuestros vocablos que llevan *j,* porque si han de escribir *México* porque en el idioma de que esta voz procede era *sh* (*ch* francesa), por la misma razón habríamos de escribir *x* las jotas de nuestros vocablos derivados del árabe y aun las derivadas del latín, ya que por intermedio de *sh* paladial llegaron a la actual jota. Y aquí lo del escribano: "Si se tira de la cuerda, que se tire para todos". Si hemos de escribir *México,* escribamos *Guadalaxara* y *Andúxar* y tantos otros nombres análogos. Aqui de un conocido chascarrillo que me callo.

Hace poco preguntaba uno si debe escribirse Ximénez, Giménez o Jiménez. El apellido procede, como está claro, del nombre Jimeno, que es el antiguo nombre griego Eximeno. Esta X, pasando —como casi todas nuestras equises— por *sh* paladial, llegó a jota,

y en Jimeno quedó el Eximeno. Conservar la equis es una pedantería ociosa, que debe dejarse a los que se las echan de nobles, porque las equis sabido es que ennoblecen mucho, como toda incógnita. En cuanto a Giménez con *g* no hay razón alguna etimológica para ello, como no la hay para ponerla en Jerónimo *(Hieronimus)* Pero hay una razón superior, y es que debe tenderse a dejar a la *g* recluida a las sílabas ga, gue, gui, go, gu, adoptando de preferencia la jota para el sonido gutural, como hacen los americanos, porque así se prepara el que perdida un día la conciencia del sonido gutural de la *g*, le quiten la *u* de *gue, gui.*

Todo lo que sea acercarse poco a poco, evolutivamente a la ortografía fonética es un progreso, como son un retroceso todos esos signos inútiles, como la *h* de *harmonía* o la *b* de *obscuro,* que movida de instintos, no ya conservadores, sino retrógrados, la Real Academia de la Lengua prescribe a los que quieran hacerle caso. La sencillez debe ser aquí el supremo criterio.

(*Los Lunes de "El Imparcial"*,
Madrid, 30-VII-1900.)

## CURIOSIDADES

—Hombre, dime, tú que te fijas en esas cosas, ¿qué quiere decir eso de *calamo currente?*

—Al correr de la caña, como si dijéramos, al correr de la pluma.

—¿Y por qué caña y no pluma?

—Hombre, hoy ya no es pluma ni es caña, pero antes de usarse plumas de ave para escribir se usaban cañas, y de ahí la frase.

—Todavía hay quien se hace con cañas sus cortaplumas .

(Yo uno de ellos, por lo cual puedo decir al pie de la letra *calamo currente*, que es como suelto este articulito).

—Y como las tales cañas se metian en el tintero, se llamó al tintero *calamarium*, esto es: cañero. Aun hoy en día llámasele al tintero en italiano *calamaio*. En castellano sería, de tener nosotros la palabra, *calamero* o *calamar*.

—¿Calamar?

—Calamar, exacto, que en su primitiva y etimológica acepción significa "tintero", del recipiente en que se mojaban las cañas, y que luego se aplicó metafóricamente al jibión por la tinta que da.

—Es curioso. Podría preguntarse como acertijo: ¿qué tiene que ver el calamar con la caña?

—Mejor sería preguntar qué tiene que ver el calamar con el caramillo, tomando otro derivado del latín *calamus,* cual es el caramillo o *calamillo,* es decir, cañita.

—Es extraño cómo algún escritor festivo no se apodera de todas estas cosas y las explota.

—Es uno de mis temas favoritos, el de que si nuestros escritores festivos tuvieran más cultura de la que tienen dispondrían de más recursos. Es incalculable la fuente de chistes, de grotescas comparaciones, de extraños cotejos, que es una ciencia cualquiera. En cierta ocasión, leyendo a un escritor festivo francés, me encontré con una cosa que me hizo muchísima gracia, y es que yendo un individuo a quien acababan de borrarle un ojo de un puñetazo a que se lo viese un médico, empezó éste su consulta preguntándole: "¿Su padre de usted padeció de la vista?" Es fácil, me dije, que se le ocurriera esto al escritor después de haber leído algo acerca de la ley de la herencia.

—Veo un peligro en esa fuente de chistes, y es que pierdan éstos su espontaneidad y que el escritor festivo se vuelva pedante. Casos se ven de ello.

—Es verdad, pero ahí está el talento para reducir a carne lo abstracto y sacar gracia natural, clara y sencilla de fuente tan complicada. Lo cierto es que en todas las épocas los grandes escritores festivos y humorísticos se han distinguido por su gran cultura y por la variedad de ella. Buen ejemplo nos ofrece entre nosotros Quevedo. Y si los chistes de las piececitas de nuestro género chico hieden de ordinario de puro sobados y resobados, débese a la menguadísima cultura de los que los paren.

—¿Es que crees que la mucha y variada cultura da gracia y hace chistoso al hombre?

—Nada de eso, pero sí creo que quien nace con aptitudes para lo festivo las corrobora y fomenta con la mucha y variada cultura. Y creo más, y es que el espíritu crítico y la cultura grande y extendida a muy diversos ramos predispone a ver los contrastes ridículos y el lado grotesco de las cosas. He observado que cuanto más estrecho sea el espíritu de un hombre y más pobre y circunscrita su cultura, tanto más serio suele ser el sujeto y tanto más incapaz de ver lo humorístico.

—Pues yo conozco gente muy culta y más seria que un corcho.

—Guárdate bien y observa si esa seriedad no es más aparente que real y si debajo de ella no hay un fondo de sutil ironía, de ese finísimo humorismo tan poco adaptable a nuestro pueblo, porque, en el fondo, pocos pueblos conozco más seriotes y más incapaces de sentir lo humorístico que el pueblo español.

—No se cree así aquí.

—Como no se creen otras cosas. Pero el caso es que los más de los chistes que leo en nuestros semanarios festivos son chistes de palabras, juegos de palabras, chistes de primer grado, o verdes. El chiste elevado, el chiste de concepto rara vez se encuentra. Y en cuanto a la tan decantada gracia meridional todavía no la he visto. Consiste más en la dicción que en el fondo de la cosa. Es inútil darle vueltas, cuanta más cultura se posee se ven más analogías y más contrastes entre las cosas, y es más fácil hacer surgir la impresión de lo ridículo. De antiguo se ha hecho notar que el burro jamás se ríe.

—Vaya adonde nos han traído el calamar y el caramillo.

—Así son las cosas, hay que dejarse llevar de ellas. Una conversación tiene siempre algo de desor-

den lírico; no hay más hilo que el de la eventual asociación de ideas: es un riachuelo de montaña, no un canal.

—Una sarta sin cuerda, vamos al decir.

—Justo, o un calamar bailando al son de su pariente el caramillo.

(*El Correo.* Valencia, 16-VIII-1900.)

# MALA LETRA

Una de las cosas que más hay que difundir en España es el verdadero concepto de la *buena* y *mala educación* y hasta qué punto entra esto en la moral. A cuyo propósito pueden releerse todavía algunos ensayos de Spencer, a pesar de cierta tosquedad de concepción que en todo lo spenceriano se observa.

Una de las consecuencias del "no hagas a otro lo que para ti no quieras", es el no molestar al prójimo, y toda la buena educación se reduce, bien mirada la cosa, a no molestar al prójimo.

Sabido es el ingeniosísimo apólogo de Schopenhauer de aquellos puerco-espines que se reunieron una noche de invierno y se arrimaron para prestarse calor, mas al sentirse pinchados volvieron a separarse. El frío los impulsó a volver a reunirse para tener que volver a separarse, hasta que hallaron una honesta distancia suficiente para calentarse algo sin herirse demasiado. Esa distancia, dice el filósofo, son las buenas maneras en sociedad.

Una de las cosas que más me molestan, y creo que molestará a todos, es el tener que descifrar cartas y leer letra casi ilegible. Tengo un amigo cuyas cartas me veo obligado a leer lápiz en mano escribiendo entre renglones las palabras difíciles. Y como una de las cosas de que más me jacto es de tener letra clara,

me molesta más el tener que leerla enrevesada y el que me suelten erratas en lo que publico.

Nación hay en Europa en el que tener letra ilegible es motivo para formar expediente a un empleado y separarlo de su empleo, disposición que debía imitarse aquí. Un funcionario público no tiene derecho a tener por firma un jeroglífico. Y mejor harían remediar esto que no la ridiculez de exigirnos rúbrica.

Sé de un señor que recibió en cierta ocasión una carta ilegible por lo enrevesado de la letra, y como por la firma y otras circunstancias viera de quién era y llegase a comprender que se trataba de asunto que al remitente más que al destinatario de la carta le interesaba, se la devolvió con esta justísima nota: "Me parece, muy señor mío, que puesto que el asunto le interesa a usted más que a mí, se tome la molestia de poner en limpio la adjunta carta para ahorrarme la de tenerla que descifrar."

Sé también de un señor que puso a su hijo, después de doctorado éste en medicina, con un maestro de escritura para que reformase su letra.

Dicen que hubo un tiempo que estuvo de moda tener mala letra. No lo sé, y hasta lo dudo, pero lo que sí sé es que ahora no lo está, porque los jóvenes que tiran al modernismo han dado en la flor de tener letras muy historiadas o muy estéticas, pero claras. Y con tal de que sean claras pueden tener todos los perendengues que quieran.

Hay quien dice que la mala letra proviene del mucho escribir y escribir muy de prisa, pero el caso es que yo, verbigracia, escribo bastante y con mucha rapidez, y tengo, aunque me esté mal el decirlo, una letra bien clara y bien legible. No sé lo que dirán los grafólogos y otros... logos por el estilo, pero yo creo que las malas letras provienen de la caligrafía.

Eso de separar la caligrafía del dibujo y darle reglas especiales, y venirnos con palotes y otras zarandajas, no puede llevar a bien. Yo a mis hijos les enseño a dibujar las letras como se dibuja una silla o un perro, procurando que las imiten de la letra impresa. Es más, creo que debía enseñarse a la vez a dibujar, a escribir y a leer, o mejor dicho, primero y antes que nada, a dibujar y luego a leer dibujando las letras, es decir, escribiendo. Y escribirlas lo más grandes posibles y con lápiz muy grueso o con yeso; nada de finura de rasgos.

Aborrezco la llamada caligrafía y apenas conozco calígrafo de esos de los que exponen en los escaparates "mesas revueltas" y cosas por el estilo que no sea un pésimo dibujante. Tienen, además, el inconveniente de que para hacer sus primores de pendolistas tienen que ir despacio. Y la cuestión está en hacer la letra más clara posible tardando en escribir el menor tiempo que se pueda. Y esto creo que se logra aprendiendo a dibujar las letras y tendiendo a que la manuscrita se acerque a la impresa, dando cierta individualidad a cada letra.

*(El Correo.* Valencia, 6-X-1900.)

# EL SIGLO EN ESPAÑA
# LA LINGÜISTICA

Si alguna ciencia ha nacido como tal en el pasado siglo es la lingüística. No es que antes del XIX no se estudiaran las lenguas, sino que su estudio no se había elevado a lo que por ciencia entendemos hoy. Casi todas las indagaciones respecto al lenguaje en general y a éste o el otro en particular manteníanse en el espíritu de pura fantasía caprichosa del *Cratilo* de Platón. El tema de las extravagancias de los etimologistas, que a su talante y oído derivaban unas palabras de otras, es un tema inagotable. Merecían las cuchufletas de Voltaire, que decía, hablando de ellos, que *cheval* viene de *equus* cambiando la *e* en *che* y el *quus* en *val*. En nuestra patria, a principios de siglo, Larramendi, Astarloa, Erro, Sorriguieta y otros paisanos míos dieron rienda suelta a su imaginación y desbarraron de lo lindo pretendiendo sacar del vascuence poco menos que todas las lenguas. Y por desgracia, persiste en España ese modo de disertar acerca del lenguaje.

La antigua lingüística es a la moderna lo que la alquimia a la química, y así como la alquimia contiene elementos aprovechables para la química, contiénelos también, en medio de sus errores, la lingüística antigua.

Lo que en realidad fué la ocasión del nacimiento de la moderna filología comparada fué el descubrimiento del sánscrito, o sea de la antigua lengua sagrada de los bramanes indios, descubrimiento hecho a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Notóse desde luego su analogía con el griego y el latín de un lado, con las lenguas germánicas y eslavas de otro, con el celta, el iranio o persa y otros idiomas que constituyen el grupo llamado indo-germánico o indo-europeo. Bopp fué quien dió el primer gran impulso, y con él Grimm, Schleicher y luego Máximo Müller, Curtius, Pott y otros. El descubrimiento del sánscrito fué la ocasión, pero la verdadera causa estaba en el ambiente y era el valor que de día en día alcanzaban los métodos de comparación. A la vez, la escuela de Lazarus y Steinthal, los de *Völkerpsychologie,* o sea psicología de los pueblos, presentaban al lenguaje como un objeto directo de ciencia. El hombre piensa con palabras, el lenguaje ha nacido con la razón, y hasta la ha hecho, y como es el lenguaje producto social o colectivo, producto social es la razón también. Y de aquí que el estudio científico del lenguaje sea el mejor camino para investigar lo que se llamaba en un tiempo la generación de los conocimientos humanos.

Siempre se han estudiado las lenguas, sobre todo las llamadas clásicas, pero era como instrumentos, como medios para conocer las literaturas clásicas. De aquí nació la filología de los humanistas, sobre todo los del Renacimiento, de los Erasmo, Reuchlin, Scaligero, el Brocense y otros. Pero tomar al idioma mismo, en sí, como materia científica e indagar su origen, proceso y desarrollo, apenas se hizo hasta el pasado siglo.

Había, por otra parte, lo que se llamaba gramática general, pura ideología por lo común, basada en

el latín o a lo sumo en las lenguas europeas, gramática en que se discutían cuestiones tan ociosas como la de si el verbo es o no único y otras por el estilo. Era una disciplina puramente escolástica, análoga a la psicología metafísica. Y así como a ésta ha sucedido la psicología genuinamente científica, basada en la fisiología sobre todo, ha sucedido a la gramática general la lingüística comparada. Podríamos decir también que guardan entre sí una relación análoga a la que guardan la antigua filosofía de la historia y la moderna e incipiente sociología.

Era también frecuente hablar de lenguas más o menos filosóficas, suponiendo tácitamente que hubieran nacido por contrato social o que la gramática de un lenguaje precedió a éste. Y se daba el caso de que llamaban más *perfecto* —es decir, acabado— a lo más imperfecto, a la lengua más complicada, más llena de flexión, más embarazosa. Cada lengua es la más perfecta para el pueblo que la habla, como para cada uno el más perfecto pellejo es el suyo propio, el que con él se ha hecho; pero si con criterio objetivo habría de juzgarse, sería el inglés más perfecto o acabado que el griego antiguo, verbigracia, porque aquél expresa mediante combinaciones de unos pocos elementos lo que éste con distintas formas. Las combinaciones binarias y ternarias de pronombres nos evitan la complicadísima conjugación del vascuence, por ejemplo.

No se trata ya de sacar etimologías por curiosidad vana, sino de trazar la biología del lenguaje; el que tal vocablo proceda de tal otro importa menos que la manera como procede. Lo importante es trazar el proceso. No el que nuestro *encina* (catalán *alsina)* venga del bajo-latín *ilicina,* sino cómo y por qué se han perdido la *l* de la segunda sílaba y han cambiado la *l* en *n* y la *i* inicial en *e* es lo interesante; como lo es el cómo y por qué *episcopus* dió en italiano *vés-*

*covo,* en castellano *obispo,* en francés *evêque,* en catalán *bisbe,* etc.

Confina de un lado la lingüística con la acústica y la fisiología, y con la psicología y la sociología por otro; tiene tanto de ciencia físico-natural como de histórica.

Lo que la lingüística ha excluído de su campo es el investigar acerca del origen del lenguaje y si proceden los idiomas existentes de uno solo primitivo o de varios, y de cuál sea aquél. Hanse abstenido sus cultivadores de tal inquisición, como no investigan los geómetras la naturaleza y origen del espacio, ni de la fuerza los físicos, ni los químicos la de la materia. La lingüística empieza desde que conocemos lenguas, como la historia desde que tenemos relatos históricos. Ni al individuo ni a la especie le dice su memoria nada acerca de su origen.

En sus comienzos padeció la lingüística las consecuencias de su origen; encerráronla en la rama indo-europea, en que la formuló Bopp, y empeñáronse sus cultivadores en universalizar las leyes especiales observadas en aquella rama. Y dentro de ésta se dió sobrada importancia al sánscrito, tomándole algunos como lengua madre, con evidente error, y como clase casi única del grupo otros. Hoy se ha reaccionado.

Mientras dominaba, a mediados de siglo, un estrecho positivismo en las ciencias y se enseñoreaba de ellas cierto mecanismo pobre, el más vigoroso y exclusivo fonetismo dominó la lingüística. Todo cambio se quería explicar por transformaciones fónicas fundadas, en última instancia, en mecánica de la fonación o elocución. De esta época son los hermosos trabajos de Winteler; de entonces, las agotadoras investigaciones de Corssen acerca del latín. Mas vino al cabo la natural reacción con la escuela llamada de

los neo-gramáticos, y empezó a darse importancia (exagerada por el principio de la compensación) a un elemento espiritual, no ya puramente fisiológico, a la *analogía,* a la modificación de las formas en virtud de asociación de ideas. Es el principio que hace decir a los niños *sabo* por *sé, desaminario* por *seminario* a mucha gente del pueblo, por creer que se la llama así de que en él se *desamina* o examina, y principio a que debemos tantas formas. La terceras personas del singular del pretérito perfecto de nuestros verbos llamados de segunda y tercera conjugación *(temió, partió)* no se explican fonéticamente a partir de las formas latinas correspondientes; están formadas por analogía de las de la primera conjugación *(amó),* que éstas sí se explican fonéticamente: *amauit-amaut-amó,* como de *aut* salió *o.*

La moderna lingüística procede por comparación entre formas que se den con diferencia de espacio y de tiempo. La lingüística románica o de las lenguas neo-latinas (italiano, francés, provenzal, castellano, catalán, portugués, rumano, ladino, etc.) compara las formas nacidas del latín y existentes en sus derivadas todas y el curso de dichas formas a través de los siglos. Para conocer bien el origen de nuestras formas y voces conviene seguirlas en su historia, remontándonos a su origen, y cotejarlas con sus concomitantes. Y para ello las hablas populares regionales, los supuestos disparates del vulgo, tienen un grandísimo valor. La forma *lúntriga,* como en buena parte de esta provincia de Salamanca llaman a la nutria (en francés *loutre,* italiano *lontra,* catalán *lludria),* está más cerca de la forma hipotética bajo-latina *lutrica* (latín *lutra)* que el literario *nutria.* No debe desecharse ninguna voz popular a pretexto de que es una corruptela, pues no pocas veces están más cerca del origen que las formas académicas y casi siempre las explican.

Cabe estudiar la fonética inductivamente, por los datos que las lenguas nos suministran, y cabe estudiarla de una manera experimental, provocando cambios y choques y encuentros de sonidos, como el abate Rousselot, armado de aparatos apropiados, lo hace. De todos modos, la fonética empieza a constituir una ciencia por sí, una especialidad con carácter propio dentro de la lingüística, y no tardará en escindirse de ésta, como otras ciencias, en ciencias particulares, en ser una verdadera enciclopedia o un haz de disciplinas especializadas lo que empezó siendo una rama de la filología o de las humanidades. Sólo el fenómeno de que la *o* breve latina (o larga en posición) se diptonguice en *ue* en castellano (*porta-puerta, solet-suele, mortem-muerte,* etc.), fenómeno que tan sencillo nos parece, da lugar a largas y complicadas inquisiciones.

También aquí, en España, cuando de lingüística científica empezó a hablarse por eruditos, nos subimos a la parra sanscritánica y se empezó por establecer una cátedra de sánscrito, y se nos decía algo de la comparación entre los idiomas indo-europeos sin ir a buscar la ciencia en nuestra propia lengua, en el castellano que hablamos y sus lenguas afines, las neolatinas, con las que Federico Díez sobre todo, aunque no solo, había hecho lo que Bopp con las indoeuropeas. Y mientras se trataba ya por ahí a nuestro romance castellano científicamente, seguíase aquí disertando acerca de él sobre la base del más craso empirismo y preguntaba quién era Díez un crítico de la Academia. (La parte etimológica de cuyo Diccionario, dicho sea entre paréntesis, es una vergüenza nacional y un estigma de ignorancia, en lingüística, ante los doctos.) Por fin se han establecido en nuestra Patria, y a la licenciatura de Letras las ha extendido el actual ministro de Instrucción Pública, señor

García Alix, cátedras de "Filología comparada del latín y castellano", base obligada del conocimiento genuinamente *científico* de nuestro romance y principio del fin del gramaticismo empírico de dómines y de caza-gazapos. Con este estudio renacerá el de las hablas regionales y populares, y se recogerá tanta cosecha lingüística diseminada por nuestros campos. Servirá, a la vez, para quebrantar cierto supersticioso respeto a lo académico y la absurda y desatinada creencia de que un vocablo significa lo que el Diccionario de la Academia diga, y que es esta Institución un cuerpo legislativo como si de convención procediese el idioma. Así acabará, es de esperar, el deplorable servilismo de escribir *obscuro* en *septiembre* y en todo el año, para ponerse en *harmonía* con artificios nada científicos.

(*Alrededor del Mundo*. Madrid, 14-II-1901.)

# SIMBOLOS MAL INTERPRETADOS Y SIMBOLOS MAL EXPRESADOS




Siempre me ha sorprendido la explicación que de este símbolo dan por lo común en Sevilla, tomándolo como si fuese un jeroglífico y descifrándolo así: *no madeja do,* es decir *no m'ha dejado,* o sea *no me ha dejado,* a cuyo propósito cuentan una historia que no recuerdo.

Y sin embargo la cosa está clara, clarísima. Ni hay tal jeroglífico, ni cosa que lo valga.

Trátase, pura y simplemente, de un *nodo* o *nudo.* La especie de ocho o madeja que está en medio es el nudo o nodo. Y luego, por si no se le conoce, que en efecto, no es fácil conocer a primeras que es un nudo, hanle puesto el nombre como al gallo aquel de Orbaneja o de quien fuese: éste es un gallo. Fácil es que el consabido gallo estuviese pintado así:



¿Y qué representará ese nudo o nodo que parece un ocho o una madeja, o ese ocho que quiere ser un nudo?

Pues representa, sin duda, lo mismo que los haces y que el yugo que suelen encontrarse en obras del tiempo de los Reyes Católicos Isabel y Fernando. Es un símbolo más de la unión de los reinos o coronas de Castilla y Aragón, suceso que se tenía por el más notable entonces. Haces, yugo y nudo son otros tantos emblemas de aquella tan pronunfa unión histórica, y acaso haya otros que no conozco.

No convencerá esto, me figuro, a los que vienen de antiguo descifrándose el jeroglífico del *no madeja do,* porque éste tiene más chiste y más tradición.

El pueblo se encontraba con el símbolo, a diario, grabado en sitios ostensibles, y como no puede resignarse a ignorar el sentido de lo que de continuo ante los ojos tiene, inventó lo del jeroglífico, le dió una solución y se forjó sobre la tal solución una leyenda. O acaso lo hiciera algún erudito de aquellos de imaginación lozana que sabían todo menos ignorar y que de tantos infundios por el estilo nos han plagado. ¡Y vaya usted ahora a deshacer con el jeroglífico la leyenda sobre él levantada!

Es un caso de psicología, en fin de cuenta. Algún día sacaré a estas columnas otro pseudo-jeroglifico. Y vamos a ver, ¿no toman muchos al Universo mismo por un inmenso jeroglífico —un jeroglífico ampliado en vez de comprimido—, buscándole solución, cuando sea acaso, como sospechaba el bueno de Carlyle, un símbolo viviente? La ciencia está trazando la inscripción del símbolo, el NO-DO de la supuesta madeja, el GA-LLO de Orbaneja, y las gentes sencillas, a quienes les dieron rudimentos los más rudimentarios de ciencia, cogen a ésta, a la inscripción, mézclanla con el símbolo, con la gran Madeja, y sacan la solución del jeroglífico.

Hay otro punto, de gran interés psicológico también, y es el de inventar cuentos o leyendas para explicar un jeroglífico, un nombre de lugar o de personas. Para justificar las etimologías populares o popularizadas de no pocos nombres de lugares, villas y ciudades hay cuentos parecidos al del *no m'ha dejado.*

En el fondo de todo lo cual se ve la heroica resistencia a ignorar algo. Cuando no se sabe la razón de algo, se la inventa. Y hay que convencerse: el principio de la sabiduría es saber ignorar. Es mi traducción de aquello de *initium sapientiae timor Domini,* porque el temor y la ignorancia son mellizos.

Quedamos, pues, en que el nudo de los Reyes Católicos les ha parecido una madeja a los sevillanos, y en esto sí que han demostrado, hay que confesarlo, un certero instinto profético. Porque ¡menuda madeja la que de aquel nudo nos ha salido en la historia de España! Por donde venimos a parar en que si el pueblo se equivocó al tomar el símbolo por jeroglífico, fué con equivocación profética, casi genial.

# IHS

Es muy frecuente al interpretar este anagrama decir que significa *Iesus Hominum Salvator,* Jesús Salvador de los Hombres, y en rigor no es así. El anagrama usóse primero en griego, así: ΙΗΣ. Y la segunda letra, esa H, que parece una hache, no es una hache, sino una *eta* griega, una *e* larga; luego viene la Σ, una sigma, o *s* griega. Son las tres primeras letras griegas del nombre ΙΗΣΟΥΣ o sea Jesús.

Al transcribirlo al latín, cambiaron la sigma griega

por la ese latina, pero como la eta griega se escribe lo mismo que la hache latina, la dejaron, y es lo que indujo a error.

Y ya que de esto trato, conviene decir que está mal transcrito el nombre griego Cristo cuando lo transcriben *Xristos* —que así lo he visto—, porque esa equis no es tal equis, como aquella hache no es hache) sino la que llamamos *ji*, la que transtribieron los latinos por *ch*. Ni esa equis es equis ni es pe la pe que figura en el otro anagrama Xp, sino las dos primeras letras griegas del nombre Cristo o ΧΡΙΣΤΟΣ.

De modo que tenemos de un lado una hache que no es hache, y del otro, una equis que no es equis y una pe que no es pe; un lío, en fin; un lío como el del nudo o madeja de Sevilla.

Pero mayor es aún el lío del pez que se encuentra en algunos sepulcros de las catacumbas cristianas, pez contra el que se dieron de cabezadas no pocos arqueólogos, y eso que de peces nada tenían. Y al cabo resultó que aquel pez representaba nada menos que a Jesucristo Hijo de Dios. Y no es irreverencia.



IMÁGENES DE PECES EN LAS CATACUMBAS

En efecto, si se ponen en griego las iniciales de las palabras que componen esta frase: "Jesús Cristo, de Dios hijo, Salvador", resulta el nombre pez. Para los que sepan algo de griego:

ιησους χριστος θεου υιος σωτηρ

las iniciales ιχθυς *ichtys* —de donde derivan *ictiófago*, *ictiólogo*, etc.—, es decir: pez. Y de aquí se pasó luego a grabar un pez. Y éste sí que es un verdadero jeroglífico y no un símbolo, éste y no el nudo sevillano.

Es como si uno se llamara Pedro Esteban Zabala y pusiese en su baúl P. E. Z., y luego, para abreviar, dibujase un pez.

Lo cual sí que es un jeroglífico comprimido.

(*Alrededor del Mundo*. Madrid, 28 febrero 1901.)

## MAYUSCULAS Y MINUSCULAS

Cosa sabida es que el hombre apenas repara en los misterios y milagros cotidianos, que en puro ver a todas horas algo no se le ocurre buscarle explicación, y que da por tal el que le refieran un hecho raro a otro hecho frecuente, aunque sea éste tan incomprensible como aquél.

Este exordio, un si es no es presuntuoso y solemne, viene, caro lector, a decirte que cuando te habrás preguntado por la razón de extrañas y poco vistas transformaciones, no se te habrá ocurrido preguntarte cómo sale la figura de nuestra *a* minúscula de la de nuestra *A* mayúscula, o las dos de una tercera; qué proceso gráfico enlaza esos dos signos tan diferentes entre sí. Y quien dice esto de las *Aa*, lo dice de las *Dd, Ee, Gg, Rr* y otras. En casos como la *Cc, Oo, Pp,* no cabe duda: es el minúsculo el mismo signo, achicado; pero una *r* ¿qué relación tiene con una *R?* Vamos a ello.

No es cosa de trazar donhermogenescamente la historia de nuestro alfabeto, y cómo salió del latino, y éste, con el griego, del fenicio, y el fenicio acaso de la escritura hierática de los egipcios. Abreviemos.

Lo que sí conviene decir es que hubo un modo de escritura, que los griegos llamaron *boustrofedon,* es decir, a manera de buey que ara, y en el que el escribiente, al llegar, yendo de izquierda a derecha, al fin

del renglón, trazaba el renglón siguiente de derecha a izquierda, lo que llevaba consigo la inversión de las letras de tal modo, que si en el primero aparecía una E en esta forma, presentábase en el segundo invertida:

De aquí el que en la antigua escritura se encuentre no pocas veces un signo de un sonido ya mirando a la derecha, ya mirando a la izquierda.

Aquellas de nuestras letras en que más se diferencian la mayúscula de la minúscula son *Aa, Dd, Gg* y *Rr*. En la *Bb* se distingue fácilmente el tránsito

B, ɓ, b

y lo mismo sucede en la *Eė* (véase la fig. 1).

FIG. 1

FIG. 2

Y aquí conviene hacer notar cómo la mayor parte de estas evoluciones gráficas tienen por origen la conversión de las líneas quebradas, de los ángulos, en curvas. Así caben dos *ces,* una curvilínea, la usual, C, y otra rectilínea (fig. 2). Fácil es ver hoy mismo, en rótulos y letreros, una O rectilínea, en forma de cuadrilátero. La conversión en curva del ángulo superior de la F, de la minúscula, *f*. Pasemos ahora a las que ofrecen dificultad.

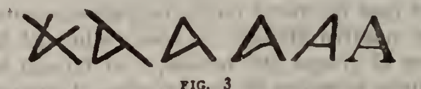


FIG. 3

*Aa.* Su evolución diferenciadora se ve en el trazado de la figura 3. A los signos segundo y tercero de dicha figura 3 corresponde nuestra *a*.

Todas las figuras del primer trazado, así como otras análogas e invertidas, encuéntranse en inscripciones griegas o latinas. La letra egipcia salió, se supone, de otra de la escritura egipcia hierática, y ésta, a su vez, de un signo de la jeroglífica, que representa un pajarraco (véase la fig. 4).



FIG. 4 FIG. 5

Como se ve, la *a* minúscula ha salido de la primitiva (fig. 5) (sea ésta un hacha, sea simplificación del jeroglífico pajarraco), sin más que redondearle el triangulillo, haciendo de él una panza.

En la *a* manuscrita no ha quedado más que la panza del pajarraco de marras, quiero decir, del pajarraco jeroglífico. Ese redondel o elipsoide que se apoya en un soporte es transformación del triángulo que aparece en lo alto de la A.

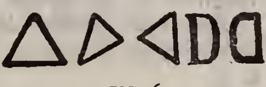


FIG. 6

*Dd.* En los distintos alfabetos griegos y latinos se encuentra esta letra, ya rectilínea, ya curvilínea, mirando a la derecha unas veces y a la izquierda otras (fig. 6).

Sin más que prolongarle hacia arriba el eje al último signo, tenemos la *d* minúscula, que es invertida de la mayúscula.

*Gg.* Esta diferenciación es posterior a la escritura latina, en que no se distinguía entre *c* y *g*. El valor primitivo de la *c* era de *g* suave (ga, go, gu) (*pacunt* dice la ley de las Doce Tablas), y se conservó aun luego de inventada la *g* (*macister* por *magister*). Para el sonido de *c* se empleaba la *k*, lo cual quiere decir que los partidarios de la ortografía fonética que escriben *kalumnia* no hacen más que restaurar lo más antiguo. (A los acusados de calumnia se les marcaba la frente con una *k*, resto de la antigua ortografía.)

A menudo resulta que lo más moderno es lo más antiguo, y que coinciden los que tienden al más remoto porvenir con los que al más remoto pasado tienden. ¿No acabará la humanidad por volver a sus orígenes, cerrándose el círculo?

Ahora tengo en estudio esta concepción circular del tiempo, que vislumbró Nietzsche; me la han sugerido los modernistas, que son lo más antiguo que conozco. Volvamos a la *g*.

En la época de la guerra con Pirro, se distinguió la *c* de la *g*; fué Spurius Carvilius quien, según Plutarco, introdujo la variante, y aparece por primera vez en el sarcófago de L. C. Scipio Barbatus (290 antes de J. C.). Pero este cursillo, de erudición barata, no pone de manifiesto la unidad de origen gráfico de la *G* y la *g*.

FIG. 7

FIG. 8

La *g* no es más que una *c* con cedilla, o sea con una especie de rabo (véase la fig. 7).

En la minúscula, el rabo se ha desarrollado mucho,

retorciéndose y enroscándose, y a la vez, al cerrarse el semicirculo de la primitiva *c*, ha dejado como muestra del cierre una orejita (véase la fig. 8).



FIG. 9

Es, pues, la orejita de nuestra *g* minúscula un apéndice orgánico denotador de antigua sutura, un pendejo atávico. Nos quiere decir que no tomemos esa *c* cerrada por una *o*, que, tirando de la oreja, desharíamos el punto de sutura que en la *o*, circular *ab origine*, no existe.

FIG. 10

*Rr.* Hay cierto parentesco gráfico, no fonético, es decir, entre los signos escritos, no entre los sonidos, entre la *p* y la *r*. El signo griego del sonido *r* es una *P*. La π o *p* se encuentra en las inscripciones griegas en las formas de la figura 9; esta última, en las inscripciones de los locrios ozólicos. La *r* tiene las formas que indica la figura 10.

Véase ahora, en la figura 11, cómo se enlazan mayúsculas y minúsculas.

FIG. 11

Como cosa curiosa, he de hacer notar que una de las dos formas corrientes de la *r* minúscula manuscrita la recuerda a la griega más que a otra cosa.

Los demás signos no ofrecen dificultad, debiendo tan sólo hacer notar que las mayúsculas propenden a la forma rectilínea, y a la curvilínea las minúsculas, acercándose aquéllas a la escritura lapidaria, en que es más fácil trazar con cincel rectas que no curvas, y acercándose las minúsculas a la escritura corriente, con pincel o estilete o pluma, en que son más cómodas las curvas, pues se corre más trazando éstas. Lo cual quiere decir que las mayúsculas provienen de escritura grabada, y las minúsculas, de escritura pintada: son más escultóricas aquéllas, y éstas, más pictóricas. Y no es poco haber llegado a una conclusión que, siendo relativamente exacta, quepa encerrarla en una fórmula.

(*Alrededor del Mundo*. Madrid, 30 mayo 1901.)

## ALGO SOBRE NOMBRES PROPIOS

Siempre he creído que quien publicase un vocabulario etimológico de los nombres propios más usuales no perdería el tiempo que en ello emplease; quiero decir que habría de convertir ese tiempo en dinero, pues a esto llamamos no perderlo en este mismo país en que se hace tiempo para matarlo. Interesaríale a un Federico saber que su nombre significa "pacífico"; a un Nicolás, que es "vencedor del pueblo"; a un Aniceto, que es "invencible", etc.

Hubo un tiempo en que era más generalmente conocido este primitivo valor de los nombres propios, y hasta influía en el modo de usarlos. Más de un lector habrá visto una de las firmas de Cristóbal Colón, que parece un jeroglífico.

Es así:




El primer signo es el anagrama de Cristo, de que ya he escrito en otra ocasión en estas mismas columnas, y el *ferens* es el participio latino del verbo *fero*. Equivale, pues, el jeroglífico a "el que lleva a Cristo", "portador de Cristo", que no otra cosa significa en griego el nombre *Christophoros,* de donde

nuestro Cristóbal; y materializando el nombre, se llegó a hacer de San Cristóbal un forzudo gigantón, para que más cómoda y seguramente llevase a cuestas a Cristo. He aquí un curioso ejemplo de formación de mito a partir de un vocablo.

Otra cosa ocurría también con los nombres propios, y es que antiguamente los adoptaban y acomodaban más y mejor a nuestra propia lengua. Hoy se ha puesto de moda el dejarlos sin traducir, y se lee Paul de Kock, Henrik Ibsen, Paul Bourget, Max Nordau, Karl Marx, etc., como si no tuviésemos Pablo, Enrique, Máximo y Carlos. Pero es mejor que no los traduzcan, a hacerlo como algunos lo hacen. Porque, francamente, de no traducir el Ivan ruso bien y llamarle Juan, vale más dejarlo en Ivan y no decir Ivano. En esto, quien llegó más lejos fué don Serafín Estébanez Calderón, que llamaba a Walter Scott Gualterio Escoto, faltándole poco para llamarle don Gualterio Escoto. ¿Y por qué no? No veo la razón de que a un francés le llamemos *monsieur, míster* a un inglés y *herr* a un alemán, máxime cuando a todos les plantamos el Mr., sean de donde fueren. Y, francamente, de no llamarle a un alemán *herr,* vale más llamarle don que no Mr., no nos digan que le traducimos del francés.

Nombres hay cuya adaptación a nuestra lengua se ha dejado olvidada. Así sucede con nuestros Fadrique y Recaredo, que no son, ni más ni menos, que los actuales Federico y Ricardo, resultando nuestro Recaredo II un Ricardo II, o mejor, los Ricardos de otros países Recaredos en el nuestro. Otro caso es el de Filipo, que es sencillamente nuestro Felipe. Pero ni al de Macedonia le llamamos Felipe, ni Filipo al del Escorial.

En esto de los nombres propios pocos habrán sufrido más alteraciones y más hondas que el de Luis, a partir del Hlodowig de los francos. Encontrámosle

en las formas Chlodovicus, Clodoveus, Clovis, Lodovicus, Ludovicus (Ludwig) y, por último, Luis. Hay rey Clodoveo, rey Clovis, rey Ludovico, rey Luis, y todos tienen el mismo nombre; varía sólo la época.

Otro de los nombres que más variedades presenta es el del viejo patriarca Jacob, latinizado en Iacobus. Lo encontramos Jacobo, en italiano Jácome (recuérdese el arquitecto italiano Jácome Trezo, que ha dado nombre a una calle de Madrid), Jacme, el catalán Jaume, Jaime y por otro lado *Sanctus Iacobus,* Sant Iacob-Sant'iago.

Más dilatada es aún la familia de los Franciscos, del mote que a Juan Bernardone o Moricone, el de Asís, le pusieron por haber viajado por Francia y hablar francés. De Francisco tenemos Franco y Francho, y luego (pasando por Fancho) Pancho, con sus diminutivos, y Pacho con los suyos (Pachito, Pachico, etcétera). Otra forma es Frasco (Fransco), y de éste Frasquito, Frascuelo, Frasquico, y de Frasquico, Quico. Del Franco ya citado tenemos también Paco, y de éste el diminutivo Pacorro (cf. ventorro, cachorro, etcétera), de donde salen Curro y sus derivados.

Puede decirse que las tres formas primarias son Franco, Francho y Frasco, según que, perdiéndose la *c* suave y la *s,* persiste la *c* fuerte, o cambia en *ch* bajo la influencia de la *n* (Franco-Francho), como en *mancha, concha,* etc., o se pierde la *n,* quedando la *s.* Todo ello deriva de la pérdida de la *i* (Francsco). No sería difícil, según estas observaciones, trazar un árbol genealógico de los Franciscos, Frascos, Frasquitos, Frasquicos, Quicos; Francos, Pacos, Pacorros, Curros; Franchos, Panchos, Panchicos y demás del linaje.

Sucede a las veces que, una vez diferenciado un nombre fonéticamente, llega a constituir dos nombres distintos. Tal sucede con Ramón y Raimundo, y tal en francés con François y Francisque.

Otros hay en que se ha perdido la antigua forma, y así nadie llama hoy Guillén a un Guillermo, habiendo pasado aquél a la categoría de apellido. Como a la categoría de apellidos han pasado Ochoa, García y otros, nombres primero en un tiempo.

Otra de las curiosidades es la sinonimia, es decir, el que nombres distintos signifiquen lo mismo en distintas lenguas. Tal sucede, verbigracia, con Teófilo y Amadeo, Eugenio y Benigno, Eulogio y Benito, etc.

Otra de las cosas dignas de notarse es la diferente manera como escriben su nombre diversas personas en ciertos casos. Hay, por ejemplo, quien se firma siempre Gerónimo, con G, y otros con J, y hasta hay quien dice: "los Jerónimos con G son otros". En rigor etimológico, debería escribirse con jota y no con ge, lo mismo que el apellido Jiménez, por provenir aquél de una I, *Ieronimus,* y éste de una X, *Ximénez, Eximénez,* del nombre *Eximeno.* Hay también quien escribe Eriberto y quien lo hace con H, Heriberto (Heriberto Spencer); mas debiera tener en cuenta quien tal hache le planta que no se la ponemos a Enrique, que por la misma razón parecía deber llevarla.

Y repito, volviendo a lo del principio, que no perdería su tiempo quien publicase un vocabulario etimológico de los nombres propios más usuales.

(*Alrededor del Mundo.* Madrid, 13-VI-1901.)

# SOBRE EL ORIGEN DEL LENGUAJE

En la *Introducción a la Filosofía (Einleitung in die Philosophie)* del profesor de la Universidad de Berlín Federico Paulsen —página 28 de la octava edición, de 1901— me encuentro con una preciosa indicación que me sorprende no haya sido aún desarrollada por alguno de esos sabios que se dedican a buscar en los libros ajenos los gérmenes de sus propias teorías, tomando una observación o reflexión circunstancial, que hinchan y desarrollan luego. Voy, pues, yo a comentar la preciosa indicación de Paulsen, a ver quién se anima a desenvolverla debidamente y a hacer una obra sobre ella, porque yo, por mi parte, no me siento hoy sabio, como no me sentí ayer y probablemente tampoco me sentiré mañana. Y adviértase que para mí *ayer* quiere decir todo el pasado y *mañana* todo el porvenir. Y vamos al caso.

Tratando Paulsen del origen del lenguaje y de las distintas hipótesis escogitadas para explicarlo, habla de la de Tiedemann, de 1772, en que conforme a las doctrinas roussonianas del *Contrato social,* supone que los hombres, que se entendían primeramente por gestos, notaron que sus emociones les hacían proferir sonidos y quisieron aprovechar éstos para signos de sus pensamientos. Pusiéronse de acuerdo e inventaron el lenguaje.

Después de exponer esta respetable teoría, el pro-

fesor Paulsen se permite la broma, no del mejor gusto y poco respetuosa hacia el señor Tiedemann, de decir que el hombre que inventó el lenguaje acaso inventara antes la inteligencia y se la comunicara a los demás por persuasión. El lector repugnará, lo mismo que yo repugno, chistes de tan mal género: pero debo decir, en abono del señor Paulsen, que es, al fin y al cabo, un compañero mío, como profesor universitario, que rescata esa fea broma con la aguda y notabilísima observación que añade. Dice en seguida, hablando de la invención del lenguaje por aquellos primitivos hombres:

"¿Trabajaban muchos juntamente en la obra? ¿Se nombró acaso una comisión para la invención del lenguaje, que es lo que de seguro se haría hoy?"

Este supuesto de la comisión nombrada por la asamblea de aquellos hombres paleolíticos aún no dotados de palabra, comisión para que inventara el lenguaje, es de lo más fino, sugestivo y feliz que a un investigador de la prehistoria haya podido ocurrírsele.

Y, en efecto, ¿cómo sin la comisión correspondiente hubieran podido idear un lenguaje? Un lenguaje por sufragio universal directo, por *referendum* como si dijéramos, me parece un absurdo. Lo más probable es que designaran —por gestos, por supuesto— representantes de la asamblea mímica en que se trató de tan importante función pública y privada como es el hablar, y de aquella asamblea salió una comisión y de la comisión una ponencia.

¡Lástima que no se haya hallado en caverna alguna, junto a los huesos de un *ursus spelaeus,* las actas de aquella asamblea! Y no se me diga que mal puede haber actas de una asamblea mímica, anterior a la invención del lenguaje y enderezada precisamente a inventarlo, porque tengo muy buenas razones para creer que el lenguaje escrito fué anterior al ha-

blado, que la escritura —en forma primitiva e imperfecta, claro está— precedió a la palabra.

Es de suponer que la tal asamblea la provocó un sabio paleolítico que había inventado en sus ratos de ocio un lenguaje y que quiso darle sanción pública.

Cuál fuera ese primitivo lenguaje es cosa que no está aún puesta en claro, pues desde aquello de Babel la cosa se ha complicado mucho.

Y ahora que mento lo de Babel caigo en la cuenta de que he estado desbarrando y haciendo suposiciones no ya aventuradas, sino evidentemente erróneas y heréticas, puesto que el *Génesis* en su capítulo II, versillos 19 y 20, nos dice claramente, y sin que quede lugar a duda, cómo fué inventado el lenguaje por nuestro primer padre Adán.

El cual Adán gozó entre otras preeminencias la de no tener que formar asambleas ni comisiones con nadie. Y todo hubiera ido bien, al parecer, si no se le ocurre a Dios asociarle a Eva, porque así que hubo dos y se pusieron al habla vino lo que no podía menos de venir. Pues no cabe la menor duda de que si el hombre hubiera continuado solo, la serpiente no se hubiera atrevido a tentarle. ¡Ventajas de la soledad!

Ya sé que hay quienes hablan del lenguaje interior y dicen que cuando el hombre no tiene con quien hablar habla consigo mismo, y añaden que el *Génesis* no nos habla de la extracción que Dios hizo de la mujer, formándola de una costilla del hombre, hasta después de haber éste inventado el lenguaje, lo que indica claramente que el hombre habló cuando aún estaba solo Pero obsérvese que se nos cuenta la formación de Eva inmediatamente después de la invención del lenguaje —ésta en los versillos 19 y 20 y aquélla en los 21 a 25—, lo que claramente nos da a entender que el hombre habló *para* recibir mujer, o bien —y es lo que yo creo— que al sacar de sus

costillas Dios a la mujer fué una consecuencia de haber aprendido a hablar. Porque ¿para qué quería Adán hablar si no era para comunicarse con Eva? Y he aquí explicada la formación de la mujer, a la que crió Dios para que hablase con el hombre y pudiera ésta ejercitarse en el lenguaje.

(*Las Noticias*. Barcelona, 28-V-1902.)

# ESCARCEOS LINGÜISTICOS

## Los dobletes.

Llaman los lingüistas franceses *doublets* y nosotros, tomándolo de ella, dobletes, a dos vocablos derivados de uno mismo, o sea, constriñéndonos a nuestra lengua, a dos voces castellanas que proceden de una misma y sola voz latina. Porque conviene saber que muchas voces latinas han venido al castellano —como a los demás romances o lenguas neo-latinas— por dos caminos: ya rodando de boca en oído y de oído en boca, por vía popular, desde la época misma en que trajeron los romanos su idioma a la Península, ya pasando de la vista a la boca y el oído, es decir, tomándolas los eruditos, los que sabían leer latín, de los libros y metiéndolas en ellos en el idioma escrito, del que pasaron al hablado. Los vocablos o han pasado de la lengua hablada a la escrita o de ésta a aquélla.

Porque así como un hijo recibe de su padre dos herencias, la nativa o fisiológica, aquello que de él saca ya al nacer, y la adquirida o psíquica, lo que desde pequeño aprende del padre por imitación, así hay en castellano dos herencias latinas: la nativa, el caudal primitivo que era latino, y el que luego ha ido entrando en nuestro romance desde el latín escrito. Y así como es en muchos casos muy difícil averiguar

si un gesto, un *tic*, una mueca o una particularidad cualquiera que un individuo tenga y tuviera también su padre, proviene de herencia fisiológica nativa o se debe a haberle aprendido por imitación en los primeros años, así resulta difícil a las veces poner en claro si ciertos vocablos son primitivos en castellano o pasaron a este idioma, cuando se diferenciaba ya del latín, del idioma éste.

Pondré aquí una lista de diez dobletes como podría ponerla de cien o de mil, y son:

| | |
|---|---|
| Obrero ..................... | Operario. |
| Menester .................. | Ministerio. |
| Logro ..................... | Lucro |
| Doblegar .................. | Duplicar. |
| Entero ..................... | Integro. |
| Hebra ..................... | Fibra. |
| Aguaducho ............... | Acueducto. |
| Derecho .................. | Directo |
| Palabra .................... | Parábola. |
| Hostigar .................. | Fustigar. |

La columna de la izquierda presenta las formas que llamamos populares; la de la derecha, las formas eruditas. Las voces latinas *fibra, integrus, fustigare* se transformaron en boca de nuestro pueblo en *hebra, entero, hostigar;* y cuando se había formado ya nuestro romance, los doctos, los *calonjes e prestes sabidores de la fabla de Tulio e Marón,* los "canónigos y curas sabedores del habla de Cicerón y Virgilio", según los llamaba el antiguo poeta, tomaron de los libros e introdujeron en nuestro idioma, sin alterarlas casi, las voces latinas. Y así las encontramos duplicadas, y hasta triplicadas alguna vez.

Y como hay un instinto que tiende a deshacer toda sinonimia, sucede que al cabo esos dobletes, esas dos formas derivadas de una sola, vienen a significar cosas muy distintas. Porque es indudable que la diferenciación de forma trae consigo la diferenciación de significado. La palabra *juerga* no es más que la pro-

nunciación andaluza de *huelga,* y, sin embargo, entre huelga y juerga media una gran diferencia, aunque degeneren las huelgas en juergas no pocas veces, acabando los huelguistas por hacerse juerguistas. Una juerga es una huelga a la andaluza.

Los dobletes nos ofrecen curiosísimas y muy divertidas y sugestionadoras diferenciaciones de significado, y a señalar algunas de ellas dedico estas líneas. No tanto con fines científicos cuanto con el fin supremo de deleitar al lector y de abrirle el apetito a la vez hacia unos estudios que son tan amenos como instructivos.

La voz *lidiar* no es más que la forma popular cuyo doblete erudito es *litigar;* y realmente, ¿qué es un litigio más que una lidia? ¿Hay diferencia sustancial entre el torero que litiga con un miureño y el abogado que lidia con un juez o un fiscal. *Litigare* es en latín "seguir un pleito"; y ¿no es curioso que hayamos adoptado su derivado *lidiar* para la fiesta nacional?

No es menos curiosa la relación que hay entre *cisma* y *chisme,* vocablos ambos derivados de una voz griega latinizada, *schisma,* derivada de un verbo griego que significa "dividir, partir", raíz análoga a la última *scid,* que ha dado *scindo,* "escindir", de donde *escisión* (y no *excisión,* como algunos escriben, olvidando que es en latín *scissio).* De esta misma raíz griega deriva *esquiste* y *esquistoso.*

*Cisma* es división, y meter cisma o *encismar* es andar metiendo divisiones. El Diccionario de la Academia define *encismar* así: "poner cisma o discordia entre los individuos de una familia, corporación o parcialidad". En esta ciudad de Salamanca se usa mucho el calificativo de *encismadora,* aplicado a la que va de casa en casa con *chismes* y cuentos.

*Chisme* deriva de *cisma,* lo mismo que *chinche,* del latín *cimicem* (acusativo), y un *chisme* no es ni más ni menos que un cisma. Mas, ¿a quién se le ocurrirá hoy hablar del Gran Chisme de Occidente, aunque en realidad no fuese todo ello más que un chisme?

De chisme tenemos chismoso; de cisma, cismático: ¿qué relaciones hay entre los chismosos y los cismáticos?

Curiosísima es la relación que media entre los diversos derivados de la voz griega latinizada *apotheca,* cuyo sentido primitivo era el de "depósito", "almacén". Cicerón la emplea con el significado de "despensa", y otras veces la vemos usada por "tienda". En el francés *boutique,* y en el catalán *botiga, botega,* conserva el sentido de "tienda", sobre todo tienda de géneros menudos. En castellano ha dejado dos hijuelas, y son *bodega* y *botica.*

La *bodega* y la *botica* son hermanas, y no sólo lingüísticamente. La *bodega* es más popular y más primitiva que la *botica,* pues en aquélla encontramos la debilitación de las consonantes sordas fuertes en sus medias correspondientes, cuando se hallan entre dos vocales. Es un caso típico, ya que en *apoteca* se nos dan las tres consonantes sordas fuertes, la labial *p,* la dental *t* y la gutural *c,* convertidas en sus correspondientes medias, la *p* en *b* (como *recibir, lobo, saber,* etc., etc., de *recipere,* ac., *lupum, sapere,* etc.), la *t* en *d* (*amado, mudar, rueda,* etc., de *amatum, mutare, rota,* etc.), y la *c* en *g* (*digo, amigo, fuego,* etcétera), de *dico, amicum, jocum,* etc.). Parece como si la *bodega* fuese un caso ideado adrede para que sirva de ejemplo a esta importante ley fonética. En la *botica,* por el contrario, sólo la fuerte labial ha sufrido el cambio, y tiene todo el aspecto de ser un vocablo tomado del francés *boutique.* La *bodega* la recibimos directamente de los romanos, o es más

bien la transformación popular e indígena de la despensa ciceroniana, mientras que la *botica* la recibimos de los franceses.

¡Qué misteriosas relaciones no nos hace entrever la lingüística entre la bodega y la botica! *Botica* era una tienda cualquiera y luego una tienda de especias, drogas y hierbas de las que se dedicaban a recoger los *herbolarios,* gente "botarate, alocada y sin seso", según dice nuestro Diccionario de la Academia que el pueblo dice. La bodega es la botica popular o popularizada, y ambas son el depósito por excelencia.

Me llevaría muy lejos el señalar las relaciones misteriosas y altamente sugestivas que median entre la *apoteca,* madre de la *botica,* y la *bodega,* la *biblioteca* y la *hipoteca.* ¡Y luego dirán que esto de las etimologías no es más que una distracción de ociosos y que no tiene trascendencia alguna!

Continuaré la tarea si es que a ustedes les gusta.

## II

Continuando mi labor lingüístico-filosófica acerca de los dobletes, y continuándola sin orden ni concierto —lo cual constituye a mis ojos uno de sus encantos—, se me presenta esta pareja: *práctica* y *plática.*

*Práctica* es una palabra de origen griego, derivada de un verbo *prasso,* que significa "obrar, ejecutar, emprender algo". Todos sabemos a qué se llama un hombre práctico, aunque no sepamos los más por qué se le llama así.

Y nuestro pueblo, dejándose llevar de su sano y natural instinto, ¿qué ha hecho de la *práctica?* La ha convertido en *plática,* cambiando la *pr* inicial en

*pl,* como hizo *plegaria* de *precaria* y hace hoy en esta provincia *plao* de *prado.* La ele y la erre andan siempre saltando y cambiándose una por otra; no hay dos sonidos que tengan más afinidad entre sí.

No hay para nuestro pueblo nada más práctico que el platicar; *platicar* es para él *practicar.* Y la sabiduría popular tiene razón, porque si el viento se lleva las palabras de nuestras pláticas, ¿no se llevará, acaso, un día otro viento las prácticas todas de este pobre género humano? ¡Quién sabe! Tal vez lo más permanente sean las palabras. Lo que parece más fugitivo podrá resultar un día lo más permanente y viceversa; Dios abate a los soberbios y ensalza a los humildes. Lo vemos con los maestros y los ministros, y aunque esto sea una digresión, permitídmela.

Digresión es, en efecto, meter aquí lo de los *maestros* y los *ministros,* ya que no se trata en ellos de dobletes. Pero como el fin supremo es instruir al lector deleitándole, vamos al caso.

*Magister,* de *magis,* más, era el que estaba al frente de un taller u oficina; el que la dirigía, el maestro, en una palabra. Y el último, el pinche, el que ministraba, era el ministril o *ministro,* del latín *minister,* de *minus,* menos. El maestro, *magister,* era, pues, el que más, *magis,* y el ministro, *minister,* el que menos, *minus.*

¡Y oh mudanza de la fortuna! ¡Oh vicisitudes de la suerte! Ved lo que al rodar de la rueda de la Fortuna ha resultado del maestro y del ministro. De un *minister,* de un ministro, servidor o secretario del Rey, dependen hoy los *magistri,* los maestros.

Y ¡qué amplias perspectivas no se nos abren cuando consideramos que el doblete de *ministerio* es *menester!* Un *menester* es un *ministerio,* es un menester culto.

Aquí todos aspiramos a ministros. ¿Cuándo llegaremos al estado social de Inglaterra, en que cada ciudadano es *míster*, esto es, *magister* o maestro, pues no otra cosa significó ese título? Aquí, en cambio, todos somos ancianos, *seniores* o señores; así pelechamos. *Señor;* tal es el título que todos nos arrogamos; título o tilde.

Porque, en efecto, *título* o *tilde* son la misma palabra, sin que sea una *tilde* más que un título popular. *Tilde* deriva más bien de *tildar,* éste de *titular.* Tildarle a uno de algo no es más que titularle.

Y basta de este particular.

Revisando las notas y apuntes que guardo para una obra fundamental y seria, muy seria, acerca del origen y desarrollo de nuestro idioma castellano, me encuentro con un curioso *triplete,* no ya doblete, y es el de *hechizo, fetiche* y *facticio.*

Empezando por la menos popular de estas tres formas, por el archiculterano o ultra-erudito *facticio,* el Diccionario de la Academia, pág. 449 de la edición de 1899, dice así: "*Facticio, cia* (del lat. *factitius*), adjetivo. Que no es natural y se hace por arte". Este vocablo apenas se usa. Del verbo *facere,* hacer, salió en latín el frecuentativo *factitare,* hacer a menudo, ejercitar, tener por ocupación ordinaria, y de aquí *factitius,* lo que se hace con arte, lo artificioso.

Al pasar los vocablos latinos al castellano pierden de ordinario la *f* inicial, que pasa a *h,* en lo antiguo aspirada. Además, el grupo *ct* se convierte en *ch,* pasando antes por *it,* e influye en la vocal *a,* si es que ésta le precede, transformándola en *e.* Lo vemos en lacte, que dió *leche,* pasando tal vez por *laite* (fr. *lait*) y *leite.* Lo mismo de *jactare* se hizo *echar;* de *factum* se hizo *hecho,* etc. Y de *factitium,* facticio, en virtud de los cambios aquí esbozados, *hechizo.*

Un *hechizo* es, pues, algo artificioso, algo facticio; y *hechicera,* la que de artificios se arma y se sirve. Usar de hechicerías es usar de artificios.

Y así como los castellanos hicieron, siguiendo su fonética, de facticio, hechizo, así los portugueses hicieron, siguiendo la suya, *fetiço* o *feitiço.* Un *fetiço* es un hechizo, un amuleto, un artificio. Y este nombre de *fetiço* lo aplicaron a los amuletos o idolillos de los negros de las costas de Africa, en que ellos, los portugueses, dominaban. Los franceses lo tomaron de los portugueses, haciendo de *fetiço* su *fetiche,* y del francés lo tomamos nosotros. Es, pues, la voz *fetiche* una forma que desde el *factitius* latino fué al portugués, de éste al francés y del francés al castellano, dando así un no pequeño rodeo hasta llegar a nosotros.

Lo que no me explico es por qué siendo *fetiche* y no *fetique,* se empeñan muchos en escribir y decir *fetiquismo* en vez de *fetichismo,* sin que en este caso sirva alegar el uso, pues tal vocablo no está aún popularizado, ni mucho menos.

He aquí, pues, un caso curioso, en que encontramos una misma voz latina con tres representantes en nuestro idioma: uno, el directo o popular; otro, erudito, que ha venido de los libros, y un tercero, que se nos coló después de un largo viaje de aventuras fonéticas. Si entrara en el castellano literario la capa popular de más reciente formación, la verdaderamente popular hoy, mucho de esto veríamos. Y vaya un ejemplo.

Del latín *peculiare,* de *peculium,* el caudal que uno adquiría con su industria, la pequeña fortuna que podía poseer hasta el esclavo, de *peculiare* derivó *pegujar* (como *ajeno, hijo, hoja,* etc., *de alienum, filium, foliam,* etc.) o *pegujal,* "corta porción de siembra, ganado o caudal", dice la Academia, y *pegujalero,* "labrador que tiene poca siembra o labor" y "gana-

dero que tiene poco ganado". Y el pueblo, por lo menos en esta región salmantina, de *pegujar* ha hecho *piojar* y *piojarero* de *pegujalero.* Y es común que al oír llamar *piojarero* al labrador de poca siembra, o al ganadero de poco ganado, hay quien crea ver en tal vocablo otra raíz, alusiva a la miseria, no habiendo en realidad nada de eso. Si *piojar* entrara en la lengua literaria, acabaría por significar otra cosa que el ya poco usado *pegujar,* estando ambos muy lejos de *peculiar.*

Así es como se enriquecen las lenguas.

(*Alrededor del Mundo.* Madrid, 26-IX-1902, y 20-II-1903.)

# LA PRESIDENCIA DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

—Pero, don Miguel —me dijo un amigo—, ¿cómo no firmó usted también esa carta que los llamados intelectuales dirigieron a don Alejandro Pidal, pidiéndole que retirase su candidatura a la presidencia de la Real Academia Española y dejase sólo a don Marcelino Menéndez y Pelayo, prez y gloria de la erudición española?

—Pues es muy sencillo —le repliqué—, porque me tiene sin cuidado la tal Real Academia, y lo mismo me da que la presida don Alejandro que don Marcelino, que el portero o que nadie. Y así debía ocurrir con todo el mundo. Ningún español de buen sentido y de juicio propio debía preocuparse ni siquiera que la tal Real Academia exista.

—Y la lengua entonces, ¿quién la limpia, fija, y da esplendor?

—La suerte que la lengua corra depende tanto de la Real Academia de ella, como depende de la Real Academia de Medicina el porvenir del bazo o del tiroides, o de las ciencias físicas el porvenir de los anillos de Saturno. La lengua la hace el pueblo, señor mío, y no los académicos.

—Pero...

—No hay pero que valga. Lo único que hace la

Academia es disparatar y ustedes someterse, por servilismo, a sus disparates.

—¿Yo?

—Sí, usted. Porque usted es uno de los que escriben *septiembre* con p —y ¿por qué no *siepte?*—, *obscuro* con *b* muy cuca y *subscriptor,* así con su *b* y su *p*. Y todo porque lo manda la Academia, como podría mandar que se le pongan a la culebra cuatro patitas de palo, porque el reptil de que procede las tuvo acaso de carne. Y mire usted: usted sabrá de aquel sujeto que sabía decir de tres maneras: *porcuraor, precuraor* y *percuraor;* pues bien, hay también quien sabe escribir una de esas palabras que le cité de tres maneras, y son: *subscritor, suscriptor* y *subscriptor.* Y no sé por qué no *escriptor.* En estas boberías nos mete esa señora Academia, por cuya presidencia se interesan ustedes ahora.

—Hombre, no exagere usted, también hace informes y gramáticas y diccionarios...

—Tapa, tapa, no hablemos de ellos. Los informes suelen ser de una ramplonería y una mezquindad desastrosas, y cuando se trata de obras americanas, de un españolismo ridículo y petulante, y en cuanto a las gramáticas y diccionarios, ¡por Dios, que de eso no se puede hablar siquiera... Ese desdichado Diccionario es un padrón de ignominia para España. Su parte etimológica, encargada a un padre jesuíta, muestra la más absoluta ignorancia de los métodos y procedimientos de la lingüística comparada moderna y el más profundo desconocimiento del bajo latín y del latín vulgar. Hay cosas peregrinas y que demuestran que el buen padre ni siquiera ha leído el diccionario mismo. Figúrese que deriva la palabra *huraño* de *hurón* y luego en la voz antigua *foraño,* del latín *foraneus,* forastero, señala como una de sus acepciones la de huraño. Y es natural, ¿cómo quiere usted que

salgan las labores críticas encomendadas a la Academia con semejantes académicos...?

—Sin embargo, señor mío, allá se lleva a los más eminentes escritores y literatos españoles; allí están Echegaray, Galdós, Picón... y allí estuvieron Núñez de Arce, Zorrilla...

—Sí, junto a otros ilustres desconocidos. Y, además, no juzguemos de la eminencia. Damos por supuesto que esos y otros académicos son excelentes escritores, ¿qué tiene que ver eso para hacer estudios sobre la lengua? Lo mismo sabía Zorrilla y lo mismo sabe Galdós de filología que yo de química orgánica, o acaso menos.

Si a un hombre que escribe armoniosa, primorosa y castizamente le mete usted en la Academia de la Lengua, meta en la de Medicina a uno que da prodigiosos saltos mortales para que nos ilustre sobre la fisiología de los músculos, a uno que digiere, aunque sea suelas de zapatos, para que nos instruya sobre las funciones digestivas o a un buen tenor para que haga una monografía sobre la laringe.

Manejar bien una lengua es una cosa y conocerla científicamente es otra. Cualquier filólogo moderno conoce el organismo íntimo y la vida del latín clásico mejor que los conocía Cicerón, y una gramática latina que hoy se haga vale más que las que pudieron hacerse en tiempo de Augusto. ¿Se acuerda usted de aquel toletole que se armó en la prensa cuando la Academia eligió a Commelerán frente a Galdós?

—Sí, me acuerdo, y yo fuí uno de los más indignados; ¡preferir un dómine, un catedrático de latín, al ilustre autor de *Los Episodios Nacionales!*

—Pues no tenían ustedes razón, porque un dómine, un catedrático de latín, puede y debe saber más de cómo se ha desarrollado nuestra lengua, y puede y debe conocerla científicamente más a fondo que un novelista, por muy bien que éste escriba. Si hubie-

sen ustedes dicho que el señor Commelerán no es ningún filólogo distinguido y que su gramática del latín y el castellano comparados es un buñuelo sin valor científico alguno, ya sería otra cosa. Porque esto es la verdad.

—Lo que yo le digo a usted es que esa Academia es un refugio de neos y que sólo entran ahí los ultramontanos...

—No, lo que debe usted decir es que no hay en ella espíritus verdaderamente científicos, si se exceptúa alguno, como don Ramón Menéndez Pidal, cuyo *Manual elemental de gramática histórica española* es lo único bueno que tenemos en su género, y un libro que puede ponerse al lado de las gramáticas históricas, algunas excelentísimas, que se han publicado en otros países. Pero junto a éste, que es un hombre que honra a España, y por el cual se verá que aún somos los españoles capaces de sentido científico y de comprender los rigurosos métodos de la filología, junto a este hombre hay allí cada mastuerzo que ha entrado en concepto de especialista... Un jesuíta, el padre Fita, llenó de despropósitos y desatinos etimológicos el Diccionario; pues bien, hay allí otro que fué jesuíta, el padre Mir, que es una de las mayores calamidades lingüísticas que padecemos. El buen señor es un mallorquín como Maura —*¡arcades ambo!*— que no acaba de pensar en castellano y escribe éste como los humanistas del Renacimiento escribían el latín, como lengua muerta, componiendo sus párrafos con una taracea de frases, muertas las más, pescadas con caña en nuestros clásicos de los siglos XVI y XVII. Algo así como en la Argentina hace —ya que esta conversación han de oírnosla allí— el señor don Pastor Obligado, que ha escrito, a mala imitación del peruano don Ricardo Palma, unas *Tradiciones argentinas,* escritas en el idioma más falso, más rebuscado y peor oliente a aceite que cabe.

Vale más escribir mal, eso que se llama escribir mal —y que muchas veces suele ser escribir bien, escribir en lengua de conversación al aire libre— que no escribir así.

—¿Y usted cree que don Ramón Menéndez Pidal, cuyo mérito me complazco en reconocer, entró en la Academia por ser un docto lingüista? ¿No cree usted más bien que entró por sus concomitantes con los neos y por su amistad con Menéndez Pelayo?

—Tal vez; pero, sea como fuere, es allí el que mejor sabe lo que se trae entre manos. Y el neísmo pernicioso en la Academia no es el político o religioso, sino otro que deriva de él y es el casticismo ridículo y estrecho, es el pretender que tomemos como modelo la lengua castellana del siglo XVII, convencidos como están de que con aquella lengua, sin descoyuntarla, no pueden expresarse ideas del siglo XX. Lo que hay allí en muchos de los que mangonean aquello es ideofobia, odio a las ideas, y en el primero de ellos en el señor Menéndez Pelayo.

—¡Qué atrocidad, Dios mío, qué atrocidad: Repórtese usted, don Miguel, y no diga esas cosas! ¡Odio a las ideas de Menéndez Pelayo, que nos ha dado a conocer tantas, sobre todo en su *Historia de las ideas estéticas!*

—Sí, nos las ha dado a conocer, pero como mera curiosidad literaria y embotándolas. Las ideas allí no aparecen más que como motivo ornamental; no hay verdadero entusiasmo por ellas. Y son las ideas consagradas, de un lado o de otro. Aquello es una horrible labor de nivelación; todas las medianías se ven elevadas, todas las sumidades rebajadas. Y ¿ha leído usted el primer tomazo de sus *Orígenes de la novela española?* ¡Vaya un erial de noticias, un páramo de datos, una estepa bibliográfica! Sólo hay de cuando en cuando algún rasgo de humorismo delicioso...

—¿De humorismo?

—De humorismo, sí, aunque sea inconsciente. ¿Usted lo ha leído? ¿Sí? Pues bien, vaya un ejemplo. En sus páginas CDXCIV y CDXCV —esto de paginar con números romanos debe ser muy distinguido, pero es muy molesto— habla de *Los diez libros de la fortuna de amor,* publicado en 1573 en Barcelona, por Antonio Lofrasso, libro al que se llama el más gracioso y disparatado en el escrutinio del *Quijote,* y del que dice don Marcelino que es una "obra de las más raras y de las más absurdas de nuestra literatura". Pues bien, después de reproducir algunas sandeces del tal Lofrasso, merecedor de la compasión del olvido, agrega en una nota estas palabras de altísimo humorismo: "pero basta de necedades que no dejan de serlo por estar en un libro rarísimo".

—Pues no veo el humorismo...

—¿Que no? Usted, yo, cualquiera que no sea erudito a lo don Marcelino, se figurará que una de las condiciones, la principal, para que un libro se haga rarísimo, es que esté lleno de necedades, pues por estar lleno de ellas las gentes dejan de leerlo y de comprarlo y no se cuidan de no perderlo. Y en la nota parece darse a entender que es condición general de las necedades el que dejen de serlo cuando el que las contiene es un libro rarísimo. ¿No ve usted el humorismo?

—Algo hay que dar a la bibliomanía...

—La bibliomanía va de par con la ideofobia. La experiencia enseña que los que cobran amor al libro por el libro mismo, y andan a la pesca de incunables, ediciones príncipes, manuscritos raros, etcétera, odian las ideas. El gran Darwin no sentía amor ninguno a los libros; según los iba leyendo iba arrancando las hojas que no le interesaban; y así en su biblioteca había muy pocos libros y de ellos los menos,

completos. Literatismo y bibliomanía son dos de las enfermedades más graves y ambas tienen su santuario y su oráculo en la Real Academia, que gastó su dinero en hacer una edición costosísima de las *Cántigas* del rey Sabio, o de quien fueren, con una introducción filológica del marqués de Valmar, donde hay gazapos como inventar en gallego dos verbos para explicar los pretréritos de "yacer" y "placer", como si en castellano inventáramos el verbo "yoguir" y el verbo "plugir" para explicar "yoguiese" y "plugiese" (*jacuisset* y *placuisset*). Y esto lo hizo en vez de editar ediciones baratas, al alcance de todas las fortunas, de nuestros clásicos. La tal Academia es una institución aristocrática que no trabaja para la cultura popular. Debíamos barrerla, y el mejor camino es no hacer caso de ella, y que se muera de asco, en medio de la indiferencia general. Y he ahí por qué me ha parecido mal que esos jóvenes intelectuales se hayan cuidado de si va a presidir a esa Academia don Alejandro o don Marcelino. ¿No la presidió Cheste? ¿Y quién ha sido Cheste? Un general que ha vivido más de noventa años y que ha hecho una traducción de la *Divina Comedia* que no hay quien la resista, un literato menos que mediano.

—Mire usted: puesto que me están oyendo americanos, es preciso decirlo muy alto: en España ningún escritor de regular juicio hace maldito el caso de la Real Academia, ni consulta su Diccionario para escribir, y si a pesar de esto aún hay por aquí quienes cultivan un casticismo trasnochado, no es por la Academia ni por respeto a ella, sino por cierto fondo reaccionario que se refugia en el cultivo de la lengua hasta en muchos que se creen progresistas.

—Bueno, tengo que irme; pero conste que no me ha convencido usted, don Miguel.

—Ni yo trato nunca de convencer a personas que pasan de los cuarenta años: ni es fácil ni conduce a

nada. Yo me dirijo siempre en especial y ante todo a los jóvenes, a los que se están haciendo, a los que tienen todavía flexible y fresco el cerebro.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

Y nos separamos.

Salamanca, diciembre 1906.

(*La Nación.* Buenos Aires, 4-1-1907.)

## 'SU MAJESTAD LA LENGUA ESPAÑOLA"

Tengo a la vista el discurso, en lengua catalana, con que el alcalde de Barcelona se dirigió a Su Majestad el Rey dándole la bienvenida de su llegada a la ciudad condal, y el discurso con que S. M. le contestó, en lengua española.

El alcalde le dice: "Pedmitidme que os dirija la palabra en nuestro idioma propio, ya que por medio de él damos toda expresión a nuestro sentir y de él nos servimos los hijos de la tierra catalana para dirigirnos a Dios y a nuestros seres más queridos".

Alto aquí. Primero, nuestro idioma. ¿Nuestro, de quiénes? Lo dice más abajo: de los hijos de la tierra catalana. Pero es que el alcalde de Barcelona no representa a los hijos de la tierra catalana, sino a los vecinos de Barcelona, muchos de los cuales no son catalanes, y los vecinos de Barcelona, representados por el alcalde, saben todos español, y no todos saben catalán.

"Nunca más oportuno —sigue diciendo— que en estos momentos, en que deseamos que nuestro afecto y nuestras aspiraciones lleguen sin las mixtificaciones que exige la traducción de nuestro pensamiento"...

¡Alto de nuevo! Esto es una de tantas pedanterías catalanistas. ¿Conque los diputados catalanes mix-

tifican su pensamiento al traducir al español en el Parlamento? Pedantería pura. Porque una de las muchas pedanterías catalanistas es la de pretender que en español no saben decir bien lo que piensan o quieren. ¡Y tan bien como lo dicen!... Sobre todo cuando hay que pedir.

Un poeta mallorquín, y poeta de verdadero mérito, que durante años estuvo cantando en castellano, se puso a cantar en su lengua de la infancia así que entró en edad más que madura; y decía, para explicarlo, que cantó en castellano mientras tuvo avaricia de lágrimas —la frase como de poeta es muy linda—; pero así que sintió la necesidad de dar voz a intimidades, tuvo que hacerlo en su lengua íntima. Acaso haya otra explicación, y es que si hubiera obtenido la fama y renombre que apetecía, y tal vez merece, cantando en castellano, habría seguido en él. Es cuestión de público.

Mas vengamos a la contestación al alcalde que el Gobierno de su Majestad ha hecho leer a éste. En la tal contestación se le ha hecho decir que le son igualmente gratas al oído todas las lenguas nacionales, pareciéndole cada vez preferible la expresión que mejor conserve la intimidad ingenua de los corazones que siente cercanos al suyo.

Nos sorprende que haya hecho decir tal cosa a Su Majestad el Rey el señor presidente de su Consejo de Ministros, que es, además, académico de la Real Academia Española? ¿Lengua nacional? En España no hay más que una, y es la lengua española o castellana. ¿Lengua nacional el catalán? ¿De qué nación? ¿De la española o de la catalana? No; la única lengua nacional de España es la lengua española; la única lengua, lengua íntegramente española y además, lengua internacional, lengua mundial. En ella pronuncia sus discursos el señor presidente del Consejo

de Ministros, y no en la lengua de su infancia, no en su lengua materna, no en mallorquín.

Bien están las aspiraciones del pueblo catalán, y ojalá tuviera este pueblo los anhelos de expansión, de imperialismo que algunos de sus hijos quieren con noble empeño infundirle.

Detesto a los retraídos, a los abstinentes, a los que rehusan o temen influir en los demás, imponerse a ellos. El cogollo de mi ética es que cada uno debe tratar de sellar a los otros con su sello, esforzarse por apartarles del camino que llevan, para traerles al de él. El que así no obra, o es un egoísta o es un incapaz. El que trate sólo de salvar su alma, la perderá, y el mejor modo de salvarla es tratar la salvación de los demás. Y esto se trata imponiéndose uno a ellos. Si mi hermano camina, ciego, a un abismo, mi deber es desviarle de su senda, aun a la fuerza. El inquisidor es más caritativo que el anacoreta.

Y nada aborrezco más que el anacoreta que, encubriendo, so capa de escéptico, su egoísmo y su avaricia espiritual, exclama: "¿Y sé yo acaso cuál es el mejor camino? ¿Sé yo si es él o soy yo quien va peor? ¿Sé yo si es salvación lo que creo abismo? Con los que así dicen no nos queda sino lo del Dante: mirarlos al pasar, sin hablar de ellos. Si cada cual en su casa, Dios falta en la de todos.

Y lo que digo de los hombres tomados individualmente, digo también de los pueblos.

Aquí, en España, cada región debe esforzarse por expansionar el espíritu que tenga, por dárselo a las demás, por dar a éstas el ideal de vida civil pública que tuviere, y si no le tiene, acaso no lo adquiera sino buscándolo para darlo; por sellar a las demás regiones con su sello. El deber patriótico, y aun más que patriótico, humano, de Castilla, es tratar de castellanizar a España y aun al mundo; de Galicia, ga-

lleguizarla; andalucizarla, el de Andalucía; vasconizarla, el de Vasconia, y el de Cataluña, catalanizarla.

¿Es que los catalanes se proponen de cierto catalanizar a España? ¡Ojalá! Pero su acción, hasta ahora, y pese a voces aisladas, es puramente defensiva y puramente política, esto es, egoísta y mezquina, no es ni ofensiva ni cultural. Esfuércese por catalanizar a España, a Europa y hasta al mundo, por darle su ideal de vida civil y cultural, y lo adquirirán para sí mismos —ya que hoy no le tienen— y serán salvos.

No le tienen, no, porque la desorientación política y cultural no es en Cataluña menor que en el resto de España, digan lo que quieran los que juzgan del fuego por el humo. ¿Quieren orientarse? ¿Quieren tener ideal? Traten de darlo a los demás, de exportarlo.

Esfuércense en ello. Pero al esforzarse, caerán bien pronto en la cuenta de que tienen que hacerlo en español, en lengua española, en la única nacional, no sólo de España, sino de una veintena de naciones desparramadas por el mundo todo, en la lengua hispano-americana, lengua mundial.

¿Quieren catalanizar a España? ¿Quieren catalanizarse a sí mismos? ¿Quieren hacer cultura? Pues tendrán que hacerlo en español, en la lengua en que escribieron Boscán, Capmany, Balmes, Milá, Piferrer, Pi y Margall..., en la lengua en que hoy hacen labor de cultura política Maragall, Oliver, Zulueta...

No conozco nada más soberanamente ridículo que ese menguado intento de traducir *El criterio* de Balmes al catalán. ¡Si fuese siquiera *El liberalismo es pecado,* de Sardá y Salvany, que nunca debió ser escrito en otra lengua!... Tal intento equivale a intentar poner a Renán en bretón, o a Burke en irlandés o a Thiers en provenzal, porque estas tres len-

guas tuvieran también sus literaturas y hubo tiempo en que reflejaron civilizaciones.

El alcalde de Barcelona recordaba a S. M. el Rey que en su reciente visita a tierras extranjeras habrá podido observar en alguna de aquellas regiones pertenecientes al mismo Estado expresándose en lenguas diferentes, sin que esto quebrante ni tenúe en lo más mínimo la cordialidad de relaciones que entre las mismas deben existir. Se refería, sin duda, al imperio austro-húngaro. ¡Vaya un modelo! ¡Vaya un modelo de nación ese Estado corroído por odios intestinos, y sobre el cual no hay otro principio de unidad que un espíritu de sombrío reaccionarismo! ¡Vaya un modelo Austria! ¡Sólo eso nos faltaba: austricizarnos! ¡Después de lo que debemos a todos esos funestos Austrias! Sólo nos faltaba que en Barcelona hubiera dos Universidades: una en que se explicara en castellano, y otra, en catalán, como hay dos en Praga, donde estudiantes checos y alemanes de lengua se vienen a las manos por cualquier futesa. A ver si en Francia, en Alemania, en Inglaterra o en Italia se da así la beligerancia a las lenguas regionales; a ver si al presidente de la República francesa se le dirigen en provenzal o en bretón: al kaiser, en *plattdeutsch* o en polaco, y al Rey de Inglaterra en galés.

Y si me hablan de Suiza, Suiza no es una nación, sino una Confederación de naciones, y España no puede ser federal; las colmenas no retrogradan a corrales. En ninguna nación una, como es España, pasaría cosa tal. ¿Es acaso político buscar un éxito pasajero al jefe del Estado con mengua de la augusta majestad de la lengua nacional?

En esta cuestión de la lengua nacional hay que ser inflexibles. Cobren toda la autonomía municipal y provincial que quieran, puertos francos, libertades y privilegios y fueros de toda clase; pero todo lo oficial,

en español, en español las leyes, en español los contratos que obliguen, en español cuanto tenga fuerza legal civil, en español, sobre todo y ante todo, la enseñanza pública en sus grados todos.

La Iglesia puede y debe adoctrinar a cada cual en su lengua materna, pues que trata de salvarle el alma, y para eso no hace falta cultura; pero el Estado, que es y debe ser ante todo un órgano de cultura, debe imponer la lengua de cultura. Y de cultura moderna no hay más que una lengua en España: la lengua nacional, la española.

Y no sólo por razón de estricta justicia, ya que darle valor oficial al catalán sería tanto como obligar injustamente a que lo aprendan a los vecinos de Cataluña no catalanes y a los que allí enseñan y administran justicia o negocios públicos, sino también en bien de ellos, de los catalanes.

En bien espiritual de Cataluña, en bien de su mayor cultura, hay que mantener la oficialidad irrestringida e incompartida de la lengua española, de la única lengua nacional de España. Al sentimiento, siempre respetable, le queda como asilo y refugio la literatura. En catalán canta, y canta egregiamente, Maragall; pero cuando ha tenido que hacer a su modo política, la ha hecho casi siempre en español, y en un español muy fogoso y muy sabroso.

Eso de que los catalanes no aciertan a expresarse bien en español, es una pedantería de muchos de los catalanes mismos y de no pocos castellanos inficcionados de ese pestilente casticismo, que es una de las mayores plagas de la lengua y lo que más impide su difusión. Y la lengua española ganará con llegar a ser la de los catalanes todos, porque, al hablarla, le dan su espíritu y nos lo ensanchan por dentro.

Y tal vez sea en español como Cataluña haya llegado a descubrir lo más hondo de sus honduras espirituales, así como Prusia no las ha descubierto en

lituano, sino en alemán, y acaso Provenza en francés más que en provenzal. Si Cataluña quiere traducirse y quiere traducir a España al europeo, lo tiene que hacer en español, que es su lengua *futurista,* la de su porvenir. Hablar de futurismo en catalán es un contrasentido; en catalán pueden cantarse añoranzas íntimas y hablar arqueológicamente de ideales del tiempo del rey don Jaime o de Raimundo Lulio; pero no de vida civil del porvenir. No se puede hablar bien de futurismo en una lengua del siglo XV; para hablar de eso está el español, que ha vivido vida civil, europea, moderna, en los cuatro grandes siglos, del XVI al XX, en los siglos del Renacimiento, de la Reforma y de la Revolución francesa, siglos durante los cuales la lengua castellana, la lengua española, civilizó a Cataluña.

Sí, la civilizó; es decir, la liberalizó. Porque la civilización catalana moderna es española y liberal, es, en cuanto a la lengua, castellana. En español aprendieron Ciencias, y Filosofía, y pensamiento moderno. Su catalán mismo, su lengua regional, el que hablan, y no ese producto galvanizado en que escriben algunos eruditos y escritores profesionales, a los que el pueblo entiende mal, su lengua regional corriente y moliente es un catalán castellanizado. Y no se descastellaniza con ridículas medidas que se adoptan por votación en un Congreso de la Lengua, cuyo espíritu director, el *apóstol* Mosén Alcover, no parece tener idea de lo que es una lengua viva. No; cuando quieren pedir algo que valga, tienen que pedirlo en español; cuando tienen que influir en el propio pueblo, no en los pedantes del renacimiento de la vieja lengua, escriben en el *parlar municipal de* "*La Veu de Catalunya*", que como catalán, es un catalán detestable. Es decir excelente, porque es el catalán vivo y corriente, castellanizado, en vías de fundirse en el español, como lo está ya casi todo el valenciano.

A esta gran lengua internacional y mundial, a la lengua española, la única lengua nacional de España, convergen los pueblos desparramados por el mundo todo; a ella convergerá el catalán. Es nuestro más preciado tesoro común.

¿Que el castellano es una lengua dura? Según quien la pronuncie. ¿Que es pobre en sonidos? Mejor; la perpetuidad de Velázquez depende de su sobriedad de colores. ¿Que es enfática? ¿Y qué? ¿Que es...? Tonterías de pedantes, que en ninguna parte faltan, y en unas se dan más que en otras, y de literatos condenados a no ser cosa alguna ni a encontrar aplauso y eco, sino expresándose en la lengua casera, la del comedor y la alcoba.

Bien, muy bien está guardar cariño a la lengua en que primero se pidió de comer al padre y en que se hizo el amor a la novia; pero no es en ésa en la que se puede hacer el amor al mundo ni pedirle civilización. "Es la lengua en que nos dirigimos a Dios", dice a S. M. el Rey el alcalde de Barcelona, como si fuese el catalán la lengua en que se dirigen a Dios todos los vecinos de Barcelona, catalanes y no catalanes, por él representados: "es la lengua en que nos dirigimos a Dios". Pero, aparte de que Dios nos oye mejor el silencio que la palabra, pues con ésta tratamos de encubrir nuestro pensamiento ante El, el Rey no es Dios, como el Estado no es la Iglesia, ni la cultura es la religión. No puede haber más que una lengua para dirigirse pública y oficialmente al jefe del Estado, que es órgano de cultura, y esta lengua es la lengua de cultura, la única lengua de cultura moderna que hay en España, su única lengua nacional, la lengua española.

Por algo aplauden esa beligerancia concedida a la lengua catalana los antiliberales del resto de España. Sí; la lengua española es el vehículo de liberalismo, como lo es todo lo que une y relaciona íntimamente los

pueblos. El ideal de ciertas gentes sería cada pago con su lengua rústica, en la que el cura les predicase, y luego el latín litúrgico como lengua universal de los doctores de la Santa Madre Iglesia, de los que sabrán responder aquello que no se nos ha de preguntar a nosotros, que somos ignorantes.

Dejo a un lado, claro está, todo lo que toca a esa archirridícula disputilla escolástica, puramente verbal, de si el catalán es dialecto o lengua. Es discusión que no cabe ya sino entre mentecatos, lo mismo los que sostienen la otra, pues no se trata sino de cuestión de nombres. Dialecto o lengua es igual; como no vayamos a hacer cuestión capital de las cuestiones de nombres; cosa nada extraña en un país de frases, en que se inventa el mote de ese futurismo para una especial retórica política en catalán. Tradúzcanlo al español, si quieren exportarlo. Y si no lo exportan, será todo menos futurismo; será siempre preterismo. Dejen, por amor a la cultura, el catalán para las pastorales del señor obispo de Vich, que no carecen, por cierto, de unción y de fuerza. Pero ¿futurismo en catalán?...

Y ante el peligro que para la cultura, tanto como para la patria y aun más, implica el que se haya consentido que el alcalde de Barcelona se dirija en lengua regional al jefe del Estado español, y peligro que implica el que se haya hecho llamar a ésta lengua nacional a la que de ninguna nación lo es hoy día, pues que España, gracias a Dios, no es todavía el imperio austro-húngaro, ante esto tienen que unirse los verdaderos futuristas, todos los amantes de la cultura, para defender la augusta majestad de la lengua española.

(*Faro.* Madrid, 1-XI-1908.)

# PEQUEÑECES LINGÜISTICAS

Pocas cosas apasionan más que algunas que al parecer no son sino cuestiones de nombre, y es porque el nombre es de lo más sustancial que puede darse.

La lengua la llevamos en lo más intimo y lo más profundo del espíritu. Una de mis metáforas favoritas, una de las que más prodigo, es la de que la lengua es la sangre del espíritu [1]. Pensamos con palabras, esto es evidente; no pensamos en álgebra, con fórmulas. Pero creo aún más, y es que con palabras también sentimos. Una lengua lleva consigo, no ya una manera especial de concebir la realidad, sino hasta una manera de sentirla.

En la lengua es donde más buscan los pueblos la independencia de su espíritu. Polonia, desgarrada políticamente, pelea por su lengua; pelea por imponer la suya Hungría; el problema de Alemania en Lorena es un problema de lengua. Cuando se le pregunta a un catalán qué quieren decir con esto de que se reconozca la personalidad de Cataluña, se viene a averiguar que no es sino el que se reconozca valor oficial al lenguaje catalán.

Este sentimiento toma las más diversas formas, algunas que a primera vista llegarían a parecernos ri-

1 Recuérdese el soneto así titulado en el que Unamuno celebra a la lengua española, unos meses tan sólo posterior a este escrito. *Rosario de sonetos líricos,* 1911, núm. LXVII.

díeulas. El instinto de personalidad, de independencia espiritual se refleja hasta en pequeñas variaciones ortográficas. "Cuidado —me decía un sujeto—; tenga usted en cuenta que yo soy de los Hormaecheas con hache, no si ella." Y a las veces se riñen batallas por una hache.

Uno de los aspectos de este proceso es el de la adaptación de palabras extranjeras a un idioma dado. Cada pueblo trata naturalmente de acomodar a su lengua los vocablos de origen extranjero, incluso los de personas y localidades. Pero hay, por otra parte, quienes muestran empeño en que sus elementos extraños no sean asimilados, no sean digeridos por la lengua, permanezcan en ella indigestos.

Los nombres de localidades extranjeras, cuando se habla mucho de ellas, acaban por modificarse, adaptándose a la índole de la lengua que los adopta. Es natural, naturalísimo, que nosotros digamos Burdeos y no "Bordó", y que los franceses digan "Saragosse" y no Zaragoza. La adopción del nombre en la forma que tiene en su país de origen ofrecería grandes inconvenientes. Tendríamos que escribir Bordeaux, Antwerpen, etc., pero advirtiendo que hay que leerlo de tal otra manera, y a las veces con sonidos de que carecemos. ¿Cómo habíamos de escribir, en vez de Burdeos, Bordeaux o Bordó? Ambas cosas presentan dificultades.

Ante todo, no puede exigirse a nadie que conozca las lenguas extranjeras de manera que al ver un vocablo procedente de ellas sepa pronunciarlo. Y es muy frecuente el encontrarse entre nosotros con personas que no conociendo fuera del español, su propia lengua, sino el francés, leen a la francesa todos los nombres extranjeros, sean o no franceses. Y aun los toman del francés y no de su lengua originaria. Hay un fusil llamado Máuser, así como suena en español, que es también en alemán como suena. Como en francés

la grafía *au* leen *o,* para leer Máuser, como en alemán y en español, tienen que poner diéresis a la *u,* Maüser, y algún español que sabe alemán, pero que ha leído la palabra en francés, ha supuesto que la diéresis es de la *a* y que se trata del diptongo alemán äu, que tiene su lectura propia, algo parecida a la de nuestro *oi.* Y así escribe Mäuser. Y no son pocos los que leen el nombre Wagner como si fuese francés, "Uañer", cuando leyéndolo a la española, se acercarían mucho más a la pronunciación alemana.

Casi todos los nombres griegos que suelo ver en los libros y artículos de escritores hispano-americanos que se las dan de helénicos o paganizantes suelen estar tomados del francés, con una transcripción que no responde, ni con mucho, a la tradicional y genuina española. En su manera de escribir los nombres griegos se ve desde luego que no saben griego. Tropiezan en las ph, th, ch y ek.

Hubo tiempo en que se traducía o transcribía hasta los nombres propios. Esto, en el Renacimiento, entre aquellos humanistas obsesionados con el latín y el griego, era frecuentísimo. Latinizaban o grecizaban sus propios apellidos. Erasmo no es sino la traducción griega de su nombre Didier o Desiderio, como Melanchton —"melanchthon", en griego "tierra negra"— la traducción también griega de su nombre alemán Schwartzerde.

Esto ha desaparecido. Sólo en Alemania se ve algún nombre en *us,* latinizado. Pero a nadie se le ocurre ya traducir los apellidos. No llamamos Herreros a los Schmidt alemanes o Smith ingleses. A nadie se le ocurre traducirle a Jean Jacques Rousseau llamándole Juan Santiago Besugo, ya que "rousseau" es el nombre francés del besugo. Sólo le traducimos los nombres de pila, llamándole Juan Jacobo, si bien no sé por qué se prefiere la forma menos corriente, Jacobo, en vez de la más usual española, Santiago.

A nadie se le ocurre traducir los apellidos, pero en los nombres históricos conservamos la forma tradicional, aquella bajo la cual nos son de antiguo conocidos. Decimos Ulises y no Odiseus, Nabucodonosor y no Nebcadnezar, Zoroastro y no Zaratustra. Y así con otros nombres. En muchos de los cuales la transcripción sería difícil, cuando se tratase de sonidos de que carece nuestra lengua.

Thierry, en sus hermosos *Relatos de los tiempos merovingios (Récits des temps mérovingiens),* adopta una transcripción especial de los nombres ya tradicionales de los reyes francos, y en vez de Clodoveo, escribe Hlodowig. De Hlodowig, en efecto, provino Clodovicus, y de éste Ludovicus, y luego, pasando por Ludvigis, en alemán Ludwig, el moderno nombre de Luis. Y Thierry lo justifica con muy plausibles razones. Al nombre tradicional, sea, verbigracia, el de Clodoveo, va unida una representación histórica, también tradicional, pero que Thierry estima apartada de la realidad. El Clodoveo que se han imaginado los lectores de la historia clásica francesa es, según Thierry, un Clodoveo poco histórico, poco real, y para dar una idea más exacta de lo que era, para sustituir ese Clodoveo de lecturas infantiles por el verdadero y rudo rey franco, empieza por cambiar la transcripción de su nombre. Y esta misma consideración es la que le guió al gran poeta Leconte de Lisle en su excelente traducción de la *Ilíada,* a transcribir los nombres de los héroes argivos, aqueos y troyanos de otro modo que como venían tradicionalmente transcribiéndose en francés. Procuraba así destruir de la memoria del lector el Aquiles de la traducción de madame Ducis, el del neoclasicismo francés del siglo XVIII.

En casos tales se comprende la utilidad de una nueva transcripción; pero estos casos son raros.

Otros hay que, por el contrario, extreman el procedimiento de la adaptación y asimilación de los nom-

bres extranjeros. Aquel formidable casticista y purista de la primera mitad del pasado siglo que se llamó don Serafín Estébanez Calderón, o por otro nombre, nombre de guerra, "el Solitario", el tío de Cánovas del Castillo, le llamaba al célebre novelista Walter Scott Gualterio Escoto. Y aun se quedó a mitad de camino, porque hay otra forma mucho más española, mucho más castiza, mucho más tradicional del nombre Walter y que no es Gualterio, sino Gutierre. El nombre Walter, en efecto, daba en francés, según modificaciones fonéticas normales, Gautier, y de este nombre francés Gautier se hizo en España Gutierre, en un tiempo nombre de pila y de donde proviene el apellido Gutiérrez. Diga usted que ha leído una novela del famoso novelista don Gutierre Escoto, y a ver quien le entiende a qué autor se refiere. Estas son ya exageraciones de purismo.

Famosísima fué en toda la Edad Media la bellísima leyenda de Tristán e Iseo, que andaba entre nosotros en romances. Pues a esta Iseo, en francés Iseult, cuando nos ha vuelto a venir, después de casi olvidada, en la ópera de Ricardo Wagner, la hemos rebautizado llamándola Isolda. Casi todos dicen Tristán e Isolda, en vez de Tristán e Iseo. Y anda por ahí una traducción de cierta novela de Sudermann en que a la heroína, una tal Violante, se la ha convertido en Iolanda, dejando el nombre sin traducir.

Es más aún, y es que hay nombres propios que entre nosotros tienen dos formas: una, la más antigua, y otra, la más moderna. La forma antigua de Guillermo, verbigracia, era Guillén, y Bernardo era Bernal. Recaredo no es ni más ni menos que nuestro actual Ricardo, así como Fadrique no es sino Federico.

Y, por otra parte, al padre del gran Alejandro, el de Macedonia, lo llamamos Filipo, siendo así que es nuestro mismo nombre Felipe. Y de esta manera se

han desdoblado varios nombres. Ramón es el mismo nombre Raimundo. Y otros, en cambio, como Iñigo e Ignacio, se han confundido en uno.

En todo esto entra como ley suprema el uso, del que ya dijo Horacio que era *et ius et norma loquendi.* Pero no dejan de mover a este uso ciertos sentimientos, y aun pasiones muy dignas de estudio.

Os decía cuál era la razón que tuvieron Thierry y Leconte de Lisle para modificar la transcripción ya tradicional de los nombres de los héroes francos aquél, y de los nombres de los héroes homéricos éste. Pero hay otros casos en que se modifica esa transcripción por muy otras razones que las de Thierry y Leconte de Lisle.

En el tomo III correspondiente al trimestre segundo, de la *Revista Histórica,* órgano del Instituto Histórico del Perú, hay una curiosa disertación histórica de don Horacio H. Urteaga sobre el nombre del inca Atahualpa. El cual nombre aparece en los cronistas españoles escrito unas veces Atabalipa (así lo escriben Pedro Cieza de León, Francisco de Jerez, Pedro Pizarro, Miguel Estete), otras Atabaliba (así Hernando Pizarro y Herrera), otras Atabilib (así Gómara y Zárate), Tabalipa y Atabalipa por el licenciado Santillán, y Atahuallpa por Garcilaso de la Vega. Y en esa curiosa disertación se estudia si el nombre es Itopaattaguallpa o Anquiatrogullpa.

El estudio es filológicamente muy interesante, pero no es de suponer que en el Perú se vaya a dar en llamarlo Itopaattaguallpa al que todos, incluso los peruanos, cuya lengua oficial y nacional es el español y no el quechua, llamamos Atahualpa.

Y sin embargo, en Méjico (con jota, y no con equis), donde la lengua oficial, la lengua en que se dictan las leyes, la lengua en que está redactada el acta de la independencia, es el español y no el azteca, han dado en llamarle Cuauctemoc al que todos cono-

cemos por Guatimocín, y lo extraño es que no lo escriban Kuauktemok, para darle un aspecto aún más extraño. Y la cosa llega a tal punto, que en una traducción mejicana de la hermosísima oda de Carducci *Miramare*, donde el poeta escribió Guatimozino, le han metido el inevitable Cuauctemoc...

¿Que Cuauctemoc era como le decían sus súbditos, y no Guatimocín? Pero todos en España y en América, los que hablamos español, decimos Cristóbal Colón y no Cristóforo Colombo. Es verdad que el mismo Colón, así que se puso al servicio de Castilla, y fué instrumento principal para que España descubriera América, se hizo llamar Colón y no Colombo. Cada hombre tiene un nombre histórico, y es aquel con que pasa a la historia. Y Cuauctemoc es una cosa así como Nebcadnezar.

Y digo que me extraña cómo a alguien no le ha dado por escribirlo Kuauktemok, así como algunos de mis paisanos escriben con la más infantil de las pedanterías Bizkaia en vez de Vizcaya. Dicen que el vascuence no tiene *y* ni *c*, pero es el caso que tampoco tiene *b* ni *k*, ni letra alguna propia, por carecer de propio alfabeto. Y no me extrañaría que escribiesen Kuauktemok, porque no es mucho más racional que escribir Méjico con equis.

¿Por qué con equis, si pronuncian como nosotros, Méjico, con jota? Es que esta jota —aducen— procede de una paladial azteca que sonaba la *ch* francesa, poco más o menos, y se representaba en castellano por equis. De esa misma paladial proceden un grandísimo número de palabras castellanas que se escriben hoy, fonéticamente, y como deben escribirse, con jota, y se escribían con equis. En Méjico todo el mundo escribe Guadalajara, como lo pronuncia. ¿Por qué no Guadalaxara? Pues hay la misma razón que para México. También la *jota* de Guadalajara procede de una paladial arábiga, que sonaba y suena en árabe

hoy como la *ch* francesa, y que los españoles la representaban hasta el siglo XVI con equis. Y como a partir del siglo XVI esa paladial se trasmudó fonéticamente en la actual *jota,* se fué cambiando la *x* por la j. Y así en árabe Guadalaxara era con paladial, como en azteca lo era México, pero hoy una y otra palabras son con *jota,* tanto en España como en Méjico. ¿Por qué en un caso han vuelto a restituir la equis y en el otro no? "Nosotros volvemos por los fueros de los aztecas —dirán—, que vuelvan otros por los fueros de los árabes." Por lo que hay que volver es por los fueros del idioma español, limpiándole de esas que no son sino pedanterías.

¿O es que se trata de dar un aspecto desusado e insólito a ese vocablo? ¿Es que se trata de decir: ¡ojo!, esto no se lee como se escribe, porque no es de origen español? ¿O es acaso para conformarse al modo de escribirlo y pronunciarlo los yanquis?

Una vez tuve una discusión con un mejicano cultísimo, de los hombres más instruídos y más inteligentes que he conocido, sobre esta equis de Méjico, y al ver el hombre que no tenía razones para defenderla en el terreno lingüístico, apeló a unas consideraciones de una índole tal que me hicieron ver claro lo que ya sospechaba, que es lo que hay debajo de esa equis, de esa incógnita. Hay un sentimiento receloso de diferenciación.

Hay en mi país nativo quienes se creen mejores vizcaínos, es decir, según su entender y sentir, más anti-castellanos, o digámoslo claro, más anti-españoles si escriben Bizkaia.

Esta *b* y esta *k* parece que van ligadas a eso que llaman las reivindicaciones vascas.

La lengua nacional y oficial de Noruega es el danés, diferenciándose del danés de Dinamarca no más que en ciertas peculiaridades de pronunciación, como se diferencian, no ya el castellano de España y el de

la Argentina, verbigracia, sino hasta el castellano de Burgos y el de Málaga, que se diferencian en su manera de pronunciarse más aún que aquellos otros. Y ha habido noruegos que en su empeño por tener una lengua propia y sin tener en cuenta que lo es el danés, han propuesto una ortografía que diferenciara su danés del danés de Dinamarca. Es lo del otro: yo soy de los Hormaecheas con hache, no de los Ormaecheas sin ella.

¿Que una hache o una equis más o menos significan poco? Sin duda. En sí significan muy poco, pero como síntomas pueden significar mucho.

Y cuento que así como protesto de esa equis protesto de otras equis y otras garambainas que nos quiere meter nuestra desdichada Real Academia de la Lengua Española. Muchas veces y de muchas maneras he dicho y he repetido, pero he de repetirlo aquí una vez más, y no será la última, que soy de los que protestan de que haya aquí, en España, quienes pretenden ejercer la dictadura del idioma común, y una a manera de monopolización de casticismo. La lengua española es hoy un caudal común a una veintena de naciones. En cada una de ellas vive y se acrecienta, y con la vida que en cada una de ellas vive la vivifica y con lo que en cada una de ellas se acrecienta la acrecienta.

Salamanca, mayo 1910.

(*La Nación.* Buenos Aires, 15-VI-1910.)

# EL CASTELLANO, IDIOMA UNIVERSAL

Muchos de mis lectores de *La Nación* recordarán seguramente que en el número de este mismo diario correspondiente al 12 de agosto pasado apareció un artículo con el mismo título que el presente y en el cual se exponía una proposición del doctor Teófilo Wechsler al Congreso de americanistas.

El doctor Wechsler, después de encarecer una vez más el fino deseo de que llegue a adoptarse un idioma universal, descarta, con muy buenas razones, cualquier idioma artificial, como el esperanto. Si por mi parte no he escrito aún sobre la ilusión esperantista, es en espera de que el tal esperanto caiga, como cayó el volapuk, en olvido, cosa que no tardará en suceder, pues en cuestión de lenguas, aunque sólo sean auxiliares, no pueden resistir a la acción del tiempo las que no cuentan con el peso de los siglos. Si al lector Fulano se le antoja que a la mesa le llamemos "tabol" o "table" o "meso", como quieras, no hay autoridad para imponerlo, y a otro le parecerá mejor que le llamemos de otro modo, mientras que el que se la llame "mesa" en castellano, "table" en francés y "tisch" en alemán tiene la sanción de los siglos.

Me parece imposible que llegue a adoptarse como universal una lengua de artificio, pero me parece

también imposible o poco menos que llegue a adoptarse otra lengua cualquiera.

Eso del idioma universal no pasa de ser un piadoso deseo. El progreso consiste en que llegue a bastarle a uno con dos o tres idiomas, además del propio, para correr todo el mundo. Y creo que desde el punto de vista del espíritu es una ventaja que el hombre tenga que aprender a pensar con más de un idioma. No creo que sería un verdadero progreso el que todos los hombres hablásemos del mismo modo. Y hasta hay ocasiones que es bueno no entenderse.

Después de haberse pronunciado el doctor Wechsler por un idioma vivo, pasa a proponer el nuestro, el castellano, y tampoco es el primero que lo propone.

Dice que el idioma que se adopte ha de ser fácil, tanto por su gramática como por su ortografía; ha de ser rico y ha de ser armonioso. Vamos por partes.

De si el castellano es o no fácil me creo incapacitado para juzgar con acierto, porque no puedo recordar el esfuerzo que me costara aprenderlo, pues lo aprendí en la cuna. Es muy difícil que pueda uno juzgar de la mayor o menor dificultad de aprender su propio idioma. Pero lo que es un dato objetivo e innegable es que el castellano es uno de los idiomas modernos de fonética más pobre, de menor cantidad de sonidos y esto facilita su elocución. No tenemos *e* abierta y *e* cerrada, ni la misma distinción en la *o,* ni menos la complicada gama de vocales que tienen el inglés y el portugués.

Y al oírme afirmar que el castellano es de una fonética muy pobre, no se subleve cualquiera de esos ingenuos que se imaginan que la pobreza es siempre y en todo un mal. No, precisamente esa sencillez fonética hace mucho más fácil al castellano. Y tan es así, que un español puede viajar por todo Portugal seguro de que, si habla con pausa, le entenderá casi todo el mundo, mientras que a un portugués difícil-

mente se le entiende en España. Y no es que ellos sean más despiertos que nosotros, sino que nuestro idioma es más sencillo que el suyo.

Pocas cosas hay más simples que la conjugación inglesa y pocas cosas más complicadas que la conjugación del vascuence, y esto lejos de ser una ventaja del vascuence sobre el inglés es una grandísima desventaja, pues que en inglés se puede decir todo lo que en vascuence se dice, con la misma eficacia y expresividad, y con mayor sencillez de medios. El procedimiento analítico facilita la expresión. Así, en castellano, con el empleo de pronombres subfijados: me, te, se, le, lo, los, las, nos, os, les, etc., y adverbios —empleo que puede darse en combinaciones binarias y hasta ternarias— sustituimos otras tantas inflexiones del vascuence.

La dificultad mayor con que tropieza el alemán para su expansión es lo difícil que es dominarlo y lo enrevesado y poco fijo de su sintaxis. El párrafo alemán es un verdadero tormento.

En el Mediodía da Francia hay establecido una especie de pugilato en los liceos entre el estudio del alemán y el del español. A la vista tengo el número 18 del *Bulletin de la Société d'Etudes des Professeurs de Langues Méridionnelles,* que se publica en Carcassonne, y en él se trata una vez más esta cuestión. Se cita el manifiesto lanzado por un inspector general contra la lengua española —esta expresión, "contra", no es mía; es de la revista francesa mencionada—, en el que se decía que esta lengua no responde a ninguna necesidad local ni comercial. La revista se revuelve contra esta afirmación arbitraria, y cita el voto de la Asociación de Antiguos Alumnos del Liceo de Tolosa, la cual, contra la decisión del Consejo de conceder dos becas, una para Inglaterra y otra para Alemania, expone su deseo de que el español se haga lengua fundamental a partir del sexto curso —contan-

do a la francesa— por lo menos en la región del sudoeste... Hay, además, un director de colegio, el de Barcelonnette, que se queja de que enviando este cantón jóvenes a Méjico, así como el de l'Aguille los envía a la Argentina, para dedicarse al comercio, se encuentran al llegar a estos países de lengua española con dificultades debidas a su ignorancia del castellano, que debieron haberles enseñado en vez del alemán o el inglés.

Monsieur G. Boussagol, profesor del Liceo de Cahors, escribe en dicho número un artículo sobre la cuestión del alemán, en que expone las razones de Mr. Louis Bertrand, quien, después de establecer que la universalidad de una lengua no va unida, como la historia lo demuestra, a la hegemonía mundial, nos dice que "el mayor obstáculo para la expansión del alemán es su carácter mismo, su dificultad, que le hace de una adquisición lenta —consideración de importancia para las gentes de negocios—, la rigidez de su sintaxis, en contradicción flagrante con los modos del pensamiento moderno, y su carácter netamente inestético e inarmonioso". Añade que es un error la preponderancia que se le ha dado en Francia en los programas —preponderancia, añado yo, debida a la guerra del 70— y que no se debe persistir en tal error pedagógico.

Por su parte, Mr. Boussagol se decide por el castellano, enfrente del alemán, estimando que nuestra lengua, siendo un medio de cultura, es a la vez un instrumento práctico.

"El alemán es poco útil —escribe Mr. Boussagol— y muy difícil, sin provecho pedagógico. Reconocemos, empero, que la literatura alemana merece ser conocida. Sería torpeza negarlo. Sin embargo, ¿es acaso más digna de ser conocida que la literatura griega, o para hablar de lenguas vivas, lo es más que las literaturas inglesa, italiana o española? ¿Tiene una

superioridad tan intrínseca sobre sus rivales que debamos olvidar su inutilidad práctica y poner al alemán, no ya al nivel, sino por encima de las lenguas meridionales, particularmente desdeñadas? No lo creo, y querría, antes de concluir, recordar en pocas palabras las virtudes utilitarias y pedagógicas de la lengua y de la literatura españolas."

Muchos creerán que no está bien que un español, y menos si este español es literato, afirme que la literatura española tiene un valor cultural y pedagógico no inferior, por lo menos, al de la alemana, porque es sabido que a nosotros los españoles no nos están permitidas las petulancias que parecen de justicia en otros pueblos. Pero puesto que es un francés quien lo afirma, yo sólo añadiré por mi parte que nuestra literatura contemporánea no es inferior a la contemporánea alemana, y que hay hoy en España un número de poetas, dramaturgos, novelistas, cronistas, etcétera, no inferior en calidad al que pueda presentar la Alemania contemporánea, que si en industria prevalece, no cabe negar que se halla en decadencia en otros ramos de la actividad humana.

Pasa luego Mr. Boussagol a tratar del valor pedagógico del español, valor negado en un informe de la inspección general, en que se dice que su facilidad es un incentivo a la pereza. Mr. Boussagol dice esto, que el estudio del español es bastante fácil, para no arredrar al alumno en los comienzos, y bastante difícil para ejercer sus facultades y exigir esfuerzo. Al cabo de unas semanas, el muchacho será más capaz de expresar algunas ideas en español que lo sería en alemán, pero ésta es una ventaja.

Me imagino que con esto de la facilidad del español ha de pasar en Francia algo de lo que aquí pasa con la supuesta facilidad del italiano. Hay muchas personas que por saberse cuatro frases de italiano de ópera se figuran que el aprender italiano es cosa de

coser y cantar, y así no llegan nunca a saberlo. La singular concisión y energía de muchas de las obras maestras de la literatura italiana sería de un efecto altamente educador para nuestros literatos, que propenden a la hojarasca y al exceso de palabras. A todos los jóvenes poetas que conozco les recomiendo la lectura de la *Divina Comedia,* de Leopardi, de Carducci, para que se curen de nuestra verborrea zorrilesca, pero con la idea de que el italiano lo sabemos de ciencia infusa, no se ponen a aprenderlo y no logran entender esas obras.

En otro artículo del mismo número de la susodicha revista, Mr. Fl. Morère, profesor en el Liceo de Foix, trata también de la enseñanza del español en los Liceos franceses. Establece cómo donde los cursos de español están regularmente organizados, el número de alumnos es igual, y a las veces superior, al de alumnos de inglés y de alemán. Así sucede en Perpiñán, en Sainte-Gourdens, en Vic-Bigorre, en Castelsarrasin, en Foix, en Auch, en Villefranche, etc.; pero en cuanto a la calidad de los alumnos, Mr. Morère se ve obligado a confesar que muchos malos estudiantes se van al español por creerlo más fácil y no más útil. "Los jefes de los establecimientos —dice— dirigen hacia el español, que creen más fácil de aprender que el inglés o el alemán, a los alumnos torpes *(bornés)* o que van con retraso. Muchos de los alumnos que llegan de la enseñanza primaria entran en cuarta o en quinta sin haber hecho la sexta, y están en la imposibilidad de seguir con provecho un curso de lengua viva. Se les indica la lengua española como la más fácil de aprender, aquella con la que podrán alcanzar más pronto a sus camaradas más adelantados. Otros abandonan el alemán o el inglés para intentar el español."

Monsieur Morère se revuelve contra una especie de menor consideración de que gozan los profesores

de español entre los profesores de lenguas vivas, debido en parte a que se repite que el español es un "patois" fácil ¿Será debido a esto sólo?

El pueblo, las gentes, quieren estudiar español. Las estadísticas del Mediodía de Francia lo prueban. La resistencia está en la administración pública. La América española es un mercado que ensancha de día en día sus campos y llama gentes. Y en ella domina y seguirá dominando todavía por siglos la lengua de Cervantes y de Colón (de Colón no se conoce una sola línea en italiano, fuese o no de esta nacionalidad.) Y es América sobre todo la que impone la universalidad mercantil del castellano. Y se impone además por su propia virtualidad, por su sencillez fonética, por su mayor facilidad y hasta por la excelencia de su literatura. ¿Y no es acaso contra esta imposición contra la que tratan de reaccionar los Gobiernos, oponiéndose a los deseos de sus pueblos mismos? Que la lengua española se impone desde hace algún tiempo es un hecho indudable para quien observa lo que en el mundo pasa. Y esta imposición inocente y pacífica, ¿no despierta acaso sentimientos que España sembró en Europa hace cuatro siglos, cuando nuestros antepasados la recorrieron en triunfo para abrir luego un nuevo mundo al viejo?

¿No habrá quien tema que esta persistencia de la lengua castellana en América le libre a ésta de una cierta europeización que les impediría americanizarse, es decir, adquirir un carácter propio? Yo no sé, pero se me antoja que la arrogancia nos la da la lengua, que es una lengua arrogante, y todas esas nuevas repúblicas americanas habrán menester un día de toda la arrogancia que les infunda su lengua —que es la sangre del espíritu— enfrente de la codicia desdeñosa de todos estos pueblos europeos que las están, en una o en otra forma, insultando, como a nosotros los españoles de continuo nos insultan. Que vayan,

que vayan todos esos mocitos a quedarse boquiabiertos en la gran cosmópolis y a asombrarse de cualquier pasmarotada de esos suficientes europeos, y ya verán cómo a cambio de su turulatería les ponen de rastacueros. Y bien merecido se lo tendrán.

Uno de los primeros efectos del nacionalismo argentino —y quien dice argentino, dice chileno, peruano, venezolano, mejicano, etc.— es el culto a la lengua nacional, es decir, al castellano, y el anhelo de poder exclamar: "¡ Si quieren vivir con nosotros, que aprendan a hablar como nosotros." Que se lo pregunten, si no, a Ricardo Rojas, ferviente nacionalista y no menos ferviente cultivador de nuestra común lengua.

Y volviendo al doctor Wechsler, y a que el castellano sea rico y sea armonioso, aquí ya la más elemental conciencia me veda ponerme con él de acuerdo.

El castellano no es más rico que cualquier otro idioma moderno de cultura. No puede sostenerse que podamos decir más cosas, no que podamos decirlas con más precisión que los franceses, ingleses, alemanes o italianos. En esto de la riqueza de las lenguas hay muchos prejuicios. Cabe afirmar, en términos generales, que cada pueblo, como cada individuo, tiene tantas palabras como ideas, y si tiene más palabras que ideas, peor para él. Los verdaderos sinónimos son más un estorbo que una ventaja.

La riqueza de una lengua no está en el número de vocablos o giros que posee, sino en el que puede poseer; está en su fecundidad, en su facilidad para crear nuevas voces que respondan a nuevas ideas, y en su facilidad para asimilarse voces extrañas. Y en este sentido hay mucho que hacer en el castellano, quebrantando un cierto academicismo que ha anquilosado la lengua. El purismo, tal como aquí se le entiende y practica, es un mal.

La riqueza es además relativa. La lengua de un pueblo de pastores será más rica en términos de pas-

toreo que la lengua de un pueblo de labradores y la de éste más rica que la de aquél en términos de labranza. No es de creer que entre el pueblo paraguayo corran como usuales muchos términos de marinería.

Para que una lengua se universalice, no necesita ser la más rica. Conque sea lo suficientemente rica para las transacciones universales, basta.

Y por lo que hace a lo de armoniosa, más vale que lo dejemos a un lado. Esto de la armonía de un idioma es una cosa puramente subjetiva y de impresión, para la cual no creo que haya medida de valor objetivo indiscutible. Es cuestión de costumbre. A cada uno le suena mejor su lengua, aquella con que se crió, y luego las que se le parecen más.

Y con todo eso sigo creyendo que lo de hacer del castellano lengua universal no pasa de ser un piadoso deseo. Basta con que todos cuantos lo hablamos logremos imponerla como una de las lenguas prácticamente universales. Por lo que a mí hace, aunque me creo capaz de escribir en francés de una manera, si no correcta, por lo menos inteligible —tengo hechas varias pruebas—, y aunque con mayor esfuerzo, en alemán y en inglés, contesto siempre, a todas las cartas, en castellano, si quienes me escriben —franceses, alemanes, ingleses, italianos— lo hacen en su propia lengua. Ya encontrarán quien se lo traduzca; y si no, que lo aprendan. Recomiendo el sistema.

Salamanca, diciembre 1910.

(*La Nación*. Buenos Aires, 16-I-1911.)

## EL "DE" EN LOS APELLIDOS

Vamos a una cosa que, sin duda, carece de importancia mayor, pero en la cual, como en casi todo lo chico, se debate mejor que en lo grande la fatuidad humana.

Allá en los años —harto remotos ya— en que me apacentaba de los escritos de Eriberto Spencer —a quien ningún deseo siento de volver a leer—, recuerdo haber visto en ellos consideraciones muy spencerianas sobre la importancia que al ceremonial dan los pueblos salvajes y los bárbaros.

Y vamos al caso.

Cuando se me pregunta por qué firmo Miguel de Unamuno y no Miguel Unamuno, sin "de" alguna de enlace entre nombre de pila y apellido, contesto siempre que lo hago por haberlo hecho siempre, desde que empecé a firmar, y que no recuerdo por qué lo empecé o por qué así me lo enseñaron, como no sea por ser tal costumbre usual y corriente en mi tierra vasca, donde casi todo el mundo usa la preposición "de" delante de su apellido.

Mas quiero refutar aquí un prejuicio importado, me parece, de Francia, y muy generalizado ya, cual es el de suponer que tal costumbre implica pretensiones de nobleza de sangre, de algo así como cierta aristocracia de abolengo. No hay tal cosa, y ya Trueba lo explicó por lo que hace a los apellidos vascos.

Lo cual no quiere decir, ¡claro está!, que no haya entre mis paisanos espíritus cándidos y en exceso ingenuos que sigan con lo de la nobleza del vasco en el sentido, más bien que genealógico, heráldico. Y como a nadie hacen daño con ello, más vale dejarlos con su ingenuidad.

El uso de la partícula "de" delante del apellido es una cuestión puramente gramatical, y como tal debe ser tratada.

Los apellidos son, en general, o patronímicos o solariegos, o provienen de motes o designaciones geográficas. El tipo más general de los apellidos patronímicos en castellano es el de los acabados en *-ez*; así López, hijo de Lope; Fernández, de Fernando; Ibáñez, Yáñez y Suárez, de Ibán o Juan; Pérez, de Pedro; Periáñez, de Pedro Juan; Gutiérrez, de Gutierre, que es el mismo nombre que en francés Gautier, en inglés Walter, etc. En un tiempo, estos apellidos se referían directamente al nombre del padre de quien lo llevaba, por lo cual cambiaban de padre a hijo. Así, el hijo de Pedro Martínez se llamaba, verbigracia, Gutierre Pérez, el de éste Lope Gutiérrez, el de éste Fernando López y sucesivamente. Y como nada raro era que se le pusiese a uno el nombre de pila de su abuelo, se daba una alternancia de Pedro Martínez, padre de Martín Pérez, padre de Pedro Martínez, y éste, a su vez, de otro Martín Pérez.

Estos apellidos patronímicos en *-ez* se nos dan a las veces muy singularmente contraídos. Así, del nombre Pelayo (en latín *Pelagius*), se hizo en Castilla el apellido Peláez; mas como el portugués deja perder la *l* intervocálica, la forma portuguesa de tal apellido era Páez —*Pe'aez*—, y de éste se contrajo en Paz, apellido que nada tiene que ver con la paz, lo mismo que probablemente nada tiene que ver con la

guerra el apellido Guerra, que parece una abreviación de Aguerria, análogo a Aguirre.

Estos apellidos en *ez-* corresponden a los ingleses en *-son,* daneses en *-sen,* etc. Y así Johnson e Ibsen corresponden exactamente a nuestro Ibáñez. Y corresponden a los nombres griegos en *-ides* y en *-ion.*

Junto a estos apellidos patronímicos usaban los hidalgos, es decir, los que tenían solar conocido, los que poseían algún pedazo de tierra, el nombre del lugar del que procedían, o mejor el del lugar que poseían, y éste era el apellido solariego. Así tenemos, verbigracia, Fernández de Córdoba, Alvarez de Toledo, Bermúdez de Castro. Estos dobles apellidos eran corrientes en toda España, incluso en el país vasco. Pues no hay afirmación más contraria a la historia que la de que esos apellidos en *-ez* no sean vascos. Los hidalgos vascongados usaban, como los hidalgos castellanos, leoneses y gallegos, los dos apellidos, el patronímico y el solariego, y aún quedan en el país vasco apellidos de estos compuestos, tales como Ibáñez de Aldecoa, Sáez de Abendaño, Martínez de Lejarza, Ortiz de Zárate, etc., etc. Lo que ocurrió es que posteriormente fueron suprimiento los patronímicos y se quedaron sólo con los solariegos.

Hay también apellidos patronímicos vascongados, cuales son los que acaban en *-rena* y en *-tegui;* así: Marticorena, hijo de Martico o Martinito; Pedrorena, hijo de Pedro; Machiandarena, hijo de Martín el grande ("andi" = grande); Loperena, hijo de Lope; Ansorena, hijo de Anso o Sancho; y, además, Martítegui, Lopétegui, Ansótegui, Perótegui, etc. Y es claro que estos apellidos, pues que ya llevan su partícula derivativa en su correspondiente sufijo, no necesitan de la preposición *de.* Firmar Juan de Ansorena, o Juan de Ansótegui, equivale a firmar Juan de Sánchez; el *-rena,* el *-tegui* y el *-ez* dicen lo mismo que la preposición *de.* Y en igual caso están un

número de apellidos vasco-franceses, en que la preposición *de* se ha incorporado al apellido mismo. Por "de Aguirre", se ha hecho mediante el apóstrofo "d'Aguerre", y luego "Daguerre"; "Dualde" por "d'Ualde", que es nuestro "Ugalde". De la misma manera el apellido provenzal "Daudet" no es sino el mismo apellido catalán Audet con la *de* incorporada. Y es lo mismo que se ve en los apellidos alemanes en *Von,* holandeses en *Van,* y algo parecido a los islandeses y escoceses en *O'* y en *Mac*. Por cierto que este Mac lo reducen muchas veces a una abreviatura de sólo M. Un Mac Hartin que vino a España firmaba M'Hartin, y sus descendientes, a uno de los cuales conozco, firman Mhartin, conservando la *h*, más que para diferenciarlo de nuestro vulgarísimo apellido Martín, para darle un aire exótico y peregrino. Porque en esto de los apellidos las gentes se pagan de las mayores pequeñeces. "Cuidado —me decía una vez un señor muy ceremonioso—, yo soy de los Hormaecheas con *hache*, no de los sin ella." No se le ocurría pensar que hubo generación en que uno suprimió la *h* por embarazosa —e hizo bien—, mientras otro hermano la conservaba.

Raro, rarísimo, es el apellido que se ha conservado inalterado durante generaciones. Nuestros antepasados no ponían un gran cuidado en la ortografía de sus apellidos y a las veces hasta se encuentra quien cambió el modo de escribirlo durante su vida. Cristóbal Colón, cuyo apellido probablemente no tenía de italiano más que él mismo —y de él se va creyendo, cada vez más, que por motivos personales o por superchería, tal vez judaica, se fingió italiano sin serlo—, se firmó casi siempre Colón, tal cual en castellano lo decimos, y sólo contadas veces y en brevísimo transcurso de su vida italianizó su apellido —un apellido al parecer gallego— convirtiéndolo en Colombo. Pero las cosas de Colón no son nada claras.

Hoy, en que la complicación del derecho exige una cierta fijeza en nuestras denominaciones oficiales para identificar en todo caso nuestra personalidad civil, los apellidos adquieren una mayor inalterabilidad, pero en pasados siglos estaban sujetos a numerosos cambios, no pocos de ellos debidos al capricho. No usaban el mismo apellido diversos hermanos, y era frecuente que uno adoptase el paterno y otro el materno.

Hace ya unos años escribí un ensayo sobre la eliminación de los Fulánez, explicando cómo los patronímicos en *-ez* tienden a desaparecer porque su excesiva abundancia los hace poco diferenciales. El hijo de un Domínguez y una Bécquer se firma Domínguez Bécquer haciendo de los dos un apellido compuesto, el nieto se queda en D. Bécquer y el biznieto en Bécquer sólo, y nuestro poeta, Bécquer, era un Domínguez.

Mas, volviendo a la "de", el prejuicio de que la tal partícula presupone nobleza, debe de provenir de que en un tiempo no usaban apellido solariego sino los que procedían de solar conocido, o mejor dicho, los que poseían tierra: los hidalgos. Usaban la "de" los propietarios, y sabido es que sólo la fortuna ennoblecía. Los pobres pecheros se quedaban con su patronímico, con su Pérez, López o Téllez a secas, o sea, añadían algún mote o denominación de circunstancia personal, oficio usual, como Rubio, Moreno, Cabezudo, Zurdo, Izquierdo, Herrero, Carrero, etcétera, etc. O una denominación geográfica: Soriano, Avilés, Zambrano, o sea Zamorano, Bejarano, Navarro, Toledano, etc., etc. Pero con igual razón habrían de usar de la partícula "de" los descendientes de expósitos, a los que con frecuencia se les daba el nombre del pueblo en que fueron expuestos y criados. Y así, con toda razón, un Juan descendiente de un expósito de Bilbao, de Burgos, de Oviedo, de

Zamora, etc., puede firmar Juan de Bilbao, Juan de Burgos, etc.

El excelente y candoroso Trueba argüía que los vascongados debemos usar casi todos la partícula "de" por cuanto la casi totalidad de nuestros apellidos son solariegos; así, significando Echebarría "casa nueva" y Arteaga "encinal", no debe uno firmar Juan Echebarría o Juan Arteaga, como no debe firmar Juan Casanova o Juan Encina, porque no es el la casa nueva ni la encina, sino Juan de Echebarria, Juan de Casanova, Juan de Arteaga y Juan de la Encina. Razonamiento de una ingenuidad casi infantil, pues con mejor razón aún no debe firmar Juan Moreno de este modo, ya que puede ocurrir que sea más rubio que el lino, ni Juan Rubio así, puesto que acaso sea más moreno que la pez, sino Juan de Moreno o, mejor aún, Juan del Moreno el uno y Juan del Rubio el otro, es decir, descendientes de un moreno y un rubio, respectivamente. Y en tal caso no cabría la supresión de la "de" sino donde ésta va implícita, como en los patronímicos castellanos en *-ez* y los vascongados en *-rena* y en *-tegui*. Todo lo cual, como se ve, no son sino ridiculeces. Lo único real y sólido es la costumbre, *et jus et norma loquendi* Y yo pongo "de" porque la vengo poniendo siempre.

Pero en el camino de estas ridiculeces se llega a extremos realmente grotescos. Así, es muy frecuente leer en diarios y en relatos de recepciones, al hablar de la señora de un don Juan de Ugarte, que use la "de", llamarle "de", llamarle "la señora de de Ugarte", tontería que nos delata todo lo insondable de la fatuidad humana. Y hasta no sería nada de extraño encontrarse con alguna dama que ella misma firmara, verbigracia, María de Echevarría de de Ugarte.

En las Memorias de Goethe hay unas muy agudas observaciones respecto al apego que tomamos a nues-

tro nombre, que es como una piel, y a lo que nos molesta que nos lo deformen.

Hemos tenido en general, y salvo excepciones de matrimonios entre parientes, cuatro abuelos, y no descendemos de aquel cuyo apellido llevamos más que de cualquiera de los otros treinta y uno, y a las veces menos en el respecto de la herencia fisiológica. Esto del apellido es una ficción legal.

El verano pasado, hallándome en Bilbao, fuí a visitar el caserío de Jugo, que se alza en un ribazo sobre el Ibaizábal, en el barrio de Aperribay, anteiglesia de Galdácano, y no lejos de Bilbao misma. De allí provenían mis abuelos por línea materna, de que conservo noticias hasta el siglo XVI.

Allí me encontré con un honrado e ingenuo aldeano, que apenas sabía castellano —¡y esto es a las puertas de Bilbao!—, que me dijo que cuantos allí habían vivido desde tiempo inmemorial se apellidaron Jugo, como el caserío mismo, pero que él no lo llevaba ya sino en segundo lugar: era su apellido materno. Y al notar la melancolía con que me lo dijo, le contesté, para consolarlo, que era compañero suyo en tal desgracia, pues que también es Jugo mi apellido materno. Mas, si yo firmase con ambos apellidos, jamás lo haría Miguel de Unamuno y de Jugo, aunque este segundo sea tan solariego como aquél, y para mí más, pues que conozco el solar de Jugo y no conozco todavía el solar de Unamuno. Ni consentiría que mi mujer se firmase Concha de Lizárraga de Unamuno. Este "de" "de" es una de las cosas que más gracia me han hecho.

Pero ¡vaya usted a poner freno a las ridículas etiquetas de las familias de lo que se llama el patriarcado! Y cuanto al parecer sea el país más democrático, peor. Donde no existe legalmente el uso de los títulos nobiliarios es donde la presunción genealógica más se desarrolla. No basta que la consti-

tución de un pueblo de los que se creen a sí mismos democráticos establezca que no admite prerrogativa de sangre ni de nacimiento, ni hay en él fueros personales, ni títulos de nobleza, porque la vanidad humana se escapa de las mallas todas de la ley civil escrita, y acaso mejor que tratar de reprimirla, es aprovecharla. Pocas cosas, en efecto, más imposibles de reprimir que la vanidad humana. Y si suprimís los títulos de nobleza, ellos reaparecerán bajo otra forma cualquiera.

Quedamos, pues, en que, hoy por hoy, eso del "de" en los apellidos no implica en el uso de nuestra lengua castellana presunción alguna nobiliaria, sin que pase de ser un connotativo de apellidos solariegos. Un expósito procedente de Burgos puede muy bien firmarse Juan de Burgos, y no estaría correcto gramaticalmente el que un duque apellidado González se firmase Juan de González. Y en todo caso no es ello sino cuestión de costumbre. Por costumbre, cuyo origen ignoro, me firma

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca, abril de 1911

(*La Nación,* Buenos Aires, 30-V-1911.)

## INTERMEDIO ORTOGRAFICO

Esta correspondencia es un vago y no sé si ameno desahogo, que en nada atañe al corrector de pruebas de la imprenta de este diario *La Nación,* ya que él cumple con su deber. Pues su deber es corregir las pruebas todas que se le presenten de cualquiera de los escritos que en estas columnas hayan de aparecer y corregirlos conforme a la pauta general ortográfica que ha dado la Real Academia de la Lengua, y a que se someten la casi totalidad de los escritores. Menos yo, por supuesto.

¡Yo, no! Yo no acepto las pedanterías ortográficas, pedanterías retrógradas, de la Real Academia de la Lengua, y ortografío a mi manera, procurando acercarme a la lengua hablada. No adopto la ortografía fonetista que algunos en Chile emplean por razones que he de dar, pero así como no soy en esto, como tampoco en otras cosas quiero serlo, radical revolucionario, menos soy retrógrado. Quiero decir que ni me modifico en absoluto la fisonomía corriente escrita de un vocablo, ni restablezco signos que desaparecieron porque debieron desaparecer.

Conste, pues, que cuando en estas columnas aparezca algo "obscuro" por "oscuro", alguna "substancia" por "sustancia", algún "transmitir" por "trasmitir", "septiembre" por "setiembre" y cosas así, es que el corrector de pruebas, cumpliendo con

su deber oficial, lo ha corregido. A mí nadie me hace escribir sonidos que no pronuncio, y no soy tan pedante como para decir "septiembre", ya que no digo "siepte", o "subscriptor", ya que no digo "escriptor"; pues la misma razón hay para esto que para aquello.

"¿Por qué no le pone usted una hache a armonía (harmonía)", me preguntó un amigo, y le contesté· "Porque supongo que yo, profesor de griego, que no le planto semejante hache inútil a la armonía, he de saber por qué se la ponen los que se la ponen sin saber por qué". Y en punto a haches hay una regla que no marra, y es ésta: ¡en la duda, abstente! En caso de duda, escribir como se pronuncia, y como no se pronuncia la hache, no escribirla.

Una vez, al corregir unas primeras pruebas de un escrito mío, taché de la prueba uno de esos signos que no representan sonido vivo, una *b* de "substancia" o de "obscuro", una *s* de "inconsciente", una *g* y *s* de "incognoscible" u otra pedantería así. Y al enviarme segundas pruebas el regente de la imprenta debajo de mi corrección escribió esta advertencia: ¡ojo! A lo que yo tomando la pluma taché el ¡ojo! y escribir en grandes letras ¡oído!

Mas he observado que en caso de duda son muchos los que se van tras de lo que no suena, sin duda para demostrar que saben lo que se traen entre manos. Muchas veces he visto escrito "explendor", "excéptico", "expontáneo" con equis, cuando debe ser con *s* por provenir de *splendor, spontaneus, scepticus,* y sobre todo porque semejante equis no se pronuncia. Pero es lo que se dirá el que comete tal desliz ortográfico: si no lo escribo de distinta manera de como lo digo, ¿en qué se me va a conocer que sé más que esos desgraciados que tienen mala ortografía?

Nunca le di una gran importancia a la ortografía,

como les ocurre a no pocos pedantes y a cuantos tienen alma de dómine, que juzgan de la mayor cultura de uno por meras exterioridades litúrgicas, y creo que puede haber un gran escritor que vacile en la ortografía, pero en un hombre de carrera literaria, que haya tenido que leer algo, el cometer ciertas faltas de ortografía arguye poca atención. El que un hombre que ha debido de ver cientos y miles de veces escrita la palabra "hecho", pongo por caso, la escriba sin hache, confundiéndola acaso con el verbo "echar", o le ponga hache a éste, arguye una poca fijeza de atención que es signo de espíritu distraído o voluble. Mas fuera de esto tiene ello en sí muy poca importancia.

En realidad, no habría más que un sistema racional, y es el fonetista, aquel en que a cada signo corresponde un solo sonido y a cada sonido un solo y mismo signo. Pero este sistema que han tratado de introducir algunos tropieza con muy graves inconvenientes.

En primer lugar hay muchos más sonidos y matices de sonidos de los que a primera reflexión creemos. Así la *s* de "desde" o la de "mismo", una *s* sonora, no suena lo mismo que la *s* de "esto" o de "aspa", que es *s* sorda, ni la *m* que escribimos en "campo" suena como la *m* de "amo", ni la *b* de caballo" es la misma *b* de "bueno" y de "también". Aparte lo cual, como la pronunciación de ciertos sonidos varía de una región a otra, si escribiéramos fonéticamente y cada cual según habla, en Andalucía escribirían "zeñó" lo que en Castilla "señor", y no estaría del todo mal aquel rótulo que aparecía en una barraca de un pueblo de esa región, en que decía así:

K PAN K LA

Y al preguntar un curioso qué es lo que aquello quería (que... que... que... que... criticará un pe-

dante acústico) decir, le respondió el dueño de la barraca: "Po'bien claro está: ca pa'ncalá!" Ni aun así logró entenderlo el curioso hasta que logró darse cuenta de que aquella "ca pa'ncalá" era "cal para encalar".

Más de una vez he visto en poesías americanas hacer consonantes palabras que entre nosotros se diferencian por llevar una *c* y otra *s* como si aconsonantáramos *plaza* y *casa,* o *ll, y,* y es, sin duda, porque ahí, como en buena parte de España, no se distingue entre la *s* y la *z*, o entre la *ll* y la *y*, pronunciándose "pollo" lo mismo que "poyo".

El mayor obstáculo a la admisión de la ortografía fonetística en la lengua inglesa, que es la lengua de más difícil y enrevesada ortografía y donde aparece ésta más arbitraria, es que el inglés, aunque todos lo escriban lo mismo, no todos lo pronuncian igual, y si se llegara a que cada cual lo escribiese como lo pronuncia acabaría por escindirse en varios dialectos. La unidad de la lengua inglesa es sobre todo una unidad escrita y es esta unidad lo que más impide que se escinda en varias lenguas. La lengua, escrita, por su mayor fijeza, porque ata y sujeta a formas uniformes y permanentes la palabra multiforme y variable, es un lazo de unión a través del tiempo y del espacio. Si nuestra castellana no se escribiese habría cambiado del siglo XVI acá mucho más que lo ha hecho y propendería a diversificarse en dialectos. A la escritura debemos la relativa mayor permanencia.

Lo que no impide, claro está, que la lengua evolucione y se modifique. El castellano del siglo XV distinguía una ese, escrita simple: *s,* sonora, y una ese, escrita doble: *ss,* sorda; una *c* y una *z,* y otras diferencias que se han borrado hoy. Y es una torpeza querer conservar el rastro escrito de esos sonidos, muertos cuando ese rastro desapareció. Pues

que todos decimos y escribimos "suscritor" y no "subscriptor", ¿a qué conduce restaurar estos dos signos, *b* y *p*, muertos como en la pronunciación en la escritura? ¿Que en latín se escribe así?... ¡Vaya una razón! Si hemos de escribir y decir "septiembre" —¡yo nunca!— porque en latín se escribía y decía "september", digamos y escribamos "siepte" y no siete, pues que en latín se decía y escribía "septem".

Algunos pedantes —éstos nunca faltan— han propuesto la vuelta a la ortografía etimológica y que escribamos "philosophia", "mythologia", "phisica", etcétera, y hay algunos escritores que al escribir nombres propios griegos y latinos, como lo hacen del francés, lo hacen a la francesa, etimológicamente, y no a la española, poniendo "Thucydides", "Ganymedes", "Anadyomene", "Thales", etc., y cosas así, con *th*, y *ph* y otras garambainas que rechaza nuestro idioma. Y no ha faltado quien, para justificar semejante pedantería, haya salido con aquello de que así se podrá rastrear mejor la etimología de la palabra. ¡Valiente ocurrencia! Para el que sabe griego no es menester que le escriban "phthisis" en vez de tisis para saber de dónde deriva el vocablo, y para el que no lo sabe basta que se lo expliquen, si es que no le tiene sin cuidado, como así debe ser, de donde venga la palabra, con tal de saber lo que hoy significa. Pues en la inmensa mayoría de los casos eso de saber la etimología de una palabra no pasa de una curiosidad ociosa y sin ulterior alcance, dado que las palabras han venido cambiando, no ya de forma, sino de significado.

Esta pedantería etimologista ha llevado a las veces a curiosas aberraciones, como sucedió en un tiempo en Francia, cuya lengua tiene una ortografía bastante averiada, en que, fundándose en que *fait*, "hecho"" deriva del latín *factum*, le metieron la *c*

del latín, escribiendo así: *faict,* sin tener en cuenta que la *i* de *fait* es el representante de la *c factum.* Algo así como si en castellano, porque la voz "peine" deriva del latín *pectinem,* le pusiéramos una *c,* "peicne", pretendiendo acaso luego que se pronunciase esa *c* sin atender a que la *i* de "peine" proviene de la *c* del latino *pectinem.*

Y digo esto de que se pretendiese hacer pronunciar esa *c* porque, de haber restablecido la *b* de "obscuro" y de "substancia" y otros signos así muertos, puede seguirse que haya alguno tan dócil que llegue a pronunciarlas, lo cual es ya el colmo de la ridiculez. Y nada tendría de extraño. La *v,* derivada de *v* latina, no ha sonado nunca en castellano de otro modo que la *b,* o, mejor dicho, nunca ha tenido el castellano la *v* labio-dental sonora del francés, el catalán, el valenciano, etc., y sólo por pedantería ha ordenado la Real Academia, contra la historia y la índole de nuestra lengua, que las dos uvés de "vivir", v. gr., se pronunciasen de otro modo que las dos bes de "beber". Y yo no puedo soportar a los actores que dicen "viven", pronunciándolo como las uvés francesas. Habría de oír que aquí en Castilla lanzase uno un "¡viva el rey!" ¡así!

Que la Real Academia no sea revolucionaria y no decrete la ortografía foneticista está bien, pero está muy mal que sea retrógrada y no conservadora, pues retrogradar y no conservar es mandarnos ponerle a oscuro una *b* que perdió en la pronunciación y en la escritura. Y es que rara vez se le ha ocurrido a esa tan ridícula como inútil institución ordenar algo puesto en razón. Y de lo poco ha sido su último decreto de que se les quite el acento a la preposición *a* y a las conjunciones *e, i, o, u,* pues que de hecho son átonas o más bien proclíticas cargando sobre la palabra que les sigue. Esto arguye que la Academia se ha dado al fin cuenta de que hay en castellano

palabras átonas sin acento que se unen a la que les sigue (o a las que les preceden) dejando aquel desatino de su *Epítome* de que en castellano todos los monosílabos son agudos (!!!). Por fin se han enterado de que al decir "con razón o sin ella", cosa que ignoran los versificadores españoles y americanos que se empeñan en rimar la preposición átona "de" con la persona yo del presente indicativo del verbo saber: "sé", y cosas por el estilo, que provienen de hacer versos con los ojos y los dedos, no con el oído.

Claro está que hay pedanterías aceptadas ya y no de fácil remedio. La *k* de kilómetro, v. gr., es una pedantería de origen francés y de marca mayor, pero no es cosa de desterrarla, desde luego. Aunque por mí... Y hay otras pedanterías ortográficas de origen impuro, como la de aquellos de mis paisanos que se empeñan en escribir Basconia y Bizkaya, cuando mantienen las demás uvés del castellano, que no tienen más razón de ser. No hay más razón para escribir *Bizcaya* que para escribir *Obiedo* o *Bigo*. Si dicen que la *v* no es letra vascongada, diré que, si se trata del signo, ni la *v* ni la *b,* y si del sonido, que tampoco en castellano se distinguieron nunca. De modo que tirar de la cuerda para todos o para nadie. Y lo de la *k* de *Bizkaya* es una amenidad pintoresca y pueril y nada más. Ganas de satisfacerse con liturgias. Como tampoco he pasado nunca con esa pedantesca y ridícula equis de México por Méjico, cuando no escribimos ya Guadalaxara, Xerez, etc., etc. Son puras ganas de darle a un vocablo un aspecto exótico y poder decir: ¡alto aquí!, ¡que esto no se lee como se escribe!, ¡esta voz es de origen tal o cual!

En resolución, que aunque en lo general y en la casi totalidad de los vocablos adopto siempre la ortografía corriente, hay algunas veces en que no transijo con las pedanterías académicas, y en que, por ra-

zones técnicas, adopto el modo de escribir que más se acerca a la pronunciación o pongo ante *e, i,* jota, en vez de *g,* cuando etimológicamente no es *ge,* verbigracia, "lijero", "mujer", "hereje", "cojer", etcétera, ya que lo mejor sería hacer lo que tanto se hace en Chile, y es adoptar siempre la jota ante *e, i,* dejando la *ge* para los grupos *ga, gue, gui, go, gu,* lo que prepararía la caída de la *u* de *gue, gui* y la diferenciación perfecta de ambos signos.

No soy, pues, responsable de las "obscuridades" más o menos "substanciales" que en "Septiembre" o en otro mes cualquiera puedan sernos "transmitidas", lectores míos, en estas columnas que yo firmo. Ni aun inconcientemente (sin s) se me escapan a mí esas letras inútiles.

Salamanca, noviembre 1912.

(*La Nación.* Buenos Aires, 29-XII-1912.)

## NO SE SABE LEER

No es, sin duda, una noción vulgar, pero ya, según creo, bastante difundida la de que en la lengua castellana hay dos capas, por así decirlo, de latín; una, el aporte primitivo, el de las voces latinas que fueron poco a poco cambiando al pasar de boca en oído y de oído en boca y que produjeron el primer caudal léxico de nuestro romance, y otra el de aquellas otras voces que después de formado ya el romance castellano, y siendo éste adulto y distinto del latín su madre, tomaron los letrados, más o menos eruditos, de los escritos latinos, y así, a ojo, que no a oído, los trasladaron, leyéndolos, a nuestra lengua.

Unos ejemplos lo aclararán. Las voces latinas *delicatum, strictus, peculiare, multitudinem* (en acusativo) dieron las voces romanceadas *delgado, estrecho, pegujar* y *muchedumbre* y esas mismas voces, introducidas más tarde de los libros, se hicieron nuestras voces literarias o cultas, *delicado, estricto, peculiar* y *multitud.*

Cabe, pues, decir que hay por lo menos dos capas de latín —y a las veces tres— en castellano. La voz latina *signum* habría dado el vulgar y normal castellano *seño,* y la encontramos en *seña* y *enseñar,* como el *deño,* que habría dado *dignum,* lo hallamos en *desdeñar* (de *ex-dignare,* creerle a uno indigno), y esa misma voz *signum* se transformó más tarde en *sino,*

el signo de estrellas bajo que uno nace y que determina su hado, como *indignum* dió el vulgar *indino;* y por último tenemos las voces puramente cultas o pedantescas *signo* y *digno,* que son latin indigesto.

Latín indigesto, digo, y quiero decir no digerido. Pues son, en efecto, voces traídas al castellano escrito de los escritos latinos, sin haber antes pasado por la evolución viva del habla. El *hechor* de bienhechor y malhechor es tan latín como el latín *factor* y como *hacedor.* Y de la misma manera la voz *sobrehaz* es tan genuinamente latina como *superficie.* Lo que hay es que las voces populares, las de la más antigua y más castiza capa, son voces latinas digeridas, asimiladas al organismo del romance castellano, acomodadas a su fonética propia, y las otras son voces indigestas, no digeridas aún. Y una lengua, como un individuo, puede llegar a padecer de artritismo cuando no se asimila bien lo que se traga. Esos grupos de consonantes *ct, pt, nsp, bst,* etc., que vemos en voces como *actitud, aptitud, transportar, obstáculo,* etc., son opuestas a la genuina fonética castellana que pide se diga *atitud, trasportar, ostáculo,* etc. El italiano es más lógico en su ortografía que no el castellano.

Pero ha habido siempre gentes que, picándose de cultas y sabiendo algo de latín, de ordinario muy poco, han creído que escribían mejor y más puro castellano cuanto más parecido al latín escrito lo escribieron. Y aquí cabe decir que poco latín aparta de la lengua vulgar y mucho vuelve a él, o mejor que si el mero latín aparta de ella el conocimiento de la evolución porque surgió el castellano del latín nos vuelve a la lengua vulgar.

Y hasta a los que parecen desatinos de éstas. El que estudie esa evolución verá que voces populares como *presona* por persona o *semos* por somos, tienen mucha más razón de ser y más íntima que cualquier neologismo pedantesco que invente un erudito o un

escritor. El pueblo toma las voces donde las encuentra y al oír que los introductores aquí del tranvía eléctrico le llamaban *trolley* a la vara que une al coche con el alambre de que recibe la energía eléctrica le llamaron trole; y vino luego un ingeniero pedante y que se las echaba de lingüista y salió con que debía llamársele nada menos que "captador de ruleta" (!!!), sin reparar en que ruleta, del francés *roulette,* en castellano rodillo, es tan poco castizo como trole.

Traigo todo esto a cuento de que desde hace algún tiempo parece han dado algunos jóvenes literatos españoles e hispanoamericanos en la flor de remozar y renovar nuestra lengua de una manera torcida por pedantesca, no tomando sus voces y giros del perenne manadero del pueblo, que es la fuente viva, sino de librotes de antaño y tampoco de los mejores; no de los buenos escritores del siglo XVI y principios del XVII, que eran pueblo, sino de los pedantes de ya muy entrado el XVII, de los que infestaron el castellano de latinismos, que es tan malo como infestarlo de galicismos, de italianismos o de anglicanismos.

Parece está volviendo sobre el cultivo literario de nuestra lengua una afectación erudita y de falso academicismo. Se quiere ir a buscar remozamiento o nueva vida para nuestra lengua literaria no al pueblo, sino a antiguos escritores más o menos clásicos, y se acude de preferencia a los más enrevesados, a los más culteranos, a los menos populares.

Claro está que cabe otra afectación y es la del lingüista o filólogo que busca de preferencia el elemento más popular, más romanceado, desechando sistemáticamente el caudal que aunque de origen culto ha entrado ya en la corriente central del idioma. Y hasta puede ocurrir que la voz romanceada, la digerida, sea menos corriente y vulgar que la otra. Así, v. gr., el latín *rapidum* da como derivación popular normal *raudo,* y, sin embargo, esta voz apenas se emplea ya

sino en poesía, siendo mucho más corriente el cultismo *rápido.*

Esta segunda pedantería, la de origen filológico, la conozco muy bien, y de experiencia propia, pues que la he padecido yo. Durante mucho tiempo —y de ello me quedan aún resabios— he estado sustituyendo sistemáticamente, y siempre que podía hacerlo sin alterar o estropear el sentido, las voces de origen literario y menos digeridas por otras de origen vulgar y más digeridas. Y sobre esta pauta no escribía *multitud,* sustituyéndola siempre por *muchedumbre,* ni *superficie,* sino *sobrehaz,* y así por el estilo. Y de esto conservo aún el preferir las formas más hechas, como *soterraño,* que así se dice por campos y lugares de Castilla, a *subterráneo.* Este criterio filológico popular o romancista es el que presidió al trabajo que hice de la prosa en que escribí mi *Vida de Don Quijote y Sancho.*

Pero me percaté muy luego que tal criterio, si lo sistematizaba en extremo, me llevaría a otra afectación no menos afectada que la de los cultilatiniparlantes redivivos y los del casticismo espurio seicientistas o sea del siglo XVII. Y opté por abandonarme, dejándome de requilorios y rebuscas y dictarme lo que escribía. Y tendí a escribir lengua hablada; la que yo hablo, por supuesto. Pues, como he dicho cien veces, prefiero un libro que hable como un hombre a un hombre que habre como un libro. Y quiero sentir vibraciones de voz humana bajo las líneas, tan simétricas y ordenadas, de un impreso.

En el proceso de canonización de Santa Teresa de Jesús para apoyar la piadosa especie de que solía escribir bajo el dictado de un ángel, depusieron algunas de las compañeras de la Santa Reformadora que la habían visto escribir con una rapidez extraordinaria. Y este dato debe recogerse, y ver en él un indicio de que, en efecto, la Santa escribía lengua

hablada, lengua viva, castellano vulgar y palpitante de la Avila del siglo XVI. Y el estilo de Santa Teresa sí que es todo un hombre, o si se quiere todo una mujer. No faltan literatos, sin embargo, como le pasaba a don Manuel Tamayo y Baus, que no pueden resistir ese lenguaje vivo, hablado, palpitante, nada gramatical, en el sentido que da a esta palabra un dómine cualquiera estropeado por el Epítome de la Real Academia Española y por esos hórridos libracos de análisis gramatical y lógico para uso de pedagogos, ese lenguaje lleno de anacolusos o cabos sueltos, de frases que no cierran, de concordancias discordantes, de construcciones según sentido y no según letra, y además de asonancias y de aliteraciones. Pero esa es una lengua que mantiene despierto al que sabe leerla, es decir al que viéndola escrita, la oye, y en cambio esa otra prosa frotada, cepillada, pulida y aceitada da sueño. Por lo menos, a mí. Por lo cual cada vez que me ponderan un escritor como buen escritor, como artista de la forma, presumo que me ha de aburrir.

Y este, a mi juicio, erróneo criterio estético que aprecia el valor artístico, es decir, expresivo de un lenguaje y un estilo por esas normas preceptivas externas y convencionales, y en todo caso más lógicas que estéticas, ese criterio es el que condena como escritores desaliñados o incorrectos a los más vivos, a los más palpitantes, a los mejores escritores. Siendo la íntima razón de esto el que entre nosotros apenas si se sabe leer, ni prosa ni verso. Hasta los que más hablan de armonía y de ritmo leen con los ojos y no son el oído. Más de una vez he hecho la experiencia con personas que me dijeron de un escrito que lo encontraban o enrevesado y poco inteligible o bien áspero y pedregoso, de leérselo yo en voz alta, y al

acabar mi lectura declararme ellos [1] ingenuamente o que lo habían entendido muy bien o que no les sonaba ya tan desabridamente al oído. A lo que yo concluía: "Es que no sabe usted leer, señor mío."

Y escritor conozco a quien se le echa en cara que no cuida de su prosa, escribiéndola al buen tuntun, al correr de la pluma y en mangas de camisa, y cuida, sin embargo, de ella tanto como el que más. Sólo que la cuida de otro modo y por otros procedimientos y buscando otros efectos.

La condición suprema de un buen escritor es la expresividad, porque el lenguaje no es sino expresión. Y el que sacrifica esta expresión a preceptos, en su mayor parte convencionales, no escribe bien. Y esas convenciones son terribles y absurdas en el verso —que en castellano sufre bajo una perspectiva disparatada y en que se quiere hacer pasar por natural lo que no lo es, y donde se ha fraguado un oído preceptivo ridículo, y se inventan dificultades para vencerlas—, pero no son menos absurdas en la prosa.

Y de esto más circunstancialmente y sobre casos concretos otra vez.

Salamanca, marzo, 1913.

(*Mercurio*. New Orleáns, EE. UU.
Vol. IV, núm. 21. Mayo 1913.)

1 Véase un caso que se me ha escapado. Ellos son las personas, y, sin embargo, no lo corrijo y pongo ellas. Así se habla y así se debe hablar.

## ENQUESTA, Y NO ENCUESTA

(Intermedio pedagógico)

Todo hombre normal... (¿Y qué es hombre normal? Bueno; dejemos ahora esto y para mejor ocasión, y vamos adelante). Todo hombre normal, digo, debe tener algo de cada uno de los siete pecados capitales y de sus sendas siete opuestas virtudes en un temple dado. Sin algo de soberbia, de avaricia, de lujuria, etc., no puede considerarse uno más normal que sin algo también de humildad, de largueza, de castidad, etc. De un cuerpo sano se extraen los venenos y las triacas para ellos.

Aunque no incluída en nuestros catálogos de nuestros pecados capitales la pedantería es uno de ellos. Y si no lo han incluído es por creer, erróneamente por cierto, que no es sino un compuesto de soberbia y envidia, y acaso de pereza y de avaricia espirituales. Pero yo estimo que es algo aparte y que se sostiene por sí.

Ahora bien... (Este "ahora bien" da un cierto tono didáctico y hasta pedagógico a los escritos). Ahora bien, así como no puede haber hombre normal sin su dosis de cada uno de los siete catalogados pecados capitales, y cuando esa dosis pasa de fisiológica a patológica, el hombre se anormaliza, así no cabe hombre normal sin su dosis de pedantería. Y cuando este

hombre es catedrático, esa dosis tiene que ser mayor en él que en los demás mortales. (Si es que los catedráticos somos mortales.)

Como catedrático que soy me corresponde mi parte de pedantería, y siendo como soy catedrático de Filología comparada de latín y castellano, mi pedantería debe referirse a cosas de lenguaje.

Establecido todo esto por vía de proemio, paso a decir que no sé de dónde han sacado unos cuantos señores llamarle *encuesta* y no *enquesta* a lo que sería más llano y más sencillo llamarle información, si es que no se quiere inquisición. (¡Lagarto, lagarto!)

El Diccionario de la Academia... (Y antes de pasar adelante quiero anticipar la idea que desarrollaré pronto de que una Academia de la Lengua es en sí y por sí, compónganla los más castizos escritores o los más doctos lingüistas, un disparate; una inutilidad, cuando no un daño, así valgan todos y cada uno de sus miembros cuanto puedan valer). El Diccionario, pues, de la Real Academia de la Lengua, en su última y décimotercia edición, la de 1899, que es la peor, y un centón de desatinos, dice *encuesta* y no *enquesta*. *Enquesta* se dice en catalán y valenciano, *enquête* en francés, y lo de leer *que* como si fuese *cue* es italiano, pero no español. De *conquerir* se dijo conquista y no *concuista;* de *requerir,* requisa y no *recuisa,* como de *pesquerir* pesquisa. Alguien leyó en un texto antiguo *enquesta* y se le antojó poner diéresis a la *u* de la *qu;* así *enqüesta* y leer encuesta. Y no sé que haya tal cosa. Sin que sirva aducir el ejemplo de la palabra *cuestión* del latín *quaestionem* o *cuestor,* de *quaestorem,* pues no tienen aplicación a este caso.

Verdad que ese mismo Diccionario de atrocidades —cuya parte etimológica, obra, según allí consta, del R. P. Fidel Fita y de don Agustín de la Paz Bueso,

es un baldón de ignominia para España— dice *magüer* y no *maguer*. Y lo casi seguro es que nunca se dijo *magüer* sino por los pedantes eruditos que, a falta de oír la palabra, muerta hace tiempo, vieron una diéresis donde no la había.

Don Ramón Menéndez Pidal, una verdadera autoridad en estas cosas, en su "Glosario del Poema del Cid" tiene buen cuidado de hacer notar que se lee *maguer*. (Y ya que este señor es académico, haría muy bien en hacer entender a sus compañeros que lo discreto es que si vuelven a perpetrar otra edición del Diccionario se dejen de etimologías, buenas o malas, que ésta es la derecha para un Diccionario así, dejando el etimologizar para tratados especiales. Maldita la falta que hace saber de dónde viene un vocablo para los usos ordinarios y fijar su sentido corriente, y a las veces, y en empleo de pedantes, perjudica. Sólo a un pedante, v. gr., se le ocurre criticar el que se diga *adueñarse* con diptongo *ué* en sílaba átona como se dice *engruesar*, que es distinto de *engrosar*. Por la misma razón no debíamos decir don Bienvenido, sino don Benvenido. ¡Oh la pedantería!

Decir, pues, *encuesta* y *magüer* es como llamarle a Guernica, Güernica, como se lo he oído a algunos. Y normalmente de *inquisita,* con las dos segundas íes breves y acento en la antepenúltima sílaba, sale enquesta, pero no encuesta.

Vuelvo a repetir que esta leccioncilla que aquí coloco no pasará de ser una pedantería; pero habrá de perdonárseme en gracia de que va contra otra pedantería, porque no acostumbro pedantear sino contra los pedantes. Apruebo a quien escribe *ombre* o *arina,* pero me revuelvo contra el que escribe *alhagüeño* o *harmonía,* poniendo una hache donde no debe estar, que en el un caso está trastrocada y en el otro sobra. Y cuando alguno me pregunta si una palabra debe

o no escribirse con hache, le respondo: "¡En la duda, abstente!"

Ya sé que esta pedantesca leccioncita, contra una pedantería de nada servirá, como no sirvió el que antaño advirtiese que a los bohemios debemos llamarlos checos y no *tcheques,* porque ni necesitamos de la *t* como en francés lo necesita para que la *ch* suene *ch,* ni decimos *ruses, turques* o *bulgares,* sino rusos, turcos y búlgaros.

Y basta de este intermedio pedagógico para que me vuelva a mi campo, al campo que me he trazado en este *Mundo Gráfico,* y que no es el de la pedantería, más o menos pedagógica.

Y conste, para concluir, que lo mismo me da que se diga encuesta o *enquesta,* porque no pienso decirlo ni de la una ni de la otra manera. Prefiero información o hasta inquisición.

(*Mundo Gráfico.* Madrid, 4-VI-1913.)

## DISOCIACION DE IDEAS

Hace pocos días leía yo en la *Hispania,* la revista mensual que en lengua española se publica en Londres, un artículo muy gracioso sobre el gran comediante político norteamericano Teodoro Roosevelt, maestro en "humour" y excelente macaneador, artículo que lleva la firma de B. S. C. Sanín Cano, según presumo, y al final del artículo me encontré con dos párrafos que llamaron poderosamente mi atención, y que dicen así:

"El señor Roosevelt, que ha debido visitar los jardines zoológicos de su tierra y algunos de Europa, merecía estar enterado de lo que es un armadillo. Con todo, el señor Roosevelt sintió una gran sorpresa al ver a un armadillo huyendo del hombre en carrera vigorosa por la selva amazónica. Y decía el coronel Roosevelt: "¿Cómo es posible que un animal de concha como la tortuga pueda correr con esta velocidad?" En otras palabras, el coronel razona de este modo: la tortuga tiene concha; la tortuga anda lentamente; luego la concha y la lentitud son cualidades inseparables."

"Este razonamiento nos da el calibre de su inteligencia. Ser inteligente no significa en definitiva otra cosa que ser capaz de disociar las ideas que el cerebro infantil del hombre sin inteligencia mantiene asociadas, entre otras razones, porque tal parece la ten-

dencia general del pensamiento y porque el idioma, creado por cerebros infantiles, fué formado sobre asociaciones arbitrarias, monstruosas a veces. Disociar ideas es, pues, el distintivo de la verdadera inteligencia. La labor no es sencilla; todo lo contrario; requiere paciencia y penetración excepcionales. Si todos los cuerpos duros fueran necesariamente transparentes y todos los cuerpos transparentes fueran duros, el género humano no habría llegado, sino en un trabajo de siglos, a disociar los dos conceptos de dureza y transparencia que el idioma, naturalmente, habría confundido en un solo término. Ser capaz de disociar conceptos de este género supone, en psicología, una penetración, una capacidad de eliminar el detalle inútil, semejantes a las que dió muestras quien descubrió el argón en el aire atmosférico. Todos no las tienen en el mimmo grado que William Ramsay; pero no tenerlas absolutamente o usarlas en el sentido contrario para asociar al edentado con el quelonio... es una seña inequívoca de falta de inteligencia, que era lo que se quería demostrar."

Dejando de lado la aplicación al caso concreto, que ahora no me interesa, hirió mi imaginación esa doctrina, para mí luminosa, de que ser inteligente consiste en ser capaz de disociar ideas que el cerebro infantil del hombre de poca inteligencia mantiene, por hábito, asociadas. Y al punto pasaron ante mis mientes recuerdos de cuando yo estudiaba con cierto método y asiduidad la psicología y me enfrascaba en las teorías de la escuela asociacionista inglesa y seguía la célebre discusión entre Spencer y Stuart Mill sobre el valor de los axiomas. Pues sabido es que el más rígido asociacionistas, y por tanto un contingencialista, Stuart Mill, sostenía que la asociación que forma un axioma tal como la de la impenetrabilidad de los cuerpos o el que dos más dos sea igual a cuatro es una mera cuestión de hábito; que no es sino

efecto de éste, del hábito, lo que Spencer llamaba la inconcebibilidad del contrario.

Y por este cinematógrafo pasar y saltar de unas ideas a otras, por el sutilísimo hilo de las remotas y a las veces extrañas asociaciones que constituye mi pensar, di en pensar en la íntima relación que hay entre el poder de producir paradojas, que son un elemento disociativo, y el de fraguar metáforas, que es lo supremo de la asociación artística. Los grandes metaforistas, los que asocian imágenes que antes no se habían visto asociadas, suelen ser grandes paradojistas, poderosos quebrantadores de asociaciones seculares de ideas, esto es, de tradicionales lugares comunes.

Nuestro gran escritor Valle Inclán, potentísimo estilista, gusta repetir que uno de los mayores triunfos de un gran artista de la palabra consiste en ayuntar por primera vez dos palabras que hasta entonces no se habían visto juntas y que ese ayuntamiento resulte natural y luminoso, casar dos vocablos y que el casamiento sea amoroso y fecundo. Y yo creo que para casar así por vez primera dos imágenes, o, si se quiere, dos voces, es muchas veces preciso descasarlas antes de otras con las que estaban mal maridadas, que se requiere un divorcio previo para ese nuevo matrimonio. Lo primero es libertar a ciertos epítetos de sustantivos de los que parecen esclavos. Hay asociaciones verbales que han nacido, como dice muy bien B. S. C., con el lenguaje mismo, y que son asociaciones infantiles; hay metáforas archiseculares o presión de siglos, encarnadas en la etimología misma de los vocablos de que nos servimos. Y hace falta el divorcio de la paradoja para dejar a los vocablos libres para nuevos enlaces metafóricos.

Y he aquí que cuando estaba mi corazón henchido de estos pensamientos llega a mis manos el número de la *Nueva antología*, de Roma, perteneciente a este

mes de julio, y encuentro en él una nota acerca de una conferencia de F. Levy-Wogue, sobre el estudio de las lenguas clásicas, llamadas muertas, conferencia mantenida en la Escuela de Altos Estudios Sociales de París y publicada en la *Revue du Mois.* El asunto me interesaba por ser yo profesor de una de las llamadas lenguas muertas, del griego clásico, y estar íntimamente convencido, contra toda superficialidad y ramplonería pseudo-positivistas e ingenierescas, del altísimo valor educativo de la enseñanza de las lenguas clásicas.

F. Levy-Wogue sostiene, con muchos otros, que el estudio de los textos antiguos es, de un modo general, un excelente estímulo de la atención, y la educación de ésta, uno de los más difíciles cometidos. Aunque los alumnos conozcan las formas de la lengua griega y tengan las nociones elementales de la sintaxis —dice el señor Levy-Wogue—, cabe decir que la mayoría de los contrasentidos en que incurren provienen de un examen insuficiente del texto. Y, después de unas atinadas reflexiones al respecto, añade este señor: "Muchos de nuestros jóvenes no volverán, ciertamente, a abrir nunca un libro griego o latino; pero cuando hagan investigaciones científicas, cualquiera que sea su materia: historia, derecho, ciencias experimentales o escriban informes sobre una cuestión industrial, administrativa o comercial, será a esos ejercicios sobre las lenguas antiguas —al parecer tan pueriles— a los que deban a menudo atribuir, si han de ser sinceros, las cualidades de precisión en su tarea."

Muchas veces ya, en efecto, y por personas competentísimas y libres de prejuicios pedagógicos, se ha sostenido que las lenguas clásicas constituyen, con las matemáticas, dos poderosísimos medios de ginmasia intelectual. Y yo, por mi parte y merced a mi experiencia, puedo apoyarlo.

Es un error el de creer que para el estudio de las

lenguas, y, sobre todo, de las antiguas clásicas, se exija ante todo memoria. La traducción es una de las tareas que más sutil inteligencia exigen. Decir en castellano, en verdadero y genuino castellano, lo que otro pensó en otra lengua, exige un gran esfuerzo si ha de hacerse bien. Es cambiar, no de vestido, sino de carne, a una idea. Y esta tarea se dificulta y complica si se trata de traducir de una lengua clásica antigua.

Todos los que hemos pasado por una clase de latín al salir de la infancia —yo hace ya cerca de cuarenta años, ¡ay de mí!—, recordamos aquel terrible tormento a que nos sometían de ordenar los textos clásicos antes de traducirlos. De ello he hablado en mis "Recuerdos de niñez y de mocedad", una especie de ensayo psicológico y pedagógico que no ha tenido el éxito de otras obras mías de más aparato, aunque acaso de menos esencia. Llegábamos a creer, como allí digo, que los antiguos escritores romanos, Cicerón a su cabeza, escribían a derechas, en el verdadero orden —el orden verdadero de las ideas era, naturalmente, el de nuestra propia lengua— y se entretenían luego en alterarlo, introduciendo el más desaforado hipérbaton, nada más que por molestar a los niños de las generaciones futuras, obligándoles a arreglar lo que ellos, adrede y con maligna intención, desarreglaron. Ocurrencia en que nos corroboraba lo que de las licencias poéticas se nos decía y enseñaba en aquellas hórridas cátedras de retórica y poética. (¡Poética!, ¡cielos santos!, ¡poética aquélla...!)

En nuestros modernos idiomas neolatinos o románicos, destruída gran parte de la flexión, desaparecidos los casos de la declinación, el valor de un vocablo depende, muchas veces, de su lugar de colocación en la frase, y la sintaxis resulta remachada con una porción de trabas que no conocían ni griegos ni romanos. Hay hoy lo que se llama el orden lógico de

las ideas, distinto del orden estético, que es el de la espontánea asociación de ideas. Y de ahí resulta que los que escribimos con cierta precipitación, *ex abundantia cordis sive mentis,* improvisadamente, dejando que rebase el pensamiento luego que nos ha henchido la mente, tendiendo a la lengua conversacional o epistolar, incurrimos con frecuencia en cierta sintaxis que, por ser más viva y más natural, parece incorrecta; que por seguir la espontánea asociación estética de las ideas resulta menos lógica y acaso menos gramatical o preceptiva. Una sintaxis paradójica, en fin.

Y he aquí la utilidad del trato literario con los antiguos escritores clásicos, griegos y latinos, y en sus propias lenguas, que nos obliga a disociar tradicionales procesos sintácticos de nuestros idiomas, nos obliga a pensar una frase en otro orden que aquel a que estamos habituados. Y romper hábitos, asociaciones, es el primer paso para adquirir otros nuevos.

Se dice que el viajar instruye, y debería decirse más bien que educa. Y educa el viajar, sobre todo a países de costumbres muy distintas de las nuestras, porque nos rompe viejas asociaciones de ideas y de prácticas y nos enseña cómo otros pueblos pueden vivir felices, prósperos y honrados sin observar hábitos que tenemos por inevitables. Casi siempre que en un país critican y censuran a los de otro país, lo hacen, más que por sus ideas, por sus prácticas más inocentes, por su modo de vestir, de comer, de saludar, de distribuir el tiempo, de conducirse, etc. "¡No se puede vivir en un país en que le echan a la sopa ciruelas!", me decía un español hablando de Alemania, y le he oído a un alemán decir que jamás se habituaría a una tierra en que se fríen los huevos con aceite y no con manteca, y en que se condimenta con ajo. (Acabó por habituarse, por supuesto, y hasta se hizo aficionado a los toros.) Y juicios de este calibre y laya se oyen a diario a todos los mentecatos

xenófobos que se desahogan ridiculizando las costumbres de los pueblos extranjeros.

(Y ahora, aquí, entre paréntesis, no puedo menos de advertir a aquellos de mis compatriotas que me escriben desde ésa quejándose de ciertos juicios de esos que la culpa es de ellos por esa su quisquillosa susceptibilidad. Bien dice el *Baedeker* que el español es "pointilleux". El vulgo, mal educado; las gentes que no han viajado y que creen que viven en el país más culto —y esto es de todas partes—, se agarran siempre a esas futesas y establece sus ridículos juicios sobre diferencias de costumbres.)

Y si se viaja en el espacio, puede también viajarse en el tiempo. Penetrar en el pensamiento y en el modo de expresión de los griegos del siglo v antes de Cristo, o de los pueblos medievales, es algo así como llegar al corazón de la Escandinavia, y nada digo del Tibet. El que logre, por ejemplo, ver la vida y el mundo al través de un Esquilo, de un Platón, de un Lucrecio, de un Tácito, está en mejores condiciones para juzgar de nuestro cristianismo —de este cristianismo a que juega la cristiandad, según la terrible frase de Kierkegaard— que quien no ha salido nunca con el espíritu de la época actual.

El sentido histórico, esa la más profunda adquisición de la cultura acaso, se debe tanto a procesos disociativos como asociativos. El sentido histórico, del que carecen todos los sectarios, y principalmente los anarquistas, cuya mentalidad es esencialmente infantil y simplista, se funda en asociaciones construídas sobre previas disociaciones. (Pero no, claro está, las aparentes disociaciones anarquistas o acráticas.) Y el sentido histórico es el que aduna el científico y el artístico. La historia es la que ayunta a la lógica con la estética, mostrándonos la esteticidad de la lógica y la logicidad de la estética.

Y ved por dónde aquellas reflexiones del redactor

de la *Hispania,* de Londres, al caer sobre mi lectura de la conferencia de Levy-Wogue, cerraron el circuito de pensamientos que en estas líneas os ofrezco. ¿Que no hay aquí un orden didáctico? Sin duda. Estos mis ensayos no brillan por su orden lógico, y veces hay en que al empezar uno de ellos no sé cómo lo he de seguir y mucho menos cómo lo he de acabar. Su ordenación es como la de las odas pindáricas; dejo que corra mi pluma, llevada por el oleaje de la espontánea asociación estética de las ideas. Y ello se refleja, sin duda, hasta en su expresión, hasta en esta sintaxis que tanto se me ha reprochado por algunos y que no cambiaría, ciertamente, por la de esos grandilocuentes discursos improvisados con dos meses de antelación.

Y quedamos en que quien quiera enriquecer su mente con nuevas asociaciones de ideas, con nuevos y fecundos pensamientos, tiene que dedicarse de vez en cuando a disociar los lugares comunes que son hábitos de su pensar; que quien no se adiestre en la comprensión de la paradoja, jamás renovará el caudal de sus ideas vivas.

Salamanca, agosto de 1914.

(*La Nación*. Buenos Aires, 6 de septiembre de 1914.)

# ERUDITOS, HERUDITOS, HHERUDITOS

(Sin hache, con hache muda y con hache aspirada)

Félix Méndez, el gracioso escritor jocoso, para sonsacarme lo de la *K* con que a veces escribo la palabra Kultura —con *K* mayúscula, y es la de la Kultura a la alemana, para diferenciarla de nuestra pobre cultura latina, con *c* minúscula— inventó la *h* de su *herudición;* mas luego, al tratar de explicarla en pago a mi explicación, no dió pie con bola, según creo.

No supo explicar esa *h* tan característica que a la erudición le plantó. Y nada tiene esto de extraño, pues que no estamos todos obligados a darnos cuenta del entero alcance de nuestros propios descubrimientos o de nuestras ocurrencias. Y a mí, que he tenido la osadía de pretender conocer mejor aún que Cervantes mismo el antiguo sentido de algunas geniales intuiciones de este nuestro primer genio literario y que he sostenido, sostengo y sostendré que no es el inventor de una máquina quien necesariamente la maneje mejor, ni el de una teoría quien mejor la aplique, ni aquel a quien se le ocurre una ingeniosidad el que mejor sabe su importancia y valor, a mí creo que se me perdonará el que pretenda saber

todo lo que puede significar la hache que Méndez ha antepuesto al herudito.

Hay, en efecto, tres clases de eruditos, unos sencillos, modestos, trabajadores, perspicaces, libres de envidia y de malas pasiones, que son los menos y se les conoce en que gustan de veras de la poesía, tienen el sentido del humor y aprecian toda otra labor que no sea erudición, sin que entre ellos falten quienes son poetas; otros a los que podríamos definir diciendo que se preocupan de conservar las haches innecesarias —que, en rigor, lo son todas— y no más que para diferenciarse de los demás mortales, y estos eruditos conservadores —y cuando se dice en seco conservador se quiere decir de lo malo o de lo inútil— merecen se les ponga hache, pero muda, y se les llame heruditos; y otros, en fin, atacados de la rabia de querer resucitar cosas muertas y bien muertas, eruditos retrógrados, que merecen se les llame hheruditos con la hache aspirada —que escribo doble— o si se quiere *jeruditos.*

Fué un hherudito de éstos, aspirado, quien sin duda hizo que la Real Academia —o Hhacademia— de la Lengua introdujese la hache, que se había con razón perdido, de armonía. Yo no la escribo nunca. Y cuando alguien me ha preguntado por qué, le he contestado que porque siendo como soy yo profesor de griego me harán la justicia de creer que sé por qué escriben *harmonía* los que no saben por qué. Y hubo hherudito de ésos, es decir, retrógrados, que pretendió escribamos *mythología* y otros enrevesamientos por el estilo, y la misma Academia, más retrógrada que conservadora, usando escribir *obscuro, septiembre, subscriptor* y disparates de la misma laya. Lo raro es cómo no han pretendido que la antepongamos una H —muda, ¡es claro!— a España y escribamos Hespaña —Hespanha los portugueses— porque Hispania, de que procede, la tenía en latín.

En punto a haches, tengo una regla de conducta que no marra y que me parece la más prudente y discreta, y es ésta: "¡en la duda, abstente!". Vale más escribir *ombre, acer,* etc., que no *habogado, hechar,* etc. No perdono el que uno escriba *caoutchou* en vez de caucho, por ser pecado de pedantería.

Pero lo propio del herudito y del hherudito, pedantes por naturaleza, es precisamente tratar de distinguirse de los demás mortales en cosas como esas, en haches y otras por el estilo. Cuando vacila en la manera de escribir algo, lo escribe lo más diferente a como se dice, pues si uno que pronuncia esplendor. espontáneo, estrategia, que es como se dice y como debe escribirse, lo mismo que se dice *estensión, estraordinario, espansión,* que es como se dice y como debería escribirse, ya que la equis es una letra anticastellana y pedantesca, si uno que se dice así lo escribe como lo dice y no *expontáneo, explendor, extrategia* —que es como no debe escribirse—, ¿en qué se diferencia al pobre diablo que se guía no más por el oído?

Y la pedantería puede llegar hasta decir y no sólo escribir *expontáneo* y *explendor* con equis, con una equis que nunca tuvieron esas palabras. ¿No ha logrado acaso nuestra herudita Academia de la Lengua hacer que se pronuncie con dos uvés a la valenciana o catalana, cosa que nunca sucedió en Castilla y que es un desatino?

A mí me hacen daño esas uvés de *vivir* cada vez que las oigo en escena a un cómico a quien enseñaron en el Conservatorio, que debe de ser muy herudito. Y por ese camino se podría llegar no sólo a hacernos aspirar las haches que en un tiempo lo fueron en castellano y aun hoy en regiones se aspira como las de *higo, hacer, hierro* y *huelga,* etc, sino hasta las puramente gráficas, como las de *hombre, honra,* etcétera, que jamás en castellano fueron aspiradas.

Hace pocos días leí la inscripción del enterramiento que don Francisco de Rojas, marqués de Poça muerto en *henero* (así con *h* absurda) de 1604, tiene al lado de la epístola del altar mayor del convento de San Pablo, en Palencia, y vi allí que "...también hiço la reja y doctó la misa maior..." Ese *doctó* lo debió de escribir algún docto del siglo XVII —¡¡el siglo de nuestros doctos!!— que de haber nacido en el nuestro habría acabado en hhacadémico (léase jacadémico).

Y todo esto creo que viene muy a cuento ahora en que unos cuantos señores, heruditos mudos o hheruditos aspirados, conservadores o retrógrados, están manchando y estropeando la lengua con pedanterías del siglo XVII y giros y vocablos muertos y bien muertos. ¡Y no faltan *chrithicos* que los aplauden y llaman casticismo a eso!

El erudito, en general, y salvo los de la primera clase —que son los menos— merece hache, y hasta aspirada. Aspiración significativa de su dureza y su ceguedad, porque el herudito suele ser un animal fundamental, radical y esencialmente antiestético, e inexpresivo, cuando no es un exfracasado o lo que llaman un *raté* los franceses. Si el herudito cae sobre la poesía lírica, como pudiera caer sobre los tratados de ajedrez o de cocina o de indumentaria, lo que menos le importa es sentir el lirismo. El contenido espiritual de aquello que estudia le tiene sin cuidado; él no va más que a ejercer sus dotes de erudición. Es más aún; desprecia ese contenido. Cree que los poetas no cantaron sino para que el herudito los comente. Lo he dicho antes de ahora; si Homero redivivo entrara cantando en lengua vulgar de hoy en la oficina donde trabajan los doctos y hheruditos comentadores de la "Ilíada" y la "Odisea", echaríanle éstos a puntapiés porque les distraía no dejándoles contar los aoristos. El mejor poeta es el que dejó más

problemas (!!!) biográficos o bibliográficos para que los resuelva el herudito.

No puedo negar ni ocultar el santo aborrecimiento que les tengo. Y no sólo porque sean petulantes, antiestéticos, corchosos e incomprensivos, sino porque, además, no suelen ser buenos. Son lo que se dice malas personas. Lívidos de alma, mezquinos de corazón, avaros del poco ingenio que Dios les otorgó y rapaces de ideas ajenas. Lo importante para ellos es quién descubrió primero una noticia, no quién la entendió mejor y mejor vió su alcance y sentido. Odian la fantasía porque carecen de ella. Cuando no pueden investigar en algo, se las ingenian para que no investigue otro, haciendo de perro del hortelano. Y de esta mezquindad de andar dificultando o negando el acceso a nuestros tesoros de libros o documentos raros a otros investigadores, sobre todo si son extranjeros, sé casos de algunos de nuestros conspícuos hheruditos que he de contar algún día, para edificación de las gentes y para que se vea hasta qué punto la hherudición es hermana melliza de la envidia.

Ya puede, pues, ver mi amigo y otros como él, cómo junto a los eruditos buenos, estos tan simpáticos mirlos blancos, hay heruditos conservadores de hache muda, y horrendos hheruditos retrógados, con hache aspirada. Y no he querido decir nada de los *jeruditos* con jota fuerte, puesto esto pertenece a la patología.

(*Heraldo de Cuba.* La Habana, 7-IX-1914.)

## LA CALLE DE DON JUAN LOPEZ RODRIGUEZ

Me encontraba en una de mis correrías por tierras de España en una modesta capital de provincia, sea Villamansa, y recorriéndola con un amigo mío y vecino de ella, hubimos de llegar a una calle que llevaba en su rótulo un nombre vulgarísimo de persona para mí absolutamente desconocida, sea, v. gr., calle de don Juan López Rodríguez. Me volví a mi amigo y le pregunté:

—¿Quién era ese don Juan López Rodríguez?

—No era, es —me respondió.

—Pues bien, ¿quién es él?

—Un rico propietario.

—¿Y qué ha hecho para que le pongan a esta calle su nombre?

—Como hacer, él no ha hecho nada. Pero otros hicieron las casas de esta calle y él las compró todas. Y como todas, absolutamente todas, las casas de esta hermosa calle son de él, he aquí por qué se dice que es la calle de don Juan López Rodríguez.

Y entonces comprendí que pocas veces ha llevado una calle con mejor motivo el nombre de un oscuro, oscurísimo ciudadano. Si era de él la calle, justo es que llevase su nombre. Peor habría sido que se tratase de una de esas celebridades provincianas cuyos

nombres, borrados de la memoria hasta de sus convecinos, luego que mueren los que les conocieron personalmente, no perduran más que en los rótulos de algunas calles.

En este arte de inmortalizar callejeramente a honrados ciudadanos que al morir tenían amigos en el Concejo Municipal se distingue sobremanera esta ciudad de Salamanca en que vivo y obro. Lo malo es que debajo del rótulo en que figura el nombre del héroe epónimo de la calle no pongan una pequeña nota explicativa para ilustración de los profanos.

Cuando se empezó el ensanche de Bilbao, a raíz de la última guerra carlista y empezaron a abrir calles nuevas, encargaron a don Antonio Trueba —el en un tiempo famoso Antón el de los Cantares— que se procurara por los campos de la historia vascongada una remesa de héroes y de ingenios para colocar sus nombres en las calles. Y al ingenuo Antón se le ocurrió añadir a los nombres una pequeña aleluya suya alusiva a las hazañas u obras que el héroe o el ingenio hubiese llevado a cabo. Y en los primitivos rótulos de las primeras calles del ensanche de Bilbao aparecieron esas aleluyas. ¡Y qué falta hacen en casos análogos!

No aleluya, precisamente, pero sí una brevísima mención biográfica, vi este verano en un rótulo de una avenida del pequeño pueblo de Buarcos, perteneciente al municipio de Figueira da Foz, en Portugal. Y es que decía así: "Largo do Dr. Thomaz d'Aquino de Carvalho. Lente de Mathematica, 1789-1868". (En portugués, *lente* —esto es *leente,* leyente o lector— significa catedrático). De aquel honrado pueblecito de pescadores, donde veraneaba antaño el obispo de Viceu y hogaño el presidente de la República, salió a fines del siglo XVIII un rapaz tan aplicado o tan despierto que llegó nada menos que a catedrático de matemáticas de la Universidad de

Coimbra —¡ahí es nada la cosa!—, y los descendientes de sus convecinos no quieren que se olvide la hazaña.

No sirve, por lo demás, querer burlarse de estas cosas. La celebridad es una cosa muy complicada, y todo lo que se gana en extensión suele perderse en intensidad. Cuando en la pasada Semana Santa me dirigía yo con un amigo y compañero a visitar el Real Monasterio de Santo Domingo de Silos, según íbamos camino de Huerta nos preguntaron tres o cuatro veces: "¿Ustedes irán a ver a don Julián Muñoz, ¿eh?" ¿Qué habrían dicho si les hubiésemos manifestado que no sólo no conocíamos a don Julián Muñoz, el cacique político de la comarca, pero que ni siquiera habíamos oído hablar nunca de él, como así era la verdad del caso?

No está, pues, mal que se dediquen calles a las celebridades locales. Es acaso, mejor, que el que encontremos en todos los pueblos inevitables nombres de Colón, Velázquez, Cervantes, Calderón, Castelar, etc., etc. Y me han asegurado que en Agreda había en una calle un rótulo que decía: "Calle de Cervantes (don Miguel)"; y no sé por qué no añadieron: autor del Quijote", y luego las dos fechas del año de su nacimiento y el de su muerte. Hay que aprovechar todas las ocasiones para pedagogizar.

Y por lo que hace a la celebridad callejera, mis lectores acaso conozcan aquel cuento que viene al caso como anillo al dedo. Y es el de los tres peluqueros. Llegó uno, y al establecerse añadió a su nombre: "el mejor peluquero de la ciudad"; vino un segundo, establecióse en la misma calle y puso bajo su nombre: "el mejor peluquero del reino"; y al llegar a establecerse en la misma calle un tercer peluquero, no le quedó ya otra recurso que llamarse "el mejor peluquero de la calle".

De buena gana contaría ahora cómo en el mismo

Figueira da Foz, a poco del fusilamiento de Ferrer, cambiaron el nombre de una de las vías antiguas de la ciudad, la rua de Santo Antonio, llamándola rua Francisco Ferrer, y cómo luego en rua doctor Rocha, una celebridad local y no inmerecida. Pero esto sería entrar en otros campos, campos de comedia también, pero con derivaciones a otras.

Dan, sin duda, a las pequeñas poblaciones, un mayor aire de ingenua provincianidad esos nombres de celebridades puramente locales, y a las veces de barrio, ostentándose en los rótulos de las calles, y es mejor la calle del Doctor Pérez Ruiz o del Coronel García Martín, héroe de Fuentefría, que no la calle de Cortés, o de Lope de Vega, o de Riego, y desde luego nada más propio que eso de calle de don Juan López Rodríguez, cuando es realmente suya; pero yo prefiero la calle del Gato, o del Perro, o del Abad, o de la Alcaldesa, o de los Pelliqueros, o del Palomo, sobre todo cuando se ha olvidado la historia o la leyenda que dió nombre a la calle. ¿Hay nada más bonito que la calle del Lobo-hambre, es decir del "ovo-hambre" —hubo hambre—, como se llama una de esta vieja ciudad de Salamanca?

Pero vivimos en tiempos de democracia —dicen—, y apenas pasa por un Concejo concejal alguno, sobre todo si es democrático, que no aspire a dejar su nombre a una calle. Ya que no pueda hacerla suya, como es suya la calle de don Juan López Rodríguez.

(*El Día Gráfico.* Barcelona, 17-X-1914.)

## LA SUGESTION ACADEMICA

He leído una entrevista del Caballero Audaz con Manolo Bueno, y entre las confesiones que le hizo éste nuestro publicista, que es hombre tan sagaz y de espíritu tan fino, hay una que me ha sorprendido. Entre juicios, a mi parecer muy acertados, sobre nuestra política, dijo Bueno que ella le atraía muy poco y que no sentía gran cosa la ambición política ni el cosquilleo de ocupar altos puestos en ella. Lo comprendo y me parece natural tratándose de Bueno. Ahora lo que no comprendo tanto es que le dijera que estimaría en más, en mucho más, llegar a ser académico de la Lengua.

No he podido explicarme todavía la sugestión que sobre muchos de nuestros buenos literatos —de los buenos de verdad— parece ejercer la Real Academia de la Lengua. Aún recuerdo lo que escribí cuando me preguntaron si creía que Armando Palacio Valdés debía entrar en la Academia, y fué que socialmente lo mismo daba que entrase o no; que era ello un asunto puramente privado, en el que los demás, y ni aun los devotos de la obra de Palacio Valdés, teníamos por qué mezclarnos.

He visto después a Benavente académico; a doña Emilia, cuya enorme e intensa labor literaria pocos admirarán más justamente que yo, empeñada en que

se le abran las puertas de la Academia, y a "Azorín", preocupado también de lo mismo.

Si hay razones de orden personalísima y privada que les mueven a ello, me callo; pero si buscan prestigio o consagración, lo repito, no me lo explico. Porque la Real Academia ni da ni quita prestigio literario.

Si ha de considerarse esa corporación oficial —cuyo único valor positivo consiste en elegir un senador, en permitir a sus miembros formar parte de oposiciones a cátedras y en procurarles dietas cuando asistan a las sesiones—, si ha de considerarse esa corporación oficial, digo, como una especie de legión de honor de los conspicuos de las letras, ya que no un panteón de futuros inmortales, entonces está de más que dé informes técnicos y que haga diccionarios y gramáticas y pretenda legislar sobre el idioma. Porque un gran estilista, un excelente escritor, puede entender tan poco de eso como un atleta o un acróbata de la fisiología de los músculos, o un gran cantante de la fisiología de la laringe y de la voz. Y por eso no habría estado tan desatinada la Real Academia cuando ha preferido un lingüista, o un filólogo, un crítico erudito, a un escritor famoso, si no fuese porque esos lingüistas son, a las veces, de pacotilla, y aun cuando sean de oro fino —que más de uno hay en la Academia—, sobre la lengua ni se puede ni se debe legislar. Y hasta creo que el lingüista, aun siendo sabio de verdad, es peor que el hablista de instinto y de gusto. ¡Dios nos libre de una lengua modificada por lingüistas!

La verdad es que la Academia misma de la Lengua, una corporación encargada de limpiar, fijar y dar esplendor al idioma, de legislar sobre él, es ya en sí un perfecto disparate. Y donde no hay semejante absurdo, las gentes escriben y se entienden entre sí

con más limpieza, con más fijeza y con más esplendor que donde él funciona.

Pero el caso es que aquí, en España, no sé si llegamos a media docena de escritores de alguna notoriedad que, sin fingimiento, no concedemos importancia alguna a la Academia. Ya hemos visto cómo escritores de mérito, de verdadero mérito, de independencia de criterio, de una cierta genialidad —como son doña Emilia y Benavente, y Bueno, y "Azorín"—, parecen concederle valor a la Academia. Sin que sirva decirnos que quieren entrar en ella para modificarla e infundirla nuevo espíritu. La Academia como es en sí y por sí, en su esencia, un disparate, es inmodificable en mejor sentido y no cabe darle espíritu ni bueno ni malo. Responde a una concepción del lenguaje totalmente desatinada.

Y esa absurda reverencia a la Academia, aun de parte de muchos de aquellos que más la combaten, se observa también en el acatamiento a sus prescripciones ortográficas hasta cuando éstas son descabelladas y pedantescas. Que se acepte, por ejemplo, el suprimir los acentos de la preposición *a* y de las conjunciones *e, o, u,* bien está, porque esa supresión responde a una realidad, la de que esas partículas son, como otras muchas en castellano, átonas proclíticas, cosa que ignoraba la misma Academia, que nos dijo que en castellano todos los monosílabos son agudos —¡estupendo!— y que ignoran los versificadores modernistas que se empeñan en rimar la preposición "de" o la preposición "sin", verbigracia, con "sé" y con "serafín", es algo que está muy bien. Pero que se acepten esas pedantescas y ridículas reformas que tienden a restablecer cosas bien muertas, como la *p* de "septiembre" o la *b* de "obscuro", o a escribir letras inútiles como la *h* de "harmonía", es cosa que no me explico. Y casi todos nuestros periódicos han

adoptado y siguen las desatinadísimas reformas, o mejor deformaciones ortográficas académicas.

Y nada se diga de esos pobres diablos que, para fijar el verdadero sentido de un vocablo, acuden al esperpento del Diccionario académico —su última edición, la décimotercia es la peor, pues lo han ido empeorando— o estiman que no es legítima palabra castellana la que escapó a la rebusca académica.

Bastante destrozo causa en nuestra instrucción pública el que sea de texto en nuestras escuelas de primera enseñanza para la asignatura —¡qué nombre tan feo!— de gramática —que debía desaparecer de ella—, pues para enseñar clasificaciones y nada más que clasificaciones gramaticales y definiciones absurdas, bastante destrozo pedagógico causa el que sea de texto en las escuelas el terrible *Epítome* académico, símbolo del centón de disparates de su "gramática".

A nuestro malogrado amigo Mariano Miguel de Val se le ocurrió fundar una Academia de la poesía que, gracias a Dios, nació muerta y se ha olvidado ya. Porque de otro modo ya tendríamos legislación sobre el ritmo y la rima, y quién sabe si se nos querría imponer, en nombre de la limpieza, la fijeza y el esplendor, la versificación bailable, que es la única que dicen que les suena bien al oído los que llevan el compás con los pies y se pierden así que se encuentran con versos que no se bailan, que no son metronómicos como los de don José Zorrilla, pongo por caso. No, no, no; nada de Academias, ni de la poesía ni de otra clase cualquiera.

Y en todo caso, que se creen nuevos colegios electorales o nuevos modos de proporcionar dietas y pensiones sin inventar fantasmagorías de esa laya.

*(El Día Gráfico.* Barcelona, 7-XI-1914.)

# DE NUESTRA ACADEMIA OTRA VEZ

Andan algunos curiosos discutiendo eso de la Real Academia de la Lengua Española y quiénes deben tomar parte de ella y quiénes no. Y anque antes de ahora hemos dado nuestra opinión al respecto, no estará demás que volvamos ahora a darla aquí.

El problema se plantea generalmente en el sentido de si deben constituir la Academia de la Lengua los escritores más prestigiosos o los favoritos del público, o si deben constituirla los especialistas en lingüística y filología, los eruditos de cosas de lengua. Y nuestra opinión es que no deben constituirla ni los unos ni los otros, que no debe constituirla nadie, que no debe de haber Academia de la Lengua. La Academia misma en sí, independientemente de quienes la formen, es un absurdo.

Si la Academia ha de ser una especie de panteón de escritores ilustres —de valor o de popularidad—, algo así como una orden civil, entonces no hay por qué encomendarla informes técnicos ni el que haga diccionarios y gramáticas. Encargarle de esto a un escritor artista, por bueno que sea, puede equivaler a encargarle un trabajo sobre la fisiología de los músculos a un atleta o a un acróbata. Hasta un excelente hablista y estilista puede y suele ser incapaz de analizar y desentrañar el habla y el estilo. Y como

puesto honorífico, maldito el honor que da. Las distinciones honoríficas no sirven en rigor de nada, pues ni le añaden a uno un adarme de prestigio ni le valen siquiera, a modo de adarga, para protegerle de las demasías de los pícaros encaramados a la administración de los derechos y los deberes. Y no vemos que el ser académico lleve aparejadas más ventajas que cobrar las dietas de las sesiones a que asista y poder formar parte de tribunales de oposiciones y algún otro emolumentillo de la misma laya.

Y si la Academia ha de ser un Cuerpo facultativo para limpiar, fijar y dar esplendor al idioma mediante diccionarios, gramáticas, informes, ediciones de clásicos y adjudicación de premios en concursos, etc., entonces también está de más. Linares Rivas decía hace unos días, aquí mismo, que el objeto y el fin primordial de la Real Academia de la Lengua Española es la ardua tarea del Diccionario. Y lo hace muy mal. Y tiene que hacerlo muy mal. Y lo haría mal aunque estuviese compuesta de los 36 mejores lingüistas y filólogos de España. Toda obra colectiva y anónima, en que la responsabilidad se reparte, sale mal. Acaba por hacerla uno, el más necesitado, no pocas veces. Y no hay colectividad académica capaz de hacer un diccionario como el que Littré o, más modernamente, Hatzfeld y Darmesteter, con el concurso de Thomas, hicieron de la lengua francesa. Las obras colectivas resultan siempre muy endebles en ciencia.

Conocemos en la Academia de la Lengua algunos, aunque muy pocos, poquísimos, lingüistas entendidos, conocedores de la historia pasada y presente del castellano, y doctos en filología románica. Pues bien; si se reúnen para hacer un trabajo colectivo, lo harán mal. Y esto no quiere decir que no deba haber solidaridad en el trabajo científico, ¡no! Una cosa es ayudarse e ilustrarse unos a otros, y no emprender

ninguna labor sin tener en cuenta los trabajos y resultados de los otros, y otra cosa es empeñarse en publicaciones colectivas. Y aún vamos más lejos, y es hasta afirmar que cuanto más inteligentes y sabios sean los que se unen para un trabajo de esos en común, peor sale la cosa.

Nadie gusta de dar lo mejor suyo a una obra de esa índole colectiva. Y no se puede hacer un diccionario o una gramática como alguna Academia de Historia hizo una Historia, repartiendo cada período a sendos académicos y que lo firmara. Y aun así, salía desigual. Un diccionario, una gramática, tienen que obedecer a un plan, uno; a una dirección personal, y hasta cuando son obra colectiva, como los famosos "Glossaria" de Ducange, es uno quien los dirige y da nombre.

Y si la Academia de la Lengua es un absurdo como colectividad constructora de diccionarios y gramáticas, es mayor absurdo como legisladora del idioma. Es un disparate que haya un Cuerpo legislador de la lengua. Cabe recoger lo que es la vida del lenguaje, pero no legislar sobre él. El derecho lingüístico es puramente consuetudinario, y el uso es, ya lo dijo Horacio, el derecho y la norma de hablar. Y de escribir. No basta que una Corporación oficial se empeñe en que escribamos y digamos "septiembre" y "obscuro" para que tengamos que pasar por tal desafuero contra lo normal de la lengua. Y para registrar el uso no hace falta Academia.

Por cualquier lado, pues, que se mire, la Academia de la Lengua, en sí e independientemente de los que la forman, es, por lo menos, una institución inútil. Y si los Poderes públicos necesitaran alguna vez, para la más recta interpretación de una ley o para lo que fuere, que les ilustren sobre el valor de alguna forma de lenguaje o el sentido estricto de algún documento, especialistas doctos hay, y hay profesores

y peritos oficiales. En los países en que no hay Academia —y no por ello anda peor ni menos limpia y fija y esplendorosa la lengua—, se acude a las Universidades.

En el escrito a que aludíamos decía Linares Rivas que "afortunadamente cada día se escribe peor, porque la gente va a la idea y no a la forma". Y añadía: "Por regla general, no escribe bien, gramaticalmente bien, sino el que no tiene nada que decir..." Contra lo cual protestamos. Hay que ver qué es eso de ir a la idea y no a la forma. No cabe la una sin la otra. Y esos que, según nuestro amigo y compañero, escriben bien, gramaticalmente bien, resulta después de examen, que escriben mal, rematadamente mal. Mal estéticamente y hasta gramaticalmente.

Lo que se suele llamar gramaticalmente bien suele ser, no pocas veces, escribir mal, muy mal; suele ser escribir una lengua muerta, en rigor muda, mecánica y no orgánica, sin las roturas y los saltos y los cabos sueltos de la lengua viva, de la lengua hablada. Hay una cierta corrección gramatical a que sólo llega un extranjero, es decir, un hombre que como no piensa ni siente en la lengua ésta, la va traduciendo y la traduce con los cánones de la gramática, que es algo estático, en las mientes siempre, y así se le escapa todo lo dinámico. La lengua, como todo lo vivo, es algo que se está siempre haciendo, y cada uno de nosotros lo hace mientras lo habla, y un extranjero la escribe como algo hecho, como los humanistas del Renacimiento querían escribir el latín. Y a pesar de ello se les escapaba la vida.

Lo que hay es, y Linares Rivas debe de saberlo, que aquí se llama escribir bien —y bien formalmente— a escribir mal, muy mal. Y esas gentes que no tienen nada que decir y sólo se preocupan de la pura forma del lenguaje, escriben, estética y lingüísticamente, muy mal, rematadamente mal. Todo el que no dice

nada habla muy mal si es orador, y escribe muy mal si es escritor. Muy mal, repito, en cuanto a forma, muy mal estéticamente. Los oradores hueros y sonoros hablan muy mal. Y si aquí se cree otra cosa, es por la horrenda perversión del sentido estético en España. Esos llamados artistas de la palabra, esos ruiseñores canoros, no son tales artistas y hablan mal, muy mal. Como escriben mal, rematadamente mal, los que zurcen centones de frases y giros pescados acá y allá con gancho de trapero en nuestros clásicos. Eso no es ser escritor.

Un buen estilo de escribir no es tanto el que recoge las formas de lengua que se han elaborado ya, cuanto el que recoge las que se están formando, aquel estilo en que hay más brotes y más flores de la venidera cosecha que no secos frutos de la pasada. Preferimos dar vigor y madurez a los modismos de mañana que no macerar los de ayer. Nos molesta el estilo de uvas pasadas e higos pasos. El lenguaje ha de ser futurista. Y el mejor escritor es el que adivina a qué nuevas modalidades va y no el que trata de conservar modalidades que se pierden. Los que hoy acertamos a acercarnos a lo que será el castellano del siglo XXI o del XXV escribimos mejor que los que lo escriban con dejos y sabor del siglo XVII. Que no fué, además, buen siglo para la lengua.

El academicismo es la peor enfermedad que puede padecer una lengua, y sólo se cura no haciendo caso alguno de la Academia, y sin cuidarse de quienes la forman. Lo mismo da que sean unos que otros, ya que la Academia en sí, como legisladora del idioma, es un desatino.

(*El Día.* Madrid, 6-II-1917.)

## LA FIRMA

Hemos estado viendo un manuscrito en letra vertical. Esta letra no nos parece natural. El que escribe con la derecha, como el movimiento de la mano es de izquierda a derecha, lo natural es que haga una letra oblicua, cuya parte superior se inclina a la derecha; así como escribiendo con la izquierda o zurda, lo natural sería hacerlo de derecha a izquierda, e inclinando las líneas por su parte superior a la izquierda, tal como escriben los litógrafos. Y hubo tiempos en que se escribía una línea en un sentido y la otra en el otro, a la manera de un buey que ara —a lo que se llama escritura *bustrofeden*—, y si en una línea la e era E, en la siguiente aparecía Ǝ, y así las demás letras.

Dicen los grafólogos que escribir con la derecha una letra inclinada por arriba al otro lado es escritura de hipócrita. Por lo menos, es una innaturalidad. Y lo es también escribir letra vertical. Este tipo de letra manuscrita —pues en la impresa es el más conveniente, por ser el que más espacio economiza, y acaso el más cómodo y claro para ser leído— sería el más natural en un elefante que escribiese con la trompa.

La letra vertical acaso resulte la más natural escribiendo en ciertas posturas. Como, por ejemplo, aquella del Cristo Jesús cuando, inclinado hacia aba-

jo, arrengándose, escribió en tierra con el dedo la única vez en que los Evangelios nos dicen que escribiera, cuando perdonó a la mujer adúltera (Juan, VIII, 6 y 8). Se dobló a tierra y escribió en ella, en acto humildísimo, un indulto. Y lo escribió sin tinta ni caña, con el dedo.

La letra vertical podrá servir para firmar, pero para escribir no sirve. El que manuscribe mucho, por fuerza ha de hacer letra normal de hombre diestro y no zurdo. Hasta el maniego o ambidextro, escribiendo con la diestra, ha de hacerlo así. Una razón parece que haya para que la letra de firma sea vertical, y es que esa letra resiste más a la deformación, y, firmando mucho, se estropea más la firma que manuscribiendo mucho el manuscrito. Los que tienen mala letra, nada tienen más ilegible que su firma, que no pasa de ser un garabato.

En tiempo de Bismarck se dictó, díjose que por su iniciativa, una orden en Alemania para que se les separase de sus cargos a los funcionarios públicos que tuviesen firma ilegible. Y entre nosotros, un hombre público que tiene por firma un garabato ilegible —fiel espejo de su propia personalidad—, creó, siendo ministro de Instrucción pública, la cátedra de caligrafía en los Institutos, como si la tal caligrafía enseñase a tener buena letra.

Que sea la firma lo que más se estropee de la letra manuscrita y lo que antes se haga ilegible, se comprende, y no porque sean las palabras que más escribe uno, sino porque son las que antes pierden su significación propia, convirtiéndose en cifra y jeroglífico. Nuestro nombre acaba por no querer decir nada para nosotros mismos. Y pensar atentamente en él, repasarlo como algo que nos sea extraño o que oímos por vez primera, desdoblarlo de nosotros mismos y, mejor aún, repetírnoslo a solas en voz alta, es algo así

como mirarnos atentamente al espejo. Acaba por dar miedo. Acaba porque uno, oyéndose en un caso y viéndose en el otro, desde fuera se cree otro y acaso un fantasma.

¿Quién no recuerda la impresión que le produjo ver por primera vez sus propios nombre y apellido en un impreso? Y no sólo por lo de la publicidad. Hay quien empezó a sentirse otro. Y por mi parte, firmando como firmo tantos artículos, aparte de las cartas y otros escritos, al cabo del año, una de las cosas que más me cuesta es escribir mis propios nombre y apellido, los que empleo en mi firma, en el cuerpo de uno cualquiera de mis escritos. Como firma, al pie de ellos, bien; pero de otro modo... Se me figuraría encontrarme con otro yo, con un desdoble de mi personalidad. Y eso aun andanto tanto, personalmente, en mis escritos; aun haciéndolos tan personales. O acaso por esto mismo. Es como si en lo más recio de una pelea me persiguiese un espejo. Creo que me embarazaría más que el que me diese el sol en plena cara y me deslumbrase los ojos.

Pero la firma no es, indudablemente, un espejo. Los que escriben poco y firman mucho no se ven en sus firmas y, por tanto, no ven bien lo que firman. La frase vulgar y tan preñada de sentido de firmar como en barbecho, donde nada hay sembrado y donde, por tanto, nada bueno se producirá sino maleza y broza, significa mucho más de lo que parece. El que firma como en barbecho lo que le ponen a firmar, no tanto no conoce aquello que firma o afirma como no se conoce a sí mismo. Los que por razón de oficio o cargo se ven expuestos a abusar de su firma, acaban por conocerse mal o por no conocerse. La firma les suplanta la personalidad. Y aquel a quien no le tiembla la mano al firmar ciertas cosas, es que no le tiembla el yo o la personalidad. Y cuando el yo no tiembla

en ciertos casos, es que ya no hay yo. Ni satánico ni angélico.

"Escribir, escribe cualquiera; la cuestión es firmar, firmar" —le oímos una vez a un genial usurero cuya firma solía valer miles de duros. Y, sin embargo, no es así, sino todo lo contrario. La cuestión es escribir. Escribir es deliberar y firmar es resolver. Y lo difícil no es resolver, lo difícil es deliberar.

Hay quien llama a firmar un acto, y tiene del acto la idea que tenía el centurión aquel que pedía al Cristo Jesús que le curase un criado y le decía: "Di una palabra, y mi criado quedará sano, porque también yo soy hombre que ejerzo poder y tengo bajo de mí soldados, y digo a éste: *vete*, y va, y al otro: *ven*, y se viene, y a mi siervo: *haz esto*, y lo hace" (Lucas, VII, 7 y 8). Al oír lo cual, Jesús se maravilló y dijo: "¡Os digo que ni en Israel he hallado tanta fe!" (v. 9). Y ésta es fe de centurión romano, fe militar. Y ya se comprende lo que para un centurión romano significará un acto. Mientras que la pregunta de Pilato es: "Qué es la verdad?" (Juan, XVIII, 38). El centurión era resolutivo; el pretor, deliberativo. Y es que el pretor tenía más responsabilidad que el centurión. Ser centurión es mucho más fácil que ser pretor.

Y qué, el deliberar, ¿no es un acto también? El deliberar es lo democrático, y el firmar con facilidad llega a ser tiránico, y no pocas veces despótico.

Habría que educar a todo el mundo en el respeto a su propia firma, y evitar que los muchachos tomen esa deplorable costumbre de estamparla en cualquier parte, en las paredes de lugares —no siempre decentes— que visitan. Esa costumbre le lleva a uno a gastar uno de los medios de conservar el vivo sentimiento de la propia personalidad. Siempre hemos rechazado delegaciones ficticias y abusivas. Y si no respetamos la firma de nuestros hijos, ¿cómo la van

a respetar mañana ellos y cómo van a respetarse a sí mismos?

Hay que aprender a temblar con religioso temblor antes de firmar ciertas cosas. Y ¡ay del que juega con su firma! La tinta es muchas veces sangre. Y mucho que se firma se firma con la propia sangre. La firma, como el nombre, es una de las cosas más sagradas que hay. Y hasta su forma externa tiene algún misterio.

(*Nuevo Mundo*. Madrid, 8 febrero 1918.)

## ¿GRAMATICA OFICIAL...? ¡NO!

Don Antonio Maura, como Presidente de la Real Academia Española de la Lengua, ha dirigido al señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes un escrito pidiendo que se exija a todos los centros oficiales de España el empleo, en los actos todos oficiales, de la lengua oficial, que es el castellano. El tal escrito está siendo muy comentado en toda España, y muy particularmente en Cataluña.

No voy a comentarlo en ese respecto. Hace unos años, cuando al ir Su Majestad el Rey a Barcelona, acompañado del señor Maura, toleró éste que se dirigiera al Soberano de España el Alcalde de Barcelona en catalán y a nombre, dijo, de los hijos de la ciudad o naturales de ella, protesté por mi parte contra ello, diciendo que el Alcalde de una ciudad no representa ni puede representar a los naturales o indígenas de ella, sino a sus vecinos, y éstos, en Barcelona, deben saber y saben de hecho todos ellos el castellano, la lengua oficial española, mientras que no todos ellos saben el catalán. Y hasta pudiera darse el caso de que el Alcalde mismo no lo supiera, pero no el de que ignorase el castellano.

La cuestión legalmente es de una claridad meridiana. Y culturalmente soy de los que creen que a los catalanes les conviene adoptar de corazón la len-

gua castellana, dejando de buscar su personalidad colectiva por donde ahora la buscan.

Pero no es de esto de lo que quiero deciros ahora.

En el mismo citado escrito, el Presidente de la Real Academia de la Lengua dice: "Aunque las vigentes (leyes) disponen que los textos didácticos de la Academia sean obligatorios en los establecimientos de enseñanza, la Academia no ha exigido el riguroso cumplimiento de estos preceptos, mientras para el mismo objeto se han utilizado libros, si distintos de los suyos, siempre castellanos. No era, sin embargo, inofensiva aquella relajación, y convendrá corregirla unificando las enseñanzas con la gramática oficial." ¡Alto aquí!

¿Con que la Real Academia Española de la Lengua no ha exigido el que se utilice para la enseñanza del idioma nacional y oficial patrio sus textos didácticos? ¡Pues habría estado bueno que lo hubiese exigido! ¡Tendría que ver que pretendiese imponernos ese *Epítome* de disparates y vaciedades —más vaciedades aún que disparates, con haber tantos de éstos— donde se encuentra, entre otras, la divertida especie de que en castellano todos los monosílabos son agudos! ¡No, no, no! Si la Real Academia ha de pretender imponernos textos didácticos oficiales, que los haga primero, siquiera razonables, y no esos engendros que hace tiempo debió haber recogido, y que son un baldón de ignominia para la cultura española. Aunque lo mejor sería que no hiciese tales textos. Que no debe ser ésa su misión. Es decir, su misión..., su misión... ¿Cuál debe ser la misión de la Real Academia Española de la Lengua? Yo no lo sé, pero creo que ninguna. O, a lo sumo, elegir un senador del Reino, como colegio electoral que es, y pagar dietas a sus miembros.

Nos dice luego el señor Presidente de la Academia que convendría corregir la relajación que cita, "uni-

ficando las enseñanzas con la gramática oficial". ¿Eso más, Dios mío? Que haya lenguaje oficial, lo comprendo, ¿pero gramática oficial? ¿Qué es eso de gramática oficial? ¿En qué consiste la oficialidad de la gramática?

¡Que un funcionario público que en un documento oficial escriba, verbigracia, "si tendría espacio, me extendería, etc.", se le amoneste llamándole la atención en que se debe escribir en buen castellano *si tuviera,* en condicional, y no si *tendría,* en potencial, lo comprendo; pero que encima se le haga que llame a ambas formas pretérito imperfecto de subjuntivo!... ¡No, eso no y mil veces no! Para hablar y escribir correctamente el castellano, no es menester aprenderse qué sea eso del pluscuamperfecto.

¡Gramática oficial! ¡Horror! Horror que no verán los que persisten en creer que la gramática de una lengua enseña a hablar y escribir correctamente y con propiedad esa lengua. De la misma manera que la fisiología enseña a digerir.

¡Gramática oficial! Y ortografía oficial, por supuesto. Y a los que nos obstinemos, como me obstino yo, en escribir *setiembre* y *oscuro* e *inconciente* y *suscritor,* suprimiendo todos esos perendengues ortográficos pedantescos, ¿qué nos hará?

Que la Real Academia Española de la Lengua cuide con el mayor cuidado de la lengua oficial y que la archive y la estudie, puede pasar, aunque tales estudios no son para corporaciones así; pero que pretenda legislar en punto a lengua y decirnos si una expresión es o no correcta, es cosa por la que no se debe pasar. Una Academia es algo intrínsecamente absurdo cuando pretende ser un cuerpo legislativo. En lengua no caben más leyes que las que, por abuso, se llaman leyes de derecho consuetudinario, y ésas las da el pueblo que habla.

A poco llegaría la Academia hasta pretender que

fuesen oficiales las divertidísimas etimologías de su Diccionario, en la decimotercia edición.

Cierto es que he oído decir que las están cambiando. Lo que me recuerda a un viejo catedrático de Latín, que conocí en mi pueblo, autor de una gramática latina, que es un monumento humorístico de primer orden y al cual autor y catedrático le daba por las etimologías. Y las *sacaba* ingeniosísimas y a tenazón. *Sacar* es la palabra; se dedicaba a *sacar* etimologías. Improvisaba una y le decía yo: "Pero don Francisco, que ésa no puede ser..., por esto y lo otro y lo de más allá"; y me replicaba: "¡Calle, pues puede ser que tenga usted razón...! ¡No importa, sacaré otra!" Y sacaba otras y otras más. Y a las veces nos daba cinco o seis a escoger. Era un ejercicio como otro cualquiera.

¡Gramática oficial! No, lo que debería hacer la Real Academia Española de la Lengua es dirigirse al señor Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, pidiéndole que donde en las escuelas se dice asignatura de Gramática castellana se diga de Lengua castellana, y que los maestros enseñen la lengua y no la gramática. "¿Y por qué no las dos cosas, o más bien la lengua mediante la gramática?", me dirá alguien. Pues porque enseñando gramática no enseñan la lengua y no hace maldita la falta de aquélla para enseñar ésta y unificarla. Para advertirle a uno que se dice *haya* y no *haiga,* no creo que haga falta llamarle presente de subjuntivo de ningún modo.

Y la experiencia enseña que, enredados los maestros en las hórridas ideologías escolásticas de la gramática oficial, ni enseñan bien la lengua, ni saben ellos siquiera hablarla y escribirla bien. ¡Como que estoy por decir que nadie habla ni escribe peor que los gramáticos oficiales!...

¡Unificar las enseñanzas de la lengua con las de la gramática oficial! ¡Dios nos coja confesados! Y se-

guirá aquello de: "nominativo, el señor; genitivo, del señor; dativo, a o para el señor; acusativo, al señor; ablativo, en, con, por, sin, de sobre el señor." ¿Pretende el señor Maura acaso que sigan entonteciendo a nuestros hijos y luego a nuestros nietos con eso de "en, con, por, sin, de, sobre el señor?" ¿Y la revolución desde arriba?

Ya sé que no he de lograr convencer a los más de mis lectores, no ya de que se puede y se debe enseñar la propia lengua sin eso que llaman gramática, sino de que la tal pretendida gramática es la causante de que se enseñe la propia lengua mal. Llevo más de veinte años con esta cantinela y encuentro a los más muy retusos. Hay una vulgaridad que hace mucho daño, y es la de decir de uno que no sabe gramática, cuando se quiere decir que no conoce bien y a conciencia su propia lengua o que la emplea mal.

¡No, gramática oficial, no! Porque la gramática oficial no es más que ideología, e ideología mala. No, que no sigan pervirtiendo las tiernas inteligencias de los niños españoles con esos embolismos de la definición del verbo y la clasificación de los verbos irregulares, y el en, con, por, sin, de, sobre... ¡No, eso no! Y en todo caso, si la Real Academia Española de la Lengua quiere que sus textos didácticos sean de empleo compulsivo y preceptivo, que los haga o los encargue hacer, como Dios manda. Y digo que los encargue hacer, porque tengo entendido que el ya famoso *Epítome* —epítome, repito, de vaciedades y disparates, más vaciedades que disparates— no lo escribió ningún académico. Así como en el engendro de las etimologías de la decimotercia edición del Diccionario les ayudó, según en el prólogo se dice, uno que no era académico de su Academia. No eran bastantes para acumular tantos desatinos como allí hay. ¡Y ello, sin tener en cuenta que el tal librote habría de circular entre gentes que saben algo de filología

románica! Aquí sí que cabe aquello de "¿qué dirán las naciones extranjeras?" Lo que dijeron entonces y sobre aquel vergonzosísimo caso.

¡No, gramática oficial, no! Aunque... ¿sabe el señor Presidente de la Real Academia Española de la Lengua qué es lo verdaderamente revolucionario desde arriba y lo verdaderamente conservador, ya que la libertad se ha hecho conservadora? Pues es suprimir, como cuerpo legislativo y preceptivo, la tal Academia. Porque el absurdo radica en la esencia misma de la Academia.

Es exactamente igual que la formen unos u otros, excelentes hablistas y escritores, o doctos gramáticos y filólogos; una Academia legisladora del idioma es en sí y por sí —y aunque ablativo, al parecer, no también con, de y sobre sí— un contrasentido y un absurdo, como lo es una gramática oficial.

¡Lengua oficial..., pase! ¡Gramática oficial, no! ¡Que nos enseñen a decir si *supiera...* y no *si sabría...*, bien!, pero sin pretérito imperfecto de subjuntivo, que según la Academia, lo son ambas formas.

(*La Esfera*, Madrid, 26-II-1916.)

# INTERMEDIO LINGÜISTICO

Al empezar mi último "Comentario" escribí: "De esta echa (así, sin hache) electoral..." El corrector de pruebas de este diario me lo corrigió poniendo "hecha" con hache. El tuvo su razón, que fué, sin duda, la autoridad de la Real Academia de la Lengua, cuyo presidente es el señor Maura, para lo que hizo; pero yo tengo mis razones, que voy a exponer, para escribir esa "echa" sin hache, aparte de la general de perseguir las haches y las kas. En este caso es intrusa.

Al encabezar con esa frase mi "Comentario", ya preveía la futura corrección ortográfica. Aun hay más, y es que en previsión de ella la escribí y preparé mis materiales para este intermedio lingüístico, y si no me lo corrigen, habría inventado un lector que me dijera: ¡Conque sin hache, ¿eh?, señor lingüista! Y, de todos modos, habría colocado este articulito con que mis lectores y yo aflojáramos un poco el arco, que no es bueno que esté siempre tirante.

Debo empezar por advertiros, lectores, que no respondo de la ortografía con que aparecen aquellos de mis escritos públicos cuyas pruebas yo no corrijo. Escribo, por ejemplo, siempre "oscuro" y no "obscuro", "sustancia" y no "substancia", "trasporte" y no "transporte", "conciente" y no "consciente", "co-

jer" y no "coger", "lijero" y no "ligero", etc., etc. El principio general es acercar lo más posible la lengua escrita a la hablada, y entre *g* y *j* ante *e, i,* no respetar la *g* sino cuando es etimológica. (En "cojer", francés *cueillir,* portugués *colher,* catalán *cullir,* italiano *cogliere,* no lo es.) Mas sobre esto remito al lector curioso a mi escrito "Acerca de la reforma de la ortografía castellana", que figura en el tomo II de mis *Ensayos.*

Vamos ahora con mi pequeño pleito actual, y a ver si de esta echa (sin hache) convenzo a alguien de la validez de mis razones para expulsar esa nueva hache intrusa.

El *Diccionario de la Lengua Castellana por la Real Academia Española,* en su decimotercia edición, en el artículo "Hecha", dice así: "Hecha", f. art. Hecho o acción / art. "Fecha" / ... / "De aquella hecha", m. adv. art. Desde entonces, desde aquel tiempo, desde aquella vez. / "De esta hecha", m. adv. Desde ahora, desde este tiempo o desde esta vez o fecha. / ..." Todo lo cual está viciado por una, a mi juicio, equivocada etimología de la palabra, por lo menos en lo que hace a la aceptación de ella en el giro de que tratamos.

Que se encuentre alguna vez "hecha" por "fecha", no lo discuto, pero sí que en el giro de que yo hice uso signifique tal cosa. En dicho giro "echa" no deriva del verbo "hacer", sino de "echar", y equivale a "echamiento" —si hubiera esta palabra— o golpe, y quiere decir la acción de echar algo, y sobre todo dados.

Es un sustantivo (no substantivo) postverbal del verbo "echar", como es "huelga", de "holgar"; "cuenta", de "contar"; "merma", de "mermar"; etc. Equivale al francés *jet,* de *jetter.* En portugués hay *eito,* que en castellano sería "hecho"; *a eito* significa: en seguida, sin interrupción. Y si en castellano falta

el sustantivo "echo" de "echar" hay en cambio "desecho", de "desechar" —verbigracia: "un toro de desecho" o desechado— que nadie confundirá con el adjetivo "deshecho", de "deshacer", verbigracia, "vengo deshecho de cansancio". Creo, pues, que esa hache la metió la Academia en virtud de una errada etimología.

Aunque no escribe acaso la misma Academia "cohecho" y "cohechar", aun sabiendo, como sabe, que nada tiene que ver con el verbo "hacer", que no es "cohacer", sino que deriva de "coactare", donde no hay hache alguna. Es, sin duda, la influencia del tan usado verbo "hacer", de donde sale "hecho". Así hay quien escribe "exhonerar" figurándose que se trata de quitarle a uno "honores", o hasta "excéptico" —por "escéptico"— en la errada idea de que es el que hace excepción de la verdad.

¿Que el sustantivo "echa", en el sentido de acción de echar —verbigracia: una echa de dados o de cartas— no se usa? Tampoco dice nadie que ha recibido un golpe en el hinojo siendo en la rodilla, y decimos caer de hinojos, ni se habla del vilo sino en la frase "en vilo", y así de otros vocablos enquistados en una frase.

Por nuestra parte le hemos declarado la guerra a las haches, a las kas —esas antipáticas y antiespañolas kas— y hasta a las más de las equis. Y la ortografía, cuando es razonada, hace de ortopedia de la lengua.

Un error ortográfico puede alterar la forma correcta de un vocablo. Durante mucho tiempo los que daban en escribir en una "fabla que no se fabló nunca" —como dijo una vez don Marcelino— escribían y leían "magüer" lo que no fué sino "maguer", como ahora han dado en el tema de escribir y decir "encuesta" lo que no debe de ser sino "enquesta", como es en catalán y en valenciano.

Espero, pues, que mi amigo el director d'*El Día* advertirá al corrector de pruebas que aprenda mis pequeñas herejías ortográficas, que todavía no son muchas.

Y aquí el lector habrá notado cómo escribo eso d'*El Día:* Es una manera que me parece ingeniosa de conservar la integridad del título de este semanario sin tener que escribir "de *El Día*", que suena mal, o "del *Día*", que trunca el verdadero título.

Y a propósito de esto, no me explico por qué se haya de escribir: "*Heraldo de Madrid* dice..." en vez de: "El *Heraldo de Madrid* dice...", pues de que ese diario no se ponga artículo no se saca que haya de suprimirlo al referirse a él. ¿No decimos acaso el *Quijote,* el *Gil Blas,* el *Fausto,* el *Tenorio,* el *Juan José?*

Mas, sobre todo, lo que debemos procurar cuantos escribimos es no hacer caso alguno de esa absurda y perfectamente inútil Real Academia Española de la Lengua Castellana, perpetradora de los textos más disparatados y que hoy no es sino un cotarro más de políticos de uno y de otro lado y un medio de satisfacer vanidades en unos y necesidades económicas en otros. Porque ni eso es ni puede ser autoridad ni cosa que lo valga. ¡Pues sólo faltaba que viniera a enseñarnos castellano una corporación presidida por don Antonio Maura, que pasará a la historia con el prestigio de un carácter entero y austero, y de todas las virtudes privadas y públicas que se quiera, pero no seguramente con el de un clásico castizo de nuestra lengua!

Sin que su castellano sea, por supuesto, aquel de su paisana "la senyora Jusepa" cuando se dirigía a su nuera "Na Pepita" o a su marido el "senyó Pepe" del deliciosísimo relato "Ses Peparrines" que figura en los "Aygo-forts" (o sea "Aguafuertes") de Gabriel Maura y Montaner, hermano mayor de don An-

tonio. ¡Y qué escritor!, ¡qué costumbrista! Les digo a ustedes, lectores, que Gabriel Maura y Montaner, el que no salió de su Palma de Mallorca, fué un finísimo ingenio. Sus relatos son de los mejores recuerdos que de Mallorca traje.

Y una vez aflojada la cuerda tirante del ánimo con este intermedio lingüístico, volveremos a nuestros comentarios, que también tratan de ser ortopédicos, si no ortográficos.

(*El Día*. Madrid, 3-III-1918.)

# COSAS DE LIBROS

¡Gracias a Dios que se ha acabado el curso y que puede uno encerrarse unos días en casa, tenderse sobre la cama rodeado de libros, folletos, revistas y diarios, y empezar a viajar por las tierras y los tiempos, y a enterarse de lo que han hecho y hacen otros, de lo que ha hecho y hace uno mismo! Porque no le deis vueltas: nadie sabe ni aun lo que con sus propios ojos vió hasta que no lo oye o lee expresado por otro, o por él mismo, en lenguaje humano. Al viajero le sirven sus diarios de viaje para poder enterarse luego de lo que en él aprendió. Darse cuenta de algo es haberlo, de una manera o de otra, expresado.

Conocí a un hombre que se dedicaba durante sus vacaciones de verano a ir recorriendo nuestras viejas ciudades cargadas de reliquias históricas e ir sacando vistas verascópicas de ellas. "¿Pero usted no se entera de nada de lo que ve? —le dije—. ¿Usted no se detiene a contemplarlo, a gozarlo?" "Es inútil —me contestó—, pues no vería nada por horas que estuviese ante cada monumento; lo que no vea en el primer instante, en fresco, no lo veo después, y es el veráscopo el que en mi presencia lo ve mejor y me lo guarda. En las noches de invierno me dedico luego, en mi casa, a renovarlo, a gozarlo, a contemplarlo." "Pero entonces —le repliqué— lo mismo sería que comprase usted las vistas hechas por otro y

sin moverse de casa." "No, no es lo mismo —me arguyó—; hay mucha diferencia a la vista de una de estas vistas en tener o no el sentimiento de haber estado a presencia del modelo real y viviente. Hay personas que sin haber estado en una ciudad o en una catedral la conocen mejor, mucho mejor, que los que han estado en ella; pero la sensación a la vista de aquella en que estuvimos es insustituible."

Puedo, por lo que a mí hace, asegurar que antes de haber estado en Venecia, pongo por caso, conocía el Puente de los Suspiros tan bien como lo conozco hoy, después de haberlo visto; pero el actual conocimiento es de otra clase. ¿Más perfecto? No lo creo. ¿Más vivo? Tampoco. ¡Qué sé yo...!

Es una vulgaridad eso de hablar de gentes que sólo conocen ciertas cosas por los libros. Las que por ellos sé, no las sé peor que aquellas otras de que he tenido eso que se llama experiencia directa e inmediata, y aun de éstas puedo decir que si las conozco bien es gracias a los libros o a lo que haga sus veces. De mis propias ideas, si tengo noción algo clara, es gracias a haberlas puesto por escrito y a que las puedo leer. Expresar algo es enterarse de ello, ni nadie puede saber si sabe algo hasta que no lo ha expresado.

El lenguaje, la expresión, es el padre del conocimiento humano, reflexivo. El Dr. Ward sostiene, con otros, que cada uno tiene su mundo y que no hay modo de saber si nuestros sendos mundos coinciden y concuerdan entre sí o no. Las presentaciones de un hombre no pueden llegar a ser las de otro. Cada espíritu es exclusivo dueño y retenedor de sus propias verdades y de sus propios errores. Para cada cual su propio mundo, para cada yo su propio no-yo. No hay elemento común a las varias experiencias. Y, sin embargo, se arguye, hay un conocimiento común. Lo que hay es un lenguaje común, y basta.

"Lo más que L. puede indicar o comunicar a M., de una parte cualquiera de su propia experiencia es tanto de ella como sea común a la experiencia de ambos." Esta proposición del doctor Ward se esfuerza en analizar sir Henry Jones, profesor de Folosofía moral en la Universidad de Glasgow. "¡Siempre cosas de libros!" —exclamará algún lector—. Pues sí, amigo mío, siempre cosas de libros, y tú mismo, como lector, como conocedor y como espíritu, como hombre, en fin, y no como animal tan sólo, eres cosa de libros y los libros te han hecho. Somos hijos todos del lenguaje, de la expresión.

Lo que hay de común entre dos o más hombres, lo que se pueden comunicar no es sino el lenguaje, la expresión. El lenguaje es el fundamento de la sociedad y de la sociabilidad. ¿Qué importa que tú o yo veamos un chopo o una oveja o un carro de distinta manera si le llamamos chopo y oveja y carro? Dicen que la mayor parte de las discusiones lo son de palabras. ¡Naturalmente! En lo único en que se discrepa de veras es en las definiciones.

La ciencia, es decir, el conocimiento humano, consiste en nombrar las cosas. El capítulo primero del Génesis, en su versillo 28, dice que Dios puso al Hombre, a Adán, en la Tierra para que se enseñorease de los peces del mar, de las aves del cielo y de todas las bestias que se mueven sobre el suelo, y en el versillo 19 del capítulo segundo se nos dice que luego que Jehová formó de la tierra toda bestia del campo y toda ave de los cielos, se las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar, y que el nombre que las dió Adán, el Hombre, ése es el suyo. Y así es como se enseñoreó de la Tierra el Hombre.

Cuando los hombres no hablan, no discrepan ni disputan, pero tampoco se entienden, ni en rigor son hombres. Sociedad no es más que lenguaje común.

Aunque sea de gestos, aunque sea de dibujos. De la mayor parte de las cosas que vemos no nos damos cuenta hasta no haber visto dibujos de ellas. Los maravillosos dibujos prehistóricos de renos, de bisontes, de cabras, que se ven en cavernas, nos prueban que ya entonces había sociedad humana, es decir, conocimiento humano. Cuando uno de aquellos hombres cavernarios dibujó un bisonte, se enteró él mismo y se enteraron los demás de que había bisontes. Hasta entonces, aunque acaso hubiesen comido de su carne, no sabían que los hubiera.

De eso que llaman ahora los pedagogos lecciones de cosas, dicen muchos que no son más que lecciones de nombres. Y así es. Pero es que el nombre es la cosa misma. Un niño sin lenguaje alguno, oral o gráfico, de sonido o de figura, no sabe en qué mundo vive y ni si vive.

Hay quien se pregunta qué sería de un niño a quien desde pequeñito se le dejase solo proveyéndole de alimento y abrigo. No cabe hacer la prueba, pero si se hiciera, veríase que acababa por morirse de hambre pronto. Y no por otra cosa sino por falta de lenguaje de alguna clase. Las cosas, como no hablan ni escriben, no le enseñarían nada. Porque eso del Libro de la Naturaleza no es más que una frase. Y si la Naturaleza es libro, es gracias al Hombre, que le ha puesto las letras. Sin lenguaje, la Naturaleza es un libro en blanco. Nadie aprendería nada de su propia experiencia si no tuviese a la vista el diccionario de la experiencia ajena, el lenguaje. Nadie distinguiría los síntomas de la Naturaleza sino gracias a los nombres que les hemos puesto.

Hace unos meses estuve en el frente italiano, y de allí me traje libros, memorias, diarios, folletos, apuntes, mapas, dibujos, fotografías, y gracias a todo esto conozco algo de aquel frente que vi y de lo que puede ser un frente en la guerra actual. Y el que está en

uno de esos frentes sólo se da cuenta de él cuando lo ha visto así, a través de la traducción idiomática. Uno se percata de que su visión de la guerra, su comprensión de ella, apenas se ensancha ni se aclara después de haber contemplado su escenario y oído acaso tronar el cañón. Un corresponsal de guerra me ha confesado que necesitó leeer sus correspondencias para darse cuenta de lo que había visto. Y es que no podemos almacenar experiencia alguna sino convertida en conocimiento, y éste, en expresión. No se sabe que a alguno le ha dolido algo hasta que no se lanzó el grito de dolor o se ahogó este grito, pero convertido en otra expresión cualquiera.

¿Intelectualismo? ¡Qué más da! Civilización en todo caso. Porque la civilización es vida civil, de ciudadano, es sociabilidad humana. Y lo demás es salvajería. Y ni aun esto, pues los salvajes se entienden entre sí. El puro hijo de la naturaleza, el que no es más que hijo de la naturaleza, no existe en cuanto hombre. Y ni la naturaleza conoce.

Habrás notado, lector, que cuando alguno de los que alguna vez te hablamos de la guerra vamos a alguna parte del teatro de ella y te contamos algo de lo que allí vimos, no te damos nociones ni más claras ni más vivas. Es natural; allí el bosque nos impide ver los árboles o los árboles nos impiden ver el bosque. Ciertas cosas, las más importantes, se hacen mejor con un plano a la vista que sobre el terreno. En el gabinete de trabajo del general Cadorna, en Udine, nos enseñó aquel plano en relieve donde nos enteramos del frente del Isonzo que íbamos a recorrer, y después de recorrido no lo conocíamos mejor. Creo más bien que peor.

De la actual guerra se enterarán nuestros nietos mejor que nosotros. No de sus consecuencias, sino de sus causas y de lo que ha ocurrido y está ocurriendo en ella.

¿Teóricos y prácticos? ¡Bah, simplezas! Cuando un hombre que ha hecho algo no os sepa explicar qué ha hecho, con uno u otro lenguaje, no os fieis de él para que lo vuelva a hacer. Lo que si puede ocurrir es que alguno, luego de haber hecho algo, se lo exprese a sí mismo, lo aprenda. Y si no se lo expresa, si no lo reduce a lenguaje, no lo volverá a hacer bien. Eso de que uno sepa algo y no expresarlo es un error. Lo que hay es que hay más expresión que la del lenguaje articulado y que el puro hacer algo no es siempre expresarlo. Pero todo hacer reflexivo supone una expresión.

¡Cosas de libros, sí! Así son todas las cosas humanas. Y los hombres mismos son hombres porque son de libros y cuando lo son. El fetiche de un salvaje, el tosco dibujo que graba en su cabaña, el adorno con que se atavía, son libros. Es decir, son memoria colectiva; donde no hay libro, no hay ni albores siquiera de racionalidad.

Ahora que he quedado libre de mis tareas oficiales; ahora que puedo encerrarme en mi casa, entre mis libros y mis papeles y las notas que de mi experiencia reciente he tomado, ahora es cuando podré darme cuenta de la vida colectiva de que he participado, el juego de acciones y pasiones de que he sido testigo y acaso actor; ahora es cuando podré expresaros algo de la historia que estamos viviendo, de esta historia preñada de enseñanzas y de vida.

Y en tanto en torno mío las gentes no se quieren enterar de lo que pasa, de lo que les pasa, de lo que está pasando en el mundo. Parece que no hay otro problema que el de las subsistencias, pero el de las subsistencias materiales, que todo el efecto de la guerra se reduce a encarecer la alimentación. ¡Va a ser terrible el despertar!

(*La Nación*. Buenos Aires, 17-X-1918.)

## A DIFERENCIARSE TOCAN

A.—¿Vé usted ese señor?

B.—¿Ese que va junto al río, mirando al agua que corre y con aire meditabundo?

A.—El mismo. Pues bien; ese señor, pásmese usted, ¡piensa en esperanto! Piensa en esperanto, fíjese usted; el esperanto es la sangre de su inteligencia.

B.—Pues no me pasmo, porque en mi pueblo hay un capellán de monjas, doctor en Derecho canónico, que piensa en latín. Como que para pedirle al ama el desayuno en castellano, tiene que hacerse un esfuerzo. ¡Piensa en latín, asómbrese usted!

A.—Eso ya es, amigo mío, querer sacar las cosas de su quicio. Porque el pedir al ama el desayuno no es cosa de pensamiento. Se pide el desayuno sin pensar en ello, y hasta pensando en otra cosa. Lo que respecto a ese señor...

B.—Sí, ya le entiendo a usted; que como sus pensamientos son de orden universal, los piensa en lengua universal, ¿no es eso?

A.—¡Eso es!

B.—Pues el capellán de monjas de mi pueblo, como hace de su desayuno una cosa ritual y litúrgica, lo tiene que pedir en latín. ¿Lo ve usted? Y conozco un profesor de Química que cuando se bebe un vaso de agua siente gusto a oxígeno y a hidrógeno, y doble gusto a éste que a aquél, conforme a la fórmula $H_2O$.

A.—Pues yo conozco un catedrático de Lingüística comparada que no se entera de nada de lo que usted le dice, porque está pensando en la etimología de las palabras que usted emplea para decírselo. Eh, ¿qué tal?

B.—Y yo he conocido un jesuíta que solía decir en clase: "¡este argumento como tiene fuerza es en latín, en latín!" Y daba un puñetazo sobre la mesa; un puñetazo argumentativo y latino.

A.—Y tenía razón. Si usted traduce al francés, al inglés, al español o al italiano la *Crítica de la razón pura,* es decir la *Kritikderreinen Vernunft,* de Kant, por bien que usted la traduzca, ya apenas le convence a uno. El mismo concepto de pureza no resulta traducido. En castellano, una razón pura es una pura tontería, y nada más. Y nada le digo a usted si decimos la mera razón.

B.—Y dígame usted: ese señor, que así piensa en esperanto, ¿no es, acaso, un candidato al suicidio?

A.—¿Por qué?

B.—Por el aire que lleva. Eso de ir así tan cabizbajo y meditabundo, tan melancólico a la orilla del río, y sin quitar ojo del agua que éste lleva, me huele a monomanía suicida. El mejor día le sacan del fondo del agua, frío e inerte, y con la última palabra en esperanto derretida entre los dientes, el paladar y la lengua.

A.—¿Pero usted cree que el esperanto es una lengua que predispone al suicidio?

B.—Yo no he dicho semejante despropósito, ni lo he pensado siquiera: yo sólo observo a ese dechado de esperantistas. Por lo demás, no creo ni que el esperanto sea una lengua.

A.—Y el latín del capellán de monjas de su pueblo, sí: ¿no es eso?

B.—El latín del capellán de monjas de mi pueblo procede de algo que fué una lengua; es un poso o es-

curraja de lengua, y el esperanto ni ha sido, ni es lengua.

A.—¿Y si lo llega a ser...?

B.—Entonces hablaremos de su universalidad, y hasta le propondremos a Mr. Wilson, o a quien sea, para que se le declare la lengua oficial de la Sociedad de las naciones, que dicen se va a formar.

A.—¿No será más bien el inglés, el idioma de Inglaterra, y de los Estados Unidos, la lengua de esa Sociedad?

B.—O el galés, un dialecto céltico, que es la lengua nativa de Lloyd George. Pero como ahora los pueblos se van a dar a sí mismos con el Gobierno la lengua que más les plazca, vamos a volver a los tiempos de la Torre de Babel. Porque hay que salvar las personalidades, no hay más remedio. ¿De qué va a servir, por ejemplo, el *home rule,* la más amplia autonomía de Irlanda, si ella no sirve para levantar al *erse,* al viejo lenguaje céltico, que agoniza en un rincón de la verde Erín, su terroso lecho de muerte? ¿Y no se ha enterado usted de una de las dificultades que algunos le ven a la formación de la gran Servia, de Sureslavia o Yugoslavia?

A.—¿Cuál es?

B.—Pues que mientras los croatas, católicos en mayoría, se sirven del abecedario latino, los viejos servios, ortodoxos orientales, se sirven del cirílico. La ortografía, ya ve usted, la ortografía, es capaz de dividir a un pueblo. Porque reconozca usted que no es lo mismo poner en un rótulo "Plaza de Cataluña" que "Plassa de Catalunya", ni es lo mismo decir Vizcaya que Biskaia. Hace poco, en un pequeño semanario gallego, escrito en un gallego que olía a sudor, y no digo a aceite, porque el que lo escribió velaría a la luz de una bombilla eléctrica, mientras devanaba aquellos voquibles de la lengua *enxebre,* que Curros Enríquez soñó, poéticamente, en que lle-

gase a ser universal; en ese semanario se escribía Hespaña con hache; así, a la portuguesa. Porque no nos querrán hacer creer que en Galicia aspiran el nombre de España.

A.—Pero si eso de la hache es una pura necesidad, en cambio, no me negará usted que *plassa* no suena lo mismo que *plaza*.

B.—Ahora me explico por qué ese dechado de esperantistas parece propenso a tirarse de cabeza al río. El pobre se siente derrotado. El, que era el perfecto neutralista en esta fiera contienda de lenguas, idiomas, dialectos y jergas, ve que sus generosos propósitos fracasan. Y todo por no haber adoptado como lengua universal el latín litúrgico del capellán de monjas de mi pueblo.

A.—O el gallego, como quería Curros Enríquez, y lo dijo en la "Introducción" de sus *Aires d'a miña terra*.

B.—Indudablemente, el fin de esta guerra marca el principio del fin de todo esperantismo. La consigna ahora es diferenciarse. A diferenciarse tocan. Y yo, por mi parte, ya estoy fraguando un lenguaje individual en que afirme mi soberanía.

A.—Bien se dijo que el estilo es el hombre.

B.—Pero cabe, amigo mío, estilo individual en una lengua universal, de todos.

(*Nuevo Mundo*. Madrid, 28 febrero 1919.)

# APOLONIO, EL DISCOLO

El más famoso de los gramáticos griegos fué un alejandrino del siglo II de nuestra Era, llamado Apolonio, y por sobrenombre el Díscolo. Vivió bajo los Antoninos, y siendo súbdito del Imperio romano, y viviendo en Alejandría, donde se oía latín, egipcio y otros idiomas, no supo más que el griego. Y el que no sabe más que su propia lengua, mal puede hacer una gramática científica de ella. Pero Apolonio era un gramático y nada más que un gramático, no un lingüista —que no es lo mismo que un poligloto—, y menos un filólogo. A lo sumo, un logófilo, conforme a la sutil distinción entre filólogo y logófilo trazó Zenón el Estoico. Apolonio el Díscolo parece que despreció todos los idiomas, para él bárbaros e incapaces de gramática, que no fuesen el suyo. Fué, pues, tan ignorante como un puro gramático puede serlo.

Todavía se puede oír a más de un gramático díscolo preguntar si una lengua cualquiera, acaso la de un pueblo salvaje, tiene gramática, que es como preguntar si tiene anatomía el ornitorrinco.

"Para escribir bien una lengua —decía Renán hablando de Apolonio—, no es menester haberla analizado demasiado; así es que se ha advertido que los gramáticos, en general, escriben mal. Apolonio no hace excepción a esta regla. La rudeza y la oscuridad de su estilo tienen derecho a sorprendernos." ¿Es

que es acaso un modelo, no ya de estilo, mas ni de lenguaje, el *Epítome* de la Real Academia de la Lengua, ese epítome de... amenidades?

Pero lo más notable y significativo del más notable y significativo de los primeros gramáticos griegos es que se le apodase el Díscolo. "Todo lo que se sabe, en efecto, de la vida de Apolonio —nos dice Renán siguiendo a míster Egger— es que era muy hosco. El sobrenombre de *díscolo* es la prueba de ello, y no está sino muy justificado por las huellas de mal humor que se encuentran casi a cada página de sus escritos. Insulta a sus cofrades de la manera más ultrajante, cuando se permiten haber pensado de otro modo que él sobre el adverbio o el pro-nombre". "Eso es una necedad; o bien: "es ridículo creer"; o bien: "es superfluo argumentar más tiempo contra puerilidades"; tales son las formas habituales de su polémica."

Lo cual parece que sea propio de gramáticos. Ni las discusiones políticas, ni aun las teológicas, han producido expresiones de díscolo mal humor y aun de grosería como las han producido las gramaticales. Acaso se quiere realzar la vanidad y escasísima importancia del asunto con esas lindezas al alcance del ingenio más menesteroso. Porque no hace falta mucho para denostar con denuestos que parecen ir envueltos en regüeldos de refectorio al que diga, verbigracia, como se dice generalmente en Castilla, *estropajo* y no *estrapajo,* como parece que se dice en tal rinconada de León.

¿De dónde viene ese mal humor de los gramáticos? ¿Es mal humor? ¿No será más bien que los pobres quieren ser chistosos de esa manera?

Don Rufino José Cuervo no era un mero y nudo gramático, ni mucho menos, sino que era un eminente lingüista y un filólogo meritísimo. Conocía a maravilla, y por los métodos más rigurosos de la

ciencia, la historia y evolución de la lengua castellana. Sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* forma una obra de muy sólida y científica doctrina, aunque anegada en un flujo de erudición excesiva y tediosa, y, por tanto, inútil. Dándose cuenta de lo abstruso y aburrido de tales disquisiciones, quiso amenizarlas y no escribir un libro "en el estilo grave y estirado que demandan los tratados didácticos". ¡Pero hay que ver las amenidades que se le ocurrían al grave don Rufino José Cuervo! Y el mal humor gramatical si es que no conservador, bajo ellas. Porque, ¿en qué consiste que el gramático tira a conservador o a reaccionario?

Una vez habla (§ 445) de los escándalos en el día en que se escriba un tratado sobre las tribulaciones que aquejan a nuestra lengua; otra vez dice de un caso —*ocuparse de* en lugar de *ocuparse en*— que es "punto de conciencia" (§ 459); ya que casi le costó lágrimas el pecado de llamar *dintel* al *umbral* (§ 62), ya otras cosas por el estilo. "¡Humorismo!, ¡gracejo!", se dirá. Pero es que debajo de ese gracejo, en general muy poco gracioso, como debajo de ciertas pretendidas chistosidades con que algunos eruditos pretenden amenizar sus notas, queda siempre otra cosa. Queda la del sacristán que en su vida se ha preocupado en serio de ninguno de los misterios de su religión, y puede sorprender a un místico contemplativo, o siquiera a un teólogo en una falta de liturgia.

Imagínense ustedes un erudito que para mejor lucir su erudición, la erudición pura, escoge como objeto de su estudio a un sujeto que no escribió sino correctas vaciedades; a uno de aquellos señores de antaño, en general del siglo XVII, que rejuntaron el mayor número de voquibles para decir insulseces que hoy hacen dormirse de pie a cualquier hombre de mediano entendimiento. ¡Y a algunos de esos se-

ñores se les llama clásicos! ¡Buena clasicidad les dé Dios! Podrán a lo sumo servir de texto de lengua... ¡Pero ni eso! El que no dice nada, no puede decirlo bien. Que no es decir, ni bien ni mal, el no decir cosa que valga.

Pero hemos ido apartándonos de la discolía de los gramáticos. Observen ustedes, y verán que entre los que andan a la caza de gazapos de gramática y de léxico abundan los díscolos, esto es, los malhumorados y acaso los dispépticos. ¿Es que el estudio de la Gramática pura estropea el estómago, o es que los que le tienen estropeado buscan su solaz, o su venganza, en ese estudio? No nos atrevemos a decidirlo.

Según escribía en 1566 el P. Provincial de los jesuítas de Castilla, P. Diego Carrillo, al P. General, Francisco de Borja, a los que enseñaban Gramática no sólo no les habían de hacer guardar la perfección, sino que era menester llevarlos en palmas con mucho regalo. Considerábase ministerio muy trabajoso. Pero la Compañía de Jesús se esmeró mucho en él y con su cuenta y razón... Presentían que no hay como la gramática preceptiva, quintaesencia de la ortodoxia formal y abstracta, para atajar todo espíritu herético. La lógica del ortodoxismo —sea cual fuere su doxia: católica, luterana, budista, agnóstica, materialista, anarquista, etc., etc.— es la Gramática. No en vano se llama *Gramática de la Ciencia (Grammar of Science)* uno de los libros más terriblemente dogmáticos de filosofía ortodoxa positivista. O más bien negativista.

(*Nuevo Mundo*. Madrid, 14-XI-1919.)

# METAFORAS

Uno, según se dice, de nuestros habituales lectores —¡gracias!—, nativo de un páramo de tierra adentro, nos escribe acerca de la metáfora *barloventear* que empleamos en uno de los Comentarios políticos que veníamos publicando en *El Liberal* de esa Corte y Villa de tierra adentro. Metáfora marinesca o costeña que a nuestro amigo —todo lector, hasta el no bien intencionado, nos lo es— despierta curiosas glosas. Vamos a sobarlas, que la cuestión —¡consabida cosa!— es pasar el rato.

¿Que por qué nos valimos de esa metáfora? No por haber nacido y criádose el que esto os dice en un puerto, cerca del mar, sino por los vientos marinos —de mar de páramo terral— que soplan en las cumbres del Poder público. Pues a la última sesión de la Junta de Defensa del Reino acudió su Presidente con uniforme marino, de Almirante de la Armada. La estatua ecuestre de su padre avanza triunfadora —ya lo hemos hecho notar antes de ahora y más de una vez— sobre el estanque del Retiro, que es como el mar de la Corte. ¿Convendría, acaso, crear escuadrones de caballería de marina? De marina de estanque, ¡claro!, y de estanque de retiro. Su abuela, Isabel, estaba en un pueblo costero, en Lequeitio, cuando dieron fruto lo que ella misma llamó sus "lamentables equivocaciones". En la villa que "derrotó a reyes, sujetó horribles cetáceos, po-

derosa por mar y tierra, Lequeitio", según reza en latín la empresa de su escudo de armas. Y remontándonos más arriba, hasta el Habsburgo Felipe II, ¿no le vemos armando desde entre los berruecos del funerario Escorial la Armada Invencible que fué vencida en el Canal de la Manga? Pues la Mancha es la de Don Quijote, la de tierra sedienta. Y vea nuestro amigo los recuerdos que un símil marinesco resurte.

Pero es que, además, gobernar quiere decir pilotear, llevar el timón o gobernalle, y al Estado suele comparársele con una nave. Nuestro amigo el parameño, que vive —nos dice— a cerca de mil varas sobre el nivel del mar, en Sagunto, compara al Estado con un carro, y nos asegura que está desencajado y tiene sueltos y se le están cayendo los bojes de los ejes de sus ruedas de derecha y de izquierda. De una contaminación, pues, amigo mío, de esas dos metáforas de nave y de carro nació aquella despampanante —que le deja a uno sin pámpanos— frase del parlamentario francés que exclamó: "¡El carro del Estado navega sobre un volcán!" ¡Ni Alcalá Zamora!

Y ahora vengamos a barloventear. Que dicen que suelen hacerlo muy bien los balandros de regata que tripula nuestro jefe del carro cuando preside la maniobra. Barloventear, dice el Diccionario de la Academia que preside Maura, "es navegar de bolina, procurando con diligencia ganar distancia de donde viene el viento". Es decir, marear contra viento sesgando ya a diestra, ya a siniestra. Y luego añade: "Fig. y fam. Andar de una parte a otra, sin permanencia en ningún lugar". O como dicen en la tierra de nuestro amigo, "andar hecho un argandillo", y otros "zarandillo".

Y así anda nuestro carro o nave, barloventeando el huracán, mientras hace tanta agua que apenas si cabe achicarla; y como es agua salobre, ni para

apagar la sed de la tripulación sirve. Aunque tenemos otro amigo que dice que el Reino de España no hace agua, sino aguas, y que en éstas vamos a ahogarnos de asco.

¿Y los pilotos o carreteros? Cánovas del Castillo, el de la Restauración, fué costeño, de Málaga, y Maura, el de la Tras-Regencia, costeño también, de Palma de Mallorca. Romanones es de tierra adentro. Otros son anfibios o navoterrestres. Acaso tenga razón nuestro lector el parameño al sostener que el Reino de España es carro y no nave, y que, por ende, necesita carreteros y no pilotos. Aunque lo más necesario sea carpinteros, sea de ribera o de carros. Lo que hace falta es hacha, y hasta para quebrar ataduras y ataderos.

Escribimos esto a unos ochocientos metros sobre el nivel del mar, en Sagunto, lejos de la brava costa de nuestras mocedades, lejos del mar que en los días más henchidos de nuestra niñez —¡oh recuerdos!— iban nuestros mayores a ver si columbraban señales de él mirando ansiosos desde los tesos que ciñen a nuestra villa natal, sitiada y bombardeada entonces. ¡Qué días! Era en 1874, seis años después de la Gloriosa, antes de la Restauración saguntina, cuando España empezaba otra vez a barloventear. Y barloventeando ha venido estos cuarenta y siete años, y al barloventeo se debió el chapuzón en aguas de Santiago de Cuba, de julio de 1898, y al barloventeo el batacazo de julio de 1921, camino de la costa de Alhucemas. Y para eso nuestros padres pusieron a las plazas de las ciudades, villas y lugares de la nación el letrero de "Plaza de la Constitución".

"¡El carro del Estado navega sobre un volcán!" "¡Y con la mecha encendida!", añadió otro metaforero.

(*Nuevo Mundo*. Madrid, 2-III-1923.

# CONSABIDURIA Y CONTONTERIA

*A usted, lector curioso e inquisitivo.*

Voy a satisfacerle, según mis posibles, señor mío, en su enquisa sobre aquello que en mi escrito "La mar quijotesca" dije aquí de que "no es lo mismo saber muchos una cosa que consaberla", pues que "lo consabido es algo más que lo sabido por todos".

Ante todo he de confesarle que siento siempre un hormiguillo de estar sacudiendo las palabras y hasta de libertar a algunas que viven presas en un giro o una frase y sin salirse de ellos. ¿Ha visto usted *vilo, viso, echa* y otras, fuera de una expresión? *Brete* va en ese camino. Pero no es éste el caso de que me pregunta.

En la 13.ª edición del Diccionario de la Real Academia, la de 1899, se dice que *mejido,* de *(huevo mejido; yema mejida)* es un adjetivo cuando es el participio pasivo de un verbo *mejer* de uso corriente en todo el noroeste de España, en tierras castellano-leonesas. El caso de *consabido* no es el mismo. El Diccionario ese apunta junto a *consabido, consabidor,* el "que juntamente con otro sabe alguna cosa"; pero el verbo *consaber* no lo he oído, y si logro darle vida no es, creo, que lo resucite. Ni es un capricho de lingüista, sino que me parece que expresa un matiz que nos faltaba.

Caprichos, no, y menos de ociosa pedantería. No vayamos a caer en lo de aquel pobre bobo que conjugaba: "me enmimismo, te entimismas, se ensimisma...", y "me meicido, te tuicidas, se suicida...". Boberías así, no. Pero sutilezas conceptuosas de éstas que alguien llamaría sofísticas, sí. Dialéctica es pariente de diálogo, y la dialéctica es cosa, ante todo y sobre todo, de lenguaje.

No es lo mismo el que todos y cada uno de los miembros de una comunidad humana sepan una cosa, a que la comunidad lo sepa. Y aquí está el secreto de la opinión pública. Un mal sujeto, de quien todos saben que es indigno de que se le trate, es acogido por muchos o por los más, hasta que un día se hace público lo que era universal privado, lo sabe la comunidad como tal, lo consaben, y el consabido mal sujeto se ve soslayado. El secreto a voces dejó de ser secreto. Y es porque la conciencia pública o colectiva es algo más que la suma de las conciencias individuales que la fraguan más que la componen.

Y aquí se nos ha deslizado o deleznado, señor mío, un viejo, glorioso y muy fecundo vocablo, de origen más jurídico que psicológico, que nos va a poner en el sendero. Es el vocablo "conciencia". Conciencia, en latín *concientia,* es de *concire,* consaber, y era propiamente saber algo malo con otro, ser cómplice de alguna maldad y aun tener manchado el ánimo con ese conocimiento. La conciencia empezó siendo la conciencia moral. Cuando el acusado reconocía la culpa de que se le acusaba, cuando se consabía de ella, decíase que tenía conciencia de ella. Era como la confesión íntima para consigo mismo. Y algo en esta línea era confabularse con alguno, o sea *conchavarse* con él para alguna fechoría, que ordinariamente es una malhechoría.

Podríamos, pues, expresar con un término, "consabiduría", lo que primeramente se quiso decir con

la voz *conscientia,* aplicado, sobre todo, a una comunidad, a una muchedumbre humana. La cual no llega a tener conciencia pública sino cuando consabe algo. Y de la conciencia pública, de la consabiduría, nace la personalidad colectiva. Y pueblo que no la tiene, no es más que turba.

Y no crea que es tan hacedero consaber las cosas. Recorra nuestros lugares, campos, aldeas, villas y ciudades y verá que lo que todos sus moradores creen saber, no lo saben en realidad porque no lo consaben; que el montón de opiniones individuales, aun siendo coincidentes y hasta idénticas, no hacen opinión pública, no fraguan conciencia colectiva. Y no la hacen por su identidad misma, por la falta de matices diferenciales. Todas esas opiniones son una opinión sola que parece de cada uno y de todos, y que en rigor no es de nadie, porque nadie tiene conciencia, consabiduría pública de ella. Y donde no hay conciencia pública tampoco la hay individual y privada. A lo sumo, eso a que suele llamarse sentido común y que estaría mejor llamado mostrenco. Porque en pocas partes el sentido común llega a servir de prado espiritual del concejo.

He de decirles más, y es que cuando las opiniones individuales son idénticas entre sí, cuando diez, cien mil, un millón de hombres piensan lo mismo sobre un problema cualquiera, no es fácil que se forme opinión pública, que surja conciencia colectiva entre ellos. La conciencia surge de las oposiciones. Hasta la de cada uno de nosotros. Y así el hombre que no está en una cierta contradicción consigo mismo no tiene conciencia de sí. Cuando en un pueblo la ortodoxia, religiosa o civil, eclesiástica o política, se hace *homodoxia,* homogeneidad de opinión, es que el dogma ha muerto, se ha apagado. Y se ha apagado por falta de herejías.

No estará de más que nos fijemos en que la pa-

labra de que luego se ha hecho herejía significaba antes, en Tucídides por ejemplo, las opiniones políticas, los partidos en que estaba dividida Atenas. Y que eran la vida de su política, de su civilidad. Y que Solón, según nos cuenta Aristóteles, había establecido que el que no se afiliara en uno de esos partidos, el que no tomara partido activo en las disensiones civiles se viera privado de derechos civiles. El tal no participaba de la conciencia, de la consabiduría pública; era un puro y mero particular, un *idiota.* Porque *idiota* no significó primeramente sino eso: un particular, lo que decimos un caballero particular. En rigor, un inconciente. Y acaso nuestra voz *zote* tenga que ver algo con *idiota.*

Ahora me gustaría detenerme en aquella frase de Romero Alpuente que tanto escandalizó a nuestros padres cuando dijo que "la guerra civil es un don del cielo", y puntualizar hasta qué punto la conciencia, y con ella la personalidad colectiva, surgen de la guerra civil. Así como lo que se llama la unanimidad no es más que la inconciencia. Y la inconciencia suele ser algo peor que "desconsabiduría"; suele ser "connecedad" y aún más: "con-tontería". Que es peor que la tontería de todos y cada uno.

(*Los Lunes de El Imparcial.* Madrid, 10-II-1924.)

## EL "POR DIOS" Y EL "A DIOS"

¡Qué descanso —me decía a mí mismo— el de desentrañar palabras! Imaginábamelo como un juego de niño que destripa un muñeco para ver lo que tiene dentro y a las veces llora cuando no saca más que serrín. Pero... ¿descanso? No, sino nuevo cansancio. Y nueva cuita. Así, en un diario poético que llevaba allá en Hendaya, durante mi destierro, fronterizo, encuentro anotado, con fecha 6 de enero de 1929, esto:

*Niño viejo, a mi juguete,*
*al romance castellano,*
*me di a sacarle las tripas*
*por mejor matar mis años.*
*Mas, de pronto, estremecióse*
*y se me arredró la mano,*
*pues temblorosas entrañas*
*vertían sonoro llanto.*
*Con el hueso de la lengua,*
*de la tradición, badajo,*
*"miserere", ave María*
*tañían en bronce sacro.*
*Martirio del pensamiento,*
*tirar palabras a garfio,*
*juguete de niño viejo*
*¡lenguaje de hueso trágico!* 1.

---

1 Composición núm. 611 del *Cancionero. Diario poético,* Buenos Aires, 1953, fechada el 6-1-1929 y no 1930, como dice el texto impreso de este escrito; y que hemos modificado. Me he referido con más detalle a esta poesía en mi libro *Don Miguel de Unamuno y sus poesías.* Salamanca, 1954, págs. 349-350.

Y después, vuelto ya del destierro, y a las veces enterrado y aterrado en mi patria restituída —y aún no constituída—, ¡cuántas he vuelto por vía de descanso a ese juego del desentrañamiento de palabras buscando extrañarme de los hombres! En vano, pues, encontraba a éstos, y lo más íntimo, lo más hondo, lo más entrañado de ellos, en esas palabras, que más que hechas por hombres fueron ellas, las palabras, las que les hicieron. Que en el principio fué el Verbo, la Palabra, que después encarnó en Hombre, y es el nombre el que le hace al hombre.

Se nos ha dicho a los españoles, y yo lo he repetido muchas veces, que somos el pueblo que más abusa del santo nombre de Dios. Cosa que crispa los nervios a esos puritanos ingleses —que aún quedan— que evitan pronunciarlo. Y, sin embargo, se dice que la palabra *bigot,* francesa e inglesa, que vale por gazmoño, beato, santurrón y también fanático, es de origen inglés y deriva de la frase: *by God,* por Dios. Como nuestro *pardiez,* de la expresión francesa *par Dieu.* Mientras entre nosotros el "por Dios" ha dado lugar a esas casticísimas y tan reveladoras palabras de *pordiosear, pordioseo, pordiosero* y *pordiosería,* palabras que destilan amargura de siglos, palabras que vierten quejumbroso llanto. Junto a pordiosero, mendigo apenas si quiere decir cosa que valga.

Y si de "por Dios" hemos hecho esos derivados, en cambio de "a Dios" —que solemos escribir, quitándole su fuerza, "adiós"— no hemos hecho ni *adiosear,* ni *adioseo,* ni *adiosero, adiosería.* El "por Dios" del pordiosero es una demanda, es una súplica, y el "a Dios" suele ser un despido, las más de las veces un rechazo. Cuando a otro se le dice adiós es que se le manda a paseo. La contestación, sin embargo, a la demanda de "una limosna por el amor de Dios" no suele ser "a Dios, hermano", o sea "a Dios os en-

comiendo". sino "¡perdone, hermano!" Otra manera de quitárselo uno de encima. Y esa palabra "limosna", que desde el griego vino rodando a nuestros romances, y que es de la misma raíz de la que usamos en la jaculatoria litúrgica de: "¡Kyrie, eleison!" y "¡Christe, eleison!", ¡Ten compasión de nosotros, Señor! *Adiosear* podría ser el modo de despedirle, remitiéndole a Dios al que nos pordiosea.

*Pordiosero, pordiosero.*
*Dios nos tenga de su mano;*
*Satán inventó el dinero,*
*¡a Dios, y perdone, hermano!* 1.

¿Por qué se me ha ocurrido esta despiadada cuarteta? ¿Por qué me acongoja tanto este pordioseo español?

¡Dios, Dios! Esta es una de las contadísimas palabras que en nuestro romance derivan del nominativo y no del acusativo latino, como es lo corriente. Y ¿por qué? Lo más verosímil es que se deba a que la palabra *deus,* Dios, en nominativo, entraba como sujeto en muchedumbre de frases consagradas, como "Dios nos valga", "Dios nos asista", "Dios le ampare", etc., etc. Y, sobre todo, en todas aquellas en que tratamos de descargarnos en Dios. Y Dios, teológicamente, no es objeto, sino sujeto; es el Sujeto por excelencia, no el término de la acción, sino el principio de ella; o mejor, la acción misma. O el acto puro.

Y pensando, por camino lingüístico, en este Acto Puro y en nuestra impura actualidad, venía a oír el llanto que brotaba de las temblorosas entrañas de ese "por Dios" que rueda a través de nuestros siglos de mendiguez. "¡Por Dios, por Dios, hermano!" Y otras veces el "a Dios, que dirigían a su patria, al

1 Fechada el 2-XI-1931, pasó al *Cancionero* citado en la nota anterior con el núm. 1.577.

desterrarse de ella, los pobres que iban a buscarse la vida en extrañas tierras.

Pobres, sí; pero no pobres de solemnidad. Porque los pobres de solemnidad se quedaban aquí, en su patria, pordioseando solemnemente.

¿Conoce el lector expresión más terrible que esa de "pobre de solemnidad"? Sí, esos pobres que sirven en las solemnidades para que los personajes solemnes hagan ostentación de su caridad litúrgica. ¡Ah, cómo me acuerdo de aquel solemne pobre de oficio que se nos arrimaba embozado en un fantasmático silencio y retirando las manos para mejor pordiosearnos con la húmeda mirada de su menester!

Quería consolarme del triste espectáculo que ofrecen nuestras calles, de la visión de laceria pordiosera refugiándome en la tarea de mi oficio; pero los hombres se me venían con las palabras y lloraban en éstas. Lloraba nuestro lenguaje: gemía mi romance castellano. Por Ti, Dios mío, ¿cuándo nos dejarás dar el último "a Dios", el último a Ti, a nuestras miserias?

(*El Sol.* Madrid, 7 noviembre 1931.)

## SOBRE EL PARLAMENTO O PALABRAMENTO

Otra vez días de reflujo. Cansado de pensar. Sobre todo quien, como el comentador, piensa, en hombre, con palabras; piensa palabras, y más siendo de oficio desentrañador del lenguaje. Duro oficio donde la pereza mental colectiva, nutrida de lugares comunes, confunde todas las palabras de tal modo que apenas si quedan entendederas enterizas y sanas. Y luego tener que —¡terrible tener que!— pensar con palabras, pensar palabras en un Parlamento, en un *Palabramento*. Palabramento en que los abogados, más o menos palabreros, sienten la necesidad de renegar de su oficio. Oficio no de fabricantes de palabras, sino de revendedores de ellas.

*¡Palabras, palabras, palabras!*, decía el personaje shakespeariano. Y el dickensiano, aquel inmortal maestro de escuela de los *Tiempos difíciles* del más inmortal Dickens, decía: *¡Hechos, hechos, hechos!* ¿Pero es que hay oposición entre la palabra y el hecho? Toda palabra, si es viva, es un hecho, un hecho vivo, y todo hecho vivo es palabra. Se equivocaba Fausto al corregir la palabra del prólogo del Cuarto Evangelio. Sólo hay lo muerto y lo vivo, sea hecho o palabra. Y el hecho muerto es el hecho consumado, es decir, consumido, es lo acabado. Si se quiere, lo perfecto. "Estamos ante un hecho" —me han dicho algunos buenos catalanes amigos míos, que son todos

mis buenos amigos catalanes—. Y yo, renunciando a exponerles filológicamente la diferencia entre un hecho, algo que se hizo, y un suceso, algo que sucedió o pasó, me he dicho y les he dicho que un hecho es algo, si es vivo, que se está haciendo y deshaciendo. Se empieza a morir el día en que se nace. Y así, al hecho opone el hombre el que-hacer, y el que-hacer suele consistir en deshacer el hecho. Que es rehacerlo. Todo menos la posición fatalista, materialista —en el sentido de Marx— de que el hombre se deje llevar de las cosas, de que la personalidad se soyugue a la llamada realidad. Hay una necesidad más honda. una necesidad espiritual, aquella de que hablaba el Apóstol Pablo cuando decía que él evangelizaba movido por necesidad, *ananque*. Y así el comentador. Tiene que decir, por necesidad espiritual, lo qué dice y por duro que el decirlo le resulte.

Marx, el materialista de la historia, enseñaba que el estómago dirige al hombre. Pero Maquiavelo, que de psicología, y por tanto de historia, sabía más y mejor que Marx, enseñaba que el hombre entrega la vida por la bolsa y la bolsa por la vanidad. Y a la vanidad suele llamársele personalidad. El mercader que nos parezca más materializado se deja arruinar por mantener su personalidad, y pierde el crédito por sostener su credo. No, no; no es todo negocio. El espíritu puro, desinteresado, tiene sus aduanas. Y hay un comercio de ideas y de sentimientos que es más hondo que el comercio de artículos manufacturados. Hasta en nuestras luchas intestinas, tratémonos como personas.

"¿Nación? ¿Estado? ¡Es cuestión de palabras!" Así me decía mi buen amigo, como buen catalán que es, el señor Companys. ¡Cuestión de palabras! Pero por cuestión de palabras, por si le llamó tal o cual, por si habla así o asá, llegan hasta a matarse los hermanos. ¿Leyes? ¿Códigos? ¿Codiguillos o codici-

los? Importan muy poco. Lo que importa es el espíritu, es la palabra íntima con que se aplican. ¿Cordialidad? Racionalidad, ya lo dije. Por algo en catalán a hablar le llaman razonar, *enrahonar*. ¡Y ojalá razonaran siempre!

Lo que importa es la palabra íntima, la palabra de comprensión. Y com-prenderse, prenderse o tomarse mutua y conjuntamente, es con-vivir. No hay más unidad viva que la de la convivencia. Y lo que le queda a este comentador por decir respecto a la convivencia. ¡Qué cartas que rezuman amargura y hasta congoja está recibiendo de los que no pueden ya convivir con sus convecinos, de los que se sienten sentidos —y resentidos— como bárbaros en el significado primitivo de este vocablo tan sobado y asendereado! Bárbaros, es decir, extraños, forasteros, metecos.

¡La convivencia! Aquí está todo. Y la convivencia no es cosa de convención; convivir no es sólo convenir. Ni es cosa de pacto. No se pacta la convivencia. Y más cuando, querámonos o no nos queramos, tenemos que convivir. Los pedantes hablan de simbiosis.

Y ahora, lanzado en este camino de palabras, llevado por ellas, como le llevaban a mi San Pablo, el gran conceptista y gran palabrero —así le llamó un pretor romano—, recuerdo lo que le dije a uno que me decía que quiero a España con locura, y es que le respondí que no es que yo quiero a España, sino que quiero España. Y no es lo mismo.

Mas dejemos, lector, estas palabrerías para continuarlas otra vez. ¡Si supieras lo que cansa al pensamiento, y a la vez lo que enfebrece al corazón este febril y apasionado desentrañar el lenguaje en busca de la palabra íntima sobre que se asiente la convicencia española!

*(El Sol.* Madrid, 22 agosto 1931.)

## COLOÑISMO

"Qué es esto, ¿nueva palabrita tenemos?" —se dirá el lector. Pues esto es:

En Burgos se llama coloño a un cesto de pértica o cuévano pequeño, que sirve para trasportar, entre otras cosas, tierra o grava del río, y de que se servían, en la época de la desocupación, los braceros parados a los que el Ayuntamiento daba, con ese pretexto de trabajo, un jornal de limosna que no solía pasar de una peseta. Y a ese servicio, a esa limosna disfrazada, se le llamaba coloño. En Alba de Tormes se le llama el *panterre* —trasformación popular de *parterre*— desde que en un duro invierno se acordó hacer un *parterre,* más que por su utilidad para dar quehacer en obra que más que material exigía manos. Y el coloño o panterre, si es trabajo en el sentido material o mecánico y lo es en el de la condenación bíblica, no lo es en el sentido económico de producción, y menos en el más alto sentido moral de educación del espíritu. Los que dicen: "no pedimos limosna, sino trabajo", y aceptan luego un coloño, proponiéndose, ¡claro estar!, hacer que trabajan sin trabajar, se rebajan más que los que aceptan, sin disfraz, la limosna.

Fué el comentador al *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española* que publicó en 1927 la Real Academia, y se encontró en *coloño* con esto:

"Sant. Haz de leña, de tallos secos o puntas de maíz, de varas, etc., que puede ser llevado por una persona en la cabeza o en la espalda". Y al leer esta definición del santanderino coloño le hirió al comentador, que saca los conceptos y sus asociaciones de las palabras, lo de haz, y al punto le vino a las mientes la voz italiana correspondiente al *fascis* latino nuestro "haz", que es *fascio,* de que hicimos en castellano *fajo.* Y en seguida se le ocurrió el fascismo, o mejor el fajismo.

Claro está que el *fascio,* fajo o haz actual italiano, no es de leña, ni de tallos secos o puntas de maíz, ni de varas, ni es el montón de tierra o grava que se puede transportar en un coloño para pretextar un trabajo, sino que es un fajo de personas, un Sindicato, que se une para imponer a la clase acaudalada no precisamente que les den trabajo productivo —que las más de las veces no le hay—, sino que les mantengan por el panterre o coloño de proclamar el primado de Italia, la imperialidad del Estado y la napoleonidad del Duce. Y cantar a la juventud, a la *giovinezza.* ¿Y no empieza a formarse aquí, en España, un sindicalismo de coloño, un coloñismo, que se parece mucho más que al bolchevismo ruso al fajismo italiano? Lo que el ministro de Obras Públicas ha denunciado que pasa en Sevilla, donde para los obreros parados el trabajo es lo de menos, no es sino un coloñismo o fajismo.

Cuando se dice que era preferible darles un subsidio y que no hicieran nada —como se hizo en Inglaterra— se contesta que eso es inmoral y corruptor de las buenas costumbres: ¿pero no es más inmoral y corruptor todavía inventar obras ficticias o inútiles, coloños o panterres, y que vayan unos desencachando las calles para que otros las vuelvan a encachar y queden peor que estaban antes? ¿Y con qué amor a la obra se quiere que emprendan ésta

los que saben que no es sino un pretexto para pagarles un jornal? Y el amor a la obra, o el fin social de la obra misma, es la esencia moral de la laboriosidad. Trabajador no puede querer decir moralmente, socialmente, otra cosa que productor, y de productos o de servicios útiles a la sociedad.

De lo que el coloñismo trata no es del reparto del trabajo, sino del reparto del salario del trabajo, y si el trabajo no es productivo, si la obra por la carestía de la mano de ella no ha de rendir su interés al empresario, sino que la arruina, ¿cómo se quiere que la emprenda no más que para agotar su caudal en salarios y quedarse sin él? De aquí que se encuentre ya quien se decide a ceder su tierra a los labriegos coloñistas, y que éstos la cultiven por su cuenta a ver si sacan el jornal que piden por el coloño.

Ahora sólo faltaba que nuestros fajistas —los del coloño o panterre— dieran, como los italianos, en predicar la necesidad patriótica de producir o procrear muchos hijos para que no cabiendo los españoles en España nos diéramos a conquistar otro nuevo mundo, a buscar nuevas colonias, a inventar tierras españolas irredentas. Para no percatarse así de la dura realidad, que es la de que España apenas si puede mantener a tenor civilizado la población que hoy tiene, y que hay que atemperarse a la pobreza de su suelo. Y que se llame al comentador pesimista o derrotista.

Ya se ha dicho, y José Ortega y Gasset lo expresó muy bien en las Cortes, que es locura querer mejorar la situación económica de los asalariados empobreciendo a la nación, y a ello equivale querer hacer de España no una República de trabajadores de todas clases, como dice puerilmente la Constitución, sino una República de coloñistas, o sea de funcionarios de toda clase. Que un mero funcionario es el que ejerce una función no atento al fin social, al

producto material o espiritual de ella, sino al sueldo o salario que por ella se le dé.

Pero hay más aún, y es los que predican la destrucción del producto para que se agrave la crisis y venga de ésta un catastrófico desenlace. Pero esto nos llevaría a hablar de otra enfermedad mental española, análoga al antiguo nihilismo ruso, y es un específico anarquismo ibérico, hijo de una terrible dementalidad cuyas raíces son prehistóricas.

(*El Sol*. Madrid, 14-11-1932.)

## “ACRECE, REPLANTA Y DA VALOR” *

Ahora que, más que nunca, anda en lenguas la lengua española —queremos decir, es claro, la castellana—, se me dirige un joven recordándome cómo en Italia se formó una Asociación Dante Alighieri, que no sabemos si subsiste y obra, para difundir fuera de Italia, y sobre todo donde hubiera colonias italianas, el italiano, para hacer de este idioma un idioma ecuménico o universal; esto es: imperial. Y propone que, a semejanza e imitación de ello, se forme aquí, en España, una Asociación Cervantes para la difusión y arraigamiento de la lengua española, no sólo entre las demás naciones de otras lenguas, sino en las que, teniéndola por nacional, la ven expuesta a graves acometidas. Y hasta, naturalmente, en la misma España.

Fiamos muy poco de semejantes Asociaciones, y menos en un pueblo tan poco asociativo como el nuestro. Competería más bien a organismos oficiales el cuidar de ese menester de cultura española. Promover, por ejemplo, la creación de escuelas españolas en países de otra lengua y ayudar a los muchos lectores de español que en Universidades, Liceos o academias particulares se cuidan, por ahí fuera, de difundir el mejor conocimiento de nuestra lengua. Y acaso ayudar también a los que con hábiles traduc-

ciones despiertan en otros pueblos el deseo de conocer mejor, y en su propia lengua, nuestra literatura.

Pero hay que principiar por el principio. Y es por difuncir el mejor conocimiento de la lengua española en España misma. Si un pueblo aspira a que su lengua se haga ecuménica, universal, imperial, en una palabra, es dentro de sí, en su propio seno, donde tiene que dotarla de universalidad, de imperialidad. En este caso, el cultivo extensivo tiene que ir precedido del cultivo intensivo. Si queremos que los otros, los extranjeros, se muevan a aprender nuestra lengua para mejor entenderse con nosotros, lo primero es que digamos en ella cosas que merezcan ser sabidas, y ser sabidas en la misma forma en que se expresan. Recordemos la anécdota —histórica o legendaria— de aquel rey de Inglaterra que le preguntó a un cortesano si sabía español, y cuando el cortesano. algún tiempo después, le dijo que lo había aprendido ya, esperando, acaso, que ello le valiera algún cargó. el soberano le contestó: "Pues ahora podéis ya leer el *Quijote* en su propia lengua." Una lengua, como la moneda, corre, logra curso universal, cuando es de oro de ley, sea cual fuere su cuño. El cuño no asegura curso forzoso. Aunque a las veces ocurra en lengua y en literatura algo parecido a lo que en economía monetaria se llama la ley de Gresham, o sea que la moneda màla expulsa del mercado a la buena. Así suele ocurrir no pocas veces con las malas traducciones, que expulsan a las buenas.

Y ¿por qué las malas traducciones, las de baja ley, expulsan a las buenas? Porque exigen menos atención. Que es a lo que se debe que una gran parte de lo que se llama obra de vulgarización sea obra de avulgaramiento. La gente quiere ahorrarse atención, sigue la línea del menor esfuerzo, y prefiere los escritos que le exijan menos esfuerzo para entenderlos. Y así se llega a una lengua imprecisa, hecha de tópi-

cos, de lugares comunes y de fatales definiciones. Y más en país como el nuestro, donde, como no se enseña a escribir —en nuestra segunda enseñanza están casi proscritos los ejercicios de redacción -, no se aprende a leer. Cierto es que los ejercicios de redacción, lo que en Francia llaman los *devoirs* —lo hemos dicho antes de ahora—, exigen un enorme trabajo a los maestros que han de corregirlos. Y donde no se enseña a escribir, no se enseña a leer, como donde no se enseña a bien hablar, no se enseña a bien oír y bien escuchar. De aquí que entre nosotros sean tantas las palabras que al cobrar un valor emocional, generalmente morboso, han perdido su validez conceptual.

¿Y la Academia? —se nos dirá—. Dejemos a la Academia con su lema de "limpia, fija y da esplendor". La vida es otra cosa. Una lengua nacional, verdaderamente nacional, es la lengua de una nación, y una nación, que es un nacimiento —ciego o sordo "de nación" se llama entre el pueblo al que lo es de nacimiento—, que es un perpetuo nacimiento, es la que está de continuo naciendo, haciéndose —y deshaciéndose y rehaciéndose—, en perpetuo proceso constituyente y reconstituyente. Lo otro, lo que se entiende en general, bien o mal, por académico, es cosa del Estado: una lengua académica, oficial, es una lengua de Estado. Y si la nación es lo que de continuo nace, el Estado es lo que se está, lo constituído. Y si el Estado es lo que se está, también un estatuto es algo que se está, algo estatuído. Y lengua de Estado como lengua de estatuto no son propiamente, ni una ni otra, lenguas de nación, de nacimiento. El lema de una comunidad empeñada en que su verbo se difunda debería de ser éste: "acrece, replanta y da valor".

"¿Qué hace usted —se me preguntaba no hace mucho— para defender nuestra lengua castellana?

Y hube de responder: ¿Que qué es lo que hago para defender nuestra lengua castellana? Pues decir y escribir en ella lo mejor que puedo, y cultivarla y precisarla, y rehacerla, y hacer que esté naciendo y renaciendo día a día, y arrancarla lo que puedo a lo más estadizo de su estado para volverla a su nación, a su nacimiento perpetuo. Y, como toda defensa tiene que ser ofensiva, con ella ataco para defenderla." Así dije y lo repito. Si los que escribimos en español decimos en él cosas de sustancia universal y duradera que no pueden comprenderse bien sino en la lengua en que las decimos, en la lengua que las dice —y las piensa, pues es la lengua misma la que en nosotros piensa—, ya se moverán los demás a aprender esta nuestra lengua. Como yo me ví hace unos años obligado a aprender el danés para leer a Kierkegaard, cuyas obras no estaban por entonces traducidas por entero a otros idiomas, y lo que me permitió poder leer en su original además a Ibsen, Bjoernson, Hansum, Jacobsen y otros daneses y noruegos. Hasta el papel moneda, el billete de Banco, se defiende por el oro que tenga en caja el Banco que lo emita.

Hay que tener muy en cuenta que se piensa con palabras, o mejor, que se piensa palabras, y que sólo piensa bien el que se expresa bien, que nadie tiene más ideas que palabras y a la vez que la riqueza no es cosa de cantidad, sino de calidad, pues vale más una onza de oro que un montón de calderilla, y que lo que procede es acuñar oro de ley de lengua. Y a la vez que hay que luchar contra la pereza mental de las gentes, que conforme a esta nueva ley de Gresham de que decíamos dejan la moneda buena, por no ensayarla y comprobarla, y se quedan con la mala. Aunque en este respecto se nota un muy grande adelanto en la masa de los lectores españoles, que cada vez hacen más esfuerzos de atención para librarse de la terrible costumbre de hacer que se piensa con tópicos,

lugares comunes, frases emocionales, sentencias litúrgicas, definiciones programáticas y toda clase, en fin, de camelos.

Y además, en otro respecto, de nosotros, los españoles, de cada uno de nosotros, aun sin asociación, depende que nuestra lengua llegue a gozar en las reuniones internacionales la misma consideración que el francés, el inglés y el alemán.

(*El Sol*, Madrid, 12-VI-1932.)

# CARTAS AL AMIGO

A don Eladio Guzmán Hernández, maestro nacional de Canjáyar, de Almería.

## XV

Recibo a las veces cartas de lectores, amigos —aun los, al parecer, enemigos—, discutiendo lo que escribo, concordando o discordando, o en pedido de esclarecimiento. Las aprovecho o las paso por alto. Esto, sobre todo, cuando no son más que desahogos del más triste humor nacional. Y es curioso que las más de esas cartas suelan referirse a puntos de forma, de continente de expresión, y no de fondo, de contenido, de idea. A menudencias de lenguaje a menudo. ¡Pensar las agrias disputas que en todos tiempos han provocado hasta las gramatiquerías! Aunque, si bien se mira a lo hondo, se llega a ver que las personas sienten que cobrar la mayor posible conciencia de la lengua en que se piensa —de la lengua que se piensa— es hacerse conciencia de personalidad y de nacionalidad.

Hoy voy a no pasar por alto una carta, modelo de modestia, de ingenuidad y de sencillez, de un compañero, un maestro de escuela nacional, de la villa de Canjáyar (Almería), que me consulta sobre una de esas menudencias. El caso, insignificante en sí, es

éste: En uno de estos mis "Comentarios" parece ser que escribí "preveer" y no prever, y el buen maestro me pregunta que por qué así. Que él leyó en un discurso de don Antonio Maura "preveer", *y* así lo escribió en un ejercicio al dictado de unas oposiciones restringidas, que se lo censuraron compañeros, fundándose en la autoridad de los diccionarios ordinarios, y que sospecha, en fin, que acaso por ello se le eliminó en el ejercicio.

Despachemos primero, en obsequio al buen maestro y a sus congéneres, el caso preciso. Y es que se dijo primero, en los comienzos de nuestra lengua, "veer", bisílabo, y "preveer" y "proveer", trisílabos, y aun hoy la pronunciación vacila entre la forma arcaica y la corriente y vulgar. Y se conserva "veedor", con dos *ee,* y no "vedor". Uno de tantos casos de proceso en marcha de simplificación. Lo mismo que "veer" fué primero "seer", y hoy nos quedan "creer" y "leer" —"se cree", "se lee"—, aunque en el uso corriente digamos "se cre", "se le".

Hay otro verbo análogo en que la doble *e* se conserva, sin que, en general, se haya llegado a la contracción, verbo que por un ridículo escrúpulo no suele escribirse. Y por cierto, figura en cierta muy expresiva frase de los campesinos de por estas tierras cuando se refieren a algún fanfarrón que para darse pisto ahueca, sirviéndose del botijo como de bocina..., ¿la voz? ¡No! Pero basta de esto por hoy, que ya volveremos a estos ridículos escrúpulos y a las palabras y frases proscritas de la escritura.

Y, despachado el caso concreto de la consulta, debo manifestar que me cuesta creer —o crer— que a nuestro maestro se le eliminara de unos ejercicios por esa fruslería ortográfica. Aunque... he inspeccionado algunos de esos tribunales pedagógicos y he formado parte de dos de ellos, y, la verdad, el método y el criterio que se les imponía eran detestables. Figu-

rémonos lo de calificar por puntos. Hasta con sus decimales. Y menos mal que no se les aplica el cálculo infinitesimal. Y luego, esos horrendos *tests* de la abominable psicometría norteamericana. Y en el caso del lenguaje, el criterio de que la Academia —u otra autoridad cualquiera— es un cuerpo legislativo constituyente. ¡Y los textos que suelen dictarse! A nuestro buen maestro parece que se le dictó uno de don Antonio Solís, aquel "clásico" —¡para textos de clase!— del siglo XVII, redicho y remilgado, que hablaría en lengua escrita, y no, ¡claro es!, de Bernal Díaz del Castillo, aquel castizo soldado que hablaba con su pluma —o mejor, dictó su Crónica— castellana. Y si se le hubiese dictado el discurso de don Antonio Maura a que se refiere, ¿se le habría dictado "preveer" o "prever"? Aunque, ¡como don Antonio fué presidente de la Academia de la Lengua...! Pero ¿quién sabe si el taquígrafo oyó bien y transcribió fielmente la pronunciación del orador? Porque los taquígrafos, quiéranlo o no, a sabiendas o sin saberlo, oyen ortográficamente —no digo ortológicamente— y corrigen así al orador. (Por lo cual yo, por mi parte, no respondo de tales correcciones cuando se me hacen.)

¡Cuánto va a costar el que se enseñe a nuestros maestros a que enseñen la lengua como una fuerza viva, hablada y popular! A que para ello la aprendan del pueblo. Y se den a darse conciencia de ella y a desentrañarla. A poner a luz y a son sus entrañas. Y a huir de pedanterías ociosas.

Y digo ociosas porque hay pedanterías útiles y hasta necesarias. Pedante quiso decir primeramente el dómine que iba a enseñar a las casas la gramática, a leer y a escribir, a los niños; lo que hoy llamaríamos pedagogo. Y el pedagogo es, en rigor, un pedante. El que esto dice, que se ha ganado su sueldo enseñando historia de la lengua castellana, suele apli-

carse a pedanterías útiles. Como cuando, para restaurar el valor primitivo y expresivo de una palabra, la remoza. Ahora, cuando no viene a cuento...

Y lo digo a cuenta de otro correspondiente que me escribe quejándose de que se le reprochó por escribir "trajino", en vez de "trajín", en una carta comercial. Pues lo que él me dice: "trajín" es apócope —es la palabra que usa— de "trajino", y éste, el sustantivo sacado directamente de "trajinar". Sin duda como "desdén" y "desmán" son apócopes de "desdeño" y "desmande", sacados de "desdeñar" y de "desmandarse", y, sin embargo, nadie emplearía éstos sin pasar por pedante de ociosa pedantería. Ahora, si para hacer sentir que cometen desmanes los que se desmandan o se salen del mando escribiera "desmandes", la cosa variaría. Porque hay pedanterías no ya útiles, sino indispensables. Y otras...

Mas no sigo, no sea que me rebrote el mal humor que me dictó mi recién reeditada novela *Amor y Pedagogía.* O...

(*Ahora.* Madrid, 4-VIII-1934.)

# ENSUEÑOS LINGÜISTICOS DE MADRUGADA

Había dejado el reló bajo la almohada al acostarse. Al medio despertar, de madrugada, el brazo dormido y dormida, entumecida, la mano del brazo. Puso los dedos de la mano dormida sobre el reló y sintió el pulso. ¿El del corazón o el del reló? ¿Latía él o latía el tiempo mecánico? Cuando se aplica a la oreja un caracol marino, dice la poética conseja que se oye el rumor de la mar ausente, y los fisiólogos dicen que es la circulación de la sangre por el pabellón de la oreja. ¿Qué mas da? Todo es sangre. Y era su sangre la que hablaba por su pluma, al pulso, la que latía en el reló mecánico. ¿Y los dos pulsos no se debían acaso a hipertensión? El uno a hipertensión arteriosclerótica; el otro, el del ritmo de la vida económica, a hipertensión y a arteriosclerosis social. ¡Todo metáforas!

Alentaba el alba. Era entre el sueño y la vela, a la hora de dejar libre la fantasía. La mano, la que escribía, dormida. "Lengua sin manos, ¿cómo osas hablar?", dijo el del *Cantar de mío Cid*. Y mano sin lengua, ¿cómo osas obrar? Pero tenía que pensar en la tarea del día que se le abría, en el afán cotidiano. Cada día su afán. Su mano, al escribir, hablaba: hablaba con la pluma, a pulso y a sangre. ¡El afán del día!

Por su mente empezaban a revolotearle, a mariposearle palabras... —¡palabras!— en libertad, que luego se le mariposaban, se le posaban como a desovar. ¿Haría con ellas, con las palabras, un ensayo?, ¿un artículo?, ¿un suelto?, ¿un soneto?, ¿un epigrama?, ¿un cantar? ¿Qué haría con ellas? Y en tanto los que le decían que estaban esperando su obra... ¿Obra o huebra? Sí, algo de a folio. Le pasó por el magín don Marcelino el periodista de a folio, detractor de los periodistas. ¿Qué diferencia va de un ensayo a un artículo, de un sistema filosófico a un ensayo? ¿Es por la extensión? ¿Qué diferencia va de una epístola de San Pablo, el Apóstol, que es un artículo de periódico, a la Suma de Santo Tomás de Aquino, que es un sistema? ¿Y si Pascal hubiese hecho con sus *Pensamientos* la obra extensa que proyectaba?

Le revoloteaban, le mariposeaban por el magín palabras, *mariposándosele* algunas. Entre ellas, una frase que había leído la víspera en un libro catalán, una frase conceptualmente insignificante. Decía: *Era un cap al tard serè de setembre...* En castellano: "Era un atardecer sereno de setiembre..." Y la frase le hablaba... "¡tan callando...!" ¡Otra frase! Y sin saber cómo se le acordó otra frase catalana, ésta de Ausias March, cuando dice: *foc crem ma carn!*. O sea: "fueg(o) quem(a) mi carn(e)". ¡No, no, no es esto!

Veníanle frases, palabras sueltas, en libertad, palabras puras. Y el traspuesto, en ensueño de madrugada, se daba, casi inconcientemente —era el hábito profesional—, al juego de las etimologías. Juego con el que no se juega impunemente. La etimología, en griego *etymos,* es la verdad. ¡Buscar la verdad en la palabra! ¿Y dónde, si no? En el principio fué el verbo, la palabra; y al fin quedará, si no el verbo, la palabra. Las cosas se van, quedan las palabras, sus almas. Y revolotean en torno de nuestro espíritu, ánimas

en pena, buscando cosas, cuerpos, en que volver a encarnar. ¿Y qué es vivo? Se le acordó lo de Bécquer: "Dios mío, qué solos se quedan los muertos...!" Y se dijo, entre sueño y vela, de madrugada, con el reló bajo la almohada —que fué común—: "¡Dios mío, qué solos nos vamos quedando los vivos...!" ¿Vivos?

Las palabras libres, almas en pena, *mariposándosele* en el magín, le hicieron fijarse en el reló. Reló de bolsillo, *muestra,* que dicen campesinos castellanos. Cuando él era casi un niño y obtuvo su primer reló de bolsillo, era de aquellos a que se le daba cuerda con una llavecita, y no un *remontoir.* Y se acordó de aquella cuerda, diciéndose: "pero no, acordarse no tiene que ver con cuerda: es cosa de *cor; cordis;* de corazón..."; y luego: "mas quién sabe..." Pensó —empezaba a pensar— que tenía que darle cuerda a su corazón. ¿Y la llavecita? ¿Y si se perdía? ¡Ay, las palabras que se le han parado porque se perdió la llavecita con que se les daba cuerda y no la llevan en sí mismas...! Y luego se le acordó: "revolución". Y luego: "¡involución!" "¡Bah! —se dijo—, los más de esos revueltos no son más que envueltos..." Y luego: "pasa el tiempo al revolverse de los astros, con la revolución de los astros." Como las hojas de los árboles son las generaciones de los hombres, dejó dicho para siempre Homero. Y como las generaciones de las palabras de los hombres... ¿Qué es un hombre más que un nombre?

¿Su nombre? El se llamaba, por nombre de pila, por nombre de agua, *water-name,* que dicen los ingleses, Miguel. Miguel, esto es, que declarado quiere decir: "¿Quién como Dios?" El nombre del Arcángel, sobrehumano. En España, el nombre de Cervantes, el conquistador del Imperio de Don Quijote; el nombre de Legazpi, el conquistador, sin tener que esgrimir espada, del Imperio de las Islas Filipinas y del

Asia Española; el nombre de Molinos, el conquistador del imperio de la Nada. ¡Lo que hace un nombre! Y del otro nombre, del apellido, del nombre de sangre, *blood-name* de los ingleses, se llamaba Unamuno. Primero *una* —como en Unanue, Unibaso y en Unzaga, Unzueta, Unceta—, y así en otros apellidos vascos, o sea la gamona; el asfodelo que dicen los que aprenden botánica en libros de texto de segunda enseñanza. El asfodelo, el de las praderas por donde vagan las almas en pena. Y luego: *muno,* o sea colina, montón de tierra. Colina de gamonas. O más sencillamente: gamonal o gamoneda. Y desde lo alto del gamonal, de la colina de asfodelos: "¿Quién como Dios?" ¡A lo que obliga un nombre! Y se le vino a las mientes otro recuerdo, y es que cuando, en 1442, antes de mediar el siglo XV, fueron entregados al brazo secular de los herejes de Durango —que no escaparon al catálogo de heterodoxos de don Marcelino— aquellos *fratricellos* a que acaudilló fray Alfonso de Mella, hubo entre ellos un Juan de Unamuno, cuchillero, al que se le reputó de "apóstata relaxado".

A todo esto, el día naciente se iba hinchiendo de vela. O sea de vigilia. E iba abriendo sus velas, las otras velas, de la historia. Acordarse y cuerda —se dijo— contra qué emparenten en son "no son parientes en sentido, y lo mismo les pasa a estas dos velas... pero quién sabe". Y se levantó, se lavó, se vistió, metióse el reló en el bolsillo del chaleco, tomó la pluma y ya, con pulso tranquilo, dejando a los que esperaban su obra, escribió este artículo.

(*El Norte de Castilla,* Valladolid, y otros diarios españoles, mayo 1934.)

# INTERMEDIO COMICO-LINGÜISTICO

Me interrumpe en el curso de las reflexiones actuales que vengo aquí publicando una postal que recibo de un publicista de Sevilla que firma Juan de Tarfe, y el cual me somete un pequeño problema de propiedad lingüística castellana. Pequeños problemas que tienen sus aficionados, como los tienen los de ajedrez, y que sirven, sin duda, para aflojar la cuerda del ánimo y cuando éste se halla sobrado tendido; como se hallan nuestros ánimos actualmente con los problemas —algunos pavorosos— que me vienen inspirando mis "Reflexiones actuales". Y esos amenos problemas lingüísticos tienen comarcas y lugares en que se les cultiva más y mejor, y me parece que Sevilla, tierra de eruditos, estilistas y bibliófilos, sea uno de esos lugares. Y vamos al caso, ya que la cuestión es pasar el rato.

Mi consultante me pregunta si es que se debe decir y escribir *médula*, esdrújulo, o *medula*, llano, como observa que ahora se viene escribiendo, aunque no diciendo. Lo que se debe a que los regentes de imprenta, que siguen las normas académicas —¿y a qué otras van a sujetarse, si ellos no son lingüistas?—, se atienen en este caso a un precepto académico fundado en que la palabra latina *medulla* es llana, se acentúa en la *u*. Ahora que el castellano no se ha atendio siempre, ni mucho menos, a la acentuación

etimológica latina, y que muestra una muy marcada tendencia a esdrujulizar las palabras. El vulgo propende a decir *méndigo, périto* y otras palabras así. Es el uso, derecho y norma del decir.

Y esto se observa más cuando se trata de palabras griegas, que unas veces nos han venido por el latín, donde cambiaron su acentuación, y otras las hemos tomado con la acentuación griega. *Filosofía,* con cinco sílabas, decimos y escribimos, a la griega, en castellano, cuando en latín *philosophia* tiene cuatro, y el acento, en la segunda *o*. *Sinfonía,* dicen y escriben todavía hoy los griegos, mientras el latín hizo *symphonia,* con el acento en la *o,* de donde nuestro *zampoña*. Y aquí, ¿qué prevalece? En general, el uso, cuando luego los preceptistas académicos no logran cambiarlo. A mí me enseñaron a decir y escribir *telégrama* y *epígrama,* esdrújulos, que es como fueron y siguen siendo en griego —así como también *prógrama—;* pero luego un señor académico —me parece que fué un ex-jesuita, tocayo y amigo mío, con quien discutí de ello— se empeñó en que se acentuaran a la latina, con el acento en la anteúltima *a* —*telegráma* y *epigráma*—, por una regla que no reza en griego. Y ya casi todos dicen y escriben telegrama, menos yo, que sigo diciendo y escribiendo *telégrama,* esdrújulo, como me acostumbré desde niño y por esto. Y más cuando la innovación o rectificación no es fundada. Y el caso de *medula,* llano, o *médula,* esdrújulo, no me lo he propuesto por ser palabra que no empleo, sino meollo o, en otros casos, tuétano. Ni estaría mal migollo, como por aquí se dice. De modo que escoja Juan de Tarfe lo que mejor le parezca.

Estos divertidos problemillas ortológicos y ortográficos son más regocijantes cuando se trata de nombres de pila y de apellidos. Hoy se dice y se firma Telesforo, y otros Telésforo. Y en los apellidos, quién

Lizárraga —el segundo apellido de mis hijos— y quién Lizarraga, llano (en vascuence no es propiamente, ni una cosa ni otra). Sabido es el caso del que protestaba contra que se le supusiera Ormaechea sin *h* y no Hormaechea con ella. Y no advierten que hay muchos apellidos cuya ortografía y ortología ha cambiado con las generaciones. Y como ésta es una curiosa fuente de pequeñas vanidades de diferenciación, quiero contar dos casos típicos.

Uno es el de un funcionario gubernativo que conocí en esta ciudad de Salamanca, donde ejerció de secretario del Gobierno Civil, que se firmaba Mhartín Guix, con una hache después de la primera *m;* y como yo supusiera que él deseaba dar explicación de esa significativa diferencia, le pregunté por ello, y me explicó muy satisfecho que él no era de esa turbamulta de Martines —así, sin *h*—, sino que su abuelo había sido un escocés Mac Hartin, que escriben M'Hartin; que su padre le quitó el apóstrofo, dejándole en MHartin, y él minisculizó la *h,* pero la dejó como señal de distinción escocesa en su apellido. ¡Y cuántos casos análogos conocemos! Y otro, el de la tragedia de un pobre señor que decía llamarse Gárcia, bisílabo, con el acento en la primera *a,* y la gente se empeñaba en llamarle García. "Ya ve usted —decía—: confundirme con un García cualquiera. Preferiría que de estropearme el apellido, me llamaran Jarcia, como la de los barcos. Figúrese que den en llamarle al señor Barcia Barcía."

Mas donde se dan con mayor frecuencia estas divertidas diferenciaciones lingüísticas es entre los nacionalistas. En las de mi nativa tierra vasca no sólo han dado muchos en cambiar la ortografía tradicional de sus apellidos, la que usaron sus padres y abuelos, sino que al citarlos los citan como ellos no se citaban. Les aplican una caprichosa ortografía vasca, de reciente invención; la ortografía —o mejor, hetero-

grafía— de Euzkadi (nombre disparatadísimo); que no se conocía en la Euscalerría o Vasconia —no Basconia— de mis mocedades. Pero el colmo de la puerilidad ridícula es el de ciertos gallegistas que, con una mentecatez pseudo-céltica y pseudo-suévica inefable, han dado en las innovaciones diferenciales más camelísticas. "¡Haxádegos de cadeirádegos!" ¿Que qué es esto? Pues... hallazgos de catedráticos. Que a semejanza del castellano "hallazgo", cuyo sufijo —azgo— viene del grecolatino *-áticu,* han forjado de *haxar,* hallar —que en rigor etimológico habría de escribirse, tanto en castellano como en gallego, según la derivación más probable, sin *h* inicial—, un "haxádego", y de catedrático "cadeirádego". Y se quedó tan ancho el pobre diablo diferencial de semejante ocurrencia.

Y siguiendo con la *h* —recordemos al Hormaechea—, veamos que esos archipueriles galleguistas dan en escribir Hespaña con *h,* como en portugués, *Hespanha,* y no como en castellano, España, y en francés, *Espagne,* y no por atenerse a la etimología latina de *Hispania,* sino para diferenciar la Hespaña galleguista —no gallega, pues ésta se ríe de tales mentecatadas— de la España española y gallega. Y en uno de esos escritos celtosuévicos —sus escritores no saben una palabra ni de celta ni de suevo— hemos visto llamarle a doña Concepción Arenal, Areal. Y recordamos que un buen amigo nuestro, de apellido Blanco, en una época de exaltación galleguista, se firmaba Branco, aunque luego volvió a hacerse blanco. A ningún catalán, vasco o gallego de buen sentido y sano juicio se le ocurre, si lleva apellido castellano, de su padre o su abuelo o bisabuelo, catalanizarlo, vasquizarlo o galleguizarlo, haciéndose, por ejemplo, de Pueyo, Puig; de Casanueva, Echevarría, o de Ballestero, Besteiro.

Y esto nos saca de este intermedio cómico-lingüís-

tico para llevarnos a unas reflexiones actuales sobre el triste aspecto de la puerilidad —que suele rayar en demencia—, de la manía de diferenciaciones nacionalistas regionales. No es lo peor eso que se llama separatismo, sino las tonterías con que están envenenando —nada más venenoso que la tontería— a una pobre juventud de señoritos aldeanos —aun los criados en ciudad—, cuya enfermiza vanidad están cultivando esos que fingen creerse redentores de pueblos oprimidos por el incomprensivo imperialismo centralista castellano. Y ahora, hasta el próximo artículo... ¡agur! *Agur,* que es como han dado en decir los señoritos aldeanos diferenciales de mi tierra, sin percatarse de que *agur* —en latín, *bonu auguriu,* esto es, buen agüero o buena suerte— es una expresión tan latino-castellana como *adiós* y que nada tiene de eusquérica o vascongada diferencial. Y ya veremos el meollo —medula o médula, es igual— de esas diferenciaciones entontecedoras.

(*Ahora.* Madrid, 18-XII-1934.)

## LECTORES DE ESPAÑOL

Acabo de experimentar —una vez más— la actuación de juez de oposiciones a cátedras —ahora, de Lengua y Literatura españolas— de Institutos. Uno de Madrid. Mi impresión, en general, halagüeña. Recordaba las cinco oposiciones a tres... —empleemos la fea palabra— "asignaturas" que hice en mis años moceriles hasta que... "saqué plaza"... Y otras en que actué también de juez. El nivel medio se ha elevado. Sobre todo en honradez intelectual. Sean cuales fueren las deficiencias de los opositores, no se empeñan en llenar el tiempo máximo de cada ejercicio ni lo llenan con frases hechas, lugares comunes y vagas generalidades. Conocen el cuestionario, y hay un mayor porcentaje que en mi tiempo de los que prueban haber leído más que libros de texto escolares. Y los hay que saben leer —en voz alta, ¡claro!— bien y con sentido, lo que tengo por prueba definitiva de buen entendimiento bien cultivado. Cabe decir que buen lector es buen entendedor y, por tanto, buen explicador.

Primero, que no repiten tanto como antaño, y sin más, de coro, los juicios ya hechos por los consabidos "autores" —"los autores dicen..."—, sino que los corrigen de propio juicio. Tiempo hubo en que nuestro gran don Marcelino, el santón de la crítica —y se lo dije a él mismo—, hizo, sin quererlo ni

saberlo, un cierto daño con sus obras ofreciendo a los pobres opositores de cátedras un remedia-vagos que les ahorraba el trato directo y continuo con los otros autores, con los verdaderos autores, con los creadores de lengua y de literatura, y no con los críticos y expositores. ¿Y qué se diría de la crítica de críticas? ¿Quién se atrevía a opinar contra el fallo de don Marcelino? Su pluma, "cetro intelectual de España", dijo el muy barroco Vázquez de Mella. Tomábanse los juicios de Menéndez y Pelayo ya hechos, como pavos a quienes se les empaniza con nueces, con sus cáscaras y todo. Apenas si a muchos se les ocurría leer lo que leyó don Marcelino, y aun más —pues dejó sin leer o más que echar vistazos bastante más de lo que supone una absurda leyenda de papanatas—, y leerlo como él lo leía. ¡Qué formidable lector era el gran maestro! Lector en voz alta quiero decir. Y mejor declamador. ¡Qué manera de declamar la suya!

Esto de saber leer es acaso lo fundamental en la enseñanza de lengua y literatura. Leer debe ser decir y no recitar o rezar. Ni —no siendo en su caso— declamar. Leer lengua hablada, lengua dicha, mas no redicha. Para aprender a decir hay que saber oír, como para aprender a escribir hay que saber leer. Hay quien escribe en voz alta, y quien, susurrando o mormojando. Otro día diré —en comentario a lo de Larra de si no se lee porque no se escribe o no se escribe porque no se lee— que no se lee porque no se ha enseñado a leer. De lo que, entre otras cosas, esos doctores de escopeta y perro, analfabetos por desuso, que aún quedan por tierras de España. Y es el más funesto analfabetismo.

En uno de los cursos de don Marcelino a que asistí nos leyó (o declamó más bien) en clase —pues ello lo pedía— el prólogo de la *Historia del levantamiento y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV*, de

Melo, y su discurso de Pau Claris, y fué tal el efecto que aquella lectura —lectura es lección— nos produjo a los oyentes, que salimos a leer o releer a Melo y a comprar algunos —en librería de lance acaso— su maravilloso libro declamatorio. Y entonces comprendí algo que mi posterior experiencia docente me ha confirmado, y es que basta leer con sentido, entono y cariño un texto clásico para que quien lo oiga se dé clara cuenta de todo su contenido artístico. Hay quienes no se enteran de algo que han leído —y acaso varias veces, o a lo mejor, se lo saben de memoria pasiva— hasta que se lo han oído leer a lector recreador. Tal era don Marcelino. Lector, leyente —"lente" se le dice en Portugal— se le llamaba un tiempo al que llamamos hoy catedrático (de cátedra, que es cadera o asiento). Asiento de profesor oficial.

Siendo, lectores, el que esto escribe o dice presidente del Consejo Nacional de Cultura al tratarse de formar expediente a un catedrático ya difunto, uno de los cargos que se le hacía era el de que un profesor universitario —¡ahí es nada!— se limitaba casi a leer desde su asiento un libro. "Si el libro es bueno y lo lee bien, hace más y mejor que la mayoría de los catedráticos (asentados) de conferencia", hube de decir... Pedantería suponer que un asentado universitario es más que un dómine de párvulos y pedantería suponer que haya nada más fundamental que lo elemental. Maestro de escuela que leyendo sepa hacer llorar, y reír, y sentir, e imaginar, y pensar a párvulos es maestro de enseñanza maestra, de obra maestra y prima.

¡Leer! No recitar con uno u otro sonsonete. Como el de esos abominables recitadores y recitadoras. A los que se les da a leer en voz alta algo que no se sepan de memoria y es un desastre.

¡Lectores de español! ¡Qué falta nos hacen en las escuelas de todos los grados! Lectores que enseñen a

leer español a los niños y a los grandes de España; lectores que hagan sentir el milagro permanente de nuestra lengua madre —madre e hija nuestra—, que les enseñen a re-crearse en ella para poder re-crearla. C conservarla, ya que, como decían los teólogos escolásticos, la conservación es una creación continua, una re-creación. Y lectores de español para fuera de España. Algunos andan por el extranjero sin la debida protección de nuestro Gobierno —los que lo merezcan—, y en esto me he de ocupar otro día. Lectores que están contribuyendo a la mejoría de nuestra estimación entre otros pueblos.

Levanta el ánimo notar que se vayan preparando lectores de español, que lo lean para enseñar a leerlo. Cuando el cogollo de nuestro patrimonio espiritual: la lengua, con todo lo que ella consigo lleva, esté en tales ánimos piadosos, de verdadera piedad patriótica, España, nuestra España, se conservará, seguirá creándose, pues se oirá la voz íntima de las entrañas de su habla.

(*Ahora*. Madrid, 15 enero 1935.)

## INTERMEDIO LINGÜISTICO

### BAJO, SOBRE Y DESDE EL BARBARISMO.

No hace mucho ocupé aquí algo más de dos medias columnas con una consulta sobre si debe decirse y escribirse *médula* o *medula* que me dirigió un escritor sevillano. A mi respuesta le puse flecos y caireles. Ni era la primera vez que se me requería a semejante menester. Que no debo rehusar siempre. ¿Tengo derecho acaso a defraudar la curiosidad de mis lectores y la confianza que en mí ponen? De ordinario, puedo remitirles a cualquier manual —muchas veces pedal— de gramática o de lexicografía, pero como presumo que a lo que vienen a mí es en busca de los flecos y caireles, es de mi deber satisfacerles. Y ahora se trata de un nuevo caso.

Desde Calahorra, en la Rioja, me escribe un don Angel Díaz Oliván sometiéndome un punto muchas veces aclarado, y es si oficialmente es correcto decir "bajo el punto de vista" en vez de "desde el punto de vista". La tertulia —encantadoras tertulias de casinos lugareños— calificó la frase de "bajo, etc." de barbarismo. Mas he aquí que mi consultante lee en la prensa que don Santiago Alba emplea el giro igual al que como el contertulio calagurritano descalificado, y de aquí que el señor Díez Oliván se pregunte si "bajo el punto de vista" "es —copio su carta— un

barbarismo como creí en un principio". Vamos a ello y a qué es eso de "barbarismo".

Aunque el presidente del Congreso de los Diputados no sea, por serlo, autoridad lingüística —ni siquiera es académico todavía—, es, sin embargo, un castellano de expresión muy propia, ceñida, correcta y castiza en nuestro romance, y si empleaba ese giro, es de creer que sabría por qué. Mas lo que presumo es que el reportero que le hizo emplearlo debió de traducirlo a su propio uso reporteril. Como no fuese que a don Santiago, por contagio, se le escapase uno de tantos barbarismos parlamentarios, algunos de feliz ocurrencia, y que acaban por prevalecer. Y por otra parte, el presidente de la Cámara, que habla desde lo alto de su poltrona y desde ella puede mirar hacia abajo a sus presididos, puede, con entera propiedad, decir "bajo mi punto de vista" ya que el suyo, su punto de vista, está —especialmente— por encima de los puntos de vista de los diputados.

Al que desde lo alto de una cumbre mira a lo hondo de un valle, le cabe decir que ve a éste "bajo su punto de vista", como al que desde lo hondo del valle mira a lo alto de la cumbre le cabe a su vez decir que lo mira "sobre su punto de vista". Y ambos dirán bien si dicen que lo ven "desde su punto de vista". Que tan desde es el "bajo" como el "sobre". No es el caso de otra expresión desatinada, y es la de decir: "bajo la base". Con lo que quedamos en que lo de "bajo el punto de vista" podrá ser eso que las gramáticas y los diccionarios llaman barbarismo, pero no es, en ciertos casos, un contrasentido.

A propósito de esto de "bajo" o "desde", conviene tener en cuenta —lo repito— que tan "desde" puede ser el "bajo" como el "sobre". Como por otra parte lo mismo se puede ir —parlamentariamente sobre todo— desde la izquierda a la derecha que desde la derecha a la izquierda. ¡Qué estropicios exe-

géticos traen estas metáforas espaciales (no especiales!). En un breve ensayo que titulé: "La vertical de Le Dantec" (aquel ateo profesional y biólogo) y que figura en mi libro *Contra esto y aquello* —desgraciado título este segundo, el del libro, que me ha hecho aparecer como lo que no soy (yo me he forjado gran parte de mi leyenda negra)— me burlaba del ingenuo racionalista que suponía que hay líneas verticales de arriba abajo y otras de abajo arriba —las líneas—, que recuerda lo del higienista —catedrático, ¡claro!— que enseñaba en clase que las calles cuesta abajo son más higiénicas que las calles cuesta arriba... Cuando se sale uno de la geometría pura para meterse en esas impurezas fisiológicas de arriba y abajo, delante y detrás, derecha e izquierda, todo pensamiento se trastorna. Y se cae en lo de aquel que se preocupaba de si Madrid está más cerca de Barcelona que Barcelona lo está de Madrid. O si Levante es izquierda y Poniente derecha, o al revés. Acertijos encajados en la pereza mental política corriente, a la que tanto le cuesta elevar como bajar la mirada.

En latín, *altus, a, um* quiere decir alto o profundo, según de donde se mire. Para el que mira a una sima desde el borde cimero de ella, la sima es profunda, y para el que la mira desde el fondo de ella, es alta. En latín, en uno y otro caso, alta. Y nos queda en la expresión "alta mar", que quiere decir "mar profunda". Aunque la profundidad de una mar no aumente según nos alejamos de la costa, no siendo en primeros trechos. Y viniendo a metáforas, podemos decir que los pensamientos profundos son elevados; que el que ahonda se encumbra.

Y ahora, a lo de "barbarismo". Que según el *Diccionario manual* (no muy de mano) *e ilustrado* (quiere decirse que con estampitas) *de la lengua española* de la "Real (perdón, lector republicano auténtico; la

edición es de 1927) Academia Española" es: "vicio del lenguaje que consiste en pronunciar o escribir mal las palabras, o emplear vocablos impropios". ¡A ver! ¿vicio? Vicio se le llama por aquí (Salamanca) al abono, y los barbarismos han abonado nuestro romance. ¿Vocablos impropios? ¿En qué consiste la propiedad? ¡Barbarismo! Los bárbaros sacaron del latín los romances como del viejo Imperio Latino hicieron el Sacro Romano Imperio; los bárbaros cristianizados hicieron las lenguas vulgares. Los mismos hispano-romanos eran, en rigor, unos bárbaros. Los bárbaros, analfabetos o iletrados, re-crearon nuestros idiomas al cobrar conciencia de ellos, que es más que cobrar simple conocimiento; que es, además, tener de ellos sentimiento, de los idiomas en que se siente y se piensa. Y así el que con plena conciencia de lo que quiere decir "bajo el punto de vista", empleara este giro desde su punto de oído, lo emplearía con perfecta propiedad. Y sin hacer caso a como hablen las autoridades. Por lo cual me permito recomendar a los de la tertulia de Calahorra y a los de otras por el estilo, que se esfuercen por cobrar, no ya conocimiento, sino sentimiento —y consentimiento— de su lengua madre —madre de su pensamiento— y lo antepongan al uso de los que están sobre ellos así como al de los que están bajo ellos. Y piensen que el pueblo bajo puede mirar hacia arriba y acertar en propiedad. Y que en rigor hay iletrados más entrañadamente cultos que los llamados cultos, que aquellos de que tan desaforadamente se burló Quevedo, el más grande zahondador y desentrañador de nuestro bárbaro romance castellano. Y basta por hoy, pues he de tener que volver a esta mi tarea —tarea política también— de hacer pensar a mis compatriotas en conciente y entrañado romance castellano.

Y, por fin, gracias a don Angel Díez Oliván y a sus contertulios de Calahorra por haberme dado oca-

sión de escribir un artículo sin paradojas —digo: me parece...—, como las llaman los que no saben lo que quiere decir paradoja. Es que lo he escrito bajo mi punto de vista y de oído lingüísticos, el de que hay que abonar con vicio el romance maleado por los cultimos, ya que contra maleza, abono. Hasta parlamentario. Y ahora a conmoverme con otras cosas, después de haber aflojado la cuerda de la ballesta. Ya la templaré tensa para que entone.

(*Ahora.* Madrid, 6-II-1935.)

# CONFIDENCIA

## De propina

Al leer el otro día, en busca de alimento para mi trabajo, una gacetilla cualquiera... ¡Y qué de cosas suscitan las gacetillas! Croniquillas, desde luego. Y por ello, André Gide las colecciona. Que un gacetillero anónimo, un reportero modestísimo, puede ser, a su modo, un poeta épico y dramático y un historiador. Al leerla, pues, choqué con una frase hecha —o me chocó, ya que los choques suelen ser mutuos— y al punto me puse a deshacerla. Para rehacerla luego, ¡claro! La frase, trivial, está henchida de expresión inconciente, de un sentido casi en contrasentido con el etimológico. Dice que a un pobre chico "le propinaron una soberana paliza".

"¿Le propinaron?", me dije. Propinar quiso decir brindar, darle a uno de beber —una medicina, verbigracia—, casi abrevarle. Y tiene, desde luego, relación con propina. Se le da a uno una propina en dinero para que eche un trago —empinando el codo, aunque empinar venga de otro radical que propinar—, para beber, *pour boire,* que se dice en francés, y *Trinkgeld* en alemán. ¿Propinar una paliza? ¡Bueno, adelante!

"... Una soberana paliza..." ¿Soberana? Al detenerme en esto por poco pierdo el hilo —si es que le tiene— de mi discurso. No lograba domeñar mi fan-

tasía. Me acordaba de la soberana paliza mental que nos propinaron en las Constituyentes con el batiburrillo aquel de las soberanías. Y quise saltar por ello para rehacer la frase antes de hacerla polvo. Porque si con barro de tapial se hacen casas, y con ladrillo casas y hasta torres, con polvo de ladrillos es poco hacedero ello. Es como esos historiadores —por lo común, tradicionalistas— que quieren rehacer la historia con polvo de pasadas instituciones y creencias.

Al llegar acá le estoy oyendo a algún lector que se dice: "Pero, ¿a dónde va este hombre con este saltar de una palabra en otra, de una idea en otra idea? Esto parece más que una marcha, un baile". Y así es. Y más ahora, que estamos en época de bailes y de fútbol. Y nosotros, los vascos, somos famosos por nuestra agilidad —ya dijo Voltaire que bailábamos en el Pirineo— y por el juego de pelota. ¿No hemos de pelotear con las ideas y con las palabras? Y bailar no es marcar paso de ganso, a la prusiana, para lo que hace falta método. Y método es camino. ¿Método de trabajo?

Veamos esto. Un bailarín y un futbolista son también trabajadores. De su clase, como los pide la República constitucional y soberana. Y yo soy trabajador de mi clase. En mi clase aprendí —y enseñé— a trabajar. ¿Que sin método? ¿Que en individualista anárquico? ¡Bah! Tengo que repetir aquello de que cuando le oí a don José Echegaray que se había dedicado, viejo ya, a la bicicleta por ser ésta el medio de locomoción eminentemente individualista, le atajé diciéndole: "No, don José; el medio de locomoción eminentemente individualista es caminar solo, a pie, descalzo y por donde no hay camino. Pero ¿bailar?; ¿bailar en un tablado y ante un público? El tablado es camino todo él. Y el público contribuye al baile. Si es que, en cierto modo, no lo acompaña...

Y al ir ahora a fijar todo esto por escrito y para los demás, para mi público, detengo un momento, para leerlo, mi pluma estilográfica... ¿Pluma? Esta no sé si formó en ala de vuelo; pero de estilo, de estilete algo quiero que tenga. Y al detenerla, y después de leído lo antecedente, cierro los ojos y veo la sangre circular por mi retina, y oigo el rumor de ella por el pabellón de la oreja, y la siento palpitar en mi corazón. Me siento vivir, esto es: trabajar. Y trabajarme. Y siento que trabajamos juntos: nosotros, yo y mi público. Y yo de él. Y así se olvida uno que tiene que morirse. El trabajo —y más en común— hace olvidar que hay que morirse. Y de morirse, morirse de trabajo, de vida. Lo sublime de la muerte del Sócrates del *Fedón* platónico es que se murió comentando su muerte. Como aquel heroico médico que en su lecho de agonía explicaba su enfermedad a sus discípulos.

¡Trabajo en común! Aquella comunidad de los Hermanos de la vida común que fundó Gerardo de Groote de Deventer, en Flandes, a mediados del siglo XIV se componía de hombres que trabajaban y oraban, laicos, que sin poseer nada propio, rehusaban pedir limosna y proveía cada uno a su sustento por su trabajo, generalmente pedagógico y literario. Fundaron escuelas. Y la generación que educaron en ellas fué uno de los instrumentos más activos del Renacimiento. Mucho les debió la Universidad de Lovaina, fundada luego, en 1426. Y esos Hermanos recuerdan a aquellos primitivos cristianos de que nos habla el libro de los Hechos de los Apóstoles, que tenían todo en común. El tan mentado comunismo cristiano primitivo. El de los flamencos, más un comunismo espiritual que económico.

¿Comunismo espiritual, intelectual? No nos enredemos con lo de comunidad. Que puede una comunidad no ser comunista en el actual sentido corrien-

te. Si es que tiene ya, después del abuso del vocablo, sentido algo claro. Desde luego, cuanto más se lo oye uno explicar a los sedicentes comunistas, menos lo entiende. Y dejando, pues, esto, hay que fijarse en que el público que atiende y sigue a un hombre público, escritor, orador, pensador, sentidor, poeta, forma una comunidad tácita con él y que trabajan y se comunican —más que se cambian— ideas y sentimientos. Siempre que el hombre público —el publicista en casos— no trabaje tan sólo para su sustento económico material —lo que suele decirse *pro pane lucrando*—, sino trabaje para vivir y hacer vivir espiritualmente, para ir olvidando la muerte suya y la de los que le atienden. Pensar, y hablar, y escribir como si uno hubiera de vivir para siempre y hubieran de vivir para siempre los que le oigan y le lean. Aquel gran maestro de historia —Tucídides— que dejó escrito arrogantemente que él escribía ¡"para siempre"! Y esto es verdadero trabajo, energía creadora.

Y al llegar a esto en mis reflexiones me entero de la muerte repentina de ese dechado de trabajadores y de periodistas que ha sido Dionisio Pérez, ejemplo de lo que podría llamarse eternidad cotidiana y comunidad de solitario. Y, casi al mismo tiempo que me entero de la muerte de ese compañero, leo en otra información sobre cosas de Rusia esta frase: "equipo de escritores de choque... para celebrar el plan quinquenal", y me quedo pensando en ella, tan huera como lo de "crítica de masas". Una comunidad de lectores no es, desde luego, una masa. Esa cosa informe que llamamos masa. Mas de esas vaciedades, otra vez.

Y aquí tienes, lector de nuestra comunidad, amigo nuestro, aquí tienes una propina de

Miguel de Unamuno.

(*Ahora*, Madrid, 8-III-1935.)

# INTERMEDIO LINGÜISTICO

## ALGO DE ONOMÁSTICA

A una atenta lectora atenta.

Muy señora mía —pues no cabe mayor señorío que el de los lectores ni mayor señoría que la de las lectoras sobre un escritor que espiritualmente vive de ellos y de ellas—: Me pide usted que le diga algo a propósito de lo que el protagonista de "mi vieja comedia nueva" —así la he llamado— *El Hermano Juan o el mundo es teatro,* el que se dice ser la última encarnación de Don Juan Tenorio, les dice al casar a Elvira e Inés con sus prometidos cuando él se dispone a morir... teatralmente, de que cuando tengan hija la llamen castizamente "Dolores, Angustias, Tránsito, Perpetua, Soledad, Cruz, Remedios, Consuelo o Socorro..., es decir, si los tiempos no piden que la llaméis Libertad, Igualdad, Fraternidad, Justicia o... Acracia". Y él el pobre Hermano Juan —¡pobre Don Juan!—, se presenta como padrino —o "madrino" mejor, o "nodrizo"—, ya difunto, de las pobres niñas venideras. Algo así como un patrono, pues el santo patrono o la santa patrona, aquel o aquella cuyo nombre nos impusieron en la pila, no aparece sino como un padrino o madrina celestial. Y

este padrinazgo o patronazgo ejerce una señorial influencia sobre la suerte y la vida del sacado de pila.

No hace falta encarecer el dominio del nombre propio sobre el destino de una persona, y más de un personaje Juan Wolfgang de Goethe, en su autobiografía —*Poesía y verdad*—, al hablar de bromas que se permitían algunos con su nombre —el de familia o apellido que diríamos—, nos dice que no es el nombre propio de una persona algo así como una capa que uno se cuelga y a la que se puede dar tirones y desgarrar, sino como un traje bien ajustado y basta como la piel misma con que se ha ido creciendo. Y aún hay más, y es que suele el hombre sentirse obligado al nombre que le impusieron y lleva. Cuando no le pesa, que sucede a menudo. Y si el nombre pesa sobre uno, pesa sobre los que con él le llaman. Y si se ha dicho que el que la nariz de Cleopatra hubiese sido más o menos larga habría cambiado el curso de la Historia, cabe decir con igual fundamento —sea el que fuere— que habría cambiado con el curso de la vida de un personaje histórico el de la Historia si ese personaje se hubiera llamado de otro modo que como se llamó. Cuántas veces no se dice una persona: "¡Mira que te llamas así!".

Y viniendo a lo de los nombres de mujeres entre nosotros, he de decirle, señora mía, que cuando estaba yo en París producía efecto en ciertas señoras el traducirles los nombres de mujer significativos entre nosotros. Pues es sabido que el número de nombres propios femeninos es en Francia mucho más limitado que entre nosotros y que hay unos pocos que se repiten Figúrese lo que sentirían cuando les traducía Dolores, Angustias, Socorro, Remedios, Tránsito —o sea, Muerte—, Tormento, Amparo, Consuelo, Exaltación, Soledad... y tantos más así. Una señora hispanista que conocía el *Quijote* me habló de aquello de poner un nombre "alto, sonoro y significati-

vo", cuando ella creía que el nombre de pila no debe tener significado común concreto, sino ser dulce, —como Dulcinea, aunque aquí entra lo significativo— y armonioso o eufónico. "Pero, señora —le decía yo—, y si uno al decir a su mujer ¡vida mía! o ¡alma mía! emplea su nombre propio, ya que Vida y Alma lo son".

Fíjese que entre nosotros, los más de los nombres propios expresivos de cualidades elevadas son femeninos. Y son nombres sustantivos. Llamarse Prudencia o Constancia no es como llamarse Prudente o Constante. Por lo cual se hizo Prudencio y Constancio. ¡Qué diferencia de llamarse Clemencia a llamarse Clemente! Esos nombres propios femeninos son sustantivos, de sustancias, de ideas madres. Consuenan con la maternidad, sustancia histórica —espiritual— de la mujer. Llamarse Clemencia, verbigracia, no es como llamarse Clementina. Y algo de esto de ideas madres tienen ciertos nombres propios femeninos que celebran una *matria* —no patria chica—, nombres geográficos o toponímicos expresivos de alguna localidad o santuario donde se da culto a una advocación de Nuestra Señora. Así, Pilar, Covadonga, Guadalupe, Montserrat, Begoña, Nuria, Atocha... y tantos más así. Entre ellos, algunos que no son propiamente españoles, como Loreto, Saleta, Lourdes y otros. También estos nombres expresan algo así como ideas madres. No me acuerdo ahora de ningún nombre propio de varón de origen así toponímico, el de algún Cristo, por ejemplo. Como no se tome por tal el del apellido de un santo patrono, tal como Asís, Javier —de un nombre vasco, Echaverri, Casanueva, el del Castillo de San Francisco Javier—, Solano, Alcántara y otros por el estilo. Los nombres propios de tierras —montañas o lugares—, de tierra maternal, suelen, por lo común, quedarse para las mujeres, más maternalmente ligadas a la

tierra, más *matriotas* que el hombre. Y por ello, más conservadoras.

En cuanto a los nombres propios femeninos insignificativos –aunque algunas veces altos y sonoros—, oiga usted, señora mía, algunos de los que tengo recogidos no más en la provincia de Palencia. Y son: Onesífora, Teotista, Filiosa, Epafrodita, Olresciencia, Alaramelute, Einumisa, Sinclética... ¿A qué seguir? Y dejo otros que no son del todo insignificativos, como Presbítera, Simplicia, Perseveranda...

Ahora podríamos entrar en las abreviaturas o "pequeños nombres", como les llaman en Francia, tales como los comunísimos: Lola, Tula, Nati, etc. Recuerdo de una a quien llamaban Rica, y al preguntar yo si era Ricarda, me contestaron que no, sino Enrica, ya que su padre se llamó Enrique. "¿Y por qué no Enriqueta?", pregunté. Y la madre, algo bachillera, me replicó que no le gustaban esos nombres en -eta. Era de una región en que se masculinizan los nombres de mujeres, los maternos, y hay quienes se llaman Rito, Magdaleno, Margarito, Roso... Y es curioso que si hay nombres de flores entre mujeres, entre hombres no los recuerdo apenas.

¿Curiosidades? A las veces, algo más grave. Que si Goethe reprobaba a los que se permiten frívolamente jugar del vocablo y aun del concepto con los nombres propios de las personas o con sus apellidos, ¿qué diríamos de aquellos padres o padrinos que se divierten en ponerles a sus hijos o ahijados nombres de pila o combinaciones de ellos con el apellido que se presten luego a bromas? El denominar a uno, el llamarle con un nombre u otro, es algo más serio de lo que esos padres o padrinos frívolos se figuran. Por lo cual se explica la preferencia en ciertas familias por los nombres insignificativos para quien no conozca su etimología. Muy a menudo, nombres tra-

dicionales en la familia. Y más si tienen resonancias bíblicas.

Y ahora, elevando el plano, tengo que repetir, señora mía, lo que ya he dicho antes de ahora, y es que a nuestra pregunta de "¿qué es eso?", se nos responde casi siempre por cómo se le llama. Ser es llamarse —y que le llamen a uno—, y el nombre —otra vez más—, la sustancia espiritual de una cosa. Hasta en política, que suele ser el arte de degradar los nombres al vaciarlos de sentido histórico.

Que usted conserve, señora mía, muchos años su dulce nombre y que lo haga efectivo le desea

Miguel de Unamuno.

(*Ahora.* Madrid, 15-III-1935.)

# INTERMEDIO LINGÜISTICO

## Atender y entender

No hace mucho tiempo publiqué aquí mismo un artículo sobre la importancia de enseñar a leer en voz alta, con los oídos y no sólo con los ojos, a los jóvenes españoles. El artículo fué muy comentado —me consta— y se reprodujo en algunos periódicos americanos. Y hoy tengo que volver sobre uno de mis temas análogos favoritos, y es el de que la gente se oiga cuando habla, se entere de cómo suele decir las cosas, que con frecuencia no se da cuenta de ello. Y no para que se corrija, no, sino para que tenga conciencia —que es más que conocimiento— de su propia habla. Pues estoy harto de observar cómo a muchos les parece oscuro o enrevesado un giro que es el que espontáneamente emplean ellos mismos cuando no se violentan esforzándose por hablar lengua escrita. Y no me refiero principalmente al uso de ciertos vocablos o acepciones corrientes de ellos, sino a modos de construcción.

En cuanto a lo de vocablos y sentidos de ellos, sigo recibiendo consultas, las más de las cuales se refieren a usos regionales, comarcales o locales de un término cualquiera. Y tengo que repetirles siempre lo mismo, y es que cuando una expresión es aceptada en un lugar cualquiera es dialectal —esto es, conversacional— de su habla; es en ese lugar perfecta-

mente sana. Vaya un ejemplo. Hace poco un joven de Santa Cruz de Almería me preguntaba si está bien dicho "hablar callando", como, según él, se dice y es corriente en toda aquella provincia. Y fuera de ella, agrego yo. Para ese curioso joven la tal expresión es paradójica —¡ya salió aquello!—, pues supone que callar es lo contrario de hablar, es dejar de hablar —como el latín *tacere* y el francés *taire*—, cuando originariamente es bajar la voz. Un sentido análogo al que suele tomar, a las veces, el verbo "calar". Se dice también, verbigracia: "Me lo dijo muy callandito". (¡Estos tan expresivos diminutivos de gerundios!). Bajar la voz, callarla, es lo contrario de alzarla. Aunque luego haya sustituído callar a silenciar. Callandito es como, según la Escritura, nos llega Dios, y no tronando; como un susurro (*sibilus*, según la Vulgata). Y así se viene la muerte... "¡tan callando!", dice la copla inmortal. No en silencio, no, sino susurrándonos al oído como soplo que se apaga. Y en cuanto a que la expresión "hablar callando" sea paradójica, ¡bueno!; ¿es que no es paradójico el lenguaje vivo o hablado todo? Si al habla popular, convencional, dialéctica, se le quitan las paradojas, las parábolas y los contrasentidos, ¿qué le queda de vivo? Casi todo lo demás es mera letra, que mata, y no espíritu, que vivifica.

Y no más ejemplos de ello, pues no era de vocabulario, de léxico, de lo que me proponía hablar ahora aquí, sino de lo que se llama sintaxis, de construcción, de ordenamiento vivo de palabras. De régimen, en fin. Que no deja de parecerse a lo que se llama régimen en política. Y hay el régimen popular del habla, su constitución —¡vaya otra!— no escrita, sino íntima y de costumbre. He oído de un alemán que escribió un tratado de Derecho político consuetudinario español no ateniéndose a lo legislado, sino a lo que se hace, pongamos por caso, en

elecciones. Y conocí un teólogo luterano escandinavo que estaba recogiendo datos para escribir un catecismo de la doctrina cristiana popular española, no según los dogmas de la teología católica, sino según lo que el pueblo cree. Y algo así podría hacerse con la sintaxis —y desde luego con la estilística— castellana si en vez de sacarla de la lengua escrita, la convencional de las gramáticas —esclava de cierta lógica—, se la sacara de conversaciones de gentes de pueblo, tomadas a fonógrafo. No a taquigrafía, no, que engaña. Entonces mucha gente se daría cuenta de cómo se habla corrientemente, ya que parece que muchos no se oyen hablar. Y, sin embargo, se entienden perfectamente. Párrafos que en viéndolos escritos declaran muchos que son ambiguos, confusos o acaso ininteligibles, resultan claros cuando uno acierta a pronunciarlos y entonarlos al pelo.

Ello depende de una cierta lógica o racionalidad, generalmente abstracta, que ha venido a perturbar la expresión inmediata y espontánea del sentimiento. Y que da una sintaxis forense, escolástica o parlamentaria, una sintaxis de discurso. Cuando el pueblo conversa, pero rara vez discursea. Y conversa, por supuesto, en lengua hablada. Y hay que ver cuando se pone un hombre de pueblo a conversar por escrito, a escribir una carta, no teniendo presente a la persona a que se dirige, los apuros en que se ve y las violencias que le hace sufrir su habla natural. Escribe en estilo de memorialista y con esas lamentables fórmulas escriturarias o escribanescas. Que acaban por ahogar el pensamiento natural.

Son dos lenguajes. Y en uno de ellos, escrito, esos correctos escritores uniformados que escriben— no hablan— a paso de ganso. O a pluma de ganso, ya que no hablen por boca de ganso. Me recuerdan a esos pobres coleópteros que no tienen más que élitros; ésas que no son alas; pues con ellas no vuelan,

a diferencia de otros coleópteros —tal como el abejorro, llamado en Bilbao *cochorro,* en Santander *jorge,* en Asturias *vacallarín,* etc.— que, levantando los élitros, despliegan las verdaderas alas, las de volar, y vuelan Con los élitros de la lengua gramatical escrita, correcta, lógica, con esa especie de coraza, difícil es volar.

Y ahora quisiera decir algo de aquel pedantesco Erasmo, el latinista —no sé por qué se cree esto sinónimo de humanista—, que no se sabe que dejara escrito nada en su lengua maternal holandesa, a diferencia de Lutero y de Calvino, que debajo de los élitros escolásticos o clasicistas llevaban las alas de sus lenguas nativas, ya que fueron recreadores de sus sendas hablas maternales, el uno en francés, el otro en alemán. Verdaderamente reformadores. Y el otro, el cazurro, cuco y roñoso Erasmo, jamás supo volar. Que no era muy hacedero sino en lengua vulgar. En "román paladino", que dijo uno de los nuestros, romance de humanidad.

Mas como hay tanta tela cortada para todo esto, voy a dejarlo por hoy, prometiendo volver a ello al lector que no sólo no oye lo que lee, sino que no lo entiende por no oirlo. Pues sólo entiende el que oye y no el que sólo ve. Y hay que enseñar a la gente a oír para que aprenda (a) atender. De mis observaciones al respecto he sacado en limpio que generalmente pasan por muy claros y correctos los escritores que no dicen ni se dicen nada y que, por no decirse, no se contradicen nunca, los que le recitan mecánicamente al lector lo que éste lleva escrito —no hablado— en la mollera, el disco. ¡Y hay que ver los entendimientos de rata de biblioteca, mohosos, apolillados y amoscados por falta de oreo de calle y de campo!

Y se continuará por

Miguel de Unamuno.

(*Ahora.* Madrid, 22-V-1935.)

# INTERMEDIO LINGÜISTICO

## SOBRE EL VALER

Otra vez vuelvo a recibir otra carta consultante de otro lector lector desconocido y otra vez sobre puntos no de sentimiento, no de ideales o doctrinas —políticos, científicos, filosóficos o religiosos—, sino de lenguaje. Mas ¿por qué extrañarme? No se trata —en este nuevo caso al menos— de ninguno que va para pedante (que equivale a pedagogo, hasta tradicionalmente), sino de uno a quien, en el fondo, le preocupa algo más hondo que la propiedad y corrección del lenguaje. Si es que puede, en última instancia, haber algo más hondo que ello. Mi nuevo consultante se preocupa del sentimiento del lenguaje, que es el sentimiento del pensamiento. Siente el valor de las palabras, su valor emotivo; no ya su significado sólo, sino su sentido. Siente que no sólo pensamos, sino que sentimos con palabras y por palabras. El juicio que me pide es un juicio de valor.

Cuatro preguntas cardinales cabe hacer sobre un suceso o sobre una persona, y son: "¿Qué es?", "¿Dónde está?", "¿Qué hace?", "¿Qué vale?". Ser, estar, hacer y valer. Y ser, en rigor, no es sino llamarse. Al preguntar de algo o de alguien qué es lo que es, lo que preguntamos es cómo se le llama, cómo se le clasifica, bajo qué nombre se le puede conocer.

¿Será menester acaso volver a repetir aquellas sentencias del Génesis bíblico de cuando Jahvé (Jehová) llamó cielo al firmamento y tierra a la seca y luego llevó Adán, el primer hombre dotado de lenguaje, de poder creador o divino, los animales todos para que viera cómo les había de llamar?; y todo lo que llamó Adán de alma viviente, ¿ese es su nombre? Incluso el nombre de Dios mismo, el nombre que se pide en el Padrenuestro que sea santificado. Sé de alguien que al preguntarle quién era respondió: "Me llaman Pedro". Y, sin darse cuenta de ello, vino a decir: "No soy, sino me hacen Pedro".

La otra pregunta: "¿dónde está", nos pasa del ser al estar, de la esencia a la existencia, del pensamiento al espacio. Y viene la de "¡qué hace?" Y aquí aquello de que le preguntaron a uno: "¿Qué hace usted?", y respondió: "¡Pensar!" Y luego: "¿Y qué piensa usted?" Y él: "¡Hacer!" Y el preguntante se dijo: "¡Así se le va la vida: en pensar hacer...!" Mas no sabía que pensando hacer hacía el preguntado pensamiento para los demás, porque no se lo guardaba, sino que lo repartía. Y es que los otros ni acertaban a pensar lo que hacían ni a hacer lo que pensaban. Y lo que uno hace y piensa es lo que vale. Y de aquí la cuarta pregunta: "¿qué vale?" Pregunta imprescindible para cualquier conceptuación práctica e histórica.

¿Qué es una palabra?, ¿dónde está registrada?, ¿qué hace? —o lo que es igual: ¿qué efectos produce?—, y, por último, ¿qué vale? Y en el valer —valor, valía y validez— se encierran y a la vez se encumbran el ser, el estar y el hacer de la palabra.

Bueno; pues vengamos a la consulta concreta, que, en sí, es bien baladí si no fuera porque se trata de un juicio de validez sentimental. Algo así como cuando algún ingenuo regionalista —casi todos los regionalistas se pasan de ingenuos— pregunta si el

lenguaje diferencial de su región es idioma o es dialecto, figurándose que esto de dialecto implica un juicio peyorativo o atribución de inferioridad. El caso es que mi nuevo consultante me pregunta si al llamarle a algo "secundario" se quiere dar a entender que tiene "un carácter de inferioridad manifiesta, de cosa poco importante, de cosa gris e indefinida, de aparte, de poco, de casi nada". Son sus palabras, que copio. Y en seguida se habrá dado cuenta el lector más desprevenido de que mi consultante estaba pensando en la enseñanza secundaria y en la primaria. He conocido más de un catedrático de la llamada Segunda enseñanza —tan ingenuo como cualquier regionalista que lo sea— que se molesta de que a lo que él enseña se le llame ¡enseñanza secundaria!

Mi consultante supone que si secundario tuvo un sentido de inferioridad "de un tiempo a esta parte —y aquí vuelvo a copiar sus palabras— no sé por qué razones emulativas ni por qué pegajoso sentimiento se viene escribiendo el vocablo "secundarioria" en tono ilustre y prócer, hasta el punto de llamarse a la Segunda enseñanza —que no es segunda para abajo, sino que es segunda para arriba— enseñanza secundaria". Y la verdad, aunque no entiendo bien —ideológicamente— eso de "segunda para abajo" y de "segunda para arriba", siento bien el sentimiento que ha dictado esas palabras... sentimentales. Que resulta más claro en este otro párrafo de la carta que comento: "A tenor de este vicio, y de acuerdo con esta costumbre, va a llegar día en que nos creamos que la Primera enseñanza es más importante que la segunda, que la secundaria". ¿Está claro el sentimiento... facultativo? Y aquí lo de "para abajo" y "para arriba".

Y acaba la carta con estas líneas, bastante confusas: "No es nada más que para saber si el bachillerato,

después de su inestabilidad archiministerial, tiene menos importancia que la enseñanza de párvulos". ¡Tate! —me dije—, y me vino a la memoria todo lo que he sentido —y hasta sufrido— al observar la ojeriza mutua con que, con tristemente sobrada frecuencia —aunque esto va cambiando—, se miran los profesores de bachillerato y los de Primera enseñanza. Y el valor despectivo que en francés tiene el decir de uno que es primario. Verdad que entre nosotros no suele tener mejor valor el decir de alguien que es un bachiller.

Estoy harto de oír a los profesores de enseñanza superior —así la llaman, sin que sepamos en qué consiste su superioridad— quejarse de lo mal preparados que pasan los alumnos de los Institutos a las Universidades y quejarse a los profesores de enseñanza secundaria —siga la jerga oficial— de lo mal preparados que van los niños desde la escuela al Instituto. Y a todos ellos, de la falta de continuidad y de gradación. Y he pensado que acaso convendría hacer que un profesor de enseñanza superior, de lógica fundamental, verbigracia —pues hay lógica sin fundamento—, o de matemáticas sublimes —las hay humildes, —de alta cultura, vamos al decir, fuese— o bajase, si se quiere— a una escuela de párvulos a enseñar a éstos a leer, escribir y contar. Y, sobre todo, a hablar. Y a aprender de ellos, de los párvulos, la estimativa sentimental de valores cuando preguntan: "¿Quién puede más: el león o el tigre?, ¿quién es mayor?, ¿quién es menor?, ¿quién sabe más?" Y esto de "¿quién sabe más" me recuerda lo de un niño a quien, como le oyera yo decir de otro: "Ese Juanito ¡es más tonto!; casi nunca se sabe la lección!", y le dijese: "Puede no saberse las lecciones y ser listo", me replicó: "Pues si no las sabe, ¿en qué se conoce que es listo?" Y ello, a su vez, me trae a la memoria lo que he oído contar del Guerra, el

agudo torero, que como un badulaque le dijese, mostrándole a Menéndez y Pelayo en Santander: "Mira, Rafael, ése el hombre más sabio de España", replicó el gran matador de reses: "¿Y de qué sabe ese tío?" Discreta sentencia, que le pareció una patochada al badulaque. O aquello otro del mismo torero a quien diciéndole de uno que era geólogo, acotó sentenciosamente: "¡La verdad es que hay hombres para todo!" Los hay para la enseñanza primaria y para la secundaria, y para la terciaria, y para la cuartenaria —investigativa— y ¿para qué no? O lo de Bernard Shaw: "El que sabe algo, lo hace, y el que no lo sabe, lo enseña. Hacer, saber o llamar, estar, valer... La verdad es que somos para todo...

(*Ahora*. Madrid, 28-VI-1935.)

## ¿DIVAGACIONES...?

"Y bien, ¿qué nuevo camelo es éste"?, se dirá mi lector —el mío—, al ver esos puntos suspensivos seguidos de un interrogante. O de un gancho. Porque un signo de interrogación es un gancho. Cuando a alguien se le interroga es que se busca engancharle por algo. Y un gancho de esos, interrogativos, es a la vez como esos ricitos jacarandosos que se ponen las mocitas bien pegaditos a las sienes o a las mejillas. Y va de cuento:

Con ese anzuelo de pelo
que llevas en la mejilla,
¿qué vas a pescar, chiquilla,
en este tiempo de celo?
Mira que es también de veda;
mejor que te estés en casa;
no por ir tras lo que pasa
te caigas en lo de queda [1].

Mas no, lector mío, no; no estriba en esto el camelo. Y aunque *camelar*, en caló o en gitano, parece que quiere decir propiamente cortejar. Esos puntos suspensivos, con su gancho o interrogante, quieren decir aquí otra cosa.

Es que estoy desde hace mucho, y en virtud de mi doble oficio de escritor público y de profesor de lengua castellana, preocupado con la pobreza de nuestros

---

1 Del *Cancionero*, Buenos Aires, 1953.

medios gráficos de expresión escrita auxiliares de las letras. La coma, el punto y coma, el punto final, los puntos suspensivos, los guiones, los paréntesis, las interrogaciones, las admiraciones, los diferentes tipos de letras, todo ello no acierta a representar los matices de la expresión hablada. Sería acaso menester poner entre renglón y renglón de letras una especie de pentagrama, un sistema de signos, en cierto modo musicales, que nos dieran sentidos que la mera escritura literal —de letras— no nos da. Sentidos retóricos —en el noble significado—, sentidos de elocuencia, de elocución, no sentidos puramente literarios, esto es, de letra.

Veamos. Pregunta uno: "¿Quién dice eso?" (acentúo el quién porque aquí no es proclítico). Y se contesta: "¡Quién lo sabe!" Otra vez se dice: "¿Quién lo sabe?", como queriendo decir: "A ver, búsquenmele a quien lo sepa." Y otra vez mormojea uno, como hablándose a sí mismo: "¿Quién lo sabe...?" O acaso: "¡Quién lo sabe!..." Que es como decirse: "A saber quién lo sabe..." Y así tenemos: primero, "quien lo sabe"; segundo, "¿quién lo sabe?", y tercero, "quien lo sabe..." Este terrible "quien lo sabe...", que puede ir seguido ya de un interrogante final, ya de un final admirativo. Lo terrible son los puntos suspensivos, puntos de interinidad, de provisionalidad, puntos que acaban en interrogación —en comedia— o en admiración —en tragedia—, puntos que cabe llamar infinitivos.

Consabido es que en la notación aritmética se suelen emplear los puntos suspensivos para señalar las fracciones decimales periódicas. Así 0,33..., treses sin fin, que equivale a 1/3. O también 0,99..., que equivale a la unidad, a 1. Esos puntos suspensivos de la fracción periódica pura nos dicen de continuidad, de que se contienen, de que se tienen unas con otras las cifras; nos dicen de infinitud. Pues lo infi-

nito es lo continuo. Y aquí recuerdo que he oído hablar de un piadoso fraile matemático que se pasa la vida hallando nuevos decimales a "pi", a la relación entre la circunferencia y el radio. Una manera de buscar la cuadratura del círculo. Y que apenas se diferencia de pasársele rezando sin cesar el rosario, cuenta tras cuenta y vuelta a empezar. Y por esto les llamo a los puntos suspensivos interrogativos o admirativos, puntos infinitivos.

¿Bromas? ¡Quiá! No hay tales bromas. ¡¡Ay del que vive en ¿...? o en ¡...!, del que vive de ansiedad, echándole un gancho al infinito, que no se deja prender de él, o admirándole!! ¡Ay del que vive en inacabable suspensión de ánimo! No, no es camelo.

Una vez, era en el campo, tendido sobre la hierba y a la sombra de un aliso, mientras al chorro de una fuente se iba llenando un cántaro. Un cántaro que era algo así como un órgano hidráulico. Según iba cayendo el agua del chorro en el cántaro —caja de resonancia— daba una nota cambiante. Diríase que el cántaro cantaba con lengua de agua. Hasta que se llenó el cántaro, y el agua, vertiéndose hasta los bordes de su boca, cantaba... en puntos suspensivos, en puntos infinitivos. El cántaro entraba en la corriente del regato que de la fuente del chorro nacía. "Nuestras vidas son los ríos, que van a dar en la mar..."

Y mirando acá, a nuestra España, cántaro nacional, y escuchándola, ¿es que no nos encontramos con puntos suspensivos, infinitivos, seguidos de interrogación final? ¿Punto final? ¿Quién va a apuntarlo? Acaso tiene razón Caprotti, el pintor italo-hispánico, cuando lanza su apotegma favorito: "Desengáñese usted, la vida es una cosa provisional." ¿Y no va a serlo una Constitución cualquiera? ¿A quién se le va a ocurrir la desatinada ocurrencia de ponerle a la Constitución punto redondo y final, y hasta entreco-

millada? ¿O parenteticada? ¿Que está en suspenso? ¡Natural!... Peor sería que estuviese reprobada. Así se queda para nuevo examen. ¿Es que se figuran los de las consabidas esencias que con un punto definitivo cierran el paso a los puntos infinitivos? Hace poco me sorprendió leer en un escrito de uno de los esenciales y auténticos que la Constitución que fraguamos —yo entre otros— es una Constitución abierta y no cerrada. ¿Abierta a qué?

Y vea el lector amigo adónde hemos venido a parar, a partir de aquellos anzuelos de pelo que las mocitas pescadoras llevan junto a las cejas supernumerarias. También la Constitución tiene sus anzuelos —de papel— y sus cejas supernumerarias. Y basta de divagación.

(*Ahora.* Madrid, 13-XI-1935.)

# PARENTESIS LINGÜISTICO

## Grafías, logías y gracias

Lo que a muchos se les antoja no ser más que juegos de palabras suelen ser más bien juegos de ideas. Y el juego de ideas es idear, es pensar. Con palabras se piensa. En rigor la llamada filosofía se reduce, las más de las veces, a filología. Tenía razón el Mago del Norte, Hamann, cuando en su Metacrítica se lo recordaba a Kant. Y entre nosotros, en nuestra España, los dos acaso mayores jugadores de palabras, Quevedo y Gracián, ¿no fueron los dos acaso mayores jugadores de conceptos, conceptistas, y los más amargos y penetrantes? Uno y otro, al meter el bisturí de su ingenio en las entrañas de nuestra lengua, lo metieron en las entrañas del alma española.

Ahora voy aquí a disertar brevemente acerca de unos términos técnicos —científicos— que hemos tomado de la lengua griega; acerca de unos compuestos que se han hecho de uso corriente. Se trata de las parejas de *-grafía* y *-logía*. A las que se puede añadir un terno, y es el de *-cracía*. Vayamos por ejemplos.

Todo bachiller que se crea algo instruído se figura saber la diferencia que va de biografía a biología y de geografía a geología, de cosmografía a cosmolo-

gía y que la *-logía* es algo más elevado, más fundamental, más filosófico que la *-grafía*. Que las -grafías —biografía, geografía, cosmografía, etc.—, son algo descriptivo, clasificativo, histórico, mientras que las *-logías* —biologías, geología, cosmología...— son algo explicativo y filosófico. Y, sin embargo...

Sin embargo, la historia es más fundamental, más explicativa, que la filosofía. El que sepa contar —como se cuenta un cuento, una historia— cómo se desarrolla un embrión —¡ cómo!—; el que sepa hacer embriología. Y en cuanto a la biografía, a narrar el desarrollo de la vida espiritual de un hombre concreto, de carne, hueso y sangre, de un individuo; el que eso sepa, sabe más biología que el que nos entretiene con elucubraciones respecto a lo que es la vida en sí. La vida en sí, que no es nada fuera de la vida en un viviente individual y concreto. Y al que os diga que la geología es algo más científico que la geografía, decidle que ésta, la geografía —sobre todo la llamada geografía humana—, es lo profundamente filosófico. Y a la vez filológico. Y ahí tenemos la sociología; esta disciplina —y tan disciplina para manos disciplinantes—, ¿no estaría mejor basada en sociografía? Que es lo que llamamos demografía, como a aquélla se la llamaría mejor llamándola demología.

Y he aquí que al llegar a esto de demografía y demología (sociología) se nos atraviesa otro término obsesionante, cual es la democracia. Demografía, descripción del pueblo; demología, explicación del pueblo; democracia, dominio o poder del pueblo Y se nos viene otra pareja análoga, cual es la de teología y teocracia. Fué la teocracia, o sea el poder o gobierno de Dios, o, mejor, de sus supuestos representantes o ministros del sacerdocio, lo que fraguó, como doctrina en que sustentarse, la teología o ciencia de lo divino, ¿o fué esta ciencia, esta disciplina —¡ y tan disciplina!— lo que dió origen a la teocracia?

¿Salió la práctica de la teoría o salió la teoría de la práctica? Y nótese que junto a la teocracia y teología nos falta otro término, cual es el de teografía. Teografía, conocimiento de la historia de la creencia en la divinidad. O sea, historia del origen y desarrollo de la creencia en Dios entre los hombres. Mas dejando esto —que es harto espinoso— por ahora y aquí, ¿es que la democracia ha llegado a formar una demología, una doctrina del pueblo? ¿Es que siquiera los demócratas tienen del Pueblo —escribámoslo con mayúscula— una noción más clara y más precisa que la que de Dios tienen los teócratas? ¿Es que la expresión "soberanía popular" nos es más definida —y definitiva— que la expresión "derecho divino" de las autoridades? (No sólo de los reyes, pues dice el apóstol que toda autoridad viene de Dios.) La demografía —en que culminó Malthus— nos ha dado la base más firme de la demología (sociología), y ésta es la de la democracia.

Y viniendo al segundo elemento de estas tres especies de compuestos tenemos "cracía", que es poder; "grafía", que es propiamente descripción, de describir (en griego, *grafein*) y "logía", expresión de *legein*, expresar, decir, hablar. La "cracía" dice a la mano o al manejo, a la acción; la "grafía" dice a la escritura, a la visión, o sea a la idea —idea es visión—, y la "logía" dice a la voz, a la palabra. Y así la democracia nos enseña el manejo del pueblo —casi siempre inmanejable—, la demografía nos da una visión del pueblo —mediante las casi siempre engañosas estadísticas—, y la que llamo aquí demología, la expresión de nuestro sentimiento del pueblo mismo. Aunque en rigor este sentimiento no se logra si no con el conocimiento de su historia. ¿O es que alguien puede creer que esa quisicosa que llaman derecho político es algo que se sostiene como no sea en la historia del pueblo? Y no digo historia política,

porque toda historia humana lo es. Eso de hablar de historia de la civilización es una redundancia.

Claro está que con estas ligeras apuntaciones sobre las "grafías", las "logías" (acentúese en la ı, no vaya a tomárseles por logias masónicas) y las "cracias", no he querido sino sugerir al lector la riqueza de matices que se adquiere tratando lingüísticamente ciertos conceptos. Y respecto a las "cracias" tengo que añadir que, acentuando a la griega y no a la latina, se diría "cracía", con el acento en la í. Pues así como en griego era y es teología y no "theológia" (acento en la segunda *o*), como en latín, así decían y siguen diciendo "democratía", "teocratía", "aristocratía", como digen "demagogía" —al igual que pedagogía— y no demagogia. En el griego actual, en el romaico "democratía" equivale a república. Así como dicen telégrama, esdrújulo, que es como lo vengo diciendo y escribiendo desde niño, y sin responder de correcciones del tipógrafo. Ni en este ni en otros casos. Lo mismo ocurre con kilogramo —que estaría mejor "quilógramo", sin esa intrusa *k*—, esdrújulo en griego, que esdrújulo aprendí a decirlo y escribirlo y así continúo. Sin hacer caso de esas pedantescas innovaciones que introdujo un cierto académico, ex-jesuíta, amigo y tocayo mío que fué, que se empeñó en acentuar a la latina, y no a la griega, palabras de origen griego. Y menos mal que no logró meternos la hache de "harmonía" Y basta de ortografía y de prosodia (en griego hoy "prosodía"), que, según algunos tratadistas, forma parte de la ortología. Ganas de complicar.

(*Ahora*. Madrid, 11-III-1936.)

# POR EL SON A LA VISION

Lo que hace a una nación, o digamos acaso mejor, a un pueblo, lo que le hace uno, es el sentimiento de una unidad de destino, de misión histórica —se ha dicho en diversas maneras diferentes veces, y así lo repitió un día en el Parlamento don Francisco Cambó—. Este sentimiento es un convencimiento, base de la convivencia. Y en cuanto al destino y la misión históricos, éstos dependen de la conciencia que de sí mismo se haga el pueblo. Y la conciencia que de sí mismo se dé y se cobre un pueblo produce su visión del Universo, lo que los alemanes llaman la *Weltanschauung,* la contemplación del mundo todo. Que el hombre, individuo o pueblo, ve en su propia conciencia reflejado el universo. Cuando Kant decía que los dos espectáculos que le llenaban de misterioso estupor eran contemplar de noche la bóveda celeste estrellada y examinar su propia conciencia, sentía que su conciencia humana y eterna, su conciencia moral, era el espejo en que se espejaba la inmensidad de la estrellada celeste. Y hay en el magnífico canto que el gran Leopardi dedicó a la retama —*La ginestra*— una dolorosísima meditación poética del destino humano, de lo que los cándidos llaman el progreso, mirando a las estrellas y a las nebulosas.

Esa visión del universo y a la vez adivinación más

o menos profética de sus invisibilidades universales es la obra de la historia. Y la historia ¿es obra de la raza?, ¿de la sangre?, ¿del territorio? ¿Es etnografía?, ¿es geografía?, ¿es antropología, entendiendo por *ántropos* u hombre el animal zoológico? La raza, claro está, en el sentido mismo en que emplean esta palabra los ganaderos de reses de todas clases, y entre ellas el averío. Pero la historia no es eso, sino que es en esencia palabra. Hay que repetir aquello de que en el principio —en el principio de la historia— fué el verbo y que por él fué hecho todo lo que se hizo.

La figura del mundo nos la dió la palabra: la visión salió del son. El habla nos enseña a ver. Nombrar una cosa es definir su idea, marcar su contorno. Porque idea quiere decir en su rigor etimológico visión. Es doctrina evangélica que la fe entra por el oído y la fe lleva a la visión beatífica. Cuenta el cuarto Evangelio (cap., XX, versículos 11 a 17) que cuando, después de muerto Jesús, fué María de Magdala a su sepulcro y lo halló vacío, y dos ángeles de blanco, uno a la cabecera y otro a los pies de él, y les preguntó por el Maestro, llorando, y dónde lo habían puesto, al volverse miró a Jesús, que estaba detrás, y no le vió, no conoció que era Jesús. El texto evangélico original, el texto griego, se vale del verbo que significa ver y conocer, pues en griego "he visto" quiere decir "sé", o sea "conozco". Y le dice Jesús: "Mujer, ¿qué lloras?, ¿a quién buscas?" Y ella, figurándose que es el hortelano, le dice: "Señor, si tú le llevaste, dime dónde le pusiste y yo le tomaré." Y le dice Jesús: "¡María!", y volviéndose, ella le dice en hebreo: *Rabbi,* que quiere decir *¡Maestro!* ¡Maravilloso pasaje! Hasta que la Magdalena, la primera persona a la que se aparece Jesús resucitado, hecho visión eterna, hecho idea, hubo oído

la voz del Maestro llamándola por su nombre, por su esencia, no le conoció, no le vió. Por su palabra le vió.

Y la historia, la visión, la contemplación del destino y de la misión de un pueblo, de lo que le hace ser un pueblo —pueblo uno—, esa visión, ¿de dónde brota? Del son también de la palabra, del habla, del lenguaje. La lógica deriva de *logos,* que quiere decir verbo, palabra. Y quiere decir razón. Y razón, de *rationem,* deriva de un verbo, *reri,* que significa hablar. Hoy todavía, en catalán, *enraonar* y *raonar* quiere decir hablar. Y hablar es razonar, es pensar. La lógica no es, en el fondo, más que gramática. Y la filosofía es filología. Y pensar es sentir: se piensa el sentimiento como se siente el pensamiento. Y en cuanto a la religión, brota de una mitología, y mito quiere decir palabra. Todo idioma —idioma quiere decir propiedad— y todo dialecto —dialecto quiere decir lengua conversacional, coloquial— lleva en sí la expresión de siglos de historia, una lógica, una estética, una ética y hasta una religión propias, que son idiomáticas y dialectales, conversacionales, cotidianas.

Se debe repetir, pues que a menudo se olvida, cuál es la aparente distinción técnica entre idioma y dialecto. Este, dialecto, derivado de un verbo griego que significa conversar —el mismo de que procede diálogo—, es lenguaje de conversación, de diálogo popular y cotidiano, y no lleva consigo connotación ninguna de inferioridad. Es una simpleza motejar a un habla de dialecto en tono —mejor tonillo— de cierto desprecio. El lenguaje mismo llamado científico, el de la terminología de las ciencias, no suele ser sino dialecto, cuando no degenera en jerga. Pues la gente llamada culta tiene su dialecto especial. Como

le tiene cada profesión y cada oficio. Y le tiene la filosofía y la teología.

En cuanto a ésta, a la teología, la cristiana medieval tuvo su dialecto escrito en el latín de los escolásticos. Latín erizado de neologismos, que para un humanista renacentista eran barbarismos. Los cardenales del Renacimiento se escandalizaban de ellos, y hubo uno que, por otra parte, se confesaba de no poder resistir el fuerte y vigoroso lenguaje griego de Pablo de Tarso, el apóstol de los gentiles, que acaso pensaba —y por tanto sentía y soñaba— en hebreo y tenía que traducirse violentando a las veces la lengua helénica. ¡Y qué geniales violaciones! ¡Y qué cosas inefables —"dichos indecibles", como dijo él mismo— llegó a expresar y a acuñar en expresiones que llegarían a ser sagradas para los posteriores Santos Padres! De ese dialecto popular evangélico surgió luego la lengua teológica escolástica —de escuela—, que se hizo a su vez una lengua dialectal de clérigos. Ininteligible al cabo para el pueblo, cuando éste olvidó en los países románicos el latín y nacieron los romances, los pueblos románicos y los germánicos —los pueblos y no la clerecía— empezaron a sentir y a pensar su fe en la lengua materna, la misma en que les cantaban a los hijos sus madres para arrullarlos. Y entonces tuvo que ponerse la religión, su dogmática, al alcance del corazón de las muchedumbres iletradas y tuvo que traducirse al vulgar la teología escolástica. Fué el origen de la Reforma —comprendiendo dentro de ésta la llamada Contrarreforma—, que nació frente al Renacimiento, a la repristinación de las letras clásicas grecorromanas. Fué el espíritu, el soplo, el son vulgar y popular frente a la letra, al escrito de los doctos clérigos... Y así el dominico Eckhart, al poner en la lengua de los campesinos alemanes sus pensamientos teoló-

gicos, sacados de la *Summa* latina de Santo Tomás de Aquino, inició la popularización de la religión tradicional. *Theologia Deutsch*, o sea germánica, se llamó el librito en que Lutero aprendió a pensar en alemán las doctrinas agustinianas.

Es de notar que los dos grandes reformadores protestantes, Lutero y Calvino, fueron los dos más grandes re-creadores de sus respectivas lenguas maternas. El francés de Calvino es una verdadera maravilla, y lo es el alemán de Lutero, cuya más grande empresa fué acaso poner en lengua vulgar el Nuevo Testamento. En cambio, no sabemos del frío, tortuoso y astuto Erasmo, el latinista, que escribiera nada en el holandés en que le crió su madre. Y así como siglos antes Dante de Italia tuvo que defender la lengua vulgar, el dialecto popular florentino, que le hizo ver —se ve por sones, por palabras, repito— Infierno, Purgatorio y Paraíso, así entre nosotros, en España, fray Luis de León, en su obra *Los nombres de Cristo*, expuso íntimamente cómo pensaba su fe en romance castellano popular. Y antes que él, en su encantado retiro mallorquín, el gran místico Ramón Llull acuñaba en su lengua materna sus visiones del Amigo y el Amado. Lo mismo hacían los místicos castellanos.

Y por otra parte, ¿qué es una lengua literaria y nacional sino una integración de dialectos? En el castellano se integraron dialectos populares, y las hablas regionales que aún viven con vida real y no ficticia en tierras de España se van y aún se irán más integrando en la lengua nacional. Hay escritores de esas regiones que aprendieron a rezar y a soñar y a creer en las lenguas regionales de sus madres, que cuando escriben en el idioma nacional español sin empeñarse en ser académicamente correctos y castizos en él, enriquecen y realzan y avaloran ese idioma. Y hay

quienes han descubierto, merced a ese idioma, tesoros de su propio dialecto materno y popular que les estaban antes ocultos.

Y si se pasa a especular sobre lo que puede llegar a ser el común idioma español en tierras y pueblos de la América hispánica, hay que precaverse de aquel error en que cayó el estadista argentino Pellegrini al suponer que pronto llegarán en esa América a formarse dialectos diferenciados del castellano de España. Desconocía que el proceso de integración va de par con el de diferenciación y aún más deprisa que éste. Y así como las lenguas romances cultas —francés, castellano, portugués, catalán, italiano— cada vez se hacen más comprensibles unas a otras, integrándose, sobre todo en disciplinas científicas, filosóficas, así los dialectos hispánicos de los diversos pueblos hispanoamericanos se van integrando cada vez más, aunque sólo sea por necesidad de defensa común para mantener una cierta unidad de sentimiento de misión histórica.

Una lengua es el espacio espiritual de las almas de los que la hablan más que con sólo los labios. En ella —una vez más— se siente, se sueña, se piensa y hasta se quiere. Es intraducible lo que dice un hispano-parlante cuando dice que "no le da la gana" de hacer o de decir algo. Intraducible al término culto: voluntad. Y por algo, por otra parte, dicen pensadores en otras lenguas, pero que conocen la nuestra, que nuestra palabra *nada* suena en lo hondo de la conciencia a otra cosa que el francés *rien* o que el italiano *niente*. ¡Y a qué ahondamientos se prestaría el cavilar sobre la relación entre las ganas y la nada! Mas no caigamos en el quietismo de aquel recio aragonés que fué Miguel de Molinos.

En resolución, que para llegar a la unidad del sentimiento —y por tanto del consentimiento— de

un común destino histórico de los pueblos de lengua hispánica, el mejor camino es zahondar en la venera de expresiones en que se integran nuestros dialectos todos, y entre ellos el castellano. En el son común integral, está la visión común, integral, y el consentimiento de la convivencia.

(En *Universitas,* Enciclopedia de iniciación cultural. Barcelona, 1943, tomo XVI, páginas 223-227.)

# III

# SOBRE LAS LENGUAS PENINSULARES Y OTRAS LENGUAS

(1896-1932)

# SOBRE EL USO DE LA LENGUA CATALANA

A mi amigo *Clarín*, el crítico más sugestivo de España.

La lectura del discurso de Guimerá sobre la lengua catalana me sugiere algunas reflexiones que por vía sugestiva y sin sujetarlas a cordel metodológico inserto aquí.

No es cosa de entrar aquí en reflexiones acerca de la indisolubilidad entre el pensamiento y el lenguaje, mejor que indisolubilidad, identidad, si se ahonda en este hecho psicológico. Tampoco me cumple tratar de las ventajas e inconvenientes que traería la adopción de una lengua universal para el cultivo de la ciencia, que brota de la realidad, sujeta por dondequiera a diferencias de lugar y tiempo. Me concreto aquí a la literatura.

La sinceridad es el primer deber de todo escritor serio, de los que escriben porque han pensado, de los que piensan para escribir. El primer deber de sinceridad es hablar y escribir cada uno, en cuanto le sea posible, en la lengua *en que piensa* y lengua *que piensa* a la vez, en la que es carne de sus ideas.

Hablando y escribiendo cada cual en su lengua nos hemos de entender mejor al cabo, porque nos enten-

deremos en armonía y no en monotonía; en armonía que brota de integración de diferencias cumplida por adaptación selectiva y libre, y no en monotonía de batuta autoritaria.

Todo castellano, y llamo aquí castellano al que piensa en lengua de Castilla, todo castellano de espíritu abierto e inteligencia sesuda y franca debe desear que los catalanes escriban en catalán, porque produciéndose más como ellos son, nos darán más, y obligándonos a esfuerzos para entenderlos, nos arrancarán a las solicitaciones de la pereza mental y del exclusivismo. Sacan más uno de otro dos pueblos autónomos en absoluto libre cambio que sometidos a una unidad centralizadora, vejatoria para uno y otro, aun en el caso en que sea uno de ellos aparentemente el unificador y el otro el unificado. Y esta observación, de carácter general, no es impertinente al punto de que discurro, que es, en resolución, punto de proteccionismo o libre cambio.

Aborrezco las traducciones que me dan hechas, por buenas que sean, siempre que esté a mi alcance la inteligencia del original, con mayor o menor esfuerzo. Y en esto del esfuerzo es en lo que sobre todo fundo mi aborrecimiento; quiero esforzarme. Me abstuve de leer a Homero, al Dante, a Goethe, a Shakespeare, mientras no pude hacerlo en el original, y de esa abstención sacaba fuerzas para estudiar sus idiomas.

Claro está que no todos están en disposición de ponerse a aprender idiomas, ni hay nadie capaz de saber todos los literarios de alguna importancia, y claro está que es meritísima y utilísima, a la par que difícil, la tárea del traductor. Pero cuando tengo que leer a Tolstoi, Dostoyuski o Ibsen en traducciones, no se me ocurre lamentar el que no hayan escrito en lengua comprensible para mí, sino el no saber yo las lenguas en que han pensado y que les han dado, más que otra cosa, el peculiarísimo giro de su espíritu.

Si el catalán escribe en castellano, perderá algo de su alma propia, y eso que pierda es precisamente lo que más nos interesa conocer a los no catalanes, porque es lo activo en él y durmiente en nosotros. Llegará a escribirlo con corrección, como dice Guimerá, pero *no conseguirá may donar prou sinceritat y prou ayre de real naturalesa als seus períodes, perque la careta may tindrá els moviments espontanis y la vida tota de la veritable cara.* Los catalanes que escriben en castellano trabajan en empobrecerlo, mientras que si escribieran en su lengua y en ella los leyéramos, trabajarían indirectamente en enriquecerlo, y no porque el castellano tomara elementos del catalán, sino porque el conocimiento de este idioma capacitaría a los castellanos que lo aprendiesen a descubrir ignorados elementos de su lengua propia.

Por mi parte, no sólo prefiero leer alemán al castellano, italiano o francés alemanesco que usan ciertos escritores, sino que lo entiendo mejor. Entiendo mejor a Carlyle en su brioso iglés que en una traducción castellana *literal* y servil que por ahí corre.

Creo que todas las castas tienen en el fondo las mismas aptitudes y órganos espirituales, pero en proporciones y combinaciones distintas, lo mismo que en la vieja división de los temperamentos, valga ella lo que valiere, se afirmaba que todos tenemos sistemas nervioso, linfático, sanguíneo y bilioso. Cada pueblo tiene unos órganos más desarrollados que otros, y aquéllos le dan individualidad. Y una de las más sólidas labores de la educación de un pueblo es cultivar los no desarrollados, los atrofiados, es decir, los que contienen la función en potencia. Hay un fondo de verdad en las leyendas del padre que, abandonado con el niño mamoncillo en brazos, logró, a fuerza de ternura, sugestión y energía volitiva, sacar leche de los pezones de sus atrofiadas mamas. Y éste es el camino para integrarse, armonizarse, *humanizarse,* en

fin. Cultivándose así es como el individuo se enriquece y complica, así como se empobrece encastillándose en lo diferencial y cultivándolo. A este empobrecimiento le impele lo que se llamó, no sin felicidad de frase, fuerza de inercia.

Si leemos a un alemán en alemán, el esfuerzo, por pequeño que sea, para la traducción mental nos hace fijarnos en cosas que leyéndolo en castellano pasaríamos por alto. Y téngase en cuenta que la traducción mental existe siempre, por muy familiarizados que estemos con un idioma extraño; con la familiaridad creciente tiende ese esfuerzo a cero, límite de las cantidades positivas, pero como la asíntota a la curva a que se acerque, jamás le alcanza.

He leído las hermosas composiciones que forman la colección titulada *Anant pel mon,* de Rusiñol, y hay matices en que me he fijado por la detención de la lectura a que me obligaba el tener que irlo traduciendo; hay epítetos y metáforas que hubiera pasado por alto a estar en castellano, y en que me he fijado por haber tenido que pararme a buscar su significado.

Un catalán que piense en catalán y escriba en castellano nunca hará más que *traducir* su pensamiento. Y ¿por qué él, el autor, ha de traducir al castellano mejor que yo, el lector, lo que en catalán piensa? Cuando tropiece con una dificultad, la saltará sin resolverla; yo no la salto, me detengo, porque, suponiéndolos igualmente concienzudos, más propenso ha de estar el autor que se traduce a sacrificar algo del espíritu de su íntimo modo de ser que el mero traductor a sacrificar algo del espíritu del prójimo a quien traduzca. No cabe dudar de que el homicidio es más inmoral que el suicidio.

Convendría que nos detuviéramos en lo escrito en la lengua misma en que pensamos, que nos la tradujéramos, y esto no es paradoja. Y de mí sé decir que, habituado a leer traduciendo de idiomas extran-

jeros, he acabado por leer traduciendo lo de mi idioma propio, el castellano en que pienso.

Ultimamente me he dedicado a leer algunas obras catalanas, y el esfuerzo de traducción me ha hecho penetrar un poquito, según creo, en ciertos repliegues, en cualidades esbozadas, en aptitudes de casta ocultas en los senos subconscientes de la lengua misma, y esta penetración me ha ayudado a ver el núcleo catalán en los catalanes escritores en castellano.

Aparécesenos de ordinario el espíritu catalán a los extraños a él algo pegado a tierra, al modo del parsimonioso espíritu de la escuela escocesa, un buen sentido algo mezquino y prosaico y tirando a sanchopancesco. Recordamos el escocesismo y oportunismo de un Balmes, la *moderación,* rayana en pobreza, de un Milá o un Ixart, y por otro lado, el dogmatismo simplicista, pobre y chico, de un Sardá y Salvany. Tiene razón Guimerá: Pi y Margall, el mejor prosista en castellano que Cataluña puede presentar hoy entre los vivos, es *massa aixerrahit,* cultiva una prosa lapidaria por lo precisa y lo seca y pobre. ¡Cuánto más rico el catalán de algunos escritores catalanes!

Veo mucha analogía entre el espíritu catalán y el escocés, analogía señalada antes de ahora y que trataré de desarrollar y justificar algún día, si continúo mi inquisición acerca del espíritu de las castas españolas. Veo escocesismo en Cataluña, pero hasta hoy circunscrito al modo de un Reid o de un Hamilton, que hicieron escuela en Cataluña (y de allí salió Menéndez y Pelayo), así como Walter Scott tuvo entusiastas admiradores, como Milá. Pero hay otro escocesismo bajo ése y es el de un Burns y un Carlyle. Si, como creo, late algo del alma carlylesca en el fondo del catalán, ese algo sólo en lengua catalana puede revelarse. Y esta revelación nos importa a todos, catalanes y no catalanes.

En bien y provecho de todos debemos, pues, desear

todos que los catalanes, como todos los hombres, escriban en la lengua en que piensan. Mientras la integración espiritual humana avanza, la favorece más el esfuerzo por traducir cada cual lo ajeno que por traducirse uno en ajeno espíritu.

Aseguraba *Clarín* en una "Revista mínima" que no siente el alma del catalán, alma en que cree y que por eso dice que *no sabe* catalán. Y es natural, no cabe sentir esa alma sin rasgar primero el vestido en que se envuelve, su lengua. Excitaba *Clarín* a Oller (de quien guardo, y permítaseme este desahogo, un grato recuerdo personal de allá, de mi Vizcaya) a que escribiera en castellano, y contestaba muy sesudamente Oller "que era imposible, que no estaría allí *todo él*". Y yo añado que creo sacarán los lectores castellanos más provecho de Oller escribiendo éste en catalán y traduciéndolo, de un modo o de otro, *Clarín*, que tan excelentes *traducciones* hace a su modo, que no traduciéndose el mismo Oller al castellano.

Hay que decir que escriba cada cual lo que siente en la lengua en que lo siente, en obsequio a la suprema armonía, al concierto de todos, al más pronto advenimiento de un verdadero lenguaje universal, que tiene que venir, y en obsequio además al fomento de los incentivos y estimulantes de nuestra energía traductora.

Salamanca, abril de 1896.

(*Diario Moderno*. Barcelona,
abril o mayo 1896.)

## "THE ENGLISH-SPEAKING FOLK"

La lengua inglesa es hoy no tan sólo la hablada por mayor número de hombres, unos cien millones, sino que es a la vez la que más se difunde de día en día. Gana sin cesar en personas que la empleen como su idioma habitual y en ella piensen, penetra su conocimiento y uso en pueblos de otros lenguajes, e infiltra a la paz su espíritu en otros idiomas. Conviértese en *volapük* del comercio y en *sabir* de cafres. Y con ella se difunde el espíritu inglés.

"Para vivir con nosotros, se verá obligado el resto del mundo a vivir como nosotros: he aquí una buena definición del progreso", decía el profesor norteamericano Sherwood, predicando la unión anglo-americana en aras de "la más elevada civilización económica".

La difusión con la lengua y la literatura del espíritu inglés es uno de los más importantes fenómenos sociales de hoy. En Inglaterra misma, pocas obras han causado más honda impresión que la ya clásica del profesor Seeley acerca de la expansión británica: *The Expansion of England.*

Es significativo el hecho de que cuando los anglosajones caen en proféticas visiones respecto a la providencial misión de su pueblo, presentándonoslo como el escogido por *God* —el Dios inglés— para conquis-

tar la tierra de promisión del industrialismo y de la paz y la justicia mercantiles, es significativo el que en tal caso hablen no del pueblo inglés, sino de los pueblos que hablan lengua inglesa, *the english-speaking folk*. La lengua es el *schibolet* en que se conocerá a los escogidos. Al predicar la unión anglo-americana o el federalismo imperial, van a la lengua a buscar el principio de comunión.

La lengua es, en efecto, la raza del espíritu. Si de ella y de cuanto de ella depende y brota se prescinde, no tiene sentido alguno lo de raza latina, pongo por caso, dado que la tal raza latina lo es tan sólo histórica, no fisiológica. La lengua; sedimento vivo de la labor de la historia; tradición viva del pueblo; concentrado depósito, a presión de atmósferas seculares, de los trabajos del espíritu; la lengua es la base de la continuidad, en espacio y tiempo, de los pueblos, y es, a la vez, el alma de su alma.

Si la lengua es el signo de predestinación de los que han de llegar a la edad del industrialismo, veamos en ella la fisonomía del pueblo que la habla.

Si tomándolo en su rigor etimológico entendemos por más *perfecto* lo más hecho, aquello que más lejos ha llegado en su proceso evolutivo, la lengua inglesa es la más perfecta de las lenguas cultas modernas, por ser la más avanzada en el proceso que éstas siguen, la que más adelante se encuentra en el camino que siguen a partir de las matrices de que brotaran. Mas para cada pueblo la más perfecta es la lengua que habla, por ser la hecha a su medida, y por otra parte, conviene no olvidar que no son los procesos evolutivos progresivos siempre, ni es lo más hecho siempre lo más perfecto.

El inglés es, en efecto, el idioma más adelantado en la actual marcha de nuestras lenguas dentro de la línea de dirección que siguen. En él la flexión se ha deshecho más aún que en los otros, está más simpli-

ficada; el desgaste fonético ha limado y embotado las desinencias; borrada en gran parte la conjugación flexiva, ha tenido que acudir a formas compuestas y a sustituir con sintaxis la analogía. Propende al analiticismo, a expresar los matices del pensamiento con la misma combinación de elementos invariables, a un verdadero atomismo mecánico.

De seguir la misma línea el término es el monosilabismo chinesco, porque el chino, en vez de representar un período inicial, el estado de voces-raíces, más arcaico que el de las lenguas aglutinantes de la mayoría de los actuales pueblos incultos, parece representar el último período de una flexión reducida en puro desgaste a monosilabismos. Es una vejez que parece infancia, es una lengua que tartamudea con tartamudez senil, tartamudez que se confunde con el balbuceo infantil.

¿Qué misterioso lazo existirá entre el monosilabismo de la industriosa, pacífica y *ajedrezada* China, y la marcha de la lengua inglesa al monosilabismo al par que al industrialismo anti-militar el pueblo que la habla?

En lengua alguna europea culta tienen los vocablos tanta concreción, sentido tan preciso y gráfico, contornos tan cortantes como los de la lengua inglesa. El alemán abunda en términos compuestos de una raíz, por necesidad abstracta, y de un sufijo también abstracto, y de dos abstracciones apenas se logra un concreto real y verdadero. Mas en cambio goza de intensa vida interior, de movilidad y de una hermosa indeterminación. Las lenguas latinas tienen precisión, pero son poco fecundas y dejan escapar los casi imperceptibles matices que dan al pensamiento tono envolvente. Su ligazón es oratoria, no íntima; la cohesión de sus oraciones y períodos, arquitectónica más que orgánica. Y tiene el inglés, por su parte, la precisión de las lenguas latinas, la fecundidad y

poder de derivación de las germánicas y una enorme adquisividad. Enriquécese por derivación, por traslación metafórica de significado, y mucho por presión de vocablos extraños. Es, como el pueblo que la habla, una lengua de presa; toma palabras donde buenamente las encuentra y se las apropia sin más que pronunciarlas a su manera.

Los vocablos ingleses son mercancía admirablemente conformada para el cambio; tienen su precio fijo y su valor de uso depende mucho de su colocación en el contexto de la frase, de su valor de cambio.

Es el inglés una lengua fácil, clara, rica —la más rica acaso—, precisa, gráfica; la lengua del libre cambio; pero más inorgánica y más sistemática cada vez. Lleva, además, en su enrevesadísima ortografía, toda la ingente impedimenta de una tradición muerta, pues no se progresa tan de prisa impunemente. Todo lo que tiene de liberal hablada, tiene de conservadora escrita. Y gracias a la tal ortografía tradicional y conservadora es como mantiene su unidad, pues si dieran en la ortografía fonética acabarían por brotar multitud de lenguajes de la lengua inglesa, porque a ésta, y he aquí otro de sus más hondos caracteres, la habla cada cual a su modo y la escriben todos igual.

El lector sugerible habrá visto ya a dónde iría a parar, si por su desgracia quedase solo en la tierra, el pueblo que habla y piensa en esa lengua. ¿A dónde vamos?, se preguntan ellos mismos. "Al diablo", *to the devil*, respondería Carlyle al fin de su vida, en su famoso ensayo "Bajando al Niágara"; "¡al despotismo!", contesta el gran historiador Lecky en una reciente obra, recordando aquel pasaje de *Troilo y Cresida* en que habla Shakespeare del lobo universal. ¡Al chinismo!, podemos decir, por más que parezcan contradictorios el espíritu británico y el chinesco. Al chinismo, sí, al ensueño de los manchesterianos, al ordenado concierto de los egoísmos, al tablero de

ajedrez en que la suprema preocupación consiste en evitar el mate al rey, que puede ser el algodón o la hulla u otro algodón o hulla cualquiera.

Afortunadamente para ellos y para los demás, no están solos en el mundo los pueblos de la lengua inglesa; tienen ambiente social a que adaptarse y de qué vivir, y esos firmes creyentes en la ley de la sobrevivencia del más inglés deberán el sobrevivir ellos mismos a muchos de esos desperdicios a los que condenan con la mayor frialdad a eliminación por ineptos, es decir, por imbritanizables.

A medida que los demás pueblos se britanicen, se humanizarán más y más los britanos, y cuando los demás lleguemos a nuestro punto de saturación en britanismo, ellos se habrán humanizado lo bastante para no temer al monosilabismo espiritual. John Bull es testarudo y orgulloso, pero sabe ceder a tiempo.

(*La Vida Literaria*. Madrid, 11-III-1899.)

## EL DESDEN CON EL DESDEN

Habiendo ido un amigo mío a cierta ciudad portuguesa, se encontró en la fonda en que se alojara con un anuncio en que se decía en francés, alemán, inglés e italiano (además del portugués, es claro) a los viajeros que llevasen alhajas u objetos de valor que los depositasen en la contaduría de la fonda si había ésta de responder de ellos. Tuvo mi amigo que acercarse al despacho del administrador de la fonda, y lo primero que hizo fué dirigir a éste la palabra en francés.

—*Não, não falo francez* —le contestó el administrador.

—*Lei parla italiano?* —le preguntó entonces.

—*Não, não falo italiano* —fué la respuesta.

—*Do you speak english?*

—*Não, não.*

—Dígame, ¿habla usted castellano?

—Sí, señor, lo hablo —contestó el portugués.

—Pues antes de pasar adelante, ¿quiere usted decirme cómo es que no entendiendo usted ni el francés, ni el italiano, ni el inglés, ni el alemán haya puesto anuncios en estas lenguas, y no sabiendo hablar, a lo que parece, fuera de su propia lengua otra que la castellana no lo haya puesto en ésta?

A tan incongruente argumentación, respondió el

fondista portugués con este razonamiento contundente, en forma de nueva pregunta:

—¿Quiere usted decirme, señor, en qué fonda española se ve anuncios en portugués?

Mi amigo no supo qué responder a esto. No es hombre de ingenio pronto, aunque sí sólido, y no se le ocurrió entonces replicarle que tales anuncios no hacen falta porque los españoles entendemos muy bien el portugués escrito, y ellos los portugueses entienden perfectamente los escritos españoles.

Los entendemos mejor de lo que ellos quisieran, y digo que los entendemos mejor porque parece ponen un especial empeño en diferenciar artificiosamente nuestras respectivas lenguas. Porque a mí no me quitan de la cabeza que si han adoptado la absurda y embarazosa ortografía etimológica y escriben *mythología* y *phisiología* es para diferenciar estas palabras de las correspondientes castellanas, a tal punto que si adoptáramos nosotros su ortografía ellos adoptarían la nuestra. Es una cosa por el estilo de la que me contaba un danés al decirme que en el empeño de personalidad nacional que embarga a los noruegos hay algunos de éstos que han propuesto la ortografía fonética para diferenciar su lengua, que es el danés, de la que en Dinamarca se habla, ya que en lo escrito son una misma cosa. Es algo así como si separándose mañana Andalucía de Castilla adoptaran los andaluces una ortografía que respondiera a su manera de pronunciar el castellano. Son muy graciosos estos pujos de personalidad que se apoyan en hache más o menos, en *i* latina o *y* griega, *c* simple, *c* con cedilla y otras tan regocijadoras y candorosas puerilidades.

Viajando otro amigo mío, también por Portugal, vió en Coimbra que andaban en manos de estudiantes de Medicina las obras de Cajal, pero las tenían traducidas... al francés. Muchos de los que así las leían

es casi seguro que las habrían entendido mejor en castellano.

Todo lo cual me recuerda el caso más chistoso y divertido que de tales humoradas lingüísticas me ha sido dado a conocer, y es el de cierto viajante de comercio, de tan agudo ingenio que le ponía a uno en duda de si era un profundo guasón o un profundo majadero, el cual viajante hablando muy bien y muy correctamente el castellano lo estropeaba a gala, pronunciándolo adrede de una manera defectuosa y extranjerizada. Era una especial manera que tenía de protestar, siendo lo más gracioso del caso que ni los demás ni él mismo sabíamos de qué protestaba de tan peregrino modo.

En cierta ocasión se me puso a hablar este viajante humorístico en su propio idioma, fingiendo que lo hacía por descuido, y al poco tiempo, como volviendo en sí, me pidió disculpa por su distracción, y me la pidió en su propio chapurrado internacional. Y fué de ver el hondo disgusto que, a pesar de su humorismo, le causó el que yo le dijera:

—No, no necesita disculpa. Puede usted seguir hablándome en su lengua, porque le entiendo muy bien.

—¿Es que ha vivido usted por allá? —me preguntó.

—No, no he vivido por allá —respondí—; pero les entiendo a ustedes perfectamente. Lo aprendí en poco tiempo.

Le contrarió profundamente el que hubiera aprendido en poco tiempo a conocer su lengua, pareciéndole sin duda que esto era hacerle de menos. Y esto me pareció lo más jocoso de cuanto conocía de él.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Ahora me percato que he ido poco a poco apartándome del propósito con que me puse a escribir este artículo y que de tal manera me ha llevado la espontánea asociación de ideas en vez de llevar yo a ella, que apenas responde cuanto llevo escrito al tí-

tulo con que lo había encabezado. Así sucede con frecuencia y bien lo dice el proverbio: el hombre propone y Dios dispone.

Para terminar sólo se me ocurre hacer la indicación de cuán agradecidos debemos estar los hombres a Dios Nuestro Señor, que ha llenado la tierra de tantas y tan graciosas ridiculeces y divertidas puerilidades —como las que en este artículo señalo—, gracias a las cuales asoma de vez en cuando la risa en este valle de lágrimas. *Intelligenti pauca*, que suele decirse cuando se quiere hacer creer que hay segunda intención en algo.

(*El Noticiero Bilbaíno*. Bilbao, 14-VII-1902.)

# CONTRA LOS BARBAROS

A JUAN MARAGALL.

Mi querido Maragall: ¡Qué tristeza, qué enorme tristeza me causó leer traducido al castellano, después de haberlo leído en catalán, su hermosísimo y nobilísimo artículo *¡Visca Espanya!* Me causó tristeza porque me dije: Trabajo perdido; no lo entenderán.

Hace pocos días leí en el *Heraldo de Madrid* un telegrama en que se decía que en la estación de San Sebastián hubo un tumulto porque un sujeto gritó: *¡gora Euzkadi! (¡muera España!)*

Así decía el telegrama. Y, en efecto, *gora Euzkadi*. en vascuence muy dudoso, en vascuence de gabinete, porque en el vivo y tradicional se llama al país vasco Euskalerría, y no Euzkadi; *¡gora Euzkadi!* significa *¡arriba Vasconia!* Un bárbaro que no sabía vascuence lo tradujo a su antojo, y de ahí el tumulto.

Y así de continuo, porque los bárbaros abundan. No saben traducir, ni quieren saberlo. Cuando van a oír a alguien, no van a oír lo que les diga, sino lo que se figuran que les iba a decir. Y son inútiles sus esfuerzos. Estoy harto de oír tachar a tal o cual escritor u orador de latero, y que quienes así le tachan ni le han leído ni oído jamás.

Cuenta Mr. Borrow en aquel precioso libro *The Bible in Spain,* que escribió en 1842 —y que es uno de los más preciosos tesoros de psicología española—, que unos sacerdotes sevillanos emprendieron la tarea de convertir a un griego. Dijéronle cómo un hombre culto, como el griego era, podía permanecer adherido a una religión absurda, y esto después de haber residido tantos años en un país civilizado como España; contestóles el griego que estaba siempre dispuesto a dejarse convencer y que le mostrasen lo absurdo de su religión, a lo que le replicaron: "No conocemos nada de su religión, señor Donato, salvo que es absurda y que usted, como hombre instruído y sin prejuicios, debe abandonarla". ¡Y cuántos hay como estos eclesiásticos sevillanos de que Mr. Borrow nos habla, que sólo saben de una doctrina que es absurda, sin conocerla!

Pero ¿qué quieren esos catalanistas? ¿Qué quieren esos bizkaitarras? ¿Qué quiere la Solidaridad? Estas preguntas las he oído mil veces. Y no basta decirles que lo están predicando a diario. Tienen los bárbaros hecha su composición de lugar, y si se les habla, no oyen. Ellos están al cabo de la cosa; a ellos no se les engaña.

Es imposible, querido Maragall, es imposible. Se puede esculpir en granito, pero no se puede esculpir en arena. Y este pueblo está pulverizado.

Es cuestión de estructura mental. Usted sabe de dónde les salen a los bárbaros las voliciones enérgicas; usted sabe que cuando se niegan a hacer algo, exclaman: "No me sale de los c..." Pues bien; tienen en la mollera, dentro del cráneo, en vez de seso, criadillas. ¡Su cerebro es un cerebro c...nudo! Y que se rían los bárbaros, creyendo que hay ironía o humorismo en estas cosas que manan sangre, y que los imbéciles, cuyo número es infinito, hablen otra vez más de paradoja.

Estoy leyendo en capillas la obra *Vida y escritos del doctor Rizal,* que en breve dará a luz mi amigo D. W. E. Retana, y a la que pondré, de epílogo, un estudio. Es una lectura que infunde pavor. Allí, en la historia de aquel alma noble y grande, de aquel romántico purísimo, de aquel gran español y gran filipino que se llamó Rizal, en la historia de aquel espíritu gigante, de aquel indio inmensamente superior en cerebro y en corazón a todos los frailes blancos de cara que le despreciaron y le persiguieron, allí se lee lo que nos puede volver a pasar.

¿Le despreciaron? No lo sé; no lo creo. En los bárbaros, la envidia toma la forma de desdén.

Hay en griego una palabra preciosa, y es: *authadeia.* La palabra *authadeia* significa la complacencia en sí mismo, el recrearse en sí, el estar satisfecho de ser quien se es. Y luego, en el lenguaje corriente, vino a significar insolencia, arrogancia.

¡Ay, querido Maragall, su *¡visca Espanya!* rebotará contra la *authadeia,* contra la insolente arrogancia de los bárbaros! Querrán que lo grite usted en castellano, ¡viva España!, y sin contenido, sin reflexión, como un grito brotado, no del cerebro, sino de lo otro, de donde les salen a los bárbaros las voliciones enérgicas.

Y esto, ¿qué remedio tiene? Ustedes, los catalanes solidarios, lo buscan por un camino. De la bondad del camino, de lo que la Solidaridad pueda hacer, de mis recelos y temores respecto a ella hemos hablado muchas veces. Me temo que les falte arrojo y la abnegación necesaria para decir: "¡Aquí mandamos nosotros!" Me temo que les falte fe en sí mismos, fe en su misión. Me temo que se contenten con lo teatral, y deseo equivocarme. Me temo que les falte tenacidad.

Usted sabe que soy vasco, vasco por todos costados, y usted sabe que la fuerza de mi pueblo es la

tenacidad. Loyola fué un hombre tenaz, insistente. El puerto de Bilbao no se ha hecho por una inteligencia genial, sino por un carácter de roca, que ha sabido resistir año tras año los embates del mar. Don Evaristo Churruca, en cuyas venas corre sangre del otro Churruca, del almirante, es nuestro último héroe. Ha podido más que el mar.

¿Se podrá algo contra el embate continuo de las olas ciegas y sordas de los bárbaros? ¿Llegarán a ver, oír y entender?

Hablan otra vez más de la tranca, de palo y tente tieso, de eso que tienen en vez de sesos.

Me hablaba en una ocasión un bárbaro de cierta reunión, creo que sobre admisiones temporales o cosa así, a que acudieron interesados de toda España. Me hablaba de las razones que exponían paisanos de usted y míos, y añadió: "Si nos ponemos a discutir, nos envuelven; así es que, como éramos los más, los arrollamos." Las alas del corazón se me cayeron al oírle.

¡Qué tristeza, querido Maragall, qué enorme tristeza me causó el leer traducido, después de haberlo leído en ese hermoso catalán en que usted siente, quiere y magnífica a España, su *¡visca Espanya!* Y me acordé de aquel su otro *¡adeu, Espanya!*

Y aquí, mi buen amigo, aquí, en esta pobre y desgraciada Castilla, el espíritu sufre y suspira bajo el dominio de los bárbaros. Pasando a la vista de Fontiveros, en la estepa polvorienta, me decía: ¿Y cómo pudo ser que hubiera nacido aquí, siglos hace, San Juan de la Cruz? Y vine a concluir, para consolarme, que el espíritu no está muerto, sino dormido. De cuando en cuando se queja en sueños.

Ya sabe usted cuál es nuestro deber

Le abraza su amigo.

(*España Nueva*. Madrid, 16 mayo 1907.)

# LA CUESTION DEL LATIN

Al final de mi artículo sobre "Los maestros de escuela" os dije que también yo quería echar mi cuarto a espadas desde estas columnas sobre eso del latín, cuestión tan debatida y que en esa nación ha suscitado el dictamen del Consejo de segunda enseñanza. Tengo a la vista el artículo de Leptir, publicado en el número del 15 de julio de este mismo diario.

En la enseñanza del latín, como en cualquier otra enseñanza, es cuestión capitalísima la de saber para qué ha de enseñársele. La química es una, pero requiere un distinto reparto, según se la enseñe para aplicarla a una o a otra cosa.

Considérase el latín por muchos como una disciplina de cultura general, por la razón de que nuestra civilización tiene sus raíces en la grecorromana y de sus instituciones se han derivado nuestras instituciones. Mas a esto cabe responder que cuanto de las instituciones y de la literatura y la filosofía grecoromanas es vivo entre nosotros, se halla incorporado a nuestras instituciones y a nuestras literaturas y filosofías.

Tampoco se debe exagerar la infidelidad de las traducciones. Las hay muy buenas de los antiguos y mejores clásicos griegos y latinos y las hay muy buenas en las lenguas modernas, incluso en castellano, y

algunas de las mejores de éstas llevadas a cabo por escritores hispano-americanos.

"Las dos objeciones principales que se hacen a la enseñanza del latín —dice Leptir— son su ninguna utilidad práctica y el resultado escaso de los estudios." Por lo que al primer punto hace, declaro por mi parte que aún no sé qué quieren decir con eso de práctico y en último término, con tal de que tenga utilidad alguna, aunque no sea práctica, basta. A este respecto de lo práctico siempre suelo recordar lo que le dije en cierta ocasión a un ingeniero furiosamente practicista que iba a tomar un tranvía para ir a oír un concierto: "Dígame, amigo, ¿cuál de las dos cosas es más práctica, el tranvía que le lleva al concierto o el concierto mismo?". Porque observo que las gentes llaman práctico al medio, y lo práctico es ganarse la vida y no gastarla. Y si con el conocimiento del latín se puede dar a un número de personas una fuente de nuevas emociones y de placeres espirituales, no sé para qué más utilidad práctica.

El argumento del escaso resultado de su estudio es mucho más fuerte. En nuestro bachillerato se exige el latín y es muy raro el español que lo sepa regularmente. En lo que me parece que no anda tan acertado Leptir es en alegar que si nuestros alumnos no llegan a leer cómodamente a Tácito, Cicerón, Virgilio y Horacio, tampoco llegan a leer a Hugo o Racine, Shakespeare o Byron, Dante o Carducci. La cosa varía mucho, porque el francés, el inglés o el italiano tienen independientemente del conocimiento y goce de los clásicos de su literatura un valor de que el latín, en general, carece. Sin ser capaz uno de entender a Shakespeare, el inglés puede servirle de mucho, pero sin ser capaz de entender a Cicerón parece que el latín debe servirle de poco. Y digo "parece" porque ya veremos que también el latín puede tener su valor de otra índole.

Donde, en efecto, Leptir da, a mi juicio, en el clavo, es cuando establece que la razón principal para que estudiemos el latín está en nuestro propio idioma, el de España y la Argentina, el idioma castellano.

Yo no creo que el latín deba ser hoy un conocimiento exigible a todo bachiller, algo que deba entrar en aquel mínimo que se debe pedir a todo hombre que aspire a pasar por culto, pero sí creo que todos los encargados de enseñar la lengua castellana deben saberlo y que estaría muy bien que lo supiesen cuantos aspiren a manejarla literariamente.

No digo que en la segunda enseñanza argentina —y quien dice argentina dice española o de otra nación cualquiera de lengua castellana— haya de establecerse cátedras de latín, pero sí creo que en esa nación debería haber, si es que no las hay ya, cátedras de gramática histórica castellana y de lingüística comparada de las lenguas neolatinas. Y creo que a los encargados de enseñar castellano más luego debería exigírseles que las cursaran y que los escritores ganarían mucho con adquirir tal conocimiento.

Ahí precisamente, en esa nación, parece que concurren más que en otra parte alguna los principales de esos idiomas. El castellano es el nacional; de la utilidad del conocimiento del francés y de su influencia es inútil hablar; el italiano se habla por dondequiera en la Argentina, y en cuanto al portugués, la vecindad del Brasil y el desarrollo que esta nación toma me excusa de toda ponderación.

Que el castellano se explica por el latín, y se explica mejor, comparándolo con sus lenguajes hermanos, es noción ya de todo el mundo. Pero acaso caminamos a una reintegración, siquiera parcial, de las lenguas romances sobre la base del latín.

Sabido es que en las lenguas romances o neolatinas hay dos capas de latín; la una, popular o "digerida", y es aquel elemento latino que vino rodan-

do de boca en oído y de oído en boca y sufriendo las alteraciones fonéticas que la índole de cada pueblo le imprimía, y aquel otro elemento literario, erudito o "indigesto", que pasó de los libros a la lengua hablada y apenas sufrió alteración alguna, no pasando de ser latín escrito pronunciado a la española, francesa, italiana, etc. Entre ambos elementos hay términos medios y voces semipopulares. El lector que desee más ilustración al respecto puede hallarla, entre otros libros, en el excelentísimo *Manual de gramática histórica de la lengua castellana* de don Ramón Menéndez Pidal, libro de solidísima doctrina y ajustado a las más rigurosas exigencias de la ciencia moderna. Es el que empleo como texto en mi cátedra de filología comparada del latín y castellano.

Esas dos capas dan lugar a lo que se llama dobletes, o sean aquellas dobles formas derivadas de unas mismas voces latinas, la una por el proceso popular y la otra por la traslación erudita. De una misma voz latina derivan, v. gr., "derecho y directo, estrecho y estricto, odre y útero, hastío y fastidio, tilde y título, cabildo y capítulo, caudal y capital", etc., etc., porque son muchísimas y cada día se acrece su número.

En las distintas lenguas neolatinas es mucho más semejante el elemento literario o erudito que no el popular. Así *directo* y *direct* se parecen entre sí mucho más que *derecho* y *droit,* que apenas presentan analogía.

Llevado por mis estudios lingüísticos di yo en cierta época de mi actividad literaria en el prurito rayano en manía de preferir siempre el elemento popular y hasta en rebuscarlo en las más hondas capas del lenguaje hablado y en formas dialectales. No escribía nunca, v. gr., "multitud", sustituyéndolo por "muchedumbre"; antes de decir de un agua que era "ferruginosa" decía que era "herrumbrosa", habida cuenta de que la derivación del latín *ferruginen*

(con una confusión de sufijo) es el castellano "herrumbre", y en vez de "superficie", que no es sino la voz latina derivada de *super,* sobre, y *facies,* haz o cara, escribía "sobrehaz". Lo cual da sin duda al idioma cierta jugosidad y un tono de homogeneidad singular. Aborrecía, sobre todo, los términos técnicos. Y acudía para mi obra hasta a formas dialectales. Así, al que trabaja en oro le llaman unos "aurífice", con voz puramente latina, otros "orfebre", con voz francesa, y como yo oyera por estas tierras salmantinas llamarle "oribe", que es también la voz portuguesa, al "oribe" me atuve. Otro ejemplo: a la velada de la noche llaman en francés *soirée,* del latín *serata,* y en portugués *serão,* del latino *seranus,* y en castellano usamos ya "soiree", ya "sarao"; pero en esta provincia se dice "serano" y "serano" escribía yo.

Exponía y defendía yo en cierta ocasión este mi sistema delante de un doctísimo filólogo italiano y uno de los extranjeros que mejor conocen el castellano, cuando hubo de decirme: "Todo eso está muy bien, amigo mío, pero observe que con tal sistema lo que lograríamos es apartar a unos romances de otros, acentuando su diferencia respectiva, y hacer poco inteligible nuestro idioma. Yo no creo que sea un mérito de un escritor el que sea de difícil comprensión para los extranjeros. Creo, más bien, que debíamos esforzarnos por ir acercando unos romances a otros sobre la base del latín. Cuanto más elemento contiene un escrito español, francés o italiano, más fácil es para los que hablan un idioma latino".

He reflexionado después muchas veces en lo que mi amigo el filólogo italiano me dijo, y aunque no me decido a abandonar por completo mi sistema, reconozco la verdad de sus doctrinas. Si entre los escritores ingleses Macaulay es uno de los que nos son más fáciles y Carlyle de los más difíciles, consiste

en que en el léxico del primero domina el elemento latino y en el del segundo el anglosajón; y el proceso natural de la vida lleva a que en las distintas lenguas neolatinas vaya aumentando el elemento erudito, lo que las asemeja y acerca a expensas del popular, que las diferencia y aparta. La invasión en la vida y en la literatura de conceptos científicos y filosóficos es lo que promueve esto.

Claro está que hay campos en que el elemento erudito o científico disuena; tal es el de la poesía. La poesía exige sentimientos e ideas compenetrados con nuestra vida íntima y cotidiana, conceptos hechos carne, y de aquí el que disuenan en ella todas esas voces que son como cuerpos extraños en la vida del sentimiento.

Entre las varias posturas que ha ido buscando Lugones para procurar descanso a su espíritu inquieto le dió cierta temporada por hacer versos erizados de terminachos científicos y técnicos, y aquello, francamente, se me hacía insoportable. Yo creo que se puede escribir una oda inspiradísima y altamente poética a la locomotora, pero sin meter en ella términos de mecánica que no conoce el campesino que la ve pasar. Cuando esos términos, u otros cualesquiera de su misma laya, entran ya en el curso de la vida ordinaria, de la que se teje con nuestros pesares y alegrías, entonces puede entrar en la poesía.

Pero, aparte esto, es indudable que cada día crece más el elemento erudito a expensas del popular. He tenido la curiosidad de reunir al azar un número de periódicos —el periódico representa mejor que nada el promedio de la lengua corriente— y ver en ellos la proporción entre el caudal de voces de origen erudito y el de voces de origen popular, y se observa que el primero predomina enormemente sobre el segundo. Y tal es la razón de que a poco francés o italiano que sepamos nos es fácil seguir el pensamiento de un

artículo ordinario de periódico, de un artículo sin pretensiones literarias, mientras cuesta a muchos entender a ciertos escritores.

Y así resulta que las lenguas neolatinas tienden a asimilarse sobre su base, que es el latín.

No ha faltado quien haya soñado que así como la luz blanca, que se descompone por el prisma de los siete colores del arco iris, puede recomponerse de nuevo en aquella primera luz, así el latín descompuesto en el iris de los romances podrá recomponerse un día en un nuevo latín, que se llegará por integración a una lengua latina o románica. Me parece esto muy difícil, pero lo que sí es indudable es que cada vez son estas lenguas más inteligibles entre sí. Y a fomentar y a corroborar este natural proceso, ¿qué mejor que el estudio del latín puede contribuir?

Muchas veces españoles, compatriotas míos, han echado en cara a los hispanoamericanos el que estropean el castellano sin necesidad. No soy de los que tal censuran. Me parece menos malo que cierto casticismo que aquí, en España, se cultiva en conexión con cierto llamado tradicionalismo.

No me parece lo malo que haya quien se meta con el idioma; lo malo me parece que haya quien lo haga sin conocerlo bien ni tener clara noción de su índole. Para nada hace falta más conocimiento de la anatomía y fisiología del hombre que para someter a un muchacho a dislocaciones ortopédicas.

Entre las innovaciones métricas que los americanos han introducido en el verso castellano hay no pocas que son verdaderos desatinos por desconocimiento del idioma; son innovaciones "gráficas" y no "fónicas". En cambio, no ha mucho que un periódico mejicano me ha echado en cara el haber escrito este verso:

*yo sé bien lo que pide*

exclamando: "¡cinco monosílabos en un heptasílabo! Y el pobre crítico ignora que no hay tales monosílabos en el sentido en que él lo toma, es decir, que no hay cinco acentos antes de la palabra final. Ignora la existencia de voces "átonas", como la ignoran los que hacen rimar "una" y "fortuna" o el "de" preposición —que no tiene acento— con "sé", como algunas veces hace Rubén Darío. Lo cual es hacer versos a ojo y no a oído.

El que en un país de lengua neolatina haya un buen número de personas que sepan el latín y conozcan el proceso de derivación de los romances comparados entre sí, es el mejor medio para que se alcance la evolución natural de la lengua y para que las lenguas neolatinas vayan acercándose entre sí. Yo no sé si esta utilidad será o no práctica, pero de que es utilidad no me cabe duda.

Salamanca, agosto de 1907.

(*La Nación*. Buenos Aires, 23-IX-1907.)

Las campañas catalanistas.

## POR LA CULTURA

Al Sr. D. Telesforo García.

¿A quién mejor que a usted, mi querido don Telesforo, puedo dedicar las consideraciones éstas para darles, con esta dedicación personal, más intimidad de fuerza? Usted fué cordial y constante amigo de aquel gran patriota que se llamó Castelar, y que hubo de luchar desde el Gobierno contra los atávicos instintos kabileños o cantonales cuya suprema expresión, depurada y ennoblecida sin duda como todo lo que entra en la región de la doctrina pura, fué la fórmula del pacto bilateral y conmutativo del ilustre catalán Pi y Margall; usted en el remoto Méjico, donde se piensa y se siente en castellano, sostuvo el prestigio y honra de la Patria española, y usted, al volver a ésta su patria, se encuentra con que se discute su existencia misma, su íntima constitución histórica.

Bien está discutirlo todo, pero cuando un ejército está frente al enemigo y apercibido al combate, ¿qué efecto traería el que sus jefes se pusieran a discutir la organización del ejército mismo y su jerarquía? Y una nación es hoy, usted lo sabe bien, un ejército en el noble combate incruento por la cultura. Y la nación aquí es España y sólo España.

El primer efecto de estas disputas y estas pasiones atávicas desencadenadas es, y lo ha visto muy bien el señor Canalejas, oscurecer los problemas vitales, los más hondos, los más genuinamente nacionales, los problemas de cultura: el religioso, no eclesiástico-político; el económico-social, no financiero o fiscal; el pedagógico Efecto de esta enfermedad de íntima desintegración nacional es que se concierten y aúnen para un fin mezquino gentes cuyas concepciones respectivas de la vida de un pueblo divergen más entre sí que pueden diverger las distintas regiones que se nos dan dentro de la Patria española y por ésta vivificadas.

Parece que se ha perdido la noción de un papel y un fin que España tiene que cumplir entre los pueblos de cultura. Y de aquí la profunda desafección a España que en ciertas regiones españolas —entre ellas la nativa mía— se observa. A España, allí y en otras partes, son muchos, muchísimos, los que no la quieren; a lo sumo, la compadecen. Y la calumnian sin conocerla.

Dios me libre de abominar a roso y velloso, sin discernimiento ni cautela, de todo regionalismo; pero hay un regionalismo con piel romántica y sentimental y carne de materialismo político que es un grave peligro, no ya para el patriotismo español, sino para la causa de la cultura.

Para la causa de la cultura digo. Porque es en nombre de la cultura, no sólo del patriotismo, es en nombre de la cultura como debemos pelear por que no haya en España más lengua oficial, más lengua de cultura nacional, que la lengua española que hablan más de veinte naciones. Y esto, sean cuales fueren las hermosuras, los méritos y las glorias de otros lenguajes españoles, a los que se debe dejar a su vida doméstica. Es, repito, la causa de la cultura.

¿No cree usted que si la Universidad de Barcelona

gozase de absoluta, plena e incontrastada autonomía, llegaría a imponer la enseñanza en catalán, siendo así que todos los que a ella concurren, catalanes y no catalanes, saben castellano y no todos saben catalán? Si Balmes, si el susomentado Pi y Margall, si Milá y Fontanals hicieron algo por la cultura española —en que va inclusa la catalana—, lo hicieron en castellano.

El alma de Escocia la conocemos por Burns, por Carlyle, por Reid, que escribieron en inglés, más o menos regionalizado, y no por traducciones de cantos en el antiguo idioma céltico escocés; el alma de Bretaña se revela en Chateaubriand, en Brizeus, en Renán, escritores en francés, más y mejor que en el *Barzaz Breiz* y más culturalmente, y, en fin, el cristianismo no se propagó por el mundo en el arameo que hablaban Cristo y los apóstoles, sino en el griego de los evangelistas y de San Pablo, el apóstol de los gentiles.

Si Cataluña tiene un evangelio que puede levantar a España, y ojalá lo tenga, ese evangelio nos lo tienen que dar en castellano, ya que son los catalanes tan capaces de expresarse en él —y por cierto, muy bien y con cierta precisión del que no se ahoga en hojarasca— como era capaz San Pablo, el judío, de escribir en griego.

Hubo un momento en que creí que el llamado catalanismo se hacía imperialista, expansivo y cultural, no meramente político; pero empiezo, y lo siento en el alma, a desconfiar de ello. Piden para sí mismos en vez de pedir para todos, aunque aparenten esto.

No olvide usted, mi querido don Telesforo, que Cataluña es una de las regiones españoles en que más analfabetos hay, y que Barcelona, ya que lo más del catalanismo es barcelonismo, es una de las ciudades españolas —la Ciudad, con letra mayúscula, según

algunos tartarines que están haciendo de ella Tarascón— en que se anda peor de escuelas.

A lo cual viene al punto culpar al Estado. El Estado corre con la enseñanza en el país nativo de usted, en la Montaña, y en el mío, en el país vasco; los maestros de las Provincias Vascongadas, castellanos en su mayoría, obtienen sus escuelas en oposiciones hechas en Valladolid, y, sin embargo, en mi país, donde hay como en Cataluña un lenguaje indígena junto al nacional, hay muchos, muchísimos menos analfabetos que en Cataluña, y en Bilbao, donde no es la organización de la instrucción primaria pública diferente que en Barcelona, se levantan magníficas escuelas. Y en todo nuestro litoral cantábrico, usted lo sabe, abundan escuelas debidas a la munificencia de los patriotas que hicieron fortuna en América, de los indianos. ¿Cuántas de éstas hay entre los que pretenden poco menos que monopolizar la supremacía cultural de España?

No, no se puede culpar al Estado. Es uno de los más resobados, de los más injustos, de los más rutinarios lugares comunes el de culpar en España de todo lo malo al Estado, al poder central. Y el poder central, hay que decirlo muy alto, es entre lo mucho malo, lo menos malo acaso que tenemos. Se habla de caciquismo, y se dice, calumniosamente, que vive del amparo del poder central. Y esto es falso. Por cada vez que en un ministerio se sucumbe a las intemperantes peticiones del caciquismo regional y del local —que son los más terribles—, veinte veces se le contiene. El caciquismo es en España ascendente, no descendente. El régimen cantonal no haría más que exacerbarlo; sería el régimen del pandillaje.

Lo que más falta hace es robustecer el poder central, que si de algo peca es de débil; robustecerlo y a la vez flexibilizarlo y enriquecerle con los jugos de la vida toda difusa de la nación.

Creo entender, siquiera por mi cargo, en cosas de enseñanza un poquito menos mal que en otras cosas, y le digo a usted, mi querido don Telesforo, que si se descentralizase en España la enseñanza, dejando a los Municipios, o siquiera a las regiones, o provincias, el proveer a ella, sufriría gravísima herida la causa de la cultura —de la cultura, no del patriotismo solamente—, y la sufriría hasta en las regiones que se creen más capacitadas para la autonomía pedagógica y probablemente más en éstas que en las otras. Pueblo habría en que no se enseñara más que lo de "eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante..." y lo que sigue. Y nuestro órgano de cultura, la lengua, no ya nacional, sino internacional de España, sufriría rudo golpe. Porque nuestra lengua es internacional, como lo son el inglés y el alemán y el francés.

Hay en la Confederación Helvética como lenguas nacionales, tres lenguas internacionales: el francés, el alemán y el italiano; pero en el Parlamento del cantón de los Grisones, en que se habla en una lengua cantonal propia, el rumanche, se discute y se legisla en alemán. ¿Qué patriota francés de la Provenza pretende en serio que se reconozca como lengua oficial al provenzal de Mistral, rico de una tan intensa literatura?

Nuestra gloriosa lengua internacional, hispánica, es un producto de lenta y sólida integración histórica; a ella confluyeron el leonés y el aragonés con el castellano; a ella confluyen modalidades expresivas de ambos mundos. Y la obra de los siglos no se rompe por reviviscencias de uno de ellos; la obra de los siglos del liberalismo XVI a XIX, no se rompe por desenterramientos del siglo XV. Lo que los siglos han hecho rural y doméstico, doméstico y rural seguirá pese a galvanizaciones literarias. La arqueología no es política. Los griegos no piensan siquiera

en restaurar la lengua de Platón y de Demóstenes.

La historia hace el derecho. Usted, que ha sido vecino de los Estados Unidos de la América del Norte, conoce la historia de la guerra de Secesión. No bastaba que los del Sur dijesen: "¿No queréis la esclavitud? Bien, abolidla en vuestros Estados, pero dejadnos a nosotros con ella, pues que es condición de nuestra economía, y si no, separémonos, rompiendo el pacto federativo." Los del Norte contestaban: "No, ni la tendréis vosotros ni nosotros; no habrá esclavos ni ahí ni aquí, ni consentimos separaros." Y los del Norte defendieron con las armas en la mano la unidad nacional y la causa de la cultura e impusieron la cultura, tanto como la patria común, al Sur. Pues qué, ¿va a estar un pueblo a las maduras y no a las duras?, ¿va a participar de los beneficios, cuando la unión es provechosa, para hurtarse a los sacrificios cuando empiece a ser gravosa?

Lea usted la magnífica *Historia de Portugal,* de Oliveira Martins, y allí verá usted un sustancioso pasaje en que al tratar del dominio en Portugal de nuestros tres Felipes, el segundo, el tercero y el cuarto, dice el gran historiador que el anhelo de los portugueses era entonces la fusión de su patria con España, el que nuestras colonias estuviesen abiertas a sus mercaderes y las suyas a los nuestros, el que los portugueses pudieran ejercer todo cargo público en España, así como en Portugal los españoles, y que si esto hubiesen llevado a cabo los Felipes, en vez de mantener a Portugal como dominio de la corona, Portugal seguiría unido a España.

Lo que el gran Oliveira decía haber deseado Portugal lo consiguió desde luego Cataluña; las tierras descubiertas y conquistadas por Castilla fueron campo de sus mercaderes e industriales; los catalanes han tenido siempre y tienen acceso a todo cargo público, y aun hay catalán —y por cierto, catalán que

ocupa cargo público— que pide que en Cataluña sean los funcionarios públicos catalanes. Y la consecuencia inmediata sería que ningún catalán pudiese ocupar cargo alguno en España fuera de Cataluña. ¿Es que los vecinos no catalanes de Barcelona no son tan vecinos de ella como los catalanes, y no contribuyen como éstos a levantar las cargas públicas? El sustituir la indigeneidad a la vecindad es pura y sencillamente obra de incultura y de retroceso.

Esto se va alargando más de lo debido, y es hora de terminar.

Comprendo, mi querido don Telesforo, lo que a su corazón templado en el patriotismo por larga correspondencia íntima con Castelar y por larga estancia en remotas tierras fuera de España, tiene que afligirle el espectáculo de su patria abandonando los problemas vitales de la cultura, abandonando la disciplina social frente al concurso de las demás naciones, abandonando el formarse un ideal colectivo de acción ante los demás pueblos, para entregarse a discusiones de sentimentalismo casero, de pasiones de campanario y de mezquinos egoísmos y todo ello azuzado por cómicas petulancias. En este ambiente, la enseña de la cultura se oscurece bajo el polvo de la refriega.

Recordemos el ejemplo de Italia, donde la obra de la unidad nacional, no de la federación, fué la obra de la cultura y sus sacerdotes Leopardi, Foscolo, Gioberti, Carducci. La grandeza de éste fué cantar ¡Italia, Italia, Italia! y no Toscana, ni menos Bolonia, ni patria chica de adopción. Dios nos libre de reinos de Nápoles, de ducados de Módena y, sobre todo, de Estados más o menos pontificios, confederados o sin confederarse. El Estado ha venido a ser el supremo órgano de la cultura. El régimen de ciudades es la Edad Media.

Es la causa de la cultura, es la causa del liberalis-

mo, es el legado de los cuatro siglos de europeización, del XVI al XX, lo que corre riesgo de anegarse bajo estas reviviscencias atávicas del siglo XV que separó lo doméstico —muy digno de respeto y de cariño como tal— de lo nacional, lo rural de lo civil. Y sobre todo es en la América española, vivificada por el habla de Don Quijote, y no en el muerto ducado de Atenas, donde está nuestro porvenir espiritual como pueblo de cultura.

(*El Imparcial.* Madrid, 10 noviembre 1907.)

## ESPAÑOL-PORTUGUES

Llevo un mes ya en este pueblo costero de la tierra portuguesa, antigua conocida y amiga mía, entre una colonia de bañistas salmantinos y extremeños que acuden acá a respirar la frescura marina y huyendo del achicharradero de la meseta.

Y, según mi costumbre, me he procurado en seguida hombres portugueses y libros portugueses que me hablen de sus cosas pasadas, presentes y futuras. Pues no acabo de comprender a esos veraneantes españoles que vienen a continuar sus tertulias de miseriucas de campanario, a no querer enterarse de lo que les rodea y a volverse a España repitiendo a cuenta de Portugal y de los portugueses las tonterías de rigor.

Es realmente insoportable eso del tipo ya convencional, caricaturesco, de escenario, que de cada pueblo se forman los demás. Suele ser un estigma de ignorancia y de mala voluntad y peor fe para aquel que lo forja. ¿Quién no ha oído lo del portugués finchado, lo de "te perdono la vida, castellano, si me sacas de este pozo", lo de los "quatrocentos pés de cavalo" y otras inepcias por el estilo? Y, sin embargo, tengo que repetirlo una vez más: a lo que en España se llama portuguesadas, llaman aquí, en Portugal, "hespanholadas", y tenemos razón unos y otros

en cuanto uno ve en su vecino lo que nos es común No es Portugal el peor espejo para un español.

Busco aquí la conversación y el trato de los portugueses, como lo he hecho siempre en esta tierra, y hablamos, ¡naturalmente!, cada uno en nuestra lengua. Y nos entendemos perfectamente. Y esto no sólo me sucede a mí, que llevo años leyendo y oyendo portugués y si se tercia el caso lo hablo —aunque no lo haga por una razón de economía de esfuerzo—, esto mismo le sucede a cualquier español que no sea muy torpe de oído y corto de entendederas. Aunque hay que confesar que ellos, los portugueses, nos entienden a nosotros, a los que hablamos castellano, mucho mejor que nosotros a ellos. La razón estriba en la fonética. Son dos lenguas que habladas se diferencian mucho más que escritas. El castellano apenas tiene sino cinco vocales muy claras, muy cortantes, muy definidas, poco confundibles, mientras que el portugués tiene una extensa gama vocal. ("Dezenove vocaes", ¡diecinueve vocales!, me decía un amigo portuense.)

Con esto se comprende que escribiera yo hace poco en un prólogo a una traducción castellana —y excelente, por cierto— del hermoso poema de Eugenio de Castro *Constança* que no debe traducirse portugués. Todo español culto debe hacer el pequeño esfuerzo necesario para poder leer portugués. Lo que se facilitaría si en vez de esos diccionarios, como el del vizconde de Wildik, en que se incluyen las palabras comunes o fácilmente transportables de una a otra lengua, mediante pequeñísimas transformacioes, se publicaran vocabularios que después de un breve tratado de las correspondencias fonéticas incluyesen sólo aquello que sea ininteligible aun así Es ridículo que esos diccionarios traigan palabras como, v. gr., *agua, cavalo, baca*, etc., etc., y aun *coisa toiro, oiro* y otras así.

Sabido es que en el siglo XVII y aun en el XVI fueron muchos los portugueses que escribieron en castellano. Gil Vicente, el único dramaturgo lusitano de algún valor, en castellano escribió muchas de sus piezas; Camoens no pocos sonetos, y pasa por un modelo de prosa castellana la *Historia del movimiento y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV,* del portugués Francisco Manuel de Melo. Y no sé que a ningún portugués se le haya ocurrido traducir ninguna de esas obras a su lengua, empresa tan ridícula como la del que se ha propuesto, según me han dicho, traducir a Balmes y a Pi y Margall al catalán. Y tan ridícula como la de un cierto padre dominico, editor reciente de las obras del P. F. Luis de Granada, que da traducido al castellano lo que el gran hablista escribió en portugués en los años que vivió en Portugal, donde muriera.

En uno de mis primeros viajes a esta tierra, me aseguraron que en alguna Facultad de Medicina de por acá se estudiaba a Ramón y Cajal traducido... al francés. No pude comprobarlo. Pero lo que sí he experimentado es encontrarme con portugueses que me invitaban a que nos entendiésemos en francés y luego resultaba que no ya sólo comprendían perfectamente el castellano, sino que lo hablaban con relativa perfección y muy claro. Y conservo la obra de un distinguidísimo médico lisbonense que me la ofrendó con una dedicatoria en francés y acompañándola con una carta en francés también. "Escribámonos cada uno en nuestra lengua —le dije—, que en rigor y en el fondo son una misma".

Estos días he leído un artículo de un cronista portugués, publicado primero en un periódico brasileño, en que el autor aboga porque los portugueses se hagan, como él dice que se han hecho los japoneses, bilingües y adopten por segunda lengua, por lengua de cultura —esta expresión es mía— el... ¡inglés!

Y cree que llegarán con eso a rehacerse un alma doble como si se pudiese cambiar de piel, o más bien de carne, con tanta facilidad como de camisa. La solución es mucho más sencilla, aunque no quiera que se le ocurra a ese cronista que en otra parte habla de la conquista de Galicia —¡a la que un amigo mío llama la Alsacia portuguesa!— y la solución es que hablando portugués cabe decir que se habla español y el español es y será cada vez más, gracias sobre todo a América, una lengua de expansión mundial y para poder correr con ella todas las tierras cultas.

Estas cuestiones y luchas de lenguas son en rigor las más candentes. En el fondo los pueblos que pelean unos con otros no pelean, aunque ellos no lo sepan ni lo crean, sino por el predominio de una lengua. Que A conquiste a B o B conquiste a A sólo significa que los de A hablen la lengua B o los de B hablen la lengua A. Y si Polonia resucita como nacionalidad será porque ha sabido conservar su lengua polaca contra los embates furiosos de la alemana principalmente. Y es triste cosa toda aparente independencia en que se vende el alma para conservar el cuerpo.

El español y el portugués son dos lenguas que ni aquí ni en América pueden llegar a conflicto y lucha. Todo choque entre ellas acabaría —o acabará, ¿quién sabe?— en una penetración mutua; el español se aportuguesaría más o menos, el portugués se castellanizaría. Sería una obra de integración. Así se fundieron en el castellano los antiguos leonés y el aragonés, no sin dejar algún rastro de él; así se están fundiendo el gallego y el valenciano. Y no añado a esto más.

No hay sino ver —y esto que aquí indico de paso es algo a que quiero volver más despacio— que entre las muchas ventajas que la lengua inglesa le lleva a la alemana es la mayor acaso la de ser una lengua

de inclusión y no de exclusión como esta segunda. El inglés es la lengua integradora por excelencia y hoy por hoy la más viva fusión del latinismo con el germanismo. Y por eso vemos, en virtud propia y sin necesidad de apoyo de armas, a la pasada y hermética lengua alemana, excelente instrumento para sutilezas metafísicas, pero muy torpe para los comunes usos de la vida corriente.

Es insigne torpeza querer acusar y acentuar contra el natural proceso de integración diferencias en gran parte artificiales y debidas más que a otra cosa a la inextinguible e inagotable vanidad de los literatos. Y en esto suele llegarse hasta la caricatura. Los más de los portugueses cultos y sensatos desean la reforma de su arcaizante ortografía, acercando ésta a la fonética, como se hace —a pesar de la Real Academia de la Lengua— en castellano y se hace en italiano, pero no falta portugués que defiende el que se siga escribiendo "typographia", pongo por caso, no más que por escribirse en castellano tipografía. Como no sea por galicismo ortográfico.

Estoy leyendo el interesantísimo libro de la *Peregrinação,* por tierras del Extremo Oriente, que escribió en la segunda mitad del siglo XVI Fernán Méndez Pinto, el primer europeo que habló del Japón, adonde llegó en 1542, y el señor Brito Rebollo, anotador de la nueva edición, de 1909, se permite corregir de la primera, la de 1614, algunos que otros españolismos perfectamente inteligibles para los portugueses de hoy. Si Fernán Méndez Pinto escribió "impida", ¿a que conduce poner "impeça"? Y si escribió "hábiles", ¿para qué corregir "habeis"? ¿A qué conduce poner "batismo" donde el autor escribió "bautismo"? Y otras cosas así. Y en todo caso, lo correcto, lo honrado en un editor erudito, era dejar el texto como estaba y poner las correcciones —ridículas como son— en nota y no hacer lo contrario

como el señor Brito Rebello hace.. Esto aparte de otros ridiculísimos melindres como corregir donde dice "por raçao" escribiendo: "como raçao" a título de ¡cacofonía!

Eso de la cacofonía es lo más grotesco que puede darse. ¿Por qué suena mal "por razón"? Es decir, no sé que suene mal. ¡Váyase eso de las cacofonías, siempre subjetivo y casi nunca natural, para los que pertenecen a la frasca de aquel desgraciado que no hace mucho repitiendo cuatro necias tonterías a cuenta del tipo convencional del castellano acababa diciendo que en la lengua castellana no se puede cantar! ¡Dios le arregle los oídos a ese energúmeno de la diferenciación artificial y a contrapelo!

Figueira da Foz, 22-VII-14.

*(El Día Gráfico.* Barcelona, 29-VIII-1914.)

# EL INGLES Y EL ALEMAN

El inglés y el alemán titulo estas notas. Y quiero decir las lenguas, no los hombres; la lengua inglesa y la lengua alemana.

Todos mis lectores algo asiduos saben la importancia que concedo en la vida humana al lenguaje, sangre del espíritu —lo repetiré una vez más— y verdadero fundamento de la personalidad colectiva o nacional. Acaso sea preocupación del oficio —el mío, oficial, es el de filólogo—; pero es el caso que para mí la cifra y compendio de la vida espiritual es el lenguaje, y sé que no ya no sólo de pan vive el hombre, sino que sacrifica el pan a la palabra, a la personalidad.

Pueden los que se contentan con la explicación marxista del proceso histórico, con la llamada concepción materialista de la historia, imaginarse que la última base de todo fenómeno social y entre ellos el más terrible, el de la guerra, es el fenómeno económico. Yo seguiré creyendo que tal explicación apenas explica nada y que el hombre es más, mucho más, que un estómago. Antes que un estómago es un cerebro. Y el cerebro no come, el cerebro habla, se expresa. Y expresarse es dar la personalidad.

Por la personalidad individual o colectiva, más que por la pura subsistencia animal, pelean los hombres, y con tanto más ahinco cuanto más cultos son.

No dudo de que en el fondo de la feroz contienda que hoy se libra entre nueve naciones, ocho europeas y una asiática —si es que el imperio austro-húngaro es nación—, hay móviles económicos, pero pongo más que en duda el que sean, como algunos creen, los capitales y decisivos. Bien sé que es en gran parte una guerra para defender los unos y afirmar y ensanchar y para destruir los otros: la industria y el comercio alemanes, que, apoyados en las armas, empezaban a invadir el mundo. Pero esto explica mucho menos de lo que quieren que explique los que lo toman más bien que por principal por casi único motivo de la guerra.

Alemania estaba inundando el mundo, no ya con sus productos, sino con sus hombres. Por todas partes se filtraban los alemanes, a los que se ha llegado a llamar los chinos de Europa. En mi pueblo natal, cuando yo era mozo, la colonia inglesa era la más numerosa entre las extranjeras y luego le seguían otras; actualmente los alemanes sumaban más que todos los demás extranjeros juntos. Y así en donde quiera.

Alemania ha sido una gran productora de hombres y este exceso de su producción —que dicen empezaba a amenguar— se vertía a todas partes. Se ha dicho que la guerra de 1870 fué como una tempestad atmosférica debida a una diferencia de presión demográfica. La densa familia alemana caía sobre la familia francesa enrarecida. Y si desde entonces la población de Francia no ha menguado débese, en parte, a que se restauraba más que con nacimientos franceses con inmigración de alemanes en muy buen contingente.

Pero el alemán donde quiera que va acaba muy pronto por adaptarse y hasta se funde. A la segunda generación no le queda de germánico más que el apellido. Precisamente este mismo verano, hallándome en

Portugal, leía en una colección de artículos periódicos de Alberto d'Oliveira —recogidos en un tomo titulado *Pombos-Correios*—, artículos publicados antes en diarios del Brasil, uno sobre el peligro alemán en esta república americana de lengua portuguesa, y en él se dice que no hay tal peligro, presentándonos a un criollo brasileño, hijo de padres alemanes, que abomina de Alemania. Esto del criollo que abomina de sus padres, o cuando menos de la patria de éstos, no es nada raro, y no parece que los emigrantes alemanes se vean libres de ello. Y tampoco sé que los millones de norteamericanos de sangre alemana —de sangre fisiológica o material, no de sangre espiritual, es decir, de lengua— sean los más entusiastas de Alemania en Norteamérica.

No he conocido en España más que dos extranjeros de familia, de nacimiento y de lengua, que fuesen empleados del Estado español, y los dos son alemanes. Y es que el alemán se funde mucho antes que otros pueblos, y desde luego mucho antes que el inglés, cuya personalidad étnica es más resistente. Los matrimonios de alemanes que viven acá con hijas del país son mucho más frecuentes que los de ingleses. Y a los hijos del alemán que aquí se casa, lo repito, no les queda de germánico más que el nombre. Y desde luego apenas si saben alemán. Bien es verdad que tengo yo un amigo humorista que ha residido muchos años en Alemania y que sostiene muy serio que la lengua alemana no la saben ni en Alemania.

Si se tratara, pues, no más que del estómago, ¿a santo de qué había de pelear Alemania como pelea, sabiendo, como sabe, que a dondequiera que vayan sus industriosos hijos hallarán el pan que buscan?

¡Ah!, es que sabe también que adonde quiera que van acaban por desgermanizarse, y que los hijos de esos colonos emigrantes no pensarán ni sentirán en

lengua alemana. Y pelea, lo repito, por la lengua portadora del espíritu.

Y he aquí por qué yo no me duelo de la emigración de españoles a la América española —española, sí, española de lengua y no latina, pues no se habla ahí latín, lengua muerta, sino español, lengua viva— porque sé que ellos y sus hijos, los que de ellos nazcan, aunque hablen mal de España, lo harán... en español. Y por eso no me duelen ciertas invectivas —más o menos injustas— que contra mi patria leo... en español.

Alemania, la Alemania culta, la pensadora, no la que es ciego instrumento de la barbarie militar, dice que pelea ahora por la cultura. Es decir, por la "Kultur", con *ka* mayúscula, por su cultura, por la cultura germánica. Y la "Kultur" germánica, denominación de que tan pedantescamente vienen abusando hace tiempo, se cifra en su lengua. La filosofía alemana, la técnica científica alemana —técnica científica, más bien que ciencia— no se aprende bien si no en alemán. Y lo sé yo que empecé a aprender alemán a mis dieciséis años, y voy a cumplir dentro de pocos días cincuenta. ¡Y no puedo decir que sepa bien el alemán, aunque le he dedicado largas vigilias en treinta y cuatro años! En cambio, empecé a aprender inglés mucho después, muchísimo después, cuando pasaba de los veintiocho años, y hoy lo leo y traduzco mucho mejor que el alemán.

Y es que no sirve erizar a un idioma con cañones, obuses, ametralladoras, bayonetas y cruceros, si el idioma mismo, por sí, tiene peores condiciones que otro para la lucha por la difusión y la predominancia. No sirve querer meterle a un niño polaco, de ocho o diez años, el alemán en la cabeza a cañonazos. Las lenguas tienen ellas en sí mismas las condiciones de su resistencia, de su difusividad o de su agotamiento. Es el problema mismo que suelo plan-

tear a mis paisanos los vascos cuando se empeñan —son ya muy pocos, y ellos no convencidos sino por testarudez— en querer galvanizar una lengua, el eusquera o vascuence, que se muere porque tiene que morirse, por ser un instrumento de cultura inadecuado e imperfectísimo, enormemente inferior al francés o al español.

Los que sepáis inglés y alemán comparad uno con otro idioma, reconociendo las relativas ventajas de éste, del alemán, en ciertos campos, sobre aquél, sobre el inglés. Comparad la lengua inglesa suelta, casi monosilábica, sin apenas flexión, con ese pesadísimo alemán, que aún conserva declinaciones y desarrolla el discurso en un intrincamiento de períodos en que los párrafos se enchufan los unos en los otros. Porque el escritor alemán —que casi siempre escribe mal— parece no haberse dado cuenta —y ya se lo decía Schopenhauer, escritor tan a la francesa—, de que el lenguaje, como se desarrolla en el tiempo, no tiene sino una sola dimensión, y no cabe sino decir una oración después de otra. Pero el escritor alemán parece querer decir ,cuatro, cinco, seis o diez cosas a un tiempo y arma una de paréntesis, de paréntesis y enchufamientos que no hay quien lo entienda. Y lo peor es que a las veces nos contagia de eso a los que hemos leído mucho alemán, como a mí me sucede.

Es indudablemente que la lengua alemana tiene grandes ventajas para la investigación filosófica. Un prefijo, de significación necesariamente abstracta y algo vaga, una raíz, abstracta también, y un sufijo, igualmente abstracto, es muy difícil que den un compuesto de muy precisa concreción para el uso diario práctico de la vida, mas en cambio eso permite pasar de unos conceptos a otros con gran facilidad y sutileza y refinar concepciones filosóficas. La lógica de la lengua alemana es una lógica de cálculo infinitesimal e integral —y bien lo ha comprendido

Cohen—, es una lógica de continuidad, mas ello tiene para otros usos de la lengua gravísimos inconvenientes. Sucede con el alemán, comparado con el inglés, algo de lo que sucede con el griego comparado con el latín. En griego se escribieron los inmortales diálogos de Platón, pero en latín se dió leyes al mundo.

Además, los alemanes se han dedicado últimamente, con la tenaz pedantería que les caracteriza, a depurar su lengua, a deslatinizarla y hasta a erizarla de kaes. ¿Quién reconoce en la palabra Kaiser la romana Caesar de que procede? Y han llegado en esto a ridiculeces tales como las de sustituir voces técnicas internacionales, de origen griego, por vocablos formados con raíces, sufijos y prefijos germánicos. Ridiculez parecida a la de aquellos de mis paisanos que han pretendido hacer, a base de vascuence, y muy mal hecho por cierto, una especie de esperanto o de volapük, un idioma artificial y de estufa, que no hay quien lo entienda. Ni los que lo forjan.

El que se haya acostumbrado a leer a los grandes clásicos germanos tan latinados, tan profundamente latinados, y hasta afrancesados los más de ellos, a Goethe, a Schiller, a Lessing, a Heine, a Herder..., ¿cómo va a resistir a esos insoportables escritores germanos germanizantes que parecen poner todo su ahinco en que su lengua, por darla homogeneidad, sea lo más hermética posible?

Y ahora comparad con eso esa admirable lengua inglesa, una lengua de presa, que toma las palabras donde las encuentra y con sólo pronunciarlas a su modo las hace propias, esa lengua que sobre su primitiva capa anglo-sajona —en el fondo germánica— recibió la normanda, y luego el enorme contingente latino posterior. Dentro mismo del inglés comparad al germanizante Carlyle con el latinizante Macaulay. Y decidme: ¿es posible que en una lucha entre es-

tas dos lenguas por la predominancia venza el alemán al inglés?

La ventaja de la ortografía más sencilla, de que el alemán se lee más como está escrito, es muy pequeña junto a las otras desventajas.

Este verano un portugués amigo mío, que ha enseñado la lengua alemana y la sabe muy bien, el gran poeta Eugenio de Castro, me decía que el alemán es acaso la única lengua en que es más fácil de traducir el verso que la prosa, y ello se debe a lo que llama "período".

Hay que advertir, además, que una lengua más difícil que otra lo es hasta para aquellos que la aprendieron de niños. Todos éstos aprenden a andar en más o menos tiempo, pero ¿quién duda de que un niño que se cría y ejercita en la marcha en un terreno llano y desembarazado aprenderá a andar más pronto y con menos golpes que uno que tenga que hacerlo en un pedregal en cuesta? Y lo que se aprende tan difícilmente se olvida fácilmente, dígase lo que se quiera.

Agréguese que por razones no muy difíciles de comprender, los alemanes aprenden las lenguas extranjeras mucho más pronto y con más facilidad que los ingleses y las hablan mejor. Lo cual saben muy bien todos aquellos comerciantes que tienen trato con comisionistas de uno y otro pueblo. El alemán se hace más pronto a comprar y vender en la lengua del país en que comercia. Es que la suya es muy difícil de imponer y es que le cuesta menos desprenderse de ella.

Y si vamos al campo de la literatura, os diré que hay en la inglesa muchos más escritores intraducibles o que pierden en la traducción que en la alemana. Es más, muchos de los más grandes escritores germánicos ganan al ser traducidos, digan lo que quieran sus compatriotas. Conozco traducciones fran-

cesas, italianas y hasta españolas de los grandes líricos alemanes verdaderamente hermosas, y, en cambio, ¿a cuál de los grandes líricos ingleses —los más grandes del mundo— se les ha traducido bien? Y la lírica inglesa desde fines del siglo XVIII sobre todo es la maravilla de la literatura moderna.

Resulta, pues, que esa lengua inglesa tan suelta, tan de presa, tan noblemente imperial, que hace suyo todo vocablo que toma donde lo encuentra si es que lo necesita, esa lengua tan poco cerrada en sí, tan abierta, tan ecuménica, tan católica —en el sentido etimológico de estas dos últimas voces— esa lengua de asimilación, es mucho más resistente y mucho más difusiva que ese otro idioma alemán cerrado como por una muralla chinesca, hermético y hosco. Quiere invadir también, mas al paso que el inglés invade de un modo, él invade de otro.

Son dos imperialismos opuesto, como lo son los de sus pueblos respectivos. Uno, el imperialismo inglés, que se gana a los boers, y el otro, el imperialismo germánico, que trata de meter la lengua alemana en las cabezas de los niños polacos a cañonazos.

Y ahora, lo repito, la guerra no es tanto por mercados como por culturas. Se pelea por la personalidad, se pelea por la lengua, que es la verdadera nación. Los alemanes dicen —así me escribía hace pocos días, desde Charlotemburgo, en pleno tiempo de guerra, un amigo alemán— que pelean por la existencia. Y así es. No por la existencia, ni aun por el bienestar de cada uno de ellos, de la masa que come y vive, sino por la existencia como nación absorbente, como personalidad colectiva, que si no se impone, se funde poco a poco en las demás. Han logrado hacer de su ejército una maravillosa máquina de guerra, acaso demasiado máquina, y de una precisión peligrosa. (Un reloj demasiado delicado no resiste mucho trajín y algunos golpes.) ¿Por qué no dedicaron sus

esfuerzos a trasformar su lengua? ¡Ah! es que una lengua no se trasforma tan fácilmente como se organiza un ejército. En mi tierra nativa fué más fácil hacer dos guerras civiles en el pasado siglo que adaptar el vascuence a la vida moderna. Los bárbaros germánicos, los francos, los suevos, los vándalos, los godos, conquistaron el mediodía de Europa, pero acabaron hablando lenguas latinas. ¿Qué son muchos, muchísimos de los franceses sino una especie de germanos que hablan una especie de latín?

En estas notas sólo he hablado del inglés y el alemán en lucha. Nada he podido decir del ruso, que no conozco; nada he querido decir del francés; nada tampoco del español, de nuestro español, que tiene en sí, por inermes que seamos los que le hablamos, tantas y tan excelentes cualidades, no ya para resistir, sino hasta para imponerse.

Salamanca, setiembre de 1914.

(*La Nación*. Buenos Aires, 14-X-1914.)

## "IBERIA"

No hace muchos años, el inolvidable Maragall, mi amigo del alma, y yo proyectábamos haber fundado una revista, que habría de haberse llamado *Iberia* y estar escrita en las lenguas literarias de la península: castellano, catalán y portugués. Algún día publicaré noticias circunstanciadas de aquel proyecto, con lo que al respecto me escribía Maragall. El cual llegó a proponerme que la revista se editase aquí en Salamanca, como ciudad española la más próxima al centro de Portugal.

El proyecto era entonces poco practicable, pero me halagaba. Halagábame el llegar a tener un órgano de aproximación espiritual entre los pueblos ibéricos de distintas lenguas. Aproximarse espiritualmente es conocerse cada vez mejor. Y mi sueño y ahinco ha sido que nos conozcamos, aunque sea para disentir. Sé que conociéndonos mejor en nuestras diferencias respectivas y mutuas, llegaremos también mejor a conocer nuestro común espíritu ibérico, lo que nos une frente a la diferencia común con los demás pueblos hermanos en humanidad.

Sí, que nos conozcamos, aunque sea para disentir. Sin estos disentimientos interiores, y por así decirlo domésticos, no hay vida que valga ser vivida. Tenemos que defender lo que nos diferencia tanto como lo que nos une. Y ¡ay del día en que Alemania, que se-

gún el químico Guillermo Ostwald ha alcanzado una etapa de civilización más alta que la de todos los demás pueblos, llegará a imponer por la guerra esa civilización a esos otros pueblos! Porque lo que Alemania quiere, según el mismo Ostwald, es organizar Europa, pues Europa, dice, no ha sido organizada hasta ahora. Y ya sabéis lo que esa organización significaría: una dictadura de la diferenciación nacional del trabajo, asignando a cada pueblo el papel que según ella, la dictadora, le corresponde; la muerte del libre albedrío. Nacional. Unos buenos animales domésticos, lucios y bien mantenidos, y que daría su mayor rendimiento en manos del empresario imperial. Por algo Ostwald, al tratar de la energética sociológica en su obra *La energética,* empieza por la colmena. Seríamos las abejas de Germania.

*Iberia.* He aquí que nuestro viejo proyecto, el de Maragall y mío, resucita al conjuro de la guerra europea. Porque esta guerra va a tener la virtud, entre otras cosas, de despertar sentimientos nacionales dormidos, de hacer que los pueblos vuelvan a sí y hagan examen de conciencia. Por lo pronto, ya Alemania, al romper el pedazo de papel —así le llamó el canciller Bethmann-Hollweg— que era el acta en que, con otras potencias, consagraba la independencia y la neutralidad de Bélgica, le ha libertado a ésta de ese pedazo de papel, y le ha dado la futura independencia no neutralizada ni mediatizada, la ha convertido en una verdadera potencia —grande o chica, ¿qué importa?

*Iberia.* Un órgano en que los distintos pueblos que la integran nos comuniquemos en nuestras sendas lenguas. Y téngase en cuenta que no abjuro de mis deseos y mis esperanzas respecto al porvenir de esas lenguas y a su fusión un día. ¡Mas nunca por la fuerza! Nunca aplaudiría métodos como los que para la germanización lingüística ha empleado Alemania

en Alsacia y Lorena y en Polonia. La unidad es buena y santa, pero cuando es violentada, no es unidad.

*Iberia.* Surge de nuevo la idea de un órgano escrito en las tres lenguas literarias de la península Ibérica al trágico calor de la guerra y ante el peligro de la propaganda germánica en España, en esta España a la que ahora adulan esos germanos que tanto la han desdeñado siempre.

Y digo propaganda germánica y no germanófila adrede y con su cuenta y razón. Aquí, en España, hay sin duda españoles germanófilos y de una germanofilia desinteresada y noble, como hay francófilos y anglófilos; pero observad que mientras la campaña a favor de los aliados la llevamos, en general, españoles que ni fuimos requeridos para ello ni buscamos sino el triunfo del reino de Dios y su Justicia, la campaña literaria germánica es, en general y salvo algunas excepciones, dirigida por alemanes. Si mañana, pongo por caso, apareciera un órgano de propaganda titulado *Germania* o cosa así, podéis jurar que no está dirigido y sostenido como lo está éste, por españoles, ni por españoles germanófilos, sino por alemanes. Y es que así como el ejército turco ha tenido que ser organizado y dirigido por oficiales alemanes, así también nuestro ejército turco español de pluma tiene que ser organizado, dirigido y sostenido por oficialidad literaria germánica.

¡Lo que malgasta en papel esa gente que ha declarado un pedazo de papel el acta solemne de la independencia de Bélgica! ¡Y la fe que parece tener en la credulidad de nuestro pueblo! Esa es, sin duda, la manera de empezar a organizarnos; inundarnos de embustes como ellos han inundado a su propio tan crédulo pueblo.

Diario germanófilo hay en Madrid que parece español —y así lo dice él mismo a diario— y no es

sino órgano de la Embajada de Alemania, de donde recibe el santo y seña y la *verdad* cotidiana, por lo menos.

*Iberia.* Que esta revista, nacida al trágico calor de la guerra, sobreviva a la paz y que sirva de hogar en que aprendamos a conocernos los distintos pueblos ibéricos, a conocer lo que nos diferencia, que es a la vez conocer lo que nos une; en que aprendamos también a disentir con clara conciencia de nuestros disentimientos. Y que nadie de fuera venga a querer organizarnos. Afuera ese armado viajante de comercio —soldado, *commis voyageur* y catedrático en una pieza— que pretende marcarnos el papel que hemos de hacer en el mundo por él organizado. ¡Que nos dejen a cada uno de nosotros como somos! Hasta nuestros vicios nos son más queridos que sus virtudes. Quédese, pues, con ellas.

(*Iberia.* Barcelona, 10-IV-1915.)

# EL CASTELLANO DE MOSEN ALCOVER

Uno de los libros a ratos más divertido que se puede leer y con el que yo mataba horas de calor en el sosiego de mi estancia en Manacor es el *Dietari de l'exida de Mr. Antoni M.ª Alcover a Alemania y altres nacions l'any del Senyor 1907,* publicado en el tomo V (extraordinario) del *Butlletí del Diccionari de la Llengua catalana.*

Mosén Alcover, hoy vicario general de Mallorca, emprendió el viaje a Alemania y otras naciones subvencionado, según creo, por la Diputación Provincial de Barcelona para informarse algo, que buena falta le hacía, de filología románica y poder así trabajar más científicamente en su labor del diccionario de la lengua catalana.

El *Diario* de su viaje es, en su mayor parte, una guía del turista, y más bien del turista estadístico. Allí se nos dice que Basilea tenía, cuando Mosén Alcover la visitó, 125.421 habitantes; nos da las alturas en metros de la torre Eiffel, de la Mole Antonelliana de Turín, del campanario de la catedral de Ulm, de los dos de Colonia, del de Rouen, etc., etc. Las cifras y los datos estadísticos son su fuerte. Otras veces es instructivo, como cuando dice: "Hemos pasado también por delante de la casa donde nació el gran compositor de música Bach, nacido el año 1685,

muerto el 1750." ¿No es esto pedagógico? ¿No se llama a esto instruir deleitando?

Mas no se crea por eso que el *Diario* no contenga observaciones propias, y algunas muy agudas. Al pasar el día 4 de julio de 1907 Mosén Alcover por la llanada de Provenza, vera del Ródano, por Tarascón y Aviñón, donde todo lo encontró verde, no pudo menos de exclamar pindáricamente: "Quina gran cosa qu'es l'aiygo" (¡Que gran cosa es el agua!). Suponemos que Mosén Alcover no conocería el principio de la famosa oda de Píndaro, en que éste exclama: "¡lo mejor, el agua!", pues de conocerlo, perdería su originalidad su frase.

Al llegar a Alemania, Alcover se vistió de paisano para entrar en aquellas tierras donde predominan los herejes, por lo cual los capellanes católicos van de levita y traje negros, sin otra señal eclesiástica que el alzacuello. "Cuando me hube vestido así —nos dice—, no me atrevía a salir del cuarto. Pero pensé entonces que nadie de allí me había visto jamás, y que tanto le daría que anduviese yo de paisano como de capellán. Me eché a la calle al punto, ¡y vamos a ver!" ¿No es esto delicioso?

Y así, vestido de paisano, donde nadie le conocía, con un diccionario castellano-alemán en un bolsillo y otro alemán-castellano en el otro y el *Baedeker* en la mano —éste, para la estadística—, salió "dispuesto a embestir a cualquiera en alemán y a decir cualquier disparate en esta lengua, que, a tuertas o a derechas, he de aprender —nos dice— con la ayuda de Dios o aunque sea del diantre". Y luego nos cuenta los disparates —*desbarats*— que dijo en alemán, sólo que nos los cuenta traducidos a un mallorquín catalanizado o a un catalán mallorquinizado.

El día 7 de julio del año del Señor de 1907 se encontraba Mosén Alcover en Halle, en casa del Dr. Schaedel, profesor de Filología románica. Pero

oigámosle a él mismo traducido al castellano. Dice: "A la tarde vino el Dr. Counson, belga, lector de francés en la Universidad de aquí, entusiasta del catalán y grande amigo mío. ¡Qué contento estoy de conocerlo! Después vinieron dos amigos del Dr. Schaedel: un profesor griego, el Dr. Peropulos, y otro doctor de la Universidad. Hablamos cordialmente un buen rato. La señora Schaedel nos llamó a tomar té y pastas, y me sentaron en medio de aquellos dos señores. El griego hablaba a menudo; el otro, apenas, es un médico. Pero de repente me ofrece un pedazo de pan con una especie de sobreasada de Vich, diciéndome en muy puro catalán: *¡Prenga això, si es servit! ¿Qué, no li agrada?* Cuando le oigo, se me ponen los pelos de punta. Pienso: "Será uno de esos alemanes a quienes si se les pasa algo por la cabeza lo hacen, salga como saliere." Acaba de decirme que es catalán, de Granollers. Resulta que lo es y que hace tres años que perfecciona en Alemania sus estudios de Medicina y que ahora es médico asistente en la clínica de servicios de la Universidad. Se llama el doctor Villá. No me habían dicho nada hasta ahora para darme la sorpresa. ¡Y que ha sido gorda! Me pregunta por la Solidaridad, que se la explico porque nada sabe de ella; no hace más que estudiar Medicina. Hablamos de todo. Nos hacen hablar en catalán para sentir el acento. Al profesor griego le resulta muy armoniosa nuestra lengua. El Dr. Schaedel dice: "Hablen un poco castellano, a ver qué efecto les hace a estos señores." Lo hablamos, y el griego y los otros dicen que encuentran a esa otra lengua muy áspera, seca, demasiado metálica. El griego dice: "Me parece oír turco." No es dudoso que nosotros dos no pronunciamos bien el castellano pero cabalmente es porque tenemos el acento catalán, lo que ha hecho el efecto de armonioso" (Inútil advertir aquí que Mosén Alcover no ha dicho que hiciera tal efec-

to el castellano ni aun pronunciado por él, que es de acento armonioso.) "Por lo mismo, si lo hubiésemos pronunciado en buen castellano, más áspero, más seco, más metálico, les habría parecido. ¡Y los castellanos, tan gozosos con la armonía y suavidad de su lengua. Pero resulta que son ellos solos los que así la encuentran."

El pasaje no tiene desperdicio. Es delicioso aquello de que a Mosén Alcover, al oír al desconocido hablar en puro catalán, se le pusieran los pelos de punta —*romanch amb els cabells drets*— por el espanto, y pensase si sería uno de esos alemanes que hacen lo que se les viene a la cabeza, salga de donde saliere —*un d'aquells alemanys qu'es passen qualsevol cosa p'el cap, y la fan, surta del llevant, surta del ponent*—. Inútil hacer notar que Mosén Alcover es hoy un formidable germanófilo.

Los huéspedes del Dr. Schaedel eran gente cortés y bien educada —entre ellos un belga y un griego—, y, ¡es natural!, encontraron muy armoniosa la lengua de Mosén Alcover. Pero así que éste se puso a hablar, con las de Caín, en castellano con el Dr. Villá, de Granollers, al punto el griego creyó oír turco y encontraron aquella otra lengua —*aquexa altra llengua*— muy áspera, muy seca, demasiado metálica. ¡Y eso que la hablaban un catalán y un mallorquín! ¿Qué hubiera sido si la llegan a hablar un toledano y un sevillano? Porque ya se sabe que así como en Italia hay el refrán de: "lengua toscana en boca romana", aquí debe de haber este otro: "lengua castellana en boca catalana". Junto a la lengua suave, húmeda y de timbre de óboe o de violoncello —instrumentos de madera y cuerda— de Mosén Alcover, nuestro castellano de áspero y seco clarinete tiene que sonar mal.

Hay gentes escépticas que se figuran que eso de sonar mejor o peor una lengua es algo subjetivo y

dependiente de la costumbre; hay castellanos a quienes el catalán, y aun el mallorquín, les suena áspero y seco, y no sé si metálico; hay quienes dicen que los ingleses, al hablar, parece que ladran. Hay para todos los gustos. Y entre éstos se halla el de Mosén Alcover.

¡Si lo de la aspereza o suavidad, sequedad o humedad, timbre de metal o de madera o cuerda se pudiese apreciar científicamente!... Pero Mosén Alcover, como todos los apóstoles de una causa, tiene muy poco espíritu científico. Fué a Alemania a corroborar sus prejuicios, y sólo se enteró de lo que le convenía a sus pasiones. Por ejemplo, de que en Alemania son muy poco conocidos el castellano y... el catalán, y que se lee mucho el *Quijote,* pero traducido. Es posible que si, en vez de andar entre filólogos de Halle, hubiese andado entre comerciantes de Hamburgo, sus ideas al respecto no serían las mismas. Y como hombre observador y curioso a la par que ingenuo, baste decir que se le ocurrió preguntar a un estudiante de Halle si en aquella Universidad había muchos profesores y estudiantes panteístas. ¡Panteístas! ¿No tiene acaso esa curiosidad un virginal perfume de seminario?

Aún nos va a dar Mosén Alcover pie para amenos comentarios.

(*Nuevo Mundo.* Madrid, 18-VIII-1916.)

# DICCIONARIO DIFERENCIAL CATALAN-CASTELLANO

Que en España no se siente el debido interés por la producción literaria catalana y por la portuguesa es cosa que he dicho muchas veces y de que otras tantas me he lamentado. Y he predicado contra ese mal —que lo es— con el ejemplo. En mi cátedra de Historia de la Lengua castellana se traduce todos los años portugués y catalán. Mis alumnos salen de ella habiendo visto, aparte de algo de antigua literatura catalana —de las Crónicas, o de Ausias March o de Jordi de San Jordi—, bastante de los autores del renacimiento reciente: Verdaguer, Maragall, Guimerá y los más modernos.

Con nuestros jóvenes estudiantes, aun con los más aplicados, hay que hacer que venzan el primer esfuerzo. Nuestra pedagogía tiene que luchar con la pereza de la raza. Aquí se quiere la conciencia infusa, con fruto y sin trabajo, como decía el místico.

Por lo que hace al catalán y al portugués, el prejuicio no es tanto que no valga la pena de aprenderlos cuanto que esto ha de ser muy fácil cuando uno se ponga a ello. Son muchas las personas al parecer cultas —pero nada más que al parecer— que parten del desatinado presupuesto de que el portugués y el catalán no son más que deformaciones del caste-

llano, casi chapurreados de él, o lenguajes híbridos. Entra por mucho el concepto vulgar y anticientífico de dialecto.

Topé una vez en Portugal con un español que estaba indignado de que, pudiendo leer los periódicos portugueses, apenas comprendiera a los hombres cuando le hablaban, mientras éstos le comprendían a él. Porque ello es cuestión de fonética, y la del portugués es tan complicada y matizada como sencilla es la del castellano. "Que hablen en cristiano", me decía el español aquél. "Pero es que hablan en cristiano..., en cristiano portugués", le dije. Todas esas vocales y esos diptongos inverosímiles que pronuncian cerrando la boca y abriendo la nariz lo hacen nada más que por molestarnos a los españoles —exclamó—; han inventado todo eso para darnos en cara." Debajo de este cómico ex abrupto rigurosamente histórico late una concepción muy extendida por estas tierras, cual es la de que los portugueses han "inventado" su lengua adrede para diferenciarse de los castellanos.

El prejuicio de que el portugués y el catalán hayan de ser extremadamente fáciles hace que no se les estudie. Y algo así ocurre también con el italiano. Los libretos de ópera tienen la culpa de que muchos no se pongan en condición de poder gustar de la hermosísima literatura italiana.

A un castellano le cuesta mucho trabajo echar mano a un diccionario portugués o catalán. Además, estos diccionarios, los que conozco, no son ni muy accesibles, ni muy excelentes.

Pero hay, a mi ver, otro defecto mayor, y es que esos diccionarios son excesivos. Cabe reducirlos muchísimo, haciéndoles más manuales y más baratos. No hay sino suprimir toda la parte común, aquella para la que no se necesita diccionario.

Aquí tengo el *Diccionari catalá-castellá y castellá-catalá* de Rovira i Virgili. (Me place unir sus dos

apellidos por una i latina como él lo hace, como se hacía y se hace aún en Chile en castellano y como debíamos de hacerlo.) Abrase por cualquier página. Lo he abierto por la página 97, al azar. Y me encuentro: copulatiu = copulativo, coquetejar = coquetear, coquetería = coquetería, coral = coral, coratge = coraje, corbeta = corbeta, corda = cuerda, cordell = cordel, cordial = cordial, cordialitat = cordialidad, cordillera = cordillera, cordó = cordón, cordobá = cordobán, cordovés = cordobés, cordura = cordura, coreografía = coreografía, corifeu = corifeo, corista = corista, cornamusa = cornamusa, corneta = corneta, cornet = cornetín, cornisa = cornisa, cornucopia = cornucopia, cornut = cornudo, corola = corola, corolari = corolario, corona = corona, coronació = coronación, coronament = coronamiento, coronar = coronar, coronat = coronado. ¿A qué seguir?

Este diccionario incluye todas las palabras, que son las más, que se escriben exactamente igual en catalán y en castellano y significan lo mismo, entre cllas los términos técnicos de ciencias. Y para un diccionario manual y de uso corriente esas palabras son un peso muerto.

Y lo son también todas aquellas cuya diferencia es una diferencia normal fácilmente resoluble. No hay, por ejemplo, por qué incluir: "corda, porta, costa, roda" o "terra, serra, fera". Basta con hacer notar que como el catalán no diptonga, como el castellano, los diptongos *ue* y *ie* de éste corresponden, en general, a *o* y *e* catalanas. (Y lo mismo ocurre respecto al portugués, que tampoco diptonga.)

Es que un vocabulario así, diferencial y lo más breve y sencillo posible, debería ir precedido de una sucinta introducción en que se expusiera las mutuas relaciones fonéticas diferenciales entre ambas lenguas. Y así, con hacer saber, verbigracia, que la jota cas-

tellana corresponde muchas veces, las más acaso, a una *ll* catalana —y a una *lh* portuguesa, respectivamente—, se ahorraba uno de incluir voces catalanas como "ovella, abella, orella", etc. Y hasta una voz como "vell" sobraba cuando se había expuesto que el catalán no diptonga, que suele tener *ll* donde el castellano tiene *j* y que ha dejado caer la *o* final de muchos nombres que en castellano la conservan.

Claro está que hay palabras que, aunque un lector atento a esos principios de correspondencia diferencial fonética y morfológica podría traducir desde luego, acaso convenga no omitir. Tal, verbigracia, "ou", huevo. Sabiendo que el catalán no diptonga, como el castellano, la *o* latina y que deja perder la *o* final, se saca al punto que "ou" es huevo, pero la falta de la *h* inicial podría confundir a muchos que aun en castellano no se han dado cuenta de que el ovillo no es más que un diminutivo de huevo.

También está claro que habría que incluir aquellas palabras que, siendo muy parecidas, y hasta idénticas, significan, sin embargo, cosas diversas.

Pero teniendo en cuenta estas consideraciones y haciendo preceder al vocabulario diferencial de unas nociones sumarias de fonética y morfología comparadas, se reducía enormemente su tamaño. En un librito como un calendario de bolsillo se podía meter el vocabulario catalán-castellano, y en otro igual, el portugués-castellano.

¿Serviría una obra así para algo? ¿Tendría aceptación? Esto ya es otra cosa. Acaso el que por pereza, o por algo peor, no se reduce a echar una mano a un diccionario como el de Rovira i Virgili, verbigracia, que es bien manejable y cómodo, tampoco se redujera a manejar un librito así, como calendario de bolsillo, que fuese un vocabulario diferencial, Hay perezas que no admiten grados. Pero ¿se perdería algo con hacer la prueba?

Lo que sé es que me pongo malhumorado cada vez que algún español me pregunta si anda traducida al castellano tal o cual obra portuguesa. Porque francamente, el que tropieza ya desde el título de la excelentísima *Historia da civilisaçao ibérica* de Oliveira Martins con eso de que "civilisaçao" sea civilización —y que se da el caso de este tropiezo—, ni es persona civilizada ni menos merece leer tal obra, ni aun traducida.

Se dice, y lo he oído muchas veces, que es dificilísimo procurarse un libro portugués en España; mas ello se debe únicamente a que no hay interés alguno por conocerlos. Menguadísimos andan nuestros diarios y revistas en dar cuenta de los libros españoles en castellano, ¡para que vayan a informarnos de los portugueses o los catalanes! Acabo de leer un libro portugués lleno de encanto y de vida, *Leonor Telles,* de Antero de Figueiredo, que es la historia de la diabólica y hermosa mujer del rey don Fernando, la divorciada del hidalgo tramontano don Juan Lourenço de Cunha, la que entregó su patria a su yerno el rey don Juan de Castilla, y me he apresurado a escribir sobre este libro, como escribí sobre aquel otro del mismo autor *Don Pedro e Doña Inés,* en que nos cuenta la tragedia de Inés de Castro; pero he escrito para un gran diario de Buenos Aires. La experiencia me ha enseñado que es perder el tiempo querer interesar en España a las gentes en la literatura portuguesa.

A esa falta de interés por las literaturas portuguesa y catalana, y a la falta de conocimiento directo de ellas y de sus lenguas, hermanas de la nuestra castellana, atribuyo en gran parte la pobreza y el anquilosamiento de esta nuestra lengua castellana literaria. Muchas de sus intimidades vivas, pero ocultas, no se ven bien sino a través de los romances hermanos peninsulares; tal voz, tal giro castellano no ha-

llan su más perfecto sentido sino cotejándolos con la voz, con el giro correspondiente portugués o catalán. Y así esa lengua literaria castellana, solitaria y hermética, diferencial y aislada, se va convirtiendo en una jerga académica que no hay quien la resista. Los puristas quieren depurarla y apurarla, pero acaban por hacerla pura al modo del agua, $H_2O$, que es impotable. Porque si el agua químicamente pura es impotable, una lengua académicamente pura y castiza es impotable también. Acaba por ser ininteligible. Ininteligible porque no dice nada que merezca entenderse.

(*La Publicidad.* Barcelona, 24-IX-1916.)

# VASCUENCE, GALLEGO Y CATALAN

A estas horas estarán llegando a Bilbao el señor Cambó y los diputados catalanes y catalanistas que le acompañan en viaje de propaganda política. Hoy mismo dará una conferencia allí, en el teatro Albión, y luego mis paisanos le obsequiarán y festejarán como él se lo merece.

Cambó hablará en Bilbao en castellano, ¡claro está! ¿En qué otra lengua iba a hablar allí? No es razonable ni conveniente que hable ni en catalán ni en vascuence. Y la razón más poderosa para que Cambó no hable en Bilbao en vascuence no es precisamente que él, Cambó, no lo sepa hablar, ¡no!; es que, si por arte de encantamiento lo supiera —¿no es acaso Cambó el nombre de una localidad vasco-francesa?—, y si lo hablara, tampoco le entenderían la inmensa mayoría de los vascos que van allí a oírle. Mucho mejor si les hablase en catalán. Porque en Bilbao la mayoría de los bizkaitarras o nacionalistas entienden mejor, mucho mejor, el catalán que no el vascuence. Lo que no quiere decir, por supuesto, que entienden bien ni medio bien el catalán, ni que lo entiendan siquiera. Además, aunque Cambó supiera vascuence y lo supieran los que van a oírle, pero vascuence de verdad, vascuence vivo y corriente, y no los ridículos y absurdos esperantos que de él sacan cuatro exaltados confusionarios, no podría hablar en el teatro

Albión, de Bilbao, ni en ninguna otra parte, de lo que dice la prensa que va a hablar allí: de los proyectos financieros del ministro de Hacienda. Empezaría por no saber cómo llamarle a éste, como no fuese "aziendako ministría" (cambio la ortografía para disfrazar algo la cosa) o en alguna invención lingüística sólo inteligible para su inventor. Y en catalán puede pasar "el ministre d'Hisenda", pero en consecuencia no puede pasar "aziendako ministría" ni aun con la k, que además no se conoce al pronunciarla. Es absolutamente imposible hablar hoy en vascuence vivo y verdadero de proyectos ningunos de Hacienda. Y mañana, más imposible aún, merced a los enterradores de esa lengua milenaria y ahistórica que son los que se empeñan en galvanizarla con trabajos de gabinete para impedir su muerte inevitable.

Con motivo de la ida a Bilbao de Cambó y sus acompañantes, ha publicado el diario bilbaíno *Euzkadi* un artículo que veo reproducido en el número del 24 de este enero de *La Veu de Catalunya*. Mas antes de pasar a comentarlo brevemente, bueno será informarle al lector desconocedor de las cosas de mi tierra vasca que ese nombre de *Euzkadi*, con su k y todo —"¡ahí le tenéis a San Roque, con su perrito y todo!", decía un predicador de aquella mi tierra—, no quiere decir nada en vascuence ni pasa de ser una invención, bastante caprichosa por cierto, de un improvisado lingüista. El que la inventó quiso expresar con eso el pueblo vasco, no el territorio, y la inventó porque tal nombre no existe en vascuence. Ni podría existir por razones de inconciencia colectiva.

El autor del artículo de *Euzkadi* quiere comparar el estado en que hoy, con respecto a la lengua, se encuentra el país vasco con el estado en que se encontraba Cataluña hace treinta años, en 1886, cuando, según Almirall, la opinión pública catalana parecía muerta... Y reproduce unos párrafos estridentes,

exagerados y llenos de una exaltación dudosa que escribió Almirall. Son éstos:

"La imposición castellana se hace sentir hoy tanto o más que nunca, puesto que se nos trata como a un pueblo vencido. A cualquiera que conserve sólo un ligero sentimiento de dignidad y de independencia se le enrojecen de ira o de vergüenza las mejillas al ver el trato que se nos da.

"El signo de esclavo era que éste tuviese que hablar la lengua del amo, y nosotros estamos marcados con este estigma. Nuestra lengua jamás ha sido lengua muerta, pues aunque durante largo tiempo la hayan olvidado los sabios y los literatos, la ha conservado viva el pueblo, que la ha hablado siempre. Y a pesar de esto hemos de emplear otra en todo lo que es oficial. Se nos manda, se nos juzga y se nos enseña en la lengua de los vencedores. Hasta cuando la autoridad, el juez o el maestro son naturales de aquí, no pueden ejercer sus funciones sino haciendo uso del castellano. La imposición del lenguaje es un constante recuerdo de nuestra sujeción. Es el que marca más duramente la distancia que media entre los que mandan y los que obedecen. La lengua es el distintivo de los que se creen de raza superior: a la inferior no le toca más remedio que bajar la cabeza y lamer, además, la mano que se digna apalearle."

No he de comentar ahora aquí estos párrafos de Almirall, aun creyéndoles, como los creo, henchidos de injusticia. Todo eso de "pueblo vencido", de "signo de esclavo", de "lengua del amo", de "raza superior e inferior" no es sino pésima retórica abogadesca que Almirall empleaba como un revulsivo para persuadir a sus paisanos a que restauraran el pleno uso de su lengua, a la que nunca persiguió el supuesto amo. El que en Cataluña apenas se escribiese catalán a principios del siglo pasado —"hace cincuenta años",

escribía Almirall en 1886— no dependía de acción alguna gubernamental española.

*Euzkadi* escribe:

"Leemos en *La Nacionalitat Catalana,* de Prat de la Riba, que cuando Verdaguer publicaba en catalán *La Atlántida,* estimaban las familias humildes como un insulto, una ofensa, que se les dirigieran cartas en catalán."

Lo cual nada tiene que ver con la acción gubernamental del supuesto amo.

Las familias humildes —y otras que no lo eran— catalanas estimaban cuando se publicó *La Atlántida* como una ofensa que se les dirigiera cartas en catalán, pero las familias vascongadas de hoy, la inmensa mayoría de ellas, no toman como un insulto u ofensa el que se les dirija cartas en vascuence, sino que sencillamente no las entienden. Lo cual es muy otra cosa. Entonces en Cataluña se hablaba, aunque no se escribía catalán, y hoy en Vasconia apenas se habla entre gente culta vascuence. Y cada vez se hablará menos. Y si, lo que es un absurdo, Vasconia llegase a constituir, no ya una nación, mas un Estado independiente, absolutamente independiente, su lengua oficial sería el castellano, y no el vascuence, como es el castellano la lengua oficial de Méjico y de Chile y del Perú, y no el azteca ni el araucano ni el quechua, y sería el inglés y no el antiguo irlandés o erse la lengua oficial de Irlanda si ésta se independizase.

Acaba diciendo *Euzkadi,* o más su redactor "Kizkitza" —con dos kaes, ¿eh?, no olvidarlo, que aquí está el chiste— que firma el artículo:

"Si hemos de creer a Almirall en su clásica obra *El catalanismo,* en este estado se encontraba Cataluña hace treinta años; como hoy los vascos; poco más,

poco menos. Pero Cataluña reaccionó, conoció su triste condición, las causas de su abatimiento, y abrazándose al ideal nacional, elevóse a las alturas, a esas alturas iluminadas a perpetuidad por la luz dorada de la victoria Desnaturalizado está también el carácter vasco, y degenerado. Pero hemos advertido el mal, nos avergonzamos de él. Beberemos como los catalanes, en los manantiales de la vida nacional, y subiremos, como ellos, vigorosamente, hasta encontrarnos con los pueblos regenerados.—Kizkitza."

Este final es hábil y discreto. En él no se habla del vascuence y sí del carácter vasco, del que se dice que está desnaturalizado y degenerado. Y hace bien "Kizkitza", el de las dos kaes, en no mentar la desnaturalización del vascuence, porque quienes están, aunque en vano, tratando de desnaturalizarlo son los ilusos y mal aconsejados nacionalistas vascos, que se empeñan en acomodarlo a los usos de la vida civil de los pueblos cultos modernos. Y bien saben el "Kizkitza" ése y sus compañeros todos de euzkadismo —llamémosle así— que la cuestión del vascuence no es la cuestión del catalán, y que no es posible hablar de los proyectos financieros del ministro de Hacienda en vascuence que entiendan los verdaderos "euskaldunes" —los que lo hablan espontáneamente— sin plagarlo de castellanismos que en esta lengua disuenan y hasta detonan.

Y *La Veu de Catalunya*, por su parte, cuando trata del movimiento lingüístico en otras regiones españolas, pierde los estribos y da aire a los mayores absurdos. Hace poco traía una carta de Galicia llena de ridículas consideraciones sobre el uso de la lengua gallega. Si lo hubieran leído en la tierra de la Pardo Bazán y de Valle-Inclán, ¡no se habrían reído poco de ello! Porque en Galicia tampoco hay, digan lo que quieran cuatro exaltados, cuestión del gallego. El

gallego mismo que cultivan, sobre todo en el género festivo, algunos escritores gallegos no pasa de ser algo artificial. Es como esos trajes regionales que cuando van desapareciendo o cuando han desaparecido, los visten los señoritos en Carnavales. En Galicia no volverá a ser el gallego la lengua corriente de las clases medias e instruídas de las ciudades. Y sabido es que cuando Curros Enríquez, que pensaba en castellano de Orense y no en gallego, quiso remozar la lengua "enxebre" —de la que decía poéticamente que acabaría siendo la lengua universal—, la aportuguesaba por una parte y la plagaba por otra de terminachos cultos castellanos chapurrados en un gallego convencional.

No, en eso de la lengua regional —o si quieren nacional; por una u otra palabra no hemos de reñir— los catalanes están solos. Ni los valencianos están con ellos, porque en Valencia, en la ciudad, todas las personas cultas se expresan y piensan en castellano. Los versos valencianos de Vicente Wenceslao Querol, tan exquisito poeta en castellano, suenan a falso y a artificio de erudito.

No sé si es un bien o un mal para los catalanes el que en eso de la lengua regional se encuentren solos, pero es así. Su problema lingüístico es único en España, y querer transferirlo a otras regiones es algo así como si quisieran predicar en Chile los derechos del araucano, en el Perú los del quechua o en Paraguay los del guaraní.

Verdad es que Cambó va a hablar en Bilbao de problemas económicos y no lingüísticos, del presupuesto de Alba y no del vascuence ni del catalán, y eso sí que lo entenderán, porque el dinero es interregional e internacional. Mas si se pusiera a tratar de otras cosas con los euzkadianos, es muy fácil que ni aun hablando en neto y puro y claro castellano

—y Cambó, digan lo que quieran algunos pedantes del castellanismo y otros del catalanismo, lo habla muy bien y es excelente orador en castellano—, se entendería con ellos, y no porque ellos, los euzkadianos, no comprendan perfectamente bien su lengua, que es la castellana. Hay cosas intraducibles, por no ser universales.

*(La Publicidad.* Barcelona, 24-I-1917.)

## "EN UN LUGAR..."

M.—Mira, hay un cierto misterio en los palabras con que empiezan las obras esenciales de la literatura universal. Así, la *Ilíada* empieza con la palabra *ira,* y canta la de Aquiles, y no a Aquiles mismo, y la de todos los aqueos y troyanos. La *Odisea* empieza diciendo: *hombre,* ¿y qué hombre más hombre, más entera y exclusivamente humano, ni más que hombre ni menos que ello, que Ulises? Fíjate, en cambio, en la *Eneida,* y verás lo de segunda mano y de remedo en ella con ver que empieza por *armas,* y nada menos marcial que el genio del apacible Virgilio.

D.—Si no me engaño, maestro, también Camoens, en *Los Lusíadas,* empieza por *las armas,* y Milton su *Paraíso perdido* diciendo algo al modo de la *Odisea: del hombre-of Man's...*

M.—¡Sí, para venir luego a cantar a Satanás...!

D.—El ideal del hombre no es más que humano...

M.—No blasfemes. Y mira el principio de la *Divina Comedia: ¡En medio del camino!* ¡Camino y no otra cosa era esta vida terrenal y terrestre para el peregrino del Cielo, el Infierno y el Purgatorio!

D.—No hay principio, maestro, como aquel del *Orlando furioso,* de Ariosto: *las damas-le donne...*

M.—Eso es principio y fin.

D.—¿Y de los libros esenciales de filosofía? El

*Discurso del Método*, de Descartes, empieza, si la memoria no me engaña, por: *el buen sentido...*

M.—Que no es precisamente, no lo olvides, el sentido común. Y la inmortal *Etica*, de Spinoza, empieza su primera definición así: *por causa de sí...* El maestro de la duda metódica empieza por el buen sentido, y el discípulo de la afirmación negativa por la causa de sí, Kant, su *Crítica de la razón pura*, diciendo: *Que todo nuestro conocimiento...* Esto de empezar con un *que* —*dass*— tiene, sin duda, mucho busilis. Y fíjate en el comienzo del inmortal diálogo en que Platón imagina la inmortalidad del alma. Empieza así: *¿Mismo, Fedón, asististe...?*

D.—Dirá: *¿tú mismo?*

M.—No, sino dice: *mismo.* Eso del *tú* lo supliría un gramático. En griego cabe decir: *mismo vi, mismo viste, mismo vió.* Esa discreta indeterminación pronominal resulta profundamente platónica; quedan fuera los odiosos *yo, tú* y *él.*

D.—Sí que es odioso empezar, como Quevedo en el *Buscón*, con aquel: *Yo señor, soy de Segovia.*

M.—No me hables de ese libro repugnante, nauseabundo y cruel, inhumano, en que se llega al canibalismo cuando, comiendo cinco pasteles, dice que rezaron "por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes". No extraño lo que Fr. Reginaldo de Lizárraga nos dice de los antiguos indios chiriguanos, que "aunque comen carne humana, no comen la de ningún español; porque los años pasados, comiendo uno, a todos los que lo comieron les dieron cámaras de sangre y murieron". La carne de los que escriben tales cosas ni con la más larga cochura se enternece. Y volviendo al principio, pudo decir Quevedo: *Soy, señor, de Segovia...*

D.—También el *Robinsón Crusoe* empieza con: *Yo nací en el año 1632...*

M.—Pero repara, mozo, que en inglés hay que de-

cir *yo*: *was born* lo mismo significa *nací* que *nació,* y es menester que se anteponga *I, yo,* o *He, él* En castellano, ¡no!; en castellano ni *nací* puede ser más que *yo,* ni *nació* más que *él.* No es posible, pues, encubrir el yo, aunque hipócritamente.

D.—O lo de Santa Teresa, que empieza su *Vida*: *Quisiera yo...*

M.—Sí, primero el querer, así va bien escondido el yo; pero allí está.

D.—Y en todas partes. Además, en una autobiografía... ¡Si fuera en una historia...!

M.—Tucídides empieza la suya, la que escribió, según él mismo, *para siempre,* diciendo: *Tucídides ateniense...*; y Herodoto así: *De Herodoto de Alicarnaso...* ¡Lo primero su nombre! Tácito, en cambio, empieza: *Urben Roman...* y lo dejó en latín, que está mejor y más claro.

D.—Pues, ¿cómo ha de principiar, maestro?

M.—Por el principio, como la Biblia en el *Génesis* y el cuarto Evangelio: *en el principio.* ¡Esta es manera de principiar! ¡Manera divina!

D.—Así empezó Demóstenes su discurso de la Corona: *¡primero!...* Y no como nuestros parlamentarios: *Señores diputados...*

M.—Eso no es más que un: *¡muy señor mío y distinguido amigo!* No siempre se puede empezar por un *quosque tandem...* Y se acaba con un: *¡he dicho;,* para los que no se dieron cuenta de que dijera algo.

D.—¿Y el *Quijote,* maestro, el *Quijote?*

M.—¡Ah, ahí sí que hay misterio, y grande! O, por lo menos, lo ponemos nosotros.

D.—¿Cómo que lo ponemos?

M.—¡Pues claro está, mozo, pues claro está! ¿O

es que nos tomas por eruditos? Allá ellos a averiguar lo que Cervantes quiso decir o dijo; para nosotros sus palabras son nuestras, no de él, y ejercitamos nuestro ingenio y agudeza buscándoles entrañas, que se las ponemos. Y eso de empezar: *En un lugar*... ¡En un lugar! Y luego viene la trágica epopeya lugareña. ¿No era un lugar España toda? ¿No lo es hoy?

D.—¿Y no observa, maestro, que empieza por nota de espacio y no de tiempo?

M.—Cierto. Y Ramón Montaner empezó su *Crónica* de la expedición de los almogávares a Grecia, que es el *Quijote* catalán, diciendo: *Un día*... ¡Y se sigue una visión! En un lugar empieza la epopeya quijotesca castellana y en un día la catalana, también quijotesca; espaciosa la una, temporal la otra. Y así, la epopeya castellana dura como dura la piedra, y la catalana corre, como un río. *Un día*, empieza Montaner.

D.—Y Gibbon su *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, empieza: *En el segundo siglo*...

M.—Pero fíjate que *un día* no es del siglo segundo ni del vigésimo, ni de antes ni de después de Cristo; *un día* es de todos los siglos y de cualquiera de ellos. Lo mismo que *en un lugar*. *En un lugar* está fuera de todo tiempo, es eterno. Y hasta está fuera del espacio. Estoy por decirte que *en un lugar* es como decir *en el principio*. ¡Pero qué principio!

D.—¡Sí, un principio lugareño!

M.—¡Sí, en lo lugareño está la tragedia de España! ¡En la lugareñeza! Don Quijote quiso encerrar el universo en un lugar...

D.—¿Y no lo encerró?

M.—Lo encerró, sí, pero muriéndose. Y así seguimos: lugareños, lugareños, lugareños. ¡Un lugar de España... lugareños, lugareños, lugareños!

D.—Pueblerinos...

M.—No uses ese voquible ridículo, cursi y contrahecho. Mejor *puebleros,* que dice el *Martín Fierro;* pueblerino... ¡no! ¡Lugareños, lugareños, lugareños!

D.—Y dígame, maestro de ingenio y agudeza: ¿y los de *un día...?*

M.—¿Esos?... Esos... ¡cotidianos!

(*Nuevo Mundo.* Madrid, 8-VIII-1919.)

# LOS JELKIDES

(Pasillo cómico-orfeónico)

Desde que Cambó se ha dedicado a propagar el nacionalismo de marca catalana lliguera en las distintas nacionalidades ibéricas sometidas al ominoso yugo del Estado español, *La Veu de Catalunya* se adorna y regocija con correspondencias bizkaitarras. galleguistas, extremeñistas, valencianistas, aragonesistas, andalucistas, etc., etc. Es una verdadera diversión.

Le llama a Vizcaya Bizkaya, conforme al ritual de la ortografía bizkaitarra, y a Vasconia le llama Euzkadi. Aunque esto de Euzkadi no sea ni haya sido nunca palabra alguna viva en vascuence y sí sólo una invención forjada —y con muy poco acierto por cierto— por un *jelkide* metido a filólogo de batalla. Si el andalucismo de marca catalana llegase a fraguar, ya le tendríamos a *La Veu* llamando Zevilla a Sevilla y Granaá a Granada. Pues no hay por qué someterse a la tiránica ortografía española.

*La Veu* ha adoptado para sus correspondencias de Vasconia la amenísima ortografía bizkaitarresca y gran parte de su divertido vocabulario litúrgico. Y eso merced a que entre los redactores de *La Veu* no debe de haber ninguno que sepa vascuence. Hoy mis-

mo leemos que al difunto don Víctor Chávarri se le llama Txábarri. ¡Divertidísimo! Ahora sólo falta que a estas pueriles inocentadas del liturgismo bizkaitarresco les pongan música de sardana. ¡La liturgia sobre todo!

Pero un amigo que ha leído ya en correspondencias vascongadas, publicadas en diarios de Madrid, lo de *jelkides* aplicado a los nacionalistas vascos, nos pide que le expliquemos ese vocablo; y como es acaso el más donairoso y chistoso de los muchos forjados por esos humoristas inconscientes que son los bizkaitarras, se lo vamos a explicar. Ea, pues, con los *jelkides*.

Empecemos por el segundo elemento de tal vocablo, por *kide*. *Kide* en su sufijo, que equivale en vascuence, poco más o menos, al griego *filo,* tan en boga en estos tiempos; *Kide,* sufijado, quiere decir, amigo, aficionado, partidario. (La palabra amigo se dice en vascuence: *adiskide*). *Jelkide* es, pues, amigo, amante, partidario o aficionado de *Jel.* ¿Y qué es *jel?*

*Jel* no es palabra alguna en vascuence, sino sólo un anagrama; así: J. E. L. Como no son palabras R. I. P., ni A. M. D. G., ni I. N. R. I., ni, en francés, L. E. F. o S. V. P., sino anagramas respectivamente de: *requiescat in pace; ad maiorem Dei gloriam; Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum; Liberté, Egalité, Fraternité,* y *s'il vous plaît.* Del mismo modo *Jel* o J. E. L. equivale a *Jaungoikoa eta leguezarrak* (allí escriben *lege* para leer *legue*), o sea, Dios y leyes viejas.

El antiguo lema vascongado, el de los fueristas de antaño —y lo eran todos los vascongados—, era *Jaungoicoa eta foruac,* o sea: "Dios y fueros". Pero como la palabra *foruac,* fueros, les pareció pecaninosa por ser de origen latino, o más bien castellano,

la sustituyeron los bizkaitarras por esta otra de *leguezarra,* ley vieja, que es también... ¡latina! Porque el vocablo vasco *legue,* ley, al igual que *erregue,* rey, no son más que los latinos *lege* y *rege.* Siendo la razón muy obvia, pues antes de la introducción de la cultura latina en mi pueblo vasco no había allí ni ley, ni rey, ni civilización alguna, sino salvajismo, del que sacaron a mis remotos abuelos los abuelos de los maquetos. Hasta la voz misma *Jaungoicoa,* el Señor de lo alto, Dios, parece una voz forjada por los misioneros latinos cristianos que evangelizaron el país vasco. Aunque no ha faltado quien haya asegurado que allí en mi país vasco se adoró la cruz, el *lauburu* (cuatro cabezas) antes de Cristo. ¡Otra amenidad de inconsciente humorismo!

*Jelkide* es, pues, el amigo, amante, partidario o aficionado de *Jel,* o sea de *Jaungoicoa eta legezarrak,* de Dios y de las leyes viejas. Y es algo así como si a los cristianos se les llamase no ya cristófilos o filocristos —nombre este último que se halla usado en la literatura grecocristiana—, sino *inrífilos* o *filinris,* amantes del inri, del I. N. R. I., de Jesús Nazareno Rey de los Judíos. Es lástima que el lema tradicionalista o más bien jaimista, D. P. R., Dios, Patria y Rey, no sea pronunciable por carecer de vocales, pues no cabe llamar a los jaimistas *dprfilos.* Acaso introduciendo la *y* de la conjunción y dando al anagrama de Dios, Patria y Rey, D. P. Y. R. —ya que en *Jel* figura la conjunción *eta, y* para que el lema resulte pronunciable—, se podría llamar a los que lo adoptan *dpryfilos.* La cosa es divertida.

Ahora bien; de *jelkidadas* como ésta se compone hasta hoy la mayor parte de ese regocijante y pueril movimiento bizkaitarresco hecho de ortografía a base de *k* y de *tx,* de banderas, de boinas diminutas, de aurrescus y de orfeones. Sobre todo, de orfeones.

Y es por el orfeón por lo que se enlaza con el correspondiente movimiento catalán litúrgico, y también orfeónico, el de la *nissaga*, que se reúne en *aplecs*. Un *jelkide* es, ante todo y sobre todo, orfeonista, y ello aunque no cante.

Aún no se ha escudriñado lo debido la psicología orfeónica.

En un pueblo incivil, rudo, insolidario; en un pueblo de la meseta central, donde, a falta de argón, según descubrió Pompeu Gener, no cabe la armonía civil que surge a la vera del mar latino, un descontento colectivo degenera fácilmente en motín o en revuelta inarmónica y anárquica. Pero en la tierra de la Bien Plantada no sucede así. Reúnense allí para protestar contra algo, contra un nuevo atropello del Poder central; empiezan a dar mueras y vivas; empuña uno una batuta, la esgrime y blande, y al poco tiempo ya están todos cantando a coro, y rítmicamente, un *visca* cualquiera o un *bon colp de fals*. Y así, cantando, se les pasa la indignación, y duermen luego satisfechísimos de haber llevado a cabo un acto digno de un *poble mascle*.

Y algo así ocurre también a las veces en mi querida tierra nativa vasca. Todo acaba en *gora Euzkadi*. "¡Arriba Vasconia!", contestado por "¡viva España". Es la estrofa y la antistrofa. Una mitad del coro responde a la otra mitad. Y acaso los *jelkides* se ponen a cantar el "Guernicaco arbola", aunque no es himno que les haga, por lo que hace a la letra, muy felices. Baste decir que, de las dieciséis palabras de que consta su primera estrofa —la única que generalmente se canta—, seis son latinas. Tienen versos tan terribles como éste: *munduan frutua* (en el mundo el fruto), o este otro: *arbola santua* (árbol santo). Un buen *jelkide* no puede tolerar esto.

Ahora las jelkidadas son acogidas con visible re-

gocijo en *La Veu de Catalunya,* y los latinos de la Lliga quieren colaborar a la deslatinización de Euzkadi. ¿Latinos dije? ¿Es que los lligueros son latinos? ¿No son más bien helenos? ¿No son, acaso, como otros quieren, fenicios, esto es: semitas? En todo caso, son orfeónicos. Forman coro y cantan armónicamente y en *aplec,* al compás de una *cana,* de una vara de medir hábilmente manejada como batuta. Pero no hay que olvidar la liturgia. La liturgia es de la mayor importancia en la *nissaga* de la Bien Plantada.

No sabemos si esa liturgia acabará por ser masónica, con sus estrellas de cinco puntas —creemos que son así las masónicas, de cinco, aunque no estemos muy seguros de ello —y sus ∴ y demás garambainas.

Por supuesto, que lo de adoptar la ortografía bizkaitarresca y otras cosas por el estilo, es para que se vea que se enteran. Porque para enterarse, ellos. Los demás no nos enteramos de nada, no sabemos nada.

Y decimos todas estas cosas llenos del más entrañado cariño al país vasco, a nuestro país, a la tierra natal del que escribe estas líneas, y que de nada se enorgullece más que de haber nacido y haberse criado en él, con todas sus raíces, en cuanto sabe, de linaje vasco, y con el mayor cariño al pueblo catalán, que es donde ha encontrado oídos y corazones del alma más abiertos a sus palabras, donde ha encontrado más calor de comprensión y de humanidad. Y es ese doble cariño el que nos lleva, después de divertirnos un rato con estas puerilidades a lamentarlas, cuando hay tanta cosa seria en que ahondar. Que no están los tiempos para ortografías y liturgias y orfeones y banderas y esperantos regionales, o nacionales si se quiere. No están los tiempos para reñir batallas por el calañés o la montera o la boina

o la barretina, sean materiales, sean espirituales. Todo eso será, a lo sumo, y si a ello llega, accesorio de arte. Lo que habría que oír es lo que diría don Víctor Chávarri, aquel hombre recio, uno de los mayores forjadores de la Vizcaya de hoy, si, incorporándose en su tumba, se enterara de que en *La Veu de Catalunya* se le ha llamado Txábarri. ¡Qué reniegos de ultratumba no dispararía por aquella boca!

(*Nuevo Mundo.* Madrid, 1-VI-1917.)

## Unidad de Lengua

# LA PENINSULA ESCANDINAVA

Unos abogados politicos —más abogados que políticos— nos vienen ahora con la canción de que los hechos se aceptan o no se aceptan, pero no cabe discutirlos, que sólo se discuten las teorías. Pues bien, ¡no! También se discuten los hechos y se les pone en claro. Discutir un hecho no es negarlo, es aclararlo.

Algunos mentecatos de esos que hablan sin enterarse, me han escrito diciéndome que me he hecho anti-autonomista. Yo no me he hecho nada, no necesito hacerme nada. Me he limitado a decir lo que pasará si la Mancomunidad catalana logra arrancar, por buenas o por malas, la autonomía que llama integral. Y como creo conocer a los pueblos que se rigen por sentimientos más que por raciocinios —y hacen bien—, me parece inútil pretender irles con engaños. Veamos, pues, lo que la historia nos enseña.

Suecia y Noruega formaban una especie de confederación y de lazos muy débiles. El mayor acaso era que tenían un rey común y un Cuerpo diplomático y consular también común. Y un rey no basta para unir a dos pueblos. Reyes de Portugal a la vez que de España fueron Felipe II, Felipe III y Felipe IV,

y, sin embargo, Portugal y España estaban entonces tan separados como hoy. Y Oliveira Martins sostiene en su *Historia de Portugal* (libro VI, capítulo II, *Os Philippes)* que si en vez de explotación, de unión bajo una sola corona, hubiese habido "incorporación", es decir, asimilación, Portugal, concluído el ciclo de Aviz, habría desaparecido para siempre del papel de las naciones. Sólo que esa "incorporación", esa asimilación, no pueden hacerla reyes, y menos Habsburgos, y menos absolutos. Una Monarquía, aunque sea federal, no une nada; una República revolucionaria, por lógica crítica unitaria, es la que une. Y conviene no confundir federalismo con republicanismo o liberalismo.

Se puede ser muy federalista y nada republicano, nada demócrata y nada liberal, y se puede ser muy liberal, muy demócrata y muy republicano y antifederalista. Las Repúblicas federales no son, por serlo, más liberales ni democráticas que las unitarias, como las Monarquías unitarias no son, por serlo, más despóticas que las federales.

Suecia y Noruega, decimos, estaban federadas, levísima y flojamente federadas, y acabaron por separarse del todo y por no tener apenas más relaciones entre sí que las que guardan dos naciones cualesquiera cultas y vecinas, que tienen frontera común. Se separaron en paz, aunque no en perfecta amistad, sin un tiro, sin un motín, sin una estridencia, dando un admirable ejemplo de civilidad.

¿Por qué se separaron? En el fondo porque había dos lenguas distintas, aunque muy semejantes entre sí, tan semejantes como entre sí parecen serlo las que se hablan en nuestra Península ibérica, excluyendo el vascuence. Comprendieron que no cabe ni federación, ni confederación duraderas y sólidas donde no hay una sola lengua de enseñanza general obligatoria. Federaciones o confederación con pluralidad de lenguas

pedagógicas y oficiales sólo caben en Monarquía. Sin que sirva el ejemplo de Suiza, que si no se deshace es por la presión del ámbito y cuya unidad es una triste ficción compulsiva y de muy amargos frutos. Rousseau, el ginebrino, se sentía ginebrino, ciudadano de Ginebra; se sentía francés —y era francés, pues que en francés sentía y pensaba—, pero jamás se sintió suizo Eso de suizo es una lamentable ficción internacional y no nacional.

Suecia y Noruega se separaron en paz y en gracia de historia, aunque no de buena gana, por lo menos de parte de Suecia. ¿Se federarán? Antes lo hará Noruega con Dinamarca, y es porque en ambas naciones —a pesar de ciertas pedantescas pretensiones de ciertos noruegos, que hasta buscan pueriles diferenciaciones ortográficas —se habla la misma lengua. La lengua de Ibsen y de Bjoerson es sustancialmente la misma que la de Kierkegaard o Drachmann o Hamsun. No se diferencian más el noruego y el danés literario que el español literario de España se diferencia de los de Méjico (no México, pura pedantería ortográfica diferencialista), Cuba, Colombia, Chile o la Argentina, o estos últimos españoles americanos entre sí. Y si Suecia encuentra con quien federarse será en Finlandia, en cuyas costas se habla acaso tanto sueco como finlandés.

¿Es que los escandinavos son pueblos que no atienden a razones, que ni oyen su interés, que se dejan arrastrar de sentimentalismos y pasiones? No; es la historia, es la realidad, es el hecho.

¡Porque éste sí que es un "hecho"! El hecho histórico de que no cabe confederación alguna sólida, duradera y sana, sea cual fuere la comunidad de intereses entre los pueblos que tratan de confederarse, sino a base de unidad de lengua oficial. Donde no hay unidad de lengua oficial surge al punto el "meteco". Y la situación del "meteco", del forastero, se

hace en ese caso peor que la del "bárbaro", peor que la del extranjero. Está mejor el noruego en Suecia y el sueco en Noruga siendo extranjero, como el holandés o el danés o el anemán, no siendo "meteco.". La "metecía" es la situación más intolerable.

Se habla de la España Grande, y para los que más hablan de ella el tópico es un sofisma y un embuste. Sí hay una España Grande; pero la constituyen los pueblos todos de lengua española, los de Europa y los de América, y nada más que ellos.

Me han dicho ya que soy separatista. Si por esto se entiende que veo el dilema histórico tal y como acaban por presentarse, lo acepto. El que pronostica un terremoto, v. gr., no es terremotista. Lo que digo y sostengo que se equivocan ahí y aquí todos, y son, tanto ahí como aquí, los más los que creen posible una confederación, por floja que sea, sin unidad de lengua pedagógica y oficial obligatoria. Afirmo un hecho, pues, sea cual fuere mi deseo.

(*La Publicidad*. Barcelona, 31-I-1919 y *El Liberal*. Bilbao, 5-II-1919.)

## DEL CATALAN AL ESPERANTO

En el drama clásico castellano aparece siempre, a modo de coro de un solo individuo, el gracioso, para distraer y templar la atención emotiva demasiado tensa. Y ni hay tragedia sin sainete. No podía, pues, faltar su sainete en la tragedia de la lucha de los sindicatos —obrero, patronal, miliciano— de Barcelona. No podía faltar en ella el sainete catalanista. Y al decir catalanista no queremos decir, ¡claro está!, catalán.

Nuestro amigo Xenius publicaba no hace mucho en su "Glossari" esta glosa:

"—Está bien, camarada; pero yo quería un carnet en catalán.

—¡Bah!, a ti, que eres internacionalista, ¿qué te importa de las naciones?

—Entonces dame un carnet en idioma internacional.

—Idioma propio y actualmente internacional no se conoce hoy. Debemos, en tanto que no exista, tomar el idioma de una o de otra nación, porque, naturalmente, no vamos a extender los carnets en latín.

—Ahora, pues, tú mismo vienes a darme la razón. Porque, nación por nación, yo siempre preferiré una nación inerme; idioma nacional por idioma nacional, siempre escogeré el idioma que no traiga soldados tras sí."

Difícilmente cabe escribir una pequeña pieza de más refinada sofistería. Porque un hombre juicioso diría que aparte que el idioma español es más internacional que el catalán, pues lo es de diecinueve naciones, los obreros todos sindicados de Cataluña pueden entenderse en español y no todos ellos en catalán. En Barcelona hay sin duda sindicados, empezando por Pestaña, que difícilmente podrían producirse en catalán. Y el Noy del Sucre habla y hasta discursea, cuando le es preciso, en español. Y es la cosa más sencilla, más práctica y más razonable que se prefiera aquello que todos entienden a no lo que sólo entienden algunos, aunque éstos sean la mayoría. Y no creemos que a los obreros catalanes se les ocurra hacer el sindicato catalán. Acaso a Xenius sí, ya que en un tiempo declaraba que el ser catalán era para él un oficio o profesión. Y, en efecto, el catalanismo puede ser —como el españolismo— una profesión o carrera retribuída. Pero no el ser español. Ni el ser catalán o vasco o manchego o asturiano.

En cuanto a lo de la nación armada y la inerme, no sabíamos que el ejército español no lo fuese también de Cataluña y al servicio de ésta. El apellido del señor Milans del Bosch a catalán nos suena. Y nada queremos decir de los somatenes.

Y a propósito de somatenes. "Somatén" es una palabra de origen catalán, que debe ser como sea en su lengua originaria, es ya, desde hace muchísimo, española. Hace poco discutían los casticistas del catalán —no menos ridículos que los del español— si debe decirse *somatent* o *sometent*, y, ¡es claro!, los más castizos se decidieron por la forma más diferente de la que ha prevalecido en español. Y uno de esos castizos y casticistas del catalanismo, a quien teníamos por inteligente, publicó en un diario de Madrid un artículo en español —que lo escribe muy bien— para

colocar su *sometent*. Sólo le faltaba, escribiendo en español, mentar a Lleyda por Lérida. Que es como cuando mis pintorescos paisanos los bizkaitarras emplean, escribiendo en español —los más de ellos incapaces de escribir en vascuence, que ni le saben—, la forma Guipuzkoa o Bizcaia. Y todo esto sí que es sainete.

Los sindicalistas catalanes no iban a extender sus carnets en latín, naturalmente, pero sí declararon en el pintoresco Congreso que celebró la Confederación General del Trabajo en Madrid que la lengua universal sindicalista habrá de ser el... ¡esperanto! Y con esto sigue el sainete, pero el sainete trágico.

¿Y si se hiciera del catalán castizo y depurado un esperanto o si se hiciera del esperanto un catalán?

Esto de pasar por catalanismo al esperantismo es algo profunda y hasta trágicamente simbólico. Y prescindiendo de la lengua o idioma —si es que el esperanto lo es—, acaso quepa decir que en ese que algunas mentes provincianas —aun menos de provincianas, lugareñas— llaman el problema de Cataluña, cuando lo es del mundo todo y no se presenta en Cataluña con otros caracteres que en el resto de España, lo quieran resolver unos, los de un sindicato, en catalanista; otros, los de otro sindicato, en esperantista, y los del tercero, por fin, en españolista. Y ni el catalanismo, ni el esperantismo, ni el españolismo, pueden no ya resolver, pero ni plantear bien el problema que en Barcelona se ha agudizado.

Ni las bandas terroristas, ni los somatenes, ni las Juntas de Defensa pueden hacer otra cosa que embrollar y confundir. El único que podría encauzar la lucha es el Estado, ese Estado contra el que conspiran catalanistas, esperantistas y españolistas. Que no es lo mismo, ¡naturalmente!, que catalanes, obreros y españoles. Porque se puede ser muy bien obrero catalán español. Y en este caso socialista. Y buscar,

como el genuino socialista busca, el apoyo en el Estado. En el Estado socialista, si se quiere, pero en el Estado.

Ahora que alguno de los del carnet en esperanto nos vendría diciendo que el socialismo rechaza el Estado. Mas esto no es sino pedantería de palabras. Si no le quieren llamar Estado que le llamen Estido o Estudo o Estatuto. Lo mismo nos da *somatent* que *sometent,* con tal de entendernos. Sólo que en español se le llama Estado. El de Lenin y Trotzky es Estado, es el Estado de los soviets en Rusia.

(*El Mercantil Valenciano.* Valencia, 21-I-1920.)

## CONCEPTO Y EMOCION

¡Lo que es el hecho de la palabra, el hecho soberano, el hecho hacedor! Están discutiendo lo que llaman el hecho diferencial, y en rigor no discuten más que palabras, palabras diferenciales, y no es poco. ¡Pero qué palabras! Palabras cargadas y tupidas, más que de concepto, de emoción; palabras, más que conceptuales, emotivas. Y emocionales, si es que no emocionantes.

Claro está que lo conceptual puede ser emocional, y suele serlo. Porque hay la emoción del concepto. Emoción es de emover —o mover—, y concepto, de concebir, y no se concibe sin emoción, sin movimiento. Los grandes conceptistas —San Pablo, San Agustín, Quevedo entre nosotros, Pascal...— los grandes conceptuosos, han solido ser grandes emocionales. Así como los grandes dialécticos han solido ser grandes dialectales. Porque dialecto, aparte de esa idea vulgar que le cree un término algo despectivo y como si indicase un rango subordinado respecto a idioma o lengua, dialecto es lengua de conversación, de diálogo, no cuajada en formas rígidas de lenguaje oficial. Y la emoción de las palabras, su valor emotivo, suele provenir de su íntima dialéctica, de íntima contradicción, de que encierran una lucha, una contrariedad de sentidos, de que se prestan a opuestas interpretaciones, de que tienen historia. Ya

que la historia la hace el juego dialéctico —y dialogal— de las contradicciones. ¿Hay nada más dialéctico —y más dialectal— que el que se llame generalidad a una mera particularidad?

Se discutían palabras: soberanía, autonomía, nación, estado... ¿Y sus conceptos? La emoción los oscurecía. Alguno de los discutidores llegó a decir que se trataba de rango. Es como cuando se habla de majestad —que quiso decir en un principio "mayoridad", la cualidad de ser mayor—, en que pesa toda una tradición monárquica. Y esta misma palabra monarquía ha venido a adquirir tal sentido, que ya hay quien forja otra: monocracia. Para aplicarla, por ejemplo, a una República unitaria, como la francesa. Y así como antaño oíamos hablar de la consustancialidad de la patria con la Monarquía, hemos oído hablar de consustancialidad de la República con España. ¡Consustancialidad! ¡Y cómo nos suena este término a resonantes disputas teológicoescolásticas! La verdadera consustancialidad es la de la idea con la palabra. Que si se ha dicho que la idea es la palabra interior, lo mismo puede haberse dicho que la palabra es la idea exterior, la idea hacia fuera. Y una superficie es cóncava o convexa, según desde donde se la mire. Igual ocurre con derecha e izquierda. Y un buen sentido dialéctico le libra a uno de tomar partido, que es renunciar a ver y a sentir claro. Porque en un partido el concepto se convierte en lema; peor, en santo y seña.

"¡Hechos, hechos, hechos!", decía aquel pedagógico maestro de escuela de *Tiempos difíciles,* de Dickens, y sus hechos eran, naturalmente, palabras. Porque lo que después se ha llamado lecciones de cosas, ¿qué ha solido ser sino lecciones de palabras? De cómo ha de llamarse a cada cosa y del modo de conocerlas por su nombre. Cuenta el Génesis (II, 19) que Jehová llevó los animales a Adán para que éste

les diese nombre, "y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes ése es su nombre". Y en esto seguimos. Y por esto, por cómo se le ha de llamar a algo, seguimos peleándonos los hijos de Adán. Hay quien dice: "¡Pues llámele hache!", como puede decir: "¡Llámele ene!" —¿no hablamos de enésima potencia?—, "¡Llámele equis!". Y en la mayoría de los casos esto sería lo más acertado: llamar equis. Pero se atraviesa la emocionalidad y el rango... Aunque para emoción, la más honda, la más recia, la más duradera, es la emoción de la equis. No ya emoción, sino conmoción. Nadie más emotivo que el escéptico. ¡Ay, la conmoción de la escepsis! No la hay mayor.

Empezamos refiriéndonos al llamado hecho diferencial —todos los hechos son diferenciales e integrales a la vez—, y decíamos que es una palabra, una denominación diferencial. Y en el caso histórico y concreto actual se reduce casi a un lenguaje diferencial. Con el que se trata, más que de conservar una concepción diferencial, de salvaguardar una emoción diferencial. Y de guardarla avaramente. Y aquí no podemos sino recordar lo que San Pablo, el gran conceptista, les decía a los corintios en la segunda de las epístolas que les dirigió (VIII, 1, 2): "Os hacemos saber, hermanos, la gracia de Dios dada a las iglesias de Macedonia, que en gran prueba de tribulación les quedó la abundancia de su gozo, y su pobreza en hondura les abundó en la riqueza de su sencillez." O mejor sería traducir: simplicidad. Y es ciertamente un consuelo cuando se sufre la tribulación de la pobreza en hondura —y toda diferencialidad de espíritu no es sino pobreza en hondura, y además avara— poder sentirse abundado de riqueza de sencillez, de esa sencillez que se paga del rango de las denominaciones. Que ya dijo el Cristo: "Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es!", y no seguimos porque viene una palabra cuya

emoción se trata de proscribir. Como no acabáramos la consabida bienaventuranza así: "... porque de ellos es la República de ultratumba". La pobreza en espíritu suele ser pobreza en conceptos claros y firmes, aunque se compadezca con riqueza de sencillez. Que es lo que les suele ocurrir a aquellos en quienes las emociones diferenciales ahogan los conceptos integrales.

(*El Sol*. Madrid, 16-VI-1932.)



# IV
# LA LENGUA ESPAÑOLA EN AMERICA
(1898-1935)



# MEJICO Y NO MEXICO

Como en cuestión de lenguaje está visto que nada se propaga más que lo pedantesco, ni nada hace más estragos que ese absurdo purismo que trata de detener la vida del idioma, no estará de más trabajar cuanto se pueda para atajar el daño.

Antes de ahora he tratado con cierta extensión de ortografía, que es uno de los campos donde más a sus anchas se explaya la pedantería libresca, y cada día recojo nuevos datos.

Ahora han dado nuestros periódicos por rendirse a la pedantesca manía mejicana de escribir *México,* y no hay quien lo evite. No sé por qué no imitan a aquellos de mis paisanos que escriben *Bizkaya* con tanta razón o tan poca, como *México* los mejicanos.

La tendencia natural de un idioma es a acercarse en su escritura a la ortografía fonética, y ya que no la adopte por completo, mediante una revolución, debe por lo menos no retroceder.

Todos escribíamos *Méjico,* y ahora nos salen con esa *x,* por aquello de que el vocablo deriva de una palabra azteca con sonido paladial representado por *x* en castellano, cuando *este idioma tenía tal sonido.*

Pero por la misma razón habría que escribir *Guadalaxara, Xerez, dixo, xefe,* etc. No se ve qué privilegio ha de tener *México* para adoptar en él una

ortografía pseudo-etimológica, cuando en castellano domina la fonética.

¿Qué hay en el fondo de esto? Lo mismo que en el fondo del *Bizkaya* de mis paisanos. La cuestión es dar al vocablo cierto aire exótico y extraño para expresar así cierto prurito de distinción e independencia. Por lo visto, son menester la *B* y la *k* de *Bizkaya* para recuerdo de que el vascuence es un idioma de distinta estirpe que el castellano y no emparentado por consanguinidad con él. Y de la misma manera han plantado la *x* los criollos mejicanos para que se sepa que el nombre de su nación —nombre privilegiado que se escribe de un modo y se lee de otro— es un nombre de origen indígena. Si se escribiera racionalmente Méjico, podría acaso correr peligro la clara conciencia de la personalidad nacional de la próspera república de Porfirio Díaz. Hay que distinguirse aunque sólo sea por una *x*. Todo ello no pasa, después de todo, de un desahogo infantil.

Santo y bueno que los mejicanos quieran dar distinción ortográfica al nombre de su patria; pero no sé por qué les hemos de imitar los españoles, que hace tiempo dejamos ya de escribir con *x* aquellas voces en que, como en México, representaba un sonido originariamente paladial (una especie de ch francesa). ¿Ha de ser Méjico más que Guadalajara en esto? Sobre todo, igualdad ante la ley.

Nada mejor que estrechar cada día más los lazos espirituales entre las naciones todas de lengua española, y estrecharlos sobre la base del idioma común ante todo; pero esta labor ha de hacerse con racionalidad, y no atendiendo a caprichos pueriles.

Quede para la Real Academia el atiborrar su Diccionario de *palabras* guaraníes, aztecas, toltecas, chichimecas, quichuas, charrúas, araucanas o lo que sea.

Es en América precisamente donde más se trabaja

por la reforma nacional de nuestra ortografía en sentido fonético, que es el más científico.

Yo creo que hay que hacer la lengua española o hispanoamericana sobre la base del castellano, pero es combatiendo tendencias como la que se manifiesta en el humildísimo hecho de la *x* de Méjico.

Si en nuestras Universidades se estudiase *científicamente* el idioma patrio, su formación y vida, mucho de esto iría curándose. Vea el señor conde de Jiquena si puede hacer algo en tal sentido.

*Nota.*—Creo inútil advertir que este estrambote, traído por los cabellos, no conduce más que a quitarle al señor conde la *X* que usa, por muy aristocrático que parezca.

(*Madrid Cómico.* 28-V-1898.)

# EL PUEBLO QUE HABLA ESPAÑOL

Es un fenómeno interesante el de la lucha por el idioma, combate obstinado y persistente. Los pueblos que se creen oprimidos por otros cultivan, para preservar su individualdiad, sus privativos idiomas. Todo regionalismo empieza por manifestarse en la esfera lingüística. La primera victoria de los checos sobre los alemanes fué la de que se reconociese su lengua como oficial en el imperio austro-húngaro. Y, por otra parte, el paneslavismo, el pangermanismo y el anglosajonismo no son más que movimientos basados en la lengua. Trátase de reunir en grandes razas históricas, bajo una lengua común, a castas y pueblos cuya consanguinidad es más que discutible de ordinario.

Y aquí estamos el pueblo que habla español. Recluídos de nuevo a nuestra Península, después del gloriosísimo ensueño de nuestra expansión colonial, volvemos a vernos como Segismundo, vuelto a su cueva, según decía Ganivet. Y ahora es cuando nos acordamos de nuestra raza.

Mas esta nuestra raza no puede pretender consanguinidad; no la hay en España misma. Nuestra unidad es, o más bien será, la lengua, el viejo romance castellano convertido en la gran lengua española, sangre que puede más que el agua, verbo que domina el Océano. *¡Tierra,* así, en robusta entonación caste-

llana, *¡tierra!* debió ser la primera palabra que oyó silenciosa América al abrirse a nuestro mundo, y en el seno del verbo de que brotó esa palabra ha de fraguarse la hermandad española.

Tan hondamente lo han entendido así en América, que es allí donde más cuidado, acaso, se ha puesto en purgar al idioma castellano de toda corruptela. De allí salió Bello, nuestro más sesudo gramático; de allí, Caro, y Cuervo y otros. Y allí, donde con tanto ahinco se ha estudiado al menudeo la tradición de nuestra lengua, allí apunta la labor de progreso sobre ella. Allí es donde la reforma ortográfica, medio de los más eficaces para promover el avance del idioma, halla más decididos cultivadores, y allí es donde más se empeñan en movilizar nuestro tan petrificado romance. Ahí está Rubén Darío, a quien creen, y él también se cree, dudo que con razón, escritor poco o nada americano; es en gran parte un revolucionario del idioma por ver la realidad de manera poco castellana. El espíritu, procedente del verbo, al difundirlo e impulsarlo, lo trasforma.

No hemos de ser nosotros quienes les demos todo sin tomar de ellos nada, ni pretendamos ser más descendientes que ellos de los intrépidos conquistadores. No hemos de pretender que el viejo romance castellano se difunda a tan dilatados países para ser sangre espiritual del pueblo que habla español sin que haya que tocar para ello a sus venerables tradiciones. Hay que ensancharlo para que llene tanta tierra. Su tradición de hoy fué progreso en un tiempo; tendamos a asentar en tradición viva nuestro progreso. Hay, en gran parte, que hacer el lenguaje de los pueblos de lengua española para que se pueda decir en él cosas que nunca todavía ha dicho. Basta coger un diario argentino, de aquel maravilloso país en que empieza a abrirse la raza española a nueva vida, para ver al punto multitud de neologismos y

observar un corte y tono especial en el idioma que emplean. Y eso que lo más de aquella incipiente grandeza es inefable todavía; no ha encarnado aún en verbo vivo. Que el progreso sea progreso de tradición es lo indispensable, y por serlo, para revolucionar la lengua hay que zahondarle los redaños. Hay que cavarla hasta el subsuelo para labrarla mejor.

Una tierra no agota la potencialidad de una casta, como no culmina ni se eleva al sumo de sí mismo un hombre sin salir del hogar paterno ni trasponer los lindes de su heredado pegujar, del solar en que yacen las cenizas de sus abuelos. Si nos pusieran a cada uno en nuevo ambiente, descubriríamos en nuestro fondo tesoros ignorados a nosotros mismos; nos descubriríamos. Morimos los más de los hombres sin habernos conocido ni haber desplegado nuestra energía potencial toda, por falta de variación, de ámbito. De mí sé decir que cada nuevo amigo que conquisto, o cada nuevo pueblo que visito, provoca y despierta algún elemento que en mi espíritu dormía, alguna afinidad espiritual, hasta entonces libre, y, por tanto, para mí bien perdida.

Y así la raza. En América desarrollará la española, la raza histórica, la que tiene por sangre la lengua, potencialidades que aquí se ajan y languidecen atrofiadas a falta de uso. Y allí, a la vez, se enriquecerá y se complejizará nuestra habla, flexibilizando sus rígidos contornos. En tan vastos y variados dominios se cumplirá una diferenciación mayor de nuestra raza histórica, y la lengua integrará las diferencias así logradas. Italianos, alemanes, franceses, cuantos concurren a formar las repúblicas hispanoamericanas serán absorbidos por nuestra sangre espiritual, por nuestro idioma, y dirán *mi tierra,* así, en robusta entonación castellana, al continente que oyó *¡tierra!* como saludo de otro mundo. Y en ellos, en los españoles de América, aprenderemos a conocer-

nos y a vivir acaso los que quedemos en el viejo solar de los abuelos, en "la pequeña España", a cultivar el pago de Alonso Quijano el Bueno.

Aquí no hemos luchado más que con los hombres, casi siempre, desde la épica Reconquista; de allí nos enseñarán a luchar con la tierra. "Lucharemos con la naturaleza y la venceremos", dijo el gran Bolívar, aquel retoño de la fuerte rama vasca trasplantada a América. Y si el pueblo que luchó con los hombres, el de Don Quijote, hizo el viejo romance castellano, el verbo de la pequeña España en que cantara proezas del Cid y hazañas de conquistadores de hombres, el pueblo que lucha con la naturaleza, el de Bolívar, nos impulsará a hacer la lengua española, el verbo del pueblo que hable español, en que elevará algún día himno robusto a la fraternidad humana, asentada sobre la naturaleza, a nuestra ciencia y nuestro poderío domeñado.

Hay que fraguar la gran lengua española o hispanoamericana, amigo Maeztu, para poder cantar en ella cuanto usted desea se cante; la flor de la cultura industrial y el goce de vivir libre de la gleba; hay que fraguarla para forjar con ella, luego, la letra a que acompañe como canto el fragor de las máquinas.

(*El Sol.* Buenos Aires, 16-XI-1899.)

# SOBRE EL CRIOLLISMO [1]

A GUISA DE PRÓLOGO

*Señor doctor Adolfo Casabal.*

Mi estimado amigo:

El número de la revista *Estudios* de noviembre del pasado año, que ha tenido la bondad de remitirme, ha ido a sumarse con los dos interesantes folletos de don Ernesto Quesada *El problema del idioma nacional* y *El criollismo en la literatura argentina* y otros escritos de don Pablo Groussac, don Miguel Cané y

---

Salamanca, enero 11 de 1903.

1 *Señor doctor Adolfo Casabal.*

Muy señor mío: Hace unos días recibí su tarjeta con el anuncio de *Estudios* y hoy recibo éstos. El número que me envía es interesantísimo y una excelente prueba de lo que la revista debe ser.

Trátase en él un asunto que me interesa y es del *criollismo.* El trabajo de mi amigo el señor Soto y Calvo está muy discreto y razonado, como todo lo que hace este señor, aunque sólo en parte concuerde de él. Estimo mucho al autor del *Nastasio,* aun cuando a mi parecer se ha equivocado, como en *Nostalgia,* se lo haya dicho ruda y francamente, como acostumbro. Deseo escribirle y lo haré pronto. Dígaselo así.

No estoy de acuerdo con el doctor Pellegrini en su idea, tal cual la expresa en la página 341 de su revista. Claro está que ni el idioma español ni otro cualquiera puede permanecer estacionario sustrayéndose a las leyes de la evolución, pero hay que tener en cuenta que el estrecho nexo de las relaciones (la unidad a través del espacio) y el rápido aumento de las personas que saben leer y leen, ayudado por la imprenta (unidad a través del

demás escritores que se han ocupado en el asunto. Quiero estudiarlo con algún detenimiento, yo que vengo hace años dedicándome muy en especial a la filología, y sobre todo a la de los idiomas romances o neolatinos, con objeto de escribir acerca de ello con conocimiento de causa.

Mi buen amigo don Ernesto Quesada me ha hecho el honor de poner a buena contribución mis trabajos en su último folleto, y se lo agradezco.

Las observaciones de don Francisco Soto y Calvo en su artículo *De la falta de carácter en la literatura argentina* me parecen pertinentes y muy atinadas, y he de escribir sobre ellas.

Hay aquí dos cosas distintas, una la que se refiere al carácter propio que puede adquirir la literatura argentina, y la otra la referente al llamado por algunos idioma nacional. Por lo que a la primera hace, he de explicar con extensión, cuando de la literatura argentina en conjunto me ocupe, el por qué nos gusta tanto a muchos españoles —no somos sólo Núñez

---

tiempo) hacen que en nuestra civilización el trabajo integrador vaya casi de par con el diferenciador en lo que al lenguaje hace. Este punto de vista he de explayar. Lo sensible es que, como aquí sucede con los catalanes y mis paisanos, vascos, se entrometa la pasión, por legítima y justa que sea, en lo que debe tratarse fríamente, y suplanten los patriotas a los lingüistas. Recuerde que en su afán por tener una lengua propia nacional los noruegos, que hablan danés, han encontrado entre ellos quien proponga la escritura fonética sin más objeto que diferenciar en la escritura hablas que sólo en accidentes de pronunciación se diferencian. Y así supongo que si los portugueses han adoptado la embarazosa y absurda ortografía etimológica, escribiendo, v. gr., *mithologia*, es por usar nosotros, los españoles, una que se acerca a la fonética, y si adoptáramos la suya, adoptarían la nuestra. Lo que bajo todo esto hay es lo que debe evitarse al discutir de estos asuntos. Y así, el doctor Abeille, v. gr., es sospechoso de parcialidad y falta de serenidad científica, por su origen.

El asunto me interesa y me propongo dirigir a usted una carta abierta, en que explaye estos conceptos, y que pueda ver la luz en su revista.

Sólo me resta ofrecerme a usted como amigo y affmo. s.

MIGUEL DE UNAMUNO.

de Arce, Menéndez y Pelayo y yo— el género gauchesco, y por qué pongo el *Martín Fierro,* con sus evidentes defectos, por encima de cuanta poesía americana en lengua española conozco. Ahora dejo este aspecto de la cuestión y paso al lingüístico.

Tampoco quiero entrar aquí en el fondo de la cuestión lingüística acerca del porvenir de la lengua española en América, sino que me propongo hacer algunas consideraciones de índole psicológica, a guisa de prólogo. Con más espacio y calma desarrollaré en qué me aparto del parecer del sabio gramático don Rufino Cuervo y los que como él piensan, y nada digo del doctor Abeille, porque la obra de éste me parece desprovista de todo serio valor científico. Le faltaba, entre otras cosas, conocer algo mejor el castellano que se habla en España, en el campo, y no sólo el de los periódicos y la clase media de las grandes ciudades.

Desde luego he de decirle que creo tan remoto el porvenir que el doctor Pellegrini asigna al idioma español, que vale más no ocuparse de ello. Dice la revista *Estudios* que el doctor Ramón C. Linares, en un artículo publicado en el número 1.833 de *El País, demuestra* que pasarán dos siglos antes de que el idioma español se diversifique en varios, entre los que figurará el argentino. Me gustaría conocer esa estupenda *demostración.* Porque los españoles de hoy entendemos perfectamente el español no de hace dos, sino de hace cuatro o cinco siglos, y no sé en qué se funde el señor Linares para suponer que se apresure la evolución de nuestro idioma, o más bien que aun apresurándose —que esto es de creer— no vaya de par en todos los países que lo hablen, por remotos que estén unos de otros.

Indudable es que la lengua española, como toda lengua y todo lo vivo, está sujeta a proceso evolu-

tivo, pero no debe olvidarse que la evolución abarca a los procesos mismos evolutivos. Quiero decir con esto que si bien es indudable que las cosas cambian según la ley, la ley según la cual cambian las cosas está a su vez sujeta a cambio, y que así como hay ley del cambio hay cambio de la ley del cambio. Lo cual equivale a sostener que de la manera como se ha cumplido hasta aquí el proceso lingüístico no puede concluirse, sin más determinación, el cómo ha de seguir cumpliéndose.

Es cosa sabida que el progreso de la civilización ha traído una más estrecha relación entre los pueblos que viven a largas distancias y entre las generaciones a las que separa el tiempo. Las relaciones mercantiles y de todo género hacen que cada vez se comuniquen más entre sí los diversos pueblos, y entre ellos los de lenguaje español, y la difusión del conocimiento de la lectura, y la imprenta sobre todo, hacen que cada vez haya más gentes que se comunican con sus antepasados. Aún no se ha hecho ningún estudio de valía, que yo sepa, en que se investigue la influencia que el descubrimiento de la imprenta pueda tener en el proceso lingüístico.

Lo indicado basta para que se me entienda bien si afirmo que por mucho que se cumpla la diferenciación lingüística o dialectal de hoy en adelante, la integración irá de par. No están hoy los pueblos de lengua española tan apartados unos de otros, que quepa en alguno de ellos diferenciación lingüística que no refluya inmediatamente en los demás. Por fuerte que pueda llegar a ser la tendencia a la diferenciación, la tendencia a la integración será mayor. Siempre predominará el interés supremo: el de que nos entendamos todos.

Estas sumarias consideraciones he de desarrollar con extensión, siguiendo mi tarea de demostrar que

las diferencias entre el español que se habla en España y el que se habla en la Argentina son mucho, muchísimo menores, de lo que muchos argentinos, que no conocen bien esto, se figuran, y que esas diferencias no son mayores que las que separan al habla de unas regiones españolas respecto de otras, también españolas. Y esto sin referirme, claro está, al vascuence, catalán, gallego, bable y valenciano.

La cuestión hay que ponerla, a mi juicio, en otro terreno, y es que los argentinos y todos los demás pueblos de habla española reivindiquen su derecho a influir en el progreso de la común lengua española tanto como los castellanos mismos, que no reconozcan en éstos patronato alguno sobre la lengua común, como si se les debiera por fuero de heredad, que afirmen su manera de entender y sentir el idioma de Cervantes. Aquí está la raíz de la cuestión.

Nada me parece más ridículo que oír decir por acá hablando de estos o aquellos americanos que son *hijos* ingratos, como si los que ahí hablan castellano, llevan apellido castellano —y aun muchos que no lo llevan— y sangre española en las venas, fueran menos descendientes que nosotros de los que conquistaron y poblaron esas tierras. Lo probable es que lo sean más. Y así en la lengua me parece bien que ahí procuren todos poseer una que les sea común con todos los pueblos que hoy hablan lo que poseen, pero no sujetarse en el uso de ella a prescripciones de ninguno de esos pueblos ni aceptar las pretensiones del pueblo castellano a la dirección en este respecto.

Yo soy vasco, y usted sabrá, porque fué cosa que me atrajo la irreflexiva hostilidad de no pocos de mis paisanos, que he sostenido que el vascuence se muere muy de prisa y que nos conviene a los vascongados que se muera. Pero a la vez dije y sostuve, como lo digo y sostengo, que al adoptar el castellano, el idio-

ma de setenta y tantos millones de hombres, no debemos resignarnos a adoptarlo pasivamente, plegándonos en todo y por todo a las exigencias de los castellanos, sino que hemos de tirar a infundir en él nuestro espíritu, a hablarlo a nuestro modo, siempre que nos demos a entender de todos los que lo hablan, a acelerar su vida. Y por mi parte procuro cumplirlo, y me encojo de hombros cuando me dicen que tal o cual giro de los que uso es poco castizo o cuando se me reprocha el que a las veces, y en mis trabajos de alguna fuerza, tengo el estilo poco español.

Esto me parece lo acertado y lo progresivo y no el malsano prurito de mantener dialectos y lenguas regionales por un afán, poco noble, de diferenciación a todo trance.

Y lo triste es, que por lo menos aquí, en España, no son sentimientos de amor a lo propio, sino de odio a lo ajeno, los que dictan semejante conducta. "Gran poquedad de alma arguye tener que negar al prójimo para afirmarse", dije en mi discurso de Bilbao y repito aquí.

Y como ahora voy a entrar en un terreno espinosísimo y por extremo delicado, le ruego me dispense si alguna vez puedo herir susceptibilidades patrióticas, que soy el primero en respetar. Pero yo que dije a mis propios paisanos, leal y francamente, lo que creo ser la verdad y que a cada momento se la digo a mis compatriotas, creo tener cierto derecho a decírsela a los demás.

Sería, en efecto, muy de sentir que en cuestiones como ésta del idioma nacional argentino, que no deben tratarse sino con sereno espíritu científico y sin doble intención alguna, se colaran sentimientos y pasiones como los que han dictado, entre otros trabajos, el del doctor Abeille. Casi todas las investigacio-

nes etnográficas, lingüísticas y sociológicas están envenenadas por miras tendenciosas y por prejuicios. La voluntad rinde al entendimiento, lo cual es inevitable.

Aquí, en España, apenas puede leerse lo que los catalanes y mis paisanos los vascos escriben a propósito de las lenguas catalana y vasca; los más agudos ingenios se dejan prender en las redes de sentimientos que, aunque *a las veces* nobles, deben reprimirse en ciertas ocasiones. Dan como buenas las mayores candideces y las más ridiculas paparruchas de escritores meritísimos en otros respectos, pero que en asuntos de lingüística, por ejemplo, no pudieron sino desbarrar mucho, dada la época en que vivieron. Se apoyan en ellos, que es como apoyar hoy teorías químicas en el testimonio de alquimistas del siglo XIII. Ahí, en Buenos Aires, se publica una revista vascongada, bien intencionada por lo común, pero en la cual suelen publicarse unas disertaciones lingüísticas acerca del vascuence, con unas etimologias disparatadísimas y unas conclusiones que hacen reír. Están más dejos de la moderna ciencia que la alquimia del siglo XIII de la química de hoy. Constituyen una verdadera vergüenza.

Con esto, algo duro, quiero justificar lo que voy a decir. Y es si en el fondo de esos empeños por tener un idioma nacional y de ese afán por demostrarnos que la lengua española va a diversificarse en América, no hay sentimientos poco recomendables y prejuicios nada fundados.

¡Pobre personalidad nacional la que se busque por semejantes senderos! Yo, escribiendo castellano, me creo tanto o más vasco que los más de mis paisanos que escriben en vascuence, y les llevo la ventaja de que mi palabra será más oída que la suya.

Uno de los pueblos que sienten más ansias de total

independencia y de conquistar carácter propio es Noruega; su hostilidad hacia Suecia crece de día en día. En Noruega se habla danés, la lengua de Ibsen y de Björson es la misma de Kierkegaard y de Brandes.

Apenas hay entre ellas más que diferencias de pronunciación (poco más) como las hay entre el castellano que se habla en Burgos y el que se habla en Málaga. Y en su afán por tener una lengua nacional propia han propuesto algunos noruegos adoptar la ortografía fonética y escribir con ella la lengua del bajo pueblo noruego, para diferenciar así en lo escrito lo que poco más que en la pronunciación se diferencia. Que es como si separándose mañana Andalucía de España dieran en la gracia de escribir el castellano a la andaluza y poner *zeñó* por *señor, muhé* (con *h* aspirada) por mujer, etc. Y aun en esto se encontrarían con menos diferencias de las que a primeras creyesen, pues no pocos modismos y aun fonismos andaluces se han corrido a toda España. Y de paso he de indicarle cuán equivocado estuvo el señor Monner Sans al afirmar en su discurso sobre el *lenguaje gauchesco,* leído en la fiesta del 9 de julio en el Instituto Americano, de Adrogué, que la supresión de la *d* en la final -ado *(llegao,* por ejemplo), la sustitución de la *h* por *j,* de la *e* por *i* (*rigular* por *regular),* de la *v* por *g (güelta* por *vuelta),* de la *c* por *u* (*respeuto* por *respecto*), el *pa* por *para,* el *mesmo,* etc., sea andaluz. Esas son formas que se oyen en boca del pueblo *en casi toda España* y en las regiones más apartadas de Andalucía, y hasta me parece difícil probar que sean de origen andaluz. El decir *llegao, andao,* etc., es hoy lo corriente y usual en España; al que hablando en conversación familiar dice *llegado* y *andado* se le tilda de presuntuoso y redicho, y en algunos sitios se le supone *indiano.* Eso nos parece un refinamiento de gente leída que quiere

distinguirse. Las personas más cultas, los escritores más atildados y correctos, los que más se precian de escribir bien el castellano, dicen aquí siempre en conversación familiar, *llegao, andao,* y además, *pa* y *ná,* por para y nada. A alguno de ellos hasta les sorprenderá el que se les diga que hablan así; no lo han notado. De cien españoles cultos que dicen "*¿pa* qué es eso?", o "como no quería *naa* más...", los noventa y nueve lo negarán si se les pregunta. Pero oígaseles hablar y se verá. Y hasta tal punto es esto incierto, que la idea general aquí respecto a los americanos es la de que son muy redichos y rebuscados, que ponen un exquisito cuidado en que no se les escapen las locuciones populares. Lo de decir *llegado,* verbigracia, nos parece algo pedantesco, aunque no lo sea. Y no lo es, seguramente, en quienes han aprendido a hablar así.

El doctor Bunge, en un estudio que ha dedicado a mi labor y mi persona, en los *Anales de la Facultad de Derecho y de Ciencias Sociales,* dice que un espíritu culto hispanoamericano, por más que admire ciertas líneas fuertes de mi estilo, se espeluznará al leer frases como éstas, que toma de mis escritos: "Y así no quedan ni los rabos..." "¡Viva la diarrea palabrera!" "Y esta obra es mucho más que gota, es chorro..." Dice que éstas son expresiones "insoportablemente *shocking*" para ustedes, y a este propósito habla de la delicadeza ática. El doctor Bunge es un buen amigo mío, a quien estoy agradecidísimo por la honda simpatía con que me ha tratado, y una de las cosas que más le agradezco son esas observaciones sobre el efecto que mi estilo pueda a las veces causar a oídos americanos. Y aquí recuerdo lo que me decía un paisano mío de vuelta de una excursión a esa república, y era que una de las cosas que más le molestaron fué el cómo se recibía la palabra *coger,* que aquí, en España, es perfecta y absolutamente

usual, inocente y culta. Y con la franqueza que debo a quienes con franqueza me tratan, y la ruda lealtad que quiero usar con el público argentino, al que debo tanto, he de decirle que si esos y otros rasgos de mi estilo pueden ahí ofender a algunos oídos en extremo susceptibles, aquí, en cambio, propendemos a notar en el estilo americano algo de flojo, de amadamado, falto de vigor y robustez. Y no ciertamente en todos, pues ahí está Sarmiento, cuya prosa, enmarañada y encrespada a ratos, es una prosa robusta, caliente, fuerte y genuinamente española, sin preciosismos afrancesados.

Mas volviendo a lo que de Noruega le decía, he de señalarle que aquí al lado tenemos a Portugal, desgraciada nación que gime bajo el yugo inglés por culpa de su suspicacia, de su ridículo temor de que España se la agregue. Y siempre he sospechado que en su empeño por diferenciar la lengua portuguesa de la castellana mucho más de lo que se diferencian, que es menos que lo que separa el castellano del catalán, siguen aferrados a su absurda ortografía etimológica para que la lengua escrita ofrezca otra fisonomía que la de la española. Y así estampan *mythología* y es de presumir que si nosotros hiciéramos lo mismo, entonces ellos escribirían *mitología,* como hoy nosotros. Lo cual me recuerda el propósito de un catalán de que se escribiera esta habla con ortografía etimológica, para lo que daba serias razones, callándose la única que le movía a proponerle y era que se diferenciase el catalán escrito del castellano, también escrito, mucho más de lo que hoy se diferencian, que es mucho menos de lo que los catalanistas dicen.

A su buen juicio y discreción dejo el aplicar estas consideraciones al caso del idioma nacional argentino, y el ver que todo inmoderado afán de diferenciación a todo trance, todo empeño por negar al pró-

jimo para afirmarse, es infecundo y dañino. No es así como se conquista la personalidad, ni es así como el noble pueblo argentino, y todos los demás pueblos hispanoamericanos, han de llegar a ocupar su puesto en el mundo de la cultura y en la historia.

Algo más le diría sobre el elemento no español de origen que ha entrado a formar parte de esa república y sobre el hecho de que al doctor Pellegrini, pongo por caso, haya podido inducirle a formular el parecer que en la revista *Estudios* se estampa, no un estudio detenido, sereno y científico del asunto, sino sentimientos muy naturales y muy legítimos que sólo al oír su apellido debemos suponerle. Mas, por otra parte, ahí está el doctor don Pablo Groussac, correctísimo escritor en nuestra lengua española, de quien he oído que es francés, y que afirma redondamente que "no hay más idioma nacional que el castellano", y corrobora esta tesis.

Mi cualidad de ser español, aunque bien demostrado tengo que mi españolismo no es intransigente ni exclusivista, sino por el contrario haya merecido el que se me tache aquí, en España, de poco español y de no tener el espíritu de la raza, mi cualidad de ser español y de dirigirme a un argentino, hijo de uno de los pueblos por los que más honda simpatía siento, y la demuestro con hechos, hace que no le pueda ser más explícito. Sentiría, además, deslizar alguna apreciación poco justa, debido a no conocer aún ese país *de visu* y directamente. Y el aún, aunque no lo subrayo, es como si lo subrayase.

Ganas me dan de hablarle del latinismo, suponiéndole acaso enterado de que siento poco entusiasmo hacia él y de que estoy cada vez más convencido de que los españoles, y creo que también los hispanoamericanos, tenemos poco de latinos, y de que es locura querer latinizarnos torciendo nuestro natural. Aparte la lengua, están más cerca de nosotros los

germanos y los anglosajones que esos otros pueblos a los que llamamos, tal vez sin mucha propiedad, latinos. Mas es éste un punto que si bien he tocado varias veces, merece amplio desarrollo.

Y termino ya. Termino saludándole y saludando en usted al pueblo argentino.

Es suyo amigo affmo. y s. s.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 11 de enero de 1903.

(*Estudios*. Buenos Aires, enero-julio 1903.)

## LEXICOGRAFIA HISPANOAMERICANA

*Dos mil setecientas voces que hacen falta en el Diccionario Académico* (Papeletas lexicográficas), por Ricardo Palma, académico correspondiente de la Española. Lima, 1903.

He aquí un libro técnico en que el conocidísimo escritor peruano don Ricardo Palma nos presenta 2.700 voces que dice hacen falta en el Diccionario de lengua española, en el de la Academia, es decir. ¡Dos mil setecientas! ¡Si no fueran más!...

Hace ya tiempo que me preguntó un extranjero si no había un *inventario* de léxico castellano, esto es, una recopilación del mayor número posible de voces que se hallen en uso corriente, y hube de contestarle que no lo conozco. Porque el Diccionario de la Academia no es tal inventario, un registro en que se consigne el uso, sino que pretende ser algo así como un código del bien decir en que no se dé el pase a ciertos vocablos. Y es curiosa, según lo sé por quien tiene motivos de saberlo, es curiosa, digo, la manera con que los venerables ancianos que constituyen su mayoría defienden su criterio y resisten, con todas sus fuerzas, a la admisión de vocablos y neologismos. Afortunadamente, nadie hace caso para escribir al Diccionario ese, ni se cuida de si una palabra ha sido o no admitida en él.

Nos dice el señor Palma que en 1895 dió a luz, con el título de *Neologismos y Americanismos*, un opúsculo en el que consignó poco más de quinientas voces que no se encontraban en el Diccionario y que son de uso corriente en América y muchas aún en España, y que en las Juntas académicas a que concurrió en Madrid en 1892 y 1893 propuso la admisión hasta de una docena de palabras que en su mayor parte fueron desdeñadas, por lo cual se retrajo de continuar proponiendo. Mejor fortuna tuvo su opúsculo, pues de los vocablos en él apuntados adquirieron lugar en la edición décimatercia —la última— del Diccionario hasta ciento cincuenta y uno. Y lo sorprendente es que estas voces, que al entrar en la edición 13.ª es porque no se hallaban en la 12.ª, son voces como *acaparar, agigantar, amordazar, aplomo, autonomista, carnavales, concienzudo, diagnosticar, embrionario, fusilamiento* y otras por el estilo.

El libro que hoy nos presenta el señor Palma es una obra meritoria; representa una cosecha de voces recogidas en dos años de labor paciente. Y las hay —las más de ellas— que son hoy corrientes en los países de lengua española y que las entienden todos los que la hablan. Sorprende, en efecto, que falten en el Diccionario voces como *abolicionista, aborricarse, acaparamiento, agónico, ajedrecista, alarmante, alcoholizarse, alienado, altruísmo, amadamado, analfabeto, anestesiar, anexionar,* etc., etc.

En realidad, esto nada tiene de extraño ni de censurable, pues como un idioma no es un caudal estático de voces, un número de ellas mayor o menor, sino que es un fondo que aumenta y se multiplica según leyes de derivación y analogía, propias de cada lengua, no es cosa de que se registren todas las voces posibles. No es la riqueza actual de un idioma, el número de voces que tenga en circulación, lo que debe tomarse en cuenta, sino su fecundidad, su poder

de formar voces nuevas siempre que hagan falta. Vale más vivir de un capitalillo que nos dé un regular interés, que no tener que comerse una fortuna en porciones.

Por mi parte, cuando me hace falta un vocablo, lo compongo, procurando atenerme a los procederes espontáneos de la lengua, y si me lo entienden, me basta. Por eso, sin duda, en la voz *neólogo,* después de decir el señor Palma que no lo es tan sólo el que emplea neologismos, como dice la Academia, sino también el que los crea —la Academia quiso, sin duda, al decir el que los emplea, el que los crea—, añade: "Para mí el más fecundo neólogo del día, en esta segunda acepción, es Unamuno". Me atribuye, entre otras, las voces *chirigotizar* y *metafisiquear,* de la que dice haberse generalizado en América, y que uso mucho *ramplonería,* vocablo que puso a la moda en 1874 en el Perú el periodista político Becerra. ¡Claro que la uso mucho! Lo extraño es que no la registre la Academia cuando la cualidad por ella designada es la que más se topa en esta nuestra España de hoy, si no es que encontramos más otra cualidad, cuyo nombre tampoco registra, y es la *pedigüeñería.* Con repique de campanas dice en otro pasaje de su libro que debe admitirse el neologismo *fulanismo,* que también me atribuye. Yo agradezco al señor Palma el honor que me hace, pero debo decir, en descargo de mi conciencia, que en los más de los casos no sabría decir si invento los vocablos o si los oigo y los meto en mis escritos.

No es que yo invente más que otros, sino que tengo menos escrúpulos en usarlos por la idea que del idioma tengo, idea debida a los años que llevo estudiándolo. Muchos de los vocablos que el señor Palma señala como habiéndolos visto en mis escritos, son términos técnicos que traslado a nuestra lengua, y algunos como *especialización* y *diferenciación,* son de

uso corriente en nuestras obras científicas; otros —los que más me ha criticado un amigo— son voces que emplea el pueblo de esta región salmantina y aun de mucha parte del oeste y noroeste de España, tales como *mejer, remejer, cogüelmo, solombrío, perinchir, retuso* (una palabra ésta puramente latina y aquí en Salamanca muy en uso), *enfusar,* etc. Vocablo hay, como, v. gr., *cibanto,* escarpe o rápida desigualdad del terreno, corte del suelo a modo de escalón, que lo he oído aquí y me han asegurado manchegos y granadinos que se usa en sus respectivas regiones, y voz que se use aquí, en la Mancha y tierra de Granada, no puede decirse que sea regional. Me gusta más sacar voces del pueblo y enfusarlas luego en mis escritos, que no ir a desentrijar arcaísmos de cualquier mamotreto del siglo XIV o XV, y es de esperar que la Academia, en vez de pagar voces que vayan entresacando de escritores, más o menos clásicos, pero ya difuntos, éste o el otro erudito, promueva el que se escarbe el habla popular de las diferentes regiones españolas y americanas y se aflore a la lengua escrita lo que vive y florece en la lengua hablada. El señor Palma se ha dedicado a esto, a cosechar voces de las que empiezan a correr y usarse y no ha entrojado aún la Academia, y merece plácemes como buen meseguero que es de la lengua corriente y moliente, de la que se está haciendo minuto a minuto, y no sólo del añoso lenguaje de los académicos que toman en serio el serlo.

(*La Lectura,* año III, tomo III. Madrid, diciembre 1903, págs. 537-539.)

# EL IDIOMA NACIONAL

Mirror, en una correspondencia escrita en Santiago de Chile, y publicada el 23 de diciembre en estas columnas, tomaba en cuenta la nada blanda crítica que dediqué al libro *Raza chilena*, y yo quiero tomar ahora también en cuenta algunas observaciones de Mirror. Y como ésta es, dado mi humor, la mejor manera que tengo de dar las gracias y hacer aprecio de alguien, huelga el que exprese más por extenso cuán agradecido quedo a Mirror por su correspondencia. Conforta de otras cosas y otros hombres el poder tratar con hombres así.

Ante todo, una manifestación. Yo no dudo de los méritos de la última parte de la labor del autor de *Raza chilena,* ni dejo de reconocer la nobleza de aquellas páginas en que aboga por las clases populares chilenas, no tan atendidas, sin duda, como debieran estarlo en un país organizado en gran parte para la guerra y el botín y de donde no se ha arrancado aún la oligarquia conservadora. Y no es ésta la ocasión de hablar —que ya me llegará— de todo lo que significó la tragedia de Balmaceda y de todo lo que significa para la suerte del proletariado chileno la detentación de Tacna y Arica.

Toda esta parte en que el autor de *Raza chilena* delata el abandono en que se deja al pueblo, al sufrido roto, que parece empieza a ser víctima del alcohol

por culpa de aquel abandono, todo eso está muy bien, pero no era cosa mía el tomarlo en cuenta. Creo, además, que contra la intención del autor los dos elementos capitales de su obra se contradicen entre sí. La exaltación, patriotería y toda aquella fantástica y anticientífica gotología se está dando de cachetes con la causa del pueblo. Esos goticismos y todo lo que a ellos se parece, tanto ahí como aquí, no sirve sino para exaltar a las clases que llamamos dirigengentes, cuando no son más que explotadoras. Esa clase de nacionalismos van siempre contra el pueblo que trabaja y sufre.

Ya sé yo que para muchos el haber yo fustigado un libro que en gran parte se destina a reivindicaciones populares, hará que se me presente como un enemigo de ellas. Es inevitable. En estos pueblos infestados de politicismo —España es uno, y Chile tal vez otro— lo primero que de un escritor se inquiere es sus opiniones políticas y religiosas. De un hombre como Salmerón me decía una vez su gran amigo y gran amigo mío, Guerra Junqueiro, que divide a los poetas en republicanos y monárquicos. Y en la patria de Guerra Junqueiro, en Portugal, no se puede hoy, ante ciertas personas, decir la verdad respecto al insoportable erudito Teófilo Braga, porque el ser éste consecuente republicano y hombre de integérrima conducta, de enorme lectura y autor de un número de obras atiborradas de noticias y de inocentadas, hace que para muchos sea intangible.

Sé muy bien esto y sé también que en el fondo de eso que algunos dicen de que no acaban de entenderme, no hay sino el no poder clasificarme según la tabla de clasificación, pegándome un rótulo cualquiera. Hablan mucho de libertad e independencia de juicio, pero así que se encuentran con un espíritu de juicio de veras independiente, ya no se hallan.

Y descartados por ahora estos puntos, a los que he de volver, vengamos a otra cosa.

Dice Mirror que a su juicio no me he detenido bastante en el intento del autor de *Raza chilena,* de hacernos creer que el lenguaje vulgar del pueblo chileno no es mal castellano, sino el idioma llevado allá por los conquistadores. "Y decimos —añade— que el señor Unamuno no ha insistido bastante en este punto, porque nos habría agradado mucho conocer lo que piensa de esta marcadísima inclinación que siempre hemos tenido en Chile a crearnos un idioma propio."

En Chile y en otras partes de la América de lengua castellana.

"Esta inclinación —agrega— es antigua: puede decirse que nació con la propia independencia y ha sido tan persistente, que no hace mucho un pedagogo dió en la Universidad una conferencia sobre la necesidad de tener en Chile un idioma propio."

Habla después Mirror de la que se llamó ortografía chilena y de otros particulares. Y dice que la misma inclinación que les hace tener una ortografía propia les mueve también a considerar como chilenismos muchos términos que no lo son, pues, si no se usan, se han usado en la Península, como he hecho notar. Y añade que leyendo él, Mirror, hace unos años, con un amigo, los *Majos de Cádiz,* de Palacio Valdés, apuntaron más de un centenar de palabras que figuran en ese libro y que en Chile se tienen por chilenismos.

Voy a satisfacer a Mirror.

Esa tendencia a arrogarse o pretender crearse un idioma nacional propio es muy natural en los pueblos que habiendo logrado la independencia política no han conseguido aún la espiritual, es decir, no tienen aún una fisonomía propia que les distinga de los demás pueblos y a los ojos de éstos en el orden

de la cultura. Cuando uno no se distingue aún por nada íntimo, busca distinguirse por el traje o por cualquier otra exterioridad. Y esa tendencia irá remitiendo y debilitándose a medida que los pueblos hispanoamericanos vayan cobrando personalidad, como está ya sucediendo. Entonces comprenderán cuán inmensa ventaja es la de tener una lengua internacional, de veinte naciones, la más extendida en superficie y que llegará acaso a ser un día la que hable mayor número de hombres. Entonces comprenderán que la personalidad debe buscarse no en usar distintas armas o distintos trajes que los otros, sino en manejar aquéllas o llevar éstos de un modo propio y personal.

En Noruega se habla el danés y en danés están escritos los dramas de Ibsen. Las diferencias entre el danés hablado en Dinamarca y el hablado en Noruega son de pronunciación, siendo una misma la lengua escrita. Y no han faltado noruegos que hayan pretendido adoptar una cierta ortografía fonética sin más objeto que diferenciar su danés del danés hablado en Dinamarca y hacerse una parodia de idioma nacional. El buen sentido del pueblo lo ha impedido.

El castellano y el portugués escritos se parecen tanto que, sin gran esfuerzo, podemos leer los unos lo que los otros escriben. No así, sin embargo, en la lengua hablada, pues la complicadísima fonética del portugués y la extensa gama de matices de sus vocales hace que a las veces dude un español que no lo conoce de oídas si lo que oye hablar es siquiera un idioma latino. Pero si en la ortografía los portugueses usan la etimológica, y escriben "mythologia" lo que nosotros mitología, creo es en parte por diferenciar su lengua escrita. Adoptáramos nosotros su ortografía, y adoptarían ellos la nuestra.

Y en el fondo de ese ridículo emperramiento de los mejicanos de escribir México con equis y no con jota

hay acaso algo más que dar a la palabra un cierto aspecto exótico y poner de manifiesto su origen indígena. Porque si ha de escribirse así porque procede de una paladial azteca y fué sch, por la misma razón deberían escribirse con equis muchas jotas castellanas, casi todas. ¿Por qué no escriben Guadalaxara? Porque si la jota de Méjico proviene de una paladial azteca, también la jota de Guadalajara proviene de una paladial arábiga. Y, o se tira de la cuerda para todos, o para ninguno.

Por otra parte, el que los chilenos y argentinos y mejicanos, y los demás americanos de lengua castellana, estimen como voces y modismos propios y peculiares de su tierra muchos que no lo son —la mayoría de ellos—, depende de que viajan poco por España y de que apenas conocen más castellano español que el escrito y literario, el de los libros. Y hasta cuando vienen por acá, puede decirse que no salen de Madrid y otras capitales. No conocen, por lo común, la lengua de los campos.

Lo he dicho cien veces: de cada veinte que un hispanoamericano, al citar una voz o un modismo, añade: "como decimos por acá", las dieciocho es algo que también aquí se dice. Lo que les pasó a Mirror y su amigo leyendo los *Majos de Cádiz,* de Palacio Valdés, les pasaría en mayor grado si viajasen por nuestros campos.

El autor de *Raza chilena* trae un copioso caudal de voces que estima chilenismos, y de todas ellas apenas hay tres o cuatro que yo no conociera por acá. Aquí se dice "haiga", y "ailante" (adelante), y "botar", y "regodear", y "treato", y "sordao", y "pelva", y "güeno", y "golver"..., y, en fin, casi todo eso. El autor chileno se fía demasiado de la Academia. Y porque ésta dice que "listo" significa "diligente, pronto, expedito", se cree que en España no significa "listo" lo mismo que en Chile, y lo mismo que allí,

cuando decimos de uno que es muy listo, queremos dar a entender que es astuto y zorro.

Y lo mismo que en Chile quiere decir en España "sacar el pellejo", desnudar de su buena fama al prójimo. Y lo mismo que en Chile... casi todo lo demás, como puedo probarlo.

Las modificaciones fonéticas que el autor señala no se deben ni a aquella tierra ni a que sea otra raza; se deben a una lógica interna del castellano mismo, a un proceso de homogeneización y nivelación. Es la lengua misma, por decirlo así, la que se modifica, y obedeciendo a los mismos principios generales en Chile y en España. Es el elemento popular, romanceado, digerido de la lengua, el que trata de asimilarse al otro elemento culto, latinizante e indigesto. En España, como en Chile, el pueblo rehuye el nexo *ct,* que no es genuinamente castellano, y en las voces de origen culto que lo conservan —pues en las populares se hizo *ch* y algunas veces *t*— en España, como en Chile, tiende a decir "efeuto" por "efecto". Es la lógica interna del idioma, repito. Es la ley de la analogía.

Lo que ahora, aunque un poco de pasada, he hecho con los chilenismos del autor de *Raza chilena,* hice hace ya seis años con los argentinismos que el señor Soto y Calvo recopiló al final de su poema *Nostalgia.* Lo hice en el número de *La Lectura,* revista de Madrid, correspondiente a abril de 1902, donde puede verlo el curioso a quien estas cosas interesen.

Allí mostré que de los seiscientos y pico, entre vocablos y giros, de que consta el vocabulario aquél del señor Soto y Calvo, la inmensa mayoría de ellos son corrientes en una u otra región de España. En rigor, las únicas palabras exclusivamente argentinas que el tal vocabulario trae son las de animales o plantas propias de ese país, como "mburucuyá", "ñacurutú", "ñandú", "ceibo", "vizcacha" y algunas otras,

pocas, como "milonga" o "mucama". Lo que no es de origen indio es de origen castizamente español.

Y entonces dije y hoy repito que el castellano español y el argentino no se diferencian tanto en el fondo popular, hablado y vivo, cuanto en la espuma literaria, escrita y en cierto modo muerta. He leído el *Martín Fierro*, el *Fausto* (argentino), el *Santos Vega* y otros poemas gauchescos, y os aseguro que cuanto más un escritor argentino trata de acercarse al modo de decir de su pueblo, tanto más español me resulta. No es eso lo que más nos choca, no; lo que nos choca son los desatinados neologismos que forjan ciertos escritores, más o menos modernistas, que leen más francés que oyen hablar al pueblo de su propia tierra.

Y entonces dije también cuán en lo cierto estaba Sarmiento, este hispanófobo tan profunda y radicalmente español cuando en su carta al profesor don Matías Calandrelli, que precede a la edición de su *Facundo,* que tengo a mano, hace observar que el acudir con frecuencia en esa su obra a locuciones atinadas, pero castizas, no se debe a mucha lectura de autores castellanos antiguos, sino a que, como él dice, "habiéndome criado en una provincia apartada y formádome sin estudios ordenados, la lengua de los conquistadores había debido conservarse allí más tiempo sin alteraciones sensibles, lo que corroboraba yo con muchos hechos, y aceptaba él (Mantilla, hablista habanero) como plausible, bien así como los ingleses insulares de hoy han hallado en Norteamérica locuciones que traía Johnson y no conserva Webster en su Diccionario."

No hay, pues, en la América española tales idiomas nacionales como cosa distinta del castellano. Castellano son, como es castellano lo que se habla en Andalucía y en Aragón y en casi toda España. Ahora que cada cual le da su acento y su tono.

Nosotros, los vascos, verbigracia, vamos dejando

nuestra antigua lengua y adoptando el castellano, lengua internacional, pero me parece que llegará un día, y aun hoy sucede, en que a los escritores vascos se nos conozca por un cierto modo de manejar la lengua común.

Y lo que revela un desconocimiento del proceso lingüístico y de la influencia, cada vez mayor, de la lengua escrita sobre la hablada es aquello de Pellegrini cuando decía que al cabo de tres siglos se hablará en la Argentina un idioma especial. Afirmar tal cosa equivale a desconocer que el proceso de integración va de par con el de diferenciación, y que las relaciones por escrito entre los pueblos, aparte de otras relaciones, tienden a nivelar las diferencias. Lo que, por el contrario, sucede es que las lenguas románicas (italiano, castellano, francés, portugués, catalán, etc.) tienden a semejarse cada vez más.

Y en el fondo de todo eso, hay que decirlo claro, no hay en muchos más que ojeriza y desafección a España y a todo lo español. Afirman redondamente la superioridad de la lengua francesa, verbigracia, sobre la castellana, los que no conocen aquélla mejor que ésta, conociendo ésta muy mal, sobre todo los que, habiéndolo buscado, no han conseguido crearse una reputación literaria escribiendo en castellano. No hay superioridades ni inferioridades absolutas; lo que es en un respecto superior a otro, lo es en otro respecto inferior. Y sobre todo, para cada cual, la mejor piel es la suya propia, por ser la que se formó y creció con su propio cuerpo.

Sí, en el fondo de mucho de eso late recelo o desafección a España. Hay desgraciado que se cree que con la lengua castellana va el espíritu inquisitorial o que no podemos decir en ella lo que en otras se dice.

Agréguese, porque todo hay que decirlo, la influencia de gentes que, no siendo de origen español, se ven compelidas a servirse de nuestra lengua. Durante mu-

chos años mi patria, España, y su literatura contemporánea, han sido objeto de los ridículos desdenes, y hasta de las calumnias, de los que no las conocían apenas. Se nos quería, de una parte, hacer pagar pecados de nuestros bisabuelos; pero, sobre todo, no se podía sufrir el que no nos rindiéramos por completo, y el que aún conserváramos algo del tesoro tradicional sin declararnos en la cultura tributarios absolutos de otro pueblo.

Hoy las cosas empiezan a cambiar. Por esas tierras de lengua castellana empiezan a curarse de prejuicios de que no se libraron ni espíritus excelsos como el de Sarmiento, y son ya muchos los que creen que hay aquí novelistas, y dramaturgos, y poetas, y cronistas que pueden ponerse al lado, cuando no más, de los más celebrados de allende los Pirineos.

A ello contribuye el que nosotros, por nuestra parte, nos vamos curando poco a poco, demasiado poco a poco acaso, de nuestra manía casticista y de aquel ridículo empeño de ejercer el monopolio del idioma común. Vamos comprendiendo que, pues el castellano se ha extendido por tan vastas tierras y es hoy el idioma de veinte naciones, tiene cada una de ellas derecho a influir en él contribuyendo a su progreso. Que los escritores americanos han influído en la manera de escribirse hoy aquí el castellano es indudable, y no menos indudable para mí que no siempre en el mejor sentido.

La lengua es un arma, y todo perfeccionamiento que en un arma introduce un pueblo, muy pronto lo adoptan los demás pueblos que la usan. Siempre le quedará a cada uno el modo de manejarla, y sobre todo, el valor y arrojo con que la emplee y los fines para que lo haga.

¿Creéis acaso que me he parado nunca mucho en estetiquerías al manejar mi lengua? No, y Dios me libre de ello. No quiero estropearme el estilo. Y mi

estilo—pues estilo no es manera ni es acicalamiento lingüístico— creo conservarlo puro y recio, genuinamente vasco, no haciéndome caso de literaterías que a la larga resultan tan antiliterarias. Si Chile o la República Argentina tienen sus propios idiomas nacionales, yo tengo mi propio idioma personal; y, sin embargo, entiendo perfectamente a chilenos y argentinos, y me hago la ilusión de que ellos también me entienden. Y es lo que importa.

Salamanca, enero de 1908.

(*La Nación.* Buenos Aires, 1-III-1908.)

# MAS SOBRE EL IDIOMA NACIONAL

Después de haber remitido a ese diario mi correspondencia sobre el llamado idioma nacional, recibo la conferencia que el 31 de julio del año pasado pronunció en la Universidad de Chile el profesor del Instituto Nacional y del Internado "Barros Arana" y director de *La Revista de la Asociación de Educación Nacional*, don Julio Saavedra. La conferencia se titula "Nuestro idioma patrio", y su lectura me ha corroborado en cuantos puntos de vista expuse en mi anterior citada correspondencia. Voy, pues, con ocasión de la conferencia, a ampliar algunos de esos puntos y a presentar otros nuevos.

La ciencia lingüística del señor profesor Saavedra es bastante deficiente, y lo es porque este señor no ha entrado a adquirirla con ánimo sereno y sin otro amor que el amor a la verdad. Un sentimiento tan respetable y sagrado como es el amor propio le ha ofuscado. Y ni aun esto, sino algo peor. Porque en la conferencia del señor Saavedra se ve que es ojeriza y hostilidad a España y lo español más que amor a Chile y lo chileno lo que la mueve. Y de esto hablaré luego.

Por de pronto, me encuentro con otro caso más de lo que os decía en mi otra correspondencia, y es con el caso de un americano que apenas conoce más castellano que el literario y escrito. En la página 17

del folleto de su conferencia estampa cincuenta ejemplos "referentes sólo al significado" —dice— y "recogidos en diez minutos", ejemplos de voces cuyo sentido cree el señor Saavedra que es en Chile distinto al que tienen en España. En diez minutos es difícil llevar bien a cabo una tal investigación, y, en efecto, así ha salido ello.

Cierto es que, al final de la nota, estampa estas palabras: "Voy a responder a dos objeciones que aguardo: las palabras entre paréntesis se usan también aquí, es cierto, pero no son "populares", lingüísticamente hablando; las otras tal vez se usen en España, pero no son "populares", al menos en Madrid."

Esta coleta de "al menos en Madrid" está muy bien traída, y con ella le queda al profesor Saavedra guardada la retirada. Porque yo le digo y le aseguro, y podría probárselo, que de esas cincuenta palabras que cita, "la inmensa mayoría de ellas, la casi totalidad, son "populares" en una y otra región española —muchas de ellas, en ésta en que vivo— con el sentido mismo que les dan en Chile". Y respecto a que no sean populares allá las que van entre paréntesis, no sé qué diga, pues si no quiero dudar de la buena fe del profesor Saavedra, sé, por otra parte, que pasión quita conocimiento y que hay pocas pasiones más cegadoras que las de la patriotería.

¿Qué español que haya recorrido algo su patria y haya andado por los pueblos y oído hablar a lugareños y campesinos no ha de reírse al oír que le quieran hacer pasar por chilenismos el llamar chicharra a la cigarra langosta al saltamontes, pescado al pez, trabajador al obrero, pesebrera al establo, puro al cigarro, fósforo a la cerilla, pocillo a la jícara ("aquí" no se le llama sino pocillo), unto al betún, pelea a la riña, falda al regazo, guapo al valiente, etc., etc. etc., etcétera? Porque no es cosa de ir citándolas casi todas.

Pero dejémonos de esto y vamos a consideraciones de más peso y sustancia.

El profesor Saavedra quiere aplicar al probable porvenir del castellano en la América que lo habla lo que sucedió con el latín en los países que hablan hoy lenguas romances o neolatinas. Sólo que hay diferencias que no cabe desatender.

En primer lugar, el latín se impuso y extendió en los países llamados hoy latinos sustituyendo a otras lenguas indígenas, incluso en Italia. Cuando los soldados romanos vinieron a España, trayendo la lengua rural latina, el *sermo rusticus,* se encontraron con pueblos que hablaban otros idiomas, probablemente muy distintos de aquél, y distintos entre sí. El latín vino a ser una especie de lengua franca, el modo de entenderse entre sí pueblos a quienes los romanos pusieron en comunicación no guerrera unos con otros. Y estos pueblos dejaron sus lenguas propias para adoptar la del conquistador.

Este es un hecho de importancia suma. Porque las diferencias que hay entre los distintos idiomas romances o neolatinos provienen, más que de otra cosa, de que los pueblos que los hablan tenían hechos el oído y la lengua a otros idiomas. Creo que las peculiaridades fonéticas de cada uno de esos lenguajes arrancan de la fonética de las lenguas primitivas que cada pueblo habló. Es decir, que los romances son desarrollos de verdaderos chapurrados. Y esto puede verlo quien, como a mí me ocurre, esté en disposición de estudiar un chapurrado.

Entre el castellano y el portugués, que como lenguas escritas apenas se diferencian una de otra, hay enormísima diferencia fonética, y creo que proceda de las lenguas que hablaron los ascendientes de unos y de otros antes de escribir el latín.

Y aún hay más, y es que la transformación del latín en los romances se hizo rápidamente, como la

sustitución por aquél de las lenguas indígenas. Es muy de creer que, en un par de siglos, cambió muchísimo más que pueda cambiar luego en una docena de ellos. Ese proceso evolutivo no fué uniforme ni fué tan lento como se cree. Y no debió de ser porque su causa fué acústica más que fonética. No es tanto que no se pueda pronunciar de tal modo cuanto que se oye mal y, sobre todo, se reproduce lo oído, acomodándolo a los hábitos de pronunciación propios.

Y lo ocurrido en América con el castellano fué diferente. Ahí, en general, no tuvo el castellano que sustituir a idiomas indígenas, pues los que los hablaban, o se extinguieron, o se fundieron en la población de las colonias. Las gentes que ahí hablan castellano son, en tesis general, descendientes de españoles. El núcleo cordial y radical de cada una de esas repúblicas procede de una colonia. Fueron los conquistadores y pobladores españoles quienes llevaron su idioma propio. Y esto implica una grandísima diferencia para el desarrollo de un idioma.

Cierto es que después han acudido nuevas masas de inmigrantes de muy distintas procedencias, pero todo el que haya estudiado estos fenómenos sociales sabe muy bien que el núcleo primitivo predomina siempre en mucha mayor proporción que la implicada en su valor numérico. Cien hombres derrotan y someten a mil, con sólo que los vayan cogiendo diez a diez. Si dos pueblos se mezclan, siendos los unos 900 y los otros 100, en el resultado figurarán estos últimos en mucho menos que un 10 por 100.

Y tan cierto es esto de la persistencia del núcleo primitivo, que habiendo partido casi toda la emigración española a las repúblicas del Plata y a Chile y Perú, después de independizarse éstas, de la región cantábrica española, siendo los más de los emigrantes españoles gallegos, asturianos, montañeses y vascos, las más de las que en estas naciones pasan por pecu-

liaridades lingüísticas de ellas son extremeñismos o andalucismos. Andalucismos son los más de los que por chilenismos toman algunos chilenos. Especie que acaso no satisfaga al profesor Saavedra, que lleva un apellido gallego.

Las peculiaridades fonéticas y morfológicas del castellano que en América se habla son peculiaridades intrínsecas al castellano mismo, nacidas de su lógica interna, y coinciden exactamente con las peculiaridades de las hablas populares de distintas regiones españolas. Hablas populares de que suelen saber poco o nada los que por ahí se meten a hablar de estas cosas.

La otra grandísima diferencia que hay entre las condiciones en que el latín se diversificó en los romances y las que rodean al castellano en América es que aquella diversificación se cumplió en los siglos más caliginosos y de menor cultura, cuando apenas había quienes supiesen leer y escribir, cuando se había hundido la cultura antigua.

La invención de la imprenta no es un suceso tan antiguo, pero lo que, sobre todo, es relativamente moderno es su difusión, y la importancia de la prensa. Aún no podemos juzgar bien toda la importancia que para el proceso evolutivo de las lenguas cultas —proceso que sigue una velocidad uniformemente retardada— significa la difusión del arte de la lectura, la gradual desaparición del analfabetismo y la difusión consiguiente de la prensa. Todo lo cual tiende a dar a la lengua escrita una predominación cada vez mayor sobre la lengua hablada.

Cierto es, por otra parte, que la prensa misma introduce modificaciones en el lenguaje, pero tienen poca eficacia por provenir de ordinario de caprichos e ignorancias individuales. El mismo profesor Saavedra cita, queriendo que los tomemos por chilenismos, giros sacados de números de diarios chilenos. Algunos

de ellos tienen toda la facha de ser una errata, pero los más son exactamente iguales a los que se podrían recoger de diarios españoles y sólo prueban que las tales publicaciones están escritas con muy poco cuidado, lo cual nada tiene de particular. Así me lo jure, no me hace creer el profesor Saavedra que una frase como "la lei... que "hacen" muchos días fué presentada..." es chilenismo ni cosa que lo valga. Ese es un solecismo que se comete lo mismo en España que en Chile.

Una vez me trajo un amigo cierto librito de lectura para escuelas publicado por una maestra argentina —es decir, al servicio de la Argentina— y lleno todo él de los más absurdos barbarismos. Y yo le dije: "éstos, ni son argentinismos ni nada que se les parezca; éstos no son más que barbarismos, y apostaría cualquier cosa a que esta señora no es argentina, sino extranjera, quiero decir, natural de país en que no se habla castellano y que ha aprendido esta lengua siendo ya mujer hecha y formada". Y así resultó ser. Y me quedé pensando en las ventajas que pueda ofrecer el encargar la enseñanza del idioma nacional argentino o chileno, no a un nativo del propio país, pero tampoco a un español —¡Dios nos libre!—, sino a un italiano o alemán.

Está bien que los patriotas al modo del profesor Saavedra se preocupen de que no influyamos los españoles en el habla y el pensamiento de sus propios pueblos. Habríamos de llevarles la inquisición y no sé cuántos horrores más.

"Una nación que, como España, dispone de un idioma usado como lengua materna por millones de hombres ejercerá —escribe el profesor Saavedra— sobre las naciones americanas, si éstas continúan asimilando su idioma, sus ideas, su alma, una influencia tal, que el libre desarrollo del alma de nuestras patrias

será estorbado y encauzado en el lecho de la civilización hispana."

Tal es el peligro, el tremendo, el pavoroso, el funesto peligro. En cuanto un pueblo americano se deje encauzar por el lecho de la civilización hispana, está perdido; ya no le es posible encontrar su alma propia. ¡Qué cosas se escriben, Dios mío! Y yo me digo: ¿esto es amor a Chile o es ojeriza a España? Y me añado: ¿y este señor y los que como él sienten y se expresan, conocen a España? ¿Tienen sentido de lo que es su alma propia y son capaces de desenredarla de las manifestaciones históricas y pasajeras en que nos la han enturbiado?

Tengo yo un amigo americano, partidario de que el francés sustituya al castellano como lengua nacional en las repúblicas hispanoamericanas. Y este mi amigo me decía una vez con muchísima más gracia de la que él quería: "¿Pero no ve usted, amigo Unamuno, el absurdo de que veinte repúblicas se estén sirviendo de la lengua de una monarquía?" Y yo le repliqué, casi con tanta gracia como la empleada por él en su pregunta: "¿Y quién le ha dicho a usted que la lengua sea en España monárquica o que los idiomas nacionales sean en las repúblicas hispanoamericanas republicanos?"

Claro está que no pongo al profesor Saavedra al nivel de este mi inconscientemente humorístico amigo, pero las raíces del pensamiento del uno siento sospechar que se tocan con las raíces del pensamiento del otro.

Al profesor Saavedra le preocupa el que su pueblo llegue a tener una verdadera literatura propia, y con ella una personalidad. Está muy bien esto y es preocupación muy plausible. Pero su pueblo puede llegar a tener una literatura propia, reflejo de su alma, y tenerla en castellano. El alma de Escocia —he de repetirlo— se refleja tan bien o mejor que en los can-

ros en el viejo lenguaje céltico que agoniza en los *highlands,* en los de Burns, escritos en un dialecto inglés, y el alma de Bretaña, no más en cantos en el lenguaje también céltico que allí mismo agoniza, que en los escritos de Renán, que están en puro y correcto francés. No necesitan los chilenos tener una gramática y un diccionario propios —que, además, serían una ridiculez fundada en desconocimiento del español que se habla en España— para tener un alma suya propia.

Y antes de concluir, por ahora, con ésta, voy a permitirme una observación sobre la que prometo volver con más extensión y sosiego. Se refiere a aquello que el profesor chileno dice de que "por la literatura y no por la fuerza de las armas, Francia ha impreso su sello en América, en España misma y en el mundo entero", añadiendo que "la civilización de Chile fué casi exclusivamente francesa en el siglo XIX".

Permítame el profesor Saavedra, y permítanme cuantos como él opinan al respecto, que por lo que hace a España les presente mis dudas. La influencia francesa no ha pasado aquí nunca de la epidermis y apenas ha tenido acción en lo íntimo del carácter nacional. Ha sido y es una influencia mucho más superficial y pasajera de lo que se cree. Nuestros escritores afrancesados no son populares. El más popular de nuestros novelistas de hoy, Galdós, procede más de Dickens y de la literatura inglesa —si es que de algo extranjero ha recibido este tan radicalmente español novelista— que de los franceses. Dickens mismo era popular aquí antes que se tradujera y leyera a Zola, lo fué mientras éste parecía cobrar popularidad, y hoy, que apenas se lee ya a Zola, sigue leyéndose a Dickens y a Walter Scott.

No, lo francés no ha sido aquí nunca popular, ni puede serlo. Y no puede serlo por la radical y pro-

funda divergencia, y hasta contradicción, que hay entre el genio francés y el español, tanto en las buenas cualidades de uno y de otro como en sus respectivos defectos. Ni nuestras preeminencias son las preeminencias francesas, ni nuestros defectos son los suyos.

Y si algún autor francés ha llegado a echar raíces en el gusto de los españoles, como le pasa a Víctor Hugo, es por razones especialísimas e independientes del genio francés. En el caso citado, por lo que, según confesión de los franceses mismos, tiene Víctor Hugo de español.

Es un error de perspectiva el creer en la profunda influencia de la literatura francesa sobre la española. Y esto que creo es un error en España, creo es también un error refiriéndonos a América. También ahí la influencia francesa es más aparente que real y más superficial que honda. Y tiempo hubo en que los profesores imitadores de lo francés lo imitaban a través de imitaciones españolas.

Larra ("Fígaro") pasó por un literato afrancesado, pero a poco que se le estudie se ve cuán pegadizo y cortical era lo francés en él; qué genuina y castizamente castellano era. Y Quintana, lo mismo. Y Espronceda, si algo imitó, fué a Byron. Y Zorrilla fué español por todos cuatro costados, y por todos sus defectos tanto como por sus excelencias. Y Núñez de Arce. Y Campoamor. Y Castelar. Y etc.

Y algún día he de escribir de largo sobre el supuesto afrancesamiento de las literaturas hispanoamericanas, y cómo los que ahí perduran y siguen leyéndose tienen poco de afrancesados y en lo que de ello tengan se les lee, no por eso, sino a pesar de eso. Sarmiento, profeso hispanófobo y no menos profeso francófilo, era radicalmente español y nada francés de espíritu.

Es menester que nos convenzamos todos de que

tanto los pueblos como los individuos llegan a encontrarse buscándose a través de los demás, que la imitación es el camino de la originalidad, y que llega a ser más original quien ha sabido tentar más caminos. Y por lo que hace a los pueblos americanos, cuyos núcleos germinales son de origen español y cuya lengua es la lengua española, no me parece que la imitación de lo francés sea el camino más corto y más llano para que lleguen a hacerse dueños y conocedores de su propio espíritu.

Algo más creo sacarían de estudiar las clásicas manifestaciones del alma de esta tan calumniada como desconocida España.

Claro está que estudiándolo todo e inspirándose en los pueblos todos de cultura.

Salamanca, febrero de 1908.

(*La Nación.* Buenos Aires, 13-III-1908.)

## LENGUA Y PATRIA

*(A propósito de la edición de una obra argentina.)*

Acaba de publicarse una nueva edición de la *Historia de la República Argentina, su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852,* de don Vicente F. López. Buena falta hacía esta reproducción de una obra ya clásica en la historiografía argentina, de una obra, a la vez que de sagacidad inquisitiva, de pasión.

No voy ahora aquí a hacer un examen, ni menos un juicio de tal obra. Lo reservo Dios sabe para cuándo y para dónde. No voy a detenerme en ninguna de las ideas capitales o fundamentales de su autor, sino a verter algunas consideraciones sobre dos o tres frases análogas que incidentalmente y como de refilón soltó el autor en su relato.

Creo deber advertir que doy una especial importancia a estas frases, a estos conceptos, a estas reflexiones incidentales que a todo autor se le escapan o introduce adrede en su exposición de doctrina, pero sin darles capital importancia. Hay las ideas que buscamos y hay las ideas que nos buscan; hay aquellas de que nos adueñamos y hay aquellas otras que se adueñan de nosotros. No es siempre lo que más queremos decir aquello mismo que más importancia tiene.

Hecha esta previa advertencia, he de añadir que don Vicente F. López, como encendido patriota argentino que fué, fué de un alma honda y radicalmene española. De él podría decir lo mismo que de Sarmiento he dicho, y es que nunca se le siente más español que cuando se creía obligado a combatir a España o a la tradición española. Pero el españolismo de López es mucho más claro y más consciente que el de Sarmiento, debido a que aquél estudió nuestra historia en sus propias fuentes o en autores españoles, mientras que Sarmiento apenas la conocía sino a través de las sistemáticas falsificaciones de los franceses fraguadores de nuestra leyenda calumniativa.

Empieza la obra de López con una introducción en que estudia el paralelismo de la historia de España con la historia colonial del Río de la Plata, introducción en que nos narra las dos heroicas defensas de Buenos Aires contra la intrusión inglesa, defensas que fueron las que, dando a los criollos conciencia de su poder moral, ocasionaron la revelación del patriotismo argentino.

Al tratar, en el capítulo XXVII de esta introducción, de las ilusiones de Popham y los primeros ingleses, nos dice López que "el comodoro Popham había dirigido sus soldados sobre Buenos Aires sin haberse dado cuenta de lo que era el pueblo que quería someter." Y añade: "Contaba neciamente con que el antagonismo que dividía criollos de españoles le iba a dar un fuerte partido inglés entre los primeros, que desearían cambiar de bandera y pasar a ser colonia constitucional y libre. No se le había ocurrido que en una ciudad de setenta mil habitantes los sentimientos naturales de la raza y de la tradición no responden jamás a verdades teóricas, sino que se gobiernan por causas y móviles de sentimiento enteramente ajenos al cálculo y al raciocinio"

Y este sentimiento a que López se refiere, y que no es otro sino el patriotismo, ¿en qué encarna principalmente? El mismo autor va a decírnoslo en una de esas frases incidentales que se dejan ir en el curso del relato: "En Buenos Aires —agrega— no había entonces clase ninguna que como clase o grupo aspirase a la emancipación de la conciencia religiosa o que comprendiese la fórmula de la libertad de cultos, que en Inglaterra mismo era por cierto un *desideratum* para los cultos extraoficiales. Podía señalarse individuos sueltos que no fuesen devotos en el grado que otros, pero con rarísimas excepciones. La gran masa, así de la gente culta como de la gente vulgar, se componía de sinceros católicos. En el país no había habido guerras ni persecuciones religiosas. Nadie había que estuviese ofendido o con ánimo de cambiar un estado como el presente, que a lo de ser cómodo para todos, servía de base moral en el hogar y en la vida común. Tan lejos, pues, de que las ventajas incuestionables que la religión reformada ofrece al desarrollo de las libertades políticas y de la conciencia pudiesen ser presentidas y apreciadas en el Río de la Plata, lo que había era aversión profunda a las doctrinas heréticas de aquella religión, como era forzoso que la hubiese dado la tradición y la antipatía natural que todos los pueblos tienen a las ideas y a las creencias vinculadas a una lengua extranjera." Retengamos esta frase incidental de las ideas y las creencias vinculadas a una lengua extranjera, saltando unos capítulos.

En el XXXV de esta misma introducción, y al tratar en él de la jura de Fernando VII en Buenos Aires, nos dice López que, "indignado por la usurpación y la violencia brutal con que Bonaparte se había apoderado de España y con que pretendía apoderarse también del Río de la Plata, el país estaba dispuesto a defender su lengua y sus tradiciones

sociales con el mismo denuedo y animación con que las había defendido contra Inglaterra".

Tenemos, pues, que, según López, cuando los ingleses invadieron Buenos Aires, se resistió éste contra unas ideas y unas creencias vinculadas a una lengua extranjera, y cuando se temía que los franceses la pudieran invadir como habían invadido España, estaba dispuesto a defender su lengua y sus tradiciones sociales. Y en ambos casos nos muestra, no sé con qué conciencia, a la lengua como núcleo y raíz del patriotismo.

Y así es, en efecto. El hombre no sólo piensa, sino que siente en una lengua determinada. Cuando alguno de los propugnadores de la supremacía del *english speaking folk* repite, refiriéndose a Inglaterra y los Estados Unidos, aquello de que la sangre es más espesa que el agua, en alusión a que la consanguinidad une más que el mar separa, no falta quien haga notar que dista hoy mucho de ser la misma la sangre que corre por las venas de un britano y la que riega las de un yanqui. Pero el tal olvida que la sangre del espíritu es la lengua, y que el norteamericano de sangre polaca, alemana, italiana o irlandesa, si habla y piensa en inglés, en inglés siente, quiéralo o no, e inglesa es la sangre de su alma.

El mismo certero instinto que le llevó a don Vicente F. López a sentir en la lengua la principal raíz del patriotismo le llevó también a buscar en peculiaridades de lengua —así lo dice— la misteriosa señal de la independencia espiritual de la nación argentina. Y así es, en efecto.

Se habla mucho del comercio de las ideas, pero los comerciantes apenas creen en él y con frecuencia se confunde lastimosamente el comercio de ideas con el comercio de libros o de otra clase de papeles de publicidad. Mas el comercio de ideas, el verdadero comercio de ideas, y no sólo de éstas, sino, además,

de sentimientos y aspiraciones ideales, se hace en lengua, la lengua es su vehículo, esto es: su moneda.

La lengua es hoy el principal patrimonio de los pueblos todos hispánicos, es nuestro caudal, es la bandera que tiene que cubrir nuestra mercancía. Y si queremos conservar cada uno nuestra independencia, es decir, nuestra personalidad espiritual, tenemos que comerciar en castellano. No es que no aprendamos la lengua de los otros con quienes tenemos que tratar, pero que aprendan ellos la nuestra.

Por mi parte declaro que siento cada vez mayor fanatismo por la lengua en que hablo, escribo, pienso y siento. Soy español, locamente español, pero no me hiere casi ningún ataque dirigido a España cuando ha sido pensado y escrito en lengua española; sólo me duelen los dolosos ataques que en lengua extranjera se le dirigen, y sobre todo, los traducidos. Hablen mal de España mientras lo hagan en español.

Y en español quiere decir en la lengua hispánica, hoy patrimonio de una veintena de naciones, y a cuya vida contribuyen todas sin monopolio de ninguna de ellas. Es la lengua por cuyo libre desarrollo combatió con la pluma en Chile don Vicente F. López, al lado de Sarmiento, y contra el monopolismo académico de don Andrés Bello y sus discípulos. Es la lengua que, sin perder su carácter propio y su personalidad —sino más bien afirmándola más y más al desenvolverse—, se ensancha a la medida de los vastos dominios territoriales que abarca. Es la lengua que compartirá un día con la inglesa el predominio mundial Y quién sabe... Quién sabe ..., digo. La simplicidad de su fonética, su misma pobreza de sonidos, le da una resistencia y una fijeza grandes. Es muy difícil deformarla hasta hacerla ininteligible, por muy mal que se la pronuncie, lo que no acurre con el inglés. Lo que ha hecho la noble perdurabilidad de la pintura de Velázquez es la simplicidad de sus medios, es la

sobriedad y parquedad de colores de que se sirvió. Los pintores del matiz duran menos. Y es nuestra lengua una lengua de claroscuro. Hay páginas españolas, las del Romancero, verbigracia, que recuerdan un cuadro de Zurbarán. Apenas hay allí sino blanco y negro, y, sin embargo, ¡qué colorido!, ¡qué relieve!

Esas sus cualidades intrínsecas, privativas, son las que han de darle a nuestra lengua sus principales ventajas en la lucha. Pero a ellas ha de ayudar nuestra comprensión de que van ligados a la lengua común los sendos patriotismos de las naciones de lengua hispánica.

Salamanca, agosto de 1911.

(*Mercurio*. New Orleans (U. S. A.), setiembre 1911.)

# SOBRE UN "DICCIONARIO ARGENTINO"

## I

Una vez más vuelvo ante vosotros, mis lectores de *La Nación,* a ocuparme en uno de mis temas predilectos: el de la lengua. El de nuestra lengua española quiero decir. Si alguien prefiere llamarla castellana y otro nacional, es lo mismo.

No ha de sorprenderos, creo, esta predilección mia. Soy un escritor y un conferencista, y es, por lo tanto, la lengua mi arma; soy además profesor de Gramática histórica de la lengua española o, como se llama aquí oficialmente la asignatura, de Filología comparada del latín y castellano. Creo, además, que el alma de un pueblo vive en su lengua y por su lengua, y que es ella nuestro tesoro espiritual; creo que se piensa con palabras y que cada idioma lleva implícita su filosofía propia, que se impone a cuantos la hablan; creo que la lengua es la sangre del espíritu y que la hermandad espiritual es lingüística; creo que en el principio fué la palabra y por ella se hizo cuanto es de espíritu y vida, y no materia inerte. Tal es mi fe. Y vamos al caso.

Tengo a la vista el "Dicionario argentino, ilustrado con numerosos textos, por Tobías Garzón, profesor nacional de enseñanza secundaria, publicado bajo

los auspicios de la Comisión nacional del centenario de la Revolución de Mayo y de la Universidad nacional de Córdoba (República Argentina)." Así reza en la portada de esta obra, publicada aquí, en Barcelona, el año pasado. Y en Barcelona, a 20 de abril de 1910, está fechado el prólogo.

No sé si el señor Garzón, saliendo de Barcelona, se internaría por otras regiones de España. Creo que no, pues de haberlo hecho, habríase ahorrado "casi todo su libro".

Casi todo su libro, digo, porque la inmensa mayoría —iba a decir la casi totalidad— de las voces y de las acepciones que como argentinas nos da se usan aquí, en España corrientemente. Se usan las mismas voces, las mismas acepciones de voces y los mismos giros. Empecé por leer el libro al ojeo, salteándolo, pasando de una palabra en otra y anotando con una línea las voces y las acepciones y los giros que, dándonos el señor Garzón por argentinos, son corrientes en alguna parte de España, y muchos de ellos, los más de ellos, en casi toda España. Y me iban resultando las páginas todas flanqueadas por una línea. Pero de esto daré detalles y casos más adelante. Ahora, a lo general.

¿De dónde puede provenir la persistencia de esta equivocación entre tantos escritores americanos, aunque cada vez menos?, me preguntaba a mí mismo. Y empecé a leer la "Introducción" de este *Diccionario argentino*. "¿Cuál es el fin que me propuse al emprender el trabajo?", se pregunta el señor Garzón; y en seguida se contesta: "Al principio comencé a formar un vocabulario de barbarismos; pero resultaron tantos y tan generalizados en el país (y me refiero al lenguaje de la gente culta), que empezó a repugnarme el nombre de barbarismos, dado a este inmenso caudal de voces, entre las cuales hay un número no insignificante que corren también en las otras nacio-

nes de la América hispana." Y en España, añado yo, en España. "Veía en esto un desconocimiento de la ley ineludible y universal de la evolución de la lengua." ¡Alto aquí!

¿En qué verá el señor Garzón un desconocimiento de la ley ineludible y universal de la evolución de la lengua? De lo que precede no resulta claro en qué, mas parece ser en que se llame barbarismo a una voz corriente y generalizada en una nación cualquiera de lengua española, inclusa España. Y tiene razón el señor Garzón. Y puesto que este culto y laborioso profesor parece prestar todavía algún acatamiento a nuestra inepta, inútil y desacreditadísima Real Academia Española de la Lengua, acudamos a la última y empeorada edición de su desacreditadísimo Diccionario, la décimatercia, de 1899, y veamos lo que dice en la voz "barbarismo". Y veremos que dice así: "barbarismo. (Del lat. *barbarismus)* m. Falta de lenguaje, que consiste en pronunciar y escribir mal las palabras, o en emplear vocablos impropios." Definición de barbarismo que no es sino una barbaridad. Porque, vamos a ver, ¿quién define lo que es escribir o pronunciar bien o mal?, ¿quién fija la propiedad de un vocablo? Según la Academia, claro está que ella misma, por lo cual le sería mucho más llano y más claro definir el barbarismo diciendo que es pronunciar o escribir contra las reglas que da y prescribe la Real Academia Española de la Lengua, y emplear un vocablo con un sentido distinto de aquel que ella, en su Diccionario, define. Y en tal sentido, no ya los españoles todos cultos, sino los mismos académicos —entre los que los hay cultísimos y excelentes escritores, pues una cosa es la "docta" (??) corporación y otra sus miembros— cometen a diario cien barbarismos.

Pero si no nos atenemos, y no debemos hacerlo, a esta bárbara definición académica del barbarismo,

sino que consideramos que es barbarismo toda intrusión de una lengua extranjera en la nuestra, y toda deformación de ésta antes que haya sido generalmente aceptada y asimilada al carácter y tono general de ella; si consideramos que es barbarismo toda pronunciación o aceptación de un solo individuo o de unos pocos que no haya brotado del modo de ser íntimo de la lengua, entonces resulta barbarismo la pretensión de la Academia de que pronunciemos la *v* como en francés y en catalán se pronuncia, pronunciación que nunca fué castellana. Esa v labio-dental es de "afectación estudiada, como dice el doctísimo don Ramón Menéndez Pidal en su excelente *Manual elemental de gramática histórica española,* modelo de obras de su género.

Sigamos con lo que en la introducción a su *Diccionario argentino* dice el señor Garzón. El cual continúa a propósito del barbarismo: "Me parecía el colmo de la insensatez bautizar con tal nombre los vocablos "neumonía, cactus, tifus, torreja, paralelógramo, omóplato, azucarera, presupuestar, influenciar" —voces todas corrientes en España, agrego yo— y tantísimos otros, por no estar aceptados en esta forma por la Real Academia Española, pues equivalía a admitir, como me decía en una carta notable el eminente lingüista peruano don Ricardo Palma, ¡que dieciocho millones de españoles nos impongan la ley a cincuenta y tantos millones de americanos!" ¡Alto aquí!, ¡alto aquí!, ¡alto aquí! Estamos en el nudo de la confusión.

El eminente lingüista peruano, mi buen amigo el castísimo, el aticísimo y amenísimo escritor don Ricardo Palma, gloria de la literatura española —quiero decir en lengua española, pues la lengua es la patria de una literatura— cometió ahí un error debido... ¿a qué? Al acatamiento que presta a la Real Academia Española, de que es socio correspondiente. Y el error,

y no chico, es suponer que la Real Academia Española nos representa en puntos de lengua a los veinte millones de españoles y que los disparates que ella se obstina en querer imponer a españoles y americanos, somos nosotros los españoles, los que a los americanos se los imponemos. ¿Qué tenemos que ver los españoles que pronunciamos todos "oscuro", "setiembre" "suscritor", ¿eh?, con que a la Academia le haya dado la pedantería por mandarnos escribir "obscuro", "septiembre", "subscriptor", ¿eh? Bien es verdad que aquí lo han aceptado borreguilmente casi todos los escritores. Es decir, los escritores, no, sino los regentes de imprenta. Yo, por ejemplo, jamás escribo ni esas ni otras palabras académicamente sino tal cual las pronuncio y las pronuncia aquí todo el mundo, incluso los académicos no pedantes —que son los más—, pero en los escritos míos que aparecen en prensa periódica y cuyas pruebas no corrijo —como ocurre con estas correspondencias— aparecen con ortografía académica, que es la del regente de la imprenta y no la mía.

(Sin que esto sea censurar a usted, señor regente, pues cada uno tiene su oficio y sus reglas y comprendo que no se revuelva como yo, que soy profesor de gramática histórica de la lengua española, contra la ley escrita académica cuando ésta va en contra de la ley viva de la lengua.)

¡No, no, no y no! La Real Academia Española no nos representa en punto a lengua a los españoles, y no somos nosotros los que tratamos de imponer lo que ella trata de imponernos a todos. "Paralelógramo" y "omóplato" se dice en España, como en América, siguiendo la predilección que por los esdrújulos tiene nuestra lengua y que le lleva a decir también "méndigo", "périto", "intérvalo", etc. "Presupuestar" y no presuponer se dice en España, y no se emplea "influir" en el sentido que a "influenciar" damos.

¡No, no, no! No somos los españoles los que tratamos de imponer a los americanos semejantes pedanterías, ¡no! Y, además, de los veinte millones de españoles hay algunos que hablan catalán, valenciano, vascuence, bable, berciano, gallego... y hasta pasiego y cheso. No todos hablamos lo que se llama castellano, y es la lengua española común a una veintena larga de naciones, y los que aquí la hablamos no la hablamos afortunadamente como quiere que sea hablada la Real Academia Española. Nuestra lengua común y corriente se parece más a la que se habla en la Argentina o en Perú o en Méjico que a la que quiere que hablemos la Academia. Como que es la misma, exactamente la misma —salvo poquísimas e insignificantísimas diferencias de detalle; infinitamente menos que creen ahí y aquí los que apenas conocen la lengua viva de campos y lugares—, es la misma, la lengua viva.

"Pero no fué esto sólo —sigue escribiendo el señor Garzón—. Empecé a darme cuenta de que una multitud de términos usados en la República Argentina no constaban en el Diccionario de la Lengua."

Pues aquí hace mucho tiempo ya que no hemos empezado, sino que hemos acabado de darnos cuenta de que una multitud, una enorme multitud de términos usados en las regiones más castellanas de Castilla no constan en el Diccionario de la Academia. Y hace mucho tiempo también que cuantos seguimos con atención la producción literaria española de América y leemos libros que dicen estar escritos en criollo, hemos acabado de darnos cuenta de que la inmensa mayoría de las voces, acepciones y giros que los escritores americanos consideran peculiares de sus respectivos países son voces, acepciones y giros de uso corriente en alguna región de España. El poeta argentino don Francisco Soto y Calvo, al final de su poema *Nostalgia* incluyó un vocabulario de criollismos ar-

gentinos y pude comprobar que los más de ellos son también... criollismos castellanos, extremeños o andaluces Y no fué pequeño el regocijo que causé en una tertulia de esta ciudad de Salamanca leyendo una lista de chilenismos según un escritor chileno, el cual tuvo, sin embargo, la precaución de hacer notar que no había oído aquellas voces en Madrid. "¿Con que en Chile a la jícara de chocolate le llaman pocillo? —exclamaba uno de los tertulianos—, ¡qué novedad!". Porque es, en efecto, el nombre aquí corriente. Y así casi con cada palabra.

Verdaderos chilenismos en otro sentido son "los elementos indios del castellano de Chile" que el doctísimo doctor Rodolfo Lenz, profesor del Instituto pedagógico de Chile ha recogido en su *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas,* pero argentinismos de esta clase, es decir, elementos indios, voces de indios pampas, charrúas, guaraníes, etc., que hayan entrado a ser corrientes y usuales en el castellano que en la Argentina se habla no creo que haya muchos. Y las más de éstas se reducirán a nombres de animales y plantas propios de esa tierra. Es natural que el ñandú, el yacaré, el ñandubay, el sarandí, etc., no tengan nombre castellano.

Dice más adelante el señor Garzón en la introducción a su obra, que vaciló mucho tiempo antes de llamar a ésta *Diccionario argentino,* nombre que le repugnaba, sustituyéndole —(el señor Garzón escribe "substituyéndole", como no se dice ni aquí ni creo que ahí)— por el de *Diccionario de argentinismos,* pero encontrando —añade— que él expresaba lo que yo quería aunque imperfectamente pues no es un diccionario completo, ni hay una lengua "argentina", sino "castellana...", etc." Esta es la derecha, ésta. No hay, en efecto, una lengua argentina, sino castellana, pese a los Abeilles y demás tenden-

ciosos, rebuscadores de diferencias que a las veces sin conocer bien el castellano de Castilla —como monsieur Abeille no le conoce—, se meten a filólogos con vistas a algo que nada tiene que ver con la ciencia.

Nos dice luego el señor Garzón que si optó al fin por dar a su obra el nombre de *Diccionario argentino* fué en vista de que su vocabulario "registra muchas voces cuyo uso se halla extendido por los demás países de Hispanoamérica..." Y de España, añado yo, de España que no se reduce a la Academia. Crea el señor Garzón que cuando una voz, acepción o giro que no registra el Diccionario de la Real Academia, se halla extendido por varias naciones de Hispanoamérica, es por ser de origen, antiguo o moderno, español. Cuando una voz sea corriente a la vez en Méjico, en el Perú y en la Argentina, no hay que creer que haya pasado de una de estas naciones a las otras, sino que ha ido a ellas desde España o ha surgido natural y espontáneamente en virtud del poder creador de la lengua, en ellas y en España a la vez. ¿A quién se le puede ocurrir que las voces "radiograma" o "altruísmo" sean peculiares de la Argentina? No; como surgieron ahí han surgido aquí. Muchas veces son traducciones, buenas o malas, del francés, y del francés traducimos aquí lo mismo que ahí. Del francés o del inglés. Señalar como argentinismo la voz inglesa *sport,* como hace el señor Garzón, es un exceso. Y de voces de éstas está plagado el *Diccionario argentino* del señor Garzón; es más, lo constituyen casi por entero.

La equivocación más grande, a mi juicio, que el señor Garzón ha sufrido ha sido la de incluir como argentinismos voces tomadas del diario, de la revista o de la crónica, voces que emplea un escritor o emplean unos pocos escritores, pero que no se han hecho populares y corrientes todavía. Llamar argentinismo a un vocablo que empleó un argentino en una crónica

o artículo de diario es como si llamásemos españolismo, o mejor madrileñismo, a la voz "balompié" con que Mariano de Cavia trata de sustituir la voz *football,* pronunciado "fútbol", que es aquí la corriente para designar el juego ese introducido de Inglaterra, y voz que como argentinismo también incluye el señor Garzón en su obra.

No, una voz no adquiere estado lingüístico hasta que es aceptada por un pueblo o una parte o clase de él. Y el Diccionario del señor Garzón está atiborrado de estas voces individuales. O de términos científicos. Llamar argentinismo, v. gr., a la voz científica "gas acetileno" es un exceso, porque así se le llama en todas partes de lengua española donde se le conoce. El que el Diccionario de la Real Academia no traiga la voz acetileno, no quiere decir que ésta no sea hoy española. Tampoco trae aeroplano, y es natural, pues la última y peor edición del tal Diccionario es de 1899.

Pero me queda aún mucha tela cortada. Quiero decir algo de cuando un neologismo pasa a ser provincialismo o voz nacional, pues no basta que invente o introduzca en la literatura un nuevo neologismo un argentino, peruano, mejicano o español para que se le pueda considerar por eso como argentinismo, peruanismo, mejicanismo o españolismo. Precisamente la fuente mayor de los barbarismos es la creación efectuada por individuos, a las veces al capricho. ¿Va a considerarse como salmantinismos o vasquismos las voces que yo pueda inventar, o consideramos argentinismos las que con una fecundidad no del todo fisiológica inventa —unas muy bien, otras muy mal— Leopoldo Lugones?

Quiero también decir algo de la necesidad de un "inventario" de la lengua española, un repertorio del mayor número de voces, acepciones y giros usados en los países de lengua española, sin meterse a discernir

si están bien o mal. Es lo que no ha sabido hacer la Real Academia, es un insano y torpe empeño de legislar sobre la costumbre. El extranjero que viene a España echa de menos ese repertorio. Va a una región española y oye a todo el mundo una voz; la busca en el Diccionario oficial y no la encuentra, y es porque la Academia la ignora, o lo que es peor, porque aun no ignorándola, se le ha antojado que está mal. Lo que equivale a si la Academia de Ciencias Naturales empezase a determinar qué aves o qué coleópteros de los que viven en España son legítimos y cuáles no. Y a éstos los borrase de su catálogo.

Queda, pues, tela.

Salamanca, agosto de 1911

(*La Nación*. Buenos Aires, 12-IX-1911.)

# SOBRE UN "DICCIONARIO ARGENTINO"

## II

Cuando iba a tomar la pluma para continuar mis comentarios al *Diccionario argentino* de don Tobías Garzón, he aquí que tropiezo con el número correspondiente a enero y febrero de este año del *Boletín de instrucción pública*, órgano oficial de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes de la República de Méjico. Este *Boletín de instrucción pública* mejicano es una de las revistas de educación y cultura más nutridas y más sólidas y, por tanto, más interesantes. Bajo su aspecto exterior un tanto macizo y burocrático encierra mucha y muy buena doctrina. Publícase en él, entre documentos oficiales, interesantísimos informes y de los más interesantes los que desde Madrid remite nuestro gran poeta Amado Nervo, espíritu muy complejo y muy laborioso.

En estos números, 1 y 2 del tomo XVI, del *Boletín de instrucción pública* de Méjico, hay entre otros informes de Amado Nervo uno sobre la hipertrofia del idioma en que comenta cierto editorial de *El Imparcial*, de Madrid, que acababa diciendo que el castellano se atrofia por los neologismos y que perdemos así insensiblemente el idioma. Nervo añade que

Antonio de Zayas le decía que hay una resuelta mala voluntad para encontrar el equivalente castizo de las palabras extranjeras más en uso. Yo, por mi parte, creo que hay otra cosa, y es desconocimiento de la vida.

Nuestros niños de las ciudades pasan de la escuela al instituto o liceo y de éste a la universidad sin haber adquirido conocimientos vulgares de cosas concretas. De una vida de experiencia restringida y pobre pasan a los libros. Su conocimiento directo e inmediato de "cosas" es muy pobre.

Entran en la ciencia, con su tecnicismo que rara vez se libra de ser pedantesco, sin haber logrado conocimiento de objetos y operaciones de naturaleza y de arte. No conocen ni plantas, ni animales, por sus nombres vulgares, no conocen instrumentos y operaciones de oficios; no distinguen, v. gr,, el zacho del almocafre, no han entrado en un telar mecánico, ni han aprendido los nombres de las distintas operaciones hasta que sale el paño a la venta. Y van luego a estudiar, por ejemplo, geología, y en libros traducidos del francés se encuentran con la palabra *thalweg,* que los franceses a su vez tomaron del alemán, y que significa lo que las gentes de nuestros campos llaman "bancada" o dicen "morena" a lo que estas gentes llaman "canchal". Y en el fondo no es ignorancia de nombres, sino de cosas.

Pero hay por otra parte objetos e ideas que no pueden tener nombre vulgar castellano por la poderosísima razón de que no han sido conocidos en Castilla. Las máquinas de hilar que en inglés se llaman *self-acting,* esto es, que obran por sí mismas, fueron introducidas de Inglaterra en España, y con ellas su nombre. Y aquí cerca, en Béjar, ciudad industrial, las llaman "selfatinas". "Trole" se le llama a la pieza del tranvía eléctrico que en inglés es *trolley.*

Ahora bien: estos nombres casi siempre empiezan

por introducirlos un sujeto y no puede decirse que sean propios de un pueblo o una región hasta que éstos lo acepten. El neologismo empieza por ser individual y pasa a ser regional o nacional cuando la región o nación lo adoptan. No basta, pues, que un argentino, un peruano, un mejicano, un español, etcétera, adopten y lancen a la circulación un vocablo para que se pueda estimar al tal vocablo como argentinismo, peruanismo, mejicanismo, españolismo, etcétera. Y de casos de éstos está plagado el *Diccionario argentino* del señor Garzón.

Las más de las voces, en efecto, que como argentinismos figuran en este Diccionario son voces tomadas de libros, revistas o artículos de periódicos, y la inmensa mayoría de ellas tan en uso en libros, revistas o diarios de España o de Méjico como de la Argentina. Y otras son voces de uso poco más que individual.

Muchas de esas voces son o términos técnicos o científicos y traducciones de otras lenguas. ¿A quién se le va a convencer de que es un argentinismo llamarle "acridio", v. gr., a la langosta saltona, porque *La Voz del Interior,* de Córdoba, en la sección telegráfica del número de 24 de abril de 1904 le llamase así? Sigo repasando el Diccionario, y topo con la voz "adjuntar" en el sentido de acompañar, juntar o agregar una cosa a otra, y en el de remitir una cosa a otra. Y añade el autor: "Casi no hay una nota oficial, o una carta que en llegando la ocasión no lleve este verbo consagrado por el uso de la gente educada en nuestro país." ¿En ese país, eh?, y también en España, en España también. "La Real Academia —agrega el señor Garzón— quiere que se diga acompañar, remitir o enviar adjunta la cosa a que referimos nosotros el verbo adjuntar."

¿Nosotros? ¿Quiénes? ¿Los argentinos? Y los españoles también, también los españoles. La Real Aca-

demia querrá lo que quiera, pero la Real Academia ni es España en cuestión de lengua, ni siquiera la representa, no me cansaré de repetirlo.

Estos comentarios corren el riesgo de perderse en detalles, pero como se dice que para muestra basta un botón, continuaré por la *a*.

En la voz "adoquín" nos da el autor como argentinismo el aplicarlo a una persona para decir que es ruda y tarda en comprender, que es un zoquete. ¡Pero si no hay cosa más corriente en España!

Como argentinismo señala también la voz "aeroplano" (!!!). Claro está, no figura en la última edición del Diccionario de la Real Academia, puesto que cuando esa edición se publicó, hace ya una docena de años, no eran generalmente conocidos los aeroplanos.

Este examen es el cuento de nunca acabar. Llamar argentinismo al modismo latino *a fortiori*, porque lo haya empleado ahí P. Groussac, como aquí lo han empleado muchos, es también algo excesivo. Ni hacen falta las autoridades que el autor aporta para apoyar la voz "agropecuario", voz puramente técnica del mismo uso ahí que aquí. Que "ajedrecista" sea argentinismo es otro exceso. Pero... ¿a qué seguir?

Por cualquier sitio que se abra el *Diccionario argentino* del señor Garzón se encuentra uno con lo mismo. Si su autor, en vez de limitar sus investigaciones a los libros, revistas y diarios publicados en la Argentina las hubiese extendido a los que se publican en las demás naciones de lengua castellana, incluso España, habría visto desvanecerse ese ilusorio argentinismo en los más de los casos.

Claro está que con esto y con todo la obra del señor Garzón es meritísima y que algunas voces hay en ella, aunque bien pocas, que la Argentina ha introducido en la circulación general de nuestro común idioma. Ahora, de momento, recuerdo dos: "cancha"

y "tongo", que de ahí nos trajeron los pelotaris o pelotaires.

Y volviendo a los neologismos individuales, hay que andarse con mucha cuenta con ellos y no darles carta de naturaleza hasta que el uso común los haya sancionado. Lo patológico en el lenguaje es lo individual, es lo que procede o de capricho o de una reflexión mal guiada. La semiciencia hace a este respecto más estragos que la ignorancia. Un conocimiento lingüístico imperfecto nos descarría más que el instinto lingüístico del pueblo.

Desde hace algún tiempo se ha puesto en circulación el término "encuesta" (sic) para lo que los franceses llaman *enquête*, una inquisición que se hace dirigiendo a varios sujetos un interrogatorio. La voz es de abolengo, pero no en esa forma, sino en esta otra: "enquesta", sin que la u suene. Del verbo requerir tenemos requisición, requisitoria y requerimiento; de adquirir, adquisición; del antiguo conquerir, conquista; de inquirir, inquisición. Y por analogía podemos formar de inquirir o "enquerir". inquirimiento, inquisitoria, inquisición, y al modo de conquista, inquista o enquista y aun enquesta, pero nunca encuesta. No se dice "concuista" ni "adcuisición". ¿De dónde salió, pues, esa equivocación de hacer sonar la *u* muda de "enquesta"? No lo sé, pero aseguro que es de origen individual.

Y pasando a otra cosa, no quiero concluir sin hacer notar que nada de extraño tiene que un argentino como el señor Garzón tome por argentinismos voces corrientes y usuales en España. cuando un español, y un español tan culto como Ciro Bayo, en su *Vocabulario criollo-español sudamericano,* incluye no pocas voces corrientes en España, y algunas que hasta trae el Diccionario de la Academia, como, verbigracia, "verija". Sin duda el señor Bayo no montó mucho en España ni anduvo aquí a la jineta, y fué

ahí, en América, donde adquirió conocimientos de cosas referentes al caballo. Y esto les pasa a muchos. No es nada raro, sino muy frecuente, que un gallego, asturiano, pasiego, vasco, catalán o valenciano haya aprendido a hablar castellano en Méjico, en Cuba, en el Perú, en Chile o en la Argentina, como hubiera podido aprenderlo en Castilla, si a Castilla hubiese venido de joven en vez de emigrar a América, y es natural que ese gallego, asturiano, pasiego, vasco, catalán o valenciano se equivoque estimando voz o giro criollo el que en América aprendió, aunque sea de común y corriente uso en alguna región castellana o en Castilla toda.

No me cansaré, pues, de repetir y no mil veces, sino doscientas mil, que la inmensa mayoría de las supuestas peculiaridades del castellano en América no son tales peculiaridades y que el error procede del escasísimo conocimiento del castellano popular y vivo, al que no hay que juzgar por el lenguaje, ordinariamente hórrido y pobre, de nuestra prensa central y de nuestros publicistas. Es más, naciones hay en América, como Colombia, donde se escribe en general un castellano mucho más castizo que en España. Y no pocas viejas voces, de abolengo, se están refugiando ahí, lo cual sabía muy bien Sarmiento, que entre otras jactancias abrigaba, y con razón, la de escribir un buen castellano. Podrá ser, en efecto, la lengua de Sarmiento más o menos desaliñada y algo abundosa en demasía —al fin era lengua viva, hablada—, pero era su lengua una lengua profundamente española, hasta en sus defectos. Aquel hombre singular —¡y tan singular!—, aquel argentino que por ser muy español parece como que habló tantas veces mal de España, escribía su viejo castellano de San Juan de Cuyo y lo escribía al correr de la pluma, en mangas de camisa como si dijéramos, sin preocupaciones de hacer estilo. Y así resulta que le tiene,

Lo he dicho antes de ahora y lo vuelvo a decir. Cuanto más cerca de su pueblo esté un escritor cualquiera americano escribe una lengua tanto más española. Y Sarmiento tenía alma de pueblo. La deformación de la lengua viene del trato con libros extranjeros y procede casi siempre de malas traducciones.

Sin que influya, como pudiera creerse, la inmigración de gentes extrañas. En esa Argentina, v. gr., hay un fuerte contingente de sangre italiana, y, sin embargo, en la lengua común y corriente que hablan y escriben cuantos argentinos he conocido, incluyendo entre ellos a los hijos de italianos, no se nota la menor influencia italiana. El galicismo es mucho, muchísimo más frecuente que el italianismo y la proporción de sangre francesa ha de ser insignificante junto a la italiana. Y es que la lengua no entra por la sangre. El idioma de los niños no es el de sus padres, sino el del ambiente en que se crían; hágase lo que se quiera aprenden a hablar no en casa, sino en la calle.

No abrigo temor alguno respecto al porvenir de nuestra lengua en América, pero es menester que no pretendamos los españoles llevar el monopolio de la lengua. En otra nota de Amado Nervo, que aparece en el mismo ya citado doble número del *Boletín de instrucción pública,* de Méjico, hablando de la expansión de nuestra lengua y revolviéndose con razón contra los mentecatos que aquí se burlan del modo que tiene el americano de pronunciar el castellano, dice:

"¡Qué conducta tan distinta la de los alemanes!" Jamás veréis a un alemán, dice Mr. Georges N., reir de las deformaciones que en los *patois* o dialectos de los pueblos fronterizos alteran la lengua de Goethe. Lejos de eso, los alientan. Los consideran como avanzadas de la "cultura alemana", y por lo mismo, de las

empresas alemanas. Más aún, esos *patois* y dialectos los hablan ellos mismos."

"He aquí cual debe, pues, ser la conducta lúcida de los que hablamos el castellano y queremos que se propague esta lengua admirable. Dejemos que los que quieran aprenderla empiecen por hablarla mal. No riamos jamás de su acento, de sus ensayos, de sus balbuceos. Procuremos, sobre todo, entenderlos, y así atraeremos más y más aliados a la causa nobilísima del idioma y de la cultura hispanoamericana, tan amenazada en estos momentos por la hegemonía de otros pueblos y de otras lenguas."

Hago mías estas tan sesudas y sólidas palabras del gran poeta mejicano y sólo tengo que añadir estas otras, y son que no hagamos caso alguno de la Real Academia Española, que es una autoridad desautorizada en cuestión de lengua castellana o sea nacional de la veintena larga de naciones que la hablan.

Salamanca, agosto de 1911.

(*La Nación.* Buenos Aires, 13-IX-1911.)

## VOCES DE EUROPA

Aparta uno con horror los ojos de nuestros diarios cuando hablan de las cuestiones internacionales europeas. Y no es lo peor la guerra franca y abierta, ¡no!; no es lo peor esa lucha feroz que sostienen unos y otros pueblos en los Balcanes. Lo que asquea son los juegos de las viejas comadres de Europa, de esas llamadas grandes potencias, y aun de las medianas, que si compuestas de hombres en gran parte honrados y cultos, son como colectividades lo más despreciable que se conoce. Cientos de miles de veces se ha dicho, pero habrá que decirlo otras tantas, que el llamado derecho internacional está muy lejos de cristianizarse. No es ni siquiera pagano, es pre-pagano; es, en el fondo, salvaje.

Los tratos y contratos de la Tríplice, por una parte, y de la otra Tríplice por la otra, la *cordiale entente;* el ver unidas a Italia y Austria, que tan contrarios propósitos persiguen; abrazadas Francia e Inglaterra, las dos naciones tradicionalmente rivales; unida la República Francesa con el imperio ruso, y luego las amenazas, ya de Inglaterra a Alemania, ya de ésta a aquélla, y el retoñar del "chauvinismo" francés, y el "irredentismo" italiano, apuntando a regiones en que son ya más los esclavos que los italianos, y... todo esto da grima y asco.

Y cuando uno aparta con náuseas la vista de toda

esta miseria europea, encuéntrase de un lado con las pedantescas ridiculeces de la recién nacida República China o con la europeización, en el peor sentido de esta triste palabra, del Japón, y del otro lado, de Occidente, con la barbarie de las luchas civiles de Méjico a los ojos y a las manos de la desaprensiva rapacidad norteamericana.

Tengo a la vista el último número del importantísimo semanario liberal inglés *The Nation,* el del 22 de febrero, y, en un artículo dedicado al porvenir de la América española —así dice: "spanish America", y no América latina, como por pedantería o por algo peor se empeñan algunos en llamarla impropiamente—, leo estas tremendas palabras *As few people take South America quite seriously...*, etc.

"Como pocas personas toman a Sur América (y no Sud América, como también pedantescamente solemos escribir, y yo entre otros) enteramente en serio..." Fíjense bien en esto mis lectores suramericanos, aunque estarán hartos de saberlo. Uno de los más importantes órganos del periodismo inglés —y el prestigio y autoridad del semanario *The Nation* es grandísimo en Inglatera— declara en un editorial que aquí, en Europa —porque eso se extiende a toda Europa—, muy pocas personas toman enteramente en serio a Sur América. Apenas sino los que de una o de otra manera la explotan o piensan explotarla.

Pero bien saben los suramericanos el valor que se puede dar a los corteses ditirambos de los que tratan de satisfacer su codicia o su vanidad a costa de esos pueblos, y mucho más si los aduladores pertenecen a alguno de sus pueblos en que la cortesía no es sino la máscara del más ofensivo de todos los desdenes, del de aquel que ni siquiera se entera de la existencia de los demás, sino que vive mirándose al ombligo —cosa que lo hacen lo mismo los pueblos que los individuos— y se cree con la más ridícula de las ignorancias, que

es la de la fatuidad, que no pueden saber los demás sino lo que él les ha enseñado.

Pero sigamos viendo lo que el articulista de *The Nation* continúa diciendo. Añade así: "En Sud América, un grupo de repúblicas de varios grados de impureza de raza y de todos los grados de civilización, sin lazo alguno de afecto o de interés propio para sobrepujar su antagonismo mutuo, ocupa, bajo la velada tutela de una potencia ajena y sospechosa, un continente vasto, no desenvuelto y tentador." Esto se ha dicho muchas veces, y ésta, no menos claro que otras.

"Excepto el de que los que los gobiernan son en su mayor parte de un modificado origen: español o portugués —sigue diciendo *The Nation*—, y el que sus gobiernos son repúblicas, no existe lazo alguno de unión entre ellos."

Habría que ver, primero, si este lazo de unión de una común ascendencia española o portuguesa más o menos modificada —y dejo lo de la modificación a los pedantes y a los envidiosos, y a los necios que dan en despreciar su propia sangre sin conocerla—, no es el suficiente para unir en fuerte haz a pueblos, y si no ha bastado un lazo así para unir y hacer a otros fuertes, y segundo, si el de que dos pueblos sean repúblicas o monarquistas establece entre ellos una mayor unión que si fuesen república el uno y el otro monarquía, pero con un contenido entre sí y bajo la superficial divergencia de sus formas de gobierno, mucho más común que el que esa accidentalidad pueda crear. Habida sobre todo cuenta de que algunas de las repúblicas hispanoamericanas no tienen de *res publicae* más que el nombre. Un rey constitucional no es nadie junto a alguno de esos presidentes.

"Plegable y plástica como es Sud América —sigue diciendo *The Nation*—, puede muy bien suceder que el intento para fraguar una solidaridad consciente

fracase al cabo, y que el tiempo, acentuando diferencias y moldeando a cada estado en una forma más asentada y rígida, haga que naufrague al fin hasta la idea misma del panamericanismo."

Y en esto que dice el articulista de *The Nation* no hay que ver sólo la exposición fría y, por decirlo así, metódica y puramente objetiva de un hecho que se prevé, sino también un deseo que se expresa. Hay que andarse con mucha cuenta con la fingida objetividad de los sociólogos. Al articulista inglés se adivina entre las líneas que escribe que le halaga la idea de que fracase una solidaridad consciente entre los pueblos de la América española —*The Spanish America*— unidos por el lazo de un común origen más o menos modificado y por el mucho más fuerte de una lengua común, que fracase la solidaridad consciente en los pueblos de lengua española —*The Spanish-Speaking Peoples*— y que le halaga también el que el tiempo acentúe diferencias y moldee a cada estado en una forma rígida que haga naufragar hasta la idea del panamericanismo... ibérico.

Cierto es que debe ser un inglés, y no un norteamericano yanqui, el autor del artículo que comento; pero no es menos cierto que los yanquis son de raza inglesa más o menos modificada —más bien más que menos—, y sobre todo que hablan la misma lengua, y la lengua, no me cansaré de repetirlo, es la raza o, si se quiere, la sangre del espíritu. Y sabe bien el articulista que la lucha lingüística en América, y aun en parte de Asia, es entre el inglés del *english-speaking folk* y el castellano de los pueblos de lengua española.

Sigue luego diciendo el articulista de *The Nation* que hay pocas cosas de mayor significación, política y comercialmente, que el haber salido Sud América de la era de las revoluciones. "El área de la inquietud esporádica —dice— ha ido contrayéndose a las re-

públicas de la América Central y a tres o cuatro estados adyacentes, y podría añadir que algunas de esas revoluciones son los norteamericanos mismos los que las preparan, por aquello de a río revuelto, ganancia de pescadores.

Los yanquis se han dedicado al oficio de "revolucionadores" —que no es lo mismo que revolucionarios—, oficio que no deja de tener parecido con aquel otro de los naufragadores a que los habitantes de ciertas bravías y pobres costas se dedicaban en un tiempo, engañando a los buques con falsas señales para arramblar luego con sus despojos. Ahí está la lamentabilísima historia de la República de Panamá manando, no sangre, pero acaso algo peor y más sucio.

"Chile, la Argentina, el Perú, y el magnífico dominio del Brasil —añade el articulista—, han logrado llegar a una razonable estabilidad, y la constante influencia de la prosperidad y el gradual confinamiento o supresión del antiguo tipo del abogado mestizo y del caudillo de guerrilla, merced a la irrupción de inmigrantes extranjeros, son garantía de que no habrá una recaída." Para este articulista, la desaparición gradual del abogado mestizo enredador —y para que un abogado enrede y perturbe un país no es menester que sea mestizo— y del caudillo de montonera, se debe a la inmigración extranjera. Cualquiera diría que un inmigrante no puede transformarse, llegado el caso, en caudillo, y que sin la inmigración no habría de desaparecer, por otras causas más íntimas, ese tipo. Pero así está hecho todo el artículo, hasta donde parece ser más benévolo, con una ingenua maliciosidad.

Pasa luego el articulista a hablarnos del "colosal continente, magníficamente regado, habitado por caucásicos", de "su inagotable fertilidad, sus riquezas mineras apenas arañadas" y mucho del cual colosal

continente o está inexplorado todavía o con una enorme escasez de población.

Muestra respeto a tres de las repúblicas sudamericanas, a las que componen el lazo A B C, a la Argentina, el Brasil y Chile, de las que dice "que consideran ya la doctrina de Monroe como una superfluidad si es que no una amenaza, y están apasionadamente determinadas a no admitir nada que se parezca a una tutela norteamericana —*anything in the nature of an American Sovereignty*—. Y de hecho me complazco en creer que la hipócrita doctrina de Monroe, típico caso del *cant* anglosajón, ha debido ceder a doctrinas más generosas y nobles como es la de Drago, cuyo alcance no todos lo aprecian aquí en Europa en cuanto significa. Como que es el dique mayor a los revolucionadores de la raza de Monroe.

"Las probabilidades son —sigue diciendo el articulista— que, a despecho de su creciente intercambio comercial y el desarrollo de las comunicaciones, las repúblicas mayores de Sud América se apartarán políticamente cada vez más de los Estados Unidos. Los Estados Centrales Americanos, por otra parte, y sus vecinos de Colombia, Ecuador, Venezuela, Nicaragua, están en una posición algo diferente. Para ellos, la doctrina de Monroe ha sido como un broquel y escudo en sus varios roces con potencias europeas."

¡Sí, que se lo pregunten a Colombia!

"Pero empiezan a dudar —añade el articulista— si no se ha agotado ya su conveniencia (la de esa doctrina) y sus dudas coinciden con un cambio en el espíritu de la política extranjera de Norte América, y son en gran parte producto de este cambio que ha resultado en los Estados Unidos al constituirse en el *policeman* de los países caribes, para obligarlos a lo que Mr. Roosevelt acostumbraba llamar "decencia" *(decency)*.

¡Roosevelt! Y Roosevelt, el gran cómico de la vida

intensa —*the stenuous life*—, ¡hablando de decencia! Este fantasmogórico Roosevelt es el tipo más acabado de lo que podríamos llamar la hipocresía del cinismo, que fácilmente se transforma en el cinismo de la hipocresía.

Fué este Roosevelt el que dijo que "mientras el primer deber de una nación está dentro de sus fronteras, no queda por eso absuelta de encarar sus intereses en el mundo todo; y si rehusa hacerlo, falta a su deber de luchar por un lugar entre los pueblos que fraguan el destino de la humanidad". Y agrega: "Hemos arrojado la tiranía española de las islas. Si dejamos que la reemplace la anarquía salvaje, nuestra obra ha servido de daño y no de provecho". ¡La tiranía española! ¿Qué entenderá Roosevelt por tiranía y qué por español? Y más adelante: "La primera y más importante tarea es la de establecer la supremacía de nuestra bandera". Esto ya es claro; siempre, naturalmente, dentro de la hipocresía del cinismo rooseveltiano.

A Roosevelt, como pensador, no se le puede hacer gran caso. Sus nociones de historia son del género más fantástico. Y tales como pueden brotar de los más bajos fondos de una llamada democracia, donde no es el sentido histórico lo que más abunda. Con lo de la tiranía medieval y otros tópicos más o menos sociológicos de la sociología barata que se aplaude en los mítines, está fuera de cuenta. Pero dejemos a este pintoresco Roosevelt, que aquí hace reír a las gentes sensatas, y que en otras partes no hace reír, sino indignarse.

El artículo de *The Nation* acaba diciendo que las repúblicas de Centro América "empiezan a ver que tienen más que temer de los Estados Unidos que de cualquier potencia europea, mientras los americanos mismos (quiere decir los yanquis), empujando su influjo un poco más hacia el Sur, cada año que pasa,

pueden encontrarse antes de mucho los árbitros políticos de la región entre Río Grande y Panamá". ¡*Tableau*!

He advertido en paréntesis lo de que *american* en inglés quiere decir norteamericano, o más estrictamente ciudadano de los Estados Unidos de la América del Norte. Mientras parte de los demás americanos, los de lengua española o portuguesa, suelen andar con dengues para dejarse llamar hispanoamericanos o iberoamericanos —Hispania es España y Portugal— y han inventado eso de latinoamericanos por la razón pobrísima de que nadie sabe qué sea eso de latinos, como no sea por halagar a los que más los desprecian, los norteamericanos no andan con repulgos y se llaman a sí mismos americanos a secas, para diferenciarse de los otros y no para con ellos sumarse. Y todo esto que parece tiquismiquis de lenguaje, tiene como síntoma muy honda importancia.

Pero todo esto abre tan grandes horizontes al que quiera disertar de las justicias y las injusticias humanas, y de la némesis de la historia, y de los desdenes infundados, y de otras cosas, que hago aquí punto.

Salamanca, marzo de 1913.

(*La Nación*. Buenos Aires, 25-IV-1913.)

# TAMBIEN SOBRE HISPANOAMERICANISMO

*A propósito del artículo de Luis Araquistain.*

En noviembre de 1846 estuvo Domingo Faustino Sarmiento en Madrid. Vino a España, según él mismo lo declaró, "con el santo propósito de levantarla el proceso verbal, para fundar una acusación que, fiscal reconocido ya, tengo de hacerla ante el tribunal de la opinión en América." Como se ve, el propósito no podía ser más imparcial ni más libre de prejuicios. Verdad es que ese formidable gaucho de las letras sudamericanas, ese maravilloso escritor —uno de los que más admiro— tan europeizante sin conocer Europa y que tanta fe tenía en el frac como instrumento de cultura —él, que escribió siempre con chiripá en el alma—, fué siempre o fiscal o abogado defensor. Sus fuertes pasiones a la española —Sarmiento fué españolísimo y más español que nunca cuando atacó a España— le impedían ser un sereno investigador.

Mas al fin Sarmiento era Sarmiento, y para hablar mal —no tan mal como se propuso de antemano, y a las veces muy bien— de España vino a España. Otros compatriotas suyos, que de Sarmientos tienen poco, hablan de España sin haberla visitado, como no sea atravesando en tren de Lisboa a París.

Y en la carta que desde Madrid escribió el 15 de noviembre de 1846 Sarmiento al chileno Victorino Lastarria, le decía después de ese *ex-abrupto*: "Traíame, además, el objeto de estudiar los métodos de lectura, la ortografía, pronunciación i cuanto a la lengua dice relación. De lo primero he hecho una pobre cosecha i del resto encontrado secretos que a su tiempo verán luz. Imajinaos a estos buenos godos hablando conmigo de cosas varias, i yo anotando —no existe la pronunciación áspera de la *v* [1]; la *h* fué aspirada, fué *j*, cuando no fué *f*; el francés los invade; no sabe lo que se dice este académico [2]; ignoran el griego; traducen i traducen mal lo malo. A propósito, una noche hablábamos de ortografía con Ventura de la Vega i otros, i la sonrisa del desdén andaba de boca en boca rizando las extremidades de los labios. Pobres diablos de criollos, parecían disimular, quién los mete a ellos en cosas académicas. I como yo pusiese en juego baterías de grueso calibre para defender nuestras posiciones universitarias, alguien me hizo observar que dado caso que tuviésemos razón, aquella desviación de la ortografía usual establecía una separación embarazosa entre la España i sus colonias. Esto no es un grave inconveniente, repuse yo con la mayor compostura i suavidad; como allá no leemos libros españoles; como Uds. no tienen autores, ni escritores, ni sabios, ni economistas, ni políticos, ni historiadores, ni cosa que lo valga; como Uds. aquí i nosotros allá traducimos, nos es absolu-

1 Debe de querer decir la *v* fricativa sonora, a la francesa, que, en efecto, pese a la Real Academia de la Lengua, ni existe ni ha existido jamás —lo atestiguan ya en el siglo XVI Nebrija y Juan de Valdés— en castellano. Lo de pronunciar *vivir* con *ves* a la francesa o catalana (y valenciana) no es más que una pedantería ociosa. Y ese secreto para Sarmiento no era ningún secreto.

2 En cambio él, Sarmiento, que si no sabía siempre lo que se decía, decía siempre lo que sabía y lo que no sabía, afirma muy serio que el vascuence es... ¡el antiguo fenicio! ¡Y como ésta cien!

tamente indiferente que Uds. escriban de un modo lo traducido y nosotros de otro." Y termina el pasaje con aquella su característica y genial sinceridad, con aquella sinceridad que es lo que le pone sobre todos los escritores de su país, diciendo: "¡Oh, estuve admirable, i no había concluído cuando todos me habían dado las buenas noches!"

Recordé este pasaje de mi Sarmiento y fuí a releerlo y copiarlo aquí, al leer en el artículo "Sobre hispanoamericanismo", que en esta revista publica Luis Araquistain, aquello de que la labor de hispanoamericanismo es la de traducir, que "en el fondo, eso que se ha denominado europeización en España significa traducir", y que "la comunidad de europeizantes podría convertirse en una Liga de Traductores".

Ante todo, que no cuente conmigo para eso. Verdad es que me parece no tener nada de europeizante. Y digo no más que me parece, porque tal maña se han dado los sedicentes europeizantes, que a estas horas no sé lo que es Europa, y si ellos lo saben no se dan arte para hacérmelo saber.

Y si a eso ha de reducirse el papel de nuestra lengua, a traducir a Europa, y ese es el ideal más hondo (!!! que puede vincular a España con la América latina —¿por qué latina?—, entonces ya podemos despedirnos del castellano como un idioma de cultura propia.

Porque nótese que no se dice apropiarnos y asimilarnos la cultura europea —y las demás culturas— en lo que tengan de apropiables y asimilables a nosotros, y luego expresarlas, fundidas con lo nuestro, y a nuestro modo, ¡no! se dice traducir. Es decir, traicionar nuestro espíritu. Y he ahí por qué esta flamante europeización —término puesto en curso de boga por Joaquín Costa, uno de los españoles menos europeos al modo de los europeizantes— es un fracaso más, porque no hace sino traducir, y con muy

pocas, poquísimas excepciones, traducir mal lo malo, como en tiempo de Sarmiento.

Y aún hay cosas traductibles, como la sociología, pongo por ...; pero lo más íntimo, lo más espiritual, lo más hondo, es intraductible. Ni la poesía, ni la más fecunda y viva filosofía, la filosofía no sólo pensada, sino sentida e imaginada, cabe en rigor traducir. Y así Spencer, que declara no haber podido leer a Kant, traducido o en alemán —si es que lo sabía—, recibió lo que de kantismo pueda haber en su indigente metafísica, de Hamilton, que hizo algo más y más hondo que traducir al maestro prusiano de sangre escocesa.

Sí; ya sé que los escolásticos medievales escribieron en latín escolástico y Spinoza en latín y Leibniz en francés; pero sé también que la mística no es sino la teología escolástica latina pensada y sentida y expresada en la lengua propia, en la lengua en que se pide el desayuno y se requiebra a la novia. Y sé que la Reforma fué poner en lengua vulgar el pensamiento religioso cristiano, es decir, sentirlo. Traducirlo a la lengua vulgar, se me dirá. No, otra cosa que traducirlo. La versión luterana de los Evangelios es algo más que una traducción, es una de las obras más originales de Lutero.

No creo que me sería muy difícil ponerme a escribir en francés, y alguna vez lo he hecho y no del todo mal, me parece; pero no quiero violentar mi pensamiento y menos mi sentimiento. Pues si me pongo a escribir en francés no digo lo que pienso y siento yo, sino lo que han pensado y sentido otros que pensaron y sintieron en francés, y cuyo pensar y sentir he recibido en mi espíritu. Estoy redactando en francés un *compte-rendu* de una obra sociológica, y me creo capaz de exponer en francés mis conocimientos sociológicos —también los tengo, ¡no vaya a creerse que no!—, pero absolutamente incapaz de ex-

presar en otra lengua que aquella en que siento y en que me quejo cuando me duele, mi filosofía, o sea, lo que Araquistain llama mi mística. Y en cuanto a escribir una poesía en otra lengua que no sea la que mamé, ni que pensar en ello.

Y en cuanto a hacernos traducir... Que vengan si quieren los traductores; no es cosa de irlos a buscar y hasta subvencionarlos. Hay quien no puede llegar hasta eso. No es todo deseo de ser conocido y estimado; hay algo más. Y una cierta dosis de orgullo no es mala para matar la vanidad.

Y de si el lenguaje español circula más o menos y fuera de los pueblos de habla española —que ya por sí constituyen un mundo— es más o menos leído, habría mucho que hablar. Y crea Araquistain que si los escritores españoles no son *hasta hoy* conocidos fuera del dominio de su lengua, de lo que en realidad son, no se debe precisamente a su lengua. No es la lengua lo que nos hace poco accesibles. Es otra cosa y otra cosa que debemos conservar, esperando paciente, pero confiadamente, que la montaña se venga al fin a nosotros. Porque créame mi buen amigo: eso que él y otros muchos con él llaman Europa, si acierto a comprender lo que sea, el mejor día se deseurepeiza, y ya hay indicios, y no pequeños, de ello. Quiero decir que el mejor día —o el peor, como se quiera— Europa se desociologiza y hasta se desracionaliza, que ya es el colmo. O por lo menos una buena parte de Europa, tan europea como la parte restante. Hay que contar con el *taedium rationis* tanto como con el *taedium vitae*. Y no hay Dios de que no acabe blasfemando el devoto.

Si los españoles hemos de ser algún día conocidos y estimados —y lo seremos— ha de ser como tales españoles, fieles a la esencia de la barbarie de nuestros "distinguidos antepasados", a esa barbarie que puede llegar a ser, bien pensada y bien sentida, un re-

medio contra ciertos venenos culturales, como fué la invasión de los bárbaros germanos un remedio contra la cultura greco-latina. Hay barbaries providenciales y salvadoras, y la nuestra puede llegar a serlo. Y lo será si sabemos quererlo. ¡Saber querer!, he aquí el colmo de la sabiduría. Vale más que saber pensar, si es que es otra cosa.

De otros juicios de Araquistain, como son de índole personal, me creo obligado a abstenerme de criticarlos, aunque se me ocurra más de un reparo a ellos. Sólo quiero recoger una alusión personal, por referirse a mí. Dice mi buen amigo que he endulzado mis amarguras de español, cuyo nombre sólo ha traspuesto la frontera española por la parte occidental, con la esperanza de que algún día caerá en España algún profesor alemán que revele al mundo los tesoros de mi mística, pero que no todos han nacido con este heroísmo que me supone. Si mi nombre no ha traspuesto todavía la frontera española más que por la parte occidental, y no también por la oriental o por otra —no todo es norte—, no soy yo quien ha de decirlo ahora aquí; mas en cuanto a eso de que espere que caiga —caer es— en España un profesor alemán que revele al mundo esos tesoros de lo que mi buen amigo llama mi mística, he de decirle con mi recia sinceridad, con esta sinceridad sedimentina, que es lo que me hace más antipático a los muchos a los que, gracias a Dios, soy tal, que sí, que espero un europeo que se entere y entere a sus congéneres de ese mi pensamiento y sentimiento filosófico-poéticos españoles, pero que no sé por qué haya de ser un profesor alemán y no francés, o italiano, o inglés, o yanqui, o ruso, o griego, o rumano, pues no creo a los alemanes, caigan o no sobre los países y los pensamientos ajenos —y a las veces con tanto peso que los aplastan— más capacitados para ese menester que los espíritus de otra cepa. Y mientras ellos, los

alemanes, no encuentren entre nosotros quien sepa descubrirnos los tesoros, que no son ni pocos ni pequeños ni insignificantes, de su pensamiento y su sentimiento, de nada servirá todo lo que les traduzca a mal castellano la Liga esa de Traductores, que ni logra ni logrará europeizarnos con traducciones.

Y que esa mi esperanza de que un día algún europeo se entere y entere a los suyos y les entere de verdad, de los tesoros de la mística de mi pueblo que yo logre expresar, y no precisamente que me traduzca, que esto es otra cosa, y alguna traducción de mis dos obras capitales corre y no por accidente, que esa mi esperanza sea heroísmo no lo creo. No es heroísmo; es fe, y es fe tanto o más que en mí mismo —que la tengo— en mi pueblo, que en algo muy esencial se paró en un punto del camino por donde han de volver de retorno los que de la Edad Media se fueron al Renacimiento. Y quién sabe si no hay otra senda divergente, algo así como meta-catolicismo, sin pasar por la Reforma renacentista.

(*Hispania*. Londres, 1-V-1914.)

## HUITZILIPOTZLI Y CHIMALPOPOCA

Huitzilipotzli era el dios de la guerra, Marte de los antiguos aztecas de Méjico. Su templo o *teocalli* se alzaba en la capital del Anahuac, en el Méjico precolombino, en el sitio mismo donde luego los españoles qne llevó Hernán Cortés levantaron la catedral católica, dedicada a San Francisco.

Hablando de los dioses de los antiguos aztecas, Prescott, en su *Conquista de Méjico* —donde recogió y concinó los datos de nuestros historiadores de Indias—, dice así: "A la cabeza de todos ellos estaba el terrible Huitzilipotzli, el Marte mejicano; aunque sea inferir una injusticia al heroico dios de la guerra de la antigüedad al identificarle con este sanguinario monstruo. Era la deidad patronal de la nación. Su fantástica imagen estaba cargada de costosos ornamentos. Sus templos eran lo más suntuoso y augusto de los edificios públicos, y olían sus altares con la sangre de humanas hecatombes en cada ciudad del Imperio. La verdad es que tuvo que haber sido desastrosa la influencia de semejante superstición sobre el carácter del pueblo."

Este dios terrible nació, según creían, de una devota mujer que al acudir al templo un día vió flotar en los aires una pelota de plumas de brillantes colores, la tomó y apechugó en su seno, y viéndose luego en-

cinta, dió al mundo mejicano la terrible deidad, que llegó a él como Minerva, armada del todo, espada en la diestra, escudo en la siniestra y cresta de plumas verdes sobre la cabeza.

Respecto a la otra vida, que no es sino la sombra de ésta, proyectada al infinito, los antiguos aztecas, según Prescott, "imaginaban tres separados estados de existencia en la vida futura. Los malos, comprendiendo a la mayor parte de la Humanidad, tenían que expiar sus pecados en un lugar de eternas tinieblas. Otra clase, sin otro mérito que el de haberse muerto de ciertas enfermedades caprichosamente elegidas, habrían de gozar una negativa existencia de indolente contento. El lugar más alto se reservaba, como en las más belicosas naciones, para los héroes que caían en la batalla o en el sacrificio. Pasaban de una vez a presencia del Sol, a quien acompañaban con cantos y danzas corales en su brillante marcha por los cielos, y después de algunos años iban sus espíritus a animar las nubes y los pájaros cantores de brillante plumaje y a regodearse entre las ricas florestas y perfumes de los jardines del paraíso".

Al monstruoso Huitzilipotzli se le ofrendaban como es natural, sacrificios humanos, sobre todo cuando un nuevo monarca se sentaba en el trono del Imperio azteca. Antes proveíanse de cautivos de guerra, rodeados de los cuales hacían su entrada en la capital, coronándose el nuevo emperador entre la sangre de las víctimas humanas. Dícese que este rito de los sacrificios humanos no lo adoptaron los aztecas hasta principios del siglo XIV, unos doscientos años antes de la conquista española, que al principio fueron raros, extendiéndose luego, y que al fin apenas había festival sin esa liturgia de sangre.

Hacían subir a la víctima, coronada de flores, las gradas de la pirámide de Huitzilipotzli, quitábase la

guirnalda y hacía trizas el instrumento músico con que había templado la mengua de la cautividad; recibíanle seis sacerdotes melenudos y, con ropas en que callaban místicos jeroglíficos, llevábanle a la piedra sacrificatoria, enorme bloque de jaspe algo abombado; extendíanle en él; cinco de los sacerdotes le sujetaban la cabeza y los miembros, y el sexto, vestido de manto color de sangre, abría el pecho del desgraciado con el agudo filo de un cuchillo de *itzbi* —dura piedra volcánica— y, metiendo la mano en la herida, sacábale, palpitante aún, el corazón, lo blandía hacia el sol y lo echaba luego a los pies del monstruo, mientras, postrada, la muchedumbre adoraba. Así fueron más de una vez sacrificados españoles prisioneros de guerra, como puede leerse en nuestros historiadores de la conquista de Méjico.

Los pobres cautivos que eran sacrificados a la sanguinaria voracidad de Huitzlipotzli le eran, claro está, contra su voluntad, pero esto no quiere decir que no hubiese víctimas voluntarias. Las había. Todos los Huitzilipotzlis de los Imperios todos, y no sólo el del azteca, cuentan en su místico haber de sacrificios humanos con víctimas voluntarias. "Estimábase que el sacrificio humano no degradaba a la víctima —escribe Prescott—, sino que más bien la ennoblecía dedicándola a los dioses. Aunque tan terrible entre los aztecas —añade—, aceptábanlo a las veces voluntariamente, lo que les abría una segura entrada en el paraíso." Chimalpopoca, tercer rey de Méjico, se condenó a sí mismo, con algunos de sus grandes, a la muerte para limpiar así, con sangre, una afrenta de un monarca hermano. No muy de otro modo solían los japoneses abrirse el vientre ante alguno que les hubiese afrentado.

¿Fué un héroe Chimalpopoca? ¿Fué un devoto creyente? ¿Admiraremos su valor ante la muerte que se recibe en plena salud y con entera conciencia? ¿Ad-

miraremos su fe? Porque la fe en Huitzilipotzli es una fe también. Como lo es la que se puede tener en Luzbel o en Belcebú o en Mefistófeles y hasta en Pedro Botero. Y toda fe hace milagros. ¿Diremos de Chimalpopoca lo que el piadosísimo padre Croisset dice al acabar el relato de la formidable vida de San Simeón Estilita, y es que su vida es más para admirada que para imitada? En cambio, la divina vida del Cristo, con su sacrificio voluntario, se nos da para imitación. ¿Y cabe admirar lo que se declara que no debe ser imitado?

Sí; hay quienes, como Chimalpopoca, se sacrifican voluntariamente a un Huitzilipotzli cualquiera, y acaso sin la esperanza de ir a bailar y cantar en rolde al Sol o encarnar en canoros pájaros de deslumbrante plumaje para regodearse de luz y de música en las perfumadas florestas del último paraíso.

¿Era religión la de aquel Huitzilipotzli husmeador de sangre? No, no lo era, sino superstición. Y su culto no era culto, esto es, servicio y ministerio espiritual, sino liturgia, pura liturgia bárbara, sanguinaria y técnica liturgia. Porque la liturgia es al culto lo que la superstición a la religión: una escurraja, un poso, una saborra, o lo que un limón estrujado de su jugo.

Huitzilipotzli era un dios oficial del Imperio azteca, y se encuentra quienes sostengan que no tiene el individuo —el satánico yo, dicen, emborrachado de personalidad, que no es más que soberbia— que el individuo —que no es, según Natorp, más que una abstracción, como el átomo—, no tiene derecho a oponerse, a fuero de sus ideas, a las creencias y a los sentimientos de los demás con sus liturgias consecutivas. Es decir, que al someterse el individuo a la colectividad ha de someterse también a los dioses de ella, aunque su pensamiento sea más espacioso que

el de la masa. Se encuentra quien así piense. Y piensa así por no pensar y para no pensar.

Uno de esos que defienden cualquier superstición y liturgia colectivas, hasta las de los Huitzilipotzlis, me dijo hace poco aquello de: "¡Contra un padre no hay razón!" Y le contesté que sí, que puede haber razón contra un padre y contra una madre y contra una patria, y que la justicia, que es la razón práctica, está sobre la patria, y que si yo tengo limpia y firme conciencia de que mi patria se lanza a una aventura injusta, no debo secundarla ni servirla. Porque una cosa es ser hijo de una patria y otra ser siervo de una nación. Y la nación puede no ser madre, ni aun madrastra, y sí sólo capitana.

No; no se puede admirar a Chimalpopoca porque no se debe imitarle. No todos los sacrificios son admirables. Ni son martirios todos aquellos a que así se llama. Si mártir quiere decir testigo, y martirio testimonio, hay que ver qué es lo que atestigua el testigo con su sacrificio. Puede no atestiguar más que su propia insensibilidad o su propia estulticia. Hay quien se deja matar de puro muerto espiritualmente. O acaso por una tremenda voluptuosidad de muerte. Si es que no por darse en espectáculo. ¿No habéis oído de aquel que se suicidó en Buenos Aires para que su retrato saliera, como salió, en el semanario *Caras y Caretas?*

Hay otro problema, y es si Huitzilipotzli hace los Chimalpopocas, y si son los Chimalpopocas los que hacen a Huitzilipotzli, sin necesidad de que la pelotilla de brillantes plumas vaya al seno de la devota madre. El hombre, dice, necesita a quién sacrificarse. Tal vez; pero que se sacrifique a sí mismo, a su yo más profundo, a Dios, que habita dentro de cada uno de nosotros, y no en la colectividad, y que espaciando su pensamiento logre poner su conciencia como medida de la justicia de la patria.

Sobre las ruinas del *teocalli* de Huitzilipotzli, de la ensangrentada pirámide, levantaron los españoles la catedral de Méjico, consagrada al dulce y puro Serafín de Asís. Pero Huitzilipotzli no ha muerto, ni allí ni aquí, y por debajo de nuestros templos incuban, como la brasa bajo las pavesas y la ceniza, sus llamas lívidas. Y de cuando en cuando provoca terremotos. Entonces aparecen los trágicos Chimalpopocas bárbaros.

(*Los Lunes de El Imparcial.* Madrid, 24-VII-1916.)

# CUERVO Y LA GRAMATICA

Cuando os hablé, lectores, del estilo del gran José Martí, el cubano, y de su lenguaje de tan poca ortodoxia gramatical española, os hablaba de las "apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano con frecuente referencia al de los países de Hispanoamérica" del colombiano Rufino José Cuervo, obra ya clásica en la ciencia lingüística española, y que es uno de los más ricos, más seguros y más doctos repertorios de noticias referentes a nuestro común idioma. Por la seguridad y extensión de la erudición pocos libros de su género, si es que alguno, le igualan. Y, sin embargo, no sabe uno por qué y aun sin conocer, como no conozco, otras opiniones de R. J. Cuervo, se adivina en él un reaccionario. Un preceptista de gramática lo es casi siempre.

El P. Antonio Astrain, S. J., en su *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España* (tomo I, lib. I, cap. IV), nos dice de Iñigo —luego Ignacio— de Loyola que "acometióle el demonio con una tentación muy original y fué que apenas tomaba la gramática en la mano, le sobrevenía tal golpe de pensamientos espirituales, de ideas devotas, de dulzura y suavidad interior, que se olvidaba por completo del estudio". ¡Lo listo que es el Demonio! ¡Y lo bien que sabe que si con pensamientos espirituales,

ideas devotas, dulzura y suavidad interior se le puede a un alma incauta arrastrarla por derrumbaderos místicos, a la herejía y hasta a la incredulidad, no hay como el estudio de la gramática para mantenerla en la más severa ortodoxia! Ortodoxia y ortología son dos cosas hermanas.

En 1563, según el mismo P. Astrain en la citada obra, nos cuenta, a propósito de unos que de la Compañía se pasaron a otras Ordenes, el P. Olea, jesuíta, decía: "Ocho han ya entrado en religión, cuatro en Santo Domingo, tres en el Carmen y uno en San Francisco, de los cuales están sus superiores tan satisfechos que uno de ellos, viéndoles tan bien instruídos, así en letras como en virtud, dijo a sus frailes: "Padres, dejemos de leer teología y predicar y démonos a leer gramática, porque pienso haremos más provecho por esta vía, que es tomar la instrucción de las almas de fundamento, como hacen los Padres de la Compañía". "Pero éstos, los Padres de la Compañía de Jesús, se quejaban del ministerio de enseñar gramática, por tan trabajoso que a los que en él se ejercitan, por el mismo caso para que perseveren no sólo no les han de hacer guardar la perfección, mas es menester llevarlos en palmas con mucho regalo" (tomo II, lib. III, cap. IX). ¡Y que podían decirlo! Porque os aseguro, lectores, bajo mi experiencia de más de treinta y dos años de enseñarla —latina, griega y española, según las épocas— que nada hay tan trabajoso como explicar gramática. Sobre todo cuando se tiene el espíritu adogmático.

Cierto es que la gramática histórica no es la preceptiva y que no es lo mismo explicar por qué las gentes hablan como hablan, parézcales bien o mal a las preceptivas, que sentar preceptos más o menos académicos, pero aun así...

Rufino José Cuervo fué mucho más que un preceptista de gramática académica, fué un sagacísimo

escudriñador de los idiotismos populares y supo valerse, como pocos, de la ley de la analogía y de la de contaminación para descubrir el origen de no pocos vocablos. Y halló los antecedentes españoles a formas usadas en su patria, Colombia, y en otras naciones americanas. R. J. Cuervo sabía muy bien que de cada cien veces que un hispanoamericano dice: "como decimos por acá...", las noventa, y aún más, se trata de un modismo viejo español y hasta en uso en una u otra región de España. Pero R. J. Cuervo debió de ser un ortodoxo en catolicismo y hasta lo que llamamos un reaccionario en política. ¡ Porque cuando aparece el preceptista... !

Algunas veces parece acostarse a la opinión de los que creen que es mérito en versificación vencer dificultades que sólo se ponen para vencerlas, y se revuelve contra los que una vez dicen "cantaste" y otra "cantastes", según les conviene para aprovechar o no un hiato, en lo que hacen muy bien, y otras veces cosas parecidas.

En el párrafo 446 habla de "los escándalos el día que se escriba un tratado sobre las tribulaciones que aquejan a nuestra lengua". En el párrafo 458 dice: "De lo dicho resulta que este empleo de "donde" no es de las cosas que afrentan; no obstante..., etc." Otra vez, párrafo 459, dice de alguna regla que es de "punto de conciencia". "Casi lágrimas nos ha costado este pecado", dice, párrafo 621, refiriéndose a que en una traducción de Byron puso "dintel" en vez de "umbral". Otra vez habla de presentar ciertas faltas gramaticales "en toda su repugnante desnudez". Etcétera, etc. Se dirá que en todo esto hay una parte de humorismo y de ironía, y ciertamente que hay, pero no poca seriedad también.

Tratando de las trasformaciones —él, Cuervo, escribe "transformaciones" porque en pocas cosas res-

plandece más que en la ortografía su ortodoxia académica— de la frase imprecatoria "mal haya", dice: "Este uso ("con ser" en un principio pura vulgaridad) va penetrando entre la gente culta; pero aún no está canonizado, que merezca los miramientos del gramático". Aquí está el ortodoxo.

En el párrafo 468, escribe: "Los muchachos aborrecen y huyen del castigo" es frase del cultísimo Ribadeneira, y por desgracia, bárbara, si las hay, a juicio de los gramáticos modernos..." Llama, como vemos, "cultísimo" a Ribadeneira, al padre Ribadeneira, jesuíta y secretario que fué de San Ignacio, y aquí se ve el concepto que Cuervo tenía de la cultura, concepto profundamente jesuítico, ya que el padre Ribadeneira es uno de los escritores españoles de mayor vulgaridad y hasta ramplonería de pensamiento, como les pasa en general a los jesuítas, que se las han amañado para decir en el lenguaje —que no estilo— más castizo, más correcto y más aliñado las más grandes vaciedades y las menos originales.

La cultura de Cuervo era, por lo demás, bastante extensa y segura, aun en asuntos no filológicos, aunque a las veces... Por ejemplo, en el párrafo 699, escribe: "Hombres andan por ahí que, ignorantes de que el "histérico" es mal que sólo puede aquejar a las mujeres...", donde se dejó engañar de la etimología. Pero esto le ocurre rarísima vez. Adivínase, sin embargo, que las grandes inquietudes críticas del espíritu moderno no le atormentaron en exceso, y es que no las ahogó, como no pocas veces sucede en la erudición gramatical.

Fué R. J. Cuervo un erudito, pero un erudito discreto. En el prólogo a sus *Apuntaciones* defiiende sobriamente y con las mejores razones su erudición. Pero ¿qué tendrá esto de la erudición, que casi siempre tapa y esconde, o a uno que es incapaz de enca-

rar cara a cara los grandes y eternos problemas del espíritu, o a uno que les tiene miedo, o a un impotente, o a un cobarde?

Una vez, y al dar cuenta de la acepción colombiana del verbo "federarse", deja asomar Cuervo sus opiniones políticas. Dice así en el párrafo 685: "A ser vocablo castellano el verbo "federarse", equivaldría a "confederarse", "ligarse", "unirse", y siendo esto así, ¿cómo sucede que lo tomemos por "separarse, divorciarse" (esos casados se federaron)? La respuesta todos la saben; nuestros constitucioneros, ridículos caudatarios de los yanquis, apedazaron la nación para remedar después a esas gentes; pero el pueblo sólo vió el hecho principal, y dijo (si es que el pueblo puede hablar con latines): aquí no han hecho *ex pluribus unum,* sino *ex uno plura;* luego "federarse" no es "unirse", sino "dividirse". "Aparte de que no es éste el concepto yanqui de federación, y basta recorrer los escritos de Alejandro Hamilton o de Madison y recordar la guerra de secesión, en que venció el unitarismo, que es el verdadero federalismo, por esta vez me siento de acuerdo con Cuervo. Y es que cada vez me siento, por lo que a mi España hace, más "salvaje, inmundo y asqueroso unitario", más partidario de la federación que se viene fraguando desde los Reyes Católicos acá.

En uno de los Apéndices al prólogo, escribe: "En Extremadura, en Soria, en Santander y en la misma Salamanca, forman casi todos la tercera persona de plural de pretéritos perfectos irregulares de indicativo, añadiendo una "n" a la tercera persona del singular, diciendo "hubon", "estuvon, "supon", "dijon", "trajon" o "trujon", "vinon" y "quison". ¡En la misma Salamanca! ¿En la "misma"? ¡Pues claro! ¿O es que se creía Cuervo que aquí, en Salamanca, es la Universidad la que enseña a hablar al pueblo? Afor-

tunadamente, no es así. Y eso que aún falta mucho para que el pueblo le enseñe a hablar a la Universidad, que es lo que debería ser. El pueblo, por lo demás, conserva aquí, en su castellano actual, no pocas voces y giros del antiguo dialecto leonés. En la provincia misma se marca la linde entre el dominio del castellano propiamente dicho y el del leonés. Mientras en aquél dicen, verbigracia, que el pan está "lludo", en éste dicen que está "yeldo".

Aunque Cuervo se ve bien que era un reaccionario, poseía ciencia, verdadera ciencia lingüística, lo que le distingue de un Antonio de Valbuena (a) Miguel de Escalada, por ejemplo, que siendo tan reaccionario o más que aquél era, no pasa de un preceptista practicón profundamente ignorante de verdadera ciencia del lenguaje, lleno de prejuicios y de errores de hecho, testarudo en sostener los desatinos que una vez suelta —ahora se le antoja, verbigracia, que lo corriente en España es decir "estrapajo" y no "estropajo"— y groserisimo en su manera de atacar. Ha denunciado y puesto de manifiesto no pocos disparates de nuestra Real Academia de la Lengua, lo que no tiene gran mérito, pero al denunciarlos y ponerlos de manifiesto ha soltado él otros no menores, sobre todo cuando se ha tratado de etimologías, en lo que anda tan a peces como la Academia misma.

Y bien, ¿estos hombres hacen lenguaje? No; ni le hacen ni le conservan siquiera. El lenguaje no le hacen sino los que lo deshacen cuando es menester. La lengua, para ser viva, ha de ser una creación continua. La ortología es a la lengua lo que la ortodoxia es a la religión: Su muerte. Una religión no vive sino merced a sus herejías, a la heterodoxia, y una lengua no vive sino gracias a la heterología. Y hasta la heterografía ayuda a un idioma a sacudirse de las ligaduras que la ortografía le pone.

Pero como se tropieza con el regente de la imprenta —es alusión directa—, rara vez se logra que un escrito, como no lo corrija uno mismo, salga tal y como uno lo escribió, a veces heterográficamente.

Salamanca, agosto de 1919.

(*La Nación*, Buenos Aires, 23-X-1919.)

## RECIPROCIDAD HISPANO-AMERICANA

Un amigo nuestro, español, viajero infatigable y que chapurraba las principales lenguas europeas, nos contaba lo que una vez le sucedió al llegar a un hotel de una de las ciudades de Portugal. Y fué que, como leyese un aviso dirigido a los huéspedes y redactado en francés, inglés, alemán e italiano, además del portugués, por supuesto, al ir a pedir ciertos informes al gerente hablóle primero en francés, a lo que el interpelado replicó: *Naõ falo francez;* entonces nuestro amigo le preguntó: *¿You speak english?* A lo que: *¡Naõ falo inglez!* Luego: *¿Sprechen sie deutsch?* Y a esto: *¡Naõ, naõ falo allemão!* Después: *¿Lei parla italiano?* Y: *¡Naõ, naõ, naõ falo italiano!*

Entonces nuestro amigo se atrevió a preguntarle: "Hombre, ¿habla usted castellano?" Y el otro, con muy buen acento... gallego, le contestó: "¡Sí, señor; perfectamente!" Al oír lo cual, y sin pasar adelante, nuestro amigo, le dijo: "Pues bueno; antes de pasar adelante, ¿quiere usted explicarme una cosa?" "Lo que usted quiera, caballero." "Usted no sabe ni francés, ni inglés, ni alemán, ni italiano, ni a lo que parece otra lengua alguna, fuera de la suya propia, que el español, ¿por qué, pues, tiene usted avisos en esas lenguas que no conoce y no le tiene en la única que parece conocer, y bien, aparte del portugués?" A lo

que el otro le replicó: "Dígame, caballero, ¿en qué hotel de España ha leído usted anuncios o avisos en portugués?"

Claro está que al quisquilloso patriota portugués —si lo era— de aquel hotel podía habérsele replicado que en rigor ni en España hace falta que se traduzcan al portugués los avisos, ni en Portugal que sean traducidos al español, pues una y otra lengua, por lo menos escritas, son suficientemente comprendidas por las personas medianamente cultas de una y de otra nación. Un español viaja muy bien por todo Portugal sin saber más que su propia lengua. Pero no cabe duda que en el fondo de la actitud del gerente del hotel portugués había una buena parte de justicia.

De las Repúblicas hispanoamericanas no nos separa, como de Portugal, la lengua, aun siendo las lenguas tan parecidas como el español y el portugués lo son; pero en las clases letradas nos separa..., no sabemos bien qué.

El 12 de octubre se volvió a celebrar, por tercera o cuarta vez, esa fiesta ritual y ridícula —todo lo que se hace litúrgico y entra en el calendario oficial acaba por hacerse ridículo— que han llamado la fiesta de la raza. Algo mejor habría estado llamarla la fiesta de la lengua. Pero ni lo uno ni lo otro. Y en esa fiesta volvió a fluir la gárrula vaciedad del iberoamericanismo oficioso.

Entretanto, cuando un publicista, un literato, un poeta, un historiador, un escritor cualquiera americano de lengua española quiere darse de veras a conocer en España tiene que venirse acá. Y aun así... O publicar sus obras en España, lo que, a las veces, les resulta más barato. ¿Pero es que las obras de americanos que con tan admirable constancia publica B. Blanco Fombona en su "Editorial América" y en su "Biblioteca Ayacucho" han logrado despertar la

curiosidad, nunca muy despierta por lo que a la América se refiere, de los lectores españoles?

Ahora hay quienes se quejan de las dificultades que algunas Repúblicas hispanoamericanas oponen a la introducción en ellas del libro español, pero con ello no hacen sino defender la difusión del suyo propio, disminuyéndole la concurrencia. Y a juzgar por ciertos datos, el libro americano parece que empieza a difundirse en su propio país. A la vista tenemos sendos ejemplares de las dos novelas del novelista argentino "Hugo Wast" —seudónimo de G. Martínez Zuviría, diputado nacional— *Valle Negro* y *Ciudad Turbulenta y Ciudad Alegre,* y en ambos ejemplares figura esta nota: 4.° millar. Y si en la Argentina, cuya población vendrá a ser la tercera parte de la de España, las novelas de "Hugo Wast" alcanzan una tirada de 4.000 ejemplares —tirada que de seguro no ha alcanzado aún aquí, en España, la última novela que se estime como gran éxito de librería—, es que no tienen que temer la concurrencia. Pero aquí, en España, ¿quién conoce y lee esas novelas, novelas fuertes, densas, claras, dramáticas, hasta trágicas, limpia y sobria y correctamente escritas de "Hugo Wast"? Y lo merecen, y mucho. Parécennos muy superiores a las de los últimos novelistas españoles. Poco, muy poco, poquísimo conocemos en España comparable con *Valle Negro.* Lo que más nos recuerda es aquella estupenda novela inglesa de Emilia Bronte que se llama *Wuthering Heights.* Y a la larga, por la intensidad del relato, por lo hondo de las pasiones que allí se describen y sobre todo por la palpitación del ámbito campesino —huele a tierra—, *La barraca* inmortal de Blasco Ibáñez.

No hace mucho que una poetisa uruguaya, Juana de Ibarbourou, nos envió cuatro ejemplares de su libro *Las lenguas de diamante* —tres de ellos para tres de los más grandes poetas españoles, entre los que

está el para nosotros mayor: Antonio Machado—, y auguramos que tardará en ser conocida en España, si llega a serlo. Y eso que ninguna mujer española ha escrito, que sepamos, versos tan ardientes, tan castamente desnudos, tan apasionados —recuerdan los de la verdadera Safo—, y si los ha escrito no los ha publicado, y menos estando, como está la Ibarbourou, casada, y habiéndose dirigido sus versos al que hoy es su marido cuando era su novio.

Toda la retórica de la unión intelectual y moral iberoamericana es aquí pura hipocresía. Se trata de buscarnos mercado más allá, pero no aceptar, ni de buscar siquiera lo suyo. ¿Es que los dramas de Florencio Sánchez —alguno lo representó Tallaví— han logrado interesar en España? ¡Y la culpa no es del público, no! Si se hubiese insistido, como se insiste en los de nuestros acaparadores de la escena, habrían triunfado aún mejor que otros. Mucho mejor que ciertas traducciones y adaptaciones.

Es inútil darle vueltas y negar la evidencia: aquí hay una artera y sorda resistencia a lo que podría venirnos de los pueblos que allende el Océano hablan y piensan en español.

(*El Mercantil Valenciano.* Valencia, 29-X-1919.)

# LA LECCION DEL PARAGUAY

Desde hace cinco años escribo siempre con el temor de que lo que escriba haya perdido ya su actualidad cuando sea publicado. ¡Tan de prisa va la historia! Pero hay, sin embargo, un medio de mantenerse siempre actual un publicista y es mantenerse siempre dentro de la historia. Porque la historia es eterna. Alejandro, Julio César, Federico el Grande, Marat, Napoleón..., son tan actuales como el kaiser, Clemenceau, Lloyd George, Wilson, Lenine, Trotzky, etcétera. Y para ver mejor a éstos, acaso lo que conviene es situarse en aquéllos.

Fabián Vidal, mi buen amigo, es acaso el periodista español de hoy más y mejor enterado de lo que está pasando en el agitadísimo mundo contemporáneo. Su erudición histórica y geográfica de lo actual es enorme; su poder de información y de trabajo realmente asombroso. Y sus conocimientos históricos no se limitan a lo contemporáneo, sino que conoce a maravilla la historia del pasado, la historia eterna. Y posee un muy sólido sentido histórico. Oirle en la intimidad enseña tanto como leerle en publicidad. Pero... Pero un hombre que sabe tantas noticias, puede tener algunas de origen parcial o sospechoso.

Fabián Vidal publicó en el número del día 12 de este mes de noviembre de este diario mismo un ar-

tículo titulado "Mirando a Oriente.—El bolchevismo y el bloqueo", artículo que empezaba por estas palabras: "No, amigo y maestro Unamuno. Se sabe lo que sucede en Rusia." Y el artículo tiende a demostrar que él, Fabián Vidal, es uno de los que saben lo que sucede en Rusia. Y luego nos lo cuenta. Y nos cuenta la que yo ya he leído en publicaciones españolas y extranjeras, en semanarios ingleses sobre todo. A pesar de lo cual sigo no estando muy seguro de todo ello. Lo que se debe acaso a mi hipercriticismo, a que tengo un espíritu mucho más escéptico —en ambos sentidos— que el de Fabián Vidal, a que no me dejo convencer tan pronto.

Fabián Vidal, en el artículo que me dedicaba, nos cuenta una vez más la lucha del sovietismo contra la democracia. Y me dice así:

"¿Quiere usted enterarse de una vez, ilustre amigo Unamuno, de lo que es el sovietismo? Pues bien: el sovietismo es el zarismo, más tiránico, más intransigente, más perseguidor y sanguinario todavía. Lenine y Trotzky, que desprecian profundamente los occidentalismos, que se ríen de estas palabras astrales —democracia, libertad, individualismo, derecho, etcétera—, inventaron el reóforo extraño de la dictadura del proletariado. Hoy el proletariado es más esclavo en Rusia que bajo el yugo de Nicolás Romanoff. La Okhrana o policía secreta subsiste bajo un nuevo nombre. Hay un Azew conocido por conde Pirro. Hay un *tchin,* es decir, una organización burocrática escalonada, regulada, unida como los eslabones de una cadena flexible y estranguladora como los anillos de una culebra. Y a ella pertenecen —no se asombre demasiado— infinitos empleados del viejo régimen."

¿Es ello así o no? Yo no contesto sino lo que dijo Manzoni en su oda al "Cinco de Mayo" (de 1821) —el día de la muerte de Napoleón, el Unico—, y fué:

*¿Fu vera gloria? Ai posteri l'ardua sentenza.*

¿Es todo eso así? Ya lo dirán los que vengan después y lo vean a distancia.

Pero al final de su artículo dice Fabián Vidal:

"La historia nos cuenta lo que fueron los paraguayos bajo Gaspar Francia y los argentinos bajo Juan Manuel Rosas. Rusia es un inmenso Paraguay, que tal vez tiene en su seno un "Solano López".

Y aquí sí que tengo que detenerme y comentar.

De lo que pasó en el Paraguay de Gabriel Rodríguez Francia y en el de Francisco Solano López, dos supuestos tiranos, como de lo que pasó en la Argentina de Juan Manuel Rosas, el tirano para Domingo Faustino Sarmiento, Mármol y los argentinos unitarios europeizantes, creo saber algo más de lo que pasa en Rusia, y creo saberlo porque lo he estudiado tranquilamente y contrastando las opiniones adversas. Precisamente en estos mismos días, buscando en la historia que fué enseñanza para la historia que es, estoy leyendo la obra del paraguayo Juan E. O'Leary, *Nuestra epopeya* —la guerra de 1864-70, en que se echó sobre el heroico Paraguay una triple alianza —otra triple— del imperio —imperialista— del Brasil y las Repúblicas de la Argentina y el Uruguay, y el pobre Paraguay, el educado por las misiones jesuíticas y por las supuestas tiranías del doctor Rodríguez Francia y de los dos López, padre e hijo, se defendió como nunca se ha defendido mejor pueblo alguno, guiado por López, hijo, por el mariscal Francisco Solano López, que murió gloriosamente en Cerro Corá, exclamando al morir: "¡Muero por la patria!"

¿Fueron tiranías las de Gaspar Rodríguez Francia y Francisso Solano López en el Paraguay? ¿Y cómo se explica, si lo fueron, que los soportaran los mismos paraguayos que dieron al mundo el espectáculo sublime de defenderse contra la invasión de tres pue-

llos mucho más poderosos que él cada uno de ellos y defenderse hasta no quedar más que niños, viejos y mujeres? ¿Quién no conoce la hermosísima "Nenia" del poeta argentino Carlos Guido y Espano, y aquello de:

*¡Por qué, cielos, no morí!*
*cuando me estrechó triunfonte*
*entre sus brazos mi amante,*
*después de Curupaití!*
*¡Por qué, cielos, no morí!*
*¡Llora, llora, urutoú*
*en las ramas del yotoy;*
*ya no existe el Poraguay*
*donde nací como tú;*
*lloro, lloro, urutaú!*

Y hoy, cincuenta años después, el Paraguay existe.

¿Fué tiranía la del Paraguay? Para los paraguayos, no. Las libertades que se dice que prohibían Rodríguez Francia y Solano López eran libertades ficticias para los paraguayos. Es libertad ficticia la de volar donde no hay alas, o la libertad de cultos donde sólo hay uno y está permitido. El doctor Francia fué un dogo vigilante que a la puerta de su patria guardaba la tranquilidad de ésta, acaso su siesta. Los paraguayos vivían felices con los restos del comunismo que allí implantaron los jesuítas. Y las libertades que el doctor Francia primero y Solano López después prohibieron, fué la libertad de otros pueblos para explotarlos a su guisa. Si bien se estudia, se verá que la Triple Alianza del Brasil, la Argentina y el Uruguay no buscaba libertar a los paraguayos de esa tiranía, sino someterlos mejor a su propio régimen. Las tradiciones relativamente comunistas del Paraguay les estorbaban. Y se hizo la leyenda de la tiranía.

¿Es que me parece bien aquel estado del Paraguay? A mí no; yo no hubiera podido vivir allí; yo no podría vivir bajo un régimen comunista como el de los jesuítas en el Paraguay: yo soy, personalmen-

te, rebelde al comunismo y de un individualismo selvático. Pero no se trata de mí. Y a los paraguayos de entonces no les pareció mal aquel régimen. Las libertades que yo necesito no las necesitaban ellos. Y no era tiranía para ellos lo que lo sería para mí. Hay que ponerse en realidad histórica.

Yo, repito, no sé tan bien como Fabián Vidal lo que pasa en Rusia hoy; pero sé que el sentimiento de la libertad varía de pueblo a pueblo; que yo apetezco libertades que le tienen sin cuidado a un aldeano, y que cuando un Estado de capitalistas —que no es un Estado capitalista— dice que va a libertar a un pueblo, va acaso a explotarlo. Ahora mismo lo que importa a la Entente es que la República sovietista reconozca la deuda exterior. Si la reconoce y cree la Entente que la puede pagar, abandonará a la aristocracia y la burguesía zaristas a su propia suerte.

(*El Mercantil Valenciano*. Valencia, 23-XI-1919.)

## SOBRE EL DIALECTO CRIOLLO ARGENTINO Y OTRAS COSAS

Hace unos días aludíame aquí, con muy honrosa alusión, el amigo Gómez Carrillo, a propósito de la trola aquella que corrió por España de que en la Universidad de Buenos Aires se hubiese acordado hablar dialecto criollo argentino. Preguntábase Gómez Carrillo cómo es que no haya dicho nada sobre eso yo, y me llamaba "embajador de la intelectualidad americana de Castilla".

¿Que por qué no he dicho nada de eso? Pues porque no hacía falta alguna que se dijese nada. Y si cada vez que corre por nuestra prensa alguna tontería referente a cosas de la América de lengua española tuviéramos que salir a rectificarla los que venimos desde antaño estudiando aquella España mayor, ¡aviados estábamos! No nos bastaría el tiempo para escribir rectificaciones. Y la recíproca.

No hace mucho que ha corrido por diarios americanos la desatinada especie de que yo había dicho que era menester enviar de aquí, de España, a la América española profesores que les enseñasen a pronunciar el español! La especie ha debido de salir de algún español de España y dolido de que le haya dicho, no que no sepa pronunciar su lengua, sino que se empeñe en escribirla como no la habla.

No, no podemos salir al paso a muchas inepcias. Y menos a inepcias lingüísticas.

En la Argentina se habla y escribe la que allí llaman lengua nacional, que no es ni más ni menos que el español. Y saben perfectamente los argentinos doctos que casi todos los idiotismos y modismos allí populares, los del *Martín Fierro,* verbigracia, son de origen español. Todavía hoy mismo acabo de leer en *El Criticón,* de Baltasar Gracián, la palabra "zonzo". Cada vez que un argentino —y respectivamente un chileno, peruano, venezolano, guatemalteco, mejicano, etc.— dice: "como decimos por acá", puede asegurarse que también en alguna región española —extremeña o andaluza, por lo común— se dice lo mismo. Lo que hay también es que emigrantes españoles de Galicia, Asturias, Vascongadas, Cataluña, Valencia, etc., que saben mal el español de Castilla, se meten allá a querer corregir a los criollos o se burlan de giros de la más genuina estirpe castellana.

Fué, entre otros, un señor Abeille, francés —por lo menos de origen—, desconocedor del español popular de España, el que echó a rodar lo del idioma argentino, y fué un argentino de origen italiano, don Carlos Pellegrini, ignorante también del habla popular española e ignorante del progreso de integración de las diferenciaciones dialectales, el que dijo que dentro de un siglo la lengua española se habría diferenciado en varias lenguas en América.

Un discípulo mío, palentino, que ha enseñado español durante unos años en Holanda, se encontró allí con un alemán competidor suyo en esa enseñanza, que se anunciaba como enseñando el español de América, o el hispanoamericano, creyendo llevar ventaja con ello.

Pero más daño que los criollistas americanos, han hecho en esto los casticistas españoles. Martínez Villergas hizo en la Argentina más daño a la causa

española que la hubiera hecho si hubiese querido, que no lo quiso, el gran Sarmiento, el argentino de más enjundia española. Como que cuando hablaba mal de España no decía mal de ésta, sino lo mismo que nosotros, los españoles de España, decimos de ella mal Y lo decía en español. ¡Y en muy español! Como que es uno de nuestros grandes clásicos de lengua del siglo XIX. Y de los doctos lingüistas americanos, entre los que descuella, después de Andrés Bello, José Rufino Cuervo, el colombiano, ¡qué vamos a decir que no se sepa entre los que de esto saben algo!

Gómez Carrillo, en su crónica, alude también a eso de que "don Eduardo Dato va a realizar su noble y patriótico ensueño de acompañar al rey a la Argentina". Y no vamos ahora y aquí a juzgar de la conveniencia y oportunidad de ese viaje. Pero, si llega a realizarse, ocasión será de que acompañen allá al jefe del Estado español personajes y personajillos oficiales y oficiosos, senadores y académicos. ¡Claro está!, que vayan a poner remedio a eso del dialecto criollo argentino y a enderezar otros entuertos de allende el océano. ¿Para qué va a servir, si no, el flamante hispanoamericanismo de real orden? ¿Y esas juventudes, también de real orden, hispanoamericanas?

Por nuestra parte, amigo Carrillo, los que usted llama embajadores de intelectualidad, nos quedaremos aquí con nuestra embajada. Y no por falta de ganas de irnos, no. Y aunque fuese para quedarnos allí a esperar que en España se establezca el imperio de la verdad, que es el de la justicia. Nos quedaremos, y aunque nos llamen —que ya, y más de una vez, nos han llamado—, hasta que no podamos o emigrar rompiendo todas las amarras o ir con vuelta, pero en las condiciones de dignidad y de independencia morales que ha de querer siempre un hombre in-

dependiente y digno. Y esto, en la España de don Eduardo Dato y consortes, no es cosa fácil. ¿Verdad, señor conde de Romanones? No aludimos, ¡claro está!, a pensiones oficiales o del Estado. No nos ha ganado la pordiosería ambiente. Pordiosería tan apestosa, que hasta hay quien mendigue verdad y justicia como si fuesen limosna.

Ya habrá visto, pues, el lector por qué no nos creemos obligados a rectificar las necedades que sobre la América de lengua española se dicen aquí. Necedades algunas veces oficiales. El arte es largo y la vida corta, que dijo Hipócrates.

(*El Liberal.* Madrid, 29-VI-1920.)

# LA INDEPENDENCIA DE IBERO-AMERICA

En el número del 26 de junio del semanario conservador inglés *The Saturday Review* —que cuenta más de sesenta y cuatro años de vida— se inserta un artículo anónimo, es decir: editorial, titulado "Españoles y americanos", que es altamente sintomático y cuya lectura, en resumidas cuentas, nos ha regocijado.

El autor le llama el Continente Vacío (*Empty Continent*), al que forman las diecinueve —es el número que da— repúblicas de lenguas española y portuguesa. Dice que los ingleses y norteamericanos tienen invertidos en ellas cerca de mil millones y que se han trazado vastos planes para explotar sus recursos naturales desde Guatemala a Chile. Pero ¡ay!...

"Pero —dice— los intelectuales de la América latina, de consuno, dan un ¡alto! al proceso. Bajo la dirección de ese hombre misterioso Ippolito (sic) Irigoyen, presidente de la Argentina, hay una nueva reacción contra la anglosajonería (*Anglo-Saxondom*) y una oleada correspondiente hacia la cultura de España como la tierra madre, con la "gravedad, lealtad y amor de Dios" (estas palabras están, en el original inglés, en español) que eran las antiguas cualidades de Castilla."

Habla luego del anunciado viaje del rey de España a Suramérica, de la Fiesta de la Raza, y lo más picante de todo (*most piquant of all*) de que el Gobierno español ha rogado (*requested*) al ministerio de Estado de Wháshington que retire las tropas de Santo Domingo y "restaure el régimen anulado por la ocupación militar". Y si esto es verdad, que no lo sabemos, será una de las cosas mejores que haya podido hacer nuestro Gobierno. Aunque para esto de pedir que se restaure un régimen civil y cesen las ocupaciones militares no creemos que tenga demasiada autoridad.

El articulista de la *Saturday* observa en las repúblicas iberoamericanas —él dice latino— notas de "orgullo y celosa soberanía" (*pride and jealous sovereignty*) y toca a llamada. "Al americano —dice, y aquí debe entenderse norteamericano— se le tacha de "muy ordinario" (en español); un atropellado que no habla español, sino "una lengua que no entiende nadie —¡ni los pájaros!"—, y al alemán se le tilda de "muy bruto" (también en español), a pesar de su trabajoso esfuerzo por remedar las gracias nativas". Lo evidente es que el autor del artículo, que lo mecha de frases españolas, no se pasa ni de fino ni de sagaz. Pero parece alarmado, y esto nos satisface.

"La verdad es —añade queriendo hacer *humour*— que dejada a sí misma Sudamérica, lo mismo que España, es campo de holgazanería dignificada (*dignified sloth*) donde "empiezan y no acaban", como dice el proverbio nativo. Este espíritu se ve en los dramas de Lope: amor de la intriga, desprecio hacia el extraño; el dominio del honor y un sentido de delicadeza junto con el culto de los símbolos, la deificación de la venganza y toda la pasión de una gente enamorada de sí misma y de sus maneras y sus ideales."

Por lo visto, la anglosajonería no está enamorada de sí misma, de sus maneras y sus ideales, ni despre-

cia a los demás ni los considera... clientela. Que es peor que carne de cañón.

Cita luego lo de que el Africa empieza en los Pirineos, y saca a relucir a Marcial como el verdadero español, "que prefiere una indolente vida bohemia antes que otras profesiones más asentadas y remunerativas". Y luego escribe —ahora no hacemos sino transcribir—: "*Spain is* mi tierra (¡vive Dios!)". Y añade: "Sólo España, según piensa Suramérica, revela al verdadero hidalgo, con su inmemorial lema: "Amor, Astucia y Valor" (estas tres palabras en español). Y luego: "Estos Estados latinos, pues, tienen un nuevo sentido de nacionalidad que trabaja en ellos. No desean desenvolvimiento. Se han hecho singularmente inmercenarios, pidiendo no más que el que se les deje solos, y respondiendo a todas las ofertas de comercio con un "mañana veremos" (en español) que es seguramente una de las "cosas de España", que aflige más al material e impulsivo anglosajón".

De donde resulta que quien no se entrega al patronato de la anglosajonería no desea su propio desenvolvimiento, sino la independencia. ¡Miren ustedes que preferir ser independientes a que otros nos desenvuelvan! ¡A su manera, claro!

Y acaba el quejumbroso artículo del anglosajón impulsivo y material de la *Saturday* con estas palabras: "No cabe ignorar esta nueva marea emocional. Y la visita del rey Alfonso a las antiguas Colonias de España puede muy bien ser la señal de una Declaración de Independencia cargada de resultados de largo alcance".

Así sea, ¡amén! —añadamos por nuestra cuenta.

¿Comentarios? ¿Para qué? El articulista de la *Saturday* teme una declaración de independencia de naciones que, según eso, estima que no eran antes independientes, y que con la independencia recaigan en

la holgazanería dignificada de que, por lo visto, no podemos salir los pueblos de lengua española —o portuguesa— si no nos da la mano de mercader la anglosajonería material e impulsiva. Mire usted que contestarles: "mañana veremos..."

Pero hay algo más grave y que el articulista calla, y es que hay capitalistas de esta vieja España, hoy enriquecida, que se atreven a emprender negocios en aquel Continente Vacío que la anglosajonería trataba de acotar para un reparto.

Sí, Europa empieza en los Pirineos. ¿Y por qué ha de ser América de Europa?

Volveremos sobre esto.

(*El Liberal*. Madrid, 8-VII-1920.)

# LA RAZA Y LA GUERRA CIVIL

El artículo que, a propósito de otro del semanario inglés *The Saturday Review,* dediqué aquí mismo a la independencia de Iberoamérica, me ha valido ya, entre otras cosas, una carta de mi antiguo y buen amigo el argentino Manuel Ugarte, a quien antaño prologué —¡lo que corre el tiempo!— sus *Paisajes parisienses* —no "parisinos", ¡por supuesto!— y que ahora me remite la última y definitiva edición del libro en que, bajo el título de *El porvenir de la América española,* ha recogido sus trabajos en pro de la independencia efectiva, política, cultural y moral de las naciones de lenguas española y portuguesa en América.

La primera parte del libro se titula: "La raza". Convendría acabar con ese equívoco de la raza, o darle un sentido histórico y humano, no naturalístico y animal. Raza quiere decir lo mismo que raya o línea; una "raza" de sol dicen por aquí del haz de luz solar que se cuela por una rendija en un aposento a oscuras. Pero hay una raya o línea histórica y espiritual que tiene muy poco que ver con la sangre. Ha tiempo que se dijo que la lengua es la sangre del espíritu. La lengua con todo lo que lleva en sí acumulado a presión de siglos. Y la raza histórica —no naturalística—, humana —no animal—, es algo no hecho, sino que está haciéndose de continuo, que

mira al porvenir y no al pasado. Y en cuanto mira al pasado, se llama más bien abolengo, que deriva de abuelo.

Pero si se entiende bien lo de raza, no está tan mal hablar de Fiesta de la Raza, aunque la fiesta está mal. Entre otras cosas, para que rabien los que no se resignan al dominio de la lengua española y los que han inventado eso de América latina, como si se hablara allí el latín.

Hay, claro, en la América española un problema de razas en el otro sentido, en el naturalístico y animal, aunque mucho menor que en otras de aquellas naciones en la Argentina, patria de Manuel Ugarte —cuyo apellido, como tantos allí, es vasco—, ya que ni el indio, ni el negro, ni el mestizo, ni el mulato son allí un problema grave. Y donde persisten esas razas animales es la historia la que hace su fusión en una raza humana, histórica, civil, fundada en la lengua y lo que ésta lleva consigo, que es cultura.

Acabamos de leer un libro de un venezolano, don Laureano Vallenilla Lanz, titulado *Cesarismo democrático,* y cuyo primer ensayo se rotula: "Fué una guerra civil". Refiérese a la guerra por la independencia de Venezuela, a la que dirigió el gran venezolano y grandísimo español Simón Bolívar, una de las más grandes y más universales figuras de nuestra común raza española. Porque Bolívar, de apellido vasco, de sangre... ¿quién sabe?, de nacimiento caraqueño, aprendió a pensar y a sentir y a querer —porque se siente y se quiere con lenguaje— en español.

Tiene razón el señor Vallenilla Lanz: la guerra por la independencia de Venezuela, en que peleaban alguna vez criollos de parte de los "realistas" y españoles de nacimiento de parte de los "patriotas" o americanizantes, fué una guerra civil. Y aun podríamos decir, reproduciendo la expresión de nuestro Lucano

—*bella..., plus quam civilia,* dice en el primer verso de su *Pharsalia*—, que más que civil. Lleva razón el señor Vallenilla al considerar a José Tomás Rodríguez Boves terror de los "patriotas", aunque nacido en Oviedo de Asturias (en 1783) como un criollo más. "No puede ser considerado —dice— como español, en el sentido de extranjero con que ha querido presentársele." Allí se crió, allí se hizo.

Otro día comentaremos lo que el señor Vallenilla dice de los españoles oscuros radicados en Venezuela, "identificados por sus oficios con la parte más baja de la población", y "los verdaderos representantes de España, que fueron —dice— en general humanos, generosos, justicieros". Ahora, a reserva de volver sobre esto, vamos a otra cosa.

La guerra por la independencia patria fué en Venezuela —y quien dice en ella dice en las otras naciones españolas de América— una guerra civil, y su fruto fué un fruto de civilización: la fragua de la raza histórica con las variedades animales o de sangre. Y toda guerra civil es una guerra humana e histórica, por cruel que sea, no animal y naturalística, no malthusiana. Gracias a la guerra civil que produjo la independencia de Méjico, pudo llegar a gobernar a éste, primero, aquel indio de pura sangre que fué el excelso Benito Juárez, clarísimo espejo de patriotismo, y luego el mestizo Porfirio Díaz.

Sí, las únicas guerras humanas y civilizadoras son las guerras civiles, cuando los adversarios se entienden unos con otros, cuando pelean acaso por el distinto valor que se debe dar a una misma palabra común. Y el fin de una guerra civil suele ser la fragua y el remache de la raza histórica, de la raza humana.

Nuestra guerra por la independencia de España, contra los ejércitos de Napoleón, ¿no fué acaso también en gran parte una guerra civil? ¿Es que no había españoles afrancesados y liberales, tan espa-

ñoles como los otros —si es que no más—, y algún francés, como aquel Espagnac, que fué luego conde de España —¡de España!—, que por espíritu reaccionario se apartó luego de su patria de origen y se puso al servicio del absolutismo del Borbón —de origen francés— que regía indigna y vilmente a España, después de haberse arrastrado, ¡cobarde!, a los pies de Napoleone Buonaparte, que no fué francés de origen ni acaso de espíritu?

Y esto podemos y debemos aplicarlo a nuestra España de aquí. También aquí hay que fraguar y remachar la raza, hay que hacer el pueblo. Y se le hace dándole sentido universal y humano y civil de españolidad. Y para ello es inevitable la guerra civil. El toque está en hacerlo lo más civil y humanamente posible.

(*El Liberal.* Madrid, 15-VII-1920.)

## LA OTRA ESPAÑA

Eso de la Fiesta de la Raza ha pasado en toda España como otra liturgia cualquiera oficial, por ejemplo, la de las aperturas de los cursos académicos. Y es que ni se crea, ni siquiera se fomenta sentimientos, cuando los hay, con esas ceremonias de real orden. Más bien se les perjudica.

Dejemos a un lado lo de raza, que es término harto oscuro. Valdría más haber dicho de la Lengua, o de la Historia. La raza no la sentimos en otro respecto, como no se trate de esas, ya muy marcadas, que se distinguen por peculiaridades corporales de mucho bulto y por el color de la piel. Si no fuera por la lengua, un español no se sentiría más cerca de un cubano, un colombiano, un chileno o un argentino que de un italiano o un francés. Por la lengua y los que saben historia, que son los menos, que son un número insignificante, por la historia. Y se da el caso de que a un Benito Juárez, verbigracia, heroico padre de la patria mejicana, podemos comprenderlo y sentirlo siendo así que por sus venas no corría, según parece. sangre caucásica o de blanco europeo.

La verdad verdadera es que la América es hoy para los más de los españoles un país de refugio, una tierra a que se va a redimirse de la servidumbre económica, a poder vivir. Se van los que pueden. Y

no vamos otros porque no podemos ya ir. ¡Ah!, si el que esto escribe fuese más joven y no estuviese prendido al suelo de esta vieja España por raíces de hábitos de necesidad, habríase ido ya. Y habríase ido en busca de España, de su España, que no encuentra aquí, a buscar algo siquiera de lo que aquí pudo haber llegado a ser. ¿Pudo?

El 12 de octubre de 1492, reinando en España los Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, reyes de abolengo indígena, fué descubierta la América, y antes de cumplirse el quinto aniversario de esa hazaña, el 4 de octubre de 1497, fallecía en esta ciudad de Salamanca, de fiebre, el príncipe don Juan de Castilla, único hijo varón de los Católicos Reyes. Fué un azar fatídico. Porque él trajo a España a Felipe "el Hermoso", de la Casa de Austria, y nos ligó a la política de la Europa central. América no fué lo principal; América fué la mina para sostener la política europea de los Austrias; América no fué más que una colonia. No hubo en España política americana.

Llegó la invasión napoleónica, y con ella nuestras guerras de la independencia, la de España y las de sus colonias. Juntos se encontraron en las gloriosas Cortes de Cádiz diputados españoles de aquí y de allí, de todas las Españas. Pero al volver acá aquel ominoso Fernando, el lacayo de Valençay, traidor a su padre y a su patria, las Españas de América habíanse ya, de hecho, emancipado. Se habían emancipado de su poder ominoso.

La teoría de esta emancipación la formuló, mejor que otro alguno, el argentino Mariano Moreno. Las colónias americanas dependían, según su doctrina, de la Corona española, no del pueblo español, y al desaparecer esa Corona, a consecuencia de la intrusión napoleónica, se rompía el lazo que ataba a las diver-

sas Españas y los pueblos de éstas reasumían su soberanía. Era la doctrina patrimonial aprovechada para la liberación democrática y popular.

Los pueblos españoles de allente el Atlántico, las Españas de América, asumieron su soberanía popular —y largos años de luchas civiles costóles a muchos de ellos el asentarla sobre bases democráticas—; pero la España de acá, la solariega, la vieja España no logró asumirla. El pueblo del 2 de mayo de 1808 cayó bajo una coberanía tan extraña, en el fondo, como la de Napoleón y más despótica y absurda. Fernando el Deseado —que así le llamó la triste abyección nacional de entonces— volvió a hundir a España en su sino fatal. Y en tanto allá, del otro lado del Atlántico, empezaba a hacerse la España nueva, la gran España popular y democrática, la que pudo aquí haber sido y no fué, la que torció su camino primero ante la muerte del príncipe don Juan de Castilla; después, ante la vuelta del ominoso Fernando VII.

¿A qué recordar la otra tragedia, la de 1898, precedida veinte años antes —el 28 de junio de 1878— por otra muerte fatídica, que aun hoy canta elegíacamente el pueblo? Hay quien nos asegura que en Cuba se siente hoy más español que en España, que allí encuentra ya algo que aquí pudo y debió haber sido y no ha llegado a ser. Y es que el español allí se españoliza más y aquí se desespañoliza.

Estamos leyendo el tomo III de la excelentísima *Historia de la literatura argentina,* de Ricardo Rojas —III. "Los proscriptos"—, y en él vemos cuán españoles, cuán profundamente españoles fueron los criollos que más renegaron de España. Aquel máximo Domingo Faustino Sarmiento, a quien Martínez Villergas llamó "enemigo mortal de Pero Grullo" —y esta enemistad fué una de sus mayores grandezas— nunca fué más español que cuando habló mal

de España, de la España colonial, de la que aquí como allí no pasó de ser una colonia, de la que no gozó de verdadera soberanía popular.

¿Y hoy? Hoy, lo mismo o peor aún. Hay que dejar esta España geográfica y nominal, este triste patrimonio de logreros, ir fuera en busca de la España que pudo haber sido y que debió ser. ¡Y quién sabe si desde allí nos la devolverán...!

¡Felices los que pueden emigrar a otra España!

(*El Liberal*. Madrid, 15-X-1920.)

## LA FIESTA DE LA RAZA

El día 12 de este mes de octubre, aniversario del descubrimiento de América, ha sido instituído como fiesta nacional con el nombre de Fiesta de la Raza. Tenemos que repetir que este nombre se presta a equívoco. La palabra *raza,* como la palabra *casta,* lleva en el uso vulgar y corriente una cierta connotación animal irracional, corporal, grosera, pues se habla de razas o castas de toros, caballos, carneros, perros, cochinos, etc. Y aun aplicado al hombre, cuando se dice raza blanca, o negra, o amarilla. Y no es éste el sentido que en nuestra fiesta debe tener.

El lenguaje, instrumento de la acción espiritual, es la sangre del espíritu, y son de nuestra raza espiritual humana los que piensan y por tanto sienten y obran en español. Y la acción sin lenguaje no es más que gesto.

De nuestra raza fueron, no sólo Hernán Cortes y Balboa, y Lagasca, y Mendoza, y Garay, sino también los mejicanos Hidalgo y Morelos, el venezolano Bolívar, el colombiano Sucre, el argentino San Martín, el chileno O'Higgins, el cubano Martí. Y lo fué Colón, sea cual fuere la casta de su sangre material. De nuestra raza fué también el indio mejicano Benito Juárez, uno de los padres de Méjico, el que libertó a su patria del intruso Maximiliano de Austria,

que fué llevado a ella por bayonetas de extranjeros; el heroico indio Juárez, verdadero hombre de acción, y de verdadera acción —no de gesto—, cuyas armas fueron la palabra y la pluma. Porque Juárez llegó a pensar y sentir en español.

También fué de nuestra raza espiritual, de nuestra sangre del espíritu, de nuestra lengua española, aquel heroico filipino que fué José Rizal, aunque su sangre material fuese entre tagala y china. Pero en español pensó, y sintió, y habló, y escribió Rizal, y en español se despidió del mundo en aquella su inmortal poesía última, cuando nos dijo:

*Voy donde no hay esclavos, verdugos ni opresores,*
*donde la fe no mata, donde el que reina es Dios.*

En aquel característico decreto que publicó en Manila el 7 de julio de 1892 el general Despujols deportando a Rizal se decía que descatolizar equivale a desnacionalizar, y es decreto que merece ser siempre leído y meditado, pues descubre la raíz de nuestros desastres coloniales. Se hablaba allí de las "patrias glorias" de un modo que hoy ha de hacer sonrojarse a todo español de raza y conciente de la nobleza de su españolidad.

Se ha hablado recientemente del proyecto de elevar una estatua a Bolívar en Madrid, y hasta se dijo que sería patrocinada la idea por lo más alto del Poder público del reino. Estaría bien. Pero aún cabe más. Los calvinistas de Ginebra han elevado un monumento expiatorio a la memoria del hereje español —hereje para ellos y para los católicos— Miguel Servet, sacrificado en aquella ciudad al fanatismo dogmático-religioso en 1553. ¡Quién sabe si llegará un día en que el pueblo español, la nación española de España, eleve en Manila un monumento expiatorio a la memoria del heroico mártir José Ri-

zal, víctima de otro fanatismo dogmático o más bien de un crimen de Estado, el 30 de diciembre de 1896!

El nombre de otro gran español, de Rafael del Riego, asesinado en Madrid el 7 de noviembre de 1823 —pronto hará un siglo—, mártir del constitucionalismo, figura en el salón de sesiones del Congreso. Con tanta razón puede figurar el de José Rizal.

¡Días aquellos de fines de 1896! Meses después, el 8 de agosto de 1897, era sacrificado por otro fanático don Antonio Cánovas del Castillo, el de la fórmula fatídica de "hasta el último hombre y la última peseta", traducción por un letrado de aquel bárbaro lema del bárbaro pundonor caballeresco que dice: "Defenderla y no enmendarla." Al otro año, el de 1898, vino el primer desastre, el primer golpe del derrumbe que todavía dura.

¿Saldrá incólume de este derrumbe la conciencia de la raza espiritual, de la españolidad, del alma común que tiene por carne la palabra?

La flor de nuestra común literatura española es el teatro; pero el teatro de palabra, el teatro en que la palabra es acción y la acción es palabra. Hoy el teatro del silencio, el cine, donde los llamados actores son pantomimeros, y aun volatineros, hace que muchos confundan el gesto con la acción. Segismundo soñando su inmortal prólogo: "¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!...", es más activo que disponiéndose al bárbaro gesto de echarle a un pobre criado por la ventana. Como el último poético pensamiento de Rizal, su inmortal despedida del mundo, fué una acción. Y fué una acción la noble pasión de su muerte. Por parte de él, que la padeció, que por parte de los que la decretaron fué otra cosa.

No hay cosa peor que las manos sin lengua racional.

(*El Liberal.* Madrid, 12-X-1923.)

## DE NUEVO LA RAZA

El año próximo pasado, por este mismo tiempo y en ocasión del día de la llamada Fiesta de la Raza, coincidente con el de la Virgen del Pilar de Zaragoza, publiqué un artículo titulado "La raza es la lengua", en que procuraba denunciar el aspecto materialista que suele darse al concepto antropológico de raza. El que le dan los llamados racistas. Y hoy me siento obligado a insistir en ello, en vista de la exasperada barbarie —mejor salvajería— que el tal racismo alcanza, especialmente en Alemania. ¿Pues qué si no salvajería es todo eso de los arios y de la svástica o cruz gamada, que es todo lo contrario de la cruz universal cristiana? ¿Qué si no salvajería es la persecución a los judíos? Y como este racismo y ese salvaje antisemitismo empiezan a echar raíces en nuestro suelo español, aunque sea sólo por obra de "snobs" y pedantes, conviene remachar en lo de raza.

La fiesta de la raza hispánica, de las naciones de lengua española, no puede basarse en el concepto fisiológico, somático o material de raza. Las naciones de lengua española —la lengua es la sangre del espíritu— abarcan razas materiales muy distintas, indios americanos, negros, judíos de secular lengua española —o "lengua español", que dicen ellos— a los descendientes de hebreos expulsados de España. Sin contar los que de ellos se quedaron aquí y se fun-

dieron en la común nación española. Y conviene añadir que si el mestizaje y el mulataje trajo a pensar y sentir en español a muchos indígenas americanos, y si son muchos los indios puros americanos que piensan y sienten en lengua española, son acaso más los que todavía piensan y sienten, aman y odian, gozan y sufren, ven y sueñan en sus viejas lenguas precolombinas.

¡Y hay que ver las luchas de razas materiales que se entablan en no pocas naciones hispanoamericanas! Para que se le vaya a dar a esa categoría de raza el bárbaro sentido que le dan los racistas, los presuntos arios esos de la cruz gamada y anticristiana. Muchos españoles de lengua —quiero decir hombres cuya lengua de cuna, maternal, era el español, o si se quiere el castellano— que se han distinguido en el cultivo de esta nuestra lengua y suya, han llevado en sus venas mayor proporción acaso de sangre material no española que de ésta, y hasta se ha dado el caso de indio puro o de negro puro que no ha pensado ni sentido sino en español. Y en cuanto a judíos, ¡habría tanto que decir!

Todos esos bárbaros racistas teutónicos y sus pedantes discípulos de aquí —hay quien cree en las fantasmagorías de aquel iluso Drumont— suelen decir y repetir que cuando se pronuncian contra los judíos no es por motivos religiosos, sino de raza. Y mucho más cuanto que no pocos de los supuestos judíos de raza —¡porque cualquiera sabe lo que es antropológicamente la raza judía!— no son judíos de religión, sino cristianos de una u otra rama, y por otra parte los sedicentes arios que los persiguen tampoco son de religión cristiana, sino más bien anticristiana. A tal punto que reniegan de Jesús y de sus apóstoles por haber sido éstos de nacionalidad judaica.

Y sería lamentable que en el incipiente racismo de España entrase la consideración que podríamos llamar, aunque abusando de la propiedad del término, religiosa. Sería, por ejemplo, lamentable que a la dichosa Fiesta de la Raza del día 12 de octubre, conmemorativo del descubrimiento de América, se le quisiera dar un sentido más aún que religioso, escolástico. A lo que se presta el que ese día coincida con el de la conmemoración por la Iglesia Católica de España de la Fiesta de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza.

El principal santuario español durante la Edad Media fué el de Santiago de Compostela, donde por muchos se cree que quien está enterrado es el hereje Prisciliano —desde luego no el apóstol Santiago en su mayor parte mítico—; durante los Austrias, fué el de Nuestra Señora de Guadalupe, y durante los primeros Borbones, el del Pilar de Zaragoza, cuya imagen es de origen francés. Y el descubrimiento de América se hizo el día del Pilar; no sabemos que entre los descubridores figurasen mucho los aragoneses. En cambio, como los principales conquistadores fueron o castellanos o extremeños, y fué extremeño Hernán Cortés, que llevó a Méjico el culto de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, esta imagen fué la que arraigó en tierras mejicanas y se hizo un ídolo de los indígenas mejicanos. Nuestra Señora de Guadalupe se indianizó, se mejicanizó y entró a formar parte del panteón mitológico de aquellos pueblos. Lo que no quiere decir, ¡claro está!, que los más de sus pobres indios mejicanos que rinden culto idolátrico a la Virgen de Guadalupe tengan conciencia católica, ni menos cristiana. "Idolos detrás de los altares" es como ha titulado Anita Brenner a un libro sobre la... llamémosla religiosidad de los mejicanos. Sin que sea sólo en Méjico y entre los indios donde detrás de los altares o sobre ellos se erigen ídolos. Y

a las veces, ídolos de raza material, cuando no de ídolos políticos.

La Fiesta de la Raza espiritual española no debe, no puede tener un sentido racista material —de materialismo de raza—, ni tampoco un sentido eclesiástico —de una o de otra Iglesia—, y mucho menos un sentido político. Hay que alejar de esa fiesta todo imperialismo que no sea el de la raza espiritual encarnada en el lenguaje. Lenguaje de blancos, y de indios, y de negros, y de mestizos, y de mulatos; lenguaje de cristianos católicos y no católicos, y de no cristianos, y de ateos; lenguaje de hombres que viven bajo los más diversos regímenes políticos.

(Publicado en periódicos de provincias.—*El Pueblo Gallego,* de Vigo; *Heraldo de Aragón,* de Zaragoza, etc.— el 12-X-1933.)

# COMUNIDAD DE LA LENGUA HISPANICA

En noviembre de 1846 llega a España, de viaje a Europa y a Africa, aquel soberano ingenio de la América hispánica que fué el argentino medio chilenizado, Domingo Faustino Sarmiento. Viene a confirmar sus prejuicios en contra de la España que se le antoja medieval, sin que el autor de *Civilización y barbarie* tenga una clara noción histórica de lo que la Edad Media, la que amamantó el llamado Renacimiento, el del descubrimiento de América, había sido. El hombre genial que más en español, en más castiza habla española, habló mal de España sin conocerla. Como él, hablaban mal entonces de su España muchos españoles afrancesados —lo que no quiere decir francos— y no europeizantes. Viene Sarmiento, entre otras cosas, a dar a los españoles de entonces lecciones de buen habla española. Tratando de una menudencia, de origen chileno, cual es la desviación ortográfica entre España y sus colonias —es su frase—, dice que esto no es un grave inconveniente, pues, "como ustedes no tienen autores, ni escritores, ni sabios, ni economistas, ni políticos, ni historiadores, ni cosa que lo valga; como ustedes aquí y nosotros allí traducimos, nos es absolutamente indiferente que ustedes escriban de un modo lo traducido y nosotros

de otro". Observa la fuerte influencia francesa en la clase ilustrada —lo que no quiere decir culta—, y que el lenguaje mismo se resiente de esta influencia, "aunque no sea sino por las resistencias que oponen a ella". Y nota con justeza que se encuentran en nuestros escritores frases anticuadas, vocablos vetustos y apolillados. "Estas buenas gentes —escribe al chileno don Victoriano Lastarria—, que de puristas se precian por huir del galicismo, acabarán por hacer un idioma de convención que sólo ellos se lo entiendan, cosa que, a decir verdad, no ha de traer grave daño al mundo intelectual."

Esta posición de Sarmiento frente al problema vital del habla común de españoles e hispanoamericanos revela claramente la lucha íntima que se trababa en el alma tumultuosa de aquel ibero, hombre de contradicción, a la española, entre el unitario europeizante y pedante, el del frac y la llamada civilización, y el federal, o popular, americanizante, y que bajo el frac llevaba el chiripá de la supuesta barbarie y acaso la capa española que probaba, según él, que el español no era borracho. El español que luchó contra los ejércitos napoleónicos y trajo luego, con la Constitución de Cádiz, el liberalismo —la palabra nació en España— a Europa. Y esa lucha fué lucha por la independencia. De España y de las naciones americanas que de la España napoleonizada, afrancesada, mediante una guerra civil, surgieron. Guerras de independencia política y, a la larga, de independencia cultural. Bolívar, napoleonizado, contribuyó a esta independencia. Y es que su culto a Don Quijote fué acaso mayor que su culto a Napoleón.

Cobrada por las naciones americanas de lengua española su independencia política, cayeron bajo una especie de dependencia del influjo intelectual de la ilustración francesa. Y digo ilustración, y no cultu-

ra, porque ese influjo se ejercía sobre las clases ilustradas, letradas, leídas, sobre los dirigentes tanto aquí como ahí, mientras que la cultura, que es algo más hondo y radical, algo popular, puede anidar en aldeanos analfabetos que guardan una cultísima tradición secular, campesinos de aquí, de España, y campesinos de ahí, de América, y hasta indígenas precolombianos en quienes el cristianismo prendió sobre tradiciones milenarias de casta.

La ilustración europea del siglo llamado de las luces se fué traduciendo ahí, lo mismo que aquí, en España, sobre todo del francés, sin que lograra arraigar en la cultura popular, sin que buscara raíces del habla común. Con ello podría haberse fraguado una Internacional de naciones hispánicas, pero no Interpopular de pueblos ibéricos. Podrían haberse entendido los profesionales de las Letras y del Derecho, y hasta los arrabaleros leídos de uno y otro continente hispánico, pero no los hombres del pueblo. El siglo de las luces, para poder vivir, y la ilustración para hacerse de verdad cultura, tendría que haber ido a buscar savia y jugo en las tinieblas de las tierras nacionales, donde viven las hablas verdaderamente populares. Lo que en la Argentina se ha llamado el idioma nacional, cuando siente la necesidad —los idiomas, como poderes vivos que son, sienten necesidades— de hacerse popular, ha de acudir a su raigambre viva. A ella bajó el habla popular gauchesca de *Martín Fierro,* que es en sustancia la misma que vive en el pueblo extremeño, de donde salieron los grandes conquistadores y pobladores de la América española.

Y esa habla se va robusteciendo y recreando, tanto ahí como aquí, a medida que vamos unos y otros, de un lado y de otro del Atlántico, zahondando en nuestra común cultura. Que la cultura, en que tiene que

prender la ilustración para ser viva, fecunda y duradera, arranca del habla.

Un idioma —"idioma", originariamente, quiere decir propiedad—, un idioma de habla es una raíz, más que depósito, de tradiciones, y lleva en sí una visión y una audición del universo mundo, una concepción de la vida y del destino humano, un arte, una filosofía y hasta una religión. No sólo se imagina, sino que se piensa, se sueña y se siente en un idioma de habla popular. Cuando el Evangelio dice que el Verbo, la Palabra, *lo* hizo todo, que en él estaba la vida y que la vida era luz de los hombres, expresa la concepción —mejor conceptuación— histórica de la historia. Las ideas brotan de las palabras, que no éstas de aquéllas. Idea quiere decir, en su sentido original y originario, visión. Y palabra, "parábola", es curva de son que va en soplo, en espíritu. Y cuando se respira visiones, cuando se les da vida espiritual, es con palabras. Bien dice la teología católico romana que el Espíritu Santo procede del Padre y del Verbo. La visión, el ideal del universo, surge para cada pueblo de su idioma verbal. En metáforas, estibadas a peso de siglos, hechas ya expresiones inmediatas y espontáneas, está la raigambre de la filosofía de cada pueblo. Hasta nuestra concepción de Dios, del Sumo Creador, que creamos a nuestra imagen y semejanza sus criaturas y creadores, la pensamos, la soñamos más bien, en nuestra habla. Y por algo se dice: "Santificado sea el Tu nombre." Su nombre, que es, en nuestro espíritu, su esencia, sea cual fuere su existencia.

Por esto, cuando ahí en la América hispánica, como aquí en España, queremos asimilarnos las visiones, las ideas que nos llegan en otros sones, en otras hablas, y apropiárnoslas y hacer con ellas nuestra cultura, tendremos que repensarlas en nuestra palabra, tendremos que oírlas, y con los oídos del corazón, en nuestro lenguaje. Y no nos valdrá traducirlas mera-

mente. Tenía razón Sarmiento al decir que en su tiempo los letrados —letra que no mata no es espíritu que vivifica—, los literatos de España y los de su América, era indiferente que tradujeran del francés de una misma manera o de maneras diferentes. Traducir no es de por sí apropiarse algo, y ni siquiera interpretarlo.

La verdad se dice, no se piensa en silencio. Y poder decirse la verdad es ser libre. Por lo que el Evangelio dice que la verdad nos hará libres. Y he aquí por qué la independencia espiritual de un pueblo es su verdadera libertad, pues exige que cada pueblo descubra su verdad propia, su propia personalidad, se haga el que es, que mandó Píndaro.

Y ya se anuncia —no creo que mi fe en ello me engañe— una interpretación, una conceptuación del universo, y de su vida y de su destino, hispánica, una filosofía brotada de nuestro verbo universal, la que ha balbucido oscuramente en los mensajes de nuestros pensadores y sentidores, y de los nuestros. Si fe es creer lo que no vimos, según se nos ha enseñado en el catecismo escolar y parroquial, razón es creer lo que vemos. Y lo que se llama realismo español, parejo al realismo hispanoamericano, el que nace en el fondo de nuestras castizas guerras civiles, no es ni más ni menos que un racionalismo, al que otros pueblos tildan de irracionalismo, que nos hace creer lo que vemos, y apenas más que lo que vemos y aun tocamos. Y ese nuestro común realismo, o racionalismo típico, se nos convierte, más que en idealismo, en espiritualismo. Espiritualistas el idealista Don Quijote, que veía gigantes donde otros no más que molinos, y el realista Sancho Panza, que veía la Insula Barataria y su justicia.

Sin dogmas estadizos no ortodoxos, un habla popular es la que asienta lo que podríamos llamar la religión civil de las naciones, la civilización que brota

de lo que los pedantes podrían llamar barbarie. Y así hoy, cuando aseguradas nuestras sendas independencias nacionales, las de los pueblos de nuestra habla, sentimos la necesidad vital de asegurar y consolidar nuestras sendas personalidades colectivas y comunes, nos vemos forjados a fundarlas sobre una Interpopular hispánica, sobre una hispanidad común. Y su asiento es el habla común, a recrecer y recrear la cual contribuyen todos los pueblos, entre ellos el de dialecto castellano, que imaginan, sueñan, piensan, sienten y rezan en ella. Rezan unos, los creyentes, a su Dios; otros, los agnósticos e incrédulos, a la Naturaleza, a la razón, o a lo que fuere.

Cuando se habla de esa que han dado en llamar Fiesta de la Raza, pienso que debería llamarse Fiesta del Habla o de la lengua común. Porque raza —palabra por cierto de origen castellano y que equivale a "raya", línea o linaje ("una raza de sol", se dice, por un rayo; "una raza de tejido", por una hebra), raza nos dice de algo corporal, material, fisiológico, sangriento en cierto sentido, de algo que tiene que ver con esos confusos embolismos de colores y contornos de las cabezas —lo de los braquicéfalos morenos y los dolicocéfalos rubios— y que lleva a la barbarie antropológica, mientras que el habla, que es la sangre del espíritu, nos dice de algo espiritual, psicológico, incruento. Los anglosajones de un lado y de otro del Atlántico, los britanos y los americanos del Norte, solían decir —no sé si siguen o no diciéndolo— que la sangre puede más que el agua, dando a entender que lo que las aguas saladas del océano separan une la sangre, salada también —como salida de la salina, dice una teoría común—. Aunque esto sea en gran parte engañoso, ya que ni en el Imperio británico, ni en los Estados Unidos de la América del Norte quepa decir que haya hoy una raza física pura, si es que en alguna parte la hay. Mejor habrían di-

cho diciendo que lo que las aguas y la sangre separan une el verbo, sangre espiritual de cada comunidad civil humana. Las aguas del mar, por otra parte, unen a los mismos a quienes parecen separar Y esto lo sintió Sarmiento mismo, cuando al final de su grandilocuente "Discurso de la bandera", tan español, tan castellano, os hablaba del mar que en el Plata se abre a los pueblos todos. En aquel mismo discurso en que nos decía a los españoles que tendríamos tierra y libertad cuando fuéramos a pedírosla como una deuda. ¡Tierra y libertad es para el espíritu el habla! Y ved cómo, llevado por el habla común, me siento sarmentiano y castelarino.

Nuestra habla común, nuestra común sangre espiritual, latinoibérica y celtibérica, nos dice de una común concepción paganocristiana, aparte de dogmas definidos, cuya cifra es la cruz en que sueñan, sépanlo o no, hasta nuestros ateos y nuestros agnósticos. Mientras que esa raza de sangre corporal, material, nos dice de la svástica o falsa cruz gamada o ganchuda, esa rueda angulosa, en escuadras, para destrozar a los pueblos, empezando por reducirlos a una especie de epiléptica dementalidad, de barbarie pedantesca, no de aquella barbarie popular, en rigor hondamente democrática, que vuestro —y nuestro— Sarmiento oponía a la civilización, sino de otra barbarie sociológica, y casi metafísica, que pretenden fundar una Kultura con K mayúscula. A los ascendientes de esos de la svástica les civilizaron, y hasta les cultivaron, la cruz latina y la cruz griega, la romana y la bizantina, las que nos unieron en espíritu a los que pensamos, soñamos y sentimos en romance español. Y es significativo que este término "romance" —hablar en romance, *romanice*, a lo romano— haya venido a designar el ritmo más castizamente castellano, el del octosílabo, en que se expresa el sentimiento épicolírico de nuestros pueblos, el

del romance español y judeoespañol, el de la poesía popular hispanoamericana —ejemplo el *Martín Fierro*—: este ritmo romance, que también tomaron los moros y moriscos ladinos, esto es, latinos, los lenguaraces que se dice en América, los que aprendieron a poner la marcha de su pensamiento al paso de los hispano-románicos, de los hispano-latinos que los ganaron.

Y esa habla madre común y cultural de nuestros espíritus es muy otra cosa que una institución académica. Aun en ésta han superado a nuestros maestros españoles algunos maestros americanos. Baste recordar al venezolano chilenizado Andrés Bello, el autor de la mejor gramática, todavía, del idioma castellano, y al colombiano Rufino José Cuervo, que la completó. Y el cuidado de la corrección académica ni puede ni debe poner en peligro la evolución, el progreso íntimo de la común habla popular a la vez que culta. Cuando el argentino Carlos Pellegrini, de estirpe en parte italiana y en parte inglesa, profetizaba, con evidente ligereza y desconocimiento de los procesos lingüísticos, que al correr de no mucho tiempo brotarían distintos idiomas dialectales de nuestra común habla en América, olvidaba —si es que lo sabía— que el proceso de integración va de par con el de diferenciación, y que en pueblos que se comunican unos con otros en el mismo idioma, este comercio mutuo los asimila entre sí. Las jergas cientificistas, que no científicas, de sociólogos, juristas, pedagogos y otros pedantes internacionales —no universales—, fué lo que pudo en un tiempo haber puesto en riesgo la radical comunidad cultural y espiritual de los pueblos de habla hispánica. Pero hoy, que sentimos todos éstos la necesidad de asentar y asegurar nuestras sendas personalidades, base de nuestras independencias nacionales, en una común personalidad popular, com-

prendemos dónde está la tradición sobre que fundar el progreso de nuestro destino universal.

¡Errado concepto el que muchos en esa América, y entre ellos el genial Sarmiento, tenían no hace medio siglo, en el de las luces, de la Edad Media! De ésta brotó el llamado Renacimiento. De la cultura medieval, con raíces grecorromanas trenzadas con judaicas, arábigas y visigóticas, la ilustración renacentista, de que surgió el descubrimiento de América por Castilla. En la lengua medieval del *Cantar del mío Cid* se lanzó al cielo el "Tierra", es decir, el "Hágase" con que del Océano se reveló a los españoles América. Y en el habla de nuestros historiadores de Indias empezaron a soñar su historia los primeros criollos y los primeros mestizos americanos, vertiendo éstos a dicha habla la sustancia íntima de sus dulces hablas maternales indígenas.

"Vivió, en castellano", refiriéndose al idioma, ha dicho de Benito Juárez su último biógrafo Héctor Pérez Martín. De Benito Juárez, el impasible, el indio puro, zapoteca, el segundo padre de Méjico, la Nueva España de un tiempo, el padre de su independencia nacional, amenazada por un Napoleón que le había impuesto un Habsburgo como emperador; el indio que balbuceó en su niñez en un habla indígena, precolombina, como aquella en que había soñado antaño la Malinche que brizó los primeros ensueños americanos de Hernán Cortés. Y aquí podría recordaros el lengendario Tabaré, el charrúa, que soñó en castellano, José Zorrilla de San Martín, el uruguayo. Y de otra banda, al otro extremo del planeta, en Filipinas, que hoy reclama su plena independencia política nacional fué en castellano en que dió su último pensamiento poético y rítmico a su patria aquel otro indio, éste tagalo, José Rizal, al despedirse de ella la víspera de ser fusilado por un mandato de un poder español, no ciertamente popular. No sé qué acen-

to, qué tono, qué timbre hayan podido dar al habla mejicana y al habla filipina hispánicas las hablas maternales indígenas de Benito Juárez y de José Rizal, pero sé que ese acento, con tono, y ese timbre habrán fecundado y avivado la sustancia y la esencia íntima del habla hispánica en que fueron bautizados, cristianados en espíritu, esos dos héroes de sus patrias.

Crisol de razas se le ha llamado a ese vuestro continente latino-ibero-americano —no es de pasar en silencio el latino-ibérico Brasil, aunque incluso en Hispania, que es como los latinos llamaron a toda la Iberia occidental—, y un soñador teosófico mejicano habló de su raza cósmica. Y si es tal crisol, será el fundente de sus diversas razas espirituales y dialectales, entre ellas la castellana, nuestro común idioma en vía siempre de transformación y de una mayor integración hispánica, si es que otros idiomas forasteros pueden hacer de hablas catalizadoras, para valernos de una metáfora química. Pueden hacer de guías que nos ayuden a descubrir mejor las entrañas vivas de nuestro común idioma, pues que estudiar y conocer otros lenguajes lleva a mejor estudiar y conocer los nuestros. Adueñarnos de nuestra habla es cobrar tierra, independencia y libertad espirituales.

(Conferencia radiada a América en 1935, e incluída en el libro *Diez maestros*. Buenos Aires. 1935, p. 23-39.)



Historia de la lengua española

---

Ensayo de biología lingüística

---

Introducción á la filología

---

*Portada autógrafa de don Miguel de Unamuno, en el interior del mismo cuaderno en el que redactó el trabajo que va a continuación. Del título primitivo subsiste la expresión "Ensayo de biología lingüística".*

# VIDA DEL ROMANCE CASTELLANO

## HISTORIA DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Ensayo de la Biología lingüística.

Introducción a la Filología.

> "He gave Man speech, and, speech created thought.
> Which is the measure of the Universe."
>
> (Shelley. *Prometheus Unbound*, act. II, scene IV.)

El fin del presente trabajo es el estudio de la lengua en que está escrito el *cantar* o *romance* de *myo Cid,* monumento el más antiguo que nos ofrece la poesía castellana.

Esta lengua es la de una región de España en un tiempo determinado cuya existencia y estructura estuvieron condicionadas por las de las regiones vecinas a aquella en que nació y por las que dentro de ésta le precedieron en el tiempo y las que precedieron a aquellas otras lenguas vecinas.

El estudio científico enseña la razón de un fenómeno por el conocimiento de su proceso de forma-

ción, a que se llega por comparación de los estados precedentes en el tiempo y concomitantes en el espacio, los concomitantes a sus precedentes en el tiempo y los precedentes a sus concomitantes en el espacio. En el caso presente, con el latín y los dialectos neolatinos, los peninsulares sobre todo.

Para el más perfecto conocimiento reflexivo de la lengua castellana como fenómeno natural este estudio es imprescindible.

El estudio de los antiguos monumentos y el de los modos de hablar populares, la comparación de los términos lingüísticos del proceso literario y los restos de antiguos usos es lo que puede sacar a la gramática de su empirismo.

El más antiguo monumento literario en romance español es un Cantar al héroe que mejor ha simbolizado el espíritu de Castilla, siendo órgano de la afirmación de la voluntad indígena frente a las intrusiones extranjeras y enseña de la idea castellana de la unidad patria, fin y objeto de la labor secular de la nación española.

El diligente bibliotecario, el presbítero don Tomás Antonio Sánchez, movido por las noticias que halló en las *Fundaciones de San Benito* de Fr. Prudencio de Sandoval y en las *Antigüedades de España* de Berganza, logró obtener y copiar este monumento literario publicándolo en el tomo primero de su *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*, en 1779, bajo el nombre de *Poema del Cid* con que desde entonces es conocido.

Su primer editor, Sánchez, lo atribuía a la primera mitad del siglo XII, otros lo dilatan hasta el siglo XIII, Ticknor lo coloca hacia 1200 y Dozy asegura que no pasa del 1207. En la *Historia de la Literatura Española* del señor Amador de los Ríos (1863, tomo III) hallará el lector datos respecto a esta cuestión.

El poema latino referente a la conquista de Almería, incluído en la *Chronica Adefonsi Imperatoris,* crónica que se sabe ser compuesta hacia 1157, en vida de Alfonso VII, dice hablando del Cid:

*Ipse Rodericus, mio Cidi saepe vocatus*
*De quo cantatur, quod ab hostibus haud superatur*
*Qui domuit Mauros, comites domuit quoque nostros...*

Y como ni en la *Gesta Roderici Campidocti* ni el cantar latino, ni en otro monumento que no sea el Poema se le llama a Rodrigo Díaz de Vivar *mío Cid,* es de suponer se alude al poema en el *de quo cantatur.*

La contextura del verso [3.003] que dice:

*Aqueste fué padre del buen emperador*

aludiendo a Don Ramón, esposo de Doña Urraca, que murió en 1157, y el verso [3.724] que dice:

*Hoy los reyes de España sus parientes son*

son otras tantas pruebas que alegan los que lo colocan en mediados del siglo XII.

El que parezca más antigua la lengua del fuero de Avilés, de 1155, según observó Puymaigre, o la del de Oviedo, de 1145, como objeta Dozy, poco resuelve, así como resuelve poco el que el lenguaje del Poema se nos presente más primitivo que el de Berceo, porque ni se desarrollaron los romances al mismo paso en todas las regiones de España, ni la lengua cancilleresca, escrita por semi-doctos ignorantes que querían imitar el latín, ni la de un letrado como Berceo, pueden compararse al habla eminentemente popular de un poema.

En 1814 escribía Southey en la *Quarterly Review* (t. XII, pág. 64) que los españoles ignorábamos todavía el valor inmenso de nuestra historia métrica del Cid como poema y que nunca produciríamos cosa

de provecho en materia de arte hasta que sacudiéramos la inercia y desecháramos el rutinario espíritu que nos impedía conocerla.

Delata la injusticia de tal acusación el simple hecho de haberlo publicado el animoso Sánchez ya en 1779, medio siglo antes de que Mr. Monin llamara en Francia, en 1832, la atención de sus compatriotas hacia la *Chanson de Roland,* que no se publicó hasta que en 1837 lo hizo Fr. Michel, dando así impulso en su patria al estudio de su riquísima literatura medieval, torpemente oscurecida por el exclusivo favor de su clasicismo. Tal solución de continuidad en las tradiciones literarias no se ha dado en España.

La importancia mayor del *Poema del Cid* estriba en su valor histórico ya en la historia general, ya en la de nuestras letras, como fuente de leyenda y de historia, pues su valor meramente literario se ha oscurecido por haber recogido la flor de su belleza nuestro inmortal romancero.

Otro valor grandísimo suyo, y el que aquí nos importa, es el lingüístico, por ser la primer muestra del romance castellano libre y suelto de los andadores de la lengua latina.

La lengua del *Poema del Cid* (véase al principio) debe de ser fiel expresión de la que el pueblo castellano hablaba en la época en que aquél fué compuesto, sin los elementos de labor erudita que aparecen ya en Berceo; la lengua del *Poema del Cid* es el naciente romance castellano.

¿Cómo se produjo éste?

San Isidoro de Sevilla, en el libro IX de sus *Orígenes*, divide en cuatro períodos la lengua latina, *prisca, latina, romana* y *mixta;* prisca, la más antigua; latina, la que se habló en tiempo de Latino y los reyes de Tuscia; romana, desde la expulsión de los reyes, en que florecieron Nevio y Plauto; mixta, la

que por influencia griega y la extensión del Imperio corrompió su integridad primitiva.

En los rudos tiempos primitivos, cuando todos forman pueblo, la lengua es una y uniforme y sirve apenas más que para las transacciones y necesidades de la vida ordinaria. Adoptada la escritura se fijan las antiguas formas, que así resisten mejor a la acción del tiempo, y se crea un poder conservador y tradicional en la lengua. Coincide con esto, y en gran parte debido a ello, la escisión de los ciudadanos en clase culta y clase iletrada; la primitiva inspiración poética que sacaba sus cantos de las entrañas del pueblo, cede su puesto a la imitación de los tradicionales cantares, y a la vez las ideas más refinadas y exquisitas, hijas del ocio de la clase superior, crean un dialecto literario o culto que tiende a perpetuarse en lo escrito, mientras la lengua hablada sigue su curso.

Surge ya desde los más antiguos tiempos de la vida romana el latín clásico junto al latín popular, y ya la lengua de Plauto y de Terencio, tan sólo de una manera imperfecta, representa la que en su tiempo se hablaba.

La escisión de la lengua en erudita y popular arranca de la invención o adaptación de la escritura, que opone un dique al decaimiento fonético, es lazo entre las generaciones, archivo de sus tradiciones y medio de comunicarse pueblos distantes. La literatura se alimenta de los monumentos del pasado y tiende a conservar las formas que el pueblo, falto de comercio con sus antepasados, no respeta [1]. La literatura es la memoria del pueblo, a la vez que su órgano de relación con otros pueblos.

A la par de la difusión de la escritura y el aumen-

1 A la vez que aporta elementos nuevos de lenguas extrañas de pueblos adonde busca fuentes de inspiración, como de Grecia los romanos.

to del bienestar común y la extensión de las conquistas y adquisición de tierras y esclavos, que produce una clase de patricios frente a la de los plebeyos, engendra nuevas necesidades e ideales que producen un nuevo mundo de ideas, para el que es inadecuada la lengua popular hablada.

La lengua literaria conserva antiguas formas por la escritura y enriquece su acervo con formas dialectales. En Roma, el estado social que produjo la división de los ciudadanos y plebeyos, y más tarde la reducción de Grecia a provincia romana y la influencia de la lengua y literatura helénicas, engendraron el latín clásico, el latín en que están escritas las arengas de Cicerón, lengua ya bastante diferente de la de sus cartas familiares y mucho más seguramente de la que el pueblo romano y el mismo Marco Tulio emplearían en su vida ordinaria.

Las distinciones entre latín plebeyo, rústico, urbano, vernáculo, etc., etc., que establecían los escritores romanos, testifica de esta escisión.

La cual se va acentuando más cada día y alcanza un notable desarrollo en los últimos tiempos del Imperio, los que precedieron a la invasión de los bárbaros. La extensión del derecho de ciudadanía, los grandes movimientos de las legiones militares, la mezcla de pueblos de diferentes regiones del dilatadísimo imperio ejercían enorme influjo sobre la lengua en que tantas y tan diversas gentes se entendían.

Ya en el siglo v los seis casos del latín clásico se habían reducido a dos: el caso sujeto o nominativo y el caso objeto o acusativo.

Los escritores romanos hacen con frecuencia referencia a la lengua popular con expresiones análogas a *quae vulgo... dicuntur...*, etc.

Este latín vulgar había seguido la natural corriente de la acción fonética mientras la literatura escrita preservaba de ella al clásico, era más pobre en sinó-

nimos que éste, como es el pueblo más pobre en ideas que los cultos. Donde el latín clásico empleaba dos o tres sinónimos, el popular se contentaba con uno, *ianua* cedió a *porta; amnis* y *flumen,* a *rivus* y *fluvius; vía,* a *camino; pugna,* a *battalia; verberare,* a *batuere; equus,* a *caballus,* y a la par se introducían en él voces alienígenas.

A la par que se extendía el poderío romano, su lengua sustituía a los idiomas indígenas de los pueblos invadidos.

Acaso ninguna otra provincia romana fué más pronto romanizada que nuestra España. En tiempo de Estrabón no recordaban ya los turdetanos su antigua lengua indígena (τελέως εἰς τον Ῥωμαίων μετεβέβλητο τρόπον, οὐδὲ τῆς διαλέκτον τῆς σφετέρας ἔ'τι μεμνημένοι, lib. 3).

Cierto que coexistían antiguos idiomas, uno de los cuales, el vascuence, persiste aún, y el testimonio de Plinio *(Naturalis Hist.,* lib. XXIII, cap. 12), el de Tácito refiriéndose al labrador de Termesto que *sermone patrio... clamitavit,* el *patriis linguis* de Itálico, y algún pasaje de Cicerón (*De Divinatione,* lib. II) no dejan lugar a duda en este respecto. Mas estos idiomas se borraron pronto y bajo el influjo rapidísimo de la romanización de España.

Y aquí debemos hacer observar que tan rápida metamorfosis fuera acaso debida a ser las lenguas de España más o menos afines al latín, si, como sostienen algunos con visos de verosimilitud, eran los llamados iberos un pueblo de origen ariano como sin duda lo eran los celtas, siendo de notar que la única lengua pre-romana hoy persistente en España, el vascuence, difiere radicalmente del latín y de todo el tronco ariano.

España fué romanizada y a ella trajeron, no los literatos, sino los soldados de sus legiones, el *sermo militaris,* la lengua popular, no el latín clásico, ob-

servación que nunca será bastante repetida en vista de lo muy olvidada que es en la práctica. Los doctos y los patricios romanos se quedaban en Roma, y los doctos de fuera a ella acudían, mientras el *sermo rusticus,* transportado por los soldados, daba origen a los *sermones vernaculae.*

La misma extensión del poderío romano rompía el principio de unidad y es fácil comprender que una misma lengua trasplantada al Mediodía de España y al Norte de la Galia tenía que diferir profundamente de una región a otra en poco tiempo, prescindiendo de la acción de las lenguas indígenas vencidas, acción de que hablaremos más adelante.

En los siglos que precedieron a la invasión de los bárbaros se cumplió la romanización de España, teatro más de una vez de las más importantes luchas.

Al disolverse el mundo antiguo se inicia un período lleno de labor interna, de combustión de ideas, la Edad Media; siglos caliginosos, como un capullo, pero de los cuales, como de éste la mariposa, salió el Renacimiento excitado, no producido, por choque externo, como el hombre a quien la luz que despierta saca su vida del reparador sueño, no de la luz a que abre los ojos. Durante estos siglos se alimentaron los pueblos del cadáver del paganismo, fomentado por el calor cristiano. Esta intensidad de labor se revela en la lengua. Nuestro romance actual parece hallarse más cercano al siglo XIII que éste al del VIII. Las formas pululan, las variedades dialectales florecen y la complejidad es grande [2].

---

2 *Historia general de los romances.*—Hasta hacia el año 600 el latín escrito era aún lengua hablada entre los cultos. A él pertenecen las voces en *-ulus, -ula,* en vez de *-lus, -la,* que se hallan en los romances. El segundo período llega hasta el siglo VIII, en que Carlomagno impulsó los estudios clásicos, y en las escuelas se habló una lengua que tendía a la literaria. Ejemplo: Eginhardo, con giros tomados de los autores. En el XII empieza la literatura de traducciones en Francia, sobre todo de textos eclesiásticos, que lleva a la lengua libresca numerosos la-

El latín era la lengua de la Iglesia.

A pesar de la opinión de Díez de que entre los visigodos dominó la lengua germánica en la vida pública de la Iglesia mientras persistieron en el arrianismo, así como una vez convertido Recaredo al catolicismo en 589 la fusión de visigodos e hispanorromanos favoreció más que en otras regiones la desaparición de la lengua visigótica, es lo más probable que al establecerse en España los visigodos habían olvidado su lengua y hablaban un latín, bien que corrompido y mezclado. No han dejado, por lo menos en España, documentos fehacientes de su lengua visigótica.

En latín se entendían los visigodos e hispano-romanos, y el latín era la lengua de la Iglesia, que unió a unos y otros.

Este interesantísimo período, de que es compendio y cifra el gran San Isidoro de Sevilla, luz de los siglos medios, es un período eminentemente latino.

La invasión de los moros en [711] abre el período de la Reconquista, período el más fecundo de la transformación lingüística. La tradición literaria palidece y lo rudo de la vida de batalla y de constante cruzada facilita el cauce natural de las cosas.

En el siglo VIII han desaparecido los casos, sustituídos por preposiciones. En los privilegios otorgados por Alfonso el Católico a Santa María de Covadonga en 740, documentos los más antiguos de la monarquía asturiana, se lee ya *duas campanas de ferro, tres casullas de sirgo* y frases análogas. Un latín totalmente romanceado se lee igualmente en el privi-

---

tinismos, ya porque los conceptos, sobre todo los abstractos, faltasen de hecho a la lengua convencional, ya por comodidad o torpeza de los traductores. Cede luego la latinización para volver a alzarse, y alcanzar su colmo, con el humanismo del Renacimiento. En España es Juan de Mena, primera mitad del siglo XV, el escritor más latinizante, y después los clásicos del XVII, Calderón, Góngora, etc. (Meyer-Lübke.)

legio de fundación del monasterio de Santa Obona, otorgado por Adelgastro en 780.

Y no ha de confundirse con el bajo latín o latín de los tiempos medios la lengua cancilleresca que resultaba de los impotentes esfuerzos de los escribas por escribir una lengua muerta que no conocían bien. Es el latín cancilleresco una lengua bárbara de imitación, por cuya maraña irrumpen y salen a luz las formas de la lengua hablada.

En el siglo IX, el gran movimiento de las Cruzadas favorece la mutua acción de los romances y forma la lengua franca, cuya base fué el francés.

De este siglo IX son los juramentos de Luis el Germánico, de 842, reputados como el más antiguo monumento conocido en lengua romance. Ya en este mismo siglo prescribían los concilios a los obispos la obligación de predicar en lengua vulgar, mandato que hallamos en las capitulares de Carlomagno.

Se hacía distinción entre latín y romance; Virgilio, filósofo cordobés del siglo X, dice que era vituperado el que hablaba latín en vez de romance, sobre todo ante los laicos, si éstos le entendían todo: *ille est vituperandus qui loquitur latinum circa romancium, maxime coram laicis, ita quod ipsimet intelligunt totum; et ille est laudandus, qui semper loquitur latinum obscure, ita quod nullus intelligat eum nisi clericus; et ita debent omnes clerici loqui latinum suum obscure in quantum possunt, et non circa romancium.* Distinción ésta que se repite a cada momento, bastando citar el conocido verso de Berceo al principio de su *Vida de Santo Domingo de Silos.*

*Quiero fer una prosa en roman paladino*
*En qual suele el pueblo fablar a su vecino*
*ca non so tan letrado por fer otro latino.*

Del siglo XI al XIII, debido en gran parte a la extra-

ordinaria influencia francesa, cobran fuerza los romances.

Raynouard, y con él los provenzalistas, han hecho resaltar la influencia de la lengua de *oc*, considerándola algunos como algo análogo entre las lenguas neolatinas a lo que se ha considerado durante mucho tiempo al sánscrito entre las arianas, llegando a afirmar que del latín rústico brotó un idioma uniforme en todos los pueblos neolatinos y fué propagado merced a la unidad política establecida por Carlomagno.

Si grande fué la influencia de la lengua de *oc*, acaso fué mayor la de la otra lengua romance francesa, la de *oil*. Su literatura sirvió de fuente universal de creaciones poéticas en el Occidente de Europa; sus juglares recorrían todas las naciones; Orlando, Olivero, Garín, Fierabrás, Tristán e Isolda, Flora y Blancaflor cobraban robusta vida legendaria en estos países, y el ciclo del rey Artús, mucho más que la musa artificial de la Provenza. "Viven todavía en los inmortales romanceros de España y de Portugal las poéticas tradiciones de los tres ciclos épicos de Francia" (marqués de Valmar).

Se decía:

*Filii nobilium, dum sunt iuniores*
*Mittuntur in Franciam fieri doctores.*

Acaso por su conocimiento del francés, recibió el sobrenombre de "il Francesco,", con que se ha inmortalizado y subido a los altares Juan Moriconi de Asís; en francés escribió *Li libres dou Tresor* Bruneto Latino, el maestro del Dante; este mismo, así como Sante Tomás, estudió en Francia, y al escribir en el siglo XIII, en francés, su *Historia de Venecia,* Martino da Canale daba por razón el que la lengua francesa *cort parmi le monde, et est plus delictable a lire et a oïr que nulle autre.*

En España, aunque no en tanto grado como en Ita-

lia, debieron de sentirse las consecuencias de esta influencia de la lengua de *oil*, así como la de la de *oc.*

En el siglo XII los romances peninsulares estaban completamente formados, y en 1105, el obispo Gelmírez planteó en Compostela una escuela para el cultivo del latín, obispo al que en 1110 recibió con coplas en gallego el pueblo compostelano.

En los documentos cancillerescos de estos últimos siglos se les escapan a los indoctos escribas formas románicas, y los hay que pueden llamarse bilingües como los fueros de Cillaperil, dados en 1110 por Alfonso VII, los que en 1116 dió Alfonso I el Batallador a Belorado, los de Palenzuela *(Homo de Palenciola qui omiciero fuerit, non sit segudado ad ullo homine de Sancto Christoforo en acá);* los de Nájera, otorgados en 1001 a 1035 *(Si inffancion rixaverit cum homine de Nágara de las puertas de las barras ad intus).* Y no pocas veces en un mismo documento aparece junto a la forma latina la romanceada, *sit ausus* junto a *sit osado.*

La Iglesia conservaba el latín, pero el pueblo lo había olvidado, y romance era sinónimo de lenguaje seglar:

*Colgaba delant della un buen aventadero*
*En el seglar lenguage dicenli moscadero.*

(Berceo. *Milagros,* copla 32.)

A fines del siglo XIII, en el Fuero romanzado de Castrojeriz en favor de los canónigos y seglares, confirmado por Fernando IV el 20 de mayo de 1299, se dice "... que por razón que el dicho privilegio es en latín y non lo pueden los legos entender".

No puede decirse con Martínez Marina que sea el siglo XII, ni con el señor Amador de los Ríos que sea el siglo VIII aquel en que puede fijarse la época de nuestro romance, "considerado como lengua diferente de la latina", porque en un proceso semejante,

en que no se da solución de continuidad, no puede fijarse en época dada el cumplimiento de la diferenciación, ni pueden fundamentalmente los romances considerarse como diferentes del latín.

Los documentos cancillerescos no son un seguro guía por proceder de gentes empeñadas en imitar una lengua que conocían muy mal. Basta comparar el *Poema del Cid* con los documentos cancillerescos coetáneos a él para notar la diferencia entre la lengua de éstos, bárbara y pedantesca, sin uniforme, repleta de expresiones dobles, y el romance pujante y brioso, que, sacudiéndose del latín, se nos muestra por primera vez cantando al héroe popular.

Como lengua oficial usábase ya el romance castellano en la regia cancillería desde Alfonso VII, a cuyo reinado, en 1155, se atribuye el fuero de Avilés, con carácter oficial, promulgado al ordenar Fernando III se tradujera el *Fuero Juzgo* al romance para darlo a Córdoba, cuyo hijo, Alfonso X el Sabio, escribió en romance las *Siete Partidas,* en la segunda de las cuales, título IX, ley IV, se establece que el Chanciller del rey sepa "leer et escrebir tan bien en latín como en romance" [3].

He aquí, a grandes rasgos, la historia de la lengua castellana hasta su acabada autonomía.

¿Cuáles fueron las causas de esta transformación y según qué leyes se cumplió?

Una lengua es un organismo que nace de otro an-

---

3 *Conversión del castellano en español.*—En Italia, el toscano. en Francia, la lengua de oïl; en Alemania, el sajón; en Noruega, el danés, etc. Influencia de la acción oficial en la difusión de una lengua. El castellano no es en sí superior al catalán; éste, tanta literatura como aquél. El gallego, en un tiempo, predominante. Pero el castellano ha llegado a ser lengua oficial.

¿Por qué dominó Castilla? Por ocupar el centro y necesitar los litorales para su paso, por ser ofensiva y los demás puramente defensivos. Ella echó a los moros y ella descubrió América. Carácter del castellano, conquistador, duro, impositor. En Flandes. El catalán mercader, menos ideal. Castilla, el órgano de las relaciones

terior, por lo menos en los límites de nuestros conocimientos históricos, y que está sujeto en su vida a la necesidad universal, de que no se exime por brotar de la espontaneidad humana. El fin de una lengua es manifestar nuestros estados de conciencia, primero, donde procede que de la espontaneidad de éstos brota la de aquélla, y entendernos después. Y como hablamos para que nos entiendan, tenemos que hablar de modo que nos entiendan, es decir, como hablan los demás. El mayor carácter de necesidad del idioma respecto a otras manifestaciones humanas resulta de su carácter de impersonalidad, del concurso de todas las voluntades a un fin.

Pero a la vez que tratamos de que nos entiendan, procuramos expresarnos con el menor trabajo posible, aligerar y facilitar los medios, ahorrarnos esfuerzo [4]. La repetición de las formas lingüísticas las va desgastando, siendo límite a este desgaste su inteligibilidad en cada momento.

Sentados estos principios, fijémenos en el hecho de que, al llevar el pueblo romano su lengua a las re-

---

exteriores. Debe mucho a su posición geográfica, a su suelo pobre y duro. El clima hizo una raza vigorosa. (El clima de duchas.)

El renacimiento del catalán es algo; el del gallego y el vascuence, nulo. El gallego es castellano, porque su vida es el portugués. El vascuence y su muerte; toman por perfección la imperfección.

Influencia de la acción oficial. El anillo. (Vid. Novicow.) Influencia literaria. El vascuence se conserva gracias al clero. Porque todos los que representan las instituciones tradicionales son regionalistas. La nacionalización hace que la nación entre en el concierto europeo, y esto es perder lo tradicional, más arraigado en la red capilar que en el corazón.

4 Una lengua atestigua por su fonética la intensidad vital del pueblo que la habla. En efecto, si tiene muchas ideas que expresar (es decir, una gran actividad intelectual), se tiene una tendencia innata a abreviar las palabras para poder colocar el mayor número posible en el tiempo más corto. Una nación muy activa, para la cual el tiempo es oro, procurará, como los ingleses modernos, llevar casi todas las palabras al monosilabismo... La estructura gramatical y sintáctica más sencilla, y a la vez más perfecta, atestiguan en general (porque hay excepciones) un desarrollo intelectual considerable. (Novicow: *Les luttes entre sociétés humaines*, lib. II, cap. V.)

giones sometidas a su imperio, chocó aquélla con los idiomas indígenas, entró en lucha con ellos y los venció, y la misma extensión del idioma del Lacio fué la concausa que, con la evolución de la fonética, dió lugar a los romances, escisión resultado del exceso de conocimiento.

Debe, ante todo, rechazarse la errónea creencia de que los romances nacieron de mezcla de las lenguas indígenas con el latín invasor. Las lenguas, como todos los demás organismos, no se funden al ponerse en contacto, sino que la una prevalece y la otra sucumbe; una lengua híbrida sería infecunda.

Cierto es que el latín tomaba voces de los idiomas indígenas de los pueblos en que se introducía, voces que circulaban de una región en otra; pero este elemento no es de tan grande importancia.

De las antiguas lenguas indígenas y primitivas de España, sólo el vascuence y su influencia en el lenguaje castellano parece ser nula.

Una evolución lingüística no es una serie de mezclas, ni un río va engrosando por afluentes; es algo espontáneo e interno.

En el curso de este trabajo tendremos ocasión de hablar de lo que al romance han aportado las lenguas que con él han estado en contacto.

Hay que descartar como opuesto a las enseñanzas de la lingüística todo concepto mecánico de un proceso por yuxtaposición y atenernos al dinámico de la realización en un medio dado de un contenido potencial.

La influencia de los antiguos idiomas se reduce, cuando más, a un excitante interno.

Que el romance castellano es casi puro latín es opinión sustentada ya por el autor del *Diálogo de la lengua,* el cual afirmaba que en aquél hallaríamos algunos vocablos "que ni por pensamiento parecen latinos y son latinísimos".

Al romperse la unidad del imperio, se aflojaron los lazos entre las provincias romanas, y el latín vulgar de cada una de ellas se encontró libre y sin el freno de la literatura y la lengua oficial, a merced de la alteración fonética.

La serie de transformaciones que han hecho románicas las palabras latinas son íntimas, no son más que consecución de las que produjeron el latín popular y lo distanciaron del clásico, transformaciones que remontan a las más antiguas edades del latín clásico [5].

Tal vocablo como *alabar* deriva de un *allaudare* que hallamos en Plauto y no en los clásicos posteriores a él, voces que han renacido a la vida literaria porque han vivido siempre en el habla vulgar, pues nada resucita porque nada muere.

La ruptura de la centralización romana, destruyendo el lazo unificador y conservador, aceleró y dió suelta a la acción modificadora.

La acción detenida por la literatura en la lengua clásica continuaba obrando en la vulgar, como junto a nuestra voz literaria *persona* tenemos la forma popular *presona,* producida por la misma ley que hizo del *percontari* latino nuestro hoy literario *preguntar.* Y, aunque hayamos de rechazar una acción directa y profunda de los antiguos idiomas indígenas sobre el latín que los suplantó, no puede negarse que los pueblos que hablaban aquéllos tenían sus hábitos de pensamiento y expresión, su constitución mental y la constitución funcional de su aparato vocal, y al recibir el latín, debieron en parte acomodarlo a esos hábitos y constituciones, así como éstos al latín.

---

5 Del mismo modo que las alteraciones que hoy sufren en boca del pueblo nuestras voces castellanas literarias, son efecto de la persistencia de las leyes fonéticas que produjeron el castellano clásico del latín popular.

Para explicar convenientemente [6] el proceso de formación de los romances no es impertinente recordar la clásica distinción de los tres tipos de períodos lingüísticos: el monosilábico, o el de la raíz-palabra; el aglutinativo, o de la palabra-frase, y el flexivo, o de la palabra organizada por completo.

Suponiendo al lector conocedor de tal doctrina, pasemos adelante.

La evolución lingüística depende de la evolución mental en primer término, por ser la palabra forma del pensamiento. Las palabras son derivadas y compuestas como los conceptos que expresan, y así como éstos, al entrar en función con otros, acusan fuertemente su unidad, pasando a ser miembros de un complejo y dejando en segundo término su variedad, que aparece al considerarlos aislados y se unifican cada vez más, presentándosenos como un producto en que cada vez se funden y borran más los elementos componentes, así la palabra con que se expresan, al entrar en función para formar frases y oraciones con otras, se nos expresan como un todo uno, en que se disipa la variedad interna, desapareciendo la oposición interna de sus elementos componentes. Todo complejo de elementos, al entrar como elemento de una composición superior, se organiza y unifica, reduciendo su oposición interna a la más acusada unidad del todo.

Los vocablos raíces que en la frase denotan los conceptos capitales son puestos en relieve por el que los emite con una más enérgica acentuación que los vocablos raíces secundarios, cuyo oficio acaba por

---

6 Sustitúyase este párrafo con otra cosa. La decadencia fonética. Su límite es el acento, alma de la palabra, su principio de individuación. De la enclisis a la aglutinación y de ésta a la flexión. El latín es una lengua flexiva, es decir, en él se han fundido los elementos componentes del vocablo frase en torno a un acento, y su variedad interna se ha reducido a unidad para entrar como elementos de un complejo superior, la frase.

reducirse al de modificativos de la raíz principal. Así se forma la palabra frase o compuesta del período aglutinativo.

Pero la conciencia más o menos clara en el que habla del valor de cada parte del vocablo aglutinado y del sentido propio de los afijos y sufijos impide que éstos se suelden por completo a la raíz principal.

La raíz se nos presenta más fuertemente acentuada a las veces, pero persisten los acentos secundarios con cierta relativa independencia.

El acento es el principio individuante, *principium individuationis,* de la palabra; él es el que distingue y separa cada vocablo dentro de la frase, y aun cada frase dentro del discurso.

El acento es el dique a la degeneración fonética, por ser el alma, y la sílaba acentuada, el núcleo del vocablo.

Así tenemos que la palabra castellana *ojala,* que es una frase arábiga, conserva en castellano rastro de su origen aglutinativo de palabra frase guardando una acentuación vacilante que ya nos parece *ójala,* ya *ojalá,* siendo, en realidad, *ójalá,* es decir, *ój-alá.* En el vascuence, idioma que aún conserva su mayor fondo aglutinativo, tal acentuación es la corriente.

El hábito de pronunciación y el olvido gradual del valor propio de los componentes trae consigo el que las raíces secundarias pierdan el acento, apoyándose en la principal y formando con ella un individuo bajo un acento tónico. Tal sucede con las proclíticas y las enclíticas, como en *díxole, vaste,* y en *contraponer, sobregonel.* La enclisis es la transición de la forma aglutinativa a la flexiva.

Las formas castellanas *migo, tigo, sigo, nosco, vosco,* son, dentro del romance, formas flexivas por la imposibilidad de asignarle valor independiente al *-go, -co;* formas flexivas derivadas de las aglutina-

tivas latinas *mecum, tecum, secum, nobiscum, vobiscum,* debidas a la enclisis de la preposición *cum* [7].

En la lengua latina el acento tónico único y fuertemente acusado es el elemento productor de la flexión, y como restos de la aglutinación o composición interna de las palabras quedaba la distinción entre vocales breves y largas, pues la cantidad es una forma de contracción y cada vocal larga indica la fusión de breves. Así *amare.*

La cantidad, legado del período aglutinativo de la lengua flexiva del Lacio y de los idiomas arianos, entró en lucha con el acento, que iba predominando sobre aquélla conforme el pueblo perdía conciencia de los elementos primitivos [8].

Dentro de la verdadera unidad viva, que es la frase, el vocablo ejerce su función, y aislado, no pasa de ser un término abstracto con su sentido potencial.

La cantidad, como elemento tradicional, conservó valor en la métrica de la lengua clásica, mientras el pueblo prescindió de ella para atenerse al acento, alma de la palabra, *velut anima vocis,* como le llamó el gramático Diómedes.

En el latín vulgar el acento predomina, y destruída la cantidad, las distinciones cuantitativas de las vocales se reducen a cualitativas.

El acento es el dique a la degeneración fonética, porque es el preservador de la individualidad y, por tanto, de la inteligibilidad del vocablo.

La historia del proceso lingüístico muestra que las sílabas tónicas y las semitónicas son las que persisten, las átonas las que se debilitan y pierden, sobre todo cuando preceden o siguen inmediatamente a la tónica, así como los sonidos finales se oscurecen.

---

7 Ejemplo en que se nos muestra claramente el paso de la enclisis a la aglutinación, y de ésta, a la flexión.

8 En el latín clásico, apartándose en esto del primitivo, o sea de la *prisca latinitas,* el acento se regula según la cantidad; pero luego ésta desaparece.

Coadyuva a este proceso fonético el proceso ideológico. Para nosotros, en el vocablo *palabra*, nada significa cada sílaba de por sí; en cambio, en *díxole* y en *anteponer*, damos valor al *le* y al *ante-;* mas debemos tener en cuenta que originariamente toda silaba era significativa, y si el *con* de *componer* se nos presenta como algo independiente y no el *con* de *conducir*, así como el *le* de *díxole*, por oposición al *-mos* de *diximos*, es debido al proceso flexivo.

El oscurecimiento gradual en la conciencia del que habla del valor de cada elemento componente fomenta la acción del desgaste fonético.

Lo más importante, la raíz, empieza por ser lo más fuertemente acentuado, y conforme los acentos secundarios se subordinan al principal se van debilitando los elementos modificadores, hasta que se pierde conciencia de la variedad interna del vocablo. El término de la flexión es la absorción de todos los elementos del vocablo compuesto en una unidad sintética bajo un acento.

No tenemos más que comparar la serie *dixe, dixist, dixo, dixiemos, dixiestes, dixieron* a esta otra: *díxome, díxote, díxole, díxonos, díxogelo*, etc., para darnos cuenta de la diferencia de una serie flexiva a otra aglutinante [9].

---

9 Viniendo ahora a la vida de cada vocablo dentro del organismo total de la lengua. Herencia y adaptación. Mientras se cumplia el proceso evolutivo fonético de la lengua latina, la flexión de ésta seguía viva. Una flexión viva es una flexión que está en cambio con el medio ambiente, con las nuevas formas; una flexión que no se aplica a nuevas formas mediante la ley de la analogía. (Véase la nota siguiente y en el texto la ley de la Analogia.) Uno de los más curiosos ejemplos de analogía es la voz *jalbegue*, "blanqueo hecho con cal". De *ex-albicare*, *enjalbegar* y luego *en-jalbegar*, y de aquí *jalbegue*. Se formaban nuevos verbos y nuevos derivados aplicándoles la flexión heredada del latín, y esta misma analogía reparaba no pocas veces las anomalias y desviaciones del tipo general debidas a la misma herencia, *entendido, metudo, querido*, y no *inteso, miso, quisto*. (Véase de nuevo la nota siguiente.) Es dentro del idioma mismo las palabras obedeciendo ya a la herencia, ya a la adaptación. La adaptación al tipo general haria de *tener, tena,* mientras la adaptación a un tipo especial tiende a

De esta evolución fonética, de la pérdida de las explosivas sonoras entre dos vocales y del oscurecimiento de las finales se originó la pérdida de la flexión nominal latina, es decir, de la declinación y de varias formas de la flexión verbal [10].

La decadencia fonética y la obliteración gradual del valor primitivo de los elementos componentes de un vocablo son causas de destrucción de un idioma; es su combustión vital, el efecto de la acción que sobre el idioma ejercen el medio fisiológico en que se produce y el psicológico de que brota.

Entregada una lengua a esas fuerzas destructivas, sus voces tenderían a hacerse monosilábicas, como hoy sucede con el inglés, y muy pronto llegaría a una confusión lo más opuesta a la inteligibilidad.

La lengua viva se defiende contra estos agentes

---

hacer *vaiga, haiga.* No hay derivados de *serere. sevi, satum,* tema *se-*, ni de *gignere* (tema *gen-)*, sino *sembrar* de *seminare*; de *semen* (de *se-)* y *engendrar* de *ingenerare*, de *genus*. Así *cantar, ayudar, olvidar, hartarse, saltar (salir), hurtar, soltar (disolver, resolver), untar (ungir), echar,* etc... Tenemos *señuelo* (signollum), *señera (signaria), enseña (insignia)* y no *seño (signum).*

10 *Analogía.*—Lo que Guillermo Humboldt llamaba *die innere Sprachform.* El principio de la analogía obraba conjuntamente sobre la lengua, se asimilaban unas formas a otras, las de menos uso a las de más uso, y el uso de un sufijo o forma, una vez adoptado, se aplicaba a casos en que no competía en rigor etimológico. Por el principio de la analogia, que es el que hoy hace decir a nuestros niños *sabo* por *sé* y al pueblo *haiga, vaiga,* por *haya* y *vaya,* asimilándolo a *caiga* y *traiga,* etc., por este principio se resolvieron los verbos de la conjugación latina en E breve, modificado su acento, ya en verbos en E larga, ya en I larga, y desaparecieron no pocas formas irregulares *(sovo), sopo, crovo,* del *Poema,* y nuestro *cupo,* suponen *(sedui), creduí* y *capuit,* no *cepit,* que es la forma clásica.

La derivación fonética, debida al desgaste de la combustión vital del idioma, se verificaba siempre por herencia, unas formas derivaban de las precedentes (véase la nota al párrafo "Verbos irregulares"): el participio *fecho* de *fazer.* Estas formas así derivadas se apartaban de las formas generales de al lengua; junto a *fecho. fac-tum.* se desarrolló un participo analógico en *-do* de *-to.* La analogía representa la ley de la adaptación. Lucha entre la adaptación y la herencia. *fecho* y no *fazido, nado* y *naçido, entendido, metió* y no *inteso (intento)* y *miso.*

destructivos, la mayor facilidad y rapidez de pronunciación y el olvido de la variedad interna del vocablo, y reobra por su espontaneidad, poniendo en juego sus procedimientos de derivación y composición para crear vocablos nuevos y preservar a los viejos de la muerte.

En los romances se desarrolló [11], por una parte, el procedimiento analítico que los caracteriza, y por otra, una sorprendente fecundidad de derivación.

La dificultad que experimentaban en comprenderse los habitantes de las provincias romanas y sus conquistadores germanos —dice A. H. Sayce (cap. I, 17)— les llevó a expresar claramente cada matiz del pensamiento por una palabra separada. Las antiguas inflexiones mutiladas no podían servirles. La idea debía ser claramente indicada y no simplemente sugerida a un pueblo cuya vida y espíritu no estaban acostumbrados al lenguaje con el que se hallaban en contacto.

Se ha atribuído muy generalmente a disposiciones del espíritu y constitución mental el analismo de los romances, suponiendo que el latín se vió sometido a él merced a su adopción por pueblos de hábitos mentales analíticos.

Lo que sucede es que el lenguaje y el pensamiento se dan conjuntamente, en unidad, y hay entre ellos comunidad o reciprocidad de acción. Forman unión sustancial. Los conceptos encarnan en vocablos y no cabe pensar sin hablar ni hablar sin pensar.

El proceso de unificación de los conceptos y el desgaste fonético que hemos explicado obran conjuntamente para destruir la flexión, y como la lengua tiene que sustituir con algo la expresión de las rela-

---

11 El análisis, principio de flexión. La analogía, que reparaba pérdidas causadas por la combustión fonética de la lengua, es un efecto de la vida misma de la lengua, el signo de su vida, su poder de absorción, de nutrición.

ciones que con la flexión se expresaban, recurre al mismo procedimiento de donde se originó la aglutinación, base de la flexión, a la adopción de vocablos de relación.

La destrucción de los casos trajo la adopción de las preposiciones [12].

En el verbo se desarrollaron las formas compuestas, desarrollo que arranca de antes de haberse perdido por completo las flexivas.

El futuro latino *amabo, amabis amabit* parece ser una forma flexiva derivada de otra aglutinante, *ama-fu-o, ama-fu-is, ama-fu-it,* formada con una raíz auxiliar *fu.* Destruído por el desgaste fonético el futuro latino en los romances por confundirse sus formas con las de otros tiempos, los romances acudieron a formar un futuro por los mismos procedimientos que formó el latín el suyo, y lo hicieron con el infinitivo y el presente de *haber, amar-hé, amar-hás, amar-há,* formas que en el *Poema del Cid* aún tenían valor aglutinativo, por ser separable el componente de la radical, *dezir les he,* muestra de que el pueblo tenía conciencia clara de la interna variedad de este futuro, el cual es hoy en castellano una forma tan flexiva como la del presente [13].

La acción fonética, la analógica y la ideológica se nos presentan conjuntamente. En tal caso, como el de haber tomado el pluscuamperfecto latino un sentido

---

12 Porque era imposible sustituir una declinación con otra, proviniendo ésta, como proviene, de una posposición previa.

13 En este ejemplo vemos cómo una forma flexiva, *amabis,* se sustituye a la larga por otra también flexiva, *amarás,* pero pasando por la aglutinación *amar-le-has. Desaparición de términos medios.* (Vid. Paul, Einleitung, párrafo 8.) Del *amare habet* al *amaré,* habiendo desaparecido el *amar-le-he.* Ya el *amaré,* algo irreductible, directo, una flexión como *amabo* es que no conc. de su origen. Tal es la condición del progreso. Es como en matemáticas (Teoría de determinantes). El reducir grupos a unidades permite agrupar éstas. Leyes del ritmo. Funciones abelianas. La labor consciente en la sintaxis. Y aun en ésta, grupos articulados, en camino de constituir nuevas formas. ¿Quién sabe si del chino saldrá una nueva lengua flexiva?

condicional en castellano, podemos ver un proceso ideológico que del sentido temporal de preexistencia en la sucesión del tiempo de un hecho respecto a otro, pasa al de condición, derivando la relación causal a condicional de la preexistencia temporal; pero no puede desconocerse que la forma *amara*, resultado del desgaste fonético del pluscuamperfecto latino *amaveram,* ha podido pasar a condicional por confusión con la forma *amare* del latín *amarem.*

En general, no deben admitirse sin mucha reserva todas las explicaciones que tienden a dar razón de una divergencia fonética por motivos ideológicos, que es lo que se supone al decir que se acentúa el *más,* adverbio, para distinguirlo del *mas,* conjunción.

En la nota al párrafo 357 (cap. XXXIII) de la *Gramática* de don Andrés Bello, párrafo en que se trata de las combinaciones binarias de pronombres de tercera persona en régimen, o sea *sele, selo, sela,* etc., parece que al señalar el hecho de que en el antiguo castellano no era conocido el *se* oblicuo, sino que se decía *ge,* supone tácitamente el autor y el lector podría creerlo que este *ge* es originariamente el mismo *se* reflexivo, y que en casos como el del verso 1.683 del poema

*El se lo vió con los oios, cuentan gelo delant,*

o el 2.011

*Myo Çid se los gañara, que non gelos dieran en don*

la divergencia fonética entre las formas *se* y *ge* tuvo por causa la necesidad de distinguir un uso del *se* *(sibi illos)* de otro *(illi illos),* doctrina que creemos falsa, siendo más bien la verdadera el que cada forma de las dos es de distinto origen, como estudiaremos en el curso de nuestro trabajo.

La lengua no rehuye el que dos vocablos vengan

a confundirse en su pronunciación ni para distinguirlas establece tales diferencias.

En la evolución fonética, como inconciente que es, apenas interviene la reflexión para detener el curso de las transformaciones de un vocablo por temor de que llegue a confundirse con otro, y toda explicación de diferencias fónicas fundada en la necesidad de distinguir ideas distintas o distintas relaciones es debida a la pereza intelectual.

Como consecuencia de todas estas consideraciones debe sacarse el que el análisis de los romances se debe, en primer término, al proceso interno de la lengua y a la imposibilidad de suplir una flexión con otra, puesto que ésta se originó de una aglutinación previa y es imposible improvisarla.

A la par que la lengua se defendía por los procedimientos de expresión analítica del desgaste de la flexión debida a la combustión orgánica, reparaba tales pérdidas por su interna fuerza plástica, una verdadera renovación íntima, por la derivación y composición [14].

Es increíble el desarrollo que alcanzó la derivación en los orígenes de los romances y la extensión extraordinaria del juego de los antiguos sufijos latinos y de otros formados sobre ellos [15].

---

14 Y, sobre todo, por la aplicación de la analogía, que es, junto a la decadencia fonética, el factor de la evolución. La derivación se debe a la analogía, porque los sufijos no han nacido en el romance; *rictad, riquiza*. El hallar *verdad* junto a *vero*. (Vid. la nota 10.)

15 Cuya extensión se debió al principio de la analogía de que, una vez adoptado un sufijo, se extendía. Como establecemos en el texto (vid. Morfología), el paso al castellano junto a *santidad, vecindad, falsedad*, de *santo, vecino, falso*, daba valor en la conciencia del pueblo al sufijo *-dad*, que ejercía una función y se conservó vivo, es decir, se aplicó a nuevas formaciones, *rictad*, como los sufijos son vivos, *santo-santidad, vecino-vecindad, puerta-portero*, esto le dió valor vivo, el ejercer función dentro de la lengua. Al paso que en *corneja, oveja, abeja* la pérdida de los primitivos sufijos latinos ha hecho que la función del sufijo *-cula-o* se haya perdido en castellano, y que la terminación *-jo-ja* de *hinojo, oveja, corneja* sea un órgano muerto por falta de función.

Había vocablos que por su poco cuerpo estaban más expuestos al desgaste fonético, hasta quedar reducidos a monosílabos, que introducían gran confusión; tales son, entre otros: *ovem, apem, spem, ignem, os, rem*, etcétera. La lengua, en tales casos, acudió a formas secundarias, tales como *oviculam, apiculam*, diminutivos, el neutro plural del participio del verbo derivado *sperare, sperantia* en vez del primitivo *spem*, o a otras voces sinónimas, como *focum* por *ignem*, *causam* por *rem*, *orilla* de *os, oris* [16]

La acumulación de sufijos dió origen a una enorme riqueza. Las formas sinonímicas *sobeio* (Berceo, Alexandre), *sobeiano (Poema del Cid), sobrazano* (Berceo), *sobegero* (Alexandre), suponen otras latinas: *superium, superianum, superatianum* de *superatum* y *superiariu; después y delante de él* de *de-ex-post* y *de ille ante de ille*. En el curso de este trabajo entraremos en más detalles [17].

No siempre puede seguirse paso a paso este procedimiento de composición y derivación, y en no pocos casos es preciso para explicar convenientemente una forma románica suponer otra bajo latina hipotética, es decir, que no se nos presenta en los documentos conocidos. Así el *monclura* del *Poema del Cid* supone un *moniclo (moniclura)*, y éste un *municulum*, del verbo *munire*, como *estropeçar* supone un *exturpitiare* del mismo modo que estropear un *exturpiare*. Ejemplos de esto pueden verse en el glosario [18].

A la adopción de los procedimientos analíticos y

16 Véase la nota 9.

17 Otro fenómeno interesante es la formación de compuestos románicos por imitación de análogos germánicos. Así supónese que *entretener*, de *intertenere*, germanismo ininteligible para los contemporáneos de Cicerón, se formó sobre el alemán *unterhalten*, así como *porvenir* sobre *Zukunft*.

18 Sucede muchas veces que una forma aparece como derogación de la ley fonética. En el *Poema del Cid* tenemos *quitar* y *quedar*. Ambas formas derivan del participio *quietum*, de *quies-*

la actividad plástica debida a la analogía de la lengua únese como elemento de nutrición, por una parte, la adopción de términos de las lenguas con que se pone en contacto, medio de mucha menos importancia que lo que se cree, y la acción dialectal.

Los cambios no eran los mismos en todas las regiones del romance; cada región tenía su dialecto [19].

Junto a la forma *juzgar* de *iudicare, iudigare,* tenemos *nalga,* de *nática-nádega,* presentándosenos en la primera el cambio de *d* en *z* ante la *g,* y en el otro, de otra *d* en *l,* también ante *g.* La primera forma es castellana, y la segunda, galaico-portuguesa y leonesa, en los cuales dialectos al castellano *juzgar* corresponde un *iulgar.*

Otro caso más importante tenemos en el sufijo *-aje,* que tan gran papel juega en castellano *(lenguaje, maridaje, cordaje, vendaje,* etc.). Este sufijo, que no es otro que el provenzal *-atge,* derivado según la fonética propia de las lenguas de *oc,* del latín *-aticum,*

---

*cere,* y siendo las dos populares, parece la primera derogación a la ley del debilitamiento de la *t* medial en *d.* La *t* únicamente persiste en formas populares cuando procede de *tt.* Esto ba hecho suponer dos formas, *quiettare* y *quietare,* una la predecesora de *quitar,* la otra de *quedar.* Y realmente sólo un *quiettare* de *quietitare,* de los muchos derivados románicos en *-itare* da, a la vez que razón de la persistencia de la *t,* razón del matiz significativo de *quitar,* "hacer quedar, abandonar", frente a *quedar,* de *manere.* Este procedimiento, aunque debe ser manejado con parsimonia, está boy en uso entre todos los filólogos romanistas que suponen formas hipotéticas, compuestas con sujeción a las leyes analógicas de los romances y del latín vulgar, para explicar los vocablos románicos; y no pocas veces nuevos documentos del bajo latín vienen a confirmar estas suposiciones.

19 *Formas dobles.*—A las diferencias locales bay que atribuir las divergencias fonéticas de un mismo vocablo latino, observable, sobre todo, en nombres geográficos. Así *Coruña* y *Colunga* parecen los dos de *Colonia* (francés *Cluny),* uno con cambio de *l* en *r* y *ny* en *ñ,* y el otro *nya* en *nga,* como en *venga* de *veniat,* correspondiendo a las formas gallega *veña, teña* y castellana *venga, tenga.* También parecen lo mismo *Simancas* y *Salamanca (Septimanica).* Los nombres geográficos pueden dar mucba luz. (Así, teniendo en cuenta que *Valladolid* es *Vallia-de-ol(iv)etum,* deduciremos que *Madrido-Madredo (Valladoledo)* es algo como *madroñedo (Maturinetum?)*

cuyo correspondiente castellano, formado según la fonética de éste, es *-azgo (compadrazgo, mayorazgo, hallazgo,* etc.) [20]. Por la acción dialectal se vió enriquecido el castellano con dos sufijos de un mismo origen.

Más adelante nos ocuparemos de la influencia erudita junto al proceso de la lengua popular.

De este proceso evolutivo [21], explicado a grandes rasgos, resultaron como caracteres distintivos del romance la importancia del acento y la destrucción de la cantidad, el artículo, la sustitución de la flexión causal por las preposiciones, el nacimiento de nuevas formas flexivas, el desarrollo de las analíticas.

Pero todas las nuevas creaciones se produjeron dentro del espíritu de la lengua latina, por el desarrollo de su contenido potencial aun en pequeños detalles. Hay fenómenos tan curiosos como el de que el castellano *bonito* es un diminutivo de *bueno,* como en latín *bellum (benulum, bonulum)* lo es de *bonus bene.*

Los romances son una expansión del latín, no híbridos ni mezcolanzas.

Este proceso de transformación se cumplía en toda la extensa región del idioma latino y diferentemente en cada región, en cada pueblo y aun, en todo rigor, en cada individuo, bien que en éstos con infinitesimales diferencias, engendrándose dialectos románicos más diferentes entre sí cuanto más lo eran las condiciones y el medio de los pueblos que los hablaban, y su distancia unos de otros, diferenciación sobre

---

20 *Forja* junto a *fragua,* de *fábrica,* es una forma de origen francés o provenzal.

21 La absorción de la cantidad por el acento tónico, la reducción de las diferencias cuantitativas de las vocales a diferencias cualitativas, la destrucción parcial de la flexión y su sustitución por formas analíticas y la formación de nuevos derivados para reparar las pérdidas ocasionadas por el desgaste fonético de los antiguos vocablos son los principales fenómenos que nos presenta la evolución de los romances.

la cual la necesidad de entenderse, la circulación de la población, las guerras y los movimientos trajeron una integración de formas, formándose grupos de dialectos que tendían a una unidad superior. Luchaban unos con otros dialectos y circunstancias históricas trajeron la predominancia de los que primero se hicieron lenguas escritas, literarias y oficiales. Para comprender lo que es una lengua y lo que es un dialecto basta comparar la uniformidad del castellano en su vasto dominio con la riquísima variedad de diferencias internas y dialectos que constituyen los grupos lingüísticos que llamamos gallego, bable y vascuence. Ofrece más diferencias el bable en su pequeño dominio que el castellano en el suyo.

Los romances primitivos eran grupos de dialectos análogos, que se han ido reduciendo con el tiempo, porque es un hecho que cuando nos remontamos a los orígenes de una lengua, la variedad es mayor, produciéndose de ella la unidad, así como la variedad se produce del crecimiento y expansión de una unidad.

Los romances así producidos se dividen en grupos, válaco, lengua de *oïl*, lengua de *oc*, italiano, catalán, galaico-portugués, bable, etc. Uno de estos romances es el castellano, cuyo más antiguo monumento conocido es el *Poema del Cid*,

El romance castellano, como los demás, deriva del latín, y una más exacta determinación de su génesis se reduce a clasificarlo entre los demás romances, a señalarle su puesto en el complejo de éstos, visto que la relación genética es una clasificación en tiempo y espacio, pues considerando el infinito nexo de los fenómenos como un árbol genealógico, mostrar el génesis de un fenómeno es clasificarlo con clasificación viva, en la realidad, no en el sistema de nuestros conceptos.

El romance del *Poema del Cid* se nos aparece a principios del siglo XII entre los dialectos románicos

occidentales, o sea los galaico-portugueses y los centrales, o sea los franco-provenzales.

Cuando se nos aparece el poema, vivían vida robusta en el Occidente de España los dialectos galaico-portugueses, entre los cuales el castellano, y el castellano del poema se extendía al romance leonés, que tal como se nos presenta en el poema de Alexandre, y sobre todo en el *Fuero Juzgo,* más que otra cosa es una lengua idéntica al castellano que admite gran número de formas gallegas.

En el poema de Alexandre *n'a* y *n'o* se leen junto a *en la* y *en lo,* con fonetismo galaico-portugués, *siegro, branco, preyto, progo* (plugo); *ousaba, coiro, outumno, queimar, paraula, taula; iulgar, selmana, coldo, recaldar; contioron, dioron, mentioron, podioron,* etc.; *saliron, dormiron; corpo, bono, novas, vostro,* etc., y voces como *gabarse, quexume, luua* (guante), *concello, consello, ren* (cosa), *cousir, Deus, cubicia...*

Es muy probable según Ticknor, que el gallego alcanzara cierta madurez en el ángulo Noroeste de la península cuando aún balbuceaba la lengua de Castilla. El gallego aprendió en la escuela de la literatura de Cataluña y Provenza y "en firmeza, en desembarazo y en matices de sentido, se aventajaba no poco al idioma harto más pobre y balbuciente del *Septenario,* del *Fuero Juzgo,* de las obras poéticas de Gonzalo de Berceo y del *Libre de Alexandre*" (Marqués de Valmar).

Llegó a tal grado el predominio del gallego, que de él se sirvió, como lengua propia de la lírica, el Rey Sabio para escribir las *Cantigas.*

Galicia, por su santuario de Compostela, era centro de un gran movimiento. A ella acudían juglares, trovadores, troveros y gentes de todas clases, magnates, prelados y príncipes.

Más tarde, circunstancias históricas hicieron del

portugués lengua literaria, mientras quedaba el gallego reducido a dialecto, "porque em Portugal haver Reis et Corte, que hé a officina onde os vocábulos se forjao e pulen", dice Duarte Núñez de Liao, *Origem da lingua portuguesa,* 1606.

Notables analogías presenta el grupo galaico-portugués con los grupos francés y provenzal que se desarrollaban en el Nordeste de la península y en Francia, analogías que al presentarse entre grupos lingüísticos separados geográficamente por el dominio del castellano, que no participa de ellas, ha hecho suponer acciones recíprocas e influencias llevadas de una y otra, merced en parte al movimiento de peregrinación a Compostela, recordándose por algunos que el primer rey de Portugal fué Enrique, hijo del conde de Borgoña.

Ni influencias recíprocas a distancias ni razones de historia política explican tales analogías, que más bien han de ser debidas, sobre todo por lo que al fonetismo respecta, por analogías de medio de que las tierras bajas y costeras de unas y otras regiones participan y no participan las elevadas mesetas de Castilla. Pero dejando de lado estas hipótesis, suponemos que las dichas analogías se debieran a una verdadera contigüidad entre los dominios de unos y otros romances nacientes, antes de que el castellano, bajando de su primitiva cuna en el Norte de España, se extendiera por las llanuras castellanas, dividiendo acaso, como una cuña, los dominios de los grupos occidental y oriental.

Entre el castellano y los romances catalanes y aquitánicos se extendían el aragonés y el navarro, que eran entre unos y otro lo que el leonés entre el gallego y el mismo castellano.

En Berceo, que era de la Rioja, tierra contigua a Navarra y Aragón, se hallan formas de sabor románico provenzal, formas que no hallamos en el *Poe-*

*ma.* En la copla 19 de los *Milagros* hay un verso que dice:

*En qui trova repaire tot romeo cansado.*

El romance peninsular que mayores analogías presenta con el naciente castellano del *Poema del Cid* es el *bable* o habla de Asturias. Este parentesco, del que se darán muestras en el curso de nuestro trabajo, y la consideración que hemos hecho respecto al parentesco entre el grupo galaico-portugués y el románico central hacen suponer que el foco primitivo del castellano fué en las montañas del Norte, confinante con la región del bable y acaso con la del vascuence, que por su disparidad con él debió de preservarla de ulteriores influencias.

Los centros o focos de los romances fueron los focos de la Reconquista o aquellas regiones que quedaron fuera de la acción muslímica, Galicia, Asturias, la Montaña, León más tarde, la alta Castilla, el alto Aragón y Navarra, Cataluña.

Las diferencias entre los dialectos que brotaron de estos distintos focos son, ante todo, diferencias fonéticas.

El romance castellano emplea más que los otros la diptongación de O breve acentuada en *ué,* E breve acentuada en *ie,* sus formas son más llenas [22], conserva más las sonoras mediales (*buena,* gallego *boa*) y las finales, y es en él importante el desarrollo de las paladiales.

¿Qué suerte ha corrido el romance castellano desde la lengua que vamos a estudiar hasta la actual? ¿Qué nuevos elementos se han añadido a ella? ¿En

---

22 El castellano, muy lleno de fonética, ha cambiado y vivido poco, lento como el pueblo que le habla, majestuoso en el sentido en que lo es el pesado elefante, sin movilidad ni agilidad; propio para sentencias, sentencioso. El campo de Castilla, extenso, cálido, seco, monótono, grande.

qué se diferencia más esencialmente el antiguo romance del Poema del Cid de nuestro actual castellano?

Hay que tener en cuenta, ante todo, que el proceso evolutivo de la lengua castellana ha sido más lento que el de otros idiomas hermanos, el francés, por ejemplo, hasta el punto que si bien los franceses pueden hablar de un antiguo francés, como lengua distinta del moderno, no podemos hacerlo con tanto rigor nosotros, y que si ellos necesitan de una preparación previa para entender la *Chanson de Roland* y emprenden *traducciones* de ésta, no pasa así con nuestro *Poema del Cid.*

Mas tampoco debemos formarnos del primitivo romance castellano la idea que hemos adquirido de lo que sea un idioma en el uso literario de nuestro actual idioma.

Estaba muy lejos todavía de la concreción y sistematización de formas que hoy ostenta. Era, por una parte, mayor la variedad de dialectos en España, que producía indecisas formas en una oscilante fonética, y la literatura o lengua escrita no había privado a la lengua de su nativa libertad, que tanta exuberancia de formas le prestara, para encerrarla en mayor precisión lógica.

El vocablo que hoy decimos *entonces* reviste entre Berceo, el *Libre de Alexandre,* el *Poema del Cid* y el *Fuero Juzgo* las siguientes formas: *estonces, estoncia, estonce, estuenza, estuence, estonz, enstonz, estonzas, entonces, entoz* y *entonz.*

La variedad dialectal producía un riquísimo entrecruzamiento de distintos resultados fonéticos de las mismas leyes generales, pues en casos tales como la pérdida de la *e* medial de *teneré* (futuro de tener: *tener-he*) el choque de la *n* con la *r ten'ré* se resolvía ya por metátesis *terné* (como *yerno* de *generu*),

ya por una inserción de una *d tendré* (vendré), ya por asimilación *terré*.

Un mismo documento nos presenta dos, tres y aun más formas del mismo vocablo; *entergnese* y *entreguen*, los fueros de Sahagún dados en 1255 por Alfonso el Sabio, *peete, peyte* y *peche*, tres momentos de un proceso fonético, los que con el beneplácito de Alfonso I se dió a Medinaceli, en el fuero de Lara (1135), *calunia, callunia, calumnia* y *calumgonia;* en el de Peralta (1144) *mallare, maillata* y *maliaret*, en la modificación de los fueros de Tudela (1330) *camiar* y *cambiar*, en el fuero de Marañón *caballero, caballeiro* y *caballero;* en un mismo pasaje del *Fuero Juzgo* leemos, según los códices, *embevida, embebdada, embeudada, embeodada* (beodo) y *embeldada* (pasaje que muestra la extraña etimología de beodo-beudo, bevdo-bebido). Berceo nos presenta *calonge* y *canonge* en una misma copla, la 330 de los *Milagros, beneito, bendicto* y *bendicho, odir* y *oir, seder* y *seer, lexar* y *dixar, pudo* y *podió, menester* y *mester, confortar* y *conortar;* el *Libre de Alexandre, sapienza* y *sabieza, lexar* y *dexar, ome* y *ombre, encalzar* y *alcanzar;* en la misma copla 695 *foir* y *fugir, precio* y *prez, senllos* y *sendos;* en la misma copla 1.365, *recaudar* y *recaldar, meravija, maravija, maravella* y *maravillar*, etc. Estos ejemplos podrían prolongarse muchísimo.

Esta indecisión de formas primitivas ha producido no pocas veces, por diferenciaciones de significado, dobles formas populares, prescindiendo ahora de las formas eruditas, de un mismo vocablo latino, como *enterar* y *entregar* de *integrare, fosa* y *huesa*, ya como *pensar* de *pensare* y de *pensum, peso*, del cual *pesar, percha* y *pértiga, botiga* y *bodega*.

Estas formas divergentes luchan por su existencia dentro de la lengua, y cuando no persisten dos

o más de ellas, merced a una diferenciación sinonímica, vence una y desaparecen las demás [23].

Hecho que demuestra una vez más que todo proceso es resultado de una serie de tanteos e intentonas, que el camino seguido supone no pocas desviaciones previas y que una forma adoptada lo ha sido merced a otras muchas abortadas.

Asistimos al génesis de una lengua, a sus ensayos frustrados antes de dar con las formas que mejor se adaptan a su total organismo y más en armonía están con el complejo total.

Es, por otra parte, este pulular de formas una gran ayuda para la inquisición del origen de los vocablos porque en ellas se nos muestran no pocas veces distintos momentos de su proceso, desde el latín al romance, por representar muchas de ellas términos medios detenidos en su desarrollo.

A las veces han persistido muchas de las antiguas formas, perdidas para la lengua literaria, en provincialismos y en el habla popular, a cuyo efecto citaremos como ejemplo el popular *dempués* y el *empués* de Berceo, el *dir* por *ir* de la lengua del pueblo que se lee en los Fueros que Fernando I dió a Santa Cristina, de Zamora en 1062 ("cavallario de Santa Christina non habeat a dire in fonsado") y el *por mor que*

*Fué luego est miraclo escripto e notado*
*Por amor que non fuesse en oblido echado*

(Berceo. *Milagros,* 410.)

Junto a esta ondulante indecisión de formas, debida a las variedades dialectales, campeaba con arrogante espontaneidad la fuerza plástica de la lengua,

23 Así, del latín *hominem* se desarrollaron formas, una *homne-onre-ombre,* como de *nominem nombre,* y otra *hómen,* como de *ordinem orden*. La forma *omen* se halla en el Arcipreste de Hita. De ella se originó *ome,* que persiste durante mucho tiempo junto a *hombre,* que es la que ha prevalecido al cabo.

su virtud formativa. El castellano actual literario posee un caudal de voces mayor o menor que se ha tratado de archivar, pero un caudal determinado; los escritores rarísima vez se permiten formar neologismos ni aun dentro de la índole y leyes del idioma; parece como que tácitamente hemos delegado todos en una corporación sabia el ministerio de la fecundidad lingüística y está generalizadísimo el prejuicio de que no es legítimo vocablo castellano el que no se halla en el Diccionario oficial, olvidando que una onza de oro vale esté o no acuñada.

El ministerio de la fecundidad lingüística se ejercía en los primitivos tiempos de nuestro romance por el pueblo todo, y Berceo, por ejemplo, seguro de ser entendido, no se ha cuidado para formar cuantos derivados necesita, muchísimos de los cuales no ha sancionado el uso. Hoy decimos *sinsabor* y no *dessabor,* como Berceo; conservamos *arrepentimiento* y no *repintencia,* y se han perdido voces como *razonidad, oianza,* por *odio; erranza, honorificencia, derechero, pobredad, certenidad, porfidioso, andudar, pasamiento, autoricia, suciedumbre, empezamiento* y otras que emplea Berceo [24].

---

24. Hoy se critican voces como *solucionar, fusionar, influenciar, reconocementero,* etc. *Formos abortodas.* Hay *transido* (de dolor) y no *transir (tronseo); infundir-infusión- (enfusar); refundir-refusión- (rehusor); confundir-confusión- (confusor); entender-intentar; contender-contentor;* recetar y recibir, aceptar y no acebir; concebir y no conceptar; ni decebir, ni deceptar, y sí decepción; recibimiento y no concebimiento; resolver-resuelto-resolución-resolucionar. ¿Que inteligible y entendible es lo mismo? Usando los dos pronto llegaria la diferenciación. Como sucede con cualidad y calidad, referir-relato-relatar-relación-relacionar; conferir- colación-colacionar; diferir-dilatar-dilaoión; inferir-ilación; deferir-delatar-delación; agredir-agresión; progreso-progresar-progresión; regreso-regresar-regresión; congreso; digresión; occidente-ocaso-ocasión-ocasionar; incidente; imprimir-impreso-impresión-impresionar; exprimir-expreso-expresar-expresión; comprimir-compresa; oprimir-opreso-opresión; reprimir-represión; suprimir-supresión; deprimir-depresión; prender-preso-presión; comprender-comprensión; reprender-reprensión; emprender-empresa; sorprender-sorpresa; meter-misión-misionar prometer-promesa-promisión· remitir-remiso-remisión; admitir-admisión; cometer-comisión-comi-

Y a la vez que vocablos han muerto no pocos hermosos giros, como el *meter corazón* (v. 2.804), el uso del *querer* en el *Poema del Cid* aplicado a lo inanimado, y tantas frases que hoy serían poéticas con el aroma de la juventud de la lengua.

Más bien que resucitar formas muertas ya, debía nuestra lengua resucitar aquella enérgica fecundidad primitiva y la nativa libertad de formar nuevos derivados, bien que hoy no podría ejercerse como entonces.

Con el progreso de los tiempos adquiere cada vez más conciencia de sí la lengua, y perdiendo la briosa espontaneidad cobra mayor rigor y uniformidad [25]

Como toda lengua, el romance castellano brotó del pueblo. La lengua del *Poema del Cid* es profundamente popular, por no haberse aún iniciado o incoado la escisión entre lengua vulgar y lengua literaria.

Y aunque esta diferenciación es posterior a la lengua del Poema, creemos deber decir algo de ella por ser el principal fenómeno lingüístico producido después de aquel monumento en la lengua en que se escribió. La lengua escrita no puede diferenciarse más o menos de la hablada hasta que se forme tradición literaria, y entonces no había en España más tradición literaria que la latina.

---

sionar; someter-sumiso-sumisión; caber-catar; (encebir)-encetar; concebir-conceto-concepción; recibir-receta-recetar-recepción; (francés *decevoir)*-decepción; afficere-afeite-afecto-afectar-afición-afección--afeccionar-aficionar; deficere-deficiente-defecto-defección; inficere-infecto-infectar-infección-inficionar; conficere-confecto-confección-confeccionar; reficere-refectorio-refección-refitorio; sufficere-suficiente-efficere-eficiente-efecto (efectuar); retener-retención; contener-continente-contento-contentar-contención; detener-detentar-detención; sostener-sustento-sustentar; obtener-obtención; ambiencia, insinuancia. rozagancia, etc., como obediencia; deponer-depuesto-depósito-depositar-deposición; imponer-impuesto-imposición; componer-compuesto-composición; reponer-repuesto-repostar-reposición-apostar.

25 Derivados que se podrían formar. Doña Emilia, como de *fácil, capaz,* etc., facilitar, capacitar; de *dócil,* docilitar. Yo ***enmugrecer, rozagancia,*** etc.

"Los hombres doctos —decía Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua Castellana*— hablan y escriben con más elegancia y propiedad que el vulgo, y a veces con tanta diferencia que me parecen diversas lenguas." Lo cual había ya asentado nuestro Quintiliano al decir (*Institutiones Oratorias*, lib. XII, cap. X, 43): *Aliam quondam videtur habere naturam sermo vulgaris, aliam viris eloquentis oratio.*

Esta diferenciación, nunca en España muy honda, arranca del génesis mismo del romance. Romance hablaba no sólo el pueblo, sino los letrados, clérigos y gentes más o menos eruditas, *los calonges a prestes sabidores de la fabla de Tulio y Marón.*

En el mismo *Poema del Cid* leemos *vigilia* junto a *velar, glorificar, santiguar, clamor-llamar, natural-nada*, y poco tiempo después, en Berceo, pululan ya las voces de origen erudito que se conservan más cerca de sus similares latinas, tales como *precio, pluvia, pleno, plegar, clamar, victe, piedes, veder, peccadriz, miráculo,* junto a *miraclo* y *miraglo, exaudir flumen, plus, laudes, uxor, paralítica, soror, draco, tristicia, tránsido* (muerte), *dilection, consolation,* junto a *cueslo, psalteriado, delectoso, judicar, mácula, illesa, incorrupta, plangor, genuflexión, persecutores, exaltar* (ensalzar), *pauperes, concilio,* junto a *concejo, canónigo* junto a *calonge, gladio, querimonia,* etc., Voces debidas al carácter de Berceo, que traducía sus obras de composiciones latinas e intercalaba en sus versos frases enteras en latín.

Mientras el bajo latín vivo, el hablado, llegaba en boca y oído del pueblo al romance popular, el muerto latín clásico, el literario, por los ojos de los doctos, pasaba de los libros a la lengua hablada. En Berceo aparece ya esta acción erudita, que ha creado un elemento nuevo sobre el fondo popular.

Algunos lingüistas, entre ellos Gastón París y Brachet, en Francia, se han pronunciado contra la acción

erudita. Brachet dice que, "desde el punto de vista de la ciencia filosófica, un idioma es tanto más bello cuanto más regular es" —discurriendo en esto como buen francés—, "y que sobre el fondo regular y lógico de la lengua popular, las palabras sabias violan la ley del acento y son manchas feas, irregularidades deplorables, que destruyen la hermosa ordenación y la armoniosa analogía del conjunto"; y G. París lamenta el que la introducción del elemento erudito haya turbado la limpidez de la corriente de la lengua francesa y destruído su hermoso organismo.

Tales consideraciones son mucho más aplicables al francés que al castellano, pues, por una parte, en España no ha procedido la acción erudita violentamente y por especie de irrupciones, como en Francia, ni ha sufrido el castellano los embates de un Ronsard, un Oresme o un Bercheure, sino que aquí jamás se ha borrado la tradición clásica, sol de que fué luna, en los más caliginosos siglos medievales, el libro de los *Orígenes,* de San Isidoro de Sevilla. Y, por otra parte, divergiendo muchísimo menos el castellano que el francés del latín, su común madre, y siendo la acentuación castellana casi latina las formas eruditas, no chocan de tal modo con las populares, siendo más análogos *derecho* y *directo,* por ejemplo, que *droit* y *direct.*

Pero, aún así, creemos deber hacernos cargo de esas diatribas contra la influencia erudita, consecuencia de la doctrina formulada por Jacobo Grimm, de que la época literaria de las lenguas es de ordinario la de su decadencia desde el punto de vista puramente lingüístico.

El cultivo de la filología y la aplicación de los métodos de las ciencias llamadas naturales al estudio de las lenguas ha producido un prejuicio muy generalizado, y es la proscripción de los productos del arte humano y de la acción conciente y reflexiva a nom-

bre de la naturaleza y de lo inconciente, como si el arte no fuera tan natural como la naturaleza misma.

La lengua literaria es tan natural y regular como la popular, y obedece a otras necesidades y otras ideas. Ideas que no son del vulgo exigen lengua que no sea de él. La literatura que trae a los pueblos un nuevo sentido, el del ideal reflexivo, necesita una nueva lengua. La escisión de una lengua en elemento popular y elemento literario es un efecto de la civilización, como lo es la mutua acción de un elemento sobre el otro.

Entre la lengua no artística, sino artificiosa, y de estufa, de la pura erudición mal digerida, lengua que nace muerta y nunca tiene un valor más que individual, y la lengua del bajo pueblo, la de la conversación ordinaria, fluye la corriente de la lengua completa y sana.

La literatura viene a ser respecto a la lengua hablada en el espíritu de los pueblos lo que la conciencia respecto al fondo subconciente en el espíritu individual humano. Por la literatura llegan los pueblos a ser concientes de su propia lengua; la lengua literaria ha sido la principal base de los estudios lingüísticos reflexivos y de la preceptiva gramatical, asi como casi toda la psicología tradicional se fundamentaba en la introspección conciente. Y, sin embargo, lo mismo que bajo la conciencia el riquísimo fondo subconciente que la sustenta, vivifica y da contenido, siendo uno con ella en perfecta unidad, así bajo la lengua literaria palpita el riquísimo fondo popular, manantial de que aquélla se surte. Y así como se da el caso de que una representación percibida en la conciencia y olvidada luego, es decir, caída al fondo subconciente, reaparece, así voces que como *allaudare* se nos muestran en Plauto y desaparecen, luego resurgen en el romance *alabar*.

Tan cierto como que una reflexión propia parcial

e incompleta puede falsear en el hombre la noción de sí mismo, que aprende a conocerse en sus hechos, e influir hasta el punto de crear un dualismo entre su conciencia y su íntimo modo de ser, pero sin alterar éste, que aun en estos errores se muestra tal cual es, así una falsa noción de la propia lengua ha podido influir hasta crear formas literarias en contradicción con la índole íntima del idioma. Pero tales formas nacen muertas, son mucho más raras de lo que se supone por algunos y rara vez llega hasta violentar la lengua popular y hablada.

Si lo subconciente, el contenido del espíritu, determina y vivifica la conciencia, ésta, a su vez, es la luz de aquél. La lengua popular, al irrumpir en la literaria por ministerio de ciertos escritores, le da una plenitud de savia que la remoza, y la lengua culta y la labor literaria, a su vez, rectifica y encauza a la lengua hablada, y a las veces corrige verdaderas enfermedades del lenguaje, como el hombre las suyas por la ciencia.

Como un hijo lleva en sí a su padre, y a la vez, en su mente, el recuerdo de éste, el castellano lleva en sí al latín, y en su conciencia, la tradición clásica. El latín, después de haber dado su espíritu y su vida a los romances, encarnado en la tradición clásica, los ha librado de ajeno contagio y enriquecido con una nueva capa, el elemento erudito. (Y acaso más de una forma que como el actual *oscuro* está más cerca de la latina que el antiguo *escuro* coexistiera en boca del pueblo con ésta) [26].

---

26 Formas analógicas y formas etimológicas. Hay *recibimiento* junto a *recepción*, como *procedimiento* junto a *procesión*, y no hay *concebimiento* (concepción), ni *cedimiento*, ni *concedimiento*. Vid. los dobletes. No hay *aseñiguar* junto a *apaciguar*, *atestiguar*, etc. Analógicamente han hecho *nitramita* por *dinamita*.

*Lengua científica y técnica.*—Los muchos acabados en *-logía* han convertido esto en desinencia casi vulgar, dando origen a voces como *sociología*.

Errores cristalizados, *kilómetro*, *oxigeno*, etc

El elemento literario y la labor culta de la lengua escrita han sido las fuerzas que han obrado en el romance castellano posteriormente al *Poema del Cid*[27].

Hemos mostrado a grandes líneas la marcha que en su evolución ha seguido el romance, evolución debida al desarrollo interno y en la que el influjo de las lenguas con quienes se puso en contacto fué excitante más que otra cosa.

Es muy frecuente atribuir a extrañas influencias formas y giros que en el romance castellano han abortado mientras se han desarrollado en otros romances, tal como el uso partitivo de la preposición *de* a influencia francesa, que equivale a atribuir a influencia española la existencia en el antiguo francés de los verbos *ester,* estar, y *querre,* querer, que hoy ya no posee. Del mismo latín derivan ambos romances, y las mismas causas que produjeron el *de* partitivo del francés pudieron producir el del castellano, quedando por explicar no tanto cómo se produjo en castellano sino cómo se perdió. En buena lógica, no puede siempre afirmarse de dos hechos concomitantes que sean causa y efecto, pudiendo ser co-efectos de una misma causa. Del mismo latín *ibi* e *inde* derivaron el anti-

---

Ventajas del griego en el tecnicismo. El tecnicismo quimico. Lo reflexivo (individual) y lo inconciente (colectivo) en el tecnicismo cientifico. La tradición, *matemáticas, estética, anatamía,* etc. Ensayos de reforma, *calalogía,* etc. La sal no es sal, el frío no existe.

27 La lengua popular y la erudita han estado siempre en continuo y mutuo cambio; todos los dias toma el pueblo vocablos de la lengua literaria. Así tenemos, junto a *estricto,* forma literaria, el popular *estrecha* y el popularizado *distrito.* Todos los neologismos se deben formar sobre la lengua literaria popularizada; así nadie inventará decir *aseñiguar* por *significar,* ni *afruchiguar* por *fructificar,* aun habiendo en antiguo portugués *afruitigar.* La forma popularizada de significar es *sinificar.*

*-Ficare, -guar.*—La terminación *-ficare* en voces doctas se hizo *-vigar,* de donde *-iguar* ant. port. *civigar (acdificare), afruitiviguar, testivigar.* (F. Garda, 417, *martevigar,* 425, y hoy averiguar, etcétera (s anctificare-santivigar-santivgar-santiugar-santiguar, enjaugar-enjuagar).

guo castellano *i* y *en* y el actual francés *y* y *en*, y el atribuirlos en castellano a influencia francesa sería efecto de una ilusión, pues si es prueba de influencia directa la preexistencia de una forma en un idioma respecto a otro, no lo es su mayor persistencia en el futuro.

Una lengua recibe, sin embargo, elementos de aquellas con las que se pone en contacto, pero únicamente en su léxico. Su sistema fonético y gramatical, su individualidad, los conserva siempre. Las lenguas no admiten sonidos extraños ni formaciones gramaticales que repugnen a su organismo. Los sonidos de otras lenguas los asimilan a otros que poseían, no los aceptan.

Se ha buscado por muchos el origen de nuestra jota, ya en el árabe, ya en el gótico, cuando, como mostraremos en el curso de este trabajo, es producto de un desarrollo interno y espontáneo de la lengua.

De las lenguas que se ponen en contacto únicamente acepta un idioma vocablos que van a enriquecer su léxico, adaptándose a su fonética y morfología.

En la lengua del *Poema del Cid*, sobre el fondo latino, que es el preponderante en su léxico, hallamos elementos germánicos, arábigos y de origen francoprovenzal.

La influencia de las primitivas lenguas indígenas de España no puede determinarse por sernos desconocidas. La única, cuyos restos persisten, el vascuence, puede asegurarse que no ha dejado rastro alguno en el castellano. De los vocablos castellanos que Monlau y aun Díez asignaban al vascuence, apenas hay uno que pueda hacerse bueno. (Díez: álabe, ardite, balsa, buega, chamarasca, estacha, ganzúa, garabite, garbanzo, gazuza, guijo, gurrumina, hervero, izaga, lelo, mandria, modorra, morcón, morón, nava, oqueruela, sarracina, socarrar, vericueto, zahurda, zalea, zamarro, zanahoria, zaque, zaragüelles, zarria, zato,

zirigaña.) Se dejaron sorprender por las fantásticas lucubraciones de Larramendi, que sacaba del vascuence los vocablos más latinos o inventaba a las veces palabras vascas, que, como *megope,* espíritu, jamás han existido.

(Alguna vez se halla algún vocablo vasco que no ha prevalecido, como en el refrán antiguo: "sardina que el gato lleva, *galduda* va", es decir, perdida, y en el verso 292 de los *Milagros,* de Berceo:

*Non levaba de miedo la voluntat vacía*
*Non irie tan apriesa iendo en romería*
*Don* bildur *le levaba, por la cabeza mía.*

que se lee *bildur,* miedo.)

Más en lo cierto estaba el autor del *Diálogo de la lengua* cuando, hablando del vascuence, afirmaba que él no lo sabía, pero, según había entendido de personas que lo entendían, "también a ella se le han apegado muchos de los vocablos de los latinos, los cuales no se conocen, así por lo que les han añadido, como por la manera como los pronuncian".

En el *Poema del Cid* no hay más que un nombre propio de origen vasco, *Oyarra,* príncipe de Navarra, *oyarra,* es decir, el gallo, como los antiguos nombres propios *Ochoa,* el lobo; *Vela,* el cuervo, y acaso *García,* el oso.

El elemento gótico y el arábigo son bastante considerables y se estudiarán en el curso de esta labor. Respecto al último, se ha exagerado un poco su importancia.

Es un hecho digno de observación que, a la vez que tenemos en castellano verbos de origen germánico, el árabe sólo nos ha dejado nombres y no verbos. En este fenómeno se muestra ya la oposición principal entre las lenguas arianas y las semíticas, signo de la oposición de las razas respectivas. Mientras es el verbo la base de la concepción ariana, es el nombre

el de la semítica, y así como el nombre ariano supone un verbo, el verbo semítico supone un nombre. En los idiomas semíticos no hay en realidad conjugación tal y como la entendemos en los arianos, ni tiempos, ni pasa de un prejuicio el haber llevado al hebreo, por ejemplo, nuestras distinciones de pretérito y futuro. La concepción activa, la del sujeto, la dinámica, es la dominante en las lenguas arianas; la del objeto, la pasiva, en las semíticas; en aquéllas, la causa; la sustancia en éstas.

En el romance del *Poema* hay también un elemento franco-provenzal que se ha de estudiar.

En la investigación etimológica se ha de acudir, ante todo, al latín vulgar o bajo latín, y sólo en segunda instancia o cuando se muestre más evidente en éstos la derivación, a los idiomas germánicos y semíticos, o a los demás que hayan estado en íntimo contacto con nuestro romance.

En cuanto a los elementos de lenguas de pueblos que no se han puesto en contacto directo con el español posteriormente al período de formación del romance, no pueden ser más que mediatos. El elemento griego, en el que se incluyen gran parte de vocablos religiosos, ha pasado al romance, cuando es popular, mediante el bajo latín, y una derivación del sánscrito o de otro idioma lejano que no ha podido ejercer acción directa cuando no se muestre mediatizada por el latín es absurda.

Hay siempre que dar una parte al elemento, por exiguo que sea, proveniente de las primitivas lenguas indígenas hoy desconocidas, a los de los mil diversos pueblos que se vinieron con la irrupción de los bárbaros además de los visigodos y en la invasión musulmana, guiados por los árabes y a otros que no podemos determinar.

Dejando de lado las disquisiciones a que se presta

la exégesis crítica del texto del *Poema del Cid,* nos proponemos hacer en este libro una labor lingüística y no filológica.

Cabe, en efecto, estudiar el pensamiento de las edades pasadas en los monumentos literarios que nos han legado, y por el examen de los textos de aquéllos penetrar en su vida íntima, estudio que constituye la filología, y cabe, haciendo la posible abstracción entre la literatura y la lengua en que encarna, estudiar el lenguaje en sí, como instrumento del pensamiento, y en la evolución de aquél, la de éste, estudio que constituye la lingüística.

Cúmplenos ahora hacer algunas consideraciones acerca del fin, método y condiciones científicas de este trabajo.

Si la lingüística ha de tener un fin propio y sustantivo, y ser algo más que un mero pasatiempo, tiene que ser un capítulo de la biología general, y si la etimología ha de ser algo útil y no vana distracción de eruditos o pueril curiosidad, tiene que ser un medio para explicar por la evolución del lenguaje la del pensamiento, sin olvidar por eso que, siendo la lengua un instrumento, no puede olvidarse el fin práctico de mejor conocerla para mejor manejarla.

En el presente trabajo se persiguen tres fines en un solo fin, es decir, tres fines compenetrados, a saber:

1. Un estudio del lenguaje en que está escrito el *Poema del Cid.*

2. Un estudio de los orígenes del romance castellano, tal como en el *Poema del Cid* se nos muestra.

3. El proceso de formación de un idioma.

Compenetrar los tres fines de manera que nuestra labor no se pierda ni en fatigosa inquisición de minucias etimológicas y *gramatiquerías,* para servirnos de la expresión del autor del *Diálogo de la lengua,* ni, por otra parte, se diluya en generalizaciones sin consistencia, ha de ser nuestro constante esfuerzo.

Los estudios lingüísticos tienen gloriosa tradición en España, cuya historia no es esta ocasión de trazar. Los nombres de San Isidoro, de Nebrija, de Valdés, y más tarde de Hervás, Alderete, Covarrubias y, últimamente, de Martínez Marina, Monlau y Bello y Salvá, basten.

Como en Roma los estudios gramaticales se iniciaron bajo la acción de los griegos y como preparación para el estudio de su lengua, el de la gramática castellana en España, el estudio escolástico, servía de preparación para el del latín, y en la gramática latina se calcó la gramática castellana. El conocimiento de lo propio se origina de comparación con lo ajeno. Este fué el período de clasificación del estudio de la lengua castellana.

Esta clasificación, hecha con tal base, se violentó no pocas veces para acomodarla a la clasificación latina haciendo entrar las formas castellanas en el encasillado de las latinas. De cuatro tiempos, perfectamente distintos, *amara, amaría, amare* y *amase,* se hizo uno, y uno de *amó* y *ha amado,* que se hubieran convertido, como observa Bello, aquél en un aoristo y éste en un pretérito perfecto, si la gramática castellana se hubiera calcado en la griega en vez de en la latina.

Don Andrés Bello, en su admirable *Gramática,* obra de poderosa crítica, fué quien mejor supo prescindir de tal prejuicio, hacer la posible abstracción del latín y clasificar las formas del romance castellano según propio criterio y no con sujeción a ajenos moldes. Don Andrés Bello ha sido quien ha llevado la gramática empírica de nuestra lengua, la labor de clasificación, a su más elevado punto.

Queda por hacer la labor histórica y comparativa que ha de dar por resultado la Gramática Histórica de la Lengua Castellana, gramática *explicativa* en que se muestre el origen y desarrollo de las formas.

El período de la explicación científica, no ya de la

clasificación de los datos, empieza con la filología comparada, cuyo principal monumento en la lingüística de los romances es la *Gramática* de Díez. La ciencia lingüística se transformó por la aplicación del método comparativo, sobre todo por Bopp, y el principio de la ley de evolución sobre la persistencia de la fuerza por Schleicher.

La aplicación de la fonética a los estudios lingüísticos ha producido en éstos efectos análogos a los que en la psicología ha producido la aplicación de la fisiología. Y del mismo modo que junto al progreso grandísimo de la psicología fisiológica camina muy lentamente el estudio de las complejas y elevadas funciones del espíritu, así choca la lentitud del progreso de la sintaxis científica junto al progreso rapidísimo de la fonética y la morfología.

La fonética y el método comparativo abren nuevos horizontes hasta para la gramática preceptiva. Ya el sabio y sagacísimo don Andrés Bello deshizo por el estudio histórico errores como el de creer que el artículo *el,* que aparece en *el águila* y casos análogos, sea el artículo masculino.

Cierto es, por otra parte, que la fonética y el método histórico-comparativo complican el estudio al parecer y abren nuevos problemas por cada uno que resuelven, pero éste es el resultado vivo de la indagación científica, y señal evidente de progreso hallarnos con nuevos problemas donde creíamos estar todo resuelto, aunque mortifique la pereza y disguste a los maestros que desean soluciones hechas que transmitir a sus discípulos.

La fonética, aunque no ha cerrado a la ciencia la era de las ingeniosidades, antes bien las ha reforzado, nos ha alejado de aquellas etimologías de sonsonete de que se burlaba donosamente Voltaire al decir que *cheval* viene de *equus,* cambiando la *e* en *che* y el *quus* en *val.* El oído sirve de poca cosa cuan-

do el espíritu no está educado. A oído sería absolutamente imposible averiguar que Santander es San Emeterio (Sant Ameterio-Sant Amederio-Sant Anderio - Santandero) y que Castroverde es *Castrum veterum.*

Es, además, grandísimo el efecto de los resultados de la comparación. A no atenernos más que a nuestro romance castellano, derivaríamos *coger* de *cogo, is, ere,* y *enviar* de *inviare,* pero la comparación con los otros romances nos fuerza a derivar *coger* de *colligere* y *enviar* de *inde-viare* (vid. Glosario), pues pudiendo derivar según las leyes de la fonética hispanolatina *coger* de *colligere* y no pudiendo proceder más que de éste en los demás romances, no se debe suponer una excepción para nuestra forma.

Las leyes fonéticas son debidas a necesidades fisiológicas, a estricta mecánica del aparato de la voz, y debemos penetrarnos de la idea, cada vez más confirmada, de su estrechísimo rigor, un rigor que no admite excepción alguna, siendo las aparentes anomalías debidas a nuestra ignorancia y la dificultad de determinar totalmente cada fenómeno en un proceso tan complicadísimo. La complejidad del proceso fonético debe darnos un gran espíritu de parsimonia. Conviene más dejar sin explicar ciertos puntos oscuros que oscurecerlos más con precipitaciones e hipótesis.

Cuando un caso se nos presenta como excepción a una ley, es que ésta ha sido mal formulada. De aquí la necesidad de formular éstas con el mayor rigor posible.

A lo que hay que añadir, como otra razón de aparentes anomalías, la cronología fonética, es decir, el hecho de que las leyes fonéticas que presiden a la evolución de los vocablos evolucionan a su vez, pues las leyes de evolución están sujetas a ésta. De aquí la importancia del método histórico. Puede dudarse del rigor de las leyes fonéticas al observar, verbi-

gracia, que un mismo vocablo latino, el infinitivo *facere*, ha dado dos formas, *far* y *fer*, del *Poema del Cid*, sino fuera muy probable que la una procede de una forma *fácere*, fiel a su origen clásico, y la otra de un verbo *facére*, asimilado a su vez a los verbos en E con e larga, como lo fueron casi todos los en E con e breve [28].

Si nuestro trabajo versara acerca del proceso entero de un idioma, emplearíamos el método inductivo, reuniendo, clasificando y comparando los hechos para extraer sus leyes; pero como versa sobre un momento de nuestra lengua, mostrado en un monumento dado, tiene que ser deductivo, porque no son suficientes los datos para una segura inducción [29].

Siguiendo esta idea, establecemos en la fonética la doctrina a partir de las conclusiones de la fonética general fisiológica, y vamos señalando los fenómenos que en la lengua del *Poema del Cid* representan los resultados obtenidos.

Preferimos partir del latín, descendiendo de él al castellano, que ascender de éste a aquél.

En el estudio comparativo de las lenguas indoeuropeas, en que se desconoce directamente la forma de la unidad lingüística ariana de que procedieron, hay que caminar por inducción comparativa, mas en la lingüística románica, si bien acaso sea este mismo el más seguro proceder y se pudiera por él reconstruir en parte el latín, aun siéndonos éste desconocido, como conocemos la unidad de que han partido nuestros romances cabe el método deductivo.

En la fonética hemos aprovechado los resultados de la fonética fisiológica *(Lautphysiologie)*, que ha

---

28 Vid. la nota 18.

29 El *Poema del Cid* no representa más que la lengua de una región más o menos extensa de España, y debemos creer que conjuntamente con los vocablos y formas que con él se nos presentan se desarrollaban paralelamente otros. El actual castellano *temblar* deriva del latino *tremulare* sin pasar por el *tembrar* del *Poema*..

perfeccionado el valor científico de la masa de hechos que la observación y comparación lingüística nos ofrece, dando su *ultima ratio* y demostrando que tienen que comportarse como se comportan. Ha reformado, además, no pocos conceptos imperfectos, que, como el de la distinción clásica entre vocales y consonantes, impedían dar ciertos pasos de avance.

Dando al presente trabajo un sentido más bien didáctico que crítico, nos abstenemos de acumular hipótesis y discutir opiniones de detalle sobre esta o la otra etimología, discusiones que hacen perder la fe en la ciencia, llevándonos a confundir ésta con las opiniones de los doctos. Hemos preferido dar lo dudoso como dudoso y dejar sin explicación lo que no la tiene satisfactoria. Hemos procurado no acumular erudición en el texto de la gramática por temor a que los árboles impidieran ver el bosque, como reza un refrán alemán.

En el curso de la fonética y la morfología se da por asentado que tal o cual vocablo del *Poema del Cid* deriva de tal o cual vocablo latino. La comprobación se hallará en el Glosario, donde reunimos los documentos y comprobantes de cada dato aducido.

El Glosario es el archivo de las pruebas empíricas e históricas de nuestros asertos. De este modo desembarazamos el texto de la gramática del aparato de la erudición histórica, que lo complicaría en exceso.

Lo importante es el método, es lo vivo y fecundo. Una vez hallado el método, su misma aplicación, cada vez más rigurosa, corrige los errores que su imperfecto uso haya podido producir; él cura las heridas que hace.

En el Glosario indicamos las formas del bajo-latín latín español que nos muestran el proceso de nuestros vocablos, textos bajo-latinos sacados de las colecciones de documentos de Muñoz, el padre Burriel, Ber-

ganza, padre Yépez y de la *España Sagrada,* y del gran Diccionario de Du Cange.

Si un fonógrafo que hubiera recogido año por año la pronunciación de un vocablo cualquiera en cada región española desenvolviera a nuestro oído toda la serie en la continuidad del hecho que hoy se nos escapa, comprenderíamos intuitivamente la ley, que se identifica con el hecho mismo en cuanto sujeto a proceso evolutivo y no es otra cosa que la expresión de su continuidad, y alcanzaríamos el fin de la ciencia, que es el perfecto conocimiento de los hechos. Pero como esto es imposible y como hacen repentina aparición en los documentos que han llegado hasta nosotros vocablos y giros que tenían larga vida en boca del pueblo y cuya continuidad se nos escapa, hay que rastrear el proceso por los términos que conocemos y no pocas veces suponerlos hipotéticamente por analogía.

Pero así como si las aguas del mar fueran bajando a medida que bajaban irían apareciendo a nuestros ojos las conexiones geográficas de tierras hoy separadas, más aún en el estado actual del nivel de sus aguas, una inspección detenida y un método comparativo bastan para determinar sobre un mapa tales conexiones, así sobre el mapa de los documentos literarios es posible establecer el proceso de los vocablos y las formas sumergidas en el mar del olvido.

Aun cuando en la indagación etimológica buscamos los orígenes del romance en el bajo latín, indicamos también las formas clásicas correspondientes, idénticas casi siempre, por ser éstas más generalmente conocidas entre nosotros [30].

El presente trabajo está hecho sobre la edición del

30 En la morfología, la analogía. (Vid. nota 9, el caso de *jalbegue*. Su excepcional importancia. (*-gr-* entre vocales, *r, entero, pereza,* mas queda *negro,* ¿por qué?) Y citense aqui las formas

*Poema del Cid* de Vollmöller *(Poema del Cid. Nach der einzigen Madrider handschrift mit Einleitung, Anmerkungen und Glossar neu herausgegeben von Karl Vollmöller.* I Theil. Text. Halle, 1879), teniendo también a la vista la de Sánchez y la que don Florencio Janer trabajó en el tomo VII de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra. Al autor le ha sido imposible consultar el códice original.

Antes de dar fin a esta Introducción, debemos expresar nuestros votos porque se establezca oficialmente en España el estudio histórico-comparativo, es decir, rigurosamente científico, de nuestra lengua propia. Un doctor en Letras llega a alcanzar su grado habiendo aprobado oficialmente latín, francés, griego, árabe o hebreo, y sánscrito y sin más conocimientos casi siempre de la propia lengua adquiridos oficialmente que la gramática preceptiva y empírica de la escuela de primeras letras. Es vergonzoso que nuestra Facultad de Letras no tenga algún curso de Filología castellana, ya que no románica, y que este estudio esté reducido a una cátedra de la Escuela Diplomática.

A la par, es de desear se estudien los dialectos vivos y los modos de hablar populares, complemento indispensable al estudio de nuestros antiguos monumentos literarios.

El autor de la labor presente se dará por muy pagado de ella si logra despertar en alguien la afición a los estudios románicos, con especial aplicación a nuestra lengua, aun cuando no aporte un dato nuevo ni una nueva explicación a la ciencia.

Además, aspiramos a que el lector profano a estos

---

populares. El léxico es muerto, es lo que la lengua recibe, su material. La flexión es lo vivo, es la forma. Y así como las leyes fonéticas son fisiológicas, el pueblo inconciente al aplicarlas, así las leyes morfológicas, es decir, la gran ley morfológica, la de la analogía, espiritual y conciente en cierto modo.

estudios saque la convicción de que una perfecta regularidad y una incoercible necesidad rigen la vida de la lengua y determinan sus más menudos accidentes, por una parte, y por otra, que es tan grande la complejidad de los fenómenos lingüísticos, que hace que su necesidad objetiva no pueda convertirse en la exactitud matemática para nuestro conocimiento de ella, que es el campo de lo conjeturable y desconocido grandísimo y que las leyes lingüísticas no pueden llegar a ser para nosotros por completo teoremas matemáticos.

Las lenguas están constituídas por frases, que son un organismo de vocablos, o sea de formas orales con significación. El estudio de la organización de la frase constituye la *Sintaxis;* el de la forma de cada vocablo, la *Morfología;* el de los elementos orales o sonidos de que consta el vocablo, la *Fonética,* y el estudio de la significación y su relación a la forma, la *Semiótica.*

*Advertencia.*—El autor se cree obligado, por lealtad, a advertir que si en varias de las explicaciones que se dan, así como en las etimologías, no cita siempre el autor o autores a quienes se deban, es sencillamente por no conocerlos.

# CONTRIBUCIONES A LA ETIMOLOGIA CASTELLANA

## EL SUFIJO -RRIO, A, -RRO, A

1. Vamos a presentar aquí, como contribución al estudio de las etimologías castellanas, un número de voces que hemos recogido y en que se encuentra el sufijo *-rro, a, -rrio, a,* con sus varias formas *-orrio, a, -orro, a, -urrio, a, -urro, a, -arrio, a, -arro, a,* y otras en que aparece combinado con otros sufijos.

Dejamos de lado para el estudioso, y como cuestión abierta, la de averiguar si procede de un sufijo ibérico, análogo a uno que se encuentra en vascuence, si no es más bien desarrollo dialectal, algo anómalo, de los sufijos latinos *-ariu* y *-oriu,* o si se ha extendido analógicamente y al modo de los sufijos átonos, a partir de formas en que no era tal sufijo, por lo menos vivo y dentro del período histórico.

2. La voz griega κιβώριον, que pasó al lat. c i b ō - r i u m , y que designaba primero una haba de Egipto y luego una taza o copa grande de su forma, ha venido a ser el castellano *cimborrio* 'cúpula', y aquí se ve la terminación *-orrio* derivada directamente de una grecolatina. La conversión de *r* en *rr,* ¿se deberá a la yod que le sigue? ¿No pudo acaso haber un proceso: *ario-aryo-arrio-arro,* geminándose la *r*

ante yod y dando luego su geminación *rr?* En italiano se geminan consonantes ante yod (v. gr.: *rabbia)* [1], y en el mismo latín vulgar español tenemos que hay que suponer *raddia* y *baddiu* para explicar *raza* y *bazo.* Y esa terminación *-orrio* la hallamos convertida en *-orro* en la voz *cigorro,* de la alta Extremadura, que significa 'picacho o tormo'. Llámasele también *cigorral,* y suponemos que los *cigarrales* de Toledo son los *cigorrales* mismos de Extremadura, con una modificación analógica debida a *cigarra,* y son lo que en la ribera del Duero de Salamanca se llama *arribes.*

En esa forma de *-orrio, -a* hallamos el sufijo en *villorrio, bodorrio,* etc. No nos atrevemos a suponer que en *morrión,* de *morro,* haya influencia de este sufijo, como ni en *gorrión.*

3. En la forma *-orro, a* es mucho más usual.

Desde luego no parece ser sufijo en *corro, zorro, chorro, morro, porro, gorro,* etc.; pero lo es en *Pacorro, ventorro, chinchorro* (de *chinche,* y luego *chinchorrero), pedorro, modorro* (probablemente de *mudo), cachorro,* etc. En *cachorro* hemos de ver un derivado de *cacho* — c a l c u l u — pedacito, pero con influencia de algún derivado del lat. c a t ŭ l u. En Bilbao le llaman *cochorro* al coleóptero *melolontha vulgaris* (fr. *Hanneton)* y es, evidentemente, un diminutivo de *cocho,* equivaliendo a 'cochinillo'.

En la forma femenina *-orra* tenemos la voz *saborra* —donde no es sufijo derivativo, castellano al me-

---

1 [Es de notar que en italiano no se gemina la *r* ante yod (MEYER-LÜBKE, *Gram. ital.*, 1901, pág. 118). Se comprende que para que una consonante pueda geminarse debe ser condición esencial que su articulación sea prolongable. La *r* vibrante simple consiste en una oclusión instantánea, sin alargamiento posible. Puede geminarse una ɹ fricativa; pero de ésta no podría esperarse fácilmente una r̄. La *r* final de silaba suele pronunciarse *r* en algunas regiones, kárne por kárne; pero este no es el caso de c i b o r i u m, donde la *r* es inicial de silaba.—*N. de la R.*)

nos—, que así decíamos, siendo yo niño, en Bilbao, y es el lat. s a b u r r a, en cast. *zahorra.* En Bilbao se la aplicaba al poso o arenilla de las aguas sucias. Y ese sufijo *-orra* lo hallamos en *pachorra* y en *pantorra* (de donde *pantorrilla),* que son, sin duda, derivados del lat. p a n t ĭ c e 'la panza'. Mas de esta voz veremos aún otras formas.

Sufijos compuestas con *-orro* son *-orral,* de *matorral,* y *-orrón,* de *coscorrón,* derivado de *cosque.* Como no sea esta última una formación retrógrada de aquél.

4. De las formas en *-orrio, a -orro, a* y sus derivados pasamos a las en *-urrio, a* y luego *-urro, a.*

No nos resolvemos a decidir si haya un sufijo en *murria* (cfr. *morriña),* y si ello será de *amurria (l'amurria — la'murria),* relacionado con *amohinarse* o *amonarse,* en portugués *amuarse.* Pero parece ser sufijo en *bandurria,* cuyo significado primitivo debió de ser 'vientre o tripa', lo mismo que *bandullo* o *bandujo* 'lo que se guarda bajo la banda, faja o cinto'. Nótese también *canturria,* en que la *rr* parece venir de una *r* (lat. c a n t u r i a r e 'cantar en voz baja'), caso análogo al de *cimborrio.* El sufijo *-urrio, a* lo encontramos en *baburria, angurria,* etc., y combinado con otro en *andurriales,* relacionado con *andorrear* (voz que no trae la edición 13.ª del Diccionario de la Academia y la registra Rufino José Cuervo en sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* (§ 905). En el verbo *espurriar,* ¿hemos de ver trazas de este mismo sufijo?

En la forma *-urro, a* y sus derivados es más usual.

No parece, desde luego, ser sufijo en *burro, churro, turrón, zurrón,* etc.; pero lo es en *baturro* (en Bilbao, siendo yo niño, llamábamos a los aldeanos *batos), santurrón,* etc., y acaso en *cazurro* y otras voces.

Antes dijimos que *pachorra* y *pantorra* parecían

derivados de p a n t ĭ c e 'panza'. Tenemos también *despanzurrar* y *despachurrar,* que presuponen un *panzurra* y *pachurra,* siquiera implícitos. En portugués hay *panturra.* Y es natural el paso de *-orra* a *-urra,* y más de *-orrio, a* a *-urrio, a,* teniendo en cuenta la influencia de la yod para cerrar la vocal de la sílaba precedente. *Curro* es, por otra parte, abreviación de Pacorro.

5. Pero las formas más usuales son con *a: -arria, -arro, a* y sus derivados.

¿Será sufijo en *fanfarria* y *bambarria?* No lo aseguraremos Más fácil es que lo sea en *cascarria,* de *casco.*

Suponemos, desde luego, que la *rr* de *guitarra, cigarra* y *quijarra* que va implícito en *desquijarrarse,* no son tanto robustecimiento fónico de la *r* de χιθαρα (lat. c i t h a r a) ni de la *d* del lat. c i c a d a y de *quijada,* cuanto el sufijo *-arra* con pérdida de esas *r* y *d;* así: *guitararra, cigadarra, quijadarra.*

La voz *pizarra* parécenos ser un derivado de *pieza,* como *chinarro* y *guijarro* lo son de *china* y de *guijo;* debiendo rechazarse la etimología de *guijarro* sacándolo del vascuence *eguijarría* 'piedra angular', que recoge Körting. Con las etimologías sacadas del vascuence hay que andarse con mucho tino, entre otras cosas, porque mis paisanos los vascos son muy capaces, como lo hacía ya Larramendi, de forjar vocablos que no están en uso para encajar una etimología. Así, *eguía* o *eguija* es, en efecto 'esquina', y *arri,* con el artículo *arria* 'piedra'; pero es muy fácil que Larramendi los juntara para sacar del vascuence un *guijarro.*

En *amarra,* ¿hemos de ver un sufijo y derivar la voz del lat. h a m u 'anzuelo'? (En vascuence se le llama aún *amu,* fr. *hameçon.*) El port. *zangarreio* 'mosconeo' supone un *zangarro,* pariente de nuestro *zángano,* con el sufijo átono. En *guarro,* del cual de-

riva *gorrino* (cfr. el fr. *goret*), ¿habrá sufijo? En el verbo *despilfarrar* vemos un * *pilfarra* que acaso tenga que ver con *piltrafa,* lo que nos recuerda que aquí, en Salamanca, se le llama *farraca* a la *faltriquera* o *faldriquera,* lo que nos hace creer en una forma intermedia * *faltraca* o * *faldraca* y en una relación entre *tr* y *rr* (cfr. el francés). ¿O será *despilfarrar* un *despiltrafarrar?*

En la forma masculina *-arro* tenemos *cacharro, chaparro,* etc. Nos permitimos indicar, con todo género de reservas, si *barranco* no será una metátesis de * *bancarro* bajo la influencia del primitivo *banco;* es decir: * *bancarro* + *banco* = *barranco,* conservando la final en *-anco* como de *uaño,* forma contraída de *ogaño,* y este mismo *ogaño* ha hecho aquí *uguaño* *(ogaño+uaño = uguaño).* Y por un proceso metatético análogo, ¿no podría haber salido *carrasco, a,* mediante un *cascarro, a,* de *casco?* Aquí, en Salamanca, de la carrasca se saca casca para curtir. El *esparrancarse* 'abrirse de piernas', en relación con el gallego y port. *pancada,* parece suponer un *pancarra,* que por metátesis daría el *parranca* que va implícito en *esparrancarse,* o más bien éste de *espancarrarse.* Acaso, si se le busca, se hallará nuestro sufijo en algunas voces metatizado.

Tenemos el sufijo compuesto *-arrón* en *dulzarrón, cimarrón, zancarrón, socarrón* (¿o no más bien de *socarrar?*), *fanfarrón,* etc.

Un sufijo también derivado de *-arro, a,* es *-arraco, a,* que hallamos en *bicharraco,* junto a *bicharrajo.* ¿Tendrá que ver algo con esto *carraca, barraca, urraca,* etc.? Hay también *-arruco, -arrajo* y *-arreta* *(jugarreta),* y acaso *-arracho,* este último de *-arro, a,* y el *-acho* que hallamos en *picacho, ricacho, hilacho,* etcétera. ¿Habrá que ver un sufijo así en *borracho,* reducción acaso de * *bobarracho,* derivado de *bobo* (lat. b a l b u) y en relación con *mamarracho* y *mo-*

*harracho?* Siendo yo niño se decía en Bilbao *mamarro, a,* y *momorro, a,* en el sentido de 'bobo, insustancial, majadero'.

6. Tenemos la convicción de que estudiando las combinaciones de estos sufijos, los casos de metátesis —debidos muy a menudo a acciones analógicas— y las reducciones posteriores, y a las veces formaciones retrógradas, se podrá rastrear el origen de muchas voces que hasta hoy han resistido a un análisis etimológico convincente.

## PINGOROTA, PICOROTA

En esta provincia de Salamanca se le llama la *pingorota* o la *picorota* a lo más alto de una torre o de un peñasco.

Hay que ver ahí, sin duda, un sufijo *-ota,* pero no el aumentativo, de origen francés, que hallamos en *cabezota, pelota, manota,* etc., sino más bien el mismo de *Grijota, Montoto,* etc. Sabido es, en efecto, que *Grijota* equivale a e c l e s i a - a l t a y *Montoto* a m o n t e - a l t u , y que su terminación procede del adjetivo a l t u , a, como *Torroba* equivale a *torre-alba.*

Aquí, en Salamanca, se dice "¡allí arribota, arribota!", y en este *arribota* hemos de ver un a d - r i p a - a l t a , en la alta ribera. Y del mismo modo en *pingorota* vemos la terminación *-ota* de *alta* y no del aumentativo que se encuentra en *cabezota.* La *pingorota* no es un *píngaro* —o *píngara*— grande, sino alto. Y ¿por qué decimos *píngaro?* Por el portugués *pincaro,* 'cumbre de un monte, punto alto de un árbol'. En *píngaro* vemos el mismo sufijo átono *-aro, a,* de *jícara, pícaro, cáscara,* etc. En cuanto a la primera parte, si *picorota* nos recuerda *pico, pingorota* nos trae a la memoria el verbo *pingar.* En la

pingorota de las torres suele ponerse algún pingajo o banderín o veleta, algo que pinga o cuelga (¿del latín pendicare?) u ondea al viento como los *pendones* de las lanzas de antaño. Que aunque esa voz *pendón* no venga de *pender* (lat. pendere), sino de penna, fué influída por aquélla. ¿O no se puede decir más bien que vino de los dos?

¿Por qué, en efecto, se ha de rechazar una doble etimología de un vocablo? ¿No es muy natural que si dos voces latinas de significados que se entrecruzan o cubren dan dos derivados castellanos homófonos, éstos se confundan en una sola voz? No creemos, pues, que deba siempre rechazarse una doble etimología, y aun prescindiendo, como parece ser el caso de *pendón,* de una modificación analógica.

Y volviendo a *pingorota* y *picorota,* voces completamente sinónimas, parecen ser el *píngaro* o *pícaro* 'picacho' que está en la parte más alta, *-ota,* y en la primera forma vemos un derivado de *pingar* y en la segunda de *pico,* y es evidente que entró aquí la voz *picota,* o sea 'pico alto'.

Claro está, por otra parte, el paso de *pingarota* a *pingorota,* y debemos añadir que aunque de hecho no se hubiese formado el compuesto después de establecida la voz *píngaro,* pudo añadirse a ésta el sufijo *-ota,* no el de origen francés *-ote,* sufijo producido en otras voces, como *arribota,* y extendido a ésta analógicamente.

También se oye decir *picuruta* por *picorota.*

Y en cuanto a la voz que tenemos que suponer, *pícaro,* en el sentido del port. *píncaro,* ¿tendrá algo que ver con la otra y corriente acepción de ese vocablo? *Pícaro* significaría 'cumbre, picacho, punto alto'.

El Diccionario de la Real Academia, por lo menos en su edición 13.ª, registra la voz *pingorote,* pero no *pingorota.* Con aquel sufijo *-ote* parecería ser de la clase de *hermosote, noblote,* etc., el aumentativo de ori-

gen francés. Aunque es muy fácil que los dos sufijos *-ote*, del fr. *-ot, te,* y *-oto, a,* de a l t u , a. se hayan entrecruzado más de una vez. Lo grande y lo que está en alto se confunden a las veces.

Inútil hacer notar que de *pingorota* derivan *empingorotado* y *pingorotudo.*

(Publicado en la *Revista de Filología Española.* Madrid, 1920, VII, páginas 351-357.)

# NOTAS MARGINALES

En los veintidós años que vengo explicando mi cátedra de Historia de la lengua castellana en esta Universidad de Salamanca, me he servido constantemente del *Manual de gramática histórica española,* de don Ramón Menéndez Pidal. Y al margen de las páginas de los sucesivos ejemplares, según la edición, que ya va en la cuarta, de que me valgo en clase, he ido anotando con lápiz las observaciones que me sugería su lectura. Voy ahora a recoger, en cierto modo, estas notas marginales y a intentar darlas una cierta unidad doctrinal.

Esas notas apenas se refieren a fenómenos estrictamente fonéticos, o diré más bien, básicos de la lengua. La fisiología o física de la lengua, su gramática, en un sentido etimológico restringido —de *gramma,* letra—, me ha interesado siempre mucho menos que su historia propiamente dicha, que su *pneumática* —de *pneuma,* espíritu—.. Que aquí, como en otro campo, la letra mata y el espíritu vivifica.

No son, en efecto, los fenómenos específicamente fonéticos —muchas veces más bien acústicos— los que dan vida al lenguaje. La vida es historia y la historia es espíritu, porque es finalidad. Los hechos propiamente históricos son teleológicos, son finalistas. Y la lingüística es más una ciencia histórica que no física, y menos matemática.

¿Ciencia natural? A las llamadas Ciencias naturales: Zoología, Botánica, Biología, etc., se les ha llamado también Historia Natural, y no parece que este nombre de historia esté a ellas mal aplicado. Porque cada vez se descubren más procesos teleológicos, finalistas, en ella; cada vez se ve mejor el fondo de verdad que había en aquello que se llamó caprichos de la Naturaleza y hasta se descubre que hay variedades provenientes de un caso casual —permítaseme la tautología—, tal vez teratológico, que resultó viable.

Lo que podríamos llamar en lingüística el foneticismo, corresponde a lo que en historia se llama la concepción materialista de la historia de ella, la de Carlos Marx, la que ve en el fondo de todo proceso histórico el factor económico como su base última. El foneticismo es el materialismo histórico en lingüística. Y la fonética es una especie de economía física y determinista.

La cuarta y última edición del *Manual* de que me sirvo en clase, la de 1918, está aumentada en lo que se refiere a la Fonética, pero el otro aspecto, el espiritual, pneumático o teleológico, permanece casi intacto. Apenas si ha tocado su autor el capítulo IV, el que trata de los "fenómenos accidentales que influyen en la evolución fonética". Pero yo que siento que la historia es lo accidental, y que los fenómenos "ocasionales", y que "no sirven para caracterizar ningún idioma o época, pues se dan en parecidas circunstancias en todos los tiempos y lugares", son los más "interesantes para un estudio histórico", son los propiamente históricos, es en esta sección donde he escrito más notas marginales.

No era fácil que las escribiera en la Fonética, ya que los fenómenos físicos que ella estudia se establecen antes y definitivamente, y en rigor cabe decir que no admiten excepciones. Pues lo que en Fonética se llama excepción, o es un caso dialectal, un cultis-

mo, o una variedad cronológica o un caso de analogía. Y, sin embargo, si lo que se llama, aunque mal llamada, la ley fonética hace la regla, la excepción hace la historia.

Así es que en toda la Fonética no se encuentran en mi ejemplar más que dos notas marginales, y ellas dubitativas —me gusta mucho el (?)—, que son: *sty* > *x,* como *questiare* > *quexar,* y *coangustia* > *congoxa,* y un *n'l* > *nd,* que creo encontrar en *andar* > *anlar* > *amb'lar,* en *sendos* > *sen'los* > *seng'los* y acaso en *biendo* > *bieldo,* sustantivo postverbal de un *bendar* < *vent'lare.*

Hay, sin embargo, notas marginales en la Fonética, pero es para arrancar de ella la explicación de ciertos casos. Me cuesta creer, por ejemplo, que en *rencor, renacuajo* y *rebaño* (§ 17, 4), no influya más que la *r* el prefijo *re-* y lo mismo en *redondo,* como me cuesta creer que la *o* inicial de *obispo* y la de *oruga* sean fenómenos fonéticos. Y desde luego la de *orín* < *aerugĭne* puede ser influencia de *orina.* Y no hace falta indicar la relación ideal o de significado que hay entre el orín y la orina.

Respecto a esto de la relación ideal, de la analogía conceptual, hay que decir que cuando alguno propone una explicación analógica de una variedad fonética, se le suele pedir documentación o por lo menos justificación. Y la justificación no es fácil dársela a los que carezcan de imaginación. No es problema de lógica, sino de estética. Y así, un poeta avezado a inventar metáforas nuevas y a buscar consonantes, y un autor cómico que cultiva el retruécano y el juego de palabras, descubrirán mejor el camino que el pueblo, poeta y autor cómico a su vez, siguió para crear un término fuera de la lógica, que no un investigador pobre de sentido estético, de inventiva artística, por mucha documentación muerta que posea.

En el capítulo IV del *Manual* es donde más notas marginales he puesto. Hay una en que señalo mi sospecha de que en *derecho* habrá que ver más la influencia del prefijo *de-*, que no una asimilación, como en *somormujo* el de *somo*. En *arado*, de *aratru*, más que una eliminación disimilatoria, el deseo de mantener el tema del verbo *arar* y el sufijo participial *-ado*.

Los casos de metátesis rara vez me parecen de origen fonético. El que el pueblo diga *catredal*, por catedral, ha de deberse a *catre* —aunque el catre y la catedral no tengan, que yo sepa, nada de común—, como el haber hecho *entregar* de *integrare* se debe al prefijo *entre*. La gente dice *dentrífico*, por dentífrico, y ello se debe, sin duda, a los terminados en *-fico* (benéfico, prolífico, magnífico, etc.), y luego echaron la *r* al diente. En esa sección de la metátesis tengo anotada un *pilfarra*, acaso de *felpa*, que vemos en *despilfarrar*.

Llega la epéntesis (§ 68), y aquí es donde, sin la analogía, apenas hay caso que se explique. Ya don Rufino José Cuervo, en sus *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, explica la *n* epentética de *alondra*, por *calandria*, y es indudable que la *r* de *amargo* se debe a *amargar* < amaricare, y la *d* de *humilde*, a *humildad*.

En esta sección de la epéntesis cita el señor Menéndez Pidal la *n* de *sonsacar*, y luego, al tratar de la prefijación del verbo (§ 126), señala las diversas formas que en romance adopta el prefijo *sub-*, o sea *so-* en castellano. Pero parece lo más creíble que el *son-* de *sonreír* y *sonsacar* se deba a la fusión de *so-* y *en-*, así como el *sa-* a *so-+a* y luego *son+sa* dieron *san*, que también se halla. Mas ¿hemos de suponer que una forma como *sacudir* proviene de un *subadcutere*, con acumulación de prefijos? No lo creo, sino que más bien *sacudir* surgió de un connubio entre *socudir*, de *subcutere*, y *acudir*, de *adcutere*, al modo

que acaso *zurcir* viene de *sarcire,* con influencia de *coser.*

De estas formas de connubio, de fusión de otras dos, tengo señaladas muchas en mis notas marginales, hipotéticas casi todas, claro está, pues que se trata de estética y no de lógica, de historia y no de física. Así, *lerdo* parece una fusión de *lelo,* con un *lordo* < *luridu; palurdo,* de *payo,* con *balurdo; carrejo,* de *correjo* < *curriculu,* con *carrera; culebrina,* de *calabrina* < *catabolina,* con *culebra,* etc. Aquí, a la *miga* o *meollo* del pan le llaman *migollo,* y de las dos formas *mellizo* < *gemelliciu* y *mielgo* < *geméllicu,* que es la que se usa en esta provincia, se ha hecho *melguizo.* Del mismo modo de *cara a* y *hacia* se hacía en mi Bilbao *caransia,* y se ha hecho *caría* y *carria* y *carra,* aunque esto parezca una herejía fonética. Y hacer que se den de cara las ovejas, *carearlas* o *cariarlas* es *acarrarlas.*

En algún otro trabajo he señalado cómo los distintos nombres con que aquí se le conoce al murciélago son variaciones debidas a la analogía de *burriciego* y de *morrar,* o dar de morro tropezando, y combinaciones de ellas.

Casos de connubio o fusión tengo señalados varios, como *apretar+estrujar* > *apretujar; desbarajar+desajustar* > *desbarajustar; escamar+estimar* > *escatimar,* etc. Me ahorro aquí la justificación semiótica del último caso, pero estoy dispuesto a darla. Recuerdo que al ir a subir una vez a Peñalara con unos amigos, uno de éstos preguntó dónde estaban los *mochales,* y al preguntarle yo qué eran éstos me dijo: "Pues no lo sé. y le juro a usted, don Miguel, que es la primera vez que sale de mi boca esa palabra, que no recuerdo haberla oído nunca y que no sé de dónde la he sacado". Y le dije: "Pues yo, sí. Usted quiso decir *morrales* o *mochilas,* y le salió *mochales.*"

En una de las ediciones de su *Manual,* el señor Menéndez Pidal daba una doble etimología a *sencillo,*

de *simplicellu* y de *sigellu*. Después lo ha suprimido. Pero ¿por qué no han de ser las dos históricas? ¿Qué dificultad hay en que esas dos voces se fundieran en una? Ninguna de las explicaciones fonéticas que se ha dado de *tijeras* < *tonsorias* me satisface, y me cuesta creer que no haya influído la voz de donde procede el francés *ciseaux*. Y a la vez en nuestro *cincel* se ve la influencia de *pincel*..

Pero hay otros casos de fusión o connubio que podrían guiarnos a descubrir el origen de lo que a primera vista pudieran parecer sufijos. Así en *peñasco* tendríamos *peña+casco*, y en *picacho*, *pico+cacho*. Y aquí entra la explicación de los que el señor Menéndez Pidal llamó sufijos átonos y a que dedicó una monografía.

Procediendo histórica o estéticamente, no física o lógicamente, por casos individuales, tomemos uno. Se llama en latín corymbus, del gr. κορυμβος, al racimo de flores que cuelgan, como en la hiedra, que adopta una forma parecida a la de un témpano, latín tympanum, del gr. τυμπανον, o sea un *corymbus* de agua que se hiela al ir goteando. A esto se le llama aquí por los chicos *chupetil*, y también *carambelo*, que es *caramelo*, con influencia de *lamber* o lamer, porque lamen esos corimbos. Ahora bien, de *corembo*, que es lo que daría *corymbu*, más *témpano*, se pudo formar *corémbano*, apareciendo aquí, por vía de fusión de dos voces, un sufijo átono y *corémbano*, por influencia de *carambelo*, se haría *carámbano*.

En la mayor parte de las voces con sufijo átono: *-'ano, -'alo, -'aro, -'ago*, que nos da el señor Menéndez Pidal creo descubrir casos de fusión. Y acaso otros sufijos se deban al mismo origen. O sea, que los sufijos sean de origen individual, de un vocablo entero, sin sufijo, que se propagó a otros.

En los casos de falso análisis (§ 70) entra la captación por el artículo *el* de una *l-* inicial, como en

*atril, umbral* e *imbo,* que así llaman los chicos al *limbo* o escás de falta en el juego de la pelota. Y otra acepción inversa es la de la *s* del plural en *las senaguas* y *los estreldes.* Y nuestro *mal logrado,* ¿no será *mal-ogrado,* o sea *male auguratu,* análogo al *mal heureux* francés y al *sciauguratu* italiano?

Hay otros fenómenos de falso análisis que el señor Cuervo llamaba de derivación retrógrada, y que estudia en el párrafo 909 de su ya citada obra. En el *Manual* que me sirve de texto clásico no se cita ningún caso, y yo, al margen, he anotado *taba,* de *tabilla* < *tabella; zarza* y *zarzo,* de *zarcillo* < *circellu; calina*, de *calinoso* < *caliginosu,* y acaso, a pesar de las otras derivaciones que a esta voz se le dan, y aun conjuntamente con ellas *mono.* Pues, aun supuesto el origen turco de este vocablo, el hecho es que los chicos pintan *monos* o *monigotes,* esto es, *monagos* o frailecillos, que equivale a pintar santos. Que santos o animales —en gr. ζωγραφος "pintor de animales", es sencillamente pintor— es lo que el pueblo entiende que se pinta, ya que en las cavernas troglodíticas encontramos pinturas de animales, y en las habitaciones y dormitorios de las aldeas, pinturas de santos, vestidos todos de monagos o monjes, con traje talar. Y esto es historia.

Esto es historia, digo. Porque mi propósito al recoger estas notas marginales al *Manual de gramática histórica española,* de don Ramón Menéndez Pidal, en el que tanto y tan bueno aprendemos mis discípulos y yo, discípulos suyos, ha sido mostrar una cierta divergencia en la respectiva valorización de los factores que producen la vida del lenguaje.

Ya sé yo que el camino que gusto de preferencia recorrer es más aventurado e hipotético, pero se presta mejor a la índole de mi ingenio, retuso a reglas físicas y lógicas y propenso a excepciones históricas y estéticas. Es cuestión de método, y el imaginativo

es método. Compongo versos, mejores o peores; hago poemas, hiño y amaso mi propia lengua española —he inventado algunas palabras— y rebusco las creaciones libres del pueblo en el campo del lenguaje por los mismos caminos por donde voy a mis creaciones propias. Y es porque creo, además, que una buena parte de los vocablos populares son, en su origen, de creación individual, que los forjó, poética o artísticamente, un individuo, como mi amigo el de la expedición a Peñalara forjó la voz *mochales,* o como un editor inculto inventó el término *sicalíptico.*

Y aquí estriba la razón de mi herejía filológica, de las restricciones que pongo a las explicaciones foneticistas. Dije que el foneticismo en lingüística me parece algo así como la concepción materialista de la historia en el marxismo. Y nótese que el marxismo es socialista, ahoga al individuo en la sociedad o la masa, restringe el valor de aquél en el proceso histórico. Responde a la concepción, que podríamos llamar panteísta, del *Volksgeist,* del espíritu popular. Y yo creo que el espíritu es siempre individual, que el pueblo, como pueblo, carece de espíritu, y que así como es incapaz todo un pueblo de inventar una sola aleluya, sino que, a lo más, adopta y apadrina la que uno de sus individuos inventó, así tampoco es capaz de inventar una sola palabra nueva. Fué un individuo el que primero llamó al *murciélago burriciégano,* por creerle *burriciego,* o el primero que llamó *altozano* al *antozano* < *anteostianu.* No así con las variaciones estrictamente fonéticas. Porque así como todos digieren por las mismas leyes —llamémoslas con este nombre a falta de otro mejor— fisiológicas, no todos imaginan del mismo modo. El sentido común no imagina: sólo imagina el sentido propio. El sentido común, órgano intelectivo del pueblo, del *Volksgeist,* no crea nada nuevo; sólo crea el sentido propio. La muchedumbre no es poeta.

El sentido común da la ortodoxia; el sentido propio, el sentido individual, va siempre a la herejía. Ni herejía, *haeresis,* es otra cosa que sentido individual propio, sentido poético. La crítica ortodoxa se atiene a preceptos —de *praecipere,* tomar antes—, mientras que la crítica herética se vale de *postceptos,* de un forjado *postcipere* —que no existe—, tomar después. Y hay una investigación ortodoxa y otra herética, que deben corregirse mutuamente.

Y he aquí cómo, a partir de las notas marginales, con lápiz, a mi ejemplar del texto clásico del señor Menéndez Pidal, he venido a dar a una especie de filosofía del lenguaje, que es, y en esto me acuesto a la doctrina de Benedetto Croce, más estética que lógica.

(Publicado en *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal. Miscelánea de estudios lingüísticos, literarios e históricos.* Madrid, Hernando, 1925, tomo II, págs. 57-62.)



# I N D I C E

II. En torno a la lengua española (1888-1936).

APÉNDICES.

Esta nueva edición de las Obras completas de don Miguel de Unamuno la edita

VERGARA EDITORIAL

por concesión especial de

AFRODISIO AGUADO, S. A.

el presente tomo sexto se terminó de imprimir el día quince de noviembre de mil novecientos sesenta en los talleres gráficos de Escelicer, S. A., de Madrid.



